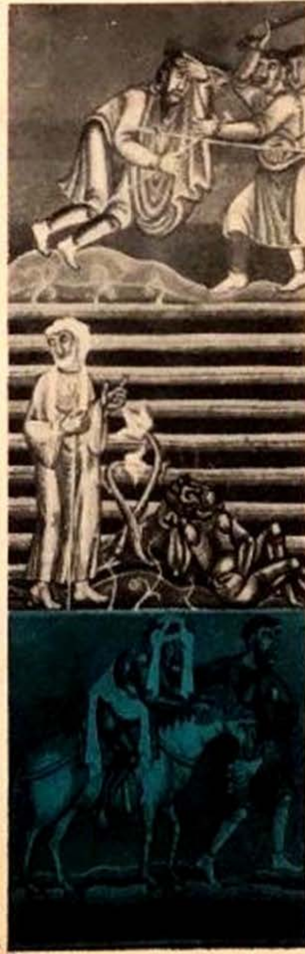
JACQUES LE GOFF

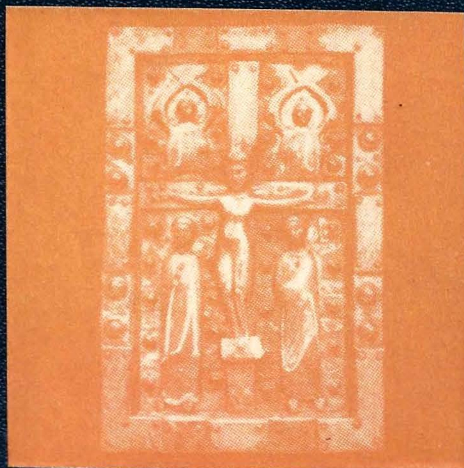
LA CIVILIZACIÓN DEL OCCIDENTE MEDIEVAL

Las grandes civilizaciones Editorial Juventud






LAS GRANDES



CIVILIZACIONES

EDITORIAL

Jacques le Goff

La civilización del Occidente medieval

JUVENTUD

LAS GRANDES CIVILIZACIONES

COLECCIÓN DIRIGIDA POR RAYMOND BLOCH

LAS GRANDES CIVILIZACIONES

COLECCIÓN DIRIGIDA POR RAYMOND BLOCH

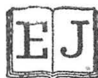
LA CIVILIZACIÓN DEL OCCIDENTE MEDIEVAL

JACQUES LE GOFF

LA CIVILIZACIÓN DEL OCCIDENTE MEDIEVAL

Traducción de J. de C. SERRA RÀFOLS

246 HELIOGRABADOS
8 LÁMINAS EN COLORES
71 MAPAS Y PLANOS



EDITORIAL JUVENTUD, S. A.
PROVENZA, 101 - BARCELONA

La edición original de esta obra ha sido publicada por B. ARTHAUD, París,
con el título de LA CIVILISATION DE L'OCCIDENT MÉDIÉVAL

Primera edición

DEPÓSITO LEGAL, B. 20.704 - 1969

NUESTRO NÚM. DE EDICIÓN: 4.358

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

Talleres Gráficos Agustín Núñez - París, 208 - Barcelona

CAPÍTULO DE GRACIAS

LLEVAR a cabo una obra como la presente ha de suscitar por fuerza en el autor numerosas deudas de gratitud. Tentativa de síntesis, se aprovecha de numerosos trabajos, a cuyos creadores no puedo manifestar mi agradecimiento sino aquí, ya que esta colección tiene como norma presentarse aligerada de referencias a pie de página. Por otra parte, la bibliografía que he recogido en la medida de lo posible es muy sumaria y excluye especialmente los artículos publicados en revistas. Aquellos que observen préstamos en tal frase o en tal párrafo de mi obra sepan bien que tan sólo la necesidad ha convertido en muda una gratitud que experimento profundamente.

La ferviente y eficaz amistad de Bronislaw Geremek, Witold Kula, Guy Palmade, Ruggiero Romano y Alberto Tenenti ha servido para mí de gran ayuda en diversas etapas del libro: en su concepción, su redacción, su corrección. Mucho les debo. Les doy gracias de todo corazón.

La señora Omodeo, de la Biblioteca Nacional de Florencia, me ha hecho partícipe de su incomparable conocimiento de la iconografía medieval, y algunas de las más curiosas ilustraciones de este libro son debidas a la amabilidad con que me las ha dado a conocer.

Dos colaboradores amistosos, la señora Maryse Mane y André Vauchez, agregado de la Universidad, antiguo alumno de la Escuela Normal Superior, me han prestado una ayuda preciosa para la confección de la Cronología y del Índice. Y, para algunos mapas, he contado con la colaboración del Padre Jean Décarreaux y del Padre Ephraïm Longpré, lo cual en una obra de este tipo no supone en absoluto una aportación secundaria. Doy las gracias igualmente a la señorita Denise Certier y a Michel Arnaud, alumno de la Escuela Normal Superior, los cuales me han proporcionado una ayuda de última hora que aprecio por ello tanto más.

La ilustración, que no significa una decoración exterior, sino que forma cuerpo con el texto, ha sido, como en los restantes volúmenes de esta colección, objeto de especiales cuidados. Es tanto como decir que doy las gracias vivamente a todos los bibliotecarios y conservadores de los museos que me han proporcionado una parte de esas imágenes, acompañándolas a veces de datos sumamente útiles, y asimismo a la señora Champinot, que se ha encargado de reunir esta iconografía.

Sería de todo punto imposible enumerar a todos los colaboradores de las Éditions Arthaud que han confeccionado conmigo este libro. Es preciso, sin embargo, que haga constar aquí su devoción, su competencia y su amabilidad. Hemos trabajado juntos en un ambiente que me ha servido de constante ayuda. Debo citar ante todo a la señora Nicole Evrard. Este libro —por lo menos en todo lo que pueda contener de acertado— es suyo en tanta proporción como mío.

Que se me permita, en fin, manifestar mis sentimientos de gratitud hacia dos colaboraciones más difusas, pero no por ello menos esenciales.

He elaborado —desde hace tres años— gran parte de las ideas que aquí presento en el cuadro de mi seminario de la VI Sección de la "École Pratique des Hautes Études", medio ambiente incomparable para la investigación colectiva, las confrontaciones fecundas, los cambios de ideas fructuosos. Sé perfectamente cuánto debe este libro a todos los que me han permitido, en el transcurso de estos tres años, aprovecharme de su ciencia, de su inteligencia, de sus críticas.

El nacimiento de esta obra ha exigido, no se dude de ello, trabajo y paciencia. Mi esposa ha sido, en el pleno sentido de la palabra, mi más perfecta colaboradora.

ADVERTENCIA DEL EDITOR

ESTA obra es el tercer volumen de la colección Las Grandes Civilizaciones. *Sus dos primeros corresponden a* La civilización romana, *de Pierre Grimal, y* La civilización griega en la época arcaica y clásica, *de François Chamoux.*

La colección viene a responder a una aspiración nueva. El afán por una lectura agradable, la ineludible necesidad de síntesis y las amplias visiones de conjunto se conjugan actualmente en todos los lectores con un anhelo de precisión, la exigencia de un contacto directo con los testimonios escritos y los monumentos y también con el deseo de un guía que les invite al análisis y les oriente hacia investigaciones más especializadas. Nos hemos esforzado, pues, en dirigirnos a aquellos investigadores que por su talento como escritores, su amplia cultura y la práctica de una larga enseñanza nos parecieron más aptos para llevar a buen término la solución de un problema tan complejo. Nuestro propósito se cifra en reunir, dentro de los volúmenes de esta colección, todo lo que habitualmente se encuentra disperso en obras de múltiples géneros: ensayos, biografías, atlas históricos, álbumes de fotografías, repertorios, diccionarios, etc. Naturalmente, no se trata, que quede ello bien claro, de un compendio, de una simple adición, sino de una razonada elección que permita al lector, dirigido por el verdadero maestro que es el director de la colección, tomar contacto con los documentos de toda índole de donde ha partido el autor para elaborar su síntesis, es decir, lo esencial, la vida y el alma del libro y de la civilización estudiada.

La ilustración, que comprende 246 fotografías en negro y 8 láminas a todo color, ha sido agrupada por cuadernos, correspondientes a los temas principales del texto. Cada uno de dichos cuadernos (al igual que cada

mapa o cada plano) va seguido inmediatamente por las leyendas (en cursiva) que subrayan el interés de los documentos. Setenta y un mapas y planos, insertos en el texto o agrupados en atlas, permiten al lector situar los acontecimientos en su contexto geográfico o seguir, en una misma página, por ejemplo, la evolución de las ciudades y la de la arquitectura durante la Edad Media.

Por otro lado, el conjunto del texto ha sido distribuido en tres partes:

1) Los cuatro primeros capítulos de la obra presentan al lector la evolución histórica en su conjunto.

2) Vienen a continuación seis capítulos consagrados a la civilización, especialmente en lo que se refiere al período que se extiende del siglo X al XIII.

3) Un diccionario histórico y biográfico, incluido al final del volumen, permite referirse al texto sobre tal o cual punto particular, y asimismo, lo cual supone una importante innovación, proporciona precisiones y explicaciones complementarias sobre gran número de personajes, nociones, instituciones, monumentos evocados en el texto y la cronología o que figuran en alguna ilustración (la cita a los artículos-complemento del diccionario aparece señalada en el texto por medio de un asterisco).

El volumen se completa con 68 páginas de tablas cronológicas, cuyas diversas columnas hacen resaltar las concordancias entre los hechos militares y políticos y los hechos de civilización ocurridos en Occidente y en el resto del mundo. Esta cronología abarca desde mediados del siglo IX a los comienzos del XIV, correspondiendo de esta manera al período de civilización más particularmente estudiado por el autor. Los datos relativos a la Alta Edad Media y los siglos XIV-XV se encontrarán en la cronología de los dos volúmenes de la colección que preceden al presente.

En fin, una bibliografía de orientación permite a los lectores que lo deseen —estudiantes entre otros— profundizar en el estudio de una cuestión determinada.

PREFACIO

LAS civilizaciones del mundo clásico, ilustradas por la ciencia y el talento de Pierre Grimal y de François Chamoux, han sido el objeto de los primeros volúmenes de la presente colección. Jacques Le Goff hace revivir ahora ante nuestros ojos La civilización del Occidente medieval. *Creo que este libro suscitará un amplio interés.*

En la época en que vivimos, la humanidad parece encontrar para los progresos de la ciencia aplicaciones divergentes, y aun contradictorias, algunas perniciosas y funestas (y nadie ignora adónde tales aplicaciones pueden conducir al mundo), otras felices y benéficas. Entre éstas hay que colocar en primera fila el sensible avance del conocimiento histórico. No ha de olvidarse que la toma de conciencia de su pasado puede ayudar al hombre en sus esfuerzos por dominar su destino presente y su próximo porvenir.

Mucho se ha escrito, y creo que con causa justificada, sobre las conquistas de la historia en la época contemporánea. El tiempo "vuelto a encontrar" se nos aparece hoy día con una densidad y una plenitud desconocidas para las generaciones que nos precedieron. Los aspectos político, militar y diplomático del pasado embargaban, hasta finales del último siglo, la atención exclusiva del investigador, y, como consecuencia de ello, eran los únicos conocidos por el gran público. Por fortuna, este marco excesivamente limitado de la investigación tradicional ha sido roto. La historia se ha extendido en profundidad, y tras los hechos de aquellos que parecían dirigir el juego se nos muestran ahora las duras realidades colectivas de cada sociedad, de cada civilización. Se ha pasado del nivel de los hechos al de las infraestructuras, disimuladas, pero eficaces y presentes. Frente al desarrollo prodigioso de las ciencias llamadas exactas, este paso representa también, en el orden del conocimiento, un enriquecimiento capital.

Para llegar a esta resurrección de un pasado infinitamente complejo,

métodos nuevos han venido a añadirse a los procedimientos tradicionales de la investigación. El historiador dispone de esta manera de una gama de instrumentos diversos y más adecuados. Claro está que su posesión no le libra de encontrarse ante un trabajo difícil, incluso terriblemente difícil, podríamos decir, dado que esta nueva apertura a todos los aspectos de la vida exige de él una incesante gimnasia del espíritu al enfrentarlo a las perspectivas más variadas. Hombres como Marc Bloch y Henri-Irénée Marrou han sacado a plena luz las duras exigencias, las penosas necesidades del oficio de historiador. En la actualidad, toda síntesis reposa sobre el conocimiento de la inmensa masa de los trabajos anteriores. Y para contar con alguna probabilidad de éxito hay que añadir a ello un espíritu crítico constantemente despierto y una profunda simpatía, en el pleno sentido de la palabra, por el objeto estudiado. Mas ese tiempo y esos esfuerzos no deben juzgarse como mal empleados: después de haber olvidado deliberadamente el presente para intentar bañarse por segunda vez en el mismo río, el historiador lo ve renacer en el acto ante él, distinto, ensanchado y con nuevas dimensiones.

La civilización medieval, acaso más que ninguna otra, se ha visto enriquecida hasta un grado sorprendente por este ensanchamiento del campo de la investigación. Y Jacques Le Goff, rindiendo un justo homenaje a sus maestros pasados y presentes, que fueron, o que son, hombres al mismo tiempo que historiadores, nos hace visibles en su obra las inmensas conquistas ya alcanzadas. Cierto que la Edad Media, al renacer de este modo en las estructuras de su vida biológica y material, tanto como de su vida mental, ha perdido algunos de los colores excesivamente brillantes con los que había sido adornada con frecuencia. Quizá pueda pensarse que el cuadro se ha ensombrecido demasiado y que a la visión realista y sombría de Jacques Le Goff podrían oponerse, tal como teme el propio autor, recuerdos más serenos, extraídos de los logros de la vida artística, espiritual o religiosa. Por mi parte, no lo creo así. Cuando el espíritu del autor es implacablemente crítico y sabe reducir a sus justos términos las leyendas doradas, yo no lo juzgo menos ampliamente abierto a todos los valores. La lealtad con la cual busca poner en su debido lugar, estableciendo sus relaciones respectivas, las diversas ramas de la actividad humana es siempre digna de elogio. Si los colores sombríos predominan sobre los claros, si las quejas y los gemidos ahogan ligeramente los cantos y los gritos de alegría, ¿hay verdaderamente motivo para extrañarse de ello? El balance de bienes de otras civilizaciones no parece, en realidad, mejor.

RAYMOND BLOCH

INTRODUCCIÓN

La rueda de la Fortuna, ese símbolo tan caro al Occidente medieval, gira también para las épocas e, incluso, para las civilizaciones. La idealización del recuerdo transforma igualmente el pasado colectivo. El mito de la «Edad Dorada» surge con facilidad en favor del ayer: los franceses del siglo XIV evocaban con nostalgia el «buen tiempo de monseñor San Luis». Después, la idealización deja lugar con frecuencia a la denigración y al olvido. Más tarde, el descubrimiento de nuevos documentos, la perspectiva creada por el tiempo, los puntos de vista inéditos, las variaciones de la moda modifican aún más la imagen del pasado y hacen dar otra vuelta a la rueda. Las leyendas doradas y las leyendas negras se suceden unas a otras.

La Edad Media ha empezado a recorrer ese siclo de la mirada histórica. El Renacimiento y la época clásica la habían visto cubierta de tintes sombríos. Era el tiempo del arte llamado «gótico», de la barbarie escolástica. Los ingleses encontraron una buena fórmula para definirla: *the dark ages,* la edad de las tinieblas. La Revolución de 1789, que puso fin en Francia a los derechos «feudales» y significó su toque de agonía en toda Europa, concedió a la Edad Media política y social, identificada con el régimen feudal, un contenido igualmente despreciable. El adjetivo «feudal» adquirió un sentido peyorativo. Fue el romanticismo quien empezó a hacer girar la corriente. El amor por las ruinas se trasladó de los templos antiguos a los castillos arruinados y a las catedrales inacabadas. La pasión por esos objetos de ensueño creció hasta el punto de pretender restaurarlos, embellecerlos, rehacerlos, o, allí donde apenas habían sido esbozados, construirlos por completo. El sabio Viollet-le-Duc tuvo sus émulos menos felices. El Rin, admirado, intentó ocultar en sus reflejos las siluetas in-

congruentes de *Burgs-ersatz* y las falsas torres de la catedral de Colonia. Lo medievalístico reemplazó a lo medieval. El neogótico sedujo por entero al clero, a la burguesía y a los americanos. El género trovador, las novelas de Walter Scott, Quasimodo y Aymerillot entronizaron la Edad Media en la literatura y el imprevisto Verlaine inventó una «Edad Media enorme y delicada». Lo mejor, lo mediocre y lo peor se nutrieron en las fuentes medievales: el Keats de *La bella dama sin misericordia,* el Tennyson de *La muerte de Arturo,* el Péguy de los falsos *Misterios,* el Edmond Rostand de *La Princesa Lejana.* El Delacroix, por otra parte no siempre inspirado, de *La entrada de los cruzados en Constantinopla* o de *La batalla de Taillebourg* abrió un camino peligroso a los prerrafaelistas y, ¡ay!, también a Laurens (J. P.) y a Luminais (Evaristo-Vital), autor de ciertos *Enervés de Jumièges,* desaparecidos con las viejas ediciones del Larousse. El brío de *Il Trovatore* y los esplendores wagnerianos difícilmente conseguían ahogar los sonidos menos felices del *Etienne Marcel* de Saint-Saëns o del *Sigurd* de Reyer. Todas las opiniones políticas descubrían su ideal en esos tiempos felices: los ingleses tradicionalistas en la *Carta Magna,* los ingleses no conformistas en Robin Hood, los franceses de la derecha en San Luis, los franceses de la izquierda en el gran Ferré, los franceses de todas las tendencias en Juana de Arco. La burguesía liberal del siglo XIX buscaba su modelo —con Augustin Thierry— en el movimiento comunal y los fascistas del siglo XX lo hallaban en las instituciones corporativas.

Cada una de las naciones identificaba su nacionalismo con su historia medieval. Eran la Francia de los cruzados y de las catedrales, la Alemania de Federico Barbarroja, de los Caballeros Teutónicos y de los Maestros Cantores, la España del Cid, la Italia del Dante y de Marco Polo. La Leyenda Dorada está alcanzando en la actualidad a los países del Este. La Polonia popular se entusiasma con el *Millenium,* que la retrotrae a los tiempos de la dinastía de los Piasts, y la Checoslovaquia socialista se descubre a sí misma en el siglo IX, durante el Imperio de la Gran Moravia.

El siglo XX ha venido a enriquecer la pasión por la Edad Media con nuevas adquisiciones en el dominio de la sensibilidad, de la técnica y del pensamiento.

El descubrimiento del arte negro y el gusto por las estéticas primitivas han convertido a nuestros contemporáneos en más sensibles a las armonías severas del arte románico, a las bellezas bizarras que luchan contra el abrazo de lo material —piedra, madera, metal precioso— de la Alta Edad Media. Creen poder encontrar la simplicidad de aquellos tiempos

limpiando, desnudándolos hasta la piedra, los edificios que los hombres de la Edad Media habían cubierto de bordados y de tapices y a los que habían dado colorido con pinturas llamativas y orfebrería rutilante. El resultado puede ser a veces muy bello y emocionante para nuestra sensibilidad de hombres del siglo XX. Históricamente, sin embargo, es más falso que la mayor parte de las reconstrucciones del escrupuloso y erudito Viollet-le-Duc.

El interés fecundo por el desarrollo de las técnicas ha incitado, por otra parte, a los numerosos admiradores de la Edad Media a dotar a esta época de un genio inventivo que ningún otro período de la historia habría sido capaz de igualar. Soy el primero en felicitarme al ver como la comprensión de la historia medieval se ilumina con una de las más preciosas luces que puede prestar la ciencia del desenvolvimiento de las sociedades y las civilizaciones. No olvido que Marc Bloch, a quien todo medievalista moderno debe saludar al comienzo de su trabajo, ha escrito sobre los inventos medievales páginas tras las cuales no se puede ya hablar de ese tiempo en los términos utilizados antes de él. No obstante, me gustaría que se reconociese que, tal como lo enseña también Marc Bloch, la Edad Media más bien ha difundido técnicas que las ha inventado. Por lo demás, el historiador ve en ello un fenómeno mucho más importante y significativo que el descubrimiento, con frecuencia sin porvenir, de un invento aislado, objeto de curiosidad y no de historia, puesto que el verdadero objeto histórico debe, si no transformar, por lo menos sí cambiar, mediante su acción en extensión y en profundidad, las estructuras de una sociedad. El coro de alabanzas que se eleva en honor a un «Popov» medieval me parece un desquite por entero risible.

En fin, animado por la renovación católica y más ampliamente religiosa, promovida a finales del siglo XIX y del siglo XX, el pensamiento medieval se ha visto repentinamente revalorizado. Claro que en este aspecto, de la misma manera que el gótico cede aún el paso al románico, no era tanto la Edad Media considerada como «época de la fe» la que se veía glorificada, sino una Edad Media más moderna, que, de San Anselmo a Abelardo y a Santo Tomás de Aquino, habrían descubierto el racionalismo moderno, no el racionalismo reseco del *Aufklärung* y del positivismo, sino un racionalismo abierto, iluminado, definido por el famoso *fides quaerens intellectum*. También respecto a esta cuestión me felicito de ver a la Iglesia hacer del tomismo, que el obispo de París había condenado particularmente en 1277, su filosofía oficial. De esta manera adopta una doctrina sin duda alguna más rica que la ideología en la que se inspiraba el *Syllabus*

de Pío IX. Al mismo tiempo, quisiera también que no se cometiese en esto el pecado mayor de anacronismo. Doble anacronismo, además, porque el tomismo del siglo XX es un neotomismo, más cercano al neogótico que el pensamiento del Doctor Angélico, y porque la interpretación que se hace normalmente del *fides quaerens intellectum* es un contrasentido.

En resumen, si se presta crédito a los numerosos turiferarios que ha suscitado en nuestra época, la Edad Media lo ha inventado todo: la ojiva y la perspectiva y, por tanto, el arte moderno; el molino de agua y, por consiguiente, el maquinismo; la letra de cambio, lo cual viene a decir que también el capitalismo; la dialéctica, madre del pensamiento progresista; el amor —Dionisio de Rougement lo ha afirmado, según Engels—; y, en fin, incluso la muerte, lo que, por otro lado, es generalmente admitido, según los bellos estudios de Alberto Tenenti.

La Edad Media presentada en este libro es más modesta.

Naturalmente, no es que yo pretenda volver a la Edad Media oscura y oscurantista de la edad clásica. El siglo y medio que acaba de transcurrir ha revelado, gracias especialmente al trabajo de los historiadores, de los archiveros, de los arqueólogos y de los filólogos, una Edad Media en verdad apasionante. Las técnicas más modernas de la investigación, las cuales, por otra parte, enriquecen a cada momento su imagen, nos revelan rastros y monumentos de ella que se podían creer borrados para siempre. La arqueología, tras habernos restituido sus vestigios más nobles, esto es, sus obras de arte, nos descubre hoy día aspectos menos estéticos, pero no por ello menos cautivadores, de eso que los investigadores polacos, que han hecho de su estudio una ciencia mayor, llaman la cultura material: arqueología de los lugares de habitación, de las técnicas rurales y artesanales, de la alimentación... Si bien el procedimiento del carbono 14, el cual no permite siempre establecer una cronología detallada, resulta menos revelador para esta edad que para los períodos anteriores, el análisis químico de los metales, el estudio de los pólenes fósiles —polinología— y de los restos vegetales —dendrología—, la fotografía aérea, todas estas ciencias precisan y enriquecen nuestro conocimiento de la Edad Media y vienen a relevar a las tradicionales: epigrafía, paleografía, diplomática. Cierto que estas últimas no han dicho aún su última palabra, pero han quedado un poco anticuadas, puesto que no han hecho sino legarnos una imagen de la civilización de «lo escrito» que no representa más que la capa, superior si se quiere, pero superficial al fin, de la cultura medieval y ofrecen, además, el peligro de enmascararnos su rudeza. Las escrituras han dejado de expresar toda la realidad medieval. De esta manera, una

nueva Edad Media se halla en camino de nacer..., de renacer, estaría mejor expresado.

La arqueología agraria vuelve a encontrar los campos abandonados, las aldeas despobladas, y, allí donde no queda ninguna piedra, descubre las vicisitudes de la habitación humana, ligada al flujo y reflujo de la demografía, a las mutaciones de las economías, a las crisis de las sociedades. *Lost villages,* aldeas perdidas de Inglaterra; *Wüstungen,* abandono de espacios cultivados en Alemania... Se pone de manifiesto incluso el rastro del progreso de los pastos, el retroceso del campesino y del campo, producto de la crisis de la feudalidad medieval.

Una Edad Media sin textos y sin inscripciones hace su aparición en el seno de la historia. Y no se contenta con completar la imagen de la Edad Media erudita que se conocía, sino que modifica dicha imagen en profundidad, al poner a aquélla en el lugar que le correspondía, es decir, en la epidermis, el barniz superficial. Las nuevas fuentes permiten penetrar hacia las raíces.

Los textos nos hablan del reino de la espada y del prestigio del herrero en la civilización medieval. Pero el análisis químico realizado en el laboratorio nos abre los secretos de los metalúrgicos merovingios y nos explica por qué sus armas lograban vencer.

La climatología histórica halla un eminente auxiliar en las crónicas que señalan las intemperies, las largas sequías, los avances del frío, los recalentamientos insólitos, pero únicamente las investigaciones —como las efectuadas por los glaciólogos, que han probado, por el método del carbono 14, que el bosque fósil cuyos restos han sido descubiertos por el retroceso actual del glaciar de Aletsch data del siglo XI y que dicho bosque fue aplastado por el avance del glaciar hacia 1270— nos permiten fechar, cartografiar y, por lo tanto, estudiar a partir de bases seguras fenómenos que van más allá de los «hechos diversos» de los cronistas.

De este modo, la Edad Media se encuentra más aún en el futuro —en la aplicación de las nuevas técnicas de sondeo y de resurrección del pasado— que en el pasado mismo.

La Edad Media de los últimos descubrimientos, acabamos de verlo, no es la misma que la Edad Media de los nobles aspectos revelada por la historiografía tradicional, de la cual ha partido la *leyenda dorada* de la época medieval. Es una Edad Media de las profundidades, de los fundamentos, de las estructuras. Se ha llegado a aplicarle, en sus formas más modernas, los métodos utilizados para el estudio de las civilizaciones sin escritura, ya sean prehistóricas o más recientes. Ciertamente, no se trata

de olvidar que la Edad Media, o mejor, una pequeña *élite* medieval, sabía también escribir, pero esa Edad Media esencial está más cerca de la verdad de una época en la que la inmensa mayoría —*illiteratus*, «iletrado», era sinónimo, como veremos, en un sentido más o menos amplio, de laico, noble o campesino— permanecía analfabeta.

Esa Edad Media de las profundidades es la que yo intento presentar en este libro. Mi propósito, por lo tanto, puede considerarse en los antípodas del que suscitó, por ejemplo, la reciente obra, excelente por otra parte, de Léopold Génicot: *Les Lignes de faîte du Moyen Age.*

Intentaré presentarla y, si es posible, explicarla en su conjunto, abarcando todos sus niveles, solidarios los unos de los otros, y sus expresiones más altas, que clavan sus raíces en un terreno ingrato.

Utilizaré, hasta el punto en que me sea posible, las enseñanzas de las ciencias hermanas de la historia, apropiadas, me parece, para discernir y hacer comprender mejor una sociedad y una civilización que los métodos de una historia ligada a la ideología de las clases dominantes tradicionales, aristocracia y burguesía, idealiza excesivamente. Ellas me parecen más aptas aún que la sociología, la antropología y la etnología, para iluminar el estudio de la civilización del Occidente medieval.

Por un momento me sentí tentado a describir esta civilización como la de una de esas sociedades que hoy en día llamamos subdesarrolladas. Hoy eso sería, a mi entender, hablar por imagen y falsear la verdad. Porque, ¿qué civilización contemporánea, por muy desarrollada que sea, puede considerarse superior a la civilización medieval? Si el Occidente medieval nos parece, y en efecto lo ha sido, atrasado en relación con la China, la India, el Islam o el Bizancio de la Edad Media, es cuestión de grado y no de naturaleza. En todas las partes del mundo, el nivel de las técnicas, de las estructuras económicas, de la organización social es el mismo. En un lado existe más riqueza, brillantez y refinamiento y en el otro más miseria y rudeza, pero la esencia es siempre idéntica. Fue preciso esperar la revolución industrial para que se instaurase una verdadera diferencia de naturaleza entre los países alcanzados por ella y los que escaparon a su influjo. La noción de subdesarrollo presenta también un matiz económico que considero insuficiente para definir la civilización medieval. No es que las estructuras económicas del Occidente medieval no me parezcan fundamentales. Me esforzaré en presentar ese mundo rural, en el que la tierra es esencial —Georges Duby ha escrito, de un modo restrictivo, creo: «En la civilización de ese tiempo, el campo lo era todo»—, en que la posesión de la tierra es capital para definir el rango social.

Ahora bien, si no hay razón alguna para negar a esta sociedad el epíteto de «feudal», es preciso al mismo tiempo comprender que la feudalidad, que corresponde, cierto es, a una estructura económica, no se confunde con ella. Marx y Engels, que están muy lejos de ser sospechosos de minimizar el papel de la economía en una civilización, han subrayado que las estructuras familiares, por ejemplo, quizá definiesen la sociedad feudal en tanto grado como las relaciones de producción.

Es claro que eso equivale a equiparar la sociedad feudal a las sociedades primitivas y legitimar el recurso a ciencias especializadas en el estudio de tales sociedades.

Intentaré, en consecuencia, revalorizar todo cuanto la civilización medieval tiene de primitivo y esclarecer sus estructuras en la disposición de la vida material, de la vida biológica y de la vida mental. En tales sociedades, la dependencia en relación a la naturaleza y a la fisiología es estrecha. Los regímenes alimenticios, el estado sanitario —me refiero al régimen de enfermedades— presentan mayor peso que en las sociedades modernas. La interdependencia entre el terreno natural y físico y de las mentalidades es en ellas más acentuada. Me esforzaré en investigar frecuentemente, si no siempre, la repercusión de las condiciones exteriores sobre las mentalidades y la determinación de los comportamientos por las motivaciones mentales. Como los primitivos, los hombres de la Edad Media pueden antojársenos con frecuencia irracionales, pero, como Claude Lévi-Strauss ha hecho notar, el pensamiento salvaje tiene también sus razones: diferentes, sí, pero muy a menudo más estrictas y más apremiantes que las de nuestra flexible razón. No separar lo objetivo de lo mental es una exigencia que me parece esencial para la comprensión de la civilización medieval.

A mi entender, la sociedad del Occidente medieval se aproxima particularmente a las sociedades primitivas por una cierta atemporalidad. Y no por lo que se ha dado en llamar «indiferencia al tiempo», concepto que creo menos real de lo que se ha afirmado, sino por la lentitud de su vida colectiva. Se trata de una sociedad rural que cambia muy lentamente, que vive, según la expresión de Fernando Braudel, en la larga duración y que se expresa mejor en el folklore que en la historia. Si Carlomagno aparecía como tan próximo a los ojos de los cruzados o a los contemporáneos de San Luis, no es porque ellos ignorasen la cronología, sino porque la cronología los ignoraba a ellos, puesto que, entre la época de Carlomagno y su tiempo, pocas cosas habían cambiado en el fondo; menos, desde luego, que entre 1900 y 1964. Si alguien se asusta por la asimilación de la civili-

1. UN CASTILLO MEDIEVAL: CHATEAU-GAILLARD (LES ANDELYS, EURE).

Esta fortaleza, un plano de la cual podrá verse en el Diccionario de términos incluido al final de este libro, nos es bien conocida por los textos. Según ellos, impresionó a sus contemporáneos por su situación, su fuerza, las circunstancias de su construcción y de su destrucción, que se sucedieron rápidamente. Levantada a partir de 1196 por Ricardo Corazón de León, como una amenaza avanzada contra el rey de Francia, el castillo fue tomado y destruido hacia 1202 por Felipe Augusto, quien le había dado el nombre de Gaillard, *término que significa en francés "petulante", según el cronista Guillaume le Breton. Su destrucción constituyó el preludio a la conquista de Normandía. La situación de los castillos, llamados fuertes o roqueros, nos dan preciosas indicaciones sobre las rutas medievales: en general, controlan un lugar de paso importante, estratégico o comercial, con frecuencia una y otra cosa a la vez.*

2. ROTURACIONES MEDIEVALES Y CAMINOS: «LES VENTES» Y «LE HAUT-BOIS».

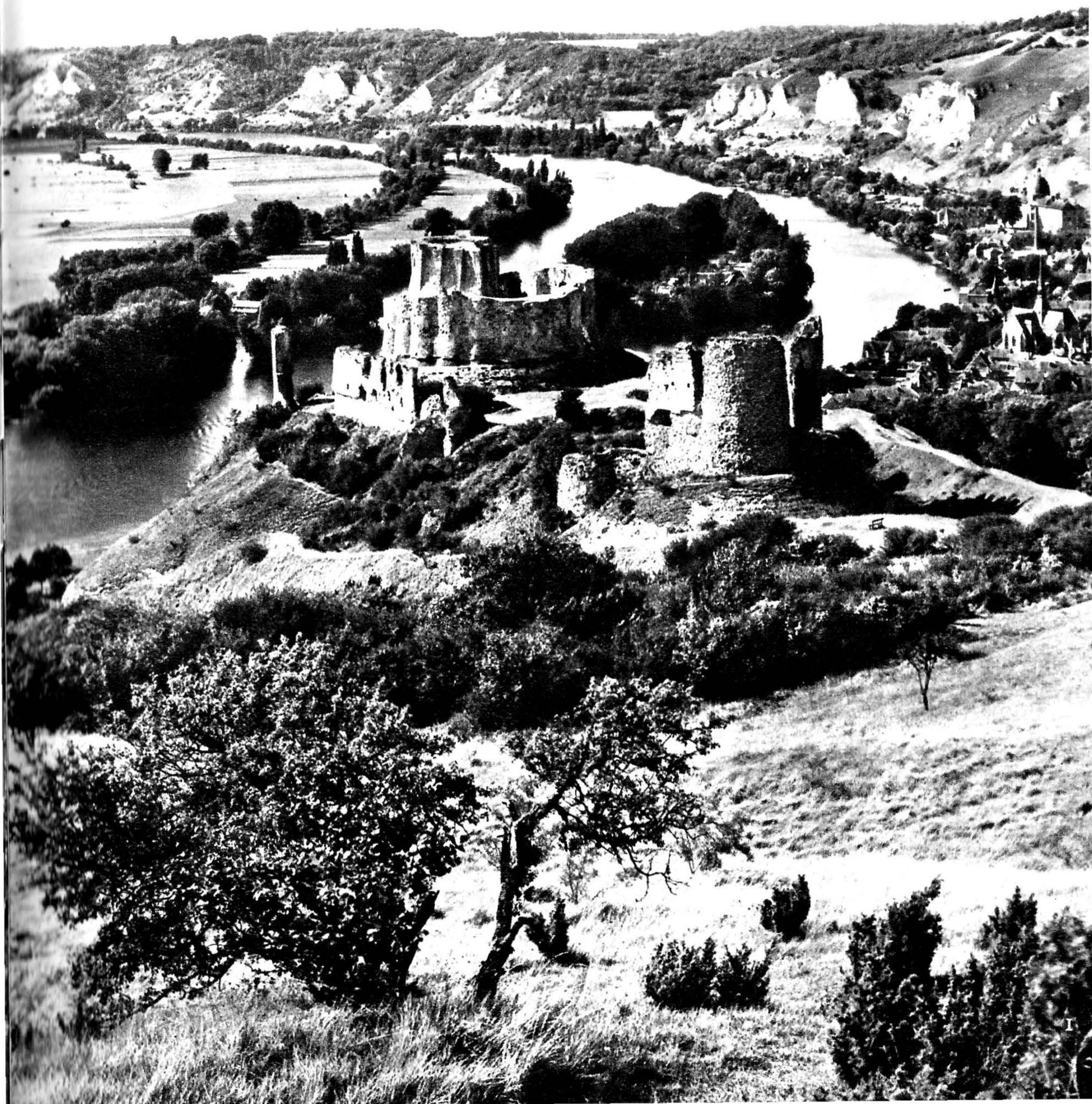
La vía romana que cruza el Itón y se dirige hacia Evreux no determinó la roturación, pero fue utilizada como vía de acceso a las aldeas establecidas en el frente de roturación. Presentan la forma típica de aldea-calle. Las casas prolongan sus bandas de terreno cultivado perpendicularmente a la línea de partida (la calle). Llevan nombres característicos: "les Ventes" ("venta") designa en este caso un trozo de bosque conquistado para el cultivo) y "le Haut-Bois". La roturación data probablemente del siglo XIII. (Les Ventes y Le Haut-Bois, distrito y municipio de Evreux.)

3. POBLACIONES RECONSTRUIDAS: BOYNES.

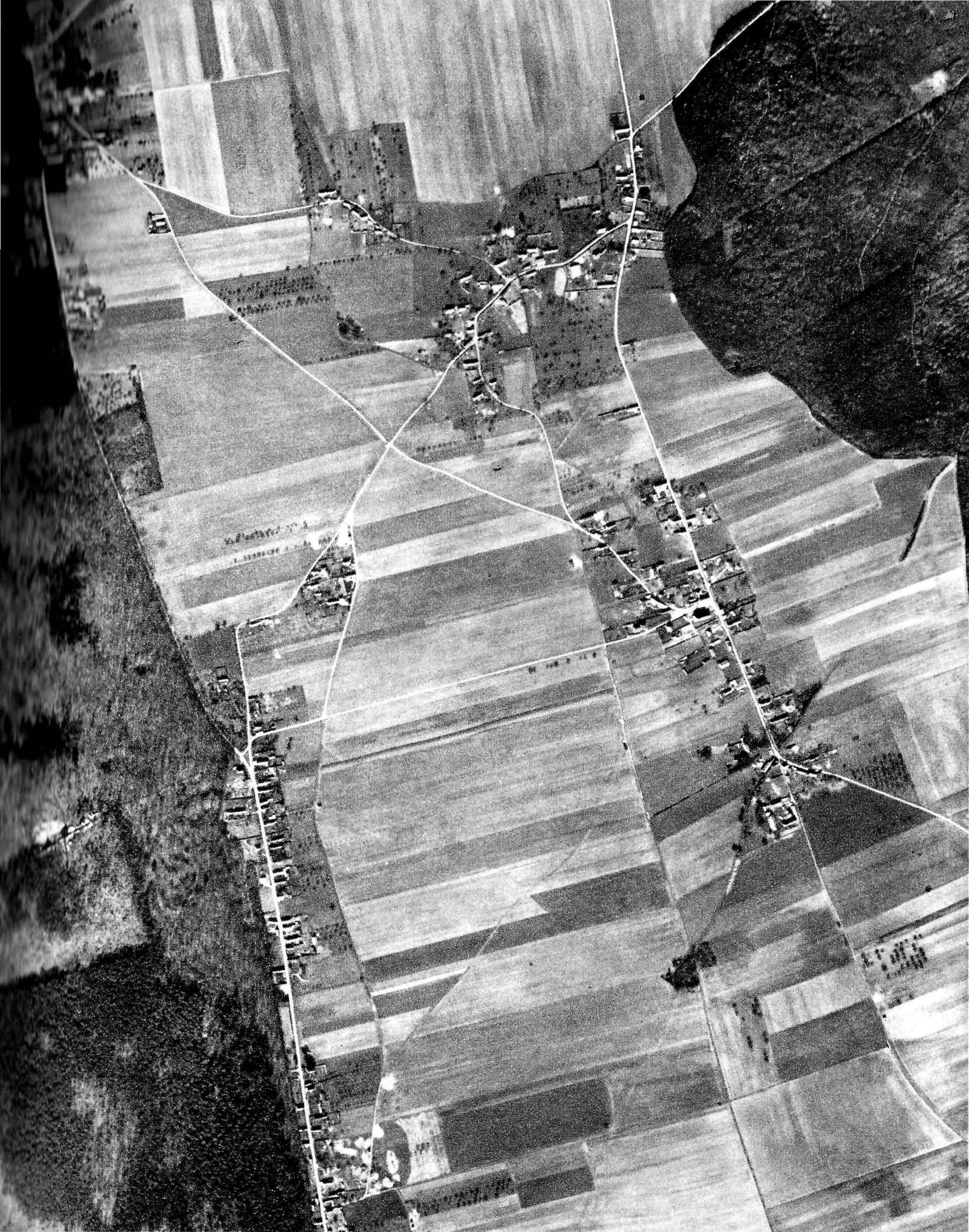
El origen de Boynes, una de esas aglomeraciones entre aldea y ciudad, es anterior al siglo XII. Se conserva todavía una construcción de este siglo, con una cripta románica. Pero su engrandecimiento decisivo tiene lugar durante el siglo XIII: es el momento de la construcción de la iglesia actual y de las fortificaciones, erigidas de acuerdo con un plano cuadrangular, que impone también sus líneas directrices a la cuadrícula de las calles. (Boynes, Loiret, distrito y municipio de Pithiviers.)

4. VILLAS NUEVAS: UNA «BASTIDA», RABASTENS-DE-BIGORRE.

En el año 1306, Guillaume de Rabastens (un albigés), senescal de Bigorre, funda esta villa nueva. Constituye a la vez un centro económico, un punto de apoyo militar, tan necesario en el momento en que Felipe el Hermoso emprende insidiosas campañas contra los ingleses con objeto de ir minando sus posesiones gasconas, y un bastión administrativo y político. La parcelación actual, que prolonga las calles de la villa, conserva la parcelación medieval. La fotografía aérea hace




2





3


4


5







8

9

10

11

resaltar los trazos bien netos, característicos del cultivo "en caballones", de las elevaciones formadas con ocasión del laboreo. Hacia 1306, las tierras más productivas se encontraban ya ocupadas y, por lo tanto, la "villa nueva" hubo de revalorizar los terrenos de inferior calidad. Testimonio del extremo aprovechamiento para el cultivo en una región donde el crecimiento demográfico no se detuvo, como en otras, al comienzo del siglo XIV. (Rabastens-de-Bigorre, Hautes-Pyrénées, cabeza de cantón, distrito de Tarbes.)

5. ABADÍA, ALDEA Y ROTURACIÓN: SAINT-JEAN-AUX-BOIS.

Fue una fundación religiosa la que dio origen en este caso a la roturación. En 1152, la reina Adelaida, viuda de Luis VI, funda una abadía de benedictinos (convertida más tarde, en 1634, en priorato de canónigos agustinianos). A su alrededor, lenta y concéntricamente, se desarrollaron una aldea y su calvero. (Saint-Jean-aux-Bois, Oise, distrito y municipio de Compiègne.)

6. UN CAMINO MEDIEVAL: CAMINO DE SANTIAGO, ENTRE ORENSE Y SANTIAGO DE COMPOSTELA.

Este "camino" es, en realidad, una ruta o vía. Sin embargo, esta última no suele ser durante la Edad Media más que un simple camino, raramente pavimentado, salvo cuando aprovecha un tramo de vía romana, o cuando cruza o se acerca a un puente, a una ciudad, a un monasterio... El que representa la fotografía se halla cerca del monasterio de San Lorenzo de Carboeiro (siglos XI-XII), hoy en ruinas.

7. UNA CIUDAD MEDIEVAL: LA «CITÉ» DE CARCASONA.

Conseguida por el rey de Francia en 1229, después de la Cruzada de los Albigenses, Carcasona pasa a ser asiento de un senescalato real. Como todas las ciudades de la época, fue fortificada bajo San Luis (1226-1270) y Felipe III (1270-1285), mas con un particular cuidado, a causa de los peligros que la amenazaban por todas partes: heréticos y languedocianos, catalano-aragoneses, ingleses (el Príncipe Negro la sitió sin resultados en 1356) y en el siglo XIV, las Grandes Compañías tratan de apoderarse de ella. Sirvió de modelo para las grandes fortificaciones francesas construidas en la orilla derecha del Ródano durante el siglo XIV para enfrentarlas al Imperio. Fue restaurada en el siglo XIX por Viollet-le-Duc. Para las murallas del siglo XIII se habían utilizado los restos de los muros visigóticos del V.

8. UN PUERTO MEDIEVAL: AIGUES-MORTES.

Aigues-Mortes, como otros lugares, nació de la asociación entre la función comercial y el ideal religioso. Construido por San Luis siguiendo el plan regular de las "bastides" de la época, Aigues-Mortes sirvió de puerto de embarque a las fuerzas de la cruzada, pero también de punto de salida al Medite-

rráneo para el reino de Francia, en una época en que las costas del Languedoc y de la Provenza no le pertenecían. Continuó siendo una plaza comercial muy activa durante los siglos XIV y XV. La decadencia de Aviñón, de la que fue el antepuerto, y la asimilación de Montpellier (1349) y de Marsella (1481) a Francia le fueron fatales y determinaron su decadencia.

9. UN PUENTE MEDIEVAL: EL PUENTE SAINT-BÉNÉZET EN AVIÑÓN.

La construcción de los puentes en piedra está ligada al desarrollo del comercio. Sin embargo, todas las gentes que frecuentaban la ruta: peregrinos, mercaderes, clérigos, soldados, se beneficiaban de ellos. Su construcción fue, pues, considerada como una obra pía, a menudo promovida por la Iglesia o por cofradías especiales, los hermanos "pontífices". A ello se debe la frecuente presencia de una capilla edificada sobre el puente. Siendo los gastos de construcción bastante considerables, era preciso suscitar la generosidad de las poblaciones y emprender, al igual que para la edificación de las iglesias, campañas de recaudación. Los milagros acudían muchas veces en auxilio de la empresa. En este caso, un adolescente llamado Bénézet llevó a buen término la obra, en 1177, a fuerza de propaganda y de milagros. En 1184 recibió sepultura en su propio puente y está considerado como un santo.

10. UNA ABADÍA CISTERCIENSE: FONTENAY (CÔTE-D'OR).

Fundada en 1118 por San Bernardo, puede ser juzgada, en consecuencia, como nieta de Cîteaux e hija de Clairvaux. La iglesia, sencilla hasta la austeridad, fue edificada de 1130 a 1147, fecha en la cual fue solemnemente consagrada por el papa Eugenio III, amigo de San Bernardo. Entre las construcciones monásticas, conservadas en parte, se encuentra (en la extrema derecha, entre los árboles) una herrería de 53 por 13,50 metros, construida a finales del siglo XII en el mismo estilo que el resto de las edificaciones.

11. UNA ABADÍA CISTERCIENSE: RIEVAULX (YORKSHIRE).

Si el asiento de Rievaulx, fundado en 1131 sobre un pequeño valle (Vale of Pickering) regado por el Rye (Rye Vale), en medio de las landas del Yorkshire, es una típica muestra del deseo de aislamiento profesado por los primeros cistercienses, su rápido enriquecimiento, debido, como en la mayor parte de las abadías cistercienses inglesas, a la cría de los carneros y a la venta de la lana, permitió elevar imponentes edificaciones muy alejadas ya de la simplicidad de Fontenay. La gran iglesia cruciforme, actualmente en ruinas, pertenece por sus características esenciales al primer período del gótico inglés (finales del siglo XII - primera mitad del XIII), denominado early english.

zación medieval a una civilización primitiva, lo que no significa en modo alguno despreciarla, que acepte por lo menos ver en ella una de esas civilizaciones que André Varagnac llama «tradicionales».

¿Será necesario añadir que, al hacer retroceder a la civilización medieval al puesto del que la moderna *leyenda dorada* la ha sacado de forma desconsiderada, en mi opinión, para acercarla excesivamente a nosotros, no me disimulo, ni querría disimular a los lectores de este ensayo, que ella tiene por derecho un lugar en la historia del progreso, si se cree —como lo hacía ella misma en un sentido de la historia— que no se ha mantenido inmóvil ni en el tiempo ni en el espacio?

De que ha sido una época progresista se pueden dar múltiples formulaciones, incluso dentro de las más tradicionales, tanto si se piensa con unos que el cristianismo ha significado un progreso decisivo sobre el paganismo, como si se cree con otros —¿y por qué no los mismos?— que el feudalismo ha supuesto una etapa positiva entre la esclavitud y el capitalismo.

Si uno desea colocarse en esta óptica evolucionista, será preciso, evidentemente, entrar en más detalles y matices, evaluar, tal como intentaré bosquejar más adelante, la innegable regresión que ha constituido para el mundo occidental la Alta Edad Media barbarizada y apreciar si esas destrucciones y ese retroceso eran necesarios para el vuelo que se dibuja durante la Edad Media y que desembocará en el mundo moderno. La Edad Media —después de San Agustín— se ha planteado el problema y, a su manera, es decir, en una perspectiva de historia religiosa, de historia de la salvación, ha optado por una respuesta optimista.

Que la civilización medieval haya evolucionado entre el siglo v y el xv no pienso negarlo en manera alguna. Intentaré, no solamente en el dibujo del trazado cronológico del Occidente medieval por el que comenzará esta obra, sino asimismo en la parte en apariencia más estática consagrada a la civilización misma, subrayar esas evoluciones y, ¿por qué no decirlo?, esos progresos. La civilización medieval no sólo cambia —aunque con lentitud—, sino que conoce aceleraciones, retrocesos. Se habla con frecuencia, a este propósito, un poco inconsideradamente a veces, es verdad, de un Renacimiento carolingio, de un Renacimiento del siglo xii —Roberto López ha planteado incluso la cuestión *(Still Another Renaissance?)* de un Renacimiento durante el siglo x—, con mayor seguridad de una crisis y, en todo caso, de una coyuntura. Por otro lado, he escogido para analizar esta civilización un período limitado, aunque largo, que va de las proximidades del año mil al comienzo del siglo xiv. Fase de desarrollo, de creci-

miento, en el que la diferencia entre el punto de partida y el de llegada es neta en todos los dominios, pero en el que, mirado en profundidad, las estructuras me parecen lo suficientemente estables para permitir considerar, a su nivel, la cronología como prescindible.

Me guardaré bien, igualmente, de poner en escena durante este período un sujeto abstracto, o colectivo, de la historia medieval, esos «hombres de la Edad Media» con demasiada reiteración invocados y de los que Lucien Febvre se ha burlado justamente por la buena razón de que no han existido jamás. Me esforzaré siempre en distinguirlos de acuerdo con las categorías sociales, más notablemente diferenciadas, como se sabe, que en la mayor parte de las sociedades contemporáneas. Pero me interesaré de un modo particular en aquello que juzgo colectivo, si no general, dentro de la civilización medieval. El carácter primitivo que me parece reconocer en esta sociedad justifica precisamente a mis ojos la aprehensión de mentalidades —si no de condiciones económicas y sociales— menos diferenciadas de lo que los métodos de la historia tradicional harían resaltar.

Insistiré, en fin, sobre la movilidad espacial de esta sociedad que, de esta forma, compensaba un cierto inmovilismo en el tiempo. Marc Bloch ha hablado, con respecto a ello, de una especie de movimiento browniano y acaso sea conveniente subrayar a este propósito la ceguera de los juristas, que han creado el mito de los «siervos de la gleba», y el error cometido con frecuencia cuando se imagina a las sociedades rurales tan poco dispuestas a trasladarse como a transformarse. La sociedad medieval ha sido seminómada. La necesidad de tierra, las vicisitudes guerreras, las inquietudes religiosas, todo la empujaba a moverse.

Se extrañará no encontrar en esta sociedad medieval tantos de esos mercaderes, intelectuales y burgueses como se ha pretendido desde hace algún tiempo hacer pulular en las obras consagradas al mundo medieval. Ello se debe a que, antes del siglo XIV, es decir, dentro del cuadro cronológico esencial de este ensayo, eran poco numerosos y poco importantes. Las ilustraciones reforzarán, aún más, sin duda, esta impresión. La iconografía, en efecto, se halla en toda sociedad en poder de las clases dirigentes y evoluciona, como la mayor parte de las expresiones literarias o artísticas de una sociedad, con un cierto retraso, con una cierta diferencia respecto a las estructuras económicas y sociales, incluso respecto a las políticas. El clero y la aristocracia concedieron su lugar a los campesinos, dentro de la iconografía medieval, no solamente a causa de su número, sino porque, en la ideología dominante, importaba manifestar, mediante el arte, esta imagen de una sociedad jerarquizada pero solidaria y armoniosa, que

había interés en oponer a eventuales reivindicaciones o revueltas. El burgués, el mercader, el universitario, en cambio, se han abierto difícilmente el camino hacia la representación figurada. Es verdad que tomarán su desquite destruyendo el arte simbólico y sacral de la Edad Media, substituyéndolo por el realismo del retrato. Pero eso no ocurrirá sino después del siglo XIII. Las ilustraciones, que se han situado tan próximas como ha sido posible al texto, tienen, por esas mismas ausencias, un valor documental.

Más todavía, el lector corre el peligro de juzgar que me he inclinado con exceso en mi cuadro hacia los colores sombríos y, debido a ello, soñar por oposición con delicia y credulidad en la imagen encantadora que la *leyenda dorada* ha insinuado en su espíritu. Quizá caiga en la tentación de exorcizar mi Edad Media de hambres, de epidemias, de atrocidades, de groserías, para volver a encontrar una Edad Media de cantos sublimes, de catedrales maravillosas, de santos admirables. Solamente quisiera que éstos, que han existido, en efecto, como excepciones, no le oculten el resto, que era, en definitiva, lo común.

Si me permite un consejo muy trivial, diré al lector que, frente a esas tentaciones de evasión hacia una Edad Media transfigurada, se pregunte honestamente si le satisfaría, por la virtud de un Merlín o de un Oberón, verse transportado a aquel tiempo y vivir en él. Que piense que las gentes de la Edad Media —y en este aspecto puede decirse, sin temor a engaño, que todas las gentes de la Edad Media— no han soñado, por su parte, más que en huir de su tiempo y ganar un más allá, el cielo, y que, entre tantos terrores que los hacían temblar, el menor era el temor de la muerte —la muerte, la gran ausente de la iconografía medieval antes del siglo XIV.

PRIMERA PARTE

LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA

CAPÍTULO I

LA INSTALACIÓN DE LOS BÁRBAROS

(SIGLOS V-VII)

EL Occidente medieval nació sobre las ruinas del mundo romano. En él encontró a la vez apoyo y dificultad. Roma fue al mismo tiempo su nodriza y el agente de su parálisis.

Para comenzar, Roma legó a la Europa medieval la dramática alternativa simbolizada por la leyenda de sus orígenes: la Roma encerrada del *pomerium* y del *templum* triunfando sobre la Roma sin límites, sin murallas, vanamente bosquejada por el infortunado Remo.

Puesta por Rómulo bajo el signo del encierro, la historia romana, aun en sus éxitos, no es más que la historia de una grandiosa clausura. La Ciudad reúne en torno a ella un espacio dilatado por las conquistas hasta un perímetro óptimo de defensa, que ella misma se encarga, en el siglo I, de encerrar detrás del *limes,* verdadera muralla de China del mundo occidental. En el interior de esa muralla, Roma explota y beneficia sin crear: ninguna innovación técnica desde la época helenística; una economía alimentada por el pillaje, a la que las guerras victoriosas proporcionan la mano de obra servil y los metales preciosos, extraídos de los tesoros reunidos por el Oriente. Se distingue en las artes conservadoras: la guerra siempre defensiva, pese a las apariencias de conquista; el derecho, que se levanta sobre el andamiaje de los precedentes y se precave contra las innovaciones; el sentido del Estado, que asegura la estabilidad de las instituciones; la arquitectura, arte por excelencia de la habitación.

Esta obra maestra de inmovilismo que ha constituido la civilización romana fue atacada, en la segunda mitad del siglo II, por la erosión de las fuerzas de destrucción y de renovación.

La gran crisis del siglo III zapa el edificio, la unidad del mundo romano se deshace: el corazón, Roma e Italia, se esclerosa, no irriga ya a los miem-

bros que tratan de vivir con una vida propia. Las provincias se emancipan primero, después se hacen conquistadoras. Hispanos, galos y orientales invaden el Senado. Los emperadores Trajano y Adriano son de origen hispano, Antonino de ascendencia gala y, bajo la dinastía de los Severos, los emperadores son africanos y las emperatrices, sirias. En el año 212, el edicto de Caracalla concede el derecho de ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio. Tanto como el éxito de la romanización, esta ascensión provincial manifiesta el crecimiento de las fuerzas centrífugas. El Occidente medieval heredará esta lucha: ¿unidad o diversidad, cristiandad o naciones?

Hay todavía un desequilibrio más profundo: el Occidente pierde su sustancia en provecho del Oriente. El oro que paga las importaciones de lujo huye hacia el Este, productor e intermediario, cuyos mercaderes, judíos y sirios, monopolizan el gran comercio. Las ciudades de Occidente sufren de anemia mientras las de Oriente prosperan.

La fundación de Constantinopla, la Nueva Roma, llevada a cabo por Constantino (324-330), materializa esta pendiente del mundo romano hacia el Oriente. En consecuencia, la división estigmatizará también al mundo medieval. Los esfuerzos de unión entre el Occidente y el Oriente no resistirán a una evolución a partir de este momento divergente. Y el cisma quedará inscrito entre las realidades del siglo IV. Bizancio no hará sino continuar a Roma y, bajo las apariencias de la prosperidad y del prestigio, perseguirá tras sus murallas hasta 1453 la agonía romana. El Occidente, empobrecido, barbarizado, habrá de rehacer las etapas de un vuelo que le abrirá, al final de la Edad Media, los caminos del mundo entero.

Y lo que es más grave todavía, la fortaleza romana de la que partían las legiones a la captura de prisioneros y de botín, se verá asediada y, bien pronto, forzada. La última gran guerra victoriosa data de Trajano, y el oro de los dacios, obtenido después del 107, supondrá el último alimento sustancioso para la prosperidad romana. Al agotamiento exterior se añade el estancamiento interior y, ya desde un principio, se origina la crisis demográfica que torna aguda la penuria de la mano de obra servil. En el siglo II, Marco Aurelio logra mantener el asalto bárbaro en el Danubio; muere allí en el 180. El siglo III, por su parte, presencia un asalto general a las fronteras del *limes*. Se apacigua, al fin, menos por los éxitos militares de los emperadores ilirios de fin de siglo y de sus sucesores que por la calma momentánea determinada al acoger a los bárbaros como federados y aliados y admitirlos en el ejército o en las fronteras interiores del Imperio: primeros bosquejos de una fusión que caracteriza a la Edad Media.

Los emperadores creen conjurar el destino abandonando los dioses tutelares que han fracasado por el Dios nuevo de los cristianos. La renovación constantiniana semeja justificar todas las esperanzas: bajo la égida del Cristo, la prosperidad y la paz retornan. No se trata sino de un breve respiro. El cristianismo se muestra, en realidad, como un falso aliado de Roma. Las estructuras romanas no significan para la Iglesia más que un marco en el cual moldearse, un fundamento sobre el que apoyarse, un instrumento para afirmarse. Religión de vocación universal, el cristianismo duda en encerrarse dentro de los límites de una civilización dada. Cierto que será el principal agente de transmisión de la cultura romana al Occidente medieval. Cierto que heredará de Roma y de sus orígenes históricos la tendencia a replegarse en sí mismo. Pero, frente a esta religión cerrada, la Edad Media occidental conocerá también una religión abierta y el diálogo de las dos caras del cristianismo dominará esa edad intermedia.

Economía cerrada o economía abierta, mundo rural o mundo urbano, fortaleza única o casas diversas, el Occidente medieval empleará diez siglos en resolver tales alternativas.

* * *

Si bien la crisis del mundo romano durante el siglo III constituye el comienzo del trastorno del cual iba a nacer el Occidente medieval, es legítimo considerar las invasiones bárbaras del siglo V como el acontecimiento que precipita las transformaciones, les infunde un giro catastrófico y modifica profundamente su aspecto.

Las invasiones germánicas no suponen, en el siglo V, una novedad para el mundo romano. Aun sin remontarse a los cimbrios y a los teutones, vencidos por Mario en los comienzos del siglo II antes de J. C., es preciso recordar que, desde el reinado de Marco Aurelio (161-180), la amenaza germánica pesaba de un modo permanente sobre el Imperio. Las invasiones bárbaras son uno de los elementos esenciales de la crisis del siglo III. Los emperadores galos e ilirios de finales del siglo III contuvieron durante un tiempo el peligro. Pero —para limitarnos a la zona occidental del Imperio— la gran incursión de los alamanes, de los francos y otros pueblos germánicos, que, en el año 276, saquean la Galia, la Hispania y la Italia del Norte, prefigura la gran invasión del siglo V. Su aventura deja heridas mal cicatrizadas —campiñas devastadas, ciudades arruinadas—, precipita la evolución económica —decadencia de la agricultura, repliegue urbano—, la recesión demográfica y las transformaciones sociales: los campesinos deben colocarse bajo el patronato cada vez más pesado de los grandes propietarios,



IRLANDA
York
XII
YUTOS
FRISONES
SAJONES
FRANCOS
LOMBARDO
Weser
Elba
Oder
Mosa
Rin
Sena
Tréveris
ALAMANES
MARCOMANOS
Loira
XIII
Tours
Danubio
OCÉANO ATLÁNTICO
XIV
Garona
Vienne
IX
Milán
Aquilea
VIII
Sirmi
Ródano
Arles
Po
Marsella
Lérins
Ebro
XV
Tajo
CÓRCEGA
X
Roma
Córdoba
Elvira
BALEARES
CERDEÑA
MAR INT
XV
Hippona
Cartago
SICILIA
XI
0 200 400 600 km

1. EL MUNDO ROMANO A FINALES DEL SIGLO IV



que pasan a convertirse asimismo en jefes de bandas militares, y la situación del colono se acerca cada vez más a la del esclavo. Y, a veces, la miseria de los agricultores desemboca en revolución: circoncelios africanos, bagaudos galos e hispanos, la revuelta de los cuales se hace endémica durante los siglos IV y V.

De la misma manera, aparece en Oriente un pueblo bárbaro que recorrerá su camino y desempeñará en Occidente un papel capital: los godos. En 269 se ven contenidos por el emperador Claudio II en Nisch, pero ocupan la Dacia y su brillante victoria sobre el emperador Graciano, el 9 de agosto de 378, si bien no ha sido el acontecimiento decisivo pintado con terror por tantos historiadores «romanófilos» («Podríamos detenernos aquí —escribe Victor Duruy—, ya que de Roma no queda nada: creencias, instituciones, curia, organización militar, artes, literatura, todo ha desaparecido»), es, por lo menos, el trueno anunciador de la tempestad que va a sumergir el Occidente romano.

Gracias a la historia de Jordanes, tendenciosa, desde luego, puesto que él mismo es de origen bárbaro, y tardía, puesto que escribe a mediados del siglo VI, nos hallamos mejor informados sobre los godos que sobre el resto de los pueblos invasores. Jordanes utiliza una documentación escrita y oral seria. En particular, ha tenido en cuenta la *Historia de los Godos,* perdida para nosotros, de Casiodoro. Los historiadores y los arqueólogos confirman en líneas generales los «Wanderungen» realizados por los godos según Jordanes, desde Escandinavia al mar de Azov, a través del Mecklemburgo, la Pomerania y las marismas del Pripet. Hacia 230, han fundado un estado en Rusia meridional. «De la isla de Scanzia (Suecia) —escribe Jordanes—, que es una especie de fábrica de pueblos o, si se prefiere, de matriz de naciones, fue de donde salieron los godos con su rey, llamado Berg. Después de haber avanzado hasta las estancias de los Ulmeruges (Pomerania oriental), creciendo sin cesar sus pueblos, decidieron los godos, bajo el reinado de su quinto rey, después de Berg, empujar hacia adelante su ejército, seguido por las familias, para buscar más vastas estancias y territorios más convenientes. Y, de esta manera, los godos llegaron a la Escitia. La gran fertilidad de la región sedujo al ejército; pero después de que una mitad hubo pasado, el puente que había permitido cruzar el río se hundió, de tal forma que ya no les fue posible avanzar ni retroceder, pues ese país está lleno de marismas movedizas que lo rodean a la manera de un abismo.»

Las causas de las invasiones nos importan poco. Crecimiento demográfico y atracción de territorios más ricos, motivos invocados por Jordanes, no pudieron intervenir sino a continuación de un impulso inicial, que bien

pudo haber sido un cambio de clima, una baja de la temperatura que, de Siberia a Escandinavia, hubiese reducido los terrenos de cultivo y de pastoreo de los pueblos bárbaros y, uno empujando al otro, los hubiesen puesto en movimiento hacia el Sur y el Oeste, hasta los Finisterres occidentales: la Bretaña, que sería más tarde Inglaterra; la Galia, que se convertiría en Francia; la Hispania, el sur de la cual tomaría el nombre de los vándalos (Andalucía), e Italia, que no mantendría sino en su parte norte el nombre de sus invasores tardíos, la Lombardía.

Ciertos aspectos de esas invasiones nos interesan mucho más.

En primer término, toman casi siempre la forma de una huida hacia adelante. Los invasores son fugitivos perseguidos por alguien más fuerte o más cruel que ellos. Su crueldad es, con frecuencia, motivada por la desesperación, sobre todo cuando los romanos les niegan el asilo que ellos piden a menudo pacíficamente.

San Ambrosio, a finales del siglo IV, advierte perfectamente esas invasiones en cadena: «Los hunos se han precipitado sobre los alanos, los alanos sobre los godos, los godos sobre los taifas y los sármatas; los godos, arrojados de su patria, nos han rechazado, a su vez, en Iliria. ¡Y esto no ha acabado todavía!»

En cuanto a Jordanes, subraya que, si los godos tomaron las armas contra los romanos en el año 378, se debió a haber sido acantonados en un territorio exiguo y sin recursos, donde los romanos les vendían a precio de oro carne de perro y de animales repugnantes, haciéndose entregar a sus hijos como esclavos a cambio de un poco de alimento. Fue el hambre quien los armó contra los romanos. Frente a los bárbaros, se da, en efecto, una doble actitud tradicional entre los romanos. Unas veces, según las circunstancias y los hombres, se mostraban dispuestos a acoger a los pueblos que se acumulaban a sus puertas y, a través del estatuto de federados, respetaban sus leyes, sus costumbres y su originalidad. De este modo, desarmaban su agresividad y hacían de ellos en su provecho soldados y campesinos, paliando la crisis de la mano de obra militar y rural.

Los emperadores que practicaron esta política no gozaron de buena reputación entre los tradicionalistas, para quienes los bárbaros se hallaban más cerca de las bestias que de los hombres. He aquí la segunda actitud, que fue la más frecuente.

«Constantino —dice el historiador griego Zósimo— abrió la puerta a los bárbaros... Ello fue la causa de la ruina del Imperio.»

Ammiano Marcelino, por su parte, denuncia la ceguera de Valente que, en el año 376, organiza el paso del Danubio por los godos. «Se despa-

charon numerosos agentes, encargados de procurar medios de transporte a ese pueblo feroz. Se tuvo buen cuidado en que ninguno de los futuros destructores del Imperio romano fuese atacado por enfermedad mortal, ni se quedase en la otra orilla... ¡Y todo ese cuidado, toda esa confusión para terminar con la ruina del mundo romano!» Y lo mismo se censuraba a Teodosio, gran amigo de los godos, *amator generis Gothorum,* según frase de Jordanes.

Ciertos de esos bárbaros adquirieron un renombre especial de fealdad y de crueldad. Veamos, por ejemplo, a los hunos en la célebre descripción de Ammiano Marcelino: «Su ferocidad va más allá de todo lo imaginable: con la ayuda del hierro, trazan profundas cicatrices en las mejillas de los recién nacidos, a fin de destruir todo germen de bozo; de esta manera, envejecen imberbes y sin gracia, semejantes a eunucos. Tienen el cuerpo rechoncho, los miembros robustos, la nuca grosera. Su anchura de espaldas los convierte en terroríficos. Se diría que son animales bípedos o esas figuras mal talladas, en forma de troncos, que guarnecen los parapetos de los puentes... Los hunos no cuecen ni sazonan sus alimentos. Se nutren únicamente de raíces salvajes o de la carne cruda del primer animal que encuentran a mano, recalentándola tan sólo durante cierto tiempo en la grupa de su caballo, sosteniéndola entre sus piernas. No tienen lugar en que abrigarse... Las casas no son empleadas entre ellos, como tampoco las tumbas... Se cubren de lienzo o de pieles de rata de los bosques, cosidas conjuntamente. No cuentan con un traje para el interior y otro para salir. Una vez que se han endosado su túnica de un color desvaído, no se la quitan hasta que se cae de vieja... Podría creérselos clavados sobre sus caballos... No echan pie a tierra ni para comer, ni para beber. Duermen inclinados sobre el magro cuello de su montura, donde reposan a su gusto...»

Y los lombardos, en el siglo VI, llegarán, incluso después de tantas atrocidades, a señalarse por su ferocidad. «Salvajes con un salvajismo peor que toda la salvajería germánica.»

Los autores de tales textos son, sobre todo, paganos que, como herederos de la cultura grecorromana, sienten odio hacia el bárbaro que extermina desde fuera y desde dentro esta civilización, destruyéndola o envileciéndola. No obstante, muchos cristianos, para los cuales el Imperio romano fue la cuna providencial del cristianismo, experimentan la misma repulsión por los invasores. Así, San Ambrosio ve en los bárbaros a enemigos desprovistos de humanidad y exhorta a los cristianos a defender con las armas «la patria contra la invasión bárbara». El obispo Synesio de Cirene llama a los invasores escitas «símbolo de barbarie» y les aplica el verso de la *Ilíada* en el

que Homero aconseja «arrojar a esos perros malditos que arrastra el Destino».

De todas maneras, otros textos hay que suenan de una manera diferente. San Agustín, pese a deplorar las desgracias de los romanos, se niega a ver en la conquista de Roma por Alarico, llevada a cabo en el año 410, otra cosa que un hecho doloroso como la historia romana ha visto tantos, y subraya que, al contrario de la mayor parte de los generales romanos vencedores, que han manchado su reputación con el saqueo de las ciudades conquistadas y el exterminio de sus habitantes, Alarico ha aceptado considerar las iglesias cristianas como asilos y las ha respetado. «Todas las devastaciones, los asesinatos, los saqueos, los incendios y los malos tratos que se han cometido en ese desastre tan reciente de Roma no son sino la consecuencia de las costumbres practicadas en la guerra. Pero esto que ha acontecido por primera vez, el hecho de que ese salvajismo bárbaro, por un prodigioso cambio del aspecto de las cosas, se haya mostrado tan dulce hasta el punto de escoger y designar, para llenarlas con representantes del pueblo, las más vastas basílicas, dentro de las cuales nadie sería acometido, de donde nadie sería arrancado, adonde muchos serían conducidos para su liberación por enemigos compasivos, de donde nadie sería llevado en cautividad ni aun por los más crueles enemigos: esto, en nombre del Cristo, es a los tiempos cristianos a lo que hay que atribuirlo...»

Ahora bien, el texto más extraordinario procede de un simple monje, que, como tal, no tiene las razones de los obispos aristócratas para tratar con circunspección el orden social romano. Hacia el 440, Salviano, que se intitula a sí mismo «sacerdote de Marsella» y que es monje en la isla de Lerin, escribe un tratado, *Del Gobierno de Dios*, que es una apología de la Providencia y un ensayo de explicación de las grandes invasiones.

Para él, la causa de la catástrofe es interior. Son los pecados de los romanos —incluidos los cristianos— los que han destruido el Imperio, y son sus vicios quienes los han entregado a los bárbaros. «Los romanos eran contra sí mismos enemigos peores aún que sus enemigos del exterior, pues, aunque los bárbaros los hubiesen ya vencido, se destruían todavía más por sí mismos.»

Por otro lado, ¿qué se puede reprochar a esos bárbaros? Ellos ignoran la religión. Por lo tanto, si pecan es inconscientemente. Su moral, su cultura es otra. ¿Por qué condenar una cosa sólo porque es diferente?

«El pueblo sajón es cruel; los francos, pérfidos; los gépidos, inhumanos; los hunos, impúdicos. Sin embargo, sus vicios, ¿pueden considerarse tan culpables como los nuestros? ¿La impudicia de los hunos es tan criminal

como la nuestra? ¿La perfidia de los francos tan censurable como la nuestra? ¿Un alamán borracho es tan vituperable como un cristiano borracho? ¿La bellaquería en un huno o en un gépido puede resultar sorprendente, sabiéndole ignorante de que la bellaquería sea una falta? ¿Un alano rapaz es tan condenable como un cristiano rapaz? ¿El perjurio en un franco puede juzgarse inaudito, cuando él piensa que el perjurio es un recurso ordinario y no un crimen?»

Y sobre todo —por encima de sus opiniones personales, que pueden ser discutibles—, Salviano nos da razones profundas del éxito de los bárbaros. Sin duda alguna, existe una superioridad militar por su parte. La excelencia de la caballería bárbara presta todo su valor a la superioridad del armamento. El arma de las invasiones es la espada larga, cortante y puntiaguda, arma de filo, cuya terrible eficacia es la fuente real de las exageraciones literarias de la Edad Media: cascos cortados, cabezas y cuerpos hendidos en dos, a veces, incluso, comprendido el caballo. Ammiano Marcelino anota con horror un hecho de armas de esta clase, desconocido por los romanos. Pero había bárbaros en los ejércitos romanos y, pasada la sorpresa de los primeros choques, una superioridad militar pronto se ve compartida por el adversario.

La verdad es que los bárbaros se beneficiaron de la complicidad, activa o pasiva, de la masa de la población romana. La estructura social del Imperio romano, en el que las capas populares se sentían más y más aplastadas por una minoría de ricos o de poderosos, explica el éxito de las invasiones bárbaras. Escuchemos a Salviano: «Los pobres son despojados, las viudas gimen, los huérfanos son pisoteados, hasta tal punto que muchos de entre ellos, comprendidas gentes de buen nacimiento y que han recibido una educación superior, se refugian entre los enemigos. Para no perecer bajo la persecución pública, van a buscar entre los bárbaros la humanidad de los romanos, porque no pueden soportar más, entre los romanos, la inhumanidad de los bárbaros. No se parecen en nada a los pueblos entre los que buscan refugio. Sus maneras son distintas, no conocen su lenguaje y, me atrevo a decirlo, carecen asimismo del olor fétido que impregna los cuerpos y los vestidos de los bárbaros. Prefieren, sin embargo, plegarse a esa desemejanza de costumbres mejor que sufrir entre los romanos la injusticia y la crueldad. Emigran, pues, hacia los godos o hacia los bagaudos o hacia los otros bárbaros que dominan en todas partes. Y no tienen motivo alguno para arrepentirse de este destierro. Porque prefieren vivir libres bajo una apariencia de esclavitud, que ser esclavos bajo una apariencia de libertad. El nombre de ciudadano romano, antaño no sólo muy estimado, sino inclu-

so pagado a alto precio, es hoy día repudiado y despreciado. Y no solamente se le considera como de poco valor, sino que le juzga abominable... De ahí viene que aun los que no huyen hacia los bárbaros se ven de todas formas obligados a hacerse bárbaros, como ocurre con la mayoría de los hispanos y una parte notable de los galos y con todos aquellos a quienes, sobre la extensión del mundo romano, la iniquidad romana obliga a dejar de ser romanos. Hablemos ahora de los bagaudos, que, despojados por jueces injustos y sanguinarios, apaleados, muertos, tras haber perdido el derecho de la libertad romana, han perdido también el honor del nombre romano. Y los llamamos rebeldes, hombres perdidos, cuando somos nosotros quienes les hemos obligado a convertirse en criminales.»

Todo queda dicho en esas frases: la convivencia entre el bárbaro y el sublevado, el godo y el bagaudo, y la evolución de las masas populares romanas, que las barbariza antes de que los bárbaros hayan llegado. El erudito que ha pretendido que «la civilización romana no ha muerto de su bella muerte», sino que «ha sido asesinada», ha dicho tres cosas contrarias a la verdad, porque la realidad es que la civilización romana se ha suicidado y que ese suicidio no ha tenido nada de bello. Por otra parte, no ha muerto a causa de él, dado que las civilizaciones no son mortales, y la romana, a través de los bárbaros, ha sobrevivido durante la Edad Media y aun más allá de ella.

A decir verdad, la instalación de algunos bárbaros en el suelo romano se había efectuado a satisfacción de todos. El panegirista de Constancio Cloro, a principios del siglo IV, declara: «El camavo labra para nosotros. Él, que nos ha arruinado durante tanto tiempo con sus pillajes, se ocupa ahora de enriquecernos. Helo aquí vestido como un campesino que se agota trabajando. Frecuenta nuestros mercados y lleva a ellos sus bestias para venderlas. Grandes espacios incultos en el territorio de Amiens, de Beauvais, de Troyes, de Langres reverdecen ahora gracias a los bárbaros.» La misma forma de expresarse encontramos en otro galo, el retórico Pacatus, que en el año 389 acudió a Roma para pronunciar el panegírico de Teodosio. En su discurso felicita al emperador por haber hecho de los godos, en otro tiempo enemigos de Roma, campesinos y soldados a su servicio.

En medio de las desgracias, espíritus clarividentes perciben la única solución viable para el porvenir: la fusión entre bárbaros y romanos. El retórico Temistius, al final del siglo IV, predice: «De momento, las heridas que los godos nos han infligido están todavía recientes. Mas pronto tendremos en ellos compañeros de mesa y de combate y ellos participarán en nuestras funciones públicas.»

Palabras demasiado optimistas, porque si, a la larga, la realidad llegó a parecerse al cuadro excesivamente idílico de Temistius, fue con la diferencia notable de que los bárbaros vencedores admitieron a su lado a los romanos vencidos.

De todas maneras, la asimilación de los dos grupos se vio desde un principio favorecida por determinadas circunstancias.

Los bárbaros que se instalaron durante el siglo v en el Imperio romano no eran esos pueblos jóvenes pero salvajes, apenas salidos de sus bosques o de sus estepas, que nos pintan sus detractores de la época o sus admiradores modernos. Si bien no eran, como Fustel de Coulanges ha pretendido con evidente exageración, los restos de una raza debilitada, «desgarrada por sus largas luchas interiores, enervada por una serie de revoluciones sociales y que había perdido ya sus instituciones», habían evolucionado mucho, sin embargo, gracias a los desplazamientos, con frecuencia seculares, que habían acabado por lanzarlos sobre el mundo romano. Habían visto mucho, aprendido mucho y retenido no poco. Sus caminos los habían puesto en contacto con culturas y civilizaciones de las cuales habían tomado costumbres, artes y técnicas. Directa o indirectamente, la mayor parte de ellos habían recibido la influencia de las culturas asiáticas, del mundo iranio y del mismo mundo greco-romano, especialmente en su parte oriental que, en vías ya de convertirse en bizantina, seguía siendo la más rica y la más brillante.

Ellos aportaron al Occidente técnicas metalúrgicas refinadas: adamascado, técnicas de orfebrería, el arte del cuero y el arte admirable de las estepas y sus motivos animales estilizados. Con frecuencia se habían sentido seducidos por la cultura de los imperios vecinos y habían concebido por el saber y el lujo una admiración sin duda torpe y superficial, pero no exenta de respeto.

Los hunos de Atila * distan mucho de ser los salvajes pintados por Ammiano Marcelino. Cierto que hay elementos de leyenda en la imagen de la corte de Atila abierta a los filósofos. No obstante, es notable el hecho de que, en el 448, un médico galo reputado, Eudoxio, comprometido por sus relaciones con los bagaudos, se refugie entre los hunos. El mismo año, un embajador romano de Constantinopla en la corte de Atila, Prisco, encuentra allí a un romano de Mesia que, prisionero, ha iniciado una nueva vida con sus amos, se ha casado con una mujer bárbara y que le ensalza la organización social de los hunos en comparación con la del mundo romano.

Jordanes, que escribe más tarde, en el siglo vi, dice de los godos con evidente parcialidad: «Esta nación tuvo por rey a Zalmoxes, filósofo cuya

(*) Para las palabras seguidas de asterisco, véase diccionario al final del libro.



I. MINIATURA ROMÁNICA: LA TEMPESTAD.

Esta miniatura pertenece al célebre evangeliario de la abadesa Hulda de Meschede, que fue realizado en Colonia durante el primer cuarto del siglo XI. Ilustra la escena evangélica de Jesús y los apóstoles en medio de la tempestad (Mateo, 8, 23-27), escena muy apreciada por las gentes de la Edad Media, sensibles a los peligros del mar y a su simbolismo. Pero el mayor valor de la escena radica en su realismo, característico del estilo "pintoresco" e "impresionista" de la Escuela de Colonia. Los colores (azul pizarra, rojo ladrillo, blanco) revelan en el artista un gusto muy individualizado. El "espíritu románico" impregna toda la composición, deformada para alcanzar los límites del cuadro. El tipo de las figuras se relaciona todavía con el estilo arcaizante de la tradición carolingia y otoniana. (Darmstadt, Biblioteca Nacional, Códice 1640.)

ciencia prodigiosa testimonian la mayor parte de los analistas. Ya antes contaron con hombres de gran saber: Zeutas, después Dicenio... Los godos no están faltos, pues, de profesores para aprender la filosofía. Por otra parte, fueron siempre más cultos que la mayor parte de los bárbaros. Igualaban casi a los griegos, según Dión, que ha escrito su historia en lengua griega.»

Además, otro acontecimiento capital había transformado la fisonomía de los invasores bárbaros. Si bien una parte de ellos había continuado siendo pagana, otra parte, y no la menor, se había convertido al cristianismo. Ahora bien, por un curioso azar, que daría lugar a graves consecuencias, esos bárbaros convertidos —ostrogodos, visigodos, burgundos, vándalos y más tarde lombardos— lo habrían sido al arrianismo, doctrina que, a partir del concilio de Nicea, había quedado definida como herejía. Habían sido, en efecto, cristianizados por «el apóstol de los godos» Ulfila *, nieto de capadocios cristianos, hechos prisioneros por los godos en el año 264. El niño «goticizado» había sido enviado en su juventud a Constantinopla, donde había sido ganado por el arrianismo. Al regresar como obispo misionero cerca de los godos, tradujo para su edificación la Biblia al gótico, logrando con ello un pueblo de heréticos. De esta manera, lo que pudo haber significado un lazo religioso, supuso, por el contrario, una causa de discordia y originó ásperas luchas entre bárbaros arrianos y romanos católicos.

Quedaba la atracción ejercida por la civilización romana sobre los bárbaros. No solamente los jefes bárbaros llamaron a romanos para que les sirvieran de consejeros, sino que procuraron con frecuencia imitar las costumbres romanas y decorarse con títulos romanos: cónsules, patricios, etc. Se presentaban no como enemigos, sino como admiradores de las instituciones romanas. Como máximo, se les podía tomar como usurpadores. No eran más que la última generación de aquellos extranjeros, hispanos, galos, africanos, ilirios, orientales, que, poco a poco, habían escalado las más altas magistraturas, incluso la púrpura imperial. Más aún: ningún soberano bárbaro osó nombrarse a sí mismo emperador. Cuando Odoacro depuso en el año 476 al emperador de Occidente, Rómulo Augústulo, envió al emperador Zenón de Constantinopla las insignias imperiales, con la indicación de que un solo emperador bastaba. «Admiramos los títulos concedidos por el emperador más que los nuestros», escribe un rey bárbaro a un emperador romano. El más poderoso de todos esos reyes, Teodorico, toma el nombre romano de Flavio y escribe al emperador: *Ego qui sum servus vester et filius*, «Yo que soy vuestro siervo y vuestro hijo»,

y le declara que su sola ambición es hacer de su reino «una imitación del vuestro, una copia de vuestro imperio sin rival». Es preciso esperar al año 800 y al advenimiento de Carlomagno para que un jefe bárbaro ose llamarse emperador.

De este modo, cada uno de los campos parecía haber recorrido el camino para acudir al encuentro del otro. Los romanos decadentes, barbarizados, del interior se rebajan hasta el nivel de los bárbaros desbastados, pulimentados, del exterior.

Así, pues, quede bien claro que no se puede ver en las invasiones bárbaras un episodio de instalación pacífica o, como se ha llegado a decir, un poco en broma, un fenómeno de «desplazamientos turísticos».

Con seguridad, aquellos tiempos fueron, ante todo, tiempos de confusión. Confusión nacida ya, desde un principio, de la mezcolanza misma de los invasores. En el curso de su camino, las tribus y los pueblos habían combatido entre sí, se habían sojuzgado los unos a los otros y se habían entremezclado. A veces formaban confederaciones efímeras, como los hunos, que englobaban en su ejército restos de ostrogodos, de alanos, de sármatas vencidos. Roma probó lanzar a los unos contra los otros e intentó romanizar apresuradamente a los primeros llegados, a fin de hacer de ellos un instrumento contra los siguientes, que se habían mantenido más bárbaros. El vándalo Estilicón, tutor del emperador Honorio, enfrenta al usurpador Eugenio y a su aliado franco, Argobasto, un ejército de godos, de alanos y de caucásicos.

Acontecimientos menores, pero significativos, que ocupan un frente esencial, el del Danubio medio, de Passau a Klosterneuburgo, llenan esa historia ejemplar que es la *Vida de San Severino,* que vivió en la segunda mitad del siglo v, tal como la cuenta su discípulo Eugippius. Severino, venido de Oriente, pero latino, intenta organizar en torno a los restos de las poblaciones romanas de la Nórica ripuaria, con la ayuda de la tribu germánica de los rugos y de sus «reyes», la resistencia a la presión de otros invasores, prestos a forzar el paso del río, alamanes, godos, hérulos, turingios... El monje-ermitaño va de una a otra de las ciudades fortificadas, en las cuales se ha refugiado la población romana y ruga. Lucha contra la herejía, el paganismo, el hambre. Opone a las incursiones de los bárbaros las armas espirituales, ya que le faltan las materiales. Pone en guardia a los habitantes contra las imprudencias: salir de los campos fortificados para recoger los frutos o hacer la siega supone exponerse a ser muerto o hecho prisionero por el enemigo. Mediante la palabra, mediante milagros, mediante el poder de las reliquias de los santos, intimida o doblega a los bár-

baros. No se hace ilusiones. Cuando gentes optimistas o inconscientes le ruegan que les consiga del jefe rugo el derecho de comerciar, responde: «¿Para qué pensar en mercancías para lugares de los que ningún mercader podrá regresar?» Eugippius describe de modo maravilloso la confusión de los acontecimientos, afirmando que la frontera del Danubio se halla de manera permanente envuelta en la confusión y en situación ambigua: *Utraque Pannonia ceteraque confinia Danuvii rebus turbabantur ambiguis.* Toda organización militar, administrativa y económica desaparece. El hambre se enseñorea del país. Mentalidades y sensibilidades se tornan cada vez más groseras, supersticiosas. Y, poco a poco, llega lo ineluctable. Las fortalezas caen una a una en manos de los bárbaros y, finalmente, después de la muerte del hombre de Dios que había llegado a convertirse en jefe absoluto de esos grupos de desamparados, Odoacro decide la deportación a Italia de los supervivientes. Los deportados llevan con ellos los despojos de Severino y acaban por instalar esta reliquia en un monasterio cerca de Nápoles. Tal es, tal será durante decenios, el final frecuente de las *res ambiguae* de las invasiones.

Confusión aumentada por el terror. Incluso teniendo en cuenta las exageraciones, las narraciones de matanzas, de devastaciones que llenan la literatura del siglo v, no dejan lugar a duda sobre las atrocidades y las destrucciones que acompañaban los «paseos» de los pueblos bárbaros.

He aquí, después de la gran invasión del 417, la situación de la Galia, según Orens, obispo de Auch: «Véase de qué súbita forma la muerte ha pesado sobre el mundo entero, hasta qué punto a violencia de la guerra ha aplastado a los pueblos. Ni las inextricables regiones de los espesos bosques o de las altas montañas, ni la corriente de los ríos de rápidos remolinos, ni el abrigo que constituye para las ciudadelas su situación, para las ciudades sus murallas, ni la barrera que forma el mar, ni las tristes soledades de los desiertos, ni los desfiladeros, ni siquiera las cavernas ocultas por sombrías rocas han podido escapar a las manos de los bárbaros. Muchos perecieron víctimas de la mala fe, muchos del perjurio, muchos denunciados por sus conciudadanos. Las emboscadas han causado mucho daño, mucho también la violencia popular. El que no ha sido domado por la fuerza lo ha sido por el hambre. La madre ha sucumbido miserablemente con sus hijos y su esposo; el amo ha caído en servidumbre al mismo tiempo que sus siervos. Algunos han sido pasto de los perros. Muchos han sido víctimas de sus casas en llamas, que les han servido de pira funeraria. En las ciudades, los dominios, las campiñas, las encrucijadas de los caminos, en todas partes, aquí y allá, a lo largo de las

12. UN TESTIMONIO DE LA CRISTIANIZACIÓN: LA PIEDRA DE JELLING.

Si bien el cristianismo determinó siempre en el país en que fue introducido transformaciones culturales decisivas, con frecuencia se vio obligado a penetrar poco a poco, coexistiendo con las tradiciones paganas. Así, esta piedra de tres caras representa en una de ellas a un monstruo legendario en lucha con una serpiente, y en otra una inscripción en caracteres rúnicos, según la cual, "Harald, rey de los daneses, elevó esta piedra en memoria de Gorm, su padre, y de Thyra, su madre". Sobre la tercera cara, la que aparece en la fotografía, fue esculpida, siguiendo el modelo de los ídolos, la más antigua representación de Cristo conocida en Dinamarca (finales del siglo X). (Jelling, Dinamarca, norte de Jutlandia.)

13. UNA «AUTORIDAD» MEDIEVAL: SAN AGUSTÍN.

Más o menos deformado, San Agustín es, probablemente, el autor, si no más leído, por lo menos el más evocado durante la Edad Media. En esta miniatura, perteneciente a un manuscrito de la abadía de Marchiennes en el Scarpa, fundada por San Amancio en el siglo VII, el santo se muestra con sus vestiduras de obispo, entronizado y rodeado de medallones con los retratos de los patronos de la abadía. En su mano hay un libro en el que dos inscripciones oponen los res *y los* verba: *las cosas y las palabras, y la letra* (littera) *y el espíritu* (sensus), *recordando el texto de San Pablo: la letra mata, pero el espíritu vivifica (II Corintios, 3, 6), alusión a la exégesis evangélica, aquí reducida a la pareja* littera-sensus *en lugar de los* cuatro sentidos. *La inscripción recuerda que las autoridades no son sino la llave para ir más allá de la letra, a fin de alcanzar el espíritu. (Douai, Biblioteca Municipal, manuscrito 250, fol. 2.)*

14. IMPORTANCIA DE LAS REGLAS MONÁSTICAS: SANTA RADEGUNDA.

Esta miniatura, incluida en un manuscrito hallado en el monasterio de Sainte-Croix de Poitiers y correspondiente a finales del siglo XI, representa a la fundadora del monasterio "en majestad", encuadrada por una decoración que simboliza al monasterio como mansión sagrada. Radegunda (hacia 520-587) fue una de esas princesas merovingias que se refugia en el claustro para huir de los horrores y los peligros de la época. Esclava turingia que llegó a ser la quinta esposa de Clotario I, fundó en Poitiers un monasterio femenino, que regentó como abadesa y en el que reunió una colección excepcional de reliquias, la más preciosa de las cuales fue un fragmento de la Vera Cruz (de ahí el nombre del monasterio), enviada desde Constantinopla por el emperador Justino II. (Los donativos de reliquias constituían uno de los más importantes instrumentos de la diplomacia bizantina.) Como la más notable de sus realizaciones, Ra-





13

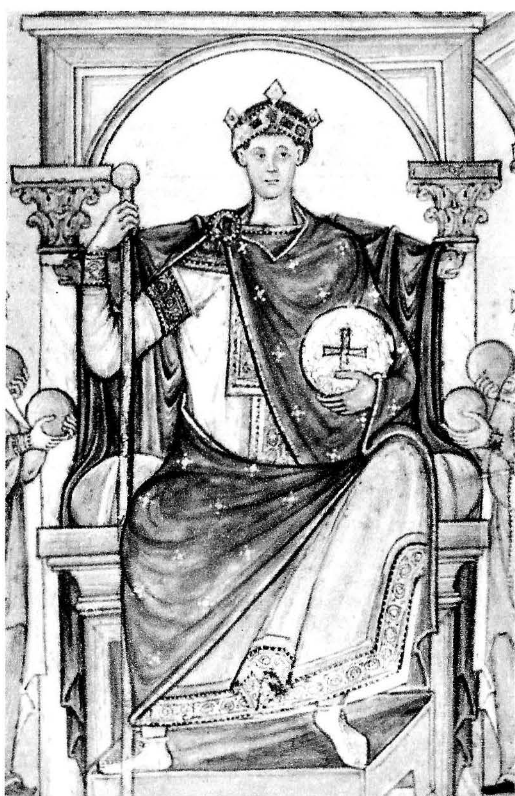


14

15



16





17

18

19



20



degunda impuso, no sin dificultad, a sus monjas la regla de San Cesáreo de Arles, que sostiene en la miniatura, lo cual viene a subrayar la importancia de la organización monástica en un momento en que la regla de San Benito no había sido todavía difundida. Las miniaturas de este manuscrito, que pertenecen al estilo de los frescos contemporáneos suyos en la cripta de la iglesia de Saint-Savin-sur-Gartempe, manifiestan las influencias meridionales sobre el gran centro artístico y religioso de Poitiers, uno de los principales hogares del arte románico. (Poitiers, Biblioteca Municipal, manuscrito 250.)

15. RESTAURACIÓN DEL IMPERIO: CARLOMAGNO.

El emperador se muestra en su trono, con la corona y el cetro. La miniatura se encuentra en un manuscrito del siglo X, que contiene lo esencial de la legislación carolingia: capitulares, ley sálica, ley de los ripuarios, ley de los alemanes, ley de los bávaros. (París, Biblioteca Nacional, manuscrito latino 9654, fol. A v.)

16. RESTAURACIÓN DE LA IDEA IMPERIAL EN EL SIGLO X: OTÓN II.

En esta miniatura, arrancada a un manuscrito de las obras de Gregorio el Grande, ejecutado antes de 983 por el arzobispo de Tréveris, Egberto, puede verse un ejemplo de la propaganda iconográfica llevada a cabo por los Otones en favor de la restauración imperial. La influencia bizantina es muy clara (Otón II estaba casado con una princesa griega, Theófana): trono, diadema, vestido, globo con la cruz, cetro. No obstante, el emperador no pretende la supremacía sino en Occidente. Las cuatro mujeres (invisibles en el grabado) que representan a las naciones, si no sujetas, por lo menos satélites del Imperio, aparecen designadas como la Germania, la Francia, la Italia y la Alemania. (Chantilly, Museo Condé.)

17. LA CRISTIANIZACIÓN: UN MILAGRO DE SAN BENITO.

Capitel del coro, en el monasterio de Fleury (Saint-Benoît-sur-Loire). Data, probablemente, del período 1067-1108. Es, verosímilmente, obra del monje Hugo de Santa María, que dejó su nombre sobre muchos capiteles. La escena, tomada del segundo libro de los Diálogos *de Gregorio el Grande, narra un milagro que se puede suponer como acaecido a finales del siglo XI, en el período en que la Iglesia lucha contra la clase feudal y se presenta como la sostenedora del pueblo contra los señores. Un bandolero (que reviste aquí la figura de un caballero, con la cota de mallas y la espada, su caballo y su escudo atados a un árbol) pretende robar a un campesino, quien le dice que ha confiado todos sus bienes a San Benito. El bandido se hace conducir hasta el santo, que está leyendo en su celda. En su presencia, los cordeles que sujetaban al campesino caen por sí solos. El bandolero se arrodilla a los pies*

de San Benito y se convierte. (Saint-Benoît-sur-Loire, Loiret, iglesia abacial.)

18. LA CRISTIANIZACIÓN: UN MILAGRO DE SAN MARTÍN.

San Martín debe su extraordinaria popularidad a la buena publicidad que le prestaron su biógrafo Sulpicio Severo, a comienzos del siglo V, y los clérigos de Tours, deseosos de atraerse los donativos y los peregrinos. Su recuerdo ha quedado particularmente unido a la evangelización de las zonas rurales. Helo aquí representado sobre un capitel, en la nave de la iglesia abacial de la Magdalena, Vézelay, edificada entre 1120 y 1140. La escena es típica, tal como la relata la Leyenda dorada: *«Como fuese que San Martín quisiera derribar un pino consagrado al Diablo, en presencia de una multitud de campesinos, uno de éstos le dijo: "Si tienes verdaderamente confianza en tu Dios, permítenos derribar este árbol y hacerlo caer sobre ti." En el momento en que el árbol se hallaba a punto de caer, Martín hizo el signo de la cruz. Y el árbol, desviándose hacia el otro lado, estuvo a punto de aplastar a los campesinos que se hallaban presentes y que, ante tal milagro, se convirtieron a la fe.» (Vézelay, Yonne, iglesia abacial.)*

19. UN SOBERANO BÁRBARO: CHILDERICO I.

Facsímil en galvanoplastia del sello anular, desaparecido, de Childerico I (muerto entre el 481 y el 482). Fue encontrado en su tumba (Tournai) en 1653. El padre de Clodoveo se llama a sí mismo en la inscripción el rey Childerico. No obstante, no era sino el jefe de los francos salios, considerado por los romanos como confederado suyo. Intenta parecer romanizado, pero el dibujo es bárbaro. Las características son militares, como en la coraza y la lanza, o bien tradicionales como los largos cabellos que caen sobre sus hombros, del modo utilizado tan sólo por los miembros de la familia "real". (París. Biblioteca Nacional, Gabinete de las Medallas.)

20. UN SOBERANO BÁRBARO: ALARICO II.

El sello-anillo de Alarico II (484-507), rey de los godos (Rex Gothorum *en la inscripción), es más romano de factura. Se sabe que el autor del* Breviario *se esforzó en recoger todo lo que podía ser salvado de la herencia romana. (Viena, Kunstgeschichtliche Sammlungen.)*

rutas, reina la muerte, el sufrimiento, la destrucción, el incendio, el duelo. Una sola pira ha reducido en humo a la Galia entera.

Y en la Hispania, según las palabras del obispo Idacio:

«Los bárbaros se desencadenan sobre las Hispanias. El flujo de la epidemia hace igualmente estragos. La tiranía de los exactores roba los recursos y las fortunas ocultas en las ciudades y la soldadesca las agota. El hambre asuela el país, un hambre tan atroz que, bajo su imperio, los hombres devoran carne humana. Madres hay que dieron muerte a sus hijos, los cocieron y se alimentaron de sus cuerpos. Las bestias, acostumbradas a los cadáveres de los que habían perecido por el hambre, por el hierro, por la epidemia, matan incluso a los hombres sanos. No contentas con haberse hartado de la carne de los cadáveres, atacan a la especie humana. De esta manera, los cuatro azotes del hierro, del hambre, de la epidemia y de las bestias hacen estragos por todas partes en el mundo entero, y las predicciones del Señor por sus profetas se encuentran realizadas.»

Tal es la macabra coyuntura en que comienza la historia del Occidente medieval. Se mantendrá a lo largo de diez siglos. El hierro, el hambre, la epidemia, las bestias, tales serán los siniestros protagonistas de esta historia. Ciertamente, no han sido sólo los bárbaros quienes los han traído con ellos. El mundo antiguo los había conocido ya. Pero tendían a volver con gran fuerza desde el momento en que los bárbaros los hubieron desencadenado. Y a este desencadenamiento de la violencia le habían infundido los bárbaros una fuerza inaudita. La larga espada de las grandes invasiones, que será igualmente la de los caballeros, extiende desde este momento su sombra mortal sobre Occidente. Antes de recomenzar lentamente la obra constructora, un frenesí de destrucción se apodera por largo tiempo de Occidente. Los hombres del Occidente medieval son, sin duda alguna, hijos de esos bárbaros, semejantes a los alanos pintados por Ammiano Marcelino: «Este placer que los espíritus dulces y pacíficos encuentran en un ocio estudioso lo ponen ellos en los peligros y en la guerra. A sus ojos, la suprema felicidad es la pérdida de la vida en el campo de batalla. Morir de vejez o por un accidente es un oprobio y una cobardía que cubren de horrorosos ultrajes. Matar a un hombre es un heroísmo para el cual no tienen bastantes elogios. El más glorioso trofeo consiste en la cabellera arrancada a un enemigo, ocupando un lugar decorativo en el caballo de guerra. No se ve entre ellos ni templo ni santuario, ni aun un nicho cubierto de paja. Una espada desnuda clavada en tierra, según el rito bárbaro, ha pasado a ser el emblema de Marte

y ellos la honran devotamente como a la soberana de las regiones que recorren.»

Pasión de la destrucción que el cronista Fredegario, en el siglo VII, expresa por boca de la madre de un rey bárbaro, exhortando a su hijo: «Si quieres alcanzar el éxito y hacerte un renombre, destruye todo cuanto los otros hayan edificado y acuchilla al pueblo entero que hayas vencido; porque tú no podrás jamás elevar un edificio superior a los construidos por tus predecesores y no hay más bella hazaña sobre la cual puedas elevar tu nombre.»

* * *

Tan pronto con el ritmo de lentas infiltraciones y de progresión más o menos pacífica, tan pronto en bruscos impulsos, con su secuela habitual de luchas y de mortandades, la invasión de los bárbaros modificó profundamente, entre los comienzos del siglo VIII, el mapa político de Occidente, que se encontraba bajo la autoridad nominal del emperador bizantino.

De 407 a 429, una serie de incursiones devastan Italia, la Galia y la Hispania. El episodio más espectacular es el sitio, la toma y el saqueo de Roma por Alarico y sus visigodos en el año 410. La caída de la Ciudad Eterna sumió en el estupor a muchos. «Mi voz se ahoga y los sollozos me interrumpen mientras dicto estas palabras —gime San Jerónimo desde Palestina—. La ciudad que ha conquistado el universo, ha sido conquistada a su vez.» Los paganos acusan a los cristianos de ser la causa del desastre por haber expulsado de Roma a sus dioses tutelares. San Agustín toma pretexto del acontecimiento para definir en la *Ciudad de Dios* las relaciones entre la sociedad terrestre y la sociedad divina. Disculpa a los cristianos y reduce el acontecimiento a sus verdaderas dimensiones: un hecho trágico que se renovará —esta vez sin efusión de sangre, *sine ferro et igne*— en el año 455, con Genserico y sus vándalos.

Vándalos, alanos y suevos saquean la Península Ibérica. La breve instalación de los vándalos en el sur de la Hispania bautiza, sin embargo, de manera definitiva a la Andalucía. Desde el 429, los vándalos, los únicos bárbaros que poseían una flota, pasan al África del Norte y conquistan las provincias romanas de África, es decir, Túnez y Argelia oriental.

Después de la muerte de Alarico, en el 412, los visigodos refluyen desde Italia sobre la Galia. En el 414 pasan a la Hispania, de donde se repliegan en el 418, para instalarse en Aquitania. En cada uno de estos estadios, la diplomacia romana no ha cesado de actuar. Es el emperador Honorio quien desvía hacia la Galia al rey visigodo Ataúlfo. Éste se casa

2. LOS REINOS BÁRBAROS EN EL SIGLO VI



El Occidente toma forma. Sin embargo, el dominio de suevos, vándalos y burgundos será efímero. Los francos se dividirán. Tras los visigodos y los ostrogodos, las realidades se llaman España e Italia.

en Narbona, el 1.º de enero del 414, con una hermana del emperador: Gala Placidia. Es él también quien, después del asesinato de Ataúlfo en Barcelona, en el 415, incita a los visigodos para que vayan a disputar la Hispania a los vándalos y a los suevos. Más tarde, los dirige hacia Aquitania.

La segunda mitad del siglo v ve el cumplimiento de cambios decisivos.

En el Norte, bárbaros escandinavos, anglos, jutos y sajones, tras una serie de expediciones en la Bretaña (la Gran Bretaña), la ocupan entre los años 441 y 443. Una parte de los bretones vencidos pasa el mar y vienen a instalarse en la Armórica, que a partir de entonces se convertirá en la Bretaña.

No obstante, el acontecimiento más importante, si bien efímero, es la creación del Imperio huno por Atila *. Él es quien inicia la cadena. En primer lugar, tal como hará Gengis Kan ocho siglos más tarde, Atila unifica hacia el año 434 las tribus mongolas llegadas a Occidente. Después bate y absorbe a otros pueblos bárbaros, mantiene con Bizancio relaciones ambiguas, ilustrándose con su civilización, vigilándola como una presa —igual que Gengis Kan más tarde con respecto a la China—, dejándose finalmente persuadir, después de haber realizado una tentativa en los Balcanes, en el año 448, para lanzarse sobre la Galia, donde el romano Aecio, gracias sobre todo a los contingentes visigóticos, lo detiene, en 451, en los Campos Cataláunicos. El Imperio huno se deshace y, desde el 453, las hordas retroceden hacia el Este, camino de la muerte. De él no quedará en la historia, según las palabras de un oscuro cronista del siglo IX, más que el nombre de «el Azote de Dios».

Tiempos confusos, con personajes y situaciones extrañas.

Una hermana del emperador Valentiniano III, Honoria, toma por amante a su intendente. Irritado por ello, su augusto hermano la castiga desterrándola a Constantinopla. La princesa, por temperamento y por despecho, hace llegar a manos de Atila un anillo que la compromete como su futura esposa. Valentiniano se apresura a casar a su hermana antes de que el huno reclame a su prometida y, con ella, la mitad del Imperio como dote.

Regresando de la Galia, Atila se precipita sobre la Italia del Norte en 452, toma Aquilea y se lleva cautiva una parte de la población. Seis años más tarde, los prisioneros, a los que se creía muertos, regresan. Muchos encuentran a sus mujeres casadas nuevamente. El obispo, apurado, recurre al papa León el Grande, que pronuncia su sentencia: los repatriados deben recobrar mujeres, esclavos y bienes. Pero las mujeres casadas en

segundas nupcias no serán castigadas, salvo si se niegan a volver con su primer esposo. De hacerlo así, serán excomulgadas.

Sea como sea, el emperador ha establecido un nuevo pueblo en el Imperio: los burgundos, por un tiempo instalados en Worms. Desde allí, han intentado invadir la Galia, pero han sufrido una sangrienta derrota a manos de Aecio y de sus mercenarios hunos. El episodio del año 436, en que su rey Gunter encontró la muerte, será el punto de partida para la epopeya de los Nibelungos *. En el 443, los romanos les conceden la ocupación de la Saboya.

Los visigodos de Eurico reanudan en el 468 la conquista de la Hispania, que llevan a término en diez años.

Y en ese instante surgen Clodoveo y Teodorico.

Clodoveo * es el jefe de la tribu franca de los salios, la cual, en el transcurso del siglo v, se ha trasladado primero hasta Bélgica y, después, al norte de la Galia. Clodoveo reúne en torno de él a la mayor parte de las tribus francas, somete la Galia del Norte, gracias a su triunfo sobre el romano Siagrius, conseguido en el 486, en Soissons, convirtiendo esta última ciudad en su capital. Más tarde rechaza una invasión de los alamanes, venciéndolos en la batalla de Tolbiac. Conquista, por último, en el 507, la Aquitania a los visigodos, cuyo rey, Alarico II, es derrotado y muerto en Vouillé. Cuando fallece, en el 511, los francos son ya los amos de toda la Galia, con excepción de la Provenza.

Los ostrogodos, en efecto, habían terminado, finalmente, por caer sobre el Imperio. Bajo el mando de Teodorico * atacaron a Constantinopla en el 487. Sin embargo, se vieron desviados hacia Italia, que fue conquistada en el 493. Instalado en Rávena, Teodorico reina sobre ella durante treinta años y, si es que los panegiristas no han exagerado demasiado, su reinado hizo conocer a Italia, auxiliado en el gobierno por consejeros romanos, Liberio, Casiodoro, Simmaco, Boecio, una nueva edad de oro. Por otra parte, gracias a haber vivido desde los ocho a los dieciocho años en la corte de Constantinopla, retenido en ella como rehén, Teodorico es el más logrado, el más seductor de los bárbaros romanizados. Restaurador de la *pax romana* en Italia, no toma partido hasta el año 507 contra Clodoveo, al que prohíbe añadir la Provenza a la Aquitania, tomada a los visigodos. No desea de ningún modo ver al franco llegar hasta el Mediterráneo.

A comienzos del siglo vi parece asegurada la partición de Occidente entre los anglosajones, que imperan aislados sobre la Gran Bretaña, sin ningún lazo con el continente; los francos, que poseen la Galia; los burgun-

dos, confinados en la Saboya; los visigodos, amos de la Hispania; los vándalos, instalados en África, y los ostrogodos, que dominan Italia.

En el año 476 se produce un hecho singular que, no obstante, pasa casi inadvertido. Un romano de Panonia, Orestes, que ha sido secretario de Atila, reúne después de la muerte de su dueño los restos desperdigados de su ejército, esquiros, hérulos, turquilingos, rugos, y los pone al servicio del Imperio en Italia. Convertido en dueño del ejército, se aprovecha de su poder para deponer, en el 475, al emperador Juio Nepote y hacer proclamar en su lugar a su hijo, joven todavía, llamado Rómulo. Sin embargo, al año siguiente, el hijo de otro favorito de Atila, el esquiro Odoacro, a la cabeza de un nuevo grupo de bárbaros, se levanta contra Orestes, lo mata, depone al joven Rómulo y envía las insignias del emperador de Occidente al emperador Zenón de Constantinopla. El acontecimiento no parece haber emocionado en demasía a los contemporáneos. Cincuenta años más tarde, un ilirio que se halla al servicio del emperador de Bizancio, el conde Marcelino, comenta en su crónica: «Odoacro, rey de los godos, conquista Roma... El Imperio romano de Occidente, que Octavio Augusto, el primero de los emperadores, había comenzado a regir en el año 709 de Roma, ha perecido con el pequeño emperador Rómulo.»

El siglo v ha visto la desaparición de los postreros grandes personajes al servicio del Imperio de Occidente: Aecio, «el último de los romanos», asesinado en el 545; Siagrio, entregado por los visigodos a Clodoveo, que lo hace decapitar en el 486; los bárbaros Estilicón, patricio y tutor vándalo del emperador Honorio, ejecutado por orden de su pupilo en el 408; Ricimerio, un suevo, que posee también el título de patricio, amo del Imperio de Occidente hasta su muerte, acaecida en el 472; Odoacro, en fin, atraído a una emboscada por Teodorico y muerto por la propia mano del ostrogodo en el 493.

Hasta entonces, la política de los emperadores de Oriente se había limitado a intentar contener los daños: impedir a los bárbaros tomar Constantinopla, comprando su retirada a precio de oro, desviándolos hacia la parte occidental del Imperio, contentándose con un vago acatamiento de los reyes bárbaros, a los cuales se prodigan los títulos de patricio o de cónsul, a fin de tenerlos satisfechos, tratando de apartar a los invasores del Mediterráneo. El *Mare Nostrum* no es solamente el centro del mundo romano, sino que sigue siendo la arteria ineludible de su comercio y de su aprovisionamiento. Una ley promulgada por Constantinopla en 419 castigaba con la muerte a quien osara enseñar a los bárbaros «las cosas

del mar». Teodorico, como hemos visto, se hará eco de esta tradición y negará a Clodoveo el acceso al Mediterráneo, apoderándose de la Provenza. No obstante, los vándalos habían invalidado tales pretensiones al construir la flota que les permitió conquistar el África y asolar a Roma en el 455.

La política bizantina cambia de rumbo con el advenimiento de Justiniano, acontecimiento que tiene lugar en el 527, un año después de la muerte de Teodorico en Rávena. La política imperial abandona entonces su proverbial pasividad para pasar a la ofensiva. Justiniano pretende reconquistar si no toda la zona occidental del Imperio Romano, al menos lo esencial de su dominio mediterráneo. Por un momento parece alcanzar su propósito. Los generales bizantinos liquidan el reino vándalo de África (533-534), destruyen, aunque con mayores dificultades, la dominación gótica en Italia (536-555) y arrebatan en el año 554 la Bética a los visigodos de la Hispania. Éxitos efímeros que sólo contribuyen a debilitar aún más a Bizancio frente a los peligros orientales, que agotan por completo a Occidente, sobre todo a partir del 543, en que la peste negra añade sus estragos a los de la guerra y el hambre. La mayor parte del territorio italiano, con las solas excepciones del exarcado de Rávena, Roma y sus alrededores y el extremo sur de la península, se pierde entre 568 y 572 ante el empuje de unos nuevos invasores, los lombardos, rechazados hacia el Sur por una nueva invasión asiática, la de los ávaros. Por otra parte, los visigodos reconquistan la Bética a finales del siglo VI. En fin, el África del Norte será conquistada a partir del 660 por los árabes.

El hecho de mayor trascendencia del siglo VII —incluso en lo que respecta al Occidente— es el nacimiento del Islam y la consecuente conquista árabe. Más adelante podremos ver la enorme influencia que revistió para la cristiandad la formación del mundo musulmán. No examinaremos aquí sino el contragolpe asestado por el Islam, que modificó de manera extraordinaria la carta política del Occidente.

La conquista árabe comienza por arrancar el Mogreb a la cristiandad occidental. Inunda después a España, fácilmente conquistada a los visigodos, entre los años 711 y 719, con excepción del Noroeste, donde los cristianos consiguen hacerse independientes. Domina por escaso tiempo Aquitania, en particular la Provenza, hasta que Carlos Martel * la detiene en el año 732, en Poitiers, y los francos la rechazan al sur de los Pirineos, tras los cuales se repliega después de la pérdida de Narbona, en el 759.

El siglo VIII constituye, en efecto, el siglo de los francos. La expansión de los francos en Occidente, a despecho de algunos fracasos, como el sufrido

ante Teodorico, por ejemplo, se hace regular a partir de Clodoveo. El golpe maestro de Clodoveo consistió en convertirse, juntamente con todo su pueblo, no al arrianismo, como los restantes reyes bárbaros, sino al catolicismo. De esta manera puede poner en juego la influencia religiosa y beneficiarse del apoyo, si no del papado, todavía débil, por lo menos de la poderosa jerarquía católica y del no menos poderoso monaquismo. Durante el transcurso del siglo VI, en el período comprendido entre el 523 y el 524, los francos han conquistado el reino de los burgundos. Poco más tarde, en el 536, se apoderan de la Provenza.

A la muerte de Clodoveo, las particiones del reino y las rivalidades entre sus descendientes retardan la expansión franca. A principios del siglo VIII llega incluso a parecer comprometida, a causa de la decadencia de la dinastía merovingia —que pasó a la leyenda incorporada a la imagen de los reyes holgazanes— y del clero franco. Por otra parte, los francos han dejado de ser para entonces los únicos ortodoxos en la cristiandad occidental. Visigodos y lombardos han abandonado el arrianismo por el catolicismo. El papa Gregorio Magno (590-604) ha emprendido la conversión de los anglosajones, confiándola al monje Agustín y a sus compañeros. La primera mitad del siglo VIII ve, gracias a Villibrod y a Bonifacio, penetrar el catolicismo en Frisia y en Germania.

Sin embargo, gracias a estas mismas circunstancias, los francos recobran todas sus posibilidades. El clero se reforma bajo la dirección de Bonifacio, y la dinastía, joven y emprendedora, de los carolingios reemplaza a la cansada dinastía merovingia.

Cierto que los mayordomos carolingios de palacio detestaban desde hacía decenas el verdadero poder entre los francos. No obstante, el hijo de Carlos Martel, Pepino el Breve, supo salvar el obstáculo dando todo su contenido al liderazgo católico de los francos. En primer lugar, concluyó con el papa una alianza favorable a las dos partes. Reconoció al pontífice romano el poder temporal sobre una parte de Italia, que se extendió en torno a Roma. Apoyándose sobre un falso documento, forjado por la cancillería pontificia entre los años 756 y 760, la pretendida donación de Constantino, nació el Estado pontificio o Patrimonio de San Pedro, que fue el fundamento del poder temporal del papado, ese poder que desempeñará tan gran papel en la historia política y moral del Occidente medieval. A cambio, el papa reconoce en el 751 a Pepino el título de rey y viene a consagrarlo en 754, el mismo año en que aparece el Estado pontificio. Quedaban así asentadas las bases que en medio siglo permitirían a la monarquía carolingia agrupar bajo su dominio a la mayor parte del

Occidente cristiano y restaurar después en provecho propio el Imperio de Occidente.

Durante los cuatro siglos que separan la muerte de Teodosio (395) de la coronación de Carlomagno (800), había nacido en Occidente un mundo nuevo, surgido lentamente de la fusión del mundo romano con el mundo bárbaro. La Edad Media occidental había tomado forma.

* * *

Ese mundo medieval resulta, pues, del encuentro y la íntima unión de dos mundos en evolución el uno hacia el otro, de una convergencia entre las estructuras romanas y las estructuras bárbaras que se hallaban en proceso de transformación.

El mundo romano, a partir del siglo III, por lo menos, se alejaba cada vez más de sí mismo. Construcción esencialmente unitaria, se fragmentaba sin cesar. A la gran división que separaba el Occidente del Oriente se añadía el aislamiento creciente entre las diversas partes del Occidente romano. El comercio, que era sobre todo interior, interprovincial, declinaba. Las producciones agrícolas o artesanales destinadas a la exportación al resto del mundo romano, el aceite mediterráneo, la vidriería renana, la cerámica gala, restringían su área de difusión. El numerario se rarificaba y se deterioraba. Las superficies cultivadas se abandonaban cada vez en mayor número. Los *agri deserti*, los campos abandonados, se multiplicaban. Así se iba esbozando la fisonomía del Occidente medieval: la atomización en células, replegadas sobre sí mismas entre «desiertos», bosques, páramos y baldíos. «Entre los escombros de las grandes ciudades, únicamente grupos dispersos de miserables poblaciones, vestigios de las calamidades pasadas, testimonian aún ante nosotros los nombres de otros tiempos», escribe Orosio al comienzo del siglo V. Ese testimonio —entre tantos—, confirmado por la arqueología, viene a subrayar un hecho capital: la decadencia urbana, acelerada por las destrucciones ocasionadas por las invasiones bárbaras. Sin duda, no es éste más que un aspecto entre las consecuencias generales de la violencia mostrada por los invasores, que destruyeron, arruinaron, empobrecieron, aislaron y redujeron cuanto hallaron en su camino. Sin duda, las ciudades, a causa de la atracción y la provocación ejercida por sus riquezas acumuladas, suponían una presa escogida. Ellas fueron las víctimas más pesadamente heridas. Ahora bien, el hecho de que no fueran capaces de rehacerse se debió a que la evolución apartaba de ellas a la población subsistente. Y esta huida de los ciudadanos no era sino una consecuencia de la huida de las mercancías, que no acudían ya a

alimentar el mercado urbano. La población urbana constituye un grupo de consumidores que se alimenta de importaciones. Cuando la evasión del numerario deja a las gentes de las ciudades sin poder de compra, cuando los caminos comerciales cesan de irrigar los centros urbanos, los ciudadanos se ven obligados a refugiarse cerca de los lugares de producción. Es la necesidad de alimentarse la que explica, ante todo, la emigración del rico a sus tierras, el éxodo de los pobres hacia los dominios de los ricos. Las invasiones bárbaras, al desorganizar la red económica y dislocar las rutas comerciales, precipitan la ruralización de las poblaciones. Sin embargo, no son ellas quienes la crean.

Hecho económico, hecho demográfico en primer lugar; la ruralización es al mismo tiempo un hecho social que modela el aspecto de la sociedad medieval. El aspecto fiscal de esta evolución ha llamado particularmente la atención de los contemporáneos y, tras ellos, de numerosos historiadores del Bajo Imperio. Al trasladarse al campo, los ciudadanos habían huido de las exacciones de los perceptores; mas, cayendo de Escila en Caribdis, los ciudadanos pobres pasaron a estar bajo la dependencia de los grandes propietarios, convirtiéndose en esclavos rurales.

«Y he aquí lo que es más grave y más escandaloso —escribe Salviano—: Cuando aquellos de quienes hablamos pierden sus casas y sus tierras a consecuencia de un bandidaje o se ven expulsados de ellas por los perceptores, se refugian en los dominios de los poderosos. Pero, al hacerlo, se convierten en colonos de los ricos. Siguiendo el ejemplo de aquella mujer, todopoderosa y al mismo tiempo malvada, que tenía la reputación de trocar a los hombres en bestias, todas las gentes que se instalan en los dominios de los ricos sufren una metamorfosis, como si hubiesen bebido en la copa de Circe. Porque los ricos pronto comienzan a considerar como de su propiedad a aquellos que acogieron en sus tierras como extranjeros que no les pertenecían. Y esos seres libres por derecho se transforman en esclavos.» El hecho que nos importa se encuentra ahí. La explicación, aparte los otros aspectos de la verdad que contiene, traiciona sobre todo la obnubilación antifiscal, rasgo de una mentalidad que, como sabemos, no es exclusiva de los espíritus medievales y oculta con excesiva frecuencia las causas reales y más profundas. La desorganización que originan los cambios multiplica el hambre. Y el hambre, a su vez, empuja a las masas hacia el campo y las somete a la servidumbre de los donadores de pan, los grandes propietarios.

En esta ruina de la red comercial antigua, la primera víctima es la vía romana. La ruta de la Edad Media, que, desde el punto de vista material,

será más bien un camino, seguirá otros derroteros y nacerá más tarde. En el intervalo, entre los desiertos que la vía terrestre no logra ya cruzar, únicamente subsistirán los caminos naturales, es decir, los ríos navegables. De ahí nace el recorrido a lo largo de las arterias fluviales de la anémica red de circulación que posee la Alta Edad Media y, al mismo tiempo, el cambio del mapa urbano, tal como lo ha descrito de manera perfecta Jean Dhondt: «Desde el final de la época romana, la circulación por las vías terrestres deja lugar a la circulación por el agua, lo cual trae consigo un desplazamiento correlativo de la vida urbana... Las ciudades situadas en un cruce de caminos, con exclusión de una vía fluvial, decaen irremisiblemente. Por ejemplo, Cassel y Bavai, importantes nudos terrestres durante la época romana, se desvanecen. Asimismo, Tongres, que a lo largo del siglo V va perdiendo poco a poco su importancia hasta ceder el predominio a Maestricht, sobre el Mosa. Pero hay que añadir que no todas las vías fluviales, ni siquiera las principales, consiguieron llegar al rango de arterias de comunicación. Las invasiones continuadas al este y en el centro de Europa, singularmente la invasión de los ávaros, las incursiones de los eslavos, la resistencia de los sajones y otros pueblos de Germania a la cristianización descalifican para este fin al Danubio, al Vístula, al Oder y al Elba, limitando incluso el papel del Rin. La mayor de las vías es la que, por el Ródano, el Saona, el Mosela y el Mosa une el Mediterráneo con el canal de la Mancha y el mar del Norte. La cristianización de Inglaterra en el siglo VII y la desviación hacia el Oeste del tráfico escandinavo, dificultado por la invasión ávara, hacen del litoral comprendido entre el Sena y el Rin un lugar privilegiado para el paso de los hombres —peregrinos hacia Roma especialmente— y de las mercancías. Así se explica la fortuna disfrutada del siglo VII al IX por los puertos de Quentovic, en la desembocadura de la Cancha, y de Duurstede, en la desembocadura del Rin. Marsella y Arles, activos en la época merovingia, declinan a partir del año 670, debido a que las vías terrestres alpinas disfrutan de un renacimiento promovido por la pacificación de la Italia del Norte tras la instalación en ella de los lombardos, que reanimarán también la vía del Po. El Sena, el Loira y el Garona serán igualmente vías frecuentadas, que dan vida a Ruán y París, Orleáns y Tours, Toulouse y Burdeos, pese a que su desembocadura marítima reviste una importancia secundaria, dado que afluyen a un océano en el que se temía más y más aventurarse. En contraposición, la conquista árabe hará del Ebro y del Duero fronteras, y de sus valles despoblados, verdaderos «desiertos».

Ahora bien, no debe creerse que esta circulación, casi exclusivamente fluvial, fuese vehículo de un importante comercio. Tan sólo algunos pro-

ductos de primera necesidad, como la sal, cuyo transporte a lo largo del Mosela, de Metz a Tréveris, efectuado por un batelero soñoliento, reclama, según Gregorio de Tours, el socorro milagroso de San Martín, o bien que los monjes de Noirmoutier la exporten hacia el continente; o productos convertidos casi en artículos de lujo, como el vino o el aceite, de los que San Filiberto, abad de Jumièges a finales del siglo VII, recibe un cargamento enviado por sus amigos de Burdeos; u objetos preciosos, en particular tejidos de precio y especias, que los mercaderes orientales, a los que se denomina «sirios» —pese a que son judíos en su mayoría—, traen a Occidente o, establecidos en la cristiandad, reciben de sus compatriotas. La historia monetaria de este período testimonia la rarificación y la fragmentación de los cambios. La moneda de oro circula apenas. Cuando es acuñada, como hacen los soberanos merovingios, por ejemplo, se trata más bien de una cuestión de prestigio, de la voluntad de ejercer una prerrogativa soberana, que dé la respuesta a una necesidad económica. La multiplicación de los talleres monetarios, lejos de ir unida a cambios activos, subraya el débil radio de difusión de la moneda, que en cierta manera debe producirse sobre el terreno, como los demás objetos imprescindibles para una vida económica aún fragmentada.

Hecho social, la ruralización no es más que un aspecto, el más espectacular si se quiere, de una evolución que imprimirá a la sociedad del Occidente medieval un carácter esencial, carácter que quedará incrustado en las mentalidades por mucho más tiempo todavía que en la realidad material: la compartimentación profesional y social. La repulsión ante ciertos oficios y la movilidad de la mano de obra rural habían llevado a los emperadores del Bajo Imperio a hacer obligatoriamente hereditarias ciertas profesiones e incitar a los grandes propietarios para que uniesen a la tierra los colonos destinados a reemplazar a los esclavos, cada vez menos numerosos. Era preciso mantener en su lugar a los hombres necesarios para una economía que no podía nutrirse de aportaciones exteriores y que se congelaba sobre el terreno. Uno de los últimos emperadores de Occidente, Mayoriano (457-461), deplora «los engaños empleados por todos esos hombres que no quieren permanecer en el estado en que han nacido». La cristiandad medieval considerará como un pecado grave el deseo de escapar a su propio estado. Tal padre, tal hijo, será la ley de la Edad Media occidental, heredada del Bajo Imperio romano. Permanecer se opondrá a cambiar y, sobre todo, a hacer fortuna. El ideal estribará en una sociedad estable, en un *manere*. Sociedad estratificada, compartimentada horizontalmente.

Los invasores bárbaros penetraron o se instalaron por la fuerza en

medio de esos estratos sin grandes dificultades. En primer lugar, porque habían dejado de ser nómadas hacía ya largo tiempo, deteniéndose con frecuencia. Únicamente las presiones exteriores —cambios de clima, empuje de otros pueblos—, acrecentadas tal vez por la evolución interna, habían vuelto a ponerlos en marcha. Repitámoslo: los invasores eran sedentarios fugitivos.

Sin duda guardaban de su nomadismo, relativamente próximo, hábitos cuyo eco se prolongará eficazmente a lo largo de toda la Edad Media. Para repetir la feliz fórmula de Marc Bloch, el «nomadismo de los hombres» había sido sustituido por un seminomadismo. Los cultivos temporales se desplazaban en el interior de un cierto perímetro, por roturaciones marginales o, mejor todavía, por tierras descuajadas, por cultivos sobre tierras quemadas o chamiceros y por rotación de los campos. Cualquiera que sea el sentido que se dé a la famosa frase de Tácito al hablar de los germanos del siglo I: *Arva per annos mutant et superest ager,* indica netamente que la mutación de cultivos y la permanencia en un terruño van aparejadas.

Sin duda también la ganadería ocupa un lugar privilegiado en la economía bárbara, puesto que no constituye tan sólo un tipo de riqueza que se puede transportar con facilidad en eventuales desplazamientos, sino que es, al mismo tiempo, un signo visible de fortuna y, si se presenta la ocasión, un medio de cambio. Se ha observado, por ejemplo, que sobre ciento cincuenta casos de robo previstos por la ley sálica de comienzos del siglo VI, setenta y cuatro se refieren a los animales domésticos. Cuando, ya en la Edad Media, la tierra pase a ser la base principal de la riqueza, el campesino permanecerá unido a su vaca, a su cerdo, a su cabra por lazos que, yendo más allá de la utilidad económica, manifestarán un rasgo de mentalidad residual. En ciertas regiones, la vaca seguirá considerándose durante largo tiempo como una moneda, una unidad de evaluación de la riqueza y de los cambios.

Incluso se ha llegado a afirmar que el apego a la propiedad individual rural, en la época inmediatamente posterior a las invasiones, se hallaba más desarrollada entre los bárbaros que entre los romanos. El capítulo 27 sobre los robos —*De furtis diversis*— de la ley sálica se muestra minuciosamente severo en lo que se refiere a los atentados contra esta propiedad: entrada de ganado en los cultivos ajenos, siega de heno en un prado, vendimia de una viña, roturación de un campo... El apego del pequeño labrador bárbaro a su propiedad personal, a su *alodio,* era tanto mayor cuanto que deseaba afirmar su independencia por medio de él, actitud normal por parte de un colono instalado en país conquistado y que quiere mani-

festar su superioridad sobre la masa indígena, sometida a los grandes propietarios. Cierto que la mayor parte de los alodios —habrá alodios poseídos por los vencidos al igual que por los vencedores— serán poco a poco absorbidos por la gran propiedad feudal, característica de la Edad Media. Pero, al nivel del usufructo, si no de la propiedad, se encontrarán a lo largo de toda la época medieval —en las costumbres, en los penitenciales y los manuales de los confesores— síntomas de la importancia que revisten los delitos, los pecados rurales. Y el campesino jamás soportará de peor gana la dominación del señor que cuando éste cruce descuidadamente la tierra de su siervo o de su arrendatario a la cabeza de su jauría de caza. Porque la humillación acrecienta el daño material.

En fin, queda claro que los grupos bárbaros que se instalaron, de grado o por fuerza, sobre el territorio romano no formaban ya, si es que lo habían formado alguna vez, sociedades igualitarias. El bárbaro podrá tratar, en lo que respecta al vencido, de prevalecerse de su cualidad de libre, tanto más cara al colono cuanto que es un pequeño colono. La realidad es que, antes de la invasión, una diferenciación social ya avanzada ha creado entre los invasores categorías, si no clases. Hay poderosos y hay débiles, hay ricos y hay pobres, que se transformarán fácilmente en grandes y pequeños propietarios u ocupantes en la tierra conquistada. Las distinciones jurídicas que establecen los códigos de la Alta Edad Media pueden crear la ilusión de que existe un foso entre los bárbaros, todos ellos libres y cuyos esclavos serían extranjeros sometidos, y los descendientes de romanos, jerarquizados en libres y no libres. La realidad social es más fuerte y los separa rápidamente en *potentiores,* poderosos, de origen bárbaro o romano, y *humiliores,* humildes, procedentes de los dos grupos.

Gracias a esta división, reforzada por la tradición de una coexistencia que, en ciertas regiones, se remontaba al siglo III, la instalación de los bárbaros pudo ser seguida con cierta facilidad de una fusión más o menos completa. Es inútil, salvo en limitado número de casos, buscar la marca étnica en los vestigios de los tipos de explotación rural durante la Alta Edad Media. En este campo y, más que ningún otro, en el de las permanencias, de larga duración, sería absurdo reducir las causas de diversidad al contraste entre las tradiciones romanas y las costumbres bárbaras. Los factores geográficos y la diversificación originada por una historia que se remonta al neolítico han constituido probablemente una herencia más determinante. Lo que importa y lo que se percibe claramente es el mismo movimiento de ruralización y de progreso de la gran propiedad, que arrastra al conjunto de la población.

La toponimia puede servirnos de excelente testimonio. Tomemos, por ejemplo, la francesa. Observemos previamente, sin embargo, que los nombres propios pueden inducirnos a error, dado que se extendió rápidamente entre los galo-romanos la moda de dar a los niños nombres germánicos. Por su parte, los invasores, si bien ejercieron una influencia sobre el vocabulario, y de manera más limitada sobre la sintaxis (verbigracia, se adoptó el orden determinante + determinado, tal como en Carlepont, de *Caroli ponte*, y no el inverso, como en Pontoise, *Ponte Isarae*), en lugar de imponer su lengua, adoptaron el latín, o mejor el bajo latín en evolución, que se vulgarizaba de la misma manera que la economía se ruralizaba.

El hecho toponímico más importante de la época es la multiplicación en la Galia, la futura Francia, de nombres que incluyen los vocablos «court» y «ville», los cuales, precedidos indiferentemente de un nombre galo-romano o germánico, manifiestan el progreso de la gran propiedad: *curtis* (sobre todo en Lorena y en Artois-Picardía), o *villa* (en las mismas regiones, en la isla de Francia y en Beauce). En la etimología de Martinville [*Martini Villa* (Vosgos)] o de Bouzonville [*Bosoni Villa* (Mosela, Meurthe-et-Moselle, Loiret)], no es el galo-romano Martín o el germánico Boson lo que importa, sino el *villa*, que designa la gran propiedad a que uno y otro han dado su nombre.

Ciertamente, la fusión tropezó con obstáculos. Los más importantes —hasta su conversión al catolicismo— fueron el paganismo y sobre todo el arrianismo, y el escaso número de los invasores. Sin duda, según la expresión de Marc Bloch, «la acción de una civilización sobre otra no se mide, necesariamente, por la importancia numérica de los respectivos pueblos». Sobre todo después de haberse dividido en pequeños grupos instalados en el territorio romano, el deseo que sentían los pueblos bárbaros de guardar las tradiciones y las costumbres a las que estaban unidos, se acrecentó singularmente por el temor a verse numéricamente sumergidos en las antiguas poblaciones. El único pueblo para el que se dispone de una evaluación verosímil es el de los vándalos de Genserico al embarcar para África en 429. Eran ochenta mil. Ni los visigodos, ni los francos, ni ningún otro grupo de invasores debió de pasar de las cien mil personas. La suposición de que el conjunto de los bárbaros, después de su instalación en el Occidente romano, representaba el 5 por 100 de la población total, no debe de estar lejos de la verdad.

Asimismo, los bárbaros tuvieron la tendencia, por lo menos al principio, de rehuir las ciudades en las que la absorción era más de temer, aunque las «capitales» de los reinos bárbaros —Braga, capital del primer rey

bárbaro católico, el suevo Requiario (448-456); Tolosa, Barcelona, Mérida, Toledo, capitales visigodas; Tournai, Soissons, París, capitales francas; Lyón, capital burgunda; Rávena, capital del ostrogodo Teodorico; Pavía, Monza, capitales lombardas— alcanzaron sin duda una considerable proporción de habitantes bárbaros. Por otra parte, ciertos reyes bárbaros, los francos especialmente, prefirieron residir en sus grandes dominios, en sus *villae*, que vivir en «palacios» urbanos. También ellos se ruralizaron y adoptaron el régimen de vida del gran propietario rural. En el campo se llegó al caso de que los nuevos ocupantes permaneciesen agrupados en una aldea cuya toponimia conserva su recuerdo. Así ocurre en Aumenancourt (Marne), que recuerda a los alemanes; Sermaise (Seine-et-Oise), a los sármatas; Francoville (Seine-et-Oise), a los francos; Goudourville (Tarn-et-Garonne) o Villegoudou (Tarn), a los godos. Más interesantes todavía son los topónimos de Flandes, Lorena, Alsacia, el Franco Condado, en los que se encuentra el sufijo colectivo *ing*, que designa el círculo de personas, la «familia» de un jefe y gran propietario franco, alamán o burgundo. Por ejemplo, Racrange (Mosela), derivado de Racheringa: las gentes de Racher. También, y sobre todo, hallamos numerosos «fere», *fara*, cuyo significado es entre los francos, los burgundos, los visigodos y los lombardos, el de clan familiar germánico. Éste hubo de instalarse en grupo para mantener su cohesión: La Fère (Aisne), Fère-Champenoise (Marne), Lafavre (Isère), La Fare (Bocas del Ródano, Altos Alpes, Vaucluse), y los «fara» italianos.

El deseo de los bárbaros de conservar su originalidad se evidencia también en la legislación de la Alta Edad Media, donde aparece ese principio tan contrario a la tradición jurídica romana: «el particularismo de las leyes». En los reinos bárbaros, las leyes no son valederas para todos los habitantes del territorio por igual, sino que cada persona es juzgada según la costumbre jurídica del grupo étnico al que pertenece: el franco según la tradición franca, o según la tradición de su grupo franco —el salio, por ejemplo—; el burgundo, según la costumbre burgunda; el romano, según la ley romana. Esto da lugar a extraordinarias diferencias: la violación de una virgen es castigada con la pena de muerte entre los romanos, y con una multa entre los burgundos. En cambio, la mujer casada con un esclavo era considerada por la ley romana como una concubina, pero que conservaba su condición de mujer libre, mientras que la ley sálica la reducía a la servidumbre. Ante el peligro de que estas diferencias creasen una gran confusión en los nuevos estados, se realizó a comienzos del siglo v un intenso esfuerzo en la redacción de las leyes. Los fragmentos que se conservan son de naturaleza muy diversa, y algunos se redactaron posteriormente.

El edicto de Teodorico presenta la nota original de no basarse en los «particularismos» de las leyes y de querer imponer la misma jurisdicción a todas las «naciones» —la romana y las bárbaras— que estaban bajo su dominio. El ostrogodo Teodorico el Grande es, en verdad, el último heredero de la tradición romana de Occidente.

La ley sálica, redactada en latín bajo Clodoveo, pero que ha llegado hasta nosotros a través de un texto de finales del siglo VIII sobrecargado de adiciones y acaso de correcciones, codificaba las costumbres de los francos salios.

La célebre ley Gombetta *(lex Gundobada)*, promulgada por Gondebodo, rey de los burgundos, fallecido en 516, y escrita en latín, definía las relaciones entre los propios burgundos y entre éstos y los romanos. Las costumbres de los visigodos fueron codificadas, primero por Eurico (466-485) y después por Leovigildo (568-586). En un palimpsesto de la Biblioteca Nacional de París se han descubierto fragmentos del código de Eurico, y otros, del código de Leovigildo, se han podido reconstituir gracias a un código posterior que los cita como *lex antiqua*.

El edicto de Rotario para los lombardos (643) fue ampliado por varios sucesores.

De los alamanes conservamos un *pactus* del siglo VII y una *Lex Alamanorum* de comienzos del VIII, influida por la legislación franca, así como la *Lex Baiuvariorum* fue impuesta a los bávaros a mediados del siglo VIII por sus protectores francos.

La codificación y la redacción de las leyes constituían una gran necesidad para los bárbaros, a varios de cuyos reyes pareció también necesaria una nueva legislación destinada a los romanos. Estas leyes fueron, en general, adaptaciones y simplificaciones del código teodosiano del año 438, como vemos en el Breviario de Alarico (506) de los visigodos, y la *Lex romana Burgundiorum* de los burgundos.

La diversidad jurídica no fue tan grande como se podría creer, primero porque las leyes bárbaras de los diversos pueblos se parecían mucho; segundo, porque en cada reino hubo un código que se impuso a los demás, y tercero, porque la influencia romana, que se dejó sentir con más o menos intensidad desde un principio —por ejemplo, entre los visigodos—, tuvo tendencia a prevalecer debido a su superioridad. La influencia de la Iglesia, sobre todo después de la conversión de los reyes arrianos, y las tendencias unificadoras de los carolingios a fines del siglo VIII y comienzos del IX, contribuyeron a provocar un retroceso, una desaparición de la particularidad de las leyes en provecho de su territorialidad. Desde el reinado del

visigodo Recesvinto (649-672) —para citar un ejemplo—, el clero obligó al soberano a publicar un nuevo código, aplicable tanto a los visigodos como a los romanos.

No obstante, la legislación particularista de la Alta Edad Media reforzó durante toda la Edad Media la tendencia a la división que, como hemos visto, tenía sus raíces en la fragmentación de la economía y de la ocupación y explotación de la tierra. La mentalidad de capilla, el espíritu de campanario, se incrementaron en la Edad Media. A veces se apelaba abiertamente al particularismo jurídico de la Alta Edad Media. En los siglos x y xi todavía se invoca la ley Gombetta en las cartas cluniacenses, para justificar el estatuto personal que, de hecho, se fundaba en costumbres locales. En las actas de Módena del siglo xii vemos la oposición que reinaba entre indígenas *romana lex viventes* (que viven bajo la ley romana) y una colonia francesa o normanda, probablemente la portadora de las leyendas arturianas representadas en las esculturas de la catedral románica, y clasificada como *salica lege viventes* (los que viven bajo la ley sálica).

* * *

Sin duda, los bárbaros adoptan, en la medida de sus posibilidades, todo lo bueno que el Imperio Romano les lega, especialmente en el dominio de la cultura, como veremos, y en el de la organización política.

Pero en ambos aspectos precipitan y agravan la decadencia iniciada durante el Bajo Imperio. Convierten la decadencia en regresión. Amalgaman una triple barbarie: la suya, la del decrépito mundo romano y la de las viejas fuerzas primitivas anteriores al barniz romano y liberadas por la disolución de ese barniz por efecto de las invasiones. Ante todo, la regresión es cuantitativa. Destruyen vidas humanas, monumentos, material económico... Caída demográfica, pérdida de tesoros de arte, destrucción de caminos, de talleres, de depósitos, de sistemas de irrigación, de cultivos. Esta destrucción es continua, pues las ruinas de los monumentos antiguos son canteras de las que se extraen piedras, columnas, ornamentos. Incapaz de crear, de producir, el mundo bárbaro «vuelve a utilizar». En este mundo empobrecido, mal alimentado, debilitado, una calamidad natural completa la obra iniciada por los bárbaros. A partir del año 543, la peste negra, que llega de Oriente, devasta Italia, España y gran parte de la Galia. Su labor destructora dura más de medio siglo. Después de ella está el fondo del precipicio, el trágico siglo vii, que casi inspira el deseo de resucitar la vieja expresión *dark ages*. Dos siglos después, Pablo Diácono evocará con acento

patético el horror del azote en Italia: «Dominios y ciudades repletas hasta entonces de multitud de hombres se hundieron en un solo día en el más profundo silencio, tan general fue la huida. Los hijos abandonaban los cadáveres de sus padres sin darles sepultura; los padres dejaban a sus espaldas las humeantes entrañas de sus hijos. Si por excepción se rezagaba alguien para sepultar a sus muertos, se condenaba a quedar él mismo sin sepultura... El tiempo había retrocedido al silencio anterior a la aparición del primer hombre: ni voces en los campos, ni ruido alguno en los establos... Las cosechas esperaban en vano a los segadores, los racimos colgaban de las vides en la proximidad del invierno. Los campos se habían convertido en cementerios y las casas de los hombres en cubiles para las bestias salvajes...»

Regresión técnica que va a dejar al Occidente medieval desprovisto de todo durante largo tiempo. Se ha olvidado el modo de extraer, transportar y trabajar la piedra, y ésta desaparece para ceder su puesto a la madera, que vuelve a ser el material más importante. En Renania desaparece el arte del vidrio con el natrón, que deja de importarse del Mediterráneo después del siglo VI, o es un producto de baja calidad fabricado en los bosques próximos a Colonia en simples cabañas.

Regresión del gusto, como veremos, y de las costumbres. Los penitenciales de la Alta Edad Media —castigos aplicables a cada especie de pecado— pueden figurar en las secciones más infernales de las bibliotecas. No sólo resurgen los viejos fondos de las supersticiones campesinas, sino que se desbocan todas las aberraciones sexuales y se extreman las violencias: agresiones, sangre, glotonería, embriaguez. Un libro célebre que únicamente ha añadido a la fidelidad a los documentos una hábil presentación literaria, los *Récits des temps mérovingiens,* de Agustín Thierry, basado en las mejores fuentes y sobre todo en la documentación de Gregorio de Tours, nos tiene familiarizados desde hace más de un siglo con el desencadenamiento de la violencia bárbara, acrecentada por el hecho de que su alta jerarquía asegura a sus protagonistas una relativa impunidad. Únicamente la prisión y la muerte ponen freno al ímpetu de esos príncipes y princesas francos, cuyo gobierno fue definido por Fustel de Coulanges con una frase célebre: «Un despotismo frenado por el asesinato.»

«En aquellos tiempos se cometieron muchos crímenes; todos veían la justicia en su propia voluntad», escribe Gregorio de Tours.

El refinamiento de los suplicios inspiró largo tiempo a la iconografía medieval. Los sufrimientos que los romanos paganos no habían impuesto a los mártires cristianos, los francos católicos los impusieron a los suyos.

«Es corriente cortar las manos, los pies, la extremidad de la nariz; se sacan los ojos, se destroza la cara con hierros ardientes, se clavan palillos puntiagudos bajo las uñas de las manos y los pies. Cuando las llagas, después de haber expulsado el pus, comienzan a cerrarse, se las vuelve a abrir. Si conviene se llama a un médico para que diga si la víctima está curada y se le puede aplicar un suplicio más largo.» San Ligero, obispo de Autun, cae en manos de su enemigo, el mayordomo de palacio de Neustria Ebroin, el año 677. Se le corta la lengua, se le sajan las mejillas y los labios, se le obliga a andar descalzo por una piscina sembrada de piedras agudas e hirientes como clavos, se le sacan los ojos. También se da muerte a Brunehaut, torturándolo durante tres días y atándolo, finalmente, a la cola de un caballo indómito que fue azotado hasta que se desbocó...

El frío lenguaje de los códigos es impresionante. Está traído de la ley sálica. «Arrancar una mano, un pie, un ojo o la nariz, 100 sueldos; pero solamente 63 si la mano queda colgando. Arrancar el dedo pulgar, 50 sueldos; pero sólo 30 si queda colgando. Arrancar el índice (el dedo que sirve para tirar con el arco), 35 sueldos. Otro dedo, 30 sueldos; dos dedos a la vez, 35 sueldos; tres dedos al mismo tiempo, 50 sueldos.»

Regresión de la administración y de la majestad regia. El rey franco, entronizado mediante su elevación sobre el pavés, lleva por toda insignia, no el cetro ni la diadema, sino una simple lanza, y como signo distintivo, la larga cabellera: *rex crinitus*. Es un rey melenudo como Sansón, al que siguen de ciudad en ciudad algunos escribas, una serie de domésticos esclavos y su llamada guardia de *antrustions*. Esta comitiva ostenta títulos sonoros extraídos del vocabulario del Bajo Imperio. El jefe de los palafreneros es «conde de los establos» o condestable; los guardias de corps, «condes del palacio»; el grupo de soldados borrachos y de rudos clérigos, hombres «magníficos» o «ilustres». Los impuestos no se cobran, la riqueza del rey consiste en varias cajas de piezas de oro, abalorios y joyas que sus mujeres, sus concubinas, sus hijos legítimos y sus bastardos se disputan cuando él muere, del mismo modo que se reparten las tierras e incluso el reino.

¿Y la Iglesia?

En el desorden de las invasiones, obispos y monjes —como San Severino— llegaron a ser jefes, en diversos aspectos, de un mundo desorganizado: a su misión religiosa habían añadido la función política, pues negociaban con los bárbaros; la función económica, distribuyendo víveres y limosnas; la social, protegiendo a los pobres contra los poderosos, e

incluso la militar, organizando la resistencia o luchando con las armas espirituales allí donde las materiales ya no existían. Las circunstancias las había iniciado en el ejercicio del clericalismo, aprovechando la confusión reinante en los poderes. Mediante la disciplina penitencial, la aplicación de la legislación canónica (el comienzo del siglo VI es la época de los concilios y de los sínodos, a la vez que de la codificación civil), trataron de luchar contra la violencia, de dulcificar las costumbres. Los «Manuales» de San Martín de Braga, que fue nombrado en el año 579 arzobispo de la capital del reino suevo, exponen, el uno —*De correctione rusticorum*— un plan de corrección de las costumbres campesinas, y el otro —la *Formula vitae honestis,* dedicada al rey Mirón— el ideal moral de los príncipes cristianos. Su éxito se prolongó durante toda la Edad Media.

Pero los mismos jefes eclesiásticos, barbarizados o incapaces de luchar contra la barbarie de los poderosos y del pueblo, son responsables de una regresión de la espiritualidad y de la práctica religiosa: juicios de Dios, desarrollo inaudito del culto de las reliquias, incremento de tabúes sexuales y alimenticios... En todo ello, la tradición bíblica más primitiva se alía con las costumbres bárbaras. «Cocido o crudo —ordena un penitencial irlandés—, rechaza todo lo que haya contaminado una sanguijuela.»

La Iglesia persigue su propio interés, sin que le preocupe la razón de los Estados bárbaros como no le había preocupado la del Imperio romano. Mediante donaciones arrancadas a los reyes, a los poderosos e incluso a los humildes, acumula tierras, rentas, exenciones, y, en un mundo en que el afán de atesorar riquezas esteriliza cada vez más la vida económica, la producción carga con las consecuencias más graves. Los obispos, casi todos grandes propietarios, tienen un poder ilimitado en sus ciudades, en sus circunscripciones episcopales, y procuran tenerlo en todo el reino. San Avito, obispo de Vienne, que ejerce a principios del siglo VI una verdadera primacía en el reino burgundo, favorece los proyectos expansionistas del franco Clodoveo, convertido al catolicismo, contra los reyes burgundos arrianos. Cesáreo de Arles es detenido por Alarico en el año 505 y convocado por Teodorico en Rávena el 512 para justificar su actividad contra el rey arriano. Dijera o no San Remi a Clodoveo al bautizarlo: «Inclina la cabeza, orgulloso sicambro», es evidente que, tanto a él como a sus sucesores, quería someterlos al yugo de la Iglesia, identificándolo con el de Dios. San Eloy utiliza su prestigio y su habilidad de orfebre para captarse el favor de Dagoberto. San Ligero, como hemos visto, manifiesta tales ambiciones políticas, que Ebroim lo somete a martirio. Los obispos, con Gregorio de Tours a la cabeza, predican la resis-

tencia contra el pago de los impuestos, ya que tales pagos mermarían los ingresos de las iglesias. Así, privan a los reyes de los medios de gobernar, aunque, por otra parte, desean un gobierno fuerte, al que poder utilizar en interés de la religión y de la Iglesia.

Al fin, no queriendo servirse mutuamente, reyes y obispos se neutralizan y paralizan: la Iglesia busca el modo de gobernar el Estado y los reyes tratan de dirigir a la Iglesia. Los obispos se erigen en consejeros y censores de los soberanos en todos los dominios y se esfuerzan por transformar en leyes civiles los cánones de los concilios, mientras los reyes, incluso después de abrazar la religión católica, nombran obispos y presiden concilios. En el siglo VII, las asambleas conciliares se convierten en España en verdaderos parlamentos del reino visigótico e imponen una legislación antisemita que aumenta las dificultades económicas y el descontento de las poblaciones, las cuales acogerán a los musulmanes, si no con simpatía, por lo menos sin hostilidad. En la Galia, la interpenetración de los dos poderes, a pesar de los esfuerzos de los reyes francos, que confían los cargos de su casa y de su gobierno a elementos laicos, y no obstante la brutalidad de Carlos Martel, que confiscó parte de los inmensos dominios eclesiásticos, es tal, que la decadencia de la monarquía merovingia y del clero franco se producen paralelamente. Antes de ir a evangelizar Germania, San Bonifacio habrá de reformar al clero franco. Éste será el comienzo del renacimiento carolingio.

La Iglesia sufrirá, incluso durante este período, por lo menos en ciertas regiones, verdaderos eclipses: retorno de poblaciones al paganismo (Inglaterra en los siglos V y VI); vacantes de larga duración en sedes episcopales. En las listas episcopales hay una laguna que abarca: en Périgueux, desde el año 675 al siglo X; en Burdeos, desde el 675 al 814; en Châlons, desde el 675 al 779; en Ginebra, desde el 650 al 833; en Arles, desde el 683 al 794; en Tolón, desde el 679 al 879; en Aix, desde el 596 al 794; en Embrun desde el 677 al 828; en Béziers, Nimes, Uzès, Agde, Maguelonne, Carcasona y Elna, desde fines del siglo VII al año 788.

Retorno del paganismo, lucha de clases entre los clérigos y los guerreros, paralización recíproca del poder real y del poder clerical: también esto anuncia la Edad Media. Y acaso, sobre todo, la tendencia de la Iglesia a instaurar un clericalismo cuya única preocupación sea apartar la cristiandad de las cosas de este mundo. El pontificado de Gregorio el Grande * (590-604), el más glorioso de este período, es también el más significativo. Este antiguo monje, elegido papa durante una epidemia de peste negra en Roma, supone que tanta calamidad anuncia el fin del

mundo, y considera que el deber de todos los cristianos es hacer penitencia, apartarse de las cosas humanas y prepararse para la otra vida. Trata de extender la cristiandad, de convertir a los anglosajones y a los lombardos, pero sólo para cumplir sus deberes de pastor a quien el Cristo del Juicio Final pedirá cuentas del cuidado de su rebaño. Los modelos que propone en su obra de edificación espiritual son San Benito (es decir, la renunciación monástica) y Job, es decir, la pobreza integral y la resignación. «¿Para qué seguir cosechando cuando el que cosecha no puede sobrevivir? Que cada cual considere la brevedad de su vida y entonces comprenderá que lo poco que tiene le basta.» Estas palabras del pontífice tendrán gran influencia sobre el espíritu medieval, y son también dignas del principio de la Edad Media, época de desprecio a este mundo y de oposición a las cosas terrenales.

Se observa que el Occidente pareció deslizarse por una pendiente a partir del Bajo Imperio romano. En el debate clásico de los historiadores por saber si la Alta Edad Media ha sido el epílogo del mundo antiguo o el comienzo de una vida nueva —pero ¿acaso toda época no es o casi es una transición?—, con frecuencia parece que la continuidad triunfó sobre la ruptura; pero el punto de llegada quedó tan lejos del punto de partida, que los propios medievales experimentaron desde el siglo VIII al XVI la necesidad de volver a Roma, al advertir hasta qué extremo la habían abandonado. En cada renacimiento medieval los clérigos manifiestan, más que la nostalgia de la antigüedad, el sentimiento de ser otros. En volver a Roma no piensan nunca seriamente. Cuando sueñan en un retorno, éste tiene por meta el seno de Abraham, el paraíso terrenal, la casa del Padre. Restituir a Roma a la tierra es para ellos simplemente restaurarla, trasladarla: *translatio imperii, translatio studii.* Hay que trasladar el poder, la ciencia, que en los comienzos de la Edad Media estaban en Roma; hay que llevarlos a otras sedes, así como en otro tiempo se habían trasladado de Babilonia a Atenas y después a Roma. Renacer es volver a partir, no regresar. La primera de estas partidas se produjo en los tiempos carolingios, a fines del siglo VIII.

CAPÍTULO II

LA TENTATIVA DE ORGANIZACIÓN GERMÁNICA

(SIGLOS VIII-X)

ESTE nuevo renacimiento se inicia, en primer lugar, en el espacio. Claro está que, desprovistos de flota como se hallan, los carolingios no podrán, ni soñarán, en reconquistar la Gran Bretaña, donde el reino de Mercías consiguió, a finales del siglo VIII, englobar los pequeños reinos anglosajones que se extendían entre el Humber y el canal de la Mancha. Su rey Offa (757-796) se trata de igual a igual con Carlomagno, antes, verdad es, de que éste haya ceñido la corona imperial, e intercambian presentes en señal de reconocimiento recíproco. Tampoco los carolingios emprenderán ninguna acción contra la España musulmana. Y, durante cierto tiempo, deben respetar, además, el poder temporal del papa, asentado en el nuevo Estado pontificio que ellos han contribuido tan poderosamente a crear.

Dentro de los límites señalados, la reconstitución de la unidad occidental que pretenden los carolingios se desarrolla en tres direcciones: al Sudeste en Italia; al Sudoeste, en dirección a España, y al Este en Germania.

Pepino el Breve, aliado del papa, encamina la política carolingia hacia Italia. La primera expedición contra los lombardos se lleva a cabo en el 754, la segunda en el 756. Al fin, en el año 744, Carlomagno captura al rey Didiero en Pavía y le arrebata la corona de Italia, que él ciñe. No obstante, se ve obligado a luchar para imponerse en el norte de la península, mientras los duques lombardos de Spoleto y Benevento escapan de hecho a su influencia.

Será también Pepino quien dé el impulso hacia el Sudoeste, reconquistando Narbona a los musulmanes en el año 759. No obstante, la leyenda unirá el nombre de Carlomagno a la reconquista de la ciudad, puerto

todavía de una cierta actividad. La *Gesta de Guillermo de Orange* se hará eco de esta leyenda: «Carlos, al oírlo, con la sangre alterada, pregunta: "Mi buen señor de Naime, ¿cómo se llama esta ciudad?" "Señor —responde él—, tiene por nombre Narbona... No hay fortaleza más poderosa en el mundo. Los fosos tienen más de veinte toesas de ancho y otro tanto de profundidad y las olas del mar penetran en esos fosos. Un gran río, el Aude, rodea las murallas. Por él entran los grandes navíos que acarrean el hierro y las galeras cargadas de bienes de los que se enriquecen las gentes de la buena ciudad..." Oyéndolo Carlos, se echa a reír. "¡Oh Dios, qué feliz encuentro! —dice el rey de probado valor—. ¿Es ésta la Narbona de la que tanto se me ha hablado, la más soberbia ciudad de Hispania?...".» Y el joven Aimeri, que toma la ciudad para Carlos, recibe el sobrenombre de Aimeri de Narbona.

Más tarde, en el 801, Carlomagno aprovechará las querellas internas de los musulmanes y conquistará Barcelona. Se creó entonces en España una marca que comprendía de Cataluña a Navarra, cosa que consiguió, sobre todo, gracias al conde Guillermo de Tolosa, quien llegaría a ser el héroe de los cantares de gesta correspondientes al ciclo de Guillermo de Orange. En el 806 se retira a la abadía de Gellone, que él había fundado. Desde entonces se le llamó «Conde Guillermo del Desierto». Su retirada dará tema a la gesta del *Monacato de Guillermo*. Pero los carolingios no disfrutarían siempre de la misma fortuna en su lucha contra los musulmanes y contra los pueblos pirenaicos. En el 778, Carlomagno toma Pamplona, no se atreve a atacar Zaragoza, reconquista Huesca, Barcelona y Gerona y, renunciando a Pamplona, a la que asuela, se dirige hacia el Norte. Los montañeses vascos, deseando apoderarse del bagaje de los francos, tienden una emboscada a su retaguardia. El 15 de agosto del año 778, los vascos aniquilan en el desfiladero de Roncesvalles a las tropas mandadas por el senescal Eggihard, el conde palatino Anselmo y el prefecto de la marca de Bretaña, Roldán. Los *Anales reales* carolingios silencian absolutamente la derrota. Un cronista anota para el año 778: «En este año, el señor rey Carlos marchó a España y sufrió allí un gran desastre.» Mas los vencidos fueron transformados en mártires y sus nombres se perpetuaron. Y la *Chanson de Roland* constituyó su desquite.

Al Este, Carlomagno inaugura una tradición de conquista en la que se mezclan muertes y conversiones, preludio de esa cristianización por la fuerza que la Edad Media iba a practicar durante tan largo tiempo. En primer lugar, del 772 al 803, a lo largo del mar del Norte, los sajones fueron penosamente conquistados en una serie de campañas, en las que se

alternaban las victorias aparentes y las revueltas de los pretendidos vencidos, la más espectacular de las cuales fue la dirigida, en el 778, por Widukind. Al desastre experimentado por los francos en el Süntal respondió una represión feroz: Carlomagno hizo decapitar en Verden a cuatro mil quinientos sublevados.

Auxiliado por los misioneros —toda herida inferida a uno de ellos y toda ofensa a la religión cristiana eran castigadas con pena de muerte, en virtud de una orden capitular, promulgada con objeto de apoyar la conquista— y sus soldados, conducidos año tras año al país, los misioneros bautizando, los soldados saqueando, incendiando y matando, el rey deportando en masa, Carlos acabó por reducir a los sajones. Una vez logrado, fueron fundados obispados en Brema, Münster, Paderborn, Verden y Minden.

El horizonte germánico, principalmente el sajón, había atraído a Carlomagno hacia el Este. En consecuencia, abandonó el valle del Sena, donde se habían fijado los merovingios en París y sus alrededores, y marchó hacia las regiones del Mosa, del Mosela y del Rin. Perpetuo nómada, frecuentó, no obstante, con mayor gusto las ciudades reales de Heristal, Thionville, Worms y, sobre todo, Nimega, Ingelheim y Aquisgrán, en cada una de las cuales se hizo construir un palacio. El de Aquisgrán tomó de todas maneras una cierta preeminencia sobre los demás, por el carácter particular de su arquitectura, las numerosas ocasiones que en él se detuvo Carlomagno y la importancia de los acontecimientos de los que fue teatro.

Sin embargo, la Alemania del Sur retuvo también en grado sumo la atención del rey franco, que no pasó prácticamente ningún verano sin batirse —aunque *sine hoste,* «sin enemigo», hacen notar como característica excepcional los analistas—, o mejor, sin organizar y conducir, ya que raras veces parece haber participado personalmente en el combate, el ejército de caballeros, cuya eficacia, fundada en su destreza con el caballo, en su excelente manejo de la espada y en el conocimiento del terreno de lucha, se había preocupado de desarrollar al igual que su abuelo y su padre. La cría del caballo, el desarrollo de la metalurgia (por la explotación de un número considerable de yacimientos superficiales, cuyo recuerdo ha perdurado en la toponimia: numerosas «Ferrières» datan de la época carolingia) y la colaboración de los geógrafos sentaron asimismo la base de los éxitos militares obtenidos por Carlomagno.

La conquista de Baviera fue la de un país ya cristiano y teóricamente vasallo de los francos desde la época de los merovingios. Tassilón, duque en el año 748, se sirvió de los lombardos contra los francos e hizo de Ratisbona una de las más lujosas capitales bárbaras. Vencedor de los lombardos y

3. IMPERIO CAROLINGIO, BIZANCIO Y EL ISLAM A PRINCIPIOS DEL SIGLO IX



Parece no haber más que tres colosos, el menos brillante de los cuales es, con gran diferencia, el carolingio. La zona de contacto —y de conflictos— es el Mediterráneo, interpuesto entre ellos.

21. «YO SOY LA PUERTA Y TODO AQUEL QUE ENTRA POR MÍ SERÁ SALVADO»: PÓRTICO DE LA GLORIA DE SANTIAGO DE COMPOSTELA.

Del románico al gótico, las portadas de las iglesias se abren ampliamente y, en las mayores, se ornamentan con riqueza. La catedral románica de Santiago de Compostela, reconstruida entre los años 1078 y 1122 en sus aspectos esenciales, constituye la culminación de la serie de grandes iglesias de peregrinación, un jalón capital de las cuales es Saint-Sernin de Toulouse. El pórtico de la Gloria, construido en la segunda mitad del siglo XII, se encuentra en la línea de las grandes portadas románicas de Vézelay, Autun, Conques y Moissac. Su autor, el maestro Mateo, es el heredero de la técnica escultórica leonesa. La portada central representa la Iglesia de Cristo. En el tímpano aparece el Cristo redentor entre dos ángeles turiferarios y los cuatro evangelistas. A derecha e izquierda se encaran cuatro profetas y cuatro apóstoles. En la columna central, bajo un capitel representando a la Trinidad, Santiago con el largo bastón de peregrino y una filacteria en la cual puede leerse: Misit me Dominus *("El Señor me envía"). Debajo, una columna esculpida en forma del árbol de Jesé y una estatua arrodillada, el popular "Santo dos Croques", considerado como el propio maestro Mateo. La columna y su pedestal se hallan desgastados por los dedos de los peregrinos, que, desde hace siglos, han caído en el umbral al término de su peregrinación. (Santiago de Compostela, Catedral.)*

22. LA JERUSALÉN CELESTE.

A partir del siglo IX se extiende el tema de la Jerusalén celeste. Pero, antes de convertirse en "la ciudad de ensueño", es la réplica de la Jerusalén terrestre, de la Iglesia del Santo Sepulcro. El Apocalipsis había sido ya muy popular en España desde el siglo VII. El comentario que a él dedicó el Beato de Liébana, en el 784, tuvo una difusión extraordinaria. El manuscrito de ese comentario, redactado a mediados del siglo XI en la abadía de San Severo de las Landas, es famoso por sus admirables miniaturas. La representada en la ilustración ha sido comparada por Carol Heitz a la iglesia alta de la abadía carolingia de Corvey. Grupos de tres arcos rodean un cuadrado. Tema capital para la sensibilidad urbana es la formación del complejo emocional que preparó las Cruzadas y la espiritualidad escatológica. (París, Biblioteca Nacional, manuscrito latino 8878, folio 207, reverso, y 208.)

23. CABALLEROS A LA CRUZADA.

La Iglesia multiplica las representaciones de caballeros que parten a la Cruzada. El tema es particularmente apropiado para la decoración de una capilla de templarios. Este fresco, que data, probablemente, de 1170-1180, presenta a unos caballeros acompañados de un pequeño músico, con una viola y un



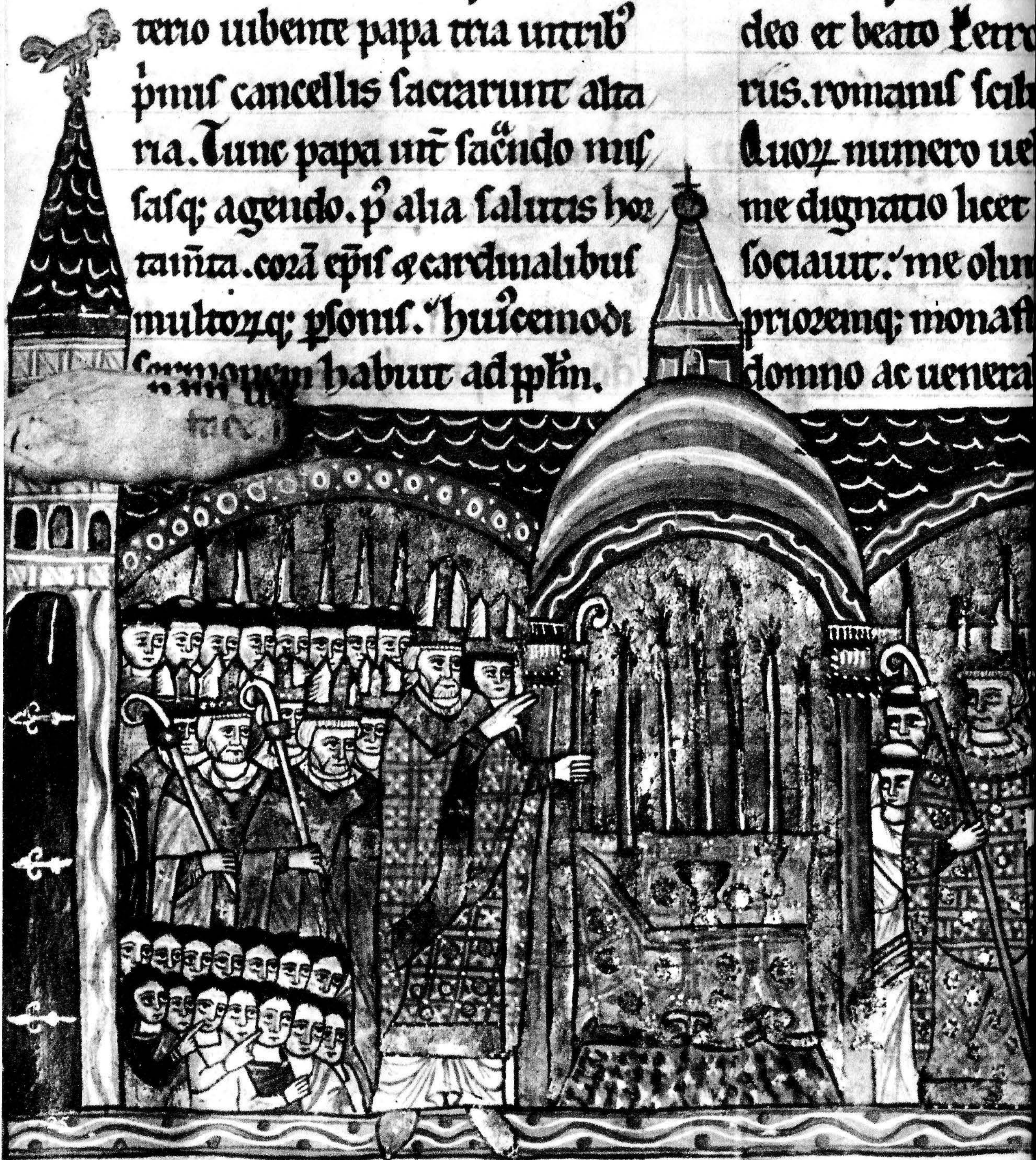
22

23




FRIDERI
ROMAN.
IMPE
RATOR

archieps dabtus: Eps signanus
bruno. eodem die in ipso monas



...ono. nuui
...ram ipsius
...lauit.' nisi
...uisq; uica
...t pontificab'
...dinu diuina
...dignum as
...monachum
...u huius. sub
...u hugone



ad intelligendu [illegible]
fortasse opis uacuare uidea...

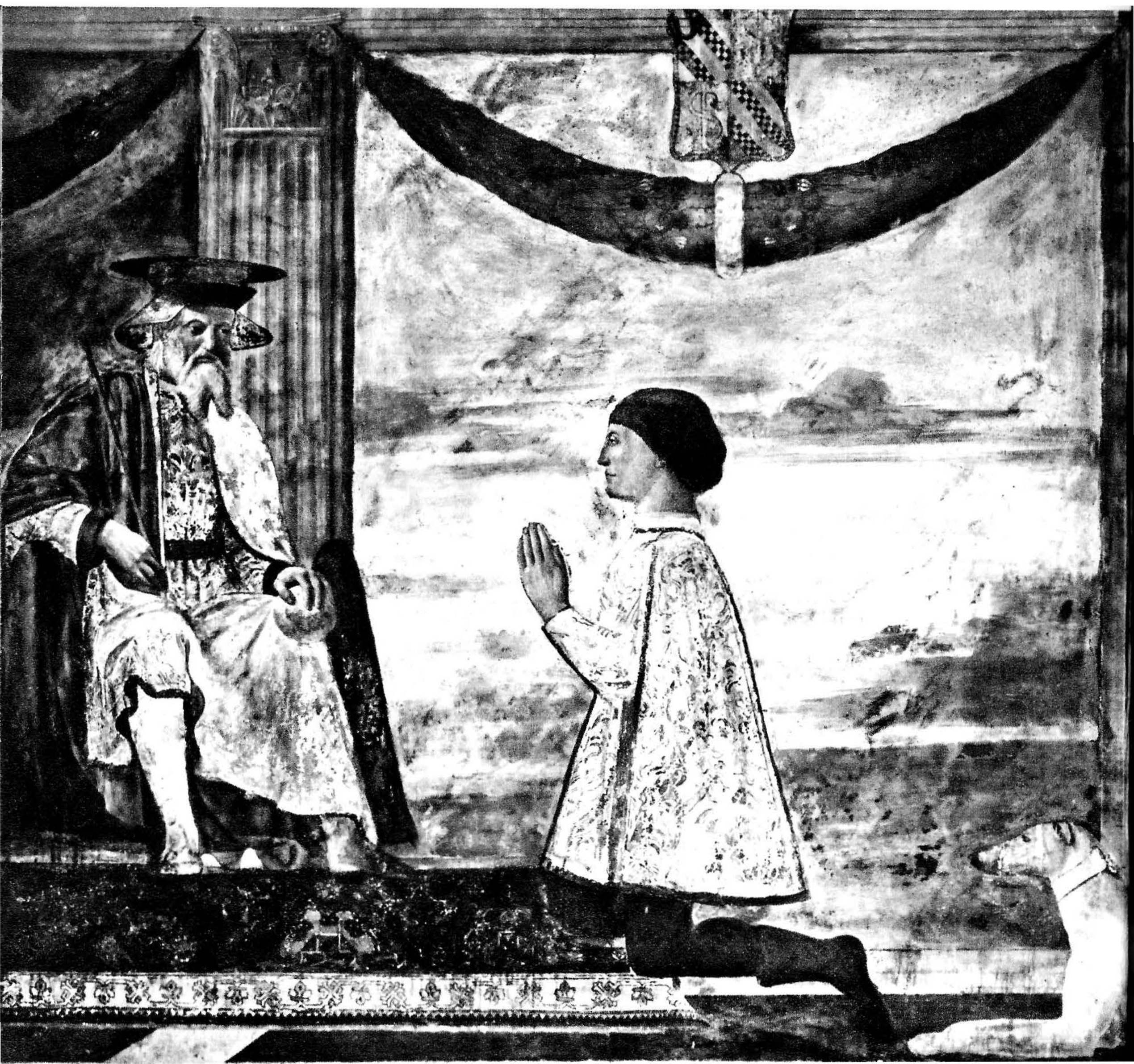
EX...
INC...
NTE...

sacri eloquii int...
rium tanta est li...
ut utriusq; part...
hunc neq; nimię d...
deprimat' neq; ri...
rię uacuū relinqu...
pe eius sententię ...
conceptione sunt ...
eas ad solam tene...
earū notitia p su...
Nonnullę uero ita...
tis inseruiunt' u...
lius penetrare de...
nil inueniat' sed h...
foris locuntur ab...
ne quoq: narratio...
significationē di...
uirgas populeas ...
linas. & ex platan...
ticauit eas' detrac...
his quę expoliata...
apparuit; Illa ū...
uiridia p manser...
modū. color effe...
& subditur; Pos...

27

Ci commence li liures du gran


Tham qui parole de la grant Ermenie de perse.
merveille qui p le monde sont.



29

arco. Salen de una ciudad de cruzados para lanzarse contra los sarracenos. La escena reproduce quizás un episodio de la victoria obtenida en 1163 sobre Nuredín en la llanura de la Boquea, al pie del "krak" o castillo de los caballeros. (Cressac, Charente, Capilla de los templarios.)

24. UN EMPERADOR: FEDERICO I BARBARROJA.

Esta miniatura, pintada entre 1188 y 1189 y perteneciente a un manuscrito de la Historia de la Primera Cruzada, *obra de Roberto de Saint-Rémy, es un ejemplo de la propaganda iconográfica eclesiástica. En ella se ve al prior Enrique de Schaftlarn ofreciendo la obra a Federico Barbarroja. El emperador es puesto indirectamente al servicio del papado por el camino de la Cruzada. La cruz corona el globo, insignia imperial, cubre el pecho, decora el escudo. La inscripción exalta la acción del emperador contra Saladino. (Roma, Biblioteca Vaticana, Códice Vaticano Latino núm. 2001, fol. 1, reverso.)*

25. LA CONSAGRACIÓN DE UNA IGLESIA: CLUNY.

Cluny sabía muy bien imponerse a sus filiales. Esta colección histórica y litúrgica fue compuesta hacia 1180-1190 por el prior cluniacense de Saint-Martin-des-Champs en París. Contiene, además de los usos litúrgicos, la narración de los grandes acontecimientos ocurridos en el monasterio. En el año 1095, el papa Urbano II se detiene en su camino hacia Clermont, donde predicará la I Cruzada el 27 de noviembre, y consagra la nueva iglesia, elevada por el abad Hugo (Cluny III). Los viajes de consagración, que el papa efectuaba rodeado de cardenales, obispos y abades, revistieron gran importancia para la difusión de ciertos planos, estilos y temas artísticos. (París, Biblioteca Nacional, manuscrito latino 17716, fol. 91.)

26. MONJES ROTURADORES.

Los monjes no tomaron tan gran parte en las roturaciones como se ha dicho frecuentemente. De todas maneras, su actividad en este dominio no es de despreciar. En este manuscrito de Citeaux, aproximadamente del 1115, las Moralia in Job *de Gregorio el Grande (véase il. 105), un monje derriba un árbol, al que un campesino (probablemente un asalariado, puesto que los cistercienses no tienen siervos en esta época) poda las ramas. Obsérvese la habilidad, muy románica, con que se aprovecha la inicial J para contener el tema. (Dijon, Biblioteca Municipal, manuscrito 173, fol. 41.)*

27. AL FINAL DE LA EDAD MEDIA: LA SOCIEDAD MONÁRQUICA.

En 1450, Carlos VII ha reconquistado prácticamente toda Francia y asentado la autoridad monárquica. En el mismo año, el condestable de Richemont, que ha añadido la Bretaña (en la miniatura lleva sus armas) al dominio real, encarga este manuscrito del Árbol de las Batallas *a un copista, con motivo de*

la reedición de Cherburgo. El rey en su trono preside los tres estados de la sociedad. En lo alto, en torno al papa, que superpone su autoridad a la del rey, el clero: cardenales, obispos, monjes, clérigos. En el centro, el soberano con el delfín, el futuro Luis XI, a su derecha y Richemont a su izquierda, rodeado de la aristocracia militar. Abajo, el tercer estado, burgueses a la izquierda, mercaderes y campesinos a la derecha. (París, Biblioteca del Arsenal, manuscrito 2695, fol. 6.)

28. AL FINAL DE LA EDAD MEDIA: VENECIA, PUERTA DEL ORIENTE.

El libro de Marco Polo (el Millón *o el* Libro de las Maravillas; *cuando su autor lo dictó, entre 1298 y 1301, mientras se hallaba en la prisión de Génova, donde fue encerrado después de la derrota de los venecianos en Curzola, le llamó más modestamente —o más orgullosamente— la* Descripción del Mundo) *fue uno de los grandes libros de aventuras escritos al final de la Edad Media, que lo consideró como una obra de ficción. La miniatura, que forma parte de un manuscrito de Oxford, preparado e iluminado hacia 1400, decora el comienzo del libro* «Ci commence li livres du graunt Caam *(el Gran Kan mogol)* qui parole de la Graunt Armenie, de Perse...» *Representa a Venecia, sus barcos mercantes, su aristocracia comercial y fastuosa, sus monumentos resplandecientes, sus escenas urbanas familiares en la Piazzetta (a la izquierda), su León de San Marcos simbólico, puerta de la riqueza y la aventura, abierta sobre un Oriente que los turcos no disputaban todavía a los venecianos. (Oxford, manuscrito Bodleian 264, fol. 218.)*

29. AL FINAL DE LA EDAD MEDIA: UN PRÍNCIPE.

A mediados del siglo XV, los príncipes se habían convertido —tanto, si no más, que la Iglesia— en los grandes mecenas: Piero della Francesca adquiere su reputación en la corte de Federico de Montefeltre, duque de Urbino, y, más tarde, en la de los Este, señores de Ferrara. En 1451 pinta este retrato (firmado y fechado) de Sigismondo Pandolfo Malatesta, señor de Rimini. Malatesta fue uno de los primeros príncipes del Renacimiento. Soldado de aventura, condotiero libertino, cruel, refinado, encargó a Alberti la construcción en Rimini de una capilla dinástica en el interior de una iglesia franciscana inacabada. Es el templo de los Malatesta, elevado en su honor y el de su amante Isotta de Rimini más que en honor de Dios. El retrato de Sigismondo, seguido de dos lebreles (sólo uno de ellos visible en el grabado), arrodillado ante su patrón San Segismundo de Borgoña, está realizado según el sistema espacial propio del Renacimiento. El príncipe ocupa el centro, "rodeado de un vacío augusto" (Henri Focillon), destacando su perfil, con la individualidad de sus rasgos, entre las dos columnas albertinianas. (Rimini, Tempio Malatestiano.)

momentáneamente de los sajones, Carlomagno marchó sobre Baviera en el 787. Gracias al apoyo del papa que había excomulgado a Tassilón, y al de un fuerte partido conseguido comprando al clero bávaro, obtuvo sin combate la sumisión de Tassilón, que se rindió en el 788. Carlomagno se desembarazó de la familia ducal bávara haciendo tonsurar a Tassilón, al que encerró primero en Jumièges y, más tarde, en Worms, y obligando a profesar a su mujer, sus dos hijos y sus dos hijas. El obispo Arno de Salzburgo, que ayudó a Carlos a integrar el país y la Iglesia de Baviera en la Iglesia y el Estado francos, fue designado arzobispo en el año 798.

Pese a esta integración, la nueva provincia bávara continuaba expuesta a las incursiones de los ávaros, pueblo de origen turco-tártaro, procedente de las estepas asiáticas como los hunos. Englobando en sí a un cierto número de pueblos eslavos, habían fundado un imperio con centro en el Danubio medio, desde la Carintia a la Panonia. Saqueadores profesionales, habían conseguido, gracias a sus expediciones, un enorme botín y lo habían acumulado en su cuartel general, que conservaba la forma circular de las tiendas mongolas: el *Ring*. Estas riquezas constituyeron, sin duda, un atractivo no desdeñable para los francos, cuyos soberanos buscaban siempre —al igual que los romanos— extraer de sus conquistas una parte notable de los recursos necesarios al reino. En el año 791, una campaña hábilmente preparada, que hacía converger tres ejércitos francos, dos venidos del Oeste y progresando a lo largo de cada una de las orillas del Danubio y el otro aportado desde Italia por Pepino, hijo de Carlomagno, fracasó a causa de una epidemia, que mató un elevado número de sus caballos. En el 796, Carlomagno se apoderó del Ring. El principal jefe ávaro, de nombre Tundun, se sometió y se convirtió al cristianismo. Bautizado en Aquisgrán, tuvo a Carlomagno por padrino. El soberano franco se anexionó entonces la parte occidental del imperio ávaro, entre el Danubio y el Drave.

Hasta aquel momento, el Estado carolingio había pisado apenas el mundo eslavo. Tan sólo algunas expediciones hacia el curso inferior del Elba, y aún más allá después de la conquista de Sajonia, habían rechazado o englobado a ciertas tribus eslavas. La victoria sobre los ávaros hizo entrar en el mundo franco a eslovenos y croatas.

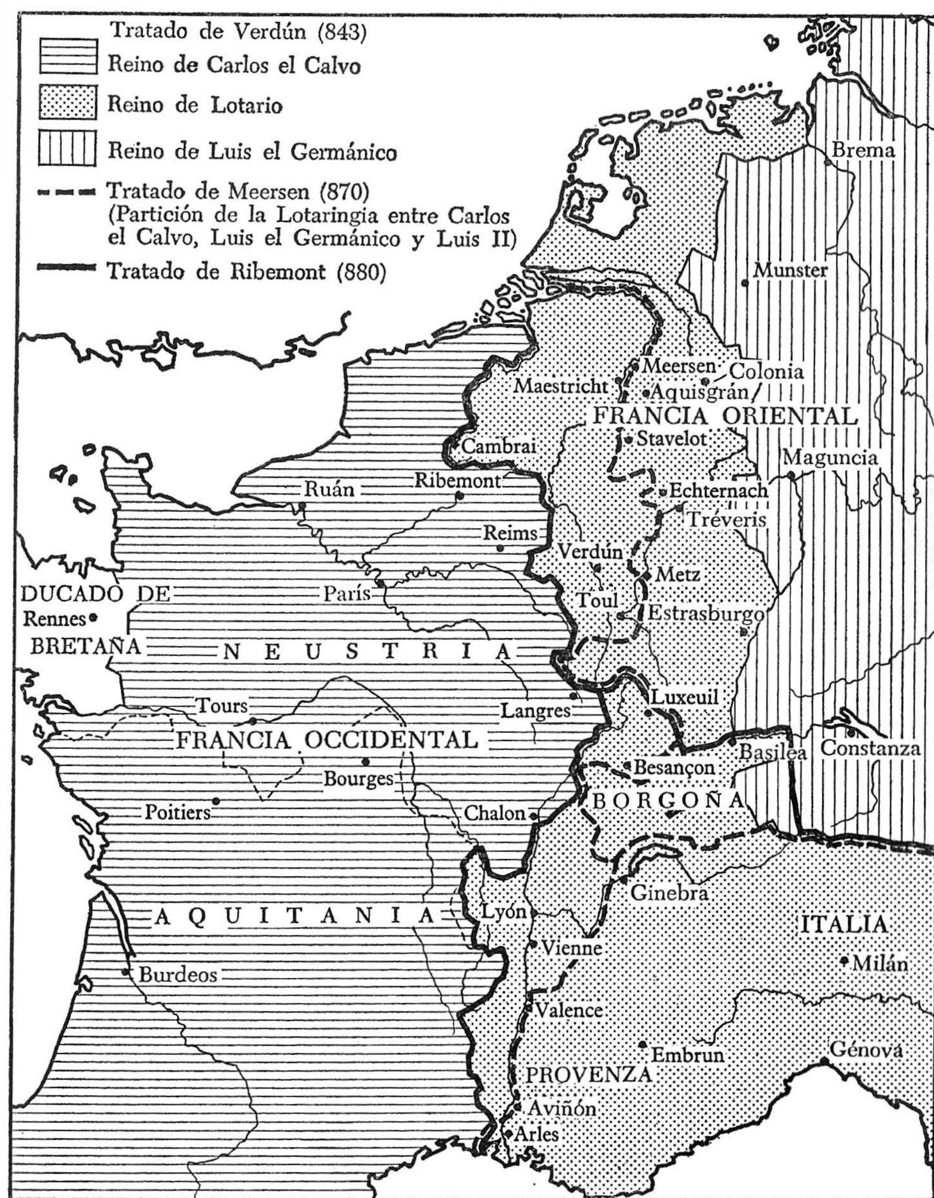
Carlomagno se enfrentó al fin con los griegos. Sin embargo, este conflicto presentaba caracteres muy particulares. Su significación especial le venía dada por un acontecimiento ocurrido en el año 800, que prestó nuevas dimensiones a las empresas de Carlomagno: el rey franco había sido coronado emperador por el papa de Roma.

El restablecimiento del Imperio de Occidente parece haber sido una

idea pontifical y no carolingia. La principal preocupación de Carlomagno consistía en consagrar la división del antiguo Imperio romano en un Occidente, del cual él sería el jefe, y un Oriente que no pensaba disputar al *basileus* bizantino. No obstante, se obstinaba en no reconocer a éste un título imperial que evocaba una unidad desaparecida. En los *Libri Karolini* del 792 se presenta como «rey de las Galias, de Germania, de Italia y de las provincias vecinas», mientras que nombra al *basileus* como «el rey que reside en Constantinopla». Señalar esta igualdad y su independencia le parece tanto más necesario cuanto la virulencia iconoclasta de Bizancio ha vuelto a convertir a los francos, como en la época de Clodoveo, en los campeones de la ortodoxia. Por otra parte, quiere así protestar contra el segundo Concilio de Nicea, celebrado en el 787, que pretendió regular la cuestión de las imágenes para la Iglesia universal.

Ahora bien, en el año 799, el papa León III comprendió que podría obtener una triple ventaja por el hecho de conceder la corona imperial a Carlomagno. Aprisionado y perseguido por sus enemigos romanos, tenía necesidad de ver restaurada su autoridad, de hecho y de derecho, por otra autoridad que se impusiera a todos sin lugar a disputa: es decir, la de un emperador. Jefe de un Estado temporal, el Patrimonio de San Pedro, deseaba que el reconocimiento de esta soberanía temporal fuese corroborada por un rey superior a todos los demás, tanto en título como en poder efectivo. Por último, pensaba, lo mismo que gran parte del clero romano, que, al hacer de Carlomagno un emperador para todo el mundo cristiano, comprendido Bizancio, constituiría un excelente medio de luchar contra la herejía iconoclasta y establecer la supremacía del pontífice romano sobre toda la Iglesia.

Carlomagno se dejó arrastrar a esta coronación con alguna repugnancia. Creyéndose «rey coronado por Dios», *rex a Deo coronatus,* juzgaba acaso superfluo el gesto del papa, un hombre que no era considerado por todos como el vicario de Cristo. Rey de los francos ante todo, no se sentía más que medianamente seducido por una ceremonia que le transformaba en rey de los romanos y, más concretamente, de esos habitantes de la Roma del 800, ya por entero desprovista del prestigio de la Roma antigua. A pesar de ello, terminó por dejarse convencer y fue coronado el 25 de diciembre del año 800. Sin embargo, no se enfrentó con Bizancio sino para obligarle a reconocer su título y la igualdad de su categoría. Habiendo fracasado las negociaciones diplomáticas, comprendido un proyecto de matrimonio con la emperatriz Irene, inició una serie de operaciones en el norte del Adriático, en los confines de los dos Imperios. También en este caso la falta de


Tratado de Verdún (843)
Reino de Carlos el Calvo
Reino de Lotario
Reino de Luis el Germánico
Tratado de Meersen (870)
(Partición de la Lotaringia entre Carlos el Calvo, Luis el Germánico y Luis II)
Tratado de Ribemont (880)
Brema
Munster
Meersen
Colonia
Maestricht
Aquisgrán
FRANCIA ORIENTAL
Stavelot
Cambrai
Maguncia
Ruán
Ribemont
Echternach
Tréveris
Reims
Verdún
Metz
DUCADO DE BRETAÑA
Rennes
París
Toul
Estrasburgo
N E U S T R I A
Tours
Langres
Luxeuil
FRANCIA OCCIDENTAL
Constanza
Basilea
Besançon
Bourges
BORGOÑA
Poitiers
Chalon
Ginebra
A Q U I T A N I A
Lyon
ITALIA
Vienne
Milán
Burdeos
Valence
Embrun
Génova
PROVENZA
Aviñón
Arles

navíos le procuró un fracaso ante las escuadras griegas. No obstante, su superioridad militar en tierra le permitió apoderarse de Friul, de la Carniola, de Istria, y, sobre todo, de Venecia, la cual había intentado vanamente mantenerse neutral, a fin de salvaguardar su naciente comercio. Finalmente, en el año 814, se llegó a un acuerdo, apenas unos meses antes de la muerte de Carlomagno. Los francos accedieron a devolver Venecia, aunque conservaron para sí las tierras situadas al norte del Adriático, y el *basileus* reconoció a Carlomagno su título imperial.

Dueño de tan vasto territorio, Carlomagno se ocupó siempre de administrarlo y gobernarlo con eficacia. Si bien los grandes oficiales, los consejeros y los secretarios que componían la corte del soberano eran aproximadamente los mismos que bajo los merovingios, su número se había acrecentado considerablemente y, sobre todo, se procuraba que fueran más instruidos. Pese a que los actos gubernamentales continuaban siendo en su mayoría orales, se estimuló el uso de la escritura, y una de las principales finalidades del renacimiento cultural, del que se hablará más adelante, estribó en perfeccionar el bagaje profesional de los oficiales reales. De manera particular —como es bien sabido—, Carlomagno se esforzó por hacer sentir su autoridad en todo el reino franco, desarrollando los textos administrativos y legislativos y multiplicando los enviados personales, es decir, los representantes del poder central.

El instrumento escrito de este poder fueron las *capitulares* u ordenanzas, tan pronto particulares a una región, como las capitulares de los sajones, tan pronto generales, como la capitular de Herstal (o Heristal), sobre la reorganización del Estado (779), la capitular *De villis,* sobre la administración de los dominios reales, o la capitular *De litteris collendis,* sobre la reforma de la instrucción. El instrumento humano estuvo integrado por los *missi dominici,* grandes personajes laicos o eclesiásticos, enviados en misión anual de vigilancia a los delegados del soberano —los condes y, en las fronteras, los marqueses o los duques— o de reorganización administrativa. En un grado superior, una asamblea general reunía una vez por año (a finales de invierno) en torno al soberano a los principales representantes de la aristocracia eclesiástica y laica del reino. Esta especie de Parlamento aristocrático —la palabra *populus* que lo designa no debe inducirnos a error— que sirvió a Carlomagno para asegurarse la obediencia de sus súbditos, habría de ser utilizado, más tarde, para imponer a sus débiles sucesores la voluntad de los grandes del reino.

La grandiosa construcción carolingia, en efecto, iba a desmoronarse rápidamente en el curso del siglo IX, bajo los golpes conjugados de los ene-

migos exteriores —nuevos invasores— y de los agentes internos de desintegración.

* * *

Los invasores se presentan procedentes de todos los horizontes. Los más peligrosos arriban por mar, al Norte y al Sur.

Llegan del Norte los escandinavos, a los que se llama simplemente hombres del norte o *normandos,* o aun vikingos. Su primer propósito es sencillamente saquear. Asuelan las costas, remontan los ríos, se arrojan sobre las ricas abadías, incluso, a veces, sitian las ciudades. No debe olvidarse que la expansión escandinava se produce lo mismo hacia el Este que hacia el Oeste. Se sabe con seguridad que los suecos o varengos colonizan económicamente Rusia, dominando el comercio que la cruza. Asimismo, en el aspecto político, acaso sean ellos quienes suscitan los primeros esbozos de los diversos estados. Al Oeste, los noruegos se encarnizan sobre Irlanda, los daneses sobre las regiones bañadas por el mar del Norte y La Mancha. Desde el año 809, la travesía de La Mancha deja de ser segura. Después del 834, las incursiones normanas, centradas particularmente sobre los puertos de Quentovic y de Duurstede, en las desembocaduras comerciales del Escalda, del Mosa y del Rin, se hacen anuales y comienza a dibujarse una fase de instalación. Se trata todavía de contar con bases más cercanas y más estables para las expediciones de pillaje. En el año 839, un jefe normando funda un reino en Irlanda y establece su capital en Armagh. En el 838, el rey de Dinamarca solicita del emperador la cesión del país de los frisones. A pesar de la negativa de Luis el Piadoso, los normandos ocupan la región de Duurstede. Señalemos algunos hechos importantes: en el 841, saqueo de Ruán; en el 842, destrucción de Quentovic; en el 843, saqueo de Nantes; en el 844, los normandos se aventuran hasta La Coruña, Lisboa y Sevilla; en el 845 figuran entre sus presas Hamburgo y París, saqueado este último por las tripulaciones de ciento veinte navíos, mandados por el Ragnar Lodbrok de las *sagas* o poemas escandinavos; en el 859 alcanzan Italia y llegan hasta Pisa. Ésta será su última incursión, geográficamente hablando. Entre las víctimas de sus innumerables depredaciones se incluye Aquisgrán, donde, en el 881, incendian la tumba de Carlomagno. Al fin, como los invasores que les precedieron, piensan en instalarse, en establecerse de manera definitiva, en reemplazar el pillaje por el cultivo y el comercio.

Por la paz de Wedmore, firmada en el año 878, Alfredo el Grande * les reconoce una parte de Inglaterra, de la cual toman posesión a partir de 980, bajo el mandato de Svend y su hijo Cnud el Grande * (1019-1035).

Pero son los normandos establecidos en el norte de la Galia (región a la cual dieron su nombre una vez que Carlos el Simple la hubo concedido, en el 911, a su jefe Rolón por el tratado de Saint-Clair-sur-Epte) los que se desparraman por Occidente y dejan en él señales duraderas. En 1066, conquistan definitivamente Inglaterra y, a partir de 1029, se instalan en la Italia del Sur y en Sicilia, donde fundan uno de los Estados más originales del Occidente medieval. Sus representantes aparecerán en el Imperio bizantino, en Tierra Santa, formando parte de las Cruzadas.

En cuanto al Sur, el ataque provino de los musulmanes de Ifriquia. Tuvo lugar después de que una dinastía árabe, la de los Aglabidas, se independizó prácticamente del califato y construyó una flota. Los piratas ifriquianos aparecieron en Córcega hacia el año 806. Más tarde, a partir del 827, emprendieron la conquista de Sicilia y, en menos de un siglo, se hicieron dueños de ella, a excepción de algunas pequeñas zonas que quedaron en manos de los bizantinos o de los indígenas. Todos los centros importantes habían caído en su poder: Palermo (831), Mesina (843), Enna (859), Siracusa (878), Taormina (902). Desde Sicilia se lanzan sobre la península italiana, sea por medio de incursiones de pillaje, la más espectacular de las cuales fue aquella en cuyo curso saquearon San Pedro de Roma (846), sea para formar cabezas de puente, tales como Tarento o Bari, de donde los desalojó el emperador bizantino Basileo I en el año 880. A la ofensiva de los Aglabidas corresponden en el extremo oeste del Mediterráneo nuevos ataques de los musulmanes españoles contra la Provenza, la Liguria y la Toscana, donde establecen también una cabeza de puente «sarracena» en Fraxinetum, cerca de Saint-Tropez.

De este modo, mientras los carolingios establecían su dominio sobre la mayor parte del continente, los mares aparentaban escaparse a él. Incluso en tierra, una nueva invasión procedente de Asia, la de los húngaros, pareció amenazarlos por un momento.

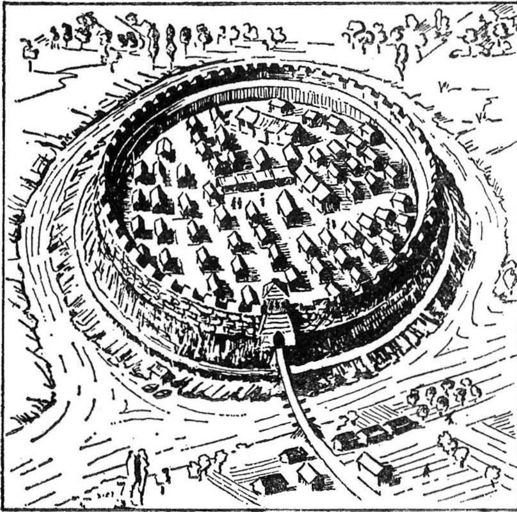
La invasión magiar se desarrolla siguiendo el esquema habitual. En el transcurso del siglo VII, los húngaros se instalan en el Estado de los kazares, turcos convertidos al judaísmo y establecidos en el bajo Volga, donde controlan el muy próspero comercio entre Escandinavia, Rusia y el mundo musulmán. Hacia la mitad del siglo IX, otros turcos, los petchenegues, desbaratan el imperio kazar y expulsan hacia el Oeste a los húngaros. A los ojos de los occidentales, los húngaros recuerdan extraordinariamente a los hunos. La misma vida a caballo, la misma superioridad militar de sus arqueros, la misma ferocidad. Avanzan hacia las llanuras y las estepas del Danubio medio, en parte despobladas a causa de la destrucción del Imperio ávaro

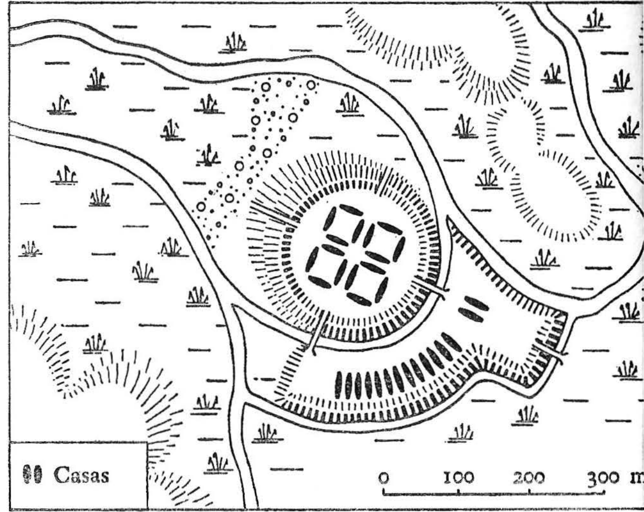
llevada a cabo por Carlomagno. A partir del 899 se lanzan en mortales y destructoras expediciones sobre Venecia, Lombardía, Baviera y Suabia. Al comienzo del siglo IX destruyen el Estado de la Gran Moravia y pronto realizan incursiones por Alsacia, Lorena, Borgoña, el Languedoc... Entre sus principales víctimas figuran Pavía, tomada en el 924, donde incendiaron «cuarenta y cuatro iglesias», y Verdún, arrasado por el fuego en el 926. Ciertos años resultan particularmente desastrosos: en el 926 pasean su afán destructor desde las Ardenas a Roma; en el 937 devastan una gran parte de Alemania, Francia e Italia; en el 954 llegan hasta Cambray al Oeste, hasta Lombardía al Sur. Al fin, en el 955, el rey de Germania, Otón, les inflige una cruel derrota en la batalla del Lechfeld, cerca de Ausburgo. Su fuerza quedará quebrantada para siempre. Ellos cierran la curva de la historia de los invasores bárbaros: renuncia al pillaje, sedentarización, cristianización. Hungría nace a finales del siglo X.

Pero la invasión húngara ha ayudado a nacer un nuevo poder en Occidente: el de la dinastía otónida, que restaura en el 962 el poder imperial, abandonado por los carolingios, cuya primacía fue minada más por una decadencia interna que por los asaltos exteriores.

* * *

A pesar de sus esfuerzos para hacerse cargo de la herencia política y administrativa romana, los francos no habían logrado adquirir el sentido del Estado. El reino era considerado por los reyes francos como de su propiedad en el mismo grado que sus dominios y sus tesoros. En consecuencia, no tenían el menor escrúpulo en alienar alguna parte de él. Por ejemplo, cuando Chilperico se casa con Galesvinta, hija del rey visigodo Atanagildo, ofrece a la joven, al día siguiente de su matrimonio, como «presente de boda», cinco ciudades de la Galia meridional, entre ellas Burdeos. Y puesto que el reino les pertenece, los reyes francos acostumbran repartirlo entre sus herederos. De vez en cuando, la fortuna, la mortalidad infantil o la debilidad mental reagrupan de nuevo los Estados francos bajo dos o un solo rey. Así Dagoberto, apartando del trono a su primo imbécil Cariberto, reina solo de 629 a 639. Y la muerte prematura de su hermano Carlomán, favorito de su padre Pepino el Breve, deja a Carlomagno como único amo del reino franco a partir del 771. Ahora bien, la restauración del Imperio no priva, en cambio, a Carlomagno de repartir a su vez su reino entre sus tres hijos, reparto que efectúa en ocasión de la *Ordinatio* de Thionville en el año 806. Sin embargo, nada se decía en la *Ordinatio* sobre la corona





5. *OPOLE. (De* Les Origines des villes polonaises, *maqueta de reconstrucción.)*

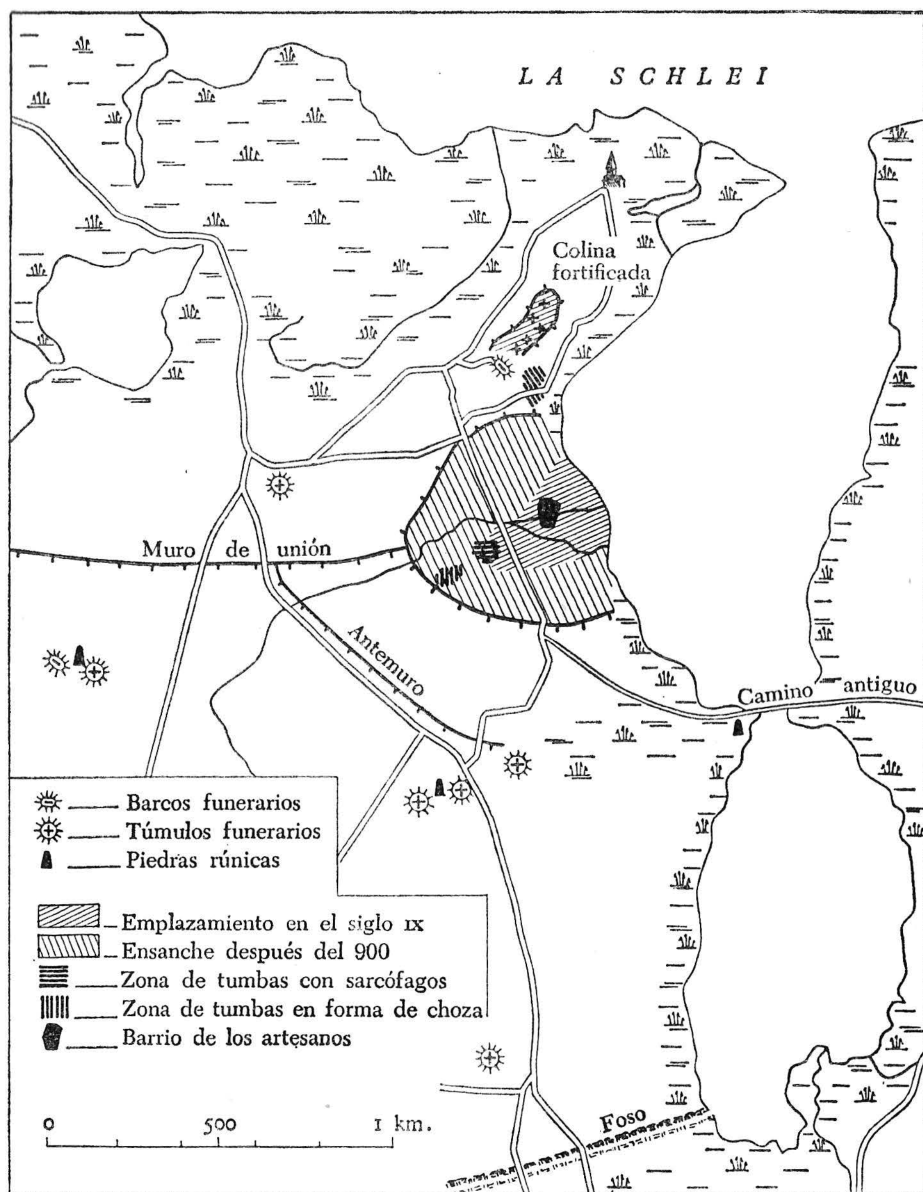
6. *TRELLEBORG. (Según el atlas Westermann, reconstrucción sobre el terreno.)*

7. *HAITHABU. (Según el atlas Westermann, plano según las excavaciones.)* →

5. 6. 7. NACIMIENTO DE CIUDADES EN LOS LÍMITES DE LA CRISTIANAD, HACIA EL AÑO MIL: «GROD» Y «WIK»

En los países eslavo y escandinavo, los núcleos urbanos cumplen todavía una función más militar que económica.
Opole *(5)*, es la Silesia polaca, es un *grod* eslavo, edificado en madera. Su emplazamiento insular y el recinto fortificado manifiestan preocupaciones defensivas. El río constituye excelente vía económica. Trelleborg *(6)*, en la isla danesa de Seeland, es un campo vikingo, una de las bases de partida de los normandos. Con una situación estratégica, el espíritu marítimo y guerrero (es el momento de la conquista de Inglaterra por los daneses) inspira el plano de las casas, asimismo de madera, en forma de barco, cada una de las cuales alberga, probablemente, a la tripulación de un navío.
Haithabu *(7)*, en el istmo de Jutlandia, es, por el contrario, un *wik* comercial fortificado, gran centro de tránsito en una de las principales vías de comunicación. Hacia el año mil, unía el mundo del Báltico con el Noroeste occidental.

imperial. El azar interviene ahora, y, en el año 814, la desaparición de Carlomagno, al que sus hijos Pepino y Carlos habían precedido en la muerte, deja a su tercer hijo, Luis, como único heredero del reino. Bernardo, sobrino de Carlomagno, que había recibido el reino de Italia de su tío, lo conserva en su poder, pero presta juramento de fidelidad a Luis en Aquisgrán. Hacia el 817, Luis el Piadoso intenta regular el problema de su sucesión


LA SCHLEI
Colina fortificada
Muro de unión
Antemuro
Camino antiguo
Foso
Barcos funerarios
Túmulos funerarios
Piedras rúnicas
Emplazamiento en el siglo IX
Ensanche después del 900
Zona de tumbas con sarcófagos
Zona de tumbas en forma de choza
Barrio de los artesanos
0
500
1 km.

conciliando la tradición del reparto con su preocupación por la unidad imperial. Por medio de una *Ordinatio,* reparte el reino entre sus tres hijos, aunque asegurando la primacía imperial para su primogénito, Lotario. El nacimiento tardío de un cuarto hijo, Carlos, al que Luis quiso dar también su parte correspondiente, puso en entredicho la *Ordinatio* de 817. Rebelión de los hijos contra el padre, lucha de los hijos entre sí, nuevas particiones... Todas esas peripecias llenan el reinado de Luis el Piadoso, que pierde en ellas toda su autoridad. Después de su muerte, acaecida en el 840, continúan las particiones y las luchas. En el 843 se lleva a cabo la Partición de Verdún. Lotario, el hijo mayor, recibe un largo corredor, que va del mar del Norte al Mediterráneo e incluye Aquisgrán *, símbolo del Imperio franco. Le corresponde asimismo Italia, es decir, la protección de Roma. Luis toma para sí los territorios del Este y pasa a llamarse Luis el Germánico. Carlos, llamado el Calvo, los países del Oeste. En el 870, Carlos el Calvo y Luis el Germánico se reúnen en Meersen y se reparten la Lotaringia, con excepción de Italia, que queda en poder de Luis II, hijo de Lotario I y nominalmente emperador. Después de una nueva partición en Ribemont (880), que hace bascular la adjudicación de la Lotaringia al Este, hacia la Francia oriental, la unidad del Imperio parece restablecerse momentáneamente bajo Carlos el Gordo, tercer hijo de Luis el Germánico, que es nombrado sucesivamente emperador y rey de Italia (881), único rey de Germania (882) y, por último, rey de la Francia occidental (884). No obstante, después de su muerte (888) se inicia la rápida quiebra de la unidad carolingia. El título imperial no vuelve a ser ostentado, a excepción del carolingio Arnulfo (896-899), sino por reyezuelos italianos. Al fin, desaparece en el año 924. La realeza de Francia occidental, que de nuevo se ha transformado en electiva, hace alternar a reyes carolingios con reyes pertenecientes a la familia de Eudo, conde de Francia, es decir, de la Isla de Francia, héroe de la resistencia de París contra los normandos (885-886). En Germania, la dinastía carolingia se extingue con Luis el Niño (911), y la corona real, concedida también electivamente por los grandes, recae en el duque Conrado de Franconia primero y, después, en el duque de Sajonia, Enrique I el Pajarero. Su hijo, Otón I, será el fundador de un nuevo tronco imperial.

Todas estas particiones, estas luchas, esta confusión, por rápido que fuera su desarrollo, dejaron sobre el mapa y sobre la Historia señales duraderas.

En primer lugar, la partición de Verdún, efectuada por ciento veinte expertos en el año 843, que aparentemente prescindía de todas las fronteras

étnicas o naturales, corresponde, en realidad, a consideraciones económicas, como Roger Dion ha demostrado de un modo admirable. Se trataba de asegurar a los tres hermanos una participación en cada una de las grandes zonas vegetales y económicas que forman horizontalmente Europa, «los grandes pastos de las Marschen, las salinas y los olivos de Cataluña, Provenza e Istria». El problema de las relaciones entre Norte y Sur, entre Flandes e Italia, entre la Hansa y las ciudades mediterráneas, esto es, las vías alpestres, la vía renana, la vía del Ródano, revisten una gran importancia. La cuestión de esos ejes Norte-Sur se plantea en una Europa en formación que no está centrada en el Mediterráneo y en la que la circulación se orienta sobre todo «perpendicularmente a las zonas de vegetación», que se estratifican de Este a Oeste.

Después se inicia el dibujo de las futuras naciones: la Francia occidental, que será Francia y que comienza a anexionarse al Sur esa Aquitania que por tan largo tiempo se mantuvo diferenciada e individualizada en reino; la Francia oriental, que se convertirá en la Germania y que, no teniendo, salvo por el Norte, frontera natural, se verá tentada a extenderse por el Oeste más allá incluso de la Lotaringia, destinada a ser manzana de la discordia durante siglos entre Francia y Alemania, herederas de la rivalidad de los nietos de Carlomagno; hacia el Sur, el espejismo italiano e imperial conservará hasta muy tarde su seducción (*Sehnsucht nach Süden* alternando o combinándose con el *Drang nach Osten,* que se esboza también en las marchas contra los eslavos), esa Italia que continúa siendo en sus vicisitudes un reino amenazado por las pretensiones imperiales germánicas y las ambiciones temporales de los papas.

Y, al mismo tiempo, la fragilidad de formaciones políticas intermedias: el reino de Provenza, el reino de Borgoña, la Lotaringia, condenados a ser absorbidos, a despecho de algunos brotes medievales. Tales formaciones continuarán apareciendo hasta los angevinos en Provenza y los grandes duques de Borgoña.

Pero el principal resultado de esas crisis políticas consiste en haber favorecido, lo mismo que las invasiones, una división de la autoridad y del poder imperiales más revelador y, desde el punto de vista inmediato por lo menos, más importante que el fraccionamiento político de los reinos. Los grandes se apoderan, cada vez en mayor grado, del poder económico, de la tierra y, a partir de esta base, de los poderes públicos.

El Concilio de Tours, al final del reinado de Carlomagno, hace constar: «Por diversas razones, los bienes de los pobres han quedado, en algunos lugares, fuertemente reducidos. Es decir, los bienes que son conocidos como

propiedad de hombres libres, pero que viven bajo la autoridad de poderosos magnates.» Los nobles, tanto eclesiásticos como laicos, van transformándose poco a poco y cada vez con mayor fuerza en los nuevos amos. Los monasterios, cuyos abades pertenecen, por otra parte, a las grandes familias de magnates, poseen una inmensa cantidad de bienes raíces. Ellos son los que, dejando aparte los dominios reales, conocemos mejor, porque de su administración, más ordenadamente llevada por los clérigos, han quedado testimonios escritos. A comienzos del siglo IX, Irminón, abad de Saint-Germain-des-Près, ordena redactar un inventario de los dominios de la abadía y de las rentas que han de serle pagadas por los arrendatarios, esto es, un políptico. En él se describen veinticuatro dominios (que no constituyen la totalidad, puesto que se ha perdido una parte del documento), diecinueve de los cuales se sitúan en torno a París, entre Mantes y Château-Thierry. Esos dominios se corresponden con frecuencia con algún municipio actual, pero su superficie era muy variable (398 hectáreas de tierras cultivadas para la villa de Palaiseau y 76 tan sólo para la Nogent l'Artaud; si bien en esta última se criaban mil cerdos y en la primera únicamente cincuenta).

Un poder económico semejante ha de dar lugar, por fuerza, al acaparamiento de los poderes públicos por los grandes propietarios. El proceso se intensifica gracias a un proceso instituido o, al menos, favorecido por Carlomagno y sus sucesores, con la esperanza de llegar a resultados completamente diferentes. En efecto, a fin de asentar el Estado franco, Carlomagno multiplicó las donaciones de tierras —o beneficios— en favor de los personajes cuya fidelidad deseaba asegurarse. Así los obligaba a prestarle juramento y a someterse a su vasallaje. Mediante esos lazos personales, creía poder afirmar la solidez del Estado. Con objeto de que el conjunto de la sociedad o, en todo caso, aquellos de sus representantes que ostentaban algún poder, se viese ligada al rey o al emperador por una red tan tupida como fuese posible de subordinaciones personales, animó a los vasallos reales a hacer entrar en el vasallaje a las personas sometidas al suyo. Las invasiones reforzaron esta evolución, porque el peligro empujó a los débiles a ponerse bajo la protección de los poderosos y porque, a cambio de la colación de beneficios, los reyes exigieron de sus vasallos una ayuda militar. A partir de mediados del siglo X, el término *miles* —soldado, caballero— toma con frecuencia el lugar de *vassus* para distinguir al vasallo. Un cambio capital conduce al mismo tiempo a la herencia de los beneficios. La costumbre se instaura en la práctica y se ve reforzada, en el año 877, por la capitular de Quierzy-sur-Oise, por la cual Carlos el Calvo, que se dis-

ponía a partir en expedición hacia Italia, dio seguridades a sus vasallos de que serían salvaguardados los derechos de los hijos jóvenes o ausentes cuyo padre muriese a la herencia del beneficio paternal. Los vasallos, gracias a la herencia de los beneficios, se constituyeron más sólidamente en clase social.

Al mismo tiempo, las necesidades económicas y militares que permitían formar iniciativas al gran propietario, o incluso le obligaban a ello, sobre todo si se trataba de un conde, duque o marqués, comenzaron a hacer del señor un telón entre sus vasallos y el rey. Ya desde el 811, Carlomagno se lamenta de que algunos rehúsen el servicio militar con el pretexto de que su señor no ha sido llamado y de que ellos deben quedarse cerca de él. Aquellos de los grandes que, como los condes, se hallaban investidos de poderes derivados de su función pública presentaron con frecuencia la tendencia a confundirlos con los derechos que poseían, en tanto que señores, sobre sus vasallos, mientras que los otros, siguiendo su ejemplo, los usurpaban cada vez más. Sin duda, el cálculo carolingio no estaba totalmente equivocado. Si entre los siglos x y xiii, los reyes y emperadores lograron conservar algunas prerrogativas soberanas, lo debieron sobre todo a que los grandes, convertidos en sus vasallos, no pudieron sustraerse a sus deberes, aceptados por el juramento de fidelidad.

Ahora bien, puede percibirse claramente la importancia decisiva que lo ocurrido en la época carolingia reviste para el mundo medieval. En lo sucesivo, cada hombre va a depender más o menos de su señor, y ese horizonte próximo, ese yugo tanto más pesado cuanto se ejerce en un círculo más estrecho, estará fundado en el derecho. La base del poder se centrará en la posesión de la tierra y el fundamento de la moral estribará en la fidelidad, en la fe, que reemplazará durante largo tiempo a las virtudes cívicas greco-romanas. El hombre antiguo debía ser justo o recto. El hombre medieval tendrá que ser fiel. Los malvados serán desde ahora los que falten a esa fidelidad.

* * *

Puesto que no existe ya un sentido del Estado, cuando el rey de Germania, Otón I, sube al trono (936), bien resuelto a afirmar su poder, no ve otro medio de alcanzarlo que atraerse a los duques haciendo de todos ellos sus vasallos. «Le dieron sus manos y le prometieron fidelidad y ayuda contra todos sus enemigos», escribe el cronista Widukind.

Sin embargo, su promesa no les priva de volverse contra Otón, que deshace su coalición en Andernach (939), se impone en Lorena (944), deci-

de como árbitro, entre el robertino y el carolingio, quién ha de ocupar el trono de Francia en el sínodo de Ingelheim (948), se hace nombrar rey de Italia (951) y, por último, aureolado por sus victorias sobre los húngaros en el Lechfeld y sobre los eslavos en la orilla del Recknitz (955), es coronado emperador en San Pedro de Roma por Juan XII, el 2 de febrero de 962.

Otón I reanuda inmediatamente la política carolingia de Carlomagno y de Ludovico Pío. Un pacto, firmado en el 962, renueva las relaciones entre el emperador y el papa. El emperador garantiza de nuevo el poder temporal del papa sobre el Patrimonio de San Pedro, pero, a cambio, exige que ningún papa pueda ser elegido sin su consentimiento. Durante un siglo, él y sus sucesores usarán y abusarán de su derecho hasta llegar a deponer a aquellos papas que no les placen. A pesar de todo, Otón I, siguiendo en esto el ejemplo de Carlomagno, no ve en su Imperio más que el Imperio de los francos, limitado a los países que le han reconocido como su rey. Las campañas que emprende contra los bizantinos no aspiran más que a obtener el reconocimiento de su título, lo cual consigue en el 972, por medio de un tratado que se sella con el matrimonio entre su hijo primogénito y la princesa bizantina Theophana. Otón I respeta igualmente la independencia del reino de Francia occidental.

La evolución que se comprueba bajo sus dos sucesores no busca más que engrandecer el título imperial, sin pensar en transformarlo en dominación directa.

Otón II (973-983) reemplaza el título de *Imperator Augustus*, ostentado habitualmente por su padre, por el de «emperador de los romanos», *Imperator Romanorum*. Su hijo Otón III*, influido por la educación recibida de su madre bizantina, se instala en Roma en el año 998 y proclama la restauración del Imperio romano, *Renovatio Imperii Romanorum*, en una bula, en la que figuraban, a un lado, la cabeza de Carlomagno y, al otro, una mujer con lanza y escudo, *Aurea Roma*. Su sueño se teñía de universalismo. Una miniatura lo presenta en majestad, recibiendo los presentes de Roma, la Germania, la Galia y la Eslavia. No obstante, su actitud con respecto a sus vecinos del Este pone de manifiesto la flexibilidad de sus concepciones. En el año 1000 reconoce la independencia de Polonia. Gnienzo es elevado al arzobispado polaco y el duque Boleslao el Valiente recibe el título de cooperador del Imperio. El mismo año concede también la independencia a Hungría, cuyo príncipe Esteban, una vez bautizado, se reviste la corona real.

Durante un breve período de concordia, el sueño otoniano parece próximo a realizarse gracias a la unidad de aspiraciones entre el joven empe-

rador y el papa Silvestre II, el sabio Gerbert, propicio a esta restauración imperial y romana. Pero el sueño debía desvanecerse bien pronto. El pueblo de Roma se subleva contra Otón III. El emperador muere en enero de 1002; Silvestre II, en mayo de 1003. Enrique II se contenta con volver al *Regnum Francorum,* al Imperio asentado sobre el reino franco, transformado ya en Alemania.

Sin embargo, los otónidas habrán legado a sus sucesores la nostalgia romana y una tradición de subordinación del papa al emperador, de la cual habrá de nacer la querella entre el sacerdocio y el Imperio. Dicha querella constituye una renovación de la antigua lucha entre guerreros y clérigos, que la clericalización realizada bajo los carolingios —varios obispos llegaron a gobernar en el siglo IX; Jonás de Orleáns, Agobardo de Lyón, Hincmar de Reims, por ejemplo— y el equilibrio alcanzado bajo los otónidas no han conseguido hacer desaparecer.

* * *

Cuando el sueño romano del año 1000 se desvanece, está ya próxima a producirse una renovación: la del Occidente entero. Su brusco brote hace del siglo XI el siglo del verdadero nacimiento de la Cristiandad occidental.

Un vuelo tal no podía desarrollarse sino sobre bases económicas, que se presentaron antes de lo que suele creerse comúnmente. Puede pensarse que, si hubo realmente un renacimiento carolingio, se trató en un principio de un renacimiento económico. Renacimiento, como el de la cultura, limitado, superficial, frágil y, todavía en mayor grado que este último, casi arruinado por las invasiones y los saqueos normandos, húngaros y sarracenos del siglo IX y comienzos del X, que retardaron, sin duda alguna, en uno o dos siglos el renacimiento de Occidente, al igual que las invasiones de los siglos IV y V habían precipitado la decadencia del mundo romano.

Resulta más fácil de descubrir ciertos signos de una renovación del comercio durante los siglos VIII y IX: apogeo del comercio frisio y del puerto de Duurstede; reforma monetaria de Carlomagno, de la que hablaremos más adelante; exportación de un tipo de tejido, probablemente flamenco, pero que se llamaba entonces frisio, esas *pallia fresonica* que Carlomagno envía como presente al califa Harún-al-Rachid.

Dentro de esta economía esencialmente rural, muchos indicios permiten deducir que se ha conseguido una mejora en la producción agrícola: fracciones de propiedad que provienen sin duda de roturaciones; aparición

de un nuevo sistema de tiros y yuntas, cuya primera representación conocida se encuentra en un manuscrito de Tréveris, aproximadamente del año 800; reforma del calendario efectuada por Carlomagno, que da a los meses nombres evocadores de un progreso en las técnicas de cultivo. Las miniaturas que reproducen los trabajos de los meses cambian radicalmente, abandonando los símbolos de la antigüedad por escenas concretas, en las cuales se ensalza la maestría técnica del hombre: «El hombre y la naturaleza son ahora dos cosas. Y el hombre es el amo.»

Con mayor seguridad, hayan sido o no las invasiones del siglo IX responsables de un nuevo retroceso o de un simple estancamiento económico, el progreso es netamente perceptible durante el siglo X. Un congreso de medievalistas americanos consagrado a la época que nos ocupa, ha señalado al siglo X como un período de novedades decisivas, especialmente en el terreno de los cultivos y de la alimentación. Según la opinión de Lynn White, la introducción masiva de plantas ricas en proteínas —legumbres tales como habas, lentejas y guisantes—, dotadas, por lo tanto, de un poder energético elevado, fue lo que dio a la humanidad occidental la fuerza necesaria para edificar catedrales y roturar amplias extensiones. *The Xth. century is full of beans,* concluye humorísticamente el medievalista americano. Roberto López, por su parte, se pregunta si no será preciso admitir la existencia de un nuevo Renacimiento correspondiente al siglo X. El comercio escandinavo se desarrolla (las plazas comerciales, los *wiks,* como el de Haithabu en el istmo de Jutlandia, suplantan a los campos militares como Trelleborg, en la isla danesa de Seeland); la economía eslava se ve estimulada por el doble aguijón del comercio normando y del tráfico judeo-árabe, a lo largo del camino que une Córdoba con Kiev a través de la Europa central; el país del Mosa y la Renania inauguran su progreso; la Italia del Norte alcanza una prosperidad extraordinaria; el mercado de Pavía presenta un carácter verdaderamente internacional, y Milán, cuyo progreso ha analizado magistralmente Cinzio Violante, conoce un alza de los precios, «síntoma de un salto adelante de la vida económica y social».

Este despertar del Occidente medieval, ¿a quién y a qué debe atribuirse? Si admitimos la hipótesis de Maurice Lombard, habremos de achacarlo al contragolpe dado por la formación del mundo musulmán, mundo de metrópolis urbanas consumidoras, que suscitan en el Occidente bárbaro una producción creciente de materias primas con el fin de exportarlas hacia Córdoba, Kairuán, Fustat-El Cairo, Damasco, Bagdad: madera, hierro (las espadas francas), estaño, miel y esa mercancía humana, los esclavos, de los que Verdún es, en la época carolingia, un gran mercado.

Hipótesis, pues, de la llamada exterior, que haría caer, además, por tierra la célebre teoría de Henri Pirenne, que atribuía a la conquista árabe el cierre del Mediterráneo y el colapso del comercio occidental, mientras que, en la opinión de Lombard, sería el motor del despertar económico de la cristiandad occidental. Si aceptamos, por el contrario, la tesis de Lynn White, se debería a los progresos técnicos alcanzados en el suelo mismo de Occidente: al progreso agrícola, en primer lugar, que —con el arado de ruedas y de vertedera, los progresos de la alternancia trienal de cosechas, que permite especialmente incluir las famosas legumbres ricas en proteínas y la difusión del tiro moderno— aumenta las superficies cultivadas y los rendimientos; al progreso militar también, que, gracias a la invención del bocado, que permite gobernar el caballo, da nacimiento a una nueva clase de guerreros, los caballeros, clase que se identifica con la de los grandes propietarios, capaces de introducir en sus dominios los útiles y las técnicas nuevas. Explicación, por tanto, mediante el desarrollo interno. Tal explicación ilumina, además, el desplazamiento del centro de gravedad del Occidente hacia el Norte, país de las llanuras y de los grandes espacios en donde se pueden desplegar las labores profundas y las cabalgatas hasta perder el aliento.

La verdad sin duda se encuentra en el hecho de que la rápida ascensión de la nobleza —propietarios agrícolas y caballeros al mismo tiempo— crea una clase capaz de aprovechar las posibilidades económicas que se le ofrecen: la explotación creciente del terreno y de los mercados aún limitados. Sin embargo, abandonan en manos de algunos especialistas —los primeros mercaderes occidentales— una parte de los provechos que de ellos saca el mundo cristiano. Podemos sentirnos tentados a pensar que las conquistas de Carlomagno y sus empresas militares, en Sajonia, Baviera y a lo largo del Danubio, en Italia del Norte y hacia Venecia, más allá de los Pirineos en fin, trataban de establecer contacto con las zonas de cambio y trataban también de englobar los caminos del comercio renaciente. Asimismo, el tratado de Verdún pudo ser, al mismo tiempo, un reparto en segmentos de las rutas y de las bandas de cultivo. Pero, después del año mil, las cosas toman aire de seriedad. La Cristiandad medieval entra verdaderamente en escena.

CAPÍTULO III

LA FORMACIÓN DE LA CRISTIANDAD

(SIGLOS XI-XIII)

HAY un célebre pasaje del cronista borgoñés Raúl Glaber: «Al aproximarse el tercer año que siguió al año mil, se vio en casi toda la tierra, pero sobre todo en Italia y en la Galia, reedificar las construcciones de las iglesias. Aunque la mayor parte, muy bien construidas, no tuviesen ninguna necesidad de ello, una verdadera emulación empujaba a cada una de las comunidades cristianas a querer poseer una más suntuosa que la de sus vecinos. Hubiérase dicho que el mundo mismo se sacudía para despojarse de su vetustez y se revestía por todas partes con un *blanco manto de iglesias*. Así, casi todas las iglesias de las sedes episcopales, las de los monasterios consagrados a toda clase de santos, incluso las pequeñas capillas de las aldeas, fueron reconstruidas más hermosas por los fieles.»

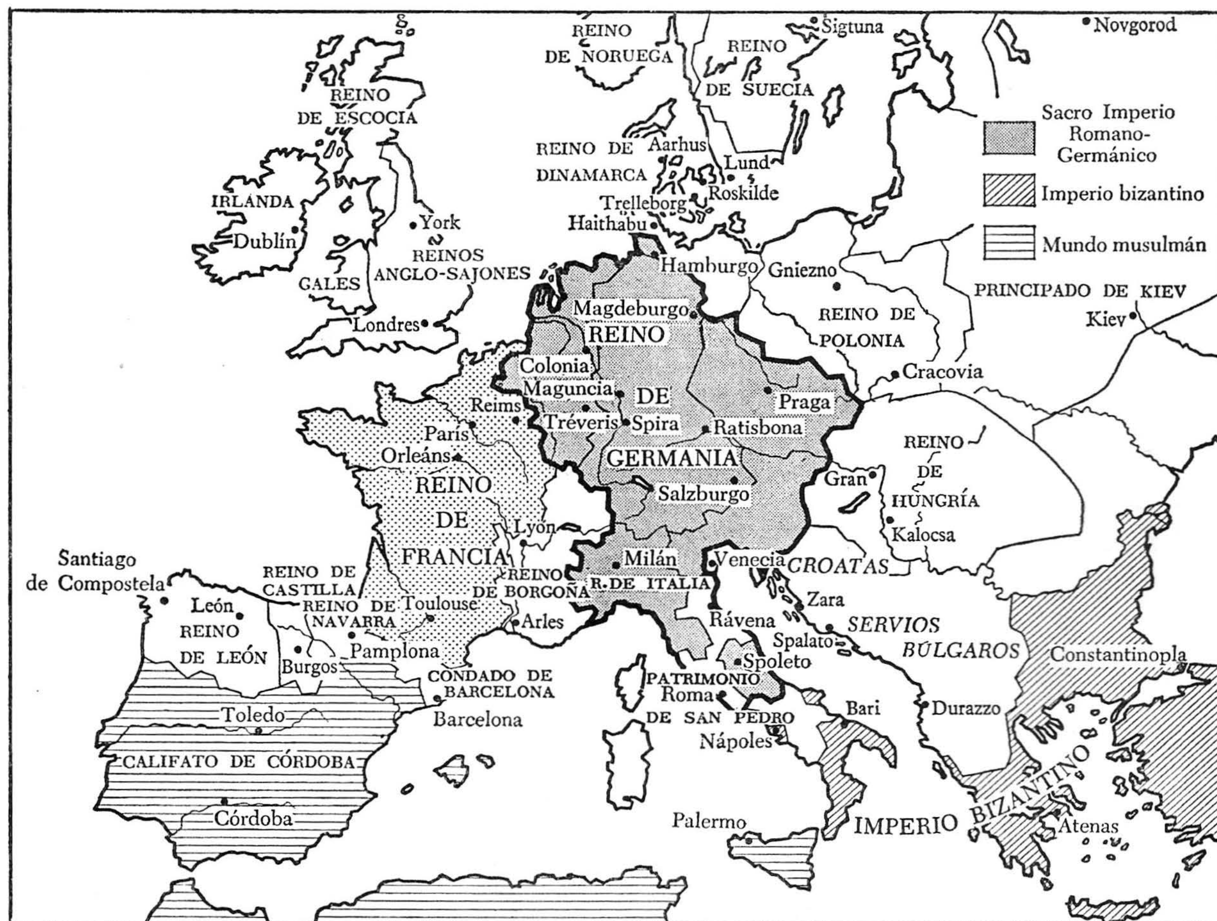
He aquí el signo exterior más visible del empuje que la Cristiandad experimenta alrededor del año 1000. Ese gran movimiento de construcción desempeña un papel principal en los progresos conseguidos por el Occidente medieval entre los siglos X y XIV. En primer término, por su función de estimulante económico. La producción en gran escala de materias primas (piedra, madera, hierro), la puesta a punto de técnicas nuevas y la fabricación de herramientas para la extracción, el transporte, la elevación de materiales de tamaño y peso considerables, el reclutamiento de la mano de obra, el financiamiento de los trabajos, todos estos elementos han hecho de las obras de construcción (y no solamente de las catedrales, sino también de las innumerables iglesias de todas dimensiones, de las construcciones destinadas a usos económicos, como puentes, granjas, almacenes, y de las casas de gentes ricas, que, cada vez con mayor frecuencia, son edificadas en piedra) el centro de la primera, y casi única, industria medieval.

Ahora bien, este impulso de la construcción no es un fenómeno aislado. Responde a diversas necesidades, la principal de las cuales es la urgencia de buscar alojamiento a una población siempre creciente. Cierto que existe ineludiblemente una relación directa entre las dimensiones de las iglesias y la cifra de los fieles. Motivos de prestigio y de devoción intervienen igualmente en favor de la búsqueda de la grandiosidad. Sin embargo, no puede dudarse que el deseo de dar cabida a un pueblo cristiano más numeroso en los edificios consagrados al culto influyó de manera capital.

En este desarrollo de la Cristiandad, resulta muy difícil discernir entre la causa y el efecto, puesto que la mayor parte de los aspectos de ese proceso se produjeron a la vez. Más difícil aún es designar la causa primera y decisiva del mismo. Pero, al menos, sí se puede negar ese papel a ciertos factores que han sido invocados con frecuencia para explicar la iniciación del desarrollo occidental. Por ejemplo, el crecimiento demográfico no fue en realidad otra cosa que el primero y más espectacular resultado de ese progreso. Lo mismo ocurre con la relativa pacificación que se instaura en el siglo x: fin de las invasiones, progreso de las instituciones en pro de la paz, que reglamentan la guerra, limitando los períodos de actividad militar y poniendo a ciertas categorías de población no combatiente (clérigos, mujeres, niños, campesinos, mercaderes y, en ocasiones, animales de trabajo) bajo la protección de garantías juradas por los guerreros. (En el Sínodo de Charroux, celebrado en 989, se funda la primera organización destinada a hacer respetar la tregua de Dios.) Esta disminución de la inseguridad no es sino una consecuencia del deseo sentido por amplias capas de la sociedad cristiana de proteger el naciente progreso. «Todos se hallaban bajo el efecto del terror originado por las calamidades de la época precedente y atenazados por el temor de verse arrancar en el porvenir las dulzuras de abundancia», dice acertadamente Raúl Glaber para explicar el movimiento pacifista al que asiste en la Francia de comienzos del siglo xi. La protección especial concedida a los campesinos, a los comerciantes, al ganado y a las bestias de transporte es muy significativa: la presión del progreso económico hace retroceder a las armas e impone un desarme limitado y controlado.

No obstante, el origen de ese progreso debe ser buscado en la tierra, que, en la Edad Media, constituye la base de toda la economía. A partir del momento en que la clase dominante se ruraliza, en que se convierte en un estamento de grandes propietarios, en el que el vasallaje, al hacer pasar el estatuto del *vassus* de inferior a privilegiado, se acompaña la

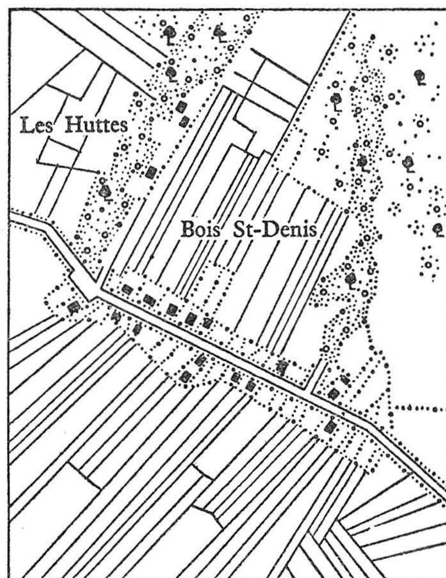
8. EUROPA HACIA EL AÑO 1000



Más fragmentada, es ya más rica en nuevos Estados cristianos



9. EL BOSQUE DE RAMBOUILLET
(Según G. Duby y R. Mandrou: Histoire de la civilisation française.)

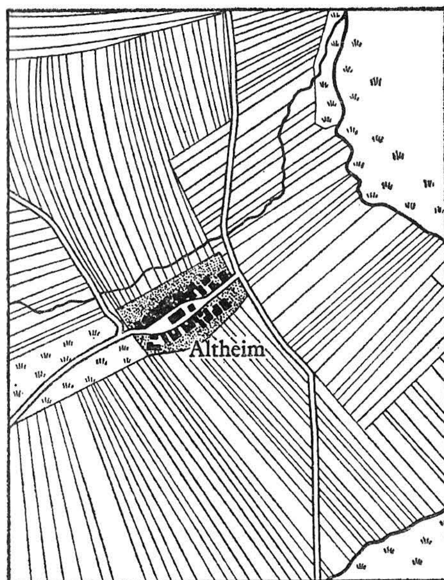


10. BOSQUE DE SAINT-DENIS
(Según M. Bloch: Les caractères originaux de l'histoire rurale française.)

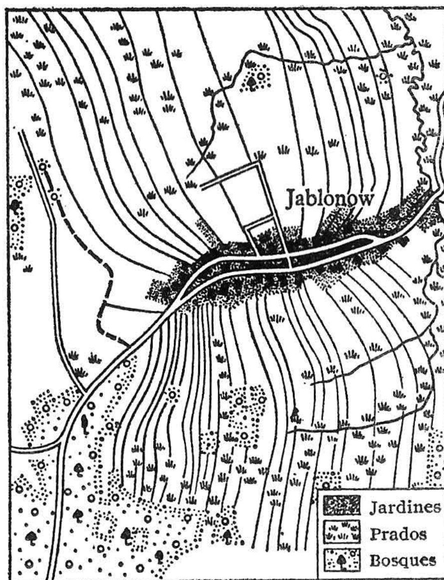
9, 10, 11, 12. ROTURACIONES EN LA ILE-DE-FRANCE Y EN LOS CONFINES GERMANO-ESLAVOS

Las roturaciones han agujereado, sobre todo entre los años 1050 y 1250, el manto forestal del Occidente. El croquis del bosque de Rambouillet *(9)* ilustra el trabajo de las roturaciones medievales subrayado por la toponimia (tanto técnica: Les Essarts, les Essartons, como humana: Villeneuve, Rue Neuve. La intervención de la realeza se revela en el vocablo Les Essarts-le-Roi). Los restantes croquis delatan la organización de la población a lo largo de un camino o de una calle y la roturación por estrechas bandas paralelas, perpendiculares al eje de la aldea: estructura llamada «en espina de pez». El territorio de Bois-Saint-Denis (Aisne) *(10)* conserva en su parte marginal restos del bosque, transformados en bosquecillos.

mayor parte de las veces con la atribución de un beneficio, que consiste casi siempre en un terreno; la aristocracia terrateniente suscita un progreso en la producción agrícola. Esto no significa que los nobles —a excepción de ciertos grandes cargos eclesiásticos y de altos funcionarios carolingios— se hayan interesado directamente en la explotación de sus dominios. Pero los censos y los servicios que exigían a la masa campesina incitaron a ésta, a fin de satisfacerlos, a una cierta mejora en sus métodos de



11. ALTHEIM
(Según el atlas Westermann)



12. JABLONOW
(Según el atlas Westermann)

Dos aldeas de roturación *(11 y 12)*, características de la colonización germánica en el Este: Altheim *(11)*, cerca de Leipzig, en una región completamente desmontada, es una aldea de pastos *(Angerdorf)*. La calle principal se ensancha en el centro a fin de dejar espacio a un parque para el ganado. Jablonow *(12)*, cerca de Zagan (Polonia occidental), «la aldea de los manzanos», en alemán Schoenbrunn, «la bella fuente», es una aldea de cortijos forestales *(Waldhufendorf)*, que recuerda el trato de favor concedido a los colonos de las regiones de roturación, que reciben un lote de tierra llamado «manso forestal» *(Waldhufe)*. El bosque se ha conservado fragmentariamente en los límites de la zona roturada. En ambos casos pueden advertirse los huertos adjuntos a cada una de las casas y las zonas de pastos que complementan una economía en la cual se combinan cultivo, cría de ganado y la explotación del bosque residual.

trabajo. Yo imagino que los decisivos progresos que darían lugar a lo que se ha denominado la «revolución agrícola» de los siglos X-XIII comenzaron humildemente en la época carolingia y se desarrollaron con lentitud hasta las proximidades del año 1200, época en la cual experimentaron una considerable aceleración.

Por otra parte, no hay que descartar la hipótesis de que la sedentarización de los bárbaros haya conducido a los nuevos amos hacia una

verdadera política de revalorización. La historia de los primeros duques de Normandía, la del canónigo Dudon de San Quintín, en el siglo XI, nos enseñan cómo los normandos, durante el primer siglo de su instalación en Normandía, se convierten en agricultores dirigidos por sus duques y ponen sus instrumentos agrícolas de hierro, especialmente los arados, bajo la protección ducal.

La lenta difusión de la rotación trienal trae consigo el aumento de superficie cultivada (se deja reposar un tercio, en lugar de la mitad de la tierra), variar los tipos de cultivo, luchar contra las dificultades meteorológicas, acudiendo al cultivo de los cereales de primavera cuando la cosecha de los de otoño ha sido deficitaria (o a la inversa). La adopción del arado disimétrico con ruedas y vertedera y el empleo creciente del hierro en los instrumentos agrícolas permite labores más profundas y repetirlas con mayor frecuencia. Gracias a ello se mejoran las superficies cultivadas, los rendimientos, la variedad de la producción y, como resultado, la alimentación.

Una de las primeras consecuencias de todas estas mejoras fue el aumento de la población, que se dobló probablemente entre los siglos X y XIV. Según J. C. Rusell, la población de la Europa occidental pasó de 14,7 millones, hacia el 600, a 22,6 millones en el 950 y a 54,4 antes de la Gran Peste de 1348. Para el conjunto de Europa, M. K. Bennet señala un crecimiento desde 27 millones hacia el 700, a 42 en el año 1000, y 73 en el 1300.

Este desarrollo demográfico fue decisivo, a su vez, para la expansión de la cristiandad. Las condiciones del sistema de producción feudal, capaces de suscitar un cierto avance en la técnica, pero que impedían en realidad sobrepasar un nivel mediocre, no permitían progresos cualitativos de la producción agrícola, suficientes para responder a las necesidades nacidas del crecimiento demográfico. El aumento de los rendimientos y del poder nutritivo de las cosechas continuaba siendo escaso. El sistema agrícola —insistamos en ello— excluía un cultivo verdaderamente intensivo. Quedaba, por tanto, el solo recurso de aumentar el espacio cultivado. El primer aspecto que presentó la expansión de la Cristiandad entre los siglos X y XIV fue un intenso movimiento de roturación. Su cronología es difícil de establecer, dado que los textos son poco numerosos antes del siglo XII, y la arqueología rural se encuentra poco avanzada. Resulta asimismo dificultoso conocer la forma en que se practicaba, ya que la fisonomía del paisaje medieval con frecuencia se ha visto borrada o modificada por las épocas posteriores. También la interpretación de sus logros es deli-

cada. Según Georges Duby, «la actividad de los pioneros, que, durante dos siglos, se mantuvo de una forma tímida, discontinua y muy dispersa, pasó a ser, a la vez, en las cercanías del año 1150, más intensa y más concordante». Para un sector capital, el de los cereales, el período más importante de la conquista agraria se sitúa entre los años 1100 y 1150, como nos enseña la polinología: la proporción del polen de trigo en los residuos florales se acrecienta considerablemente durante esta primera mitad del siglo XII.

Lo más frecuente es que los campos nuevos no sean sino una extensión de terrenos antiguos, «un progresivo ensanchamiento de los calveros», ganado al cinturón de terrenos incultos y pastos que los rodean. Las tierras roturadas, conseguidas por medio de incendios, hacían retroceder la zona de matorrales, pero atacaban raramente a los bosques, tanto por falta de herramientas apropiadas (el principal instrumento de las roturaciones medievales era la azuela más que el hacha), como por el deseo de los señores de conservar sus terrenos de caza y de las comunidades aldeanas de no destruir los recursos forestales esenciales en la economía medieval. La conquista del suelo se llevó a cabo también mediante la desecación de pantanos y formación de «polders». En Flandes, pronto y fuertemente influido por el progreso económico, el sistema comienza hacia el año 1100, con la construcción de pequeños diques en numerosos lugares.

En ocasiones, sin embargo, las roturaciones llevaban a la conquista de tierras nuevas, a las que acompañaba la fundación de nuevas aldeas. Insistiremos más tarde en este fenómeno, cuyos aspectos sociales revisten una importancia particular.

* * *

Paralelamente a esta expansión interior, la Cristiandad recurrió a una expansión exterior. Parece incluso que haya concedido primeramente su preferencia a esta última, encontrando más fáciles las soluciones militares que las soluciones pacíficas de revalorización de la propia tierra.

Así nació un doble movimiento de conquista, que dio lugar a la expansión de las fronteras de la Cristiandad en Europa y a largas expediciones a los países musulmanes: las Cruzadas. La extensión de la Cristiandad en Europa, que había experimentado un fuerte impulso en el siglo VIII y se había proseguido durante los siglos IX y X, había pasado a ser casi por completo una exclusiva de los alemanes, que ocupaban las marcas cristianas fronterizas a los paganos del Norte y del Este. Resultó de ello una mezcla de motivos religiosos, demográficos y nacionales que confirió al

movimiento, a partir del siglo XI, caracteres muy particulares. El aspecto que se tomó finalmente dominante fue un enfrentamiento entre germanos y eslavos, durante el cual los motivos religiosos pasaron a segundo plano, puesto que los alemanes no vacilaron en atacar a sus vecinos, incluso cuando éstos se habían convertido al cristianismo. Ya en el siglo IX, el príncipe moravo Rostislav hubo de llamar a Cirilo y Método a su Estado a fin de contrarrestar la influencia de los misioneros alemanes.

La cristianización de esos pueblos se opera lentamente y no sin retrocesos. San Adalberto, arzobispo de Praga a finales del siglo X, estima que los checos han vuelto al paganismo, especialmente a la poligamia. Después de la muerte de Mesco II (1034), una violenta insurrección de las clases populares polacas se acompaña con un retorno al paganismo. En 1060, el rey de Suecia Steinkel, aunque cristiano, se niega a destruir el viejo templo pagano de Upsala. A finales del siglo XI, el rey Sweyn favorece una breve reaparición de los sacrificios sangrientos, lo que le vale el sobrenombre de Blotsweyn. Y Lituania, después de la muerte de Mindogas (1263), bautizado en 1251, vuelve al culto de los ídolos.

Pero, hacia el año 1000, una nueva serie de Estados se convierten al cristianismo, ensanchando la cristiandad hacia el Norte y el Este: la Polonia de Mesco, en el 966; en el 985, la Hungría de Vâik, que cambia su nombre por el de Esteban (San Esteban) y asciende al trono en 1001; la Dinamarca de Harald del Diente Azul (950-986); la Noruega de Olaf Tryggveson (969-1000), y la Suecia de Olaf Skortkonung.

Es verdad que, al mismo tiempo, Vladimiro, príncipe de Kiev, recibe el bautismo de Bizancio (988), de la misma manera que lo habían recibido un siglo antes el búlgaro Boris y los servios. A causa de esta circunstancia, el cisma de 1054 separaría de la Cristiandad romana toda la Europa balcánica y oriental.

Los prusianos no serán convertidos hasta el siglo XII y su conversión será la base sobre la que se asentará el Estado alemán de los Caballeros Teutónicos, imprudentemente llamados en 1226 por el duque polaco Conrado de Mazovia y Cujavia. Los lituanos no lo serán sino después de la unión de Polonia con Lituania, conseguida en 1385, gracias al matrimonio de Jegelón, ya convertido, con la polaca Hedwige. De ellos nace el rey Ladislao de Polonia y Lituania, bautizado el 15 de febrero de 1386 en Cracovia.

Al mismo tiempo que se llevan a cabo estas anexiones a la *Respublica Christiana,* debidas a la evangelización de los pueblos paganos, importantes migraciones en el interior de la Cristiandad han modificado profunda-

mente el mapa de Occidente. La más importante es, sin duda, la colonización alemana del Este. Ella contribuyó a ganar para el cultivo nuevas regiones, a densificar y transformar la red urbana. Volveremos más tarde a hablar de ello. La expansión germánica es también importante desde el punto de vista político. Los éxitos más espectaculares en este dominio son los obtenidos por Alberto el Oso, que, en 1150, es nombrado margrave de la nueva marca del Brandeburgo, y por los Caballeros Teutónicos, que conquistan Prusia entre 1226 y 1283.

La expansión escandinava no es menos impresionante. Se prolonga en el siglo x hacia Islandia, Groenlandia y acaso América, donde es posible que los «normandos» hayan desembarcado, hacia el año 1000, en Vinland. Los escandinavos obtuvieron grandes éxitos en Inglaterra. A finales del siglo x, su rey Svend se apoderó de la isla. Después de su muerte (1014), su hijo Cnut el Grande reinó sobre Inglaterra, Dinamarca, Noruega y Suecia. Tras su desaparición (1035), el anglosajón Eduardo el Confesor liberó a Inglaterra de los daneses. Sin embargo, fue de nuevo conquistada a partir de otra base escandinava, Normandía. Y en 1066, Guillermo el Bastardo *, duque de Normandía, conquistará definitivamente Inglaterra en una sola batalla, sostenida en Hastings.

Pero otros normandos han llegado más lejos. Saliendo de la zona septentrional, se instalan en el Mediterráneo. Desde comienzos del siglo XI, nacen en Italia del Sur principados normandos. Roberto Guiscard * se apodera de la Campania, bate a las tropas pontificias, obliga al papa Nicolás II a reconocer sus derechos (1059), toma Sicilia a los musulmanes (1060-1061) y expulsa a los bizantinos de Italia, arrebatándoles sus últimas plazas, Reggio y Bari (1071). Incluso, entre 1081 y 1083, envía a su hijo Bohemnond a saquear el Epiro y la Tesalia. Se funda un reino normando de las Dos Sicilias, una de las creaciones políticas más originales de la Edad Media. En la segunda mitad del siglo XII, el viajero musulmán Ibn Jobair queda maravillado ante el espectáculo de la corte de Palermo, en donde se codean normandos y sicilianos. El latín, el griego y el árabe son las tres lenguas oficiales de la cancillería real. Este reino normando significará para la cristiandad un modelo político —en el que se definía una monarquía feudal, aunque moderna— y cultural: centro de traducción del griego y del árabe, hogar de fusión del que son aún testimonio las magníficas iglesias de Cefalú, Palermo y Monreale, que combinan en síntesis originales las soluciones gótico-románicas con las tradiciones bizantina y musulmana. En este medio ambiente va a forjarse la más curiosa y seductora personalidad de la Cristiandad medieval: el emperador Federico II.

La expansión francesa, por su parte, no es menos vigorosa. Su cuna radica en la Francia del Norte. El crecimiento demográfico ha llegado a su más alto grado en sus llanuras, donde la revolución agrícola ha producido resultados extraordinariamente eficaces. La Francia del Norte coloniza a la Francia del Mediodía, aprovechando la cruzada contra los albigenses, finalizada por el Tratado de París (1229), que prepara la anexión del Languedoc a la Francia de los Capetos, anexión que se realiza a la muerte de Alfonso de Poitiers, hermano de San Luis (1271). Los franceses siguen a otro hermano de San Luis, Carlos de Anjou, en la conquista del reino de las Dos Sicilias, que fue arrancado a los descendientes de Federico II, su bastardo Manfredo, derrotado en Benevento (1266), y su nieto Conradino, batido en Tagliacozzo (1268). Sin embargo, Sicilia se libera de Carlos de Anjou después de las Vísperas Sicilianas de 1282, para pasar a manos de Cataluña y Aragón.

La emigración francesa se centra principalmente sobre España. En efecto, uno de los mayores logros de la expansión cristiana entre los siglos X y XIV es la reconquista de casi toda España a los musulmanes, obtenida por los reyes cristianos con la ayuda de los mercenarios y caballeros, en su mayoría franceses, trasladados al otro lado de los Pirineos. Entre estos auxiliares de la Reconquista desempeñaron un papel de primer plano los monjes cluniacenses franceses, que se encargaron también de mantener el auge de la peregrinación a Santiago de Compostela.

No obstante, la Reconquista no constituyó una serie ininterrumpida de éxitos. Tuvo también sus reveses —como la destrucción en el año 997 de la basílica de Santiago de Compostela a manos del famoso Al-Mansur, el Almanzor de los cantares de gesta, o la derrota infligida en Alarcos por otro Al-Mansur, el año 1195, al rey de Castilla—, éxitos sin continuación, como la efímera toma de Valencia por Fernando I en 1065, renovada en 1094 por Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid *, y largos períodos de interrupción. Las etapas decisivas son franqueadas en 1085 con la toma de Toledo por Alfonso VI de Castilla y la conquista de la extensa zona comprendida entre el Duero y el Tajo, en 1093, con la toma de Santarem, Cintra, Lisboa, después perdidas y definitivamente reconquistadas en 1147. La fecha más señalada es el 16 de julio de 1212, cuando los reyes de Castilla, Aragón y Navarra alcanzaron sobre los musulmanes almohades una brillante victoria en Las Navas de Tolosa. De todos modos, los frutos de Las Navas, que quebrantaron la resistencia musulmana, no fueron cosechados sino mucho más tarde. En 1229, Jaime I de Aragón se apodera de Mallorca; en 1238, de Valencia, y en 1265, de Murcia. A partir de entonces, aragoneses y catalanes tienen

ante sí una vocación marítima. La toma de Sicilia (1282) viene a confirmarla. En 1248, los castellanos se apoderan de Sevilla. A finales del siglo XIII, los musulmanes españoles quedan confinados en el pequeño reino de Granada, que brillará con luz singular durante el siglo XIV gracias al embellecimiento de su Alhambra.

La Reconquista española va acompañada por una labor sistemática de repoblamiento y de revalorización del país devastado por la guerra. La repoblación sigue de inmediato a cada etapa de la reconquista, ofreciendo a los españoles del Norte y a los cristianos extranjeros, primordialmente a los franceses, un terreno especialmente favorable para su instalación.

Desde mediados del siglo XI, la Reconquista española había tomado un carácter de guerra religiosa (un hecho desconocido hasta aquel instante), que preparaba el camino a las realidades militares y espirituales de las Cruzadas. Más tarde, la colonización francesa en el mediodía de Francia y en el reino de las Dos Sicilias y la colonización alemana en Prusia se revestirán oficialmente con el nombre de Cruzada.

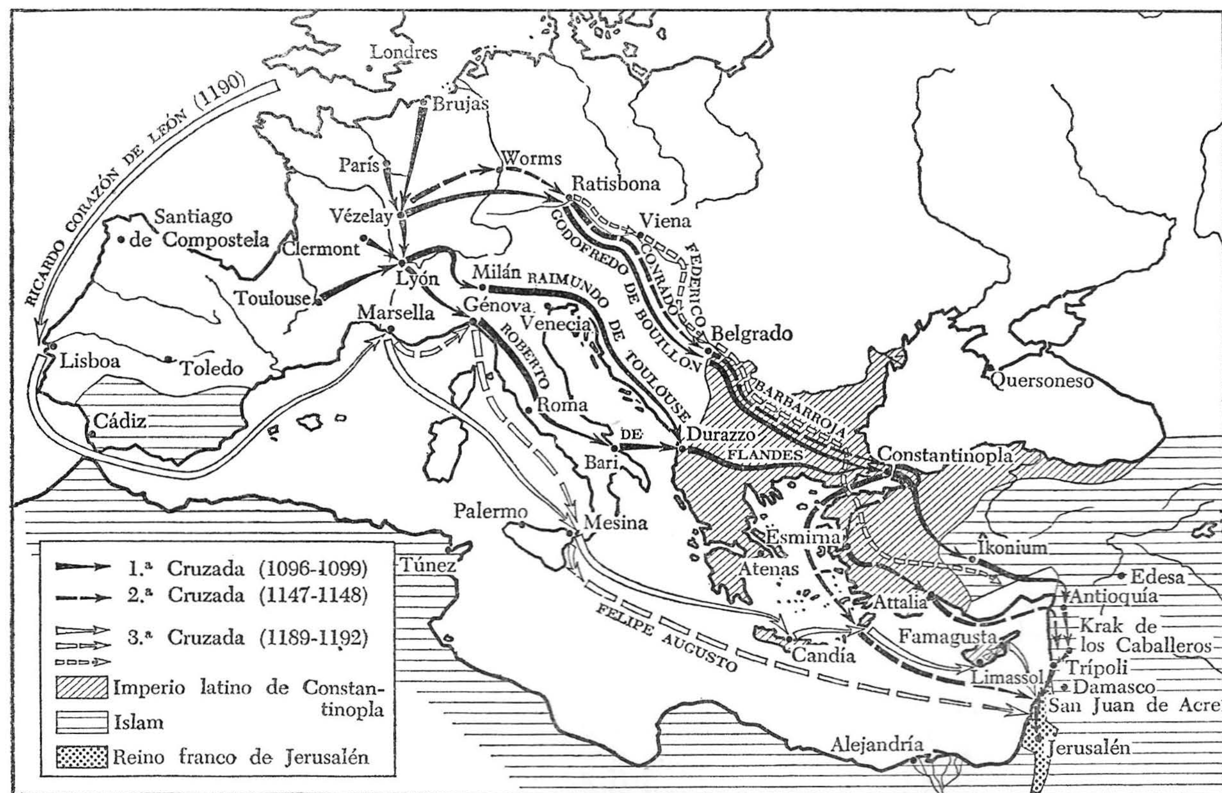
Ahora bien, ese fenómeno de ampliación —y de degeneración al mismo tiempo— de las Cruzadas, que permite colocar en el contexto de la expansión occidental producida desde mediados del siglo XI hasta finales del XIII empresas en apariencia aisladas y diversas, no debe ocultarnos que las Cruzadas por excelencia fueron las de Tierra Santa. Si alcanzaron, en definitiva, resultados mediocres y, en lo que se refiere a Occidente, más nefastos que felices, no dejaron menos por ello de constituir, gracias al eco psicológico que levantaron, la avanzada del movimiento expansivo de la Cristiandad medieval.

Sin olvidar, pues, el papel esencial representado en la iniciación de las Cruzadas por las causas materiales, en mayor grado demográficas que directamente económicas, es preciso conceder una atención especial al contexto mental y emocional de las Cruzadas, tal como ha sido admirablemente analizado por Paul Alphandéry y Alphonse Dupront.

Sin duda, las Cruzadas * —incluso aunque esta impulsión no hubiese sido ni claramente formulada ni experimentada por los cruzados— parecieron a los caballeros y a los campesinos del siglo XII un buen exutorio para el exceso de población occidental. El deseo de apoderarse de las tierras, las riquezas y los feudos de Ultramar suponía un cebo primordial. Sin embargo, las Cruzadas, incluso antes de haber quedado saldadas por un fracaso completo, no alcanzaban a mitigar la sed de tierras que abrasaba a los occidentales y éstos se vieron obligados a buscar de inmediato en Europa, sobre todo en la expansión agrícola, la solución que el espejismo ultramarino no

les había aportado. Frente de combates, la Tierra Santa no fue esa casa de empréstitos —buenos o malos— que algunos historiadores, engañados y a menudo engañadores, han descrito con tanta complacencia. Las Cruzadas no han proporcionado a la Cristiandad ni un crecimiento comercial como el nacido de sus relaciones anteriores con el mundo musulmán y el desarrollo interno de la economía occidental, ni las técnicas y los productos, suministrados por otras vías, ni el bagaje intelectual, facilitado por los centros de traducción y las bibliotecas de Grecia, Italia (Sicilia, ante todo) y España, donde los contactos eran mucho más estrechos y fecundos que en Palestina, ni siquiera ese gusto por el lujo y esas muelles costumbres que ciertos moralistas morosos de Occidente han reputado como la dote del Oriente y el regalo envenenado de los infieles a los cruzados, cándidos y sin defensa ante los encantos y las encantadoras del Oriente. Cierto que los beneficios, extraídos en su mayor parte, no del comercio, sino del alquiler de los navíos y de los préstamos concedidos a los cruzados, permitieron a ciertas ciudades italianas —Génova y más aún Venecia— enriquecerse rápidamente. Ahora bien, ningún historiador serio puede creer ya que las Cruzadas hayan suscitado el despertar y el vuelo del comercio de la Cristiandad medieval. Por el contrario, podemos pensar que contribuyeron al empobrecimiento del Occidente, en particular de la clase social caballeresca; que, lejos de forjar la unidad moral de la Cristiandad, coadyuvaron fuertemente a envenenar las oposiciones nacionales nacientes (basta, entre otros testimonios, leer la narración de la II Cruzada escrita por Eudes de Deuil, monje de Saint-Denis y capellán del capeto Luis VII, donde el odio entre alemanes y franceses se exaspera en cada episodio, o recordar cuáles fueron en Tierra Santa las relaciones de Ricardo Corazón de León con Felipe Augusto, por ejemplo, o con el duque de Austria, quien se apresurará a apresarlo a su regreso); que excavaron un foso definitivo entre Occidente y los bizantinos (de Cruzada en Cruzada se acentúa la hostilidad entre latinos y griegos, hostilidad que culminará durante la IV Cruzada, con la toma de Constantinopla por los cruzados en 1204); que, lejos de dulcificar las costumbres, el furor de la guerra santa indujo a los cruzados a los peores excesos, desde los *pogroms* perpetrados en su camino hasta las matanzas y saqueos (la de Jerusalén, por ejemplo, ocurrida en el 1099, o la de Constantinopla, en el 1204, cuyas narraciones se pueden leer tanto en los cronistas cristianos como en los musulmanes y los bizantinos); que el financiamiento de la Cruzada fue el motivo o pretexto para un aumento de la fiscalidad pontificia y la práctica inconsiderada de la concesión de indulgencias; y, por último, que las órdenes militares, impotentes para defender y conservar la Tierra Santa, se

13. LAS PRIMERAS CRUZADAS



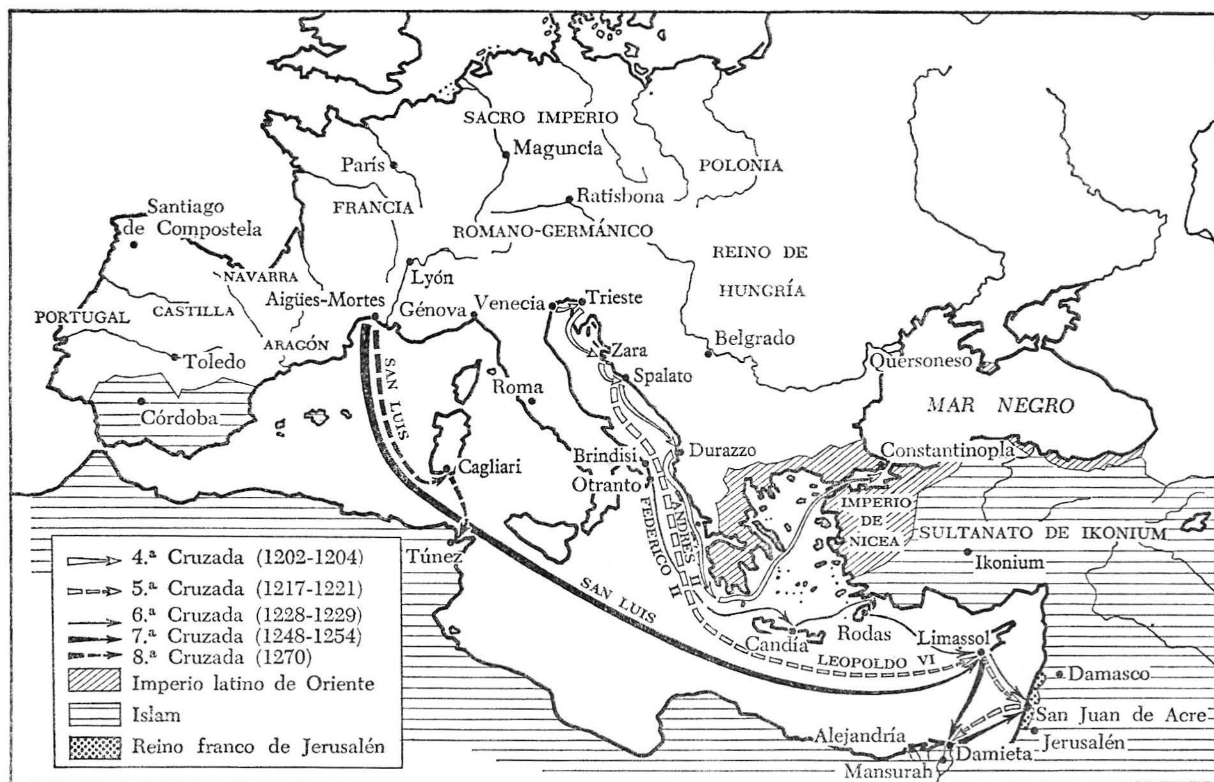
Más que la efímera epopeya de Tierra Santa, lo que llama la atención son las rutas marítimas y terrestres y, entre Oriente y Occidente, el mundo bizantino convertido ya en piel de zapa.

replegaron sobre Occidente y se entregaron en él a toda clase de exacciones financieras y militares. He aquí, de hecho, el costoso pasivo de estas expediciones. No veo otra cosa como fruto positivo de las Cruzadas que el albaricoque traído de Palestina por los cristianos.

La único que resta del efímero establecimiento de los cruzados en Palestina es el hecho de haber sido el primer caso de colonialismo europeo y de que, a título de precedente, está lleno de enseñanzas para el historiador. Sin duda, Foucher de Chartres ha exagerado ligeramente en su crónica la amplitud del movimiento de colonización en ultramar, pero la descripción que hace de la psicología y del comportamiento del colono cristiano no es por eso menos ejemplar.

«Considerad y reflexionad en vuestro interior de qué manera en nuestro tiempo Dios ha transformado el Occidente en Oriente; nosotros, que hemos sido occidentales, hemos llegado a ser orientales; el que era romano o franco se ha convertido en galileo o habitante de Palestina; el que habitaba Reims o Chartres se ve ciudadano de Tiro o de Antioquía. Hemos ya olvidado los lugares de nuestro nacimiento, que son ya desconocidos para muchos de nosotros o, por lo menos, no hemos oído hablar más de ellos. Algunos de entre nosotros poseen ya en este país casas y servidores, que le pertenecen como por derecho hereditario; tal otro se ha casado con una mujer que no es su compatriota, una siria o una armenia, o incluso una sarracena que ha recibido la gracia del bautismo; tal otro tiene en su casa a su yerno, a su nuera, a su suegro o su hijastro; éste se halla rodeado de sus sobrinos e, incluso, de sus sobrinos segundos; el uno cultiva viñas, el otro campos; hablan diversas lenguas y todos han llegado a entenderse. Los idiomas más distintos entre sí son ahora comunes a una y otra nación y la confianza acerca las razas más alejadas. Ha sido escrito, en efecto: "El león y el buey comen en un mismo pesebre." El que era extranjero es ahora indígena, el peregrino se ha transformado en habitante; de día en día, nuestros padres y nuestros parientes vienen a reunirse aquí con nosotros, abandonando los bienes que poseían en Occidente. Los que eran pobres en su país, aquí Dios los hace ricos; los que no contaban más que con unos cuantos escudos, poseen ya un número infinito de bizantinos *(besants)*; los que no tenían más que una alquería, Dios les ha dado aquí una villa. ¿Por que ha de regresar a Occidente el que encuentra un Oriente tan favorable? Dios no quiere que aquellos que, llevando su cruz, se han consagrado a seguirlo caigan aquí en la indigencia, lo cual, como bien se ve, es un milagro inmenso, que el mundo entero debe admirar. ¿Quién ha oído decir algo semejante? Dios desea enriquecernos a todos y llamarnos a Él como

14. LAS CRUZADAS DEL SIGLO XIII



Las rutas del mar los han llevado. Sin embargo, no los mueve más que la codicia o sueños aislados

amigos caros a su corazón; pues quiere que nuestra voluntad se conforme a la suya y obremos con un corazón dulce y humilde como a Él le plazca, para reinar felizmente con Él.»

Cuando en 1095 Urbano II *, desde Clermont, prende la mecha de la Cruzada, y cuando en 1146 San Bernardo la reanimó, desde Vézeley, ambos pensaban en transformar la guerra endémica que padecía Occidente en una causa justa: la lucha contra los infieles. Pretendían purgar a la Cristiandad del escándalo que suponía los combates entre correligionarios, proporcionar al ardor belicoso del mundo feudal un exutorio loable, señalar a la Cristiandad la gran finalidad, el gran designio necesario para forjar la unidad de corazón y de acción que le faltaban. Y, seguramente, la Iglesia y el papado creían, por intermedio de la Cruzada, cuya dirección espiritual asumían, alcanzar el medio de dominar en el mismo Occidente a esa *Respublica Christiana,* conquistadora pero turbulenta, dividida contra sí misma e impotente para absorber su propia vitalidad.

El gran proyecto fracasó. Mas la Iglesia había sabido responder a una esperanza y consiguió hacer del espíritu de Cruzada el catalizador de los vagos deseos y de las sordas inquietudes del Occidente. Una larga preparación de la sensibilidad y de las mentalidades había formado los corazones occidentales para la búsqueda de la Jerusalén celestial. La Iglesia había enseñado a los cristianos que esta imagen ideal se hallaba encarnada y que a través de la Jerusalén terrestre, la otra Jerusalén podía ser alcanzada. La sed de vagabundeo que abrasaba a esos cristianos a quienes las realidades de la tierra se mostraban impotentes para fijar en el suelo, se veía de repente apagada por un peregrinaje del cual se podía esperar todo: la aventura, la riqueza, la salvación eterna. La Cruz significaba todavía en Occidente, no un símbolo de sufrimiento, sino de triunfo. Al fijarla en el pecho de los cruzados, la Iglesia daba por fin a este estandarte su verdadera significación y le restituía la función que había llenado en la época de Constantino y entre los primeros cristianos.

Las diversas clases sociales se encontraban de nuevo en la Cruzada, aunque para animar ardores paralelos y convergentes. El ejército de los caballeros aparecía doblado por el ejército de los pobres. La Cruzada de los pobres, la más inspirada, que partió la primera, dio muerte por el camino a gran número de judíos, se desbandó poco a poco y acabó por perecer bajo los golpes del hambre, de las enfermedades y de los turcos, antes de haber alcanzado su objetivo: la Ciudad Santa. Y el espíritu de la Cruzada se mantuvo mucho más en los medios sociales humildes, que experimentaban con mayor fuerza su espiritualidad, su mitología. A comienzos del

siglo XIII, la «Cruzada de los niños» —de los campesinos jóvenes— encarnó la permanencia de ese atractivo.

Los ecos sucesivos, la rápida degeneración de la mística que impulsaba a las Cruzadas en política y, bien pronto, en escándalo, no consiguieron, sin embargo, durante largo tiempo, ahogar esa gran inquietud. La llamada de ultramar, del «pasaje», removió a todo lo largo del siglo XII, y años más allá, las imaginaciones y las sensibilidades de los occidentales, que no lograban encontrar en su país el sentido de su destino colectivo e individual.

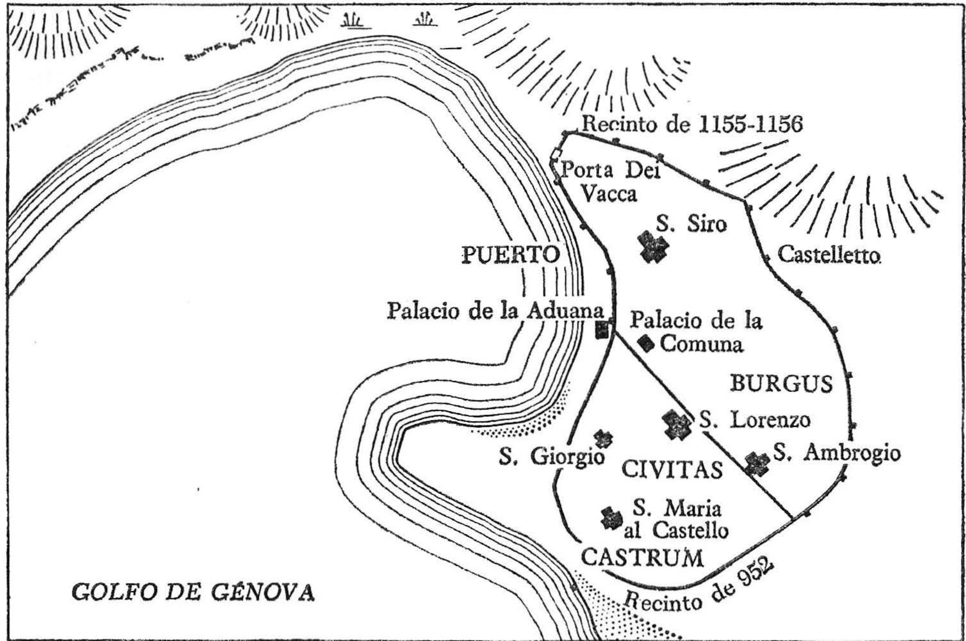
1099: Jerusalén cae en manos de los cristianos. Un imperio latino se establece en Tierra Santa, pero pronto se ve amenazado. En 1148, Luis VII y Conrado II se sienten impotentes para socorrerlo. A partir de ese momento, el mundo cristiano de Palestina es una piel que se contrae y disminuye sin cesar. Saladino reconquista Jerusalén en 1187. Ricardo Corazón de León multiplica sus proezas con ocasión de la III Cruzada (1189-1192), mientras que Felipe Augusto * se apresura a regresar a su reino. La IV Cruzada es desviada por los venecianos sobre Constantinopla y crea otro efímero imperio latino (1204-1261), que ocupa Constantinopla y Grecia. Federico II *, bajo la excomunión del papa, obtiene por medio de negociaciones en 1229 la restitución de Jerusalén, pero vuelve a ser ocupada por los musulmanes en 1244. Tan sólo algunos idealistas se muestran entonces capaces de conservar el espíritu de Cruzada. San Luis es uno de ellos. Entre la consternación de casi todos los miembros de su familia —empezando por su madre, Blanca de Castilla— y de sus consejeros, consigue reunir un ejército de cruzados, la mayor parte de los cuales le siguen más por devoción personal al rey que por amor a Cristo. Su primera expedición comienza en 1248 y se prolonga hasta 1254, pero es para caer prisionero de los infieles. La segunda se inicia en 1270 y se dirige a Egipto, pero para morir delante de Túnez.

Hasta finales del siglo XV, y más tarde todavía, se hablará con frecuencia de iniciar una nueva Cruzada. Pero ya no se iniciará jamás.

* * *

En la misma época en que Jerusalén acaparaba las imaginaciones occidentales, otras ciudades *, más realistas y con mayor porvenir terrestre, se desarrollaban en Occidente.

La mayor parte de esas ciudades existían ya antes del año 1000. La fundación de algunas de ellas procedía de la antigüedad o se perdía en lejanos tiempos. Incluso en los países bárbaros tardíamente cristianizados, la

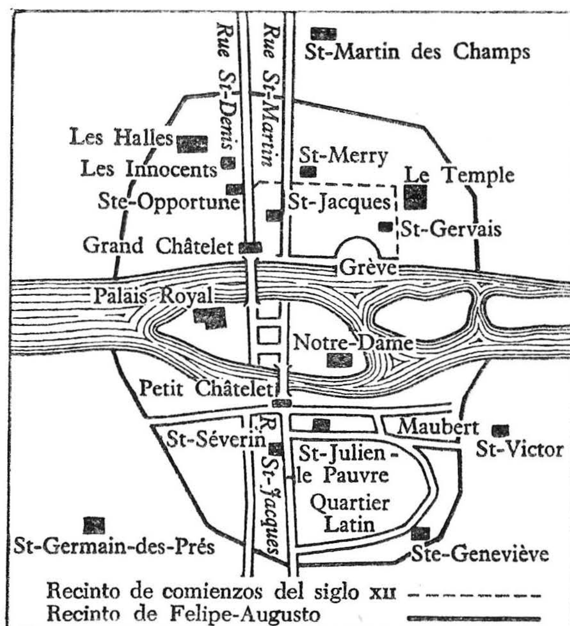


15. GÉNOVA
(Según Y. Renouard: Les Villes d'Italia au Moyen Age, *curso publicado por el C. D. U.)*

15. 16. LAS CIUDADES EN EL APOGEO DEL SIGLO XIII: UN PUERTO ITALIANO, UNA CAPITAL

Génova *(15)* sufre una gran transformación entre mediados del siglo X y mediados del XII. El recinto del siglo X, construido en período defensivo con ocasión de las incursiones de los sarracenos, engloba el *castrum* feudal, o castillo, y la ciudad episcopal, la *civitas,* con la catedral de San Lorenzo, dejando fuera el *burgus* con la otra catedral, San Siro. Durante los siglos XI y XII, Génova toma la ofensiva y sus marinos se convierten sucesivamente primero en piratas, que realizan incursiones lucrativas, después en mercaderes, que se enriquecen con las Cruzadas. Un segundo recinto, levantado a partir de 1155-1156, engloba ya el *burgus,* centro económico que se extiende hacia el Norte, a lo largo del mar y centro político en torno al Palacio Comunal. Por otra parte, a partir de 1122, la comuna se identifica con la *compagna,* que agrupa a todos los ciudadanos, nobles o no, implicados

región de los escandinavos, de los germanos o de los eslavos, las ciudades medievales eran la prolongación de ciudades primitivas: *grods* eslavos, *wiks* nórdicos. Escasas son las fundaciones urbanas efectuadas *ex nihilo* durante la Edad Media. El mismo Lübeck se remonta más allá de los actos funda-



16. PARÍS
(Según G. Duby y R. Mandrou, op. cit.)

en el comercio marítimo. La importancia de éste viene subrayada por el Palacio de la Aduana.

París *(16)* es encerrado por Felipe-Augusto (1179-1223) en un nuevo recinto. Como todas las ciudades importantes de Occidente, crece considerablemente en el transcurso del siglo XII. Pero ese crecimiento no es debido tan sólo al desarrollo de la función económica, localizada en la orilla derecha del Sena (Halles, plaza de la Grève, a la vez lonja de contratación de la mano de obra y puerto de desembarco de las mercancías, torre del Temple, donde los monjes-banqueros guardan el tesoro real). Corresponde también al nacimiento de una ciudad universitaria en la orilla izquierda, el Barrio Latino. Por último, el viejo corazón de la ciudad, la isla de la *Cité,* reunió el centro episcopal en torno a la nueva catedral de *Notre-Dame* y la capital política en torno al *Palais Royal.* Las abadías, primitivamente situadas lejos del núcleo urbano, quedan ahora englobadas por él o amenazadas por el nuevo recinto: Saint-Martin-des-Champs, Saint-Germain-des-Prés, Sainte-Geneviève, Saint-Victor.

cionales de Adolfo de Schauenburg (1143) y de Enrique el León (1158). Sin embargo, a pesar de esta continuidad, que es el caso más frecuente, ¿puede afirmarse que las ciudades medievales son las mismas que sus antepasadas?

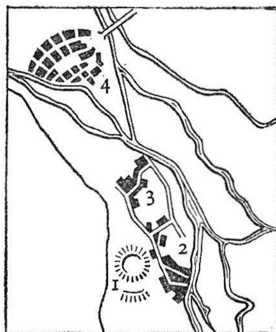
En el mundo romano, las ciudades constituían un centro político y administrativo, militar y, sólo de manera secundaria, económico. Durante la Alta Edad Media, reducidas a un rincón de sus antiguos recintos, dado que éstos resultaban excesivamente amplios para sus necesidades, habían quedado limitadas casi de modo exclusivo a la función política y administrativa, atrofiada a su vez. Las mayores de entre ellas debían su importancia relativa, en general, más a la presencia de un obispo que a la de un soberano (voluntariamente itinerante y «lugareño») o de un alto funcionario (existían en escaso número y, a excepción de los palaciegos, no se rodeaban de un círculo demasiado amplio de acompañantes). Religión en principio urbana, el cristianismo se encargó de mantener en Occidente la continuidad urbana. Y si la ciudad episcopal conserva una cierta función económica, es aquella, bien simplificada, que desempeñan los graneros del obispado o de los monasterios (establecidos en la ciudad), en los cuales se almacenan los víveres venidos de los campos circundantes y que, a cambio de servicios más que de dinero y, en tiempos de escasez, gratuitamente, son distribuidos entre la mayor parte del pequeño grupo de habitantes.

Henri Pirenne ha demostrado magníficamente que la ciudad medieval nace y se desarrolla a partir de su función económica. La renovación de los cambios la crean. Los mercaderes se encargan de ensancharla. La falsa continuidad del hecho urbano correspondiente al primer milenario de la Edad Media se revela en que la ciudad medieval se instala al lado del núcleo antiguo. Es una ciudad de arrabal, un *podgrozie* eslavo, un *portus* occidental. Por otra parte, incluso allí donde se ha mantenido una continuidad, las más importantes ciudades medievales han sido, en general, sucesoras, no de grandes, sino de pequeñas ciudades de la Antigüedad o de la Alta Edad Media. Venecia, Florencia, Génova, Pisa, aun Milán (insignificante hasta el siglo IV y eclipsada por Pavía entre los siglos VII y XI), París, Brujas, Gante, Londres, por no hablar de Hamburgo o de Lubeck, son verdaderas creaciones medievales. Con la sola excepción de las ciudades renanas (Colonia, Maguncia) y, sobre todo, de Roma (que, no obstante, durante la Edad Media no es otra cosa que un gran centro religioso, como un Santiago de Compostela en el que la población permanente fuese más numerosa), las ciudades romanas más florecientes han desaparecido o han pasado a un segundo plano.

Ciudades nacidas del despertar comercial, pero también del progreso agrícola del Occidente, que empezaba a alimentar mejor en víveres y en hombres a los centros urbanos. No queda otro recurso que atribuir el naci-

miento y el progreso de las ciudades medievales a un complejo conjunto de estímulos y, en particular, a grupos sociales diversos. «¿Nuevos ricos o hijos de ricos?» Tal fue la pregunta planteada, después de Pirenne, en un célebre debate dirigido por Lucien Febvre. Cierto que las ciudades han atraído a los *homines novi,* advenedizos escapados a la esclavitud de la tierra, venidos de las *familiae* monásticas, desprovistos de prejuicios, dispuestos a emprender y a ganar. Pero con ellos, mezclados a ellos o espoleándolos, especialmente prestándoles el dinero que eran los únicos en poseer al principio, llegan los miembros de las clases dominantes. La aristocracia de los grandes propietarios, el clero, representó un papel determinante. Una categoría como la de los *ministeriales,* agentes señoriales surgidos en su mayor parte de la esclavitud o de la servidumbre, pero elevándose más o menos rápidamente hacia las capas superiores de la jerarquía feudal, desempeñaron, sin duda alguna, una función importante en el progreso urbano. Las regiones más fuertemente urbanizadas del Occidente medieval —si no tomamos en cuenta aquellas en que una tradición greco-romana, bizantina o musulmana había dejado bases más sólidas (Italia, Provenza, Languedoc, España)— son regiones a las que convergen grandes rutas comerciales (Italia del Norte, en la confluencia de las vías alpestres y las rutas marítimas mediterráneas; Alemania del Norte y Flandes, adonde llega el comercio del Este; Francia del Nordeste, adonde acuden a las ferias de la Champagne, sobre todo durante los siglos XII y XIII, mercaderes y productos del Norte y del Sur). Pero esas regiones son, al mismo tiempo, las que poseen las llanuras más ricas, las que disfrutan de los progresos más seguros de la rotación trienal, las que emplean con mayor extensión el arado y el caballo de labor. En la estrecha relación ciudad-campo de la Edad Media, es aún muy difícil distinguir entre causa y efecto. Las ciudades han tenido necesidad de un medio rural favorable para nacer. Sin embargo, a medida que se fueron desarrollando, ejercieron sobre el terreno circundante, dilatado a la medida de sus exigencias, una atracción cada vez mayor. Grupo de consumidores, que no participa más que de modo accidental en la producción agrícola (no existen verdaderos campos en el interior de la ciudad medieval, pero sí huertos, parrales, etc., que han desempeñado un papel no desdeñable en la alimentación de los ciudadanos), la población urbana tiene necesidad de ser nutrida. En torno a las ciudades, las roturaciones se extienden y los rendimientos se elevan, tanto más cuanto que, de sus arrabales rurales, la ciudad no obtiene exclusivamente víveres, sino que saca también hombres. La emigración del campo a la ciudad, entre los siglos X y XIV, supone uno de los fenómenos mayores de la Cristiandad. Lo

17. COLONIA. (Según el atlas Westermann.)

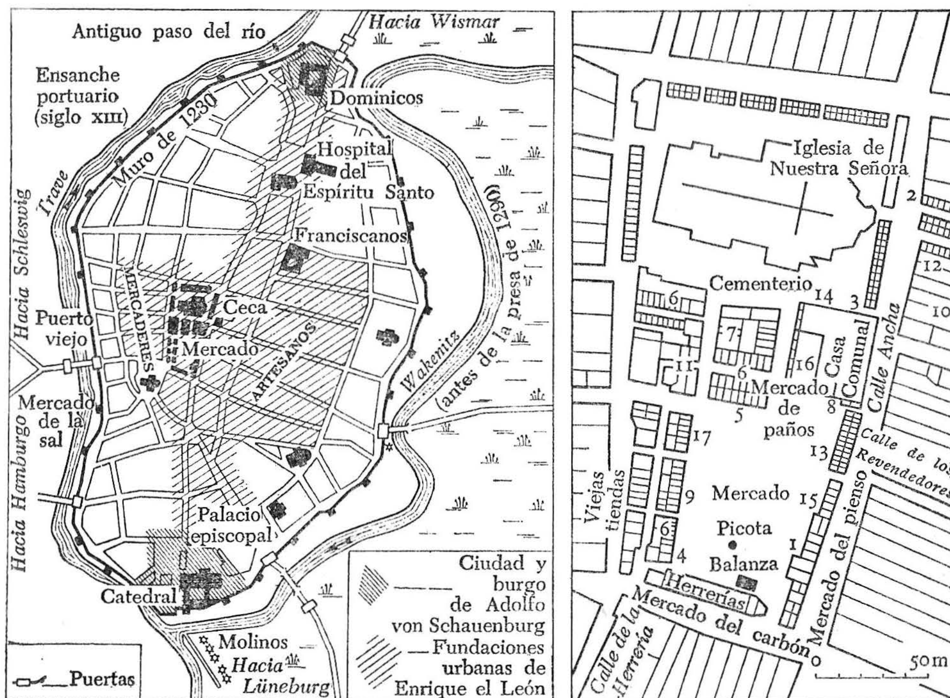


← *18. KALISZ (Según* Les Origines des villes polonaises.)

1. Grod *polaco primitivo. — 2* Portus. — *3. Vieja ciudad polaca. — 4. Vieja ciudad alemana.*

20. EL MERCADO DE LÜBECK →
(Según el atlas Westermann)

1. Armeros. — 2. Carniceros. — 3. Panaderos. — 4. Fabricantes de cinturones. — 5. Cambistas. — 6. Zapateros. — 7. Especieros. — 8. Fabricantes de agujas. — 9. Fabricantes de fieltros. — 10. Comerciantes en arenques. — 11. Merceros. — 12. Ceca. — 13. Orfebres. — 14. Cocineros. — 15. Fabricantes de sillas de montar. — 16. Cortadores de paños. — 17. Curtidores.



19. LÜBECK (Según el atlas Westermann) *20. EL MERCADO DE LÜBECK*

17, 18, 19, 20. CIUDADES DE EUROPA EN SU APOGEO (SIGLO XIII Y COMIENZOS DEL XIV)

El papel de la función económica en el desarrollo de estas tres ciudades de la Europa central (Colonia, Lübeck, Kalisz) puede verse claramente en sus planos.

En Colonia *(17)*, la actividad económica se despierta pronto. A partir del siglo x, sus fortificaciones engloban, al este de la ciudad romana, en la orilla del Rin, un nuevo barrio surgido alrededor de su mercado. En 1106, nuevas murallas protegen a los dos barrios nacidos al Norte y al Sur, a lo largo del Rin. En 1180, la ciudad alcanza, por último, su desarrollo medieval máximo y absorbe las viejas iglesias de San Severino (348), San Pantaleón (866) y San Gereón (siglo IV).

En el caso de Lübeck *(19)*, se trata de una creación decidida en el año 1159 por el duque de Sajonia, Enrique el León, que desea atraer a la ciudad a los mercaderes de la zona báltica y eslava. Se apoya en el *wik* fundado en 1143 por el conde Adolfo de Schauenburg en torno a la catedral y sobre el castillo elevado por el mismo señor aprovechando el emplazamiento de un antiguo *grod* eslavo. Desde 1230, la ciudad está fortificada en el interior del perímetro máximo, delimitado por el Trave y el Wakenitz, en los que se establecen puertos y molinos activos. El centro de la ciudad está ocupado por el mercado *(20)*, que se halla por entero en manos de los mercaderes, con

sus tiendas, las calles de comerciantes y artesanos especializados, la Casa de la Ciudad y la iglesia de Santa María *(Kaufmanns-Kirche:* la iglesia de los mercaderes, característica de las ciudades hanseáticas). Ciudad abierta al comercio lejano, se coloca rápidamente a la cabeza de la Hansa. En ausencia de monasterios antiguos, bien pronto (1225-1227) dominicos y franciscanos se establecen en ella con gran poderío.

El caso de Kalisz (Polonia) *(18)* es más complejo. Se pueden distinguir en ella cuatro establecimientos: el viejo *grod* eslavo destinado a la defensa (siglos XI-XII), con la iglesia colegial, pronto rodeada al Este por un arrabal *(podgrodzie)* que desempeña una función económica sobre el río. Después aparece sucesivamente, en el siglo XII, una vieja ciudad *(stare miasto),* emplazada al Norte, y, en el XIII, una ciudad de *locatio,* que disfruta del derecho alemán. La situación de esta última en una encrucijada de caminos fluviales y terrestres y sus instituciones permiten a la actividad económica desarrollarse plenamente.

que es seguro, en todo caso, es que, con los diversos elementos humanos que recibe, la ciudad forja una sociedad nueva. Y esta sociedad pertenece también a la sociedad «feudal», a la cual solemos imaginar demasiado rural. La ciudad, en su conjunto, se constituye en Señoría. El arrabal rural que ella crea, imponiéndole un poder —el *ban* (1)— de tipo feudal, corre parejas con la evolución de la Señoría hacia lo que se ha denominado la *Seigneurie banale,* fundada también sobre el ejercicio del *ban* y sometida a la influencia de los «feudales», que a veces disponen en ella —como en Italia— de una residencia. Sus personajes más sobresalientes imitan el género de vida de los nobles. Se hacen construir casas de piedra y elevan esas torres que, si bien sirven para la defensa y el almacenaje de los víveres, son también más que nada un signo de prestigio. Cierto que la sociedad urbana es minoritaria en un mundo que continúa siendo primordialmente rural.

Daniel Thorner, en su modelo de economía campesina, que puede aplicarse al Occidente medieval, estima que a un conjunto dentro del cual más del 50 por 100 de la población activa está empleada en la agricultura, corresponde un 5 por 100 de población urbanizada. Pero, poco a poco, esta sociedad urbana consigue que sus propios impulsos sustituyan a los santo y seña venidos del campo. La Iglesia percibe ese cambio con segura intuición. En el siglo XII todavía es la voz de los monjes, de un Pedro el Venerable de Cluny, de un San Bernardo de Cîteaux, principalmente, la que indica el camino a la Cristiandad. Con todo, San Bernardo se ve forzado a predicar su Cruzada en Vézelay, ciudad híbrida y ciudad nueva en torno a su monasterio, y a intentar vanamente en París apartar de las seducciones urbanas la población estudiantil, a la cual desea hacer volver al desierto, a la escuela del claustro. En el siglo XIII, los directores espirituales —dominicos

(1) El francés ha conservado para los arrabales la denominación *banlieue,* lugar sometido a un *ban.* — *N. del T.*

y franciscanos— se instalan en las ciudades y, desde las cátedras de sus iglesias o de las universidades, gobiernan a las almas.

Ese papel de guía, de fermento, de motor, asumido desde ese instante por la ciudad, se afirma en primer lugar en el orden económico. Ahora bien, aunque, en un principio, la ciudad es sobre todo un lugar de cambios, un nudo comercial, un mercado, su función esencial desde ese punto de vista consiste en su actividad de producción. Es un taller. Y, cosa más importante, en ese taller se establece ya la división del trabajo. El dominio rural de la Alta Edad Media, incluso cuando poseía una cierta especialización técnica artesanal, concentraba todas las funciones de la producción. Una etapa intermedia puede quizás encontrarse en los países eslavos —Polonia y Bohemia, especialmente—, donde, entre los siglos x y xiii, los grandes propietarios alojan a los especialistas, palafreneros, herreros, ceramistas, carreteros, en aldeas particulares (la toponimia conserva aún hoy día el recuerdo: por ejemplo, en Polonia *Szewce* [*sutores*]). De acuerdo con la definición de Aleksander Gieysztor, «se trata de aldeas sometidas a la autoridad del castellano ducal y habitadas por artesanos, los cuales, aun debiendo a la práctica de la agricultura lo esencial de su subsistencia, estaban obligados a prestaciones artesanales especializadas». No obstante, es en las ciudades donde esta especialización se lleva hasta el extremo. El artesano deja entonces de ser al mismo tiempo y de manera primordial un labrador. El «burgués» deja de ser también, y ante todo, un propietario rural.

De todas formas, no se debe exagerar el dinamismo y la autonomía de los nuevos oficios. Dificultades económicas (las materias primas proceden en su mayor parte de los dominios rurales) e institucionales (a través de los derechos feudales, especialmente las tasas, los señores limitan, se apoderan en parte de productos y cambios, a pesar de las franquicias obtenidas por las ciudades) hacen que los «feudales» controlen la actividad económica. Las corporaciones * que encuadran a los nuevos oficios son ante todo, tal como los ha definido con acierto Gunnar Mickwitz, monopolios que eliminan la concurrencia y frenan la producción. La especialización llevada hasta el extremo (basta con abrir el *Livre des Métiers* escrito por Etienne Boileau hacia las postrimerías del reinado de San Luis, entre 1260 y 1270, donde se reglamentan las corporaciones parisienses, para quedar sorprendido, por ejemplo, ante el número de oficios que trabajan el hierro: veintidós sobre un conjunto de ciento treinta) es, si no la causa, por lo menos un signo de la debilidad que aflige a la nueva economía, una economía limitada casi en exclusiva a la satisfacción de las necesidades locales. Raras son las ciudades que trabajan para la exportación. Únicamente los tejidos,

en la Europa del Noroeste, Flandes sobre todo, y en la Italia del Norte, gracias a la fabricación de géneros de lujo y de semilujo (tejidos finos, sederías, etc.), alcanzan dimensiones casi propias de una industria y estimulan producciones anejas, en particular las de las plantas tintóreas, entre las cuales el glasto o pastel ocupa un lugar preferente a partir del siglo XIII. Queda la construcción, que constituye un caso especial.

* * *

Pero las ciudades hacían también el oficio de centros de intercambio comercial. Una literatura tradicional, sobre todo a partir de Pirenne, les ha reconocido justamente este título, si bien exagerando un poco su importancia, ya que dicho comercio se alimenta durante largo tiempo únicamente de los productos de lujo (tejidos, pastel, especias) o de primera necesidad (sal). Las mercancías pesadas (granos, madera) no entran en él sino con gran lentitud. Unas cuantas plazas se bastan para asegurar la venta de aquellos productos y las prácticas rudimentarias —en particular el cambio de moneda— que las acompañan. Las ferias de la Champagne, en los siglos XII y XIII, son en principio su hogar principal. Poco a poco se incorporan al tráfico puertos y ciudades de Italia y de Alemania del Norte. Los italianos, venecianos, genoveses, pisanos, amalfios, astesanos, milaneses, sieneses y, pronto, florentinos obran de forma más o menos aislada, dentro del cuadro de sus ciudades, al igual que las gentes de Amiens y de Arras. En el Norte, por el contrario, una vasta organización comercial, que adquiere también con rapidez un extraordinario poder político, domina los cambios en un amplio radio de acción: la Hansa. Sus orígenes pueden ser fijados en la paz pactada en 1161, bajo la égida de Enrique el León, entre alemanes y gotlandeses. De ella nació la comunidad de mercaderes alemanes estacionales de Gotland *(universi mercatores imperii Romani Gotlandiam frequentantes)*, que, a finales del siglo XIII, extiende su influencia desde Flandes e Inglaterra hasta la Rusia del Norte. «Por todas partes, los alemanes eliminan a sus competidores, particularmente en el Báltico, pero también en el mar del Norte, llegando hasta privar el paso de los estrechos daneses hacia el Oeste a los gotlandios y, hacia el Este, a los frisones, flamencos e ingleses, acaparando incluso el tráfico entre Noruega e Inglaterra.» Así describe a la asociación, tal como era hacia 1300, su más reciente historiador, Philippe Dollinger.

Hacia la misma época, las relaciones entre los dos grupos que dominan el gran comercio, los hanseáticos al Norte y los italianos en el Sur, experi-

mentan un cambio. En lugar de comunicarse a lo largo de las vías terrestres, largas, costosas y sin cesar amenazadas, en especial las que conducen a las ferias de la Champagne, establecen un contacto directo y regular por mar. Flotas mercantes unen a Génova y Venecia con Londres y Brujas y, más allá, con las costas bálticas y su interior. El modesto comercio medieval, limitado en la Alta Edad Media a las vías fluviales, se desarrolla poco a poco a lo largo de las rutas terrestres entre los siglos X y XIV y se aventura en los mares, desde Alejandría a Riga, por las rutas del Mediterráneo, del Atlántico, de la Mancha, del mar del Norte y del Báltico, preparando así la expansión comercial de la Europa moderna.

Apoyado en las ciudades, ese gran comercio naciente favorecía al mismo tiempo otros dos fenómenos de primordial importancia.

En primer lugar, completaba, por medio del establecimiento de factorías en tierras lejanas, la expansión de la Cristiandad medieval. En el Mediterráneo, el engrandecimiento genovés y veneciano sobrepasaba incluso el cuadro de una colonización comercial. Los venecianos, que habían obtenido de los emperadores de Constantinopla una serie de privilegios cada vez más exorbitantes (992, 1082), fundan, después de la IV Cruzada (1204), un verdadero imperio colonial que cubre las costas del Adriático, Creta, las islas jónicas y egeas (especialmente Negroponte, es decir, Eubea). En los siglos XIV y XV incluirá, además, Corfú y Chipre. Los genoveses, por su parte, hacen de sus establecimientos en la costa del Asia Menor (Focea, gran productora de alumbre, esencial como mordiente para la industria textil) y del norte del mar Negro (Caffa) sólidos puntos de apoyo para un drenaje de los géneros y de los hombres (esclavos domésticos de ambos sexos).

Hacia el Norte, la Hansa establece a sus mercaderes en territorio cristiano, Brujas, Londres, Bergen, Estocolmo (fundado en 1251), pero también, más al Este, en zonas paganas (Riga, 1201) u ortodoxas (Novgorod). La colonización mercantil sobrepasa la colonización urbana y rural alemanas y, tan pronto pacífica como belicosa, se asegura privilegios que, por encima del provecho económico, establecen una verdadera superioridad étnica. Por ejemplo, en un tratado de comercio, suscrito en 1229 entre el príncipe de Smolensk y los comerciantes alemanes, se lee: «Si un ruso que sea deudor de otro ruso compra a crédito a un tratante alemán, el alemán disfrutará de prioridad para percibir su crédito.» Igualmente, si un ruso y un alemán llegan al mismo tiempo a un relevo de carga, de transporte *(volok)* de mercancías, el alemán pasará antes que el ruso, a menos que éste sea un habitante de Smolensk. En tal caso, se echará a suertes

entre los dos prioritarios. La forma comercial de la colonización habituará a los occidentales a un tipo de colonialismo que les valdrá los éxitos y, más tarde, los fracasos que tan bien se conocen.

Motor de la expansión geográfica, el gran comercio revistió también una extraordinaria importancia en otro fenómeno del que fueron teatro asimismo las ciudades: el desarrollo de la economía monetaria. Centros de consumo y de cambio, las ciudades se vieron obligadas a servirse cada vez más de la moneda para nivelar sus transacciones. El estadio decisivo se produce en el siglo XIII. Florencia, Génova, Venecia, los soberanos españoles, franceses, alemanes e ingleses deben acuñar, para responder a estas necesidades, primero piezas de plata de valor elevado, los *gruesos;* después piezas de oro (el florín florentino data de 1252, el escudo de San Luis de 1263-1265, el ducado veneciano de 1284). Roberto López ha llamado al siglo XIII «el siglo del retorno al oro».

Examinaremos más adelante las consecuencias de esta preponderancia creciente de la economía monetaria sobre la economía natural. Al introducirse en los campos, modificando la renta rural, será un elemento decisivo en la transformación del Occidente medieval. Las reformas monetarias de Carlomagno habían sido realizadas en medio de la indiferencia y la ignorancia generales, si se exceptúa a un pequeño grupo de consejeros reales. Las mutaciones monetarias —las primeras devaluaciones de Occidente—, llevadas a cabo por Felipe el Hermoso a finales del siglo XIII y en los primeros años del XIV, levantaron, en cambio, la protesta de casi todas las clases sociales y, en las ciudades, emociones populares y motines. Cierto que la masa campesina no ve todavía muchas piezas de oro, e incluso pocas de plata gruesa, pero maneja ya, cada vez en mayor cantidad, los sueldos, y participa, aunque todavía de lejos, en esta evolución capital que hace entrar el dinero en la vida cotidiana de los occidentales.

* * *

Los indicios del urbanismo no son menores en los campos intelectuales y artísticos. Sin duda, el ambiente monástico sigue siendo durante el siglo XI y, aunque en menor escala, el XII, el más favorable al desenvolvimiento de la cultura y del arte. La espiritualidad mística y el arte románico se desarrollan de modo casi exclusivo en el seno de los conventos. Cluny y la gran iglesia del abad Hugues (1049-1109) simbolizan esta preeminencia monástica en el alborear de los tiempos nuevos. Cîteaux, sus hijas y sus nietas la continuarán por otros medios.

La *translatio* cultural que hará pasar la primacía de los monasterios a las ciudades se percibe bien en dos dominios: la enseñanza y la arquitectura.

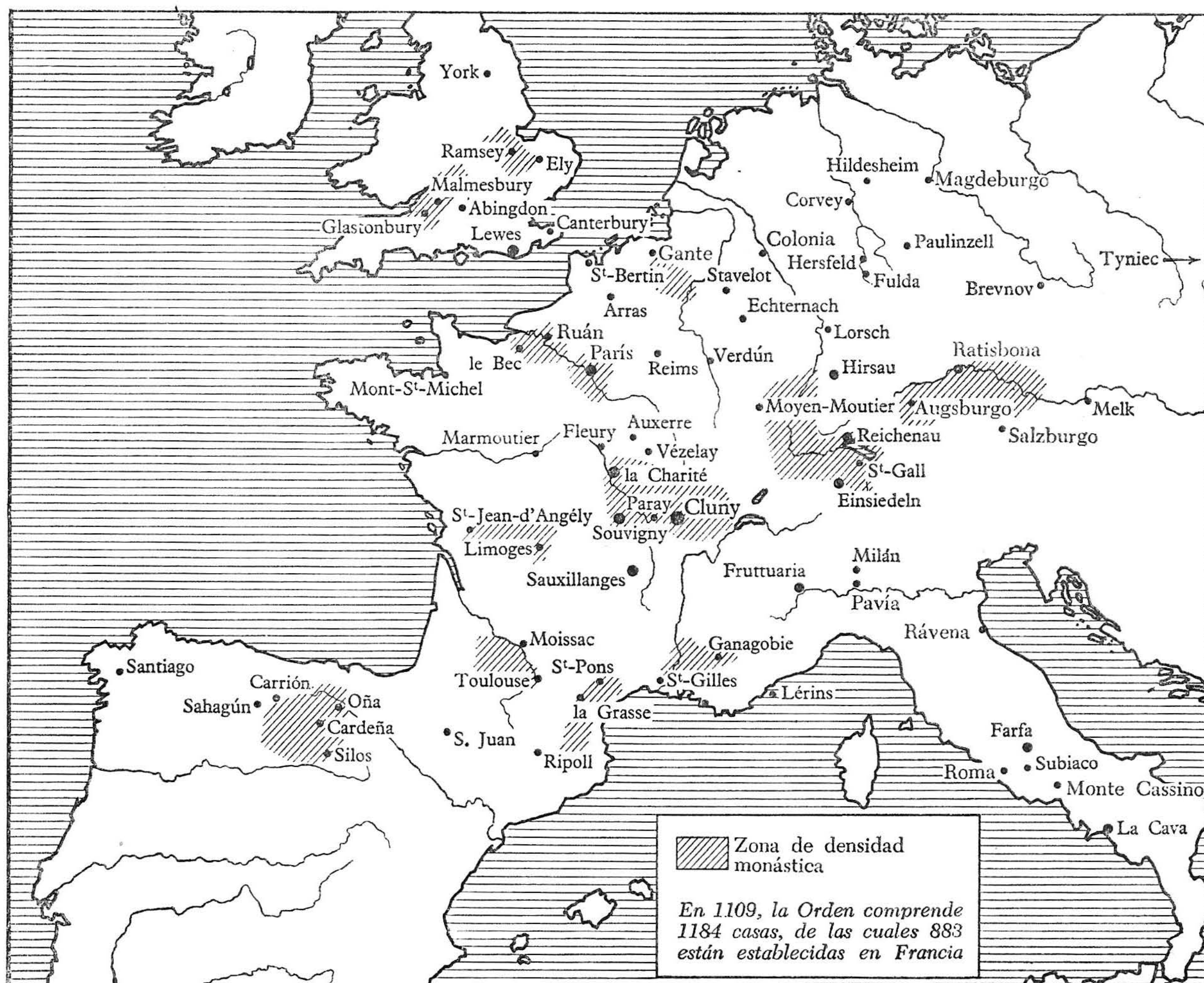
En el curso del siglo XII, las escuelas urbanas toman de manera decisiva la delantera sobre las escuelas monásticas. Nacidos de las escuelas episcopales, los nuevos centros escolares se liberan de ellas mediante el reclutamiento de maestros y alumnos y la cuidadosa elección de sus programas y sus métodos. La escolástica * es un producto de las ciudades, que se enseñorea de las nuevas instituciones: las *universidades* * y *corporaciones* intelectuales. El estudio y la enseñanza se convierten en un nuevo oficio, uno más entre las numerosas actividades que se especializan en el «taller» urbano. El nombre es por lo demás significativo: *universitas* viene a ser lo mismo que corporación. Las universidades no son otra cosa que corporaciones de maestros y estudiantes: *universitates magistrum et scolarium,* con sus diversidades y sus matices, desde Bolonia, en la que reinan los estudiantes, a París, donde dominan los maestros. El libro ha dejado de ser un ídolo y se considera como un simple instrumento. Como cualquier otra herramienta, tiende a ser fabricado en serie y se hace el objeto de una producción, de un comercio.

El arte románico *, producto y expresión del impulso tomado por la Cristiandad después del año 1000, se transforma en el curso del siglo XII. Su nuevo aspecto, el gótico *, es un arte urbano. Arte de catedrales surgidas del cuerpo ciudadano, que lo subliman y lo dominan. La iconografía de las catedrales es la expresión de la cultura urbana: la vida activa y la vida contemplativa buscan en ella un equilibrio inestable; las corporaciones ornamentan la iglesia con vidrieras; el saber escolástico se despliega en su interior. Las iglesias de las zonas campesinas se esfuerzan por reproducir, aunque con menor valor artístico y con recursos materiales mucho más limitados, el plano catedralicio de la ciudad modelo o, al menos, uno de sus elementos más significativos: campanario, torre, tímpano. Construida para albergar a un pueblo nuevo, más numeroso, más humano y más realista, la catedral procura, sin embargo, recordarle la vida rústica, próxima y benefactora. El tema de los meses, cuadro de los trabajos rústicos, sigue siendo uno de los ornamentos tradicionales de la iglesia urbana.

* * *

La Iglesia participa en ese progreso de la Cristiandad ocupando un primer plano, si bien no ha representado directamente en el desarrollo

21. LA ORDEN DE CLUNY EN LOS SIGLOS X Y XI



económico el papel esencial que tan a menudo se le ha atribuido con evidente exageración, basándose especialmente en las opiniones de Montalembert.

Georges Duby ha subrayado que los monjes tuvieron una actuación muy borrosa en lo que respecta a las roturaciones, porque «los cluniacenses, benedictinos que observaban la antigua regla, llevaban una vida de tipo señorial y, por lo tanto, ociosa», mientras que las órdenes nuevas del siglo XII, por su parte, «se establecieron en calveros ya, por lo menos, parcialmente existentes» y se interesaron sobre todo en la ganadería. En consecuencia, se preocuparon relativamente poco de extender los campos. Además, «a causa del cuidado que pusieron en proteger su desierto y en mantener a distancia a los campesinos, las abadías del nuevo estilo contribuyeron más bien a proteger ciertos islotes forestales contra las empresas de roturación, que, a no ser por ellas, los habrían reducido».

No obstante, por lo que se refiere a la economía misma, la Iglesia se mostró extremadamente eficaz. En la fase inicial empleó todos los recursos de que sólo ella disponía. Durante la época de tesaurización de la economía, ella había atesorado más riquezas que ningún otro estamento. Y, a partir del año 1000, cuando el crecimiento económico y, en particular, el desarrollo de la construcción exige un financiamiento que el juego normal de la producción no puede proporcionar, se apresura a poner en circulación los tesoros acumulados. Sin embargo, su actuación se lleva a cabo en una atmósfera de milagros, cuya vestidura taumatúrgica no debe ocultarnos las realidades económicas. Si un obispo o un abad desean engrandecer o reconstruir su catedral, su monasterio, el milagro hace su inmediata aparición para descubrir el tesoro enterrado que le permitirá, si no rematar, al menos iniciar su empresa. Tal ocurre, por ejemplo, unos años antes de terminar el primer milenio, con el obispo de Orleáns, Arnul, que sueña con reconstruir «de manera magnífica» la iglesia de la Santa Cruz. «Se vio favorecido —escribe Raúl Glaber— con un estímulo divino manifiesto. Un día en que los albañiles sondeaban la firmeza del terreno con objeto de escoger el emplazamiento adecuado para los muros de la basílica, descubrieron una gran cantidad de oro. Al juzgarle perfectamente suficiente para cubrir todos los gastos de la reconstrucción del santuario, a pesar de la importancia de éstos, tomaron el oro descubierto por casualidad y lo llevaron intacto al obispo. Éste dio gracias al Dios todopoderoso por el presente que le hacía, lo tomó y lo confió a los vigilantes de los trabajos, con la orden de consagrarlo íntegramente a la construcción de la iglesia. Según se cuenta, ese oro se debía a la previsión de San Evarco, antiguo obispo de


Hovedö 1147
Alvastra 1143
Gudvala 1164
Nydala 1143
Herrevad 1144
Esron 1154
Sörö 1162
Vitsköl 1158
Oliva 1186
Eldena 1199
Kolbatz 1175
Vistula
Oder
Lond 1144
Sulejow 1177
Wonchock 1179
Jendrzejow 1149
Leubus 1175
Elba
Loccum 1165
Pforta 1132
Altenkampf 1125
Rin
Kinloss 1151
Melrose 1136
Boyle 1148
Mellifont 1142
Tintern 1131
Waverley 1129
Buckfast
Nivelles 1132
Orval 1132
la Trappe 1147
les Vaux
Savigny 1147
Clairvaux 1115
Maulbronn 1139
Zwettl 1138
Heiligenkreuz 1136
Zircz 1182
Danubio
Melleray
Pontigny 1114
Morimond 1115
Molesmes 1075
Cîteaux 1098
la Ferté 1113
Sept-Fons
la Grâce-Dieu 1135
Chiaravalle 1135
Aiguebelle
Hautecombe 1135
Cadouin 1119
Morimondo 1134
Po
Valsainte
la Garde-Dieu
Sénanque 1148
Silvacane
Le Thoronet
Fontfroide
Sobrado 1142
Moreruela 1132
Tarouca 1140
Valbuena 1143
Ebro
la Oliva 1150
Vallbona
Santes Creus 1152
Roma 1140
Casamari 1140
Fossanova 1135
Alcobaça 1148
Tajo
Guadalquivir
S.-Stefano 1150
S.-Spirito 1172
Clairvaux - 80 filiales
Cîteaux - 28 filiales
Morimond - 28 filiales
Pontigny - 16 filiales
La Ferté - 5 filiales
Zona de densidad monástica
En total: 525 abadías a finales del siglo XII y 694 a finales del siglo XIII

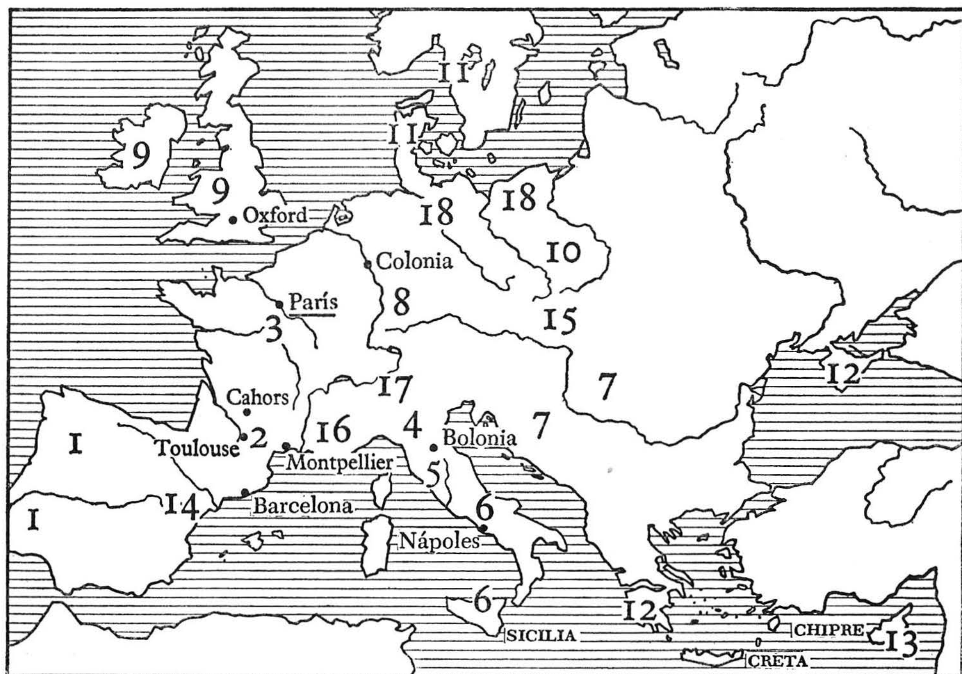
la misma sede, que lo había ocultado allí en previsión de que algún día se emprendiese la reconstrucción.»

Llega una época —siglos XI-XII— en que los judíos no son ya capaces de abarcar la totalidad de los negocios de tipo bancario, que hasta entonces habían monopolizado. Los mercaderes cristianos no han adquirido todavía el relieve de que disfrutarán más tarde. Los monasterios se encargan entonces, como lo ha demostrado con toda exactitud Robert Génestal, de actuar como «establecimientos de crédito».

A lo largo de ese período, la Iglesia protege al mercader y le ayuda a vencer el prejuicio que inspira, motivador del desprecio por parte de la clase señorial ociosa. La Iglesia toma sobre sí la tarea de rehabilitar una actividad de la cual depende el progreso económico. Y convierte el trabajo-castigo, definido por el Génesis —«el hombre caído debe, por penitencia, ganar su pan con el sudor de su frente»—, en un valor para la salvación.

Y, lo que es más importante, se adapta a la evolución de la sociedad y le proporciona las palabras de orden espiritual que estaba precisando. Así se ha demostrado en las Cruzadas. La Iglesia ofrece precisamente los sueños que pueden servir como contrapeso necesario a las difíciles realidades. Durante todo el período, cuando la prosperidad se reconstruye lentamente, cuando el dinero fluye con facilidad, cuando la riqueza se convierte en un cebo cada vez más seductor, asegura, tanto a los que triunfan y se inquietan en su triunfo —no hay que olvidar que el Evangelio manifiesta serias dudas sobre la posibilidad de que el rico entre en el reino de los cielos—, como a los que permanecen oprimidos, una válvula ideológica: la apología de la pobreza.

El movimiento que comienza a precisar sus contornos en el siglo XI, que bosqueja reformas, multiplica las aproximaciones a un retorno de la simplicidad evangélica *(vita vere apostolica)*, inspira una reforma del clero en el sentido comunitario —la reforma canónica, que renueva la institución de los cánones, imponiendo la regla llamada de San Agustín—, se dilata a finales del siglo XI y comienzos del XII. Al mismo tiempo, da nacimiento a nuevas órdenes *, que afirman la necesidad de retirarse al «desierto» para volver a encontrar en la soledad los verdaderos valores de los que el mundo occidental parece alejarse sin cesar, pero que perpetúan, transformándola, la tradición benedictina y su ejemplo económico al ensalzar el trabajo manual y al organizar otras formas de actividad económica, en las que se combinan los nuevos métodos de cultivo (barbecho trienal), el recurso más intenso a la ganadería productora de lana y aprovisionadora de la industria textil y la adopción de las innovaciones técnicas (molino, forjas).

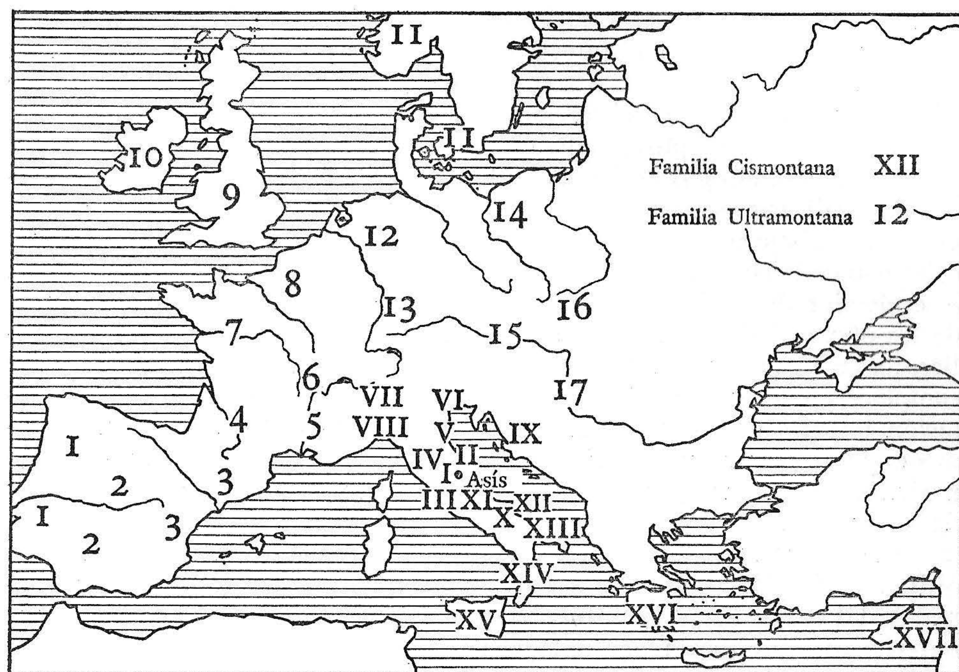


Las universidades de la orden (Studia generalia), *la principal de las cuales es París (cada "provincia" puede enviar a ella tres estudiantes), hacen el oficio de capitales. La vocación intelectual de la orden, sin ser exclusiva, se afianza.*

DIECIOCHO PROVINCIAS

1. España (29 conventos de hombres más 6 de mujeres).—2. Toulouse (25 más 3).—3. Francia (58 más 7). — 4. Lombardía inferior (35 más 13). — 5. Toscana (25 más 11). — 6. Sicilia (35 más 4). — 7. Hungría (33 más 3). — 8. Teutonia (49 más 65). — 9. Anglia (75 de hombres). — 10. Polonia (32 más 3). — 11. Dacia (26 más 2). — 12. Grecia (4: dos en la Morea franca, uno en Eubea y uno en la Crimea veneciana). — 13. Tierra Santa (Chipre, 3). — 14. Aragón (14 más 2). — 15. Bohemia (21 más 6). — 16. Provenza (14 más 2). — 17. Lombardía superior (22 más 5). — 18. Sajonia (de Brema a Riga, 47 más 9).

El modelo procede de Italia y, probablemente a través de los monjes griegos basilios, asentados en el Lacio, Calabria y Sicilia, va a beber en la gran fuente del monaquismo bizantino y oriental. Desde el siglo x, San Nilo de Grottaferrata, en primer lugar, después San Romualdo, fundador de los Camándulos, cerca de Rávena (1012), y, por último, San Juan Gualberto, fundador hacia el 1020 del monasterio de Valumbroso en la Toscana,



El fenómeno franciscano se produce en primer lugar en Italia y es allí donde sigue dándose con más profusión. Habría que añadir las vicarías misioneras al Este, hasta la China.

I. FAMILIA CISMONTANA: DIECISIETE PROVINCIAS

1. San Francisco (Asís). — 2. Marcas — 3. Roma. — 4. Toscana. — 5. Bolonia. — 6. San Antonio (Padua). — 7. Milán. — 8. Génova. — 9. Dalmacia. — 10. Tierra de Labur (Nápoles). — 11. Penne. — 12. Monte Sant'Angelo (Monte Gargano). — 13. Apulia. — 14. Calabria. — 15. Sicilia. — 16. Romanía. — 17. Tierra Santa.

II. FAMILIA ULTRAMONTANA: DIECISIETE PROVINCIAS

1. Santiago (de Compostela). — 2. Castilla. — 3. Aragón. — 4. Aquitania. — 5. Provenza. — 6. Borgoña. — 7. Tours. — 8. Francia. — 9. Inglaterra. — 10. Hibernia (Irlanda). — 11. Dacia. — 12. Colonia. — 13. Estrasburgo. — 14. Sajonia. — 15. Austria. — 16. Bohemia. — 17. Hungría.

inspiran las grandes fundaciones de las órdenes nuevas en torno al año 1150. Ellos son los creadores de los «monjes blancos», que se levantan frente a los «monjes negros» tradicionales, los benedictinos. Etienne de Muret funda la orden de Grandmont en 1074; San Bruno, la Gran Cartuja (la *Grande Chartreuse*) en 1084; Roberto de Molesmes, Cîteaux en 1098; Roberto de

Arbrissel, Fontevrault en 1101; San Norberto, Prémontré en 1120. La oposición entre el antiguo y el nuevo monaquismo puede verse simbolizada en la polémica sostenida por el cluniacense Pedro el Venerable *, abad de Cluny (1122-1156), y el cisterciense San Bernardo *, abad de Clairvaux (1115-1154). A los adeptos de una espiritualidad cuyo elemento esencial es el servicio divino, el *opus Dei*, y al cual el rebaño de los siervos permite a los monjes dedicarse, se oponen los fervientes de una mística que une la oración y el trabajo manual, practicado por los monjes al lado de los conversos o hermanos laicos. Los religiosos animados de una sensibilidad nutrida en el esplendor de las iglesias, en la luminosidad de la liturgia, en la pompa de los oficios divinos, se enfrentan con los monjes apasionados de la sencillez, de las líneas puras sin ornamentos. Frente al barroco románico, que se complace en los revestimientos suntuosos y las bizarrías de una ornamentación torturada —la supuesta simplicidad románica es una creación hermosa, pero anacrónica, del siglo XX—, Cîteaux acoge con fervor al gótico naciente, más riguroso, más ordenado, que prescinde del detalle en favor de lo esencial.

Ciertos personajes que se mantienen aparentemente al margen, anarquistas de la vida religiosa, nutren durante todo este período las aspiraciones de las masas hacia la pureza. Se trata de los ermitaños, mal conocidos todavía, que proliferan por toda la Cristiandad. Son roturadores y viven ocultos en los bosques, en donde se ven asaltados por los visitantes. Acostumbran establecerse en los lugares apropiados, a fin de ayudar al viajero a encontrar el buen camino, a cruzar un vado o un puente. Modelos no corrompidos por la política del clero organizado, son los directores espirituales de los ricos y de los pobres, de las almas en pena y de los amantes. Con su bastón, símbolo de fuerza mágica y de la vida errante, con sus pies desnudos y sus vestidos confeccionados con las pieles de las bestias, invaden el arte y la literatura. Ellos encarnan las inquietudes de una sociedad que, en medio del crecimiento económico y sus contradicciones, busca el refugio de una soledad, preocupada, sin embargo, por el mundo y sus problemas.

No obstante, el desarrollo y el éxito de las ciudades rechazan hasta un segundo plano al antiguo y al nuevo anacronismo, a las comunidades monásticas y a los solitarios ligados a una sociedad rural y feudal. Procurando siempre adaptarse, la Iglesia segrega un nuevo género de órdenes nuevas: las mendicantes, aunque no sin dificultad, no sin crisis. Hacia 1170, Pedro Valdo, mercader de Lyón, y sus discípulos, «los pobres de Lyón», que recibirán el nombre de valdenses, llevan tan lejos su crítica de la Iglesia que acaban por salirse de ella. En 1206, el hijo de un rico mercader de Asís *,

Francisco, parece a punto de seguir el mismo camino. El grupo que se reúne en torno de él, al principio doce «hermanos», «frailes menores», tiene como única preocupación convertirse, mediante la práctica de la humildad y de la pobreza absoluta y eligiendo como medio de vida la mendicidad, en un fermento de pureza en medio de un mundo corrompido. La Iglesia se inquieta ante tanta intransigencia. Los papas (Inocencio III, Honorio III, Gregorio IX), la curia romana y los obispos pretenden imponer a Francisco y a sus compañeros una regla, con objeto de hacer de ellos una orden inserta en el gran orden de la Iglesia. El desgarramiento de Francisco de Asís, cogido entre su ideal desnaturalizado y su adhesión apasionada a la Iglesia y a la ortodoxia, resulta dramático. Al fin acepta, pero se retira del mundo. En la soledad de La Verna, los estigmas que recibe poco antes de su muerte (1226) constituyen la coronación, el rescate y la recompensa de sus angustias. Cuando él fallece, su orden se ve durante largo tiempo perturbada por la lucha entre los adeptos de la pobreza absoluta y los partidarios de un acomodo con el mundo. El papado apoya a los moderados contra los extremistas, que, con el nombre de «fratricelos» o «espirituales», acaban también por abandonar la Iglesia. Hacia la misma época en que la iniciativa de San Francisco daba nacimiento, a pesar de él, a la orden de los hermanos menores, que serían llamados más tarde franciscanos, un canónigo de la nobleza española, Domingo de Guzmán *, aceptaba con mayor facilidad que el papado impusiese una regla al pequeño grupo de predicadores que había reunido con el fin de hacer volver a los heréticos a las vías de la ortodoxia. Para ello se servirían de la palabra y también del ejercicio de la pobreza. Contemporáneos, los menores y los predicadores —que serán denominados dominicos— son la sustancia de las órdenes mendicantes, que integran, en el siglo XIII, la nueva milicia de la Iglesia. Su originalidad y su virtud consisten en dirigirse deliberadamente al medio social urbano. Por la predicación, por la confesión, por el ejemplo, intentan dar a esta sociedad nueva las contestaciones que necesita para sus nuevos problemas. Trasladan los conventos desde los desiertos al seno de las multitudes. El mapa de las casas franciscanas y dominicas, a finales del siglo XIII, es el mapa urbano de la Cristiandad. Y, aunque no sin dificultad, han trocado sus cátedras conventuales en cátedras universitarias, en las que se instalan y brillan con una luz incomparable. Tomás de Aquino y Buenaventura, maestros de la Universidad de París, son el primero un dominico y el segundo un franciscano.

No obstante, a despecho de esas adaptaciones y de esos éxitos, la Iglesia sigue la evolución de la Cristiandad, pero ya no la guía, como había hecho durante la Alta Edad Media. Desde finales del siglo XII, las órdenes

«nuevas» —Cîteaux y Prémontré— se han negado a sí mismas y han sido sobrepasadas. Ni siquiera los mendicantes consiguen un asentimiento unánime. En una sociedad en que el trabajo se ha transformado en el valor básico, no es tarea fácil lograr que se admita a unos individuos que viven de la mendicidad. Universitarios y escritores —intérpretes, sin duda, de un público más popular— lo reprochan duramente a los hermanos. Y así, Guillermo de Saint-Amour, maestro parisiense, y Juan de Meung, en la segunda parte de su *Roman de la Rose,* acusan con vehemencia a las nuevas órdenes. Tomás de Aquino y Buenaventura deben echar mano a todos sus recursos para replicarles. A los ojos de una parte del pueblo, dominicos y franciscanos pasan a ser el símbolo de la hipocresía. Los primeros excitan, además, odios suplementarios a causa de haberse colocado a la cabeza de la represión de la herejía y por su intervención en los tribunales de la Inquisición. Un motín popular termina con el asesinato en Verona del primer «mártir» dominico, San Pedro Mártir. La propaganda de la orden multiplica su imagen, coronada por el cuchillo clavado en el cráneo (1252).

Los sínodos de la Alta Edad Media señalaban el rumbo a la sociedad cristiana. Los concilios de los siglos XII y XIII, por el contrario, siguen la evolución de la misma. El más célebre y el más importante entre ellos, el IV Concilio de Letrán (1215), que organiza la enseñanza e instituye la comunión pascual obligatoria, supone ya un *aggiornamento,* una puesta al día. El siglo XIII es el siglo de la laicización, más aún que el de las catedrales y las *Summas* escolásticas. En 1277, el obispo de París, Étienne Tempier, en un *syllabus* donde rechaza doscientas diecisiete proposiciones, intenta poner freno a la evolución intelectual, lo mismo que hace el arzobispo de Cantorbery, el dominico Roberto Kilwardby en un documento similar. Sin distinción, condenan el amor cortesano y el relajamiento de las costumbres, el uso inmoderado de la razón en la teología, el incentivo de una ciencia experimental y racional. Ese dique de contención será eficaz en la medida en que se dirija contra las tendencias vanguardistas que no se apoyan sobre infraestructuras suficientemente firmes. Pero, sin duda, pone de manifiesto al mismo tiempo que la Iglesia, aunque no todos los clérigos aprobaban esas condenaciones, ha llegado a ser, más que retardada, «reaccionaria».

Es verdad que su monopolio ideológico se había visto gravemente amenazado. Desde las primeras manifestaciones, que se presentan en torno al año 1000, del crecimiento occidental, la oposición al liderazgo eclesiástico surge a la luz del día. Herejías * limitadas. Leutard, campesino de la Champagne, que predica un evangelio poco ortodoxo a los habitantes de Vertus y de sus alrededores, los heréticos italianos de Monforte, los de Milán,


MALCVS·
MAR

II. PINTURA ROMÁNICA: MARTIRIO DE SANTA MARGARITA.

Detalle del frontal de un altar de madera pintada. Data del siglo XII y se encontró en la iglesia catalana de Vilaseca. Es característico de la sensibilidad y de la estética románicas. El gusto por la violencia, particularmente vivo en España, que se complace en la representación de escenas de martirio, se combina con un sentido extraordinario de la composición, destinado a poner de relieve el elemento esencial, es decir, la significación psicológica y espiritual de la escena. El arte es narración y lección. A la contorsión del verdugo, con el único ojo visible encendido de rabia, se opone la serenidad de la santa, con los ojos cerrados. El arma y la sangre se hacen bien patentes. Pero, por encima del cuadro, Dios y el paraíso están presentes en la paloma del Espíritu Santo, la aureola de la santidad y de la recompensa y el gesto de plegaria y de confianza. (Vic, Museo Episcopal.)

estrechamente ligados al movimiento urbano y agrupados en la Pataria, y tantos otros agitan sólo de manera temporal una ciudad o una región. Lo mismo ocurre con las herejías intelectuales de un Roscelin, de un Abelardo * (si es que fue herético en realidad), de su discípulo Arnaldo de Brescia *, que hace salir la herejía de las escuelas para lanzarla a las calles de Roma, donde amotina al pueblo contra el papa. Todos ellos no turban más que círculos restringidos. La Iglesia, por su parte —a menudo apoyada por los príncipes, que le prestan gustosos el socorro de su «brazo secular»—, reacciona con rapidez y vigor. En el año 1022 se encienden en Orleáns las primeras hogueras para los heréticos.

Pero pronto un más vasto y más peligroso movimiento comienza a formarse y a extenderse. Inspirado por las herejías orientales, y relacionado con los bogomilos de los Balcanes, avanza a lo largo de las rutas por Italia, por Francia, por Europa central. Agrupa coaliciones de grupos sociales heterogéneos. Una parte de la nobleza, nuevos burgueses, artesanos —sobre todo las clases urbanas— crean movimientos más o menos ligados los unos a los otros bajo nombres diversos. El que disfrutó de fortuna fue el de los cataros. Los cataros son maniqueos. Para ellos existen dos principios igualmente poderosos: el Bien y el Mal. Y el Dios bueno es impotente frente al príncipe del mal, que, para unos, es un Dios igual a él y, para otros, un diablo inferior, pero rebelado con éxito. El mundo terrestre y la materia que lo compone son las creaciones del Dios malo. La Iglesia católica es una Iglesia del mal. Frente al mundo, frente a su organización, que es la sociedad feudal, y frente a su guía, que es la Iglesia de Roma, no puede haber más que una actitud de negación total. El catarismo se organiza pronto en forma de Iglesia, con sus obispos y con su clero, los *perfectos,* e impone a sus adeptos ritos especiales. Constituye una anti-Iglesia, un anti-catolicismo. No carece de puntos de contacto, incluso de ligámenes, con los restantes movimientos heréticos del siglo XIII —valdenses, espirituales— y, sobre todo, con el movimiento más difundido que se halla en los confines entre la ortodoxia y la herejía y que, del nombre de su inspirador, el monje calabrés Joachim de Flore *, ha sido llamado joaquimismo. Los joaquimitas sostienen la existencia de tres épocas: la de la Ley o del Antiguo Testamento, que ha sido reemplazada por la de la Justicia o del Nuevo Testamento. Ésta se ve corrompida y dirigida por la Iglesia actual y debe desaparecer para dar lugar al reino del Amor y del Evangelio eterno. Su milenarismo se expresa incluso en la espera de una fecha determinada, que señalará el fin de la sociedad y de la Iglesia corrompida y el advenimiento del orden nuevo: 1260. Pasada esta fecha, muchos creyeron que había llegado

la era joaquimita con la elevación al pontificado de un papa que compartía sus ideas: Pedro de Morona, que toma el nombre de Celestino V * (1294). Pontificado efímero. Celestino V se ve forzado a abdicar al cabo de algunos meses y es encerrado en un convento, donde muere pronto, no sin que su sucesor, Bonifacio VIII, deje de hacerse sospechoso de haber sido cómplice en su desaparición. El final de ese movimiento que, según las palabras del Dante, fue «el gran negativo», es, después de 1277, el símbolo de un giro en la historia de la Cristiandad.

A finales del siglo XIII, la Iglesia había triunfado, ya que, al fracasar los medios tradicionales y pacíficos contra el catarismo y las herejías vecinas, había recurrido a la fuerza. En primer término, la guerra. Fue la cruzada contra los albigenses, terminada por el Tratado de París (1229) con la victoria de la Iglesia, apoyada por la nobleza de la Francia del Norte y, al fin, tras muchas reticencias, por el rey de Francia. Después, la represión, organizada por una institución nueva: la Inquisición. En el plano material, aunque a través de grandes dificultades, la Iglesia había ganado prácticamente la partida al comienzo del siglo XIV. Sin embargo, la había perdido ante el juicio de la Historia.

* * *

Las grandes herejías de los siglos XII y XIII han sido definidas a veces como herejías «antifeudales». Quizás en el análisis del detalle histórico esta denominación sea discutible, pero es válida dentro del cuadro de una explicación global.

Al poner en entredicho la estructura misma de la sociedad, tales herejías se oponían a lo que constituía su fondo: la feudalidad *.

Con frecuencia se han tomado como opuestos los términos feudalidad y movimiento urbano. La forma política del movimiento urbano, el movimiento comunal, va, en efecto, dirigida en muchas ocasiones contra los señores, en particular contra los grandes dignatarios eclesiásticos. Algunos obispos perecen víctimas de las revueltas comunales. Así sucedió en Laón, por ejemplo, durante el año 1112, en el curso de un motín que Guibert de Nogent nos ha narrado de manera conmovedora. La vida urbana se nutre de la actividad artesanal y comercial, mientras que la feudalidad vive del dominio de la tierra. La mentalidad urbana, por lo menos en un principio, es igualitaria, como surgida de solidaridades horizontales que unen a gentes pares en torno a un juramento. La mentalidad feudal, por el contrario, se refracta en el sentimiento de una jerarquía y se expresa en solidaridades

verticales, cementadas por el juramento de fidelidad prestado por los inferiores a los superiores.

Feudalización y movimiento urbano son, en realidad, dos aspectos de una misma evolución, que organiza al mismo tiempo el espacio y la sociedad. Volviendo a la terminología de Daniel Thorner, la sociedad del Occidente medieval es una sociedad campesina. Como toda sociedad campesina, lleva consigo un cierto porcentaje —minoritario— de ciudades. En el caso particular de la Cristiandad occidental, ha sido dominada por una superestructura, definida por el término de feudalidad.

Feudalidad en germen, como hemos visto, en los tiempos carolingios, pero que se expande de modo extraordinario en torno al año 1000. Produce variedades diferentes según las regiones, desigualdades cronológicas según los países. Bien estructurada en Francia y en Alemania, no conoció una perfecta organización en Italia, donde la persistencia de las tradiciones antiguas y la participación precoz de los señores en la vida urbana frenaron su desarrollo. Más inacabada aún queda en España, donde las condiciones especiales planteadas por la Reconquista dieron a los reyes, caudillos de esa Reconquista, poderes que limitaron la preponderancia de los señores y donde las franquicias concedidas a los combatientes y a los colonos de la *repoblación* salvaguardaron libertades magistralmente estudiadas por Claudio Sánchez Albornoz. En cuanto a Inglaterra, al reino normando de las Dos Sicilias, a Tierra Santa, disfrutaron de una feudalidad «importada», a veces más rigurosa y más próxima a ciertos modelos teóricos que en otros lugares, pero también más frágil. En los países eslavos y escandinavos, sus tradiciones peculiares produjeron otros matices feudales.

En este esquema, que no pretende sino situar la feudalidad dentro de la evolución sufrida por el Occidente entre los siglos X y XIV, nos contentaremos con resumir su implantación, para lo cual seguiremos a François Ganshof, su desarrollo en una sola región, el Mâconnais (1), según Georges Duby, y sus períodos tal como los ha visto Marc Bloch.

La feudalidad es primeramente el conjunto de lazos personales que unen en una jerarquía a los miembros de las clases dominantes. Tales lazos se apoyan en una base «real»: el beneficio que el señor concede a su vasallo a cambio de un cierto número de servicios y de un juramento de fidelidad. En sentido estricto, la feudalidad estriba en el homenaje y el feudo.

El señor y su vasallo se comprometen entre sí por el contrato de vasallaje. El vasallo presta homenaje a su señor. Los más antiguos textos en que

(1) Región de Mâcon, departamento de Sâone-et-Loire, al norte de Lyón. — *N. del T.*

se encuentra la palabra conciernen al condado de Barcelona (1020), al condado de Cerdaña (1035), al Languedoc oriental (1033) y al Anjou (1037). Se extiende por Francia en la segunda mitad del siglo XI y aparece por primera vez en Alemania en 1077. El vasallo pone sus manos juntas sobre las del señor, que las cierra en torno a ellas, y manifiesta su voluntad de darse al señor siguiendo una fórmula del género: «Señor, me convierto en vuestro hombre» (Francia, siglo XIII). Pronuncia en seguida un juramento de fidelidad, le da su fe. A veces añade, como ocurre en Francia, el beso que le convierte en un «hombre de boca y de manos». Como consecuencia del contrato de vasallaje, el vasallo ha de prestar a su señor el *consilium* —es decir, el consejo, que consiste en la obligación general de participar en las asambleas reunidas por el señor y en la particular de administrar justicia en su nombre— y el *auxilium*, la ayuda, esencialmente militar y eventualmente financiera. El vasallo debe, pues, contribuir a la administración, a la justicia y al ejército señoriales. En contrapartida, el señor se obliga a proteger a su vasallo. Contra el vasallo infiel, «felón», el señor, por regla general apoyado en la opinión de su consejo, puede pronunciar sanciones, la principal de las cuales es la confiscación del feudo. Inversamente, el vasallo puede «desafiar», esto es, retirar su fe al señor que falte a sus compromisos. En teoría, el «desafío», que se instaura por primera vez en Lotaringia a finales del siglo XI, debe acompañarse de una proclamación solemne y de la renuncia al feudo.

Como puede observarse, los elementos esenciales giran alrededor del «feudo» *. La palabra nace en el oeste de Alemania a comienzos del siglo XI y se extiende a finales del mismo siglo bajo su acepción técnica, aunque sin ser empleada en todas partes con ese sentido preciso. En realidad, el término es más bien una creación de los juristas e historiadores modernos que un vocablo de la época. Reviste, en cambio, más importancia el hecho de que el feudo sea con preferencia una tierra. Así se asienta la feudalidad sobre su base rural y se pone de manifiesto que se trata, en su principio, de un sistema de posesión y explotación de la tierra.

La concesión del feudo al vasallo se lleva a cabo en el transcurso de una ceremonia, la investidura, que consiste en un acto simbólico, la entrega de un objeto (estandarte, anillo, cetro, vara, cuchillo, guante, puñado de paja, etc.). Seguía en general la fe y el homenaje. Antes del siglo XIII, no fue consignada en una acta más que en ocasiones excepcionales. Feudalidad, mundo del gesto, no de la escritura. La evolución más importante que experimenta el feudo se basa en que, mientras en sus comienzos el señor poseía sobre él un derecho asimilable a la nuda-propiedad romana

y el vasallo un derecho comparable al usufructo, a partir del siglo XI el derecho del vasallo va considerablemente más allá del derecho del usufructuario. Se aproxima al derecho de propiedad sin alcanzarlo, pese a que la palabra *proprietas* sea pronunciada ya durante los siglos XII y XIII, en tanto que el derecho del señor se aleja de él y es designado por la palabra *dominium*. El sistema feudal excluye más o menos, por lo tanto, la noción de propiedad definida con el poder de usar y abusar. Desde este punto de vista, la economía monetaria y, de manera general, el sistema de posesión urbano —particularmente en lo que concierne a los bienes mobiliarios, que tenderán a prevalecer sobre los bienes inmobiliarios— se opondrán al sistema feudal. Ahora bien, precisamente en la medida en que la tierra sigue siendo la base de la economía medieval, el burgués, que trata de adquirir señorías, permanece en una falsa posición hasta que, al final de la Edad Media, la señoría se disocie del feudo.

El factor que asegura la posesión creciente del vasallo sobre su feudo es, con toda evidencia, el carácter hereditario del feudo, pieza esencial del sistema feudal. Esta evolución se produce pronto en Francia, hacia el siglo X y comienzos del XI, y más tardíamente en Alemania y en Italia del Norte, donde es precipitada por Conrado II en el año 1037. En Inglaterra no se generalizará hasta el siglo XII.

Aparte el caso en que se rompa el contrato de vasallaje, sólo la pluralidad de compromisos de un mismo vasallo da lugar al juego político dentro del sistema feudal. La mayoría de los vasallos son hombres de varios señores. Y esta situación, suscitadora a veces de conflictos, les permite también con frecuencia conceder al que más ofrece de sus señores una fidelidad preferente. Con objeto de precaverse contra la anarquía que podía resultar de este sistema, los señores más poderosos intentaban, aunque sin conseguirlo siempre, que sus vasallos les prestasen un homenaje preeminente, superior al concedido a los otros señores: el homenaje «ligio». Los soberanos, especialmente, pretendían obtenerlo de todos los vasallos de sus reinos. Sin embargo, se trata aquí de un sistema distinto al feudal: el sistema monárquico. Volveremos a encontrarlo en el camino de las transformaciones históricas.

El mayor interés que presenta el estudio sumario de una feudalidad regional, como el que Georges Duby ha efectuado sobre la región de Mâcon durante los siglos XI y XII, es enseñarnos la manera en que el sistema feudal, tal como acabamos de describirlo abstracta y esquemáticamente, se funda sobre una explotación de la tierra por intermedio de la jerarquía feudal —señores y vasallos— que domina sobre la clase campesina y desborda el

cuadro del contrato de vasallaje para asegurar a cada señor, grande o pequeño, sobre su señoría o sobre su feudo, un conjunto de derechos extremadamente amplios. La explotación rural, el dominio, es la base de una organización social y política: la señoría.

Georges Duby ha insistido particularmente sobre un hecho capital, de ningún modo exclusivo de la región de Mâcon. El centro de la organización feudal se halla en el castillo *. Uno de los mayores fenómenos de la Historia occidental desde el siglo X al XII es la aparición de castillos, cuyo aspecto militar no debe ocultarnos su significación mucho más amplia.

A finales del siglo X, la estructura social de la región de Mâcon es todavía, al menos en su aspecto superficial, la misma que en la época carolingia. La principal frontera establecida es la que separa a los libres de los siervos, y muchos campesinos son todavía libres. El poder condal, expresión del poder político, parece todavía respetado. Sin embargo, la situación cambia rápidamente y la feudalidad hace su instalación. No es que el feudo se extienda demasiado por la región. Pero el castillo pasa a ser el centro de una señoría, que absorbe poco a poco todos los poderes: económico, judicial y político. En el año 971 aparece por vez primera el título de caballero y en el 986 nace el primer tribunal privado, el de la abadía de Cluny. En el 988, un señor, el conde de Chalon, establece las primeras exacciones sobre los campesinos, lo mismo libres que siervos. La primera mención de una corte vicarial independiente de un señor data de 1004, y de 1019 la última sentencia emitida por una corte condal contra un castellano. A partir de 1030 se instaura el contrato de vasallaje y, en 1032, el término *nobilis* desaparece para ceder el lugar a *miles*. Mientras que el conjunto de los campesinos, con sólo algunas excepciones —alodieros, ministeriales—, ve uniformarse su condición en el seno de una vasta clase, la de los «villanos», se va forjando una jerarquía dentro del grupo señorial. Hacia 1075, la caballería, «en un principio clase de fortuna y de género de vida», ha pasado a ser «una casta hereditaria, una verdadera nobleza». Hay en ella, de todas formas, dos escalones según «la repartición del poder sobre los humildes». La más elevada es la de los señores del castillo *(domini, castellani)*, que ejercen sobre un territorio de cierta importancia el conjunto de los poderes públicos (el antiguo *ban* real). En segundo lugar, están los simples caballeros, «que no tienen tras de ellos más que un pequeño número de dependientes personales». Desde su castillo, el señor domina sobre un territorio en el que ostenta todos los poderes, privados y públicos. Es la señoría llamada «banal» (pese a que el término *bannus* sea en esta época bastante raro).

Alrededor de 1160 comienzan a esbozarse nuevos cambios, y entre 1230 y 1250 se constituye otra sociedad feudal. «La castellana deja de ser la pieza maestra en la organización de los poderes banales.» En primer lugar, se disuelve más o menos en una nivelación de la nobleza que permite a las «casas fuertes» de los pequeños caballeros aldeanos elevarse sobre cerros y, a comienzos del siglo XIII, duplicar la serie de castillos roqueros construidos en los siglos XI y XII. La castellanía se ve atacada desde abajo y desde arriba. Desde abajo, a causa de un aflojamiento progresivo de la dominación ejercida por los señores sobre los villanos *(manants)*. Desde arriba, gracias a la pérdida que sufren los castellanos de una parte de sus poderes en provecho de una exigua minoría de nuevos poderosos: los grandes señores, los príncipes y, sobre todo, el rey. En 1239, la región de Mâcon queda anexionada al dominio real y la feudalidad clásica llega a su término.

Marc Bloch ha distinguido dos «edades feudales». La primera, que se extiende hasta mediados del siglo XI, corresponde a la organización de un espacio rural más o menos estable y en el que los cambios son débiles e irregulares, la moneda escasea y el salario es casi inexistente. El segundo se origina con las grandes roturaciones, la renovación del comercio, la difusión de la economía monetaria y la superioridad creciente del comerciante sobre el productor.

Georges Duby ha encontrado esta división en la región de Mâcon, si bien sitúa un siglo más tarde, hacia el 1160, la charnela entre los dos períodos, «el momento en que los tiempos de los feudos, de los censos y de los principados feudales sucede al de las castellanías independientes».

Los historiadores han descrito la evolución y las fases de la feudalidad medieval por referencia a la evolución económica. Georges Duby opina que «a partir de mediados del siglo XI, el movimiento social y el movimiento económico presentan direcciones opuestas: el uno, que va disminuyendo de fuerza, se dirige hacia la formación de clases, de grupos cerrados; el otro, que se acelera, prepara una liberación, una suavización de todos los cuadros sociales». En el fondo, esta opinión de Duby coincide con la de Marc Bloch. No estoy de acuerdo totalmente con ellos. A mi entender, es posible que ambos movimientos vayan durante más largo tiempo en el mismo sentido. La señoría feudal organiza la producción y, de buena o de mala gana, la transmite a ese grupo de ciudadanos, mercaderes y burgueses que dependen de ella. Claro es que, a la larga, el progreso de la burguesía urbana mina la feudalidad. Sin embargo, aún está lejos, a fina-

les del siglo XIII, de dominarla, incluso en lo que respecta al plano económico. Será preciso esperar siglos para que la distancia creciente entre el poder económico y la debilidad social y política de las capas superiores urbanas produzca las revoluciones burguesas de los siglos XVII y XVIII.

Queda por decir que la evolución económica ayuda a una gran parte de la clase campesina a mejorar su suerte. En las tierras recién roturadas, los «huéspedes» campesinos obtienen franquicias y libertades que se hacen sensibles de modo especial bajo el aspecto urbano o semiurbano de las «villanuevas», «villafrancas» o «bastidas», para no referirnos más que a la terminología francesa y, en general, neolatina. En el conjunto de las tierras occidentales se generaliza durante el siglo XIII un movimiento de liberación que mejora la condición jurídica de los campesinos, si no su situación material. La limitación de las exacciones señoriales, con la sustitución del trabajo personal obligatorio y gratuito por una redención las más veces fija, llamada «censo», la determinación de una cantidad fija para las principales redenciones —«talla abonada»—, determinación que se efectúa mediante «cartas» —el escrito que viene a relevar al gesto colabora, por lo menos al principio, en la liberación social—, son el signo y el instrumento de una cierta promoción de las capas campesinas, en particular de la más afortunada, la de los «labradores» propietarios de su yunta y de sus herramientas, frente a la masa de los «peones» o «braceros».

Por el contrario, esa evolución económica, sobre todo a partir del siglo XIII, no favorece a la pequeña y mediana caballería, que se carga de deudas con mayor velocidad que se enriquece y ha de vender una parte de sus tierras. Por lo que se refiere a la región de Mâcon, el último préstamo concedido por caballeros data de 1206. A partir de 1230, los pequeños caballeros alodiales se hacen pagar su homenaje, transforman sus alodios en feudos y, a excepción en general de la reserva, venden parcela tras parcela de su herencia. Los beneficiarios de la situación son, en primer término, los señores más poderosos, pues, si bien muchas veces no son más ricos en numerario, pueden tomar dinero a préstamo fácilmente; en segundo lugar, las iglesias, sobre todo las iglesias urbanas que, a través de las limosnas, llevan a cabo un drenaje de la moneda, y, finalmente, los no-nobles enriquecidos, entre los que se cuentan algunos campesinos, aunque en su mayoría son burgueses. La crisis que comienza a afectar las rentas de los señores, la «renta feudal», desembocará en el siglo XIV en una crisis general, que constituirá, en su esencia, una crisis de la feudalidad.

* * *

A ese nivel de la evolución histórica que se llama política, los fenómenos se nos muestran con frecuencia complejos, perdidos en el detalle de los hombres, de los acontecimientos y de los textos de los historiadores, tan a menudo seducidos por esas apariencias y esas apariciones superficiales. La historia política del Occidente medieval resulta especialmente complicada, debido a que refleja una extremada división, originada por la fragmentación de la economía y de la sociedad y por la acumulación de los poderes públicos en manos de los jefes de esos grupos más o menos aislados, una de las principales características, como se ha visto, de la feudalidad. Ahora bien, la realidad medieval del Occidente no está integrada tan sólo por esa atomización de la sociedad y de su gobierno, sino también por la confusión horizontal y vertical de los poderes. Entre esa multiplicidad de señores, la Iglesia y las iglesias, las ciudades, los príncipes y los reyes, los hombres de la Edad Media acaban por no saber bien de quién dependen políticamente. Incluso en los campos de la administración y la justicia, los conflictos de jurisdicción que llenan la historia medieval patentizan bien a las claras esta complejidad.

Puesto que conocemos el final de la historia, podemos tomar como hilo conductor para su estudio la transformación de los Estados.

Pasado el año 1000, dos personajes parecen encargarse de guiar a la Cristiandad: el papa y el emperador. El conflicto entre ambos va a ocupar el proscenio histórico a lo largo de todo el período. Teatro de ilusiones, tras el cual se desarrollarán los hechos verdaderamente importantes.

Después de la muerte de Silvestre II (1003), el papado no hace un papel demasiado brillante. No obstante, pese a tener que doblegarse bajo los golpes asestados por los señores del Lacio, primero, y, a partir de 1046, por los emperadores alemanes, no tarda en recuperarse. Más aún, al mismo tiempo libera a toda la Iglesia de la intervención de los señores laicos. La llamada reforma gregoriana, que toma su nombre de Gregorio VII * (1073-1085), no supone más que el aspecto exterior del gran movimiento que retrotrae por aquel entonces a la Iglesia hacia sus fuentes de origen. Lo que se intenta es restaurar, frente a la clase de los guerreros, la autonomía y el poder de la clase clerical, que debe renovarse y delimitarse por sí misma. De ahí nace la lucha contra la simonía y la lenta implantación del celibato eclesiástico. De ahí surge una tentativa de asegurar la independencia del papado, reservando la elección del pontífice a los cardenales

(decreto de Nicolás II, 1059). De ahí se originan especialmente los esfuerzos para sustraer el clero a la influencia de la aristocracia laica, para arrebatar al emperador y, más allá de él, a los señores, el nombramiento y la investidura de los obispos y para someter el poder temporal al poder espiritual, haciendo que la espada temporal se humille ante la espiritual o, incluso, entregando ambas al papa.

Gregorio VII aparenta haber triunfado cuando consigue humillar al emperador Enrique IV en Canosa (1077). Mas el penitente imperial tomará pronto su desquite. Urbano II *, más prudente, prosigue la obra de una forma más profunda y recurre al expediente de la Cruzada para agrupar a la Cristiandad bajo su autoridad. Un compromiso se firma en Worms en el año 1122: el emperador abandona en manos del papa la investidura «por el báculo y el anillo» y promete respetar la libertad de las elecciones y de las consagraciones, pero conserva la investidura «por el cetro» respecto al poder temporal de los obispados.

La lucha, que reviste una u otra forma, se reanima con Federico I Barbarroja * (1152-1190). Después de haber tenido que postrarse en Venecia ante Alejandro III, exactamente un siglo después de Canosa (1177), vuelve a obtener, por la paz de Constanza (1183), las partes esenciales de su dominio en Italia y, con ello, uno de sus medios de presión sobre el papado. El conflicto entre el sacerdocio y el Imperio alcanza su paroxismo con Federico II, que reina en la primera mitad del siglo XIII. Los papas Inocencio III * (muerto en 1216), Gregorio IX (1227-1241) y principalmente Inocencio IV (1243-1254) se opusieron al emperador con fortuna diversa. Por último, el papado parece vencer de manera definitiva. Federico II, excomulgado y depuesto en el Concilio de Lyón (1245), combatido casi por todos en Alemania y en Italia, muere en 1250, dejando el Imperio sumido en la anarquía del Gran Interregno (1250-1273). No obstante, al encarnizarse contra un ídolo con pies de barro, contra un poder anacrónico como es el del emperador, el papa ha olvidado —e incluso a veces favorecido— el surgimiento de un nuevo poder, el de los reyes.

La oposición entre el más poderoso de ellos, el rey de Francia Felipe el Hermoso *, y el papa Bonifacio VIII *, termina con la humillación del pontífice, que es abofeteado en Agnani (1303), y con el destierro, mejor aún, la «cautividad», del papado en Aviñón (1305-1376). El enfrentamiento entre el papa Juan XXII y el emperador Luis de Baviera, en la primera mitad del siglo XIV, no supondrá sino una supervivencia de estas luchas, que permitirá a los partidarios de Luis, en particular a Mar-

silio de Padua, con su *Defensor pacis* (1324), definir una nueva Cristiandad en que el poder temporal y el poder espiritual quedarán netamente separados. La defensa del carácter laico de los poderes alcanza con él la categoría de ideología política. El último gran partidario de la confusión de los poderes y, a la vez, el último gran hombre de la Edad Media, a la que ha resumido en su obra genial, el Dante, ha muerto con la mirada fija en el pasado en el año 1321.

* * *

Ni siquiera los más fuertes de entre los Estados y monarquías herederos del poder político que se constituyen entre los siglos XI y XIV pueden considerarse asegurados dinásticamente, ni definidos desde el punto de vista territorial. Para no presentar más que un ejemplo, todo el Oeste de la Francia de la época es —y seguirá siéndolo hasta el siglo XV— una balanza entre Francia e Inglaterra. No obstante, el porvenir se esboza ya en la formación de conjuntos territoriales, que, a través de una serie de avances y retrocesos, de metamorfosis continuadas, se encaminan hacia la integración de las pequeñas células medievales. Los soberanos han sido los rapsodas de la Cristiandad medieval.

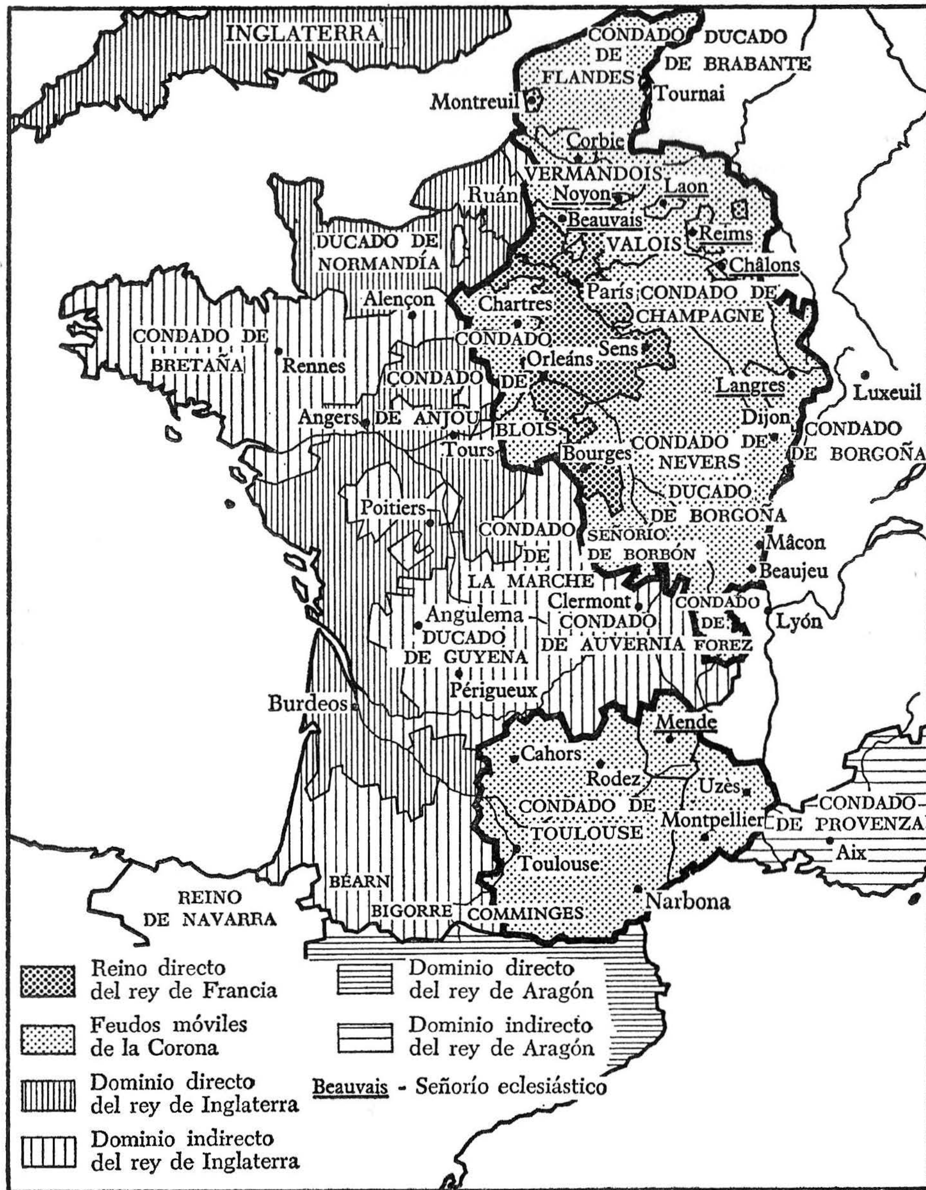
Tres realizaciones positivas ocupan el primer plano.

Después de la conquista normanda (1066), Inglaterra es la primera en ofrecer, bajo Enrique I (1110-1135) y, sobre todo, bajo el Plantagenet Enrique II * (1154-1189), la imagen de una monarquía centralizada. A partir de 1085, el *Libro del Juicio Final,* el *Domesday Book,* compila las posesiones y los derechos reales y proporciona una base incomparable a la autoridad del rey. Sólidas instituciones financieras (la Corte del *Exchequer* por ejemplo) y funcionarios estrechamente dependientes del trono (los *sheriffs)* completan esta obra. Una grave crisis estalla a comienzos del siglo XIII y se mantiene durante decenios. Juan Sin Tierra se ve obligado a aceptar que el poder real sea limitado por la *Carta Magna* (1215). Después de la revuelta de la pequeña nobleza, dirigida por Simón de Montfort, las *Provisiones de Oxford* vigilan todavía más estrechamente a la monarquía. Sin embargo, Eduardo I (1272-1357) e incluso Eduardo II (1307-1327) saben restaurar el poder real al aceptar un control parlamentario, que fuerza a nobles, eclesiásticos y burgueses de las ciudades a colaborar con el Gobierno. Las guerras entabladas, victoriosas sobre los galeses, desgraciadas contra los escoceses, han traído consigo a los ingleses un armamento y tácticas nuevas y han hecho participar a una parte del pueblo lo mismo

en la acción militar que en el gobierno local y central. Al principio del siglo XIV, Inglaterra es la más moderna, la más estable de las naciones cristianas, la cual permitirá a ese pequeño Estado, que cuenta con poco más de cuatro millones de habitantes, conseguir, al iniciarse la Guerra de los Cien Años, brillantes victorias sobre el coloso francés, a despecho de los catorce millones de habitantes de éste.

La Francia de comienzos del siglo XIV no carece, con todo, de prestancia. Sus progresos bajo la monarquía de los Capetos han sido más lentos, pero acaso más seguros. Entre la elección de Hugo Capeto (987) y el advenimiento de Luis VII (1137), los débiles monarcas Capetos ven sus fuerzas absorbidas por las luchas oscuras y siempre renacientes contra los pequeños señores, llenos de rapacidad, atrincherados en sus castillos de la Isla de Francia. Por otra parte, quedan empequeñecidos ante sus grandes vasallos, el más poderoso de los cuales, el duque de Normandía, añade a su ducado en el año 1066 el reino inglés y, más tarde, a mediados del siglo XII, los vastos dominios de los Plantagenêts. No obstante, desde 1214, Francia ha demostrado su adhesión a su rey y su cohesión cara a la amenaza del emperador alemán, que debe retroceder. Sobre el engrandecimiento del poder real, una vez purgado de sus buitres reales, los Capetos fundan su creciente poder. Los progresos son ya visibles bajo Luis VII (1137-1180), se hacen relampagueantes durante el reinado de Felipe Augusto * (1180-1223) y se extienden y se consolidan por obra de Luis VIII (1223-1226), Luis IX * (San Luis) (1226-1270), Felipe el Atrevido (1270-1285) y Felipe el Hermoso * (1285-1314). La base financiera del poder real francés continúa siendo débil. El rey extrae la parte más importante de sus recursos de su dominio, es decir, «vive de lo suyo», pero tiene ya en su mano la administración, conseguida mediante la institución, llevada a cabo por Felipe Augusto, de las «bailías» o «senescalatos» y de los «prebostes» y mediante el ensanchamiento y la especialización del Consejo de la Corte del rey, tanto en el dominio de las finanzas como en el de la Justicia, sobre todo en este último. El Parlamento organizado por Felipe el Hermoso en 1303 atrae hacia sí un número creciente de litigios gracias al éxito ininterrumpido de la «apelación» al rey. Lo mismo que ocurre en Inglaterra, los Estados Generales, compuestos de prelados, barones y burgueses ricos de las «buenas ciudades», reunidos por primera vez por Felipe el Hermoso, representan más una ayuda que una limitación de poder para el rey y sus consejeros los «legistas», formados en las universidades e imbuidos del Derecho romano, puesto al servicio del soberano, «emperador en su reino».

25. FRANCIA AL ADVENIMIENTO DE FELIPE AUGUSTO (1180)



En 1315, después de la muerte de Felipe el Hermoso, se produce una reacción feudal. No obstante, el cambio de dinastía, el reemplazamiento de los Capetos por los Valois (1328), se efectúa sin dificultad. Lo más que se puede admitir es que la nueva dinastía parece más abierta a las influencias medievales, aún muy fuertes en la corte de París.

Es el papado quien logra la tercera realización fructuosa de la monarquía centralizadora. Tal éxito debe muy poco al poder temporal del papa, a la base territorial que le ofrece el pobre Patrimonio de San Pedro. Asegurando su poder sobre los obispos, drenando los recursos financieros de la Iglesia —no sin provocar en Inglaterra y en Francia, por ejemplo, vigorosas protestas—, poniéndose a la cabeza de la codificación del Derecho canónico, el papado se convierte, durante el siglo XII y sobre todo durante el XIII, en una monarquía supranacional eficaz. No sólo resistirá al destierro de Aviñón, sino que afirmará su poder sobre la Iglesia. Yves Renouard ha podido justamente sostener que Aviñón suponía para esta monarquía un mejor centro geográfico que la excéntrica Roma.

Los éxitos de la unificación monárquica son menores en la península Ibérica, donde, a despecho de ciertas uniones pasajeras, los reinos se mantienen separados. Portugal (reino desde 1140), Navarra, Castilla, que absorbe a León a partir de 1140, y Aragón (sin contar la persistencia del dualismo Aragón-Cataluña, bajo la unión política obtenida en 1137) parecen formaciones duraderas. Ahora bien, cada uno de esos reinos realiza en sus fronteras, cambiantes de acuerdo con los progresos de la Reconquista y las combinaciones dinásticas, notables progresos en la centralización. En Castilla, el reinado de Alfonso X el Sabio * (1252-1284) es la época en que se efectúa la redacción del gran código de las *Siete Partidas* y, gracias al favor real, el progreso de la Universidad de Salamanca. La Corona de Aragón, que, siguiendo el impulso de los catalanes, se apasiona por sus horizontes mediterráneos, se convierte en una gran potencia bajo Jaime el Conquistador (1213-1276). Después de la partición del reino (1262) florece el reino de Mallorca, con su capital Perpiñán y sus ciudades de Mallorca y de Montpellier, en donde los reyes residen gustosamente. Además, las condiciones especiales de la Reconquista y de la repoblación de la península Ibérica han permitido al pueblo, gracias a las muy vivaces asambleas locales y a las *Cortes*, que funcionan desde mediados del siglo XIII en todos los reinos, participar ampliamente en el gobierno.

El fracaso de la concentración monárquica es más manifiesto en Italia y en Alemania. En Italia, el poder temporal de los papas en el centro

26. FRANCIA AL ADVENIMIENTO DE FELIPE VI DE VALOIS (1328)

INGLATERRA
CONDADO DE FLANDES
DUCADO DE BRABANTE
CONDADO DE ARTOIS
Tournai
Montreuil
PONTHIEU
Ruan
VALOIS
Reims
DUCADO DE NORMANDÍA
París
CONDADO DE CHAMPAGNE
DUCADO DE BAR
Alençon
Chartres
DUCADO DE BRETAÑA
Rennes
Sens
CONDADO DE ANJOU
CONDADO DE BLOIS
Orleáns
Langres
Luxeuil
Angers
Tours
CONDADO DE NEVERS
Dijon
DUCADO DE BORGOÑA
CONDADO DE BORGOÑA
Bourges
Poitiers
DUCADO DE BORBÓN
CONDADO DE POITIERS
Mâcon
CONDADO DE LA MARCHE
Beaujeu
CONDADO DE FOREZ
Clermont
Lyón
Angulema
Périgueux
Burdeos
CONDADO DE VALENTINOIS
DUCADO DE GUYENA
Cahors
Rodez
CONDADO DE VENAISSIN
CONDADO DE PROVENZA (ANJOU)
LANGUEDOC
Aviñón
CONDADO DE ARMAÑAC
Toulouse
Montpellier
Aix
BÉARN
REINO DE CASTILLA
BIGORRE
Narbona
REINO DE NAVARRA
CONDADO DEL ROSELLÓN
REINO DE ARAGÓN

Reino directo del rey de Francia
Feudos de la Corona de Francia
Feudos del rey de Inglaterra

de la península y la autoridad imperial en el Norte impiden que se opere la unión territorial. El juego de las facciones, de los partidos, entre las ciudades o en el interior de cada ciudad, se ordena más o menos alrededor de los mil episodios que presenta la lucha entre *güelfos* * y *gibelinos* *. En el Sur, el reino de Nápoles o de las Dos Sicilias, a pesar de los esfuerzos de los reyes normandos, alemanes (en el 1224 Federico II funda en Nápoles la primera Universidad del Estado, y en el 1231 domina a la sociedad feudal mediante las constituciones de Melfi) y angevinos, ve sucederse demasiadas dominaciones extranjeras para alcanzar una administración sólida.

En Alemania, el espejismo italiano aleja a los emperadores de las realidades germánicas. Puede parecer que Federico Barbarroja *, sobre todo cuando consigue triunfar en 1181 del más poderoso señor alemán, Enrique el León *, duque de Sajonia y de Baviera, impone a los feudales la autoridad real. Pero las querellas dinásticas, las guerras entre los pretendientes a la Corona, el interés reciente por una Italia cada vez más rebelde, conducen, con el Gran Interregno (1250-1273), al fracaso de la centralización monárquica. Las únicas fuerzas políticas que se mantienen vivas en la Alemania de finales del siglo XIII son —en las fronteras de la colonización al Norte y al Este— las ciudades de la Hansa y las casas principescas antiguas o recientes. En 1273, un pequeño príncipe alsaciano, Rodolfo de Habsburgo *, se ciñe la corona imperial y aprovecha su paso por el trono para poner en el Sudeste, en Austria, Estiria y Carintia, las bases de la fortuna futura de su dinastía.

Al Este y al Norte, las disputas dinásticas, el fraccionamiento feudal y la imprecisión de las fronteras se oponen a la autoridad del poder central, minado, además, por la colonización germánica.

A comienzos del siglo XIV, después de varios altibajos, la realeza danesa aparenta haber triunfado al fin de los señores feudales. Sin embargo, el rey es tan pobre que, en 1319, debe empeñar su país como prenda a su acreedor, el conde de Holstein. En Suecia, la sucesión al trono se ha transformado en electiva durante el siglo XIII, pero la familia de los Folkungar, con Magnus Laduslas (1274-1290) y después con Magnus Erinsen (1319-1332), consigue imponerse durante algún tiempo. Noruega parece la más favorecida en este aspecto. Haakón V el Viejo (1217-1263) destruye el poder de la aristocracia laica y eclesiástica y convierte la monarquía en hereditaria.

En cuanto a Polonia, la monarquía termina con Boleslao el Atrevido, coronado en Gniezno el día de Navidad de 1076. La dinastía de los Piasts

continúa, no obstante, dominando el país, si bien ostentando el título de duques. Algunos de ellos, como Boleslao Boca-Torcida (1102-1138) y Mesco el Viejo, después de 1173, no han olvidado las preocupaciones unificadoras. Mas también aquí las revueltas de los feudales laicos y eclesiásticos, directa o indirectamente apoyados no sólo por los alemanes, sino igualmente por los checos y los húngaros, transforman a Polonia en un grupo de ducados independientes, cuyo número aumenta en el transcurso del siglo XIII. En 1295, Przemysl de Gran Polonia restaura en provecho propio el reino polaco, pero, después de él, dos reyes de Bohemia toman el título de rey de Polonia y será preciso esperar la consagración, celebrada en Cracovia en esta ocasión (1320), de un pequeño señor de Cujavie, Ladislao el Breve, para que se afirme la *Corona regni Poloniae.* Su hijo será Casimiro el Grande (1333-1370). Entre tanto, Conrado de Moravia ha llamado a los Caballeros Teutónicos para que acudan en su auxilio contra los prusianos, y los teutónicos, apoyados en los nuevos obispados de Thorn (Torun), Kulm (Chelmno) y Marienwerder, fundan un Estado alemán. Después de la conquista de Prusia, invaden en 1309 la Pomerania de Gdansk y hacen de su castillo de Marienburg (Malbork) una verdadera capital.

El caso de Bohemia es todavía más complejo. A finales del siglo XII, en el año 1198, Otakar I (1192-1230) se hace coronar rey y establece el carácter hereditario de la Corona en la dinastía de los Przemyslidas. Pero los reyes de Bohemia actúan también como príncipes del Imperio y se dedican en Alemania a un juego peligroso. Otakar II (1253-1278), que merece el sobrenombre de Rey de Oro por el fasto de su corte, no se contenta con su cargo de elector del Imperio y solicita para sí mismo la corona imperial. Por medio de la conquista, añade Austria, la Estiria, la Carintia y la Carniola a sus territorios de Bohemia y Moravia. Mas pronto choca con Rodolfo de Habsburgo, que, elegido en su lugar, lo aplasta en la batalla de Dürnkrut (1278). El sueño de la Gran Bohemia ha terminado, aunque no el sueño alemán. En el siglo XIV, un rey de una nueva dinastía extranjera, Carlos de Luxemburgo, el emperador Carlos IV, conseguirá realizarlo. Entre tanto, la única realidad es la creciente colonización de Bohemia por los inmigrantes germánicos.

En Hungría, las numerosas querellas de sucesión suscitadas durante los siglos XI y XII habían debilitado a los Arpadios, descendientes de San Esteban, que, a pesar de todo, supieron aumentar su reino en Transilvania, Eslovenia y Croacia, frente a los alemanes y, sobre todo, los bizantinos, que se habían sentido, por un momento, tentados por la anexión de Hungría. Bela III (1173-1196), casado con una hermana de Felipe Augusto,

parece asentar sólidamente la monarquía. Sin embargo, la clase ascendente de los feudales impone en 1222 a su hijo Andrés II una Bula de Oro, a la que se ha llamado impropiamente la Carta Magna de Hungría, puesto que más que asentar las libertades nacionales, asegura la supremacía de los nobles, que conducen rápidamente el país a una completa anarquía. La muerte del último de los Arpadios, ocurrida en 1301, origina, además, una crisis que había de imponer a Hungría una dinastía extranjera.

El primero de agosto de 1291, los hombres del valle de Uri, la libre comunidad del valle de Schwyz, y la asociación de los hombres del bajo valle de Nidwalden se juramentaban en una liga perpetua contra la amenaza habsburguesa. Tales ligas eran muy numerosas entre las comunidades urbanas o montañesas. Era difícil prever que ésta había de ser el núcleo fundador de una organización política original: la Confederación helvética. El 15 de noviembre de 1315, en Morgarten, la liga consiguió sobre Leopoldo de Habsburgo una completa victoria. La fortuna militar de los suizos se anunciaba al mismo tiempo que su porvenir político.

* * *

En este momento en que la Cristiandad occidental alcanza su apogeo, pero se apresta a afrontar una crisis y una profunda transformación, podemos preguntarnos a qué formas y a qué fuerzas corresponderá tomar el relevo de la feudalidad, que, fuerte todavía desde el punto de vista económico y social, declina ya políticamente. Podría pensarse que tal privilegio corresponde a las ciudades, la prosperidad de las cuales crece de modo ininterrumpido, cuyo brillo cultural es incomparable y que, al lado de sus éxitos económicos, artísticos, intelectuales y políticos, consiguen también grandes triunfos militares. Desde 1176, las más precoces entre ellas, las ciudades de Italia del Norte, habían infligido en Legnano a Federico Barbarroja un desastre que dejó estupefacto al mundo feudal. Y en 1302, la «ralea» de las ciudades flamencas destrozó, en Courtrai, a la flor de la caballería francesa, que abandona en sus manos las quinientas espuelas de oro que bautizaron la batalla. Génova, Florencia, Milán, Siena, Venecia, Barcelona, Brujas, Gante, Yprés, Brema, Hamburgo, Lübeck, es a ellas a quienes parece pertenecer el porvenir. Y, no obstante, la Europa moderna no se construirá en torno a las ciudades, sino alrededor de los Estados. La base económica de las ciudades no será suficiente para asentar un poder político de primer orden, ni siquiera para fundar una fuerza

económica de importancia. A medida que el gran comercio cesa de apoyarse en las mercancías de lujo para centrarse sobre las materias pesadas (cereales en primer lugar), el centro urbano va dejando de presentar las dimensiones requeridas. Ya a finales del siglo XIII, las ciudades no consiguen imponerse sino encuadrándose en confederaciones urbanas, como en el caso de la Hansa, o reuniendo en torno de ellas arrabales rurales, que ocupan un territorio cada vez más amplio. Tal es la solución flamenca (Brujas y Gante extraen tanta fuerza de su «franco» como del comercio lejano) y, sobre todo, la italiana. Las ciudades de Liguria, de Lombardía, de Toscana, de Venecia y de Umbría se guarnecen de un *contado* esencial. La más urbanizada quizá de todas ellas, Siena, donde la banca goza de sus más gloriosos momentos en época anterior (siglo XIII), expresa de manera perfecta en su arte esta necesidad que la ciudad siente del campo. Los frescos del Palacio Municipal, en los que Ambrogio Lorenzetti representa, entre 1337 y 1339, en honor de sus conciudadanos, *El Buen y el Mal Gobierno,* pese a que la ciudad se halla cerrada por murallas y erizada de torres y de monumentos, no la separan de su campiña, de su indispensable *contado.* Venecia no se prolongará sino por su *Terra Ferma.* Acaso fuese difícil preverlo en el año 1300. Pero el tiempo de los islotes, de los puentes, de las pequeñas células está en camino de desaparecer, al mismo tiempo que la feudalidad. Comienza a imponerse un tipo distinto de organización del espacio: el de los Estados territoriales. Las gentes perspicaces de la época perciben ya esta realidad en su forma demográfica. Pierre Dubois estima que el rey de Francia es el más poderoso soberano de la Cristiandad puesto que es el que cuenta con mayor cantidad de súbditos, y Marsilio de Padua hace de la población una de las fuerzas principales de los Estados modernos. Ahora bien, ese número no puede subsistir si no es sobre una gran superficie y el progreso empieza a reclamar la unificación de grandes extensiones.

CAPÍTULO IV

LA CRISIS DE LA CRISTIANDAD

(Siglos xiv-xv)

Si bien la mayor parte de los Estados cristianos, al principio del siglo xiv, se mueven todavía dentro de fronteras cambiantes, la Cristiandad en su conjunto se encuentra ya estabilizada. Como ha afirmado A. Lewis, es el «fin de la frontera». La expansión medieval ha terminado. Cuando se reemprenda de nuevo, a finales del siglo xv, se tratará ya de un fenómeno distinto. Inversamente, el tiempo de las grandes invasiones parece haber terminado. Las incursiones mongolas de 1241-1243 dejaron en Polonia y en Hungría terribles señales, sobre todo en este último país, donde la invasión de los cumanos, empujados por los mongoles, acrecentaron la anarquía y dieron a los húngaros un rey, Ladislao IV (1272-1290), medio cumano y medio pagano. El papa Nicolás IV predicó una cruzada contra él. Sin embargo, no se trata sino de incursiones, después de las cuales las heridas se cicatrizan pronto. En la Pequeña Polonia, Silesia, se produce, después del paso de los tártaros, una nueva oleada de roturaciones y de crecimiento agrícola y urbano.

Pero en el viraje de los siglos xiii-xiv, la Cristiandad no solamente se detiene, sino que retrocede. Ya no hay nuevas roturaciones ni conquistas del suelo. Incluso las tierras marginales, ganadas para el cultivo bajo la presión demográfica y la preocupación por la expansión, quedan abandonadas porque sus rendimientos son excesivamente débiles. La desforestación se anuncia en algunos lugares. Comienza el abandono de los campos y aun de las aldeas —los Wustungen, por ejemplo, estudiados por Wilhelm Abel y sus discípulos—. La construcción de las grandes catedrales se interrumpe, antes de que éstas sean acabadas. La curva demográfica comienza a bajar. El alza de los precios se detiene y se inicia una depresión.

* * *

Al lado de estos grandes fenómenos de conjunto, otros acontecimientos —algunos de los cuales han llamado la atención de los contemporáneos, mientras otros sólo han revestido su significación a los ojos de los historiadores modernos— anuncian que la Cristiandad se halla en plena crisis.

Una serie de huelgas, de motines urbanos, de revueltas, cuya mayor virulencia se produce en Flandes, estallan en el último tercio del siglo XIII (en Brujas, Douai, Tournai, Provins, Ruán, Caen, Orleáns y Béziers en el año 1280; en Toulouse, en 1288; en Reims, en 1292; en París, en 1306). En 1302, en las regiones de la actual Bélgica, los disturbios desembocan en un levantamiento casi general. Según el cronista liejés Hocsem: «Este año, el partido popular se subleva en casi todas partes contra los grandes. En Brabante, esa sublevación fue ahogada, pero en Flandes y en Lieja, las fuerzas populares dominaron durante largo tiempo.»

En 1284, las bóvedas de la futura catedral de Beauvais, levantadas hasta cuarenta y ocho metros de altura, se derrumban. El sueño gótico ya no se elevará nunca más alto. Los trabajos de muchas catedrales se detienen: la de Narbona en 1286, la de Colonia en 1322. Siena alcanzará el límite de sus posibilidades en 1366.

La desvalorización de la moneda —las mutaciones monetarias— comienza. La Francia de Felipe el Hermoso (1285-1314) conoce varias, las primeras de la Edad Media. Las bancas italianas, en especial las florentinas, sufren en 1343 bancarrotas catastróficas. Los Bardi, los Peruzzi, los Acciaiuoli, los Bonaccorsi, los Cochi, los Antellesi, los Corsini, los Da Uzzano, los Perendoli y, añade el cronista florentino Giovanni Villani, «muchas otras pequeñas compañías y artesanos privados» se vieron arrastrados en el movimiento.

Claro está que estos síntomas de crisis se manifiestan en los sectores más frágiles de la economía: en las ciudades, donde la economía textil había tomado tanto vuelo que se hallaba a merced de una baja en el poder de compra de la clientela rica para la que producía y exportaba; en el ramo de la construcción, donde los enormes medios que se habían de poner en juego se encarecían a medida que la mano de obra, las materias primas y los capitales encontraban empleo en otros sectores más productivos; en el dominio de la economía monetaria, donde los errores en el manejo del bimetalismo, consecutivo a la reanudación de la acuñación en oro, y las

27. EL OCCIDENTE A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIV



En plena evolución entre la retirada musulmana en el sur de España y la reducción del Imperio bizantino amenazado por los turcos.

imprudencias de los banqueros, solicitados por los príncipes cada vez más ávidos de subsidios y cada vez más llenos de deudas, acrecentaban las dificultades inherentes a una forma de economía con la cual ni siquiera los especialistas estaban muy familiarizados.

En monnaies est la chose mout obscure.
Elles vont haut et bas, on ne sait que faire;
Quand on croit gagner, on trouvé le contraire (1)

escribe Gillis Li Muisis, abad de Saint-Martin de Tournai, a comienzos del siglo XIV.

La crisis se manifiesta en toda su amplitud cuando alcanza el nivel esencial de la economía rural. Durante el período 1315-1317, una serie de factores meteorológicos adversos, que trajeron consigo malas cosechas, dieron lugar al alza de los precios, al retorno del hambre general, casi desaparecida de Occidente —del Extremo Occidente por lo menos— en el siglo XIII. En Brujas, dos mil personas, entre una población de treinta y cinco mil, perecen de hambre.

La disminución de la resistencia física consecutiva al recrudecimiento de la subalimentación debió de desempeñar un importante papel en los estragos que causó la Gran Peste, a partir de 1348, y que hizo caer brutalmente la curva demográfica, ya decadente, y transformó la crisis en una catástrofe general.

Sin embargo, resulta bien patente que la crisis es anterior al azote, el cual no hizo sino exagerarla, y que sus causas han de buscarse en el fondo mismo de las estructuras económicas y sociales de la Cristiandad.

La disminución de la renta feudal, los trastornos originados por la parte creciente en moneda que los campesinos han de incluir al pagar sus censos, ponen en peligro los fundamentos del poder feudal.

* * *

Por fundamental que sea, la crisis no entraña una depresión de toda la economía occidental y no afecta por igual ni a todas las categorías ni a todos los individuos.

Mientras tal o cual sector geográfico o económico se ve afectado por ella, se dibuja el crecimiento de un nuevo sector, que reemplaza y compensa las pérdidas vecinas. La industria de los tejidos de lujo tradicionales,

(1) Con las monedas, la cosa es muy oscura. — Tan pronto están arriba como abajo, no se sabe qué hacer. — Cuando uno cree ganar, se encuentra con todo lo contrario.

la *vieille draperie,* la vieja pañería, queda duramente afectada por la crisis, y los centros en que ella dominaba declinan. Mas, a su lado, surgen nuevos centros que se consagran a la fabricación de paños menos preciosos, destinados a una clientela menos rica y menos exigente: es el triunfo de la «nueva pañería», de los satenes, de los fustanes a base de algodón. Si una familia quiebra, otra cercana ocupa su lugar.

Tras un momento de confusión, la clase feudal termina por adaptarse. Reemplaza ampliamente el cultivo por la ganadería, más remuneradora, y, a causa de ello, transforma el paisaje rural, multiplicando los cercados de ganado. Modifica las costumbres de explotación agrícola, la naturaleza de los pagos y la manera de efectuarlos. Inicia el manejo de las monedas verdaderas y, al mismo tiempo, de las monedas de cuenta, cuyo hábil uso le permite hacer frente a las mutaciones monetarias. No obstante, es seguro que únicamente los más poderosos, los más hábiles o los más afortunados consiguen prosperar allí donde la mayoría se arruina.

Es seguro también que la caída demográfica, agravada por la peste, debilita la mano de obra y la clientela, pero los salarios suben y los supervivientes son, en general, más ricos.

Y es seguro, en fin, que la feudalidad, atacada por la crisis, recurre a la solución a que se suelen inclinarse las clases dominantes cuando se ven amenazadas: la guerra. El ejemplo más notable es la Guerra de los Cien Años, confusamente buscada por la nobleza inglesa y francesa como una solución a sus dificultades. Pero, como siempre, la guerra acelera el proceso y, por encima de los muertos y de las ruinas —que, por otra parte, tampoco conviene exagerar—, da nacimiento a una economía y una sociedad nuevas.

La crisis del siglo XIV se salda, pues, rápidamente por una transformación del mapa económico y social de la Cristiandad. Favorece y acentúa la evolución anterior hacia la centralización del Estado. Prepara la monarquía francesa de Carlos VII y Luis XI, la realeza inglesa de los Tudor, la unidad española de los Reyes Católicos, el advenimiento casi general, pero más señalado en Italia, del «príncipe». Suscita nuevas clientelas, burguesas principalmente, para unos productos y un arte que quizá tiendan hacia la fabricación en serie —la imprenta permitirá incluso esta tendencia en el campo intelectual—, pero que corresponden, con un grado de calidad aún bastante aceptable por término medio, a un aumento del nivel de vida de las capas sociales nuevas y a un mejoramiento del bienestar y del interés por el arte.

Y da nacimiento a la sociedad del Renacimiento y de los tiempos modernos, más abierta y mucho más feliz que la asfixiante sociedad feudal.

SEGUNDA PARTE

LA CIVILIZACIÓN MEDIEVAL

CAPÍTULO V

CLARIDADES EN LA NOCHE

(SIGLOS V-IX)

En la historia de las civilizaciones, lo mismo que en la de los individuos, la infancia constituye un período decisivo. Y muchos factores, si no todos, se originan entonces. Entre los siglos v y x nacen los hábitos de pensar y de sentir, los temas, las obras que formarán e informarán las futuras estructuras de la mentalidad y la sensibilidad medievales.

En primer lugar, la disposición misma de esas estructuras nuevas. Es bien conocido que en cada civilización existen capas diferentes de cultura, debidas, por una parte, a las categorías sociales y, por otra, a las aportaciones históricas. Al mismo tiempo que esta estratificación, nuevas combinaciones, reuniones y mezclas constituyen también síntesis nuevas.

Esto se hace particularmente sensible en la Alta Edad Media occidental. Y la más evidente novedad de la cultura consiste en las relaciones que se establecen entre la herencia pagana y la aportación cristiana, suponiendo (lo cual, como es sabido, está muy lejos de la verdad) que una y otra hayan formado entonces un todo coherente. Lo que sí es cierto es que ambas, por lo menos a nivel de las capas instruidas, habían llegado a un grado de homogeneidad suficiente para que podamos considerarlas como compañeras en el juego.

Pero ¿debemos concluir que eran adversarios? El debate, el conflicto entre la cultura pagana y el espíritu cristiano ha llenado, primero, la literatura paleocristiana; después, la de la Edad Media, y, más tarde todavía, gran número de trabajos modernos consagrados a la historia de la civilización medieval. Y, verdaderamente, los dos pensamientos y las dos sensibilidades se oponían entre sí como hoy día se oponen la ideología marxista y la ideología burguesa. La literatura pagana en bloque supuso un problema para la Edad Media cristiana. Sin embargo, en el siglo v la cuestión está ya

resuelta de hecho. Hasta el siglo XIV habrá extremistas de las dos tendencias opuestas: los que proscriben el uso y hasta la lectura de los autores antiguos y los que se aprovechan de ellos ampliamente de manera más o menos ingenua. La coyuntura favorecerá alternativamente a unos y a otros. Pero la actitud fundamental fue señalada por los Padres de la Iglesia y perfectamente definida por San Agustín al declarar que los cristianos debían utilizar la cultura antigua al igual que los judíos habían usado los despojos de los egipcios. «Si los filósofos (paganos), sobre todo los platónicos, han emitido por azar verdades útiles a nuestra fe, no solamente no hay por qué temer a esas verdades, sino que es preciso arrancarlas para nuestro uso a esos ilegítimos detentadores», lo mismo que los israelitas trajeron de Egipto vasos de oro y plata y objetos preciosos, que utilizarían más tarde para construir su tabernáculo. Este programa *De doctrina cristiana,* que será en la Edad Media un lugar común, abre de hecho las puertas a toda una gama de utilizaciones de la cultura grecorromana. Los hombres de la Edad Media seguirán con frecuencia al pie de la letra el texto de San Agustín, es decir, no utilizarán más que materiales aislados, por ejemplo, las piedras de los templos destruidos, pero a veces esos materiales serán de la mayor importancia, como columnas de templos convertidos en pilares de catedrales. Incluso se dará el caso de aprovechar un templo completo. El Panteón de Roma, transformado en iglesia al comienzo del siglo VII, pasará a ser un edificio cristiano al precio de pequeñas transformaciones y de un ligero enmascaramiento.

En cambio, resulta muy difícil apreciar en qué medida ha pasado a la Edad Media el bagaje mental —vocabulario, nociones, métodos— de la Antigüedad. El grado de asimilación, de metamorfosis, de desnaturalización varía de un autor a otro y, a menudo, un mismo autor oscila entre esos dos polos que señalan los límites de la cultura medieval: la huida horrorizada ante la literatura pagana y la admiración apasionada que conduce a extensas copias. Ya San Jerónimo había dado el ejemplo de esas oscilaciones. Abandonándose por regla general a largas citas de autores paganos, de las cuales se halla tan nutrido como de la Biblia, se oye un día llamar en sueños por Dios, que le dice severamente: «...*Ciceronianus es, non christianus*», «Ciceroniano eres, que no cristiano». Alcuino tendrá, a propósito de Virgilio, el mismo sueño. Pero San Jerónimo llega también al mismo compromiso que San Agustín: que el autor cristiano debe utilizar a sus modelos paganos como los judíos del Deuteronomio utilizan a las prisioneras de guerra, a las que cortan el cabello y las uñas y les dan nuevos vestidos antes de convertirlas en sus esposas.

En la práctica, los clérigos medievales encontrarán muchos medios de aprovechar los libros «paganos», satisfaciendo fácilmente su conciencia. Así, en Cluny, el monje que en la biblioteca consultaba un manuscrito de un autor antiguo debía rascarse la oreja con un dedo, de la misma manera que un perro se rasca con su pata, «pues con perfecto derecho el infiel es comparado con ese animal».

Hay que decir que, si bien un compromiso tal salvaguardó una cierta continuidad de la tradición antigua, sin embargo la desfiguró lo suficiente para que la *élite* intelectual experimentara en diversas ocasiones la necesidad de un verdadero retorno a las auténticas fuentes antiguas. Tales retornos son los renacimientos que se producen en la Edad Media: en la época carolingia, en el siglo XII, en el albor del gran Renacimiento en fin.

Pero debe recordarse, sobre todo, que la doble necesidad sentida por los autores de la Alta Edad Media occidental de utilizar el irreemplazable bagaje intelectual del mundo grecolatino y de fundirlo en moldes cristianos creó, o al menos favoreció, hábitos intelectuales muy nocivos: la deformación sistemática del pensamiento de los autores, el perpetuo anacronismo, la utilización de citas separadas de su contexto. El pensamiento antiguo sobrevive en la Edad Media, pero a costa de ser atomizado, deformado, humillado por el pensamiento cristiano. Obligado a recurrir a los servicios de su enemigo vencido, el cristianismo se vio también forzado a hacer que este esclavo prisionero que trabaja para él borre de su memoria las tradiciones que le son propicias. Pero, por esta misma razón, se vio arrastrado a una atemporalidad del pensamiento. Las verdades no podían ser más que eternas. Santo Tomás de Aquino, en el siglo XIII manifestará aún que lo que han querido decir los autores dentro de un contexto dado importa poco. Lo esencial es lo que han dicho y se puede utilizar como convenga. Roma no estaba ya en Roma. La *translatio* —la traslación, la transferencia— inauguraba la gran confusión medieval. Ahora bien, esta confusión era la condición de un orden nuevo.

* * *

También en esta ocasión, la Antigüedad decadente había facilitado el trabajo a los clérigos cristianos de los primeros siglos medievales. Todo lo que la Edad Media conoció de la cultura antigua le había sido legado por el Bajo Imperio, que había mordisqueado, empobrecido, disecado la literatura, el pensamiento y el arte grecorromanos, hasta tal punto que la barbarizada Alta Edad Media pudo asimilarlos fácilmente.

No fue de Cicerón o de Quintiliano de donde los clérigos de la Alta Edad Media tomaron su programa científico y educativo, sino de un retórico de Cartago, Martianus Capella, que, en los comienzos del siglo v, definió las siete artes liberales en su poema *Las nupcias de Mercurio y de la Filología.* Tampoco fue de Plinio o de Estrabón, inferiores de todas formas a Ptolomeo, de donde sacaron su saber geográfico, sino de un mediocre compilador del siglo III —comienzo de la decadencia—, Julianus Solinus, que legará a la Edad Media un mundo de prodigios y de monstruos: *Las maravillas del Oriente.* La imaginación y el arte, sin duda, ganarán en el mismo grado que perderá la ciencia. La zoología de la Edad Media será la del *Physiologus,* obra alejandrina del siglo II, traducida al latín precisamente en el siglo v, donde toda la ciencia se esfuma en poesía fabulosa y en lección moralizadora. Los animales quedan transformados en símbolos, pero la Edad Media sacará de ellos sus bestiarios y también en este punto la sensibilidad zoológica medieval se nutrirá de la ignorancia científica, Y, lo que es más grave, esos retóricos y esos compiladores proporcionarán a los hombres de la Edad Media un saber en migajas. Vocabularios, versos mnemotécnicos, etimologías (falsas), florilegios..., el Bajo Imperio transmitirá a la Edad Media un bagaje mental e intelectual elemental. Es la cultura de las citas, de los trozos escogidos, de los «digestos».

¿Acaso no ocurre lo mismo con la parte cristiana de la cultura? La *doctrina cristiana* es primero y esencialmente la Sagrada Escritura. Y la *sacra página* se convertirá en la base de toda la cultura medieval. Entre el texto y el lector se interpondrá, además, un doble telón. Porque el texto está considerado como muy difícil. Es tan rico y tan misterioso que se hace preciso explicarlo a diversos niveles, según los sentidos que contiene. De esta concepción sacan una serie de claves, de comentarios, de glosas, tras las cuales el original comienza a desvanecerse. El Libro sucumbe bajo la exégesis. Al llegar el siglo XVI, la Reforma sentirá, y con razón, la sensación de redescubrirlo.

Por otra parte, el texto es también muy largo y debe ser puesto al alcance de todos en extractos, sea por medio de citas, sea por paráfrasis. La Biblia se transforma en una colección de máximas y anécdotas.

Los mismos Padres de la Iglesia pasan a ser materia prima cuya sustancia se extrae mejor o peor. Las verdaderas fuentes del pensamiento cristiano medieval son tratados y poemas de tercero o cuarto orden, como la *Historia contra los paganos,* de Orosio, discípulo y amigo de San Agustín, que transforma la Historia en apologética vulgar; la *Psychomachia,* de Prudencio, que reduce la vida moral a un combate entre vicios y virtudes, o

el *Tratado de la vida contemplativa,* de Julianus Pomerius, que enseña el desprecio del mundo y de las actividades seculares.

* * *

No basta comprobar esta regresión intelectual. Lo que importa es ver claramente que se trata de una necesaria adaptación a las condiciones sociales de la época. El tiempo en que ciertos aristócratas, paganos o cristianos —como Sidonio Apolinar—, se complacían en los juegos de una cultura acaso refinada, pero reducida a una clase social moribunda, ya ha pasado. Los escritores barbarizados escribían para un público nuevo. Como dice con acierto R. R. Bolgar a propósito de los sistemas de enseñanza de San Agustín, Marcianus Capella y Casiodoro, «la mayor virtud de las nuevas teorías consistía, posiblemente, en intentar proporcionar una alternativa razonable al sistema de Quintiliano, ya que el mundo en el cual había florecido el arte oratorio estaba extinguiéndose y la nueva civilización destinada a reemplazarlo había de ignorar las asambleas populares y los triunfos del foro. Los hombres de los siglos venideros, cuyas vidas tendrían por centro la casa solariega y el monasterio, se habrían visto altamente perjudicados si la educación tradicional de la que habían de depender les hubiese propuesto un ideal que no hubiesen sido capaces de comprender, es decir, si Capella y San Agustín no hubiesen reemplazado a Quintiliano».

Resulta emocionante ver a los más cultivados y los más eminentes representantes de la nueva *élite* cristiana, conscientes de su inferioridad cultural ante los últimos puristas, renunciar a lo que conservan todavía o podrían adquirir de refinamiento intelectual, para ponerse a la altura de sus fieles. Rebajarse para conquistar, tal fue la postura que eligieron. Si tal postura no nos satisface, no por ello debemos considerarla menos impresionante. Ese adiós a las letras antiguas, pronunciado las más veces con pleno conocimiento de causa, no es el aspecto menos conmovedor que presenta la abnegación de los grandes jefes cristianos de la Alta Edad Media. Al comienzo del siglo VI, en el prefacio de una nueva edición de sus obras poéticas, Avito, obispo de Vienna, anuncia a su hermano que renuncia a ese género, «ya que muy pocos comprenden la medida de las sílabas». En la misma época, Eugippius duda en publicar la *Vida de San Severino* porque teme que «la oscuridad de su elocuencia prive a la multitud de comprender los hechos admirables» que narra. Cesáreo de Arles desarrolla también esa actitud: «Pido humildemente que los oídos de los letrados soporten sin quejarse mis rústicas expresiones, a fin de que todo el rebaño

30 y 31. BARBARIZACIÓN DEL ARTE ROMANO: LOS DÍPTICOS DE ESTILICÓN Y DE BOECIO.

Los grandes personajes romanos del Bajo Imperio solían ofrecer como recuerdo a sus amigos, con motivo de las diversas ceremonias de su vida pública (sobre todo al acceder a un cargo consular), dípticos de marfil. Su uso perduró en Bizancio, pero la Iglesia se encargó de cristianizarlos en Occidente. El de Estilicón (il. 30) *se aprovecha para las tapas de encuadernación y el de Boecio* (il. 30) *fue utilizado con fines litúrgicos. Estilicón, amo de la milicia en el 385, tutor del emperador Honorio, se nos presenta como un bárbaro romanizado. El poeta Claudiano lo pinta como un nuevo Fabricius, un nuevo Paulo Emilio. Conserva el armamento bárbaro, clave de su ascensión: la lanza, la espada, el escudo. El ministro cristiano del arriano Teodorico lleva encima una inscripción en que figura su nombre. Un siglo (hacia el 400 — hacia el 500) separa las dos obras. Comparándolas, puede apreciarse, desde la finura al empaste, la barbarización del arte romano decadente.* (Il. 30. *Tesoro de la catedral de Monza;* il. 31. *Prescia, Museo Cívico Cristiano.)*

32. UN «FUNDADOR» DE LA EDAD MEDIA: BOECIO MÚSICO.

La iconografía, que lo ha representado con frecuencia, se ha hecho eco de la influencia y del prestigio del filósofo (ejecutado en el año 524), que fue uno de los principales "preceptores" de la Edad Media. Esta miniatura de un manuscrito de Cantorbery, que data de mediados del siglo XII, representa a Boecio como músico. La música puesta al servicio de Dios siguió siendo, durante toda la Edad Media, más que un arte, un instrumento supremo de cultura y de formación espiritual, al igual que lo había sido en la Antigüedad griega y en San Agustín. Boecio es un teórico, "menos músico que matemático y acústico" (Jacques Chailley). La miniatura lo representa ensayando los sonidos en el instrumento experimental de los griegos, el monocordio (de una sola cuerda). La notación A B C D E F G (conservada por los sistemas de solfeo anglosajones) es probablemente posterior a Boecio. La Edad Media repitió durante siglos las teorías musicales de Boecio, mientras la música viviente evolucionaba ignorándolas. (Cambridge, University Library, manuscrito Li 3, 12, fol. 61 vuelto.)

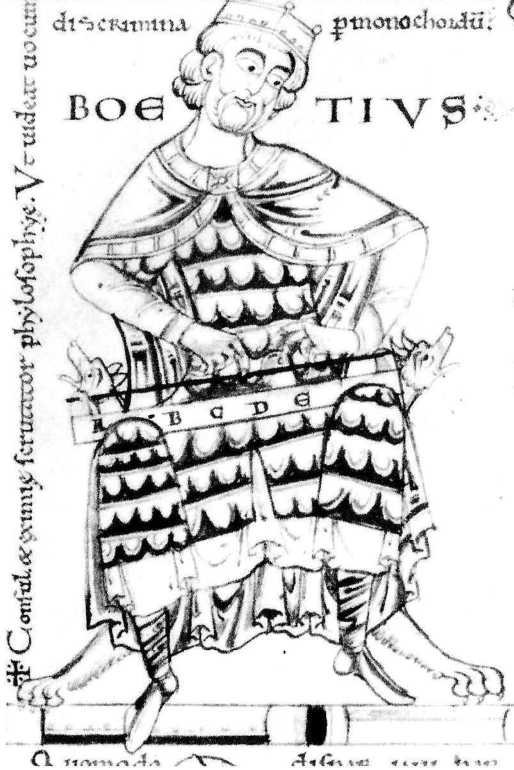
33. UNA BIBLIOTECA DE LA ALTA EDAD MEDIA Y UN «FUNDADOR»: CASIODORO.

Esta miniatura, incluida en un célebre manuscrito de la Biblia, confeccionado a finales del siglo VII o a comienzos del VIII, representa a Casiodoro bajo los rasgos del profeta Esdra copiando las Sagradas Escrituras. Es la imagen típica de un copista ante la biblioteca de su monasterio, especie de cofre con objetos preciosos. Recuerda la labor efectuada por Casiodoro en Vivarium respecto a la copia y la conservación

30



31



32



33

34



35







DEDONISDI · OFFERIT
THEODE · LENDAREG











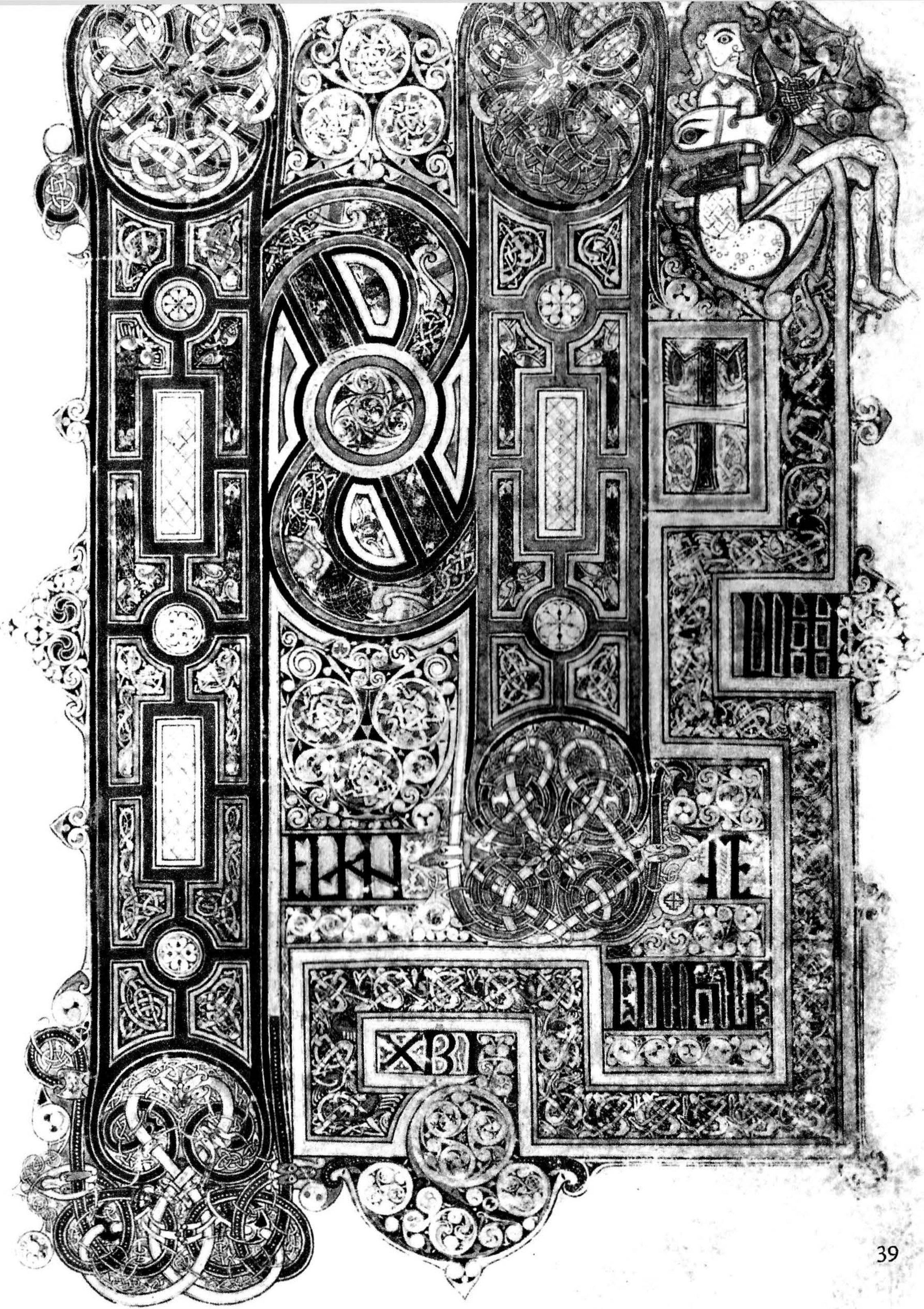

GLORIO · SISSEMA
SCO · IOHA · NNIBAPT

36



37

38



est petrus quia dix
it ei tertio amas me
Et dicit ei dne tu
omnia scis tu scis quia
amo te. Dicit ei pas
ce oues meas. Amen
amen dico tibi
Cum esses iunior
cingebas te et ambu
labas ubi uolebas.
Cum autem senuer
is extendes manus
tuas et alius te cin
get et ducet quo
non uis. Hoc autem dix
significans qua mo
rte clarificaturus
esset dm. Calv...

Uenit ihs
in partes caesareae
philippi. et inter
rogabat discipulos
suos dicens. Quem
dicunt homines es
se filium hominis.
At illi dixerunt. Al
iohannem baptis

Alii autem heliam
Alii uero hieremiam
Aut unum ex pro
phetis. Dicit illis
ihs. Uos autem quem
me esse dicitis.
Respondens simo
petrus dixit. Tu es
xps filius di uiui.
Respondens autem ih
dixit ei. Beatus es
simon bar iona quia
caro et sanguis n
reuelauit tibi sed
pater meus qui in
caelis est. Et ego
dico tibi quia tu es
petrus et super
hanc petram ae
dificabo ecclesiam
meam et portae
inferi non praeua
lebunt aduersus
eam. Et tibi dabo
claues regni cael
rum. Et quod cum
q: ligaueris super
terram erit liga
tum et in caelis

40

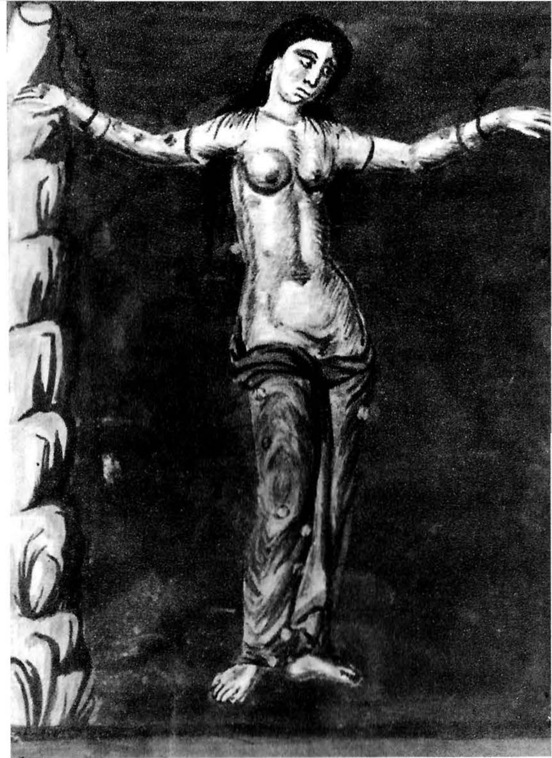
41





42





43

44



45

46

de manuscritos. (Florencia, Biblioteca Medicea Laurentiana, manuscrito Laur. Amiatino 1, fol. 5.)

34. UN «FUNDADOR» DE LA EDAD MEDIA: ISIDORO DE SEVILLA.

Pertenece esta miniatura a un manuscrito de las Etimologías *de Isidoro ejecutado en la abadía bávara de Prüfering antes de 1165. En ella puede verse a Isidoro conversando con un discípulo. El libro que el prelado sostiene sobre sus rodillas es el elemento esencial. La inscripción de la parte baja recomienda el copista a la misericordia divina. (Munich, Biblioteca del Estado bávaro, Clm 13031, fol. 1.)*

35. UN MAESTRO INSPIRADO DE LA EDAD MEDIA: GREGORIO EL GRANDE.

La miniatura forma parte del célebre Antifonario de Hartker, compuesto en la abadía de Saint-Gall en el siglo X, documento precioso para la historia de la notación musical. El papa está representado transmitiendo a un copista cuanto le dice al oído la paloma que simboliza al Espíritu Santo. El trono y la arquitectura son el símbolo del palacio pontificio. (Saint-Gall, Biblioteca abacial.)

36. EL GUSTO BÁRBARO: TAPA DE ENCUADERNACIÓN DE LA REINA TEODOLINDA.

Una de las más bellas piezas ejecutadas para el tesoro acumulado por la reina lombarda (siglo VII) en la catedral de Monza. El gusto bárbaro ha aprovechado los camafeos antiguos para unirlos a los cabujones de colores vivos. (Monza, tesoro de la catedral.)

37. UNA JOYA BÁRBARA: LA FÍBULA DE ORO DE LINON.

Hermoso ejemplar de joya bárbara (segunda mitad del siglo VII), tanto por la materia en él empleada, oro macizo ornamentado con granates, como por el estilo de los entrelazados y el simbolismo que cristianiza los elementos paganos del objeto (rueda solar, máscaras de monstruos alternando con los dragones entrelazados en el brazo) e inserta entre ellos la Santa Faz, de líneas completamente bárbaras, el Crisma, en el que la P griega se ha latinizado en R, el Alfa y la Omega. "Desde este momento, el arte animalístico bárbaro ha perdido su carácter filactérico pagano y entra, como elemento decorativo, en el arte cristiano" (E. Salin). (París, Biblioteca Nacional, Gabinete de las Medallas, núm. 2781.)

38. ARTE ANIMALÍSTICO VIKINGO: UNA CABEZA «BARROCA» DE OSEBERG.

Se trata de una de las cabezas de animales esculpidas y de uso desconocido (acaso llevadas en las procesiones religiosas) encontradas con el buque y el tesoro funerario de Oseberg, en la orilla del fiordo de Oslo. El conjunto debe datar de principios del período vikingo, al final del siglo VIII o comienzos del IX. Por el refinamiento de su trabajo y el sentido de los efectos en relieve, la que nos ocupa ha sido atribuida a un artista desconocido, bautizado

con el nombre de "el Maestro del barroco de Oseberg", que pudo haber recibido influencias extranjeras en un momento en que los vikingos, por medio de sus expediciones, habían tomado ya contacto con una parte de Europa. (Museo de los barcos vikingos, Bygdo, Noruega.)

39. ARTE IRLANDÉS: EL LIBRO DE KELLS.

El libro de Kells, contemporáneo de las esculturas de Oseberg (comienzos del siglo IX), ha sido también calificado de "obra maestra barroca" del arte irlandés. Presenta asimismo semejanzas con las obras continentales. Probablemente fue iniciado por los monjes irlandeses en la isla escocesa de Iona y terminado más tarde en Kells, donde los monjes se habían refugiado huyendo de los vikingos. Exagera hasta el paroxismo la afición de los miniaturistas irlandeses a la abundancia de entrelazados. Sin embargo, al lado de esta exuberancia ornamental se manifiesta, al igual que en el arte carolingio, una tendencia figurativa. En esta decoración de la primera palabra del Evangelio de San Marcos, un pequeño personaje (que se repite en el libro) aparece en el ángulo superior derecho. (Dublín. Trinity College Library.)

40. UN MANUSCRITO CAROLINGIO: EL EVANGELIARIO DE CARLOMAGNO.

El más antiguo manuscrito carolingio es el propio evangeliario de Carlomagno, escrito, por orden suya y de su esposa Hildegarda, por el copista Godoscale. La obra se llevó a cabo entre los años 781 y 783 en la diócesis de Mayenza. Obra de lujo, está escrito sobre pergamino empurpurado, en unciales doradas, excepto la dedicatoria en minúsculas carolinas. Los folios, a dos columnas, van rodeados por una orla de palmetas y ornamentos geométricos. (París, Biblioteca Nacional, n. adq. lat. 1203.)

41. UNA MINIATURA CAROLINGIA: EL SACRAMENTAL DE MARMOUTIER.

Escrito por el abate Rainaud de Marmoutier, el sacramental, que contiene las plegarias de la misa privativas del oficiante, es uno de los productos más notables de la escuela caligráfica de Tours, en los tiempos del abad Viviano (844-851). La inspiración clerical y el estilo arcaizante son característicos de la época carolingia. Pequeños personajes en oro (el abad Rainaud, de mayor tamaño, apoyado en su báculo, bendice al pueblo) se destacan sobre un fondo verde. En los ángulos, las virtudes cardinales: Prudencia, Fortaleza, Justicia y Templanza, atribuidas al abad. (Autun, Biblioteca Municipal, manuscrito 19 bis, fol. 173.)

42. GRANDES HOMBRES DEL RENACIMIENTO CAROLINGIO: ALCUINO Y RABÁN MAUR.

En esta miniatura que encabeza un manuscrito de los Loores de la Santa Cruz, *escrito por Rabán Maur y característico de la devoción carolingia, el autor, presentado por Alcuino, entrega su libro a Otgar, arzobispo de Magun-*

cia, sentado en su trono. El manuscrito, de comienzos del siglo XI, proviene de la abadía de Fulda, de la cual fue abad Rabán Maur. (Viena, Biblioteca Nacional, Códice 652, fol. 1.)

43 Y 44. DECADENCIA DEL ARTE CAROLINGIO. ANDRÓMEDA EN EL SIGLO IX Y EN EL AÑO 1000.

He aquí una miniatura representando en forma humana la constelación de Andrómeda en dos manuscritos de los Fenómenos *de Aratos. El primero pertenece a la época carolingia, probablemente copiado en Reims, al comienzo del siglo IX. El segundo ha sido iluminado muy probablemente por Odbert, abad de Saint-Bertin en Saint Omer (986-1007). En el siglo IX, el modelado, la anatomía, el rostro atraen la atención del miniaturista. Hacia el año 1000, los elementos realistas han desaparecido. El dibujo es tosco. Sólo cuenta la forma y aparece un nuevo drapeado, más rígido, del vestido. Estamos en el alba del arte románico* (Il. 43. *Leyden, Biblioteca de la Universidad, manuscrito voss latino, fol. 30;* il. 44, *Boulogne-sur-Mer, Biblioteca Municipal, manuscrito 188, fol. 241.)*

45. EL ARTE CAROLINGIO Y BIZANCIO: MOSAICO DE GERMIGNY-DES-PRÉS.

Este mosaico, muy restaurado, constituye uno de los escasos mosaicos carolingios existentes. Ornamenta la media cúpula del ábside en la iglesia de Germigny-des-Prés, construida a principios del siglo IX por uno de los principales representantes del renacimiento carolingio, Teodulfo, obispo de Orleáns. Manifiesta las influencias bizantinas sobre el arte carolingio. Su tema, el Arca de la Alianza, testimonia el gusto de la época por el Antiguo Testamento. (Germigny-des-Prés, Loiret.)

46. UNA GRAN IDEA CAROLINGIA: LA CAPILLA IMPERIAL DE AQUISGRÁN.

Entre el 796 y el 805 (fecha en que la consagró el papa León III), Carlomagno hizo edificar una capilla para su palacio de Aquisgrán, ciudad que deseaba convertir en su capital. Encomendó su construcción a Eudes de Metz sobre el modelo de San Vital de Rávena, pero, sobre todo, juxta Sapientissimi Salomonis exemplum, *al ejemplo de Salomón, es decir, a imitación de los monumentos de Jerusalén. Levantada sobre una planta cuadrada, adornada con columnas antiguas procedentes de Rávena y del Oriente y basada sobre la cifra 8, símbolo de la Resurrección, debía encarnar la ciudad de la Concordia perfecta. El trono del emperador ocupaba en ella un lugar central. En la bóveda, un gran mosaico representaba a Cristo y a los veinticuatro ancianos del Apocalipsis. En 1165, Federico Barbarroja, que había obtenido la canonización de Carlomagno, hizo "elevar" solemnemente sus restos y adornó la capilla con una gran lámpara en forma de corona de luz, destinada, como lo precisa una inscripción, a ilustrar esta imagen de la Jerusalén celeste. (Aquisgrán, Cúpula.)*

del Señor pueda recibir el alimento celestial en un lenguaje sencillo y sin elevación. Puesto que los ignorantes y los sencillos no pueden elevarse a la altura de los letrados, que los letrados se dignen bajarse hasta su ignorancia. Los hombres instruidos pueden comprender lo que ha sido dicho para los sencillos, mientras que los sencillos no son capaces de aprovechar lo que se diría a los cultos.» Y, a continuación, repite la frase de San Jerónimo: «El predicador debe suscitar en mayor grado las quejas que los aplausos.» Sin duda, en ambos casos se trata de subyugar, de dominar. Pero los medios y los caminos han cambiado. Y esta mutación de la sensibilidad y de la propaganda que se efectúa de la Antigüedad a la Edad Media es lo que define una nueva sociedad.

Mutación intelectual también que, por encima de la barbarización, alcanza o intenta alcanzar valores no menos importantes que los del mundo grecorromano. Cuando San Agustín declara que es preferible «verse censurado por los gramáticos que no poder ser comprendido por el pueblo» y que hay que preferir las cosas, las realidades, a las palabras, las *res* a las *verba,* está definiendo un utilitarismo, incluso un materialismo medieval que había de alejar a los hombres, no sin acierto, de una cierta logomaquia antigua. Los hombres de la Edad Media se muestran poco exigentes sobre el estado de los caminos con tal que éstos lleguen a su término. De esa manera el camino medieval, a través de sus desvíos, entre el polvo y el barro, conduce siempre al puerto.

El trabajo que se había de realizar era inmenso. Cuando se leen los textos jurídicos, los cánones de los sínodos y de los concilios, los artículos de los penitenciales de la Alta Edad Media, no se puede dejar de admirar la amplitud de la tarea que se presentaba a los dirigentes de la sociedad cristiana. Precariedad de la vida material, barbarie de las costumbres, penuria de todo bien, económico o espiritual. Esa enorme desnudez exigía almas fuertes, desdeñosas de los refinamientos, tan sólo deseosas de triunfar.

Esta época fue también, cosa que se tiene demasiada tendencia a olvidar, la de las grandes herejías, o, mejor dicho, de las grandes dudas doctrinales, puesto que la ortodoxia, que se nos aparece como fijada gracias a una ilusión retrospectiva, se hallaba lejos de estar definida. No es este lugar apropiado para apreciar cuáles podrían haber sido las consecuencias del triunfo de las grandes corrientes del arrianismo, del maniqueísmo, del pelagianismo, del priscilianismo, para citar sólo los más conocidos movimientos religiosos que animaron el Occidente de los siglos V y VI. Puede afirmarse con cierta aproximación que el éxito de la ortodoxia fue provocado por el hallazgo de una *via media* entre el simplicismo arrianista o maniqueísta

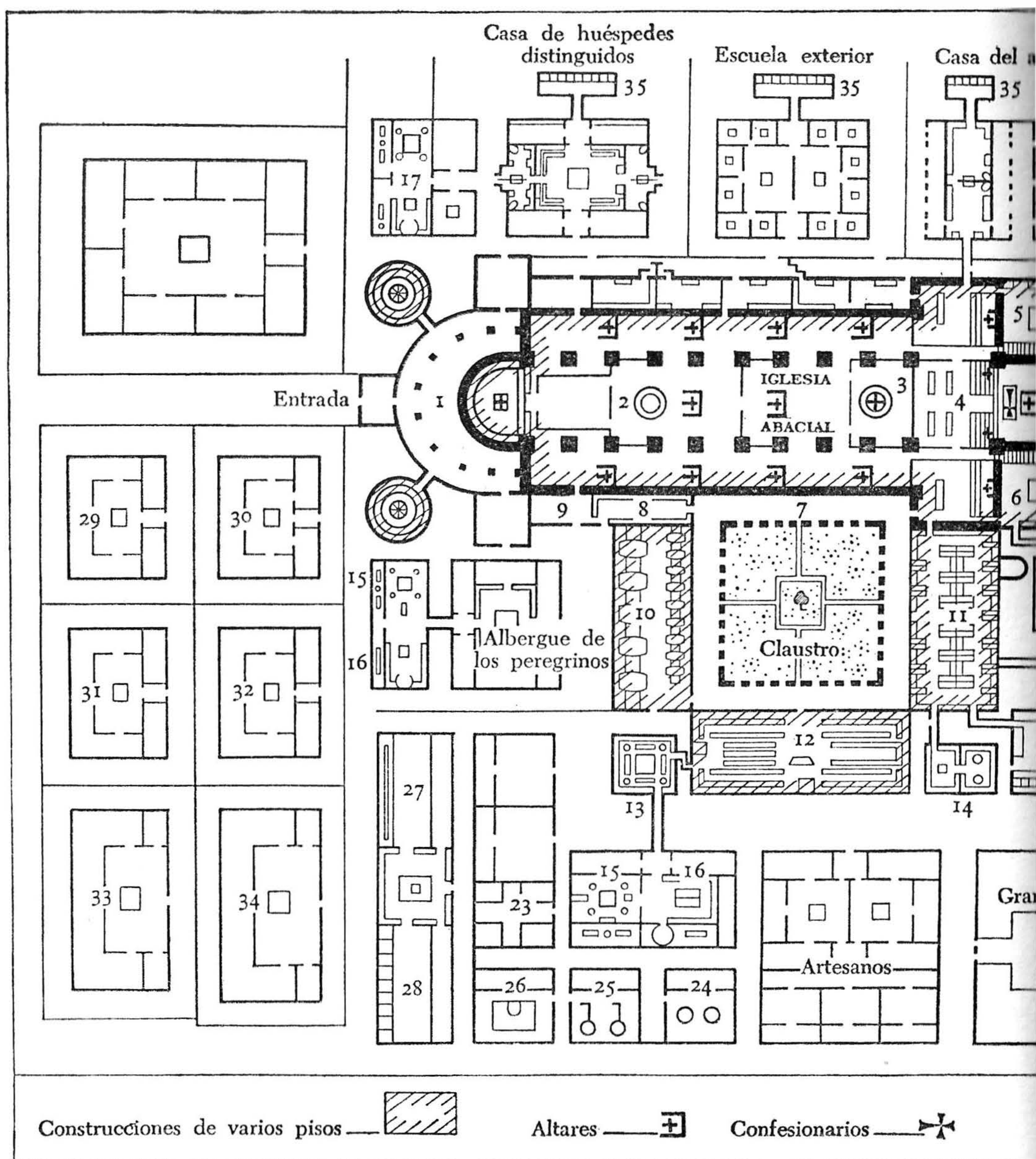
y la sutilidad pelagiana o prisciliana. La cuestión parece resumirse en la actitud adoptada ante el libre arbitrio y la gracia. Si el cristianismo se hubiese inclinado hacia la estricta doctrina de la predestinación, como pretendían los maniqueos, el peso del determinismo divino hubiese gravitado pesadamente sobre Occidente y éste hubiese quedado entregado sin defensa a las clases dominantes, que no habrían dejado de proclamarse las intérpretes de la omnipotencia divina. Si, por el contrario, hubiese triunfado el pelagianismo, instaurando la supremacía de la elección humana e individual, sin duda la anarquía hubiese inundado aquel mundo. Pero es evidente que el Occidente carecería de facultad de elección. La esclavitud se agotaba, pero era preciso no dejar a toda aquella gente sin trabajo. Sus herramientas eran escasas, pero perfectibles. El hombre de la Alta Edad Media debió de sentir que, por modesto que fuese, podía ejercer una cierta influencia sobre la Naturaleza. La institución monástica, que expresa tan exactamente esta época, integra la huida del mundo con la organización de la vida económica y espiritual. El equilibrio entre la Naturaleza y la gracia que se instaura traduce los límites del poder y de la impotencia del hombre de esta época. Y, sobre todo, deja abierta la puerta a futuros desarrollos.

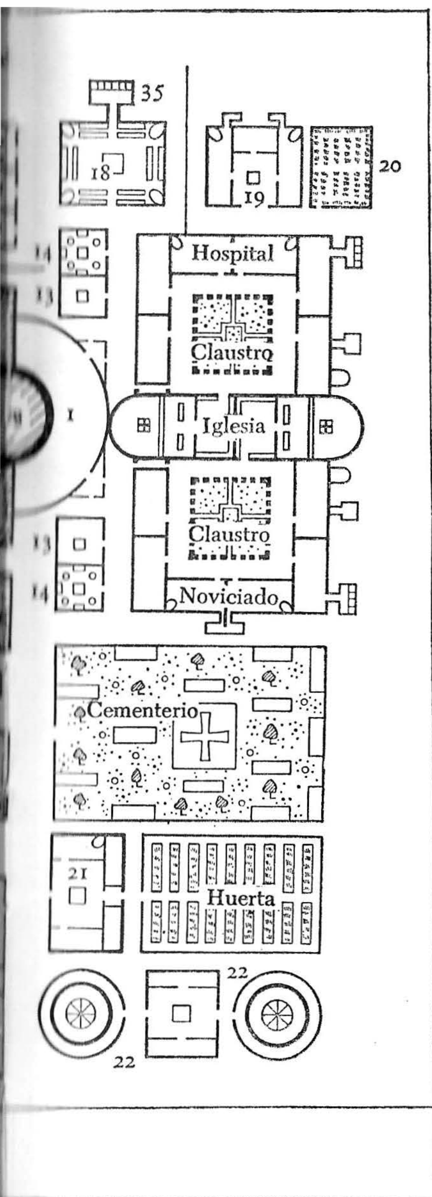
Construida para alcanzar el fin del mundo, la sociedad de la Alta Edad Media se ha procurado, sin advertirlo, las estructuras propias para posibilitar, cuando llegue el momento, el gran vuelo de la humanidad occidental.

* * *

El aspecto de la civilización no cambia brutalmente con las grandes invasiones. A despecho de los saqueos y las destrucciones, los hogares tradicionales de la cultura cesan raramente de existir y de expandir su luz en un solo día. Incluso la gran víctima de los tiempos nuevos, la ciudad, sobrevive más o menos tiempo, con mayor o menor fortuna.

Las ciudades que conservan alguna vitalidad lo deben en ocasiones al mantenimiento de una cierta función económica, antigua o nueva, ligada principalmente a la importación de productos de lujo, a la presencia de mercaderes orientales a los que se llama «sirios», pero que son en su mayoría judíos, o a la atracción que conservan sobre los peregrinos. De esta manera Roma, Marsella, Arles, Narbona y Orleáns siguen siendo puertas del Oriente. Sin embargo, los centros urbanos más importantes son aquellos que sirven de residencia a los nuevos reyes bárbaros y, más aún, aquellos que son sedes de obispados y de peregrinaciones renombradas.


Casa de huéspedes distinguidos
Escuela exterior
Casa del
35
35
35
17
5
Entrada
1
2
IGLESIA
ABACIAL
3
4
6
9
8
7
15
16
Albergue de los peregrinos
10
Claustro
11
29
30
31
32
12
13
14
27
33
34
23
15
16
Gra
Artesanos
26
25
24
28
Construcciones de varios pisos
Altares
Confesionarios



28. SAINT-GALL (Según el atlas Westermann)

1. Paraíso. — 2. Fuentes bautismales. — 3. Ambón. — 4. Coro. — 5. Scriptorium *(1.o). Biblioteca (2.o). — 6 Sacristía (1.o). Ornamentos (2.o). — 7. Sala capitular. — 8. Locutorio. — 9. Locutorio destinado a los pobres. — 10. Bodega (1.o). Almacén (2.o). — 11. Calefactorio (1.o). — Dormitorio (2.o). — 12. Refectorio (1.o). Vestuario (2.o). — 13. Cocinas. — 14. Baños. — 15. Fábrica de cerveza. — 16. Horno de pan. — 17. Economatos. — 18. Casa para los sangrados. — 19. Enfermería. Farmacia — 20. Herboristería. — 21. Jardineros. — 22. Corral. — 23. Graneros. — 24. Muelas. — 25. Morteros. — 26. Torrecilla para la malta. — 27. Palafreneros. — 28. Vaqueros. — 29. Domésticos. — 30. Corderos. — 31. Cerdos. — 32. Cabras. — 33. Caballos. — 34. Vacas. — 35. Letrinas.*

28, 29, 30. MONASTERIOS: SAINT-GALL, FONTENAY, CLUNY

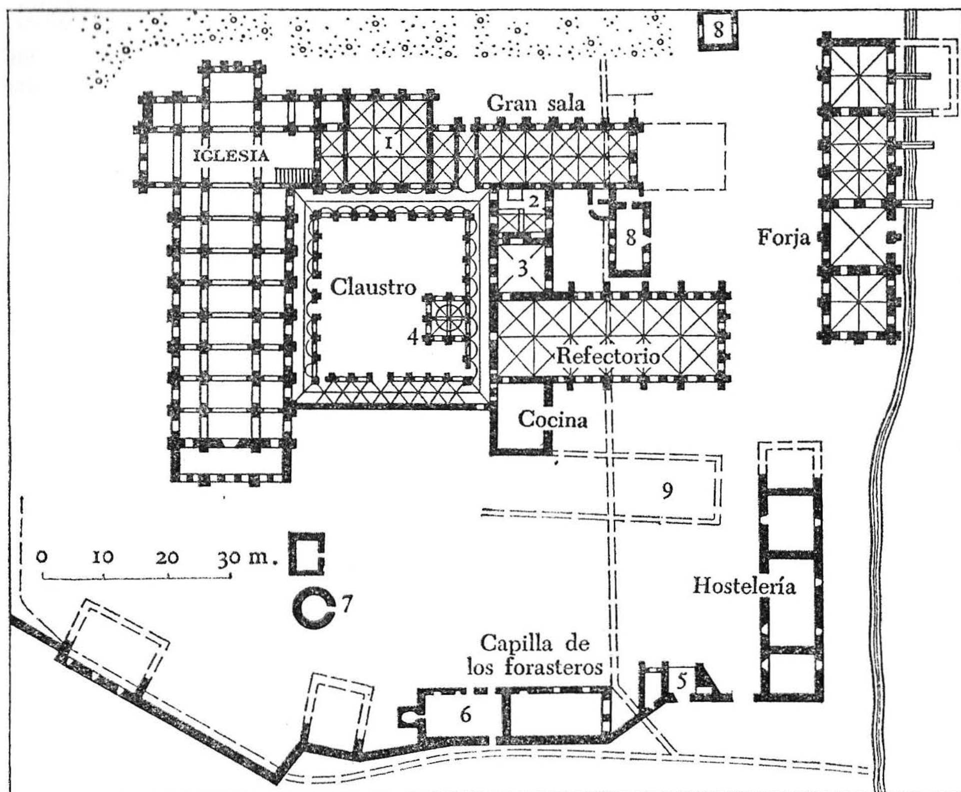
Los monasterios medievales deben satisfacer todas las necesidades de los monjes y sus dependientes. Son, en todas las épocas, microcosmos independientes. El plano de Saint-Gall *(28)* conservado en la biblioteca del monasterio es probablemente un proyecto presentado al abad Gozberto en el año 820. Su interés teórico es, por lo tanto, muy grande. En torno a la iglesia de dos ábsides (plano que conoció una gran difusión en Alemania occidental desde la época carolingia; sin embargo, en este caso fue construido un solo ábside) se extiende una gran «villa» del tipo de los palacios carolingios, en la que pueden observarse las «escuelas» exteriores previstas, a pesar de las disposiciones del Sínodo de Aquisgrán de 817, que ordenó su cierre. El bien ordenado plano de Fontenay *(29)* (véase *il. 10*) equilibra entre las construcciones de dedicación religiosa y las de destino económico (especialmente, a la derecha, la forja o herrería, situada a la orilla del río). Incluso sobre el plano, resalta la simplicidad de la iglesia con ábside. Véase, por último, según la reconstrucción del arqueólogo e historiador americano Kenneth Conant, el plano de Cluny *(30)* al final de la época románica. Representa al monasterio con la inmensa iglesia del abad Hugues (1049-1109), comenzada en 1088. En ella quedan restos de la iglesia anterior (Cluny II, consagrada en 991 y agrandada por San Odilón entre 994 y 1048, para reemplazar, a su vez, a la modesta iglesia de Cluny I, erigida entre el 915 y el 927). Medía 187 metros de longitud. El plano indica el predominio de las construcciones religiosas en una casa más preocupada por el *opus Dei* que por el trabajo manual. Señala asimismo, con sus amplios establos bien provistos de caballos, la feudalización de los abades y de los monjes. La rica abadía se protege tras una sólida muralla.

Las cortes bárbaras suscitan la instalación de las industrias de lujo: construcciones en piedra, tejidos y orfebrería, aunque la mayor parte de los tesoros reales y episcopales se forman principalmente de objetos importados, bizantinos en primer lugar. Se presiente ya la atracción que sobre los artistas ejercerán Pavía bajo Liutprand (712-744), Monza en los tiempos de la reina Teodolinda (transición del siglo IV al VII), Toledo desde el reinado de Recaredo (586-601) a la conquista musulmana (711), París y Soissons bajo los merovingios. No obstante, la regresión de las técnicas, de los medios económicos, del gusto, es sensible en todas partes. Todo se empequeñece. Los edificios son las más veces de madera. Los construidos en piedra están hechos, a menudo, con los restos de antiguos monumentos en ruina y sus dimensiones son pequeñas. Lo esencial del esfuerzo estético se ejerce en la decoración, que sirve para ocultar la indigencia de las técnicas de construcción. El arte de tallar las piedras, la escultura en bulto, la representación de la figura humana desaparecen casi enteramente. En contraposición, los mosaicos, los marfiles, las telas, las piezas de orfebrería brillan y satisfacen el gusto bárbaro por el oropel. Arte con frecuencia confinado en los tesoros de los palacios o de las iglesias, enterrado incluso en las sepulturas. Triunfo de las artes menores, que produce, por otra parte, obras maestras, en las que se manifiesta la habilidad metalúrgica de los artesanos y de los artistas bárbaros y la seducción del arte estilizado de las estepas. Obras maestras frágiles, la mayor parte de las cuales no han llegado hasta nuestros días, pero de las que poseemos testimonios preciosos y magníficos: fíbulas, hebillas de cinturones, puños de espada. Las coronas de los reyes visigodos, el frontal de cobre de Agilulfo, los sarcófagos merovingios de Jouarre, tales son algunas de las raras joyas que se conservan aún de esos siglos.

Pero los soberanos, particularmente los merovingios, comienzan a solazarse cada vez más en sus casas de campo, donde están fechadas la mayor parte de sus actas. Si se ha de creer a las listas episcopales, muchas ciudades quedan, tal como hemos visto, sin obispos durante períodos más o menos largos. Leyendo a Gregorio de Tours *, la Galia del siglo VI se nos aparece aún fuertemente urbanizada, dominada por ricas ciudades episcopales: Soissons, París, Sens, Tours, Orleáns, Poitiers, Burdeos, Toulouse, Lyón, Vienne, Arles... En la España visigótica, Sevilla, bajo los obispados de los hermanos Leandro (579-600) e Isidoro (600-636), constituye un brillante foco de cultura. Mas el gran centro de la civilización de la Alta Edad Media es el monasterio y, cada vez en mayor grado, el monasterio aislado, el monasterio rural. Gracias a sus talleres se convierte en un conservatorio

de las técnicas artesanales y artísticas, y mediante su *scriptorium*-biblioteca, en un mantenedor de la cultura intelectual. Sus dominios, sus aperos, su mano de obra, integrada por monjes y dependientes, hacen de él un centro de producción, un modelo económico y, con toda seguridad, un hogar de la vida espiritual, con frecuencia asentado sobre las reliquias de un santo.

Sería absurdo negar la atracción y la irradiación de los centros monásticos. Y hay que subrayar que, mientras se organiza la nueva sociedad cristiana urbana en torno al obispo y, todavía más, alrededor de las parroquias que se forman lentamente en el interior de las diócesis (las dos palabras han sido probablemente sinónimas durante un cierto tiempo), en tanto que la vida religiosa se instala también en las residencias campestres de la aristocracia rural y militar, que funda sus capillas privadas de las cuales nacerá la *Eigenkirche* feudal, los monasterios hacen penetrar lentamente el cristianismo y los valores de que éste es vehículo en el mundo campesino, hasta entonces poco afectado por la nueva religión, mundo de las largas tradiciones y de las permanencias, pero que pasa a ser el mundo esencial de la sociedad feudal. La hagiografía y la iconografía (con frecuencia posterior) impiden que nos equivoquemos. En el período de la evangelización urbana, el acto esencial del santo conversor es la destrucción de los ídolos, esto es, de las estatuas de los templos. Del siglo v al IX, en el medio ambiente rural, esa tarea consiste en la destrucción de los ídolos naturales: el derribo de un árbol sagrado, el bautismo de una fuente, la imposición de la cruz sobre un altar rústico. Mas, al mismo tiempo, la preeminencia del monasterio pone de manifiesto la precariedad que aflige a la civilización del Occidente medieval. Civilización de puntos aislados, de oasis de cultura en medio de extensos «desiertos», de bosques y de campos reintegrados al baldío o de campos apenas rozados por la cultura monástica. La desorganización de las redes de comunicación y de intercambio del mundo antiguo ha restituido la mayor parte del Occidente al mundo primitivo de las civilizaciones rurales tradicionales, ancladas en la prehistoria, apenas tocadas por el barniz cristiano. Resurgen las viejas costumbres, las viejas técnicas de los iberos, de los celtas, de los ligures. Y donde los monjes creen haber vencido al paganismo grecorromano, en realidad han favorecido la reaparición de un fondo mucho más antiguo, cuyos demonios son más taimados, y que sólo en apariencia se halla sometido a la ley cristiana. El Occidente ha sido devuelto al salvajismo. Y ese salvajismo aflorará, hará irrupción de cuando en cuando a todo lo largo de la Edad Media. Nos ha sido preciso señalar previamente los límites de la acción monástica. Es esencial ahora evocar su fuerza y su eficacia.



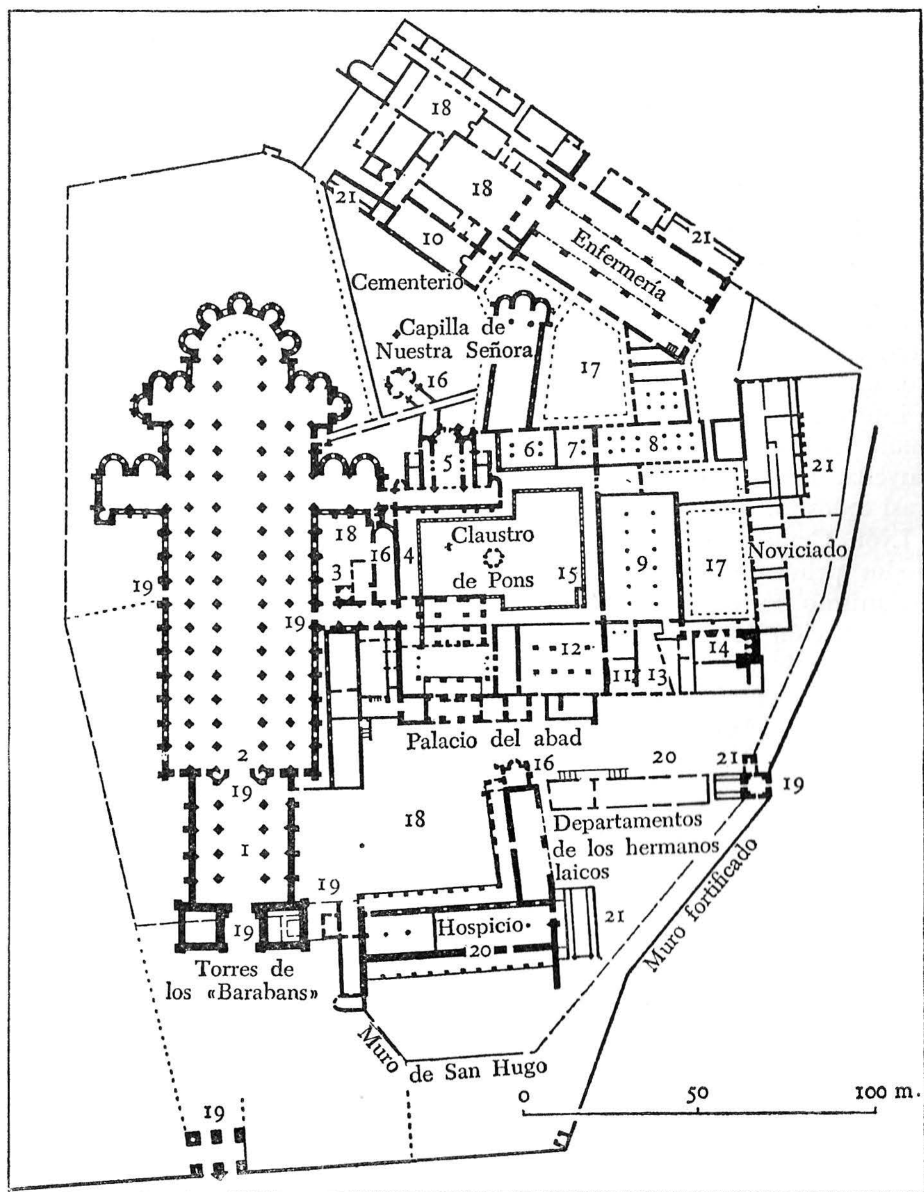
29. *FONTENAY. (Según L. Bégule)*

1. Sala capitular. — 2. Pequeño calefactorio. — 3. Gran calefactorio. — 4. Lavabo. — 5. Conserjería. — 6. Horno de pan. — 7. Palomar. — 8. Enfermería. — 9. Bodega.

30. *CLUNY. (Según Kenneth Conant,* in Speculum, *1964)* →

1. Nártex. — 2. Capilla de San Miguel. — 3. Sacristía. — 4. Scriptorium. *— 5. Cabecera originaria de Cluny II. — 6. Sala capitular. — 7. Locutorio. — 8. Dormitorio. — 9. Refectorio. — 10. Antigua enfermería. — 11. Cocina. — 12. Bodega. — 13. Lugar para la ropa blanca. — 14. Horno de pan. — 15. Lavabos. — 16. Capillas. — 17. Claustros. — 18. Patios. — 19. Puertas o portones. — 20. Establos. — 21. Letrinas.*

Limitémonos a enumerar algunos testimonios entre tantos nombres como la hagiografía y la historia han hecho ilustres. En los tiempos de la cristianización urbana: Lérins. Cuando se profundiza la acción en las campiñas: Monte Cassino y la gran aventura benedictina. Para ilustrar


18
18
21
10
21
Enfermería
Cementerio
Capilla de
Nuestra Señora
17
16
6
7
8
5
21
18
Claustro
de Pons
16
4
3
15
9
17
Noviciado
19
19
12
14
11
13
2
Palacio del abad
16
20
21
19
19
18
Departamentos
de los hermanos
laicos
1
19
Hospicio
21
19
20
Muro fortificado
Torres de
los «Barabans»
Muro
de San Hugo
0
50
100 m.
19

16

los caminos de la Cristiandad durante la Alta Edad Media: la epopeya monástica irlandesa. Y, por último, en los tiempos en que el movimiento de cristianización se dilata hasta las fronteras: el papel representado por los monasterios en la evangelización durante los siglos VIII y IX, continuación, por otra parte, de la corriente irlandesa.

Lérins se encuentra íntimamente ligado al desenvolvimiento de ese gran hogar de cristianización que fue la Provenza de los siglos V y VI. Pierre Riché ha reconocido recientemente que Lérins significa más una escuela de ascética que de formación espiritual. Los clérigos eminentes que acudían para hacer en él estancias más o menos prolongadas le pedían quizá una cultura bíblica, pero se trataba más bien de una «meditación espiritual de la Biblia que de una docta exégesis». Su primer abad, Honorato, que llegó a Lérins después de permanecer algún tiempo en Oriente, informa el medio ambiente leriniano en estrecha colaboración con Casiano, procedente asimismo de Oriente y fundador de San Víctor de Marsella. Entre los años 430 y 500, Lérins verá traspasar sus umbrales a casi todos los grandes nombres de la Iglesia provenzal: Salviano, Euquer de Lyón, Cesáreo de Arles *, Fausto de Riez, los inspiradores de los grandes sínodos provenzales, cuyos cánones han marcado tan profundamente el cristianismo occidental.

La acción de San Benito de Nursia * que irradia desde el Monte Cassino, a partir del 529, aproximadamente, es más profunda todavía. Se debe en primer término a que la persona misma de Benito, gracias sobre todo a que Gregorio el Grande consagra un libro entero de sus *Diálogos* a los milagros del santo, los cuales gozarán durante toda la Edad Media de un favor extraordinario, será familiar a las gentes de la época. Los humildes milagros de la vida activa, de la vida cotidiana y de la vida espiritual que forman la leyenda dorada benedictina, pondrán lo sobrenatural casi al alcance de todas las manos. En segundo lugar, y en más alto grado, a que San Benito, por medio de la regla que probablemente ha escrito, que sin ninguna duda ha inspirado y que desde el siglo VII figura bajo su nombre, ha sido el verdadero fundador del monaquismo occidental. Sin ignorar y mucho menos menospreciar la tradición monástica oriental, procura olvidar las exageraciones ascéticas. Los comportamientos que prescribe su regla, su espiritualidad, la sensibilidad que contribuye a formar son milagros de moderación y de equilibrio. San Benito reparte armoniosamente el trabajo manual, el trabajo intelectual y la actividad más propiamente espiritual dentro de la jornada monástica. Enseñará de esta manera al monaquismo benedictino, que del siglo VI al XI disfrutará de un inmenso

éxito en Occidente y que, más tarde, coexistirá con las nuevas órdenes, la triple vía de la explotación económica, la actividad intelectual y artística y la ascesis espiritual. Después de él, los monasterios se transformarán en centros de producción, en lugares de redacción y de iluminación de manuscritos y en focos de irradiación religiosa. Concilia la autoridad del abad con la dulzura de la fraternidad, que facilita la obediencia. Ordena la simplicidad, pero sin exageración ni en el ascetismo ni en la pobreza.

«Si se da el caso —dice la regla— de que se encargue a un hermano cosas difíciles o imposibles, recibirá con toda mansedumbre y obediencia la orden que le haya sido dada. Sin embargo, si cree que el peso de la carga sobrepasa por completo la medida de sus fuerzas, explicará a su superior las razones de su impotencia, pero lo hará con paciencia y moderación y sin mostrar ni orgullo, ni resistencia, ni contradicción.» Y más adelante: «Se hará como está escrito: *Cada uno recibirá según sus necesidades* (*Act* 4, 35). Con ello no queremos decir que se haga acepción de personas —lo cual no quiere Dios—, sino que se tenga miramiento con las enfermedades. El que tenga necesidad de menos dará gracias a Dios y no se entristecerá por ello en manera alguna: aquel que necesite más, se humillará en su necesidad y no se enorgullecerá de ningún modo por la misericordia que se le hace. De esta forma, todos los miembros vivirán en paz.» Recomienda por encima de todo «la discreción, esta madre de virtudes». La moderación, la *temperantia* antigua, se reviste con San Benito de una vestimenta cristiana. Y todo esto se decía en el siglo VI. Cuando se piensa en toda la violencia que se desencadenará todavía durante esa Edad Media salvaje, uno se siente inclinado a pensar que la lección de San Benito no fue bien escuchada. No obstante, hay que preguntarse a qué extremos se habrían dejado llevar los hombres de la Edad Media si esta grande y dulce voz no hubiese sonado en el umbral de aquellos siglos.

Bien diferente es el espíritu del monaquismo irlandés. En los primeros años del siglo V, San Patricio *, llevado muy joven a Irlanda por los piratas y vendido como esclavo, se convierte al cristianismo, evangelizando el país al propio tiempo que hacía de pastor. Desde entonces, Irlanda pasará a ser la Isla de los Santos. Los monasterios se multiplican en ella y, a imitación del cenobismo oriental, constituyen verdaderas ciudades monásticas, con las cabañas de los solitarios agrupadas en torno a la del abad. Estos monasterios se convertirán en semilleros de misioneros. Entre los siglos V-IX, se extienden por las vecinas Inglaterra y Escocia y, más tarde, por el continente. Con ellos llevan sus usos, sus ritos personales: una tonsura especial, un calendario pascual original que el papado reemplazará al fin con

muchas dificultades por el cómputo romano y su pasión incansable por las fundaciones monásticas, desde las cuales se lanzan al asalto de los ídolos y de las costumbras paganas y a la evangelización de las campiñas. Algunos, como San Brendán, van a buscar el desierto en el océano. Los ermitaños irlandeses pueblan los solitarios islotes. Los arrecifes se llenan de santos que se enfrentan «al peligro del mar». La odisea legendaria de Brendán atormentará las imaginaciones de todo el Occidente medieval.

Durante los siglos VI y VII, Irlanda exportará ciento quince santos a Alemania, cuarenta y cinco a Francia, cuarenta y cuatro a Inglaterra, treinta y seis a Bélgica, veinticinco a Escocia y trece a Italia. El hecho de que la mayor parte pertenezcan más a la leyenda que a la Historia y de que su recuerdo esté estrechamente mezclado con el folklore, demuestra mejor que nada, como hace notar Bernard Guillemain, el profundo surco excavado por ese monaquismo cercano al fondo primitivo en lo más hondo de las mentalidades y de las sensibilidades medievales.

El más célebre de esos santos es Columbano *, que, entre 590 y 615, funda Luxeuil y Bobbio, mientras su discípulo Gall da su nombre a otro monasterio, destinado a tener una gran irradiación. Columbano da una regla original a esas fundaciones y a otras que las siguen, regla que, durante un tiempo, parece poner en entredicho la de San Benito.

El espíritu irlandés no tiene nada de la moderación benedictina. Favorecido en sus extremos por los rigores nórdicos, rivaliza sin dificultad con las extravagancias del ascetismo oriental. Cierto que la regla de Columbano se basa en la plegaria, el trabajo manual y el estudio. Pero el ayuno y las prácticas ascéticas se añaden a ella sin concesiones. Entre ellas, las que con mayor fuerza han herido la imaginación de las gentes de la época fueron el *crosfigill,* la plegaria prolongada con los brazos en cruz (se cuenta que San Kevin de Glendalugh permaneció siete años apoyado en una tabla en posición de *crosfigill,* sin dormir ni de día ni de noche y de tal manera inmóvil que los pájaros anidaron en sus manos); el baño en un río o en un estanque casi helado, acompañado de la recitación de los salmos; la privación del alimento (una sola comida, en la que no se comprendía jamás carne, figuraba en los monasterios columbanos).

La misma extravagancia, el mismo rigor torturado vuelve a encontrarse en los penitenciales que, según Gabriel Le Bras, «son testimonio del estado social y moral de un pueblo todavía semipagano y para el cual los monjes apóstoles soñaban un ideal ascético». Tales penitenciales hacen revivir en todo su rigor tabúes bíblicos cercanos a las viejas interdicciones célticas. Y de la misma manera, antes de adulterarse, el arte irlandés —cru-

ces de piedra y miniaturas— se caracteriza, de acuerdo con la definición de François Henry, por «un gusto prehistórico por cubrir las superficies, la negación de todo realismo y un riguroso tratamiento abstracto de la forma, sea humana o animal». El arte irlandés será una de las fuentes del románico... y de sus singularidades. Sus entrelazados inspirarán una de las tendencias más persistentes en la estética y el gusto medievales.

Los monjes irlandeses participarán, en fin, en el gran movimiento de cristianización de la Germania y de sus confines, que se realizará en los siglos VII y VIII y que se apoyará con frecuencia en fundaciones monásticas. Así Saint-Gall (fundación de Gall hacia 610) abre paso a Saint-Bavon de Gante (fundación de San Amancio hacia 630), a Saint-Emmeran de Ratisbona (fundación de Emmerancio sobre el 650), a Echterbach (fundación de Willibrod alrededor del 700), a Reichenau (fundación de Pirmin en el 724), a Fulda (fundada por Sturm a instigación de San Bonifacio en el 744), a Corvey —la nueva Corbie— fundada en el 822. Del siglo V al XI, en todos los frentes de la evangelización, en las ciudades, en los campos, fuera de las fronteras de la Cristiandad, los monasterios han representado un papel capital.

* * *

Aparecerán también hombres que, por su saber, serán los faros que iluminarán durante largo tiempo, del siglo V al VIII, la noche medieval. K. Rand los ha denominado los «fundadores de la Edad Media». El papel de todos, o casi todos ellos, ha sido conocer lo esencial de la cultura antigua, recogerla bajo una forma asimilable para los espíritus medievales y proporcionarle la vestidura cristiana necesaria. Cuatro nombres descuellan sobre los demás: Boecio (hacia 480-524), Casiodoro (hacia 480-573), Isidoro de Sevilla (hacia 560-636) y Beda (hacia 673-735).

La Edad Media debe a Boecio * todo cuanto sabe sobre Aristóteles antes de mediados del siglo XII, la *Logica vetus,* la vieja lógica, y, «en dosis asimilables, las categorías conceptuales y verbales, que sentarán las primeras bases de la escolástica». Así la definición de la naturaleza de los seres: *natura est unam quamque rem informans specifica differentia,* «la naturaleza de cada cosa es la diferencia específica que la informa», y la de la persona: *reperta personae est definitio: naturae rationabilis individua substancia,* «substancia individual de naturaleza racional». Abelardo dirá acerca de Boecio: «Ha construido de manera inexpugnable nuestra fe y la suya.» La Edad Media le debe asimismo el puesto de excepción que concede a la música. Mediante ella, se enlaza con el ideal griego del μουσικὸς ἀνήρ.

A Casiodoro * y a sus *Institutiones divinarum et saecularium litterarum,* los hombres de la Edad Media deben los esquemas de los retóricos latinos introducidos en la literatura y la pedagogía cristiana. Él es quien fija a los monjes del convento de Vivarium una tarea que la Edad Media no volverá a descuidar: la copia de los manuscritos antiguos. Obra esencial de conservación y de tradición, en la que se inspirarán los *scriptoria* monásticos.

El legado de Isidoro de Sevilla *, «el más ilustre pedagogo de la Edad Media», consiste en establecer, particularmente a través de sus *Etimologías,* el programa de las siete artes liberales, el vocabulario de la ciencia, la creencia en que los nombres son la clave de la naturaleza de las cosas, la afirmación repetida de que la cultura profana es necesaria para la buena comprensión de las Escrituras. La pasión enciclopédica por él iniciada obsesionará a los clérigos medievales.

Beda *, en fin, constituye la expresión más acabada de la multiplicidad de sentidos que presenta la Escritura, la teoría de los cuatro sentidos en que se funda toda la exégesis bíblica medieval, como lo ha explicado magníficamente Henri de Lubac, y la orientación, a través de las necesidades de la exégesis bíblica y del cómputo eclesiástico, hacia la astronomía y la cosmografía. Pero Beda, como la mayor parte de los letrados anglosajones de la Alta Edad Media, se pone más resueltamente de espaldas a la cultura clásica y hace penetrar a la Edad Media en una vía independiente.

* * *

Pierre Riché ha demostrado que el Renacimiento carolingio no fue sino la culminación de una serie de pequeños renacimientos, que, después del 680, se habían manifestado en Corbie, en San Martín de Tours, en Saint-Gall, en Fulda, en Bobbio, en York, en Pavía, en Roma... Su tesis nos permite reducir a sus verdaderas dimensiones este Renacimiento con frecuencia demasiado encarecido.

En primer lugar, no es un movimiento creador. Su programa escolar no hace más que prolongar el de las escuelas religiosas anteriores: «Que en cada obispado y en cada monasterio se enseñen los salmos, las *notae* (la estenografía), el canto, el cómputo, la gramática y que se utilicen libros cuidadosamente corregidos.»

La cultura de la corte carolingia es la misma de los reyes bárbaros, de un Teodorico o de un Sisebuto. A menudo se reduce a los juegos pueriles que seducen a los bárbaros. Proezas verbales, acertijos, «embustes»

científicos, semejantes a nuestros concursos radiofónicos y a la página de pasatiempos de los semanarios. La Academia real no va más allá de los esparcimientos de sociedad, del cenáculo provincial en torno al príncipe, al que se divierten en llamar tan pronto David como Homero. El emperador, que sabe leer —lo cual ya significa mucho para un laico—, pero no escribir, se entretiene como un chiquillo haciéndose fabricar un alfabeto de gruesas letras, que trata de descifrar por las noches, palpándolas con sus dedos debajo de la almohada. El entusiasmo por la antigüedad se limita con frecuencia a intentar penetrarla a través de Casiodoro o de Isidoro de Sevilla.

Como ha demostrado muy bien Aleksander Gieysztor, los límites del Renacimiento carolingio vienen dados, básicamente, por las necesidades superficiales de un pequeño grupo social, a las cuales responde.

Por ejemplo, debe asegurar un mínimo de cultura a ciertos altos funcionarios. A pesar de la intención manifestada por la legislación carolingia de abrir en todos los obispados y en todos los monasterios una escuela, Luis el Piadoso no opone resistencia alguna a Benito de Aniana, que quiere cerrar las escuelas exteriores de los monasterios a fin de salvaguardar a los monjes de la corrupción extranjera, es decir, a fin de mantener el monopolio cultural del clero.

Para este pequeño grupo, la cultura, aparte ser una diversión, significa más un objeto de delectación estética y, sobre todo, un instrumento de prestigio, que un medio de instruirse y de administrar. Si puede aprovecharse para gobernar, es impresionando al vulgo, no instruyéndolo.

Los manuscritos pasan a ser cada vez en mayor grado objetos de lujo, desprovistos de todo uso utilitario, comprendido el intelectual. Se contemplan más que se leen. La reforma de la escritura que instaura la miniatura carolina está dirigida hacia la caligrafía, preocupación de no-intelectuales, incluso de incultos.

La cultura carolingia es un lujo, como el gusto por las telas preciosas o las especias. Con todo, no hay duda de que el Renacimiento carolingio significó una etapa en la constitución del bagaje intelectual y artístico del Occidente medieval.

Varias de sus producciones han venido a aumentar el acervo cultural de los hombres medievales. Los manuscritos corregidos y enmendados de los autores antiguos sirvieron más tarde para una nueva difusión de los textos de la Antigüedad. Las obras originales integraron una nueva capa del saber, superpuesta sobre la de la Alta Edad Media y a disposición de los clérigos de los siglos futuros.

Alcuino * representa una etapa en la elaboración del programa de las artes liberales. Ravan Maur *, hijo espiritual de Alcuino, abad de Fulda, después arzobispo de Maguncia, «preceptor de la Germania», lega a la Edad Media una enciclopedia, *De universo*, y un tratado de pedagogía, *De institutione clericorum* (plagio del *De doctrina christiana* de San Agustín, al cual reemplazará para un gran número de lectores medievales). Los libros de Ravan Maur figurarán en la biblioteca básica de los clérigos de la Alta Edad Media, al lado de Casiodoro y de Isidoro. El siglo XII descubrirá al genial y oscuro Juan Escoto Erígeno.

Aureolados con el prestigio de Carlomagno, el más popular de todos los hombres en la Edad Media, los autores carolingios suministrarán una de las series de «autoridades» intelectuales. Igualmente, ciertos monumentos de la época, el más célebre de los cuales es la capilla del palacio de Aquisgrán, serán un modelo imitado con frecuencia.

Pese a que sus realizaciones hayan quedado muy alejadas de las aspiraciones y pretensiones que ostenta, el Renacimiento carolingio comunicará a los hombres de la Edad Media, a través de sus *slogans* superficiales, saludables pasiones: el gusto por la calidad, por la corrección, por la cultura humanística, aunque frustrada, y la idea de que la instrucción es uno de los deberes esenciales y una de las fuerzas principales de los Estados y de los príncipes.

¿Cómo no reconocer que el Renacimiento carolingio ha producido también auténticas obras maestras, esas miniaturas en las que reaparece el realismo, la afición a lo concreto, la libertad del dibujo, el brillo del color?

Al contemplarlas, se comprende que, después de habernos mostrado excesivamente indulgentes, no hemos de ser tampoco demasiado severos con el Renacimiento carolingio. De la misma manera, el vuelo económico de los siglos VIII-IX supuso, sin duda alguna, un desamarre abortado, ya que pronto retrocedió o quedó prematuramente roto, pero fue, de hecho, la primera manifestación de un más largo y profundo Renacimiento, el que se afirmará del siglo X al XIV.

CAPÍTULO VI

ESTRUCTURAS ESPACIALES Y TEMPORALES

(SIGLOS X-XIII)

CUANDO el joven Tristán, que había huido de los mercaderes piratas noruegos, llegó a las costas de Cornualles, «subió con gran esfuerzo al acantilado y vio, más allá de la landa abarrancada y desierta, un bosque que se extendía sin fin». Pronto de ese bosque sale un grupo de cazadores y el muchacho se une a la tropa. «Entonces se pusieron en camino platicando, hasta que descubrieron al fin un rico castillo. Estaba rodeado por prados, huertos, aguas corrientes, pesquerías y tierras de cultivo.»

El país del rey Marc no es una tierra de leyenda, producto de la imaginación del trovador. Por el contrario, es la realidad física del Occidente medieval. Un gran manto de bosques y de landas, matizado de calveros cultivados, más o menos fértiles, tal es el rostro de la Cristiandad, semejante a un negativo del Oriente musulmán, mundo de oasis entre desiertos. Mientras que en Oriente el bosque es escaso, en Occidente abunda. Allí los árboles significan la civilización, aquí la barbarie. La religión nacida en Oriente al abrigo de las palmeras crece en Occidente en detrimento de los árboles. Refugio de los genios paganos, los monjes, santos y misioneros los derriban de modo implacable. Todo el progreso en el Occidente medieval se basa en la roturación, en la lucha y la victoria sobre la maleza los arbustos y, si es preciso y el equipo técnico y el valor lo permiten, sobre la selva, el bosque virgen, la «*gaste forêt*» de Perceval, la *selva oscura* del Dante *. Ahora bien, la realidad palpitante es un conjunto de calveros más o menos extensos, células económicas, sociales, culturales. Por largo tiempo, el Occidente medieval no será sino un conglomerado, una yuxtaposición de dominios, de castillos y de ciudades surgidas en medio de extensiones incultas y desiertas. El desierto occidental es el bosque. En él se refugian los adeptos volutarios o involuntarios de la *fuga mundi:* ermitaños, enamo-

rados infelices, caballeros andantes, bandoleros, proscritos. Así San Bruno y sus compañeros en el «desierto» de la «Grande Chartreuse», así San Roberto de Molesme y sus discípulos en el «desierto» de Cîteaux, así Tristán e Isolda en el bosque del Morois. («Volvamos al bosque, que nos protege y nos guarda. Ven, Isolda, amada mía... Entraron, pues, en las altas hierbas, y los brezales y los árboles cerraron sobre ellos sus ramas, haciéndoles desaparecer tras las frondas.») También el aventurero Eustaquio el Monje, precursor y acaso modelo de Robin Hood, se oculta a comienzos del siglo XIII en el bosque del Boulonnais. Mundo del refugio, el bosque tiene sus atractivos. Para el caballero, es el mundo de la caza y de la aventura. Perceval descubre en él «las cosas más bellas que existan» y un señor aconseja a Aucassin, enfermo de amor por Nicoletta: «Montad a caballo e id a distraeros a todo lo largo de este bosque. Veréis hierbas y flores, oiréis cantar a los pájaros. Acaso escucharéis bellas palabras con las que os encontraréis consolado.» Para los labradores y todo el pequeño pueblo laborioso, significa una fuente de provecho. En él van a pacer los rebaños; en él, sobre todo, engordan durante el otoño los cerdos, riqueza del pobre campesino, que, después de la montanera, mata su cerdo, promesa de subsistencia, si no de comilona, para el invierno. Él proporciona los árboles, indispensables en una economía por largo tiempo desprovista de piedra, hierro y carbón mineral. Casas, útiles, chimenea, hornos y forjas no pueden existir, no pueden trabajar si no es por medio de la madera o del carbón vegetal. En él se recogen los frutos silvestres, que suponen para la alimentación primitiva del rústico una nutrición suplementaria esencial y, en época de carestía, la única posibilidad de sobrevivir. En él se recolecta la corteza de las encinas empleada para el curtido, las cenizas de los matorrales aprovechada para el lavado y la tintorería y, en particular, los productos resinosos necesarios para las antorchas y los cirios y la miel de los enjambres silvestres, tan buscada en un mundo privado de azúcar. A principios del siglo XII, el cronista francés anónimo —*Gallus Anonymus*—, establecido en Polonia, al pregonar las ventajas de ese país, cita, inmediatamente después de la salubridad del aire y la fertilidad del suelo, la *silva melliflua,* es decir, la abundancia de bosques ricos en miel. Todo un pueblo de pastores, leñadores, carboneros (Eustaquio el Monje, el «bandido del bosque», lleva a cabo, disfrazado de carbonero, una de sus depredaciones de mayor éxito), recolectores de miel, vive del bosque y ayuda a vivir a los demás. Ese pueblo humilde actúa también, si la ocasión se presenta, como cazador furtivo, porque, en principio, el producto de la caza está reservado a los señores. Y desde el más bajo al más alto de éstos defienden celosamente sus derechos

sobre las riquezas del bosque. Los guardas forestales vigilan sin cesar a los villanos merodeadores. Los soberanos son los mayores poseedores de bosque dentro del reino y se emplean enérgicamente en conservar su dominio. Los barones ingleses sublevados imponen a Juan Sin Tierra, al mismo tiempo que la Carta Magna política (1215), una Carta de los Bosques especial. Y cuando, en 1332, Felipe VI de Francia hace redactar un inventario de los derechos con los que quiere fundar en el Gâtinais una viudedad para la reina Juana de Borgoña, hace redactar aparte una «toma de posesión» de los bosques, cuyos provechos constituirán el tercio del total que alcanzan los productos de ese dominio.

No obstante, el bosque está también lleno de amenazas, de peligros, imaginarios o reales. Forma el inquietante horizonte del mundo medieval. Lo rodea, la aísla, lo ahoga. Levanta entre las señorías, entre los diversos países, una frontera natural, el *no man's land,* la tierra de nadie por excelencia. De su «opacidad» temible surgen bruscamente los lobos hambrientos, los bandidos, los caballeros saqueadores.

A comienzos del siglo XIII, en Silesia, dos hermanos se mantienen durante años en el bosque de Sadlno, del que salen periódicamente para robar a los pobres campesinos de la vecindad, impidiendo al duque Enrique el Barbudo que pueda establecer allí ninguna aldea. El sínodo de Santiago de Compostela deberá, en 1114, dictar un canon para organizar la cacería de lobos. Todos los sábados, excepto la víspera de Pascuas y de Pentecostés, presbíteros, caballeros y campesinos que no se hallen ocupados en sus faenas son requeridos para la destrucción de los lobos errantes y la colocación de trampas y se impone una multa a quienes se nieguen a prestar este servicio.

La imaginación medieval, apoyada en un folklore inmemorial, convierte fácilmente en monstruos a esos lobos devoradores. ¡En cuántas hagiografías encontramos el milagro del lobo alimentado por el santo, como en el caso de Francisco de Asís subyugando a la cruel bestia de Gubbio! De todos los bosques surgen los hombres-lobo, los lobos-duende, en los que la imaginación medieval confunde a la bestia y el hombre semisalvaje. A veces, el bosque alberga monstruos todavía más sanguinarios, legados a la Edad Media por el paganismo: tal la «tarasca» provenzal, domada por Santa Marta. De esta manera, por encima de esos terrores bien reales, los bosques se transforman en un universo de leyendas maravillosas y terroríficas. Bosque de las Ardenas, con el jabalí monstruoso, refugio de los Cuatro Hijos de Aymon, en donde San Humberto pasó de cazador a ermitaño y San Teobaldo de Provins de caballero a ermitaño y carbonero. Bosque de Brocelianda, teatro de las brujerías de Merlín y de Viviana. Bosque de Oberón,

donde Huón de Burdeos sucumbe a los encantamientos del enano. Bosque de Odenwald, donde Sigfrido termina su trágica cacería bajo los golpes de Hagen. Bosque de Mans, por el que vaga lamentablemente Berta la del «gran pie» y en el que el desgraciado rey de Francia Carlos VI caerá víctima de la locura.

* * *

Sin embargo, si bien es cierto que la mayor parte de los hombres del Occidente medieval no tienen otro horizonte, a veces durante toda su vida, que el lindero de un bosque, no hay por qué imaginar a la sociedad medieval como un mundo de sedentarios, de inmóviles, de uncidos a su rincón de tierra, limitado por el bosque. La movilidad de los hombres medievales ha sido, por el contrario, extrema, desconcertante.

El hecho se explica fácilmente. La propiedad, como realidad material o psicológica, es casi desconocida durante la Edad Media. Desde el campesino al señor, cada individuo, cada familia, no ostenta sino derechos más o menos extensos de posesión provisional, de usufructo. No sólo tiene por encima de él un amo o un interesado más poderoso que puede privarlo de su tierra —tenencia campesina o feudo señorial— por la violencia, sino que el Derecho mismo reconoce al señor la posibilidad legítima de arrebatar al siervo o al vasallo su tierra, a condición de concederle otra equivalente, en ocasiones muy alejada de la primera. Señores normandos que se trasladan a Inglaterra, caballeros alemanes que se instalan en el Este, nobles de la Isla de Francia que conquistan un feudo, ya en el Mediodía, a favor de la cruzada contra los albigenses, ya en España, según el ritmo de la Reconquista, cruzados de todo pelaje que se reservan un dominio en Morea o en Tierra Santa, todos se expatrian sin duelo, ya que apenas pueden decir que tienen una patria. El campesino, cuyos campos no son otra cosa que una concesión más o menos revocable del señor y que a menudo los ve redistribuidos entre la comunidad aldeana de acuerdo con la rotación de los cultivos y de los campos, no se siente ligado a la tierra sino por la voluntad señorial, a la que escapa gustosamente, por la huida primero, por la emancipación jurídica más tarde. Individual o colectiva, la emigración campesina constituye uno de los grandes fenómenos de la demografía y de la sociedad medievales. En su camino, caballeros y campesinos encuentran a los clérigos en viaje regular o en ruptura con su convento —todo ese mundo de los monjes vagabundos contra los que concilios y sínodos legislan en vano—, a los estudiantes en marcha hacia las escuelas o las universidades célebres —¿no dice un poema del siglo XII que el escolar está destinado

obligatoriamente al destierro *(terra aliena)*?—, a los peregrinos y a los vagabundos de toda clase.

Por otra parte, y en lo que se refiere a la mayoría, no solamente ningún interés material los retiene en su casa, sino que el espíritu mismo de la religión cristiana los empuja hacia los caminos. El hombre no es más que un peregrino perpetuo en esta tierra de exilio, tal es la enseñanza de la Iglesia, que apenas tiene necesidad de repetir las palabras del Cristo: «Déjalo todo y sígueme.» Tan numerosos son los que poseen muy poco o nada, que es concebible verlos partir alegremente. Su magro equipaje cabe en la alforja del peregrino. Los menos pobres llevan algunas monedas, en aquel tiempo escasas, en su bolsillo. Los más ricos, un cofrecillo en el que encierran lo más valioso de su fortuna, un pequeño número de objetos preciosos. Cuando los viajeros o los peregrinos comiencen a embarazarse con un nutrido equipaje —el señor de Joinville y su compañero, el conde de Sarrebruck, parten en 1248 para la Cruzada cargados de cofres que transportan por medio de carretas hasta Auxonne y en barcos, por el Saona y el Ródano. hasta Arles—, el espíritu de Cruzada y el gusto por el viaje desaparecerán por completo, la sociedad medieval se convertirá en un pueblo sedentario, y la Edad Media, época de marchas y de cabalgatas, se hallará a punto de terminar. No es que la Baja Edad Media ignore la vida nómada. Pero, a partir del siglo XIV, los errantes son considerados ya como vagabundos, hombres malditos. Si antes eran seres normales, ahora la normalidad se transfiere a los sedentarios. Mas, esperando ese cansancio, toda la Edad Media itinerante pulula y se reencuentra a cada momento en la iconografía. El instrumento pronto convertido en simbólico de esos nómadas es el bastón, el bastón en forma de letra griega tau, sobre el cual se apoyan al caminar, encorvados, el ermitaño, el peregrino, el mendicante y el enfermo. Pueblo inquieto que simbolizan aún los ciegos *, como los del romance: «Sucedió un día que por un camino, cerca de Compiègne, marchaban tres ciegos, sin nadie para conducirlos y mostrarles el camino. Tenían los tres una escudilla de madera e iban los tres pobremente vestidos. Seguían de esta manera el camino de Senlís.» Pueblo inquietante a la vez, del que la Iglesia y los moralistas desconfían. Incluso el peregrinaje, que cubre con frecuencia el simple vagabundeo, la vana curiosidad —forma medieval del turismo—, se hace ampliamente sospechoso. Ya en el siglo XII, Honorius Augustodunensis * se inclina a condenarlo, a desaconsejarlo. «¿Hay algún mérito —pregunta el discípulo del *Elucidarium*— en ir a Jerusalén o en visitar otros lugares sagrados?» Y el maestro contesta: «Más vale dar a los pobres el dinero que habría de gastarse en el viaje.» La única peregri-

nación que admite es la que tiene por causa y objeto la penitencia. Muy pronto, en efecto, lo cual es bien significativo, la peregrinación deja de ser un acto de deseo para convertirse en un acto de penitencia. Con ella se sanciona todo pecado grave. Significa una punición, no una recompensa. En cuanto a quienes la realizan «por curiosidad o pequeña gloria —sigue diciendo el maestro del *Elucidarium*—, el único provecho que sacan de ello es haber visto lugares agradables o bellos monumentos, o bien recoger la pequeña gloria que deseaban». Los errantes son desgraciados y el turismo una vanidad.

La lastimosa realidad de la peregrinación —sin llegar al caso trágico de los cruzados que perecen de hambre por el camino o asesinados por los infieles— concuerda muy a menudo con la historia de aquel pobre hombre relatada en *Leyenda dorada*. «Hacia el año del Señor 1100, un francés iba a Santiago de Compostela con su mujer y sus hijos, en parte por huir del contagio que asolaba su país, en parte por contemplar la tumba del santo. En la ciudad de Pamplona murió su mujer y el hostelero lo despojó de todo su dinero, arrebatándole también la burra sobre la cual transportaba a sus hijos. Tomó entonces el pobre padre a dos de sus hijos sobre sus hombros y llevó los otros de la mano. Un hombre que pasaba con un asno tuvo piedad de él y le entregó su asno, a fin de que pudiese montar a sus hijos sobre la grupa de la bestia. Llegado a Santiago de Compostela, el francés vio al santo, el cual le preguntó si lo reconocía. Después le dijo: «Soy el apóstol Santiago. Y fui yo quien te dio el asno para venir aquí. Igualmente te daré otro para regresar...»

¡Mas cuántos peregrinos carecieron incluso del socorro de un asno milagroso...!

No faltaban, en efecto, las pruebas, ni los obstáculos que se oponían a los desplazamientos. Cierto que la vía fluvial se utiliza siempre que resulta posible. Pero quedan muchas tierras que es preciso cruzar. La excelente red de caminos romanos ha desaparecido casi por completo, arruinada por las invasiones, falta de cuidados y, por otro lado, mal adaptada a las necesidades de la sociedad medieval. Para ese pueblo de peatones y de caballeros, en el que los transportes se hacen sobre todo a lomo de bestias de carga o de carretas arcaicas, para ese pueblo que no tiene prisa —se desvía de su ruta sin esfuerzo, ya para evitar el castillo de un caballero saqueador, ya para visitar cualquier santuario próximo—, la vía romana, recta, pavimentada, camino de soldados y de funcionarios, no presenta gran interés. Prefiere ir a lo largo de las sendas, de los caminos, de una red de itinerarios diversos que varían entre algunos puntos fijos: ciudades de feria, lugares

de peregrinación, puentes, vados o gargantas. ¡Cuántos obstáculos se han de franquear! El bosque, con sus peligros y sus terrores, surcado sin embargo de pistas: Nicoletta, «siguiendo los viejos senderos del espeso bosque, llega a una ruta donde se cruzan los siete caminos que discurren por el país»; los bandidos, caballeros o villanos, emboscados en un rincón de un bosque o en lo alto de una roca: Joinville, al descender por el Ródano, observa «la Roca de Glun, ese castillo que el rey había hecho derribar porque el señor llamado Roger había sido acusado de despojar a los peregrinos y los mercaderes»; las tasas innumerables que gravan las mercancías, que incluso, a veces, recaen sobre los simples viajeros, en los puentes, en los desfiladeros, en los ríos; el mal estado de las rutas, en las cuales es tan fácil atascarse, que conducir una carreta de bueyes requiere la competencia de un hombre de oficio.

Un héroe de cantar de gesta, como el Bertrand de *Charroi de Nîmes*, sobrino de Guillermo de Orange, queda en ridículo cuando pretende disfrazarse de carretero. La ruta medieval es desesperadamente larga, desesperadamente lenta. Si se sigue a los viajeros que viajan con mayor velocidad, los mercaderes, se comprueba que las etapas varían entre los 25 y los 60 kilómetros por día, según la naturaleza del terreno. Se precisan dos semanas para ir de Bologne-sur-Mer a Aviñón, veintidós días de las ferias de Champagne a Nimes, once días de Florencia a Nápoles. Y, no obstante, la sociedad medieval se agita sin cesar «en una especie de movimiento browniano, a la vez perpetuo e inconstante», como ha dicho Marc Bloch. Casi todos los hombres de la Edad Media evolucionan contradictoriamente entre estas dos dimensiones: los horizontes cerrados del calvero en que viven y los horizontes lejanos de la Cristiandad entera. Cada cual puede decidir repentinamente partir de Inglaterra hacia Santiago de Compostela o hacia Toledo, como esos clérigos ingleses del siglo XII, ávidos de la cultura árabe; de Aurillac a Reims; de Vic, en Cataluña, a Rávena y a Roma, como hace Gerbert al final del siglo X; de Flandes a San Juan de Acre, como tantos cruzados; de las orillas del Rin a las del Oder o el Vístula, como tantos colonos alemanes. Los únicos que pueden considerarse aventureros, a los ojos de los cristianos medievales, son aquellos que franquean las fronteras de la Cristiandad: misioneros o mercaderes, que desembarcan en África o en Crimea o desaparecen en Asia.

Más rápida es la ruta del mar. Cuando los vientos son favorables, un navío puede hacer hasta 300 kilómetros en un día. Ahora bien, los peligros son mayores aún que en tierra. La rapidez ocasional puede quedar compensada por súbitas calmas chichas o por vientos y corrientes contrarios.

Embarquémonos, por ejemplo, con Joinville en dirección a Egipto. «En el mar nos pasó una cosa maravillosa: nos hallábamos ante una montaña completamente redonda, en las costas de Berbería. Era la hora de las vísperas. Navegamos toda la noche y bien pensamos haber hecho por lo menos cincuenta leguas, cuando, al día siguiente, nos encontramos de nuevo ante la misma montaña. Y esto nos ocurrió por dos o tres veces.»

Y aun esos retrasos carecen de importancia si se comparan con el riesgo de los piratas y las tempestades. Joinville descubre pronto la loca temeridad de los «mercaderes aventureros»: «No pude por menos de reflexionar que es bien insensato el que osa ponerse en tal peligro con bienes ajenos o en estado de pecado mortal; pues uno se duerme por la noche sin saber si al día siguiente por la mañana no se encontrará en el fondo del mar.»

Pocos clisés han obtenido mayor éxito durante la Edad Media que el de la nave en la tempestad, episodio cargado de una realidad vivamente experimentada. Ningún incidente reaparece con más regularidad en la vida de numerosos santos que el de una travesía real o simbólica, representada en multitud de miniaturas y vidrieras. Ningún milagro está más extendido que el de la intervención de un santo para apaciguar una tempestad o resucitar a un náufrago. Veamos el de San Nicolás, relatado en la *Leyenda dorada* de Jacques de Voragine: «Cierto día, encontrándose en peligro en el mar, unos marineros rogaron así con lágrimas en los ojos: "¡Nicolás, siervo de Dios, si es verdad lo que nos ha sido dicho de ti, haz que lo experimentemos ahora!" En el acto apareció ante ellos alguien que tenía la figura del santo y les dijo: "¡Me habéis llamado! ¡Aquí estoy!" Y comenzó a ayudarlos en el manejo de las velas y las maromas y los restantes aparejos del barco. E inmediatamente cesó la tempestad.»

Pero es preciso ahora discernir a través de qué resortes el bosque, el camino y el mar conmueve la sensibilidad de los hombres de la Edad Media. Más que por sus aspectos verdaderos, por sus peligros reales, los emocionan por los símbolos que contienen. El bosque representa las tinieblas o, como en la *chanson d'enfance* del *Minnesänger* Alejandro el Errante —*der wilde Alexander*—, el siglo con sus ilusiones. El mar es el mundo y sus tentaciones. El camino simboliza la búsqueda y la peregrinación.

* * *

Los hombres de la Edad Media entran en contacto con la realidad física por intermedio de abstracciones místicas y pseudocientíficas.

La Naturaleza se reduce para ellos a los cuatro elementos que compo-



III. ESCULTURA ROMÁNICA: LA VIRGEN Y EL NIÑO.

La escultura en madera disputa en el siglo XII la primacía a la escultura en piedra. La policromía se ha conservado a veces hasta nuestros días. Ella nos da el mejor testimonio del gusto románico. El tema de la Virgen con el Niño disfruta de una gran difusión con la extensión del culto mariano. Virgen en majestad, sentada en su trono, expresiva pero rígida, bien diferente de las Vírgenes de misericordia, más humildes y más naturales, que se impondrán en el siglo XIV. El Museo de Arte de Cataluña, en Barcelona, guarda algunos de los más bellos ejemplares de madonas *románicas. (Barcelona, Museo de Arte de Cataluña.)*

nen tanto el universo como el hombre, universo en miniatura, microcosmos. Tal como lo explica el *Elucidarium*, el hombre corporal está formado por los cuatro elementos. «Por eso se le llama microcosmos, es decir, mundo en reducción. Está, en efecto, compuesto de tierra: la carne; de agua: la sangre; de aire: el aliento; de fuego: el calor.»

De los más sabios a los más ignorantes, ostentan una misma visión del universo, progresivamente degradada. En una cristianización más o menos extraída de viejos símbolos y mitos paganos, se personifican las fuerzas de la Naturaleza en una extraña cosmografía: A la manera de los cuatro elementos, los cuatro ríos del paraíso, los cuatro vientos de las innumerables rosas de los vientos que figuran en los manuscritos, interponen su imagen entre las realidades naturales y la sensibilidad humana. Será preciso, como veremos, que los hombres de la Edad Media recorran un largo camino para volver a encontrar, más allá del telón del simbolismo, la realidad física del mundo en que viven.

La amplitud de esos movimientos, de esas migraciones, de esas agitaciones, de esos viajes es, en realidad, singularmente restringida. El horizonte geográfico se limita a un horizonte espiritual, el de la Cristiandad. Más que la imprecisión de los conocimientos que posean los doctos en materia de cosmografía —se admite en general que la Tierra es redonda y se halla inmóvil en el centro del Universo, y se imagina, siguiendo en esto a Aristóteles, un sistema de esferas concéntricas; a partir de los comienzos del siglo XIII, el sistema se hace más complicado y más cercano a la realidad del movimiento de los planetas según Ptolomeo—, resulta notable la fantasía que informa a la geografía medieval más allá de Europa y de la cuenca mediterránea. Y más notable todavía es la concepción teológica que inspira hasta el siglo XIII la geografía y la cartografía cristianas. Por regla general, la ordenación de la Tierra está determinada por la creencia de que Jerusalén es el ombligo del mundo. El Oriente, que los mapas sitúan la mayoría de las veces en la parte alta, en el lugar de nuestro Norte, culmina en una montaña (recientemente identificada con el Takt-i-Sulaymán, en el Azerbaiyan), en la que se encuentra el paraíso terrenal y de la que salen los cuatro ríos paradisíacos: el Tigris, el Éufrates, el Pisón, ordinariamente identificado con el Ganges, y el Geón, que corresponde al Nilo. Los vagos conocimientos que los cristianos poseen de esos ríos presentan algunas dificultades. Se las salva fácilmente. Por ejemplo, se asegura que las fuentes conocidas del Tigris y el Éufrates no son las fuentes originales, las cuales se hallan en el flanco de la montaña del Edén. Lo que ocurre es que sus aguas se pierden largamente en las arenas de los desiertos antes de volver

a reaparecer. En cuanto al Nilo, Joinville, en su narración de la VII Cruzada en Egipto, atestigua que los musulmanes, detenidos por las cataratas, no han logrado remontarlo hasta su fuente, maravillosa, pero real.

«Conviene ahora hablar del río que cruza Egipto y viene del paraíso terrenal... En el lugar por donde el Nilo penetra en Egipto, las gentes, acostumbradas a este trabajo, lanzan por la noche sus redes desplegadas al río. Y cuando llega la mañana, encuentran en ellas los productos preciosos que el río trae al país: jengibre, ruibarbo, maderas de áloe y canela. Se dice que esas especias proceden del paraíso terrenal, arrancadas por el viento de los árboles del paraíso, como las ramas secas que el viento derriba en el bosque... Se dice también en el país que el «sudán» (sultán) de Babilonia intentó varias veces averiguar de dónde viene el río y que envió a gentes con este objeto... Éstas contaron que habían buscado la fuente del río y que habían llegado a un gran cerro de rocas talladas, imposible de escalar. De ese cerro caía el río. Y les pareció que lo alto de la montaña estaba cubierto por una gran cantidad de árboles...»

El océano Índico, que se imagina cerrado, es el gran receptáculo de los sueños donde se expanden los deseos insatisfechos de la Cristiandad, pobre y embridada: sueños de riqueza, ligados a las islas de los metales preciosos, de las maderas raras, de las especias. Marco Polo * ve en él a un rey desnudo, cubierto de piedras preciosas. Sueños fantásticos, poblados de hombres, de animales fabulosos y de monstruos. Sueños de opulencia y extravagancia, forjados por un mundo pobre y limitado. Sueños de una vida diferente, de la destrucción de los tabúes, de la libertad frente a la moral estricta impuesta por la Iglesia. Seducción de un mundo de aberración alimenticia, de la coprofagia, del canibalismo, del nudismo, de la poligamia, de la libertad y del desorden sexuales. Lo más curioso es que, cuando un cristiano se atreve excepcionalmente a llegar hasta allá, encuentra, en efecto, maravillas. Marco Polo ve hombres provistos de cola, «gruesa como la de un perro», y unicornios, que quizá sean rinocerontes, pero que le decepcionan: «Es una bestia asquerosa y muy desagradable de ver. No es en manera alguna como la describimos desde aquí, cuando pretendemos que se deja llevar por el cabestro por una muchacha.»

Los hombres de la Edad Media, que han recogido la tradición de los geógrafos de la Antigüedad, dividen la tierra en tres partes: Europa, Asia y África. Ahora bien, cada una de ellas tiende a identificarse con un área religiosa. El peregrino inglés que escribió un *Itinerario de la III Cruzada* afirma: «Así dos partes del mundo asaltan a la tercera. Y Europa, que, a pesar de todo, no reconoce en su totalidad el nombre de Cristo, debe batirse

con las otras dos.» Esta Europa, que la presencia musulmana en España priva de identificar por completo con la Cristiandad, continúa siendo, por este motivo, para los occidentales una noción incómoda, pedante, abstracta.

* * *

La realidad es la Cristiandad. En función de ella, el cristiano de la Edad Media define al resto de la humanidad y se sitúa a sí mismo con relación a los demás. En primer lugar, con relación a Bizancio.

Después de 1054, el bizantino se identifica con el cismático. Pero, aunque ese agravio de separación, de secesión, es esencial, los occidentales no alcanzan a definirlo con exactitud o, por lo menos, a designarlo bien. Porque, a pesar de las divergencias teológicas —en particular la cuestión del *Filioque:* los bizantinos rechazan la doble procedencia del Espíritu Santo, limitándola a la del Padre y negando la del Hijo—, a pesar, sobre todo, del conflicto institucional —el patriarcado de Constantinopla se niega a reconocer la supremacía del papa—, los bizantinos son también cristianos. Ya a mediados del siglo XII, en ocasión de la II Cruzada, vemos a un fanático occidental, el obispo de Langres, soñar la toma de Constantinopla y empujar al rey de Francia, Luis VII, a declarar que los bizantinos no son «cristianos de hecho, sino sólo de nombre» y culpables de herejías. Una gran parte del ejército de los cruzados consideraba que «los griegos no eran en manera alguna cristianos y que matarlos suponía una bagatela». Tal antagonismo constituía el resultado de alejamiento que, a partir del siglo IV, se había convertido en un verdadero foso. Unos y otros habían dejado de comprenderse, especialmente por parte de los occidentales, los cuales, incluso los más sabios de ellos, ignoraban el idioma griego, *graecum est, non legitur.*

La incomprensión se fue transformando poco a poco en odio, hijo de la ignorancia. Con respecto a los griegos, los latinos experimentan una mezcla de envidia y de desprecio, que nace del sentimiento más o menos oculto de su propia inferioridad. Los latinos achacan a los griegos el ser amanerados, cobardes, mentirosos. Les reprochan principalmente ser ricos. Es el sentimiento reflejo del guerrero bárbaro y pobre ante el rico civilizado.

En el año 968, el lombardo Liutprand, obispo de Cremona, enviado por el emperador alemán Otón I a Constantinopla, regresó lleno de odio su corazón, odio nacido de la poca consideración que se le había manifestado. ¿Acaso el «basileus» Nicéforo no le ha dicho a la cara: «No sois romano, sino lombardo»? A lo que él contesta: «Rómulo era un fratricida. La

Historia lo prueba. Y dice también que él abrió un asilo para acoger a los deudores insolventes, a los esclavos fugitivos, a los asesinos, a los condenados a muerte y que se rodeó de una multitud de gentes de esa clase, a los que llamó romanos. Nosotros, lombardos, sajones, francos, loreneses, bávaros, suevos, borgoñones, despreciamos a esa gente, hasta tal punto que, cuando montamos en cólera, no tenemos para nuestros enemigos otro insulto que esa palabra: "¡Romano!" Porque en ese solo nombre de romano se comprende toda bajeza, toda cobardía, toda concupiscencia, todo desorden, toda mentira, peor todavía, un resumen de todos los vicios...» Y añade el agravio religioso, anterior al cisma: «Todas las herejías han nacido entre vosotros, han logrado éxito entre vosotros. Nosotros, los occidentales, las hemos yugulado, las hemos aniquilado.» Para rematar la humillación, he aquí que, a su partida, Liutprand se ve despojado por los aduaneros bizantinos de cinco capas de púrpura, cuya exportación estaba prohibida: sistema incomprensible para un bárbaro, que vive en medio de una organización económica rudimentaria. Y el insulto brota de nuevo: «Esas gentes son blandas, afeminadas, de mangas anchas, tocadas con tiaras y turbantes, mentirosos, castrados, indolentes, van vestidos de púrpura. Pero héroes, hombres llenos de energía, conocedores de la guerera, llenos de fe y de caridad, sumisos a Dios, llenos de virtudes, no los hay en absoluto entre ellos.»

El pretexto oficial para que el ejército occidental de la IV Cruzada se apreste, en 1203, a tomar Constantinopla estriba en que el emperador Alexis III es un usurpador, pero los eclesiásticos han de calmar los escrúpulos religiosos de ciertos laicos subrayando el carácter cismático de los bizantinos: «Los obispos y los clérigos del ejército celebraron consejo —escribe el cronista Roberto de Clarí— y juzgaron que la batalla era legítima y que se podía atacarlos, dado que antiguamente obedecían la ley de Roma y ahora ya no la obedecían. Por lo tanto, dijeron los obispos, atacarlos no era pecado, sino muy al contrario, obra de gran piedad.»

Cierto que la unión de las Iglesias, es decir, la reconciliación de Bizancio con Roma, se mantiene casi constantemente sobre el tapete y sin cesar tienen lugar negociaciones, con Alexis I en 1089, con Juan II en 1141, con Alexis III en 1197 y con la mayoría de los emperadores a partir de mediados del siglo XIII y hasta 1453. La unión parece incluso realizada en el Concilio de Lyón de 1274 y, una última vez aún, en el Concilio de Florencia de 1439. Pero los ataques dirigidos contra el Imperio bizantino por los normandos de Roberto Guiscard en 1081 y de Bohemond en 1185, y la toma de Constantinopla por los occidentales el 13 de abril de 1204, no

permiten conseguirlo. El fracaso de la unión de las Iglesias proviene de una hostilidad fundamental entre los que se llamaban mutuamente, con injurioso afán, latinos (y no cristianos), griegos (y no romanos). Incomprensión de los rudos bárbaros, que oponían su simplicidad a la sofisticación de una civilización informada por el ceremonial, de una educación secular congelada en etiqueta. En 1097, durante la recepción concedida a los cruzados lorenos por Alexis I, uno de aquéllos, irritado por tanta etiqueta, se sienta en el trono del «basileus», «encontrando que no era conveniente que un solo hombre pudiese sentarse cuando tantos valientes guerreros permanecían en pie».

Las mismas reacciones encontramos entre los francos de la II Cruzada. Impaciencia de Luis VII y de sus consejeros ante las maneras de los enviados bizantinos y el lenguaje ampuloso de sus arengas. El obispo de Langres, sintiendo compasión por el rey y no pudiendo soportar las largas frases del orador y del intérprete, les dice: «Hermanos, haced el favor de no hablar con tanta frecuencia de la gloria, la majestad, la sabiduría y la religión del rey. Él se conoce y nosotros le conocemos también. Decidle, pues, más rápidamente y sin tantos rodeos qué es lo que queréis.»

Oposición asimismo en las tradiciones políticas. Los occidentales, para quienes la primera virtud es la fe —la buena fe del feudal—, tachan de hipocresía los métodos bizantinos, impregnados de la razón de Estado. «Pues, entre ellos —escribe aún Eudes de Deuil, el cronista franco de la II Cruzada—, es opinión generalmente admitida que no se puede reprochar a nadie el perjurio que comete por la causa del Imperio sagrado.»

A este odio latino corresponde el desprecio griego. Ana Comnena, hija del emperador Alexis, que ha visto a los occidentales de la I Cruzada, los pinta como bárbaros groseros, charlatanes, orgullosos, versátiles. Son guerreros, y los griegos, que prefieren la negociación y a los que repugna la pelea, se muestran refractarios a la guerra santa y se sienten, como Ana, llenos de horror ante todos esos eclesiásticos, obispos y presbíteros, que se entregan en persona al combate. ¿Cómo se puede ser a la vez un hombre de Dios y «un hombre de sangre, que respira el homicidio»? Pero lo que mayor horror inspira a los bizantinos es la codicia de los occidentales, «dispuestos a vender mujer e hijos por un óbolo».

La riqueza de Bizancio es, en fin, el último reproche y la primera codicia de los latinos. Todos los cronistas de las primeras Cruzadas que pasan por Constantinopla dan de ella una descripción que deslumbra, inspirada por la admiración. Para esos bárbaros, que viven miserablemente en fortalezas primitivas o en aldeas miserables —las «ciudades» occiden-

tales no cuentan más que con algunos millares de habitantes y el urbanismo es totalmente desconocido en ellas—, Constantinopla, con su probable millón de habitantes, sus riquezas monumentales y sus almacenes —los cruzados resultan enternecedores cuando Eudes de Deuil nos los muestra haciendo su *shopping* (1) o recibiendo a los mercaderes griegos incluso en sus tiendas de campaña: «Así comprábamos una camisa por menos de dos dineros, y treinta camisas por tres sueldos menos un marco»—, representa la revelación de la ciudad. En 1097, Foulcher de Chartres, entre tantos otros, abre desmesuradamente los ojos ante el espectáculo: «¡Qué noble y bella ciudad es Constantinopla! ¡Cuántos monasterios y palacios, construidos con un arte admirable, se ven en ella! ¡Cuántas obras admirables se pueden contemplar ostentadas en las plazas y en las calles! Sería demasiado largo y fastidioso exponer con detalle la abundancia de riquezas de todo tipo, de oro, de plata, de telas de mil clases y de santas reliquias que se encuentran en esa ciudad, a la que, en todo momento, numerosos navíos traen todas las cosas necesarias a los deseos de los hombres...»

Suprema atracción, las reliquias. He aquí el inventario, hecho por Roberto de Clarí, de las halladas por los cruzados de 1204 en una sola iglesia, la Virgen del Faro: «Se encontraron en ella dos fragmentos de la Vera Cruz, tan gruesos como la pierna de un hombre y tan largos como una media toesa. Y se encontró también el hierro de la lanza con la que fue herido el costado de Nuestro Señor y los dos clavos con que clavaron sus manos y sus pies. Y se encontró también, en una botellita de cristal, una gran parte de su sangre. Y se encontró también la túnica que había llevado y de la que fue despojado cuando lo llevaron al Calvario. Y se encontró también la corona bendita con la que fue coronado, que era de juncos marinos, tan puntiagudos como hierros de leznas. Y se encontró también el vestido de Nuestra Señora y la cabeza de monseñor San Juan Bautista y tantas otras reliquias que no podría describirlas.» Botín de calidad para los ladrones piadosos, que guardarán su presa, y para los ávidos saqueadores, que la venderán muy cara.

Incluso para los occidentales que no han contemplado sus maravillas, Bizancio significa durante la Edad Media la fuente de casi toda riqueza. Las más valiosas importaciones latinas vienen de él, ya sea Bizancio el productor o el distribuidor. De allí proceden las telas preciosas —la seda sigue siendo durante largo tiempo un secreto exclusivo de Bizancio, arrancado por él a la China en el transcurso del siglo VI—, de allí la moneda

(1) En inglés en el original: ir de compras. — *N. del T.*

de oro, que se mantiene inalterable hasta finales del siglo XI y a la que los occidentales llamarán simplemente el bizantino, el *besant,* ese «dólar de la Edad Media».

Y ante esas riquezas, ¡cuántas tentaciones!

En el dominio espiritual, el Occidente puede aún contentarse con tomar cosas a préstamo, a veces con gratitud y deslumbramiento. Los teólogos occidentales del siglo XII descubren o, mejor, redescubren la teología griega y algunos saludan esa luz que llega de Oriente: *Orientale lumen.* Alain de Lille añade incluso con humildad: *Qui latinitas penuriosa est...* «Pues la latinidad es indigente...»

Se puede aún intentar rivalizar con Bizancio. Una de las actitudes más curiosas que adopta el Occidente medieval al tratar de liberarse de la realidad y del mito bizantinos consiste en esa humillación que le infringe imaginativamente. Tal ocurre en la asombrosa canción de gesta del *Pèlerinage de Charlemagne,* escrita en la segunda mitad del siglo XI. Carlomagno, al regresar de Jerusalén con sus doce pares, pasa por Constantinopla, donde es fastuosamente acogido por el rey Hugón. Tras un magnífico festín, el emperador y sus compañeros, un poco bebidos, se entretienen en su cámara en «gabar», es decir, en hacer gala de relatos imaginarios en los que cada uno se ingenia para alabar una proeza extraordinaria. La burla, el *gab,* es la forma grosera del humor caballeresco. En el poema, los *gabs* de los francos ridiculizan, como puede suponerse, al rey Hugón y a sus griegos. Especialmente, Roldán se compromete a hacer sonar el cuerno con tanta fuerza como para que a Hugón se le pongan los pelos de punta. El incidente no supondría sino una broma de mal gusto sin consecuencias, a no ser porque un espía bizantino, oculto tras una columna, lo ha escuchado todo y se apresura a referirlo al rey Hugón. Éste, furioso, desafía a sus huéspedes para que pongan en obras sus jactancias. La intervención divina permite a los francos cumplir en efecto sus *gabs* y el rey Hugón, vencido, se declara «el hombre», el vasallo, de Carlomagno y ordena se dé una gran fiesta, en la que los dos emperadores ostentan sendas coronas de oro.

Sin embargo, ese tipo de desahogos poéticos no podían bastar para satisfacer tantas envidias y rencores acumulados. La envidia latina contra los bizantinos culmina en el asalto del 13 de abril de 1204, con matanza atroz de hombres, mujeres y niños, saqueo en el que se sacia por fin la envidia y el odio. «Desde la creación del mundo, jamás se había obtenido semejante botín en una ciudad», dice el historiador de los cruzados Villehardouin. Y el cronista bizantino Nicetas Coniatés añade: «Los mismos

sarracenos son buenos y compasivos en comparación con esas gentes que llevan la cruz de Cristo en la espalda.»

* * *

La hostilidad hacia los bizantinos no dejaba de producir cierta crisis de conciencia entre los cristianos medievales que se hallaban en más íntimo contacto con ellos. Frente a los musulmanes, por el contrario, parece que no existía problema. El musulmán es el infiel, el enemigo elegido, con el cual no puede ni soñar en pactar. Entre cristianos y musulmanes, la antítesis es total. Así la define el papa Urbano II al predicar en Clermont la I Cruzada en 1095: «¡Qué vergüenza no sería para nosotros si esta raza infiel, tan justamente despreciada, degeneración de la dignidad humana y vil esclava del demonio, triunfase del pueblo elegido de Dios todopoderoso...! A un lado estarán miserables privados de los verdaderos bienes, al otro hombres colmados de verdaderas riquezas. De un lado combatirán los enemigos del Señor, del otro sus amigos.» Tal como afirma el papa, los cristianos ven en los musulmanes una raza de «subhombres». En el cantar de gesta *Aliscans,* el poeta, refiriéndose a Viviano moribundo, exclama:

Quinze blessures a par le corps béantes,
Un Sarrasin mourrait de la moins grande.

(Quince heridas tiene abiertas en el cuerpo, un sarraceno moriría de la más pequeña de ellas.)

Mahoma es uno de los más terribles espantajos de la Cristiandad medieval. Atormenta las imaginaciones cristianas en una visión apocalíptica. Su nombre no aparece sino con referencia al Anticristo. A mediados del siglo XII, el abad de Cluny, Pedro el Venerable, lo sitúa en la jerarquía de los enemigos de Cristo, entre Arrio y el Anticristo. Joachim de Flore *, a finales del mismo siglo, afirma que Mahoma «prepara el Anticristo igual que Moisés preparó a Jesús». Una caricatura de Mahoma que ornamenta el margen de un manuscrito de 1162 —una traducción latina del Corán— lo representa en forma de monstruo.

No obstante, la historia de las actitudes que adoptan los cristianos medievales con relación a los musulmanes está llena de variaciones y de matices. Cierto que Álvaro de Córdoba, en el siglo IX, ve en Mahoma a la Bestia del Apocalipsis. Pero Paschase Radbert, aun haciendo especial men-

ción del antagonismo fundamental (que afronta muy bien desde el punto de vista geográfico) existente entre la Cristiandad, la cual debería extenderse sobre el mundo entero, y el Islam, que le ha arrancado una vasta extensión de la tierra, distingue cuidadosamente entre los musulmanes, que han recibido el conocimiento de Dios, y los gentiles, que lo ignoran todo sobre Él. Hasta el siglo XI, las peregrinaciones cristianas a Palestina, conquistadas por los musulmanes, se efectúan pacíficamente. Tan sólo entre algunos teólogos se perfila ya una imagen apocalíptica del Islam. El panorama cambia por completo en el transcurso del siglo XI, cuando toda una propaganda que trae a primer plano los odios cristianos contra los secuaces de Mahoma, prepara y organiza las Cruzadas. Los cantares de gesta son el testimonio de ese momento, en que se mezclan los recuerdos de la simbiosis islámico-cristiana conseguida en las fronteras de los dos dominios y la afirmación desde ahora de una confrontación sin piedad. En *Mainet*, que constituye la gesta del pequeño Magno, es decir, de Carlomagno niño, se ve al héroe servir al rey sarraceno de Toledo y recibir de él el título de caballero, como un eco de las realidades españolas histórico-legendarias, encarnadas en el Cid. Pero al mismo tiempo, tanto Carlomagno como la mayor parte de los héroes se presentan en los cantares de gesta animados de un solo deseo: batirse contra el sarraceno y humillarlo. Toda una mitología, que se resume en el duelo entre el caballero cristiano y el musulmán, reina en adelante. La lucha contra el infiel se convierte en el último fin del ideal caballeresco. El infiel, por otro lado, es considerado desde entonces como un pagano, un pagano endurecido, que se ha negado definitivamente a la verdad, a la conversión. En la bula de convocatoria del IV Concilio de Letrán (1213), Inocencio III llama a los cristianos a la Cruzada contra los sarracenos, a los que trata de paganos, y Joinville denomina constantemente al mundo musulmán como la *païennie*, la paganidad.

Y, no obstante, a través de ese telón corrido entre cristianos y musulmanes, que parece no levantarse si no es para combatir, a través de ese frente guerrero, los intercambios, las corrientes pacíficas continúan e incluso se amplifican.

Intercambios comerciales en primer término. El papado nada logra con decretar el embargo sobre las mercancías cristianas destinadas al mundo musulmán. El contrabando sobrepasa tales prohibiciones. Los papas terminan por admitir derogaciones, brechas en ese bloqueo con que los cristianos padecen más que los musulmanes, y llegan incluso a conceder licencias. Los venecianos se muestran maestros en el juego. En 1198, por ejemplo, tras convencer al papa de que, desprovistos como están de re-

47. GEOGRAFÍA MEDIEVAL: LOS TRES CONTINENTES.

La personificación de África, Asia y Europa ha sido un tema favorito de la iconografía románica, a cuya popularidad han contribuido seguramente las Cruzadas. Estas estatuitas de bronce dorado y cincelado que adornan la base de un candelabro pascual fueron fundidas por separado hacia el 1170. Bello ejemplar procedente de la región del Mosa, que exportó e irradió su arte por toda la Cristiandad a finales del siglo XI y en el transcurso del XII, gracias a la incomparable maestría que poseían sus talleres en las artes del metal. (Hildesheim, Cúpula.)

48. COSMOGRAFÍA MEDIEVAL: EL AIRE Y LOS VIENTOS.

Esta miniatura del Liber pontificalis *de Reims (colección del siglo XII donde se reseñan las funciones litúrgicas del obispo, perteneciente al capítulo de la catedral) demuestra que el motivo oriental de los personajes radiales inscritos en una esfera ha sido imitado por la ciencia alegórica de la Edad Media. En la miniatura, el aire, fuente de toda armonía, rodeado de Orfeo, de Pitágoras y de Arión, se inscribe en un círculo que contiene en medallones la representación de las nueve Musas. Con las manos y los pies sujeta las cabezas aladas de los cuatro vientos. (Reims, Biblioteca Municipal, número 672.)*

49. TEOLOGÍA DE LOS ELEMENTOS: SIMBOLISMO Y VIDA DE LA PIEDRA.

La piedra ha desempeñado un papel de primera línea dentro del simbolismo cristiano (en especial se utiliza la comparación entre la piedra y la Iglesia). El cristianismo ha heredado, sin duda alguna, en este dominio algunas de las concepciones hilozoístas griegas, de acuerdo con las cuales la materia estaba animada de vida. La miniatura pertenece al famoso manuscrito del comentario al Apocalipsis de Beatus, escrito en la abadía de Saint-Sever en el siglo XI (véase il. 89). Ilustra el comentario al Libro de Daniel hecho por San Jerónimo, al cual se ajusta, por razón de su carácter escatológico, el comentario de Beatus. Daniel comenta el sueño de Nabucodonosor (Daniel 2, 31-45), que ha visto una piedra caída de una montaña golpear la estatua del coloso de pies de barro, romperla y convertirse en una montaña que llena toda la tierra. La piedra anuncia el reino de Dios, que destruirá los reinos terrestres, hechos de hierro, de bronce, de plata y de oro, pero cuyos pies son de barro. (París, Biblioteca Nacional, manuscrito latino 8878, fol. 51 vuelto.)

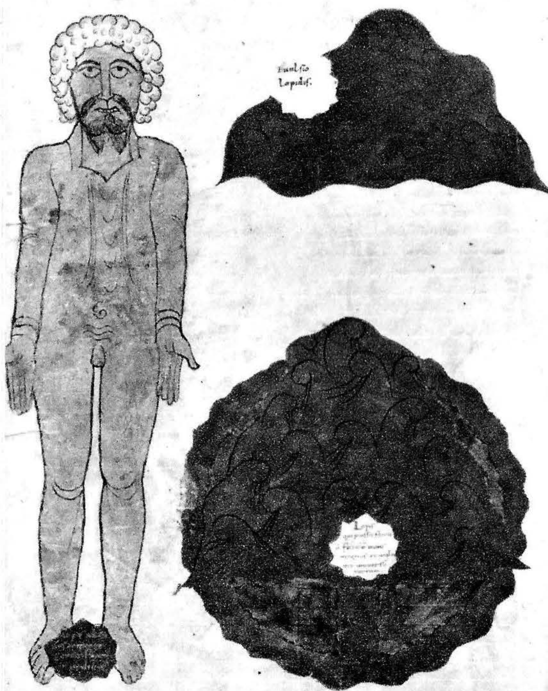
50. TEOLOGÍA DE LOS ELEMENTOS: EL AGUA. LOS CUATRO RÍOS DEL PARAÍSO.

El tema de los cuatro ríos del Paraíso aparece por vez primera en un mosaico de San Juan de Letrán (Roma) a comienzos del siglo IV. A partir del siglo XI, la representación se hace más


EVR
OPA



48

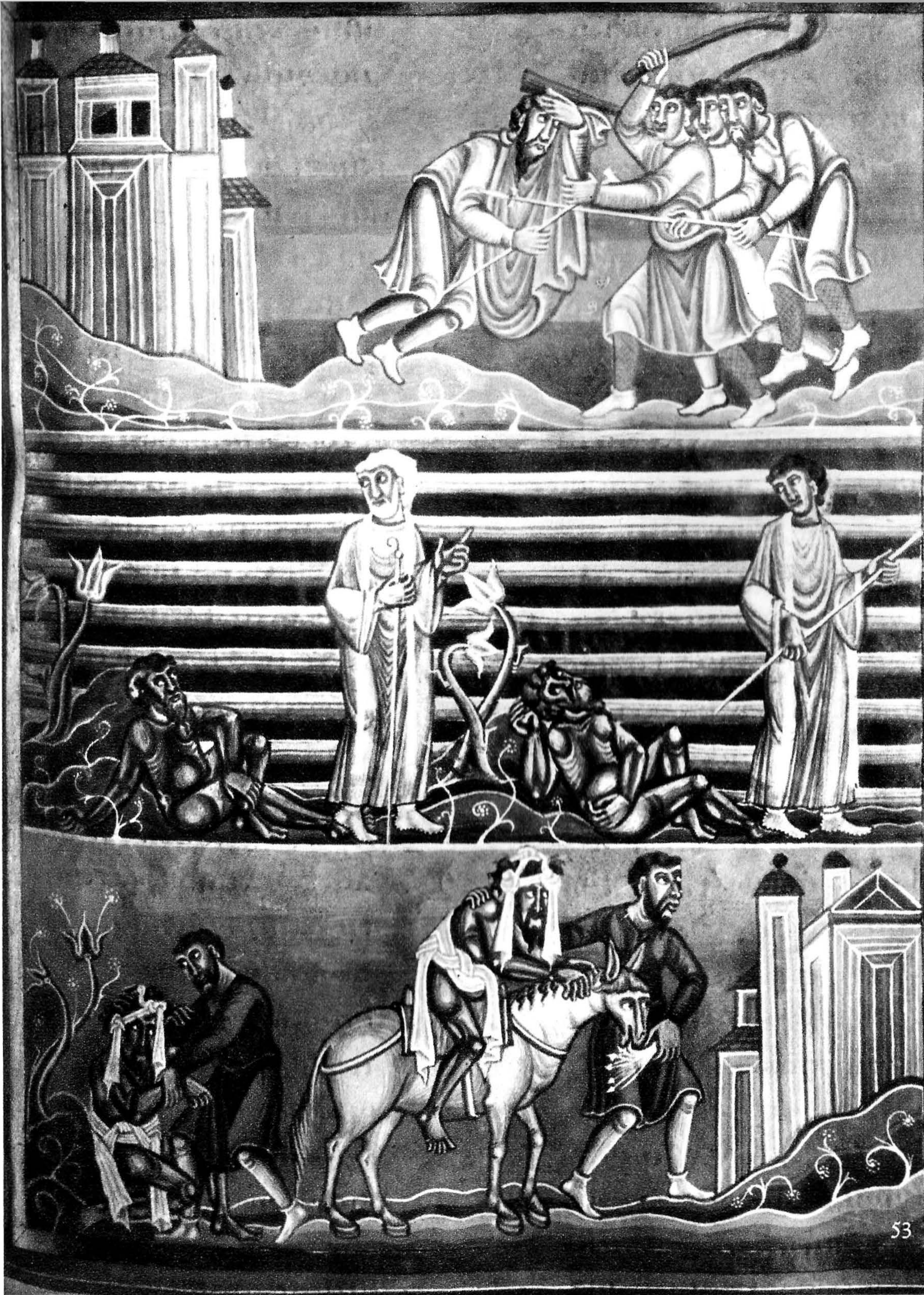


49



50

51


53

54



55



56

57





58

59



60

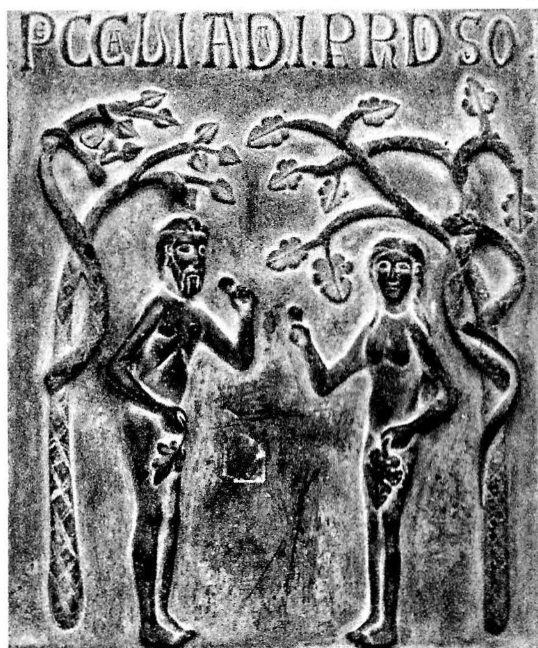
61





62

63















65





66

67

68






69





71



72

73

frecuente y los ríos son personificados a la manera de los dioses-fuentes antiguos (véase il. 84 y lám. en colores VII). Su simbolismo se enlaza evidentemente con el mito del paraíso terrestre, pero también con el poder salvífico del agua, fuente de vida. Reciben su virtud del Salvador (véase il. 84), es decir, de Cristo, simbolizado aquí en el centro por el Cordero. Esta placa de cobre, empleada como cubierta de un evangeliario, es producto del arte de la región del Mosa y data del siglo XII. Ha sido atribuida a Godefroid de Claire de Huy (véase il. 111). (París, Museo de Cluny.)

51. EL SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA: «LA BELLA SELVA».

La miniatura ornamenta un manuscrito de los Carmina Burana, *colección de poemas goliardescos compuesto en el curso del siglo XIII y procedente del monasterio bávaro de Benediktbeuern en Baviera. La mayor parte de los cantos están escritos en latín y algunos, muy pocos, en lengua vulgar alemana, como el poema lírico —complemento a un elogio en latín del verano y de Venus— que ilustra esta miniatura. El sentimiento completamente profano de la naturaleza no se acompaña, sin embargo, de una ejecución realista. En ese bosque mágico, bajo los árboles extrañamente estilizados, cohabitan el caballo, el león, el ciervo, la liebre y toda una población de pájaros. La miniatura ha recibido el nombre de la* Bella Selva *y de ella se ha dicho que expresaba los más antiguos "murmullos de la selva". (Munich, Biblioteca del Estado bávaro, Clm 4660, fol. 64 vuelto.)*

52. CARTOGRAFÍA MEDIEVAL: EL MUNDO EN EL SIGLO XIII.

Ejemplar característico de la cartografía medieval. Mapa en forma de rueda, donde los tres continentes aparecen dispuestos en forma de T en torno al Mediterráneo central. Jerusalén, "ombligo del mundo", ocupa el centro. El paraíso terrenal se encuentra en el extremo superior, con la región donde están encerrados Gog y Magog, a la izquierda. Europa ha resultado privilegiada gracias a la coloración. La figuración es urbana, hasta el punto de hacerlo parecer una curiosa colección de ciudades, fruto de la mentalidad histórico-geográfica cristiana. En Europa figuran Roma, Atenas, Constantinopla y París (el mapa ha sido dibujado en Saint-Denis). En África, una ciudad anónima en el Norte y, en Egipto, Alejandría y Babilonia de Egipto (El Cairo). En Asia, Jerusalén, Nazaret, Damasco, Antioquía, Troya, La Meca, Babilonia y Nínive. Alrededor, en los hemicírculos, los Doce Vientos, orientados según los puntos cardinales. El mapa ilustra un manuscrito de las Chroniques de Saint-Denis, *escrito en francés a finales del reinado de San Luis, a petición del rey, por el monje Primat, que ofreció el libro a Felipe III hacia 1275. Carlos V, que poseyó el manuscrito, lo hizo copiar. (París, Biblioteca Sainte-Geneviève, manuscrito 782, fol. 374 vuelto.)*

53. LOS PELIGROS DE LA RUTA: EL BUEN SAMARITANO.

Esta miniatura decora un rico manuscrito, el Codex aureus *o evangeliario de Enrique III, escrito en Renania a petición de los emperadores Conrado II y Enrique III hacia 1036 y ofrecido por este último a la catedral de Spira, fundada por su padre. La ilustración del Evangelio sirve de pretexto para anécdotas y lecciones morales. En este caso la parábola del Buen Samaritano ilustra los peligros corridos durante los viajes: las asechanzas de los ladrones suponen una realidad cotidiana para el viajero medieval. Representa al mismo tiempo una imagen de la condición del hombre, asaltado por las tentaciones y los pecados. En la vidriera de Sens en que figura asimismo la escena, la víctima se halla designada con el nombre de* Homo, *el Hombre. (Biblioteca del Escorial.* Codex Aureus, *Cod. Vetrinas 17.)*

54. EL INFIEL: UN SARRACENO.

La lucha contra el infiel constituye el deber del caballero, particularmente a partir del siglo XI. El infiel por antonomasia es el musulmán, cuya coloración morena es exagerada a veces, como en la presente ilustración, hasta el negro, color del Diablo. El signo distintivo de su vestidura es con frecuencia el turbante, que presenta formas diversas (véase ilustración 56). (Pernes-les-Fontaines, Vaucluse, Torre Ferrande, hacia 1275.)

55. LOS PAGANOS: LLEGADA DE SAN ADALBERTO AL TERRITORIO DE LOS PRUSIANOS.

Probablemente ejecutado hacia 1175 por artistas moseleses, o formados en la región del Mosa, e inspirándose en la puerta de Hildesheim, ese tablero de una puerta de bronce perteneciente a la catedral de Gniezno representa a San Adalberto desembarcando en Prusia para convertir a los paganos. El obispo de Praga, descorazonado por la mala voluntad de sus ovejas, se había retirado a Roma. Más tarde, había pedido permiso al papa para evangelizar a los feroces prusianos. Murió mártir en Prusia, en el año 997, y la evangelización de los paganos no fue realizada sino por los Caballeros Teutónicos, ya en el siglo XIII. El príncipe polaco Boleslao el Valiente compró las reliquias de San Adalberto a los prusianos y las depositó en Gniezno, la metrópoli religiosa de Polonia. Los checos se apoderaron de ella y la llevaron a Praga. No obstante, en la segunda mitad del siglo XII, el príncipe Mesco el Viejo, buscando la manera de luchar contra la anarquía que reinaba en Polonia, se sirvió del culto a San Adalberto como de un instrumento para suscitar el patriotismo polaco y la restauración de la monarquía. Se representa aquí el tema del viaje de un santo en un navío y el grupo de los paganos con sus aditamentos correspondientes: armamento, cabellos largos y bigotes. (Gnienzo, catedral.)

56. LOS INFIELES: UN CABALLERO DE LA RECONQUISTA Y UN MORO.

Este bajo relieve del siglo XII, que se conserva en una casa particular de Tudela, procede sin duda de la colegiata vecina y encarna el ideal de los caballeros cristianos de la Reconquista. Un caballero montado sobre un robusto caballo, vestido con la cota de mallas y protegido por su escudo y por un yelmo cónico, blande una pesada espada en disposición de enfrentarse con un musulmán, el cual se arrodilla sumiso. (Tudela, casa particular.)

57. EL ANTISEMITISMO: UN JUDÍO LAPIDANDO A SAN ESTEBAN.

El antisemitismo, que se formó virulento en Occidente a partir del siglo XI, particularmente con las Cruzadas, trató de buscarse una justificación, ya sea acusando de atrocidades a los judíos de la época, ya sea revalorizando las escenas del Evangelio que parecían requerir la venganza de los cristianos de la Edad Media. El personaje de la ilustración pertenece a un grupo de cuatro judíos lapidando a San Esteban. Las estatuillas, en bronce dorado, fueron fundidas hacia 1208 para adornar una escudilla de plata bizantina, traída de la Cruzada por el arzobispo de Halberstadt (Halberstadt, catedral.)

58. CULMINACIÓN DE UNA PESADILLA MEDIEVAL: LA TORRE DE BABEL.

Pieter Breughel el Viejo pintó en 1563 esta Torre de Babel que, a despecho del realismo de los detalles, expresa, por la monstruosidad de sus dimensiones, la impresión de pesadilla que la mayor parte de las gentes de la Edad Media experimentaban ante la evocación del episodio bíblico. (Viena, Kunsthistorisches Museum.)

59. PERMANENCIA DE UN «EXEMPLUM» MEDIEVAL: LA PARÁBOLA DE LOS CIEGOS.

Escena pintada en 1568 por Pieter Breughel el Viejo (una copia bastante inferior de ese cuadro, realizada por su hijo, se conserva en el Museo del Louvre de París). En ella ha expresado todo el horror de la Edad Media ante los ciegos: realidad física y social de los enfermos e impedidos, abandonados a la vagancia, tras la cual desaparece casi por completo la lección moral. (Nápoles, Museo Nazionale.)

60. OBSESIONES MEDIEVALES: TENTACIONES DE SAN ANTONIO.

Las tentaciones de San Antonio parecen haber sido rechazadas largo tiempo por el arte medieval, aunque la Leyenda dorada *las haya evocado. Las variantes sobre el tema del ermitaño asaltado por demonios, machos y hembras, se desborda durante los siglos XIV y XV con el desencadenamiento de la lucha contra la hechicería. Intérprete de las obsesiones medievales, Jerónimo Bosch añade a ellas una imaginación y un delirio totalmente nuevos. Como lo ha visto acertadamente Jurgis Baltrusaitis, se alían en sus pinturas cuerpos vivientes y ma-*

terias inorgánicas: "El hierro, la arcilla, la madera se confunden con la carne." Bosch da las más insoportables prolongaciones a la unión del hombre con la bestia o la planta, que la imaginación medieval había ya realizado (cuadro de 1490). (Madrid, Museo del Prado.)

61. EMBELLECIMIENTO DE UN SUEÑO MEDIEVAL: EL PAÍS DE JAUJA O DE COCAÑA.

Este cuadro, pintado por Pieter Breughel el Viejo en 1567, combina dos temas medievales: el del país de Jauja o de Cocaña, del hambre satisfecha sin trabajo, del hartazgo, y el de los tres estados de la sociedad. Un clérigo, un guerrero y un campesino, una vez hartos, duermen la siesta echados debajo de una mesa. Huevos, cerdo, tarta, aves o caza, esta utopía gastronómica sigue siendo muy campesina. (Munich, Pinacoteca.)

62 y 63. LA INICIACIÓN DE LA HISTORIA HUMANA: ADÁN Y EVA.

Pocos temas han disfrutado de mayor éxito durante la Edad Media que las aventuras de Adán y Eva. Ellas permiten decir y mostrar aquello que es más esencial: el nacimiento de la historia, los comienzos del hombre y del humanismo, las relaciones entre el hombre y Dios, la felicidad y la desgracia, el pecado, con su sanción, pero también con su seducción, el cuerpo humano en su desnudez y el más bello cuadro del mundo: el paraíso terrenal. He aquí dos momentos de esas aventuras: La vida feliz en el paraíso *(il. 62) y* La falta *(il. 63). Ambas esculturas en bronce (1186) adornan las puertas de la catedral que el rey normando de Sicilia, Guillermo II (1166-1189), hizo colocar en su residencia de Monreale, cerca de Palermo. El autor es el mismo que labró la puerta de bronce que figura en la catedral de Pisa (1180), Bonnano Pisano. A diferencia de las puertas de bronce del Norte, las italianas imitan a las bizantinas. (Monreale, catedral.)*

64. LA INICIACIÓN DE LA HISTORIA HUMANA: ADÁN Y EVA Y LA SERPIENTE.

No sólo el material, sino también el tema explican la brutalidad de esta escena. En ella se ha tratado de subrayar el pecado, "el mal". El hombre se ve aplastado por el enemigo, exterior e interior (entre 1067 y 1108). (Saint-Benoît-sur-Loire, capitel del brazo sur del pequeño crucero.)

65. LA HISTORIA SAGRADA: EL ÁRBOL DE JESÉ.

La profecía de Isaías (11, 1-3): "Y una rama saldrá del tronco de Jesé y de su raíz nacerá una flor y el Espíritu del Señor reposará en él", ha permitido crear una visión de la Historia Sagrada propia para satisfacer a la Iglesia. Jesé engendra los reyes de Judá, de los que sale María, que da nacimiento a Jesús. Los profetas anuncian el acontecimiento. De esta manera el Antiguo y el Nuevo Testamento quedan unidos.

La realeza divina se alía con la realeza terrestre, que recibe de ella inspiración y brillo. Según Emile Mâle, fue Suger quien lanzó la moda del tema, inspirado acaso en un drama litúrgico muy popular a comienzos del siglo XII: Drama de los profetas de Cristo, *que aparece por primera vez en un manuscrito de Saint-Martial de Limoges y data aproximadamente de 1100 (París, Biblioteca Nacional, manuscrito latino 1139). En el drama, que solía representarse en Navidad, Isaías pronunciaba su profecía sobre la descendencia de Jesé. Aquí, en una miniatura de la segunda mitad del siglo XII, que figura en un manuscrito de las* Louanges de la Sainte Croix *de Raban Maur, Jesé, del que salen David, María y Jesús, coronado por el Espíritu Santo, se halla rodeado por Ezequiel, la Sibila, Salomón, Abacuc, Daniel, San Juan Bautista, Isaías y Sofonías. (Douai, Biblioteca Municipal, manuscrito 340, fol. 11.)*

66. HISTORIA PROFANA DE LA ANTIGÜEDAD Y SIMBOLISMO TIPOLÓGICO.

A partir de mediados del siglo XII, en un momento en que la Iglesia se ve obligada a luchar contra el catarismo, herejía que rechaza en todo o en parte el Antiguo Testamento, se desarrolla una forma de simbolismo hasta entonces discreto, que pone en relación los hechos anteriores a la encarnación de Jesucristo, los "tipos", con los hechos homólogos del Nuevo Testamento, o "antitipos". Es el llamado simbolismo tipológico, uno de los primeros ejemplos desarrollados del cual es el pie de cruz de Saint-Denis (véase il. 111). Tal simbolismo alcanzó una popularidad extraordinaria desde principios del siglo XIV, gracias a la difusión y la ilustración de dos obras que exponían toda la Historia Sagrada con ayuda de este método: la Biblia de los pobres *y el* Espejo de la salvación humana. *En el* Espejo, *cada hecho del Nuevo Testamento viene anunciado por tres "tipos". No alcanzando a veces la Historia Sagrada para proporcionar estas prefiguraciones, el* Espejo *recurre a la historia profana de la Antigüedad. La ilustración representa un fragmento de una miniatura que forma parte de un manuscrito del* Speculum humanae salvationis, *copia hecha hacia 1336 de un manuscrito de la abadía de Weiszenau, perteneciente al monasterio de Kremsmünster. En él figuran dos tipos de la Virgen: la hija de Jefté y Semíramis en el jardín suspendido. Se relaciona con el tema del jardín cerrado, símbolo de la virginidad. Semíramis se vuelve hacia él, como María, en su vida contemplativa, se vuelve hacia la ciudad celeste. (Viena, Biblioteca Nacional, códice SN 2612, fol. 8 vuelto.)*

67. UN HÉROE ANTIGUO ADOPTADO Y ADAPTADO POR LA EDAD MEDIA: ALEJANDRO EN BATISCAFO.

La Antigüedad pagana, expulsada de la Historia por el cristianismo, reaparece en la Edad Media con la novela

de aventuras. El héroe más popular de las novelas antiguas fue Alejandro, convertido en un superhombre, explorador de las maravillas de la tierra, el mar y el cielo. Esta miniatura de La verdadera historia del buen rey Alejandro *(finales del siglo XIII) ilustra* «comment Alixandres se fet caler en la mer en 1 tonnel de voirre», *es decir, cómo se hizo descender hasta el fondo del mar en un tonel de vidrio para escrutar sus secretos. (Bruselas, Biblioteca Real, manuscrito 11040, fol. 70 vuelto.)*

68. LA HISTORIA ANTIGUA EN LA EDAD MEDIA: DIDO Y ENEAS.

La mitología medieval reserva un lugar para Virgilio, si bien lo hace de manera burlesca (al igual que un Aristóteles), como ocurre en un fabliau *que lo presenta víctima de una coqueta (capitel de la Trinidad de Caen), o lo convierte en un precursor del cristianismo, basándose en su Égloga IV. De este último modo aparece a veces inserto en el árbol de Jesé. Su obra será bien acogida en las escuelas de Chartres, especialmente durante los siglos XI y XII, como una* Summa *filosófica, una enciclopedia poética. Por ejemplo: en un* scriptorium *de Benevento, en el sur de Italia, se han encontrado, sólo para el período de los siglos X-XII, ocho manuscritos de Virgilio con glosas. Sobre este manuscrito, glosado de* La Eneida, *que data del siglo X y procede del mencionado* scriptorium, *se ve a Eneas haciendo a Dido la narración de la caída de Troya, al comienzo del canto II. (Nápoles, Biblioteca Nacional, manuscrito latino 6, fol. 55.)*

69 y 70. LAS LEYENDAS GERMÁNICAS EN LA CRISTIANDAD: LA LEYENDA DE SIGURD EN NORUEGA Y EN ESPAÑA.

Las rutas, el comercio y las peregrinaciones han propagado los mismos temas de un extremo a otro de la Cristiandad. La leyenda pagana escandinava de Sigurd Favnesbano se encuentra lo mismo en los montantes de la puerta de una iglesia en madera de Hylestad, Noruega (hacia 1200), que esculpida en piedra en el pórtico de la iglesia protogótica de Santa María la Real en sobre un camino de la Reconquista, en mino de Santiago de Compostela que sobre un camino de la Reconquista, en la cual participaron Sigurd Jorsalafak, rey de Noruega, y Carlos de Dinamarca, pariente del rey de Aragón, Alfonso el Batallador. El episodio de Hylestad que se ve en la ilustración es aquel en que Sigurd, vestido de caballero, da muerte al herrero (personaje admirado y maldito a la vez). En Sangüesa, Sigurd mata al dragón Fafner y entrega el corazón del monstruo al herrero Regin, el cual forja con él su espada. (Il. 69: iglesia de Hylestad, Setesdal, Noruega. Il. 70: iglesia de Santa María la Real, Sangüesa, Navarra, España.)

71. UN HÉROE MEDIEVAL: CARLOMAGNO.

De todos los personajes del pasado medieval, es Carlomagno el que ha goza-

do de mayor popularidad en toda la Cristiandad. En este manuscrito de las Crónicas de Saint-Denis, *terminado hacia 1275 (véase il. 52), la miniatura ilustra el comienzo del episodio de Roncesvalles. Carlomagno envía al traidor Ganelón cerca de los dos reyes sarracenos de Zaragoza: Marsilio y Baligando. Los artistas obtienen su inspiración de las narraciones que, en tiempo de las Cruzadas, se habían hecho sobre Carlomagno, el primer cruzado* (Viaje a Oriente, *compuesto por un monje de Saint-Denis hacia 1124) y que, en la época de la Reconquista, habían desarrollado el episodio de Roncesvalles* (Crónica del Pseudo-Turpín, *extraída entre 1140 y 1150 del* Libro de Santiago). *Un monje de Aquisgrán las reunió por orden de Federico Barbarroja. Las leyendas de Rolando y de Carlomagno aparecen gráficamente relatadas en una vidriera ofrecida por el gremio de peleteros a la catedral de Chartres (siglo XIII). (París, Biblioteca Sainte-Geneviève, manuscrito 771.)*

72. UN EPISODIO DE HISTORIA NACIONAL: EL BAUTISMO DE CLODOVEO.

No existe ningún acontecimiento que haya sido más importante para los reyes de Francia (los Capetos pretendían descender de sus predecesores carolingios y merovingios y, más allá de ellos, del troyano Francus) que el bautismo de Clodoveo, determinante del triunfo conseguido por los soberanos francos. Debido a esto, la escena ha sido representada con frecuencia. En esta miniatura, correspondiente a un manuscrito que narra la vida de San Dionisio, ejecutado en el scriptorium *de la abadía en 1250, aparecen representados los actos esenciales: Dios, bajo la forma de la paloma del Espíritu Santo, lleva la Santa Ampolla, con la cual San Remis consagra al rey, que es también coronado. (París, Biblioteca Nacional, nuevas adquisiciones francesas, 1098, folio 50.)*

73. LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA: LAS GRANDES CRÓNICAS DE FRANCIA.

Los monjes de Saint-Denis ayudan a los Capetos por diversos procedimientos, especialmente redactando una historia nacional, centrada en la monarquía y mantenida al corriente de la actualidad. Esta miniatura se encuentra dos veces (fol. 1 y, en la ilustración, folio 326 vuelto) en el manuscrito terminado en Saint-Denis hacia 1275, y cuya narración llega hasta la muerte de Felipe Augusto (véase ils. 52 y 71). Además, reproduce en forma de apéndice las Enseñanzas *de San Luis, a la cabeza de las cuales figura esta escena. El redactor, el monje Primat, seguido del abad de Saint-Denis, Mathieu de Vendôme, y tres monjes, ofrece el manuscrito a Felipe III, asistido de sus consejeros laicos. (París, Biblioteca Sainte-Geneviève, manuscrito 782, fol. 326 vuelto.)*

cursos agrícolas, no pueden vivir si no es del comercio, obtienen de Inocencio III la autorización para comerciar «con el sultán de Alejandría», a excepción, claro está, de ciertos productos estratégicos, incluidos por el papado en una lista negra impuesta a la Cristiandad: hierro y armas, pez, alquitrán, madera de construcción, barcos.

Intercambios intelectuales también. No es que los intelectuales cristianos sientan la tentación de pasarse al otro lado. Únicamente Abelardo * ha pensado por un momento en ello, desalentado, al parecer, por la persecución organizada contra él por San Bernardo y Guillermo de Saint-Thierry. «Caí —confiesa— en una tal desesperación que ya me disponía a dejar la Cristiandad para irme entre los paganos y asegurarme, mediante el pago de algún tributo, una vida tranquila y cristiana en medio de los enemigos de Cristo.» Pero, en el punto culminante de las Cruzadas, la ciencia árabe se desborda sobre la Cristiandad y, si no lo suscita, nutre por lo menos lo que se ha dado en llamar el Renacimiento del siglo XII. A decir verdad, lo que los árabes aportan a los sabios cristianos es, en su mayor parte, la ciencia griega atesorada en las bibliotecas orientales. Los sabios musulmanes la ponen en circulación y la llevan hasta el extremo del Islam occidental, España, adonde los clérigos cristianos acuden ávidamente a respirar, a medida que se desarrolla la Reconquista. Toledo, conquistada por los cristianos en 1085, se convierte en el polo de atracción de esos sedientos, que son, por lo menos durante la primera época, casi siempre traductores. La moda de la ciencia musulmana ha llegado a tal extremo en la Cristiandad, que Adelardo de Bath declara que, para imponer sus ideas personales, ha debido atribuirlas con frecuencia a los árabes.

Más todavía. En Tierra Santa, lugar principal de la confrontación guerrera entre cristianos y musulmanes, se establecen rápidamente relaciones de coexistencia pacífica. Es un cronista musulmán, el español Ibn Jobair, quien lo afirma, por otra parte, con admiración escandalizada, en ocasión de un viaje a Palestina realizado en 1184: «Los cristianos obligan a los musulmanes, en su territorio, a pagar una tasa, que es aplicada con toda buena fe. Esos mercaderes cristianos, a su vez, pagan en la zona musulmana por sus mercancías. El buen acuerdo entre ellos es perfecto y la equidad es observada en todas las circunstancias. Mientras las gentes de guerra se ocupan en su guerra, el pueblo permanece en paz... La situación del país, desde este punto de vista, es tan extraordinaria que el discurso no sería capaz de agotar la materia. ¡Que Dios exalte la palabra del Islam con su favor!»



Al lado de esos especiales «paganos» que son los musulmanes y ante los cuales la única actitud oficial cristiana puede ser la guerra santa, otros paganos, los que todavía adoran ídolos, se presentan de una manera completamente distinta: como posibles cristianos. Hasta finales del siglo XIII, cuando ya la Cristiandad se encuentra casi definitivamente constituida en Europa al oeste de Rusia, de Ucrania y de los Balcanes, un trabajo misionero casi incesante dilata el mundo cristiano. Una vez convertidos a la ortodoxia católica los invasores arrianos —visigodos y lombardos especialmente— y, más tarde, al comienzo del siglo VII, los anglosajones paganos, ese frente de evangelización, como hemos visto, se sitúa al este y al norte de Europa, tendiendo a confundirse con la expansión germánica. Cristianizada de manera más o menos pacífica la Germania occidental por los misioneros anglosajones, el más ilustre de los cuales fue San Bonifacio * (Winfrid), los carolingios (comenzando por Carlomagno, cuya conducta con respecto a los sajones es típica) inauguran una tradición de cristianización belicosa y forzada. La actitud defensiva de los carolingios frente a los paganos subsiste todavía hasta el 955, año en que se produce la doble victoria de Otón I sobre los magiares y los eslavos del Este y a partir de la cual se inicia una prolongada política agresiva por parte de los germanos, que proceden a la conversión de los paganos por la fuerza. A principios del siglo XI, Bruno de Querfurt reprocha a Enrique II, rey de Germania, no coronado aún emperador, el hecho de guerrear contra cristianos, los polacos, y olvidarse de los lutecios paganos, a los que conviene, según la palabra del Evangelio, forzar por las armas a entrar en la Cristiandad. A partir de ahora, el *compelle intrare* pasa a ser la consigna ante los paganos, a los cuales se aplica con facilidad el apelativo de bárbaros. El cronista Gallus Anonimus, en el siglo XII, al situar geográficamente a Polonia, escribe: «Hacia el mar septentrional, tiene por vecinas tres naciones de bárbaros, la Seleucia (país de los lutecios), la Pomerania y la Prusia, contra las cuales el duque de Polonia combate sin cesar, a fin de convertirlas a la fe. Pero no ha conseguido arrancar la perfidia de su corazón por la espada de la predicación ni extirpar su raza de víbora por la espada de la matanza.»

En efecto, frente a ese proselitismo conquistador, las resistencias son fuertes y los despertares del paganismo numerosos y violentos. En el año 973, una gran insurrección eslava, en el país de los veletas y de los obodritas, desbarata toda la organización eclesiástica entre el Elba y el Oder;

en 1038 se produce la sublevación popular polaca a favor del paganismo; en 1040 llega para Hungría la ocasión de apostatar. Y Gallus Anonimus subraya: «Los príncipes de estas naciones bárbaras vencidos en el combate por el duque de Polonia se refugian a menudo en el bautismo, pero, en el momento en que rehacen sus fuerzas, abjuran de la fe cristiana y reanudan la guerra contra los cristianos.» La predicación cristiana obtuvo casi siempre un fracaso cuando trató de dirigirse a los pueblos paganos y de persuadir a las masas. En general, no triunfó sino cuando supo conquistarse a los jefes y a los grupos sociales dominantes. Para los bizantinos y los musulmanes, la integración en la Cristiandad romana hubiera significado una pérdida cultural, la degradación a una cultura inferior. Para los paganos, en cambio, entrar en la Cristiandad suponía una promoción. Así lo comprendieron el franco Clodoveo a principios del siglo VI, el normando Rollón en el 911, el polaco Mesco en el 966, el húngaro Vaik (San Esteban) en el 985, el danés Harald del Diente Azul (950-986), el noruego Olaf Triggveson (997-1000). Por otra parte, las revueltas paganas toman forma, con frecuencia, de insurrecciones sociales. Las masas retornan al paganismo por hostilidad contra sus dirigentes cristianizados, que disponen, como norma, de fuerzas suficientes para reprimir rápidamente esas sublevaciones. De esta manera, la «nueva Cristiandad» medieval, contrariamente a la Cristiandad primitiva, largo tiempo integrada en su mayoría por gentes humildes, que habían acabado por imponer su fe al emperador y a una parte de las clases dirigentes, era una Cristiandad que había empezado por arriba y había sido convertida por la fuerza. No conviene perder nunca de vista esta mutación sufrida por el cristianismo en la Edad Media. En ese mundo de violencia, la primera violencia estuvo constituida por la conversión. Para esos hábiles jefes, que reconocieron el poder de promoción del cristianismo, la única duda estribó a veces en la elección entre Roma y Constantinopla. Mientras que polacos y húngaros, directa o indirectamente, se decidieron por Roma, rusos, búlgaros y servios se inclinaron por Bizancio. Una curiosa lucha de influencias se entabló en la Gran Moravia durante el siglo IX: el episodio de Cirilo y Método y el original ensayo de un cristianismo romano con una liturgia eslava. Tentativa tan efímera como el Imperio de la Gran Moravia. El catolicismo romano se impondría por fin en Moravia y en Bohemia con el Estado feudal de los Przemyslidas.

Estabilizada al norte de la cuenca occidental del Mediterráneo, donde, si bien consiguió rechazar a Bizancio y al Islam de España, Sicilia e Italia del Sur, fracasó en el siglo XIII en lo que respecta a Grecia y Palestina,

la Cristiandad occidental se fijó, pues, durante ese mismo siglo XIII, desde Lituania a Croacia.

* * *

Fue entonces cuando esa Cristiandad descubrió, entre los musulmanes y los bárbaros, una tercera especie de paganos: los mongoles. El mito mongol es uno de los más curiosos de la Cristiandad medieval. Los cristianos de la Europa Central, de la Pequeña Polonia, de la Silesia y de Hungría no podían dejar de reconocer en aquellos a los que llamaban tártaros y que los habían asolado en destructoras incursiones, a paganos puros y simples, que podían figurar entre los más crueles que las invasiones orientales empujaran hacia el Oeste. (Haciéndose eco de su terror, el cronista Mateo París escribe: «Son seres inhumanos y semejantes a bestias, que más bien deben denominarse monstruos que hombres, que tienen sed de sangre y que la beben, que buscan y devoran la carne de los perros e incluso la carne humana.»)

En el resto de la Cristiandad, por el contrario, entre los príncipes, los clérigos y los mercaderes, los mongoles hicieron nacer extraños sueños. Se les imaginó, no sólo dispuestos a convertirse al cristianismo, sino ya convertidos en secreto y sin aguardar más que una ocasión para declararlo. El mito del Preste Juan, por ejemplo, ese misterioso soberano cristiano, situado durante el siglo XIII en Asia (antes de serlo en África, durante el XV), nacido en las imaginaciones occidentales a favor de vagas noticias recogidas sobre los pequeños núcleos de cristianos nestorianos que habían sobrevivido en Asia, fue a recaer sobre los mongoles, a los que se creyó ya ganados por él al cristianismo. Un gran sueño se desarrolló a partir de esta ilusión: el de una alianza entre cristianos y mongoles, que, al oprimir al Islam en su abrazo, terminaría por destruirlo o convertirlo y haría, al fin, reinar la verdadera fe sobre toda la tierra. Tal fue la inspiración de las misiones enviadas a mediados de siglo a los mongoles: dos encomendadas a los dominicos y dos a los franciscanos por el papa Inocencio IV en 1245, una embajada despachada en 1249 por San Luis y aun en 1253 una misión dominica y la del franciscano flamenco Guillermo de Rubruk. Dos preciosas narraciones de viajes nos han quedado de esas aventuras, la de Guillermo de Rubruk y la de otro franciscano, el italiano Juan de Plan Carpin. Embajadas de la gran esperanza, que terminaron en inmensas decepciones. Decepción de San Luis, que nos relata Joinville: «El rey se arrepintió mucho de haber enviado mensajeros y presentes.» Decepción de Marco Polo, que intentó justificar, hacia finales de siglo, las esperanzas

puestas en la conversión de los mongoles y explicar su fracaso: «Si hombres hábiles en predicarles nuestra fe hubiesen sido enviados por el papa, el Gran Kan se habría hecho cristiano, porque es tenido por cierto que tenía gran deseo de serlo.»

Explicación basada en la mediocridad de los individuos, que permite al sueño sobrevivir, pero que no llega a engañar. Por otra parte, y en la misma página, Marco Polo pone en boca del Kan Gubilai un discurso en que el soberano mongol explica muy bien la incompatibilidad existente entre las estructuras sociales y políticas de los tártaros y el cristianismo.

El mito mongol suscitará alrededor del 1300 algunas expediciones más. Una serie de misiones, entre las que destacan las de Juan de Monte Corvino y del franciscano Odorico de Pordenone, consiguieron incluso la formación, aunque efímera, de pequeñas cristiandades asiáticas. La Cristiandad medieval continuó siendo europea, pero se había aventurado hasta los confines del mundo. «Los tártaros —escribe Joinville— eran originarios de una gran llanura de arena inculta y estéril. Esta llanura empezaba en una cadena de peñascos maravillosos, que forman los confines del mundo por el lado de Oriente y que nadie ha atravesado jamás, según testimonio de los tártaros, quienes aseguran que allí se encuentran constreñidos los pueblos de Gog y de Magog, los cuales deben venir al llegar el fin del mundo, cuando aparezca el Anticristo para destruirlo todo.»

Así, la Cristiandad, aun fracasando en Asia y en África (donde los primeros misioneros franciscanos recibieron la muerte a manos de los musulmanes), encontraba, por encima de sus experiencias, las fronteras de un mundo imaginario, cuya geografía seguirá siendo exacta a la de la Biblia.

* * *

La Cristiandad del siglo XIII parecía querer salir de sus fronteras. Había empezado a sustituir la idea de Cruzada por la de misión y daba la impresión de expandirse sobre el mundo.

No obstante, continuaba siendo el cerrado mundo de una sociedad que puede anexionarse por la fuerza nuevos miembros *(compelle intrare)*, pero que excluye a los demás y se define por un verdadero racismo religioso. La pertenencia o no pertenencia al cristianismo es el criterio de sus valores y de sus comportamientos. La guerra, que supone un mal si se lleva a cabo entre cristianos, se convierte en un deber cuando es dirigida contra los no-cristianos. La usura, que está prohibida para los cristianos, está permitida a los infieles, es decir, a los judíos. Porque los otros, todo ese mundo confuso de paganos, que la Cristiandad rechaza o contiene

fuera de sus fronteras, habitan también en su seno y son objeto de exclusiones que examinaremos más tarde.

Aquí nos limitaremos a definir en sus particulares perspectivas esta Cristiandad medieval que, entre las dos direcciones del cristianismo, la de religión cerrada, propiedad del pueblo elegido y nacida del Antiguo Testamento, y la de religión abierta, con vocación universal, trazada por el Evangelio, se ha encerrado en el particularismo. Sirvámonos otra vez de ese breviario del cristiano medio del siglo XII, el *Elucidarium*. El discípulo plantea, en efecto, a partir de los dos textos paulinos, el problema del cristianismo como religión abierta o cerrada: «Porque está escrito: El Cristo ha muerto por los impíos» (*Rom* 5, 6) y «Por la gracia de Dios, ha sufrido la muerte por todos» (*Heb* 2, 9). «¿Su muerte ha sido benéfica para los impíos?», pregunta el discípulo. Y el maestro contesta: «El Cristo ha muerto sólo para los elegidos.» Y en seguida acumula las citas que excluyen la posibilidad de que el Cristo haya muerto «para todos».

La tendencia de la Cristiandad hacia la clausura se nos muestra bien clara en su comportamiento en relación con los paganos. Ya antes de Gregorio el Grande, los monjes irlandeses se habían negado a evangelizar a sus detestados vecinos anglosajones, a los cuales deseaban confinar en el infierno, a fin de no exponerse a encontrárselos en el paraíso. El mundo pagano supuso durante largo tiempo una gran reserva de esclavos para el comercio cristiano, ya fuese ejercido éste por mercaderes cristianos o por mercaderes judíos en territorio cristiano. La conversión, que secaba tan fructuoso mercado, no se inició sin vacilaciones. Anglosajones, sajones, eslavos —estos últimos dieron su nombre al ganado humano de la Cristiandad medieval— aprovisionaron la trata medieval antes de verse integrados en la Cristiandad y protegidos, gracias a ello, contra la esclavitud. Uno de los mayores reproches que formula, a finales del siglo X, el obispo de Praga, Adalberto, a sus ovejas, a las que acusa de haber vuelto al paganismo, es el de vender esclavos cristianos a los mercaderes judíos de esclavos. Un no-cristiano no es un verdadero hombre. Sólo un cristiano, por lo tanto, puede gozar de todos los derechos humanos, entre ellos la protección contra la esclavitud. Los concilios de los siglos XII y XIII recuerdan sin cesar la prohibición que afecta a los cristianos de servir como esclavos o criados a los judíos y los sarracenos. La actitud cristiana, en esta materia, pone de manifiesto el particularismo cristiano, la solidaridad primitiva del grupo y la política correlativa del *apartheid* (1), con respecto a los grupos exteriores.

(1) En inglés en el original: segregación. — *N. del T.*

Otro breviario del cristiano medieval, un catecismo del siglo XIII, señala como primer precepto: «Tu Dios es único. No invocarás en vano el nombre de tu Dios.» La Cristiandad medieval, celosa de su Dios, se encuentra muy lejos del ecumenismo.

Y, sin embargo, esta sociedad cerrada, opaca y hostil a los demás, actuó, a pesar de sí misma, como una esponja, como un campo fertilizado por las infiltraciones extranjeras. Por ejemplo, al nivel de la técnica, se vio transformada por préstamos, tales como el del molino, de agua o de viento, venido de Oriente. En el plano económico, se mostró por largo tiempo pasiva ante Bizancio y el Islam, recibiendo de Constantinopla o de Alejandría, para su alimentación o su vestido, todo cuanto iba más allá de sus necesidades elementales: telas preciosas, especias... Se despertó a la economía monetaria por instigación del oro bizantino, el «besant», y de la moneda musulmana, el dinar de oro y el *dirhem* de plata. Su arte, desde los motivos de las estepas, que inspiran toda la orfebrería bárbara, hasta las cúpulas y los arcos apuntados, venidos de Armenia, de Bizancio o de Córdoba, no es original. Su ciencia, extraída por intermedio de los árabes de las fuentes griegas, necesitó nutrirse con préstamos. Si supo encontrar en su interior los resortes que le permitieron llegar a ser una fuerza creadora primero, después un modelo y un guía, fue en principio discípula, tributaria de todo ese mundo al que despreciaba y condenaba, del paganismo de la Antigüedad, del paganismo de los otros pueblos que la nutrieron y la instruyeron durante el largo período en que fue pobre y bárbara y creyó poder encerrarse en sus orgullosas certidumbres.

* * *

Ese mundo cerrado en la tierra, esa Cristiandad enmurallada aquí abajo, se abría ampliamente hacia lo alto, hacia el cielo. Material y espiritualmente no hay compartimientos estancos entre el mundo terrestre y el más allá. Sin duda, existen grados, que representan fosos que se han de franquear, saltos que se han de dar. Pero la cosmografía y la ascesis mística manifiesta por igual que, siguiendo las etapas a lo largo de una ruta, de la gran ruta de la peregrinación del alma, del itinerario, para usar el término elegido por San Buenaventura, se llega a Dios.

El universo es un sistema de esferas concéntricas: tal es la concepción general, si bien las opiniones se dividen sobre el número y la naturaleza de tales esferas. Beda (siglo VIII) consideraba que siete cielos rodean a la tierra —nuestro lenguaje familiar habla todavía de transportarnos al sépti-

mo cielo—. Son el aire, el éter, el olimpo, el espacio inflamado, el firmamento de los astros, el cielo de los ángeles y el cielo de la Trinidad. La herencia griega es evidente en la cosmografía de Beda, incluso en su terminología. La cristianización de esta concepción conduce a una simplificación de la que es testimonio, en el siglo XII, el *Elucidarium* de Honorius Augustodunensis, que distingue tres cielos: el cielo corporal visible, el cielo espiritual que habitan las sustancias espirituales, es decir, los ángeles, y el cielo intelectual, en el que los bienaventurados contemplan cara a cara a la Santísima Trinidad. Sistemas más científicos recogen el esquema de Aristóteles, que hacía del universo una disposición compleja de cincuenta y seis esferas. Los escolásticos añadían una esfera suplementaria exterior, la del «primer motor», desde la cual Dios pone en movimiento el conjunto del sistema. Algunos, como el obispo de París, Guillermo de Auvernia, en la primera mitad del siglo XIII, imaginan por encima del primer motor una nueva esfera, un empíreo inmóvil, residencia de los santos.

Lo esencial es que, pese al cuidado de los teólogos y la Iglesia por afirmar el carácter espiritual de Dios, el vocabulario permite a los cristianos representarse a Dios concretamente. Existe la doble preocupación de salvaguardar esta inmaterialidad divina y de no chocar con las creencias ingenuas en una realidad de Dios. Se habla de la realidad sustancial de Dios, lo cual resulta demasiado equívoco para satisfacer a la vez la ortodoxia doctrinal y los hábitos mentales de la masa. Honorius constituye un buen testimonio de esta voluntad de conciliación, algo delicada.

«¿En dónde habita Dios?», pregunta el discípulo.

«En todas partes en potencia; en el cielo intelectual en sustancia», responde el maestro.

Pero el discípulo vuelve a la carga:

«¿Cómo puede afirmarse que Dios está todo entero y siempre en todas partes al mismo tiempo y también que no está en ninguna parte?»

«Es que Dios —responde el maestro— es incorporal y, por consiguiente, no localizado, *illocalis*.»

Y con esto se contenta el discípulo, que sabe, además, que Dios está en sustancia en el cielo intelectual.

Ahora bien, para la masa, Dios existe corporalmente tal como la iconografía cristiana lo representa bien pronto. Los cristianos de la Edad Media han heredado del judaísmo esta imagen material de Dios. Cierto que ese Dios no se manifiesta a los hombres. «Tú no puedes ver mi faz —dice a Moisés—, porque el hombre no puede contemplarme y seguir viviendo» (*Éxodo*, 33, 20). Pero los antiguos judíos imaginaban a Dios sentado en un trono,

observando a los hombres desde lo alto del cielo. Y cuando, en el Génesis, se dice que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, los judíos —y, más tarde, la mayor parte de los cristianos medievales— entendieron que ese parecido era, en primer lugar, físico, por lo cual se representaban a Dios bajo rasgos humanos.

El cristianismo, particularmente después del Concilio de Nicea (325), ofreció a la adoración de los fieles un Dios a la vez uno y trino, la Santísima Trinidad, que, aparte las dificultades teológicas que provocó (numerosos teólogos, en el Occidente medieval, cayeron en las herejías antitrinitarias, y el trinitarismo constituyó una de las principales causas de la hostilidad albergada contra el cristianismo romano por otras religiones a pesar de todo próximas a él, como la ortodoxia bizantina), planteó a la masa un enigma correspondiente al misterio teológico. El tema trinitario ejerció su atracción especialmente en los medios teológicos eruditos, ya que el pueblo sólo parece haber recibido un eco limitado del mismo.

Del mismo modo, la devoción al Espíritu Santo parece cosa privativa de los doctos, por lo menos antes de la Baja Edad Media, en la cual se multiplicaron las cofradías y los hospitales puestos bajo la invocación del Espíritu Santo.

Abelardo funda, en 1122, un monasterio dedicado al Espíritu Santo, al Paráclito «consolador», lo que le hace objeto de vivos ataques. «Esta apelación fue acogida por muchos con extrañeza e incluso atacada con violencia, so pretexto de que no estaba permitido consagrar una iglesia exclusivamente al Espíritu Santo, como tampoco a Dios Padre, sino que era preciso, siguiendo la tradición antigua, dedicarla sea al Hijo solo, sea a la Trinidad.»

Las universidades celebraban, con ocasión de la solemne apertura de sus cursos, una misa del Espíritu Santo, inspirador de las artes liberales. Pero esta devoción se inscribe también en una piedad trinitaria muy ortodoxa, muy equilibrada, patrimonio de un medio culto. Los estatutos de Oxford anteriores a 1350 prescriben, por ejemplo:

«Como sea que la buena marcha de todos los asuntos depende de la estima que Dios presta a sus comienzos y ninguna buena construcción subsiste allí donde Cristo no es el fundamento, los maestros ordenan, de común acuerdo, que cada año, el primer día de la reapertura del curso, después de San Miguel, todos los maestros regentes se reúnan para hacer celebrar una misa del Espíritu Santo [...] y que el último día de cada trimestre hagan celebrar solemnemente una misa de la Trinidad y acciones de gracias.»

Para ciertos grandes místicos, como Guillermo de Saint-Thierry, la Trinidad supone el centro de la vida espiritual. La ascesis consiste en un itinerario a través del cual el hombre llega a encontrar la imagen de Dios, obliterada por el pecado. Las tres personas de la Trinidad corresponden a tres vías, a tres medios de ese progreso espiritual, cuyo proceso es, sin embargo, uno. El Padre preside la vía de la memoria; el Hijo, la de la razón; el Espíritu, la del amor. Así, el misterio trinitario se interioriza, informando las facultades del alma, al mismo tiempo que supernaturaliza el dinamismo espiritual.

Como desquite, en ciertos medios populares, la devoción al Espíritu Santo se degrada en culto a la santa inspiración o a la santa paloma, avatares de la tercera Persona de la Trinidad.

La devoción popular, poco familiarizada con la Trinidad o el Espíritu Santo, que percibían mejor los teólogos o los místicos, oscilaba entre una visión puramente monoteísta de Dios y un dualismo imaginativo, que va del Padre al Hijo.

La sensibilidad y el arte medievales no triunfaron fácilmente del antiguo tabú judío que prohibía la figuración realista, es decir, antropomorfa, de Dios. Dios fue, en un principio, representado por símbolos, que se prolongaron en la iconografía y probablemente en el psiquismo, una vez que se hubieron asentado las imágenes humanas de Dios.

Esas representaciones simbólicas de Dios presentan bien pronto la tendencia a designar de manera independiente al Padre o al Hijo, más que a la persona divina en su unidad.

Así la mano que surge del cielo, saliendo de una nube, pertenece por regla general al Padre. Supone en su origen un signo de mando. La misma palabra hebrea *iad* significa, a la vez, mano y poder. Esta mano, que podrá llegar a ser un signo parlante en tal o cual escena o dulcificarse en un gesto de bendición, se mantiene ante todo como una materialización de la amenaza suspendida siempre sobre el hombre. La quirofanía se rodea siempre de una atmósfera de respeto sagrado, si no de espanto. Los reyes medievales, que han heredado de ella su mano de justicia, se beneficiaban del poder intimidatorio de esta mano divina.

En cuanto al Cristo, en el cristianismo primitivo aparece con mayor frecuencia representado bajo la forma del cordero, portando la cruz o el estandarte de la Resurrección. Sin embargo, esta representación abstracta fue bien pronto puesta en entredicho, dado que ocultaba la humanidad, carácter esencial del Cristo. El liturgista Guillermo Durand, obispo de Mende, testimonia en el siglo XIII esta actitud llena de sentido. «Porque

San Juan Bautista señala con el dedo a Cristo y dice: He aquí el Cordero de Dios, algunos representan a Cristo bajo la apariencia de un cordero. Pero, por ser Cristo un hombre real, el papa Adriano declara que debemos representarlo bajo la forma humana. No es, en efecto, el Cordero el que debe aparecer sobre la cruz. Mas luego de haber figurado al Hombre, nada se opone a que se figure también el Cordero, sea en la parte baja, sea en el reverso de la Cruz.»

Insistiremos sobre esta humanidad de Cristo, fundamento de un humanismo liberador. Fue un elemento esencial en la evolución del Occidente.

De todas maneras, el antropomorfismo divino se mostró por largo tiempo a favor de Dios Padre. En la lucha contra el arrianismo sostenida del siglo V al VII, el deseo de insistir sobre la divinidad de Cristo llevó casi a confundir el Hijo con el Padre. La época carolingia, más inclinada a las manifestaciones del poder que a las expresiones de humildad, dejó en la sombra todo aquello que podía tomarse como una debilidad por parte de Cristo: los episodios amables de su vida, su intimidad con los pobres y los trabajadores, los aspectos realistas y sufrientes de su Pasión...

Dios, Padre o Hijo, o Padre e Hijo a la vez, *junger Mensch und alter Gott,* «Hombre joven y viejo Dios», como dice Walther von der Vogelweide, se transforma en el Dios de majestad. Dios que se presenta sobre su trono como soberano (Pantocrátor), aureolado con la mandorla, y que eleva a su más alto grado la herencia del ceremonial imperial que el cristianismo triunfante del Bajo Imperio le había atribuido. Dios, cuyo poder se manifiesta en la Creación (el Génesis eclipsaba en la teología, los comentarios religiosos y el arte a todos los demás libros de la Biblia), en el Triunfo (el Cordero y la Cruz se convierten en los símbolos de la gloria y no de la humildad), en el Juicio (desde el Cristo del Apocalipsis, con el puñal entre los dientes, hasta el Juez de los tímpanos románicos y góticos).

Dios ha pasado a ser un señor feudal: el *Dominus.* Los *Libri Carolini* copiaban, para darle todo su valor de referencia al estado social existente, una frase de San Agustín: «El Creador es llamado Creador en relación a sus criaturas, como el amo es llamado amo en relación a sus servidores.»

Los poetas del siglo IX hacían de Dios el dueño de la fortaleza celeste, que se parecía extrañamente al palacio de Aquisgrán.

Ese Dios de majestad es el Dios de los cantares de gesta, expresión de la sociedad feudal: «Damedieu» *(Dominus Deus),* el Señor Dios y, más explícitamente todavía:



IV. TAPICERÍA ROMÁNICA: EL MES DE ABRIL.

Tapiz del siglo XII, encontrado bajo el piso de la iglesia de Baldishol, en Hedmark, uno de los escasos ejemplares supervivientes del arte del tejido en esta época. Tejido y bordado eran considerados como artes nobles en lo que respecta a las mujeres (véase el bordado llamado Tapicería de la reina Matilde), al igual que la orfebrería, la metalurgia y la escultura en madera lo eran para los hombres. Las "sagas" hacen mención con frecuencia a las acciones heroicas inmortalizadas por el arte del tejido. En el presente ejemplar, el tema sirve de testimonio a la difusión de los meses por toda la Cristiandad. Abril es el mes de la renovación y de los señores. La composición es totalmente románica. La técnica y la ornamentación manifiestan la originalidad de las tradiciones nórdicas. (Oslo, Museo de Artes Decorativas, Kunstindustriemuseet.)

Yo os conjuro, por el Dios de majestad...,
Yo os conjuro a que me saludéis,

dice Oberón a Huón de Burdeos. Y, satisfecho, continúa:

Jamás saludo fue, en verdad,
Recompensado por el Dios de majestad
Mejor que el tuyo lo será, ¡Dios es testigo!

Todo el vocabulario del *Cur Deus Homo* de San Anselmo *, que data de finales del siglo XI, es feudal. Dios se nos muestra como un señor feudal, que manda sobre tres categorías de vasallos: los ángeles, que tienen sus feudos a cambio de un servicio fijo y perpetuo; los monjes, que sirven con la esperanza de recuperar la herencia perdida por sus padres felones, y los laicos, hundidos en una servidumbre sin esperanza. Todos ellos deben a Dios el *servitium debitum,* esto es, el servicio del vasallo. En su comportamiento con referencia a sus súbditos, Dios busca la conformidad a su honor señorial. El Cristo ofrece su vida *ad honorem Dei,* el castigo del pecador es deseado por Dios *ad honorem suum.*

A decir verdad, más que un señor feudal, Dios es un rey —*Rex,* es decir, más todavía que *Dominus*—. Esta soberanía real de Dios es lo que inspira el templo prerrománico y románico concebido como un palacio regio, surgido de la rotonda real irania para converger hacia la cúpula, o el ábside, donde truena el Pantocrátor. Esa misma soberanía modela la iconografía del Dios de majestad con sus atributos reales: el trono, el sol y la luna, el Alfa y Omega, insignias del poder universal; la corte de los ancianos del Apocalipsis o de ángeles, y a veces también la corona.

Esta visión real y triunfante de Dios no exceptúa en modo alguno a Cristo. Es el Cristo del Juicio final, que conserva en su flanco al descubierto, como un signo de victoria sobre la muerte, la llaga de la crucifixión. Es el Cristo en la Cruz, pero ostentando la corona, el Cristo de las monedas reales, todavía en el siglo XIII con la significativa leyenda del escudo de San Luis de Francia: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat,* Cristo vencedor, rey, emperador. Concepción monárquica de Dios, que, lejos de ser tan sólo un tipo de devoción —la de sujetos más que vasallos—, ha causado un impacto sobre la sociedad política del Occidente medieval. Los reyes y los emperadores, imágenes de Dios en la tierra, encontrarán en la Iglesia una ayuda poderosa para vencer precisamente a una concepción feudal que se esforzaba por paralizarlos. ¿Será necesario, en fin, siguiendo a

Norman Cohn, buscar tras ese Dios autoritario una imagen psicoanalítica del Padre, cuyo peso, ya sea el de su tiranía o el de su bondad, puede explicar tantos complejos colectivos de los hombres de la Edad Media, hijos obedientes o hijos rebeldes seguidores del Anticristo, prototipo del hijo rebelde?

De todas formas, al lado del Dios monarca, un Dios-hombre, de una humanidad humilde y cotidiana, se abre camino lentamente en las almas Ese Dios próximo al hombre no podía ser el Padre, ya que Éste, incluso bajo la forma paternalista del buen Dios, queda demasiado lejano. Y todo lo más puede parecer condescendiente. Por lo tanto, es el Hijo. La evolución de la imagen del Cristo en la devoción medieval no reviste caracteres de sencillez. La iconografía primitiva era ya por sí misma bastante compleja. Al lado del Cristo-Cordero había aparecido pronto un Cristo antropomorfo: Cristo-Pastor, Cristo-Doctor, jefe de una secta a la que ha de guiar y enseñar en medio de las persecuciones. La Cristiandad medieval, que tiende, como hemos visto, a reducir el Cordero a un atributo de Cristo-Hombre, que deja caer en desuso la imagen del Buen Pastor y guarda, en cambio, el tipo del Cristo maestro, ha multiplicado los símbolos y las alegorías cristológicas: molino y prensa místicas, que significan el sacrificio fecundate de Jesús; Cristo cosmológico, heredero del simbolismo solar, apareciendo, como en una vidriera de Chartres (siglo XII), en el centro de una rueda; símbolos de la viña y del racimo de uvas; símbolos animalísticos del león o del águila, signos de poder; o del unicornio, signo de pureza; o del pelícano, signo de sacrificio; o del fénix, signo de la resurrección y de la inmortalidad.

La aparición de Cristo en la piedad y la sensibilidad medievales ha seguido otras vías esenciales. La primera estriba, sin duda alguna, en la vía de la salvación. En el mismo momento (siglos VIII y IX) en que la humanidad de Cristo sufre un eclipse, se desarrolla un culto al Salvador que invade la liturgia y la arquitectura religiosa. El denominado templo-pórtico de la época carolingia, al que se ha considerado con justeza como el punto de partida para el desarrollo de la fachada, de la cara occidental (el *Westwerk*) de las iglesias románicas y góticas, responde a la expansión de ese culto al Salvador. El templo-pórtico sirvió para encuadrar la liturgia de la Resurrección y de otra liturgia enlazada con ella, la del Apocalipsis. Constituyó la representación monumental de la Jerusalén celeste, confundida con la terrestre en una de esas ósmosis tan típicas de la mentalidad y de la sensibilidad medievales en las que se funden realidades celestes y terrestres. Ahora bien, el Cristo-Salvador de la época carolingia está todavía unido a una piedad encerrada en sí misma. Y el tipo dominante de

templo es entonces una iglesia cerrada, circular, octogonal, basílica con doble ábside, que, más allá del arte carolingio, se prolonga en el arte otoniano e incluso en las grandes iglesias imperiales renanas de la época románica.

A partir del siglo XII, el Cristo-Salvador abre más ampliamente sus brazos a la humanidad. El Cristo se convierte en la puerta por la cual se accede a la Revelación y a la Salvación. Suger, el constructor de Saint-Denis *, dice que Cristo es la verdadera puerta: *Christus janua vera.* «¡Oh!, Vos que habéis dicho: "Yo soy la puerta y todo aquel que entre por Mí será salvado" —se dirige a Cristo Guillermo de Saint-Thierry—. Mostradnos con evidencia de qué residencia sois Vos la puerta, en qué momento y cuáles son aquellos a quienes la abriréis. La casa de la que Vos sois la puerta es... el Cielo que habita vuestro Padre.»

Así, el templo, símbolo de la casa celestial, acceso al cielo, se abre ampliamente. La puerta absorbe toda la fachada: tímpanos románicos, Pórtico de la Gloria de Santiago de Compostela *, grandes pórticos góticos...

Ese Cristo más próximo al hombre puede todavía acercársele más, tomando la forma de un niño. El éxito de Jesús niño, que se afirma durante el siglo XII, va parejo con el de la Virgen-Madre. Volveremos a examinar las circunstancias que sostienen ese éxito y lo hacen irresistible. Hombre que restaura al hombre, Cristo se convierte en el nuevo Adán al lado de la Virgen, nueva Eva.

Mas, ante todo, de manera paulatina, va tomando preponderancia el Cristo sufriente, el Cristo de la Pasión. La crucifixión, representada cada vez con mayor frecuencia, cada vez con mayor realismo, conserva indudablemente elementos simbólicos, pero estos elementos se inclinan ya hacia la nueva significación de la devoción al Crucificado. Tal ocurre con el enlace entre Adán y la crucifixión. La iconografía es testimonio de ello: cráneo de Adán representado al pie de la Cruz, leyenda de la Santa Cruz construida con la madera del árbol plantado sobre la tumba de Adán. Siguiendo la evolución de la devoción a la misma Cruz, se podría asimismo reconocer la forma en que, de símbolo triunfal —todavía conserva este sentido para los cruzados de finales del siglo XI—, pasa a ser símbolo de humildad y de sufrimiento, Simbolismo que a menudo tropieza con resistencias en los medios populares, especialmente entre los grupos heréticos, que, bajo la influencia directa de los orientales, de los bogomilos, por ejemplo, o por coincidencia fortuita con una tradición herética, se niegan a venerar un trozo de madera, símbolo de un suplicio infamante reservado a los esclavos, insoportable e inconcebible humillación de un Dios. Por un curioso rodeo, Marco Polo

encontrará esa misma hostilidad en el Gran Kan mongol, el cual, influido por el cristianismo nestoriano asiático, rechaza ante todo ese sacrilegio que comete el catolicismo occidental. «No admite a ningún precio que se lleve ante él la Cruz, porque sobre ella sufrió y murió un hombre tan grande como Cristo.» Crimen literalmente de lesa majestad del que el pueblo, unido a formas tradicionales de piedad y más lento en la adopción de mentalidades y sensibilidades nuevas, se resiente con frecuencia.

La devoción al Cristo Sufriente crea nuevos símbolos, nuevos objetos de piedad. A partir del siglo XIII aparece —junto a la veneración por las reliquias de la Pasión— el culto a los instrumentos de la Pasión. Esos instrumentos no sólo presentan un aspecto concreto, realista, sino que, además, ponen de manifiesto la sustitución de las insignias monárquicas tradicionales por otras nuevas. Desde este momento, la realeza del Cristo es ante todo la del Cristo coronado de espinas, anunciador del tema del *Ecce Homo*, que invadirá la espiritualidad y el arte del siglo XIV.

Por último, esta preeminencia del Cristo Sufriente se integra en una evolución que trae a primer plano toda la vida humana de Cristo. Surgen en el arte del siglo XIII ciclos realistas, que recuerdan, desde la Anunciación a la Ascensión, la existencia terrestre de Dios hecho Hombre. Tales ciclos deben mucho al gusto creciente por las «historias» y a la evolución de las representaciones teatrales de los misterios. El siglo XIV todavía acentuará más esa tendencia y sabida es la importancia iconográfica que reviste el ciclo de la vida de Cristo pintado por Giotto en la capilla de la Arena, en Padua (1304-1306).

Más adelante veremos el testimonio decisivo de una sensibilidad nueva, expresión de una sociedad nueva, que determina en el siglo XIII, y más aún en el XIV, la aparición del retrato individual. El primer retrato de la Edad Media fue el de Cristo. El arquetipo parece ser el *Santo Volto* de Lucques. San Lucas, retratista de Cristo antes de serlo de la Virgen, pasará a ser, en el siglo XV, el patrón de los pintores.

* * *

Frente a Dios, un poderoso personaje, que le disputa el poder en los cielos y en la tierra: el Demonio.

Satán no tiene durante la Alta Edad Media un papel de primer plano y todavía menos una personalidad acusada. Nace con nuestra Edad Media y se afirma en el siglo XI. Es una creación de la sociedad feudal. Con sus satélites, los ángeles rebeldes, constituye el tipo mismo del vasallo felón,

del traidor. El Demonio y el Buen Dios, he aquí la pareja que dominará la vida de la Cristiandad medieval. La lucha entre ambos explica a los ojos de los hombres de la Edad Media todo el desarrollo de los acontecimientos.

Claro está que, según la ortodoxia cristiana, Satán no es el igual de Dios, sino una criatura, un ángel caído. La gran herejía de la Edad Media será, bajo formas y nombres diversos, el maniqueísmo. Ahora bien, el punto clave del maniqueísmo estriba en la creencia en dos dioses, un dios del bien y un dios del mal, este último creador y amo de esta tierra. El gran error del maniqueísmo, de acuerdo con la ortodoxia cristiana, consiste en poner en un mismo plano a Dios y a Satán, al Demonio y al Buen Dios. Y así un teólogo como San Anselmo trata con tanto cuidado de evitar todo cuanto pueda asemejarse al maniqueísmo que rechaza de manera categórica una creencia tradicional, la del justo poder del Demonio sobre el hombre —los derechos del Diablo—. Pese a ello, todo el pensamiento, todo el comportamiento de los hombres de la Edad Media se hallan dominados por un maniqueísmo más o menos consciente, más o menos sumario. Para ellos, de un lado está Dios; del otro, el Demonio. Esta gran división domina toda la vida moral, la vida social, la vida política. La humanidad se ve dividida entre esos dos poderes que no conocen ni el compromiso ni las aproximaciones. Un acto es bueno: procede, por tanto, de Dios; el otro es malo: viene, pues, del Demonio. En el día del Juicio final, los buenos irán al Paraíso, los malos serán arrojados al Infierno. Si la Edad Media ha conocido el Purgatorio, se ha negado a reconocerlo. Le ha faltado esa base esencial para una dosificación del juicio, forzada por su maniqueísmo latente hacia la intolerancia. La bipartición de la humanidad en el tímpano de las catedrales supone la imagen implacable de esta intolerancia.

Negro y blanco. He aquí, sin medias tintas, la única realidad para los hombres medievales. Además, ¿acaso el negro no es el color del Demonio y el blanco el color de los ángeles, servidores fieles de Dios? En la *Leyenda dorada,* San Juan el Limosnero narra la edificante historia de un hombre llamado Pedro: «Pedro cayó enfermo y tuvo una visión. Se vio a sí mismo compareciendo ante el tribunal supremo y en uno de los platillos de la balanza, diablos completamente negros ponían sus pecados, mientras que, al otro lado, se mantenían tristemente los ángeles vestidos de blanco...»

Los hombres de la Edad Media se ven, pues, constantemente divididos entre Dios y Satán. Éste no es menos real que aquél, incluso se muestra menos avaro en sus encarnaciones y en sus apariciones. Ciertamente, la iconografía lo representa bajo una forma simbólica. Es la serpiente del pecado original que se interpone entre Adán y Eva. Es el Pecado, pecado de la

carne o del espíritu, separados o unidos, símbolo del apetito intelectual o del apetito sexual. Pero, sobre todo, aparece bajo diversos aspectos, más o menos antropomórficos, y a cada instante cada hombre de la Edad Media corre el peligro de verlo manifestarse. Tal es el contenido de esa terrible angustia que los atenaza sin tregua: ¡verlo aparecer! Todos y cada uno se saben constantemente espiados por «el antiguo enemigo del género humano».

Suele mostrarse bajo dos especies, residuo probable de un doble origen, como seductor, revistiéndose de engañadoras y atrayentes apariencias, o como perseguidor, ofreciéndose bajo su aspecto terrorífico.

Las más de las veces se presenta seductor a los hombres, cuya fuerza no puede vencer sino por el engaño: producto de la mentalidad feudal, para la cual, lo mismo en la vida moral que en la vida militar, el valiente no puede ser abatido sino por la traición.

El disfraz más corriente del Demonio consiste en tomar la apariencia de una muchacha de gran belleza. No obstante, la *Leyenda dorada* abunda en narraciones de peregrinos ingenuos o desfallecientes que sucumben ante el Demonio aparecido como falso Santiago.

El Demonio perseguidor, por el contrario, desdeña, en general, disfrazarse y se manifiesta ante sus víctimas bajo su propio y repulsivo aspecto. El monje Raúl Glaber le vio «una noche, antes del oficio de maitines», en el monasterio de Saint-Léger, de Champeaux, a comienzos del siglo XI. «Vi surgir al pie de mi cama una especie de enano, horrible a la vista. Era, hasta donde pude juzgar, de mediocre estatura, con el cuello delgado, el rostro demacrado, los ojos muy negros, la frente arrugada y crispada, las narices repulgadas, la boca saliente, los labios gruesos, el mentón huidizo y muy estrecho, la barba de chivo, las orejas peludas y puntiagudas, los cabellos erizados en maleza, los dientes de perro, el cráneo puntiagudo, el pecho hinchado, una joroba en la espalda, las nalgas trémulas, vestimentas sórdidas.» Ese último detalle confiere a la visión de Raúl Glaber una segura originalidad. El diablo perseguidor va, como norma, completamente desnudo. Con las mujeres, usa más bien de la fuerza que del engaño, pero, de todas maneras, recurre fácilmente a éste si con aquélla ha fracasado. Así actúa con Santa Justina, según la *Leyenda dorada*. «Tomó entonces la forma de un hermoso joven, se aproximó a la cama donde estaba acostada y quiso echarse sobre ella para besarla. Pero Justina, adivinando el espíritu maligno, lo rechazó con un signo de la cruz. Entonces el Diablo, con el permiso de Dios (reconozcamos en esta fórmula el cuidado de evitar todo maniqueísmo), la abrumó de fiebre...»

Las desgraciadas víctimas, tanto femeninas como masculinas, de Satán son, por regla general, una presa para los apetitos sexuales de los demonios: demonios íncubos, o masculinos, y súcubos, o femeninos.

Las víctimas de elección sufren los asaltos repetidos de Satán, que usa contra ellos de todas las artimañas, de todos los disfraces, de todas las torturas. La más célebre de esas heroicas víctimas del Diablo es San Antonio. Sus tentaciones continuarán siendo más allá de la Edad Media una fuente de inspiración para la fantasía desatada de los pintores y de los escritores, desde Jerónimo Bosch a Flaubert.

Disputado aquí en la Tierra entre Dios y el Diablo, el hombre es, por último, a su muerte objeto de una última y decisiva disputa. El arte medieval ha representado hasta la saciedad la escena final de la existencia terrestre, en la que el alma del difunto se ve casi descuartizada entre Satán y San Miguel antes de ser conducida por el vencedor hacia el Paraíso o el Infierno. Advirtamos que para evitar nuevamente la caída en el maniqueísmo, el adversario del Diablo no es Dios, sino su lugarteniente. Pero señalemos sobre todo que esta imagen, en la cual se cierra la vida del hombre medieval, subraya la pasividad de su existencia. Ella es la más alta y más penetrante expresión de su alienación.

Los poderes sobrenaturales de que gozan Dios y Satán no les están reservados exclusivamente. Ciertos hombres se encuentran dotados en cierta medida de ellos. Una de las capas superiores de la humanidad medieval se halla integrada por individuos provistos de dotes sobrenaturales. La tragedia de la existencia de la masa común se basa en no poder distinguir con facilidad entre los buenos y los malos, en verse constantemente engañada, en participar en ese espectáculo de ilusiones y de equívocos que es la escena medieval. Jacques de Voragine recuerda en la *Leyenda dorada* las palabras de San Gregorio Magno: «Los milagros no hacen al santo. No son más que su signo.» Y precisa: «Se pueden hacer milagros sin tener el Espíritu Santo, pues los malos mismos han podido alabarse de hacer milagros.»

Los hombres de la Edad Media no dudaron de que no solamente el Diablo puede, como Dios (con su permiso, claro está, pero el hecho no cambia en nada al efecto producido sobre el hombre), realizar milagros, sino que, además, esta facultad aparece también asociada a ciertos mortales, para bien o para mal. Y nace toda la equívoca dualidad de la magia negra y de la magia blanca, cuyos productos son, normalmente, imposibles de percibir para el vulgo. Es la pareja antitética de Simón el Mago y de Salomón el Sabio. De un lado, la tropa maléfica de los brujos; del otro, la tropa bendita de los santos. Por desgracia, los primeros suelen presentarse como santos

disfrazados. Pertenecen a la grande y embaucadora familia de los pseudoprofetas. Cierto que, al ser desenmascarados, pueden ser puestos en fuga mediante un signo de la cruz, una invocación oportuna, una plegaria idónea. Pero, ¿cómo desenmascararlos? Precisamente, una de las tareas esenciales de los verdaderos santos consiste en reconocer y expulsar a los hacedores de falsedad o, mejor, de milagros malignos, los demonios y sus satélites terrestres, los brujos. San Martín pasaba por ser un maestro en esa materia. «Brillaba por su habilidad en reconocer a los demonios —dice la *Leyenda dorada*—. Los descubría bajo todos sus disfraces.» La humanidad medieval está plagada de posesos, víctimas desgraciadas de Satán, oculto en su cuerpo, o de los maleficios de los brujos. Únicamente los santos pueden salvarlos, obligando a sus perseguidores a abandonarlos. El exorcismo es la función esencial de los santos. La humanidad medieval comprende una masa de poseídos, de hecho o en potencia, acosados entre una minoría de malos y un grupo escogido de buenos hechiceros. Anotemos aún que, si bien los buenos brujos se reclutan especialmente entre el grupo clerical, algunos laicos eminentes pueden deslizarse entre ellos. Es el caso, por ejemplo, volveremos a hablar de él, de los reyes hacedores de milagros, de los reyes taumaturgos, que testimonian un aspecto arcaico de la lucha entre sacerdotes y guerreros. Algunos de ellos, más hábiles, más fuertes o más afortunados, consiguieron apropiarse de una parte del poder que poseían los buenos brujos. En ellos se realiza el tipo del rey-sacerdote. Su escaso número y su relativo fracaso demuestran que la sociedad medieval pertenece solamente al tipo semiprimitivo.

* * *

Dentro de esta sociedad, los hombres cuentan, a decir verdad, con protectores más vigilantes y más asiduos que los santos o los reyes curanderos, a los cuales no siempre tienen la fortuna de encontrar en todo momento. Esos auxiliares infatigables son los ángeles *. Entre el cielo y la tierra existe un vaivén incesante. A la cohorte de los demonios, que caen sobre los hombres cuyos pecados los atraen, se opone la cohorte vigilante de los ángeles. Desde la tierra al cielo se alza la escalera de Jacob, por donde suben y bajan sin cesar en dos columnas las celestes criaturas. La que sube simboliza la vida contemplativa; la que desciende, la vida activa. Con la ayuda de los ángeles, los hombres ascienden por esa escalera. Su vida no es otra cosa que esta escalada, interrumpida por constantes caídas y recaídas. El *Hortus deliciarum* de Herrada de Landsberg enseña que ni siquiera los

mejores de entre los hombres son capaces de alcanzar en esta vida el último peldaño, mito de Sísifo cristianizado, que materializa la experiencia engañosa, aunque embriagadora, de los místicos. «Dios —reconoce Jean de Fécamp— no puede ser visto directamente. La vida contemplativa, que comienza aquí abajo, no llegará a la perfección sino en el instante en que Dios sea visto cara a cara. Cuando el alma dulce y simple, elevándose en la especulación y franqueando las ligaduras de la carne, contempla las cosas celestes, no puede permanecer largo tiempo por encima de sí misma, pues el peso de la carne la atrae hacia la tierra. Aunque se encuentre deslumbrada por la inmensidad de la luz que reina en lo alto, pronto es llamada a sí misma. Sin embargo, recoge de todas maneras un gran provecho de lo poco que ha podido saborear de la dulzura divina. Y pronto, embargada de un violento amor, se apresura a reemprender su vuelo...»

Cada cual tiene un ángel dedicado a su exclusivo servicio. La tierra de la Edad Media se halla ocupada por una doble población: los hombres y sus compañeros celestes. Mejor dicho, de una triple población, dado que, a la pareja del hombre y del ángel, se añade el mundo de los demonios al acecho.

Ésta es la alucinante compañía que nos presenta el *Elucidarium* de Honorius Augustodunensis:

«—Los hombres, ¿tienen ángeles guardianes?

»—Cada alma, en el momento de ser infundida en un cuerpo, es confiada a un ángel, que debe incitarla siempre al bien y comunicar todas sus acciones a Dios y a los ángeles en los cielos.

»—¿Los ángeles permanecen constantemente en la tierra con aquellos a los que guardan?

»—Si es preciso, acuden en su ayuda, sobre todo si han sido invitados a ello por medio de oraciones. Su venida es inmediata, ya que en un instante pueden descender del cielo a la tierra y regresar al cielo.

»—¿Bajo qué forma se aparecen a los hombres?

»—Bajo la forma de un hombre. Porque el hombre, que es corporal, no puede ver a los espíritus. Toman, pues, un cuerpo aéreo, que el hombre puede oír y ver.

»—¿Existen demonios que acechan a los hombres?

»—En cada vicio mandan demonios, que tienen a innumerables otros, bajo sus órdenes, que incitan sin cesar a las almas al vicio y comunican las malas acciones de los hombres a su príncipe...»

De este modo, los hombres de la Edad Media viven bajo ese doble espionaje constante. Jamás pueden estar solos. Ninguno es independiente.

Todos se encuentran atrapados en una red de dependencias terrestres y celestes.

Por otra parte, la sociedad celeste de los ángeles no es más que la imagen de la sociedad terrestre, o mejor, como creen los hombres de la Edad Media, ésta no es más que una imagen de aquélla.

El obispo Gerardo de Cambrai y de Arras afirma en 1205: «El Rey de los reyes organiza en órdenes distintos lo mismo a la sociedad celeste y espiritual que a la sociedad terrestre y temporal. Reparte según un orden maravilloso las funciones de los ángeles y de los hombres. Fue Dios quien estableció las órdenes sagradas en el cielo y en la tierra.»

Esta jerarquía angélica, cuyo origen se remonta a San Pablo, fue elaborada por el pseudo-Dionisio Areopagita, cuyo tratado *De la jerarquía celeste* tradujo Scoto Erígeno al latín en el siglo IX. Sin embargo, no penetró la teología y la espiritualidad occidentales sino en la segunda mitad del siglo XII. Su éxito será inmenso. Se impone a los universitarios del siglo XIII, con Alberto Magno * y Tomás de Aquino * a la cabeza. El Dante * está asimismo impregnado de ella. Su teología mística se degrada fácilmente en una imaginería popular, que le asegura una resonancia extraordinaria.

Esta concepción paralizante, que impide a los hombres trastocar el edificio de la sociedad terrestre sin hacer vacilar al mismo tiempo a la sociedad celeste, que aprisiona a los mortales en las mallas de la red angélica, añade al peso de los amos terrestres sobre los hombros de los humanos la pesada carga de la jerarquía angélica: serafines, querubines y tronos, dominaciones, virtudes y potestades, principados, arcángeles y ángeles. Los hombres de la Edad Media forcejean entre las garras de los demonios y la traba que suponen esos millones de alas que baten en la tierra como en el cielo y hacen de la vida una pesadilla de palpitaciones aladas. Porque la cuestión no estriba en que el mundo celeste sea tan real como el terrestre, sino en que ambos constituyen uno solo, en una inextricable mezcolanza que aprisiona a los hombres en las redes de un sobrenatural viviente.

* * *

A esta confusión —o, si se quiere, a esta continuidad espacial, que confunde, que une el cielo y la tierra— corresponde una análoga continuidad temporal: el tiempo no es más que un momento de la eternidad. Pertenece por entero a Dios y no puede ser más que vivido. Apoderarse de él, medirlo, sacarle partido o ventaja supone un pecado. Desviar una parcela de él significa un robo.

Este tiempo divino es continuo y lineal, por completo diferente del tiempo de los filósofos y sabios de la antigüedad grecorromana, que, si bien no profesaban todos el mismo, se hallaban todos más o menos tentados por un tiempo circular, siempre recomenzado, tiempo del Eterno Retorno. Sin duda, ese tiempo, a la vez perpetuamente nuevo, excluyente de toda repetición y, por lo tanto, de toda ciencia —nadie puede bañarse dos veces en el mismo río—, y perpetuamente semejante a sí mismo, ha dejado su huella en la mentalidad medieval. La supervivencia más evidente y la más eficaz, entre todos los mitos circulares, es la rueda de la Fortuna. El que es grande hoy día, mañana se verá rebajado; el que es humilde en el presente, la rotación de la Fortuna lo llevará pronto al pináculo. Sus variantes son múltiples. Todas vienen a decir, bajo una u otra forma, lo mismo que una miniatura italiana del siglo XIV: *Sum sine regno, regnabo, regno, legnavi,* «Estoy sin reino, reinaré, reino, he reinado». La imagen procede, sin duda, de Boecio y goza en la iconografía medieval de un extraordinario favor. Las enciclopedias, escritas o figuradas, de los siglos XII y XIII le procuran un pedestal: Honorius Augustodunensis, el *Hortus deliciarum,* el *Album* de Villard de Honnecourt, la *Somme le Roi.* En esta última se subraya el éxito que le asegura el diseño de las iglesias góticas, «esas iglesias catedrales, esas abadías reales, donde se halla la Dama de la Fortuna, que hace pasar las cosas de arriba abajo con mayor rapidez que un molino de viento». La rueda de la Fortuna es el armazón ideológico de los rosetones góticos. Explícitamente en la catedral de Amiens *, en San Esteban de Beauvais, en la catedral de Basilea, en tantos otros lugares. Estilizada, en todas las producciones del siglo XIII. Volveremos a hablar de ella, símbolo y expresión de un mundo en el que reina la inseguridad y en el que el ejemplo de esa inseguridad sirve como lección de resignación, de inmovilismo.

El mito descorazonador y reaccionario de la rueda de la Fortuna ocupa un lugar distinguido en el mundo mental del Occidente medieval. Mas, de todos modos, no ha conseguido evitar que el pensamiento medieval se negase a girar sin término y diera al tiempo un sentido, un sentido no giratorio. La Historia tiene un principio y un fin, he aquí la afirmación esencial. Ese principio y ese fin son, al mismo tiempo, positivos y normativos, históricos y teológicos. Tal es la causa de que toda crónica, en la Edad Media occidental, comience por la Creación, por Adán. Y aunque, por humildad, se detenga en la época en que escribe el cronista, se sobrentiende siempre como verdadera conclusión el Juicio Final. Como se ha dicho, toda crónica medieval es un «discurso sobre la Historia uni-

versal». De acuerdo con el genio del cronista, puede hacer de ese encuadramiento una causalidad profunda o una contracción formal de exposición. Incluso en el primer caso, puede verse utilizada —inconscientemente o no— como un instrumento pasional. Otón de Freising, por ejemplo, a mediados del siglo XII, se sirve de esta orientación de la duración para demostrar el carácter providencial, según él, del Sacro Imperio Romano-germánico. En cualquier caso, el lector moderno queda, por regla general, admirado ante el contraste que presenta la ambición de esta referencia global con la mezquindad del horizonte concreto de los cronistas e historiadores medievales. El ejemplo de Raúl Glaber, al comienzo del siglo XI, llama especialmente la atención, aunque podrían citarse docenas de otros nombres. Y al iniciar su crónica, censura a Beda y a Pablo Diácono por haber relatado solamente «la historia de su propio pueblo, de su patria». Él, por su parte, afirma que se propone «relatar los hechos acaecidos en las cuatro partes del mundo». Y, sin embargo, en la misma página, declara que establecerá «la sucesión de los tiempos» a partir de las fechas en que comienzan los reinados del sajón Enrique II y del Capeto Roberto el Piadoso. Pronto, el horizonte de sus *Historias* se constriñe hasta quedar reducido a lo que ha podido ver de la Borgoña, donde ha pasado la mayor parte de su vida; de Cluny, donde ha escrito lo esencial de aquéllas. Todas las imágenes que la Edad Media occidental nos ha dejado de sí misma están construidas según ese modelo. Grandes planes encerrados en un estrecho marco —los calveros de que hablábamos más arriba—, que de repente se ensanchan, en fulgurantes *travellings* hasta el infinito, a las dimensiones del universo y de la eternidad. Esta referencia global constituye el más bello aspecto del totalitarismo medieval.

El tiempo, pues, para los clérigos de la Edad Media y para aquellos a quienes se dirigen, es Historia. Y esta Historia tiene un sentido. Ahora bien, el sentido de la Historia sigue la línea descendente de un declive. En la continuidad de la Historia cristiana intervienen diversos factores de periodización, entre los cuales uno de los que obran con mayor fuerza es el esquema que calca la distribución del tiempo sobre la división de la semana. Esta vieja teoría judía pasa a la Edad Media a través de San Agustín, Isidoro de Sevilla y Beda. La Edad Media la acepta en todos los niveles del pensamiento, lo mismo en la vulgarización doctrinal de Honorius Augustodunensis *, que en la alta teología de Tomás de Aquino. Las miniaturas del *Liber Floridus,* de Lamberto de Saint-Omer, escrito en torno a 1120, ponen de manifiesto la popularidad de esta concepción. El macrocosmos —el universo— pasa, al igual que el microcosmos que es el hom-

bre, por seis edades, siguiendo los seis de la semana. La enumeración habitual distingue: la creación de Adán, la ley de Noé, la vocación de Abraham, la realeza de David, el destierro de Babilonia y el advenimiento de Cristo. Igualmente las seis edades del hombre son: la infancia, la adolescencia, la juventud, la edad madura, la vejez, la decrepitud (cuyos términos, según Honorius, vienen a ser: 7 años, 14 años, 21 años, 50 años, 70 años, 100 años o la muerte).

La sexta edad, a la cual ha llegado el mundo, corresponde a la decrepitud. Pesimismo fundamental impregna todo el pensamiento y toda la sensibilidad medievales. Mundo limitado, mundo moribundo. *Mundus senescit,* el tiempo presente es la vejez del mundo. Esta creencia, legada por la reflexión del cristianismo primitivo en medio de las tribulaciones del Bajo Imperio y de las grandes invasiones, se conserva aún viva en pleno siglo XII. Otón de Fleising escribe en su *Crónica:* «Vemos el mundo desfallecer y exhalar, por decirlo así, el último suspiro de la extrema vejez.» Este *leitmotiv* va más allá de la repetición trivial de un lugar común sobre la decadencia del presente hasta el recuerdo de un pasado glorioso, joven y pleno de virtud. *Laudator temporis acti.* La Edad Media no lo es por abandono a una tradición mental y literaria. Lo es por referencia a una creencia esencial. Con este pensamiento, toma toda su fuerza el comienzo de la *Vida de San Alexis,* lo mismo en su relación del siglo XI:

Bueno fue el siglo en los tiempos de los antiguos,
En él había fe, justicia y amor,
Creencia también, de la cual queda bien poco;
Todo está cambiado, perdido ha su color;
Ya no será tal como fue para nuestros abuelos,
En el tiempo de Noé y en el tiempo de Abraham
Y de David a quien Dios amaba tanto.
Bueno fue el siglo, ya no tendrá tal valor:
Viejo es y débil, todo va declinando,
Ha empeorado, pues ya no obra el bien.

que en su versión «feudalizada» del siglo XII:

Bueno fue el siglo en los tiempos de los antiguos,
En él había fe, justicia y amor,
Creencia también, de la cual queda bien poco;
Y tan cambiado que perdido ha su valor;

Ya no será tal como fue para nuestros abuelos.
El bien falta en él, no puede haber vigor.
No guarda fe la mujer a su varón
Ni el vasallo a su legítimo señor;
A sabiendas, perdemos a nuestro señor.
Débil es la vida, no durará largos días.
En el tiempo de Noé y en el tiempo de Abraham
Y en el de David, a quien Dios amaba tanto.
Bueno fue el siglo, ya no tendrá tal valor,
Ha empeorado, pues el bien va muriendo;
No guarda fe el padre a su hijo,
Ni el ahijado tampoco a su padrino,
Y los señores engañan a su mujer,
Los ordenados [los clérigos] llevan mal la ley:
De Dios se van transgrediendo los santos mandamientos
Y de la Iglesia, hija de Jerusalén,
Cada vez más se van debilitando;
La fe del siglo desfallece por entero;
Débil es la vida, no durará largo tiempo.

Y la modificación del siglo XIII, que concede un lugar a los nuevos ricos, los arrastra también hacia una catástrofe todavía más cierta y más próxima:

Alegría y gozo desfallecen por entero:
Bajo el cielo no hay hombre que riqueza haya tanta
Que no tema el tiempo del mañana:
El fin es próximo, según mi conocimiento.

El mismo tañido de campana en los medios goliárdicos. El célebre poema de los *Carmina Burana: Florebat olim studium...* es una lamentación sobre el presente. E. R. Curtius lo parafrasea así: «La juventud no quiere aprender nada más, la ciencia está en decadencia; el mundo entero marcha de cabeza; ciegos conducen otros ciegos (1) y los precipitan en el abismo; los pájaros se lanzan al aire antes de haber aprendido a volar;

(1) Tal es el tema del famoso cuadro de Breughel. Digamos aquí, de una vez por todas, que los elementos esenciales de las obsesiones que atormentaban a los hombres de la Edad Media se encuentran en dos grandes artistas cronológicamente posteriores: Bosch (hacia 1450-1516) y Breughel (hacia 1525-1569). Sin menospreciar todo lo que su pintura debe a las capas inferiores de las mentalidades y de las sensibilidades de su época, debe subrayarse que la obra de ambos puede considerarse como un resumen de la mitología y del folklore medievales.

el asno toca la lira, los bueyes danzan, los mozos de labor se alistan en el ejército. En cuanto a los Padres de la Iglesia, San Gregorio, San Jerónimo, San Agustín o San Benito, el padre de los monjes, se puede encontrarlos en la taberna, ante el tribunal o en la pescadería. María no quiere oír hablar de la vida contemplativa ni Marta de la vida activa. Lea es estéril, Raquel tiene los ojos legañosos. Catón frecuenta los figones y Lucrecia se convierte en una ramera. Cuanto antes se había odiado, ahora recibe alabanzas. Todo se ha salido de sus vías.»

De la misma manera, en el marco de una Historia urbanizada y aburguesada, Dante, el gran reaccionario en quien se resume la Edad Media, pone en boca de su antepasado Cacciaguida la lamentación sobre la decadencia de las ciudades y de las familias.

El mundo mengua al envejecer, se empequeñece, como «una capa que se encoge rápidamente» y en torno a la cual «el Tiempo gira con sus tijeras», para usar las palabras del Dante. Lo mismo ocurre a los hombres. Al discípulo del *Elucidarium* que le pide detalles sobre el fin de los tiempos, el maestro dice: «Los cuerpos de los hombres serán más pequeños que los nuestros, de la misma manera que los nuestros son más pequeños que los de los antiguos.» «Los hombres de otros tiempos eran bellos y grandes —escribe Guiot de Provins a principios del siglo XIII—. Ahora son niños o enanos.» Como en una pieza de Ionesco o de Beckett, los actores de la escena medieval tienen la impresión de achaparrarse sin cesar hasta el inminente advenimiento de este «Final de partida».

No obstante, en ese proceso irreversible de decadencia, en ese sentido único de la Historia, hay, si no cortes, al menos algunos momentos privilegiados.

El tiempo lineal se halla cortado en dos por un punto central: la Encarnación. Dionisio el Pequeño funda, en el siglo VI, la cronología cristiana, que progresa negativa y positivamente en torno al nacimiento de Jesús: antes y después de Jesucristo. Cronología impregnada de toda una Historia de la salvación. El destino de los hombres es absolutamente diferente según hayan vivido a un lado o a otro de este acontecimiento central. Antes de Cristo, ninguna esperanza para los paganos. Tan sólo los justos que esperaban en el seno de Abraham y a quienes el Cristo ha ido a liberar descendiendo a los Limbos serán salvados. Y eso que el tema del descenso de Jesús a los Limbos no aparece más que en el Evangelio apócrifo de Nicodemos y no se extiende sino muy tardíamente, en el siglo XIII, principalmente bajo la influencia del *Espejo histórico,* de Vicente de Beauvais, y de la *Leyenda dorada,* de Jacques de Voragine.

Dejando aparte la casa de los justos del Antiguo Testamento, únicamente alcanzan la salvación ciertos personajes aislados de la Antigüedad a quienes su popularidad ha arrancado del infierno por la puerta falsa de una santa leyenda.

El más popular de los héroes antiguos es Alejandro Magno, inspirador de todo un ciclo romántico, explorador —en batiscafo— del fondo de los mares, explorador también de los cielos, adonde fue conducido por dos grifos. A su lado, Trajano debe su salvación a un gesto misericordioso narrado en la *Leyenda dorada*. «Había en otro tiempo en Roma un emperador pagano llamado Trajano que, aunque pagano, había mostrado una gran bondad. Se cuenta que, un día en que se disponía a partir para una guerra, una viuda acudió a su encuentro, bañada en lágrimas, y le dijo: "¡Te suplico que vengues la sangre de mi hijo, muerto injustamente!" Trajano contestó que, si regresaba vivo de la guerra, vengaría la muerte del joven. Mas la viuda: "Y si tú mueres en la guerra, ¿quién me hará justicia?" Y Trajano: "¡El que reine después de mí!" Y la viuda: "Pero tú, ¿qué provecho obtendrás de ello si es otro el que me hace justicia?" Y Trajano: "Ningún provecho." Y la viuda: "¿No vale más que me hagas justicia tú mismo, de manera que te asegures la recompensa de tu buena acción?" Y Trajano, movido de piedad, descendió de su caballo y se ocupó de vengar la muerte del inocente.

»Se cuenta también que un hijo de Trajano, recorriendo a caballo las calles de la ciudad, había dado muerte al hijo de una pobre mujer: en vista de lo cual, el emperador dio por esclavo su propio hijo a la madre de la víctima y dotó magníficamente a esta mujer.

»Ahora bien, como un día Gregorio (Gregorio el Grande) pasaba por el Foro de Trajano, le vino al recuerdo la justicia y la bondad de ese antiguo emperador: de tal forma que, al llegar a la basílica de San Pedro, lloró amargamente y rogó por él. Y he aquí que una voz de lo alto le contestó: "Gregorio, he acogido tu demanda y librado a Trajano de la pena eterna. ¡Pero guárdate bien de venir otra vez a rogarme por ningún condenado!" Según Damasceno, la voz dijo simplemente a Gregorio: "Atiendo tu plegaria y perdono a Trajano." Este punto está completamente fuera de duda, pero no hay conformidad en los detalles que lo rodean. Los unos pretenden que Trajano fue nuevamente llamado a la vida, de manera que pudiese hacerse cristiano y obtener así su perdón. Otros aseguran que el alma de Trajano no fue librada por completo del suplicio eterno, sino que su pena fue simplemente suspendida hasta el día del Juicio Final. Otros más sostienen que el castigo de Trajano fue únicamente dulcificado, a

petición de Gregorio. Otros afirman que éste no rogó por Trajano, sino que lloró por él. Otros todavía estiman que Trajano fue eximido de la pena material, que consiste en ser atormentado en el infierno, pero no fue exceptuado de la pena moral, que consiste en ser privado de la vista de Dios.»

Larga narración que, a través de sus variantes y el desarrollo de una larga casuística sobre la salvación, manifiesta la dificultad con que, aun de modo excepcional, podía un personaje verse admitido durante la Edad Media en el seno del buen sentido de la Historia.

Beneficiario de un salvamento semejante, Virgilio, gracias a la cuarta égloga, se convierte en un profeta. Así lo encontramos en una miniatura alemana del siglo XII, incluido en el árbol de Jessé.

Salvo estas excepciones, los personajes de la Antigüedad desaparecieron en la *damnatio memoriae,* en la destrucción de los ídolos, en la supresión de esa aberración histórica, la Antigüedad pagana, que la Cristiandad medieval realizó tan completamente como le fue posible, al igual que derribó los monumentos paganos, con la sola limitación que le imponía su ignorancia y su pobreza técnica, las cuales obligaban a transformar para su uso una parte de esos templos normalmente destinados a la destrucción. El «vandalismo» de la Cristiandad medieval, que se ejerció lo mismo a costa del paganismo antiguo que de las herejías medievales —cuyos libros y monumentos aniquiló implacablemente—, no es más que una forma de ese totalitarismo histórico que le hizo arrancar todas las malas hierbas crecidas en el campo de la Historia.

Cierto que una pléyade de sabios antiguos —cuyos nombres se han convertido en simbólicos: Donato (o Prisciano), Cicerón, Pitágoras, Ptolomeo, Euclides, al cual hay que añadir Boecio— personifican a veces en los pórticos de las iglesias, la de Chartres, por ejemplo, a las siete artes liberales, pero cuando Aristóteles o Virgilio —aparte la excepción que hemos señalado más arriba— escapan de ese ostracismo y se deslizan en la iconografía de las iglesias medievales lo hacen siempre con el aspecto ridículo que les prestan las anécdotas inventadas a su cuenta: Aristóteles sirve de montura a la joven india Campaspe, a la que hace una corte de viejo verde; Virgilio queda suspendido en la canasta donde le deja expuesto a las burlas del público la dama romana que le había dado una cita engañadora.

De esta Historia antigua suprimida no queda, en definitiva, más que una sola figura simbólica: la Sibila, anunciadora de Jesucristo, que devuelve a la Antigüedad extraviada su sentido histórico.

Historia cristiana, a la que, en la segunda mitad del siglo XII, Pedro Comestor —Pedro el Comedor— da su forma clásica en su *Historia scolastica,* en la cual se trata deliberadamente a la Biblia como una Historia.

Historia sagrada, que comienza con un acontecimiento primordial: la Creación. Ningún libro de la Biblia ha obtenido tanto éxito ni ha suscitado tantos comentarios como el Génesis o, mejor todavía, como el comienzo del Génesis, concebido como una historia semanal, el *Hexaemeron.* Historia natural, en la que aparecen el cielo y la tierra, los animales y las plantas. Historia humana, sobre todo, con sus protagonistas, que serán los soportes y los símbolos de la humanidad medieval: Adán y Eva. Historia, en fin, determinada por el dramático accidente del que surgirá todo lo restante: la tentación y el pecado original.

Historia que, sin embargo, se divide de inmediato en dos grandes ramas: Historia sagrada e Historia profana, cada una de ellas dominada por un tema principal. En la Historia sagrada, la nota sobresaliente es un eco: el Antiguo Testamento, anuncio del Nuevo, en un paralelismo llevado hasta el absurdo. Cada episodio, cada personaje del Antiguo prefigura a los correspondientes del Nuevo. Tal Historia desemboca en la iconografía gótica, se extiende por los pórticos de las catedrales, en el frontispicio de los Precursores, en las grandes figuras paralelas de los profetas y los apóstoles. Ella es la encarnación temporal de esta estructura esencial de la mentalidad del Medievo: estructura por analogía, por eco. No existe realmente sino aquello que recuerda a algo o a alguien, aquello que ya ha existido alguna vez.

En la Historia profana, el tema fundamental es la transferencia del poder. El mundo, en cada época, tiene un solo corazón al unísono del cual y bajo el impulso del cual vive el resto del universo. Fundado sobre la exégesis orosiana del sueño de David, la sucesión de los imperios, de los babilonios a los medas y los persas, más tarde a los macedonios y, después de ellos, a los griegos y a los romanos, el tema es el hilo conductor de la filosofía medieval. Procede en un doble nivel: el del poder y el de la civilización. Su transferencia del poder, *translatio imperii,* es ante todo una transferencia del saber y de la cultura, *translatio estudii.*

Mas esta tesis simplista no se contenta con deformar la Historia, sino que acentúa el aislamiento de la civilización cristiana, rechazando las civilizaciones contemporáneas, la bizantina, la musulmana, las asiáticas. Se pliega a todas las pasiones, a todas las propagandas.

Otón de Freising señala el Sacro Imperio Romano-Germánico como su coronamiento. El poder supremo ha pasado «de Roma a los griegos, de

los griegos a los francos, de los francos a los lombardos, de los lombardos a los germanos».

Chrétien de Troyes lo transporta a Francia, en los célebres versos del *Cligès:*

Por los libros que tenemos
Conocemos los hechos de los antiguos
Y del mundo que fue en otro tiempo.
Los libros nos han enseñado
Que Grecia tuvo en caballería
Y en clerecía el primer premio.
Después lo tuvo Roma en caballería
Y de la clerecía la suma,
Que ahora posee Francia.
Dios quiera que se mantenga en ella,
Y que el lugar tanto la conforte
Que jamás salga de Francia
La gloria que en ella se ha fijado.

Ricardo de Bury, por su parte, en el siglo XIV, la traslada a Inglaterra: «La admirable Minerva hace el recorrido de las naciones humanas y pasa de un extremo al otro del universo, a fin de darse a todos los pueblos. Hemos visto ya que ha pasado por los indios, los babilonios, los egipcios y los griegos, los árabes y los latinos. Ha abandonado ya Atenas, ha dejado Roma, olvidado París y acaba de llegar felizmente a la Gran Bretaña, la más ilustre de las islas, microcosmos del universo...»

Cargada de pasión nacionalista, la concepción de la *translatio* inspira, sobre todo, a los historiadores y a los teólogos medievales la creencia en el predominio del Occidente. Este movimiento de la Historia desplaza sin cesar y cada vez más el centro de gravedad del mundo, desde el Oriente hasta el Occidente, lo cual permite al normando Orderic Vital, en el siglo XII, hacer participar a sus compatriotas normandos en la preeminencia. Otón de Freising escribe: «Todo el poder y la sabiduría humanas, nacidas en Oriente, han comenzado a rematarse en Occidente.» Y Hugo de Saint-Victor asegura: «La Divina Providencia ha ordenado que el gobierno universal, que, al principio del mundo, se hallaba en Oriente, se traslade hacia Occidente, a medida que los tiempos se acercan a su cumplimiento, para advertirnos que se acerca el fin del mundo, pues el curso de los acontecimientos ha llegado ya al extremo del universo.»

Concepción simplista y simplificadora, que tiene, a pesar de todo, el mérito de establecer una relación entre la Historia y la Geografía —*loca simul et tempora, ubi et quando gestae sunt, considerare oportet*—, «hay que considerar a la vez los lugares y los tiempos, es decir, dónde y cuándo se han producido los acontecimientos», escribe Hugo de Saint-Victor, y el de conceder valor a la unidad de la civilización.

A la escala más reducida de una Historia nacional, los clérigos de la Edad Media y, con ellos, su público retendrán los acontecimientos que hacen progresar a su país en el sentido general de la Historia, que lo hacen participar más estrechamente en la Historia esencial de la salvación. Así, para Francia, se señalan tres momentos culminantes: el bautismo de Clodoveo, el reinado de Carlomagno y las primeras Cruzadas, vistas como una gesta francesa, *Gesta Dei per francos*. En el siglo XIII, San Luis tomará en su mano la continuación de esta Historia providencial francesa, aunque en un contexto mental diferente, ya que el santo rey, si bien supone un nuevo momento en una Historia discontinua, que olvida los episodios no significativos para situar unos a continuación de otros los sucesos esenciales, se inserta también en una nueva trama histórica continua, la de las *Chroniques royales de Saint-Denis*.

Mas ni siquiera esta Historia cristianizada y occidentalizada es capaz de difundir en la Cristiandad medieval una alegría optimista. La frase de Hugo de Saint-Victor, citada anteriormente, lo expresa con toda claridad: la etapa es un final, el signo de la aproximación inminente del fin de la Historia.

De hecho, el esfuerzo histórico esencial de los pensadores cristianos medievales consiste en intentar frenar la Historia, en detener su caída. La sociedad feudal —con sus dos clases dominantes, *caballería y clerecía,* como dice Chrétien de Troyes— se considera como el fin de la Historia, al igual que Guizot verá en el triunfo de la burguesía, durante el siglo XIX, el coronamiento de la evolución histórica.

Detención de la Historia que los escolásticos tratarán de consolidar y fundamentar en la razón, sosteniendo que la historicidad es algo falaz, peligroso, y que lo único que cuenta es la eternidad intemporal. El debate entre los partidarios de una verdad progresivamente revelada (*Veritas filia temporis,* «la verdad es hija del tiempo», habría dicho Bernardo de Chartres) y los defensores de una verdad inmutable llena todo el siglo XII. Hugo de Saint-Victor, por ejemplo, se opone vivamente a la tesis de Abelardo, según la cual se exigía aun a los justos del Antiguo Testamento el conocimiento explícito de la encarnación de Cristo. Saint-Victor insiste en la *Historia*

dispensationis temporalis Divinae Providentiae. El plan providencial se desarrolla para él en el tiempo. Pero, un siglo más tarde, Santo Tomás de Aquino dirá todavía que la Historia de las doctrinas es inútil. Sólo interesa la parte de verdad que pudo contenerse en ellas. Argumento en parte polémico, sin duda, que permite al Doctor Angélico tomar lo que quiere de Aristóteles, desechando toda discusión sobre su inserción en un conjunto pagano. Mas también tendencia profunda de una búsqueda de la verdad en la inmutabilidad, de un esfuerzo por evadirse de un tiempo histórico movible.

Frente a esas dos tendencias, esto es, un historicismo decadente que conduce al pesimismo histórico y un optimismo intemporal que se interesa únicamente en las verdades eternas, emergen a la luz del día tímidos esfuerzos por revalorizar el presente y el futuro.

El más importante de esos esfuerzos es el que, aun aceptando el esquema de las edades del mundo y el diagnóstico de vejez atribuido al presente, subraya las ventajas de una tal vejez. Así, Bernardo de Chartres escribe: «Cierto que somos enanos encaramados en las espaldas de gigantes, pero por eso mismo alcanzamos a ver más lejos que ellos.» La frase hace girar hábilmente en beneficio del presente la imagen del empequeñecimiento histórico. Y San Buenaventura, en un pensamiento que Pascal volverá a utilizar más tarde, aceptará también la imagen de las edades y de la vejez del mundo para subrayar el acrecentamiento de los conocimientos humanos que de ella resulta.

¿Será éste, por lo tanto, todo el sentimiento de progreso del que la Edad Media haya sido capaz?

Al examinar el empleo de los términos *modernus, moderni, modernitas,* se percibe que algo está a punto de cambiar durante el siglo XII en la concepción del tiempo, en la consciencia histórica. Cierto que tales términos tienen principalmente un sentido neutro. Designan a los contemporáneos, en una extensión de presente que Walter Map evalúa en cien años, en contraposición a los *antiqui* que los han precedido. Mejor todavía, tanto el término como el hecho se hacen las más veces sospechosos, como observa Walter Map también: «Toda época ha sentido desagrado por su propia modernidad y cada edad ha preferido aquellas que la precedían.» Volveremos a encontrar esta aversión de la Edad Media por la novedad.

Y, no obstante, la *modernitas,* los *moderni* del siglo XII se afirman cada vez más con un orgullo que se advierte poderosamente desafiante ante el pasado, pletórico de promesas para el futuro. Se acerca el tiempo en que

el término constituirá un programa, una afirmación, una bandera. El IV Concilio de Letrán (1215) sancionará un *aggiornamento* del comportamiento y de la sensibilidad cristianas que abrirá las puertas a una modernidad, si no a un modernismo consciente de sí mismo. Las órdenes mendicantes serán las campeonas de ese cambio de valores. Así lo afirmarán los *Anales de Normandía* en el año 1215: «Esas dos órdenes —menores y predicadores— fueron acogidas por la Iglesia y el pueblo con una gran alegría, a causa de la novedad de su regla.» Sin embargo, esta puesta en marcha de la Historia, ese nuevo movimiento no habría sido posible a no ser por el florecimiento de nuevas actitudes frente al tiempo, surgidas de la evolución, ya no del tiempo abstracto de los clérigos, sino de los tiempos concretos, cuya red rodeaba a los hombres de la Cristiandad medieval.

* * *

Marc Bloch ha encontrado una fórmula eficaz para resumir la actitud que los hombres de la Edad Media adoptaron frente al tiempo: «Una vasta indiferencia».

Esta indiferencia se manifiesta, por ejemplo, en los cronistas, avaros de fechas —dotados como están de una insensibilidad a la cifra precisa, sobre la cual insistiremos—, que sustituyen por vagas expresiones: «en aquel tiempo», «entre tanto», «poco después»...

Y, en el nivel de la mentalidad colectiva, una confusión temporal básica mezcla pasado, porvenir y futuro. La confusión se manifiesta de manera muy particular en la persistencia de ciertas responsabilidades colectivas, expresión clara de primitivismo. Todos los hombres vivientes son responsables de la falta de Adán y de Eva, todos los judíos contemporáneos son responsables de la Pasión de Cristo, todos los musulmanes son responsables de la herejía de Mahoma. Como no ha dejado de observarse, los cruzados de finales del siglo XI no creían que su misión se dirigiese a castigar a los descendientes de los verdugos de Jesucristo, sino a los verdugos mismos. Así, en el arte, en el teatro, el anacronismo de los vestidos —que, como es sabido, se mantendrá durante largo tiempo— demuestra no solamente la mezcla de las épocas, sino más aún el sentimiento, la creencia de los hombres de la Edad Media en que todo cuanto es fundamental para la humanidad le es contemporáneo. A través de los milenios, la liturgia hace revivir cada año, en una extraordinaria condensación, la Historia sagrada. Mentalidad mágica, que hace del pasado presente, porque la trama de la Historia es la eternidad.

No obstante, la Encarnación implica una necesaria datación. Al ser dividida la Historia en dos épocas por la vida de Jesucristo, al fundarse toda la religión cristiana sobre este acontecimiento, resulta de ello una inclinación, una sensibilidad esencial a la cronología. Sin embargo, esta cronología no está ordenada a lo largo de un tiempo divisible en momentos iguales, exactamente medibles, lo que llamamos un tiempo objetivo o científico. Se trata, por el contrario, de una cronología «significativa». La Edad Media, tan ávida de fechar como podamos estarlo nosotros, no lo hace según las mismas normas ni las mismas necesidades. Lo que a ella le importa señalar en el tiempo difiere de lo que nos importa a nosotros. Admitida esta diferencia, esencial sin duda alguna, creo que, lejos de ser indiferentes al tiempo, los hombres de la Edad Media se mostraban singularmente sensibles a él. Cuando no son más precisos, se debe simplemente a que no sienten la necesidad de serlo, dado que el hecho que se evoca no tiene precisión de una cifra. Ahora bien, una referencia al tiempo falta muy raras veces. Tal ocurre en los cantares de gesta. En *Mainet,* el joven Carlomagno, héroe del poema, ataca a su enemigo Bradamante en un día de San Juan:

Barones, fue un día de fiesta de San Juan
Cuando Mainet bajó cerca de la tienda de Bradamante.

¿Alusión a la espada *Alegre* del joven, cuyo pomo contiene una reliquia, un diente de San Juan? ¿Evocación más o menos consciente de los ritos celebrados en la noche de San Juan y del papel que en los mismos representan los jóvenes? Sea lo que fuere, el poeta se ha preocupado de fechar.

Adenet el Rey, al comienzo de *Berthe au grand pied,* cuenta cómo ha leído las aventuras de su heroína en *Le livre aux histoires,* que encontró en la abadía de Saint-Denis:

En París, la ciudad, estaba yo un viernes.
Como era viernes, me vino el pensamiento
De que, para invocar a Dios, iría a Saint-Denis...
En Saint-Denis me quedé desde entonces hasta el martes.

De hecho, esas notaciones, que son en este caso las del día, dependen de diferentes sistemas de referencias cronológicas, que coexisten en la mentalidad de los hombres de la Edad Media. La realidad es que no existe un tiempo, una cronología unificada. Una multiplicidad de tiempos, tal es la realidad temporal para el espíritu medieval.

Pero retengamos en primer lugar esa necesidad cronológica, que en ningún otro campo es tan fuerte como en la Historia sagrada.

Todo lo que se refiere a Cristo está señalado por una exigencia de medida temporal. Así, en el *Elucidarium*, la cronología de la vida terrestre de Jesús aparece expuesta en detalle: la gestación de María: *Cur novem menses fuit clausus in utero?* (¿Por qué permaneció nueve meses encerrado en la matriz?); el momento de su nacimiento: *Qua hora natus est?* (¿En qué hora nació?); la duración de su existencia oculta: *Quare in triginta annis nec docuit nec signumfecit?* (¿Por qué durante treinta años no enseñó ni se manifestó?); la prolongación de su muerte física: *Quot horas fuit mortuus?: Quadraginta* (¿Cuántas horas estuvo muerto?: Cuarenta).

De la misma manera, el tiempo de la Creación exige una cronología exacta. Cronología hebdomadaria de la Creación; pero, asimismo, cómputo preciso de la Caída.

«"¿Cuánto tiempo permanecieron (Adán y Eva) en el paraíso?" "Siete horas." "¿Por qué no más largo tiempo?" "Porque, desde el momento en que la mujer hubo sido creada, traicionó en seguida; a la hora de tercia, el hombre, que acababa de ser creado, impuso nombres a los animales; a la hora de sexta, la mujer, apenas formada, gustó inmediatamente del fruto prohibido y tendió la muerte al hombre, que, por amor a ella, comió de él; y pronto, a la hora de nona, el Señor los expulsó del paraíso."»

Uso bastante extraño de la fecha, que hace datar la Creación y calcular las duraciones más o menos simbólicas de la Biblia. Al mismo tiempo que llevan hasta su límite la exégesis alegórica, los hombres de la Edad Media exageran su cuidado de tomar al pie de la letra las noticias de las Escrituras. Especialmente todo cuanto figura en los «Libros históricos» es considerado como un hecho real y fechado. Las crónicas universales comienzan por esas fechas, manifestando así una verdadera obsesión cronológica. Mas, por otro lado, no existe unanimidad en lo que se refiere a esta cronología. Jacques de Voragine lo confiesa ingenuamente cuando escribe: «No se está de acuerdo sobre la fecha del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo en la carne. Los unos dicen que tuvo lugar 5.228 años después del nacimiento de Adán, otros que ocurrió 5.900 años después de este nacimiento.» Y añade prudentemente: «Fue Método el primero en fijar este período en 6.000 años; pero lo ha encontrado más por inspiración mística que por cálculo cronológico.»

En efecto, la cronología medieval propiamente dicha, los medios para medir el tiempo, para conocer la fecha o la hora, los instrumentos cronométricos son en extremo rudimentarios. La continuidad con el mundo greco-

latino es en este aspecto absoluta. Los instrumentos de medida del tiempo continúan estando ligados a los caprichos de la Naturaleza (como el cuadrante solar, cuyas indicaciones no pueden producirse, por definición, sino durante el día y en tiempo soleado) o están basados en la medida de segmentos temporales tomados sin referencia a una continuidad, como el reloj de arena, la clepsidra y todos esos sustitutivos del reloj, inaptos para medir un tiempo datable, reducible a cifras, pero adaptados a la necesidad de medir jalones de tiempo concretos: candelas que dividen la noche en tres períodos y, para los tiempos cortos, plegarias, según las cuales se define el tiempo de un *Miserere* o de un *Pater*.

Instrumentos sin precisión, a merced de un incidente técnico imprevisible: nube, grano de arena demasiado grande, hielo... malicia de los hombres, que alargan o acortan la candela, precipitan o prolongan la recitación de la plegaria. Y, al mismo tiempo, sistemas variables de contabilidad del tiempo.

El año comienza en fechas diferentes en los diversos países de acuerdo con la tradición religiosa que posean, haciendo partir la redención de la humanidad —y la renovación del tiempo, por tanto— de la Natividad, de la Pasión, de la Resurrección de Jesús, incluso de la Anunciación. Y de este modo, una serie de «estilos» cronológicos coexisten en el Occidente medieval. El más extendido de ellos es el que hace comenzar el año en Pascua. El que triunfaría en el porvenir, es decir, el primero de enero, la Circuncisión, se hallaba por entonces muy poco extendido. El día comienza asimismo en momentos variables: al ocaso del sol, a medianoche, a mediodía. Las horas son desiguales. Se mantienen las viejas horas romanas más o menos cristianizadas: en primer lugar, maitines (hacia medianoche); después, en intervalos aproximados de tres horas actuales: laudes (las 3), prima (las 6), tercia (las 9), sexta (mediodía), nona (las 15), vísperas (las 18) y completas (las 21).

* * *

En la vida cotidiana, los hombres de la Edad Media se sirven de señales cronológicas tomadas a diferentes universos socio-temporales, que les vienen impuestos por las diversas estructuras económicas y sociales. Nada, en efecto, traduce mejor la estructura de la sociedad medieval que los fenómenos metrológicos y los conflictos que se cristalizan en torno a ellos. Las medidas —en el tiempo y en espacio— suponen un instrumento de dominación social de una extraordinaria importancia. Quien las domina refuerza singularmente su poder sobre la sociedad. Y esta multiplicidad de los

tiempos medievales se refleja en las luchas sociales de la época. Al igual que en los campos y en las ciudades se disputa en torno a las medidas de capacidad —que determinan raciones y niveles de vida— unas veces a favor y otras en contra de las medidas del señor o de la ciudad, la medida del tiempo será el objeto de luchas para tratar de arrancarla en lo posible a las clases dominantes: clero y aristocracia. De la misma manera que la escritura, la medida del tiempo continuará siendo, durante gran parte de la Edad Media, patrimonio de los poderosos, uno de los elementos de su poder. La masa no posee su tiempo. Es incapaz incluso de determinarlo. Obedece a los tiempos impuestos por las campanas, las trompetas y los olifantes.

Ahora bien, el tiempo medieval es, en primer término, un tiempo agrícola. En un mundo donde la tierra es lo esencial, donde la casi totalidad de la sociedad vive de ella, en la opulencia o la miseria, la primera referencia cronológica ha de ser por fuerza una referencia rural.

Ese tiempo rural es, en principio, el de la larga duración. El tiempo agrícola, el tiempo campesino es un tiempo de esperas y de paciencias, de permanencias, de vueltas a empezar, de lentitudes y, si no de inmovilismo, por lo menos sí de resistencia al cambio. No referido a acontecimientos, escapa a la necesidad de la fecha. O mejor, sus fechas oscilan dulcemente al ritmo de la naturaleza.

Porque el tiempo rural es un tiempo natural. Sus grandes divisiones son el día y la noche y las distintas estaciones. Tiempo contrastado, que alimenta la tendencia medieval al maniqueísmo: oposición de la sombra y la luz, del frío y del calor, de la actividad y de la ociosidad, de la vida y de la muerte.

La noche está llena de amenazas en ese mundo en que la luz artificial es rara (las técnicas de iluminación, incluso durante el día, no progresarán sino en el siglo XIII, con el auge del vidrio plano), peligrosa, provocadora del incendio en un mundo de madera —sobre esta materia, basta leer, entre otras mil, la narración que hace Joinville del incendio declarado por la noche en la cámara de la reina de Francia, a bordo del navío que la trae con San Luis de Tierra Santa—. Además, está acaparada por los poderosos: cirios de los clérigos y antorchas de los señores, que eclipsan los pobres candiles del pueblo.

Contra las amenazas humanas, las puertas se cierran y la ronda, en las iglesias, los castillos y las ciudades, vigila con celo. La legislación medieval castiga con un vigor extraordinario los delitos y los crímenes cometidos durante la noche. La noche es la gran circunstancia agravante de la justicia medieval.

Y, sobre todo, la noche es el tiempo de los peligros sobrenaturales. Tiempo de la tentación, de los fantasmas, del Diablo.

A comienzos del siglo XI, el cronista alemán Thietmar multiplica las historias de aparecidos, afirmando seriamente su autenticidad: «De la misma manera que Dios ha dado el día a los vivos, ha dado la noche a los muertos.» La noche pertenece a los brujos y a los demonios. En desquite, es el momento privilegiado del combate espiritual para los monjes y los místicos. La vigilia, la oración nocturna son ejercicios eminentes. San Bernardo recuerda la palabra del salmista: «En medio de la noche me he levantado para glorificarte, Señor.»

Tiempo de lucha y de victoria, toda noche recuerda la noche simbólica de Navidad. Abramos de nuevo el *Elucidarium* por el capítulo que se refiere a Cristo: «"¿A qué hora ha nacido?" "En medio de la noche..." "¿Por qué durante la noche?" "Para llevar la luz de la verdad a aquellos que andan errantes por la noche del error."»

En la poesía épica y lírica, la noche es el tiempo de la angustia y de la aventura. Y con frecuencia aparece unida a otra especie de oscuridad: el bosque. El bosque y la noche combinados significan el súmmum de la angustia medieval. Así, cuando Berta se halla extraviada:

La dama estaba en el bosque, cuán duramente lloraba...
Cuando la noche llegó, comenzó a sollozar...
¡Ah, noche, qué larga eres! Mucho se te ha de temer.

A lo cual hace eco, en un momento en que el tema se ha convertido ya en un lugar común ligeramente dulzón, Chrétien de Troyes en *Yvain:*

Y la noche y el bosque le causan
Grande enojo...

En contraposición, todo lo que es «claro» —una palabra clave en la literatura y en la estética medievales— es bello y bueno: el sol que resplandece sobre las armaduras de los guerreros y sobre sus espadas, la claridad de los ojos azules y de los cabellos rubios de los jóvenes caballeros... «Bello como el día»: la expresión no ha sido nunca tan profundamente sentida como durante la Edad Media. Y el deseo va tan lejos que Lodina, impaciente por volver a ver a Yvain, formula: «¡Que haga de la noche día!»

Otro contraste: el de las estaciones. A decir verdad, el Occidente medieval sólo conoce dos estaciones: el invierno y el verano. Si alguna vez

aparece la palabra primavera, es en la poesía erudita, como la de los Goliardos *. Por ejemplo, el poema *Omnia sol temperat* —el sol acaricia todas las cosas— magnifica «el poder de la primavera», *veris auctoritas,* mientras que otro de ellos opone entre sí primavera e invierno:

Ver etatis labitur,
Hiemps nostra properat.

(La primavera de la vida se desvanece,
Nuestro invierno se acerca.)

Sin embargo, también en este caso el confrontamiento se establece tan sólo entre dos estaciones, aunque éstas suelen ser habitualmente el verano y el invierno. Por otra parte, el verano es, en lengua vulgar, el tiempo de la renovación, la primavera de la poesía latina. María de Francia, en el canto de *Laostic,* habla «de una tarde de verano, cuando los bosques y los prados reverdecen y los vergeles están floridos».

La oposición invierno-verano constituye uno de los grandes temas del *Minnesang* *. La *Sommerwonne,* «la voluptuosidad del verano», se opone a la *Wintersorge,* «el enojo del invierno». En un célebre poema, Walther von der Vogelweide * canta al verano que «ahuyenta y arrincona el invierno de la triple preocupación»: la desaparición de los colores, el silencio de los pájaros, el fin de los goces al aire libre. Del mismo modo que el día lo hace con la noche, el verano disipa la «angustia», *Anger,* fruto del invierno, como canta Conrado von Würzburg:

Sumerzit
fröude git.

(El verano
da la alegría.)

Neidhart, más próximo a la mentalidad campesina, ordena al invierno que se retire, como se hacía en ciertos ritos de las fiestas folklóricas: «Vete, invierno, huye, porque tú haces daño.»

La personificación del verano en el *Minnesang* es el mes de mayo, mes de la renovación, lo cual viene a confirmarnos la ausencia de la primavera o, mejor aún, su absorción por el verano:

Messire Mai, à vous le prix,
Honni soit l'hiver.

(Señor mayo, para ti el premio.
¡Maldito sea el invierno!)

dice uno de los primeros poemas del *Minnesang.*

El «sentimiento de mayo» reviste tanta fuerza en la sensibilidad medieval que el *Minnesang* llega a crear un verbo especial para definirlo: «es maiet», «hace mayo», verbo de la libertad y de la alegría.

Nada expresa mejor ese tiempo rural de la Edad Media que el tema de los meses, repetido por todas partes: tanto en la escultura (tímpanos de las iglesias) como en la pintura (frescos y miniaturas), y en la literatura, donde informa un género poético especial. Los doce meses vienen representados por las respectivas ocupaciones rurales que en ellos se realizan: desde la poda de los árboles a la montanera del cerdo, su matanza en el lindero del invierno y las comilonas que esta matanza permite junto a la chimenea. En el tratamiento del tema pueden aparecer variantes, unidas a tradiciones iconográficas o a diferencias geográficas de la economía rural. La recolección es, con frecuencia, más tardía en los ciclos septentrionales, y las ocupaciones vitícolas no figuran siempre en ellos. En la poesía, se ha observado, por ejemplo, que el mes de abril ocupa a menudo en Francia el lugar de mayo en Alemania. En consecuencia, se ha atribuido a una influencia francesa el poema de Heinrich von Veldeke que canta abril:

In den Aberillen so die Blumen springen

en vez del mayo habitual en el *Minnesang.*

No obstante, por todas partes el ciclo sigue basándose fundamentalmente en los trabajos rústicos, si bien es preciso distinguir casi siempre en el interior de dicho ciclo campesino, de esta sucesión rural, un *hiatus* —en abril y mayo—, una incursión cortesana, señorial. Se trata de la cabalgata del señor, del joven señor en general, joven como la renovación del tiempo. Se trata, en una palabra, de la cacería feudal. De esta manera, un tema de clase social se desliza en el tema económico.

* * *

Ello se debe a que al lado del tiempo rural, o mejor, coexistentes con él, otros tiempos sociales se imponen: el tiempo señorial y el tiempo clerical.

El tiempo señorial es, en un comienzo, un tiempo militar. Señala en el año el período en que recomienzan los combates, cuando se exige el servicio del vasallo. Es el tiempo de la hueste.

Es también el tiempo de los pagos campesinos. Los mojones del año, como vamos a ver, están constituidos por las grandes fiestas. Entre ellas hay algunas que catalizan la sensibilidad del tiempo dentro de la masa campesina: los vencimientos feudales, cuando han de pagarse las rentas o censos, sea en especie, sea en dinero. Los plazos varían según las regiones y según los dominios. Sin embargo, una época se distingue particularmente en esta cronología de los pagos: el final del verano, en que se lleva a cabo la parte esencial del descuento señorial sobre las cosechas. La gran fecha del «término» es San Miguel (29 de septiembre), en ocasiones sustituido por el día de San Martín (11 de noviembre).

* * *

Pero el tiempo medieval es, sobre todo, un tiempo religioso y clerical.

Tiempo religioso porque el año es, en principio, el año litúrgico. Ahora bien, y es ésta una característica primordial en la mentalidad medieval, el año litúrgico, que sigue el drama de la Encarnación y la historia de Jesucristo, desde el Adviento a Pentecostés, ha sido rellenado poco a poco de momentos, de días significativos, tomados a otro ciclo, el de los santos. Las fiestas de los grandes santos han venido a intercalarse en el calendario cristológico y la fiesta de Todos los Santos (1 de noviembre) se ha convertido, al lado de Navidad, Pascua, Ascensión y Pentecostés, en una de las más grandes fiestas del año religioso. Lo que refuerza la atención que las gentes de la Edad Media prestan a tales fiestas, lo que les confiere definitivamente su carácter de fecha, es que, aparte las ceremonias religiosas especiales y con frecuencia espectaculares que las señalan, son los hitos de la vida económica: fechas de los pagos agrícolas, días de fiesta para los artesanos y los obreros.

Tiempo clerical, porque el clero, gracias a su cultura, domina la medida del tiempo. Únicamente él tiene necesidad, a causa de la liturgia, de medir el tiempo. Y sólo él es capaz de hacerlo, por lo menos de una forma aproximada. El cómputo eclesiástico se basa, en primer término, en el cálculo de la fecha de Pascua, para llevar a cabo el cual la Alta Edad Media se debatió largo tiempo entre un método irlandés y un método romano. Dicho cálculo supuso la base para los primeros progresos en la medida del tiempo. Sobre todo, el clero es el amo de los indicadores del tiempo. El

tiempo medieval se halla regido por las campanas. Los toques dados por los clérigos, por los monjes, por la servidumbre de los conventos, son los únicos puntos de referencia en toda la jornada. El toque de las campanas hace conocer el único tiempo cotidiano que puede ser medido aproximadamente: el de las horas canonicales, por el cual todos los hombres se regulan. La masa campesina se encuentra hasta tal punto sometida a ese tiempo clerical, que el universitario Juan de Garlande, a comienzos del siglo XIII, da de *campana* la fantasiosa pero reveladora etimología siguiente: «*Campane dicuntur a rusticis qui habitant in campo, qui nesciant judicare horas nisi per campanas.*» (Las campanas reciben su nombre de los campesinos que habitan la campiña y no saben conocer las horas sino por medio de ellas.)

Tiempo agrícola, tiempo señorial, tiempo clerical: lo que caracteriza en definitiva todos estos tiempos es su estrecha dependencia del tiempo natural.

Esta característica, tan evidente para el tiempo agrícola, lo es también, si se piensa en ello, para los otros dos. El tiempo militar está fuertemente ligado al tiempo natural. Las operaciones guerreras no comienzan sino con el verano y acaban con él. Una vez transcurridos los tres meses del servicio obligatorio en la hueste, se produce la desbandada de los ejércitos feudales. La constitución del ejército aristocrático medieval, basado en la caballería, acentúa esta dependencia. Una capitular de Pepino el Breve (751) sanciona la evolución. La hueste será desde ahora reunida en mayo y no en abril, con objeto de permitir a los caballos nutrirse en los prados reverdecidos.

La poesía cortesana, que toma su vocabulario de la caballería, llama al tiempo en que el amante corteja a su dama «el servicio de verano».

El tiempo clerical, por su parte, no está menos sometido a ese ritmo. No sólo la mayor parte de las grandes fiestas religiosas reemplazan a fiestas paganas que se hallan, a su vez, en relación directa con el tiempo natural —la Navidad, para dar el ejemplo más conocido, fue fijada para sustituir una fiesta del Sol en el momento del solsticio—, sino que, lo que es más importante, todo el año litúrgico se adapta al ritmo natural de los trabajos agrícolas. El año litúrgico ocupa, de Adviento a Pentecostés, el período del reposo de los campesinos. En contraposición, el verano y una parte del otoño, momento de la máxima actividad agraria, quedan libres de grandes fiestas, si se exceptúa la pausa de la Asunción de la Virgen María, el 15 de agosto, fiesta que, por otro lado, no se afirma sino muy lentamente, no entra en la iconografía hasta el siglo XII y no parece imponerse más que en el XIII. Jacques de Voragine testimonia un hecho significativo: el traslado de

la fecha en que se celebraba primitivamente la fiesta de Todos los Santos, desplazamiento que se lleva a cabo con objeto de no entorpecer el calendario agrícola. Esta fiesta, proclamada en Occidente por el papa Bonifacio a comienzos del siglo VII, había sido fijada entonces en el 13 de mayo, al ejemplo de Siria, donde la fiesta había aparecido ya en el siglo IV, en el cuadro de una Cristiandad esencialmente urbana. A finales del siglo VIII, fue transferida al primero de noviembre.

El motivo fue, según dice la *Leyenda dorada,* que «el papa juzgó mejor que la fiesta fuese celebrada en un momento del año en que estando ya terminadas las vendimias y las cosechas, los peregrinos pueden encontrar más fácilmente cómo nutrirse». Este período que abarca del siglo VIII al IX, que es el mismo en que Carlomagno da a los meses nuevos nombres que evocan en general los trabajos rurales, parece ser el momento decisivo en que se remata, como hemos visto, la ruralización del Occidente medieval.

El carácter fundamental de esta dependencia de las estructuras temporales de la mentalidad medieval —mentalidad de una sociedad rural primitiva— con respecto al tiempo natural, en parte alguna se manifiesta mejor que en los cronistas. Entre los acontecimientos que consideran más importantes, anotan todo cuanto se sale de lo normal en relación al orden natural: malas rachas climáticas, epidemias, hambres... Estas anotaciones, tan preciosas para el historiador de la economía y de la evolución social, son debidas directamente a la concepción medieval del tiempo como duración natural.

Esta dependencia del tiempo medieval con relación al tiempo natural se encuentra incluso en el mundo del artesanado y del comercio, más desligado en apariencia de esta servidumbre. En el mundo de los oficios, los contrastes entre día y noche, invierno y verano influyen de manera decisiva sobre la reglamentación corporativa. La prohibición habitual de trabajar por la noche deriva de ellos en gran medida. Muchos oficios tienen un ritmo de actividad diferente en invierno que en verano. A finales del siglo XIII, por ejemplo, los albañiles perciben salarios cuyo montante difiere según se trate de la estación muerta o del buen tiempo. Por lo que toca al universo de la actividad comercial, la navegación mercante queda inmovilizada durante el invierno, por lo menos hasta el final del siglo XIII, cuando se extiende el uso de la brújula y del timón de codaste o charnela. Incluso en el Mediterráneo, los navíos se detienen y permanecen en el fondeadero desde comienzos de diciembre a mediados de marzo. En los mares septentrionales, la estadía es con frecuencia mucho más larga todavía.

74. EL DEMONIO DEVORADOR DE HOMBRES.

El Demonio, que aparece en la iconografía medieval en proporción a las angustias constantes que inspira, no se halla más dramáticamente presente en ningún lugar que en los capiteles de la iglesia románica de Saint-Pierre de Chauvigny (siglo XII). El monstruoso Demonio que aprisiona con sus garras a su presa humana y se dispone a tragarla, se encuentra cercano a los dioses-lobo devoradores del folklore campesino. El tema fue legado al arte románico por los monjes irlandeses. En el Poitou, acaso se haya visto contaminado por la leyenda de la Grande Goule, *el dragón que devoraba en Poitiers a las religiosas de Radegunda, hasta que la santa puso fin a sus hazañas. (Chauvigny. Vienne, iglesia de Saint-Pierre.)*

75. EL TÉRMINO DE LA HISTORIA INDIVIDUAL Y COLECTIVA: EL JUICIO FINAL.

Toda la vida del cristiano se ordena hacia ese instante decisivo: el Juicio Final. Sin embargo, el tema no aparece ampliamente representado hasta el advenimiento del arte gótico, en especial en el tímpano de las catedrales del siglo XIII. La ordenación gótica lo presenta en dos niveles: abajo, la resurrección, garantía de esperanza, que significará, además, para los artistas góticos la ocasión de ensayarse en el desnudo (a veces maravillosamente logrado, como en Rampillon) y, en la parte superior, el Juicio, que preside San Miguel, cuya balanza enviará a los elegidos hacia el Paraíso y hacia el Infierno a los condenados, vigilados por la burlona cohorte de los diablos. En una parte de la escena que no aparece en la ilustración se ve a los elegidos conducidos por un franciscano (prestigio de la orden en la sociedad) y un rey (prestigio de San Luis y propaganda monárquica). La gracia angélica triunfa aquí en una obra del gótico florido, correspondiente a finales del siglo XIII (hacia 1280). (Bourges, tímpano del pórtico central en la catedral de Saint-Etienne.)

76. EL DEMONIO TENTADOR.

La acción primordial del demonio es la tentación, que atenta contra el libre albedrío del hombre. La tentación tiene sus héroes: los santos. Su prototipo es San Antonio, que asiste aquí, aterrorizado, al suplicio de un condenado martirizado por tres demonios (véase il. 60). (Vézelay, iglesia abacial de la Magdalena, capitel de la nave, entre 1120 y 1140.)

77. LOS INSTRUMENTOS DEL DIABLO: LA MÚSICA PROFANA Y LA MUJER.

La iconografía medieval se complace en multiplicar dentro de las iglesias las representaciones del diablo, incansable en asaltar al hombre con tentaciones repetidas. También en Vézelay, el Demonio presenta dos de sus instrumentos favoritos: la música profana y la mujer, incitadoras ambas de la lujuria. (Vézelay, iglesia de la Magdalena, capitel de la nave, entre 1120 y 1140.)

78. LA MUJER, INSTRUMENTO DEL DIABLO.

De todas las tentaciones del Diablo, la mujer es la más diabólica. En la ilustración, el Diablo la presenta a San Benito, que se defenderá de la tentación haciendo rodar su cuerpo desnudo sobre ortigas (véase il. 156), bajo la forma insidiosa de una compañera vestida, que, a primera vista, no tiene nada de seductora. Este capitel de Fleury se debe probablemente a Hugues de Sainte-Marie (véase il. 17) y es, por lo tanto, anterior a 1108. (Saint-Benôit-sur-Loire, iglesia abacial, capitel de la nave.)

79. LAS VÍCTIMAS TERRESTRES DEL DEMONIO: UNA POSESA.

Una de las más grandes misiones de los santos consiste en curar a los posesos, librándolos del Demonio, que, al introducirse en sus cuerpos, se apodera de su alma. La técnica de la repulsión es el exorcismo, reservado a los santos o a clérigos especializados, los exorcistas. Sobre uno de los vanos de la puerta de bronce de la basílica de San Zenón de Verona, obra germánica de finales del siglo XI (véanse ils. 62-63), el santo obispo libera del demonio a una princesa poseída. (Verona, basílica de San Zenón.)

80. DIOS: EL CRISTO SUFRIENTE DEL DESCENDIMIENTO.

La representación de la Crucifixión en sus diversos episodios corresponde, a la vez, a una evolución de la sensibilidad, más impresionada por el Cristo sufriente que por el Dios triunfante, y a una propaganda, particularmente viva en la Italia del Norte, hogar, en esta segunda mitad del siglo XII, de la herejía del catarismo, que negaba las realidades y los símbolos de la Cruz. Aquí, en la catedral de Parma, el gran Benedetto Antelami, en quien culminará la escultura lombarda después de Wiligelmo (Módena, 1099), esculpe en 1178 su Descendimiento. Sobre un fondo de follajes nielados, se destaca una composición todavía muy bizantina. El tema del descendimiento de la Cruz cobra un gran auge en Bizancio a partir del siglo X. El conjunto, con sus diversas escenas, debe mucho al drama litúrgico de la Pasión, cada vez más representado. (Parma, catedral.)

81 y 82. DIOS SUFRIENTE Y DIOS TRIUNFANTE.

Desde finales del siglo XII, los dos temas coexisten en la iconografía: Dios triunfante en su trono, Dios sufriente en la Cruz. Tal sucede en estas dos cubiertas de evangeliarios, que datan del siglo XIII, adornados con figuras esmaltadas en relieve, en las que se manifiesta la maestría del arte lemosín. Los cabujones prolongan el gusto bárbaro por las cosas coloridas y el oropel. En una de ellas (il. 82), el Cristo en majestad aparece coronado por los símbolos evangélicos de San Mateo y de San Juan. En la otra, la fusión entre los dos temas resulta muy atrayente: el Cristo crucificado se muestra al mismo tiem-



74

75



76



77

78



79







80



81

82



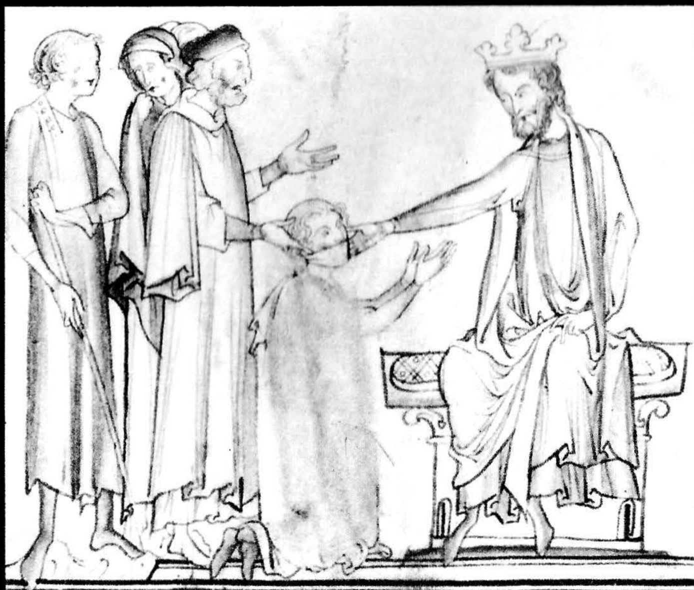


83



84

85



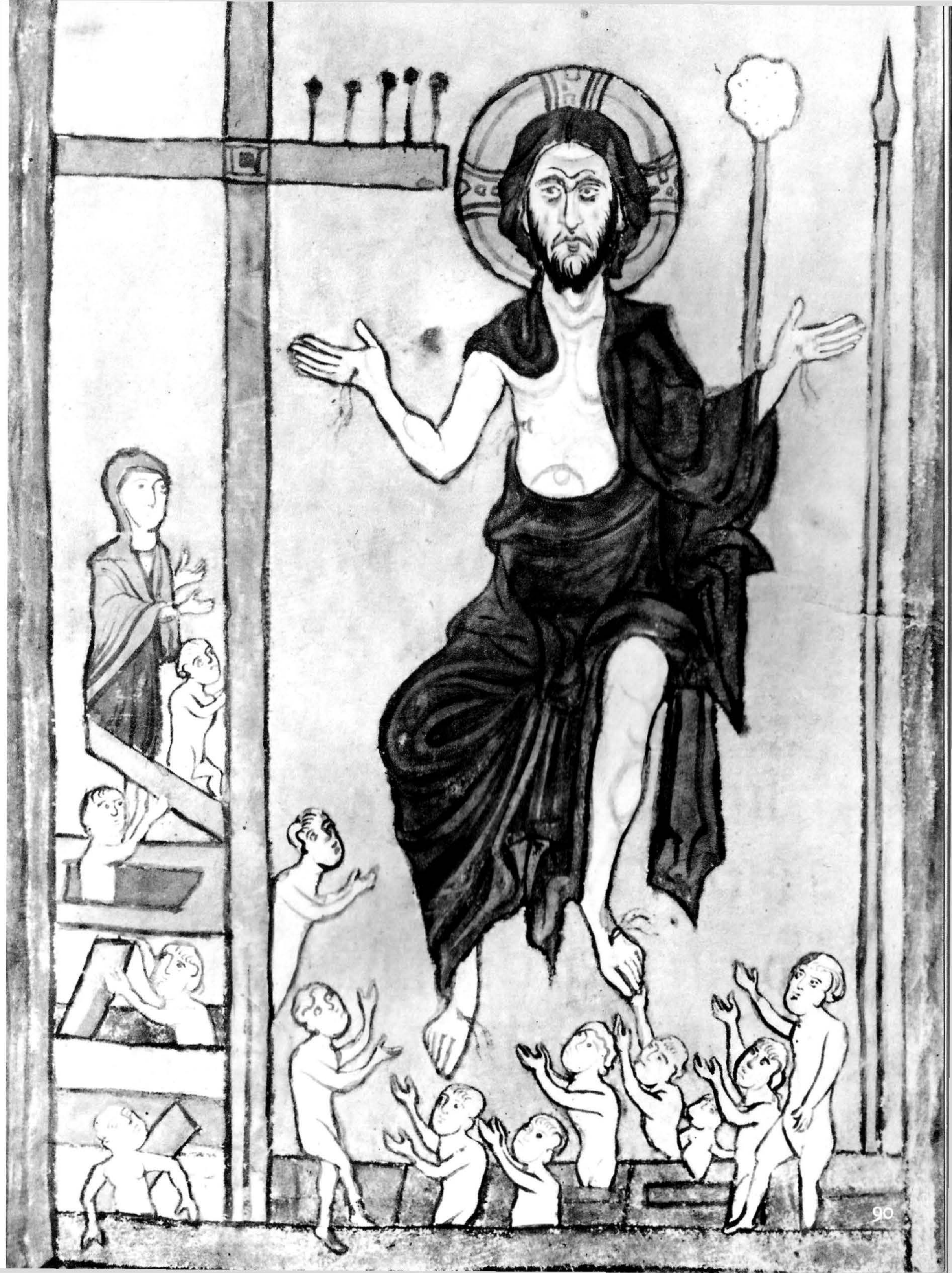




88

89





90



po coronado. A sus pies, la Virgen y San Juan son testimonio también de una inspiración iconográfica más reciente (il. 81). (París, Museo de Cluny.)

83. EL DIOS DE LOS TEÓLOGOS: LA TRINIDAD.

Hasta las postrimerías de la Edad Media, la Trinidad no conoce una gran popularidad en la iconografía de Occidente. Las representaciones simbólicas por intermedio de tres personajes o tres ángeles uno al lado del otro (por ejemplo, en el salterio de San Luis, París, Biblioteca Nacional, manuscrito latino 10525, fol. 7 vuelto) no se mantienen en él como en el Oriente ortodoxo. La que triunfa es la composición superpuesta al Padre de más edad, al Hijo más joven y al Espíritu Santo bajo la forma de paloma como en esta vidriera del siglo XIII. (Marburgo, iglesia de Santa Elisabet.)

84. CRISTO SALVADOR: EL CRISTO EN EL ÁRBOL DE LA VIDA.

*El culto al Salvador se afirma desde la época carolingia. En esta miniatura que ilustra un evangeliario encontrado en el tesoro de la catedral de Bamberg y que fue ejecutado en la abadía de Reichenau a principios del siglo XI, la representación del Cristo Salvador reúne diversos temas habitualmente separados. Cristo Salvador del Mundo aparece en el Paraíso, con los atributos de la victoria: el árbol de la vida y el globo del Universo. Sostiene en equilibrio el firmamento donde reina Dios Padre (en lo alto), el cielo con el sol y la luna (a derecha e izquierda) y la tierra, vivificada por el agua —*Fons vitae, *fuente de la vida— y personificada por una mujer que emerge semidesnuda. La vida se muestra, además, simbolizada por los cuatro ríos del Paraíso, en figura femenina (lo cual es excepcional), y los símbolos de los cuatra evangelistas, ríos místicos de la palabra de Cristo. La miniatura es comentada por el versículo de San Juan (7, 17): "Si alguien tiene sed, que beba y que tenga la vida eterna." (Munich, Biblioteca del Estado Bávaro, Clm 4454, fol. 20 vuelto.)*

85. UN REY TAUMATURGO: EDUARDO EL CONFESOR.

Los reyes medievales intentaron hacerse reconocer un poder milagroso de curación. Los reyes de Francia, al curar las escrófulas, parecen haber obtenido más éxito que los reyes de Inglaterra. No obstante, en el siglo XIII, la propaganda inglesa consiguió que se atribuyese ese poder a Eduardo el Confesor, no como rey, sino como santo. En las vidrieras del siglo XIII que adornan la abadía benedictina de Fécamp, los milagros de San Eduardo figuran al lado de los de San Luis curando los leprosos. La ilustración, una miniatura incluida en un manuscrito del siglo XIII, La Estoire de seint Aedward le Rei, *presenta a Eduardo el Confesor curando a una mujer escrofulosa. (Cambridge, Biblioteca Universitaria, manuscrito E D III S. 9.)*

86. LOS ÁNGELES: ÁNGELES DE LA RESURRECCIÓN.

Los ángeles son los intermediarios entre Dios y el hombre. En el presente caso, lo llaman a la Resurrección: "Y los siete ángeles, que tenían siete trompetas, se dispusieron a tocarlas" (Apocalipsis, 7, 6). Se trata de un detalle de los frescos que fueron pintados hacia 1200 por el maestro de Lluçà en el coro de la iglesia de Sant Pau de Narbona, Casserres, en Cataluña. (Solsona, Museo Arqueológico Diocesano.)

87. LOS ÁNGELES: EL ÁNGEL EXTERMINADOR.

Los jinetes del Apocalipsis fueron representados ya en un capitel de la torre-pórtico de Saint-Benoît-sur-Loire, al comienzo del siglo XI. El texto del Apocalipsis (6, 8): "He aquí el caballo pálido; y el que lo montaba tenía por nombre Muerte y el infierno lo seguía; y se le dio poder en las cuatro partes del mundo para dar muerte por la espada, el hambre, la muerte y las bestias salvajes", experimentó, a través de la evolución de la iconografía, cambios sensibles. Como en este capitel de Saint-Nectaire (siglo XII), acaba por no quedar sino un jinete blandiendo tres flechas, que representan la guerra, el hambre y la epidemia (en latín mortalitas *evocado por* mors*). Por último, el jinete se metamorfosea en un ángel, el ángel exterminador. (Iglesia de Saint-Nectaire, Puy-de-Dôme.)*

88. LOS ÁNGELES: EL ARCÁNGEL DE LA ELECCIÓN ETERNA, SAN MIGUEL.

San Miguel cumple en la Edad Media diversas funciones. Santo militar (combatiendo contra el dragón), honrado en las alturas (del Monte Gargano al Mont-Saint-Michel, pasando por todas las capillas situadas en lugares elevados, que le estaban dedicadas desde la época carolingia), acabó por especializarse como presidente del tribunal en el Juicio Final. Pesa las almas en la balanza y cuida de que el diablo no la haga inclinarse indebidamente hacia el lado malo. Es el último aliado del hombre en el umbral de la Eternidad, sabiendo, si es preciso, dar el golpe necesario para "hacer inclinar la pesada". El pesador de almas fue pintado durante el siglo XIII por el maestro de Soriguerola en este panel, procedente de uno de los lados de un altar que figura en una iglesia situada en el valle de Ribas, Cataluña. (Vich, Museo Episcopal.)

89. LA ANGUSTIA DE LA SALVACIÓN: EL TEMIDO TIEMPO DEL ANTICRISTO.

Al Anticristo nace en el cristianismo de una larga tradición que se remonta al Apocalipsis. Parece proceder de una elaboración de la primera bestia o del dragón del Apocalipsis. El comentario de Beatus de Liebana, redactado a finales del siglo VIII (véase il. 22), y sus ilustraciones hacen de él un personaje en figura humana, al que la Edad Media teme constantemente ver aparecer.

Los horrores que ha de cometer están imaginados sobre el modelo de las calamidades medievales. Por ejemplo, esta miniatura del Beatus de San Severo (siglo XI) destruye una ciudad y después da muerte a sus habitantes. El texto del Apocalipsis que inspiró, a través de Beatus, esta escena es el pasaje (11, 1-13) en que la bestia (convertida aquí en el Anticristo) da muerte a los dos testimonios de Dios, llamados Elías y Enoc por Beatus, y a los que se unía toda una tradición escatológica. Obsérvese la representación obsesiva de las armas mortíferas, sobre todo la espada. Es el tiempo en que la Iglesia trata de imponer las instituciones de paz. (París, Biblioteca Nacional, manuscrito latino 8878, fol. 155.)

90. LA ANGUSTIA DE LA SALVACIÓN: EL CRISTO SALVADOR.

El culto al Salvador se acompaña durante el siglo XIII de una devoción destinada a gozar de una gran popularidad: la devoción a los instrumentos de la Pasión: la cruz, los clavos, la esponja, la lanza. Ese tema doloroso se combina en esta miniatura de un salterio checo o polaco, que data de comienzos del siglo XIII, con el de la victoria sobre la muerte. Cristo aparece en la actitud tradicional de majestad y la resurrección de los humanos subraya el hecho de que la Pasión ha significado la Redención de la humanidad. (Zwettl, Austria, Biblioteca del Monasterio Cisterciense, Códice 204, fol. 83.)

91. LA ANGUSTIA DE LA SALVACIÓN: LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS.

Ese libro de perícopas (o evangeliario), que contiene los pasajes del Evangelio leídos en la misa, fue ejecutado durante los primeros años del siglo XI en la abadía de Reichenau. Estaba destinado al emperador Enrique II, quien lo ofreció a la iglesia abacial de San Esteban, Bamberg, consagrada en 1020. Los muertos surgen de sus tumbas a la llamada para el Juicio Final de los cuatro ángeles tocadores de tuba, escoltados por los Cuatro Vientos. El pintor de Reichenau, muy personal, ha modificado numerosos detalles, convertidos en tradicionales a partir de él. Por ejemplo, ha vestido a los muertos, que se muestran desnudos en las representaciones habituales de esta escena. (Munich, Biblioteca del Estado Bávaro, Clm 4452, fol. 57.)

El tiempo medieval comienza a cambiar —lentamente todavía— en el curso del siglo XIV. El éxito del movimiento urbano, los progresos de la burguesía de comerciantes y de empresarios, que experimentan la necesidad de medir más exactamente el tiempo del trabajo y las operaciones comerciales —bancarias sobre todo, con el desarrollo de la letra de cambio—, rompen y unifican los tiempos tradicionales. Ya en el siglo XIII, el grito o la trompa del vigilante indicaba el comienzo de la jornada y pronto la campana del trabajo aparece en las ciudades comerciales, en particular las ciudades con industrias textiles de Flandes, Italia, Alemania... Además, el progreso técnico, sostenido por la evolución de la ciencia que criticaba la física aristotélica y tomista, rompe el tiempo y lo hace discontinuo, permitiendo la aparición de los relojes medidores de la hora en el sentido moderno, es decir, como la veinticuatroava parte del día. Cierto que el reloj de Gerbert, construido hacia el año 1000, no era aún más que un reloj de agua, tal como el que describe todavía el rey de Castilla Alfonso el Sabio en el siglo XIII, si bien éste más perfeccionado. Sin embargo, es al final de este mismo siglo cuando se lleva a cabo el progreso decisivo con el descubrimiento del mecanismo de escape, del cual nacen los primeros relojes mecánicos que se extienden por Italia, Alemania, Francia e Inglaterra y, más tarde, por toda la Cristiandad durante los siglos XIV y XV. El tiempo se laiciza. Un tiempo laico, el de los relojes de las torres o atalayas, se afirma frente al tiempo clerical de las campanas de las iglesias. Mecanismos frágiles todavía, que se descomponen con frecuencia y que continúan siendo tributarios del tiempo natural hasta el punto de que el comienzo de la jornada varía de una ciudad a otra y parte muy a menudo del momento, siempre variable, del orto y el ocaso del sol.

Sin embargo, el impulso es lo suficientemente fuerte para que incluso Dante —*laudator temporis acti*— perciba que una manera de medir el tiempo se halla en vías de desaparición y, con ella, toda una sociedad, la de nuestra Edad Media.

Todavía Cacciaguida se lamenta sobre ese tiempo difunto:

Fiorenza, dentro della cerchia antica,
ond'ella toglie ancora e terza e nona,
si stava in pace, sobria e pudica.

(Florencia, en el interior del círculo de sus antiguas murallas, donde se conservaba aún el reloj que daba la tercia y la nona, vivía en paz, sobria y virtuosa.)

* * *

Ahora bien, antes de esa gran sacudida, lo que importa a los hombres de la Edad Media no es lo que cambia, sino lo que perdura. Como se ha dicho, «para el cristiano de la Edad Media, sentirse existir significaba sentirse ser, y sentirse ser suponía sentirse no cambiar..., sentirse subsistir». Significaba, sobre todo, sentirse dirigido hacia la eternidad. Para él, el tiempo esencial era el tiempo de la salvación.

Entre el cielo y la tierra, tan estrechamente unidos uno al otro, tan inextricablemente incluso mezclados, existe no obstante en el Occidente medieval una extraordinaria tensión. El ideal de ganar el cielo desde aquí abajo se contrapone en los espíritus, los corazones, los comportamientos, al violento y contradictorio deseo de hacer descender el cielo a la tierra.

El primer movimiento es el de la huida del mundo: *fuga mundi*, en cuya aparición dentro de la sociedad cristiana se conoce perfectamente. Implícita en la doctrina, no se encuentra sociológicamente hasta el momento en que, ganada ya la partida en el mundo, los seres exigentes comienzan a manifestar, para sí mismos y para sus hermanos, la protesta, sin cesar recomenzada desde el siglo IV, del eremitismo. El gran ejemplo lo da el Oriente, Egipto. Las *Vitae Patrum*, las vidas de los Padres del desierto, disfrutan a través de toda la Edad Media occidental de un éxito extraordinario. El desprecio del mundo, el *contemptus mundi*, constituye uno de los grandes temas de la mentalidad medieval. Y no es sólo la dote de los místicos, de los teólogos (hacia finales del siglo XII, antes de ser nombrado papa, Inocencio III escribe un tratado, *De contemptus mundi*, que puede considerarse como la quintaesencia ideológica de ese sentimiento), de los poetas (nombremos, entre tantos otros, los poemas de Walther von der Vogelweide, de Conrado von Würsburg y de otros *Minnesänger*, sobre *Frau Welt*, el mundo personificado en una mujer de engañosos atractivos, seductora vista de espaldas, repulsiva vista de frente). Está también profundamente enraizado en la sensibilidad común.

Esta tendencia profunda, que no todos consiguen realizar durante su vida, se encarna en algunos seres excepcionales que se presentan como ejemplos, como guías: los ermitaños. Ya desde sus comienzos, en Egipto, el eremitismo había dado nacimiento a dos corrientes: el de la soledad individual, expresada por un San Antonio, y el de la soledad en común dentro de los monasterios, corriente cenobítica representada por un San

Pacomio. El Occidente medieval conoce esas dos corrientes, pero sólo la primera consigue una verdadera popularidad. Cierto que las órdenes eremíticas, como los cartujos y los cistercienses, gozaron durante un cierto tiempo de un prestigio espiritual superior al de los monjes tradicionales, más mezclados en el mundo, los benedictinos, incluso los reformados en torno a Cluny. Los monjes blancos —su hábito blanco es una verdadera bandera, símbolo de humildad y de pureza, dado que exige una tela cruda, no teñida— se oponen a los monjes negros y ejercen en su origen una seducción superior sobre el pueblo. Pero pronto se unen en la suspicacia popular al conjunto de los monjes e incluso al de los clérigos seculares. El modelo es el ermitaño aislado, verdadero realizador a los ojos de la masa laica del ideal solitario, la más elevada manifestación del ideal cristiano.

Verdad es que hay una coyuntura del eremitismo. Ciertas épocas son más fértiles en ermitaños. En el mismo instante en que el mundo occidental se desprende del estancamiento que padeció durante la Alta Edad Media y se encamina por una senda rica en realizaciones: demográficas, económicas o sociales (desde el fin del siglo X al final del siglo XII), se produce como contrapunto, para realizar un equilibrio, si no una protesta, contra esos éxitos mundanos, una amplificación de la gran corriente eremítica, nacida, sin duda, en Italia, al contacto, a través de Bizancio, con la gran tradición eremítica y cenobítica oriental. Ejemplos de ella son San Nilo de Grottaferrata, San Romualdo, fundador, a principios del siglo XI, de los camaldulenses, cerca de Florencia; San Juan Gualberto y su comunidad de Vallumbrosa.

Movimiento que culmina en las órdenes de Prémontré, de Grandmont, de la Cartuja, de Cîteaux, pero que, al lado de grandes realizaciones, engloba otras más modestas, como la de Roberto d'Arbrissel en Fontevrault. Movimiento, sobre todo, que da lugar a esos innumerables solitarios —ermitaños, reclusos y reclusas— que, menos ligados a una regla, a un sistema eclesiástico, más cercanos a un cierto ideal anárquico de la vida religiosa, más fácilmente confundidos por el pueblo con los hechiceros o, por lo menos, más fácilmente convertidos por él en santos, pueblan los desiertos, es decir, los bosques de la Cristiandad. El ermitaño es el modelo, el confidente, el maestro por excelencia. Hacia él se vuelven las almas en pena, los caballeros, los amantes atormentados por alguna falta. Los cantares de gesta y los romances los hacen surgir en cada rincón del bosque, como el viejo Ogrin consultado por Tristán e Isolda.

El ermitaño Ogrin mucho los sermonea,
De arrepentirse les da consejo.
El ermitaño les repite con frecuencia
Las profecías de la Escritura
Y les recuerda sin cesar
El Juicio de Dios.

El ermitaño supone para los hombres de la Edad Media el refugio del ideal cristiano cuando la Iglesia aparenta traicionarlo. Recordemos, por ejemplo, a Walther von der Vogelweide que, tras haber vilipendiado a los *Pfaffen* —los «curas»—, les opone el ermitaño que llora por la Iglesia y por su papa demasiado joven (Inocencio III) y suplica al Señor que ayude a la Cristiandad.

Da weinte ein klosenaere...

(Allí lloraba un ermitaño...)

Ermitaños que acaban a veces por convertirse en agitadores espirituales y, a menudo, incluso en agitadores populares, transformados en predicadores itinerantes, apostados en los lugares de paso de las rutas, encrucijadas en el bosque, puentes, y que, finalmente, acaban por abandonar el desierto para predicar en las plazas públicas de las ciudades, con gran escándalo de algunos, por ejemplo, del clérigo de Chartres, Payen Bolotin, que escribe, a principios del siglo XII, un poema contra esos «falsos ermitaños», mientras el célebre canonista Yves de Chartres alaba la vida cenobítica en oposición al ermitaño Rainaud, partidario de la vida solitaria.

Sin embargo, a lo largo de la Edad Media, aparte esos momentos de fama y de popularidad del eremitismo, hay una gran presencia y una atracción continuadas de los solitarios. La iconografía los representa tal como son en la realidad, protesta viviente de una ostentación salvaje frente a un mundo que triunfa, se instala, se civiliza. Con los pies desnudos, vestidos de pieles sin curtir —de cabra, por regla general—, en la mano el bastón en forma de *tau,* bastón del peregrino e instrumento de magia y de salvación —el signo *tau* hecho con ese bastón sirve de protección a imitación del signo salvador anunciado por Ezequiel (9, 6: «perdona a todo aquel que lleva el signo *tau*») y el Apocalipsis (7, 3)—, ejercen su seducción siguiendo el ejemplo de su patrón San Antonio, el gran vencedor de todas las tentaciones, y, por encima de él, del iniciador de la espiritualidad del desierto, San Juan Bautista.

No todos pueden hacerse ermitaños, claro está. Pero muchos intentan realizar, por lo menos simbólicamente, ese ideal que se les aparece como una garantía de salvación. El uso de revestir el hábito monástico *in articulo mortis,* frecuente entre los grandes, pone bien de manifiesto ese deseo de identificarse con el modelo de la perfección monástica y, más precisamente, con la eremítica. La retirada del mundo de un caballero para hacerse ermitaño es también uno de los grandes temas de los cantares de gesta, que reproducen con frecuencia el episodio de la toma de hábito monástico por el caballero moribundo. La más célebre de estas ceremonias es la de Guillermo de Orange. El ejemplo es seguido por la clase de los grandes comerciantes. El dux de Venecia, Sebastiano Ziani, convertido por el comercio en proverbialmente rico —se decía «rico como Ziani»—, se retira en el año 1178 al monasterio de San Giorgio Maggiore, al igual que lo hará más tarde, en 1229, su hijo, Piero Ziani, que fue también dux. El gran banquero sienés Giovanni Tolomei funda en 1313 el monasterio del monte Oliveto Maggiore, en el cual se encierra para esperar la muerte. A comienzos del siglo XI, San Anselmo escribe a la condesa Matilde de Toscana: «Si sentís que la muerte os es inminente, entregaos enteramente a Dios antes de abandonar esta vida y, para ello, tened siempre un velo preparado en secreto junto a vos.»

A veces, la llamada del desierto, a la que puede estar mezclada un cierto gusto por la aventura, y aun por el exotismo, afecta también a un hombre del pueblo. Así ocurre, por ejemplo, al marino de San Luis, cuya repentina vocación al regreso de Tierra Santa nos relata Joinville: «Después de habernos provisto de agua fresca y otras cosas de las que teníamos necesidad, dejamos la isla de Chipre. Llegamos después a otra isla que se llama Lampedusa, donde tomamos una buena cantidad de conejos; encontramos en ella una ermita antigua en medio de las rocas, con un jardín que habían arreglado los ermitaños que la habían habitado; en otros tiempos se veían en él olivos, higueras, cepas de viña y otros árboles todavía; por en medio corría un riachuelo alimentado por una fuente. El rey y yo nos fuimos hasta el extremo del jardín y vimos bajo la primera bóveda un oratorio blanqueado con cal y una cruz de tierra roja.

»Entramos bajo la segunda bóveda y encontramos dos cuerpos humanos cuya carne estaba descompuesta; las costillas se mantenían todavía juntas y los huesos de las manos estaban colocados sobre el pecho; estaban acostados del lado del Oriente, a la manera como se entierran los cuerpos en la comarca.

»Al embarcarnos, uno de nuestros marineros faltó a la llamada; el piloto pensó que se había quedado en la isla para ser ermitaño y, por eso, Nicolás de Soisy, que era sargento mayor del rey, dejó tres sacos de galleta en la orilla, a fin de que los encontrase y viviese de ellos.»

Por último, para aquellos que no son capaces de esta penitencia final, la Iglesia prevé otros medios de asegurar su salvación. Consisten éstos en la práctica de la caridad, de las obras de misericordia, de las donaciones y, para los usureros y todos aquellos cuya riqueza haya sido mal adquirida, la restitución *post mortem*. De esta forma, el testamento pasa a ser un pasaporte para el cielo.

De no tener bien presentes en el espíritu la obsesión por la salvación y el temor al infierno que animaba a los hombres de la Edad Media, jamás lograremos comprender su mentalidad y quedaremos atónitos ante este voluntario despojo del esfuerzo de toda una vida codiciosa, ante esa renuncia al poder y a la riqueza que provoca una extraordinaria movilidad de las fortunas y manifiesta, aunque sea *in extremis,* hasta qué punto los más ávidos de bienes terrenos entre los hombres de la Edad Media acaban por despreciar siempre el mundo. Ese rasgo de la mentalidad que se opone a la acumulación de fortunas, contribuye a alejar a los hombres de la Edad Media de las condiciones materiales y psicológicas del capitalismo.

* * *

De todos modos, esta huida desesperada del mundo no fue la única aspiración de los hombres de la Edad Media hacia la felicidad de la salvación, de la vida eterna.

Otra corriente igualmente poderosa arrastró a muchos de ellos hacia otra esperanza, hacia otro deseo: la realización en la tierra de la felicidad eterna, el retorno a la edad de oro, al paraíso perdido. Esa corriente es la del «milenarismo», el sueño de un *millenium* —de un período de mil años, de hecho, la eternidad— instaurado o, mejor aún, restaurado en la tierra.

El proceso histórico de esta creencia es complejo. El milenarismo es un aspecto de la escatología cristiana que se inserta en la tradición apocalíptica y se halla estrechamente unido al mito del Anticristo.

En primer lugar, se forma y se enriquece lentamente sobre el fondo del Apocalipsis. No cabe duda de que el Apocalipsis evoca terribles tribulaciones, pero ese clima dramático desemboca en un mensaje de esperanza. El Apocalipsis nutre una creencia optimista. Es la afirmación de una reno-

vación decisiva: *Ecce nova facio omnia.* «He aquí —dice Dios en el día del Juicio Final— que hago todas las cosas nuevas.» Y, sobre todo, se realizará entonces la visión del autor del Apocalipsis: la Jerusalén celeste bajará sobre la tierra. *Et ostendit mihi civitatem sanctam Jerusalem, descendentem de caelo a Deo.* «Y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, descendiendo del cielo, enviada por Dios.» Esta visión se acompaña de todo el resplandor de esas claridades cuya fuerte seducción sobre los hombres de la Edad Media hemos visto.

La Jerusalén celeste se muestra *habentem claritatem Dei, et lumen ejus simile lapidi pretioso tanquam lapidi jaspidis, sicut crystallum,* «con la claridad de Dios, y su luz se parece a una piedra preciosa, como el jaspe, semejante al cristal». *Et civitas non eget sole, neque luna, ut luceant in ea: nam claritas Dei illuminavit eam et lucerna ejus est Agnus.* «Y la ciudad no está falta ni de sol ni de luna, sino que brillan en ella; pues la claridad de Dios la ha iluminado y su lámpara es el Cordero.»

No obstante, en ese proceso que ha de acabar con la victoria de Dios y la salvación del hombre, las tribulaciones que se desencadenan en la tierra durante la fase preliminar acaparan pronto la atención de los hombres de la Edad Media. E intervienen otros textos, tomados del Evangelio: Mateo 24; Marcos 13 y Lucas 21. Es la descripción de los acontecimientos que deben preceder a la venida del Hijo del Hombre. Tomemos de Mateo el terrible anuncio: *Consurget enim gens in gentem, et regnum in regnum, et erunt pestilentiae, et fames, et terraamotus per loca: haec autem omnia initia sunt dolorum.* «Las gentes se levantarán las unas contra las otras, los reinos los unos contra los otros, y habrá epidemias y hambres y terremotos aquí y allá: y no será más que el comienzo del tiempo de los sufrimientos, de la abominación de la desolación.»

Este anuncio del fin de los tiempos por las guerras, las epidemias, el hambre, parece muy próximo a los hombres de la Alta Edad Media. Las matanzas de las invasiones bárbaras, la Gran Peste del siglo VI, las terribles hambres que se repiten de vez en cuando, mantienen la angustiosa espera. Temor y esperanza mezclados, pero, principalmente y cada vez en mayor grado, miedo, terror pánico, espanto colectivo. El Occidente medieval constituye, en esa espera de la salvación, el mundo del miedo ineludible. Marquemos algunos jalones en esta larga historia de un miedo elaborado doctrinalmente poco a poco y, de generación en generación, visceralmente vivido.

Al término de la Gran Peste del siglo VI, cuando el recrudecimiento del azote engendró la creencia en la proximidad inminente del Juicio

Final, Gregorio el Magno, designado en 590, en plena epidemia, sucesor de una serie de pontífices impotentes (¿acaso no ha perseguido a uno de ellos el populacho de Roma, según el *Liber Pontificalis,* con el clamor *Pestilentia tua tecum. Fames tua tecum.* «Que tu peste, que tu hambre caigan sobre ti»?), lega a la Edad Media una espiritualidad de fin del mundo, basada en una apelación a la gran penitencia colectiva.

Pero, en medio de ese tejido de acontecimientos terribles, un episodio comienza a pasar paulatinamente al primer plano: el del Anticristo. El personaje se encuentra en germen en la profecía de Daniel, en el Apocalipsis, en las dos epístolas de San Pablo a los Tesalónicos. Santa Irene a finales del siglo II, Hipólito de Roma a comienzos del III, Lactancio, en fin, a principios del IV, le han dado figura e historia. Anotemos que todas esas predicciones catastróficas se han forjado en el seno de acontecimientos históricos penosos: la guerra judía, la crisis económica de finales del siglo I y el Apocalipsis de Juan, la gran crisis del mundo romano en el siglo III, la peste negra en el VI. Resumamos el episodio. En la víspera del fin de los tiempos, un personaje diabólico vendrá a desempeñar el papel directivo en las catástrofes e intentará arrastrar a la humanidad hacia la condenación eterna. El Anticristo es la antítesis de Cristo. A él se opondrá otro personaje que intentará reunir bajo su dominio al género humano, a fin de llevarlo por el camino de salvación —será el Emperador del Fin del Mundo—. Y el Anticristo será por fin derribado por Cristo, bajado nuevamente a la tierra.

La figura del Anticristo fue puesta de relieve en el siglo VIII por un monje llamado Pedro, que la saca de un opúsculo griego del siglo VII, atribuido por él a un personaje llamado Método. Más tarde, en el siglo X, Adson lo resucita para la reina Gerberga, esposa de Luis IV de Ultramar, y, después del año 1000, por Albuino, que aclimata en Occidente las predicciones de la Sibila de Tibur, originadas en los siglos IV y V en un medio ambiente bizantino.

El Anticristo pasa a ser desde este momento el héroe privilegiado de los teólogos y de los místicos. Frecuenta Cluny con el abad San Odón, al comienzo del siglo X, y con el monje poeta Bernardo de Morval, a mediados del siglo XII. Encuentra un terreno particularmente bien abonado en la Alemania del siglo XII, gracias a Anselmo de Havelberg, a Geroh de Reichersberg, a Otón de Freising, a Hildegarda de Bingen *. La santa religiosa lo ve en sueños como una reproducción de Satán: «Una bestia con cabeza monstruosa, de un negro de carbón, con los ojos llameantes, orejas de asno y cuyas mandíbulas desencajadas estaban armadas de garfios de hierro.»

La mayor importancia del Anticristo y de su adversario, el Emperador del Fin de los Tiempos, estriba en que se prestan a todo tipo de manipulaciones religiosas y políticas y seducen en tanto grado a las masas populares como a los clérigos. En un mundo donde el duelo, como veremos más tarde, es una imagen preponderante de la vida espiritual, la idea de un adversario singular de Cristo y su fácil aplicación que tienen los episodios de la historia del Anticristo a situaciones reales favorecen la adopción de la creencia por el pueblo. Y muy pronto, a partir del siglo XII por lo menos, el gran género publicitario de la Edad Media, el teatro religioso, se apodera del personaje y lo hace familiar a todos. El *Ludus de Antichristo,* el Juego del Anticristo, del que poseemos (en un manuscrito encontrado en la abadía de Tegernsee, Baviera, que data de la segunda mitad del siglo XII) una versión inglesa y otra alemana particularmente interesantes, fue representado en toda la Cristiandad. Sin embargo, la pareja esencial es la que forman el Anticristo y su enemigo, el *rex justus,* el «rey justo». Intereses, pasiones, propaganda se apoderan de los personajes ilustres de la escena medieval y, según las necesidades de tal o cual causa, son identificados por sus partidarios con el rey justo o con el Anticristo. Propagandas nacionales, que hacen en Alemania de Federico Barbarroja y de Federico II el buen Emperador del Fin del Mundo, mientras que, apoyándose en un pasaje de Adson, los panegiristas de la realeza de Francia profetizan la reunión de la Cristiandad bajo un monarca francés, propaganda de la que se beneficia especialmente Luis VII en el momento de la II Cruzada. Inversamente, los güelfos, partidarios del papa, hacen de Federico II el Anticristo, mientras que, aun en el trono de San Pedro, lo será Bonifacio VIII para sus adversarios laicos. Conocida es la fortuna de que ha gozado ese instrumento publicitario durante los siglos XV y XVI. Tanto Savonarola para sus enemigos, como el papa romano para los reformados, recibirán el epíteto de Anticristo.

Propagandas sociales también, que verán el salvador del fin del mundo en diversos agitadores políticos. Así, a principios del siglo XIII, Balduino de Flandes, emperador latino de Constantinopla, fue considerado en Occidente como «un personaje sobrehumano, criatura fabulosa, mitad ángel, mitad demonio».

La mayor parte de los leyendas forjadas en torno a un personaje histórico proceden del mito del «emperador dormido», eco del mito oriental del «emir oculto». Barbarroja, Balduino, Federico II, no mueren para la masa ávida de sueños milenarios. Duermen en una caverna o viven disfrazados de mendigos, esperando el momento de despertarse o de revelarse

para conducir a la humanidad hacia la dicha. Agitadores revolucionarios se adornan asimismo con esta aureola. Así acontece con Tanchelm en Zelandia y en Brabante, hacia el año 1110. Vestido de monje, comienza sus predicaciones en pleno campo. Se cuenta que las multitudes venían a escuchar, como si se tratara de un ángel del Señor, a este hombre de extraordinaria elocuencia. Tenía la figura de un santo, y no se debe al azar el que sus mortales enemigos del Capítulo de Utrecht se quejasen de que «el Diablo se haya revestido con la apariencia de un ángel de luz». Es preciso, para comprenderlo, leer la historia de Tanchelm en la carta del Capítulo de Utrecht de 1112 o en el libro de Norman Cohn sobre la *Quête du Millenium.* Y lo mismo ocurre aún en 1251, con ocasión del movimiento de los pastorales suscitado en Francia, respecto al jefe del movimiento, un monje apóstata a quien llaman el Maestro de Hungría. A veces, simples usurpadores se hacen pasar por esos Mesías terrestres, cuyo despertar es aguardado. Al igual que los falsos Dimitri de la Rusia del tiempo de los Desórdenes, o los falsos Luis XVII en la Francia de los comienzos del siglo XIX, surgen falsos emperadores. El más célebre de ellos es, a principios del siglo XIII en Flandes y en Hainaut, el falso Balduino, que no es otra cosa que un ejemplar del personaje-tipo que ya hemos descrito: un ermitaño mendicante que se convierte en «un príncipe y un santo, tan reverenciado que el pueblo besaba sus cicatrices, testimonio de su largo martirio, se peleaba por uno de sus cabellos o por un jirón de sus vestidos y bebía el agua de su baño, como se había hecho con Tanchelm algunas generaciones atrás».

Al fin, en 1225, mientras un hambre terrible causaba verdaderos estragos, recibió de sus fieles el título de emperador.

La Iglesia, si bien la mayor parte de las veces con escaso éxito, se preocupó de denunciar en esos agitadores, ya sea al Anticristo mismo, ya a uno de los pseudoprofetas que, según el mismo Evangelio y los textos milenarios, debían acompañar a aquél y seducir al pueblo por medio de falsos milagros.

La corriente milenaria es compleja. Una de sus primeras consecuencias es que polariza la sensibilidad de la época en torno a ciertos fenómenos que llegan a ser esenciales para la mentalidad medieval.

En las primeras páginas de la *Leyenda dorada,* Jacques de Voragine enumera los signos anunciadores de la venida del Anticristo y de la aproximación del fin del mundo:

«Las circunstancias que precederán al Juicio Final son de tres clases: signos terribles, la impostura del Anticristo y un inmenso incendio.

»Los signos que deben preceder el Juicio Final son cinco, puesto que San Lucas dice: "Habrá signos en el sol, en la luna y en las estrellas; en la tierra las naciones estarán consternadas, y el mar hará un ruido terrible por la agitación de sus olas." Cosas todas de las que se hallará el comentario en el Libro del Apocalipsis. San Jerónimo, por su parte, ha encontrado en los anales de los Hebreos quince signos anunciadores del Juicio Final: el primer día, el mar se elevará cuarenta codos por encima de las montañas y se quedará inmóvil como un muro; el segundo día descenderá tan bajo que apenas se podrá verlo; el tercer día, monstruos marinos aparecerán entre las olas y lanzarán rugidos que se elevarán hasta el cielo; el cuarto día, el agua del mar quemará; el quinto día, los árboles y todos los vegetales segregarán un rocío sangriento; el sexto día, los edificios se hundirán; el séptimo día, las piedras se quebrarán en cuatro partes que chocarán entre sí; el octavo día tendrá lugar un temblor de tierra universal, que derribará sobre el suelo a hombres y a bestias; el noveno día, la tierra se nivelará, reduciendo a polvo montañas y colinas; el décimo día, los hombres saldrán de las cavernas y errarán como insensatos, sin poderse hablar; el undécimo día, las osamentas de los muertos saldrán de las tumbas; el duodécimo día, las estrellas caerán; el decimotercer día, todos los seres vivientes morirán para resucitar en seguida con los muertos; el decimocuarto día, el cielo y la tierra quemarán y el decimoquinto día habrá un nuevo cielo y una nueva tierra, y todos resucitarán.

»En segundo lugar, el Juicio Final será precedido por la impostura del Anticristo, que intentará engañar a los hombres de cuatro maneras: 1.°, por una falsa exposición de las Escrituras, en las que tratará de probar que él es el Mesías prometido por la Ley; 2.°, por la realización de milagros; 3.°, por la distribución de presentes; 4.°, infligiendo suplicios.

»En tercer lugar, el Juicio Final será precedido de un violento incendio, provocado por Dios para renovar el mundo, para castigar a los condenados y para sacar a la luz el tropel de los elegidos.»

Dejemos de lado de momento los acontecimientos sociales y políticos ligados al Anticristo. Retengamos tan sólo el extraordinario cortejo de prodigios geográficos y meteorológicos que acompaña en esta narración ejemplar la llegada del Último Día. En ella se encuentran todos los prodigios de la tradición grecorromana, ligados lo mismo al mundo uraniano que al mundo ctoniano, y en ella se nutre la excepcional sensibilidad que presentan los hombres de la Edad Media a esos «signos» naturales, portadores para ellos de tantos espantos y promesas. Los cometas, las lluvias

de fango, las estrellas fugaces, los temblores de tierra, las altas marejadas, desatan un terror colectivo, más que por el cataclismo natural, por el fin del mundo que puede anunciar.

Mas esos signos constituyen también, por encima del período de pruebas y del terror, un mensaje de esperanza, una señal de la resurrección final. Por lo tanto, el tiempo medieval es un tiempo del temor y de la esperanza.

Tiempo de la esperanza, porque el mito milenario se precisa y se carga de sueños revolucionarios. Tal como hemos visto, anima movimientos populares más o menos efímeros. A comienzos del siglo XIII, un monje calabrés, Joaquim de Flore *, le da un contenido explosivo que mantendrá en ebullición, durante todo un siglo, a una gran parte del clero regular y de las masas laicas. La doctrina de Joaquim se basa en una división religiosa de la Historia, en competencia con la división más ortodoxa de las seis edades. La Historia, según Flore, se divide en tres épocas: *ante legem, sub legem* y *post legem,* edades del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, del Antiguo Testamento, que ya se ha cumplido; del Nuevo, que se está cumpliendo, y del «Evangelio eterno», anunciado por el Apocalipsis, que se halla en vísperas de cumplirse. Joaquim de Flore señala incluso una fecha para el acontecimiento —¡esa Edad Media, tan ávida de fechas!—, el año 1260. El punto capital en la doctrina joaquimita estriba en que su contenido sea profundamente subversivo. Para Joaquim y sus discípulos, en efecto, la Iglesia está podrida y será condenada en el mundo existente. Debe, por lo tanto, ceder su puesto a una Iglesia nueva, una Iglesia de los Santos, que repudiará la riqueza y hará reinar la igualdad y la pureza. La consecuencia esencial del movimiento fue que, desdeñando sus infinitas sutilidades teológicas y su misticismo, muy retrógrado en el fondo, la multitud de sus discípulos, clérigos y laicos, no retuvieron de la doctrina joaquimita sino esta profecía anticlerical, antifeudal e igualitaria. La resonancia que alcanza es tal que San Luis, siempre atento a los movimientos religiosos, antes de embarcarse para Tierra Santa sostiene una franca conversación con un franciscano joaquimita, Hugo de Digne, el cual atrae a Hyères, adonde se ha retirado, grandes muchedumbres de adeptos. El joaquimismo, que a mediados de siglo perturba aún a la Universidad de París, sobrevive, como es sabido, al año 1260 y anima a un grupo franciscano, bien pronto declarado herético: los espirituales, llamados más tarde *fraticellos.* Uno de ellos, Pedro-Juan Olive, escribe a finales del siglo XIII un comentario del Apocalipsis. Otro, Jacopone da Todi *, compone los *Laudi,* cumbre de la poesía religiosa medieval.

El milenarismo joaquimita procede, en realidad, de una antigua corriente que reaparece en el siglo XIII: la creencia en una Edad de oro igualitaria, ignorante de todo gobierno, de toda división en clases sociales. Juan de Meung * la hace resurgir en la segunda parte de su *Roman de la Rose* *. No estará de más leer ese largo y magnífico texto. Recordemos sus enunciados principales:

«Antaño, en el tiempo de nuestros primeros padres y de nuestras primeras madres, como testimonian los escritos de los Antiguos, se amaban los hombres con un fino y leal amor y no por ambición y deseo de rapiña, y la bondad reinaba en el mundo...

»La tierra no estaba entonces cultivada, sino como Dios la había adornado, y producía por sí misma aquello de lo que cada uno necesitaba para su subsistencia.»

Tema casi rousseauniano de la felicidad original, fundada en la igualdad.

«Ningún rey ni príncipe había arrancado aún criminalmente el bien de otro. Todos eran iguales y no tenían nada propio; conocían bien esta máxima de que jamás el amor y la autoridad se hicieron compañía o habitaron juntas; están desunidas por aquel que domina.»

Del mismo modo se desarrolla la crítica del orden social y político:

«Los antiguos se hacían compañía, exentos de toda cadena y de toda obligación, tranquilamente, honestamente, y no habrían dado su libertad por todo el oro de Arabia o de Frigia. No había peregrinaciones en ese tiempo: nadie salía de su país para ir a explorar tierras extranjeras; Jasón todavía no había construido sus navíos y pasado el mar para conquistar el Vellocino de Oro...

»No obstante, vino Barat (1), lanza en ristre, junto con Pecado y Desgracia, que no tienen cuidado de suficiencia; Orgullo, que la desdeña igualmente, apareció con su cortejo: Codicia, Avaricia, Envidia y todos los demás vicios. Ellos hicieron salir la Pobreza del Infierno, en donde había vivido tan largo tiempo que nadie sabía nada de ella. ¡Maldito sea el día execrable en que la Pobreza vino a la tierra!...

»Bien pronto esos malhadados, locos de rabia y de envidia por ver a los hombres felices, invadieron toda la tierra, sembraron discordias, enredos, diferencias y litigios, querellas, disputas, guerras, maledicencias, odios y rencores; y como estaban locos por el oro, hicieron desollar la tierra para sacar de sus entrañas sus tesoros ocultos, metales y piedras preciosas...

(1) Engaño.

»Desde aquel momento en que el género humano fue presa de esta banda, cambió su primera manera de vivir: los hombres comenzaron a llevarse mal; se convirtieron en falsos y tramposos, se adhirieron a sus propiedades, se repartieron la tierra misma y, para la partición, levantaron mojones, y lucharon entre ellos, llevándose cada uno lo que podía: los más fuertes se quedaron con las partes mayores...»

Y he aquí el nacimiento de la autoridad política.

«Entonces precisó buscar a alguien, a cuya autoridad nadie se atreviese a oponerse, para que guardase las cabañas, detuviese a los malhechores e hiciese justicia a los que se quejasen; entonces se reunieron para elegirlo. Escogieron entre ellos un gran villano, el más huesudo, el más robusto y el más fuerte que pudieron encontrar, y lo hicieron príncipe y señor. Éste juró guardar la justicia y defender sus cabañas, si cada uno personalmente le daba algo de sus bienes para vivir, y ellos consintieron... Fue preciso reunir de nuevo al pueblo e imponer una contribución a cada uno, a fin de proporcionar sargentos al príncipe. Se comprometieron entonces en comunidad, le pagaron rentas y tributos y le concedieron vastos terrenos. Éste es el origen de los reyes, de los príncipes territoriales...

»En ese momento, los hombres amasaron tesoros. Con el oro y la plata, metales preciosos y maleables, fabricaron vajilla, monedas, broches, anillos, cinturones...; con el hierro resistente forjaron armas, cuchillos, alabardas, espadas, lanzas y cotas de malla para batallar con sus vecinos. Al mismo tiempo elevaron torres y palestras y muros con piedras bien talladas; fortificaron ciudades y castillos y construyeron grandes palacios esculpidos, pues los que detentaban esas riquezas tenían gran temor de que les fuesen sustraídas furtivamente o por la fuerza. Fueron desde entonces más de compadecer esos hombres de desgracia, pero no tuvieron ya ninguna seguridad desde el día en que se apropiaron por concupiscencia de lo que antes era tan común como el aire y el sol.»

De esta forma, el milenarismo, que espera el retorno de la Edad de Oro, es la forma medieval de la creencia en el advenimiento de una sociedad sin clases, en la que, debilitado completamente el Estado, no habrá ya nuevos reyes, ni príncipes, ni señores.

Hacer descender el cielo sobre la tierra, atraer aquí abajo la Jerusalén celeste, tal fue el sueño de muchos en el Occidente medieval. Si he querido extenderme —aunque simplificándolo demasiado— en la evocación de ese mito, se debe a que, pese a permanecer oculto y verse combatido por la Iglesia oficial, trastornó los espírius y los corazones y a que su estudio nos revela los más profundos caracteres de las masas populares

medievales, sus angustias económicas y fisiológicas frente a esas constantes de su existencia: la sujeción a los caprichos de la Naturaleza, a las hambres, a las epidemias; sus revueltas contra un orden social que aplasta a los débiles y contra una Iglesia beneficiaria y garante de ese orden; sus sueños: sueño religioso, que atrae el cielo hasta la tierra y entrevé la esperanza, pero sólo al término de terrores indecibles.

El deseo punzante que manifiesta de ir «al fondo del infinito para encontrar algo nuevo», *ecce fecit omnia nova,* no llega a imaginar, sin embargo, un mundo verdaderamente nuevo. La Edad de Oro de los hombres de la Edad Media no es más que un retorno a los orígenes. Su porvenir estaba detrás de ellos y, por lo tanto, caminaban volviendo atrás la cabeza.

CAPÍTULO VII

LA VIDA MATERIAL

(SIGLOS X-XIII)

EL Occidente medieval es un mundo equipado mediocremente. Casi nos sentimos inclinados a decir sub-equipado No obstante, repitámoslo, hablar a propósito de él, de sub-equipo, de sub-desarrollo, no resulta admisible. Porque, si bien el mundo bizantino, el mundo musulmán y la China lo superan por aquel entonces, en cuanto al brillo de su economía monetaria, a su civilización urbana, a su producción de lujo, el nivel de sus técnicas, sin embargo, es igualmente mediocre. Cierto que la Alta Edad Media padeció incluso una cierta regresión a este respecto en relación con el Imperio romano, pero, inversamente, progresos tecnológicos importantes surgen y se desarrollan a partir del siglo XI. Entre los siglos V y XIV, empero, la invención es escasa. De todas formas, el progreso, que en sus aspectos esenciales es más cuantitativo que cualificativo, no nos parece desdeñable. Más que innovaciones, lo que hay es difusión de útiles, de máquinas, de técnicas conocidas desde la antigüedad, pero que se habían convertido más o menos en rarezas o curiosidades. Tal es el aspecto positivo de la evolución técnica en el Occidente medieval.

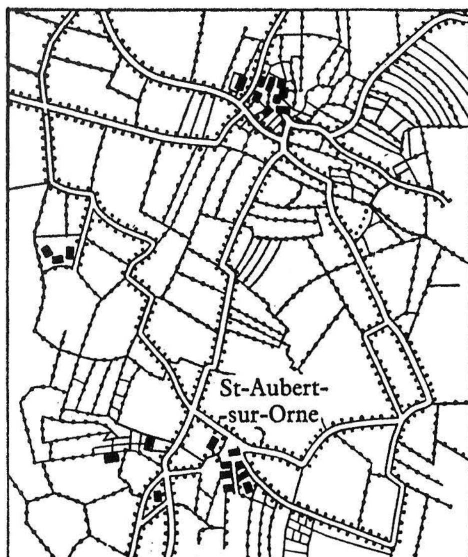
Los dos «inventos medievales» más espectaculares y revolucionarios databan de la antigüedad, mas, para el historiador, su fecha de nacimiento coincide con la de su difusión, no con la de su descubrimiento. Esta fecha pertenece a la Edad Media. El molino de agua es conocido en Iliria desde el siglo II antes de Jesucristo y en Asia Menor desde el siglo I antes de Jesucristo. Existen asimismo en el mundo romano: Vitrubio lo describe y su descripción nos demuestra que los romanos habían aportado a los primeros molinos de agua un perfeccionamiento notable al reemplazar las ruedas horizontales primitivas por ruedas verticales, con un engranaje que unía el eje horizontal de las ruedas al eje vertical de las muelas. Sin embargo, el

molino de mano accionado por esclavos o animales sigue siendo la regla común. En el siglo IX, el molino está ya extendido por Occidente: cincuenta y nueve son mencionados en el políptico de la rica abadía de Saint-Germain-des-Prés. No obstante, en el siglo X, los *Anales de San Bertín* describen como un «espectáculo admirable para nuestro tiempo» la construcción ordenada por el abad de un molino de agua, cerca de Saint-Omer. La expansión del molino hidráulico se sitúa entre los siglos XI y XIV. En un barrio de Ruán existen dos molinos en el siglo X, aparecen cinco más en el XII, otros diez en el XIII y todavía catorce en el XIV.

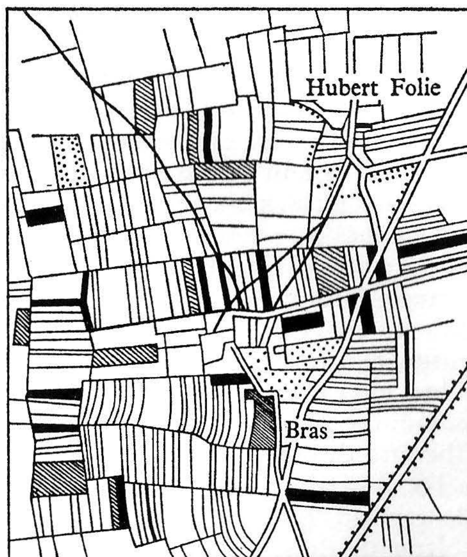
Del mismo modo, el arado medieval deriva casi con toda certeza del arado de ruedas, descrito por Plinio el Viejo en el siglo I. Se expande y se perfecciona lentamente durante la Alta Edad Media. Los estudios filológicos nos muestran como una cierta difusión del arado por los países eslavos, por ejemplo, en Moravia, antes de la invasión húngara de los comienzos del siglo X, y acaso también para todo el conjunto de los países eslavos antes de la invasión ávara de 568, puesto que el vocabulario que se refiere a ese arado es común a las diferentes ramas eslavas y, por lo tanto, anterior a su separación, consecutiva al avance de los ávaros, Sin embargo, aún en el siglo IX, es difícil decir a qué género de instrumento corresponden las *carrucae,* citadas en las capitulares y los polípticos carolingios. Lo mismo acontece en lo que se refiere a la pequeña herramienta. El cepillo de carpintero, verbigracia, cuya invención ha sido atribuida con frecuencia a la Edad Media, era conocido desde el siglo I.

Por otra parte, parece que un buen número de «invenciones medievales» que no son herencia grecorromana proceden de préstamos orientales. Sin existir una prueba concreta de ello, el hecho es verosímil para el molino de viento, conocido ya en China; más tarde, en el siglo VII, en Persia y señalado en España en el X. No aparece en el resto de la Cristiandad sino a finales del XII. De todas formas, la localización de los primeros molinos de viento señalados actualmente en una zona limitada en torno a La Mancha (Normandía, Ponthieu, Inglaterra) y las diferencias de tipos entre el molino oriental, desprovisto de alas, pero habilitado con altas aspilleras, que concentran la acción del viento sobre grandes ruedas verticales, el molino occidental de cuatro largas alas y el mediterráneo de numerosos lienzos triangulares, tensados mediante un conjunto de cuerdas, como se ven todavía en Mykonos o en Portugal, no hacen imposible la aparición independiente del molino de viento en esas tres zonas geográficas.

Ahora bien, cualquiera que sea la importancia que reviste la difusión de esos progresos tecnológicos, lo que caracteriza a pesar de todo al uni-



31. SAINT-AUBERT-SUR-ORNE
(Según M. Bloch, op. cit.)



32. BRAS Y HUBERT-FOLIE
(Calvados). (Según M. Bloch, op. cit.)

31, 32. DISTRIBUCIÓN DEL TERRENO EN LA ZONA DEL BOSQUECILLO Y EN LA ZONA DEL LLANO

En el célebre verso del poeta normando Wace (hacia 1170) se nombran los dos grandes tipos de paisaje rural comunes en la Normandía medieval: el llano, con los campos abiertos y alargados, y el *bocage,* o bosquecillo, con los campos irregulares. A la izquierda *(31),* un paisaje de *bocage:* Saint-Aubert-sur-Orne (Orne); a la derecha *(32),* un paisaje característico de la llanura de Caen: Bras y Hubert-Folie (Calvados). Los croquis, que siguen planos trazados a comienzos del siglo XVIII, muestran cómo se había conservado hasta entonces la extrema división medieval.

verso técnico del Occidente medieval es, más que su falta de genio inventivo, su carácter rudimentario. Toda una serie de insuficiencias, de desventajas, de estrecheces técnicas, he aquí lo que, en primer lugar, impide al Occidente medieval salir de su estado primitivo.

De esta pobreza, de este estancamiento técnico, son, con toda evidencia, ampliamente responsables las estructuras sociales y las mentalidades.

Una minoría dominante de señores laicos y eclesiásticos es la única que puede experimentar y satisfacer deseos de lujo a los que provee por medio de la importación de productos extranjeros, procedentes de Bizan-

cio o del mundo musulmán (telas preciosas, especias), que se procura sin necesidad de preparación artesanal o industrial (productos de la caza para la nutrición o el vestido: pieles) o pide en pequeñas cantidades a algunos especialistas (orfebres, herreros). La masa, sin proporcionar a los señores una mano de obra tan barata y tan fácilmente explotable como los esclavos antiguos, es aún lo bastante numerosa y lo bastante sumisa a las exigencias económicas para permitir vivir bien a las clases superiores y vivir ella misma más o menos miserablemente con la utilización de un instrumental rudimentario. No pretendemos decir con esto que el dominio de la aristocracia laica o clerical no haya tenido más que aspectos negativos e inhibidores en el campo de la técnica. En algunos sectores, sus deseos o sus gustos han favorecido un cierto progreso. La obligación impuesta al clero, sobre todo a los monjes, de sostener las menores relaciones posibles, comprendidas las económicas, con el exterior, y particularmente el deseo de liberarse de los trabajos materiales para dedicarse por entero al *opus Dei,* a las ocupaciones propiamente espirituales (oficios, oraciones), su vocación de caridad, que los obligaba a atender a las necesidades económicas, no solamente de su numerosa *familia,* sino también de los pobres y los mendigos forasteros, por medio de distribuciones de víveres, los indujeron a desarrollar un cierto equipo técnico. Ya se trate de los primeros molinos, de agua o de viento, ya del progreso de las técnicas rurales, las órdenes religiosas se encuentran a menudo en vanguardia. No se debe a la casualidad el que, aquí o allá, durante la Alta Edad Media, se atribuya la invención del molino hidráulico al santo que lo ha introducido en la región, por ejemplo, a Orens d'Auch, que hace construir un molino en el lago de Isaby (siglo IV), o a Cesáreo de Arles, que establece uno en Saint-Gabriel, en la Durançole (siglo VI).

Por su parte, la evolución del armamento y del arte militar, esenciales en una aristocracia guerrera, trae consigo el progreso de la metalurgia y de la balística.

La Iglesia, como hemos visto, hace progresar la medida del tiempo a causa de las necesidades del cómputo eclesiástico, y la construcción de las iglesias —los primeros grandes edificios de la Edad Media— da un impulso al progreso técnico, no sólo en cuanto a las técnicas de la construcción, sino también en lo que respecta a las herramientas, a los transportes y a las artes menores, como la vidriería.

No obstante, la mentalidad de las clases dominantes es antitécnica. Durante la mayor parte de la Edad Media, hasta el siglo XIII y aún más allá, aunque en menor medida, el útil, el instrumento, el trabajo en sus

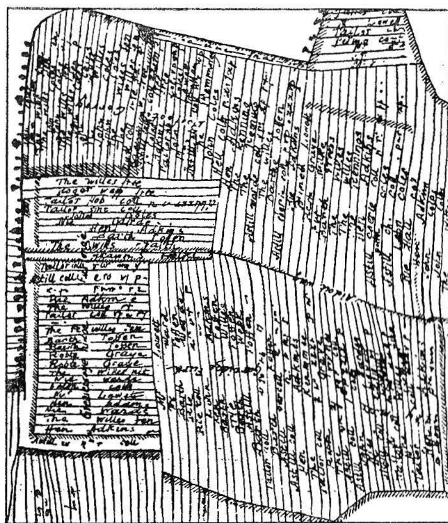
aspectos técnicos no aparece en la literatura o en el arte si no es para servir como símbolos. Así debemos a las alegorías cristológicas del molino o de la prensa mística, al carro de Elías, las representaciones del molino, de la prensa y de la carreta, que nos ofrece especialmente el *Hortus deliciarum* del siglo XII. Tal útil sólo se muestra como atributo simbólico de un santo. Las leznas del zapatero figuran con bastante frecuencia en la iconografía medieval gracias al hecho de que forman parte de los suplicios tradicionales infligidos a ciertos mártires, como San Benigno de Dijon, o incluso a los santos patronos de los zapateros, Crispín y Crispiniano. Hecho significativo entre otros muchos: Santiago el Menor es representado hasta

33, 34. SURCOS MEDIEVALES EN UN PAISAJE DE «OPENFIELD»

Weston Pinkney (Northants, Inglaterra) constituye un ejemplo privilegiado de *openfield* medieval, con su cuadrícula de crestas y de surcos *(ridge-and-furrow)*. A la izquierda *(33)*, un croquis sacado de un plano trazado en 1593 por el All' Souls' College de Oxford y en el que se consignan los nombres de los poseedores, escritos en cada banda de terreno. A la derecha *(34)*, el mismo paisaje según una fotografía aérea, donde parece resucitar el trazado de los campos medievales.

33. WESTON PINKNEY

(Según la obra de Beresford: Lost villages of England.)



34. WESTON PINKNEY

(Fotografía aérea, según Beresford, Ibid.)



el siglo XIV con el bastón de batanero de que se había servido uno de sus verdugos para romperle el cráneo en Jerusalén. Al final de la Edad Media, el bastón de batanero, instrumeno de martirio, se substituye —ya que la sociedad y la mentalidad han cambiado— por un útil de oficio, el arquete triangular, especie de peine para cardar.

No cabe duda de que en ningún sector de la vida medieval aparece más claro y obra con mayor fuerza antiprogresiva, otro rasgo de la mentalidad de la época, el horror a las «novedades», que en el dominio técnico. Innovar significaba en él, más aún que en los demás, una monstruosidad, un pecado. Ponía en peligro el equilibrio económico, social y mental. Y las novedades, como veremos, al producirse en beneficio del señor, se estrellaban contra la resistencia, violenta o pasiva, de las masas.

Durante largo tiempo, la Edad Media occidental no ha compuesto un solo tratado técnico, puesto que tales cosas eran indignas de figurar en un escrito o bien guardaban un secreto que no convenía difundir.

Y cuando, a principios del siglo XII, el monje alemán Teófilo escribe el *De diversis artibus,* que pasa con razón por ser el primer tratado tecnológico de la Edad Media, se preocupa menos de instruir a los artesanos y artistas que de demostrar que la habilidad del técnico es un don de Dios... Los tratados ingleses del siglo XIII sobre la agricultura, los manuales de *Housebondrie,* el más célebre de los cuales fue el de Walter de Henley, o la *Fleta,* no son todavía más que compendios de consejos prácticos. Será preciso esperar al *Ruralium commodorum opus* del boloñés Pietro de Crescenzi, a comienzos del siglo XIV, para que se reanude la tradición de los agrónomos romanos. Las pretendidas obras técnicas anteriores no son más que compilaciones eruditas, con frecuencia pseudo-científicas y sin gran valor documental para la historia de las técnicas. Tales el diccionario de Alejandro Neckham, el *De vegetalibus* de Alberto Magno * e incluso las *Regule ad custodiendam terras,* que Roberto Grosseteste compuso hacia el año 1240 para la condesa de Lincoln.

* * *

La pobreza del equipo técnico medieval se manifiesta de un modo especial en esos aspectos básicos que son el predominio del útil sobre la máquina, la escasa eficacia de las herramientas, la insuficiencia de instrumentos y de técnicas rurales, que no producen más que débiles rendimientos, y la mediocridad del equipo energético, de los transportes y de las técnicas financieras y comerciales.

El maquinismo no logró prácticamente ningún progreso cualitativo durante la Edad Media. La mayoría de las máquinas en uso por aquel entonces habían sido descritas ya por los sabios de la época helenística, principalmente por los alejandrinos, quienes muchas veces esbozaban también su teoría científica. En particular, el Occidente medieval apenas si ha introducido modificación alguna en los sistemas de transmisión y de transformación de los movimientos. Cinco de las «cadenas cinemáticas»: tornillo, rueda, rueda dentada, trinquete y polea, eran conocidas ya en la Antigüedad. Sólo la última de ellas, la manivela, parece ser un invento medieval. Aparece durante la Alta Edad Media formando parte de mecanismos simples, como la muela giratoria descrita en un salterio de Utrecht, a mediados del siglo IX. Sin embargo, no parece haberse extendido hasta las postrimerías de la Edad Media. En todo caso, su forma más eficaz, el sistema biela-manivela, no se encuentra sino a finales del siglo XIV. Es verdad que muchos de esos mecanismos o de esas máquinas que la Antigüedad no había conocido con frecuencia sino como curiosidades o juguetes —como los autómatas alejandrinos, por ejemplo— se difundieron y adquirieron su verdadera eficacia en el curso de la Edad Media. La innegable habilidad empírica de los trabajadores medievales les permitió también suplir más o menos a su ignorancia. Así la combinación de un árbol dentado y de un resorte que permitía accionar útiles de percusión, tales como martillos y mazos, reemplazó en cierta medida al sistema biela-manivela, aún desconocido.

¿Es posible, si no explicar a través de la mentalidad medieval este estancamiento de las técnicas de transformación del movimiento, al menos enlazarlo con ciertas concepciones científicas y teológicas? La mecánica aristotélica, a pesar de los trabajos de Jordanus Nemorarius y de su escuela en el siglo XIII, no constituyó la aportación científica más fecunda del filósofo, aunque es preciso no atribuir a Aristóteles, como lo hacía la Edad Media, el tratado *De mechanica*, cuyo autor sigue siendo desconocido. Pero, en el siglo XIV, los sabios que criticaban con más o menos vigor la física, y más especialmente la mecánica aristotélica, tales como Bradwardine, Ockham, Buridan, Oresmo, los teóricos del *impetus*, permanecieron como Aristóteles prisioneros de una concepción metafísica que viciaba la base de su dinámica. El *impetus*, como la *virtus impressa*, se sigue concibiendo como una «virtud», una «potencia motriz», noción metafísica de la que se hace salir el proceso del movimiento. Por otro lado, son siempre cuestiones teológicas las que se hallan en las bases de esas teorías del movimiento.

Un ejemplo significativo de esta concepción nos lo proporciona en 1320 François de la Marche, quien se pregunta «si hay en los Sacramentos algu-

na virtud sobrenatural que les sea formalmente inherente». Lo cual le sugiere a su vez el problema de saber «si en un instrumento artificial puede residir (o bien puede recibirla de un agente exterior) una virtud inherente al mismo». Estudia así el caso de una piedra violentamente lanzada al aire y edifica con ello, como se ha dicho justamente, «las bases de la física del *impetus*». Ese *handicap* teológico y metafísico se coaliga con una cierta indiferencia con referencia al movimiento, que no parece ser más que una indiferencia al tiempo —aunque los dos se hallan enlazados, ya que, para Santo Tomás de Aquino como para Aristóteles, «el tiempo es el número del movimiento»—. Dicha indiferencia es característica de la mentalidad medieval. Los hombres de la Edad Media no se interesan por aquello que se mueve, sino por aquello que permanece estable. Lo que buscan es el reposo: *quies*. Por el contrario, todo cuanto es inquietud, búsqueda, les parece vano —tal es el epíteto comúnmente unido a esas palabras— y un poco diabólico.

No exageremos, empero, la incidencia de esas doctrinas y de esas tendencias en el estancamiento de las técnicas.

La debilidad de las máquinas medievales depende más bien de un estado tecnológico general, ligado a una particular estructura económica y social.

Cuando se logran ciertos perfeccionamientos, como los efectuados en los tornos, o bien son tardíos, como ocurre con el sistema del torno de manivela, el cual comienza a utilizarse hacia 1280, dentro del cuadro de la crisis industrial que padece la industria textil de lujo (todavía se trata, en ausencia del pedal, que no nacerá sino con el sistema de biela-manivela, de un torno accionado a mano, trabajando la hiladora las más de las veces de pie); o bien su empleo queda limitado al trabajo de materias de escasa duración, lo cual explica el que conservemos tan pocos objetos torneados de la Edad Media. El torno del ceramista venía de la prehistoria, el torno de pértiga existía en la Antigüedad clásica. El torno de polea y a doble pedal que se representa en una vidriera de Chartres * del siglo XIII puede considerarse, todo lo más, como un perfeccionamiento, de alcance restringido, conseguido en la época medieval.

El empleo de aparejos de levantamiento y de fuerza se vio estimulado por la expansión de la construcción, especialmente de iglesias y castillos. No obstante, el plano inclinado fue, sin duda alguna, el método de elevación de materiales normalmente usado. Las máquinas elevadoras, que no difieren gran cosa, por lo menos en sus principios básicos, de las máquinas antiguas —tornos simples con polea de llamada, grúas de caja de ardilla—

siguen siendo simples curiosidades o rarezas que únicamente los príncipes, las ciudades y las fábricas, es decir, las rentas eclesiásticas podían aprovechar. Una muestra de ello es el conocido ingenio denominado «vasa» del cual se servían en Marsella para botar los navíos al agua. A finales del siglo XII, el monje Gervasio se maravilla ante el talento del arquitecto Guillermo de Sens, que hace venir desde Caen su piedra famosa para reconstruir la catedral de Cantorbery, destruida por un incendio en 1174. «Construyó ingeniosas máquinas para cargar y descargar los navíos y para levantar las piedras y el mortero.» Pero, ¿qué eran esas máquinas sino meras curiosidades? Curiosidad también la grúa en caja de ardilla, una sola para cada lugar, que en el siglo XIV forma parte del equipo de ciertos puertos y que pareció lo bastante maravillosa a sus contemporáneos como para figurar en varios cuadros. De la que Brujas se hizo construir, una de las primeras, se pueden ver aún hoy en día ejemplares restaurados en Luneburgo o Gdansk. Curiosidad también el primer gato para levantar pesos, conocido a través de un dibujo de Villard de Honnecourt, que data de la primera mitad del siglo XIII.

Antes de la invención de las armas de fuego, la artillería no hace sino prolongar la artillería helenística, ya perfeccionada por los romanos. Más que la balista o la catapulta, es el escorpión u onagro, descrito por Ammiano Marcelino en el siglo IV, el antepasado de los trabucos y maganeles medievales. El trabuco lanzaba los proyectiles por encima de las altas murallas, mientras que el maganel, que además se podía regular mejor, enviaba sus balas a menor altura pero a mayor distancia. Sin embargo, el principio de todas ellas continuaba siendo el de la honda.

La palabra máquina, por lo demás (al igual que en el Bajo Imperio, en el que los ingenieros militares eran denominados *mechanici*), no se aplicaba en el Occidente medieval sino a los ingenios de asedio, en general desprovistos de toda ingeniosidad técnica, tal como el que describe confusamente Suger en su *Vie de Louis VI le Gros*, con ocasión del ataque llevado a cabo por el príncipe contra el castillo de Gournay en 1107.

«Sin interrupción, se disponen los ingenios de guerra para arruinar el castillo: se levanta una alta máquina, que domina con sus tres pisos a los combatientes, destinada a sobrepasar el castillo e impedir así a los arqueros y ballesteros de la primera línea circular o mostrarse en el interior. En consecuencia, los sitiados, incesantemente combatidos día y noche por esos ingenios, no podían mantenerse en sus murallas, buscaban prudentemente situarse al abrigo en agujeros hechos bajo tierra y, haciendo disparar insidiosamente a sus arqueros, anticipaban el peligro de muerte corrido

por los que los dominaban desde la primera almena del ingenio. A esta máquina, que se elevaba en el aire, se unía un puente de madera que, alargándose lo bastante en altura, debía, al descender un poco sobre el muro, proporcionar una entrada fácil a los combatientes, los cuales descenderían por allí...»

Queda por hablar de la utilización para diversos usos artesanales, a veces industriales, del molino hidráulico. En él se encuentra —con el sistema moderno de uncir a los animales— el gran progreso técnico de la Edad Media.

* * *

La Edad Media es el mundo de la madera. La madera constituía entonces el material universal. Se trata todavía con frecuencia de una madera de mala calidad o, en todo caso, de una madera cuyas piezas son de dimensiones restringidas y mediocremente trabajadas. Los grandes maderámenes de una sola pieza que se utilizan en la construcción de los edificios, en los mástiles de los navíos, en las armaduras —el «merrain»—, difíciles de cortar y labrar, son materiales caros, si no de lujo.

Suger, que, a mediados del siglo XII, busca árboles de diámetro bastante grande y lo suficientemente altos para la armadura de Saint Denis *, considera como un milagro el hecho de encontrar la madera de sus deseos en el valle de Chevreuse.

Un milagro del mismo tipo se atribuye a comienzos del siglo XIV a San Yves. La madera misma es considerada como algo precioso. Un tronco de gran altura es cosa lo bastante rara como para que sea necesario un milagro a fin de no malgastarlo en un error de medición.

«San Yves, habiendo observado que la catedral de Tréguier amenazaba ruina, acudió a visitar al poderoso y magnífico señor de Rostrenen y le expuso las necesidades de la iglesia. El señor [...] concedió entre otras cosas toda la madera precisa, la cual podría ser encontrada en sus bosques. El santo envió leñadores para cortar y transportar los árboles más bellos y más deseables... Los «merrains» destinados a esta obra pía y sagrada fueron talados y transportados [...]. Cuando el hábil arquitecto en jefe designado por el santo hubo tomado las dimensiones de la iglesia, hizo cortar las vigas siguiendo las reglas geométricas, con las medidas que le parecieron convenientes. Pero sucedió que los «merrains» resultaron demasiado cortos. Se lamenta, se arranca los cabellos [...]. Rojo de confusión, toma una cuerda entre sus manos y va al encuentro del santo, se echa a sus pies y, entre gritos, lágrimas y gemidos, le dice: «¿Qué puedo hacer? ¿Cómo me atreveré

todavía a comparecer ante ti? ¿Cómo podré sufrir un tal deshonor y reparar el inmenso daño que he causado a la iglesia de Tréguier? He aquí mi cuerpo, mi cuello y esta cuerda. Castígame por haber perdido e inutilizado con mi negligencia, haciéndoles dos pies demasiado cortos, los «merrains» procurados por tus cuidados.»

Y el santo lo consuela y alarga milagrosamente las vigas hasta la longitud necesaria.

La madera es materia tan preciada durante la Edad Media, con los productos de la tierra, que pasa a ser el símbolo de los bienes terrenos. Entre las almas que van al purgatorio, la *Leyenda dorada* cita aquellas que se llevan consigo al morir «la madera, el heno y la estípula», es decir, que, a pesar de adorar a Dios, se sienten aún unidos a los bienes de la tierra.

Si bien pronto se torna difícil encontrar troncos de gran talla, la madera sigue siendo, de todas formas, el producto más común en el Occidente medieval. El *Roman de Renart* * lo testimonia. La zorra y sus compañeros, siempre a la búsqueda de los bienes materiales que precisan, cuentan con un solo recurso hasta la saciedad: la madera. «Encienden un gran fuego, pues los leños no faltan.» La madera proporciona incluso al Occidente medieval uno de sus principales productos de exportación, reclamado por el mundo musulmán, en el que, por el contrario, como es sabido, el árbol (salvo en los bosques del Líbano y del Mogreb) es raro. La madera fue el mayor viajero —utilizando también, tanto como era posible, por flotación o por barco, la vía del agua— de la Edad Media occidental.

Otro producto de exportación hacia Oriente, a partir de la época carolingia, fue el hierro, o, mejor, las espadas (las espadas francas abundan en las fuentes musulmanas de la Alta Edad Media). En este caso, se trata ya de un producto de lujo, un producto trabajado, fruto de la habilidad de los herreros bárbaros, expertos, como hemos visto, en las técnicas metalúrgicas procedentes, a través de la estepa, del Asia central, el mundo de los metales. El hierro, en contraposición a la madera, escaseaba en el mundo occidental de la Edad Media.

No ha de extrañarnos, pues, el saber que en el siglo VIII, el hierro era lo bastante raro como para que el rey lombardo Didier, según cuenta el monje de Saint-Gall, al divisar desde lo alto de las murallas de Pavía, en el año 773, el ejército de Carlomagno cubierto de hierro, exclame, estupefacto y aterrorizado: *O ferrum! heu ferrum!* «¡Oh el hierro! ¡Ay el hierro!» Aún más. En pleno siglo XIII, el franciscano Bartolomé el Inglés define el hierro en su enciclopedia *De proprietatibus rerum* como una

materia preciosa: «Desde numerosos puntos de vista, el hierro es más útil al hombre que el oro, aunque los seres llenos de concupiscencia deseen más el oro que el hierro. Sin el hierro, el pueblo no podría defenderse de sus enemigos, ni hacer prevalecer el bien común; los inocentes aseguran su defensa gracias al hierro y la impudencia de los malos es castigada gracias al hierro. Todo trabajo manual pide el empleo del hierro y sin él nadie podría cultivar la tierra ni construir una casa.»

Nada prueba mejor el alto valor alcanzado por el hierro durante la Edad Media que la atención que le presta San Benito, señor tanto de la vida material como de la vida espiritual medievales. Consagra un capítulo entero de su *Regla,* el veintisiete, al cuidado que los monjes deben prestar a las *ferramenta,* las herramientas que posee el monasterio. El abad no debe confiarlas más que a los monjes «cuya vida y cuyas manos les den una completa seguridad». Estropear o perder esos instrumentos se juzga como una falta grave a la Regla y merece un severo castigo.

Entre los milagros de San Benito que más llamaron la atención de los hombres de la Edad Media, después de que Gregorio el Grande se los hubo legado como una enseñanza fundamental, continuada hasta Jacques de Voragine, hay uno —a veces atribuido a Salomón, lo cual nada tiene de particular, dado que éste es para la Edad Media el gran maestro de los secretos técnicos y científicos—, ya operado en el Antiguo Testamento por Eliseo (II Reyes, 6, 5-7), que pone claramente de relieve la estimación que sentía por el hierro el mundo medieval. Leamos la narración en la *Leyenda dorada:*

«Cierto día, segaba un hombre las zarzas cerca del monasterio, cuando el hierro de su hoz se separó del mango y cayó en un abismo sin fondo, de lo cual el hombre se afligió sobremanera. Pero San Benito puso el mango de la hoz en el caño de la fuente y pronto el hierro, saliendo de la roca, flotó hasta el mango.»

En su crónica de los primeros duques de Normandía, escrita a principios del siglo XI, Dudón de Saint-Quentin señala el aprecio que esos príncipes tenían por los arados y las ejemplares penas que habían dictado contra el robo de esos instrumentos. Por su parte, el poeta de Arras, Juan Bodel, en su fábula *Le vilain de Farbu,* escrita a finales del siglo XII, cuenta que un herrero había colocado delante de su puerta un hierro candente para cazar a los incautos. Y un villano que pasa pide a su hijo que se apodere de él, ya que un trozo de hierro es una buena ganga. Además, la mayor parte de la débil producción de hierro estaba destinada al armamento, al uso militar. Así lo que quedaba para los hierros de los arados, las hojas de las

hoces y guadañas, las partes metálicas de las palas, azadas y otros útiles, no era más que una débil porción de una producción ya deficiente. Va aumentando progresivamente a partir del siglo IX, cierto, mas para el conjunto de la Edad Media siguen siendo valederas las indicaciones de los inventarios carolingios, que, después de haber enumerado algunos instrumentos de hierro, menciona en bloque el grueso de los útiles agrícolas bajo la rúbrica: *Ustensilia lignea ad ministrandum sufficienter,* «Útiles de madera en número suficiente para el laboreo». Todavía se ha de observar que una gran parte de los útiles de hierro, o con elementos de hierro, servían para el trabajo de la madera: hachas, doladeras, podaderas, taladros... No hay que olvidar, en fin, que, entre esas herramientas, dominan los instrumentos de talla y eficacia restringidas. El útil esencial, no solamente del ebanista o del carpintero, sino incluso del leñador medieval, es uno muy antiguo y muy modesto, la azuela, el instrumento de las grandes roturaciones medievales, llevadas a cabo más bien a costa de la maleza y los arbustos que del bosque propiamente dicho, ante el cual las herramientas resultaban las más veces impotentes.

Nada de extraordinario tiene, por tanto, que el hierro sea, como hemos visto, objeto de atenciones que llegan hasta hacerlo ocasión de milagro. Nada de asombroso que el herrero sea reputado desde la Alta Edad Media como un personaje extraordinario, con un prestigio cercano al del brujo. Sin duda alguna, debe sobre todo esta aureola a su actividad de forjador de armas, de fabricante de espadas, y a una creencia que le convierte, juntamente con el orfebre, en un ser sagrado, legado por la tradición bárbara escandinava y germánica al Occidente medieval. Las *sagas* * glorifican a esos herreros en posesión de un poder superior: Alberico y Mimo, el mismo Sigfrido, que forja la espada Nothung, la espada sin par, y Vieland, al que la saga de Thidrek nos presenta en plena tarea: «El rey dijo: "La espada es buena." Y la quiso para él. Wieland respondió: "No es aún lo bastante buena. Es preciso que sea mejor y no me detendré hasta lograrlo"... Wieland vuelve a su forja, toma una lima, pulveriza la espada y mezcla harina con ella. Deja que pájaros domesticados ayunen tres días y después les da de comer esa mezcla. Pone en el horno de su forja los excrementos de los pájaros, los funde, hace salir del hierro toda la escoria que contenía todavía y forja en seguida una nueva espada. Ésta era más pequeña que la primera [...]. Podía sostenerse muy bien en la mano. Las primeras espadas que Wieland había fabricado eran más grandes que las usuales. El rey buscó de nuevo a Wieland, contempló la espada y dijo que era la más cortante y la mejor que había visto jamás. Volvieron al río. Wieland

tomó un copo de lana de un grueso de tres pies y de la misma longitud y lo tiró al río: metió tranquilamente la espada en el agua; el copo fue llevado por la corriente contra el filo de la hoja y la espada cortó el copo tan finamente como la misma corriente de agua...»

¿Se ha de buscar ese sentido medieval de los materiales en la evolución que sufre el personaje de San José desde el *faber ferrarius*, herrero que la Alta Edad Media tenía tendencia a ver en él hasta convertirse en la encarnación de la humana condición en una Edad Media de madera: un carpintero? Acaso haya que pensar también en una posible influencia de una mentalidad ligada a un simbolismo religioso sobre la evolución de las técnicas. En la tradición judaica, la madera es el bien, el hierro es el mal. La madera simboliza el verbo vivificante; el hierro, la carne pesada. El hierro no debe ser empleado solo. Ha de estar siempre unido a la madera, la cual lo libera de su nocividad y lo hace servir para el bien. Así, el arado es un símbolo de Cristo labrador. Los útiles medievales son, pues, esencialmente de madera y, consecuentemente, de débil potencia y de resistencia mediocre.

Por otro lado, el material que, durante la Edad Media, rivaliza con la madera no es el hierro, que no proporciona, en general, sino muy escaso apoyo —hojas de las herramientas, clavos, herraduras, tirantes y cadenas que refuerzan los muros —. Es la piedra.

La madera y la piedra, he aquí la pareja básica de materiales empleada en la técnica medieval. Los arquitectos son, a la vez, *carpentarii* y *lapidarii*, «carpinteros y albañiles». Los obreros de la construcción son calificados a menudo de *operarii lignorum et lapidum*, «obreros en madera y en piedra». Sin embargo, la piedra constituye por largo tiempo un lujo en relación a la madera. A partir del siglo XI, el gran crecimiento de la construcción, fenómeno esencial del gran desarrollo económico medieval, consiste con frecuencia en reemplazar una construcción de madera por una construcción de piedra. La sustitución se efectúa en iglesias, puentes, casas. La piedra, comparada con la madera, supone un material noble. Poseer una casa de piedra es signo de riqueza y de poderío. Dios y la Iglesia, los señores en sus castillos, son los primeros en disfrutar de ellas, pero pronto, como un signo de la ascensión de los más ricos burgueses, éstos comienzan también a construirlas. Las crónicas urbanas mencionan cuidadosamente esta manifestación del progreso urbano y de la clase social que domina las ciudades. Las palabras de Suetonio, según las cuales Augusto se gloriaba de haber encontrado una Roma de ladrillo y de haberla dejado de mármol, es aprovechada por algún cronista de la Edad Media, que la aplica a los

grandes abades constructores de los siglos XI y XII, si bien el ladrillo y el mármol son reemplazados por la madera y la piedra. Encontrar una iglesia de madera y dejarla de piedra, tal es el progreso, el honor, el éxito en la Edad Media. Uno de los grandes progresos técnicos de la Edad Media consiste en volver a descubrir la bóveda de piedra e inventar nuevos sistemas de bóvedas. Respecto a ciertos grandes monumentos del siglo XI, actualmente en ruinas, el problema estriba en saber si habían pasado ya de la cubierta de madera a la cubierta de piedra. Así, la abadía de Jumièges supone todavía, desde este punto de vista, un enigma para los historiadores de las técnicas y del arte. Incluso en los edificios construidos con bóvedas de piedra, la intervención de la madera en ciertos elementos, especialmente en las armaduras de las cubiertas, sigue siendo considerable. De este particular se deriva su vulnerabilidad ante el fuego. Es un incendio originado en la armadura el que destruye, en 1174, la catedral de Cantorbery. El monje Gervasio nos narra cómo el fuego, después de haberse iniciado lentamente bajo la techumbre, se declaró de repente: *Vae, vae, ecclesia ardet!* «¡Ay, ay, la iglesia arde!» Las placas de plomo de la techumbre se funden, las vigas calcinadas caen sobre el coro y extienden el fuego a la sillería. «Las llamas, alimentadas por toda esta masa de madera, se elevaron a quince codos de altura y consumieron los muros y más aún las columnas de la iglesia.» Los eruditos nos han dado la larga lista de las iglesias medievales incendiadas a causa de la armadura de vigas que sostenía la techumbre. Jules Quicherat enumera, sólo en la Francia del Norte, las catedrales de Bayeux, Mans, Chartres, Cambrai, las iglesias abaciales de Mont-Saint-Michel, Saint-Martin de Tours, Saint-Vaast de Arras, Saint-Riquier de Corbie, etc.

El tiempo, que todo lo idealiza, idealiza también el pasado material, no dejando subsistir más que los materiales duraderos y borrando los perecederos, es decir, la mayor parte.

La Edad Media fue para nosotros una gloriosa colección de piedras: catedrales y castillos. Mas esas piedras no representan sino una ínfima parte de lo que existía. Algunos restos han quedado de un cuerpo de madera y de materiales más humildes y deleznables: paja, barro, argamasa. Nada puede ilustrar mejor la creencia fundamental de la Edad Media en la separación del alma y el cuerpo y en la supervivencia solamente del alma. Lo que ella nos ha dejado —una vez su cuerpo convertido en polvo— es su alma, encarnada en la piedra durable. No obstante, esta ilusión producida por el tiempo no debe engañarnos.



Donde esa mediocridad del equipo técnico reviste mayor gravedad es en el sector rural. La tierra y la economía agraria son, en efecto, la base esencial de la vida material en la Edad Media y de todo cuanto ella condiciona: riqueza, poder social y poder político. Ahora bien, la tierra medieval se muestra avara porque los hombres no saben sacarle provecho.

En primer término, porque sus instrumentos son rudimentarios. La tierra está mal trabajada. Las labores son poco profundas. El arado antiguo, más adaptado a los suelos superficiales y a los terrenos accidentados de los terrenos mediterráneos, subsiste largo tiempo y en muchos lugares. Su reja simétrica, en ocasiones revestida de hierro pero con más frecuencia simplemente de madera endurecida al fuego, más bien araña que excava la tierra. El arado de reja disimétrica y vertedera, con juego delantero móvil, provisto de ruedas y arrastrado por una yunta más vigorosa, cuyo uso se difunde en el curso de la Edad Media, representa un progreso ciertamente considerable. Pero los suelos pesados, arcillosos, los más fecundos cuando se hallan bien trabajados, oponen a los útiles medievales una obstinada resistencia. La intensificación del laboreo conseguida en la Edad Media resulta más de una repetición del trabajo que de un perfeccionamiento de las herramientas. La práctica de efectuar tres labores se va extendiendo y, en el umbral del siglo XIV, se pasa a cuatro. Sin embargo, los trabajos complementarios siguieron siendo necesarios, aunque también ellos presentaban una amplitud limitada. Después de la primera labor, se aplastaban los terrenos con la mano, como lo enseña una miniatura del salterio inglés de Luttrell, a comienzos del siglo XIV. La escarda, que no se realizaba en todas partes, empleaba para cortar cardos y malas hierbas, según el mismo salterio de Luttrell, útiles rudimentarios: hoces y horcas enmangadas en un palo. El rastrillo, una de cuyas primeras representaciones aparece en el bordado de finales del siglo XI denominado «tapicería» de Bayeux, se extendió durante los siglos XII y XIII. De vez en cuando se precisa trabajar profundamente el campo con la azada. De todo ello resulta que la tierra, mal cavada, mal removida, mal aireada, no se reconstituía rápidamente en sustancias fertilizantes.

Esta carencia de herramientas habría podido ser remediada en una cierta medida mediante el enriquecimiento del terreno con abonos. Mas la debilidad de la agricultura medieval en este sector es todavía más visible.

Naturalmente, no existen los abonos químicos artificiales. Se cuenta, pues, tan sólo con los abonos naturales, muy insuficientes. La causa prin-



V. VIDRIERA GÓTICA: ENTIERRO DE LA NODRIZA BRITONIS.

Fragmento de vidriera en la catedral de Cantorbery (tramo norte de la capilla de la Trinidad, sexta ventana). Escapada a las destrucciones de la Reforma, es un testimonio de la perfección alcanzada por los vidrieros góticos a comienzos del siglo XIII. El arte de la composición, el tornasol y la armonía de los colores, la expresión de los rostros, demuestran con claridad que la vidriería ha llegado a ser, en la época gótica, el campo por excelencia de la pintura. El tema no es menos interesante. Representa los funerales de una mujer fallecida durante una epidemia. Una inscripción saca la moraleja de la escena: Nutricis Funis Reliquis sua Flagra Miniatur *("la misma muerte sufrida por la nodriza amenaza a cada uno de los supervivientes"). Sin embargo, para el artista era más esencial el efecto estético que la lección. (Cantorbery, catedral.)*

cipal de esta insuficiencia radica en la escasez del ganado, escasez debida a causas secundarias, como los destrozos producidos por las epizootias, pero, sobre todo, derivada del hecho de que los prados ocupan un segundo plan, después de los campos, los cultivos y las necesidades de alimentación vegetal. La carne era proporcionada en parte por la caza. Por otra parte, los animales que viven bien en el bosque y de los productos del bosque, cerdos y cabras, son los criados con más gusto. Como es lógico, su abono se pierde en su mayoría. En cuanto a los otros, el abono es recogido cuidadosamente, pero sólo en la medida que lo permite el nomadismo de los rebaños, que pastan la mayor parte del tiempo al aire libre y son raramente estabulados. Los excrementos de las palomas son aprovechados al máximo. Un *pot de fiente* (una vasija de estiércol) supone una renta valiosa, debida a veces al señor por el arrendatario. Inversamente, ciertos agentes señoriales privilegiados, como los prebendados, que administran ciertos dominios (Münchweyer, Alemania, en el siglo XII), reciben como salario por la tierra de sus feudos «el estiércol de una vaca y de su ternero y las barreduras de la casa».

Los abonos vegetales proporcionan un refuerzo notable: tierra arcillosa, hierbas y hojas muertas, la paja que los animales han dejado sin comer cuando llega la nueva siega, ya que, como puede observarse en numerosas miniaturas y esculturas de la época, la siega del trigo, efectuada con guadañas y hoces, se hacía próxima a la espiga o, en todo caso, a menos de media altura del tallo, a fin de dejar la mayor cantidad posible de paja para la nutrición del ganado primero, y como abono, después. En fin, los abonos quedaban con gran frecuencia reservados para los cultivos delicados o especulativos, esto es, a los cercados, cercados de viñas o cercados de huertas. Se da en el Occidente medieval un flagrante contraste entre las pequeñas parcelas dedicadas a la huerta o jardín, las cuales acaparan la parte esencial del refinamiento rural, y las grandes superficies, abandonadas a las técnicas rudimentarias.

Como resultado de esta insuficiencia de herramientas y de esta escasez de abono, el cultivo, en vez de ser intensivo, era en amplia medida extensivo. Incluso dejando aparte el período —siglos XI al XIII— en que el crecimiento demográfico trajo consigo un aumento por medio de roturaciones de la superficie cultivada, la agricultura medieval fue itinerante hasta un grado notable. Por ejemplo, en 1116, los habitantes de una aldea de la Isla de Francia reciben autorización para roturar ciertas partes de un bosque real, si bien con la condición de «que cultiven y recojan los frutos durante dos temporadas únicamente y después se vayan a otras partes del bosque».

La artiga o cultivo en chamicera, que implica un cierto nomadismo agrícola, se encuentra ampliamente extendido en los terrenos pobres. Incluso en las roturaciones son a menudo cultivos temporales, como los *essarts,* que invaden la toponimia francesa medieval y la alusión a los cuales tanto se reitera en la literatura cuando se trata del campo. «La zorra se fue a un *essart...*»

La consecuencia es que la tierra, mal trabajada y poco abonada, se agota pronto. Por lo tanto, se hace preciso dejarla reposar con frecuencia para que se reconstituya, lo cual da lugar a la práctica, tan extendida, del barbecho. Sin duda constituye un progreso, conseguido entre los siglos IX y XIV, el hecho de que se reemplace en muchos lugares el barbecho bienal por el trienal. Ello determina que la tierra no permanezca improductiva sino un año de cada tres, en lugar de un año de cada dos. O, lo que viene a ser lo mismo, se aprovechan dos tercios de la superficie cultivada, en vez de beneficiarse solamente la mitad. Ahora bien, el barbecho trienal parece haberse extendido con mayor lentitud y menos comúnmente de lo que se ha dicho. En los climas mediterráneos y en los terrenos pobres, el barbecho bienal persiste. El autor inglés del tratado de agronomía la *Fleta* (siglo XIII) aconseja prudentemente a sus lectores que prefieran una buena cosecha cada dos años que dos mediocres cada tres. En una región como el Lincolnshire no existe ningún ejemplo seguro de barbecho trienal antes del siglo XIV. Y en el Forez, a finales del siglo XIII, las tierras no han dado una buena cosecha sino tres veces en treinta años.

Añadamos que otros factores, que más tarde examinaremos, contribuyen aún a disminuir la productividad de la tierra medieval. Por ejemplo, la tendencia de los dominios medievales a la autarquía, a la vez consecuencia de realidades económicas y un rasgo propio de la mentalidad de aquel tiempo. Tener que recurrir al exterior, no producir todo cuanto se necesita, no significa tan sólo una debilidad, sino también un deshonor. En el caso de las propiedades monásticas, la preocupación por evitar todo contacto con el exterior se deriva directamente del ideal espiritual de soledad. El aislamiento económico es la condición previa para la pureza espiritual. Incluso la moderada regla de San Benito lo recomienda. Y así, en el capítulo LXVI anuncia: «Que el monasterio, siempre que sea posible, esté organizado de tal modo que pueda producir todo lo necesario: agua, molino, huerta y diversos oficios, de manera que los monjes no estén obligados a salir al exterior, lo cual es desastroso para sus almas.» Y cuando los cistercienses construyen molinos para el pueblo, San Bernardo amenaza con ordenar su destrucción, por considerarlos centros de relaciones, de contactos, de reuniones

y, peor todavía, de prostitución. Ahora bien, estos prejuicios de conciencia se asientan sobre bases materiales. En un mundo donde los transportes son caros y aleatorios y la economía monetaria, condición indispensable de los cambios, poco desarrollada, producir todo aquello de que se tiene necesidad resulta un buen cálculo económico. La consecuencia natural es que el policultivo domina en la economía rural medieval, lo cual viene a significar que las condiciones geográficas, edafológicas y climáticas de la producción están ampliamente desatendidas. La viña, por ejemplo, es objeto de explotación bajo los climas más desfavorables, muy al norte de su límite de cultivo actual. Se la ve, por ejemplo, en Inglaterra, la región parisiense posee un gran viñedo y Laón ha podido ser calificada como la «capital del vino» durante la Edad Media. Las tierras pobres son puestas en cultivo y se hace producir tal o cual especie determinada en terrenos totalmente inaptos para ella.

El resultado de todo ello es la exigüidad de los rendimientos agrícolas. En la época carolingia, tales rendimientos debieron de ser próximos a 2 (2'7, en el dominio real de Anappes, Francia, departamento del Norte, a comienzos del siglo IX). Incluso a veces se elevaban apenas por encima de 1, es decir, de la recuperación pura y simple de la semilla empleada. Un progreso notable se produce entre los siglos XI y XIV. No obstante, las cosechas siguen siendo malas. Los agrónomos ingleses del siglo XIII aseguran que las tasas normales eran de 8 para la cebada, 7 para el centeno, 6 para las leguminosas, 5 para el trigo y 4 para la avena. La realidad parece haber sido menos brillante. En las buenas tierras del obispado de Winchester, las tasas son 3'8 para el trigo y la cebada y 2'4 para la avena. La proporción de 3 ó 4 por 1 aparenta haber sido la regla general para el trigo.

La variabilidad de esos rendimientos es asimismo considerable, al menos en lo que se refiere a un terreno con respecto a otro. En la montaña se mantiene a un nivel poco diferente del de la época carolingia, 2 por 1; en Provenza se eleva a 3 ó 4; en ciertas llanuras de limos, el Artois, por ejemplo, puede elevarse por encima de 10 y llegan incluso hasta 18, es decir, aproximarse a los rendimientos actuales de las tierras mediocres. De la misma manera, lo cual es más grave todavía, las variaciones pueden ser muy considerables de un año a otro. En Roqueloire, Artois, el trigo que sólo produce 7'5 por 1 en el año 1319, rinde 11'6 por 1 en 1321. En fin, sobre un mismo dominio, el rendimiento difiere mucho de un producto a otro. En una granja de la abadía de Ramsey, el rendimiento de la cebada oscilaba entre 6 y 11, mientras que el de la avena excedía apenas a la semilla.



Si bien en el dominio de las fuentes de energía se ha manifestado un progreso notable con la difusión de los molinos —sobre todo el molino hidráulico, con las diversas aplicaciones de la energía hidráulica: batanes, molinos para el cáñamo, para las cortezas curtientes, para la fabricación de la cerveza, para afilar—, hemos de observar que la cronología de la aparición y de la difusión de esos ingenios debe ser establecida con prudencia. Los batanes, por ejemplo, experimentan durante el siglo XIII una verdadera regresión en Francia. Inglaterra no conoce un verdadero progreso a su respecto hasta finales del siglo XIII, cuando se ha visto en ellos el instrumento de una verdadera «revolución industrial». En Italia no se extiende con la misma rapidez por todas partes. Florencia, durante los siglos XIII y XIV, envía sus paños a Prato para que sean allí batanados. En Alemania, la primera mención del batán (Spira) no data sino de 1223 y parece haber sido excepcional hasta el siglo XIII. Los molinos más importantes para el desarrollo industrial no surgen sino hacia el final de nuestro período. El molino para el hierro o forja es una rareza antes del siglo XIII. El señalado en 1104 en Cataluña, en Cardedeu, no es seguro, aunque la importancia de las llamadas «fargues» catalanas, en la segunda mitad del siglo XII, se encuentre acaso unido a la difusión del empleo de los saltos de agua para esta aplicación. La primera mención segura es de 1197, en el monasterio de Soroë, Suecia. Los molinos de papel, atestiguados desde 1238 en Játiva, España, no se extienden en Italia antes de finales del siglo XIII (Fabrino, 1268). El primer molino de papel francés es de 1338 (Troyes), el primero alemán de 1390 (Nuremberg). La sierra hidráulica supone todavía una curiosidad cuando Villard de Honnecourt la dibuja en su álbum hacia 1240. El molino hidráulico se sigue empleando con preferencia para la molturación del grano. Desde finales del siglo XI, en 1086, el *Domesday Book* permite señalar la existencia de 5.624 de esos molinos hidráulicos en Inglaterra.

A pesar de todos los progresos realizados en los siglos XII y XIII por la energía hidráulica y la energía eólica, la parte más esencial del trabajo en el Occidente medieval es proporcionado todavía por el hombre y por los animales.

No puede ponerse en duda que, en este campo, se consiguen importantes avances. El más espectacular y el más rico en consecuencias de ellos es, sin discusión, lo que se ha denominado, siguiendo al comandante Lefebvre des Noëttes y a M. Haudricourt, «el tiro o atelaje moderno»,

un conjunto de progresos técnicos que permitieron, hacia el año 1000, aprovechar mejor la tracción de sangre y aumentar el rendimiento del trabajo de los animales. Esas innovaciones facilitan sobre todo el empleo preferente del caballo como animal de tiro y de labor. Más rápido que el buey, el caballo es capaz de acelerar y multiplicar los trabajos, de arar y rastrillar.

El tiro antiguo, que apoyaba todo el peso sobre el cuello del animal, le comprimía el pecho y tornaba difícil su respiración, fatigándolo rápidamente. La ventaja del tiro moderno consistió esencialmente en trasladar el esfuerzo de la tracción sobre los hombros, completando el collar con la herradura con clavos, que ayudaba a la progresión del animal y protegía sus cascos, y con el tiro en fila, que le consentía arrastrar cargas pesadas. Esa ventaja fue capital para la construcción de los grandes edificios religiosos y civiles.

La primera representación segura que tenemos de un collar de hombros —elemento decisivo del tiro moderno— se encuentra en un manuscrito de la Biblioteca Municipal de Tréveris, que data aproximadamente del año 800. Sin embargo, la nueva técnica no se extendió hasta los siglos XI y XII.

Además, se ha de tener presente que la talla y el vigor de los animales de labor medievales era netamente inferior a la de las bestias actuales. El caballo de labor es, en general, de raza más pequeña que el caballo de batalla, el pesado destrero que debe soportar sobre su lomo, cuando no un caparazón, por lo menos un caballero pesadamente armado, y que este peso puede desempeñar un papel importante en la carga de caballería. Volvemos a hallar aquí la primacía del elemento militar y guerrero sobre el económico y productor. El retroceso del buey ante el caballo no fue, ni mucho menos, general. Cierto que las ventajas del caballo eran tales que, ya en 1095, Urbano II, al proclamar en Clermont la tregua de Dios con vistas a la I Cruzada, ponía bajo la protección divina a los caballos de labor y de rastrillo: *equi arantes, equi de quibus hercant.* Cierto que la superioridad del caballo era reconocida desde el siglo XII entre los eslavos, hasta el punto de que, según la crónica de Helmold, se medía el terreno por el trabajo que podían llevar a cabo en un día un par de bueyes o un caballo y, en Polonia, por la misma época, un caballo de labor tenía un precio equivalente al de dos bueyes. Cierto que los agrónomos modernos han calculado que el buey medieval, teniendo en cuenta la inferioridad de su rendimiento, resultaba, por un día de trabajo, un 30 % más caro que un caballo. A pesar de todas estas circunstancias, muchos campesinos y señores retroce-

dían ante dos desventajas manifiestas del caballo: su precio nominal elevado y las dificultades para nutrirlo con avena. Walter de Henley, en su *Traité de Housebondrie,* escrito en el siglo XIII, recomienda elegir, antes que al caballo, al buey, cuya alimentación es menos costosa y que, aparte su trabajo, proporciona también carne. Si bien en Inglaterra, tras un neto progreso del caballo, ocurrido a finales del siglo XII, particularmente en la zona del Este y del Centro-Este, parece detenerse su avance en el siglo XIII, probablemente a causa de un retorno al trabajo directo y a las prestaciones en servicios de los campesinos; si bien en Normandía el laboreo por medio de caballos aparenta ser habitual en el siglo XIII, como lo testimonia en su registro de visitas (1260) el arzobispo de Ruán, Eudes Rigaud, que hace incautar los caballos que ve ocupados en labrar durante la fiesta de San Matías; si bien debía ser así en las tierras de los señores de Audenarde, dado que únicamente el caballo aparece en las ilustraciones del *Vieil Rentier* hacia 1275, no sólo el buey sigue siendo el amo del terreno en el Sur y las regiones mediterráneas, donde la avena es difícil de cultivar, sino que también se encuentran bueyes de labor en Brie, Borgoña, a mediados del siglo XIII (1274). Para conocer lo que representa el precio de un caballo para un campesino —incluso en una región privilegiada como el Artois, hacia 1200— convendría leer el *fabliau* de Juan Bodel, *Los dos caballos,* donde se oponen el caballo «bueno para el arado y el rastrillo» y el «magro rocín».

Al lado del caballo y del buey, no hay que olvidar que el Occidente medieval, incluso fuera de la zona mediterránea, concede al asno una participación no desdeñable en los trabajos rurales. Así, encontramos que un documento orleanés, que enumera los animales de labor, especifica «sea buey, sea caballo, sea asno». Y un texto de la región de la Brie, fechado en 1274, dice que los campesinos dedicados a la obligación del laboreo deben «uncir con bueyes, caballos y asnos». En fin, la humilde y normal realidad medieval del trabajo de los animales es, como en el Pesebre, la presencia del buey y del asno.

Más todavía, la energía humana sigue siendo fundamental. En el campo, en el artesanado, incluso en la navegación, donde el uso de la vela no significa más que una débil ayuda al esfuerzo del remo, es decir, del hombre, el trabajo manual humano continúa siendo la fuente principal de energía.

Ahora bien, la productividad de esas fuentes humanas de energía, a las que Carlo Cipolla ha llamado los «convertidores biológicos», era bastante reducida, puesto que la clase de los productores, como veremos, coin-

cidía aproximadamente con la categoría social mal alimentada, si no subalimentada. Los convertidores biológicos suministraban, según K. M. Mather y C. Cipolla, por lo menos el 80 % de la energía en la sociedad medieval pre-industrial, pero la disponibilidad de energía que provenía de ella era débil: 10.000 calorías aproximadamente por día y por persona (100.000 en una sociedad industrial actual). No debe extrañarnos que el capital humano sea precioso para los señores medievales, hasta el punto de que algunos de ellos, en Inglaterra, por ejemplo, imponen una tasa especial a los jóvenes campesinos aún solteros. La Iglesia, a pesar de su tradicional exaltación de la virginidad, se encarga de recalcar cada vez con mayor fuerza la frase «Creced y multiplicaos», *slogan* que responde primariamente a las estructuras técnicas del mundo medieval.

Las mismas insuficiencias en el dominio de los transportes. Tampoco en este capítulo se puede olvidar la importancia de la energía humana. Sin duda las prestaciones de transporte, reminiscencia de la antigua esclavitud, se hacen cada vez menos numerosas y parecen desaparecer después del siglo XII. Pero aún en el siglo XI, por ejemplo, los monjes de Saint-Vanne exigen de sus siervos domiciliados en Laumesfeld, Lorena, «la obligación de transportar trigo en una distancia de seis millas sobre sus hombros» o, mejor aún, sobre su cuello, su nuca, como dice el texto latino: *cum collo.*

Los trabajos de acarreo impuestos a las diversas clases de la sociedad como penitencia o como obra pía para la construcción de las catedrales no tienen solamente un aspecto psicológico y espiritual. Tienen también un significado técnico y económico.

El año 1145 presencia en Normandía una explosión de esta forma particular de devoción. Entre los numerosos testimonios que poseemos de ella, es famoso el prestado por Roberto de Torigny cuando se refiere a la construcción de la catedral de Chartres: «Este año —y en primer lugar en Chartres— hubo hombres que se dedicaron a llevar sobre sus espaldas carretones cargados de piedras, de madera, de comida y de otros productos para la obra de la iglesia, cuyas torres se construían entonces... Pero ese fenómeno no se produjo solamente allí, sino también en casi toda la Isla de Francia y la Normandía y en muchos otros lugares...» El abad Haimon describe para el mismo año un espectáculo parejo en Saint-Pierre-sur-Dives, Normandía: «Reyes, príncipes, hombres poderosos en el siglo y cargados de honores y riquezas, hombres y mujeres de noble nacimiento inclinaban sus cuellos orgullosos e hinchados para uncirse a las carretas y arrastrarlas con su carga de vino, trigo, aceite, cal, piedras, madera y otros productos

necesarios al mantenimiento de la vida o a la construcción de las iglesias, hasta el asilo de Cristo, a la manera de los animales...» La misma narración hallamos en la crónica del Mont-Saint-Michel, en la crónica de Ruán y en muchas otras. Acaso la campaña del transporte humano llevada a cabo en este año de 1145 haya constituido, por su amplitud y por la participación en ella de todas las clases de la sociedad, una excepción. «Quien no ha visto estas escenas, no tendrá jamás ocasión de verlas semejantes», escribe Roberto de Torigny. A pesar de esta opinión, volvemos a encontrarlas, si bien a escala más restringida, aunque de manera tan espectacular a causa de sus actores, en el siglo XIII, con San Luis, sea en Tierra Santa, sea en la abadía de Royaumont, donde el rey y sus hermanos, de buen o mal grado estos últimos, acarrean los materiales.

Por lo tanto, queda bien claro que el acarreo seguía siendo un medio de transporte esencial. El mal estado de los caminos, el número limitado de carretas y de carros, la ausencia de vehículos cómodos —la carretilla, que apareció sin duda en las obras de construcción durante el siglo XIII, no se propagó hasta finales del XIV; además, parece haber sido al principio de difícil manejo— y el elevado precio de las carretas lo mantenían en primer plano. Acarreo a hombros humanos, que las miniaturas nos presentan encorvados bajo los tableros, los capazos, las banastas. Y acarreo también por animales. Al lado de las bestias de tiro, a las que en ocasiones vemos honradas después de haber penado, como los bueyes de piedra de las torres de la catedral de Laón, las bestias de carga han desempeñado un papel capital en los transportes medievales. No sólo el mulo y el asno siguen siendo irreemplazables para cruzar las montañas, sino que el acarreo a lomo desborda ampliamente las regiones en que las condiciones del relieve parecen imponerlo. En los contratos estipulados en el año 1296 durante las ferias de la Champagne entre los mercaderes italianos compradores de paños y de telas y los transportistas, vemos a éstos comprometerse a «conducir (las mercancías) con sus bestias a Nimes, en un plazo de 22 días, sin carreta». También figuran «diez balas de paños de Francia que (el transportista) ha prometido conducir y llevar a Savona por los rectos caminos de monseñor el rey de Francia y de monseñor el rey Carlos y la Riviera de Génova, haciendo etapas todos los días sin carreta, en un plazo de 35 días...».

El vocabulario de la metrología nos informa asimismo sobre la importancia del acarreo: en Francia, por ejemplo, la *sommée* (1) supone para la sal una medida de base.

(1) *Sommée*, peso que puede transportar una bestia de carga, de *somme* en francés. — *N. del T.*



Los transportes marítimos, a despecho de ciertos perfeccionamientos técnicos no despreciables, continúan resultando insuficientes, ya sea porque esas mejoras no hayan producido todo su efecto antes del siglo XIV —o quizá más tarde—, ya sea que su importancia fuese bastante limitada.

En primer lugar, el tonelaje de las flotas de la Cristiandad occidental es mediocre. Los buques son pequeños, incluso después del aumento de los tonelajes en los siglos XII y XIII, particularmente en el Norte, donde los navíos han de transportar productos voluminosos, granos y madera, por lo que aparece la *kogge* o *coca* hanseática, mientras que, en el Mediterráneo, Venecia construye galeras o, mejor, *galeas* —*galea da mercato*— de mayores dimensiones. ¿Podemos avanzar algunas cifras? Una capacidad superior a las 200 toneladas parece excepcional.

Mediocre también el número de buques. Los «grandes» navíos son pocos. Los convoyes que Venecia —la mayor potencia marítima de la época— arma a partir del comienzo del siglo XIV, uno o dos por año, para enviarlos hacia Inglaterra y Flandes, no comprendían más allá de dos o tres galeras. El número total de *galea da mercato* en servicio en las tres principales rutas de comercio durante los años veinte del siglo XIV es, aproximadamente, de 25. En 1328, por ejemplo, 8 de ellas tienen por destino Ultramar, es decir, Chipre y Armenia; 4, Flandes; 10, la Romanía, esto es, el Imperio Bizantino y el mar Negro. En agosto de 1315, cuando el Gran Consejo, alarmado por las noticias recibidas, ordena a sus navíos del Mediterráneo formarse en convoy, exceptúa de su orden a los grandes navíos, dado que su lentitud les hace poco aptos para navegar en formación. Estos grandes navíos son 9. Por otro lado, el desplazamiento de los buques viene limitado por una ordenanza, ya que deben ser fácilmente adaptables a las finalidades militares, para lo cual no han de verse estorbados por su tamaño y su consecuente lentitud. Frederic C. Lane ha calculado que, en 1335, los 26 navíos de un tonelaje medio de 150 toneladas que constituían los convoyes venecianos representaban 3.900 toneladas. Si se aplica a esa cifra el coeficiente 10, aproximadamente valedero para todo el siglo XVI, el conjunto de la flota veneciana se elevaría poco más o menos a 40.000 toneladas.

La introducción del timón de charnela, que progresa en el curso del siglo XIII y forma más manejables los navíos, no ha revestido probablemente la importancia que se le ha querido conceder. En cuanto al uso de la brújula, que determina el levantamiento de mapas más exactos y que per-

mite la navegación durante el invierno, no comienza sino después de 1280. En fin, la Edad Media ignora el cuadrante y el astrolabio náutico, instrumentos del Renacimiento.

* * *

Insuficiencia, por último, de la extracción minera. La escasa eficacia de los ingenios de perforación y de lavado y la incapacidad técnica de evacuar el agua limitan la extracción a los yacimientos superficiales o poco profundos: hierro (a pesar de los progresos conseguidos a partir del siglo XII), cobre y plomo (respecto a los cuales nos hallamos bien informados gracias a un código minero de comienzos del siglo XIII referente a la región de Massa Marittima en Italia), carbón mineral (acaso conocido en Inglaterra desde el siglo IX, mencionado en el Forez en 1095, pero que no comienza a ser verdaderamente explotado sino en el siglo XIII), sal (pozos salados, minas como las de Halle o de Wielicka y Bochnia en Polonia, cuya explotación no parece remontarse más allá del siglo XIII), estaño (producido principalmente en Cornualles y sobre cuya extracción nada se sabe), minas de oro y de plata, que se revelan pronto como incapaces para atender la demanda de una economía basada cada vez más en la moneda y cuya insuficiencia (pese a la intensificación de la explotación, en Europa Central especialmente, en Kutna Hora, Bohemia, por ejemplo) determina el hambre monetaria que se padece a finales de la Edad Media y que sólo terminará con el aflujo de metales americanos en el siglo XVI. Todos esos minerales se obtienen en cantidad insuficiente y, en la mayor parte de los casos, son tratados con un equipo y una técnica rudimentarios. Los hornos con fuelle —accionados éstos por energía hidráulica— aparecen al final del siglo XIII en Stiria, después, hacia 1340, en la región de Lieja. Los altos hornos de fines de la Edad Media no alcanzan a revolucionar de inmediato la metalurgia. Sabido es que será preciso esperar al siglo XVII para conseguir, y al XVIII, para verlos difundidos, dos progresos decisivos: la aplicación de la hulla al trabajo del hierro y el empleo del vapor para el bombeo del subsuelo.

Los adelantos técnicos más significativos en el dominio «industrial» no afectan, en definitiva, sino a sectores particulares o, al menos, no fundamentales, Y, aun así, su difusión no se produce hasta finales de la Edad Media. El más espectacular de todos ellos es, sin duda alguna, la invención de la pólvora y de las armas de fuego. No obstante, su eficacia militar se afirma lentamente. Durante el siglo XIV, e incluso después, los primeros cañones siembran el terror en el adversario más por el estruendo que causan que por su carácter destructor. Su gran importancia estribará en el

hecho de que el desarrollo de la artillería suscita, a partir del siglo XV, un gran progreso en la metalurgia.

La pintura al óleo, por su parte, conocida desde el siglo XII, pero sin conseguir mejoras decisivas hasta finales del siglo XIV y comienzos del XV y cuyo empleo no se estabiliza, siguiendo la tradición, sino con los hermanos Van Eyck y Antonello da Messina, revoluciona mucho menos la pintura que lo hace el descubrimiento de la perspectiva.

El vidrio, conocido en la Antigüedad, no reaparece como industria hasta el siglo XIII, principalmente en Venecia, y no toma la forma de una producción industrial en Italia sino a partir del siglo XVI, de la misma manera que el papel no triunfa definitivamente más que con la imprenta. El vidrio, en la Edad Media, no se emplea, en realidad, más que en la vidriera. El tratado de Teófilo, escrito a comienzos del siglo XII, pone de manifiesto el auge que está en camino de adquirir en la Cristiandad.

Al mismo tiempo, este tratado de Teófilo, *De diversibus artis*, «el primer tratado técnico de la Edad Media», revela bien a las claras las limitaciones de la técnica medieval.

En primer término, se trata, en esencia, de una técnica al servicio de Dios. Los procedimientos descritos por Teófilo son los que se emplean en los talleres monásticos y están, sobre todo, destinados a construir y a ornamentar la iglesia. El primer libro está consagrado a la preparación de los colores, es decir, a la iluminación y, accesoriamente, al fresco; el segundo libro a las vidrieras, y el tercero a la metalurgia, haciendo especial hincapié en la orfebrería.

Es también una técnica de productos de lujo. En la industria textil, por ejemplo, los artículos de primera necesidad son productos caseros. Los talleres son tan sólo fábricas de telas de lujo.

Es, en fin, una técnica de artistas-artesanos, que aplican sus recetas a una producción de piezas individuales, con la ayuda de un instrumental rudimentario. Los técnicos y los inventores de la Edad Media son, en efecto, artesanos. No escapan tampoco a la regla aquellos en quienes se ha querido ver una selección intelectual, poseedora de técnicas sutiles: los mercaderes italianos o hanseáticos, a propósito de los cuales se ha llegado a hablar de una «supremacía intelectual». Sin embargo, ha de tenerse en cuenta que, durante largo tiempo, el principal trabajo del mercader ha consistido en desplazarse, para lo cual no es necesaria ninguna calificación especial. El mercader no es otra cosa que uno más entre los «errantes» de la ruta medieval. Se le llama en Inglaterra el *piepowder*, el «pie polvoriento», cubierto por el polvo de los caminos. Se nos muestra en la litera-

tura, verbigracia en la narración de Jehan Bodel, *Le souhait fou* («El deseo loco») de finales del siglo XII, como un hombre que pasa meses fuera de su casa, «para buscar su mercancía», y que regresa a ella «*gai et joyeux*», contento y feliz, después de haber permanecido largo tiempo fuera de su país, «*fors de païs*». A veces, si ese viajero es lo bastante rico, se las ingenia para tratar la mayor parte de sus negocios en las ferias de la Champagne. Cuando en sus negocios interviene un «intelectual» —mas esto únicamente en la Cristiandad meridional—, es el notario quien redacta para él los contratos, contratos en general muy sencillos y cuyo principal mérito estriba en servir de testimonio, al ejemplo de las cartas feudales. Ni siquiera la Iglesia, que fuerza al mercader a servirse de una cierta complicación y una cierta sutilidad al condenar bajo el nombre de usura todas las operaciones de crédito, consigue hacer progresar su técnica de una manera decisiva. Por otro lado, esos dos instrumentos que señalan un progreso seguro en la práctica comercial, si bien con una técnica restringida, la letra de cambio y la contabilidad por partida doble, no se extiende sino a partir del siglo XIV. Las técnicas comerciales y financieras de la Edad Media figuran entre las más rudimentarias. La más importante, el cambio, se limita a un intercambio de piezas: el cambio «manual».

Un solo técnico se eleva quizás a un grado superior: el arquitecto. Su dominio es el único que presenta en la Edad Media un innegable aspecto industrial. A decir verdad, el arte de construir no pasó a ser una ciencia ni el arquitecto a ser considerado un sabio en toda la Cristiandad, y su preponderancia no comenzó sino a partir del arte gótico. Este arquitecto, que se hace llamar «maestro», que trata incluso de hacerse llamar «maestro en piedras» *(magister lapidum)* como otros son maestros en artes o en decretos (doctores en derecho) y que calcula según reglas, se opone al técnico-artesano, el cual aplica recetas, y al albañil. La yuxtaposición, y a veces la oposición, de los dos tipos de constructores se mantendrá, como es sabido, hasta el final de la Edad Media. El debate revelador que opone el arquitecto francés, para el cual no había «técnica sin ciencia»: *Ars sine scientia nihil est,* a los albañiles lombardos, para quienes la ciencia no era más que la técnica: *Scientia sine arte nihil est,* se sitúa sobre los trabajos de la catedral de Milán, en el paso del siglo XIV al XV.

En fin, se ha de recordar que, si bien los artesanos medievales han dado pruebas ciertas de habilidad, de audacia (ahí tenemos a las catedrales para probarlo; y no solamente a ellas, puesto que Joinville queda maravillado ante los almacenes de Saumur, «construidos a la manera de los claustros de los monjes blancos») y de genio artístico, las producciones de la Edad Media

fueron, en general, y en contra de lo que se ha creído con excesiva frecuencia, técnicamente de mala calidad. La Edad Media se vio obligada sin cesar a reparar, reemplazar, reconstruir. Las campanas de las iglesias debían ser refundidas a menudo. El hundimiento de construcciones, principalmente de las iglesias, era frecuente. El derrumbamiento del coro de Beauvais *, acaecido en 1284, resulta doblemente simbólico. Pone de manifiesto, todavía en mayor grado que la detención de la pujanza gótica, el destino común a tantas construcciones medievales. Los informes sobre las reparaciones que habían de efectuarse en las iglesias, especialmente en las catedrales, se convirtieron incluso en uno de los principales recursos económicos para los arquitectos de finales del siglo XIII. La mayor parte de las obras maestras que se conservan de la arquitectura medieval deben el estar todavía en pie a las reparaciones y restauraciones que los siglos posteriores realizaron en ellas.

Queda por decir, con todo, que la Edad Media, que ha inventado poco, que ha enriquecido escasamente la flora alimenticia —el centeno, principal adquisición de la Edad Media, desaparecido ya casi por completo de Europa, no fue, en realidad, más que un enriquecimiento transitorio de la agricultura—, marca una etapa en la conquista de la naturaleza por las técnicas humanas. Cierto que incluso su más importante conquista, el molino —o, mejor, lo cual es más esencial todavía, su difusión—, está unida a los caprichos de la naturaleza: calmas en los vientos, estiaje de los cursos de agua en el Mediodía, detención de los mismos en el Norte a causa del hielo. Ahora bien, como ha señalado Marc Bloch: «Molinos movidos por el agua o por el viento, molinos harineros, de cortezas curtientes, batanes, sierras hidráulicas, martinetes de las forjas, collares de las caballerías, herraduras de las bestias de carga, tiro en fila de las mismas, incluso el torno y tantos otros progresos, que conducen uniformemente a una utilización más eficaz de las fuerzas naturales, inanimadas o no, y, por lo tanto, a ahorrar el trabajo humano o, lo que viene a ser poco más o menos lo mismo, a asegurarle un mejor rendimiento, ¿a qué se deben? Acaso a que había menos hombres; mas, sin duda alguna, a que el amo poseía menos esclavos.»

Esta ligazón del progreso humano con el progreso técnico fue aprehendida por algunos durante la misma Edad Media, pese a que ésta no incluyese el progreso técnico en la escala de sus valores. Unos para deplorarlo, como Guiot de Provins, a principios del siglo XIII, quien se lamenta de que en su tiempo, incluso en el dominio militar, los «artistas» deben ceder el paso a los «técnicos», los «caballeros» a los «ballesteros, los mineros, los servidores de las máquinas para lanzar piedras y los ingenieros». Otros, por el

contrario, para alegrarse de ello. Tal ocurre en particular con ese monje de Clairvaux que, en el siglo XIII, canta un verdadero himno al maquinismo liberador.

Recordemos que, ante la aparición de los primeros molinos, un epigrama de la *Antología* había celebrado ese progreso. «¡Detened vuestras manos, largo tiempo familiares con la muela, oh muchachas que en otro tiempo triturabais el grano! ¡A vosotras corresponde ahora los largos sueños, desdeñosos de los cantos con que los gallos saludan el nacimiento del día! Porque lo que fue vuestro trabajo, Deméter lo ha encomendado a las Ninfas.» Y ya el abate de Loches, en el siglo V, regocijábase al ver que el molino abacial, al permitir «a un solo hermano realizar la tarea de muchos» liberase de ese trabajo al resto del grupo monástico. Pero nuestro monje de Clervaux se exalta verdaderamente en un contexto de aplicaciones industriales, de rumores mecánicos, que hacen de su panegírico uno de los primeros cantos a la gloria del maquinismo:

«Un brazo del Aube, que atraviesa los numerosos talleres de la abadía, suscita bendiciones por todas partes a causa de los servicios que presta. El Aube sube allí para realizar un gran trabajo. Y si no acude todo entero, por lo menos no permanece ocioso. Un lecho, cuyas curvas cortan en dos el centro del valle, ha sido abierto, no por la Naturaleza, sino por la industria de los monjes. Por esta vía, el Aube transmite la mitad de sí mismo a la abadía, como para saludar a los religiosos y excusarse por no haber venido todo entero, puesto que no ha encontrado ese canal lo suficientemente ancho para contenerlo.

»Cuando, a veces, el río desbordado precipita fuera de sus límites ordinarios una agua demasiado abundante, se ve rechazado por un muro que se le opone y bajo el cual se ve obligado a correr; entonces vuelve sobre sí mismo y la onda que seguía su antiguo curso acoge con sus besos la onda que refluye. De todas maneras, admitido en la abadía tanto como el muro que hace funciones de portero le permite, el río se lanza primeramente con impetuosidad en el molino, donde se mantiene muy ocupado y se da mucho movimiento, tanto para triturar el trigo bajo el peso de sus muelas, como para agitar los cedazos, a fin de separar la harina del salvado.

»Helo aquí ya en el edificio vecino. Llena la caldera y se abandona al fuego, que lo cuece a fin de preparar con él una bebida para los monjes, si por casualidad la viña ha dado a la industria del viñador la mala respuesta de la esterilidad y si, al faltar la sangre de los racimos, ha sido preciso suplirla por la hija de la espiga [la cerveza]. Pero el río no se da aún por cumplido. Los batanes, situados cerca del molino, llaman a sus aguas. Se ha

ocupado en el molino de preparar la alimentación de los hermanos; está, pues, en razón exigirle que ahora piense en su vestido. Él no lo contradice ni se niega a nada de cuanto se le pida. Eleva o baja alternativamente esos pesados pilones, esos mazos, si lo preferís, o, por mejor decir, esos pies de madera (pues ese nombre expresa más exactamente el trabajo brincador de los batanes), para ahorrar a los bataneros una gran fatiga. ¡Buen Dios! ¡Cuántos consuelos dais a vuestros pobres servidores para impedir que una tristeza demasiado grande los abrume! ¡Hasta qué punto aligeráis las penas de vuestros hijos que hacen penitencia para evitarles la sobrecarga del trabajo! ¡Cuántos caballos se extenuarían, cuántos hombres fatigarían sus brazos en los trabajos que hace por nosotros, sin ninguna pena por su parte, ese río tan gracioso, al que debemos lo mismo nuestros vestidos que nuestros alimentos! Combina sus esfuerzos con los nuestros y, después de haber soportado el penoso calor del día, no espera de su trabajo más que una recompensa: el permiso de irse libremente después de haber cumplido con todo celo todo lo que se le ha pedido. Después de que ha hecho girar en un movimiento acelerado tantas rápidas ruedas, sale espumeante; diríase que se ha molido a sí mismo y que se torna más blando.

»Al salir de allí, entra en la curtiduría, donde, para preparar las materias necesarias al calzado de los hermanos, muestra tanta actividad como cuidado; se reparte en una cantidad innumerable de pequeños brazos y va en su carrera trabajadora a visitar los diferentes servicios, buscando diligentemente en todos lados a aquellos que tienen necesidad de su ministerio para cualquier cosa que sea, ya se trate de cocer, tamizar, hacer girar, triturar, regar, lavar o moler: ofreciendo su ayuda, sin denegarla jamás...»

* * *

La economía del Occidente medieval tiene por único objeto la subsistencia de los hombres. No va más allá. Si alguna vez aparenta sobrepasar los límites de esa estricta necesidad, se debe, sin duda, a que la subsistencia es una noción socioeconómica y no puramente material. El concepto de subsistencia varía según las diversas capas sociales. La masa se satisface con una subsistencia en el sentido estricto de la palabra, es decir, con lo necesario para vivir físicamente: alimentación en primer lugar, vestido y alojamiento después. La economía medieval será, en consecuencia, esencialmente agraria, fundada en la tierra que proporciona lo necesario. Esta exigencia es hasta tal punto la base de la economía medieval que, cuando se asienta la Alta Edad Media, se esfuerza por establecer cada familia campesina —uni-

dad socioeconómica— en una porción-tipo de tierra, aquella que permite la vida de una familia: el *manso, terra unius familiae,* como la denomina Beda.

Para las clases sociales superiores, la subsistencia lleva consigo la satisfacción de necesidades mayores. Debe permitirles mantener su rango, no perder categoría. Los bienes que necesita para ellos le vienen proporcionados, en una débil cantidad, por importaciones extranjeras y, en su inmensa mayoría, por el trabajo de la masa.

Ese trabajo no tiene por finalidad el progreso económico, ni desde el punto de vista individual ni del colectivo. Aparte sus fines religiosos y morales —evitar la ociosidad que es la puerta abierta al Diablo, hacer penitencia trabajando, humillar el cuerpo—, comporta asimismo ciertas finalidades económicas: asegurar su subsistencia y la de aquellos pobres inaptos para procurársela por sí mismos. Todavía Santo Tomás de Aquino lo declara así en su *Summa Theologica:* «El trabajo tiene cuatro finalidades. Primeramente, y sobre todo, debe proporcionar el vivir; segundo, debe hacer desaparecer la ociosidad, fuente de numerosos males; tercero, debe refrenar la concupiscencia, mortificando el cuerpo; cuarto, permite hacer limosnas...»

El fin económico del Occidente medieval consiste en proveer a la *necessitas.* Esta necesidad legitima la actividad, permite incluso la derogación de ciertas normas religiosas. El trabajo dominical, por regla general prohibido, será permitido en caso de *necessitas.* El sacerdote, por ejemplo, al cual están vedados numerosos oficios, podrá ser autorizado a trabajar en caso necesario para asegurar su subsistencia. Los ladrones por necesidad se verán «excusados» por ciertos canonistas. Raimundo de Peñafort escribe en su *Summa,* hacia el primer tercio del siglo XIII: «Si alguien roba alimentos, bebidas o vestidos a causa del hambre, de la sed o del frío que padece, ¿comete verdaderamente un robo?... No comete ni robo ni pecado si obra así a causa de la necesidad.» No obstante, intentar procurarse más de lo necesario supone pecado. Es la forma económica (una de las más graves) de la *superbia,* del orgullo. El ideal económico fijado por Teodulfo en la época carolingia, tan cuidadoso de señalar a los trabajadores los fines espirituales de la actividad económica —diezmos, limosnas—, sigue siendo valedero durante toda la Edad Media. Se ha de recordar a «todos los que se entregan a los negocios y al comercio que no deben desear los provechos terrestres más que la vida eterna... Lo mismo que quienes se dedican al trabajo de los campos y las otras labores para procurarse el alimento, el vestido y las restantes necesidades deben dar diezmos y limosnas, igualmente los que practi-

can el comercio para subvenir a sus necesidades deben hacer otro tanto. Dios, en efecto, da a cada uno un oficio para que viva de él y cada uno debe sacar de ese oficio, que le proporciona lo que es necesario para su cuerpo, también el socorro para su alma, lo cual es todavía más necesario».

Todo cálculo económico que vaya más allá de la previsión de lo necesario será severamente condenado. Cierto que los señores territoriales, particularmente los de carácter eclesiástico, en especial los abades, que disponen de un personal mejor equipado desde el punto de vista intelectual, han tratado de estudiar, de prevenir, de mejorar la productividad de sus tierras. Desde la época carolingia, una serie de capitulares, polípticos e inventarios imperiales o eclesiásticos —el más célebre de los cuales es el políptico que hizo redactar a comienzos del siglo IX el abad de Saint-Germain-des-Prés, Irminón— ponen de manifiesto este interés económico. A partir de las postrimerías del siglo XII, después de que la obra escrita por Suger a mediados de siglo sobre su gestión en la abadía de Saint-Denis puso de relieve el carácter siempre empírico de su administración, los especialistas toman en su mano la dirección de los grandes señoríos, sobre todo los eclesiásticos, tales como las granjas de las más importantes abadías inglesas, donde el *reeve,* el villano o *villicus* encargado de administrar la explotación, debía presentar sus cuentas a los escribanos que venían a anotarlas el día de San Miguel, antes de someterlas a la verificación de los auditores. Sin embargo, se trata más bien todavía de continuar produciendo lo necesario, administrando y calculando mejor ante la crisis que se anuncia, para hacer frente también al progreso de la economía monetaria. La desconfianza hacia el cálculo reinará aún por largo tiempo y habrá que esperar al siglo XIV, como sabemos, para ver aparecer una verdadera atención al aspecto cuantitativo de las cuentas —en las estadísticas todavía groseras de Giovanni Villani en relación con la economía florentina, por ejemplo—, atención también nacida, en definitiva, más de la crisis económica que amenaza a las ciudades y obliga a contar que de un deseo de crecimiento económico calculado. En pleno siglo XIII, la célebre colección italiana de novelas el *Novellino* constituye un testimonio de este estado de espíritu hostil al censo, a la cifra. «David rey, siendo rey por la Gracia de Dios, que de pastor de ganados le había convertido en señor, sintió un día la preocupación de saber, a fin de cuentas, cuál era el número de sus súbditos. Fue esto un acto de presunción, que desagradó mucho a Dios, el cual envió su ángel, haciéndole decir estas palabras: "David, has pecado. He aquí lo que dice tu Señor: ¿Qué prefieres? ¿Permanecer por tres años en el infierno, o por tres meses en las manos de tus enemigos, o bien someterte a juicio en las manos de tu

92. ECONOMÍA RURAL: EL ARADO CON RUEDAS.

Esta escena, que figura en las puertas de bronce de la basílica de San Zenón de Verona (finales del siglo XI, véase il. 79), está considerada como la primera representación del arado con ruedas. Su simbolismo es igualmente interesante: se trata de la muerte de Abel a manos de Caín. Abel, después de la caída, se ha hecho agricultor. El trabajo es, a la vez, beneficio y maldición. (Verona, Basílica de San Zenón.)

93. ECONOMÍA RURAL: MOLINOS.

Entre los siglos XI y XIII, las explotaciones rurales más prósperas se equiparon de molinos en principio hidráulicos y, más tarde, de viento. He aquí un folio del políptico ilustrado conocido por el Vieil Rentier, *inventario de los servicios y tributos debidos, hacia 1275, al señor Jehan de Pamele d'Audenarde. En la parte alta, los servicios (un campesino ahechando) y tributos (X sueldos por año) proporcionados por un molino de viento sobre su terrero. En la parte baja, tributo (XVI sueldos por año) pagado por un molino hidráulico. (Bruselas, Biblioteca real, manuscrito 1175, fol. 15.)*

94. ECONOMÍA RURAL: UN TIRO DE BUEYES.

El Salterio de Luttrel, escrito hacia 1340, nos da, gracias a sus ilustraciones, noticias preciosas sobre la vida rural a comienzos del siglo XIV. Un campesino acomodado, acompañado por un ayudante, empuja un arado al que van uncidas dos parejas de bueyes. La imagen es totalmente realista. (Londres, British Museum, add. manuscrito 42310, fol. 170.)

95. ECONOMÍA RURAL: LA VIÑA.

Encontramos aquí representados, a través todavía de una parábola evangélica, un cercado de viña y una prensa. La miniatura del Evangeliario de Enrique III (1039, véase il. 53) ilustra el texto de San Mateo (21, 33-39) sobre los malos viñadores reclutados por el padre de familia que ha plantado una viña. (Biblioteca del Escorial, Codex Aureus, Cod. Vetrinas 17, fol. 46 recto.)

96. ECONOMÍA RURAL: LA SIEGA.

Aquí, por el contrario, las escenas de la siega, a despecho de su carácter en apariencia puramente realista, tienen una significación alegórica. La miniatura, ejecutada en la Renania media, a finales del siglo XII, está incluida en un manuscrito del Speculum Virginum, *"Espejo de las Vírgenes", de Conrado de Hirsau (nacido en 1017). En ella se nuestra la jerarquía establecida entre el matrimonio, la viudedad y la virginidad. Abajo, las esposas, auxiliadas por sus maridos, no recolectan más de treinta veces lo que han sembrado. En el centro, las viudas, cuyo mérito es superior, obtienen sesenta veces la simiente. Arriba, las doncellas, cuyo estado es el más meritorio, recogen cien veces la simiente. A pesar de todo, la exageración de los rendimientos tradu-*



92



93


guinem innocentem condempnabit.

94

95


HOMOQVIDĀ PLANTAVITVINEAM· ET SEPĒ CIRCVDE DIT EI· ET FODIT INEA TORCVLAR· ET AE
DIFICAVITTVRRIM· ETLOCAVIT EAM AGRICOLI· ET P EREGRE PROFECTVS EST·



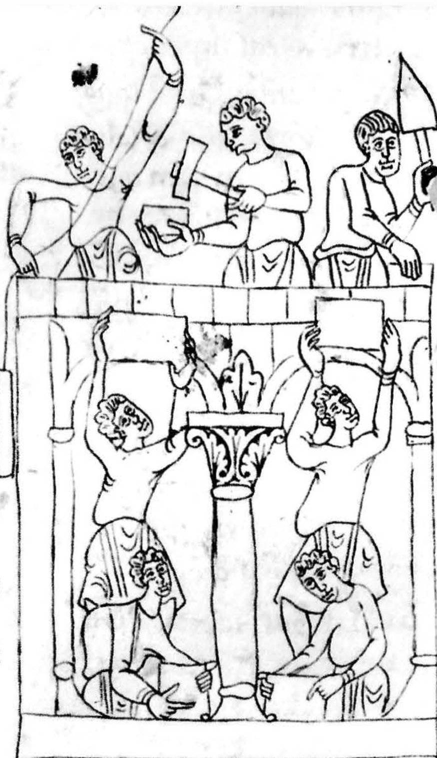






97

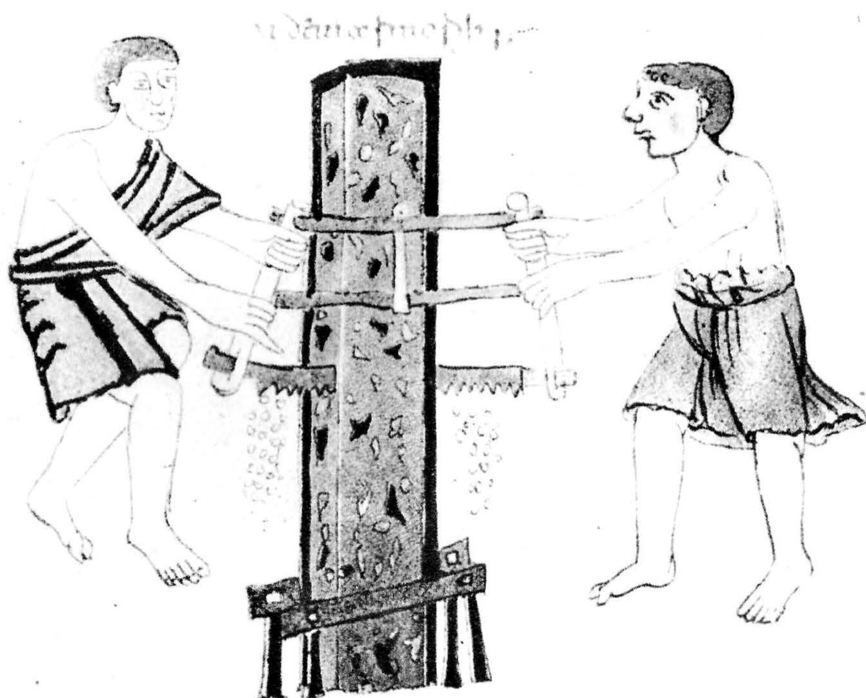




99



100



101



102

103





104



105

106

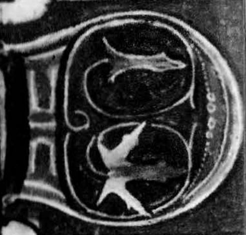




107

.C.C.lxxiiij.

Incipit ordo in die benediction



cantata

maior n

hora au

missam

deinde te

cono alba & manipulo ornato & crux a

choriali capsa nexo a duobz sacerdotibz

109

110


KLEF
IOSVE
BOTRVS
IOHES



ce la incesante preocupación del campesino medieval. (Bonn, Museo Nacional Renano, núm. 15326.)

97. ECONOMÍA RURAL: LA VENDIMIA.

Pese a la importancia del vino en toda la Cristiandad y los esfuerzos por cultivar la viña tan al Norte como sea posible, la economía rural sólo deja un amplio margen para la viña en los países meridionales. No siempre aparece como aquí en el ciclo de los Trabajos de los Meses. Esculpido por Benedetto Antelami (véase il. 80) en el baptisterio de Parma (hacia 1196), el tema representa a septiembre en la figura de un campesino dedicado a la vendimia. (Parma, baptisterio.)

98. TRABAJO DE LA MADERA: CONSTRUCTORES DE NAVÍOS.

El trabajo de la madera y la construcción de navíos han disfrutado de un lugar importante en el artesanado y, a veces, en la industria medieval. La escena bíblica que permitía su representación era la construcción del arca de Noé. En nuestra ilustración, los útiles ocupan un puesto destacado al lado de los artesanos en este derrame esculpido de la puerta (rehecho en época moderna) de la capilla alta de la Sainte-Chapelle (1246-1248). (París, Sainte-Chapelle.)

99. UNA INDUSTRIA MEDIEVAL: LA CONSTRUCCIÓN.

Miniatura de la Biblia latina, llamada Biblia de Noailles (siglo XII), que ilustra la construcción del Templo, según las profecías de Ageo (II, 11-20): elevación a mano y colocación de las piedras con utensilios elementales (martillo y paleta); determinación de la verticalidad mediante la plomada. (París, Biblioteca Nacional, manuscrito latino 6, tomo III, fol. 89 vuelto.)

100 Y 101. UNA INDUSTRIA MEDIEVAL: LA CONSTRUCCIÓN.

La edificación de la Torre de Babel ha dado ocasión para representar escenas de construcción. Este manuscrito del De originibus *de Raban Maur, que data de 1023 y fue copiado en la abadía de Monte Cassino, es contemporáneo de la época en que comienza la gran expansión de la construcción y testimonia el despertar del espíritu tecnológico en la Edad Media. Tres problemas técnicos de la construcción se nos muestran en la miniatura: la talla de las piedras (en este caso del mármol) y el uso de la sierra (il. 101), la construcción de los andamiajes (aún muy rudimentarios) y el transporte de los materiales con la ayuda de un marco con mango (il. 100). (Biblioteca del Monasterio de Monte Cassino.)*

102. EL PROGRESO DE LA NAVEGACIÓN: EL TIMÓN DE CHARNELA.

Sello de la ciudad hanseática de Elbing (Elblag, Polonia), fundada en 1237 durante la conquista de Prusia por los Caballeros Teutónicos y que fue, hasta mediados del siglo XIV, el gran puerto de Prusia con preferencia a

Dantzig (Gdansk). En él figura por primera vez (1242) el timón de charnela. (Hamburgo, Archivos del Estado.)

103. PODERÍO DE LAS CORPORACIONES DE MERCADERES: EL SELLO DE LOS BATELEROS DE PARÍS.

Desde finales del siglo XI se había establecido en París una corporación de mercaderes para luchar contra la competencia de Ruán, que tendía a acaparar la parte esencial del comercio por el Sena. En el año 1170 obtuvo del rey el monopolio del control de la navegación en el Sena, entre los puentes de París y el puente de Mantes. Abierta a todos los comerciantes, agrupó, a partir del siglo XIII, a toda la burguesía comercial de París y controló todo el comercio parisiense. Su lugar de reunión, el Locutorio de los Burgueses, se convirtió en un centro político al mismo tiempo que económico. El jefe de la cofradía fue un gran personaje con el que había de contar la realeza. A mediados del siglo XIV, en la persona de Etienne Marcel, intentó imponerse al soberano y al país. El sello es de 1210. (París, Biblioteca Nacional, Gabinete de las Medallas.)

104. ALIMENTACIÓN URBANA: MERCADER DE CARNE SALADA.

Las miniaturas de este manuscrito (comienzos del siglo XV) del Tratado médico, escrito por el moro español Albucasis (siglo X), han sido probablemente ejecutadas en Italia, pero la obra debió de pasar rápidamente a Bohemia, puesto que lleva notas cursivas en checo. Ilustran la preparación y la venta de diversos productos, acerca de los cuales señala el texto las ventajas y los inconvenientes que pueden derivarse para la salud. La Edad Media ha hecho un gran comercio y uso de la sal, principal medio de conservación de los alimentos. (París, Biblioteca Nacional, nuevas adquisiciones latinas 1673, folio 39.)

105. EXPANSIÓN DEL ARTE TEXTIL: LA PAÑERÍA.

El arte textil tomó en el curso del siglo XII un gran desarrollo, lo mismo en los talleres monásticos que en los de ciertas ciudades (particularmente en Flandes y en Italia), donde se fabrican telas de lujo para la exportación. Esta miniatura, dispuesta según el gusto románico del espacio enteramente ocupado, salvo la fantasía de ciertos desbordamientos en torno a la inicial, la letra Q, ornamenta un manuscrito de las Moralia in Job, *de Gregorio el Grande, copiado en la abadía de Cîteaux hacia 1115. En ella, los obreros cardan la lana y extienden una pieza de paño (véase il. 26). (Dijon, Biblioteca Municipal, manuscrito 173, fol. 92 vuelto.)*

106. LOS MERCADERES Y LA USURA: COMERCIO Y MORAL.

Puesto que todo préstamo con interés era considerado como usura y, en consecuencia, condenado, los comerciantes permanecieron durante largo tiempo

en una posición delicada con respecto a la Iglesia. Un caso de conciencia que se plantea frecuentemente en el siglo XIII es el de saber si los comerciantes pueden hacer donativos y limosnas con sus ganancias ilícitas, con sus beneficios usurarios. En esta Biblia moralizada, *escrita e iluminada en un taller parisiense hacia el año 1250, se ve a un franciscano y a un dominico rechazando las limosnas ofrecidas por unos usureros. (París, Biblioteca Nacional, manuscrito latino 11560.)*

107. UNA PRIMERA MATERIA TINTÓREA PARA EL ARTESANADO Y LA INDUSTRIA TEXTILES: LA HIERBA PASTEL.

La hierba pastel o glasto fue uno de los principales colorantes utilizados por el artesanado y la industria textiles en la Edad Media. Desde el siglo XIII, algunas regiones, como la Picardía, se especializaron en su cultivo y numerosos mercaderes de Amiens hicieron fortuna con sus comercios. Esos mercaderes, con sus sacos de hierba pastel, han sido representados en una arcada del segundo piso de la capilla dedicada a San Nicolás, llamada de la Encarnación, en la catedral de Amiens, construida hacia 1300.

108. UNA FERIA: EL «LENDIT» DE SAINT-DENIS.

La feria llamada del "Lendit", que tenía lugar por espacio de una quincena del mes de junio entre París y Saint-Denis, se remonta a los alrededores del año 635. Ha desempeñado en la Alta Edad Media un papel "internacional", especialmente como mercado de la miel. En los siglos XII-XIV, su circunscripción fue esencialmente parisiense y regional (Champagne, Flandes, Normandía, Orleáns, región del Auxerre). La feria tenía lugar en terreno perteneciente a la jurisdicción del abad de Saint-Denis. Sin embargo, el día de la inauguración se celebraba una procesión solemne que partía de Notre-Dame de París. El obispo de París acudía a ella para dar su bendición a los mercaderes. Tal es la escena representada en este pontifical del siglo XIV, procedente de Sens, archidiócesis de la que el obispo de París es sufragáneo. (París, Biblioteca Nacional, manuscrito latino 962, fol. 264.)

109. EL ARTE DEL MARFIL: COFRECILLO HISPANOÁRABE.

Cofrecillo de marfil labrado en Cuenca en el año 1026. Es un testimonio de la habilidad de los artistas hispanoárabes y de la aclimatación en Occidente de los temas orientales: animales afrontados, combates de caballeros y de bestias. Ingresado en el tesoro de la rica abadía de Santo Domingo de Silos, fue decorado con esmaltes lemosinos durante el siglo XII. (Burgos, Museo Arqueológico.)

110. EL ARTE DE LOS BORDADORES: UN BORDADO ISLANDÉS.

El bordado y la tapicería gozan de una larga tradición entre los escandinavos (véase lám. en color n.º IV). Sobre esta

tapicería islandesa del siglo XIII aparecen bordadas escenas de la vida de San Martín, escenas que testifican la difusión de las técnicas y de las leyendas. Los episodios siguen de cerca la Leyenda dorada: *San Martín da la mitad de su capa a un pobre; tiene una visión de Cristo vestido con esa mitad de capa; después es bautizado; va al encuentro de un ermitaño; resucita a un ahorcado; es ordenado coadjutor por Hilario, obispo de Poitiers; resiste al demonio, que se ha revestido de una forma femenina; regala en la sacristía de la iglesia su capa completa a un pobre desnudo; resucita a un niño; exorciza a una vaca poseída; predica un "sermón a los pájaros", y, por último, muere y su alma es conducida al cielo por dos ángeles. (París, Colecciones del Louvre en depósito en el Museo de Cluny.)*

111. EL ARTE DEL METAL: EL PIE DE CRUZ DE SAINT-OMER.

Los artistas de la región del Mosa son, en el período que comprende del siglo XI al XIII, los más reputados en las artes del metal (véanse ils. 47 y 55). Suger, que tenía la pasión de la orfebrería (véanse, en el Diccionario, las piezas del Tesoro de Saint-Denis), hacia 1140 hizo labrar para Saint-Denis, por un grupo de orfebres "lotaringios", es decir, de la región de Mosa, una gran cruz de oro, destinada a señalar el lugar en que, según la tradición, había sido enterrado San Dionisio. Esta cruz ha desaparecido, pero nos ha quedado una copia en miniatura de ella o, mejor dicho, de su pie (30 centímetros de alto), ejecutada algunos años más tarde por uno de los orfebres de Saint-Denis, el célebre Godefroy de Claire. Es un pilar cuadrado, revestido de esmaltes y coronado por un capitel de bronce dorado que reposa sobre una base en forma de semiesfera, adornada en su parte baja con cuatro figuras sentadas, en bronce dorado igualmente, que representan a los Evangelistas. Los esmaltes de la columna reproducen escenas del Antiguo Testamento, prefiguradoras del sacrificio del Salvador: Moisés ante la serpiente de bronce, Isaac llevando la leña para el sacrificio, Aarón trazando el signo salvador del Tau en la frente de los justos, Caleb y Josué transportando, suspendido de un palo, el racimo de Canaán. El capitel está adornado con figurillas de la tierra y el mar, de Moisés con la serpiente de bronce y del centurión en el acto de proclamar la divinidad de Jesucristo. (Véase ilustración 66). (Museo de Saint-Omer.)

112. EL ARTE DEL METAL: UNA REJA DEL SIGLO XIII.

Basílica románica de Sainte-Foy de Conques. Esta reja del coro atestigua que la herrería ha alcanzado ya la maestría técnica y la elegante simplicidad de la época gótica. La reja fue colocada para impedir al público el acceso al coro, en el cual se hallaban expuestas las ricas y famosas reliquias. (Conques, Iglesia de Sainte-Foy.)

Señor?" David respondió: "Quiero ponerme en las manos de mi Señor. Que haga de mí lo que le plazca." Ahora bien, ¿qué hizo Dios? Lo castigó por su pecado, porque se había enorgullecido de poseer un muy gran número... Ocurrió un día que, mientras cabalgaba, David vio al ángel de Dios con una espada desnuda en la mano entregado a la muerte... En el acto David descabalgó y dijo: "*Messer* [Señor], perdón por Dios. No matéis a los inocentes, sino matadme más bien a mí, que soy el que ha errado." Entonces, por la bondad de estas palabras, Dios perdonó al pueblo y detuvo la matanza.»

En aquellas ocasiones en que se produjo un desarrollo económico en el Occidente medieval —como aconteció del siglo XI al XII, según hemos visto—, tal desarrollo no fue otra cosa que la consecuencia de un crecimiento demográfico. Era preciso hacer frente a un mayor número de gentes que debían ser nutridas, vestidas, alojadas. Las roturaciones y la extensión de los cultivos fueron los principales remedios aportados para solucionar los problemas causados por este excedente de población. El acrecentamiento de la productividad por procedimientos intensivos (barbecho trienal, abono, mejoras en el instrumental) no fue, por lo que respecta a la intención, sino un aspecto secundario. La dimensión misma de las grandes iglesias románicas y góticas respondía en primer término a la simple necesidad de acoger a un pueblo cristiano más numeroso. Por otra parte, las explotaciones monásticas, verdaderos pilotos y testimonios de la economía de la época, con frecuencia intensifican o aminoran su producción en función de las variaciones que se producen en la población monástica. Así, en Cantorbery, durante la segunda mitad del siglo XII, las prestaciones en especie exigidas a los campesinos se reducen al mismo tiempo que disminuye el número de monjes.

Es lógico que esta indiferencia, incluso esta hostilidad, al desarrollo económico se reflejase en el sector de la economía monetaria. Fuertes persistencias se oponían a la expansión de tal sector, que ostenta un espíritu de lucro de tipo precapitalista.

La Edad Media, al igual que la Antigüedad, se sirvió durante largo tiempo del préstamo de consumo como principal, como única forma de préstamo, siendo casi desconocido el préstamo de producción. El interés impuesto sobre el préstamo de consumo estaba prohibido entre cristianos y era considerado pura y simplemente como usura, rechazada por la Iglesia. Tres textos bíblicos (*Éxodo* 22, 25; *Levítico* 25, 35-37, y *Deuteronomio* 23, 19-20) condenan el préstamo con interés entre judíos, en reacción contra las influencias de Asiria y de Babilonia, donde el préstamo de

cereales estaba muy desarrollado. Esas prescripciones, aunque poco respetadas por los antiguos judíos, fueron adoptadas por la Iglesia apoyándose sobre las palabras de Cristo: «Prestad sin esperar nada en devolución y vuestra recompensa será grande» (Lucas 6, 34-35). De esta manera, se dejaron de lado todos los pasajes en que Jesús, que no indicaba en esta frase más que un ideal propuesto a los más perfectos de sus discípulos, hacía alusión sin condenarlas a las prácticas financieras condenadas por la Iglesia medieval como usurarias. La actitud de Jesús ante Mateo, perceptor o banquero, hombre de dinero en todo caso, viene a corroborar ese aspecto indulgente de su doctrina respecto a la finanza. Sin embargo, tal actitud fue casi totalmente ignorada o, al menos, pasada en silencio por la Edad Media. Más aún, la Cristiandad medieval, después de haber condenado el préstamo de consumo entre cristianos —otra prueba de su constitución como grupo cerrado— y abandonado a los judíos el oficio de usureros (lo cual no privó a las grandes abadías de la Alta Edad Media de desempeñar en cierta medida el papel de «establecimientos de crédito»), se opuso también durante largo tiempo al préstamo de producción y, más generalmente, condenó como usura todas las formas de crédito, estimulante si no condición indispensable del desarrollo económico. Los escolásticos, siguiendo en esto a Santo Tomás de Aquino, poco comprensivo, contrariamente a lo que se ha sostenido, con respecto a los medios comerciales e imbuido de las ideas económicas de la pequeña nobleza terrateniente de la que procedía, acudieron a Aristóteles en demanda de ayuda. Resucitaron su distinción entre la economía de tipo familiar autárquica, y la economía de tipo comercial crematística o, por mejor decir, su distinción entre la crematística natural que se dirige a la simple utilización de los bienes —a la subsistencia— y es, por lo tanto, alabada, y la crematística monetaria, práctica contra la naturaleza y, en consecuencia, condenada. Tomaron asimismo de Aristóteles la afirmación que el dinero no nació de manera natural y, por lo tanto, no puede dar a luz otro dinero: *Nummus non parit nummos.* Toda operación de crédito que comportase la percepción de un interés chocó durante mucho tiempo contra ese dogma.

De hecho, todas las categorías sociales medievales se hallaban sometidas a fuertes presiones económicas y psicológicas que tenían por resultado, si no por finalidad, oponerse a toda acumulación propicia a dar nacimiento a un progreso económico. La masa campesina estaba reducida al mínimo vital a causa de las deducciones efectuadas sobre el producto de su trabajo por los señores, bajo la forma de la renta feudal, y por la Iglesia, bajo la forma de diezmos y limosnas. La Iglesia misma dispendiaba una

parte de sus riquezas en sostener el lujo de una minoría de sus miembros —alto clero de los obispados, abades y canónigos—, esterilizaba otra para mayor gloria de Dios en la construcción y ornamentación de las iglesias y en la pompa litúrgica y empleaba el resto en la subsistencia de los pobres. En cuanto a la aristocracia laica, se veía siempre invitada a dilapidar sus excedentes en donaciones y limosnas y en manifestaciones de munificencia a favor del ideal cristiano de la caridad y del ideal caballeresco de munificencia, cuya importancia económica fue bastante considerable. La dignidad y el honor de los señores estribaba en gastar sin tasa. El consumo y el derroche propios de las sociedades primitivas absorbían la casi totalidad de sus rentas. Juan de Meung estaba en lo cierto al identificar y condenar conjuntamente en la *Roman de la rose* «munificencia» y «pobreza»: la una y la otra, solidarias entre sí, paralizaban la economía medieval. Si alguna vez se producía una acumulación, se trataba de un atesoramiento. Atesoramiento que esterilizaba el capital en objetos preciosos y no tenía, aparte su función de prestigio, sino una función económica no crediticia. Las vajillas preciosas, los tesoros monetarios fundidos o puestos en circulación con ocasión de una catástrofe, no servían sino para satisfacer, en los momentos críticos, las más vigentes necesidades y no alimentaban una actividad regular y continua.

* * *

La escasa eficacia de las técnicas de producción, reforzada por unos hábitos mentales retrógrados, condenaba la economía medieval al estancamiento, a la sola satisfacción de las necesidades primarias y a los gastos de prestigio de la minoría. Los obstáculos al desarrollo económico procedían sobre todo del régimen feudal mismo, del cual dependía también, por otra parte, el bajo nivel tecnológico. Claro está que el sistema feudal no se reduce a su aspecto dominical, pero reposa sobre un modo de explotación económica cuyo esquema, a través de las variaciones geográficas y cronológicas, es fundamentalmente el mismo. El sistema feudal consiste en esencia en la apropiación por la clase señorial —eclesiástica y laica— de todo el exceso de la producción rural, asegurada por la masa campesina. La explotación se lleva a cabo en condiciones que privan a los campesinos de medios para contribuir al progreso económico, sin que los beneficiarios del sistema disfruten de posibilidades mucho mayores para invertir de manera productiva.

Ahora bien, tal y como hemos visto, la renta feudal, es decir, el conjunto de rentas que la clase señorial extrae del trabajo de los campesinos, no tiene siempre la misma composición ni el mismo valor. De acuerdo con

las épocas, la relación varía entre las dos partes del señorío rural: el dominio o reserva, directamente explotada por el señor —gracias a las prestaciones gratuitas de una parte de los campesinos— y las tenencias o feudos, concedidos a los villanos contra la prestación de servicios y el pago de contribuciones. Asimismo, la proporción varía entre las prestaciones en trabajo y las rentas y entre las rentas en especie y las pagadas en dinero. Las posibilidades de disponer de excedentes en especie o monetarios oscilaban también considerablemente según las categorías sociales. Si bien la mayor parte de los señores eran «ricos», es decir, tenían asegurada su subsistencia y el capital superfluo necesario para mantener su rango, había también «caballeros pobres», como aquel de que nos habla Joinville, que parece incluso incapaz de subvenir a sus necesidades y a las de su familia: «Entonces un pobre caballero llegó en una barca con su mujer y los cuatro hijos que tenía. Les hice comer en mi morada. Terminada la comida, llamé a los gentileshombres que estaban presentes y les dije: "Hagamos una gran caridad, y descarguemos a ese pobre hombre de sus hijos; que cada uno tome el suyo, y yo tomaré también uno".» O ese Du Clusel, caballero de comienzos del siglo XIV, descubierto por Edouard Perroy, tan pobre que para poder vivir tuvo que hacerse cura de la parroquia y notario de su aldea. Y a la inversa, si bien la gran mayoría de los campesinos se mantenían difícilmente en torno al mínimo vital, algunos alcanzaban una mayor comodidad. Insistiremos más tarde sobre ello.

Esas variaciones en las formas de la explotación señorial no han presentado un sentido único. Cierto que los servicios —los servicios gratuitos— tienden a retroceder e incluso a desaparecer durante los siglos XII y XIII, pero no ocurre así en todas partes. Sabemos que al este del Elba, en Prusia, en Polonia y más allá en Rusia, se establece al final de la Edad Media una «segunda servidumbre», que durará hasta el siglo XIX. Cierto también que los pagos en moneda se hacen cada vez más importantes en el curso de esos mismos siglos XII y XIII en relación a los pagos en especie, hasta el punto de representar, por ejemplo, en 1279 el 76 % de la renta feudal en el Buckinghamshire. Sin embargo, Georges Duby ha demostrado que en Cluny, especialmente después de 1150, la proporción de los productos de la tierra aumentaba, por el contrario, en las rentas de los señoríos dependientes de la abadía.

No obstante, en todas las regiones y en todas las épocas, al menos hasta el siglo XIV, la clase señorial consume en gastos improductivos las rentas que le asegura la masa campesina, casi reducida de este modo a la satisfacción de sus necesidades primarias.

Resulta ciertamente muy arduo establecer un presupuesto tipo para el señor o el campesino. Los documentos son escasos e insuficientes, los niveles de fortuna difieren en grado considerable, los métodos para apreciar numéricamente los diferentes elementos de ese presupuesto son de fijación difícil. De todas maneras, se ha logrado establecer con bastante verosimilitud el presupuesto de algunos grandes señores ingleses de finales del siglo XIII y principios del XIV. La balanza entre los gastos —subsistencia, equipo militar, construcciones, gastos de lujo— y los ingresos deja apenas, para los más ricos de entre ellos, posibilidades de inversión que varían entre el 3 y el 6 % de las rentas. En cuanto a éstas, se hallan casi exclusivamente constituidas por la renta feudal, es decir, la deducción sobre el trabajo y la producción de los campesinos. Tan sólo a finales del siglo XIII y durante el XIV la crisis de la renta feudal incita, como hemos visto, a los señores para quienes es factible, a buscar recursos, no ya en la reorganización de la explotación señorial, sino en el establecimiento de feudos pagados en moneda (feudos de bolsa o feudos-renta), en los provechos militares (rescates) y, más raramente, en una comercialización más completa de los excedentes agrícolas o en la compra de rentas.

En resumen, en las raras ocasiones en que los señores parecen favorecer el progreso económico, lo hacen, en cierta manera, a pesar de ellos, pues, manteniéndose dentro de la lógica del sistema feudal, actúan no con vistas a un provecho económico, sino a una deducción fiscal, a un derecho feudal. Cuando construyen un molino, una prensa, un horno común, es para obligar a los campesinos de sus tierras a utilizarlo mediante pago o para que obtengan la exención de su obligación de realizar estas tareas contra el pago de una tasa. Cuando favorecen la construcción de un puente o de un camino, el establecimiento de un mercado o de una feria, lo hacen asimismo para obtener la percepción de derechos: alquiler de puestos, peajes, etc.

Inversamente, la masa campesina se ve desposeída de sus excedentes, incluso a veces de lo necesario por las deducciones de la renta feudal. No sólo ha de entregar al señor una parte notable del fruto de su trabajo bajo la forma de rentas en especie o en dinero, sino que, además, su capacidad de producción queda reducida por las exacciones del señor, que impone prestaciones de trabajo obligatorio o derechos de exención de los servicios, se reserva, en general, las mejores tierras y una gran proporción de los abonos y procura asegurarse hasta la débil parte del presupuesto que el campesino consagra a las diversiones, es decir, a frecuentar la taberna de la aldea, la cual, al igual que la prensa, el molino o el horno, es un establecimiento comunal. Michael Postan ha calculado que, en la Inglaterra de

la segunda mitad del siglo XIII, la renta feudal retenía el 50 %, o quizás algo más, del ingreso de los campesinos y que, en lo que respecta a las clases no libres, tal porcentaje dejaba a cada aldeano apenas lo suficiente para subvenir a su subsistencia y a la de su familia.

Cuando un campesino se propone aumentar su tierra, no lo hace, en general, con objeto de acrecentar directamente sus recursos, sino de poder producir lo suficiente para nutrirse y pagar la renta feudal, disminuir la necesidad de que se encuentra de vender a bajo precio una parte de su recolección para pagar sus réditos al señor y limitar al mismo tiempo su dependencia con respecto al mercado.

Y aun cuando, como veremos, existen categorías sociales más acomodadas entre la gente campesina, no se ha de creer por ello que una parte de la clase rural —los llamados alodieros, poseedores de una tierra libre, de un «alodio», sobre los cuales no pesan ni servicios ni derechos— escape al sistema económico feudal. Sin embargo, esos alodieros, poseedores de una pequeña tierra —los alodios son normalmente de pequeña extensión—, han sido en la Edad Media más numerosos de lo que se ha creído con frecuencia. En primer lugar, el número de alodios que escaparon al proceso de feudalización ha sido más elevado de lo que se piensa. Además, el elodio campesino —salvo en Inglaterra, donde, por otra parte, los *freeholders* se diferenciaban poco de los alodieros— se reconstituyó parcialmente durante los siglos XI y XII, si bien lo hizo de manera diversa: por los contratos de «plantío» que ligaban a un campesino y a un señor para la constitución de un viñedo poseído libremente; por la ocupación subrepticia, a favor de la incuria de ciertos señores y de sus intendentes, de un pedazo de tierra, que llegaba a ser considerado como un alodio al cabo de algunos años de libre posesión; o aun por la habilidad de algunos campesinos para beneficiar algunos baldíos libres, al margen de las roturaciones señoriales. Asimismo, el adagio inventado por ciertos juristas más amantes de las teorías que de las realidades: «No hay tierra sin señor», resulta muchas veces falso en lo que respecta a Francia y mucho más aún para ciertas regiones como Italia, donde la continuidad urbana conservó en las proximidades inmediatas de las ciudades «oasis de independencia», según el término empleado por Gino Luzzatto, o como España, donde las condiciones especiales de la Reconquista mantuvieron a cierta proporción de los ocupantes de las tierras reconquistadas fuera de la dependencia señorial, o como ciertas zonas de Polonia o de Hungría, donde la desorganización originada por la invasión tártara de 1240-1243 permitieron emanciparse a ciertos campesinos. En estos últimos países, las abadías cistercienses reconstituyen sus señorías con

una cierta dificultad después de la tormenta. La ciudad de Sconewalde (Schönwalde), perteneciente a la abadía de Henrykow, en Silesia, había sido ocupada por un noble polaco, Pedro de Piotrowice, que instaló en ella a un intendente, un *villicus* llamado Sibodo. Por espacio de cinco años, el abad de Henrykow solicitó en vano del duque Boleslao la restitución de la ciudad. Cuando Pedro de Piotrowice se ve por fin obligado a consentir en ello, Sibodo resiste a su vez y el abad debe comprar su retirada en moneda, aunque, a decir verdad, le bastaron 4 marcos, ya que Sibodo todavía no había roturado el bosque.

Ahora bien, la independencia de estos poseedores de alodios no debe ilusionarnos. Desde el punto de vista económico, sufrían también la dominación del señor, dado que sobre su persona pesaban las correspondientes exacciones, ya fuesen directas, ya indirectas por intermedio de los derechos de justicia y de «ban» que poseía el señor de la comarca, y esos derechos debían ser abonados por deducción sobre el producto de su tierra. Y su dependencia del señor se ve intensificada aún más por el hecho de que el señor domina el mercado local y, en mayor grado, el conjunto de la economía regional.

Así, los alodieros no escapan tampoco a la explotación económica de la clase señorial. Económicamente, no se distinguen gran cosa de la masa campesina, la mayoría de la cual permanece expuesta, a causa de la deducción de la renta feudal, a la pobreza y, a menudo, incluso a la indigencia, es decir, a la insuficiencia misma de los productos de primera necesidad, en una palabra, al hambre.

* * *

El resultado de ese defectuoso equipo técnico, unido a una estructura social que paraliza el crecimiento económico, es que el Occidente medieval se convierte en un mundo «al borde del abismo», amenazado sin cesar por el peligro de no poder atender a su subsistencia, un mundo en equilibrio inestable.

El Occidente medieval es en primer término un universo del hambre, atenazado por el temor de padecerla y, con gran frecuencia, por el padecimiento mismo. En el folklore campesino, los mitos de la comilona gozan de una seducción particular. Tal, por ejemplo, el sueño del País de Cocaña o de Jauja, que inspirará más tarde a Breughel, después de haber pasado a ser, desde el siglo XIII, un importante tema literario, lo mismo en el romance francés *Cocaigne* que en el poema inglés *The Land of Cockaygne*. Los milagros alimenticios de la Biblia, desde el maná en el desierto hasta la

multiplicación de los panes, desvelan las imaginaciones y se repiten en la leyenda de la mayoría de los santos, como podemos observar en casi cada página de la *Leyenda dorada*. Milagro de San Benito, evidentemente: «Una gran hambre asolaba toda la Campania. En el monasterio de San Benito, los frailes se dieron cuenta un día de que no les quedaban más que cinco panes. San Benito, viéndolos tan afligidos, les dirigió una indulgente amonestación para corregirlos de su pusilanimidad. Después de lo cual, para consolarlos, les dijo: "¿Cómo podéis estar apenados por una cosa tan poco importante? Hoy os falta el pan, pero nada os prueba que mañana no lo tengáis en abundancia." Ahora bien, al día siguiente, se encontró ante las puertas de la celda de San Benito doscientos moyos de harina, sin que pudiese saberse, hasta el presente, a qué mensajero confió Dios el cuidado de traerlos. A la vista de ese milagro, los frailes, dando gracias a Dios, aprendieron a no desesperarse por la escasez.» Milagro de Santiago también, que se encarga de nutrir al pobre peregrino: «Un peregrino de Vézelay se vio un día sin dinero. Y como le diese vergüenza mendigar, encontró bajo un árbol, a cuya sombra se había dormido, un pan cocido en la ceniza. Ahora bien, él había soñado, durante su descanso, que Santiago se encargaba de alimentarlo. Y de ese pan vivió durante quince días, hasta que retornó a su país. Y no es que se privase de comer de él a su gusto, dos veces por día, sino que, al día siguiente, encontraba otra vez el pan entero en su saco.» Milagro de Santo Domingo: «Estando reunidos los frailes, en número de cuarenta, vieron que sólo tenían para comer un pan muy pequeño. Santo Domingo les dio orden de dividir ese pan en cuarenta partes. Y como cada uno de los frailes tomase con alegría su pedazo, dos jóvenes exactamente iguales entraron en el refectorio trayendo panes en los pliegues de sus mantos. Dejaron los panes en la cabecera de la mesa, sin decir palabra, y después desaparecieron, de tal manera que nadie supo ni de dónde habían venido, ni cómo se habían marchado. Entonces Santo Domingo, extendiendo las manos hacia sus hermanos, les dijo: "Y bien, mis queridos hermanos, he aquí que tenéis de qué comer."» Todos estos milagros suelen tener por objeto el pan, no sólo en recuerdo del milagro de Jesús, sino porque el pan era el alimento fundamental de la masa. El milagro de las Bodas de Caná, pese a hallarse revestido también de la autoridad de Jesús, no gozó de una popularidad tan grande en una sociedad en la que durante largo tiempo únicamente los estamentos superiores podían beber vino en cantidad considerable. Sin embargo, los milagros pueden referirse a otros alimentos simbólicos desde el punto de vista económico, como el de la única vaca de un pobre campesino. «Mientras que él (San Germán) predicaba en

Gran Bretaña, el rey de ese país le negó hospitalidad, así como a sus compañeros. Pero un porquerizo, que regresaba a su casa, al ver a San Germán y a sus compañeros agotados de hambre y de frío, los recogió en su morada y mató para ellos el único ternero que poseía. Ahora bien, después de la comida, San Germán hizo reunir todos los huesos del ternero bajo la piel y, a su petición, Dios devolvió la vida al animal.»

Del mismo modo, cuando la inspiración cortesana de *Minnesang* cedió su lugar, en la segunda mitad del siglo XIII, a una vena realista, campesina, los temas culinarios se multiplican y aparece un género de «poemas de la comilona», el *Fresslieder.*

Esta preocupación por el hambre volvemos a encontrarla, por contraste, entre los ricos. El lujo alimenticio, la ostentación de la comida, como veremos, expresa —a ese nivel fundamental— un comportamiento de clase. En efecto, los predicadores no se equivocaban al señalar a la glotonería o, como se decía más a menudo durante la Edad Media, a la gula, como uno de los pecados típicos de la clase señorial.

El *Roman de Renart* * constituye, desde este punto de vista, un documento extraordinario. Teatro, epopeya del hambre, nos presenta a «Renart», el Zorro, a su familia, a sus compañeros, espoleados sin tregua por la llamada de sus vientres vacíos. El resorte de casi todas las «ramas» del ciclo es el hambre, omnipresente y omnipotente, único móvil de astucia de Renart. Robo de los jamones, de los arenques, de las anguilas, del queso del cuervo, cacería de las gallinas, de los pájaros. «Era cuando se termina el verano y vuelve la estación invernal. Renart se hallaba entonces en su casa. Habiendo examinado su despensa, tuvo una cruel sorpresa al comprobar que no había nada de comer en ella...» «Renart, que se había puesto en camino a primera hora, azuzado por el hambre...» «Los dos se fueron por un sendero, prontos el uno y el otro a desfallecer, hasta tal punto les aquejaba una cruel y enorme hambre. Ahora bien, por maravillosa aventura, encontraron una hermosa anguila en la orilla del camino...» «Renart estaba en su casa de Malpertuis, sin provisiones ni víveres, de manera que bostezaba de hambre y sufría mucho su cuerpo...» «Renart se encontraba en su casa de Malpertuis, pero ¡hasta qué punto estaba triste y preocupado su corazón! Porque no tenía el menor alimento. Estaba magro y débil, tanto atormentaba el hambre sus tripas. Ve venir ante él a su hijo Rovel, que llora de hambre, y a Hermelina, su mujer, igualmente hambrienta...»

Del mismo modo, cuando en esta parodia de una gesta, Renart y sus compañeros se transforman en barones, su primera preocupación es celebrar una buena comilona. Las miniaturas han inmortalizado el banquete de

los animales transformados en señores: «Dama Hersent los festejó con alegría y les preparó para comer tanto como pudo: cordero asado, capones en olla; trajo de todo en abundancia y los barones comieron ampliamente a su gusto.»

Ya los cantares de gesta habían presentado gigantes de apetito desmesurado —próximos al folklore campesino, antepasados de Pantagruel, hermanos de los ogros—. El más célebre de ellos es el que aparece en *Aliscans*, Renuart del «tinel», el gigante de la glotonería fabulosa, que se traga un pavo en dos bocados.

Esta obsesión alimenticia se pone de manifiesto, no sólo en la hagiografía, como hemos visto, sino también en la genealogía de los reyes fabulosos. Un buen número de dinastías medievales tienen por antepasado legendario a un rey-campesino, proveedor de alimentos, en el que se resucita el mito de los reyes y héroes nutricios de la Antigüedad, Triptolemo o Cincinnato. Y así encontramos entre los eslavos a Przemysl, antepasado de los Przemyslidas de Bohemia, el cual, según el cronista Cosmas, fue arrancado de su arado para ser elevado a la dignidad de rey, como lo enseña un fresco del comienzo del siglo XII en la iglesia de Santa Catalina de Znoimo; a Piast, de quien nace la primera dinastía polaca y a quien Gallus Anonymus califica de labrador, *arator*, de campesino, *agricola*, e incluso de porquerizo, *qui etiam porcellum nutriebat*, lo cual le aproxima a los bretones de Gran Bretaña, sobre los que la *Leyenda dorada* nos dice: «San Germán, por orden de Dios, hizo venir al porquerizo y a su mujer; y, con gran admiración de todos, proclamó rey a ese hombre que lo había acogido... (*Erator hospitalis*, dice también Gallus Anonymus de Piast.) Desde entonces, la nación de los bretones está gobernada por reyes que provienen de una raza de porqueros.» Y un poema del siglo IX decía acerca de Carlomagno:

> *He aquí al gran emperador*
> *De la buena cosecha buen sembrador*
> *Y sabio agricultor* (prudens agricola).

Quizás el aspecto más terrible de este reino del hambre sea su doble característica de arbitrariedad y de ineluctabilidad. Arbitrariedad porque el hambre está ligada a los caprichos de la naturaleza. La causa inmediata del hambre es la mala cosecha, es decir, el desarreglo del orden natural: sequía o inundaciones. Pero no es solamente que, de tarde en tarde, el rigor excepcional del clima provoque una catástrofe alimenticia —un hambre—, sino que, además, con bastante regularidad en todas partes, cada tres, cua-

tro o cinco años, una penuria de granos da lugar a una escasez, de efectos más limitados, menos dramáticos, menos espectaculares, pero, de todas maneras, mortíferos.

En efecto, en cada ocasión adversa se inicia un ciclo infernal. Arranca, como hemos dicho, en una anomalía climatológica, que trae como consecuencia una mala cosecha. El subsiguiente encarecimiento de los productos acrecienta la indigencia de los pobres. Aquellos que no mueren de hambre quedan expuestos a otros peligros. El consumo de alimentos de mala calidad —hierbas o harinas impropias para la alimentación, alimentos en malas condiciones y, a veces, incluso tierra, sin citar la carne humana, que no hay por qué achacar a la imaginación de algún cronista amigo de fábulas— da lugar a enfermedades con frecuencia mortales o un estado de subalimentación propicio al desarrollo de dolencias que minan la salud y acaban por matar. El ciclo se desarrolla así: desarreglo climático, carestía, alza de precios, epidemia o, en todo caso, como se dice en la época, «mortandad», esto es, aumento del número de defunciones.

Lo que confiere en primer lugar a los caprichos de la naturaleza su resonancia catastrófica es la fragilidad de la técnica y la economía medievales y, sobre todo, la impotencia de los poderes públicos. Claro está que las hambres existían ya en el mundo antiguo, en el mundo romano por ejemplo. También en él la debilidad de los rendimientos explicaba la ausencia o, al menos, la mediocridad de los excedentes que se hubieran podido almacenar para distribuir o para vender en tiempo de penuria. Pero la organización municipal o del Estado sostenía, mejor o peor, un sistema de almacenamiento y de distribución de víveres. Pensemos en la importancia de los graneros, de los silos, *horrea*, lo mismo en las ciudades que en las *villae* romanas. El buen mantenimiento de una red de caminos y de comunicaciones y la unificación administrativa permitían asimismo, en una cierta medida, el transporte de socorros en víveres desde una región de abundancia o de suficiencia hasta una región de penuria.

De todo este sistema apenas si queda nada en el Occidente medieval. Insuficiencia de los transportes y de los caminos, multiplicidad de las «barreras aduaneras»: tasas y peajes percibidos por cada pequeño señor, en cada puente, en cada punto obligado de paso, sin contar con la acción de los bandidos o los piratas. ¡Cuántos obstáculos a lo que se llamará en Francia, hasta 1789, «la libre circulación de los granos»! Cierto que los grandes señores laicos y más aún los eclesiásticos —los ricos monasterios—, los príncipes y, a partir del siglo XII, también las ciudades se preocupan del almacenaje de víveres y, en tiempo de carestía o de hambre, hacen distri-

buciones extraordinarias de esas reservas. Incluso, en ocasiones, intentan importar víveres. Galberto de Brujas, por ejemplo, nos relata cómo el conde de Flandes, Carlos el Bueno, se esfuerza en el año 1125 por luchar contra el hambre en sus Estados: «Pero el buen conde se empleaba en subvenir a las necesidades de los pobres por todos los medios, distribuyendo limosnas en las ciudades y en las aldeas dependientes de él, fuese personalmente, fuese por medio de sus intendentes. Alimentaba cada día a cien pobres de Brujas, entregándoles un gran pan a cada uno desde antes de la Cuaresma hasta la nueva cosecha. Tomó las mismas disposiciones en sus demás ciudades. El mismo año, el señor conde decretó que en la época de la siembra, cualquiera que tuviese dos medidas de tierra debía sembrar una de habas o de guisantes, pues este género de plantas es más temprano y produce más rápidamente, lo cual permitiría sustentar más pronto a los pobres, si el hambre y la carestía no cesaban en el año. De la misma manera, había hecho recomendaciones en todo su condado para remediar en el porvenir las necesidades de los pobres, en la medida que fuese posible. Reprochó su conducta vergonzosa a las gentes de Gante, que habían dejado a los pobres morirse de hambre ante su puerta, en lugar de darles de comer. Prohibió la fabricación de cerveza para poder alimentar mejor a los pobres. Ordenó, en efecto, hacer pan con la avena, a fin de que los pobres pudiesen contar, por lo menos, con pan y agua. Tasó el precio del vino en seis sueldos la cuarta, con objeto de detener la especulación de los mercaderes, que así se verían obligados a cambiar sus existencias de vino por otras mercancías, lo que permitiría hacer subsistir más fácilmente a los pobres. Hizo tomar cada día de su propia mesa de qué alimentar a ciento trece pobres...»

Este texto, además de presentarnos una de las escasas tentativas medievales para ir más allá de la simple caridad mediante una política de socorros alimenticios, nos recuerda, como tantos otros, dos hechos capitales. En primer término, el omnipresente temor de que se repitan las malas cosechas. La previsión alimenticia no podía extenderse mucho más allá de un año. La escasez de los rendimientos, la lenta introducción del barbecho trienal, que permitía sembrar trigos de invierno, y la mediocridad de las técnicas de conservación, permitían todo lo más asegurar la unión entre la cosecha del año anterior y la nueva cosecha.

De la mala conservación de los productos, de su vulnerabilidad a las destrucciones naturales o animales, tenemos innumerables testimonios. Acaso carezca de importancia que la Edad Media no sepa conservar el vino, que se vea precisada a consumir toda la cosecha del año o recurrir a proce-

dimientos que alteran su sabor. En realidad, el problema no afecta sino al gusto y, además, el vino, a pesar de su gran consumo, no es un producto esencial a la subsistencia. Las quejas de Pedro Damián cuando cruza Francia en 1063 para presidir en calidad de legado del papa un concilio en Limoges, son quejas de gran señor eclesiástico, tan inclinado como se quiera al ascetismo: «En Francia reina por todas partes la costumbre de embadurnar de pez el interior de los toneles antes de llenarlos de vino. Los franceses dicen que esto sirve para darle coloración, pero a muchos extranjeros les produce náuseas. Ese vino nos ha causado muy pronto comezones en la boca.» Y observemos que, si bien el problema del agua potable no alcanzó nunca la gravedad que reviste en los países semidesérticos o en las grandes aglomeraciones modernas, no por eso dejó de plantearse en el Occidente medieval. El mismo Pedro Damián, asqueado del vino francés, añade: «A veces, sólo con gran trabajo se puede encontrar en este país agua potable.»

Los destrozos causados por las ratas se citan sin cesar en las crónicas y en la leyenda. Los Anales de Basilea observan en 1271: «Las ratas devastan los trigos; gran carestía.» Y la historia del *Rattenfänger* de Hamelin, del flautista que, en 1284, tras haber librado a la ciudad de las ratas que la infestaban, la despuebla asimismo de sus niños, mezcla temas folklóricos a la lucha contra los nefastos roedores. Las crónicas nos informan, sobre todo, de los daños que los insectos originan en los campos: invasiones, aunque poco frecuentes, de langosta, que, después de las grandes nubes del año 873, extendidas desde Alemania a España, no se encuentran más que en Hungría y en Austria en el otoño de 1195, como observa el analista de Klosterneuburg; pululación de los saltamontes, que devastan durante dos años (1309-1310), al decir de los Anales de Melk, los viñedos y las huertas de Austria. Sin embargo, la acción de los insectos nocivos se ejerce todavía con mayor eficacia sobre las cosechas almacenadas.

No obstante, la mayor catástrofe que podía producirse era la repetición, dos o, a veces, tres años consecutivos, de una mala cosecha.

Ahora bien, los textos, como el de Galberto de Brujas, nos enseñan también que las víctimas habituales de esas hambres y de las epidemias que con frecuencia las acompañan son las capas inferiores de la población, los pobres.

Éstos, en efecto, cuyos excedentes quedan completamente absorbidos por las exacciones de los señores, no están en condiciones de almacenar nada. Y careciendo como carecen de dinero, incluso cuando comienza a extenderse la economía monetaria, no pueden comprar víveres a los precios prohibitivos que alcanzan entonces los géneros.

Las medidas tomadas por ciertas autoridades para luchar contra los acaparadores y los especuladores son escasas y las más veces ineficaces, principalmente porque la importación de granos extranjeros, como hemos visto, es difícil. Como ejemplo de estas medidas, recordemos que, en 1025, el obispo de Paderborn, Meinwerk, «en período de gran hambre envió a comprar trigo a Colonia y lo hizo cargar en dos navíos, que lo llevaron al país bajo, donde lo hizo distribuir».

Igualmente, Carlos el Bueno de Flandes castigó a los clérigos olvidadizos de sus deberes en lo que respecta a la distribución de limosnas alimenticias en el tiempo de la gran escasez de 1125. «Sucedió que algunos comerciantes del Mediodía trajeron en un navío una gran cantidad de granos. Enterados de esto, Lamberto de Straet, caballero hermano del preboste de San Donaciano, y su hijo, Boscardo, compraron a bajo precio todos esos granos del Mediodía y, además, todos los diezmos de las colegiales y los monasterios de San Winnoc, de San Bertín, de San Pedro el Grande y de San Bavón. Sus graneros quedaron abarrotados de trigo y de toda clase de granos; y, no obstante, los vendían tan caros que los pobres no podían comprarlos.

»Las protestas de la multitud, y en particular las de los pobres, llegaron a los oídos del piadoso príncipe Carlos, el cual convocó al preboste y a Lamberto, su hermano, y les preguntó qué cantidad de grano tenían en sus graneros, reprochándoles su inhumanidad y su dureza y, sobre todo, su crueldad para con los pobres. El preboste juró entonces al conde que tenía apenas lo suficiente para sustentar a sus canónigos durante siete semanas, y Lamberto de Straet que no tendría de qué alimentarse él y su familia al cabo de un mes.

»Entonces el piadoso Carlos ordenó que le entregasen todo su grano y que él se encargaría de alimentar durante la mitad de un año lo mismo la colegial de San Donaciano, con el preboste y sus canónigos, que a Lamberto con su familia. Después el buen conde mandó a Tammard, su limosnero, que abriese todos los graneros del preboste y de Lamberto, que vendiese el grano al pueblo a un precio honesto, que lo entregase de balde, por el amor de Dios, a los pobres y a los enfermos y, en fin, que reservase la cantidad suficiente para la alimentación de la colegial de dicho preboste y de su hermano Lamberto, con su familia, por el tiempo de un año [...]

»Distribuidos los granos, cesó la carestía. Esos granos bastaron a la ciudad de Brujas, a Ardenburg y a Udenburg durante un año.»

Sin duda, el hambre es patrimonio del hombre. Es el rescate del pecado original, como nos dice el *Elucidarium*. «El hambre es uno de los castigos

del pecado original. El hombre había sido creado para vivir sin trabajar, si así lo deseaba. Pero, después de la caída, no podía rescatarse sino con el trabajo... Dios, por lo tanto, le impuso el hambre para que trabajase bajo la obligación de esa necesidad y para que pudiese por ese camino volver a las cosas eternas.»

Sin embargo, puesto que la servidumbre, otra consecuencia del pecado original, se concentra en la clase de los siervos, el hambre se limita también, salvo escasas excepciones, a la categoría de los pobres. Esta discriminación social de las calamidades, que caen sobre los pobres y se apartan de los ricos, es tan normal en la Edad Media que todos se admiran cuando sobreviene un azote que hace estragos sin distinción entre todas las clases sociales: la peste negra. Sólo excepcionalmente el hambre llega a ser tal que haga víctimas en todos los estamentos. Un raro ejemplo de una de estas excepciones es el dado por Raúl Glaber en 1032: «Esta esterilidad vengadora había nacido en las regiones del Oriente; devastó la Grecia, llegó a Italia y, de allí, comunicada a la Galia, pasó cruzando este país a todos los pueblos de Inglaterra. Como la falta de alimentos afectaba a la nación entera, los grandes y los de la clase media compartían con los pobres las palideces del hambre. Y el latrocinio de los poderosos hubo de detenerse ante la miseria universal.»

Fritz Curschmann, en su admirable libro sobre las *Hambres medievales (Hungersnöte im Mittelalter)*, ha reunido centenares de textos de crónicas que, hasta la gran hambre de 1315-1317, desarrollan sin tregua el fúnebre cortejo de las malas rachas climáticas, de las hambres y de las epidemias, con sus episodios aterradores, comprendido el canibalismo, y su inevitable coronación, las mortandades, y sus víctimas de elección, los pobres.

He aquí a mediados del siglo XI, para los años 1032-1034, el célebre texto de Raúl Glaber, monje de Cluny: «El hambre comenzó a extender sus destrozos y pudo temerse la casi completa desaparición del género humano. Las condiciones atmosféricas se hicieron tan desfavorables que no se encontraba tiempo apropiado para ninguna siembra. Sobre todo, a causa de las inundaciones, no hubo manera de hacer la recolección [...]. Lluvias continuas habían empapado la tierra entera hasta el punto de que, durante tres años, no se logró abrir surcos capaces de recibir la semilla. En el tiempo de la recolección, las hierbas salvajes y la nefasta cizaña habían cubierto toda la superficie de los campos. Un moyo de semilla, cuando rendía más, daba en la recolección un sextario, y ese mismo sextario producía apenas un puñado. Si por azar se encontraba en venta algún alimento, el vendedor podía a su gusto exigir por él un precio excesivo. De todas maneras, cuando

hubieron acabado con las bestias salvajes y los pájaros, los hombres, bajo el imperio de un hambre devoradora, empezaron a recoger para comerlas toda clase de carroñas y de cosas horribles de expresar. Algunos, para escapar de la muerte, recurrieron a las raíces de los bosques y a las hierbas de los ríos. En fin, el horror se apodera del ánimo al hacer la narración de las perversiones que reinaron entonces sobre el género humano. ¡Oh dolor! Cosa raramente oída en el curso de las edades, un hambre rabiosa hizo que los hombres devorasen carne humana. Los viajeros eran atacados por gentes más robustas que ellos, sus miembros cortados, cocidos al fuego y devorados. Muchas gentes que iban de un lugar a otro para huir del hambre y que habían encontrado hospitalidad en su camino, fueron degollados durante la noche y sirvieron de alimento a sus huéspedes. Muchos, enseñando un fruto o un huevo a los niños, los atraían a lugares apartados, les daban muerte y los devoraban. Los cuerpos de los muertos fueron desenterrados en muchos lugares y sirvieron igualmente para aplacar el hambre.

»Se llevó entonces a cabo en la región de Mâcon una experiencia que no había sido intentada, que sepamos, en parte alguna. Muchas gentes extraían del suelo una tierra blanca que se parece a la arcilla, la mezclaban con la harina o salvado que tenían y hacían con esa mezcla panes, gracias a los cuales contaban con no morir de hambre. Esta práctica, por otra parte, no aportaba más que la esperanza de salvación y un alivio ilusorio. No se veían más que caras pálidas y demacradas; muchos presentaban la piel distendida por hinchazones; la misma voz humana se hacía aguda, parecida a los débiles gritos de los pájaros moribundos. Los cuerpos de los muertos, que su gran número obligaba a abandonar aquí y allá sin sepultarlos, servían de pasto a los lobos, que luego seguían por largo tiempo buscando su pitanza entre los hombres. Y como no se podía, como hemos dicho, enterrar a cada uno individualmente a causa del gran número de muertos, en ciertos lugares, hombres temerosos de Dios abrieron lo que se llama comúnmente osarios o fosas comunes, en las cuales eran arrojados los cuerpos de los difuntos en número de quinientos o más, mientras quedase lugar, mezclados, semidesnudos o sin ningún velo. Las encrucijadas, los linderos de los campos, servían también de cementerios. Si algunos oían decir que era preferible trasladarse a otros lugares, eran muchos entre ellos los que perecían de inanición por el camino.»

Incluso en el siglo XIII, durante el cual parece que las grandes hambres fueron menos frecuentes, prosigue la siniestra letanía. 1221-1223: «Hubo lluvias torrenciales e inundaciones durante tres meses en Polonia, de lo que resultó el hambre durante dos años y muchos murieron.» 1233: «Hubo

grandes heladas y las cosechas se destruyeron; de lo que siguió una gran hambre en Francia.» Y en el mismo año: «Hambre muy violenta en Livonia, hasta el punto de que los hombres se comieron entre sí y descolgaron a los ladrones de las horcas para devorarlos.» 1263: «Hubo una gran hambre en Moravia y en Austria y muchos murieron a causa de ella; se comieron raíces y cortezas de los árboles.» 1277: «Hubo en Austria, en Iliria y en Carintia un hambre tal que los hombres comieron gatos, perros, caballos y cadáveres.» 1280: «Hubo una gran carestía de todas las cosas, de granos, de carne, de queso, de huevos, hasta el punto de que era difícil comprar dos huevos de gallina por un dinero, cuando antes se compraban en Praga cincuenta huevos por un dinero. Y no se pudo sembrar este año las semillas de invierno, salvo en regiones muy alejadas de Praga; y allí donde se pudo sembrar, no fue sino muy poco; también un hambre muy fuerte se cebó sobre los pobres y muchos indigentes murieron de hambre.»

El hambre y los pobres se convirtieron en la llaga de las ciudades, hasta el punto de que el folklore urbano imagina depuraciones de hambrientos comparables, si bien bajo una apariencia más realista, a la leyenda de Hamelin.

Véase, por ejemplo, esta historia genovesa, según un *Novellino* del siglo XIII: «Hubo en Génova un gran encarecimiento causado por una penuria de víveres. Y había allí más vagabundos que en no importa qué ciudad de otra tierra. Se tomaron entonces algunas galeazas, así como a un buen número de remeros, a los que se pagó; después se publicó un aviso para que todos los pobres acudiesen a la ribera, donde recibirían pan de la comuna. Y vinieron tantos que fue maravilla... Todos se embarcaron. Los conductores fueron activos. Forzaron el remo en el agua y desembarcaron todo ese mundo en Cerdeña, donde había bastante de qué vivir. Allí los abandonaron. De esta manera cesó, en Génova, ese gran encarecimiento.»

* * *

No olvidemos, por último, que el ganado se veía particularmente atacado en ocasión de esas calamidades. Víctima de sus propias escaseces y de sus propias enfermedades (epizootias sin cesar repetidas), era además abatido por los hombres en tiempos de hambre, en primer lugar porque éstos deseaban guardar para sí mismos el alimento que reservaban normalmente a los animales (la avena en particular), después porque su carne proporciona un alimento a los hambrientos. Por otro lado, en estas ocasiones, la Iglesia autoriza el consumo de carne durante la Cuaresma: «En ese tiempo

(hacia el año 1000) —escribe Adhémar de Chabannes—, el mal de los ardientes se encendió entre los lemosinos... El obispo Audouin, viendo durante la Cuaresma a los habitantes de Evreux víctimas de la escasez, decidió, para evitar que muriesen de hambre, permitirles comer carne.» En 1286, el obispo de París concedió asimismo a los pobres permiso para comer carne en Cuaresma a causa de una intensa escasez.

Mundo al borde del hambre, mundo subalimentado y mal alimentado. De ahí proviene ese cortejo del hambre, esas epidemias originadas por la ingestión de alimentos impropios para el consumo y, sobre todo, la más espectacular de entre ellas, el «mal de los ardientes», causado por el cornezuelo de centeno —aunque también, probablemente, de otros cereales—, que luego hace su aparición en Europa a finales del siglo x.

En 1090, cuenta Sigiberto de Gembloux: «Fue un año de epidemia, principalmente en la Lorena occidental, pudriéndose muchos bajo el efecto del "fuego sagrado", que consumía el interior de su cuerpo, ennegreciéndose sus miembros como el carbón quemado, o bien morían miserablemente, o bien, amputados sus manos y sus pies atacados de putrefacción, eran salvados para vivir aún más miserablemente...»

En 1109, varios cronistas observan que la «epidemia ardiente» *pestilentia ignearia,* «se ensaña de nuevo con la carne humana».

En 1235, según Vicente de Beauvais, «una gran hambre reinó en Francia, sobre todo en Aquitania, hasta tal punto que los hombres comieron las hierbas de los campos como animales. El precio de un sextario de trigo subió entonces hasta cien sueldos en el Poitou. Y hubo una gran epidemia. Los pobres fueron devorados por el "fuego sagrado" en tan gran número que la iglesia de Saint-Maixent quedó llena de los que eran llevados a ella».

El «mal de los ardientes» dio origen a una devoción particular, que condujo a la fundación de una nueva Orden. Hemos dicho ya que el movimiento eremítico del siglo XI trajo a primera fila de la actualidad a San Antonio. Ermitaños del Delfinado pretendieron, en el año 1070, haber recibido de Constantinopla las reliquias del santo anacoreta. El «mal de los ardientes» hacía estragos en aquel momento en la región. Las reliquias de San Antonio adquirieron pronto la reputación de curarlos y el «fuego sagrado» recibió el nombre de «fuego de San Antonio». La abadía que conservaba los restos taumatúrgicos fue denominada Saint-Antoine-en-Viennois y sus montes se extendieron hasta Hungría y Tierra Santa. Los antonitas (o antonianos) acogieron en sus abadías-hospicios a los enfermos y, en especial, a los atacados de la enfermedad del cornezuelo, y su gran hospital de Saint-Antoine-en-Viennois se conoció como el hospital de los «desmem-

brados». Su convento parisiense dio nombre al arrabal de Saint-Antoine. Resulta curioso saber que fue, si no fundado, al menos reformado en 1198 por Foulques de Neuilly, el famoso predicador que comenzó por tronar contra los usureros y los acaparadores de víveres en tiempo de hambre y acabó por predicar la Cruzada, esa Cruzada cuyos primeros fanáticos, al final del siglo XI, son los campesinos diezmados por la epidemia del «fuego sagrado» de 1094 y los restantes azotes de la época. Los pobres campesinos de la I Cruzada de 1096 procedían en su mayor parte de las regiones más afectadas por esta calamidad: Alemania, los países renanos, la Francia del Este.

Aparición del cornezuelo o tizón del centeno en Occidente, hambres, «mal de los ardientes» generador de convulsiones, de alucinaciones, acción de los antoninos, fervor de la Cruzada popular, un complejo donde puede aprehenderse el mundo medieval en sus males físicos, económicos, sociales y en sus reacciones más descabelladas y más espiritualizadas. Volveremos a encontrar, a propósito de los regímenes alimenticios y del papel del milagro en la medicina y la espiritualidad medievales, esos nudos de miseria, de desarreglos y de esfuerzos que son el patrimonio de la Cristiandad medieval en la profundidad de sus capas populares.

Porque, incluso fuera de esas épocas excepcionales de calamidad, el mundo medieval está condenado a todo un cortejo de enfermedades, que suman las desgracias físicas a las dificultades económicas y a la descomposición de la sensibilidad y del comportamiento.

La mala alimentación, la mediocridad de la medicina, que no sabe hallar un equilibrio entre las recetas de buena mujer y las teorías de los pedantes, originan espantosas miserias físicas y una mortandad propia de país subdesarrollado. El promedio de vida es débil, aun cuando se calcule sin tener en cuenta la espantosa mortalidad infantil, los numerosos abortos de mujeres mal nutridas y obligadas a trabajar duramente. El promedio de vida, que se cifra hacia los 70-75 años en las sociedades industriales actuales, no debía de pasar mucho de 30 años en el Occidente medieval. Guillermo de Saint-Pathus, al nombrar los testimonios prestados en el proceso de canonización de San Luis, llama a un hombre de 40 años de *avisé âge*, de edad avanzada, y a un hombre de 50 años *homme de grand âge*, es decir, anciano.

La deficiencia física —sobre todo durante la Alta Edad Media— se encuentra tanto entre los poderosos como entre los humildes. Los esqueletos de los guerreros merovingios han revelado graves caries dentarias, consecuencia de una mala alimentación, y la mortalidad infantil no perdona a

las familias reales. San Luis perdió a varios de sus hijos en la primera edad de la vida o muy jóvenes. No obstante, la mala salud y la muerte precoz eran la dote de las clases pobres a las que la explotación feudal forzaba a vivir al borde del límite alimenticio y a las que una mala cosecha precipitaba en el abismo del hambre, tanto menos soportada cuanto que los organismos eran mucho más vulnerables. Tal es la causa de que en el capítulo de los milagros se haga resaltar siempre el papel de los santos curanderos y nutridores. En este aspecto, nos limitaremos a trazar simplemente el lamentable cuadro de las grandes enfermedades medievales, cuya relación con una alimentación insuficiente y de mala calidad es evidente.

La más extendida y la más mortífera de las enfermedades endémicas medievales fue, sin duda, la tuberculosis, correspondiente probablemente a esa «languidez» a la que tantos textos hacen mención.

Las enfermedades de la piel ocupan asimismo un lugar destacado, en primer término la terrible lepra, de la que volveremos a hablar más tarde. Pero también los abscesos, las gangrenas, la sarna, las úlceras, los tumores, los chancros, el eczema (el fuego de San Lorenzo), la erisipela (el fuego de San Silvano) se nos muestran representados en las miniaturas, en los textos piadosos. Dos figuras lastimosas llenan la iconografía medieval: Job (santificado en Venecia, donde existe una iglesia de San Giobbe, y en Utrecht, donde se construyó un hospital del Santo Job), cubierto de úlceras, rascándose sus llagas con un cuchillo, y el pobre Lázaro, sentado a la puerta del mal rico, con el perro que lame sus abscesos, en una imagen en la que la enfermedad y la pobreza se unen con toda justicia.

Los lamparones o escrófulas, úlceras con frecuencia de origen tuberculoso, son hasta tal punto representativas de las dolencias medievales, que la tradición hace que sean curadas por los reyes de Francia, dotados de un poder curativo.

Las enfermedades carenciales y las deformaciones no son menos numerosas. El Occidente medieval está lleno de ciegos, con los ojos agujereados y las cuencas vacías, perdidos en el terrible cuadro de Breughel, lisiados, jorobados, aquejados de bocio, cojos, paralíticos...

Las enfermedades nerviosas forman, a su vez, una categoría impresionante: epilepsia (o mal de San Juan), danza de San Vito, contra la cual se invoca también a San Wilibrando, quien preside en Echternach, durante el siglo XIII, una *Springprozession,* una danza procesional en los límites de la brujería, del folklore y de la religiosidad morbosa. Con el mal de los «ardientes» se penetra todavía más en el mundo de la descomposición y de la locura. Locuras pacíficas o furiosas de los lunáticos, de los frenéticos, de

los insanos, ante las cuales la Edad Media duda entre una repulsión, que se intenta apaciguar con una terapéutica supersticiosa (el exorcismo de los poseídos), y una tolerancia simpática, que desemboca en el universo de las cortes (bufón de los señores y de los reyes), del juego (*fous*, alfiles del ajedrez) y del teatro (el joven campesino loco —el *dervé*— del *jeu de la feuillée*, juego de la enramada, y que, en el siglo XIII, anuncia las farsas de la Edad Media agonizante). La *Fiesta de los locos* prepara la desenfrenada cabalgata del Renacimiento, en la que los dementes retozan desde la *Nave de los locos* hasta las comedias de Shakespeare, esperando hundirse en la represión de la edad clásica, en «el gran encierro» de los hospitales-prisiones, denunciados por Michel Foucault en su *Histoire de la folie*.

Y en la fuente misma de la vida, las innumerables enfermedades de la infancia, que tantos patrones se esfuerzan por aliviar: mundo del sufrimiento y de la angustia infantiles; del dolor de dientes, que alivia San Agapito; de las convulsiones, curadas por San Cornelio, San Gilles y muchos otros; del raquitismo, que remedian San Aubin, San Fiacre, San Fermín, San Macario; de los cólicos, que San Agapito cura también, en compañía de San Ciro o de San Germán d'Auxerre.

Es preciso meditar sobre esta fragilidad física, sobre ese terreno psicológico propicio a mantener, en bruscas floraciones de crisis colectivas, las enfermedades del cuerpo y del alma, las extravagancias de la religiosidad. La Edad Media ha sido campo abonado para los grandes terrores y las grandes penitencias físicas colectivas, públicas. A partir de 1150, los cortejos de los portadores de piedra a las obras de las catedrales se detienen periódicamente para las sesiones de confesión pública y de flagelación recíproca. En 1260, una nueva crisis provoca una marea de flagelantes en Italia, después en el resto de la Cristiandad, esperando a que la Gran Peste de 1348 desencadene las alucinantes procesiones que la imaginación de un Ingmar Bergman ha sabido reproducir en el cine contemporáneo en su película *El séptimo sello*. Al nivel mismo de la vida cotidiana, los organismos subalimentados, mal alimentados, están predispuestos a todos los desvaríos del espíritu: sueños, alucinaciones, visiones. El Diablo, los ángeles, los santos, la Virgen, Dios mismo, pueden aparecerse en cualquier instante. Los cuerpos están prestos a percibirlos y arrastran los espíritus a aceptarlos.

* * *

El Occidente medieval vive bajo la perpetua amenaza de traspasar ese límite. Las insuficiencias de la técnica y del equipo crean embotellamientos, tan pronto como los hechos se apartan de las condiciones norma-

les. En la región de Worms (1259), una cosecha excepcionalmente abundante de vino choca con la escasez de recipientes para conservarlo, «tanto es así que los recipientes se vendían más caros que el vino». En 1304, Alsacia recoge una cosecha tan especialmente generosa de cereales y de vino que provocó el hundimiento de los precios locales, tanto más cuanto que la fabricación del pan se veía casi paralizada por la disminución de caudal de los ríos y la impotencia de los molinos, reducidos a la inactividad; que el transporte del vino por el Rin, cuyas aguas estaban tan bajas que podía vadearse en muchos lugares entre Estrasburgo y Basilea, se hacía imposible, y que la insuficiencia y el crecido coste de los transportes terrestres no permitía suplir la falta del río.

Ya hemos visto que, a despecho de los progresos obtenidos gracias al nuevo arado, al barbecho trienal, a la multiplicación de las labores y a la escarda, el límite de la fecundidad de la tierra se alcanzaba pronto. Los rendimientos seguían siendo bajos y los hombres de la Edad Media se veían obligados a buscar un aumento de recursos más en la expansión de la superficie cultivada que en la elevación del rendimiento. La agricultura medieval estaba condenada a ser extensiva.

Ahora bien, esta explotación devoradora de espacio era al mismo tiempo destructora de riqueza. Y el hombre era incapaz de reconstituir esas riquezas que destruía o, al menos, de esperar que se reconstituyesen naturalmente.

Las roturaciones, especialmente la roza, eliminadora de «tierra en reserva», agotaba el terreno y malgastaba esa riqueza en apariencia ilimitada del mundo medieval: el bosque.

Un texto, entre muchos otros, nos enseña hasta qué punto la economía medieval se tornó rápidamente impotente frente a la Naturaleza, porque la respuesta de ésta a un progreso técnico que, excepcionalmente, la violenta, consiste en el agotamiento que hace retroceder ese progreso. En el territorio de Colmars, en los Bajos Alpes franceses, los cónsules de la ciudad ordenaron, a finales del siglo XIII, el derribo de las serrerías hidráulicas, que provocaban la desaparición de los bosques de la región. Esta medida tuvo como consecuencia la invasión de los bosques por una multitud de «gentes pobres e indigentes», *homines pauperes et nichil habentes,* armados de sierras de mano, que hacían «cien veces más estragos». Los textos y las medidas se multiplican para proteger los bosques, cuyo retroceso y desaparición no solamente provoca una disminución de los recursos esenciales, madera, caza, miel salvaje, sino que, además, en ciertas regiones y en ciertos terrenos —sobre todo en los países mediterráneos— incrementa los efec-

tos del arrastre de tierras a proporciones a veces catastróficas. En el borde meridional de los Alpes, desde la Provenza a la Eslovenia, se organiza, a partir de 1300, la protección de los bosques. La asamblea general de los hombres de Folgara, en el Trentino, reunida el 30 de marzo de 1315 en la plaza pública, proclama:

«Si alguien es sorprendido cortando madera en el monte "desde la Galilène" hasta el camino de los de Costa que conduce al monte, y desde la cima hasta el llano, pagará cinco sueldos por tronco.

»Que nadie se atreva a cortar troncos de alerce para hacer carbón en ese monte, bajo pena de cinco sueldos por tronco.»

El hombre no es el único culpable de esta destrucción. El ganado errante entre los campos o los prados resulta asimismo devastador. Y se multiplican las «prohibiciones», los lugares vedados a la suelta y al pastoreo de los animales, sobre todo de las cabras, esos grandes enemigos de los campesinos medievales.

Y así se dice en Folgara, por ejemplo:

«Si alguien es encontrado en las viñas con un rebaño de cabras o de corderos, pagará veinte sueldos por todo el rebaño, y cinco sueldos si es en otro lugar. Si alguien es descubierto fuera del camino público y cruzando el prado de otro con bueyes o vacas uncidas a un carro, pagará cinco sueldos por pareja de animales.»

Los acontecimientos que han sido descritos con el nombre de crisis del siglo XIV se anuncian por el abandono de las tierras pobres, de las tierras marginales en las cuales había venido a morir la oleada de roturaciones nacida del crecimiento demográfico. Desde finales del siglo XIII, en Inglaterra especialmente, las tierras incapaces de reconstituirse, cuyos débiles rendimientos se convierten en inferiores al mínimo económico, quedan abandonadas... Las landas y los matorrales toman nuevamente posesión de ellas. No es que la humanidad medieval retroceda a sus bases de partida. Lo que ocurre es que no puede ensanchar como quisiera las zonas cultivadas. La naturaleza le ofrece una resistencia victoriosa y, a veces, le obliga a una retirada. Y esto acontece desde Inglaterra a la Pomerania, donde los textos nos hablan, en el siglo XIV, de «casas de labranza recubiertas por la arena arrastrada por el viento y, a causa de eso, abandonadas o, en todo caso, con las tierras incultas».

Agotamiento de la tierra: he aquí el principal peligro para la economía medieval, esencialmente rural.

Igualmente, cuando comienza a dibujarse una expansión de la economía monetaria, choca ésta bien pronto, entre otras dificultades, con una

limitación natural: el agotamiento de las minas. A pesar de haberse reanudado la acuñación del oro en el siglo XIII, el metal más importante sigue siendo la plata. Ahora bien, el final del siglo XIII ve el declive de las minas tradicionales, las del Derbyshire y el Devonshire, el Poitou y el Macizo Central, Hungría, Sajonia. También en este caso las dificultades son principalmente de tipo técnico. La mayor parte de las viejas explotaciones habían alcanzado ya un nivel en que el peligro de inundación se tornaba demasiado grande. El minero se veía impotente ante la invasión del agua. A veces ocurría, pura y simplemente, que los filones habían quedado agotados.

Alfonso de Poitiers, hermano de San Luis, preocupado por amasar metal precioso con vistas a la Cruzada de Túnez, se queja en 1268 a su senescal de Rouergue de la «tan escasa cantidad de plata» producida por la mina de Orzeals. Y ordena, por lo tanto, instalar en ella todo el equipo técnico posible: molinos hidráulicos o de viento o bien, a falta de ellos, caballos y brazos, aumentar el número de obreros, etc. Todo en vano...

Cierto que nuevas minas tomarán el relevo en Bohemia, en Moravia, en Transilvania, en Bosnia, en Servia... Pero su producción no bastará a las necesidades de la Europa cristiana de finales del siglo XV. La Cristiandad sufre «hambre monetaria». El oro y, sobre todo, la plata de América vendrán a saciarla en el siglo siguiente.

Último límite: el agotamiento de los hombres. La economía occidental tardará mucho tiempo en padecer la falta de mano de obra. Claro está que el siervo fugitivo es activamente buscado por su amo y que las nuevas órdenes religiosas del siglo XII —cistercienses a la cabeza— intentarán paliar la ausencia de siervos mediante la institución de los conversos, de los hermanos legos. Pero en ello no ha de verse sino la búsqueda de una mano de obra lo más barata posible, no una verdadera penuria de brazos. El número de mendigos y la estima en que se les tiene —franciscanos y dominicos convierten a la mendicidad en un valor espiritual— testifica la existencia de una holganza socorrida y honrada. En la segunda mitad del siglo XIII, con Guillermo de Saint-Amour, con Juan de Meung, aparecen los primeros ataques contra ese género de mendigos válidos. La detención, después la regresión demográfica, hace menos numerosa, más cara, la mano de obra campesina, que la emancipación de los siervos había ya rarificado y encarecido. Muchos señores inician entonces una reconversión de sus tierras hacia la ganadería, que necesita de pocos obreros. La Gran Peste de 1348 eleva hasta un grado catastrófico el retroceso demográfico y la crisis de mano de obra aparece algunos decenios más tarde. Por todas partes se

oyen quejas contra la rarefacción de los hombres, que lleva consigo el abandono de nuevas tierras de cultivo. Examinemos un texto entre centenares, publicado en Brandeburgo (1372): «Como se sabe, la peste y la mortandad han sido tan violentas que se han llevado la mayor parte de los cultivadores, de tal forma que hoy día son muy escasos y raros y la mayor parte de las tierras permanecen incultas y desiertas.» El campesino, subalimentado, diezmado por las epidemias, fallaba también, a fin de cuentas, en la economía medieval. El *handicap* demográfico suponía el último freno para un mundo «al borde del límite».

Esa inseguridad material explica en gran parte la inseguridad mental en que vivieron los hombres de la Edad Media. Lucien Febvre ha formulado una invitación para que se escriba una historia del sentimiento de seguridad, aspiración fundamental de las sociedades humanas. Su petición no ha sido aún atendida. Si así se hiciese, la Edad Media occidental tendría que figurar en ella con un capítulo negativo, dado que sus hombres hubieron de refugiarse, en definitiva, en la única seguridad de la religión. Seguridad en la tierra, gracias al milagro que salva al obrero víctima de un accidente del trabajo: albañiles caídos de los andamios que un santo sostiene milagrosamente en su caída o resucita una vez en tierra; molineros o campesinos atrapados por la rueda del molino a los que una intervención milagrosa arranca de la muerte; leñadores, como el compañero del santo ermitaño lemosino del siglo XI, Gaucher d'Aureil, que, en el instante de ser aplastado por la caída de un árbol, se encuentra sano y salvo gracias a la milagrosa curvatura del tronco, llevada a cabo por Dios atendiendo a la plegaria del bienaventurado leñador. El milagro, en la Edad Media, ocupa el lugar de la seguridad social.

Seguridad, sobre todo, en el más allá, donde el paraíso promete a los elegidos una vida libre al fin de miedos, de sorpresas desagradables y de muerte. Y, no obstante, aun en ese aspecto, ¿quién puede estar seguro de salvarse? El temor del infierno prolonga la inseguridad terrestre.

* * *

No vamos a afirmar que la vida material no haya conocido en la Edad Media ciertos progresos. Sin aspirar a las precisiones de las épocas moderna y contemporánea, a la vez por falta de datos cuantitativos precisos y porque la economía feudal se presta poco a los métodos estadísticos, elaborados para medir evoluciones económicas, si no capitalistas, al menos sí monetarias, se puede esbozar una coyuntura económica medieval. En ella se discierne

una larga fase de expansión que, en una cierta medida, se corresponde con una mejora del bienestar.

Recordemos las bases de este crecimiento. Crecimiento demográfico en primer término. La población de Occidente se duplica entre el final del siglo x y la mitad del xiv. De acuerdo con los datos de J. C. Russell, la Europa occidental habría pasado de 22 millones y medio de habitantes hacia 950, a 54 millones y medio en la víspera de la peste negra de 1348. El conjunto de Europa, según M. K. Bennet, aumentó desde 42 millones hacia el año 1000 a 73 millones en 1300. El crecimiento demográfico parece haber sido particularmente intenso en torno al 1200. Los índices de crecimiento calculados por Slicher van Bath para períodos de 50 años son de 109,5 para 1000-1050, 104,3 para 1050-1100, 104,2 para 1100-1150, 122 para 1150-1200, 113,1 para 1200-1250 y 105,8 para 1250-1300. La población de Francia habría progresado de 12 a 21 millones entre 1200 y 1340, la de Alemania de 8 a 14, la de Inglaterra de 2,2 a 4,5. Esta fase de crecimiento se encuadra entre dos períodos de recesión demográfica, durante los cuales la población europea habría caído aproximadamente de 67 millones hacia el año 200 después de Jesucristo hasta 27 millones en el 700, y de 73 millones alcanzados hacia 1300 a 45 millones sobre el 1400. Notemos que la cifra máxima, a comienzos del siglo xiv, sobrepasa muy poco a la que corresponde al período de prosperidad romana de finales del siglo ii. La Edad Media demográfica parece definirse cuantitativamente por un simple recobro de lo perdido.

La misma evolución se presenta en la producción agrícola, en los precios, en los salarios.

Una evaluación numérica de la producción agrícola del Occidente medieval es imposible, al menos en el estado actual de la ciencia histórica. Sólo un índice, fragmentario y grosero, puede ser seguido en parte: el aumento de los rendimientos, del que ya hemos hablado. Ahora bien, ¿se puede comparar, para el trigo, por ejemplo, la cifra de 2,7 dada para Anappes en 810 con la de 4 en 1155-1156 calculada por Georges Duby para dos dominios de Cluny, o con la de 5, indicada por el *Anonymous Husbandry* inglés del siglo xiii, o con la media de 3,7 establecida por J. Titow para las granjas del obispado de Winchester entre 1211 y 1299? Por otra parte, no olvidemos que, con toda seguridad, la extensión de las superficies cultivadas ha contribuido en mayor grado que la intensificación de los cultivos al crecimiento de la producción agrícola.

Con respecto a los precios, los índices resultan más valiosos. De momento, no contamos con curvas de precios anteriores a 1200 y, para Inglaterra, a 1160. Si se toma por índice 100 el nivel de los precios del trigo durante

el período 1160-1179, ese índice se eleva, según los cálculos de Slicher van Bath, basados en los datos de lord Beveridge, a 139,3 (1180-1199), 203 (1200-1219), 196,1 (1200-1239), 214,2 (1240-1259), 262,9 (1260-1279), 279,2 (1280-1299), con una extrema desviación (324,7) durante el período 1300-1319, ocasionada por la gran hambre de 1315-1316, y una relativa caída a 289,7 en 1320-1339 (relativa con respecto a la subida anormal del período precedente). Estos datos ponen en evidencia lo que Michael Postan ha llamado una «verdadera revolución de los precios».

Los salarios indican un progreso semejante. En Inglaterra, los salarios reales pasan del índice 100 para el período 1251-1300 al índice 105,1 en el período 1301-1350 para los obreros agrícolas y de 100 a 109,4 para los leñadores.

Pero el alza de esos salarios sigue siendo débil y, a pesar de un notable crecimiento del estamento asalariado, los obreros pagados forman todavía una minoría en la masa trabajadora.

Esta observación, que no pone en tela de juicio la realidad de un crecimiento económico entre los siglos X al XIV, manifiesta, de todas maneras, la necesidad de confrontar esta coyuntura con la evolución de las estructuras económicas y de las estructuras sociales, es decir, con lo que se denomina tradicionalmente el paso de la economía-natural a la economía-dinero y la evolución de la renta feudal.

* * *

Hace un siglo, Bruno Hildebrand dividió la evolución económica de las sociedades en tres fases: *Naturalwirtschaft, Geldwirtschaft* y *Kreditwirtschaft* —economía natural o de trueque, economía monetaria y economía de crédito—. Alfons Dopsch, por su parte, en su excelente libro publicado en 1930: *Economie-nature et économie-argent dans l'histoire mondiale,* impuso este vocabulario o, por lo menos, planteó el problema a los medievalistas. Se trata, pues, de apreciar el papel desempeñado por la moneda en la economía. Cuando ese papel es insignificante, estaremos frente a una economía de trueque, en la que producción, consumo y cambios no necesitan la intervención de la moneda, si no es excepcionalmente. Por el contrario, si ésta es esencial para el funcionamiento de la vida económica, nos hallamos ante una economía monetaria. ¿Cuál de ellas predomina en el Occidente medieval?

Hagamos primero, con Henri Pirenne y Marc Bloch, algunas distinciones necesarias. En primer lugar, el trueque ha tenido una participación

bastante débil en los cambios medievales. Por economía natural se ha de entender en el Occidente medieval una economía en que los cambios, todos los cambios, quedaban reducidos al mínimo estricto. Por lo tanto, economía de trueque o natural será, en este caso, aproximadamente sinónima de economía cerrada. El señor y el campesino pueden satisfacer sus necesidades económicas dentro del propio dominio. Más aún, en el caso del campesino, sin salir del cuadro doméstico: la alimentación le es proporcionada por la huerta situada junto a la casa y por la parte de la cosecha de su feudo o arrendamiento que le queda después de la entrega correspondiente al señor y del diezmo de la Iglesia; el vestido está confeccionado por las mujeres en la casa, las herramientas básicas —muela de mano, torno también de mano, telar— son familiares.

Si alguna vez en los textos los arrendamientos vienen indicados en dinero, no quiere eso decir que se abonasen en efecto con moneda. La evaluación monetaria no estaba forzosamente ligada a un pago en dinero. La moneda no era más que una referencia, «servía de medida para el valor», era una *apreciación,* una evaluación, como dice un pasaje del *Cantar del mío Cid* a propósito de ciertos pagos en mercancías. Sin duda alguna, esta supervivencia de un vocabulario monetario no dejaba de tener su importancia. Como en tantos otros dominios, ese resto de la herencia antigua no es, en definitiva, sino el testimonio de una regresión. No hay mayor razón para tomar como «dinero contante» las menciones de moneda en los textos medievales que para considerar las expresiones paganas conservadas en la literatura cristiana medieval como ajustadas a una realidad. Cuando el mar es llamado Neptuno o cuando un caballo, prometido por los monjes de Saint-Père de Chartres en el año 1107 a un cierto Milon de Lèves, está tasado en el acta en veinte sueldos, se trata en el primer caso de una costumbre del lenguaje y, en el segundo, de una precisión sobre el valor del caballo, objeto de la transacción. Lo que ocurre simplemente es que las evaluaciones monetarias, al no haber sido combatidas por la Iglesia con el mismo celo que las expresiones que conservan el recuerdo del paganismo, han sobrevivido con mayor facilidad. Marc Bloch ha señalado un notable texto de Passau en el que la palabra «precio» está paradójicamente empleada para designar el equivalente en especie de una cantidad de moneda.

Está claro, en fin, que la moneda no llegó a desaparecer jamás por completo en el Occidente medieval. No solamente la Iglesia y los señores dispusieron siempre de un cierto caudal monetario para la satisfacción de sus gastos de prestigio, sino que ni siquiera los campesinos eran capaces de vivir sin efectuar alguna compra en moneda: la sal, por ejemplo, que no pro-

ducían, que no recibían y que raramente podían proporcionarse mediante trueque, debía ser adquirida con moneda. Sin embargo, aun en este último caso es más que probable que los campesinos, y en mayor grado todavía los pobres, obtuviesen las escasas piezas de moneda que necesitaban más mediante las limosnas que por la venta de sus productos. En tiempo de carestía, cuando la falta de numerario se hacía sentir con mayor crueldad para los pobres, las distribuciones de dinero acompañaban siempre las distribuciones de víveres. Así procedió el conde de Flandes Carlos el Bueno en ocasión de la gran hambre de 1125: «En todas las ciudades y aldeas por que pasaba, una multitud se agolpaba cada día en torno de él y les distribuía con sus propias manos alimentos, dinero y vestidos.» Una vez que el hambre se alejó y llegó el tiempo de una nueva y buena cosecha, el obispo de Bamberg dio a los pobres, el 25 de julio, «un dinero y una hoz, el instrumento de trabajo y el viático».

Alguien ha hecho observar que la extensión de la economía monetaria ha sido mayor de lo que pudiera parecer a primera vista si se toman en cuenta dos fenómenos muy extendidos en el Occidente medieval: la costumbre de atesorar objetos de lujo, piezas de orfebrería, como reservas monetarias, y la existencia de monedas no metálicas.

Es verdad. Carlomagno vendió una parte de sus manuscritos más preciosos para socorrer con su importe a los pobres. Demos un ejemplo más, entre los centenares que se podrían citar: en 1197, un monje alemán encuentra a otro caminando con gran prisa: «Habiéndole preguntado hacia dónde corría, me responde: "Voy a cambiar. Antes de la recolección, nos hemos visto precisados, para alimentar a los pobres, a matar nuestro ganado y empeñar nuestros cálices y nuestros libros. Y he aquí que el Señor acaba de mandarnos un hombre que nos ha dado una cantidad de oro que cubre nuestras necesidades. Por esto voy a cambiarlo por dinero, a fin de poder recuperar nuestros empeños y rehacer nuestros rebaños."»

Pero esta forma de tesaurización, que sólo cede ante la necesidad, es también un testimonio de la debilidad y la falta de elasticidad de la circulación monetaria.

Del mismo modo, la existencia de monedas no metálicas —buey o vaca, piezas de tela y, sobre todo, pimienta— constituye un signo innegable de arcaísmo, la expresión de una economía que sólo con grandes dificultades logra pasar del estadio del trueque al estadio monetario. Por otro lado, la moneda metálica misma conservó durante largo tiempo una naturaleza arcaica. En efecto, la moneda es apreciada en función de su valor, no como signo, sino como mercancía. No posee el valor teórico inscrito en su anverso

o su reverso (inscripción que, por lo demás, no lleva), sino el valor real del metal precioso que contiene. Se pesa la moneda para determinar lo que vale. Como ha dicho Marc Bloch, «una moneda que es preciso poner en la balanza se parece mucho a un lingote». Apenas si a finales del siglo XIII los legistas franceses comenzaron a distinguir entre su valor intrínseco —su peso en oro— y su valor extrínseco, es decir, a transformarla en signo monetario, en instrumento de cambio.

Durante la Alta Edad Media, los talleres monetarios se multiplican. Lugares hoy día desaparecidos —tal es el caso, en especial, de muchos talleres de la España visigótica— y que apenas si eran más que caseríos, poseían una ceca que acuñaba moneda. Ahora bien, como ha señalado acertadamente Marc Bloch, «el gran motivo de la atomización monetaria consistía en que la moneda circulaba poco».

La reforma de Carlomagno, que instituyó un sistema monetario (libra, sueldo y dinero, siendo 1 libra=20 sueldos y 1 sueldo=12 dineros) que volvemos a encontrar en el sistema inglés actual, responde de hecho a la necesidad de adaptarse a la regresión de la economía basada en el dinero. En realidad, el oro no se acuñaba. La libra y el sueldo no eran monedas reales, sino simples monedas de cuenta. Hasta el siglo XIII se acuñó únicamente el dinero de plata, es decir, una unidad muy pequeña, la única de la que verdaderamente se tenía necesidad. Sin embargo, el sistema excluía la existencia de piezas de vellón (plata de baja ley), de más débil valor, para los cambios más modestos. Significativa es la reacción de los caballeros de la II Cruzada al penetrar en 1147 en territorio bizantino. «Fue allí —escribe Eudes de Deuil— donde vimos por primera vez monedas de cobre y de estaño. Por una de esas piezas, dábamos tristemente, o mejor perdíamos, cinco dineros...»

Digamos, por último, que el renacimiento monetario del siglo XIII ha deslumbrado sobre todo a los historiadores por su vuelta a la acuñación del oro: genovés y florín en 1252, escudo de San Luis, ducado veneciano en 1284. No obstante, por significativo que sea este acontecimiento, supone todavía, a la vista del pequeño número de piezas en circulación existentes a finales del siglo XIII, más bien un índice que una realidad económica. La realidad económica estriba en la acuñación de las grandes piezas de plata, realizada en Venecia (1203), en Florencia (hacia 1235), en Francia (hacia 1265), en Montpellier (1273), en Flandes (hacia 1275), en Inglaterra (1279), en Bohemia (1296). En este nivel medio de cambios es donde se sitúa el progreso de la economía monetaria.

Porque ese progreso es real.



VI. ORFEBRERÍA GÓTICA: DIOS EN MAJESTAD.

Esta placa dividida en cuatro lóbulos y esmaltada es un trabajo lemosino del siglo XIII. Decoraba un objeto litúrgico, relicario o frontal de altar. Representa un tema favorito de la iconografía medieval, menos frecuente, empero, durante el siglo XIII (que se siente más inclinado a elegir la figura de Cristo): Dios Padre sentado en majestad, bendiciendo con la mano derecha mientras sostiene el Libro con la izquierda. La perfección de la técnica (la figura esculpida en medio relieve, en cobre repujado, cincelado y dorado, sobre una placa rebajada y esmaltada, decorada con rosetones), la sencilla armonía de la composición, de las líneas y de los colores, manifiesta la permanencia de las tradiciones de un gran taller lemosino. (Nantes, Museo Dobrée.)

España constituye quizás un caso particular, dado que la proximidad de la economía musulmana (los emires de Córdoba no dejaron nunca de acuñar monedas de oro; con el avance de la Reconquista, los reyes cristianos continuaron esta acuñación; así se hizo en Toledo, por ejemplo, en el año 1175) introdujo un elemento contagioso en la economía española. Los trabajos de los medievalistas españoles y argentinos (Claudio Sánchez Albornoz, Luis García de Valdeavellano, Reyna Pastor de Togneri) han demostrado de todas maneras que el ciclo economía de trueque-economía monetaria se advierte netamente con una cierta anticipación sobre el resto de la Cristiandad. La influencia de los centros musulmanes de producción del Sur prolonga hasta comienzo del siglo XI una fase de alza de los precios, que coincide con el final del período de economía monetaria. El siglo XI y la primera mitad del XII presencian una depresión de los precios, representativa de una vuelta a la economía de trueque, debida a que la fase precedente había llevado a cabo la casi total desmonetización de los reinos cristianos. A partir de mediados del siglo XII, por el contrario, se desarrolla de nuevo una fase de economía monetaria.

Las actitudes frente a la moneda o, más generalmente, frente al dinero, nos informan también, aunque de modo indirecto, sobre esta evolución económica. Cierto que existe en el cristianismo una desconfianza tradicional con respecto al dinero, pero la rareza de éste a lo largo de toda la Alta Edad Media le confiere más bien un prestigio, reforzado por el hecho de que la acuñación de moneda es un signo de poder. En una palabra, el dinero ha pasado a ser un símbolo de poder político y social más que de poder económico. Los soberanos acuñan monedas de oro porque, a pesar de no tener valor económico, son manifestaciones de prestigio. Las escenas de acuñación de moneda y las representaciones de acuñadores ocupan un buen lugar en la iconografía medieval. Se les ve en Saint-Martin-de-Boscherville, en Souvigny, en Worms... Moneda y acuñadores participan del carácter sagrado y maldito a la vez de los herreros y, más generalmente, de los metalúrgicos, reforzada en este caso por la atracción superior de los metales preciosos. Roberto López ha definido a los acuñadores como una aristocracia de la Alta Edad Media. Aristocracia mágica, más que económica. El desarrollo de la economía monetaria provoca, por el contrario, una explosión de odio contra el dinero. Es verdad que el progreso económico iniciado se realiza en provecho tan sólo de ciertas clases y aparece, por consiguiente, a los ojos de las restantes como una nueva opresión. San Bernardo clama contra el dinero maldito. La gran beneficiaria de esta evolución en su comienzo, la Iglesia, la cual, gracias al aumento de los honorarios, de las

cuestaciones, de la fiscalidad eclesiástica, puede captar rápidamente una buena parte del dinero en circulación, se ve denunciada por su *avaritia*, por su avidez.

Gregorio VII había declarado: «El Señor no ha dicho: Mi nombre es Costumbre.» Los goliardos *, en una sátira que lleva por título *El Santo Evangelio según el Marco de Dinero*, acusan a sus sucesores de poner en boca del Señor: «Mi nombre es Dinero.»

Y, en consecuencia, comienza a marcarse una evolución en la moral. La *superbia*, el orgullo, pecado feudal por excelencia, considerada hasta entonces como la madre de todos los vicios, comienza a ceder su primacía a la *avaritia*, el deseo de dinero.

Otra beneficiaria de la evolución económica, a la que llamaremos para simplificar la burguesía, esto es, la capa superior de la nueva sociedad urbana, recibe también su correspondiente denuncia. Escritores y artistas al servicio de las clases dirigentes tradicionales la estigmatizan: el usurero, entorpecido por el peso de su bolsa que lo arrastra hacia el infierno, queda expuesto a la aversión y al horror de los fieles en las esculturas de las iglesias.

El lento desplazamiento de la economía de trueque por la economía monetaria se halla ya lo bastante avanzado en las postrimerías del siglo XIII para que resulten de él graves consecuencias sociales.

* * *

A despecho de la parcial conversión en moneda de los pagos en productos naturales, la relativa inelasticidad de la renta feudal y la disminución, provocada por la rapidez con que se deteriora la moneda, de lo que produce la parte que ha sido monetizada, empobrece a un sector de la clase señorial tan pronto como el aumento de los gastos de prestigio intensifica las necesidades de dinero. He aquí la primera crisis de la feudalidad, fundamento de la crisis del siglo XIV.

Frente a esta crisis del mundo señorial, el mundo campesino se divide. Una minoría, capaz de sacar provecho de la venta de los excedentes, se enriquece, redondea sus tierras, forma una categoría privilegiada, una clase de *kulaks*. La encontramos reflejada en los documentos ingleses referentes a las granjas, en los textos literarios. Así, en el *Roman de Renart*: «Llega el alba, el sol se levanta, iluminando los caminos blancos de nieve, y he aquí que el señor Constant Desgranges, un labrador bien forrado que habita al borde del estanque, sale de su casa seguido de sus criados... El labrador

hace sonar el cuerno y llama a sus perros, después ordena que se enjaece su caballo. Viendo eso, Renart huye hacia su guarida [...] Un día, Renart había llegado a los límites de una granja que estaba cerca del bosque y que guardaba gallinas y gallos en gran número, así como ánades, patos y ocas machos y hembras; era la propiedad del señor Constant Desnos, un granjero que poseía una casa llena de vituallas de todas clases y una huerta en la que crecían numerosos árboles frutales, que daban cerezas, manzanas y otros frutos. Había en su casa gruesos capones, y salazones, y jamones, y manteca en gran abundancia. Para privar la entrada de su corral, lo había rodeado de fuertes puntales de encina, matorrales y zarzas. Renart hubiese querido saltar a su interior...»

En contraposición, la depauperación de la masa campesina se acentúa. El crecimiento demográfico no se traduce tan sólo por la extensión de las superficies cultivadas y por un aumento, en cierto tipo de tierras, de los rendimientos. Con mayor seguridad determina una parcelación de las fincas, cuyo resultado es que los campesinos pobres se ven forzados o bien a ponerse al servicio de labradores más ricos —acrecentando así su dependencia social y su inferioridad económica y privando a su propia pertenencia de una parte de su trabajo —o bien a endeudarse. En esas sociedades campesinas, explotadas por los señores o los labradores más ricos, donde la tierra es avara de sus dones y las bocas demasiado numerosas, el endeudamiento significa el gran azote. Endeudamiento con respecto al usurero urbano —muy a menudo un judío— o al campesino más rico, bastante hábil, en general, para evitarse la etiqueta de usurero, que se carga sólo sobre el judío.

Disminución de la superficie de las pertenencias, como ocurre, por ejemplo, en Beauvrequen, Flandes, en tierras pertenecientes a la abadía de Saint-Bertin, donde, en el año 1305, sobre 60 pertenencias, 26, es decir, el 43 %, tienen menos de 2 hectáreas; 16, o sea 27 %, de 2 a 4 hectáreas; 12, o sea el 20 %, de 4 a 8 hectáreas; y únicamente 6, es decir, el 10 %, más de 8 hectáreas. O en Weedon Beck, Inglaterra, donde si en 1248 solamente existía un 20,9 %de campesinos que dispusiesen de menos de 6 hectáreas, la proporción había pasado en 1300 a ser del 42,8 %.

Endeudamiento campesino con respecto a los judíos, en Perpiñán, por ejemplo, donde los registros notariales de alrededor del 1300 nos revelan que el 65 % de los deudores que tenían los usureros de la ciudad eran campesinos, el 40 % de los cuales contraía sus deudas en otoño, en la época de los enlaces matrimoniales y del pago de las rentas señoriales. El 53 % de estos deudores se obligaban a devolver los préstamos en agosto y septiembre,

después de la siega y la vendimia. Acreedores son también, aparte los judíos, los mercaderes y cambistas italianos, los lombardos, a los cuales encontramos lo mismo en la región de Namur, donde los documentos demuestran el endeudamiento de una aldea casi entera con respecto a ellos entre 1295 y 1311, como en los Alpes, donde, a comienzos del siglo XIV, los usureros de Asti poseen establecimientos de préstamo con garantía —*casane*— en casi todas las aldeas de los Estados de la Casa de Saboya.

En consecuencia, los que parecen aprovecharse en mayor grado de este desarrollo de la economía monetaria son los comerciantes. Admitimos que la expansión urbana, de la que ellos son los principales beneficiarios, va ligada al progreso de la economía monetaria y que la «subida de la burguesía» representa la aparición de una clase social cuyo poder económico reposa más sobre el dinero que sobre la tierra. Ahora bien, ¿cuál es la importancia numérica de esta clase antes de 1300 ó de 1350? La mayor parte de esos pequeños comerciantes no son otra cosa que buhoneros, en un todo comparables a los usureros, de ciertos períodos más próximos a nosotros y de los cuales sabemos muy bien que guardan muy poca relación con el capitalismo. En cuanto a la minoría de los grandes comerciantes o —lo cual no es exactamente lo mismo— la *élite* de las altas clases urbanas, de la que volveremos a hablar más tarde, es decir, el patriciado, ¿cuál es la naturaleza de sus ganancias, de su comportamiento económico, de su acción sobre las estructuras económicas?

Los comerciantes no se inmiscuyen más que muy débilmente en la producción rural. Cierto que los usureros mencionados, especialmente los de la región de Namur, ocultaban tras un préstamo con prenda de garantía una compra anticipada de las cosechas, que vendían de inmediato en el mercado. Mas el porcentaje de productos agrícolas comercializados en esta forma por su intermedio y en su provecho, aunque en aumento, era todavía pequeño.

A principios del siglo XIV, el mercader o comerciante seguía siendo esencialmente un vendedor de productos excepcionales, raros, lujosos, exóticos. La creciente demanda de esos productos por las categorías superiores determinaba un aumento del número y de la importancia de los comerciantes. Su labor era complementaria. Ellos aportaban ese pequeño sector de lo superfluo-necesario que la economía señorial no podía producir. Precisamente en la medida en que se trataba de «epifenómenos», incapaces de alterar en sus fundamentos la estructura de la economía y de la sociedad, los clérigos comprensivos los excusaban y los justificaban. Así, Gilles le Muisit, abad de Saint-Martin de Tournai, en su *Dit des Marchands:*

Nuls pays ne se poet de li seus gouvrener,
Pourchou vont marchéant travaillier et pener
Chou qui faut ès pays, en tous règnes mener,
Se ne les doit-on mie sans raison fourmener.

Chou que marchéant vont delà mer, dechà mer
Pour pourvir les pays, che les font entr'amer.

(Ningún país puede por sí solo gobernarse,
Por eso los mercaderes van a trabajar y penar
Para lo que falta en los países traer de todos los reinos.
No se les debe malquerer sin razón.

Porque esos mercaderes van más allá del mar, más acá del mar,
Para proveer a los países y eso los hace amados.)

A decir verdad, más que complementarios puede decirse que los mercaderes son marginales. Lo esencial de sus transacciones recae sobre productos caros, de escaso volumen: las especias, las telas de lujo, las sederías... Esto es especialmente cierto en lo que se refiere a los italianos, pioneros del comercio, cuya principal habilidad parece haber consistido en comprender que la estabilidad de los precios orientales les permitía calcular previamente su beneficio. Ruggiero Romano ha logrado un acierto sin duda alguna al afirmar que ahí radica la causa primordial del «milagro» mercantil de la Europa cristiana. Ése es también, aunque en menor grado, el caso de los hanseáticos. Sin embargo, es verosímil pensar que, como ha sostenido entre otros M. P. Lesnikov, hasta mediados del siglo XIV el comercio de los granos, y asimismo el de la madera, no desempeñaron más que un papel secundario en sus tráficos, en los que la cera y las pieles representaban los mayores beneficios.

La naturaleza misma de los beneficios mercantiles, a veces enormes, obtenidos con esos productos de lujo pone de manifiesto que tales transacciones se llevaban a cabo al margen de la economía esencial. Eso mismo se desprende de la estructura de las compañías comerciales, ya que, aparte ciertas sociedades de tipo familiar y durable, la mayoría de las asociaciones entre mercaderes se constituían para un solo negocio, un viaje o un lapso no mayor de 3, 4 ó a lo sumo 5 años. No existía una verdadera continuidad en sus empresas, como tampoco se efectuaban inversiones a largo plazo, sin contar la costumbre, por largo tiempo mantenida, de disi-

par cada mercader a su muerte una parte considerable, a veces lo esencial de su fortuna, en donaciones.

Lo que tales mercaderes, y todavía en mayor grado el patriciado urbano, buscaban era o bien la posesión de dominios que les permitiesen, con su familia y sus criados, sentirse amparados contra la carestía, que les hiciesen participar en la dignidad del poseedor de tierras y que, si el caso se ofrecía, mediante la adquisición de un señorío, les hiciesen pasar al rango de señores territoriales, o bien la adquisición de tierras e inmuebles urbanos, cuyos alquileres eran provechosos, o la posibilidad de otorgar préstamos a los señores y a los príncipes, a veces incluso a los humildes. Y, sobre todo, trataban de obtener rentas perpetuas.

Recordemos la evolución económica y social que hemos esbozado anteriormente. Las capas superiores se componen de un porcentaje cada vez mayor de rentistas, ya que los señores, por la evolución de la renta feudal, se convierten también cada vez más en «rentistas de la tierra», según el término de Marc Bloch, y cada vez menos en explotadores directos. El numerario que pueden retirar de esas rentas no se invierte, sin embargo, en el progreso económico. En la mayor parte de los países, la prohibición para la aristocracia de ejercer un oficio priva a los grandes terratenientes de hacer negocios. En consecuencia, lo que podría ser, al menos, invertido en la tierra para alimentar un progreso rural se evapora en gastos de prestigio y de lujo cada día más onerosos, más devoradores.

Queda, con todo, que los innegables avances de la economía monetaria tienen graves repercusiones sociales. Empiezan por trastornar el estatuto de las clases sociales a causa de la extensión del salariado, en la ciudad sobre todo, pero también, y cada vez más, en el campo. Las más veces ahondan el foso que separa a las clases o, mejor, a las categorías sociales dentro de las clases. Lo hemos visto en lo que se refiere a las clases rurales: señores y campesinos. Aún es más exacto para las clases urbanas. Una capa superior va destacándose poco a poco del pueblo medio y bajo, de los artesanos y los obreros.

Ahora bien, si el dinero es, con gran frecuencia, el fundamento de sus diferencias, la jerarquía social se define desde ese momento en función de un valor nuevo: el trabajo. Las clases urbanas conquistan, en efecto, su lugar por la nueva fuerza de su función económica. Al ideal señorial, fundado en la explotación del trabajo campesino, oponen ellos su sistema de valores basado sobre el trabajo que los ha hecho poderosos. No obstante, convertida, a su vez, en una clase de rentistas, la capa superior de la nueva sociedad urbana impone una nueva línea de partición entre los valores

sociales, la que separa el trabajo manual de las otras formas de actividad. Por otra parte, esta partición se corresponde con una evolución de las clases campesinas, en las que se establece una selección entre los que, por una curiosa evolución del vocabulario, se denominan «labradores» —campesinos acomodados, propietarios de una yunta y de sus instrumentos de trabajo— y la masa de los que no tienen más que sus brazos para vivir: los peones, y, más precisamente, los braceros. En las clases urbanas, la nueva división deja aislados a los «hombres mecánicos», artesanos y obreros, todavía poco numerosos. Los intelectuales, es decir, los universitarios, que, por un momento, han sentido la tentación de definirse como trabajadores, trabajadores intelectuales, codo a codo con los otros oficios en el complejo urbano, se apresuran a unirse a la selección de «los manos limpias». Incluso el pobre Rutebeuf * exclama orgullosamente: «No soy un obrero manual.»

CAPÍTULO VIII

LA SOCIEDAD CRISTIANA

(SIGLOS X-XIII)

EN las proximidades del año 1000, la literatura occidental presenta la sociedad cristiana según un esquema nuevo que obtiene en seguida una gran difusión. La sociedad está compuesta por: clérigos, guerreros y campesinos. Las tres categorías son distintas y complementarias entre sí. Cada una de ellas tiene necesidad de las otras dos. Su conjunto forma el cuerpo armónico de la sociedad. El esquema aparece por vez primera en la traducción extremadamente libre de la *Consolatio* de Boecio hecha por el rey de Inglaterra Alfredo el Grande a finales del siglo IX. El rey ha de tener *jebedmen, fyrdmen, weorcmen,* «hombres de plegaria», «hombres de caballo» y «hombres de trabajo». Un siglo más tarde, la estructura tripartita reaparece en Aelfric y en Wulfstan. El obispo Adalberón de Laón, en su poema dedicado al rey capeto Roberto el Piadoso, hacia el 1020, da una versión elaborada de ella: «La sociedad de los fieles no forma más que un cuerpo; pero el Estado comprende tres. Porque la otra ley, la ley humana, distingue otras dos clases. Nobles y siervos, en efecto, no son regidos por un mismo estatuto... Éstos son los guerreros, protectores de las iglesias; son los defensores del pueblo, de los grandes igual que de los pequeños, de todos en fin, y aseguran al mismo tiempo su propia seguridad. La otra clase es la de los siervos: esta desgraciada casta no posee nada sino al precio de su trabajo. ¿Quién podría, ábaco en mano, echar la cuenta de las labores que ejecutan los siervos, de sus largas marchas, de sus duros trabajos? Dinero, vestidos, alimentos, los siervos lo proporcionan todo a todo el mundo; ningún hombre libre podría subsistir sin los siervos. ¿Se ha de realizar un trabajo? ¿Se quiere holgar? Vemos a reyes y prelados hacerse siervos de sus siervos; el amo está nutrido por el siervo, él, que pretende nutrirlo. Y el siervo no ve nunca el fin de sus lágrimas y de sus suspiros. La casa de Dios,

que se cree ser una, está, pues, dividida en tres: los unos ruegan, los otros combaten, los otros, en fin, trabajan. Esas tres partes que coexisten no sufren por verse separadas; los servicios proporcionados por la una son la condición de las obras de las otras dos; cada una, según le corresponde, se encarga de aliviar el conjunto. Así, este conjunto triple no deja de permanecer unido, y es de esta manera como la ley ha podido triunfar y el mundo gozar de la paz.»

Texto capital y, en algunas de sus frases, extraordinario. En un relámpago, la realidad de la sociedad feudal queda revelada gracias a la fórmula: «El amo está nutrido por el siervo, él, que pretende nutrirlo.» Y la existencia de las clases —y, por consiguiente, su antagonismo—, aunque inmediatamente enmascarada por la afirmación ortodoxa de la armonía social, está planteada por la comprobación: «La casa de Dios, que se cree una, está, pues, dividida en tres.» Sin embargo, lo que nos importa aquí es esa caracterización, que va a convertirse en clásica, de los tres estamentos de la sociedad feudal: los que ruegan, los que combaten, los que trabajan: *oratores, bellatores, laboratores.*

Sería apasionante seguir la suerte de este tema, sus transformaciones, sus enlaces con otros motivos, por ejemplo, con la genealogía de la Biblia: los tres hijos de Noé; o de la mitología germánica: los tres hijos de Rigr. Entre las decenas de textos, citaremos uno donde la clasificación tripartita se reviste con el disfraz animal.

Eadmer de Cantorbery, al comienzo del siglo XI, recordando la enseñanza de San Anselmo, desarrolla este *exemplum,* especie de fábula simbólica.

«Ejemplo de los corderos, los bueyes y los perros.

»La razón de ser de los corderos es proporcionar leche y lana; la de los bueyes, trabajar la tierra; la de los perros, defender de los lobos a los corderos y a los bueyes. Si cada especie de esos animales cumple su oficio, Dios los protege... Igual hace con los órdenes que ha establecido con vistas a los diversos oficios que se han de realizar en ese mundo. Ha establecido a los unos —los clérigos y los monjes— para que rueguen por los otros y para que, llenos de dulzura como los corderos, los empapen con la leche de la predicación y les inspiren con la lana del buen ejemplo un ferviente amor de Dios. Ha establecido a los campesinos para que hagan vivir —como los bueyes con su trabajo— a sí mismos y a los otros. A otros en fin —a los guerreros— los ha establecido para que manifiesten la fuerza, en la medida de lo necesario, y para que defiendan de los enemigos, como de los lobos, a los que ruegan y a los que cultivan la tierra.»

Ahora bien, ese tema literario, ¿es una buena introducción al estudio de la sociedad medieval? ¿Qué relación mantiene con la realidad? ¿Expresa la verdadera estructura de las clases sociales en el Occidente medieval?

Georges Dumézil ha sostenido con brillantez la tesis de que la tripartición de la sociedad es una característica propia de las sociedades indoeuropeas. El Occidente medieval se uniría así de manera especial a la tradición itálica: Júpiter, Marte, Quirinus, probablemente con un intermediario celta.

Otros, entre ellos Vasilij I. Abaev, piensan que la «tripartición funcional» constituye «una etapa necesaria en la evolución de toda ideología humana» o, mejor aún, social.

Lo esencial es que este esquema aparece o reaparece en un momento que podría considerarse oportuno para la evolución de la sociedad occidental.

Entre los siglos VIII y IX, la aristocracia se constituye en clase militar, como hemos visto. El miembro por excelencia de esta clase se denomina *miles,* caballero. La denominación parece extenderse hasta las fronteras de la Cristiandad, puesto que en una inscripción funeraria del siglo XI, descubierta recientemente en la catedral de Gniezno, encontramos el término *miles.* En la época carolingia, los clérigos se transforman, como lo ha demostrado el canónigo Delaruelle, en casta clerical. La evolución de la liturgia y de la arquitectura religiosa pone de manifiesto esta transformación: clausura de los coros y de los claustros, que quedan reservados al clero de los capítulos, y cierre de las escuelas exteriores de los monasterios. El presbítero celebra desde este momento la misa dando la espalda a los fieles. Éstos ya no van en procesión a llevar al celebrante los «oblatos», ya no están asociados a la recitación del Canon que, a partir de aquí, sólo podrán recitar en voz baja; la hostia no es ya el pan natural, sino pan ácimo, «como si la misa se convirtiese en algo extraño a la vida cotidiana». En fin, la condición de los campesinos tiende a uniformarse en el nivel más bajo: el de los siervos.

Bastará comparar este esquema con el de la Alta Edad Media para percibir su novedad.

Dos imágenes de la sociedad se entrelazan muy a menudo entre los siglos V y XI. Se trata, a veces, de un esquema múltiple, diversificado, que enumera un cierto número de categorías sociales o profesionales. En él se pueden discernir los restos de una clasificación romana en la que se distinguen las categorías profesionales, las clases jurídicas, las condiciones sociales. Así el obispo Rathier de Verona, en el siglo X, nombra diecinueve categorías: civiles, militares, artesanos, médicos, mercaderes, abogados, jueces,

testigos, procuradores, patronos, mercenarios, consejeros, señores, esclavos (o siervos), maestros, discípulos, ricos, mediocres y mendigos. En esta lista se encuentra mejor o peor representada la especialización de las categorías profesionales y sociales características de la sociedad romana y que acaso habían sobrevivido en una cierta medida en la Italia del Norte.

Pero con más frecuencia la sociedad se reduce a la confrontación de dos grupos: clérigos y laicos en una cierta perspectiva, poderosos y débiles, grandes y pequeños, ricos y pobres si se considera únicamente la sociedad laica, libres y no libres si uno se sitúa en el plano jurídico. No cabe duda de que ese esquema dualista se corresponde con una simplificación de las categorías sociales en el Occidente de la Alta Edad Media. Una minoría monopoliza las funciones directivas: dirección espiritual, dirección política, dirección económica. La masa persiste. Más raramente, como en Raúl Glaber, una preocupación por los matices o el recurso a un esquema tripartito, correspondiente a una mentalidad clasificadora que se convierte espontáneamente en ternaria (como ocurre en nuestras escuelas, en las que se impone naturalmente la división de las disertaciones en tres partes), hace aparecer entre los grandes y los pequeños, los medianos, es decir, los «mediocres». No obstante, ¿a qué se debe concretamente esta tripartición, que parece provenir sobre todo de un hábito retórico?

Muy distinta es la tripartición funcional que aparece alrededor del año 1000. Se atiene a la división de las funciones en religiosa, militar y económica y es característica probablemente de un cierto estadio de evolución de todas las sociedades primitivas y no sólo de las sociedades indoeuropeas. Indudablemente, se pueden señalar entre un texto como el de Eadmer de Cantorbery, citado anteriormente, y el simbolismo animal de la tripartición funcional en otras sociedades, ciertas afinidades, o una continuidad, que no permiten vacilar sobre el parentesco existente entre la imaginación social de la sociedad medieval y la de otras sociedades más o menos primitivas. E. Benveniste ha subrayado cómo, en la lustración agraria y los *suovetaurilia* de los cultos greco-itálicos, volvemos a encontrar las correspondencias Cerdo-Telus, Óvido-Júpiter, Toro-Marte. L. Gerschel ha puesto en relación, dentro de las estructuras augurales y el pensamiento de la antigua Roma, el hombre, el caballo y el bóvido —en tanto que especies— o la cabeza, la cuadriga y la ternera —en tanto que presagio— con los tres valores funcionales de la soberanía, del valor guerrero y de la prosperidad económica. Georges Dumézil, por su parte, ha recordado la importancia simbólica del águila de Júpiter, de la loba de Marte, de la cerda de las diosas de la Tierra y de la fecundidad. Los corderos, los bueyes y los

perros de Eadmer no son sino un avatar medieval de ese simbolismo animal de la sociedad tripartita.

¿Qué quiere decir tripartición funcional? Y en primer lugar, ¿qué relaciones mantienen entre sí las tres funciones, o mejor, las clases que las representan? Está claro que el esquema tripartito es un símbolo de la armonía social. Como el apólogo de Menenius Agrippa, *Los miembros y el estómago,* es un instrumento lleno de imágenes del cese de la lucha de clases y de la mixtificación del pueblo. Pero, si bien se ha visto claramente que ese esquema se orientaba a mantener a los trabajadores —la clase económica, los productores— en la sumisión de las otras dos clases, no se ha puesto suficientemente de manifiesto que el esquema —que es obra clerical— se orienta también a someter los guerreros a los clérigos, a hacer de ellos los protectores de la Iglesia y de la religión. Supone, asimismo, un episodio de la antigua rivalidad entre hechiceros y guerreros y va aparejada con la reforma gregoriana, con la lucha entre el Sacerdocio y el Imperio. Contemporáneo de los cantares de gesta, terreno literario para el continuo pugilato entre la clase clerical y la clase militar, al igual que lo fue la *Ilíada* —tal como lo ha demostrado brillantemente, a partir del episodio del caballo de Troya, Vasily I. Abaev—, es un testimonio de la lucha entre la fuerza sacerdotal y el valor guerrero. Piénsese en la distancia que separa a Roldán de Lancelote. Lo que se ha dado en llamar la cristianización del ideal caballeresco no es más, probablemente, que la victoria del poder sacerdotal sobre la fuerza guerrera. Roldán —aparte todo lo que se haya podido decir al respecto— posee una moral de clase. Piensa en su linaje, en su rey, en su patria. No tiene nada de santo, salvo el servir de modelo al santo de su época —siglos XI-XII—, definido como *miles Christi.* Por el contrario, todo el ciclo del rey Arturo termina con el triunfo de la «primera función» sobre la «segunda». Ya en la obra de Chrétien de Troyes, el difícil equilibrio entre «clerecía» y «caballería» acaba, a través de la evolución de Perceval, por la metamorfosis del caballero, por la búsqueda del Santo Grial, la visión del Viernes Santo. El Lancelote en prosa remata el ciclo. El epílogo de la muerte de Arturo es un crepúsculo de los guerreros. El instrumento simbólico de la clase militar, la espada *Escalibor,* acaba finalmente por ser tirada al lago por el rey y Lancelote se convierte verdaderamente en una especie de santo. El poder sacerdotal, bajo una forma por lo demás muy depurada, ha absorbido el valor guerrero.

Por otra parte, puede uno preguntarse si la tercera categoría, la de los trabajadores, *laboratores,* se confunde por completo con el conjunto de los productores, si todos los campesinos representan la función económica.

Podríamos acumular una serie de textos, demostrar que, entre el final del siglo VIII y el XII, las derivaciones de la palabra *labor,* empleadas en un sentido económico —si bien raramente, de hecho, en su estado puro, dado que estos términos se hallan casi siempre más o menos contaminados por la idea moral de fatiga, de trabajo—, responden a una significación precisa, la de una conquista de la agricultura, sea mediante una extensión de la superficie cultivada, sea por mejoramiento de la cosecha. La Capitular de los Sajones, a fines del siglo VIII, distingue entre *substantia* y *labor,* entre el patrimonio, la herencia, y las adquisiciones debidas a los nuevos cultivos. *Labor* incluye la roturación y su resultado. Una glosa del canon manuscrito de un sínodo noruego (1164) precisa que *labores* equivale a *novales,* es decir, a las tierras de roturación. El *laborator* es aquel que posee una fuerza económica suficiente para producir más que los otros. Ya en el año 926, una carta de Saint-Vincent de Mâcon nombra *illi meliores qui sunt laboratores,* «esa *élite* que son los *laboratores*».

De ahí procederá la palabra francesa *laboureurs,* que, a partir del siglo X, designa a la capa superior de los campesinos, aquella que cuenta por lo menos con un par de bueyes y los instrumentos de trabajo correspondientes (1).

Así, el esquema tripartito —incluso aunque algunos, como Adalberón de Laón, hagan entrar en él el conjunto de los campesinos e identifiquen a los *laboratores* con los siervos— representa más bien de manera exclusiva el conjunto de las capas superiores: la clase clerical, la clase militar, el estamento más elevado de la clase económica. En una palabra, comprende solamente la *melior pars,* la selección.

Piénsese, además, en la forma en que esta sociedad tripartita va a transformarse durante la Baja Edad Media. Se convertirá en Francia en los tres estados: clero, nobleza, tercer estado. Ahora bien, este último no se confunde con el conjunto de los campesinos. Incluso ni siquiera representa a toda la burguesía. Está compuesto tan sólo de los estratos superiores de la burguesía, de los notables. El equívoco existente desde la Edad Media entre esta tercera clase, teóricamente el conjunto de todos los que no figuran en las dos primeras y que, de hecho, se limita a la parte más rica o la más instruida, desembocará en el conflicto planteado durante la Revolución francesa entre los hombres que quieren detener la Revolución en la victoria de la selección, de la *élite* del tercer estado, y los que quieren hacer de ella el triunfo de todo el pueblo.

(1) También en castellano, la palabra «labrador» toma este sentido de superioridad. — *N. del T.*

En realidad, en la época de lo que se ha llamado la primera edad feudal, hasta mediados del siglo XII, aproximadamente, la masa de los trabajadores manuales —un texto del siglo XI de Saint-Vincent de Mâcon opone aún los *laboratores* a los *pauperiores qui manibus laborant,* «los más pobres que trabajan con sus manos»— no existe simplemente. Marc Bloch ha observado con sorpresa que los señores laicos y eclesiásticos de esta época transformaban los metales preciosos en piezas de orfebrería y que las hacían fundir, como hemos visto, en caso de necesidad, considerando como nulo el valor económico del trabajo aportado por el artista o el artesano. Verdaderamente, puede decirse que esta edad ignora «el trabajo de los trabajadores». Tan sólo un error de vocabulario puede hacernos tomar por puros «trabajadores» a los *laboratores.*

Hemos hablado sin cesar de «clase» y aplicado este término a las tres categorías del esquema tripartito. Sin embargo, hemos de aclarar que, tradicionalmente, se veía en ello «órdenes», no clases, y que a las tres funciones correspondían en la época medieval tres órdenes.

En primer lugar, ese vocabulario es la mayor parte de las veces inexacto. El término *ordo,* más carolingio que propiamente feudal, pertenece al vocabulario religioso y se aplica en general, por lo tanto, a una visión religiosa de la sociedad, a los clérigos y a los laicos, a lo espiritual y a lo temporal. En consecuencia, no puede haber sino dos órdenes: el clero y el pueblo, *clerus et populus.* Los textos dicen las más veces: *utraque ordo,* «uno y otro orden». En fin, únicamente algunos juristas modernos han querido, sin ninguna apariencia de razón, establecer una distinción entre clase, cuya definición sería económica, y orden, cuya definición sería jurídica. De hecho, el orden es un término religioso, pero, lo mismo que la clase, está fundado en bases socioeconómicas. No obstante, no cabe duda de que la tendencia real de los autores y los utilizadores del esquema tripartito en la Edad Media a transformar las tres clases que comprende en «órdenes», responde a la intención de convertir en sagrada esta estructura social, de hacer de ella una realidad objetiva y eterna, creada y deseada por Dios, y de imposibilitar por completo una revolución social.

* * *

Significa, pues, un cambio profundo el de reemplazar, como se hizo a veces durante el siglo XI, *ordo* por *conditio,* «condición», y, hacia el 1200, por «estado». Esta laicización de la visión de la sociedad sería ya importante por sí sola. Pero es que, además, va acompañada por una derogación del

esquema tripartito, determinada por una evolución capital de la sociedad medieval misma.

No olvidemos que el instante en que aparece una nueva clase, que hasta entonces no ha tenido su lugar en el esquema tripartito de una sociedad, constituye un momento crítico de la historia de ese esquema. Las soluciones adoptadas por las diferentes sociedades —Georges Dumézil las ha estudiado en lo que respecta a las indoeuropeas— son diversas. De ellas, hay tres que trastornan escasamente la visión tradicional: la que consigue mantener apartada a la nueva clase, negándole un lugar en el esquema; la que la amalgama y la funde con una de las tres preexistentes; e incluso la más revolucionaria, la que, para hacerle lugar, transforma el esquema tripartito en esquema cuatripartito. En general, esta clase aguafiestas suele ser la de los mercaderes, los cuales señalan el paso de una economía cerrada a una economía abierta y la aparición de una clase económicamente poderosa, que no está dispuesta a someterse a la clase clerical y a la clase militar. La sociedad medieval tradicional ha ensayado esas soluciones inmovilistas. Lo vemos con claridad leyendo en un sermón inglés del siglo XIV: «Dios ha hecho los clérigos, los caballeros y los labradores; pero el demonio ha hecho los burgueses y los usureros.» Y un poema alemán del siglo XIII asegura que la cuarta clase, la de los usureros, *Wuocher*, gobierna desde entonces a las otras tres.

El hecho capital es que, en la segunda mitad del siglo XII y en el curso del XIII, el esquema tripartito de la sociedad —pese a que se le sigue hallando durante largo tiempo como tema literario e ideológico— se descompone y cede ante un esquema más complejo y más flexible, resultado y reflejo de una metamorfosis social.

A la sociedad tripartita sucede la sociedad de los «estados», es decir, de las condiciones socio-profesionales. Su número varía al gusto de los autores, pero se encuentran en él algunas constantes, en particular la mezcla de una clasificación religiosa, fundada en criterios clericales y familiares, y de una división según las funciones profesionales y las condiciones sociales. A veces, además, lo mismo que los tres hijos de Noé se habían prestado a la ilustración del esquema tripartito, otros temas del simbolismo bíblico o cristiano se adaptan al nuevo esquema social. Honorius Augustodunensis compara la sociedad a una iglesia cuyas columnas son los obispos, las vidrieras los maestros, las bóvedas los príncipes, las tejas los caballeros, el pavimento el pueblo, que con su trabajo nutre y sostiene a la Cristiandad. En el siglo XIII, el predicador popular sajón Konrad, franciscano, identifica de un modo más trivial el altar con el Cristo, las torres con el papa y

los obispos, el coro con los clérigos y la nave con los laicos. Hacia la misma época, Berthold de Regensburg distingue diez clases sociales, correspondientes a los diez coros de ángeles. Un sermonario alemán de 1220, aproximadamente, enumera hasta 28 estados: 1, el papa; 2, los cardenales; 3, los patriarcas; 4, los obispos; 5, los prelados; 6, los monjes; 7, los cruzados; 8, los conversos; 9, los monjes andariegos; 10, los presbíteros seculares; 11, los juristas y los médicos; 12, lo estudiantes; 13, los estudiantes errantes; 14, las monjas enclaustradas; 15, el emperador; 16, los reyes; 17, los príncipes y condes; 18, los caballeros; 19, los nobles; 20, los escuderos; 21, los burgueses; 22, los mercaderes; 23, los vendedores al por menor; 24, los heraldos; 25, los campesinos obedientes; 26, los campesinos rebeldes; 27, las mujeres, y 28, ¡...los hermanos pecadores! En realidad, se trata de una doble jerarquía paralela de clérigos y de laicos, conducidos los primeros por el papa y los segundos por el emperador.

Sin nombrar aún los estados, Etienne de Fougères, en la primera parte de su poema, el *Livre des manières,* hacia 1175, había definido ya los deberes de los reyes, de los clérigos, de los obispos, de los arzobispos, de los cardenales y de los caballeros y, en la segunda mitad, los de los villanos, los ciudadanos y los burgueses, las damas y las señoritas.

El nuevo esquema corresponde todavía a una sociedad jerarquizada, en el que se desciende, en general, de la cabeza a la cola, salvo algunas excepciones, como, en España, el *Libro de Alexandre,* de mediados del siglo XIII, donde la revista de los estados comienza por los «labradores» para terminar por los nobles. Ahora bien, esta jerarquía difiere bastante de la jerarquía de los órdenes, de la sociedad tripartita. La de ahora es más horizontal que vertical, más humana que divina. No pone en el tablero la voluntad de Dios. No es de derecho divino y se puede modificar en una cierta medida. También en este aspecto la iconografía pone de manifiesto un cambio ideológico y mental. La representación superpuesta de los órdenes (que se mantendrá, sin embargo, y que se reforzará incluso en tiempos del absolutismo monárquico) se substituye por una figuración de los estados unos tras otros. Son los poderosos: papa, emperador, obispos, caballeros, los que dirigen el baile, pero, ¿hacia dónde? No hacia lo alto, sino hacia abajo, hacia la muerte. Porque la sociedad en majestad de los órdenes ha cedido el lugar al cortejo de los estados arrastrados a la danza macabra.

Esta desacralización de la sociedad va acompañada por una fragmentación, una desintegración, que es, a la vez, el reflejo de la evolución de las estructuras sociales y el resultado de una maniobra más o menos consciente de los clérigos, los cuales, viendo que se les escapaba la sociedad de los

órdenes, tratan de debilitar la nueva sociedad dividiéndola, atomizándola y dirigiéndola hacia la muerte. La Gran Peste de 1348, ¿no viene acaso a poner de manifiesto que la voluntad de Dios es castigar a todos los «estados»?

La destrucción del esquema tripartito de la sociedad está ligada al desarrollo urbano de los siglos XI-XIII, desarrollo que es preciso colocar, como hemos visto, en el contexto de una división creciente del trabajo. El esquema tripartito se desmorona al mismo tiempo que el esquema de las siete artes liberales y al mismo tiempo también en que se tienden los primeros puentes entre las artes liberales y las artes mecánicas, entre las disciplinas intelectuales y las técnicas. El taller urbano es un crisol en el que se disuelve la sociedad tripartita y en el que se elabora la nueva imagen.

De grado o por fuerza, la Iglesia termina por adaptarse. Los teólogos más abiertos comienzan a declarar que todo oficio, que toda condición puede justificarse si se ordena a la salvación. Gerhoh de Reichersberg, a mediados del siglo XII, en su *Liber de aedificio Dei*, evoca «esa gran fábrica, ese gran taller que es el universo» y afirma: «El que por el bautismo ha renunciado al diablo, aun cuando no se haya hecho clérigo o monje, es reputado de haber renunciado al mundo, de manera que, sean ricos o pobres, nobles o siervos, comerciantes o campesinos, todos los que han hecho profesión de fe cristiana deben rechazar lo que le es hostil y seguir lo que le conviene; cada orden, en efecto [el vocabulario se mantiene aún en la concepción de los *órdenes*], y más generalmente toda profesión, encuentra en la fe católica y en la doctrina apostólica una regla adaptada a su condición, y si el buen combate se conduce bajo ella podrá así alcanzar la corona», es decir, la salvación. Claro está que este reconocimiento se acompaña de una vigilancia atenta. La Iglesia admite la existencia de los estados, mas imponiéndoles como etiqueta distintiva pecados específicos, pecados de clase, inculcándoles una moral profesional.

Al comienzo, esta nueva sociedad es la sociedad del diablo. De aquí la boga considerable que, a partir del siglo XII, disfruta en la literatura clerical el tema de las «hijas del diablo», casadas con los estados de la sociedad. En la guarda de un manuscrito florentino del siglo XIII, por ejemplo, leemos:

El diablo tiene IX hijas, a las cuales ha casado

a la simonía	*con los clérigos seculares*
a la hipocresía	*con los monjes*
a la rapiña	*con los caballeros*
al sacrilegio	*con los campesinos*
a la simulación	*con los alguaciles*

a la usura con los burgueses
a la pompa mundana con las matronas
y la lujuria, a la que no ha querido casar, pero que ofrece a todos como amante común.

Y florece toda una literatura homilítica, que ofrece sermones *ad status,* esto es, dirigidos a cada «estado» en particular. Las órdenes mendicantes les conceden durante el siglo XIII un lugar escogido en su predicación. Y el cardenal dominico Humberto de Romans, a mediados del siglo XIII, se encarga de codificarlos.

La coronación de este reconocimiento de los «estados» es su introducción en la confesión y la penitencia. Los manuales de los confesores que definen en el siglo XIII los pecados y los casos de conciencia acaban por catalogar los pecados por clases sociales. A cada «estado», sus vicios, sus pecados. La vida moral y espiritual se ha socializado según la sociedad de los «estados».

A finales del siglo XIII, Juan de Friburg, en su *Confessionnale,* que no es otra cosa que un resumen de su gran *Summa de confesores,* para uso de los confesores «más sencillos y menos expertos», alinea los pecados bajo catorce rúbricas, que son otros tantos «estados»: 1, obispos y prelados; 2, clérigos y beneficiados; 3, presbíteros parroquiales, vicarios y confesores; 4, monjes; 5, jueces; 6, abogados y procuradores; 7, médicos; 8, doctores y maestros; 9, príncipes y otros nobles; 10, esposos; 11, comerciantes y burgueses; 12, artesanos y obreros; 13, campesinos; 14, *laboratores.*

En esta sociedad fragmentada, los jefes espirituales conservan, a pesar de todo, la nostalgia de la unidad. Durante largo tiempo a la defensiva, el rebaño cristiano, pobre, despreciado del resto del mundo, que, de Córdoba a Bizancio, El Cairo, Bagdad, Pekín, lo ignora o lo desprecia, no puede, según sus guías, fortalecerse sino por su cohesión. La sociedad cristiana debe formar un cuerpo, un *corpus.* Ideal afirmado por los teóricos carolingios y por el papado de las Cruzadas, a partir de Urbano II.

Y cuando la división parece triunfar, un Juan de Salisbury, hacia 1160, trata todavía, en su *Polycraticus,* de salvar la unidad de la Cristiandad, comparando la sociedad laica cristiana con un cuerpo humano, cuyos miembros y órganos están constituidos por las categorías profesionales. El príncipe es la cabeza; los consejeros, el corazón; los jueces y los administradores provisionales, los ojos, las orejas y la lengua; los guerreros, las manos; los funcionarios de las finanzas, el estómago y los intestinos, y los campesinos, los pies.

En ese mundo de combates singulares que es la Cristiandad medieval, la sociedad es, ante todo, el teatro de la lucha entre la unidad y la diversidao, o, más esencialmente, del duelo entre el bien y el mal. Porque, por largo tiempo, el sistema totalitario de la Cristiandad medieval identificará el bien con la unidad y el mal con la diversidad. En el detalle cotidiano se establecerá una dialéctica entre la teoría y la práctica, y la afirmación de la unidad se acomodará con frecuencia a una inevitable tolerancia.

* * *

En primer término, ¿quién es la cabeza de ese cuerpo formado por la Cristiandad? En realidad, la Cristiandad es bicéfala, tiene dos cabezas: el papa y el emperador. Pero la historia medieval se halla integrada más por sus desacuerdos, por sus luchas, que por su avenencia, solamente conseguida, y aun de una manera efímera, por Otón III y Silvestre II en torno al año 1000. El resto del tiempo, las relaciones entre las dos cabezas de la Cristiandad revelan la rivalidad existente entre los niveles más altos de los dos órdenes dominantes, pero concurrentes, de la jerarquía clerical y de la jerarquía laica, de los clérigos y de los guerreros, del poder sacerdotal y de la fuerza militar.

Sin embargo, entre el Sacerdocio y el Imperio, el duelo, el desafío no aparece siempre en estado puro. Porque otros protagonistas se encargan de revolver las cartas.

En lo que respecta al Sacerdocio, las cosas se aclaran con bastante rapidez. Una vez comprobada la imposibilidad de hacer admitir la supremacía romana al patriarcado de Constantinopla y a la Cristiandad oriental —imposibilidad que queda consumada por el cisma de 1054—, la preeminencia del papa no es discutida prácticamente por nadie en la Iglesia de Occidente. Aquí o allá, un obispo puede rebelarse, un emperador puede suscitar durante algún tiempo un antipapa —el siglo XII conoce a una docena de ellos—, pero el papa está bien asentado a la cabeza de la sociedad religiosa, si bien sólo consigue afirmar por etapas su supremacía y no la convierte en realidad más que poco a poco. Gregorio VII * da un paso decisivo a este respecto con el *Dictatus Papae* de 1075, donde afirma entre otras cosas: «Sólo el pontífice romano es llamado a justo título universal... Él es el solo cuyo nombre debe ser pronunciado en todas las iglesias ... quien no está con la Iglesia romana no debe ser considerado como católico...» En el curso del siglo XII, de «vicario de San Pedro» pasa a ser «vicario de Cristo» y, por medio de los procesos de canonización, a controlar la con-

sagración de los nuevos santos. Y durante los siglos XIII y XIV, en particular gracias a los progresos de la fiscalidad pontificia, hace de la Iglesia una verdadera monarquía. Solamente a finales del siglo XIV y comienzos del XV su autoridad se verá seriamente amenazada por la de los concilios, mas éstos resultarán finalmente vencidos.

A su lado, o enfrentado a él, el emperador está muy lejos de ser de manera tan indiscutida la cabeza de la sociedad laica. En primer término, hay eclipses imperiales mucho más prolongados que las cortas vacantes de la silla pontificia, la más larga de las cuales, relativamente excepcional, la que separa la muerte de Clemente IV, en noviembre de 1268, de la elección de Gregorio X, en septiembre de 1271, dura treinta y cuatro meses. Por el contrario, no hay emperador en Occidente desde el año 476 hasta el 800, no lo hay tampoco prácticamente desde el 899 o, en todo caso, desde el 924, hasta el 962, ni durante el Gran Interregno, que comprende desde la muerte de Federico II * (1250) hasta la elección de Rodolfo de Habsburgo (1273). Una doble elección, efectuada en 1198, crea dos emperadores, Otón IV y Felipe de Suabia. Después, de 1212 a 1218, Otón IV y Federico II son al mismo tiempo —y el uno contra el otro— emperadores. No ha de olvidarse, además, que muy a menudo un plazo bastante largo separa la elección en Alemania, que hace del elegido un simple «rey de los romanos», de la coronación en Roma, solamente a partir de la cual el emperador puede considerarse como tal. Federico Barbarroja, designado rey de los romanos en Aquisgrán el 9 de marzo de 1152, no es coronado emperador en Roma sino el 18 de junio de 1155. Federico II es elegido rey en Aquisgrán el 25 de julio de 1215 y emperador en Roma el 22 de noviembre de 1220. Y lo que es más importante, la hegemonía del emperador a la cabeza de la Cristiandad es más teórica que real. Con frecuencia combatido en Alemania, discutida su autoridad en Italia, es, por regla general, ignorado por los príncipes más poderosos. A partir del período otoniano, los reyes de Francia no se estiman en modo alguno sometidos al emperador. Y ya a comienzos del siglo XII, los canonistas ingleses y los españoles, tanto como los franceses, niegan que sus reyes sean súbditos de los emperadores y de las leyes imperiales. El papa Inocencio III reconoce en el año 1202 que, *de facto,* el rey de Francia no tiene superior en lo temporal. Un canonista declara en 1208 que «todo rey tiene en su reino los mismos poderes que el emperador en su imperio»: *unusquisque enim tantum iuris habet in regno suo quantum imperator in imperio.* Los *Etablissements* de San Luis declaran: «*Li rois ne tient de nului fors de Dieu et de lui.*» («El rey no depende de nadie excepto de Dios y de sí mismo.») En resumen, ha nacido la teoría según

la cual «el rey es emperador en su reino». Por otra parte, asistimos desde el siglo x a lo que Robert Folz ha llamado «el fraccionamiento de la noción de imperio». El título de emperador se reduce a una extensión limitada. De una forma muy significativa, aparece en dos países que han escapado a la dominación de los emperadores carolingios: las islas Británicas y la península Ibérica. En ambos casos manifiesta la pretensión a la supremacía sobre una región unificada: los reinos anglosajones, los reinos ibéricos cristianos. El sueño imperial dura apenas un siglo en Gran Bretaña: Aethelstán, en el año 930, es el primero en hacerse llamar «imperator»; Edgar, en el 970, se proclama: «Yo, Edgar, por la gracia de Dios, emperador augusto de toda la Albión»; y, por última vez, Cnut, muerto en 1035, declara: «Yo, Cnut, emperador, que, por el favor de Cristo, me he apoderado del reino de los anglos, en la isla.» Y su biógrafo resumirá: «Habiendo sido reunidos por él cinco reinos: Dinamarca, Angla, Bretaña, Escocia y Noruega, fue emperador.»

En España, la quimera imperial se mantendrá por más largo tiempo. Ordoño II, en 917, llama a su padre, Alfonso III, emperador. El título sobrevive en las crónicas y en varios documentos del siglo x, mientras que, curiosamente, los obispos de Compostela toman el título de *apostolicus,* normalmente reservado al obispo de Roma, el papa. Con el advenimiento de Fernando II (1037-1065), que unifica bajo su mandato León y Castilla, el título imperial se hace tradicional. A partir de 1077, la fórmula se fija bajo dos rúbricas: «por la gracia de Dios emperador de toda la España» o «emperador de todas las naciones de España». El «imperio español» disfruta de su mayor apogeo bajo Alfonso VII, que, en 1135, se hace coronar emperador en León. Después de él, la monarquía castellana se divide, España se fragmenta en los «cinco reinos» y el título de emperador de España desaparece, para volver a hacer una corta aparición en 1248 a favor de Fernando III, después de la toma de Sevilla a los musulmanes.

De esta manera, la idea de imperio, aunque parcial y fragmentaria, iba siempre ligada a la idea de unidad.

Paralelamente, los emperadores alemanes, a despecho de ciertas declaraciones de su cancillería o de sus turiferarios —en 1199, Walther von der Vogelweide invita a «su emperador», Felipe de Suabia, a ceñir la diadema ornada del ópalo blanco, estrella-guía de todos los príncipes—, restringen cada vez más a Alemania y su prolongación italiana sus pretensiones al Sacro Imperio Romano Germánico. A Alemania en primer lugar, sobre todo a partir del momento en que el emperador es elegido por un colegio de príncipes alemanes. Ya Federico Barbarroja, que había tomado el título

de emperador antes de su coronación en Roma el 18 de junio de 1155, había llamado a los príncipes que efectuaron su elección «cooperadores en la gloria del emperador y del Imperio». El año 1198 ve el doble triunfo de ese colegio electoral, puesto que, en lugar de elegir al hijo de Enrique VI, el futuro Federico II, prefieren a su hermano Felipe de Suabia y, pronto, nombran un contrincante para éste, Otón. Han elegido no sólo uno, sino dos emperadores. Y, desde este momento, este emperador es primordialmente un emperador alemán, emperador de Alemania, si bien ostenta el título de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. La idea del imperio universal reviste una última forma, deslumbradora, bajo Federico II, que corona sus pretensiones jurídicas a la supremacía mundial por una visión escatológica. Mientras sus adversarios pretenden hacer de él el Anticristo o, al menos, el anunciador del Anticristo, él se presenta como el Emperador del Fin de los Tiempos, el salvador que llevará al mundo a la Edad de Oro, el *immutator mirabilis,* nuevo Adán, nuevo Augusto y, muy pronto, casi otro Cristo. En 1239 celebra a su ciudad natal de Iesi, en las Marcas, como su propio Belén.

Mas, como regla general, el comportamiento de los emperadores fue siempre en extremo prudente. Se contentan con una preeminencia honorífica, con una autoridad moral que les confiere una especie de patronato sobre los otros reinos: *auctoritas ad quam totius orbis spectat patrocinium,* «una autoridad que lleva consigo el patronazgo del mundo entero», como dice Otón de Freising, tío de Federico Barbarroja.

De esta manera, el bicefalismo de la Cristiandad medieval se refiere menos al papa y al emperador, que al papa y al rey (rey-emperador) o, como expresa aún mejor la fórmula histórica, al Sacerdocio y al Imperio, al poder espiritual y al poder temporal, al sacerdote y al guerrero.

Cierto que la idea imperial conservará fervientes defensores incluso después de haber quedado desfasada. El gran apasionado de la Cristiandad medieval, el hambriento de unidad que es el Dante, suplica, intima, injuria al emperador que no cumple su función, su deber de jefe supremo y universal.

Pero el verdadero conflicto está entablado entre el *sacerdos* y el *rex.* Cada uno de ellos ha intentado resolverlo a su favor reuniendo los dos poderes en su persona, el papa pasando a ser emperador, el rey pasando a ser sacerdote. Cada uno de ellos ha procurado realizar en sí mismo la unidad *rex-sacerdos.*

En Bizancio, el *basileus* había conseguido llegar a ser considerado como un personaje sagrado. Era al mismo tiempo jefe religioso y jefe polí-

tico, situación que ha recibido el nombre de césaro-papismo. Asimismo, Carlomagno parece haber intentado reunir en su persona la doble dignidad imperial y sacerdotal. La imposición de manos durante la consagración del año 800 recuerda el gesto de la ordenación sacerdotal, como si Carlomagno estuviese desde entonces investido de un «sacerdocio real». Es un nuevo David, un nuevo Salomón, un nuevo Josías. Sin embargo, Heinrich Fichtenau ha demostrado claramente que cuando se le llama *rex et sacerdos,* lo que se le atribuye es, como precisa Alcuino, la función de predicador, no las funciones carismáticas. Ningún texto lo describe como un nuevo Melquisedec, el único rey-sacerdote en sentido estricto del Antiguo Testamento.

No obstante, reyes y emperadores prosiguieron a lo largo de toda la Edad Media sus tentativas para hacerse reconocer un carácter religioso, sagrado, casi sacerdotal.

El más importante medio de su política en ese sentido consiste en la consagración y la coronación, ceremonias religiosas que hacen de ellos los ungidos del Señor, el rey coronado por Dios, *rex a Deo coronatus.* La consagración es un sacramento. Se acompaña de las aclamaciones litúrgicas, de los *laudes regiae,* en las que Ernst Kantorowicz ha revelado con justicia el reconocimiento solemne por la Iglesia del nuevo soberano, añadido así a la jerarquía celeste. Entonadas después de las letanías de los santos, manifiestan «la unión entre los dos mundos, más aún que su simetría». Proclaman «la armonía cósmica del Cielo, de la Iglesia y del Estado».

La consagración significa una ordenación. El emperador Enrique III argumenta en 1046 al obispo de Lieja, Wazon: «Yo también, que he recibido el derecho de mandar a todos, he sido ungido con el óleo santo.» Uno de los propagandistas de Enrique IV en su lucha contra Gregorio VII, Gui de Osnabrück, escribe en 1084-1085: «El rey debe ser puesto aparte de la multitud de los laicos; pues él, ungido con el óleo consagrado, participa del ministerio sacerdotal.» En el preámbulo de un documento fechado en 1142, Luis VII de Francia recuerda: «Sabemos que, conforme a las prescripciones del Antiguo Testamento y, en nuestros días, a la ley de la Iglesia, únicamente los reyes y los sacerdotes son consagrados con la unción del santo crisma. Conviene, pues, que aquellos que, únicos entre todos, unidos entre sí por el crisma sacrosanto, están colocados a la cabeza del pueblo de Dios, procuren a sus súbditos tanto los bienes temporales como los espirituales, y se los procuren también los unos a los otros.»

El ritual de esa sacro-ordenación viene fijado por las *ordines,* como la «orden de la consagración y del coronamiento de los reyes de Francia»,

incluida en el manuscrito de Châlons-sur-Marne, que data aproximadamente de 1280 y se conserva en la Biblioteca Nacional de París (manuscrito latino 1246). Sus preciosas miniaturas nos presentan algunos de los episodios más significativos de esta ceremonia religiosa, en la que se afirma, por una parte, la autoridad del jefe militar —entrega de las espuelas y de la espada— y, por otra parte, la consideración de personaje casi sacerdotal, mediante la unción sobre todo, pero también por la entrega de esos símbolos religiosos que son el anillo, el cetro y la corona. Las imágenes nos muestran: al rey recibido en la puerta de la catedral de Reims; al abad de Saint-Remi de Reims en el momento de traer la santa ampolla; al rey pronunciando su promesa; en el instante de su prosternación durante el canto de las letanías; recibiendo sus zapatos de seda del gran chambelán y sus espuelas de oro del duque de Borgoña; ungido del santo crisma en la frente y en las manos (lo es también en el pecho, en la espalda y sobre los hombros); oyendo la misa, vestido con la túnica violeta; recibiendo la espada, después el anillo, luego el cetro y, por último, la corona; y, después de la coronación de la reina, tomando la comunión. El detalle de la ceremonia ha sido descrito según este *ordo* por M. de Pange en su libro *Roi très chrétien.*

E. P. Schramm se ha ocupado de esclarecer los símbolos religiosos que daban toda su significación a las insignias imperiales y reales. La corona imperial, que tenía la forma de una diadema constituida por ocho plaquitas de oro encajadas y un aro que circunda la cabeza y en el que se dibujan ocho pequeños campos semicirculares, toma de la cifra ocho el símbolo de la vida eterna. Al igual que el octógono de la capilla palatina de Aquisgrán, la corona imperial es la imagen de la Jerusalén celestial, con muros cubiertos de oro y de joyas. «Signo de gloria» como la llama el *Ordo,* anuncia el reino de Cristo mediante la cruz (símbolo del triunfo), el ópalo blanco único (el «huérfano», *orphanus*), que es el signo de preeminencia, y las imágenes de Cristo, de David, de Salomón y de Ezequías. El anillo y el largo báculo —*virga*— son las réplicas de las insignias episcopales. El emperador es dotado también de la Santa Lanza o Lanza de San Mauricio, que será luego llevada ante él en las ceremonias y que pasa por contener un clavo de la cruz de Cristo. Recuérdese que los reyes de Francia y de Inglaterra ostentan el poder, «al tocar las escrófulas», de curar a aquellos que están afectados por ellas, es decir, a los escrofulosos. En definitiva, el rey prefiere el poder carismático a la fuerza militar. Así lo dice claramente un texto del carmelita Jean Golein en su *Traité du sacre* («Tratado de la consagración»), escrito en 1374 a petición de Carlos V: el rey «debe prestar a Dios su

homenaje, [ya] que le ha dado su reino, que le viene de Él y no solamente de la espada, como pretendían los antiguos, sino de Dios, como lo testimonia en su moneda de oro cuando dice en ella: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.* No dice en ella: la espada reina y vence, sino que dice: «Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera.»

Convertidos en cristianos, los reyes bárbaros intentan recuperar el poder de reyes-hechiceros que poseían los soberanos francos paganos —*reges criniti*—, reyes de cabellera larga en un pueblo con los cabellos cortados, reyes de cabellera mágica, asiento de un poder maravilloso, reyes que «eran otros tantos Sansones».

Por parte del pontificado, se desarrolla una tentativa paralela para absorber la función imperial, sobre todo a partir del siglo VIII, y basándose en la falsa Donación de Constantino. En ella, el emperador declara que entrega al papa la ciudad de Roma y que se traslada por esta razón a Constantinopla. Le autoriza a llevar la diadema y los insignias pontificales y concede al clero romano los ornamentos senatoriales. «Hemos decretado también que nuestro venerable Padre Silvestre, pontífice supremo, así como todos sus sucesores, deberán llevar la diadema, es decir, la corona de oro muy puro y de piedras preciosas que le hemos concedido, tomándola de nuestra cabeza.»

Silvestre rechazó la diadema para aceptar tan sólo un alto gorro blanco, el *phrygium,* insignia real, originaria asimismo de Oriente. El *phrygium* evolucionó rápidamente hacia la corona, y un *ordo* romano del siglo IX la denomina ya *regnum.* Cuando reaparece, hacia finales del siglo XI, «ha cambiado de forma y de sentido»: se ha convertido en la *tiara.* El círculo de base se transforma en una diadema ornamentada de piedras preciosas. Una corona con florones la reemplaza en el siglo XII y una segunda se superpone en el siglo XIII. La tercera aparece probablemente con los papas de Aviñón, dando lugar al *triregnum.* Ya Inocencio III, a principios del sigla XIII, había explicado que el papa lleva la mitra *in signum pontificii,* como signo del pontificado, del sacerdocio supremo, y el *regnum, in signum Imperii,* como signo del Imperio. Al *rex-sacerdos* se opone el *pontifex-rex.*

El papa no porta la tiara durante el ejercicio de sus funciones sacerdotales, sino únicamente en las ceremonias en que se muestra como soberano. A partir de Pascual II, en 1099, los papas son coronados al subir al solio pontificio. Después de Gregorio VII, su «entronización» en el Laterano va acompañada por la investidura, el revestimiento del manto de púrpura imperial, la *cappa rubea,* cuya posesión, en caso de disputa entre dos papas, establecía la legitimidad frente a un antipapa sin manto. Desde

Urbano II, el clero romano recibe el nombre de Curia, nombre que evoca a la vez el antiguo senado romano y una corte feudal.

Así el papado —y éste es un aspecto esencial de la reforma gregoriana— no sólo se ha separado a sí mismo, y, con él, ha comenzado a separar a la Iglesia, de una cierta servidumbre al orden feudal laico, sino que se ha afirmado como cabeza de la jerarquía laica, lo mismo que de la religiosa. A partir de ese momento, se esfuerza por manifestar y por hacer efectiva la subordinación del poder imperial y real a su propio poder. Bien conocidos son los infinitos litigios, la profusa literatura nacida en torno a la querella de las investiduras, por ejemplo, querella que no es, en realidad, más que un aspecto y un episodio de la gran lucha entre el sacerdocio y el imperio o, mejor, como hemos visto, entre los dos órdenes. Recuérdese a Inocencio III multiplicando los Estados vasallos de la Santa Sede. Retengamos, por ser los más significativos, algunos de los símbolos alrededor de los cuales ha cristalizado el conflicto, teorías e imágenes a la vez, como sucede casi siempre en el Occidente medieval. Tales símbolos son las dos espadas y las dos lámparas o luminarias.

No obstante, ¿quién había apoyado más a los reyes que la misma Iglesia? León III había «hecho» a Carlomagno. Los benedictinos de Fleury (Saint-Benoît-sur-Loire) y de Saint-Denis contribuyeron en gran medida al establecimiento de los Capetos. La Iglesia se servía, en efecto, de la ambigüedad —sobre la cual volveremos a hablar— de la realeza, cabeza de la jerarquía feudal, pero cabeza al mismo tiempo de una jerarquía de otro orden, la del Estado, de los poderes públicos, que va más allá del orden feudal.

La Iglesia favorece el poder real contra su rival, el poder militar. El sacerdote ayuda al rey para vencer al guerrero, si bien es cierto que lo hace para convertirlo en su instrumento, para asignar a la realeza el papel esencial de protectora de la Iglesia, la verdadera Iglesia del orden sacerdotal, la Iglesia ideal de los pobres. La función que la Iglesia medieval señala a la realeza es la de ser el brazo secular que ejecuta las órdenes de la clase sacerdotal, que se impurifica en su lugar usando de la fuerza física, de la violencia, derramando esa sangre de la que ella se lava las manos.

Toda una literatura clerical define esta función del rey. Son los numerosos *Espejos de príncipes,* que florecieron particularmente durante el siglo IX y donde se muestra que, a partir de Luis el Piadoso, humillado y sometido, los obispos movían a los títeres imperiales. Y en el siglo XIII, San Luis se esfuerza, tanto en el plano moral como en el espiritual, por llegar a ser el rey modelo.

En términos que repetirá y desarrollará dos años más tarde Jonás, obispo de Orleáns, en su *De institutione regia,* que será el modelo de los *Espejos de príncipes* para toda la Edad Media, el Concilio de París del año 829 define los deberes de los reyes: «El ministerio real —declaran los obispos— consiste especialmente en gobernar y regir el pueblo de Dios dentro de la equidad y la justicia y en procurar la paz y la concordia. En efecto, debe ser en primer lugar el defensor de las iglesias, de los servidores de Dios, de las viudas, de los huérfanos y de todos los otros pobres e indigentes. Debe así presentarse, en la medida de lo posible, terrible y lleno de celo para que no se produzca ninguna injusticia; y si se produjese alguna, para no permitir a nadie conservar la esperanza de no ser descubierto en la audacia de su mal proceder, sino que todos sepan que nada quedará impune.»

A cambio, la Iglesia confiere al poder real el carácter de sagrado. Por lo tanto, es preciso que todos los súbditos se sometan fielmente y con una obediencia ciega al rey, puesto que «quien se resiste a ese poder, se resiste al orden querido por Dios».

Y en favor del emperador y del rey, más que del señor feudal, los clérigos establecen un paralelo entre el cielo y la tierra y hacen del monarca la personificación de Dios en este mundo. La iconografía tiende a identificar el Dios en majestad con el rey en su trono.

Hugues de Fleury, en su *Tractatus de regia potestate et sacerdotali dignitate,* dedicado a Enrique I de Inglaterra, llega incluso a comparar el rey a Dios Padre y el obispo a Cristo solamente. «Uno sólo reina en el reino de los Cielos, el que lanza el rayo. Es natural que no haya más que uno sólo que reine en la tierra después de él, uno sólo que sea un ejemplo para todos los hombres.» Así habla Alcuino. Y lo que él afirma con respecto al emperador vale también para el rey desde el punto y hora en que éste es «emperador en su reino».

Ahora bien, si el rey se aparta de ese programa, si cesa de someterse, la Iglesia se encarga de recordarle en seguida su indignidad y de negarle ese carácter sacerdotal que él se esfuerza en adquirir.

Felipe I de Francia, excomulgado a causa de su matrimonio con Bertrada de Montfort, es castigado por Dios, según Orderico Vital, con enfermedades ignominiosas y pierde su poder curativo, según Guilberto de Nogent. Gregorio VII recuerda al emperador que, al no saber expulsar a los demonios, es bastante inferior a los exorcistas. Honorius Augustodunensis afirma que el rey es un laico. «El rey, en efecto, no puede ser sino laico o clérigo. Si no es laico, es clérigo. Pero si es clérigo, debe ser ostiario o lector, o exorcista, o acólito, o subdiácono, o diácono, o presbítero. Y si no es

laico ni clérigo, debe ser monje. Pero su mujer y su espada le privan de pasar por monje.»

Se perciben aquí las razones del encarnizamiento con que Gregorio VII y sus sucesores se empeñaron en la tarea de imponer a los clérigos la renuncia al ejercicio de las armas y, sobre todo, el celibato. No se trata, en modo alguno, de una preocupación moral. Se trata, por el contrario, de guardar al orden sacerdotal libre de la mancha de la sangre y de la esperma, líquidos impuros sometidos a tabúes, de separar la clase de los sacerdotes de la de los guerreros, confundidos con los demás laicos, aislados y rebajados.

Basta que un obispo, Tomás Becket, sea asesinado por un grupo de caballeros, acaso a instigación del rey Enrique II, para que el orden sacerdotal se desencadene contra el orden militar. La extraordinaria propaganda llevada a cabo por la Iglesia en toda la Cristiandad a favor del mártir, al cual se dedican iglesias, altares, ceremonias, estatuas y frescos, pone bien de manifiesto la lucha entre los dos órdenes. Juan de Salisbury *, colaborador del prelado asesinado, se aprovecha de ello para reafirmar hasta el máximo la doctrina de la limitación del poder real, que la Iglesia había afirmado prudentemente una vez que ella misma, de acuerdo con sus propias necesidades, hubo exaltado ese poder.

El mal rey —el que no obedece a la Iglesia —es tachado de tirano y queda privado de su dignidad. Los obispos del Concilio de París del 829 habían definido: «Si el rey gobierna con piedad, justicia y misericordia, merece su título de rey. Si esas cualidades le faltan, no es un rey, sino un tirano.» Tal es la doctrina inmutable de la Iglesia medieval. Santo Tomás de Aquino se ocupará de apoyarla sobre sólidas consideraciones teológicas. Sin embargo, la Iglesia medieval no se ha mostrado muy precisa ni en la teoría ni en la práctica sobre las consecuencias prácticas que debían extraerse de la condenación del mal rey convertido en tirano. Se prodigan las excomuniones, los interdictos, las deposiciones. Únicamente, o casi únicamente, Juan de Salisbury osó ir hasta el final de la doctrina y, allí donde no parecía existir otra solución, ensalzó el tiranicidio. De esta manera, el pleito sobre Becket nos demuestra que el desafío entre los dos órdenes tenía que acabar lógicamente en un arreglo.

En teoría, sin embargo, las armas de la Iglesia eran más espirituales. A las pretensiones imperiales y reales, los papas replican con la imagen de las dos espadas, que simbolizan, a partir de los Padres de la Iglesia, el poder espiritual y el poder temporal. Alcuino las había reivindicado para Carlomagno. San Bernardo, por su parte, había levantado una doctrina compleja, que terminaba, a pesar de todo, por remitir las dos espadas al papa. Pedro

es el poseedor de derecho de las dos espadas. El sacerdote usa de la espada espiritual, el caballero de la espada temporal, aunque este último por delegación de la Iglesia, por un signo *(nutu)* del sacerdote, contentándose el emperador con transmitir la orden. Los canonistas de finales del siglo XII y del XIII no dudan ya. Al ser definido el papa como vicario de Cristo y al ser éste el dueño absoluto de las dos espadas, solamente el papa —como su lugarteniente— puede disponer de ellas en la tierra.

Lo mismo ocurre con las dos luminarias. El emperador romano se había identificado con el sol. Algunos emperadores medievales intentan reanudar esta asimilación. A partir de Gregorio VII y, sobre todo, de Inocencio III, el papado corta por lo sano tal iniciativa. Toma del Génesis la imagen de las dos fuentes de luz: «Dios dijo: Que haya luminarias en el firmamento del cielo y que dividan el día y la noche, y que sirvan de signos y que marquen los tiempos, los días, los años y que luzcan en el firmamento del cielo y que iluminen la tierra. Y así fue hecho. Y Dios hizo dos grandes luminarias: una luminaria mayor que presidiese el día, y una luminaria menor que presidiese la noche, y las estrellas. Y las colocó en el firmamento del cielo para que luciesen por encima de la tierra y para que presidiesen el día y la noche.» Para la Iglesia, la luz mayor, el sol, es el papa, la luz menor, la luna, el emperador o el rey. La luna no posee luz propia, su brillo le viene prestado por el sol. Luminaria inferior, el emperador es el jefe del mundo nocturno, frente al mundo diurno, gobernado y simbolizado por el papa. Si se medita sobre el significado que revestían el día y la noche para los hombres de la Edad Media, se comprende que la jerarquía laica no significa para la Iglesia otra cosa que una sociedad de fuerzas sospechosas, la mitad tenebrosa del *corpus* social.

Sabido es que si bien el papa consiguió evitar que el emperador y el rey absorbiesen la función sacerdotal, fracasó en cambio en su intento de apoderarse del poder temporal. Las dos espadas quedaron en manos distintas. A punto de desaparecer el Imperio, hacia la mitad del siglo XIII, es Felipe el Hermoso quien bate de manera decisiva a Bonifacio VIII. No obstante, en casi toda la Cristiandad la espada temporal se hallaba ya sólidamente empuñada por las manos de los príncipes.

No quedaba, pues, otro camino a los dos órdenes dominantes que olvidar su rivalidad para no pensar más que en su solidaridad, a fin de llevar a buen término su tarea común de dominar a toda la sociedad. Durante la Edad Moderna, la alianza del trono y del altar, del sable y del aspersorio, a través de las peripecias menores de las pragmáticas y de los concordatos, del galicanismo, del josefismo, de la tiranía napoleónica, prolongará,

por encima de todos los antagonismos, la complicidad medieval del Sacerdocio y del Imperio, de la milicia sacerdotal y de la milicia guerrera, de los *oratores* y de los *bellatores,* para la explotación de los *laboratores.* «Buenas gentes —decía (en lengua vulgar, para ser mejor comprendido) el obispo de París, Maurice de Sully, hacia 1170—, dad a vuestro señor terreno lo que le es debido. Habéis de creer y entender que a vuestro señor terrenal debéis vuestros censos, tallas, compromisos, servicios, transportes y cabalgatas. Dádselo todo íntegramente, en el lugar y en tiempo debido.»

* * *

Sueños de unidad siempre fracasados. «La casa de Dios, que se cree una, está, pues, dividida en tres», decía Adalberón de Laón en el umbral del siglo XI, cuando se rompe de hecho la imposible unidad de la Cristiandad que las Cruzadas no conseguirán ni hacer ni rehacer, pero que contribuirán un poco más a deshacer. Ruptura social y ruptura política, en la que se afirma el bicefalismo del papa y del emperador (Canosa, en 1077, sanciona la ruina de la breve armonía que en el año 1000 había unido a Otón III y a Silvestre II). Y más aún, separaciones nacionales o, mejor, divorcios lingüísticos.

Sin duda alguna, ilustres ejemplos históricos y, en el presente, algunas excepciones —a veces felices, a veces dramáticas— nos enseñan que entre naciones y lenguas no existe una absoluta identidad. Ahora bien, que la diversidad de lenguas es más bien un factor de separación que de unidad, ¿quién se atreverá a negarlo? Los hombres de la Cristiandad medieval tuvieron una aguda consciencia de ello.

Lamentaciones de los clérigos, que hacen de la diversidad de las lenguas una de las consecuencias del pecado original, que asocian el mal a esa madre de todos los vicios: Babilonia. Rangerius de Lucques, a comienzos del siglo XII, afirma: «De la misma manera que en otros tiempos Babilonia, mediante la multiplicación de las lenguas, añadió a los antiguos males otros nuevos y peores, la multiplicación de los pueblos multiplicó la cosecha de los crímenes.»

Comprobación entristecida del pueblo, tal como esos campesinos alemanes del siglo XIII que, en la historia de *Meier Helmbrecht,* no reconocen a su regreso al hijo pródigo que afecta hablar varias lenguas.

«Hijos míos queridos —contestó en bajo alemán—, que Dios os conserve todas esas felicidades.» Su hermana corrió hacia él y lo tomó en sus brazos. Él le dijo entonces: «*¡Gratia vester!*» Los niños acudieron en se-

guida, los ancianos padres venían detrás, y los dos le recibieron con una alegría sin límites. A su padre dijo: «*¡Deu sol!*», y a su madre, según la moda de Bohemia: «*¡Dobra ytra!*» El hombre y la mujer se miraron y la dueña de la casa dijo: «Hombre, nos equivocamos, éste no es nuestro hijo. Es un bohemio o un wende.» El padre dijo: «¡Es un welche! No es mi hijo que Dios conserve, aunque de todas maneras se le parece.» Entonces Gotelinda, la hermana, dijo: «No es vuestro hijo, a mí me ha hablado en latín, sin duda es un clérigo.» «Por mi fe —dijo el criado—, si juzgo por sus palabras, es nacido en Sajonia o en el Brabante. Ha hablado en bajo alemán, debe de ser un sajón.» El padre dijo entonces con sencillez: «Si eres tú mi hijo Helmbrecht, yo seré todo tuyo, cuando hayas pronunciado una palabra según nuestros usos y a la manera de nuestros abuelos, a fin de que te pueda comprender. Dices siempre «*deu sol*» y yo no comprendo cuál es su sentido. Honra a tu madre y a mí, que siempre lo hemos merecido. Di una palabra en alemán y yo mismo, no el criado, cuidaré de tu caballo...»

La Edad Media, tan aficionada a visualizar siempre sus ideas, encontró para representarse esa calamidad de la diversidad de lenguas el símbolo de la torre de Babel. A imitación de la iconografía oriental, hizo de ella, las más veces, una imagen terrorífica, catastrófica, cuyo enorme peso sobre las mentalidades medievales nos ha mostrado Arno Borst en la maravillosa y erudita recopilación de su gran obra.

Esta imagen angustiosa de la torre de Babel * comienza a presentarse y a multiplicarse en las imaginaciones occidentales alrededor del año 1000. La más antigua representación en Occidente se encuentra en un manuscrito de Caedmón, de finales del siglo X o de comienzos del XI. Y en una *interrogatio* de principios de ese mismo siglo XI hallamos las precisiones siguientes: «Pregunta: ¿Cuántas lenguas existen en el mundo? — Respuesta: Setenta y dos. — Pregunta: ¿Por qué ni más ni menos? — Respuesta: A causa de los tres hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet. Sem tuvo veintisiete hijos, Cam treinta y Jafet quince, o sea, en total setenta y dos.»

Tanto en la Edad Media como en nuestros días, los clérigos han intentado exorcizar esta sombra medieval de Babel. Su instrumento: el latín, el único que hubiera podido lograr la unidad de la civilización medieval y, por encima de ella, de la civilización europea. Sabemos que Ernst Robert Curtius ha sostenido esta tesis brillantemente. Pero, ¿de qué latín se trata? Es un latín muerto, del que se separan poco a poco sus verdaderos herederos, las lenguas «vulgares», y que esterilizan todos los renacimientos, comenzando por el carolingio. Latín de cocina, dirán los humanistas. Hoy, al con-

trario, decimos nosotros: latín inodoro, latín sin sabor, latín de casta, latín de los clérigos, instrumento más de dominación sobre la masa que de comunicación internacional. Ejemplo mismo de la lengua sagrada que aísla al grupo social que tiene el privilegio, no de comprenderla —lo que importa poco—, sino de hablarla mejor o peor. Los ingenuos deploran que el pueblo transforme las oraciones esenciales en una verdadera algarabía: así el *Ave Maria du vilain,* según Gautier de Coincy. Peor todavía, los curas presentan en esta materia una ignorancia crasa. En el año 1199, Giraldus Cambrensis recoge una serie de «perlas» de boca del clero inglés. Eudes Rigaud, arzobispo de Ruán de 1248 a 1269, anota otras referentes a los clérigos de su diócesis. El latín de la Iglesia medieval tendía a convertirse en el incomprensible lenguaje de los hermanos Arvales de la Roma antigua. Incluso entre los universitarios, el latín apenas si alcanzaba a sostenerse y se hace preciso prohibir a los estudiantes y a los maestros, en los estatutos de los colegios, abandonar el latín por la lengua vulgar.

La realidad viviente del Occidente medieval es el triunfo progresivo de las lenguas vulgares, la multiplicación de los intérpretes, de las traducciones, de los diccionarios.

Claro está que no faltan los espíritus nostálgicos, que sueñan con un retorno a la unidad lingüística, prenda de la pureza, de la edad de oro renovada. Joachim de Flore, por ejemplo, estigmatiza la torre de Babel, símbolo del orgullo de los hombres poseídos por Satán. Cuando el Evangelio eterno llegue a reinar sobre la tierra renovada y la Iglesia regenerada sea «la única señora de las gentes», *sola domina gentium,* su reino se confundirá con el del latín: «la Iglesia romana, es decir, toda la Latinidad», *Romana ecclesia, hoc est tota Latinitas.* El exclusivismo cristiano de los unilingüistas puede parangonarse con el racismo lingüístico de los griegos. Todo aquel que no habla latín es un bárbaro, no habla en realidad, no tiene idioma, sino que grita como las bestias. Los escritores, incluso usando de la lengua vulgar, prendados de la «clerecía» hacen del latín el sinónimo de lengua. En Guillermo IX de Aquitania, como en Chrétien de Troyes, hasta los pájaros cantan «en su latín».

El retroceso del latín ante las lenguas vulgares no se produce sin intervención del nacionalismo lingüístico. El hecho es que una «nación» en formación se afirma defendiendo su lengua. Jakob Swinka, arzobispo de Gnienzo a finales del siglo XIII, se queja ante la Curia de que los franciscanos alemanes no entienden el polaco y manda pronunciar las plegarias en el idioma vernáculo *ad conservationem et promotionem lingue Polonice,* «para la defensa e ilustración de la lengua polaca». La Francia medieval

constituye un buen ejemplo de que la idea de nación tiende a identificarse con la extensión de la lengua. Sólo con grandes dificultades pudieron soldarse la Francia del Norte y la Francia del Mediodía, la zona de la lengua de oil y la zona de la lengua de oc.

A partir del encuentro que tuvo lugar en Worms entre Carlos el Simple y Enrique I el Pajarero en el año 920, una batalla sangrienta opuso, según Richer, a los jóvenes caballeros alemanes y franceses «encolerizados a causa del particularismo lingüístico».

Hildegardo de Bingen sostiene que Adán y Eva hablaban alemán. Otros pretenden una preeminencia del francés. En Italia, a mediados del siglo XIII, el autor anónimo de un poema sobre el Anticristo, escrito en francés, afirma:

...la lengua de Francia
Es tal que quien la aprende primeramente
No podrá jamás otra
Hablar ni otra lengua aprender.

Y Brunetto Latini escribe en francés en su *Trésor*: «Por lo que esta manera de hablar es más deleitosa y más común a todas las gentes.»

Una vez que, rota ya la unidad del Imperio romano, las naciones bárbaras hubieron instalado su diversidad y que la «nacionalidad» hubo dejado de lado o reemplazado la «territorialidad» de las leyes, los clérigos habían creado un género literario en el que se atribuía a cada nación una virtud y un vicio nacionales. Después del siglo XI, con el crecimiento de los nacionalismos, el antagonismo parece triunfar, ya que únicamente los vicios acompañan desde entonces, como atributo nacional, a las diversas «naciones». La discriminación se advierte claramente en las universidades, donde estudiantes y maestros se agrupan por «naciones», que están lejos, por otra parte, de corresponder todavía a una sola «nación» en el sentido territorial y político. Así, según Jacques de Vitry, se ven calificados «los ingleses de borrachos provistos de rabos [serán los "ingleses rabudos" de la Guerra de los Cien Años], los franceses de orgullosos y afeminados, los alemanes de brutales y miserables, los normandos de vanidosos y jactanciosos, los poitevisos de traidores y aventureros, los borgoñones de vulgares y estúpidos, los bretones de inconstantes y versátiles, los lombardos de avaros, viciosos y cobardes, los romanos de sediciosos y calumniadores, los sicilianos de tiránicos y crueles, los del Brabante de sanguinarios, incendiarios y ladrones, los flamencos de pródigos, glotones, blandos como la manteca y

perezosos». «Después de lo cual —concluye Jacques de Vitry—, de los insultos se pasaba con frecuencia a los golpes.»

De este modo, los grupos lingüísticos se hallaban asimilados a los vicios como los grupos sociales estaban unidos a las hijas del diablo. La sociedad dividida parecía condenada al oprobio y a la infelicidad.

A pesar de todo, así como ciertos espíritus clarividentes justificaban la división en grupos socio-profesionales, otros legitimaban la diversificación lingüística y nacional.

Se amparaban para ello tras un texto magnífico de San Agustín: «El africano, el sirio, el griego, el hebreo y todas las otras lenguas diversas hacen la variedad de los vestidos de esta reina, la doctrina cristiana. Pero, lo mismo que la variedad del vestido se dirige a un solo vestido, de la misma manera todas las lenguas concurren a una sola fe. Bien está que haya variedad en el vestido, pero no roturas.»

Esteban I de Hungría afirma hacia 1030: «Los huéspedes que vienen de diversos países traen lenguas, costumbres, instrumentos, armas diversas, y toda esta diversidad es un ornamento para el reino, una riqueza para la corte y, para los enemigos exteriores, una causa de temor. Pues un reino que tiene una sola lengua y una sola costumbre es débil y frágil.»

Y al igual que Gerhoh de Reichersberg había proclamado en el siglo XII que no hay oficio vil y que toda profesión puede conducir a la salvación, Santo Tomás, en el siglo XIII, afirma que todas las lenguas son capaces de llevar a la verdad: *Quaequmque sint illae linguae seu nationes, possunt erudiri de divina sapientia et virtute.*

Se adivina en ello que la sociedad totalitaria en peligro se siente dispuesta a desembocar en el pluralismo y la tolerancia.

* * *

El derecho medieval no sanciona la ruptura de la unidad sin oponer resistencia. Por largo tiempo, la regla de la unanimidad se impone. Una máxima legada por el derecho romano y transmitida al derecho canónico rige la práctica jurídica medieval: *Quod omnes tangit ab omnibus comprobari debet,* «Lo que concierne a la colectividad debe ser aprobado por todos.» La ruptura de la unanimidad supone un escándalo. El gran canonista Huguccio, en el siglo XIII, declara que el no sumarse a la mayoría es *turpis,* «afrentoso», y que «en un cuerpo, en un colegio, una administración, la discordia y la diversidad son vergonzosas». Es claro que esta unanimidad no tiene nada de «democrática», ya que, cuando los gobernantes y

113. UN CABALLERO.

Este dibujo de la iglesia en madera aplanada (stavkirke) *de Gol (hacia 1200) presenta los elementos esenciales en el prestigio del caballero: el armamento, el pesado caballo de batalla, el perro de caza. (Gol, Hallingdal, Noruega.)*

114. LAS CLASES SOCIALES: CABALLEROS Y CAMPESINOS AL FINAL DEL SIGLO XI.

Sobre este tímpano, único vestigio que nos queda de la colegial de Saint-Ursin, Bourges, los dos registros inferiores representan: abajo, a los campesinos en plena realización de los trabajos rurales correspondientes a la temporada (de febrero a noviembre); arriba, según la jerarquía social, caballeros en su ocupación favorita: la caza. En el registro superior, no reproducido, escenas sacadas del Roman de Renart *introducen un curioso elemento de sátira social. (Bourges, Puerta en la calle de Henri-Ducrot, n.º 28.)*

115. LAS CLASES SOCIALES: CLÉRIGOS Y CAMPESINOS.

Bajo relieve que adorna el frontispicio central del pórtico (primera mitad del siglo XIII) en la catedral de Lucques. Es obra de un taller que prolonga la tradición de los grandes escultores lombardos (véase il. 80). En el registro inferior, los campesinos ocupados en los trabajos de los meses del año (aquí de enero a junio; obsérvese el uso del arado en febrero y, en marzo, la confección de un tonel propia de un país vinícola). En el registro superior, siempre de conformidad con la jerarquía social, el clero: a la izquierda, San Martín resucita a un muerto; a la derecha, es consagrado obispo. (Lucques. Duomo.)

116. LA LUCHA DE CLASES: EL DERECHO DE ASILO.

Durante los siglos XI y XII, la Iglesia procura proteger al pueblo contra la clase militar. Para ello, hace propaganda en favor de la paz, establece la tregua de Dios y reclama el derecho de asilo para los fugitivos. Basta para el perseguido asirse a la aldaba de la puerta de la iglesia o, como en la ilustración, a un pilar, para escapar a sus perseguidores. En este capitel del siglo XII, la Iglesia ha representado los tres órdenes de la sociedad según su ideal: los guerreros, cuyo símbolo e instrumento es la espada, a la izquierda; los campesinos a la derecha; y, en medio, la Iglesia, orden de la paz y de la justicia, simbolizada por la columna, erguida y sólida. (Saint-Nectaire, Puy-de-Dôme, detalle del capitel de la ilustración 145.)

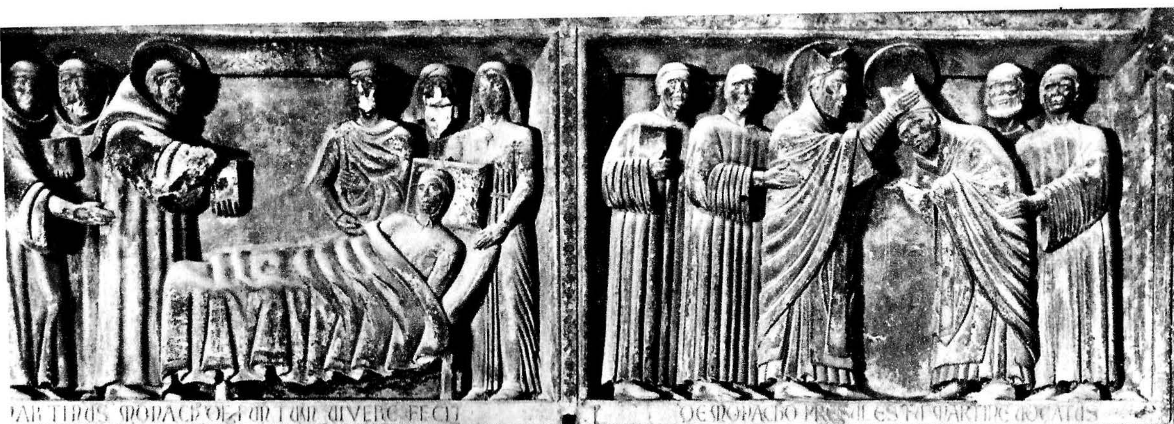
117-118. LA MONARQUÍA Y LAS CLASES SOCIALES: LA PESADILLA DE ENRIQUE I DE INGLATERRA.

Las cuatro miniaturas que representamos ilustran la pesadilla sufrida por el rey Enrique I de Inglaterra durante



114

115







116

MCLII. Mense februario xvii die mensis id est xiii kal. martii paulo post noctis medium visus est a duobus presbiteris totidemque clericis apud Herefordiam a laudibus nocturnis exeuntibus splendor insolitus ad mensuram unius pertice porrectus in illa celestis spere parte qua sol esse solet circa finem hiemis, cum in estivo solstitio vergit ad occasum. Erat autem corpus illud unde splendor exibat ille albo tectum nube, et per brevia temporis intervalla sepius a nube prefata quasi exiliens ad superiora emergebat, et post brevem moram iterum nubi immergebat, quod non sine metu et stupore cernebatur. Color quoque eius erat quasi de coloribus plene lune et lucide flamme esset confectus. Forma si et quantitas eius sicut brevis piramis, in inferioribus lata et in superioribus angusta. Cumque illi qui hec viderunt inclamassent, ut plures in hac re testes habere possent, tabula mediocris in longum erecta stare visa est super nubem in qua splendidum corpus illud fuerat, quod super ipsam nubem lumen ab initio sparserat. Et in fine primas sibi aquilonis partes inferius magna ex parte tenui luce repleverat, minus lucida quam locus in quo stabat. Inter hec venere quidam qui inclamati fuerant, et mox in eorum adventu omnis lux illa periit extincta, nisi paucissima ipsius vestigia que vix in parte aquilonis tenuiter poterant videri. Qui autem prius prefatam lucem vidit, duas etiam in initio visionis lineas quasi auroralis luce plenas ab equinoctiali solis ortu usque ad equinoctialem eius occasum porrectas aspexit. Sed pro pavore quem inde incurrit et pro altera de qua dictum est visione, cui tunc intendit, neque quantum ille prefate due linee duraverint, neque quando discessere potuit agnoscere. Visa sunt ista in castello Herefordensi et a clericis sancti Guthlaci. Visa sunt etiam a vigilibus Brecenauniensis castelli, insuper in pago Herefordensi a pastoribus, in ipsa nocte super gregem suum vigilantibus. Que didici scripsi. Salvet nos gratia Christi. MCXXX

Arma capit surgens, hominem non vulnerat ullum.

Henrico Anglorum regi Normannie moranti anno regni xxx etatis sue lxiii mirabilis insomnis apparuit visio. Triplex erat visio a se divisa. Prima visio. Sopore gravatus rex obdormit, et ecce plurimam rusticorum multitudinem cum rusticanis instrumentis sibi astare cernit. Omnes nullum dictis modis seviunt, dentibus frendent, et nescio quod ab eo debitum exigere. Sonno rex evigilat, viridis fortasse vestibus ... Arma capit ... quasi ... in nomine ... quo visu ... debuerant ... qualis regia dignitas ...



Secunda visio.



Reducitur in soporem, conspicit loricis indutam numerosam armatorum militum cohortem, galeas capitibus ferentem, lanceas, macheras, tela, sagittas manibus tenentem. Cerneres quisquis adesses milites per omnium visus sibi velle regem occidere et in frusta si valeret concidere. Hinc terrore ... in se ... tetra horrendo replet clamore. Succurrite inquit succurrite. Sic clamans ...



Astant pontifices, abbates necne priores. Cum per quirentes res ecclesie spoliatas.

Tertio sanis faciens rex somno. Archiepiscopos, episcopos, abbates, decanos, sive priores aspectat personas cum baculis pastoralibus astare. Intellectu perspicaci conspectos animum illorum magno dampno extitisse affectu.

II

velut ob direptionem rerum ecclesie sue minentem regie maiestatis respectum. At persone considerantes rem sic cum habuerant illi, et quasi truculentis oculis ab eis minitando plurima, baculorum cuspidibus eum appetere velle visi sunt. Hec ipsa videns studuit quidam in regie aule secreto angulo latens, sub nocturno tempore omnia regis silentio. Erat itaque iste medicine artis peritus Grimbaldus nomine, qui apud Wincelcumbe me presente et audiente narravit hec omnia domno Godefrido eiusdem ecclesie abbati. Summo diluculo surgit ad hunc lecto exsurgente idem vir adit, questionem de his que viderat cum eo facit. Cui rex cuncta que in somnis pertulerat enarravit. Que ille ut vir illustris prudentie fecit, ut de medio Danielis in vera conjectura exposuit. Et ... tuum consilium Danielis egit, elemosinis peccata redimere commonuit.

Adsumptum est hec in nave dictum, rex idem Henricus Angliam rediturus, cum regalis navis fluctuum ascenderet, et tempestas magnus facta in mari, ita ut navis operiretur fluctibus. Erat enim eis ventus contrarius ... soporatus dormiebat ... Veritus rex imminentis periculi, ut rex regni immemor ferre ... sedit ... sed ...

erat: in regno Anglie, Danegeldum ... septem annis non exigi decrevit. Votum etiam vovit in orientales partes Anglie se ad sepulturam Sancti Eadmundi venturum ... regis pacem ... implorare ... iustitiam ... servaturum.

Quo voto facto, tranquillitas magna, Angliam veniens congaudentibus amicis venit. Hoc etiam rex Stephanus ... imperat integraliter decreto suo permisit, Danegeld scilicet tributum se nullatenus exacturum. Verum inde ... pluris durans ... tributum ... Hoc nefandum scandalum ... dictum fuit ...

Sepe facit regis summus pervertere leges. Si reus est, in eis dampnatur abire coactus ...

MCXXXI. Anno cicli decennovenalis xiiii, cicli solaris xxiiii, bissextilis vi annus. Romanorum imperator ... MCXXXI

patris Iohannis, Anglorum regis Henrici temporibus, quidam comes erat in partibus Alamannie, cui nomen Hermannus, potens et dives, habitans in oppido Honburch nomine, habens filiam vocabulo Odiliam, a nativitate cecam. Hanc cum esset parvula, misit ad quandam villulam suam longe remotam, ignominiosum valde reputans, si in eadem villa qua ipse manebat nutriretur. Que cum adolevisset, lasciviam modis omnibus fugiens, in bonis moribus, prout poterat.



119



120

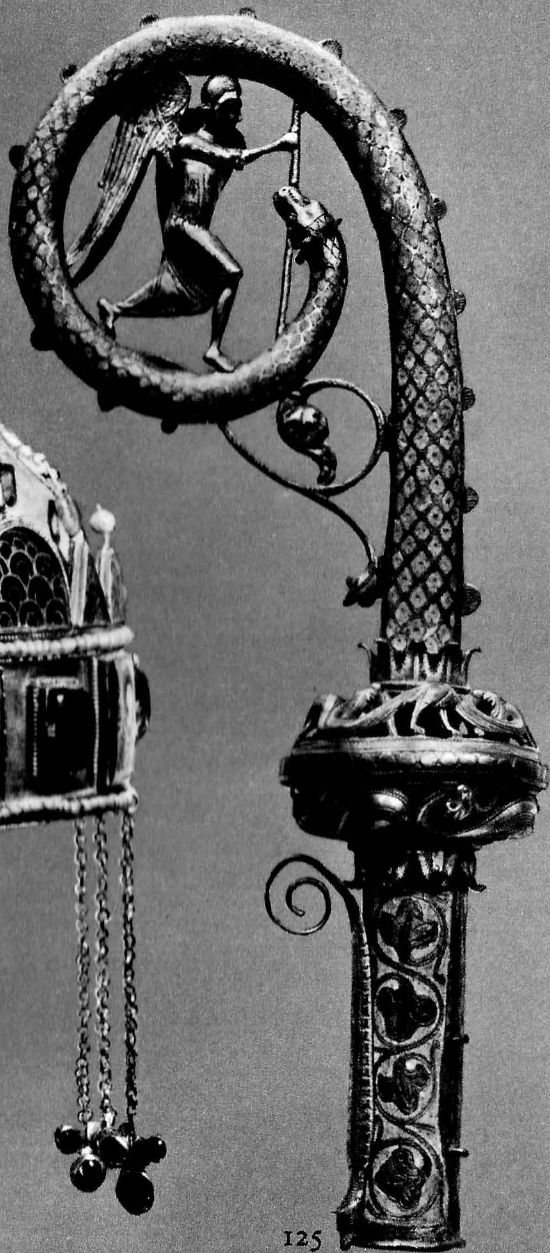
121



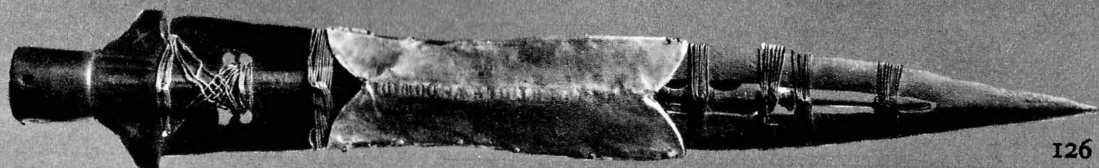




124



125

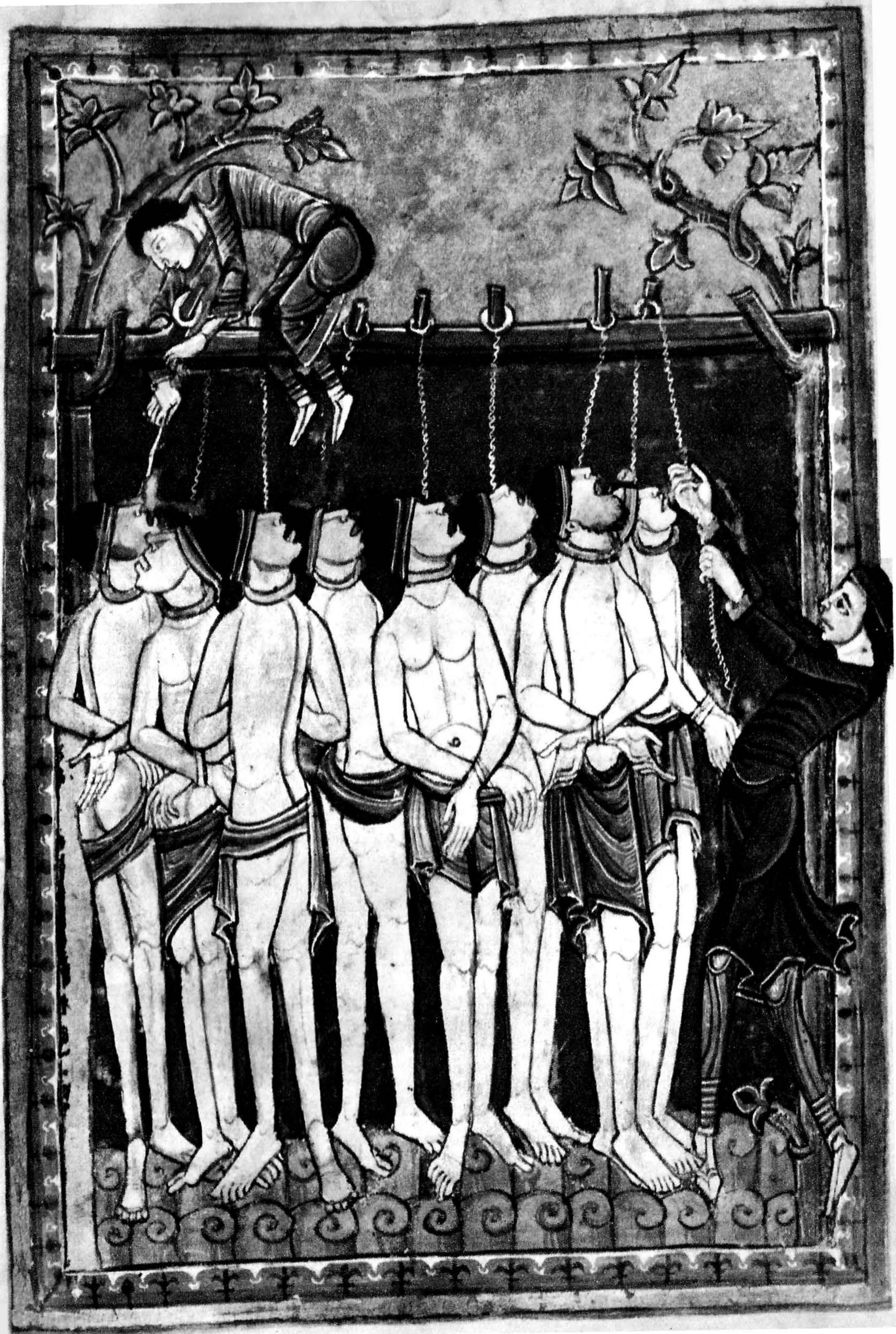


126

127

128





el año 1130 en Normandía. El rey se ve sucesivamente amenazado: arriba, a la izquierda, por los campesinos; abajo, por los caballeros; a la derecha, en la parte alta, por los obispos y los abades. Regresa después a Inglaterra surcando en un barco un mar tempestuoso, que simboliza los peligros y las dificultades del mundo. (En una copia, llevada a cabo en el siglo XII, de la crónica de Juan de Worcester. Oxford, manuscrito Corpus Christi College 157, fols. 382-383.)

119. CONTRASTES SOCIALES: EL RICO Y EL POBRE.

Una de las páginas del Evangelio más ilustrada en la Edad Media fue la parábola del pobre Lázaro y del mal rico (Lucas 16, 19-25) en la cual se expresa el contraste entre las diversas clases sociales: "Mientras que el rico comía espléndidamente, había un mendigo llamado Lázaro, tendido ante su puerta, cubierto de úlceras (al igual que la imagen de Job, véase il. 129), esperando alimentarse de las migas que caían de la mesa del rico, pero nadie se las daba; en cambio, los perros venían a lamer sus llagas. Aconteció que el mendigo murió y los ángeles le llevaron al seno de Abraham. El rico murió también y fue tragado por el infierno." El tema del hambre, espectro medieval, refuerza el contraste social, representado aquí, en el Evangeliario del emperador Enrique III (1039) (véanse ils. 53 y 95). (Biblioteca del Escorial, Codex Aureus, Cod. Vetrinas 17.)

120. LA LUCHA DE CLASES: VILLANO CONTRA CABALLERO.

Las célebres esculturas (hacia 1120-1140) de la arquivolta del pórtico de la "Pesquería", en Módena, describen escenas de la leyenda arturiana. Son probablemente debidas a las relaciones establecidas entre Módena y Normandía por intermedio de la condesa Matilde de Toscana, que se hallaba en estrecha relación con Lanfranco de Pavía, abad de Bec. Se deben también a la presencia de una colonia normanda a principios del siglo XII. La liberación por el rey Arturo (el caballero de la derecha) de una mujer prisionera en una torre y guardada por un cierto Burmaltus, armado con un enorme pico, permite al escultor representar la lucha del villano, sirviéndose de sus útiles como de armas, contra el caballero. (Módena, Duomo, Pórtico de la "Pesquería".)

121. LOS CAMPESINOS Y LA VIGILANCIA SEÑORIAL.

En esta ilustración del mes de agosto, incluida en el Salterio de la reina Mary (comienzos del siglo XIV), se ve a los campesinos encorvados para la siega, bajo el bastón del vigilante señorial. (Londres, British Museum, Royal Ms. 2 B VII, fol. 78 B.)

122. LA REALEZA DE DERECHO DIVINO: "REX A DEO CORONATUS".

Miniatura del Sacramental de Enrique II, realizado para el emperador en Ratisbona, entre los años 1002 y 1014,

y donado por él a la catedral de Bamberg. Reproduce la coronación del emperador e ilustra la mística real del rey cuya autoridad es sancionada por Dios. El Cristo deposita la corona sobre la cabeza de Enrique II, dos ángeles le tienden la espada y la lanza, los santos Ulrico y Emmerano, patronos de Ratisbona, sostienen sus brazos, como Aarón y Ur lo habían hecho con Moisés durante la batalla contra los amalecitas. (Munich, Biblioteca del Estado bávaro, Clm 4456, fol. 11 recto.)

123. UN REY MEDIEVAL: EYSTEIN DE NORUEGA.

Cabeza de mármol del rey Eystein (1103-1123), fundador del convento de Munkeliv, cerca de Bergen, el más antiguo retrato real conocido en el Norte. Sobre el rostro, de trazos realistas, todavía impregnado del arte bárbaro vikingo, el símbolo real se prolonga hacia lo alto. La corona lleva inscrito el nombre del soberano y su dignidad, con la cruz como remate. (Bergen, Museo Histórico de la Universidad.)

124. UNA CORONA REAL: LA CORONA DE HUNGRÍA.

La corona llamada de "San Esteban" data de finales del siglo XI. Es el testimonio de la posición intermedia de Hungría, vasalla de la Santa Sede pero abierta a las influencias bizantinas. Bizancio es, por otra parte, el modelo de toda monarquía cristiana. La corona fue probablemente ofrecida por el emperador Miguel VII Ducas (1071-1078) al rey Geza I (1074-1077). Cada uno de sus paneles se halla adornado con una gruesa piedra preciosa y con una placa de esmalte bizantino. En la parte anterior, el Cristo en majestad, el Pantocrátor, *entre dos santos militares, Jorge y Demetrio, y dos santos procuradores, Cosme y Damián. En la parte posterior, con una simetría significativa, el* basileus *Miguel y, a su izquierda, girando la mirada hacia él, el rey Geza.*

125. UN BÁCULO EPISCOPAL.

El báculo es la insignia episcopal frente al cetro real. Este báculo en bronce esmaltado, obra del siglo XIII y producto del arte lemosino, remata en una cabeza de serpiente o de dragón (transformación de la materia en ser viviente, de la que tanto gustaba el arte medieval), combatido por un San Miguel o un San Jorge, alojado en el espacio circular de la cabeza del báculo. (París, Museo de Cluny.)

126. UNA INSIGNIA IMPERIAL: LA SANTA LANZA.

La Santa Lanza, llamada a partir del siglo XI Lanza de San Mauricio, tiene una historia bastante oscura. Al principio, era un simple relicario, que guardaba un clavo de la cruz de Cristo, colocado en una pequeña cavidad central. Pasó de Italia del Norte al reino de Borgoña y, más tarde, en el año 926, a la casa de Sajonia. Después de la restauración otoniana, se reviste de una gran significación política. Emblema de las reivindicaciones imperia-

les sobre el reino de Italia, pasó a ser, en el siglo XI, símbolo del carácter sagrado de la misión imperial. Era llevada ante el emperador y, bajo Conrado II (1024-1039), fue incorporada a la Cruz del Imperio. (Viena, Kunsthistorisches Museum.)

127. LOS EXCLUIDOS: UN LEPROSO.

Un leproso se presenta agitando su carraca a las puertas de una ciudad adonde le está prohibido el acceso. La miniatura pertenece a un ejemplar de la traducción francesa, a comienzos del siglo XIV, del Miroir historial *escrito por el dominico Vincent de Beauvais. La escena se refiere a una anécdota relativa al hijo de Josafat, rey de Judá: "El soberano había recomendado al personaje que acompañaba a su hijo que procurase evitarle todo espectáculo penoso; sin embargo, se dio el caso de que éste encontró en su camino un leproso, un ciego y un lisiado." (París, Biblioteca del Arsenal, manuscrito 5080, fol. 373.)*

128. LOS ENCERRADOS: LA PRISIÓN.

Miniatura de un Evangeliario copiado hacia 1020-1040 en la abadía de Reichenau, cuyo estilo es fácil de reconocer (véase il. 91). Ilustra la parábola del mal deudor (Mateo 18, 23-25), que, perdonado por su amo, hace aprisionar a su propio deudor. La puerta abierta de la prisión simboliza la amenaza que el mundo feudal hacía pesar sobre los pobres, con frecuencia injustamente. (Munich, Biblioteca del Estado Bávaro, Clm 2338, fol. 158 vuelto.)

129. LOS EXCLUIDOS: JOB.

Job rascando sus úlceras y sus llagas con un cuchillo es el símbolo de la humanidad castigada por las calamidades. Esta miniatura, que data del siglo XII, adorna un manuscrito correspondiente a uno de los libros más comentados durante la Edad Media: las Moralia in Job *de Gregorio Magno. (París, Biblioteca Nacional, manuscrito latino 15307, fol. IV.)*

130. LOS EXCLUIDOS: DANZA DE LOS AHORCADOS.

Miniatura incluida en un manuscrito sobre la vida, milagros y pasión de San Edmundo, ejecutado en la abadía de Bury St. Edmund, Suffolk, entre 1125 y 1150. Edmundo, rey de East-Anglia desde 855 a 890, fue hecho prisionero por los daneses, atado a un árbol, asaeteado y después decapitado. Un lobo-fantasma, según la leyenda, vino a velar la cabeza del rey, que continuaba gritando para guiar a los que buscaban su cuerpo. Convertidos en dueños de Inglaterra, los daneses veneraron muy pronto a su víctima. Cnut el Grande fundó en 1020, en el emplazamiento del lugar del martirio del rey, la abadía de Bury St. Edmund. El santo fue, más tarde, patrono de la "nación" inglesa en la Universidad de París. (Nueva York, The Pierpont Morgan Library, manuscrito 736, fol. 19 vuelto.)

los juristas se ven obligados a renunciar a ella, la reemplazan por la noción y la práctica de la mayoría cualitativa: la *maior et sanior pars,* «la parte principal y mejor», donde *senior* explica a *maior* y le da un sentido cualitativo y no cuantitativo. Los teólogos y decretistas del siglo XIII, al comprobar con tristeza que «la naturaleza humana se inclina a la discordia», *natura hominis prona est ad dissentiendum,* subrayarán que esa inclinación constituye una corrupción de la naturaleza, resultado del pecado original. El genio medieval ha suscitado sin cesar comunidades, grupos, lo que se llamaba entonces *universitates,* término que designaba toda clase de corporaciones, de colegios, y no exclusivamente la corporación que nosotros llamamos «universitaria». Obsesionada por el grupo, la mentalidad medieval lo ve integrado por un mínimo de personas. A partir de una definición del *Digesto:* «Diez hombres forman un pueblo, diez corderos un rebaño, pero bastan cuatro o cinco cerdos para constituir una piara», los canonistas de los siglos XII y XIII discuten gravemente para determinar si existe grupo a partir de tres o solamente dos personas. Lo esencial es no dejar solo al individuo. Aislado, el hombre no puede hacer sino mediocremente las cosas. El gran pecado consiste en singularizarse.

Si procuramos acercarnos a los hombres del Occidente medieval para observarlos en su individualidad, reconoceremos pronto que, en la Edad Media, no sólo cada uno de los individuos pertenece a diversos grupos o comunidades, como en toda sociedad, sino que parece disolverse en ellas, más que afirmar a su amparo la propia personalidad.

Si el orgullo se considera entonces como «la madre de todos los vicios», se debe a que es, en realidad, un «individualismo exagerado». No hay salvación más que en el grupo. El amor propio significa el pecado y la perdición.

Gracias a ello, el individuo medieval se ve envuelto en una red de obediencias, de sumisiones, de solidaridades, que acabarán por entrecruzarse y contradecirse, hasta el punto de permitirle liberarse de ellas y afirmar su voluntad por una inevitable elección. El caso más típico es el del vasallo de varios señores, que puede encontrarse ante la necesidad de escoger entre ellos cuando un conflicto los opone. Pero, en general y durante largo tiempo, esas dependencias se concilian entre sí, se jerarquizan con vistas a sujetar más estrechamente al individuo. En efecto: de todas las ataduras, la más fuerte es el ligamen feudal.

Es significativo el hecho de que, durante un largo período, el individuo feudal no exista en su singularidad física. Ni en la literatura ni en el arte aparecen descritas o pintadas las particularidades de los personajes.

Cada uno se reduce a un tipo físico, el que corresponde a su rango, a su categoría social.

Los nobles tienen el cabello rubio o rojo. Cabellos de oro, cabellos de lino, con frecuencia rizados, ojos azules, ojos «veros». Se trata, sin duda, de la aportación que los guerreros nórdicos de las invasiones hacen al canon de la belleza medieval. Cuando por casualidad un gran personaje escapa a esta convención física, como el Carlomagno d'Eginhard (que, en efecto, como lo ha revelado su esqueleto, medido después de la apertura de su tumba en 1861, alcanzaba los 7 pies, es decir, los 1,92 metros, que su biógrafo le atribuye), su personalidad moral queda ahogada bajo una serie de lugares comunes. El emperador ha sido dotado por el cronista de todas las cualidades aristotélicas y estoicas atribuidas a su rango.

Con mayor razón, la autobiografía es rara y, a menudo, también convencional. Como ha demostrado Georg Misch en su *Historia de la autobiografía,* será preciso esperar al final del siglo XI para que Otloh de Saint-Emmeran escriba la primera autobiografía personal. Se trata todavía de un *Libellus de suis tentationibus, varia fortuna et scriptis,* que busca tan sólo presentar lecciones morales a través del ejemplo del autor. Lo mismo hará un espíritu tan independiente como Abelardo en su *Historia calamitatum mearum* («Historia de mis desgracias»). Incluso algo más tarde, en 1115, la *De vita sua* del abate Guibert de Nogent, a pesar de su aspecto más libre, no es más que una imitación de las *Confesiones* de San Agustín.

El hombre medieval no tiene el menor sentido de la libertad según la concepción moderna. Libertad para él significa privilegio, y la palabra se utiliza con facilidad en plural. La libertad es un estatuto garantizado, es, según la definición de G. Tellenbach, «el justo lugar ante Dios y ante los hombres», es, en fin, la inserción en la sociedad. No hay libertad sin comunidad. La libertad no puede residir más que en la dependencia, puesto que el superior garantiza al subordinado el respeto de sus derechos. El hombre libre es el que tiene un protector poderoso. Y cuando los clérigos, en la época de la reforma gregoriana, reclaman la «libertad de la Iglesia», pretenden significar con ello el sustraerse a la dominación de los señores terrestres, para no depender directamente sino del más alto señor: Dios.

* * *

En el Occidente medieval, el individuo pertenece, en primer término, a la familia. Familia en sentido amplio, patriarcal o tribal. Bajo la dirección de un cabeza de familia, ésta ahoga al individuo, imponiéndole una propiedad, una responsabilidad y una acción colectivas.

Este peso del grupo familiar nos es bien conocido a nivel de la clase señorial, donde el linaje impone al caballero sus realidades, sus deberes, su moral. El linaje es una comunidad de sangre, compuesto de «parientes» y de «amigos carnales», es decir, de parientes por alianza, probablemente. Por lo demás, el linaje no es el residuo de una vasta familia primitiva, sino una etapa en la organización de un grupo familiar que encontramos ya en las sociedades germánicas de la Alta Edad Media y cuyos lazos eran flojos: la «Sippa». Los miembros del linaje están ligados por una solidaridad que se manifiesta sobre todo en el campo de batalla y en el dominio del honor.

Por ejemplo, Guillermo de Orange, en el *Couronnement de Louis,* implora a la Virgen:

En mi socorro venid
A fin de que yo no cometa bajeza
Que a mi linaje sea reprochada.

En Roncesvalles, Roldán se niega durante largo tiempo a hacer sonar el olifante para llamar en su socorro a Carlomagno, por temor a que sus parientes sean deshonrados por ello.

La solidaridad de linaje se manifiesta de un modo particular en las venganzas privadas, las *faides.* En Borgoña, según nos cuenta Raúl Glaber, un odio inextinguible lanza la una contra la otra a dos familias. «La lucha duraba ya desde largos años, cuando, un día de vendimia, los dos bandos entablaron una pelea en el terreno mismo de esta propiedad; en el combate encontraron la muerte muchos de una y otra parte. De los hijos y de los nietos de la casa que nos ocupa, once sucumbieron. Y a través de los tiempos, la querella prosiguió, la discordia se envenenó, e innumerables desgracias continuaron afligiendo a esta familia, muchos miembros de la cual fueron asesinados, durante treinta años y más.» La *vendetta* fue algo reconocido, practicado y alabado en el Occidente medieval.

La ayuda que se tiene derecho a esperar por parte de los parientes lleva a la extendida afirmación de que la mayor riqueza consiste en poseer una parentela numerosa.

A la cabecera de su sobrino Viviano moribundo, Guillermo de Orange se lamenta:

¡Desgraciado de mí!
De mi linaje he perdido todo el grano.

El linaje parece corresponder al estadio de la familia agnática, cuyo fundamento y finalidad son la conservación de un patrimonio común. La

originalidad de la familia agnática feudal estriba en que tanto la función militar como las relaciones personales, que no son sino un grado de fidelidad más elevado, revisten tanta importancia para el grupo masculino del linaje como el papel económico de éste. Ese complejo de intereses y de sentimientos suscita por otro lado en la familia feudal tensiones de una excepcional violencia. El linaje presenta mayor tendencia todavía a los dramas que a la fidelidad. Rivalidad entre hermanos, en primer lugar, puesto que la autoridad no corresponde ya por principio al hermano mayor, sino a aquel de los hermanos en el que los otros reconocen la mejor capacidad para el mando. Reconocimiento con frecuencia reticente, con frecuencia discutido. Las familias reales feudales ponen bien de manifiesto esas competiciones y esos odios fraternales, en este caso atizados aún más por el incentivo de la corona. Es la lucha entre los hijos de Guillermo el Conquistador, Guillermo el Rojo, Roberto Courteheuse y Enrique I, entre Pedro el Cruel y Enrique de Trastámara —medio hermanos solamente, además— en la Castilla del siglo XIV. El linaje feudal daba nacimiento de manera natural a los Caínes.

Alumbraba también hijos irrespetuosos. La corta separación de las generaciones, la brevedad de la esperanza de vida, la necesidad para el señor, jefe militar, de demostrar su autoridad cuando está aún en edad de legitimar su rango en la batalla, todo eso exaspera la impaciencia de los jóvenes feudales. De ahí la sublevación de los hijos contra los padres: desde la de Enrique el Joven, Ricardo Corazón de León y Godofredo de Bretaña contra Enrique II de Inglaterra, hasta la rebelión del futuro Luis XI contra su padre, Carlos VII, durante la cual el joven príncipe se comporta como un heredero feudal. Razones económicas y razones de prestigio se conjugan, por otra parte, para que el joven señor, al llegar a su mayor edad, se aleje de su padre mientras espera su herencia y se haga caballero andante.

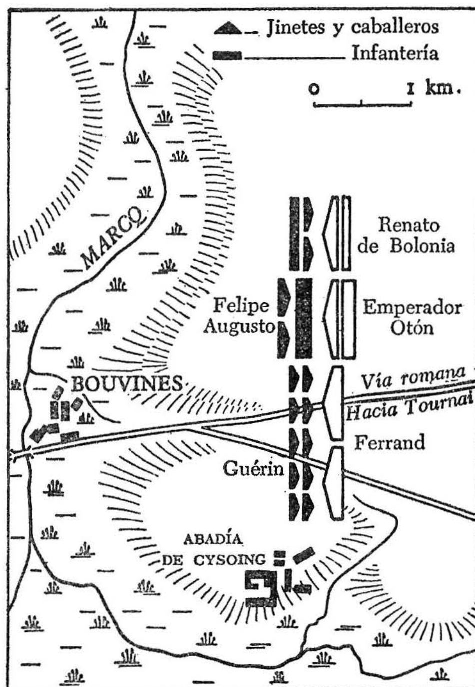
Tensiones nacidas asimismo de los casamientos múltiples y de la presencia de los numerosos bastardos. La bastardía, vergonzosa entre el pueblo, no lleva con ella ningún oprobio entre los grandes.

Todas estas tensiones, tan apropiadas para proporcionar a los escritores los resortes de la acción dramática, las encontramos expuestas en la literatura épica del momento. Los cantares de gesta están llenos de dramas de familia, como el de Charlot, hijo indigno de Carlomagno, en *Huon,* o como el del propio hermano de Huon, el traidor Gerardo, que le usurpa la herencia.

Como es normal en una familia agnática, un lazo especialmente importante es el que se establece entre tío y sobrino, más precisamente entre el



35. BATALLA DE ARSUF
(Según Verbruggen: De Krijgskunst in West-Europa.)



36. BATALLA DE BOUVINES
(Según Verbruggen. Ibíd.)

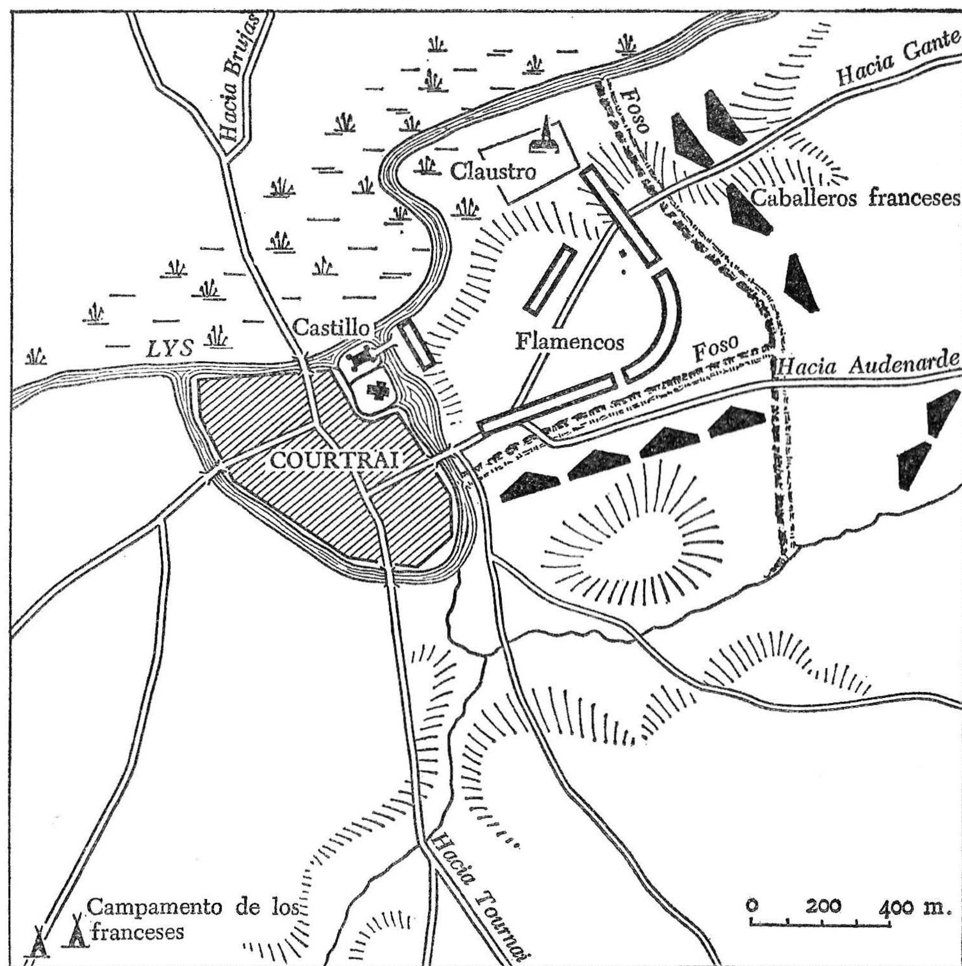
35, 36, 37. BATALLAS: ARSUF (1191), BOUVINES (1214), COURTRAI (1302)

En las batallas medievales, el orden y la coherencia son los elementos decisivos del éxito. La organización comunitaria se hace de todo punto esencial. El 7 de septiembre de 1191, en Arsuf *(35)*, el ejército de los cruzados, dirigidos por Ricardo Corazón de León, marcha en buen orden a lo largo de la costa. Desde el mar, la flota cristiana le sigue y le protege. El ejército musulmán de Saladino lo ataca a la altura del bosque de Arsuf. El rey transforma fácil y rápidamente la columna en una masa bien escalonada, que lanza vigorosas cargas contra los musulmanes, hasta lograr la derrota de éstos. La cohesión de las diversas unidades o «batallas», en las cuales suele agruparse a los compatriotas, han sido elemento capital para la consecución del éxito. Los Templarios se distinguieron particularmente en este tipo de lucha. Según se dice, combatían «como los hijos de un mismo padre», lo mismo que los miembros de ciertas familias, como la de Jacques d'Avesnes, que peleaban siempre agrupados. Los cruzados mantenían sus líneas tan apretadas que, de acuerdo con los cronistas, una manzana que hubiese sido lanzada sobre el ejército cristiano no hubiese podido llegar al suelo, sino que habría topado con seguridad contra un caballo o un hombre.

En Bouvines *(36)*, el 14 de julio de 1214 las tropas del rey de Francia, Felipe Augusto,

baten al ejército coaligado del emperador Otón, del conde de Flandes Ferrand, y de Renato de Boulogne. La victoria se obtiene gracias a una serie de faltas cometidas por el adversario, bien aprovechadas por el jefe del ejército real francés, el obispo Guérin. Guérin despliega el frente de sus tropas (de 1.200 a 1.300 caballeros y 5.000 infantes) con objeto de evitar un desbordamiento de sus alas. Sin embargo, no las extiende tanto como sus ad-

37. BATALLA DE COURTRAI
(Según Verbruggen, Ibíd.*)*



versarios, que desparraman en un frente de una decena de kilómetros los 1.300 ó 1.500 caballeros y los 7.500 infantes que integran sus fuerzas y cuya cohesión es menor. Cuando obtienen un éxito, avanzan demasiado de prisa (así ocurre, por ejemplo, con los alemanes de Otón, que se introducen entre los infantes de las comunas francesas y llegan hasta Felipe Augusto, cuyo caballo resulta muerto en la refriega). Eso permite a Guérin desbaratar y batir, sucesivamente, el ala izquierda, el centro y el ala derecha de los aliados. La cohesión ha sido decisiva en las «batallas» francesas. Un análisis del texto del cronista Guillermo el Bretón hace únicamente mención de cinco combates individuales (tres de los cuales fueron sostenidos por un caballero contra toda una unidad adversaria) contra quince combates entre unidades. La proporción destruye el mito de las batallas medievales a base de duelos singulares.

El 11 de julio de 1302, en Coutrai *(37)* se produce la revolucionaria victoria de los infantes de las comunas flamencas sobre la flor de los caballeros franceses. Los ejércitos feudales despreciaban a la infantería, dado que se estimaba que diez caballeros pesados valían tanto como cien hombres de infantería. Los franceses, que contaban con 2.500 nobles y alrededor de 4.000 ballesteros e infantes, disfrutaban de una amplia superioridad cualitativa frente a los 8.000 infantes flamencos (procedentes en su mayoría de Brujas), apoyados por 500 nobles, aproximadamente. Pero los flamencos, sostenidos por sus dos príncipes, por los nobles, que descabalgan y se ponen a la cabeza, por los franciscanos, que bendicen las tropas y dan la absolución a los hombres y por la pantalla de los soldados que forman las dos primeras filas, armados con picas y *goedenday,* superan su temor. Escogen también una posición que los refuerza. Adosados al Lys, saben que no pueden huir y se ven obligados a luchar hasta vencer o morir. Los dos fosos que los separan de los caballeros franceses impiden a éstos lanzar su cargas desde lejos. La lucha, primero, después la carnicería, son terribles. La mitad de los caballeros franceses, más de mil, perecen en el encuentro. El botín es inmenso. Entre él se encuentran las quinientas espuelas doradas que darán a la batalla el nombre por el que se la conoce tradicionalmente (batalla de las Espuelas de Oro). Los flamencos las cuelgan en la iglesia de Notre-Dame de Courtrai, de donde las rescatarán los caballeros franceses, después de su desquite, conseguido en Roosebecke (1382). El pánico que invade a los caballeros fugitivos, que llegan a Tournai por la noche, es tal que se sienten incapaces de comer. La victoria de los «uñas azules» es contemporánea de las alcanzadas por los infantes escoceses (Bannockburn, 1314) y suizos (Morgarten, 1315; Votten, 1346). Las tropas populares supieron organizarse en el mismo momento en que se iniciaba el declive de los feudales.

hermano de la madre, *avunculus,* y el hijo de ésta. Los cantares de gesta presentan también un gran número de parejas tío-sobrino: Carlomagno-Rolando, Guillermo de Orange-Viviano, Raúl de Cambra-Gautier... Se da en la sociedad feudal un nepotismo, del cual la forma eclesiástica, por la fuerza de las cosas, no es más que un caso particular.

Este tipo de familia, agnática más que patriarcal, se encuentra también en la clase campesina, si bien aquí se confunde más estrechamente con la explotación rural, con el patrimonio económico. Agrupa a todos los que viven bajo el mismo techo y se dedican al cultivo de la misma tierra. Esta familia campesina, que constituye la célula económica y social fundamental de todas las sociedades semejantes a la del Occidente medieval, nos es, con todo, mal conocida. Aun siendo una comunidad real, carece de expresión jurídica propia. Se ajusta perfectamente a lo que se llamará en la Francia

del Antiguo Régimen *la communauté taisible,* la comunidad callada, cuyo nombre mismo —*taisible* significa lo que se calla, casi un secreto— indica claramente que el derecho reconocía de mala gana su existencia.

* * *

En el seno de esta entidad primordial, la familia, resulta difícil apreciar el lugar ocupado por la mujer y el niño y no menos dificultad presenta determinar la evolución que sus condiciones van experimentando.

Que la mujer se considera en ella como un ser inferior es algo fuera de toda duda. En esta sociedad militar y viril, donde la subsistencia se halla siempre amenazada y en la que, por consiguiente, la fecundidad supone más bien una maldición que una bendición (de ahí la interpretación sexual y procreadora del pecado original), la mujer no es en absoluto apreciada. Parece claro, además, que el cristianismo ha hecho poco por mejorar su posición material y moral. En el pecado original, ella es la gran responsable. Y en las formas de la tentación diabólica, es también ella la peor encarnación del mal. *Vir est caput mulieris,* «El hombre es la cabeza de la mujer». San Pablo (*Ef* 5, 23) lo había expresado así claramente y el cristianismo lo cree y lo enseña después de él. Cuando se da en el cristianismo una elevación de la mujer —y muchos se han complacido en reconocer en el culto de la Virgen, triunfante durante los siglos XII y XIII, un cambio en la espiritualidad cristiana, mediante el cual se subraya la liberación de la mujer pecadora llevada a cabo por María, la nueva Eva, cambio perceptible aún en el culto de la Magdalena, que se desarrolla a partir del siglo XII, como se ha podido probar en torno a la historia del centro religioso de Vézelay *—, esta rehabilitación no se encuentra en el origen sino en el término de un mejoramiento en la situación de la mujer dentro de la sociedad. El papel de las mujeres en los movimientos heréticos (el catarismo especialmente) o paraheréticos (las beguinas, por ejemplo) medievales es el signo de su insatisfacción con respecto al desprecio que les estaba reservado. De todas maneras, conviene matizar este desprecio. En primer lugar, si bien la mujer no resulta tan útil como el hombre en la sociedad medieval, no por ello deja de representar —dejada aparte su función procreadora— un papel nada desdeñable desde el punto de vista económico. La mujer campesina es casi, por lo que se refiere al trabajo, la equivalente, sino la igual del hombre. Cuando Helmbrecht intenta persuadir a su hermana Gotelinda para que huya de la casa de su padre, el campesino, para casarse con un *truand,* un vagabundo, que la hará vivir como una dama, le dice:

«Si te casas con un campesino, jamás mujer alguna habrá sido más desgraciada que tú. Te será preciso hilar, golpear el lino, agramar el cáñamo, lavar la ropa y arrancar las remolachas.» En la clase superior, las mujeres, aunque dedicadas a ocupaciones más «nobles», efectúan asimismo, sin embargo, una actividad económica importante. Ellas dirigen los gineceos donde los oficios de lujo —tejido de telas preciosas, bordado, tapicería— satisfacen una buena parte de las necesidades vestimentarias del señor y de sus compañeros. Más prosaicamente, son las obreras textiles del grupo señorial. Para designar a los dos sexos, no sólo el habla vulgar, sino también la jurídica emplea las expresiones: «el lado de la espada» y «el lado de la rueca». En la literatura, el género poético asociado a la mujer, al que Pierre Le Gentil llama, por otra parte, «canción de mujer», ha recibido el nombre tradicional de «canción de tela», cantada en el gineceo, en el obrador donde se hila. Cuando, entre los siglos IX y XI, la capa superior de la clase económica, los *laboratores* de la época, disfrutan de una promoción social, las mujeres que forman parte de esta categoría se benefician de esa misma promoción. Es de señalar que, de acuerdo con los datos que poseemos sobre el particular, el nacimiento de hijas, si bien no provoca una alegría particular, no es durante la Edad Media sancionado por el infanticidio, como ocurre en otras sociedades misóginas. Los penitenciales que enumeran un largo rosario de prácticas bárbaras y feroces permanecen, en general, mudos en este aspecto. Por otra parte, en los estamentos superiores de la sociedad, las mujeres han gozado siempre de un cierto prestigio. Algunas de ellas, al menos. Las grandes damas han brillado con una viva luz, cuyo reflejo, una vez más, ha recogido la literatura. Diversas por su carácter o su destino, dulces o crueles, desgraciadas o colmadas de dichas: Berta, Sibila, Guiburga, Kriemilda, Brunilda, todas ellas forman una cohorte de heroínas de primera fila. Son como el eco terrestre de esas figuras femeninas religiosas que se ofrecen en el arte románico y gótico: madonas hieráticas que se humanizan, que después se alteran y amaneran, vírgenes prudentes o vírgenes locas que intercambian largas miradas en el diálogo del vicio y de la virtud, Evas turbadas o turbadoras en las que el maniqueísmo medieval parece interrogarse: «¿Ha creado el cielo ese conjunto de maravillas para morada de una serpiente?» Y con toda seguridad, las damas inspiradoras y poetisas —heroínas de carne, como Eleonor de Aquitania, María de Champagne, María de Francia, o de sueño como Isolda, Genoveva, o la Princesa Lejana— desempeñan un papel superior en la literatura cortesana: ellas son las que inventan el amor moderno. Mas ésta es otra cuestión que evocaremos más adelante.

Se ha pretendido con frecuencia que las Cruzadas, al dejar a las mujeres solas en Occidente, provocaron un acrecentamiento de sus poderes y de sus derechos. Recientemente, David Herlihy ha sostenido todavía que la condición de las mujeres, sobre todo en el nivel superior de la sociedad señorial y en Italia y la Francia meridional, disfrutó de dos épocas de mejoramiento: el período carolingio y el tiempo de las Cruzadas y de la Reconquista. La poesía de los trovadores sería el reflejo de esta elevación de la mujer abandonada. Ahora bien, prestar crédito a San Bernardo cuando evoca una Europa de la que han desaparecido los hombres, o a Marcabru * cuando hace suspirar a una castellana porque todos sus enamorados han partido para la II Cruzada, es tomar por realidades generales los deseos de un propagandista fanático de la Cruzada y la ficción de un poeta imaginativo. Lo menos que se puede decir es que, al leer a los trovadores, no se recibe la impresión de que el mundo de la poesía cortesana sea un universo de mujeres solas. Y el estudio de las actas jurídicas prueba que, al menos en lo que se refiere a la gestión de los bienes de la pareja, la situación de la mujer ha empeorado desde el siglo XII al XIII.

No ocurre lo mismo con el niño. A decir verdad, ¿es que hay niños en el Occidente medieval? Verdaderamente, a juzgar por las obras de arte, no lo parece. Los ángeles, que más tarde serán normalmente niños, que incluso se convertirán en esos pequeñuelos equívocos, medio ángeles, medio amorcillos, los *putti,* durante la Edad Media, cualquiera que sea el sexo que se les atribuya, estarán representados por adultos. Cuando ya en la escultura la Virgen se ha convertido en una mujer real, tan bella como dulce y extremadamente femenina —evocando el modelo concreto y, con frecuencia, sin duda, querido que el artista ha tratado de inmortalizar—, el niño Jesús sigue siendo un horrible arrapiezo por el que, visiblemente, no se interesan ni el artista, ni quienes le encargan la obra, ni el público. Habrá de esperarse al final de la Edad Media para que se extienda un tema iconográfico en el que se aprecia un vivo y nuevo interés por el niño, interés, por otro lado, que, en ese tiempo de mortalidad infantil elevada, es en primer término inquietud. Nos referimos al tema de la matanza de los Inocentes, cuyo eco, en la devoción, es el creciente auge de la fiesta de los Santos Inocentes. Los hospicios de niños abandonados, puestos bajo su patrocinio, no se encuentran apenas antes del siglo XV. Esa Edad Media utilitaria, que no tiene tiempo para apiadarse o maravillarse ante el niño, a duras penas alcanza a verlo. Como hemos dicho, no hay niños en la Edad Media. No hay más que adultos pequeños. Además, el niño no suele contar para formarlo con ese educador habitual en las sociedades tradicionales: el abuelo. El pro-

medio de vida es demasiado breve en la Edad Media para que pueda considerarse importante el porcentaje de niños que han conocido a su abuelo. Apenas salidos del recinto de las mujeres, donde su ser pueril no es tomado en serio, se ven lanzados a las fatigas del trabajo rural o del aprendizaje militar. El vocabulario de los cantares de gesta resulta esclarecedor también a este respecto. *Les Enfances Vivien, Las Mocedades del Cid* pintan al héroe adolescente y precoz en la forma propia de las sociedades primitivas, es decir, como un joven. El niño aparecerá con la familia doméstica, ligada a la cohabitación restringida al grupo estrecho de los ascendientes y descendientes directos, familia doméstica que nace y se multiplica con el medio ambiente urbano y la formación de la clase burguesa. El niño es un producto de la ciudad y de la burguesía, que, en contraposición, deprime y ahoga a la mujer. La mujer queda avasallada por el hogar, mientras que el niño se emancipa y, de repente, puebla la casa, la escuela, la calle.

* * *

Aprisionado por la familia, que le impone las servidumbres de la posesión y de la vida colectiva, el individuo es, salvo en la ciudad, absorbido también por otra comunidad: la señoría en la que vive. Claro está que, entre el vasallo noble y el campesino, cualquiera que sea su condición, la diferencia es considerable. No obstante, aunque a niveles diversos y disfrutando de mayor o menor prestigio, los dos pertenecen a la señoría o, mejor aún, al señor de que dependen. Tanto el uno como el otro: el uno en un sentido noble, el otro en un sentido humillante, son el «hombre» del señor. Los términos que muy a menudo acompañan a la palabra precisan, por otro lado, la distancia existente entre sus condiciones. «Hombre de boca y de manos» referido al vasallo, por ejemplo, evoca una intimidad, una comunión, un contrato que le sitúa, aunque en un estudio inferior, en la misma clase que su señor. «Hombre de dependencia» *(homo de potestate)* referido al campesino le hace depender, es decir, estar bajo el poder del señor. Ahora bien, a cambio de la sola protección y de la contrapartida económica de la dependencia —aquí el feudo y allí la tenencia—, los dos tienen con relación al señor una serie de obligaciones, ayudas, servicios, pagos, y los dos están sometidos a su poder, que no se manifiesta en ningún otro dominio más netamente que en el campo judicial.

En efecto, entre las funciones monopolizadas por los señores feudales en perjuicio del poder público, no hay otra que sea más pesada para los dependientes del señor que la función judicial. Cierto que el vasallo es

llamado con más frecuencia a sentarse del lado bueno del tribunal —como juez junto al señor o en su lugar— que del malo. Sin embargo, se halla también sometido a sus veredictos, por sus delitos, cuando el señor no tiene derecho sino en la jurisdicción inferior, y por sus crímenes, cuando la jurisdicción superior le pertenece asimismo. En ese caso, la prisión, la horca y la picota, siniestras prolongaciones del tribunal señorial, son los símbolos más bien de la opresión que de la justicia. Los progresos de la justicia del rey supusieron, sin duda, más que un perfeccionamiento de la justicia en sí misma, un apoyo para la emancipación de los individuos que, en la comunidad más amplia del reino, veían sus derechos mejor garantizados que en el grupo más restringido (y, por ese simple hecho más constreñido, más opresivo) de la señoría. Pero esos progresos fueron lentos. San Luis, uno de los soberanos de la época más preocupados, a la vez, por combatir la injusticia y por hacer respetar el poder real, se muestra singularmente considerado con las justicias señoriales. Guillaume de Saint-Pathus nos cuenta con referencia a esto una anécdota significativa. El rey, rodeado de una gran multitud de vasallos, escuchaba en el cementerio de la iglesia de Vitry el sermón de un dominico, el hermano Lambert. Cerca de allí, «una asamblea de gentes» armaba tan gran alboroto en una taberna que no se podían oír las palabras del predicador. «El buen rey preguntó de quién era la justicia en aquel lugar y se le contestó que la justicia era suya. Ordenó entonces a algunos de sus sargentos hacer callar a esas gentes que turbaban la palabra de Dios, lo que fue hecho.» El biógrafo termina: «Se cree que el buen rey preguntó de quién era la justicia de ese lugar por el temor de, si hubiese pertenecido a otro y no a él, usurpar la jurisdicción de otro...»

Al igual que el vasallo hábil puede hacer jugar en provecho propio la multiplicidad, incluso a veces la contradicción entre sus deberes feudales, el súbdito astuto del señor puede sacar provecho del juego embrollado de esas jurisdicciones que se entrelazan. Pero la masa encuentra en ello, con más frecuencia, la ocasión de opresiones adicionales.

De todo ello resulta que el único hombre capaz de individualizarse es el marrullero, el que sabe salir del paso. La operación del múltiple colectivismo de la Edad Media ha conferido así a la palabra «individuo» ese sentido turbio, sospechoso, que aún conserva. El individuo es aquel que ha podido escapar del grupo por medio de alguna mala acción. Es carne, si no de horca, sí al menos de policía. El individuo es siempre sospechoso.

Verdad es que, teóricamente, la devoción y las cargas que la mayor parte de esas comunidades reclaman de sus miembros son la contrapartida de una protección. Pero el peso del precio pagado es bien manifiesto, mien-

tras que la protección no es siempre real ni evidente. En principio, la Iglesia deduce el diezmo a los miembros de esa otra comunidad que es la parroquia, con objeto de subvenir a las necesidades de los pobres. Ahora bien, ese diezmo, ¿no va la mayoría de las veces a engordar al clero, al alto clero por lo menos? Es igual que la imputación sea verdadera o falsa. La mayor parte de los fieles lo creen así y el diezmo es, por lo tanto, una de las contribuciones más odiadas por el pueblo medieval.

* * *

Beneficios y sujeción parecen equilibrarse todavía más en el seno de otras comunidades en apariencia más igualitarias: las comunidades campesinas y las comunidades urbanas.

Las comunidades rurales oponen con frecuencia a las exigencias señoriales una resistencia victoriosa. Su base económica es esencial. Ellas son los encargadas de repartir, administrar y defender esos terrenos de pasto y de explotación forestal que constituyen los bienes «comunales». Su mantenimiento resulta vital para la casi totalidad de las familias campesinas, que no podrían subsistir sin el apoyo decisivo que encuentran en ellos para la alimentación de su cerdo o de su cabra, o para su aprovisionamiento de leña. No obstante, la comunidad aldeana no es igualitaria. Algunos cabezas de familia —las más veces ricos; otras, simples descendientes de familias tradicionalmente notables— dominan y conducen en provecho propio los negocios de la comunidad. Robert Hilton y Miguel Postan han puesto de manifiesto la existencia en muchas aldeas inglesas del siglo XIII de un grupo de aldeanos más acomodados, que adelantaban dinero, fuese mediante préstamos individuales (asumían entonces el papel de usureros, que los judíos no desempeñaban ya, o lo hacían en pequeña proporción en las campiñas inglesas), fuese abonando las sumas numerosas y a veces elevadas que adeudaba la colectividad: multas, gastos judiciales, pagos comunes. Ellos sustituyen el grupo de los *warrantors,* de los garantes, cuyos nombres, siempre los mismos, en general, para un período dado, aparecen en las cartas de la aldea. Frecuentemente son ellos también los que forman la cofradía de la aldea, dado que la comunidad aldeana no es normalmente la heredera de una comunidad rural primitiva, sino una creación social más o menos reciente, contemporánea de ese mismo movimiento que, tanto en el campo como en la ciudad y a consecuencia del desarrollo experimentado durante los siglos X-XII ha dado nacimiento a instituciones originales. Acaso sea en Italia, aunque toda la Cristiandad lo haya sufrido al tiempo, don-

de se perciba mejor el paralelismo entre esos dos aspectos de un mismo fenómeno. En el transcurso del siglo XII, en el Ponthieu y en el Laonnais estallan insurrecciones comunalistas, simultáneas en las ciudades y en el campo, donde los aldeanos se integran en comunidades colectivas, fundadas sobre la federación de aldeas y caseríos. En lo que se refiere a Italia, ha quedado bien demostrado, sobre todo gracias a R. Caggese, P. Sella, F. Schneider y G. P. Bognetti, que el surgimiento de las comunidades rurales va emparejado con el de las comunidades urbanas. Más aún, se presiente ya la intervención capital en ambos casos de las solidaridades económicas y morales que se han establecido entre los grupos de «vecinos». Estas *viciniae* o *vicinantiae* fueron el núcleo de las comunidades de la época feudal. Fenómeno y noción fundamentales, a las que se oponen, como veremos, los fenómenos y las nociones relativos a los extranjeros. El bien procede de los vecinos; el mal, de los extranjeros. Sin embargo, una vez convertidas en comunidades estructuradas, las *viciniae* se estratifican pronto y a su cabeza aparece un grupo de *boni homines*, de «hombres buenos» u «hombres prudentes», prohombres, notables, entre los cuales se reclutan los cónsules o los oficiales, los funcionarios comunales.

Exactamente lo mismo acontece en la ciudad, donde las corporaciones * o cofradías, que aseguran la protección económica, física y espiritual de sus miembros, no son ni con mucho las instituciones igualitarias que se imagina con frecuencia. Si bien, mediante la vigilancia del trabajo, combaten con mayor o menor eficacia el fraude, el descuido o la falsificación; si, por medio de la organización de la producción y del mercado, eliminan la competencia, hasta el punto de ser, como ha puesto en evidencia Gunnar Mickwitz, «cártels» proteccionistas, permiten también —bajo el rótulo del «justo precio» *(justum pretium)*, que no es otra cosa, según ha demostrado James Baldwin al analizar las teorías económicas de los escolásticos, que el precio del mercado *(pretium in mercato)*— que funcionen los mecanismos «naturales» de la oferta y de la demanda. Proteccionista en el plano local, el sistema corporativo se muestra liberal en el contexto más amplio en que se halla inserta la ciudad. Favorece de hecho las desigualdades sociales, nacidas lo mismo de ese «dejar hacer» en los niveles superiores que del proteccionismo, que, a nivel local, actúa en provecho de una minoría. Las corporaciones están jerarquizadas y, si bien el aprendiz es un patrono en potencia, el peón es un inferior sin grandes esperanzas de promoción. Y lo que es más importante, las corporaciones dejan fuera dos categorías cuya existencia falsea de manera fundamental la armoniosa planificación económica y social que el sistema está destinado teóricamente a instaurar.

En el plano más alto, una minoría de ricos sostienen por regla general su potencia económica gracias al ejercicio, directo o por persona interpuesta, del poder político. Son jurados, regidores, cónsules. Escapan a la fiscalización de las corporaciones y, como ha demostrado magistralmente Armando Sapori en relación con los grandes mercaderes italianos, obran a su capricho. Tan pronto se agrupan en corporaciones, al ejemplo del *Arte di Calimala* en Florencia, a través de las cuales dominan la vida económica y hacen sentir su peso sobre la vida política, como ignoran pura y simplemente las trabas impuestas por las instituciones corporativas y sus estatutos. Esta minoría está integrada, sobre todo, por los mercaderes de largo radio de acción, importadores y exportadores, los *mercatores* o los «dadores de trabajo», que controlan localmente una mercadería, desde la producción de la primera materia hasta la venta del producto fabricado. Un documento excepcionalmente notable, presentado en una obra clásica por Georges Espinas, nos ha dado a conocer a uno de estos personajes, «sire» Jehan Boinebroke, mercader pañero de Douai a finales del siglo XIII. Recordemos que la Iglesia exigía de los fieles, en especial de los mercaderes, que, a su muerte por lo menos y a fin de asegurarse el cielo, restituyesen en su testamento las cantidades que hubiesen percibido indebidamente por usura o por exacciones de cualquier clase. La fórmula figuraba, pues, de modo habitual entre las últimas voluntades de los difuntos, si bien raras veces surtía efecto. En el caso de Jehan Boinebroke, en cambio, sí lo surtió. Sus herederos invitaron a sus víctimas que acudiesen para hacerse reembolsar o indemnizar. Hemos conservado el texto de algunas de estas reclamaciones. Surge de ellas un retrato terrible. El personaje, sin embargo, no debió de ser un caso aislado, sino el representante de una categoría social. Procurándose a bajo precio la lana y la materia tintórea, paga «poco, mal o nada», muy a menudo en especie, según lo que se denomina hoy *truck system,* a sus inferiores, campesinos, obreros, pequeños artesanos, a los que mantiene sujetos por el dinero —es prestamista usurero—, el trabajo y el alojamiento, ya que, como medio de presión suplementaria, facilita morada a sus empleados. Los aplasta, en fin, mediante su poderío político. Regidor por lo menos nueve veces, lo es especialmente en 1280, fecha en que reprime con ferocidad una huelga de los tejedores de Douai. Su dominación sobre sus víctimas es tal —puesto que no es tan sólo la dominación de un hombre quizás excepcionalmente malo, sino la de toda una clase— que los mismos que a su muerte se atreven a reclamar lo hacen con timidez, aterrorizados todavía por el recuerdo de ese tirano que es, con toda exactitud, el correlativo urbano de los tiranuelos feudales.

En el nivel más bajo de la escala social hallamos también una clase excluida de la corporación, una masa desprotegida, sobre la cual volveremos a hablar.

Queda por decir que, si bien las comunidades rurales y urbanas oprimieron más que libertaron al individuo, se basaban, no obstante, en un principio que hizo temblar al mundo feudal. «Comunidad, nombre detestable», exclama al principio del siglo XII el cronista eclesiástico Guibert de Nogent en una fórmula célebre. El elemento revolucionario en el origen del movimiento urbano y de su prolongación en el campo —la formación de las comunidades rurales— estaba en que el juramento que liga entre sí a los miembros de la comunidad urbana primitiva es, a diferencia del contrato de vasallaje, que une a un inferior con un superior, un juramento igualitario. A la jerarquía feudal vertical sustituye, se opone, una sociedad horizontal. La *vicinia,* el grupo de vecinos hermanados por una proximidad fundada en primer término sobre el terreno, se transforma en una fraternidad, *fraternitas.* La palabra y la realidad que ella designa tienen un éxito especial en España, donde florecen las *hermandades,* y en Alemania, donde la fraternidad juramentada, *Schwurbruderschaft,* recoge todo el poder emotivo de la vieja fraternidad germánica. Ella instituye entre los burgueses la obligación de la fidelidad, la *Treue.* En Soest, por ejemplo, a mediados del siglo XII, el burgués que ha causado un daño físico o material a un *concivis,* a un «coburgués», debe renunciar a su derecho de burguesía. La fraternidad se trueca al fin en comunidad ligada por juramento: *conjuratio* o *communio.* Es el *Eidgenossenschaft* germánico, la comuna francesa o italiana. Une a seres iguales hasta el punto de que, cuando la desigualdad económica, en materia de fiscalidad urbana, verbigracia, no puede ser eliminada, se ha de combinar con fórmulas y prácticas que salvaguarden una igualdad de principio entre todos los ciudadanos. Así la ciudad de Neuss, en 1259, estipula que, si es preciso establecer una tasa para subvenir a una necesidad de la comunidad, pobres y ricos juraran igualmente *(equo modo)* pagarla en proporción a sus recursos.

* * *

Incluso aunque las ciudades * medievales no hayan constituido en realidad ese desafío a la feudalidad, esa excepción antifeudal descrita con tanta frecuencia, no por ello es menos cierto que se presentan en primer término como un fenómeno aislado, insólito y, ante los ojos de los hombres que vivieron la época del desarrollo urbano, como una de las realidades nuevas, en el sentido escandaloso que la Edad Media daba a este adjetivo.

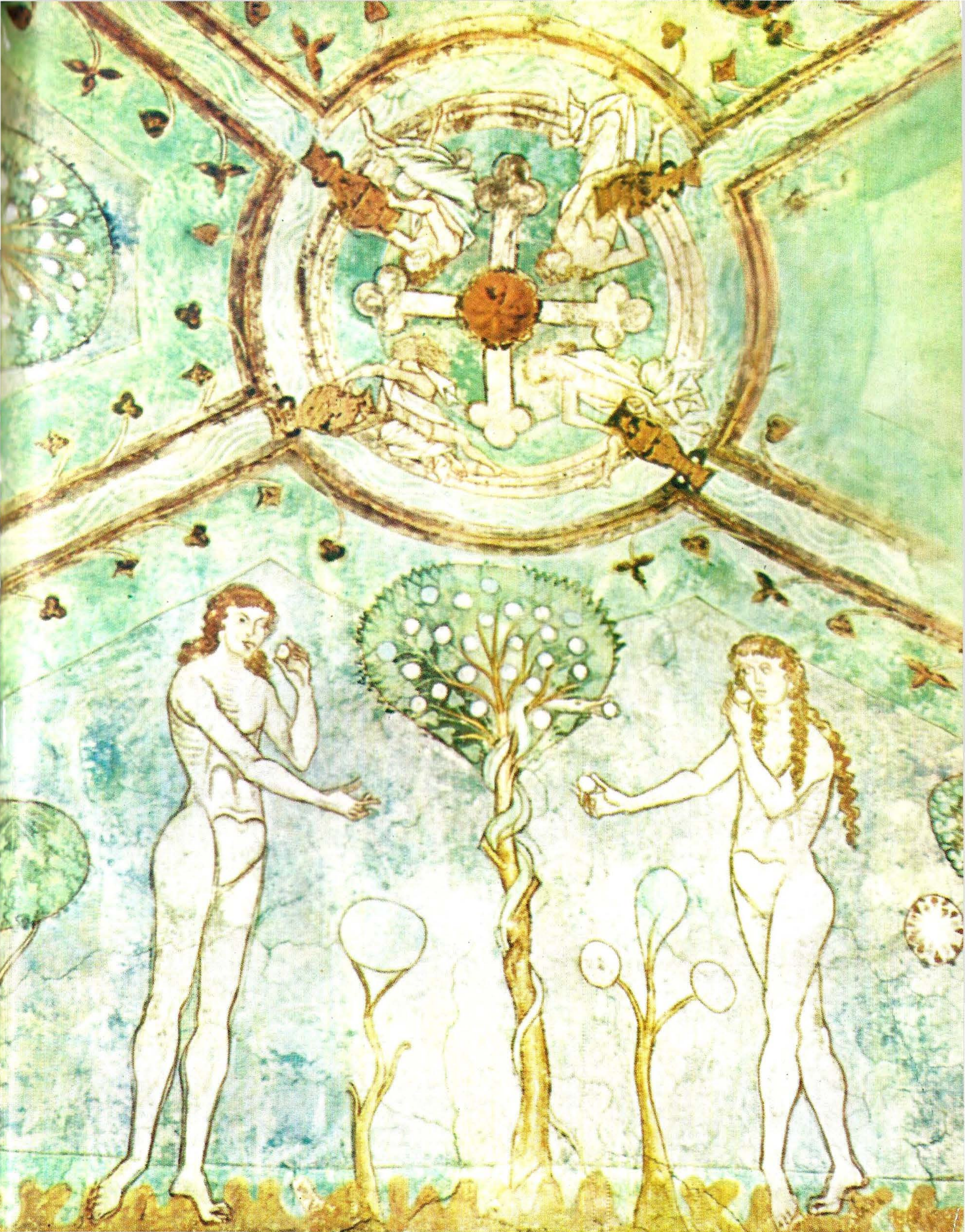
La ciudad, para esos hombres de la tierra, del bosque y de la landa, supone, a la vez, un objeto de atracción y de repulsión, una tentación, como el metal, como el dinero, como la mujer.

La ciudad medieval, sin embargo, no parece a primera vista un monstruo espantoso por su tamaño. A comienzos del siglo XIV, muy pocas ciudades sobrepasan, y aun con poco, la cifra de cien mil habitantes: Venecia y Milán. París, la ciudad más grande de la Cristiandad septentrional, cuya población ha sido exagerada hasta elevarla a doscientas mil almas, no tenía entonces, sin duda, más de ochenta mil. Brujas, Gante, Toulouse, Londres, Hamburgo, Lübeck y todas las demás ciudades de cierta importancia, es decir, las de primera fila, contaban tan sólo de veinte mil a cuarenta mil habitantes.

Por lo demás, como se ha observado a menudo y con razón, la ciudad medieval continúa muy compenetrada con el campo. Los ciudadanos llevan en ella una vida semirrural. Sus murallas albergan en su interior viñas, huertos, incluso prados y campos, ganado, estercoleros...

Y, no obstante, el contraste ciudad-campo ha sido mayor durante la Edad Media que en casi todo el resto de las sociedades y de las civilizaciones. Los muros de una ciudad son una frontera, la más fuerte de las conocidas en esta época. Las murallas, con sus torres y sus puertas, sirven para separar dos mundos. Las ciudades afirman su originalidad, su particularidad, representando ostensiblemente en sus sellos esas murallas que las protegen. Trono del bien, es decir, Jerusalén, asiento del mal al mismo tiempo, es decir, Babilonia, la ciudad es siempre en el Occidente medieval el símbolo de lo extraordinario. Ser ciudadano o campesino, he ahí una de las grandes líneas de separación en la sociedad medieval.

Verdad es que la ciudad de la Alta Edad Media conserva su prestigio dentro de la sociedad prefeudal y feudal. Ella es el asiento del poder político y del poder religioso, la residencia del rey o del conde, del obispo, el único emplazamiento de monumentos de ladrillo o piedra, el punto donde se acumulan los principales tesoros, el lugar cuya toma, saqueo o posesión, proporciona riqueza y prestigio. ¿Se ha prestado suficiente atención al hecho de que las ciudades son un polo de atracción para los héroes de los cantares de gesta? En la *Chanson de Roland* *, en contraste con la naturaleza hostil, rocas, montañas e incluso llanuras, las ciudades brillan como faros: Zaragoza y Aquisgrán, «el mejor lugar de Francia». El espejismo de Constantinopla se identifica con el espejismo de la ciudad. Las ciudades reciben los epítetos de «altiva», «orgullosa», «noble». Así, París es llamada «la noble ciudad» en *Mainet* y en *Berthe au grand pied,* que encuentra en



VII. FRESCO GÓTICO: ADÁN Y EVA EN EL PARAÍSO TERRENAL.

Este fresco, ejecutado en el año 1263, está considerado como la obra maestra de la pintura románica tardía en Austria. Sin embargo, es ya característica del arte gótico desde el punto de vista formal. Los frescos, expulsados de los muros por el creciente auge de las ventanas y las vidrieras, se refugian en las bóvedas. Los colores claros predominan a fin de contribuir a satisfacer la preocupación por la luminosa claridad. La libertad de las formas se separa también del estilismo románico. No obstante, los temas tradicionales permanecen, incluso se reafirman, más humanos con la tentación de Adán y Eva en trance de morder la manzana fatal, más simbólicos con la inclusión de los cuatro ríos del Paraíso. (Gurk, Austria.)

ella el final de sus aventuras. Oberón, al que se pudiera creer apegado únicamente a los bosques donde se ejercen sus encantos, conserva la nostalgia de su lugar de nacimiento, «Monimur, su ciudad». Todo el ciclo de Guillermo de Orange gira alrededor de las ciudades: Orange, Nimes, Vienne, incluso París, un París que *le Moinage Guillaume* no intenta, sin embargo, idealizar: «En aquel entonces, Francia estaba poco poblada, apenas cultivada, y no se veían en ella todos esos ricos dominios, esos castillos, esas ciudades opulentas que la cubren hoy día. París en aquella época era muy pequeño.» No obstante, en ella se encontraba la sede del rey Luis, a quien Guillermo viene a liberar. Y el descubrimiento de la ciudad, al término de su cabalgata, le produce un encantamiento, un momento de emoción: «Cuando Guillermo abre los ojos, la mañana es clara, ve París al final de los prados.» Guillermo dejará a los parisienses de hoy en día un recuerdo, el nombre de su enemigo, el sajón pagano Ysoré, que derriba en singular combate y entierra en el mismo campo de la lucha, en un lugar que se llamará la Tumba-Isoré, la «Tombe-Issoire». Pero, más aún que París, resplandece Narbona, tomada por Aimeri: «Entre dos rocas, en la ribera de un golfo, vio levantarse en la altura una fuerte ciudad sarracena. Estaba bien rodeada de muros y de pilares y jamás se vio trazar otra más sólida. En las plantaciones de tejos y árboles verdes, vieron los follajes agitados por el viento; no se podía gozar de un espectáculo más bello. Había veinte torres construidas en piedra dura y brillante. Otra más, en el centro, atraía las miradas. Nadie en el mundo, por buen narrador que fuese, sería capaz, en menos de un día, de describiros con detalle los trabajos que los paganos habían emprendido para elevar esta torre. Las almenas habían sido completamente selladas con plomo; los defensores se encontraban a un tiro de arco del enemigo. En lo alto del cuerpo principal se elevaba una bola de oro fino de ultramar; habían engastado en ella un carbúnculo que llameaba y brillaba con un fulgor semejante al del sol de la aurora... El rey contempló la ciudad y, en su corazón, comenzó a desearla.»

Ahora bien, entre los siglos x y XIII, en un arranque del cual será siempre Henri Pirenne el inmortal historiador, la faz de las ciudades de Occidente cambia. Una función se convierte en primordial dentro de ellas, reanima las viejas ciudades y crea otras nuevas: la función económica, función comercial y, pronto, función artesanal. La ciudad se transforma en el hogar de algo que los señores feudales detestan: la vergonzosa actividad económica. Y el anatema es lanzado contra las ciudades.

En 1128 arde la pequeña ciudad de Deutz, situada frente a Colonia, al otro lado del Rin. El abad del monasterio de San Heriberto, el célebre

Rupert, teólogo muy apegado a la tradición, ve inmediatamente en ello un efecto de la cólera de Dios, un castigo para el lugar que, siguiendo el desarrollo de Colonia, ha llegado a ser un centro de cambio, guarida de infames mercaderes y artesanos. Y dibuja, a través de la Biblia, una historia antiurbana de la humanidad. Caín ha sido el inventor de las ciudades, el constructor de la primera de ellas, imitado luego por todos los malos, los tiranos, los enemigos de Dios. Los patriarcas, por el contrario, y de una manera general los justos, los temerosos de Dios, han vivido bajo la tienda, en el desierto. Instalarse en las ciudades significa preferir el mundo. En efecto, el crecimiento urbano favorece, con la fijación al suelo y el desarrollo de la propiedad y del instinto de la misma, la aparición de una mentalidad nueva y, en primer término, la elección de la vida activa.

El florecimiento de esta mentalidad urbana se ve favorecida aún más por el temprano nacimiento de un patriotismo ciudadano. Claro está, como veremos, que las ciudades son el teatro de una áspera lucha de clases y que las clases dirigentes serán las instigadoras y las primeras beneficiarias de ese espíritu urbano. Por lo demás, como Armando Sapori ha subrayado, también los grandes comerciantes, durante el siglo XIII al menos, saben exponer su dinero y su persona. En 1260, cuando una guerra feroz opone a Siena y a Florencia, uno de los más importantes mercaderes-banqueros sieneses, Salimbene dei Salimbeni, hace entrega a la comunidad de 118.000 florines y, cerrando sus establecimientos, se apresura a participar personalmente en la guerra.

Mientras que la señoría rural no había logrado inspirar a la masa de los campesinos que vivían en su seno otra cosa que el sentimiento de la opresión de la que eran víctimas, mientras que el castillo roquero, aunque les ofreciese en ciertos casos refugio y protección, no proyectaba sobre ellos sino una sombra detestada, la silueta de los monumentos urbanos, instrumento y símbolo de la dominación de los ricos en las ciudades, inspiraban al pueblo ciudadano sentimientos en que la admiración y el orgullo acababan las más veces por triunfar. La sociedad urbana había conseguido crear valores comunes en cierta medida a todos los habitantes: valores estéticos, culturales, espirituales. «Il bel San Giovanni» del Dante era el objeto de la veneración y el orgullo de todos los florentinos. Orgullo urbano, que es, en principio y especialmente, el producto de las regiones más urbanizadas: Flandes, Alemania, Italia del Norte y del Centro. Tomemos por testimonio a tres ciudades italianas: Milán, cuyas maravillas describe en 1288 el hermano Bonvesin dalla Riva en su *De magnalibus urbis Mediolani:* «La ciudad tiene forma de círculo y esta maravillosa forma circular es un signo

de su perfección...»; Génova, cuyas «bellezas» canta en lengua vulgar un poeta anónimo de finales del siglo XIII:

Zenoa è citae piuna
De gente e de ogni ben fornia.
Murao ha bello e adorno
Chi la circonda tuto intorno...

Génova es ciudad llena
De gente y de todo bien provista.
Tiene muros bellos y adornados
Que la circundan todo alrededor...

Y Florencia, en fin, a la que Chiaro Davanzati, antes que el Dante, glorifica en 1267:

Ah dolze e gaia terra fiorentina,
Fontana di valore e di piagenza...

¡Ah, dulce y hermosa tierra florentina,
Fuente de valor y de placer...!

Sin embargo, ¿qué representan esos islotes urbanos en tierra de Occidente y cuál es su porvenir? Su prosperidad no puede, en definitiva, alimentarse más que de la tierra. Incluso las ciudades más enriquecidas por el comercio, Gante y Brujas, Génova, Florencia, Siena y Venecia, la cual ha de luchar, además, contra el obstáculo de su topografía marítima, se ven forzadas a asentar su actividad y su poder sobre su territorio rural, sobre lo que las ciudades italianas denominaron su *contado,* su «campiña». (De ahí procede el nombre de *contadini* con que son conocidos los campesinos italianos.)

Entre las ciudades y sus contornos rurales las relaciones son bastante complejas. A primera vista, la atracción urbana es favorable para la repoblación de sus campos. El campesino emigra de las señorías y su primera conquista es la libertad, bien porque, al instalarse en la ciudad, queda en ella automáticamente libre, ya que la servidumbre es desconocida en el suelo urbano, bien porque la ciudad, convertida en señora de la campiña próxima, se apresura a liberar a los siervos, según el famoso axioma alemán: *Stadtluft macht frei,* «el aire de la ciudad convierte en libre», o, con mayor frecuencia, en su precisión jurídica: *Stadtluft macht frei nach Jahr*

und Tag, «el aire de la ciudad convierte en libre al cabo de un año y un día», después que el nuevo ciudadano ha permanecido este lapso en la ciudad.

Ahora bien, al mismo tiempo la ciudad es la explotadora de su campiña y se comporta respecto a ella como señora. La señoría urbana, que ejerce su derecho de «ban» sobre su «banlieue» (lugar sometido al ban), lo explota sobre todo desde el punto de vista económico: le compra a buen precio sus productos (granos, lana, productos lecheros para su aprovisionamiento, su artesanado, su comercio) y le impone sus mercancías, comprendidas aquellas de las que tan sólo es intermediaria: la sal, por ejemplo, que se convierte en un verdadero impuesto al obligar a los campesinos a comprar en cantidades determinadas y a precio tasado. Las milicias urbanas se ven rápidamente integradas en su inmensa mayoría por campesinos reclutados, como los soldados de la campiña de Brujas, el «Franco de Brujas». Las ciudades desarrollan un artesanado rural a bajo precio, que controlan por completo, pero bien pronto sienten miedo de sus campesinos. Como los señores en el campo, se encierran al caer la noche en sus castillos, las ciudades elevan sus puentes levadizos, encadenan sus puertas, arman sus muros de centinelas que vigilan ante todo el más próximo y más posible enemigo: el campesino de los alrededores. Y esos productos de la ciudad que son los universitarios, los turistas, elaboran al final de la Edad Media un derecho que aplasta al campesino.

Digamos, por último, que incluso aquellas ciudades que consiguen durante la Edad Media convertirse en Estados: República de Venecia, Gran Ducado de Toscana, ciudades libres hanseáticas, no consiguen mantener después su prosperidad si no es contra el curso de la historia y se convierten poco a poco en anacronismo. Aquellos países cuya armazón económica, política y cultural estuvo formada durante largo tiempo por las ciudades, es decir, Italia y Alemania, serán los últimos en alcanzar su unidad en el siglo XIX. La sociedad urbana medieval no tenía ante sí ningún porvenir histórico.



El sueño de conseguir una sociedad, si no unida, al menos armoniosa, perseguido por la Iglesia, chocó con las ásperas realidades de las oposiciones y de las luchas sociales. El casi total monopolio literario por parte de los clérigos, sostenido como mínimo hasta el siglo XIII, disimula la intensidad de la lucha de clases en la Edad Media y puede darnos la impresión de que únicamente algunos laicos malvados —señores o campesinos— trataban de

vez en cuando de alterar el orden social alzándose contra las personas o los bienes de la Iglesia. No obstante, los escritores eclesiásticos han dejado filtrar lo bastante para que podamos adivinar la permanencia de esos antagonismos, que estallan a veces en bruscas explosiones de violencia.

La más conocida de esas oposiciones es la que anima a los burgueses contra los nobles. Una oposición espectacular. El cuadro urbano ha aumentado su eco y los escritos —crónicas, actas, estatutos, paces que han sancionado a menudo sus peripecias— han prolongado su repercusión. Los casos bastante frecuentes —relatados con horror por los escritores eclesiásticos— en que las revueltas urbanas se han producido contra los obispos, señores de las ciudades, nos han proporcionado narraciones conmovedoras en las que se nos muestra, con la progresión de las nuevas clases, un sistema también nuevo de valores, que ya no respeta el carácter sagrado de los prelados.

He aquí el relato de los acontecimientos de Colonia en 1074, según el monje Lamberto de Hersfeld: «El arzobispo pasó el tiempo de Pascuas en Colonia, con su amigo el obispo de Münster, al que había invitado para celebrar las fiestas con él. Cuando el obispo quiso regresar a su casa, el arzobispo ordenó a sus guardias que le buscasen un barco conveniente. A fuerza de indagar, encontraron un buen barco, que pertenecía a un rico mercader de la ciudad, y lo reclamaron para uso del arzobispo. Los hombres del comerciante que estaban a cargo del barco se resistieron, pero los hombres del arzobispo amenazaron con maltratarlos si no obedecían inmediatamente. Los hombres del mercader se apresuraron a ir al encuentro de su amo, le contaron lo que había ocurrido y le preguntaron qué debían hacer. El comerciante tenía un hijo valiente y vigoroso. Estaba emparentado con las principales familias de la ciudad y, a causa de su carácter, era muy popular. Reunió apresuradamente a sus hombres y a tantos jóvenes de la ciudad como le fue posible, se precipitó hacia el barco, dio orden a los sargentos del arzobispo de salir de él y los expulsó por la fuerza... Los amigos de los dos partidos tomaron las armas y pareció que una gran batalla se preparaba en la ciudad. Las nuevas de la lucha llegaron a oídos del arzobispo, que envió acto seguido hombres para ahogar el motín y, como hubiese montado en cólera, amenazó a los jóvenes sublevados con un duro castigo en la próxima sesión de su corte [de justicia]. El arzobispo poseía todas las virtudes y había probado frecuentemente su excelencia en todos los dominios, lo mismo del Estado que de la Iglesia. Pero tenía un defecto. Cuando montaba en cólera, no podía dominar su lengua y maldecía a cada uno sin distinción, con las expresiones más violentas. Por fin, el motín pareció apaciguarse, pero el joven, que estaba muy encolerizado y envanecido por

su primer éxito, no dejó de causar toda la alteración que pudo. Recorrió la ciudad, dirigiendo discursos al pueblo sobre el mal gobierno del arzobispo, acusándole de imponer cargas injustas al pueblo, de privar a los inocentes de sus bienes y de insultar a los ciudadanos honorables... No le resultó difícil levantar al populacho... Por otro lado, todos consideraban que el pueblo de Worms había conseguido un éxito expulsando a su obispo, que los gobernaba con demasiada severidad. Y como ellos eran más numerosos y más ricos que el pueblo de Worms y tenían armas, les desagradó que se pudiese pensar que no eran tan valientes como el pueblo de Worms y les pareció vergonzoso estar sometidos como mujeres al poder del arzobispo, que los gobernaba tiránicamente...»

Igualmente se sabe —por la célebre narración de Guibert de Nogent— que la revuelta de los ciudadanos de Laón en 1111 acabó con la muerte del obispo Gaudri y la profanación de su cadáver, al que un revoltoso cortó el dedo para arrancarle el anillo.

Frente a esos movimientos urbanos, los cronistas eclesiásticos se muestran más admirados que indignados. Cierto que el carácter de tal o cual prelado explica a sus ojos, si no la justifica, la cólera de los burgueses y del pueblo. Pero, cuando éste se levanta contra el orden feudal en su conjunto, contra la sociedad aprobada por la Iglesia, contra un mundo que, convertido al cristianismo, no debiera esperar otra cosa que el paso de la ciudad terrestre a la ciudad celestial —es el tema de Odón de Freising en su *Historia de las dos ciudades*—, la historiografía eclesiástica reconoce su incomprensión.

Así sucede en el Mans, en 1070. Los habitantes se han sublevado contra Guillermo el Bastardo, ocupado en conquistar Inglaterra, y el obispo se ha refugiado cerca de él. «Formaron entonces —escribe el cronista episcopal— una asociación que llamaron comuna, se unieron por juramento y forzaron a los señores de las tierras próximas a jurar fidelidad a esa comuna. Enardecidos por esta conspiración, se dedicaron a cometer innumerables crímenes, condenando a muchas gentes sin discriminación y sin causa, cegando a los unos por las razones más débiles y, cosa horrible de expresar, ahorcando a otros por faltas insignificantes. Quemaron incluso los castillos de la región durante la Cuaresma y, lo que es peor todavía, durante la Semana Santa. Y todo esto lo hicieron sin razón.»

* * *

Ahora bien, el principal frente de las tensiones sociales es el campo. Entre señores y campesinos, la lucha se hace endémica. A veces se desata

en crisis de extrema violencia. Ello se debe a que, si en las ciudades de los siglos XI al XIII, las revueltas son dirigidas por los burgueses, deseosos de asegurarse el poder político que garantiza el libre ejercicio de sus actividades profesionales y, en consecuencia, su fortuna y les confiere un prestigio en relación con su poder económico, en el campo las sublevaciones de los campesinos no se dirigen exclusivamente a mejorar su situación, fijando, disminuyendo o aboliendo los servicios y las prestaciones, que cargan pesadamente sobre ellos, sino que son con frecuencia la simple expresión de una lucha por la vida. La mayoría de los campesinos se integran a esta masa «al borde del límite alimenticio», del hambre, de la epidemia. Constituyen lo que se llamará más tarde en Francia la Jacquería y saca una fuerza singular de la desesperación. Si existe también en la ciudad —acabamos de verlo en la Colonia de 1074— el motor del odio, si las nuevas capas sociales albergan un deseo de venganza por el desdén que les dedican los señores eclesiásticos y laicos, esta motivación afectiva es mucho más fuerte todavía en el campo, a la medida del inmenso desprecio que los señores sienten por los villanos. A despecho de las mejoras en su suerte conseguidas por los campesinos durante los siglos XI y XII, muchos señores no les reconocen aún al final del siglo XIII —en realidad, hay una diferencia esencial entre su condición y la del esclavo antiguo— otra propiedad que la de su persona completamente desnuda. El abad de Burton, en el Staffordshire, lo recuerda así a sus campesinos, a los que el monasterio había confiscado todo el ganado (ochocientos bueyes, corderos y cerdos), cuando ellos obtienen del rey, después de haberlo seguido con mujeres y niños de residencia en residencia, una orden de restitución de sus animales. El abad les declara que no poseen nada más que su vientre, *nihil praeter ventrem*. Olvidaba, al hacerlo, que, por su culpa, ese vientre se hallaba muy a menudo vacío.

En 1336, al abad cisterciense de Vale Royal, en el Cheshire, hace reconocer a sus campesinos, sobre las Sagradas Escrituras, que «eran villanos, ellos, y sus hijos después de ellos, por toda la eternidad...». El campesino es una bestia salvaje, los textos lo repiten sin cesar. Es de una fealdad repugnante, bestial. Apenas si tiene figura humana. Es, según el dicho de Coulton, «el Calibán medieval». Su destino natural es el infierno. Precisa poseer una habilidad excepcional para obtener —como por engaño— el paraíso. Es la tesis del romance *Du vilain qui gagna le paradis par plaid*, es decir, por pleito.

Veamos la descripción de Rigaut en la gesta de Garin el Lorenés: «Ve avanzar hacia él a Rigaut, el hijo del villano Hervis. Era un muchacho fuertemente musculado, grueso de brazos, de caderas y de hombros, los ojos

separados el uno del otro por la longitud de la mano; en sesenta países no se habría encontrado cara más ruda y menos atrayente. Sus cabellos estaban erizados, sus mejillas negruzcas y atezadas; no habían sido lavadas desde hacía seis meses y la sola agua que las había mojado era la lluvia del cielo.»

Y he aquí, en el bosque por donde cabalga Aucassin, la aparición de un joven campesino: «Tenía una gran cabezota más negra que la carbonilla y había más de un palmo entre los dos ojos, y tenía grandes mejillas y una enorme nariz aplastada, con grandes orificios muy anchos, y gruesos labios, más rojos que carne asada, y grandes dientes amarillos y feos...»

La misma hostilidad con referencia al ser moral del campesino. De villano, la época feudal ha derivado villanía, que significa la fealdad moral. Los que más feroces se muestran contra los campesinos son los goliardos *, esos clérigos más o menos excluidos, que han roto el *ban,* en los cuales se exasperan los prejuicios de casta.

Véase la muestra en un poema goliárdico, la *Déclinaison du Paysan* (la declinación del campesino):

NOMINATIVO SINGULAR:	*hic vilanus*	este villano
GENITIVO:	*huius rustici*	de este rústico
DATIVO:	*huic tferfero*	a este ferfero (diablo)
ACUSATIVO:	*hunc furem*	este ladrón
VOCATIVO:	*o latro*	¡oh bandido!
ABLATIVO:	*ab hoc depredatore*	por este pillo
NOMINATIVO PLURAL:	*hi maledicti*	estos malditos
GENITIVO:	*horum tristium*	de estos miserables
DATIVO:	*his mendacibus*	a estos mentirosos
ACUSATIVO:	*hos nequissimos*	estos tunos
VOCATIVO:	*o pesimi*	¡oh detestables!
ABLATIVO:	*ab his infidelibus*	por estos infieles

«Los campesinos que trabajan para todos —escribe Geoffroi de Troyes—, que se fatigan en todos los tiempos, en todas las estaciones, que se entregan a obras serviles desdeñadas por sus amos, se ven incesantemente abrumados y esto para proveer a la vida, a los vestidos, a las frivolidades de los otros... Se les persigue por el incendio, por la rapiña, por la espada. Se les hunde en las prisiones y se les pone en los hierros, después se les obliga a rescatarse, o bien se les mata violentamente, se les entrega a toda clase de suplicios...»

En ocasión de la Gran Revuelta de 1381, los campesinos ingleses exclamaron, según Froissart: «Somos hombres hechos a semejanza de Cristo y se nos trata como a bestias salvajes.»

Un precioso poema que data de la primera mitad del siglo XIII, *Le conte des vilains de Verson,* narra la sublevación de los campesinos de la aldea de Verson-sur-Odon, cercana a Caen, contra su señor, el abad del Mont-Saint-Michel. La endecha de los villanos termina con esta réplica:

Allez et faites-les payer,
Ils se doivent bien acquitter.
Allez et prenez leurs chevaux,
Prenez et vaches et veaux,
Car les vilains sont trop félons.

(Id y hacedlos pagar, / pues es justo que paguen. / Id y quitadles sus caballos, / quitadles sus vacas y terneros, / pues los villanos son demasiado felones.)

Como ha escrito con justicia Frantisek Graus, los campesinos «no solamente se ven explotados por la sociedad feudal, sino, además, ridiculizados por el arte y la literatura».

El franciscano Berthold de Regensburg hacía observar en el siglo XIII que apenas si hay un santo campesino (mientras que, por ejemplo, en 1197, Inocencio III había canonizado a un mercader, Homebon de Cremona).

Nada hay de extraordinario en esas condiciones, puesto que el fondo de la mentalidad campesina es una larga impaciencia, un perpetuo descontento. «Los campesinos están siempre encolerizados —dice un poema goliárdico de Bohemia— y su corazón jamás conoce contento.»

Nada hay de extraordinario en que esta cólera estalle de tiempo en tiempo y revista la forma de un ataque. El monje que nos relata el conflicto entre el abad de Vale Royal y los campesinos de Darnall y Over, en 1336, se indigna al verlos proceder como perros rabiosos, *rabicanes.*

Guillermo de Jumièges y Wace, en el *Roman de Rou* (el «Cantar de Rollón»), nos han narrado la revuelta de los campesinos normandos en el año 997:

Les paysans et les vilains
Ceux du bocage et ceux de la plaine...
Par vingt, par trentaine, par cent,
Ont tenu plusieurs parlements,
La devise vont conseillant...
"Notre ennemi, c'est notre maître".

Ils en ont parlé, en secret
Et plusieurs l'ont entre eux juré,
Que jamais par leur volonté
N'auront de seigneur ni d'avoué...
Par ces dits et par ces paroles
Et par d'autres encor plus folles
Ont marqué leur assentiment
Et se sont juré par serment
Qu'ensemble tous se tiendront,
Et ensemble se défendront;
Ont élu, ne sais où ni quand,
Les plus adroits, les mieux parlant
Qui par tout le pays iront
Et les serments recueilleront...

(Los campesinos y los villanos, / Los del bosque y los del llano... / Por veinte, por treinta, por cien, / Han tenido varios parlamentos, / Y la divisa van aconsejando... / «Nuestro enemigo es nuestro amo». / Han hablado de ello en secreto / Y muchos de entre ellos lo han jurado, / Que jamás por su voluntad / Tendrán señor ni abogado... / Por esos dichos y esas palabras / Y por otras todavía más locas / Han indicado su asentimiento / Y se han comprometido por juramento / Que juntos todos se mantendrán / Y juntos se defenderán; / Han elegido, no sé dónde ni cuándo, / A los más hábiles, a los que hablan mejor, / Que por todo el país irán / Y los juramentos recogerán...)

«Tan pronto como el duque fue informado, envió inmediatamente al conde Raúl con un gran número de caballeros, a fin de reprimir la ferocidad de los campesinos...»

Y he aquí la represión señorial:

Raoul s'emporta tellement
Qu'il ne fit pas de jugement;
Les fit tous tristes et dolents;
A plusieurs arracher les dents
Et les autres fit empaler,
Arracher les yeux, poings couper,
A tous fit les jarrets rôtir
Même s'ils en devaient mourir,
D'autres furent brûlés vivants

Ou plongés dans le plomb bouillant,
Les fit ainsi tous arranger.
Hideux furent à regarder.
Ne furent depuis en lieu vus
Qu'ils ne fussent bien reconnus.
La commune est réduite à rien,
Et les vilains se tinrent bien;
Se sont retirés et démis,
De ce qu'ils avaient entrepris.

(Raúl se arrebató en tal forma / Que no les concedió juicio; / Los hizo a todos tristes y dolientes; / A muchos arrancar los dientes / Y a los otros hizo empalar, / Arrancar los ojos, los puños cortar, / A todos hizo las corvas quemar, / Incluso si de ello debían morir, / Otros fueron quemados vivos / O sumergidos en el plomo hirviente, / Los hizo a todos arreglar. / Asquerosos fueron de mirar. / No fueron después en ningún lugar vistos / Que no fuesen bien reconocidos. / La comuna quedó reducida a la nada, / Y los villanos se portan bien; / Se han retirado y dejado, / De aquello que habían emprendido.)

Más o menos abiertamente, la iconografía representa con frecuencia la lucha del campesino contra el caballero, una lucha de David contra Goliat. La vestimenta con que aparecen los dos personajes es claro testimonio de la intención.

No obstante, la forma habitual de la lucha de los campesinos contra los señores es la guerrilla sorda del merodeo en las tierras del señor, de la caza furtiva en sus bosques, del incendio de sus cosechas. Es la resistencia pasiva mediante el sabotaje de los trabajos forzados, la negativa a entregar los pagos en especie, a pagar las tasas. A veces se llega a la deserción.

En 1117, el abad del monasterio de Marmoutier, Alsacia, suprime los trabajos forzados de los siervos y los reemplaza por un pago en dinero. Toma esta decisión a causa de «la incuria, la inutilidad, la flojedad y la pereza de aquellos que los ejecutaban».

En su tratado de *Housebondrie,* escrito a mediados del siglo XIII, Walter de Henley, preocupado siempre de acrecentar por todos los medios el rendimiento agrícola, multiplica las recomendaciones para la vigilancia del trabajo de los campesinos. La iconografía nos muestra a los guardias señoriales, armados con su bastón, espiando a los trabajadores. Aun reconociendo que la fuerza de trabajo del caballo es superior a la del buey, Walter de Henley estima, con un cierto desengaño, que resulta inútil para el señor

hacer el gasto considerable que supone la compra de un caballo, pues «la malicia de los labradores priva al arado arrastrado por un caballo de avanzar con mayor rapidez que el tirado por bueyes».

La hostilidad de los campesinos frente al progreso técnico es más visible todavía. Tal hostilidad no puede explicarse, como las revueltas de los obreros contra el maquinismo al comienzo de la revolución industrial, por el temor a cualquier especie de paro tecnológico, sino porque el maquinismo medieval se acompañaba de un monopolio de la máquina en provecho del señor, el cual tornaba obligatoria y onerosa su utilización a su favor. Las sublevaciones de los campesinos contra los molinos «banales» señoriales serán numerosas. Inversamente, se ve muy a menudo a los señores —en especial a los abades— hacer destruir los molinos a brazo de sus campesinos, con objeto de obligarlos a llevar el grano a su molino y forzarles así a pagar la tasa de molienda. Ya en 1207, los monjes de Jumièges destrozan las últimas muelas de mano que quedaban en una de sus tierras. Una célebre disputa en torno a los molinos hidráulicos opuso en Inglaterra a los monjes de Saint-Albans y sus campesinos. Triunfante por último en 1331, el abad Ricardo II convirtió en trofeos las muelas confiscadas: pavimentó con ellas su locutorio.

Entre las formas más insidiosas de la lucha de clases, merecen un lugar privilegiado las innumerables discusiones originadas sobre la cuestión de los pesos y medidas. La determinación y la posesión de los patrones que fijan la cantidad del trabajo y de los pagos constituye un medio de dominación económica esencial. Witold Kula ha abierto magistralmente la vía de esta historia social de los pesos y medidas. Acaparadas por los unos, discutidas por los otros, pesos y medidas, conservados en la casa solariega, en el castillo, en la abadía o en la casa comunal de las ciudades, son el motivo de un litigio constante. Los numerosos documentos que evocan los castigos infligidos a campesinos o a artesanos por usar de medidas falsas (crimen asimilado al de desplazamiento de mojones o hitos de dominio) llaman nuestra atención sobre este aspecto de la lucha de clases. De la misma manera que la multiplicidad de las jurisdicciones favorecía la arbitrariedad de los señores, el número y la variabilidad (al capricho del señor) de las medidas suponían un instrumento de opresión señorial. Cuando los reyes de Inglaterra tratan en el siglo XIV de imponer un patrón real para las principales medidas, declaran exentas de él las rentas y arrendamientos, cuya medida es dejada a la discreción de los señores.

La lectura de los *fabliaux* *, de los tratados jurídicos y morales, de las actas judiciales, produce la impresión de que la Edad Media fue el

paraíso de los tramposos, la edad de oro del fraude. La opresión de las clases dueñas de la medida es la explicación de ello. Y la Iglesia, que hizo del fraude un pecado grave, no logró borrar esas manifestaciones de la lucha de clases.

* * *

Fundamental en el campo, la confrontación entre las clases reaparece bien pronto en las ciudades, no ya como la lucha de los burgueses victoriosos contra los señores, sino como la del pueblo bajo contra los ricos burgueses. Desde finales del siglo XII al XIV, una nueva línea de fractura social se dibuja efectivamente en las ciudades, para oponer los pobres a los ricos, los débiles a los poderosos, el común a la burguesía, el *popolo minuto* al *popolo grosso*. La formación de esta categoría urbana dominante, a la que se ha denominado el patriciado, compuesto por un grupo de familias que acumulan la propiedad inmobiliaria urbana, la riqueza, el dominio sobre la vida económica y el control de la vida política mediante el monopolio de los cargos municipales, hace que se levante frente a ella la masa de los nuevos oprimidos.

Hacia el final del siglo XII, comienzan a surgir los *meliores burgenses* o *maiores oppidani*, cuya dominación se afirma pronto. Ya en 1165, en Soest, Westfalia, son mencionados esos «mejores, bajo la autoridad de los cuales la ciudad prosperaba y en quienes residía lo esencial del derecho y de los negocios», *meliores... quorum auctoritate pretaxata villa nunc pollebat et in quibus summa iuris et rerum consistebat*. Y en Magdeburgo, en 1188, un estatuto urbano estipula que «en la asamblea de los burgueses se prohibió a los necios proferir palabras contrarias al orden y oponerse en cualquier cosa que sea a la voluntad de los *meliores*». Así era como ricos y pobres se enfrentaban en las ciudades. En las de lengua francesa, donde hasta ahora se había hablado tradicionalmente de oficios «fundados sobre el trabajo y sobre la mercancía», trabajo y mercancía se disocian. Los trabajadores manuales se levantan pronto contra aquellos que, a su vez, les tratan de ociosos. A partir de las postrimerías del siglo XIII, las huelgas y los motines contra los «ricos hombres» se multiplican y, en el siglo XIV, a favor de la crisis, se suscitan violentas revueltas del común de las ciudades.

A pesar de la tendencia maniquea de la Edad Media a simplificar todo conflicto reduciéndolo a una confrontación entre dos campos, el de los buenos y el de los malos, no hay por qué creer que la lucha de clases se haya limitado a esos desafíos: señores-campesinos, burgueses-pueblo. La realidad fue más compleja, y una de las principales razones del fracaso habitual de

los débiles frente a los poderosos fue, además de su debilidad económica y militar, las divisiones internas que aumentaban su impotencia. Hemos visto ya cómo se había creado una diferenciación social entre las capas campesinas. A propósito de la insurrección normanda del 997, Wace hace notar que, si bien los campesinos pobres no pudieron escapar a los suplicios que hemos visto, los ricos se libraron de ellos pagando su seguridad física con la pérdida de sus bienes.

Entre las capas inferiores urbanas, hemos de distinguir, cuando menos, en el *popolo minuto* entre los artesanos y los criados de las corporaciones y la masa de mano de obra asalariada, que no gozaba de ninguna protección corporativa: peones librados al azar del mercado de la mano de obra, rebaño reunido cotidianamente en la plaza de la contratación de trabajo (en París la plaza de la Grève), adonde los contratistas o sus encargados venían a buscar a los representantes de un proletariado siempre amenazado por el paro. A finales del siglo XIII, son ellos los que han pasado a integrar la categoría inferior de los *laboratores,* a los que Juan de Friburgo, en su *Manual sumario de confesores,* asigna el último lugar. Como ha demostrado muy bien Bronislaw Geremek en lo que respecta al París de los siglos XIII-XV, el trabajo y el trabajador se han convertido con ellos en una mercancía.

* * *

La explotación de la mano de obra femenina ha ocupado ciertamente un lugar de preferencia en esta opresión de los «dadores de trabajo». De todos es conocida la endecha de las obreras de la seda, que Chrétien de Troyes intercala (hacia 1180) en su *Yvain,* esa «Chanson de la chemise» (Canción de la camisa) de la Edad Media:

Toujours draps de soie tisserons
Et n'en serons pas mieux vêtues,
Toujours serons pauvres et nues
Et toujours faim et soif aurons;
Jamais tant gagner ne saurons
Que mieux en ayons à manger.
Du pain en avons sans changer
Au matin peu et au soir moins;
Car de l'ouvrage de nos mains
N'aura chacune pour son vivre
Que quatre deniers de la livre,

Et de cela ne pouvons pas
Assez avoir viande et draps;
Car qui gagne dans sa semaine
Vingt sous n'est mie hors de peine...
Et nous sommes en grand misère,
Mais s'enrichit de nos salaires
Celui pour qui nous travaillons;
De nuits grand'partie veillons
Et tout le jour pour y gagner.
On nous menace de rouer
Nos membres, quand nous reposons:
Aussi reposer nous n'osons.

(Siempre telas de seda tejemos / Y no por eso iremos mejor vestidas, / Siempre seremos pobres y desnudas / Y siempre tendremos hambre y sed; / Jamás sabremos ganar tanto / Que mejor hayamos de comer. / De pan tenemos, sin cambiar, / Por la mañana poco y por la tarde menos; / Pues del trabajo de nuestras manos / No tendrá cada una para su vivir / Sino cuatro dineros de la libra, / Y de esto no podemos / Tener bastante comida y vestido; / Pues quien gana en su semana / Veinte sueldos no está fuera de pena... / Y estamos en gran miseria, / Pero se enriquece con nuestros salarios / Aquel por el que nosotras trabajamos; / De las noches gran parte velamos / Y de día para ganar. / Se nos amenaza con moler / Nuestros miembros cuando reposamos: / De esta manera reposar no osamos.)

Las mujeres se hallan también en el centro de una disputa en apariencia menos dramática. Ellas son la apuesta en la rivalidad de los hombres de las diferentes clases sociales. Esos juegos placenteros entre machos y hembras significan, sin embargo, una de las expresiones más ásperas de la lucha de clases. El desdén que las mujeres sienten por los hombres de una determinada categoría social es una de las más dolorosas heridas que éstos pueden recibir. Quizás nos extrañe ver que los clérigos toman parte en el conflicto. No obstante, el cura, o el monje, libertino y lleno de éxitos, es uno de los personajes más familiares de los *fabliaux*. Particularmente, a decir verdad, es el clérigo al margen de la sociedad eclesiástica, esto es, el «goliardo» o fraile sin tonsura, el que manifiesta sus pretensiones en la materia. El «debate del fraile y del caballero» constituye un lugar común en la literatura medieval. El autor, que es siempre clérigo, se atribuye en general el mejor papel y se concede, por lo tanto, una neta ventaja sobre el guerrero en el corazón de las mujeres. En el poema del *Concile de Remi-*

remont, las monjas, tras una larga discusión, decretan la excomunión contra aquellas que prefieran los caballeros a los clérigos.

El desprecio del clérigo por el campesino se nos muestra también en esta canción goliárdica de Bohemia:

Filia, vis rusticum
Nigrum et turpissimum?
Nolo, mater cara...

Hija mía, ¿quieres a un campesino
Negro y asqueroso?
No lo quiero, madre querida...

La poesía lírica canta, en fin, con frecuencia en las «pastorales» el amor de los caballeros por las pastoras. En la realidad, tales empresas no terminan siempre felizmente. El conde-poeta Thibaud de Champagne reconoce, en verso, que dos campesinos le pusieron en fuga cuando se disponía a sofaldar a una pastora.

* * *

La lucha de clases en el Occidente medieval se duplica, como es sabido, a causa de las ardientes rivalidades en el interior de las clases. Los conflictos entre señores feudales, prolongación de las luchas de clan, las guerras privadas procedentes de la *faida* germánica, forma medieval de la *vendetta* señorial, llenan la historia y la literatura. Esas enemistades violentas y colectivas, esos «odios perdurables», «esos viejos rencores bien atizados», son, por otro lado, un privilegio de clase. Todavía al final del siglo XIII, Philippe de Beaumanoir afirma que «quienes no sean gentileshombres no pueden guerrear». Guerras de los «Lorrains» contra los «Bordelais» en la gesta de Raúl de Cambrai; combates de amigos y parientes del Cid contra el linaje de los Infantes de Carrión; interminables venganzas en torno a los Infantes de Lara; asaltos sin cesar repetidos de los Colonna y de los Orsini, aliados con los Gaetani, en los que se mezcla un Gaetani, Bonifacio VIII; y, ¿cómo no?, guerras de clan en el mundo nórdico, desde Escocia a Escandinavia. En las lizas de los torneos, en pleno campo, en los asedios de los castillos, las confrontaciones entre las familias feudales pueblan la historia medieval.

Sin embargo, a pesar de sus pretensiones, la clase señorial no posee la exclusiva de tales conflictos. En el seno de la sociedad urbana, las familias

burguesas se entregan asimismo a luchas sin cuartel, solas o animando partidos, por la dirección del patriciado o por el dominio de la ciudad. No es extraño que Italia, urbanizada más pronto, haya sido el principal teatro de esas rivalidades ciudadanas y burguesas. En 1216, una serie de *vendettas* oponen en Florencia a dos grupos de familia, a dos *consorterie:* la de los Fifanti-Amidei y la de los Buondelmonte. A causa de la ruptura de una promesa de matrimonio, afrenta tanto más cruel para los Fifanti-Amidei cuanto el novio Buondelmonte no se presenta el día en que toda la *consorteria* de la novia le espera ataviada con los vestidos de boda en el Ponte Vecchio, el traidor es asesinado mientras se dirige, algún tiempo más tarde, a la catedral para casarse con otra. Insertándose en la lucha entre los dos candidatos al imperio, Otón de Brunswick y Federico de Hohenstaufen, que degenera pronto en una lucha entre el emperador y el papa, la rivalidad de las dos familias florentinas se convierte en la querella de los güelfos y gibelinos.

Menos frecuente acaso, pero bastante notable es la actitud individual de ciertos miembros de las clases superiores que, por interés, por idealismo o, en el caso de los clérigos pobres, por una solidaridad más fuerte con los pobres que con el resto de los clérigos, se ponen al lado de los revoltosos de las categorías inferiores y, con frecuencia, les proporcionan los jefes instruidos de que carecen. Esos «traidores» a su clase se encuentran las más veces entre el clero y la burguesía, excepcionalmente tan sólo en la nobleza. En 1327, los «diez mil» villanos y ciudadanos pobres que marchan contra los monjes de Bury St. Edmunds son conducidos por dos clérigos, que portan los estandartes de los rebeldes. Misteriosa figura es la de Henri de Dinant, ese tribuno de Lieja de los años 1253-1255, ese patricio que lleva al populacho al asalto del patriciado. Fernand Vercauteren, siguiendo en eso a los cronistas del siglo XIII, ve en él a un ambicioso, que se sirve del pueblo y de su descontento para tratar de convertirse en un nuevo Catilina. Sin embargo, no conocemos a esos agitadores populares sino a través de los relatos de sus enemigos. Jean d'Outremeuse nos dice de Henri de Dinant que «hacía levantar al pueblo contra su señor y contra los clérigos y se le creía con facilidad... Era un hombre de gran nacimiento, culto y malicioso, pero fue tan falso, traidor y ambicioso que no valía nada por la envidia que tenía de cada uno». Desconfiemos de estos juicios que cuelgan a los revoltosos la etiqueta característica de envidiosos. *Invidia,* la envidia es, según los moralistas (clérigos), según los manuales de los confesores, el gran pecado de los campesinos, de los pobres. No obstante, el diagnóstico formulado por los intérpretes de los poderosos no cubre muchas veces más que la

revuelta de los oprimidos, la indignación de los justos. Todos los jefes poderosos en las grandes revueltas del siglo XIV, un Jacques y un Philippe van Artevelde, un Etienne Marcel, serán pintados como «ambiciosos».

* * *

Aparte esos casos individuales, cabe preguntarse si dos potencias no han escapado —por definición— a la lucha de clases, manteniéndose fuera de ella y buscando la manera de apaciguarla: la Iglesia y la realeza.

La Iglesia, de acuerdo con el ideal del cristianismo, estaba llamada a mantener igualada la balanza entre pobres y ricos, campesinos y señores, más aún, a contrabalancear la debilidad de los pobres mediante su apoyo y a hacer reinar la armonía social, a la cual, en el esquema tripartito de la sociedad, había dado su bendición.

Cierto que, en el plano de la caridad, en la lucha contra el hambre, su acción no es de despreciar. Cierto también que su rivalidad con la clase militar la ha inclinado a veces a obrar en favor de los campesinos o de los ciudadanos contra el adversario común y que ha animado de manera especial los movimientos de paz benéficos a todas las víctimas de la violencia feudal. Sin embargo, sus reiteradas declaraciones de arbitraje imparcial entre débiles y fuertes, disimulan mal el hecho de que, las más veces, ha escogido concretamente tomar el partido de los opresores. Inmersa en el siglo, integrada en un grupo social privilegiado, que ella misma había transformado en orden, es decir, en casta, por la gracia de Dios, se veía naturalmente inclinada a dejar sentir su peso del lado del que ella formaba parte de hecho.

Cuando el obispo Warin de Beauvais somete al rey Roberto el Piadoso el pacto de paz que pretende hacer jurar a los señores, no debe ignorar que tal texto ha de aplicarse también a algún abad, a algún obispo. Dicho texto dice así:

«No arrebataré ni buey ni vaca ni ninguna otra bestia de carga; no me apoderaré ni del campesino, ni de la campesina, ni de los mercaderes; no tomaré en manera alguna sus dineros y no los obligaré a rescatarse. No quiero que pierdan su haber por causa de la guerra de su señor, y no los azotaré para quitarles lo que tengan. Desde las calendas de marzo hasta Todos los Santos, no me apoderaré ni de caballo, ni de jumento, ni de pollino en los pastos. No derribaré los molinos, no les quitaré la harina que encuentre en ellos, a menos que se hallen situados en mi tierra o que yo no esté en la hueste; no daré protección a ningún ladrón.»

Y los monjes de Saint-Laud d'Angers han debido comprender que justificar la desigualdad social suponía admitir la inevitable lucha de clases que resultaba de ella cuando declaran en el preámbulo de un acta: «Dios mismo ha querido que, entre los hombres, unos fuesen señores y los otros siervos, de tal manera que los señores estén obligados a venerar y amar a Dios, y los siervos estén obligados a amar y a venerar a su señor, siguiendo la palabra del Apóstol: Siervos, obedeced a vuestros señores temporales con temor y temblando. Señores, tratad a vuestros siervos según la justicia y la equidad; no los amenacéis en manera alguna, porque vosotros también tenéis vuestro Señor, que está en el cielo.»

Es de señalar que los campesinos se han mostrado sobre todo hostiles contra los señores eclesiásticos, probablemente porque la distancia entre el ideal que profesaban y su comportamiento debía excitar en un grado especial su cólera y, sin duda alguna, porque al estar mejor llevados los archivos y las cuentas monásticas, los señores eclesiásticos obtenían con mayor seguridad, gracias al derecho apoyado por sus actas y sus libros de censos, las exacciones que los señores laicos les arrancaban en la mayoría de las ocasiones por la violencia.

Parece justo dar la razón a la autocrítica de ese dignatario eclesiástico anónimo —identificado a veces por error con San Bernardo— que escribió en el siglo XII: «No, no puedo decirlo sin derramar lágrimas, nosotros los jefes de la Iglesia somos más tímidos que los groseros discípulos en la época de la Iglesia naciente. Negamos y callamos la verdad por temor a los seculares; negamos a Jesucristo, ¡la Verdad misma! Cuando el raptor cae sobre el pobre, nos negamos a socorrer al pobre. Cuando un señor atormenta al pupilo o a la viuda, no vamos contra ello. El Cristo está en la cruz... ¡y guardamos silencio!»

La posición y la actitud de la realeza no carece de analogía con la de la Iglesia. Por otro lado, las dos se han prestado con frecuencia un mutuo apoyo en una lucha común, cuya consigna se dirigía contra las tiranías individuales, la defensa del interés general y la protección de los débiles contra los poderosos.

La realeza aprovechó hasta el máximo todas las armas que la estructura social le proporcionaba: obligar a todos los señores a que le prestase homenaje ligio o feudal; negarse a prestar homenaje por las tierras que ella tenía en feudo, a fin de afirmar que estaba no solamente en lo alto, sino por encima de toda jerarquía feudal; hacerse reconocer un derecho de protección —«reconocimiento» (protección señorial) o «patronato»— sobre numerosos establecimientos eclesiásticos; imponerse en el mayor número posible de

contratos de «paridad», que hacían de los reyes los copartícipes en señorías situadas fuera del dominio real y en regiones donde su influencia era débil; cristalizar en su provecho el ideal de fidelidad, que era la esencia de la moral y de la sensibilidad feudales. Al mismo tiempo, buscaba siempre sustraerse al control de los señores. Haciendo hereditaria la corona, amplía el dominio real, impone en todas partes a sus oficiales (funcionarios), trata de sustituir las huestes, contribuciones y jurisdicciones feudales por un ejército nacional, una fiscalidad de Estado y una justicia centralizada. Resulta muy significativo que los campesinos intentasen ponerse bajo la protección real, pese a que ésta se hallaba bastante más lejana que la de los señores del país. Las capas inferiores, especialmente los campesinos, centraron muy a menudo sus esperanzas en la persona del rey, de la cual creían poder recibir la liberación de la tiranía señorial. San Luis relata con emoción a Joinville la actitud del pueblo con referencia a él en ocasión de una revuelta de los barones durante su minoría: «Y el santo rey me contó que, estando en Montlhéry, ni él ni su madre se atrevían a regresar a París hasta que los habitantes de París viniesen a buscarlos en armas. Y me contó que, de Montlhéry hasta París, los caminos estaban llenos de gentes armadas y sin armas y que todos lo aclamaban, suplicando a Nuestro Señor que le diese buena y larga vida y lo defendiese y guardase de sus enemigos.» Ese mito real tendrá una larga vida. Sobrevivirá —hasta las explosiones finales, como las de 1642-1649 en Inglaterra, de 1792-1793 en Francia— a todas las experiencias en que la realeza demostró que, al enfrentarse a un peligro grave de subversión de la sociedad, se reunía a su campo natural, el de los señores feudales, con los que compartía intereses y prejuicios. Bajo Felipe Augusto, los campesinos de la aldea de Vernon se rebelaron contra su señor, el Capítulo de Notre-Dame de París, y se negaron a pagar sus tallas. Enviaron entonces una delegación ante el rey, quien concedió la razón a los canónigos y lanzó a la cara de los delegados de los campesinos esta frase: «¡Que sea maldito el Capítulo si no os lanza a una prisión hedionda!» *(in unam latrinam).*

Ahora bien, el rey se encuentra a veces solo frente a las clases sociales. Lejos de dominarlas, se siente amenazado por cada una de ellas. Exterior a la sociedad feudal, teme verse aplastar por ella. Tal fue la pesadilla de Enrique I de Inglaterra, según la crónica de Juan de Worcester. Mientras el rey estaba en Normandía, en 1130, tuvo una triple visión. Vio primeramente a una multitud de campesinos asediar su cama con sus instrumentos de trabajo, rechinando los dientes y molestándolo, haciéndole oír sus lamentaciones. Después, una multitud de caballeros, revestidos con sus corazas,

cubiertos con el yelmo, armados de lanzas, de dardos y de flechas le amenazaban con darle muerte. Por último, una asamblea de arzobispos, obispos, abades, decanos y priores sitian su lecho, con sus báculos levantados contra él.

«He aquí —gime el cronista— lo que asustaba a un rey revestido de púrpura, cuya palabra, según la expresión de Salomón, debe aterrorizar como el rugido del león.» Ese león es al que ridiculiza precisamente el *Roman de Renart* y, con él, a toda la majestad monárquica. Los reyes siempre han sido algo extraños al mundo medieval.

* * *

Hubo también en el Occidente medieval otras comunidades, además de las que acabamos de evocar, comunidades en que se entremezclaban más o menos las clases sociales y que eran, en particular, muy favorecidas por la Iglesia, que veía en ellas un medio de diluir y debilitar la lucha de clases.

Tales son las cofradías, cuyos orígenes nos son mal conocidos y cuyas relaciones con las corporaciones se mantienen en la oscuridad. En tanto que éstas tienen una significación esencialmente profesional, aquéllas debieron ser casi exclusivamente religiosas. No obstante, en el siglo XIV parece claro que las cofradías corresponden, si no a categorías profesionales —aunque las cofradías de barberos, farmacéuticos, cirujanos, por ejemplo, bautizadas en general con el nombre del Santo Sepulcro, se separan en cofradías superiores de médicos o de «cirujanos de ropa larga», puestos bajo la advocación de los Santos Cosme y Damián—, sí por lo menos a estamentos sociales.

Tales son las categorías de las vírgenes y de las viudas, a las que la Iglesia tiene en particular estima. Una obra espiritual muy en boga en los siglos XII y XIII, *El espejo de las vírgenes (Speculum Virginum)*, compara los frutos de la virginidad, de la viudedad y del matrimonio. Una miniatura aquí reproducida ilustra la comparación: las mujeres casadas no recogen más de treinta veces la simiente (cifra ya mítica para la Edad Media), mientras que las viudas la recogen sesenta veces y las vírgenes cien. Sin embargo, más que formar categorías intersociales, las vírgenes tienden a confundirse con las monjas, y las viudas, con el rebaño de los pobres, ya que, en ese tiempo, la falta de un hombre que ganase el pan hacía bascular hacia la miseria a la mayor parte de aquellas que no querían o no podían volverse a casar.

Mucho más vívida ha debido de ser la división entre las diversas edades, no esas edades que los clérigos transponían en las categorías teóricas y literarias de las edades de la vida, sino aquellas que se integraban en tradiciones concretas, características en las civilizaciones tradicionales, las sociedades militares y las sociedades campesinas. Entre esas clases separadas por la edad, una representaba en particular una realidad estructurada y eficaz: la clase de los jóvenes, la misma que, en las sociedades primitivas, corresponde a los adolescentes, que han recibido conjuntamente la iniciación. En efecto, puede considerarse que los jóvenes en la Edad Media sufrían un verdadero aprendizaje y una verdadera iniciación. Mas también, en este aspecto reaparecen las estructuras sociales, encuadrando esta estratificación en otro orden. Los jóvenes son distintos entre los guerreros y entre los campesinos. El aprendizaje de los primeros es el de las armas, del combate feudal, que termina por la iniciación de la reparación por la cual se entra en la clase: la caballería. Para los campesinos, es el ciclo de las fiestas folklóricas de la primavera. Entre San Jorge (23 de abril) y San Juan (24 de junio), se revela a los jóvenes de la aldea los ritos destinados a asegurar la prosperidad económica de la comunidad, ritos con frecuencia constituidos por cabalgatas o ejecutados a caballo (se las encuentra en el ciclo iconográfico de los trabajos de los meses de abril o de mayo) y que acaban con la prueba del salto por encima de las hogueras de San Juan. La ciudad trae con frecuencia la ruptura de esas tradiciones y de las solidaridades que eran su base. Quedaron, no obstante, residuos de ellas: la iniciación de los jóvenes escolares y estudiantes —los *bejaunes*—, destinados a hacerles perder su carácter salvaje, campesino (¿existe una relación entre el «Jacques» que designa en Francia el campesino al final de la Edad Media y el nombre de *Zak* —Jak— dado en Polonia al conscrito universitario?), o la de los jóvenes aprendices en el curso del período anterior a su calificación como maestros en el oficio y, más particularmente, de la Gran Vuelta que debían realizar, o la que los jóvenes pasantes recibían en las curias, etc.

Parece que, en contraposición, la clase de los viejos —los «ancianos» de las sociedades tradicionales— no ha desempeñado un papel importante en la Cristiandad medieval, sociedad de gentes que mueren jóvenes, de guerreros y de campesinos que valen únicamente en la época de su plena fortaleza física, de clérigos dirigidos por obispos y por papas que, abstracción hecha del escándalo de los papas adolescentes en el siglo x —Juan XI subió al trono de San Pedro, en el 931, a los veintiún años, Juan XII, en el 954, a los dieciséis—, son las más veces elegidos jóvenes (Inocencio III tiene aproximadamente treinta y cinco años en 1198). La sociedad medie-

val ha ignorado la gerontocracia. Todo lo más, su sensibilidad se ha podido emocionar ante los imponentes ancianos de barba blanca, como los que se ven en los pórticos de las iglesias, ante los ancianos del Apocalipsis y los profetas, ante los que presenta la literatura, a imitación de Carlomagno, el viejo emperador «de la barba blanca», o ante los ermitaños, tal como se imaginan y representan, patriarcas medievales de longevidad impresionante.

* * *

Ha de pensarse también en la importancia de las relaciones que se anudan en ciertos centros de la vida social y que se unen mediante lazos más o menos estrechos, con la estructura de las clases sociales y la diversidad de los géneros de vida.

El primero de esos centros está animado por el clero: es la iglesia, centro de la vida parroquial. El templo no es tan sólo durante la Edad Media un hogar de vida espiritual común —muy importante por otro lado, dado que en él se forman, en torno a los temas de propaganda de la Iglesia, mentalidades y sensibilidades—, sino asimismo un lugar de asamblea. Se celebran en él reuniones, sus campanas llaman a las gentes en caso de peligro, de incendio especialmente. Se sostienen en él conversaciones, juegos, comercios. Por largo tiempo, a despecho de los esfuerzos del clero y de los concilios para reducirlo a su papel de casa de Dios, supone un centro social con múltiples funciones, comparable a la mezquita musulmana.

Al igual que la sociedad parroquial constituye el microcosmos organizado por la Iglesia, la sociedad castrense integra la célula social formada por los señores en sus castillos. En ella se agrupan jóvenes hijos de los vasallos, enviados allí para servir al señor y llevar a cabo su aprendizaje militar —ocasionalmente servirán también de rehenes—, los domésticos señoriales y toda la turba de las gentes destinados a satisfacer las necesidades de diversión y de prestigio de los feudales. Posición ambigua la que ocupan esos troveros, trovadores * y ministriles, obligados a cantar las alabanzas y los valores esenciales de sus amos, estrechamente dependientes de los salarios y favores que de ellos reciben, con frecuencia desosos, lográndolo alguna vez, de convertirse a su vez en señores —tal es el caso del *Minnesänger* que llega a caballero y recibe el derecho a usar escudo de armas (el famoso manuscrito de Heidelberg, cuyas miniaturas representan a los *Minnesänger* y sus blasones, testifica esta promoción mediante el noble arte de la poesía lírica)—, pero también con frecuencia ulcerados por su posición de artistas dependientes de los caprichos de un guerrero, intelectuales animados de

ideales en oposición a los de la casta feudal, dispuestos siempre a convertirse en acusadores de sus amos. Las producciones literarias y artísticas del medio castrense son muy a menudo un testimonio más o menos oculto de oposición a la sociedad feudal.

Los medios populares cuentan con otros lugares de reunión. En el campo, el molino, al que el campesino debe llevar su grano, hacer cola hasta que llega su turno y esperar después su harina, es un buen centro de reunión. Puede imaginarse sin esfuerzo cómo se comentan en él las innovaciones rurales y cómo se difunden a partir de él. Del mismo modo, las revueltas campesinas han debido de incubarse allí. Dos hechos nos demuestran la importancia del molino como hogar de reunión de los campesinos. En primer lugar, los estatutos de las órdenes religiosas del siglo XII prevén que los monjes vayan a ellos para pedir limosna. En segundo, las prostitutas pululan a su alrededor, hasta el punto de que San Bernardo, dispuesto a hacer pasar la moral por encima del interés económico, incita a sus monjes a destruir aquellos focos del vicio.

En la ciudad, los burgueses tienen sus mercados, sus salas de reunión. Así el lugar donde se reúne la corporación de los *Marchands de l'eau* (que tiene como afiliados a los comerciantes parisienses más importantes) y al que con tanta razón se ha llamado el *Parloir aux Bourgeois,* «Locutorio de los burgueses».

Sin embargo, tanto en la ciudad como en la aldea, el gran centro social es la taberna. Puesto que se trata, en general, de una taberna «banal», es decir, perteneciente al señor, y puesto que el vino o la cerveza que se beben en ella son, las más vecs, proporcionados o tasados por él, el señor favorece su frecuentación. El cura, por el contrario, lanza vituperios contra ese centro de vicio, en el que se da libre curso a los juegos de azar y a la borrachera y que hace la competencia a las reuniones parroquiales, a los sermones, a los oficios religiosos. Recuérdese la taberna cuyo bullicio cubría la voz del dominico, cuyo sermón escuchaba San Luis. Y no solamente la taberna reúne a los hombres de la aldea o del barrio —ese otro cuadro de solidaridades urbanas que tomará tan gran importancia al final de la Edad Media, lo mismo que la calle, donde se agrupan los hombres de una misma procedencia geográfica o de un mismo oficio—, sino que desempeña, además, con frecuencia, en la persona del tabernero, el papel de banco de préstamo y acoge a los extranjeros, dado que, las más veces, es al mismo tiempo un albergue. Tal es la razón de que sea un nudo esencial en la red de relaciones. Desde ella se difunden las noticias portadoras de realidades lejanas, de leyendas, de mitos. Las conversaciones sostenidas en ella forjan

las mentalidades. Y como la bebida calienta los espíritus, la taberna contribuye poderosamente a dar a la sociedad medieval ese tono apasionado, esas embriagueces que hacen fermentar y estallar la violencia interior.

* * *

Se ha sostenido en ocasiones que ha sido la fe religiosa la que ha proporcionado a ciertas revueltas sociales el cemento y el ideal de que tenían necesidad sus reivindicaciones materiales. De ser así, la forma suprema de los movimientos revolucionarios habría sido la herejía. Está fuera de duda, en efecto, que las herejías medievales han sido logradas en la mayor parte de sus adeptos, más o menos conscientes, entre las categorías sociales descontentas de su suerte. Incluso en el caso de una participación activa de la nobleza al lado de los heréticos, como ocurrió en el Mediodía durante la primera fase de la cruzada contra los albigenses, se ha podido subrayar la importancia de sus quejas con referencia a la Iglesia, la cual, al aumentar los impedimentos por consanguinidad para el matrimonio, favorecía la fragmentación de los dominios de la aristocracia laica, que así caían más fácilmente en sus manos. Más cierto es aún que muchos de los movimientos heréticos, que condenan a la sociedad terrestre y especialmente a la Iglesia, contenían un fermento revolucionario muy poderoso. Así ocurre en el catarismo, en la ideología más difusa del joaquimismo, en los diversos milenarismos, cuyos aspectos subversivos han sido ya subrayados. Sin embargo, las herejías han reunido coaliciones sociales heterogéneas, en el interior de las cuales las divergencias de clase han debilitado la eficacia del movimiento. En el catarismo —bajo su forma albigense por lo menos— podría distinguirse entre una fase nobiliaria en la que la aristocracia es la dirigente, una fase burguesa, en la que mercaderes, notarios y notables de las ciudades dominan el movimiento, abandonado por la nobleza después de la cruzada y del Tratado de París. Y, a finales del siglo XIII, una fase formada por sus secuelas de aspecto más francamente democrático, en la que los artesanos de las villas, montañeses y pastores pirenaicos continúan casi solos la lucha.

Además, las consignas propiamente religiosas de las herejías hacen desvanecerse, por último, el contenido social de tales movimientos. Su programa revolucionario degenera en anarquismo milenario, que descarta toda esperanza en soluciones terrestres. El nihilismo, que se dirige de modo especial contra el trabajo, condenado con la mayor dureza por numerosos heréticos —los perfectos cátaros no deben trabajar—, paraliza la eficacia social de las revueltas acogidas bajo el signo de la religión. Las herejías * han sido las formas más agudas de la enajenación ideológica.

* * *

Pero esas herejías resultaban peligrosas para la Iglesia y para el orden feudal. Los heréticos fueron, pues, perseguidos y rechazados hacia los espacios de exclusión de la sociedad, que, en el curso de los siglos XII y XIII, gracias al impulso de la Iglesia, se fueron delimitando cada vez más. Bajo la influencia de los canonistas, en el momento en que se implanta la Inquisición, la herejía es definida como un crimen de «lesa majestad», un atentado contra el «bien público de la Iglesia», contra el «buen orden de la sociedad cristiana». Así lo hace en su *Summa* (hacia 1188) Huguccio, el más importante decretista en ese instante decisivo.

Al mismo tiempo que los heréticos, son también puestos en el índice, acosados, acorralados, los judíos (el IV Concilio de Letrán, en 1215, les impone la obligación de llevar una insignia distintiva: la rueda) y los leprosos (las leproserías se multiplican después del III Concilio de Letrán, en 1179).

No obstante, este tiempo es asimismo aquel en que ciertas categorías de parias son al fin admitidas en la sociedad cristiana. La Alta Edad Media había multiplicado los oficios sospechosos. La barbarización había permitido resucitar los tabúes atávicos: tabú de la sangre, que se dirige contra los carniceros, los verdugos, los cirujanos e incluso los soldados; tabú de la impureza, de la suciedad, que alcanza a los bataneros, los tintoreros, los cocineros, las lavanderas (Jean de Garlande, a comienzos del siglo XIII, evoca la aversión de las mujeres hacia los obreros textiles de «uñas azules» que desempeñaron, junto con los carniceros, un papel de primer plano en las revueltas del siglo XIV); tabú del dinero, que, como hemos visto, se explica por la actitud de una sociedad en la que predomina la economía natural. A tales tabúes, los invasores germánicos añaden el desprecio del guerrero por los trabajadores y el cristianismo su desconfianza frente a las actividades seculares, prohibidas en todo caso a los clérigos y, por ello, cargadas de un peso de oprobio que recae sobre los laicos que las ejercen.

Sin embargo, bajo la presión de la evolución económica y social, que trae consigo la división del trabajo, la promoción de los oficios, la justificación de Marta frente a María, de la vida activa que, en los pórticos de las catedrales góticas, hace honorablemente pareja con la vida contemplativa, el número de las ocupaciones ilícitas o despreciadas se reduce casi a la nada. El franciscano Berthold de Regensburg, en el siglo XIII, incluye todos los «estados del mundo» en la «familia de Cristo», con la sola excepción de los judíos, juglares y vagabundos, que forman la «familia del Diablo».

Pero esta Cristiandad, que se ha integrado ya a la sociedad nueva nacida del progreso de los siglos XI-XII, que ha llegado a su «frontera», se muestra todavía, por esa misma causa, más implacable frente a los que no quieren doblegarse al orden establecido o a los que no quiere admitir en él.

Su actitud sigue siendo, por lo demás, ambigua, frente a esos parias. Parece detestarlos y a la vez los admira, los teme con una mezcla de atracción y de terror. Los mantiene a distancia, pero fija esa distancia de manera que quede lo bastante próxima como para tenerlos a su alcance. Lo que ella denomina su caridad con respecto a ellos se asemeja bastante a la actitud del gato jugando con los ratones. Así las leproserías, que deben hallarse situadas a «una pedrada de la ciudad» a fin de que «la caridad fraternal» pueda ejercerse con los leprosos. La sociedad medieval tiene necesidad de esos parias. Los separa de sí porque son peligrosos, pero los conserva visibles, porque a través de los cuidados que les presta, pueda forjarse una buena conciencia y más aún, proyectar y fijar en ellos, mágicamente, todos los males que aleja de sí. Los leprosos, por ejemplo, están a la vez en el mundo y fuera del mundo, como aquellos a los que el rey Marc entrega a Isolda culpable en la terrible narración de Bérul, ante la cual ha retrocedido el tierno y cortés Thomas:

«Ahora bien, cien leprosos, deformados, con la carne roída y blanquecina, llegados sobre sus muletas al castañeteo de las carracas, se amontonaban ante la pira y, bajo sus párpados hinchados, sus ojos ensangrentados gozaban del espectáculo.

»Yvain, el más repugnante de los enfermos, llamó al rey con una voz aguda: "Señor, quieres tirar tu mujer en ese brasero. Ésa es buena justicia, pero demasiado rápida. Ese gran fuego pronto la habrá quemado, ese gran viento habrá dispersado su ceniza. Y como esta llama cederá bien pronto, su pena habrá terminado. ¿Quieres que te muestre un castigo peor, de manera que viva, pero con gran deshonor, y siempre deseando la muerte? Di, rey, ¿lo quieres?"

»El rey contestó:

»—Sí, la vida para ella, pero con gran deshonor y peor que la muerte. Al que me muestre un tal suplicio, yo lo querré mejor.

»—Señor, te diré, pues, brevemente mi pensamiento. Ved, tengo aquí a cien compañeros. Danos a Isolda y que nos sea común. El mal activa nuestros deseos. Dala a los leprosos. Jamás señora habrá tenido peor fin. Mira, nuestros harapos están pegados a nuestras llagas que rezuman. Ella que, cerca de ti, se complacía en las ricas telas forradas de cibelina, en las joyas, en las salas adornadas de mármol, que gozaba de los buenos vinos, del honor,

de la alegría, verá la corte de sus leprosos, cuando deba entrar en nuestras barracas hediondas y acostarse con nosotros. Entonces, Isolda la Bella, la Rubia, reconocerá su pecado y echará de menos ese hermoso fuego de espinos.

»El rey lo oye, se levanta y por largo tiempo queda inmóvil. Al fin corre hacia la reina y la toma por la mano. Ella grita: "¡Por piedad, señor, quemadme antes, quemadme!"

»El rey la levanta, Yvain la toma y cien enfermos se aprietan en torno de ella. Al oírlos gritar y chillar, todos los corazones se derriten de piedad; pero Yvain está gozoso. Isolda se va, Yvain la lleva. Fuera de la ciudad, desciende el asqueroso cortejo...»

Arrastrada por su nuevo ideal de trabajo, la Cristiandad expulsa incluso a los ociosos, ya sean voluntarios o imposibilitados para el trabajo. Lanza sobre los caminos a esa turbamulta de lisiados, de parados, que van a mezclarse con el gran rebaño de los vagabundos. Frente a todos esos desgraciados, a los que identifica con Cristo, actúa como frente al Cristo fascinante y aterrador. Resulta sintomático que cuando alguno desea verdaderamente vivir como Cristo, así Francisco de Asís, no solamente se mezcla con los parias, sino que no quiere ser más que uno de ellos. Un pobre, un extranjero, un juglar —el «juglar de Dios» como se llama a sí mismo—, de este modo se presenta. ¿Cómo no iba a representar un escándalo?

El piadoso San Luis, una vez hechas sus devociones, dejando a sus pobres y a sus leprosos, legisla fríamente en sus *Etablissements:* «Si algunos no tienen nada y están en la ciudad sin ganar (es decir, sin trabajar) y frecuentan las tabernas, que la justicia los detenga y les pregunte de qué viven. Y que los arroje fuera de la ciudad.»

Atracción y miedo, lo mismo que hacia el herrero, el artista a la vez admirado y maldito, al que Sigurd da muerte después de haber recibido de él su espada.

Con los judíos, los cristianos mantienen todo a lo largo de la Edad Media un diálogo que entrecortan con persecuciones y matanzas. El judío usurero, es decir, el prestamista irreemplazable, se les hace odioso, pero les es, al mismo tiempo, necesario y útil. Judíos y cristianos disputan sobre todo en torno a la Biblia. Las conferencias públicas y las reuniones privadas son incesantes entre clérigos y rabinos. A fines del siglo XI, Gilberto Crispin, abad de Westminster, relata en una obra que tuvo gran éxito su controversia teológica con un judío procedente de Maguncia. A mediados del siglo XII, André de Saint-Victor, preocupado por renovar la exégesis bíblica, consulta a los rabinos. San Luis relata a Joinville una discusión

entre clérigos y judíos que ha presenciado en el monasterio de Cluny, si bien desaprueba esas reuniones. «El rey añadió: "Tampoco nadie, si no es un buen clérigo, debe disputar con ellos. En cuanto a los laicos, cuando oyen hablar mal de la ley cristiana, no deben defenderla de otra manera sino clavándoles su espada en el vientre tanto como pueda entrar."»

Ciertos príncipes, abades, papas y, particularmente, ciertos emperadores alemanes protegen a los judíos. No obstante, después del siglo XI, el antisemitismo se desencadena en Occidente. Se ha tratado de explicar este movimiento a través de las Cruzadas, y no es imposible que el espíritu de cruzada haya dado a este antisemitismo una pasión afectiva suplementaria. De todas maneras, si se cree a Raúl Glaber, las frecuentes matanzas de judíos parecen producirse en torno al año 1000, aunque es verdad que se redoblan con la I Cruzada. Así, en Worms y en Maguncia: «El enemigo del género humano no tardó —relatan los *Anales sajones*— en sembrar cizaña al lado del grano, en suscitar seudoprofetas, en mezclar falsos hermanos y mujeres desvergonzadas con el ejército de Cristo. Mediante su hipocresía, mediante sus mentiras, mediante sus corrupciones impías turbaron el ejército del Señor... Creyeron bueno vengar al Cristo en los paganos y los judíos. Por ello mataron a novecientos judíos en la ciudad de Maguncia, sin perdonar a las mujeres y a los niños... Inspiraba piedad ver los grandes y numerosos montones de cadáveres que salían de la ciudad de Maguncia sobre carretas...»

Con la II Cruzada, en 1146, surge la primera acusación de muerte ritual, es decir, del asesinato de un niño cristiano, cuya sangre había de ser incorporada al pan ácimo, y de profanación de la Hostia, crimen todavía mayor a los ojos de la Iglesia que el primero, ya que se consideraba como un deicidio. Las falsas acusaciones no cesaron de venir desde entonces para proporcionar a los cristianos los supuestos motivos de persecución en tiempos de descontento o de calamidad. En algunos lugares, en ocasión de la Gran Peste de 1348, los judíos, acusados de haber envenenado los pozos, fueron degollados. Sin embargo, la gran causa de la segregación de los judíos estriba en la evolución económica y la doble formación del mundo feudal y del mundo urbano. Los judíos no pueden ser admitidos en los sistemas sociales —vasallaje y comunidades— que resultan de esta evolución. No se puede prestar homenaje a un judío, ni cambiar un juramento con un judío. Los judíos se ven excluidos poco a poco de la posesión e incluso de la concesión de la tierra, lo mismo que de los oficios, comprendido el comercio. No les restan más que las formas marginales o ilícitas del comercio y de la usura.

No obstante, habrá que esperar al Concilio de Trento y a la Contrarreforma para que la Iglesia instituya y preconice los «ghettos», las juderías. Es en el tiempo de la gran recesión del siglo XVII y del absolutismo monárquico cuando se instaurará el «gran encierro», cuya historia ha establecido Michel Foucault en lo que concierne a los locos. Locos * que la Edad Media ha tratado también de una manera ambigua. A veces, se les considera casi como inspirados y el bufón del señor, que será el loco del rey, pasa a ser también su consejero. En la sociedad campesina, el tonto del lugar significa un fetiche para la comunidad. En el *Jeu de la Feuillée,* el *dervés,* el joven campesino loco es quien saca la moraleja de la historia. Se observa incluso que se realiza un cierto esfuerzo para distinguir diversas categorías de locos: los «furiosos» y los «frenéticos», que son enfermos a los que se puede pensar en curar o, más bien, en encerrarlos dentro de hospitales especiales (uno de los primeros es el hospital de Bethléem, o Bedlam, en Londres, construido a finales del siglo XIII); los «melancólicos» cuya extravagancia puede ser también física, ligada a malos humores, pero que tienen más necesidad del cura que del médico; y, por último, la gran masa de los «posesos», a los que sólo el exorcismo puede librar de su huésped temible.

Muchos de esos posesos son fácilmente confundidos con los hechiceros. Ahora bien, nuestra Edad Media no es la gran época de la brujería, que se retrasará hasta el período de los siglos XIV-XVIII. Entre los heréticos y los posesos, los brujos encuentran difícilmente un lugar. Son los herederos, cada vez menos numerosos, se dirá, de los brujos paganos, de los adivinadores de la suerte campesinos, a los que los penitenciales de la Alta Edad Media persiguen en el cuadro de la evangelización rural. Es en estos penitenciales, por otra parte, donde se inspiran Réginon de Prüm para su canon (hacia el 900) y Burchard de Worms para su decreto (hacia 1010). Se ven en ellos lechuzas o lamias, monstruos fabulosos, especie de vampiros, y los lobos-duendes (que en alemán son denominados *Werenwulf,* dice Burchard, lo cual viene a subrayar el carácter popular de tales creencias y de los personajes unidos a ellas). Mundo de la campiña salvaje, sobre el que la Iglesia no posee más que una influencia limitada y en sus incursiones por el mal se mantiene prudente. ¿No acepta acaso que un duende haya venido a velar sobre la cabeza del rey anglosajón San Edmundo, decapitado por los vikingos?

Sin embargo, a partir del siglo XIII, la razón de Estado, apoyándose sobre el renacimiento del Derecho romano, se lanza a la cacería de los brujos. Nada tiene de extraordinario ver a los soberanos más «estatistas» entregarse a ella particularmente.

Los papas, que ven en los hechiceros o brujos, lo mismo que en los heréticos, fautores de «lesa majestad», turbadores del orden cristiano, figuran entre los primeros perseguidores.

Ya en el año 1270, un manual para los inquisidores, la *Summa de officio Inquisitionis,* consagra un capítulo especial a los «augures e idólatras», culpables de organizar el «culto a los demonios». Habrá algunos, no obstante, que intentarán establecer las distinciones necesarias. El jurista Oldranus da Ponte de Lodi se pregunta si adivinar la suerte o administrar filtros de amor son en verdad actos heréticos. Responderá que se trata más bien de supersticiones que de herejía. Cualquiera que sea el diagnóstico de la Iglesia, los brujos y brujas que no abjuren serán, desde este momento, acechados por la hoguera.

Federico II, siguiendo a Azón de Bolonia, que, en su *Summa super Codicem* (hacia 1220), declara a los *malefici* reos de la pena capital, persigue a los hechiceros. El dogo Jacopo Tiepolo, por su parte, dicta contra ellos un estatuto en 1232.

Pero el más encarnizado en conseguir su pérdida, el más constante en invocar la hechicería contra sus enemigos, fue Felipe el Hermoso, cuyo reinado presenció un cierto número de procesos, en los que la razón moderna de Estado apareció bajo sus formas más monstruosas: extracción de confesiones por cualquier medio y, sobre todo, el método de la amalgama, por el cual se acusaba a los inculpados, en desordenada confusión, de todos los crímenes conocidos: rebelión contra el príncipe, impiedad, hechicería, malas costumbres y, más particularmente, sodomía.

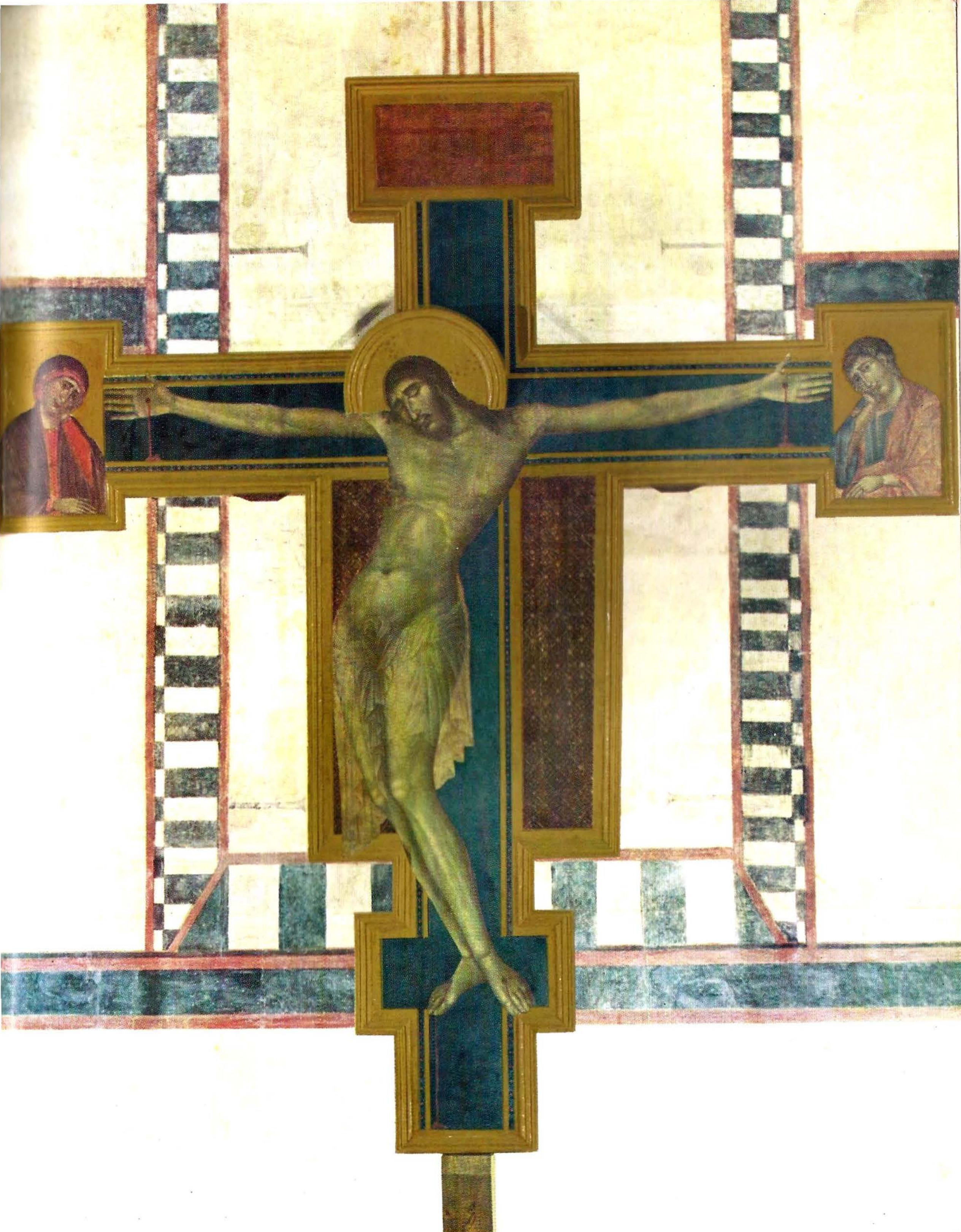
Por otra parte, la historia de la sodomía medieval está todavía por hacer, tanto en lo que respecta a la práctica como a la teoría. Durante los siglos XI-XII, hay poetas que cantan a la antigua el elogio amoroso de los mancebos y los textos monásticos dejan entrever de vez en cuando que el medio masculino clerical no ha debido ser enteramente insensible al amor socrático. Pero con mayor frecuencia, con el horror heredado de los tabúes sexuales judíos, en completa oposición con la ética grecorromana, se ve a la sodomía denunciada sin cesar como el más abominable de todos los crímenes y, a través de un aristotelismo, curiosamente sacado a luz, el pecado «contra naturaleza» es colocado en la cumbre de la jerarquía de los vicios. No obstante, al igual que ocurre con los bastardos, despreciados cuando son de baja extracción, y tratados como los hijos legítimos en las familias principescas, los homosexuales de alto rango (como los reyes de Inglaterra Guillermo el Rojo y Eduardo II), no se verán inquietados en manera alguna. Parece que, más que la severidad del Derecho canónico, que consideraba a

la sodomía como un crimen capital, es la ausencia en las estructuras familiares de condiciones favorables para la formación del complejo de Edipo la que explica la débil difusión de la homosexualidad. Acaso se trate solamente de una impresión debida a la censura ejercida por la Iglesia sobre las alusiones a tales comportamientos.

En todo caso, la sodomía fue uno de los principales crímenes atribuidos a los Templarios, víctimas del más famoso proceso montado por Felipe el Hermoso y sus consejeros. La lectura de las actas del proceso de los Templarios pone bien de manifiesto que el rey de Francia y su círculo habían establecido, a comienzos del siglo XIV, un sistema de represión judicial que no tiene nada que envidiar a los más célebres procesos de nuestra época.

Procesos semejantes fueron montados especialmente contra el obispo de Troyes, Guichard, acusado de haber tratado de dar muerte a la reina y a otras personas de la corte de Felipe el Hermoso mediante maleficios sobre una estatuilla de cera, llevados a cabo con la ayuda de un hechicero, y contra el papa Bonifacio VIII, sospechoso de haberse desembarazado más discretamente de su desdichado predecesor Celestino V.

El encierro de los leprosos se produjo también en esta época. Sin embargo, las circunstancias de la lepra, por razones sin duda biológicas, no son iguales a las de la hechicería. Sin desaparecer por completo, la lepra retrocede de manera considerable en Occidente a partir del siglo XIV. Se encuentra en su apogeo, en cambio, durante los siglos XII-XIII. Las leproserías se multiplican entonces (la toponimia ha conservado su recuerdo: por ejemplo, en Francia, las *maladreries,* los arrabales bautizados con el nombre de *La Madeleine,* los villorios y aldeas que recuerdan el término de *mésel,* sinónimo de leproso, etc.). En su testamento, Luis VIII lega, en el año 1227, cien sueldos a cada una de las dos mi leproserías del reino de Francia. El III Concilio laterano (en 1179), en el que se autoriza la construcción de capillas y de cementerios en el interior de las leproserías, contribuirá a hacer de ellas mundos cerrados, de los cuales no pueden salir los leprosos más que haciendo el vacío ante ellos por medio del ruido de una carraca que deben agitar sin tregua, al igual que los judíos, al enarbolar su rueda, hacen apartar a los buenos cristianos. No obstante, el ritual de la «separación» de los leprosos, que se generalizará durante los siglos XVII y XVIII, y que se efectúa en el curso de una ceremonia en la que el obispo, por medio de gestos simbólicos, separa al leproso de la sociedad y hace de él un muerto en el mundo (a veces incluso debe bajar a una tumba), es todavía raro en la Edad Media. No alcanza tampoco al punto de vista jurí-



VIII. HACIA LA PINTURA DEL RENACIMIENTO: EL CRUCIFIJO DE CIMABUE.

La importancia y el genio de Cimabue fueron ya reconocidos en plena Edad Media. Dante le llama el pintor más célebre antes de Giotto. Y Filippo Villani, a finales del siglo XIV, declara que con él la pintura ha iniciado su retorno a la naturaleza. Este crucifijo, pintado a finales del siglo XIII (Cimabue murió en 1302) para la iglesia franciscana de Florencia, Santa Croce, revela el desvío del modelo bizantino hacia un arte más natural, el del Renacimiento. La Toscana está sirviendo ya de cuna al movimiento, y el espíritu franciscano, sin crear la nueva sensibilidad, la acoge de buen grado y permite su desarrollo. Cimabue trabajó en los dos grandes talleres italianos de la segunda mitad del siglo XIII: el Baptisterio de Florencia ("il bel Giovanni" del Dante) y la basílica de San Francesco d'Assise. (Florencia, iglesia de Santa Croce.)

dico, ya que el leproso conserva los derechos de un ser sano, excepción hecha de la Normandía y de la región de Beauvais.

A pesar de ello, un número considerable de prohibiciones pesan sobre los leprosos y ellos constituyen también el chivo expiatorio de todas las iniquidades en tiempos de calamidades. Después de la gran hambre de 1315-1318, los judíos y los leprosos fueron perseguidos en toda Francia y declarados sospechosos de haber envenenado pozos y fuentes. Felipe V, digno hijo de Felipe el Hermoso, hizo instruir proceso contra los leprosos de Francia y, luego de arrancar sus confesiones por medio de la tortura, muchos de ellos fueron condenados a la hoguera.

De la misma manera que los bastardos y los pederastas nobles, los leprosos ilustres no son inquietados. Pueden continuar cumpliendo sus funciones y vivir entre las gentes sanas. Así Balduino IV, rey de Jerusalén; Raúl, conde de Vermandois, y Ricardo II, ese terrible abad de Saint-Albans que hizo pavimentar su locutorio con las piedras de molino arrebatadas a los campesinos.

También los enfermos y, sobre todo, los lisiados, forman parte de los excluidos. En ese mundo en el que la enfermedad y la deformidad son consideradas como signos exteriores del pecado, los que se ven atacados por ellas son malditos de Dios y, por lo tanto, de los hombres. La Iglesia los acoge provisionalmente (el tiempo de permanencia en los hospitales es, por regla general, muy limitado) y nutre esporádicamente (los días de fiesta) a algunos de ellos. Los otros tienen por único recurso la mendicidad y el vagabundeo. Pobre, enfermo y vagabundo son casi sinónimos en la Edad Media. Los hospitales se hallan con frecuencia situados cerca de los puentes y de los pasos de las montañas, esos lugares de tránsito obligado de los errantes. Guy de Chauliac, al narrar la actitud de los cristianos en ocasión de la peste negra de 1348, dice que en ciertos lugares se acusaba del azote a los judíos, que eran degollados; en otros, a los pobres y lisiados *(pauperes et truncati)*, que eran expulsados. La Iglesia se negaba a ordenar presbíteros a los enfermos. Todavía en 1346, por ejemplo, Juan de Hubant, fundador en París del Colegio del Ave María, excluye de las becas a los adolescentes que tengan «una deformidad corporal».

El excluido por excelencia de la sociedad medieval es el extranjero. Sociedad primitiva, sociedad cerrada, la Cristiandad medieval rechaza a ese intruso que no pertenece a las comunidades conocidas, a ese portador de lo desconocido y de la inquietud. San Luis se preocupa de ellos en sus *Etablissements*, en el capítulo «del hombre extranjero», y lo define como el «hombre desconocido en la tierra». «Histriones, juglares y extranjeros»

son puestos en un mismo plano en un estatuto de Goslar, de 1219. El extranjero es aquel que no es un hombre fiel, un hombre sujeto, aquel que no ha jurado obediencia a ninguno, el que no ha sido reconocido dentro de la sociedad feudal.

Por eso la Cristiandad medieval fijaba algunos de sus abscesos. Ciudades y campiñas, en las cercanías de los castillos, lejos de ocultar, exhibían sus centros y sus instrumentos de represión: la horca sobre la gran rueda a la salida de las ciudades o al pie del castillo, la picota en el mercado, en el patio o delante de la iglesia y, sobre todo, la prisión, cuya posesión era el signo del poder judicial supremo, de la alta justicia, del rango social más elevado. Nada de extraordinario tiene el que la iconografía medieval, en las ilustraciones de la Biblia, en las historias de mártires y de santos, haya representado con predilección los prisiones. Había en ellas una realidad, una amenaza, una pesadilla siempre presente en el mundo medieval.

A aquellos a los que no podía atar o encerrar, la sociedad medieval los abandonaba en los caminos. Mezclados con los peregrinos y los mercaderes, lisiados y vagabundos erraban, aislados, en grupos, en hileras. Los más válidos o los más furiosos iban a engrosar las tropas de bandidos emboscados en las selvas.

La historia del joven campesino alemán del siglo XIII, Helmbrecht, que quiso escapar a su condición, es un resumen edificante de historia social.

Veámoslo, en primer término, imitando el aspecto de los jóvenes señores: «He visto, os lo afirmo con toda certeza, al hijo de un campesino cuya cabellera era rubia y rizada y le flotaba sobre los hombros en toda su longitud; la protegía bajo un bonete artísticamente bordado. Dudo que nadie haya visto jamás en un gorro representados tantos pájaros: papagayos y palomas, todos estaban imitados.»

Más tarde, declara a su padre: «Quiero saber qué gusto tiene la vida en la corte. Nunca más los sacos pesarán sobre mis hombros, no quiero cargar más el estiércol en tu carro. Dios me maldiga si unzo todavía los bueyes al yugo y siembro aún tu avena. Esto no convendría ciertamente a mis largos cabellos rubios y rizados, a mi vestido tan ajustado, ni a mi hermoso gorro y a las palomas de seda que en él bordaron damas. ¡No! ¡No te ayudaré jamás en el cultivo!»

En vano el padre le recuerda la moral de la sociedad medieval: «Es raro que triunfe el que se rebela contra su sangre. ¡Y tu rango es el de la carreta!» Él quiere vivir como un señor. Y la vida del señor es la embriaguez de la velocidad de los caballos (los automóviles de la Edad Media) y la opresión de los campesinos. «Quiero oír el mugido de los bueyes robados

cuando los empuje a campo traviesa. No me quedaría aquí tan largo tiempo si poseyese el más pequeño caballejo. ¡No poder correr con los otros como el viento por la llanura, arrastrando por los cabellos a los villanos en los setos! ¡Oh, cuánto me aflige esto!»

Los meses pasan y el hijo pródigo regresa para deslumbrar a los suyos. Pero se ha convertido en un truhán, no en un señor. «En otro tiempo, cuando yo era un muchacho —le dice su padre—, tu abuelo me mandó a la corte con queso y huevos, como suelen hacer los campesinos. Vi a los caballeros y observé sus costumbres.» Y el viejo campesino evoca la visión del joven rústico deslumbrado, que, en un rincón del patio del castillo, ve divertirse a la sociedad castrense: torneos, danzas, violinistas, juglares. Sin embargo, sabe que la vida señorial no es para él ni tampoco para su hijo.

El joven bandido parte de nuevo, corrompiendo a su hermana, a la que casa, sin ir al altar, a la manera campesina, con uno de sus compañeros de rapiña. Se llama desde entonces «Traga-País» y su cuñado recibe el apodo de «Masca-Cordero». «Traga-Carnero», «Saco-de-Infierno», «Fuerza-Cofre», «Come-Vaca» y «Roba-Iglesia» componen el resto de la banda.

Y helos aquí torturando y robando a los campesinos: «A uno saco los ojos, cuelgo a otro encima de una hoguera, ato a éste sobre un hormiguero, arranco a esotro la barba con unas tenazas, desuello a uno, coloco en la rueda a otro, o lo suspendo por los tendones. Todo lo que tienen los campesinos es de este modo mío.»

La historia acaba mal para Helmbrecht, como puede imaginarse.

«Lo que debe llegar, llega. Dios no se olvida nunca de castigar al que hace lo que no debía hacer.» Dios escoge dos instrumentos para castigar a Helmbrecht.

El primero es el preboste señorial. «No les fue concedido abogado... El esbirro hizo colgar a nueve de los bandidos, a uno sólo dejó con vida: fue a Helmbrecht "Traga-País". El verdugo le sacó los ojos, le cortó una mano y un pie... Helmbrecht, el ladrón ciego, recibió un bastón y un criado le guió hacia la casa paterna. Pero su padre no quiso acogerlo; lo echó, sin querer aliviar su angustia... "¡Eh, muchacho, llévate de aquí este horror...! ¡Señor extranjero, marchaos volando...!"

»La madre, sin embargo, le deslizó un pan en la mano, como a un niño. Así partió el ladrón ciego. Cuando pasaba a través del campo, acompañado de su guía, ningún campesino dejaba de gritarle: "¡Ah! ¡Ah! ¡Ladrón Helmbrecht! ¡Si te hubieses contentado con ser campesino como yo, no te verías ciego y obligado a que te guíen!"»

El último instrumento de Dios fueron los campesinos robados por Helmbrecht y que no perdonaban a un hombre de su clase lo que estaban forzados a permitir a su señor.

«Obligaron al desgraciado a confesarse; después, uno de ellos cogió un pellizco de tierra y la dio al miserable a manera de protección contra el infierno; después de lo cual lo colgaron de un árbol...

»Las rutas y los caminos no habían sido seguros; ahora se puede viajar con toda seguridad, puesto que Helmbrecht está colgado... ¿Acaso Helmbrecht tiene todavía partidarios? Se convertirán en pequeños Helmbrecht. No puedo protegeros contra ellos, pero acabarán como él, en la horca.»

CAPÍTULO IX

MENTALIDADES, SENSIBILIDADES, ACTITUDES

(SIGLOS X-XIII)

Lo que domina la mentalidad y la sensibilidad de la Edad Media, lo que determina la parte esencial de sus actitudes, es el sentimiento de su inseguridad. Inseguridad material y moral contra la cual, según la Iglesia, no existe más que un remedio, como hemos visto: apoyarse en la solidaridad del grupo, de la comunidad en que cada uno se integra, procurando por todos los medios evitar la ruptura de esta solidaridad, amenazada por la ambición o la decadencia. Inseguridad fundamental, que se centra, en definitiva, sobre la vida futura, la cual nadie puede considerar como asegurada, ya que las buenas obras y la buena conducta no la garantizan jamás por completo. Los peligros de condenación, en los que colabora el diablo, son tan grandes y las esperanzas de salvación tan débiles que el temor ha de triunfar por fuerza sobre la esperanza. El predicador franciscano Berthold de Regensburg, en el siglo XIII, afirma que la posibilidad de condenación se halla en una proporción de 100.000 a 1 y la imagen habitual para evaluar el porcentaje entre los elegidos y los condenados consiste en el pequeño grupo de Noé y sus compañeros frente a la humanidad masivamente destruida por el Diluvio. Sí, las calamidades naturales constituyen, en efecto, para los hombres de la Edad Media la imagen de la medida de las realidades espirituales, y el historiador se siente inclinado a decir que el rendimiento de la vida moral parecía a la humanidad medieval tan débil como el rendimiento de la agricultura. Así mentalidades, sensibilidades y actitudes vienen, sobre todo, impuestas por la necesidad de asegurarse.

* * *

Y en primer lugar de apoyarse sobre el pasado, sobre los predecesores. De la misma manera que el Antiguo Testamento prefigura y funda el Nuevo, los antiguos justifican a los modernos. Ningún avance es seguro si

no está garantizado por un precedente en el pasado. Entre esas garantías, hay algunas que pueden considerarse como privilegiadas: las autoridades. Es evidente que ha de ser en la teología, la ciencia suprema, donde el recurso a las autoridades encuentre su coronación. Y, dado que fundamenta toda la vida espiritual e intelectual, este recurso ha de estar sometido a una estricta reglamentación. La autoridad suprema es la Escritura, a la cual se añaden los escritos de los Padres de la Iglesia. Ahora bien, esta autoridad general se materializa en citas, que van convirtiéndose en la práctica en las «opiniones auténticas» y, finalmente, en las «autoridades» mismas. Y puesto que dichas autoridades son con frecuencia difíciles y oscuras, son aclaradas mediante las glosas, que deben, a su vez, proceder de un «autor auténtico». Incluso muy a menudo las glosas llegan a sustituir el texto original. De todos los florilegios que hacen circular los datos de la actividad intelectual en la Edad Media, las antologías de glosas son las más consultadas y las más saqueadas. El saber es un mosaico de citas o «flores», que en el siglo XII reciben el nombre de «sentencias». Las sumas de sentencias son colecciones de autoridades. Robert de Melun, a mediados ya del siglo XII, protesta contra el crédito que, entre estas sentencias, se concede de manera particular a las glosas. En vano. El padre Chenu reconoce que no sólo la *Suma de sentencias* del mediocre Pedro Lombardo *, que será el manual de teología más usado en las universidades durante el siglo XIII, no es otra cosa que una colección de glosas «de las que es difícil reconocer la fuente», sino que incluso en la *Summa theologica* de Santo Tomás de Aquino * «se pueden ver bastantes textos, haciendo función de autoridades, que no pueden ser identificados sino a través de las deformaciones de las *glossae*».

Cierto que las autoridades son solicitadas por sus utilizadores de manera que no dificulte gran cosa a las opiniones personales. Así, Alain de Lille, en una frase que llegará a ser proverbial, declara que «la autoridad tiene una nariz de cera, que puede ser deformada en todos sentidos». Cierto también que los intelectuales de la Edad Media acogerán como autoridades a opiniones inesperadas: las de los filósofos paganos y árabes. Por ejemplo, el mismo Alain de Lille afirma que se ha de recurrir a las autoridades de los filósofos «gentiles» para avergonzar a los cristianos. En el siglo XII, los árabes se hallarán hasta tal punto de moda que Abelard de Bath reconocerá maliciosamente que ha atribuido a los árabes muchos pensamientos personales, a fin de hacerlos admitir con mayor facilidad por sus lectores, lo cual, subrayémoslo, debe hacernos prudentes al juzgar la influencia de los árabes, exagerada por algunos, sobre el pensamiento cristiano medieval. La referencia a los árabes no ha sido con frecuencia más que un sacrificio

a la moda, la máscara publicitaria de un pensamiento original. A pesar de todo esto, la referencia al pasado sigue siendo obligatoria durante toda la Edad Media. Innovación es tanto como decir pecado. La Iglesia se apresura a condenar las *novitates*. Tal ocurre en el progreso técnico, en el progreso intelectual. Las invenciones son inmorales. Lo más grave es que el respetable «argumento de tradición», cuyo valor es inmejorable cuando se trata de «un consenso unánime de testimonios a través de los siglos», ha sido en muchas ocasiones objeto de una práctica discutible. «La mayor parte de las veces —escribe el padre Chenu—, lo que se hace es alegar *un* autor, aportar *un* texto, fuera del tiempo y del espacio, sin preocupación alguna por el expediente que se debe establecer.»

El peso de las autoridades antiguas no oprime exclusivamente el campo intelectual, sino que se deja sentir en todos los aspectos de la vida. Es, por otro lado, la marca de una sociedad tradicional y campesina, donde la verdad consiste en el secreto transmitido de generación en generación, legada por un «sabio» a quien ha juzgado digno de ese depósito, difundida por tradición («he oído decir») más que por escrito. Esta continuidad, que fundamenta el valor de una cultura transmitida por tradición, ha sido anotada por un monje en un manuscrito de Adhémar: «Teodoro el Monje y el abad Adriano enseñaron a Aldhelm el arte de la gramática, Aldhelm instruyó a Beda, Beda (por intermedio de Egbert) instruyó a Alcuino, éste enseñó a Hraban y Smaragde, éste a Teodulfo; después del cual vinieron Heiric, Hucbald, Remi, este último con numerosos discípulos.»

Las autoridades gobiernan también la vida moral. La ética medieval se enseña, se predica a golpe de anécdotas estereotipadas, que ilustran una lección y son empleadas incansablemente por los moralistas y los predicadores. Las colecciones de *exempla* contienen toda la monótona cadena de la literatura moral medieval. En una primera lectura, tales anécdotas edificantes resultan agradables. Vueltas a encontrar cien veces y por todas partes, nos revelan esa técnica de la repetición que traduce, en la vida intelectual y espiritual, aquella voluntad de abolición del tiempo y del cambio, aquella inercia que parece haber absorbido una gran parte de la energía mental de los hombres medievales. He aquí un *exemplum,* entre otros, cuya formación nos ha revelado Astrik L. Gabriel: la anécdota del estudiante inconstante, del «hijo de la inconstancia», que comete el grave pecado de querer cambiar de estado. El *exemplum* se encuentra por primera vez en un tratado escrito entre 1230 y 1240 por un clérigo inglés, el *De disciplina scolarium.* Bien entendido, el autor empieza por atribuirlo a una autoridad de las más incontrastables, Boecio mismo. Después, más o menos ador-

131. LA CONCEPCIÓN BÁRBARA DE LA JUSTICIA: UNA ORDALÍA, LA PRUEBA DEL FUEGO.

El juicio de Dios, a pesar de la prohibición decretada por el IV Concilio de Letrán (1215), ha seguido practicándose hasta el final del siglo XIII y, a veces, aún más tarde. Las reproducciones contemporáneas de esas ordalías son, sin embargo, raras. Sobre dos paneles, encargados en 1468 por el magistrado de Lovaina para el Tribunal de los "Échevins" (regidores), Thierry Bouts (hacia 1415-1475) ha compuesto un tema célebre, encontrado por un profesor de teología de la Universidad de Lovaina en una narración de finales del siglo XIII, escrita por Godofredo, obispo de Viterbo. La mujer del emperador Otón III había tentado inútilmente a un caballero, al que hizo condenar a muerte y decapitar. Su viuda reclamó la ordalía y, ante el emperador y su corte, sufrió victoriosamente (como Isolda) la prueba del fuego. (Bruselas, Museos Reales de Bellas Artes.)

132. LA CIVILIZACIÓN DEL GESTO: UNA INVESTIDURA.

La escena parece representar una investidura, llevada a cabo mediante la entrega de un cetro, en la familia de Federico II, emperador de Alemania y rey de Sicilia. La talla ornamenta la silla o cátedra (ambón) *ejecutada en 1229 por el maestro Nicolás. (Bitonto, Apulia, Catedral.)*

133. VIDA MORAL: LOS PECADOS CAPITALES, LA LUJURIA.

He aquí la imagen de una mujer, a quien una serpiente, símbolo de la lujuria, muerde los senos y el sexo. Prefiguración de las torturas infernales, ha sido tratada con frecuencia por los artistas románicos. Su más célebre representación se encuentra en el portal de Moissac. Nacida de la imagen antigua de la Tierra-Madre, es una creación de la escuela de escultura del Languedoc. Su relieve, grosero pero poderoso y expresivo, que data probablemente del siglo XI, procede de la iglesia de Oo (Haute-Garonne). (Toulouse, Museo de los Agustinos.)

134. SIMBOLISMO MORAL Y ARTE DE LAS FORMAS: LA SIRENA.

La sirena se presenta en el arte medieval, particularmente en el arte románico, que encuentra gran inspiración en los bestiarios, en dos aspectos principales: la sirena pájaro y la sirena pez. Junto con el centauro, que a menudo aparece asociado a ella, es el tema más frecuente entre los monstruos semihumanos tan caros a la sensibilidad medieval. Según Baltrusaitis, la sirena de dos colas sería el tipo más antiguo de esos monstruos. Es el símbolo de la mujer-serpiente, de la lujuria, de la tentación, más subrayada aquí todavía, siguiendo la inspiración del turbador surrealismo medieval, por los ojos —símbolo sexual— que adornan el bajo vientre de la sirena. Los capiteles



131



132



133



134

135



Babilonia. anemrobt gigante fundata est cuius latitudo murorum cubita. quinquaginta. Altitudo. CC. habere traditur. Circuitus eius. CCCC. LXXIX. stadiis concluditur. Id est milia. LXVIII. stadiis quattuor. Distructa est amedis et caldeis. et reparata est asemiramide regine. Condita vero sunt corpora scorum. ananie. azarie. et misa el.

Et vasa dni. anabuquodonosor rege. de ihrlm ablata sunt. in ambitu vero eius pre ira furoris domini.

habitant ibi dracones strutiones et pilosi. habitant in ea ulule. et sirene in delubris voluptatibus cantant per ea.

del claustro de San Pedro de Galligáns (hacia 1150), en Gerona, son notables por el arte con que los temas se adaptan a la forma de los capiteles. (Gerona, San Pedro de Galligáns, claustro.)

135. EL SUEÑO: JOSÉ Y EL ÁNGEL.

Los sueños, las visiones, los despertares milagrosos abundan en el arte y en la literatura medievales. Los justos se ven favorecidos por sueños premonitorios. En este capitel del claustro (siglo XII) de San Juan de la Peña, monasterio fundado por los cluniacenses en el siglo XI, en los confines de Navarra y Aragón, próximo al camino de Santiago, el ángel ordena a José, dormido, que lleve a la Sagrada Familia a Egipto. (San Juan de la Peña, Huesca.)

136. LA CIUDAD MALDITA: BABILONIA.

Aprisionada por las serpientes monstruosas que subrayan su carácter corrompido, Babilonia, seductora como una cortesana con el adorno de sus monumentos, se opone a la Jerusalén celestial en esta miniatura del Comentario del Apocalipsis, *por Beatus, ejecutado en el siglo XI en la abadía de Saint-Sever (véase il. 22). (París, Biblioteca Nacional, manuscrito latino 8878, fol. 217.)*

nada con diversas variantes, la historia de ese estudiante que pasa por el clero, el comercio, la agricultura, la caballería, el derecho, el matrimonio, la astronomía —pretexto para hacer la sátira de los «estados del mundo»—, reaparece por doquier. Así, de manera cómica, en ciertas traducciones francesas llevadas a cabo en el siglo XIV de la *Consolación de la Filosofía* de Boecio en la cual insertan los traductores el *exemplum* basándose en la atribución del autor del mismo. Mas también lo hallamos en los numerosos *fabliaux* consagrados a los «estados del mundo». Y aun en diversos comentarios, sean de Boecio, sean del *De disciplina scolarium*. La palma corresponde, en definitiva, al dominico inglés Nicolás Trivet (muerto hacia 1328), que reproduce la anécdota en los comentarios que escribió sobre una y otra obra y que, además, se preocupa de darnos la moraleja de la historia al citar el proverbio popular «piedra que rueda no cría musgo», *non fit hirsutus lapis per loca volutus*. Con los proverbios, sobre los cuales falta todavía el estudio fundamental que nos permita llegar hasta el fondo mismo de la mentalidad medieval, se alcanza el nivel esencial de la cultura folklórica. En esta sociedad campesina basada en la tradición, el proverbio desempeña un papel primordial. Ahora bien, ¿se trata, en realidad, de la elaboración superior de una sabiduría popular o, por el contrario, constituye el eco popular de una propaganda de las clases dominantes?

Como es natural, el peso del pasado cobra toda su fuerza al nivel del encuadramiento esencial de la sociedad medieval, el de las estructuras feudales.

En efecto, es la costumbre la que fundamenta el derecho y la práctica feudales. Los juristas la definen como «un uso jurídico nacido de la repetición de actos públicos y pacíficos que, durante un largo período de tiempo, no han sido contradichos». En esta definición clásica de François Olivier Martin se incluye un término sobre el cual merece la pena reflexionar: «pacíficos». Porque, en realidad, la costumbre no es otra cosa que el derecho establecido por una fuerza que ha sabido reducir al silencio durante un tiempo suficientemente largo las contradicciones. Mídase el alcance revolucionario de la famosa frase de Gregorio VII: «El Señor no ha dicho: Ni nombre es Costumbre.» Pero muchos años después del papa reformador, la costumbre continúa rigiendo la sociedad. Está anclada en la inmemorialidad, integrada por todo aquello que se remonta lo más lejos posible en la memoria colectiva. La prueba verdadera, en la época feudal, consiste en la existencia «desde toda la eternidad». Por ejemplo, podemos ver en el conflicto que opuso en 1252 a los siervos del Capítulo de Notre-Dame de París, Orly, y a los canónigos, la forma en que proceden las partes para

probar su derecho. A los campesinos que pretenden no tener obligación de pagar las tallas al Capítulo, los canónigos replican procediendo a realizar una encuesta entre las gentes bien informadas, aquellas que son interrogadas *de fama* sobre lo que dice la tradición. Se pregunta también a uno de los hombres más ancianos de la región, un tal Simón, «alcalde» de Corbreuse, de edad de más de setenta años, «viejo y enfermo». Simón declara que, según la *fama,* el Capítulo puede «tallar» a sus hombres y que así lo ha hecho «desde una época inmemorial», *a tempore a quo non existat memoria.* Otro testigo, el archidiácono Juan, antiguo canónigo, afirma haber visto en el Capítulo «viejos rollos» donde constaba por escrito que los canónigos tenían el derecho de tallar a los hombres de Orly. Asimismo había oído decir a los más viejos que el uso existía «desde la mayor antigüedad», *a longe retroactis temporibus,* y que el Capítulo prestaba fe a esos rollos «en vista de la antigüedad de la escritura», *sicut adhibetur ancientie scripture.*

Incluso la nobleza ha de buscar, para sostener su prestigio, una garantia de antigüedad. Esto, más aún que el reclutamiento social del alto clero, explica el elevado número de santos pertenecientes a la nobleza y el hecho de ser ésta atribuida a muchos santos que en realidad no formaban parte de ella. De la misma manera, el árbol de Jessé prueba la antigüedad de la realeza que ostenta la familia de María y, por consiguiente, de la familia terrena de Jesús. Fue un resto de espíritu medieval lo que hizo decir al ingenuo arzobispo de París bajo la Restauración: «No solamente Nuestro Señor era el Hijo de Dios, sino que, además, pertenecía a una excelente familia.»

* * *

A la prueba de autoridad, es decir, a la antigüedad demostrada, se añade la prueba del milagro. Lo que arrastra, en efecto, la adhesión de los espíritus medievales, no es lo que puede observarse y probarse por una ley natural, por un mecanismo regularmente repetido. Muy al contrario, es lo extraordinario, lo sobrenatural o, en todo caso, lo anormal. La ciencia misma toma por objeto con mayor interés lo excepcional, los *mirabilia,* los prodigios. Terremotos, cometas, eclipses, tales son los temas dignos de admiración y de estudio. El arte y la ciencia de la Edad Media llegan hasta el hombre por el extraño rodeo de los monstruos.

La prueba por el milagro sirve en primer término para señalar a los seres extraordinarios, los santos. La creencia popular y la doctrina de la Iglesia coinciden en este punto. Cuando, a finales del siglo XII, el papado

comienza a reservarse la canonización de los santos, hasta entonces designados las más veces *vox populi,* incluye los milagros en el número de las condiciones obligatorias que debe llevar el candidato a la canonización. Y cuando, a principios del siglo XIV, son reglamentados los procesos de canonización, los expedientes deben contener capítulos especiales dedicados a relatar los milagros del presunto santo, los *capitula miraculorum.*

No obstante, los milagros no se limitan a los obrados por Dios por intermedio de los santos, sino que pueden tener lugar en la vida de cada uno o, más bien, en los momentos críticos de todos aquellos que, por una u otra razón, han merecido verse favorecidos por esas intervenciones sobrenaturales.

Los beneficiarios privilegiados de esas manifestaciones son los héroes. Así es un ángel el encargado de poner fin al desafío entre Roldán y Olivier en la gesta de Girard de Vienne. En la *Chanson de Roland,* Dios detiene el sol; en el *Pèlerinage de Charlemagne,* confiere a los próceres la fuerza sobrehumana que les permite realizar las proezas de las que tan temerariamente se han alabado en sus *gabs* o juegos de imaginación. Pero incluso los seres más sencillos pueden obtener el privilegio de un milagro. Y lo que es más, también los mayores pecadores si cumplen la condición de ser devotos. La fidelidad a Dios, a la Virgen o a un santo, imitada de la del vasallo al señor, puede salvar más fácilmente que una vida ejemplar.

Una obra célebre de comienzos del siglo XII, los *Milagros de la Virgen,* de Gautier de Coincy, nos presenta la compasión de María hacia sus fieles. Sostiene con sus manos durante tres días a un ladrón ahorcado por sus fechorías, pero que nunca había dejado de invocarla antes de ir a robar. Resucita a un monje que se ahoga mientras regresa de visitar a su amante, pero que recitaba sus maitines en el momento en que ha caído al agua. Libera clandestinamente de su carga a una abadesa encinta que tenía para ella una piedad particular.

Pero la prueba por excelencia de la verdad mediante el milagro es el Juicio de Dios que la confiere. «Dios está del lado del derecho», he aquí la bella fórmula que legitima una de las más bárbaras costumbres de la Edad Media. Claro está que, a fin de que las probabilidades no sean excesivamente desiguales en el plano terrestre, se autoriza a los débiles, en particular a las mujeres, para hacerse reemplazar por un campeón —los hay profesionales, pese a que los moralistas los condenan como los peores mercenarios—, el cual sufre la prueba en su lugar.

Ahora bien, las ordalías * están justificadas por una noción en extremo formalista de la verdad. Podemos verlo en la gesta de *Ami et Amile,* los

dos amigos que se parecen tanto como si fueran gemelos. Ami toma en un duelo judicial el lugar de Amile, culpable de la falta que le es reprochada. Mas, como Ami es inocente, triunfa fácilmente de su adversario.

En Tierra Santa, según la *Chanson de Jérusalem,* un clérigo llamado Pedro pretendió que San Andrés le había revelado el lugar en el que se hallaba enterrada la lanza que había traspasado el costado de Jesús en la Cruz. Las excavaciones realizadas permitieron encontrar, efectivamente, una lanza. Y para saber si la lanza en cuestión era la auténtica, es decir, si el clérigo había dicho la verdad, se le sometió a las ordalías del fuego.

El clérigo murió de sus heridas al cabo de cinco días. Sin embargo, se estimó que había sufrido victoriosamente la prueba y que la lanza era legítima. Si se habían quemado sus piernas era porque había dudado primeramente de la verdad de su visión.

Recordemos también la prueba de Isolda.

«Se acercó a la hoguera, pálida y vacilante. Todos guardaron silencio: el hierro estaba al rojo. Metió entonces el brazo desnudo en las brasas, cogió la barra de hierro y caminó nueve pasos llevándola. Después, habiéndola tirado, extendió sus brazos, con las palmas abiertas. Y todos pudieron ver que su carne estaba más sana que ciruela de ciruelo. Entonces de todos los pechos subió hacia Dios un gran grito de alabanza.»

* * *

Basta pensar en la etimología de la palabra «símbolo» para comprender el lugar ocupado por el pensamiento simbólico no sólo en la teología, la literatura y el arte del Occidente medieval, sino asimismo en todo su bagaje mental. El *symbolon* suponía entre los griegos un signo de reconocimiento, representado por las dos mitades de un objeto repartidas entre dos personas. El símbolo es un signo de contrato. Es la referencia a una unidad perdida, recuerda y llama una realidad superior oculta. Ahora bien, en el pensamiento medieval, «cada objeto material era considerado como la figuración de alguna cosa que se correspondía con él en un plano más elevado y, por lo tanto, se convertía en el símbolo de ésta». El simbolismo era universal. Pensar consistía en un perpetuo descubrimiento de las significaciones ocultas, en una constante «hierofanía». Pues el mundo oculto era un mundo sagrado, y el pensamiento simbólico no era sino la forma elaborada, filtrada, al nivel de los doctos, del pensamiento mágico en el cual se bañaba la mentalidad común. Sin duda, los amuletos, los filtros, las fórmulas mágicas, el uso y comercio de los cuales estaba muy extendido, son

los aspectos más groseros de esas creencias y esas prácticas. Pero las reliquias, los sacramentos y las plegarias significaban para la masa los equivalentes autorizados de aquéllos. Se trataba siempre de encontrar las llaves que forzaban el mundo oculto, el mundo verdadero y eterno, a través del cual se hacía posible la salvación. Los actos de la devoción eran actos simbólicos, mediante los cuales se trataba de hacerse reconocer por Dios y obligarlo a mantener el contrato sellado con Él. Las fórmulas con que se entregaban las donaciones y hacían alusión al deseo de salvar por medio de ellas el alma, designaban ese contrato mágico que hacía de Dios el obligado del donador y le constreñía a salvarle. De la misma manera, el pensamiento consistía en encontrar las llaves que abrían las puertas del mundo de las ideas.

El simbolismo medieval comienza a nivel de las palabras. Nombrar una cosa implica ya explicarla. Isidoro de Sevilla lo había dicho ya y, después de él, la etimología florece en la Edad Media como una ciencia fundamental. Nombrar las cosas supone el conocimiento y la toma de posesión de las mismas, de sus realidades. En medicina, el diagnóstico es ya curación, puesto que se ha pronunciado el nombre de la enfermedad. Cuando el obispo o el inquisidor han podido declarar «herético» a un sospechoso, lo esencial está hecho. El enemigo ha quedado desenmascarado. Los *res* y los *verba* no se oponen, los unos son los símbolos de los otros. Si el lenguaje es para los intelectuales de la Edad Media un velo de la realidad, es también la llave, el instrumento adecuado de esa realidad. «La lengua —dice Alain de Lille— es la mano fiel del espíritu.» Y para el Dante la palabra es un signo total que descubre la razón y el sentido de las cosas: *rationale signum et sensuale.*

Se comprende así la importancia del debate que, a partir del siglo XI y hasta el final de la Edad Media, opone a casi todos los pensadores en torno a la naturaleza exacta de las relaciones entre los *verba* y los *res,* hasta el punto de que los historiadores tradicionales del pensamiento han llegado incluso a reducir la historia intelectual de la Edad Media a una confrontación entre «realistas» y «nominalistas», güelfos y gibelinos del pensamiento medieval. Es la «querella de los universales *».

El estudio de las palabras y del lenguaje, el *trivium:* gramática, retórica y dialéctica, primer ciclo de las siete artes liberales *, constituye también el fundamento de toda la pedagogía medieval. La base de toda la enseñanza, hasta el final del siglo XII, por lo menos, es la gramática. A través de ella se llega a todas las otras ciencias, especialmente a la ética, que se superpone a las artes liberales y las corona en cierto modo. La gramática es una ciencia polivalente, como la ha definido el canónigo Delhaye, no

sólo porque, a través del comentario de los autores, permite tratar todos los temas, sino porque, gracias a las palabras, nos conduce al sentido oculto del que éstas son la llave. En su *Fons philosophiae,* «Fuente de Filosofía», escrita en el siglo XII, Godefroy de Saint-Victor rinde homenaje a la gramática que le ha enseñado las letras, las sílabas, el discurso «literal» y el discurso «trópico», que revela el sentido figurado, alegórico. En Chartres, el célebre maestro Bernard de Chartres funda igualmente toda su enseñanza en la gramática. En realidad, tanto el uno como el otro no hacen más que seguir o reanudar una tradición que se remonta a la Antigüedad y que fue legada por San Agustín y por Martianus Capella a la Edad Media. Dentro de la exégesis escrituraria de los cuatro sentidos, si bien algunos, basándose en San Pablo, consideran que la letra puede matar mientras que el espíritu vivifica, la mayor parte de los exegetas medievales ven en la *littera* una introducción al *sensus.*

El gran depósito de los símbolos es la naturaleza. Los elementos de los diferentes órdenes naturales son los árboles de este bosque de símbolos. Minerales, vegetales, animales son todos simbólicos, aunque la tradición se contente con señalar tan sólo a algunos: entre los minerales, las piedras preciosas, que despiertan la sensibilidad al color y evocan los mitos de riqueza. Entre los vegetales, las plantas y las flores citadas en la Biblia. Entre los animales, las bestias exóticas, legendarias o monstruosas, que halagan el gusto medieval por lo extravagante. Lapidarios, florarios *, bestiarios, en los que están catalogados y explicados esos símbolos, ocupan un lugar distinguido en la biblioteca ideal de la Edad Media.

Piedras y flores unen a su sentido simbólico sus virtudes curativas o nefastas. Las piedras amarillas o verdes, por homeopatía de color, curan la ictericia y las enfermedades del hígado; las rojas, las hemorragias y los flujos de sangre. El sardonio rojo simboliza a Cristo derramando su sangre en la Cruz por la humanidad; el berilo transparente atravesado por el sol figura al cristiano iluminado por Jesucristo. Los florarios se encuentran próximos a los herbarios. Introducen en el pensamiento medieval el mundo de los «simples», las recetas de las buenas mujeres y los secretos de los herbolarios monásticos. El racimo de uvas es el Cristo que ha dado su sangre por la humanidad, en una imagen simbolizada por la prensa mística. La Virgen está representada por el olivo, la azucena, el lirio de los valles, la violeta, la rosa. San Bernardo subraya que la Virgen está simbolizada lo mismo por la rosa blanca, que significa su virginidad, que por la rosa roja, que torna sensible su caridad. La centáurea, cuyo tallo es cuadrangular, cura la fiebre cuartana, mientras que la manzana es el símbolo del mal y

la mandrágora es afrodisíaca y demoníaca. Cuando se arranca una de ellas, grita, y el que la oye muere o enloquece. En ambos casos la etimología resulta esclarecedora para los hombres de la Edad Media: la manzana viene del latín *malum,* que quiere decir el mal, y la mandrágora es el dragón humano (inglés *mandrake*).

El mundo animal constituye de manera particular el universo del mal. El avestruz, que pone sus huevos en la arena y se olvida de incubarlos, es la imagen del pecador, que olvida sus deberes para con Dios; el macho cabrío es el símbolo de la lujuria; el escorpión que pica con su cola es la encarnación de la falsedad y, especialmente, del pueblo judío. El simbolismo del perro es disputado en dos direcciones: la tradición antigua, que hace de él una representación de la impureza, y la tendencia de la sociedad feudal a rehabilitarlo como animal noble, indispensable compañero del señor en la caza, símbolo de la fidelidad, la más elevada de las virtudes feudales.

Los animales fabulosos, en cambio, son todos ellos satánicos, verdaderas imágenes del diablo: áspid, basilisco, dragón, grifo. El león y el unicornio son ambiguos. Símbolos de la fuerza y de la pureza, pueden ser, a la vez, los de la violencia y la hipocresía. El unicornio, por otra parte, se idealiza hacia finales de la Edad Media en que se pone de moda, y se inmortaliza en el conjunto de las tapicerías de *La dame à la licorne.*

El simbolismo medieval halló un campo de aplicación particularmente vasto en la riquísima liturgia cristiana y, en primer lugar, en la interpretación misma de la arquitectura religiosa. Honorius Augustodunensis nos ha explicado el sentido de los dos principales tipos de planos usados en la construcción de iglesias. En ambos casos, plano circular o plano crucial, se trata de una imagen de la perfección. Que la iglesia circular sea la imagen de la perfección circular, se comprende sin dificultad. Pero hay que considerar que el plan cruciforme no es tan sólo la figuración de la crucifixión de Jesucristo. Es, además, la forma *ad quadratum,* basada sobre el cuadrado, que designan los cuatro puntos cardinales y resume el universo. Tanto en uno como en otro caso, la iglesia es el microcosmos.

Entre los aspectos más esenciales del simbolismo medieval, el simbolismo de los números ha desempeñado un papel capital: estructura del pensamiento, ha sido uno de los principios directores de la arquitectura. La belleza viene de la proporción, de la armonía, de ahí la preeminencia de la música como ciencia del número. «Conocer la música —afirma Tomás de York— es conocer el orden de todas las cosas.» El arquitecto, según Guillermo de Passavant, obispo de Mans de 1145 a 1187, es un «compositor».

Salomón ha dicho al Señor: *Omnia in mensura et numero pondere disposuisti* (Sapientia, 11, 21) («Tú lo has dispuesto todo según la medida, el número y el peso»). El número es la medida de las cosas. Como la palabra, el número encadena a la realidad. «Crear los números —dice Thierry de Chartres— es crear las cosas.» Y el arte, que es la imitación de la naturaleza y de la creación, debe tomar el número por regla. En Cluny *, según Kenneth John Conant, el monje Gunzo, inspirador de la gran iglesia del abate Hugues, comenzada en 1088 (Cluny III), y al que una miniatura nos presenta viendo en sueños a los santos Pablo, Pedro y Esteban, los cuales trazan con cuerdas el plano de la futura iglesia, es también un músico reputado, *psalmista praecipuus*.

El número simbólico que habría resumido en Cluny, según Conant, todos los símbolos numéricos empleados en la construcción del edificio es el 153, el número de peces de la Pesca milagrosa.

Guy Beaujouan ha llamado la atención recientemente sobre ciertos tratados inéditos del siglo XII, los cuales demuestran que el simbolismo de los números ha disfrutado en la época románica de una boga todavía mayor de la que se cree. Victorinos y cistercienses se distinguen en ese juego que se toman muy en serio. En un tratado incluido en la *Patrología latina*, Hugues de Saint-Victor, al exponer las bases numéricas simbólicas según las Escrituras, explica la significación de las desigualdades entre los números. Puede partirse de los siete días del génesis (o, mejor, de los seis días en que el Creador ha obrado: *Hexaemeron*): $7 > 6$ equivale a reposo después del trabajo; $8 > 7$ significa la eternidad después de la vida terrestre (recordemos el 8 del octógono de Aquisgrán, de San Vital de Rávena, del Santo Sepulcro, de la Jerusalén celestial). O bien partir de 10, la imagen de la perfección. Entonces $9 < 10$ es la falta de perfección y $11 > 10$ la desmesura. El cisterciense Eudes de Morimond, muerto en 1161, reanuda en sus *Analytica numerorum* las especulaciones numéricas de San Jerónimo. Éste, en su opúsculo contra Joviniano, a favor de la virginidad, que conocerá un gran éxito en el siglo XII, «siglo antimatrimonial» (acaso como remedio al crecimiento demográfico), explica el simbolismo de las cifras 30, 60 y 100 aplicadas a los tres estados del casamiento, de la viudedad y de la virginidad (véase pág. 417 e il. 96). Para representar el 30, las extremidades del pulgar y del índice se juntan dulcemente, es el matrimonio. Para figurar el 60, el pulgar está inclinado y como sometido al índice que lo rodea, es la imagen de la viuda, cuya continencia reprime el recuerdo de las voluptuosidades pasadas o que se curva bajo su velo. Para formar el 100, en fin, los dedos representan una corona virginal. Sobre esta pendiente, Eudes de

137. FORMAS ROMÁNICAS: EL JUEGO DE LAS FORMAS REDONDAS EN EL ESPACIO.

Sant Pons de Corbera, en el macizo montañoso de Garraf, al noroeste de Barcelona, es un hermoso ejemplo de lo que Puig y Cadafalch ha llamado el primer arte románico, cuyas más perfectas creaciones del siglo XI han sido las basílicas con cúpula en el crucero elevadas en Ripoll (1032) y en Cardona (1040). A la superposición de las masas en el exterior corresponde en el interior la superposición y la armonía de los volúmenes, ordenados en torno a las líneas redondas. Esta vista axial de la cúpula del crucero y de la hornacina del coro demuestra sensiblemente que el arquitecto románico, conforme a la expresión de Henri Focillon, es "pensamiento sintético". (Corbera, Iglesia de Sant Pons.)

138. FORMAS ROMÁNICAS: EL CLAUSTRO DE THORONET.

Envoltura de espacios interiores, la arquitectura románica es también, en lo que respecta al exterior, captura de la luz. Las arcadas de los claustros tienen como función, material y espiritual a la vez, abrirse hacia el día sin perjudicar al recogimiento. El claustro es un mundo cerrado, pero lleno de salidas. Es tanto más simple y riguroso en cuanto que se integra en este caso en el pensamiento cisterciense: gruesos muros, columnas con capiteles sin esculturas, procediendo la única distracción de un ojo abierto en el tímpano por encima de las columnas de la galería. La abadía cisterciense del Thoronet, en Provenza, fue construida a partir de 1146. (Le Thoronet, Var.)

139. FORMAS GÓTICAS: EL ORDEN DE LAS BÓVEDAS DE BOURGES.

Erwin Panofsky ha sostenido que el arte gótico estaba ordenado según los principios mismos de la escolástica. Esta imagen de Bourges nos revela un punto de conjunción, en el eje del edificio, de las bóvedas de una capilla y del deambulatorio con la bóveda sexpartita del coro. Tanto como intelectual, el orden es funcional y estético. (Bourges, Catedral.)

140. FORMAS GÓTICAS: INTERIOR DE LA CATEDRAL DE LAÓN.

La catedral de Laón, edificada a partir de 1157, terminada en sus aspectos esenciales hacia 1220, pertenece al primer arte gótico por la superposición de cuatro pisos: bóvedas laterales, tribunas, triforio, ventanas altas... Pero, como ha dicho Henri Focillon, si bien "realiza plenamente el pensamiento del siglo XII, lo prepara asimismo para un desenvolvimiento futuro". No es solamente "diseño y deducción", construcción funcional y orden intelectual. Es también sistema plástico, orientado ya hacia los efectos de ilusión que el arte gótico desarrollará cada vez más. "La multiplicidad de las arcadas, de las claraboyas y de los vanos anuncia ya el partido que ha de sacarse de los grandes vacíos góticos." (Laón, Catedral.)







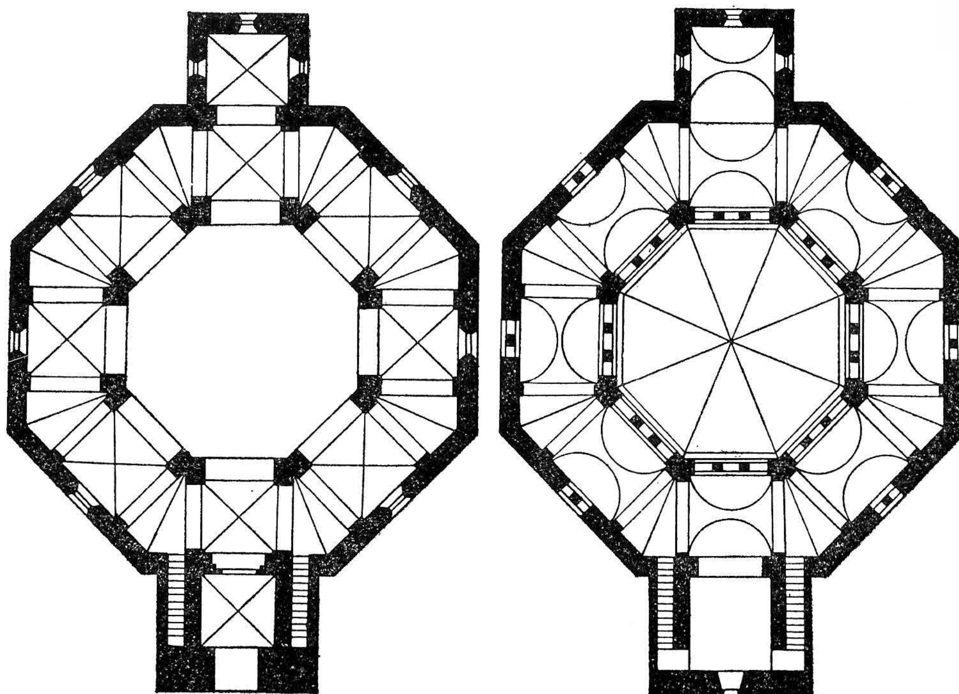

39





Morimond expone el simbolismo de los dedos. El auricular o meñique, que prepara los oídos para escuchar, simboliza la fe y la buena voluntad; el anular, la penitencia; el medio o corazón, la caridad; el índice, la razón demostrativa; el pulgar, la divinidad. Evidentemente, no se alcanzaría a comprender todo esto si no se recordase que las gentes de la Edad Media calculaban con los dedos y que el cálculo digital estaba en la base de esas interpretaciones simbólicas, lo mismo que las proporciones estaban determinadas por las medidas «naturales»: longitud del paso o del antebrazo, el palmo, la superficie labrada en una jornada, etc. Las más altas especulaciones quedaban unidas a los gestos más humildes. Se aprecia, a través de estos ejemplos, que resulta difícil distinguir en el bagaje mental de los hombres medievales la parte que corresponde a lo abstracto y la que corresponde a lo concreto. Claude Lévi-Strauss ha rechazado con justicia la «pretendida ineptitud de los "primitivos" para el pensamiento abstracto». Muy al contrario, el espíritu medieval presenta una inclinación hacia la abstracción, o, más precisamente, hacia una visión del mundo que descansa sobre relaciones abstractas. Así la coloración rosada es considerada como particularmente bella porque es una mezcla de blanco y de rojo, colores excelentes, que simbolizan, como se ha visto, la pureza y la caridad. Pero, inversamente, se sienten aflorar las imágenes concretas tras las nociones abstractas. Siguiendo a Isidoro de Sevilla, los clérigos medievales piensan que *pulcher* viene de *pelle rubens*, por lo cual es bueno tener la piel sonrosada, ya que se percibe la palpitación de la sangre subfluente, principio tanto de nobleza como de impureza, principio esencial en todo caso. Ahora bien, ¿cómo separar lo que es concreto de lo que es abstracto en ese gusto por la sangre? Volvemos a encontrarlo en otra palabra que designa lo bello: *venustus*, que se hace derivar de *venis*, las venas.

A decir verdad, esta imbricación de lo concreto y de lo abstracto constituye el fondo mismo de la estructura de las mentalidades y de las sensibilidades medievales. Una misma pasión, una misma necesidad, la fuerza a oscilar entre el deseo de hallar, tras lo concreto sensible, lo abstracto más verdadero y el esfuerzo por hacer aparecer esta realidad oculta bajo una forma perceptible a los sentidos. No es menos cierto que la tendencia abstracta informa de manera preferente a la capa erudita, intelectual, de los clérigos, mientras que la tendencia concreta se constriñe las más de las veces a los medios incultos. El sentido de lo abstracto y el sentido de lo concreto caracterizan a los *litterati* el primero y a los *illiterati* el segundo. Se puede uno preguntar, por ejemplo, si en los símbolos maléficos la masa medieval no tiene más bien tendencia a asir en primer término el principio malo,



38. OTTMARSHEIM
(Según Kautzsch)

38, 39. PLANOS DE IGLESIAS: EL PLANO CENTRAL Y EL PLANO BASILICAL

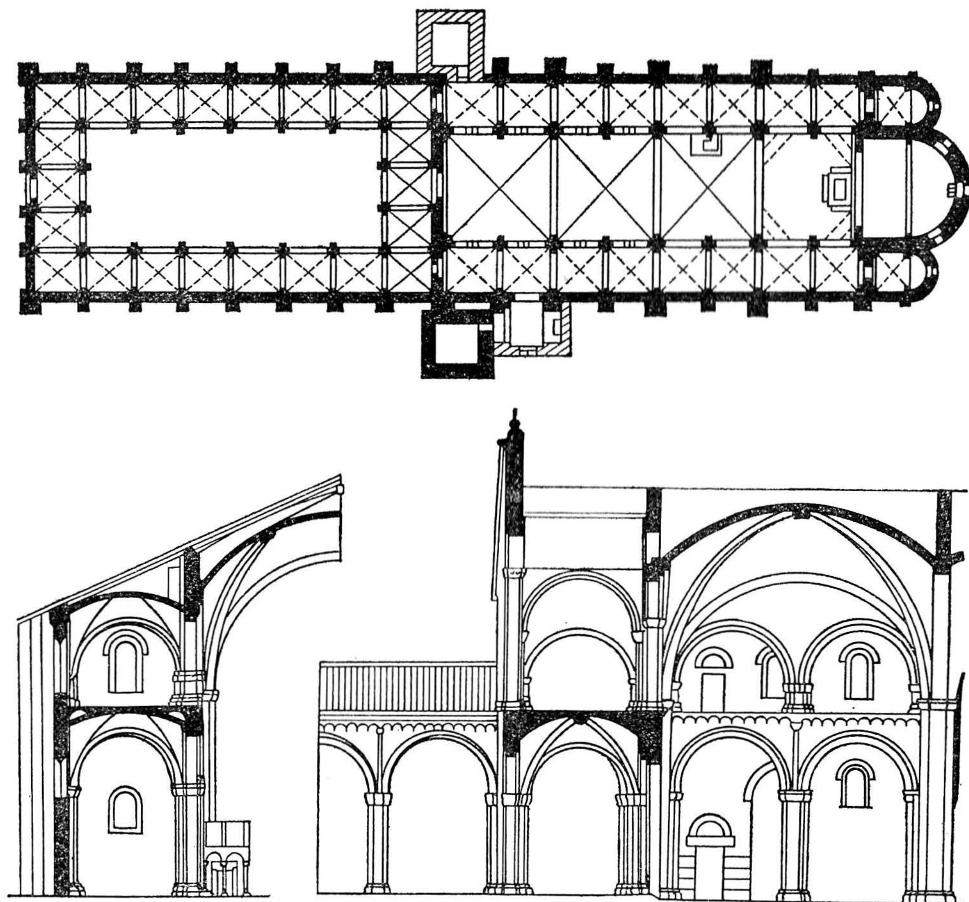
El plano central y el plano basilical son los más frecuentes en las iglesias del Occidente cristiano, tomado el primero del Santo Sepulcro de Jerusalén y el segundo de la basílica romana. En última instancia, ambos proceden de los modelos orientales y de las interpretaciones simbólicas.

La iglesia octogonal de Ottmarsheim *(38)*, en Alsacia, consagrada por el papa León IX en 1049, en ocasión de una gira dedicada a efectuar consagraciones, imita la célebre capilla imperial de Carlomagno en Aquisgrán, cuya popularidad, sobre todo en el país germánico, ha reforzado el éxito de las iglesias de planta central, que, en la Alta Edad Media, habían servido primordialmente como iglesias relicarios, *martyria*.

San Ambrosio de Milán *(39)* fue construido hacia 1100 sobre el emplazamiento de una basílica carolingia del siglo IX, la cual, a su vez, había reemplazado un santuario del siglo IV. La nueva iglesia conserva del edificio carolingio el atrium ensanchado y el coro con tres ábsides, prolongado por una basílica de tres naves. La gran novedad es la cubierta: bóveda sobre nervios, que anunciaría el gótico si su movimiento no estuviese contenido dentro del espíritu puramente románico, «es decir, destinado a hacer destacar las masas y los valores murales, no a abolirlos» (A. Chastel).

que los clérigos le hacen ver después bajo las apariencias concretas del diablo y de sus encarnaciones. Se concibe, pues, el éxito popular de una herejía como el catarismo, variedad del maniqueísmo, que reemplaza a Dios y a Satán por un principio del Bien y un principio del Mal. De la misma manera, el arte de la Alta Edad Media, por encima de las tradiciones estéticas indígenas o procedentes de la estepa que lo inspiran, manifiesta que las tendencias «no figurativas» son más «primitivas» que las otras.

39. SAN AMBROSIO DE MILÁN
(Según Dehio y Bezold)





Así en el gusto por el color y el prestigio de lo físico, tendencias fundamentales de la sensibilidad medieval, se podría preguntar qué seducía más a los hombres de la Edad Media, si las atracciones sensibles o las nociones abstractas que se disimulan tras las apariencias: la energía luminosa y la fuerza.

El gusto de la Edad Media por los colores vivos es bien conocido. Es un gusto «bárbaro»: cabujones insertos en los planos de la encuadernación, orfebrerías rutilantes, policromía de las esculturas, pinturas cubriendo los muros de las iglesias y de las casas de los poderosos, magia coloreada de las vidrieras. La Edad Media casi incolora que se admira hoy día es un producto de la destrucción del tiempo y del gusto anacrónico de nuestros contemporáneos. Sin embargo, detrás de esta fantasmagoría coloreada, subyace el miedo a la noche, la búsqueda de la luz, que es salvación.

Progreso técnico y moral parecen orientarse hacia una domesticación creciente de la luz. El muro de las iglesias góticas se vacía y deja entrar torrentes de luz coloreada por sus vidrieras; el vidrio plano hace una tímida aparición en las casas a partir del siglo XIII; la ciencia del siglo XIII, con un Grosseteste *, un Witelo y otros, escruta la luz, pone la óptica en el primer plano de sus preocupaciones y, en el campo técnico, concede la claridad a los ojos fatigados o enfermos inventando los lentes en las postrimerías del siglo. El arco iris llama la atención de los sabios: es luz coloreada, análisis natural, capricho de la naturaleza. Satisface, a la vez, las tendencias tradicionales y las orientaciones nuevas del espíritu científico medieval. Tras todo esto, se encuentra lo que se ha llamado la «metafísica medieval de la luz», mejor aún, de modo más general y más modesto, la búsqueda de la seguridad luminosa. La belleza es luz, tranquiliza, es signo de nobleza. El santo medieval resulta ejemplar desde este punto de vista. Como ha escrito André Vauchez, «el santo es un ser de luz». He aquí la descripción de San ta Clara: «Su faz angélica era más clara y más bella después de la oración, hasta tal punto resplandecía de felicidad. Verdaderamente, el gracioso y liberal Señor derramaba sus rayos sobre su pobre y pequeña esposa de tal manera que ésta irradiaba la luz divina en torno suyo.» A la muerte de San Edmond de Cantorbery, «un rocío luminoso emanó súbitamente de él y su rostro se coloreó con un bello rosado». El *Elucidarium* precisa que en el Juicio Final los santos resucitarán con sus cuerpos de colores diversos, según que sean mártires, confesores o vírgenes. Pensemos en el «olor de santidad»,

simbólico sin duda alguna, pero absolutamente real para las gentes de la Edad Media. En Bolonia, durante la noche del 23 al 24 de mayo de 1233, con ocasión de la canonización de Santo Domingo, su ataúd fue abierto, con objeto de efectuar la traslación de su cuerpo, en presencia de un grupo de hermanos predicadores y de una delegación de nobles y de burgueses. «Ansiosos, pálidos, los hermanos rogaban llenos de inquietud.» Cuando se hubo desclavado el féretro, un olor maravilloso envolvió a toda la asistencia.

Pero es la luz el objeto de las aspiraciones más ardientes, ella la que está cargada de los más altos símbolos. Helos aquí pintados por Chrétien de Troyes, a Cligès y Fénice:

El día estaba un poco cubierto,
Pero eran tan hermosos los dos,
La doncella y Cligès, que de ellos
Brotaba un rayo de belleza,
Con el que el espacio resplandecía,
Así como por la mañana el sol
Reluce claro, brillante y rojo.

«Entre todos los cuerpos, la luz física es lo mejor, lo más delectable, lo más bello... Lo que constituye la perfección y la belleza de las cosas corporales es la luz», dice Robert Grosseteste. Y, citando a San Agustín, recuerda que el «nombre de Belleza», cuando es comprendido, hace percibir en el acto «la claridad primera». Esta claridad primera no es otra que Dios, hogar luminoso e incandescente. El *Paraíso* del Dante es una marcha hacia la luz.

Guillermo de Auvernia une el número y el color para definir lo bello: «La belleza visible se define, o bien por la figura y la posición de las partes en el interior de un todo, o bien por el color, o bien por esos dos caracteres reunidos, sea que se yuxtapongan, sea que se considere la relación de armonía que los refiere el uno al otro.» Grosseteste, por su parte, hace derivar de la energía fundamental de la luz tanto el color como la proporción.

La belleza se identifica asimismo con la riqueza. Cierto que la función económica de los tesoros —reserva para los casos de necesidad— contribuye a que los poderosos se empeñen en la tarea de acumular objetos preciosos. Pero el gusto estético interviene casi en tanto grado en esta admiración por las obras y más aún, quizá, por los materiales raros. Los hombres de la Edad Media admiraban más la cualidad de la primera materia que el trabajo del artista. Desde este punto de vista deben ser estudiados los tesoros de

las iglesias, los regalos que se ofrecen mutuamente los príncipes y los poderosos, las descripciones de monumentos y de ciudades. Se ha hecho notar que el *Liber Pontificalis,* donde se describían las empresas artísticas de los papas de la Alta Edad Media, se hallaba lleno de *gold and glitter.* Una obra anónima de mediados del siglo XII sobre los *Mirabilia Romae,* las «Maravillas de Roma», habla sobre todo de oro, de plata, de bronce, de marfil, de piedras preciosas. Un lugar común en la literatura, tanto histórica como de ficción, es la descripción o, mejor, la enumeración de las riquezas de Constantinopla, la gran atracción para los cristianos de la Edad Media. Lo que llama en primer término la atención de los occidentales en el *Pèlerinage de Charlemagne* son los campanarios, las águilas, los puentes «relucientes». En el palacio, son las mesas y las sillas de oro fino, los muros recubiertos de ricas pinturas, la gran sala cuya bóveda está sostenida por un pilar de plata nielada, rodeado de cien columnas de mármol nielado de oro.

Lo bello es lo colorido y lo brillante, que es también, con la mayor frecuencia, lo rico. Pero lo bello es, al mismo tiempo, lo bueno. El prestigio de la belleza física alcanza tan alto grado que la belleza se convierte en un atributo obligatorio de la santidad. El Buen Dios es primordialmente el Bello Dios y los escultores góticos imprimen en sus obras el ideal de los hombres de la Edad Media. Los santos medievales poseen no sólo los siete dones del alma (amistad, sabiduría, concordia, honor, poder, seguridad y alegría), sino también los siete dones del cuerpo: belleza, agilidad, fuerza, libertad, salud, voluptuosidad y longevidad. Esto ocurre incluso en los santos «intelectuales». El caso de Santo Tomás de Aquino es característico. Un autor de leyendas dominico escribe: «Cuando Santo Tomás se paseaba por la campiña, el pueblo que estaba ocupado en los campos abandonaba sus trabajos y se precipitaba a su encuentro, para admirar la estatura imponente de su cuerpo y la belleza de sus rasgos humanos; se veían impulsados hacia él mucho más por su belleza que por su santidad.» En Italia del Sur, se le llamaba el *Bos Siciliae,* el «Buey de Sicilia». Así, ese intelectual era en primer término, para la gente de su época, un «fuerte», un «duro».

Ese culto a la fuerza física se da con mayor intensidad, como es lógico, entre los miembros de la aristocracia militar, entre los caballeros, para quienes la guerra supone una pasión. El trovador Bertrán de Born *, que fue, antes de hacerse monje cisterciense, el compañero de Ricardo Corazón de León, ese espejo de caballeros (Joinville relata todavía con admiración: «Cuando los caballos de los sarracenos se asustaban ante un matorral, sus amos les decían: ¿Piensas que es el rey Ricardo de Inglaterra? Y cuando los niños de los sarracenos se peleaban, les decían: ¡Cállate, cállate! ¡O iré

a buscar al rey Ricardo, que te matará! »), ha cantado el ideal belicoso de los guerreros de la Edad Media.

Belle m'est la presse des boucliers
Aux couleurs de vermeil et d'azur,
D'enseignes et de gonfanons,
De diverses couleurs tretous;
Tentes, abris, riches pavillons dresser,
Les lances briser, les écus trouer et fendre
Les heaumes brunis; des coups donner et recevoir.
Et j'ai grande allégresse
Quand je vois en campagne rangés
Chevaliers et chevaux armés.

Il me plaît quand les coureurs
Font gens et bétail s'enfuir;
Il me plaît de voir leur courir sus
Force guerriers, tous ensemble.
Il plaît surtout à mon coeur
De voir châteaux forts assiégés,
Enceintes rompues et effondrées,
De voir l'armée sur le bord
Tout autour de fossés enclos
Et de lices aux forts pieux serrés.
Il me plaît aussi le seigneur
Quand le premier il se lance à l'assaut,
Sur son cheval armé, sans frémir
Pour faire les siens enhardir
De son vaillant courage...

Je vous le dis: rien n'a pour moi saveur,
Ni manger, boire ou dormir,
Autant que d'entendre crier: "En avant!"
Des deux côtés, et d'entendre hennir
Les chevaux démontés, en forêt,
Et crier: "A l'aide! A l'aide!"
Et voir tomber dans les fossés
Grands et petits dans la prairie,
Et voir les morts avec, dans le côté,
Tronçons de lance et leurs fanions.

141. SIMBOLISMO ANIMAL Y MENTALIDAD DUALISTA.

La obra mediocre de Hugues de Fouilloy, escritor y miniaturista, prior de Saint-Laurent-au-Bois, cerca de Heilly (Somme), de 1152 a 1174, manifiesta esa tendencia al simbolismo moralizador y al simplicismo mental que opone de dos en dos a buenos y malos y que triunfará durante el siglo XIII en las obras vulgarizadoras, como la del dominico Vincent de Beauvais. La miniatura toma como punto de partida tres versos de la novena égloga de Virgilio, enteramente apartados de su sentido original. Hugues opone en ella al bueno y al mal pastor: el Cristo y un monje indigno del báculo abacial que le tiende el Señor. Debajo de cada uno de ellos, la buena progenie: carneros, ovejas, corderos, pastor vigilante con su perro ladrador, y la mala: macho cabrío, cabras, cabritillos y pastor negligente con su perro mudo. Hugues aplica la fácil oposición de las dos familias a toda clase de comparaciones: verdaderos o falsos monjes, paganos y cristianos, etc. Sus obras han gozado de una gran popularidad entre los cistercienses. Este manuscrito procede de la abadía cisterciense de Clairmarais (Pas-de-Calais). (Saint-Omer, Biblioteca Municipal, manuscrito 94, fol. 48 vuelto.)

142. SIMBOLISMO ANIMAL Y VIDA MORAL: LA SERPIENTE Y LA MUERTE DEL MAL RICO.

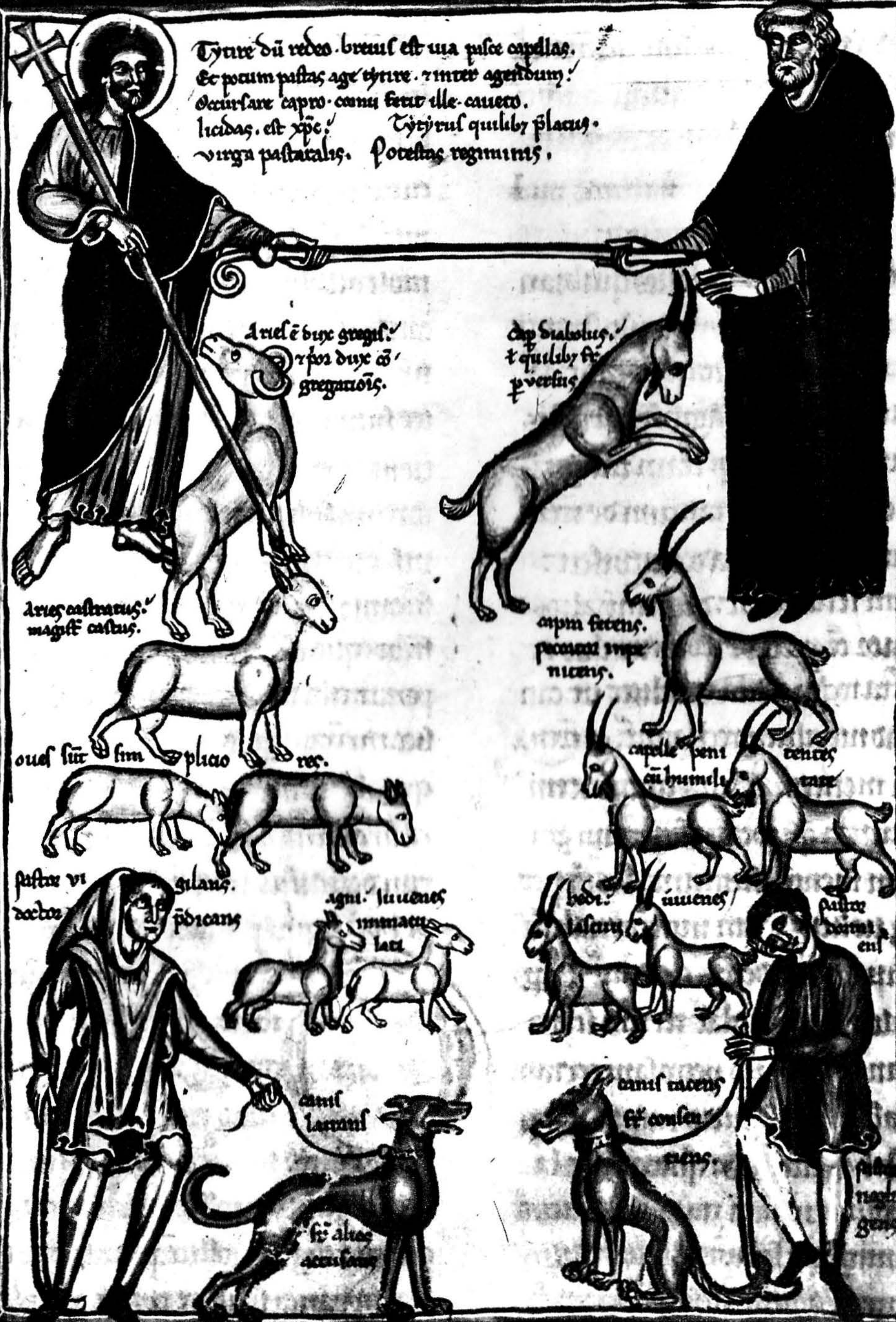
Capitel de la nave de Vézelay, que representa la muerte del mal rico (véase il. 119). Dos diablos se llevan su alma al infierno, mientras la serpiente, símbolo del mal, y aquí más especialmente de la avaricia, cobija los sacos en que el difunto ha atesorado su fortuna. (Vézelay, Iglesia de la Magdalena.)

143. LOS MILAGROS: VENCER A LA MUERTE.

El gran temor, antes del siglo XIV, está representado por el infierno, no por la muerte. Las numerosas escenas de resurrección parecen haber tenido por objeto más la afirmación del poder de Dios y de la santidad de los personajes a los que confiere ese poder que la necesidad de calmar una inquietud inmediata cara a la muerte. En este capitel de la nave de Vézelay (entre 1120 y 1140), San Benito resucita a un niño. (Vézelay, iglesia de la Magdalena.)

144. SIMBOLISMO ANIMAL: EL GRIFO.

La vida moral es una lucha. Es preciso clavar la espada en el cuerpo del grifo, encarnación del Diablo, símbolo del mal. El escultor de este capitel de Autun (siglo XII) se ha interesado sobre todo por las posibilidades gráficas de un tema teratológico que se prestaba a numerosas variantes en torno a la mezcla de las dos naturalezas del grifo: pájaro-mamífero, semileón y semiáguila, mezcla que permite esas inquietantes coexistencias en un solo cuerpo, esas herejías zoológicas que tanto han seducido a la sensibilidad y al arte románico. (Autun, catedral.)


Tytire dū redeo. breuis est uia pasce capellas.
Et potum pastas age tytire. ⁊ inter agendum.
Occursare capro. cornu ferit ille. caueto.
licidas. est xp̄c.
Tytyrus quilibȝ prelatus.
virga pastaralis.
Potestas regiminis.
Aries ē dux gregis. ⁊ prior dux cōgregationis.
Aries castratus. magister castus.
oues sunt simplicio res.
Caper diabolus. ł quilibȝ frater puersus
capra fetens. peccatum impeniciens.
capelle peni tentes cū humili tate
pastor vigilans. doctor p̄dicans
agni. iuuenes immaculati
hedi. lasciui. iuuenes
pastor dormiens
canis latrans
fr̄ alios accusans
canis tacens fr̄ consentiens.
141



142



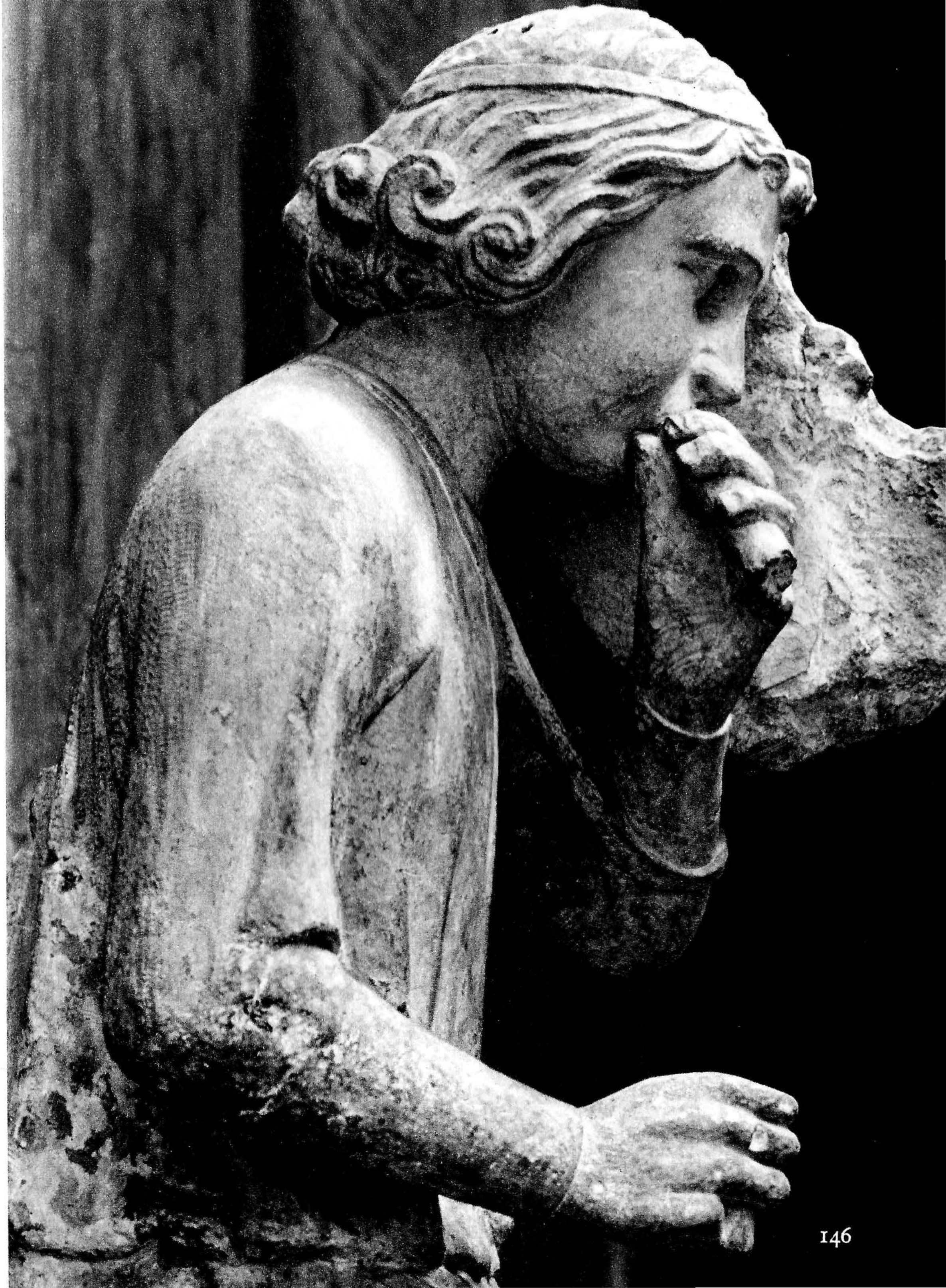
143

144



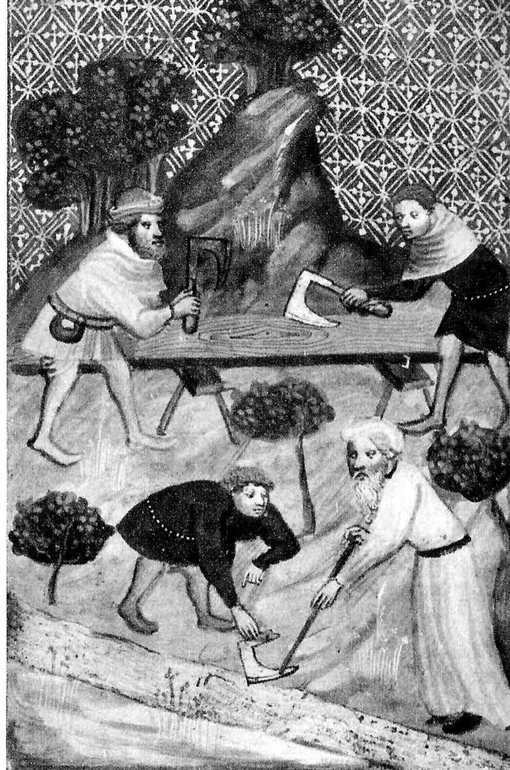
145





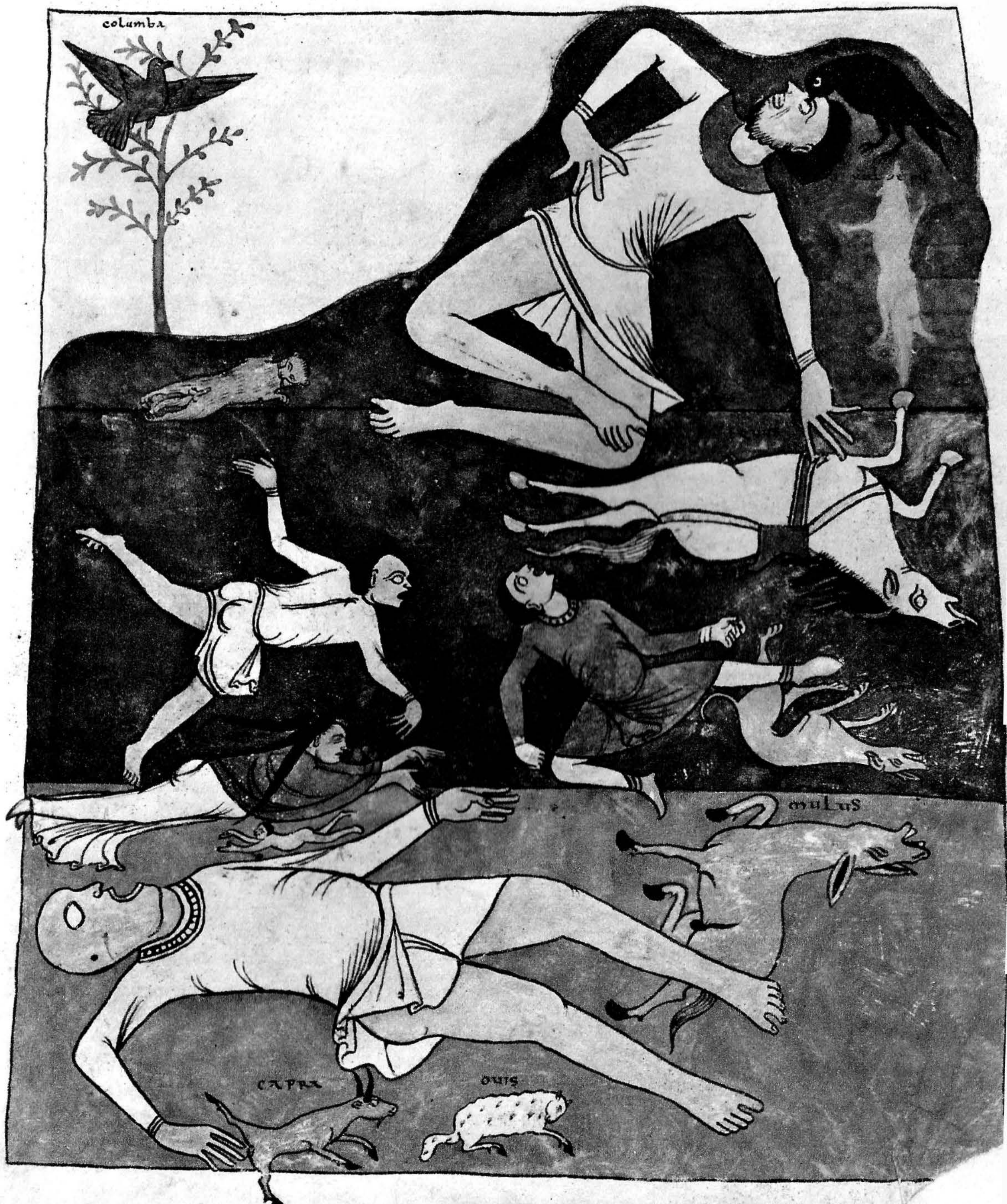


147



148

149


columba
mulus
capra
ovis

... qui ... homines ...

carnes ... ;

os et oculos habent in pectore.

humeris;

... quidam ...

labio inferiori
tegunt tot...
cum dormiunt;

In Scithia panotii
in auribus in magnitu
dine tantum
corpus tegunt.

In oriente quidam om s[un]t ...
... parvo foramine calami
potum hauriunt;

In Ethiopia artabatite.
hi proni ut pecora am
bulant quadra
ginta annum non
excedunt;

In Ethiopia
... rus uel
... hi adun
cis naribus, cor
nutis frontibus, pe
des caprinos habent;

In Libia antipodes: hi
plantas octo...

In ori ... ente
... figuras
... et
... mota lo... quuntur.

... Ethiopia Sciopodes. hi singulis contenti
cruribus mirabili celeritate ... feruntur
... magnitudine pedum se ab sole obumbrant;

In Scithia
hi equinos

ypopodes.
... pe
des;

In India
hi duodecim

... cubitorum
pedum staturam
habent;

In India pigmei. Hec gens est staturam cubitalis
tantum inclite venient;

145. LOS MILAGROS: VENCER AL HAMBRE.

Uno de los milagros más populares del Cristo, renovado, por otra parte, si bien a escala más modesta, por varios santos en la hagiografía medieval, es la multiplicación de los panes, milagro que tranquiliza a una sociedad acechada por el hambre. (Iglesia de Saint-Nectaire, Puy-de-Dôme, siglo XII.)

146. REALISMO Y ALEGRÍA DE VIVIR: UN MÚSICO.

En tanto que la arquitectura exagera los vuelos de la sensibilidad, la escultura gótica expresa en forma creciente una atención hacia la vida terrestre extraña por completo al arte románico. Este músico, tomado en el realismo de los rasgos y del gesto, aparece casi idealizado en una dirección opuesta a la idealización dramática del arte románico: la del goce de vivir. La música es, a partir de este momento, arte de la felicidad terrestre. La estatua decoraba una casa laica del siglo XIII en Reims. Pero la inspiración procede acaso del gran taller de la catedral, donde, según la expresión de Émile Mâle, "ha sido creado el estilo que ganaría a toda Europa, imponiendo por todas partes el arte de la Champagne". (Reims, Museo de Bellas Artes.)

147. EL CULTO DE LA FUERZA: LA PROEZA.

La sociedad feudal, militar y primitiva, admira sobre todas las cosas a la fuerza, y la "proeza" caballeresca es, ante todo, una proeza física. En esta miniatura incluida en un manuscrito del Roman de Godefroi de Bouillon, *pintada en un taller parisiense (1337), el primer rey cristiano de Jerusalén, convertido en héroe de novela caballeresca y cuya fuerza es legendaria, corta de un solo tajo de su espada (la proeza por excelencia) la cabeza de un camello. (París, Biblioteca Nacional, manuscrito francés 22495, fol. 78.)*

148. MILAGRO DE LA VIDA MATERIAL: EL PRECIO DEL HIERRO.

Miniatura de la Biblia del rey de Bohemia Wenceslao (1378-1419). Representa un milagro que la Edad Media, después de Gregorio Magno, asignaba por regla general a San Benito, pero que aquí se presenta como realizado por Salomón. Un ebanista ha dejado caer en aguas profundas el hierro de su útil. Salomón lo hace remontar milagrosamente del fondo del agua. Salomón, gran constructor, se había convertido a los ojos de la Edad Media en el gran maestro de los secretos técnicos y científicos. Resulta pintoresco ver a un personaje al que la Biblia atribuye tan innumerables riquezas realizar un milagro tan humilde. Pero el hierro era una materia rara en la Edad Media, sobre todo en la época de San Benito. (Viena, Biblioteca Nacional, manuscrito 5326.)

149. LA CRUELDAD: SUPLICIOS DE LOS MÁRTIRES.

Los artistas de la Edad Media, particularmente en España, se han complaci-

do en figurar las torturas infligidas a los mártires en un ciclo de suplicios, a los que resisten sucesivamente para sucumbir al final. En realidad, no se trata sino de una transposición a la hagiografía de las torturas de la justicia medieval. La Leyenda dorada *relata el martirio sufrido en Tarso, en el año 230, por la noble cristiana Julita y su hijo de tres años, Ciro. Este frontal de altar, que proviene de una capilla de Durro y que, perteneciendo al primer período de la pintura románica catalana, tan intensamente expresiva (hacia 1100), es, por lo tanto, muy anterior al citado texto de Jacques de Voragine, representa otro ciclo de torturas. El suplicio de la sierra, el más atroz, no figura en la* Leyenda dorada. *(Barcelona. Museo de Arte de Cataluña.)*

150. LA VIOLENCIA Y EL FUROR: CADÁVERES.

Esta miniatura del manuscrito de Saint-Sever (siglo XI), copia del Comentario del Apocalipsis *de Beatus, representa el Diluvio. La nota de esperanza que pone la paloma con el ramo de olivo, en la parte alta a la izquierda, es bien débil en relación al horror de los cadáveres de hombres y de bestias ahogados, con los ojos insoportablemente vacíos (véanse ils. 22, 49, 89, 136). (París, Biblioteca Nacional, manuscrito latino 8878, fol. 85.)*

151. MONSTRUOS HUMANOS: LAS RAZAS DEL EXTREMO DEL MUNDO.

Los monstruos humanos han permitido dar libre curso al surrealismo medieval. La imaginación juega aquí entre lo seudocientífico (la miniatura ilustra las razas del extremo del mundo, evocadas por el mediocre vulgarizador romano Solinus en el siglo III y repetidas en el siglo XII por Honorius Augustodunensis), lo fantástico y lo burlesco. El resultado es turbador. El manuscrito ha sido ejecutado en Arnstein, Renania, durante la segunda mitad del siglo XII. (Londres, British Museum, manuscrito Herley 2799, folio 243.)

Car grand guerre fait d'un seigneur avare un généreux:
Pour quoi me plaît bien des rois voir la pompe,
Qu'ils aient besoin de pieux, cordes et pommeaux
Et soient les tentes dressées pour camper dehors.
Ah! nous rencontrer par milliers et centaines,
Qu'après nous on en chante la geste!
Trompes, tambours, bannières et pennons,
Enseignes et chevaux noirs et blancs
Verrons bientôt: qu'il fera bon vivre!
On prendra leur bien aux usuriers,
Et par chemin n'iront plus convois
De jour tranquilles, ni bourgeois sans tracas,
Ni marchands qui viendront de la France,
mais sera riche qui pillera de bon coeur!

(Bella es para mí la presea de los escudos / con sus colores rojo y azur, / de las enseñas y de los gonfalones, / pintados en diversos colores; / alzar tiendas, abrigos, ricos pabellones, / romper las lanzas, agujerear los escudos y cortar / los yelmos bruñidos; dar y recibir golpes. / Y siento gran alegría cuando veo en el campo alineados / a los caballeros y a los caballos armados. / Me place cuando los corredores / hacen huir a las gentes y al ganado; / me place verles correr perseguidos / por muchos guerreros, todos juntos. / Place sobre todo a mi corazón / ver castillos fuertes sitiados, / murallas rotas y hundidas, / ver al ejército en el borde / todo alrededor de los fosos cercados / y palestras con fuertes puntales apretados. / Y me place también el señor / cuando se lanza el primero al asalto, / sobre su caballo armado, sin temblar / para hacer enardecer a los suyos / con su valiente coraje... / Os lo digo: nada tiene para mí sabor, / ni comer, ni beber, ni dormir, / tanto como oír gritar «¡Adelante!» / por ambos lados, y oír relinchar / a los caballos desmontados, en el bosque, / y gritar: «¡Ayuda! ¡Ayuda!» y ver caer en los fosos / grandes y pequeños en la pradera, / y ver los muertos con trozos de lanza / en el costado, y sus banderolas. / Pues una gran guerra hace de un señor avaro un generoso: / por lo que me place ver la pompa de los reyes, / que tengan necesidad de estacas, cuerdas y pomos de espada / y sean las tiendas levantadas para acampar fuera. / ¡Ah, encontrarnos por millares y centenas, / que después de nosotros se cante la gesta! / Trompas, tambores, banderas y pendones, / enseñas y caballos negros y blancos / veremos bien pronto: ¡qué gusto dará vivir! / Se quitarán sus bienes a los usureros, / y por el camino no irán ya los convoyes / de día

tranquilos, ni los burgueses sin miedo, / ni los mercaderes que vengan de la Francia, / ¡y será rico el que robe a manos llenas!)

Joinville, en el comienzo de su biografía hagiográfica de San Luis, distribuye en dos partes la vida del rey: «La primera trata de cómo el santo rey se condujo durante toda su vida según Dios y según la Iglesia, en provecho de su reino. La segunda parte habla de sus grandes hechos de armas y de caballería.» El ideal militar estriba en el cuerpo a cuerpo: «Sabed que fue un bello hecho de armas, pues no se tiró con arco o con ballesta; sino que se combatió cuerpo a cuerpo, a golpes de mazas y de espadas.» He aquí de lo que el caballero se envanece, para agradar a las mujeres: «El buen conde de Soissons, en este encuentro, bromeaba conmigo y me decía: ¡Senescal, dejemos aullar a esa jauría! Pues, ¡por la cofia de Dios (era su juramento favorito), vos y yo hablaremos aún de esta jornada en las cámaras de las damas!»

Los «ídolos» de las gentes de todas condiciones son los autores de «proezas», esos altos hechos deportivos. He aquí una proeza de Tristán:

Près du chemin par où ils vont
Une chapelle est sur un mont,
Au coin d'une roche assise,
Dominant la mer, face à la bise.
La partie qu'on appelle chantel
Etait posée sur un monticule.
Au-delà, plus rien: la falaise.
Ce mont est tout plein de pierre.
Si un écureuil eût sauté de là,
Il eût péri, sans rémission...
Tristan ne va pas lentement!
Derrière l'autel, il va à la fenêtre,
La tire à lui de sa main droite
Et, par l'ouverture, il saute dehors...
Seigneurs, une grande pierre large
Etait au milieu de ce rocher.
Tristan y saute très légèrement.
Le vent s'engouffre dans ses habits.
Et l'empêche de tomber lourdement.
Les Cornouaillais appellent encore
Cette pierre "le Saut de Tristan"...

Tristan saute: le sable était mou...
Les autres l'attendent devant l'église,
Mais en vain: Tristan s'en va!
Dieu lui a fait une belle grâce.
Sur le rivage, à grands sauts, il s'enfuit.
Il entend bien le feu qui bruit!
Il n'a pas le coeur à retourner:
Il ne peut courir plus vite qu'il ne court...

(Cerca del camino por donde van / Una capilla se alza sobre un monte, / En el rincón de una roca asentada, / Dominando el mar, cara al cierzo. / La parte que se llama cantil / Se halla colocada sobre un montículo. / Más allá, nada: el acantilado. / Este monte está todo lleno de piedra. / Si una ardilla hubiese saltado de allí, / Habría perecido sin remisión... / Tristán no anda lentamente / Tras del altar hay una ventana, / La atrae hacia él con su mano derecha / Y, por la abertura, salta afuera... / ¡Señores!, una gran piedra ancha / Estaba en medio de este roquedo. / Tristán salta sobre ella muy ligeramente. / El viento entra en sus vestidos / Y le evita caer pesadamente. / Las gentes de Cornualles llaman todavía / A esta piedra «el Salto de Tristán»... / ¡Tristán salta!: la arena era blanda... / Los otros lo aguardan ante la iglesia, / Pero en vano: ¡Tristán se va! / Dios le ha hecho una bella merced. / Por la ribera, a grandes saltos, escapa. / Oye muy bien el fuego que crepita. / No tiene intención de volver: / No puede correr más rápido que corre...)

La misma tendencia hacia la proeza en los clérigos, sobre todo en los monjes. Los irlandeses han enseñado a los religiosos medievales los altos hechos ascéticos, la embriaguez de las mortificaciones. Los santos, sucesores de los mártires de las primeras edades, son los «atletas de Cristo». Sus proezas son también principalmente físicas.

El arte, en fin, será asimismo búsqueda de la proeza: esmero excesivo en el detalle o desmesura en la construcción, cada vez más alta, cada vez más amplia. El artista gótico persigue la hazaña, lo extraordinario.

Una estructura mental que se pone de manifiesto con frecuencia resume a la vez la visión guerrera y el simplicismo dualista: es el pensamiento por oposición entre dos adversarios. Para los hombres de la Edad Media, toda la vida moral se resume en un duelo entre el Bien y el Mal, las virtudes y los vicios, el alma y el cuerpo. Prudencio, en su *Psychomachia,* había hecho batirse a los vicios y a las virtudes. La obra y el tema han gozado en la Edad

Media de una singular fortuna. Ahora bien, las virtudes se han convertido en caballeros y los vicios en monstruos.

* * *

Toda esta exaltación no era sino una búsqueda. Escapar a este mundo vano, engañoso e ingrato, es la tentativa incesante de toda la sociedad medieval, desde el más alto al más bajo. Tratar de encontrar, al otro lado de la realidad terrestre mentirosa —los *integumenta,* los velos, pueblan la literatura y el arte medievales y la andadura intelectual o estética en la Edad Media consiste, ante todo, en levantar los velos—, la verdad oculta, *verità ascoza sotto bella menzogna* («la verdad oculta bajo la bella mentira», Dante, *Convivio,* II, 1), tal es la mayor preocupación en la Edad Media.

De ahí el recurso constante a los mediadores del olvido, a los creadores de evasión. Afrodisíacos y excitantes, filtros de amor, especias, brebajes de donde nacen las alucinaciones, hay para todos los gustos y para todos los bolsillos. Las hechiceras de aldea los procuran a los campesinos; los mercaderes y los «físicos», a los caballeros y a los príncipes. Todos acuden en busca de visiones, de apariciones y a menudo se ven favorecidos por ellas. La Iglesia, que reprueba esos medios mágicos, recomienda otros: según ella, todo acto importante debe ser preparado con ayunos prolongados (en general, de tres días), con prácticas ascéticas, con oraciones que hacen el vacío necesario para la venida de la inspiración, de la gracia. La vida de los hombres de la Edad Media está atormentada por los sueños. Sueños premonitorios, sueños reveladores, sueños instigadores. Son la trama misma y los estimulantes de la vida mental. Los innumerables sueños de los personajes bíblicos, que la escultura y la pintura representan a porfía, se prolongan en cada hombre y en cada mujer de la Cristiandad medieval. «¿De dónde vienen los sueños?», pregunta el discípulo del *Elucidarium.* «A veces de Dios, cuando se trata de una revelación del futuro, como cuando José supo por las estrellas que sería preferido a sus hermanos, o de una advertencia necesaria, como cuando el otro José supo que debía huir a Egipto. A veces del Diablo, cuando se trata de una visión vergonzosa o de una incitación al mal, como leemos en la Pasión de Nuestro Señor con referencia a la mujer de Pilatos. A veces también del hombre mismo, cuando eso que ha visto, oído o pensado, lo imagina en sueños y saca de ello temor, si se trata de cosas tristes; esperanza, cuando se trata de cosas alegres.» Todas las clases sociales sueñan. El rey de Inglaterra Enrique I ve en sueños a los tres «estados» de su pueblo sublevados contra él; el monje Gunzo recibe en sueños los datos numéricos de la reconstrucción

de la iglesia de Cluny; el padre de Helmbrecht percibe en sueños las etapas de la trágica suerte de su hijo. Sueños sospechosos también, inspirados por el Diablo. En la *Vie de Marie d'Oignies,* escrita por Jacques de Vitry, el Diablo se aparece a la santa y le declara: «Mi nombre es sueño. Me aparezco, en efecto, a muchas gentes durante el sueño, sobre todo a los monjes y a los religiosos, como Lucifer; me obedecen y, bajo los efectos de mis consolaciones, se dejan llevar a la exaltación y llegan hasta a creerse dignos de sostener conversaciones con los ángeles y las potencias divinas.» El sueño es conocimiento. «En la tercera noche, Isolda soñó que sostenía en su regazo la cabeza de un gran jabalí, que manchaba su ropa de sangre, y conoció por ello que no volvería a ver vivo a su amigo.»

* * *

Al lado de esta mentalidad y de esta sensibilidad mágicas, surgen y se desarrollan otras estructuras, principalmente en las ciudades, donde la evolución es más rápida. Visibles ya en el siglo XII, dichas transformaciones parecen haber ganado la partida en el siglo XIII. Claro está que se ha de recordar aún, con Claude Lévi-Strauss, que «el pensamiento mágico no es un inicio, un comienzo, un esbozo, una parte de un todo todavía no realizado, sino que, por el contrario, forma un sistema bien articulado, independiente, desde ese punto de vista, de ese otro sistema que constituirá la ciencia...». No obstante, hay que concretar que, en la sociedad medieval y muy a menudo en un mismo hombre, no solamente cohabitan los dos sistemas, sino que, a través de oposiciones, tensiones e incoherencias, se da una permeabilidad, una progresiva destrucción del antiguo sistema por el nuevo. Preciso es también recordar que la actitud del historiador de las civilizaciones, frente a esas mutaciones de mentalidad y de sensibilidad, ha de ser por fuerza diferente a la de los historiadores del pensamiento y de la espiritualidad, que buscan en esas transformaciones el fondo estable de una fe. Aunque fuesen tan luminosos, tan penetrantes, tan sensibles a las evoluciones como los de un padre Chenu o de un padre Lubac, sus análisis, que enriquecen la comprensión histórica, dependen siempre de un prejuicio —en el mejor sentido de la palabra—, del que hay que apartarse para intentar proyectar sobre la historia mental de la Edad Media una luz acaso menos «afectuosa», pero que, dada la distancia a que está situada, debe hacer resaltar ciertas proporciones y ciertas relaciones. Al comienzo de su admirable obra sobre *Théologie au douzième siècle,* el padre Chenu escribe: «Toda la lectura del siglo XII ha sido desequilibrada por los prejuicios racionalistas de la filosofía de las luces... Sostenemos fir-

memente, contra ella y contra sus secuelas, que los procedimientos simbólicos de la expresión religiosa tienen por lo menos tanta importancia y, ciertamente, más eficacia cristiana que los procedimientos dialécticos.» A ello hemos de contestar que la «eficacia cristiana» no puede servir de referencia al historiador y que, a despecho de sus extremismos, sus incomprensiones, sus candideces, sus errores, la filosofía de las luces tuvo el mérito, abstracción hecha de los juicios de valor que en efecto mezclaba en ello, de afirmar que «los procedimientos simbólicos de la expresión religiosa» pertenecían ya al pasado, al siglo XII, mientras que los «procedimientos dialécticos» representaban el mecanismo mental e intelectual del porvenir, en espera de ceder el lugar a otras «novedades».

La primera novedad que se produce en ese dominio durante el siglo XII es, como hemos visto, la creación por hombres «nuevos», los maestros de las escuelas urbanas, convertidos en universitarios, de un nuevo bagaje mental. Ese bagaje mental se forma a partir de un instrumento material, el libro. Porque no hay que engañarse. El libro universitario es por entero distinto al libro monástico. No se trata de negar que éste haya sido un instrumento de cultura. La magnífica historia de la cultura monástica —tal como la ha evocado, por ejemplo, un Dom Jean Leclercq— basta para atestiguar el papel del libro en ese sistema cultural. Pero el libro monástico, comprendida su situación espiritual e intelectual, supone en primer término un tesoro. En cambio, el libro universitario es, ante todo, un instrumento. A pesar de todos los esfuerzos de la técnica: escritura cursiva, menos cuidada y más rápida, multiplicación de los ejemplares por el sistema de la *pecia* *, ausencia de miniaturas o ilustraciones hechas en serie, el libro seguirá siendo caro, hasta que llegue la imprenta. Recuérdese el milagro de San Benito, en el siglo VI, salvando de anegarse en las aguas el hierro de una pala. A ese milagro responde —tiempos nuevos, instrumentos nuevos— el de Santo Domingo en el siglo XIII: «Un día en que Santo Domingo cruzaba un río, en las cercanías de Toulouse, sus libros cayeron al agua. Ahora bien, tres días después un pescador, habiendo echado sus redes en ese lugar, creyó haber capturado un pesado pez y sacó del agua los libros del santo, tan intactos como si hubiesen estado cuidadosamente guardados en un armario.» No se trata, por otra parte, de que Santo Domingo hubiese sucumbido a un nuevo fetichismo del libro, lo cual no supieron evitar todos los universitarios. Muy al contrario, sabe restringir el papel del libro a su función auxiliar. *La leyenda dorada* lo testimonia todavía: «Como se le preguntase cuál era el libro en que había estudiado más, contestó: "¡En el libro de la caridad!"»

Resulta sintomático, por lo demás, ver incluso a las órdenes mendicantes adaptarse a este nuevo papel del libro. San Francisco se siente muy receloso ante la cultura intelectual, debido a que, al considerarla como un tesoro, el valor económico de un libro le parece en contradicción con la práctica de la pobreza que desea para sus hermanos. Un gran personaje de la orden de los hermanos predicadores, el cardenal Humbert de Romans, se indigna, en el siglo XIII, al ver que el libro, convertido en utilitario, ya no es objeto de atentos cuidados: «De la misma manera que los huesos que son reliquias de los santos se conservan con tanta reverencia que se envuelven en seda y se guardan entre el oro y la plata, es condenable que los libros, que contienen tanta santidad, sean conservados con tan poco cuidado.»

A decir verdad, la transformación de la función del libro no es más que un caso particular de una evolución más general, la que difunde el uso del escrito y, sobre todo, le reconoce un nuevo valor: el de prueba. La ordalía, prohibida por el IV Concilio de Letrán en 1215, es poco a poco reemplazada por las pruebas escritas, lo cual viene a trastornar la justicia. En las *Coutumes de Beauvaisis,* de finales del siglo XIII, Philippe de Beaumanoir, enumerando las categorías de pruebas, pone en segundo lugar (después del conocimiento directo de la causa por el juez) la prueba «por letras», antes aún de la prueba «por prendas de batalla», es decir, el duelo judicial, sobre el que declara: «De todos modos, esta prueba es la más peligrosa.» Mejor todavía, subraya que se ha de conceder, en el caso de la prueba por letras, la menor importancia posible —al contrario de lo que se hacía en el pasado— a los testimonios, que son mortales, «por lo cual conviene que las letras valgan por sí mismas y es de hecho el caso». Durante este período de transición se observa todavía la dificultad de las gentes para adaptarse a la nueva función de los escritos. El archidiácono llamado a testimoniar sobre el litigio de Orly de 1252 habla de los «antiguos rollos» que ha visto en la biblioteca del capítulo, más como pruebas en proporción a su antigüedad que en razón de su contenido.

Éste es, en efecto, el momento en que se generaliza la redacción de las «costumbres», en que se multiplican las actas, en que el Derecho feudal, como el Derecho romano y el Derecho canónico, se encarna en tratados. La sociedad tradicional del «he oído decir», de la tradición oral, se habitúa lentamente a manejar, si no a leer, lo escrito, de la misma manera que aprende a utilizar el dinero en la vida económica. Las herramientas se renuevan en todos los dominios. Al igual que las innovaciones técnicas, desde el punto de vista económico, las novedades en el campo cultural no avanzan sin

152. LAS ARTES LIBERALES: ARISTÓTELES.

El programa de las siete artes liberales ha sido representado por primera vez en las catedrales de Chartres y de Laón, las dos más célebres escuelas francesas del siglo XII. La ilustración sigue el texto de Martianus Capella, que había establecido su lista, a comienzos del siglo V, en las Nupcias de Mercurio y la Filología *y que había rodeado a cada una de las siete mujeres que simbolizan las ciencias con un grupo de sabios. La Edad Media ha retenido, dentro de cada grupo, el nombre de uno, más especialmente representativo de cada disciplina. Aquí Aristóteles ilustra la dialéctica, situada encima de él. Precisamente a mediados del siglo XIII, Thierry de Chartres había incluido nuevos tratados de lógica de Aristóteles en su obra sobre las siete artes liberales: el* Heptateuchon. *El sabio está representado como un escriba, un escribiente con todos los instrumentos de su oficio. Estas esculturas ornamentan las superficies abovedadas de la puerta derecha del Pórtico Real de Chartres, levantado entre 1145 y 1155 para servir de fachada a la catedral románica del siglo XI, destruida en 1194 por un incendio, del que se salvó únicamente esta fachada. (Chartres, Catedral.)*

153. EL LIBRO: UN TESORO.

El libro no dejó de ocupar en la cultura medieval un lugar de excepción. Es el arma de los clérigos. Durante la Alta Edad Media, su poder es más bien mágico. Más tarde ese poder se convierte en utilitario, instrumento de cultura más que de prestigio. No obstante, tuvo siempre un doble valor: material (los libros costaban caros) y espiritual. Salvar los libros constituyó, pues, para los clérigos una preocupación casi tan grave como poner al abrigo las reliquias. En la ilustración, San Omer y dos de sus compañeros blanden ese precioso tesoro durante una travesía. La miniatura forma parte de un conjunto incluido en un manuscrito de la vida de San Omer, copiado a finales del siglo XI por el capítulo de la catedral. (Saint-Omer, Biblioteca Municipal, manuscrito 698, fol. 10 vuelto.)

154. EL LIBRO: UN INSTRUMENTO.

Este copista, con sus tintas de diferentes colores, sentado bajo una arquitectura característica del gótico a finales del siglo XIII, reproduce una obra de éxito, el Speculum historiale, *el "Espejo histórico" (véase il. 127) de Vincent de Beauvais. El manuscrito, instrumento de vulgarización, evoluciona hacia la producción en serie. (Bolonia, Biblioteca Municipal, manuscrito 131, fol. 7 vuelto.)*

155. EL PROGRESO DE LA CIENCIA: LA LECCIÓN DE ANATOMÍA.

El estudio de la anatomía hace grandes progresos en el siglo XIII. La práctica de la disección aparece en Bolonia, donde Guillermo de Saliceto publica en 1275 su Chirurgia, *la primera ana-*



153

154

et de origine nervorum. C[apitulum] 1 quod in eo tertio libro de
opinionibus antiquorum de origine venarum et sanguinis.

[Q]uia autem dictum est de disposi-
tione membrorum aliorum
quae sunt consimilia
in specie una aut ge-
nere uno, sic etiam dicendum
est de dispositione communi tamen
in partibus interioribus o-
cultis quam in partibus
exterioribus manifestis.
Membra vero similia
omogenea dicuntur
et inveniuntur in partibus cunctis aliis et universaliter quidem
prius inventa in omnibus aut pluribus est sanguis aut
id quod est loco sanguinis et quae vena est via sanguinis.
Ideo post sanguinem universalior pars est vena et principium
membrum in quo est vena sicut in sua origine. Et post
istas partes generales prius et remota a sensu est sanguis [illegible]
[illegible] non dicit adhuc sufficienter est coloratus
et postremus [illegible] complementum digestionis. Post illas autem partes
est caro vel id quod est loco carnis quod generatur ex sanguine
et ex eo quod loco sanguinis quod est consimile carni a pro-
portionatum in habentibus sanguinem. Et post illud est
os et consimile in non habentibus os, hoc aliquid ossi proportionatum
sicut est spina in piscibus et serpentibus. Et cartilla-
go in aliis quibus non neque os neque spina habentibus.
Sicut est piscis huius vocatus quod nullum os habet aut
spinam in capite [illegible] et hoc piscis habitat in danubio
et in magno [illegible] rostrum longum sicut sturio. Et post
hoc membrum in aliis inveniuntur quae generaliter membra similia
cutis et tela. Cutis enim totum involvit corpus exterius.
Tela autem sine panniculus multa involvit interiora
membra. Cum hiis autem similia membra sunt nervus vel
pilus et hiis similia. Adhuc autem sepum et pinguedo sicut
[illegible] hoc enim liquidum non [illegible] est aliquid aliud.
Cum hiis autem sunt humores qui sunt pinguedinem sanguinis
sicut flegma et coleram rubeam vel nigram [illegible]
[illegible] colera rubea [illegible] cola absolute vocatur [illegible]
cola vocatur melancolia. De alteris hiis in libro de dispositione
loquimur de originibus membrorum similium quae sunt talia. Et quia
nos ponimus quod sanguis et vena sint principium cre-
ationis omnium membrorum quae creantur ex eis, ideo primum
incipere est loquendum de origine istorum duorum sanguinis
videlicet et vene. Tunc enim melius [illegible] cum quae origi-
nantur ex istis. [illegible] autem sollicitudinem [illegible]
[illegible] ideo quia antiqui [illegible] et [illegible]
[illegible] tractaverunt de originibus istorum.
[illegible] autem ignorantie eorum fuit difficultas speculationis
[illegible] in anatomia membrorum. Natura enim et ex-
tensio et magnitudo venarum non satis clare mani-
festatur in corporibus mortuorum animalium quae antiqui anathomi-
zantes dicebant et ideo multo magis continuitur in partibus

[illegible] enim vene coagulato mortuo corpore [illegible]
[illegible] accidunt alia. Exit sanguis ab eis et [illegible]
[illegible] et ideo generaliter [illegible] occultantur. Adhuc autem in
quibusdam membris corporis aut non est sanguis aut
modicus est sanguis et vene quae in eis sunt non [illegible]
[illegible] latent propter hoc in mortuis corporibus in quibus [illegible]
et mortis [illegible] post mortem enim modicus sanguis
manet in [illegible] non fortis [illegible] et manet modicus.
In corporibus autem vivorum non possunt inspici sana di-
ligentur origines venarum quoniam maiores partes venarum
est [illegible] ad quas non pervenit visus. Antiqui autem
[illegible] studentes anathomizare corpora animalium non aspexerunt
originem et principium primum magnarum venarum [illegible]
[illegible] in corporibus mortuorum [illegible]
dixerunt ramificationem venarum a duabus magnis
venis non [illegible] de origine earum. Alii autem quidam
antiquorum [illegible] determinatus principia ve-
narum [illegible] potuit [illegible] in corporibus ma-
[illegible] in quibus vene magis extenduntur [illegible]
[illegible] distendebantur et sic aspexerunt extensionem
venarum. Corpora autem mortuorum [illegible]
[illegible] extenduntur ut quando [illegible] est
[illegible] corpus sicut [illegible] primo
venarum [illegible] extensio non alia [illegible]
[illegible] origine venarum [illegible] non sufficit
eo quod vene intrant et exeunt plura membra [illegible]
[illegible] ab ipsis. Et nos [illegible]
[illegible] et solvere [illegible] locum et non faciemus
[illegible] origines quae sunt in corporibus aliorum.
[illegible] autem [illegible] sunt ab antiquis
ut [illegible] a [illegible] in se [illegible]
[illegible] plus quam aliis [illegible]
[illegible] vocatur. [illegible] autem vocant [illegible]
[illegible] quia talem [illegible] hunc esse putant
[illegible] venarum sicut [illegible] dicere
[illegible] venarum est sicut dico. Exeunt due vene
ab [illegible] et [illegible] et procedunt ad p-
artes colli et descendunt ad dorsum et reflectuntur
[illegible] ad partem pulmonis et reflectio earum ad [illegible]
est sub mamillis. Et deinde [illegible] ita quod una pre-
dit a parte dextra in sinistram et alia a sinistra ad dex-
tram et [illegible] per [illegible] sese [illegible] per u-
nam quae transit per [illegible] procedit ad renem dextrum et testi-
culum dextrum et ea per quam venit a sinistra latere transiens
per splenem venit ad renem et testiculum sinistrum [illegible]
[illegible] coxam et crura et omnia ali-
a membra. Summa igitur [illegible] est venas oriri
a cerebro anteriori et exinde ramificari in totum
corpus superius [illegible] a dextris et a sinistris [illegible]
[illegible] exterius et interius. [illegible] autem ex principio
[illegible] duas [illegible] cellule anterioris partis ce-
[illegible] determinavimus. Et [illegible]
[illegible] venas [illegible]




157

158

159

ostes caldei. populus dire facti. ceciderunt pueros iob diripi untque camelos.


160

Scs franciscus romana stet i urbe. — veru e illu i

Dia serit volucru simonis semina turbe — lizaui uos.



Du it agreto p ualle spoletana
hoc euenit in tra de colubis cornicib;
z monedul. s; uulturib; z uolucrib; rapa
cib;

sr desolacon
uram uadu
celi. ut aud
Sicq; ab urb
cuius coruo
litantes z d
tuit iudei c
ad me acce
auit. z i dre
ipiu ei uni
cu. z fco sil
cu ub uni
intuebam
bus cu a ciu
tib; opera f
tis seculi ca

tomía topográfica del Occidente. No obstante, el manual de anatomía más popular, antes del de Vesalo en el siglo XVI, fue la Anatomía *de Mondino de Luzzi, publicada en 1316. La miniatura decora un manuscrito (siglo XIV) del* De animalibus *de Alberto Magno, en el que el gran sabio dominico del siglo XIII comentaba tres tratados de Aristóteles sobre los animales, es decir, los seres vivientes, comprendido el hombre. (París, Biblioteca Nacional, manuscrito latino 16169, folio 59 vuelto.)*

156. LA CARNE MORTIFICADA: LA TENTACIÓN DE SAN BENITO.

El ascetismo monástico no hace más que llevar a su más alto grado la mortificación de la carne que la Iglesia recomienda a todos. Los ejercicios corporales deben completar y sostener los ejercicios espirituales. En este capitel de Saint-Benoît-sur-Loire (hacia 1100, véase il. 78), San Benito, tentado por la mujer que le presenta el Diablo, se desviste y rueda desnudo entre ortigas para apagar los fuegos del deseo. El episodio aparece también en otras vidas de santos. (Saint-Benoît-sur-Loire, Iglesia abacial.)

157. LEJOS DEL ASCETISMO: LA DESPREOCUPACIÓN.

Este relieve que adorna la tumba de una condesa de Joigny (siglo XIII) combina la nueva sensibilidad gótica (espíritu de goce, naturalismo del follaje) con las lecciones de la moral y del simbolismo tradicional. Al joven despreocupado, subido al árbol de la vida y que goza de los placeres de la existencia, le tienen sin cuidado los dos dragones, el día y la noche, que roen el tronco del árbol. (Joigny, Yonne, Iglesia de Saint-Jean.)

158. JUSTICIA Y CRUELDAD: MUTILACIONES.

La justicia medieval sigue siendo bárbara. Las mutilaciones y las torturas desempeñan en ella un papel de primer plano. El castigo de los adúlteros (el mismo que el canónigo Fulbert hizo infligir clandestinamente a Abelardo) combina la humillación y el maltrato físico. Este ejemplar (1296) de las "costumbres" de Toulouse, redactadas a petición de los cónsules en 1283, se halla adornado con viñetas y pinturas en las que se demuestra que la justicia urbana a finales del siglo XIII era tan cruel como cualquier justicia señorial. Se ha observado que ni en el texto ni en las glosas se hace la menor alusión a las torturas representadas. ¿Hipocresía? En todo caso, no ver la civilización medieval sino a través de los textos supondría hacerse de ella una imagen falsa y dulzona, aunque no falten los textos negros. (París, Biblioteca Nacional, manuscrito latino 9187, fol. 32 vuelto.)

159. DESGRACIAS Y VIOLENCIAS: JOB.

El hombre medieval tiene las mayores probabilidades de verse enfrentado a una sucesión de calamidades. Por lo

tanto, la imagen más semejante a sí mismo que encuentra en la Biblia es la de Job (véase il. 129), del que Gregorio Magno, a finales del siglo VI, ha sacado, además, lecciones que dejó incluidas en una obra de popularidad ininterrumpida durante toda la Edad Media. En la ilustración, los enemigos de Job dan muerte a sus hijos y roban sus rebaños (camellos en este caso). Ambos crímenes, frecuentes en la Edad Media, son imputados a caballeros con el armamento típico, inspirados por el Diablo. (París, Biblioteca Nacional, manuscrito latino 15675, fol. 4.)

160. PLACERES CORPORALES: BAÑO Y FESTÍN.

La higiene y la inmoralidad se avecinan con frecuencia en la mentalidad medieval. Conocida es la mala reputación de los baños. Con el tiempo, sin embargo, el cuerpo recobra derecho al placer y dignidad. Puzzoles, cerca de Nápoles, vuelve a ser en el siglo XIII una estación termal, cuyos méritos y placeres alaba Petrus de Eboli en su De balneis puteolanis. *Un iluminador napolitano, formado en la escuela de la corte de Federico II, ha ilustrado la obra. Después del baño, se festeja. (Roma, Biblioteca Angélica, manuscrito 1474, fol. 7.)*

161. UNA NUEVA SENSIBILIDAD: LA NATURALEZA Y EL SERMÓN DE SAN FRANCISCO A LOS PÁJAROS.

Un manuscrito inglés de la Crónica de Mateo París *contiene este dibujo, la más antigua representación (hacia 1255) del sermón de San Francisco de Asís a los pájaros. Como en otras miniaturas de la época (véase il. 51,* LA BELLA SELVA*) y pese a que los animales son ya más realistas, la representación de la naturaleza sigue siendo muy esquemática. Pero los ojos comienzan a ver y a mirar el mundo exterior y el espíritu franciscano ayuda a esa mirada a formarse. (Cambridge, Corpus Christi College, manuscrito 16, fol. 66.)*

resistencias, pues, aparte las reticencias de los medios tradicionalistas, se da también la oposición de las clase inferiores a la apropiación por las clases dominantes de las técnicas nuevas, que, en ocasiones, refuerzan la explotación señorial. Algunas veces, el acta garantiza más los derechos del señor que los de los campesinos y será tan detestada como el molino comunal, «banal». Desde este momento, destruir los archivos, los libros de censos, lo que más tarde se llamará en Francia los *terriers,* será una de las gestas esenciales en las revueltas del campesinado.

La pérdida experimentada por el libro de su carácter sagrado va acompañada por una «racionalización» de los métodos intelectuales y de los mecanismos mentales. No se trata de poner en tela de juicio el objeto del examen y de la investigación. Las críticas, por ejemplo, cada vez más numerosas en torno a las reliquias —como el célebre opúsculo, del comienzo del siglo XII, de Guibert de Nogent, poco «progresista» a pesar de todo—, no niegan en absoluto la eficacia de las reliquias. Tienden tan sólo a separar las falsas reliquias, que se multiplicaban con las Cruzadas y el desarrollo de las necesidades financieras de las iglesias. Más profundamente, el método escolástico tampoco discute la veracidad de la fe. Proviene, al contrario, del deseo de esclarecer mejor, rodear, comprender esa fe. Es el desarrollo de la célebre fórmula de San Anselmo: *Fides quaerens intellectum,* la fe en busca de la inteligencia de sí misma. No obstante, los métodos usados para este fin representan una verdadera revolución de las actitudes mentales. Al nivel superior de la Teología, el padre Chenu ha presentado con toda exactitud lo que significaba para ésta el hecho de transformarse ella misma en «ciencia», como lo hizo en los siglos XII-XIII.

* * *

Sería presuntuoso tratar de definir en unas breves líneas el método escolástico *. La evolución primordial por él sufrida fue la que condujo de la *lectio* a la *questio* y de la *questio* a la *disputatio.* El método escolástico no es, en principio, sino la generalización del viejo proceder, empleado de modo especial en lo que se refiere a la Biblia, de las *questiones* y *responsiones,* de preguntas y respuestas. Ahora bien, el plantear problemas, el someter a los autores «a cuestiones», en plural, lleva a someterlos «a cuestión», en singular. La escolástica es, en esta su primera época, el establecimiento de una problemática. Mas pronto se convierte en un debate, la «disputa». La evolución consiste en que, frente al puro argumento de autoridad, toma una importancia creciente el recurso al razonamiento. Por últi-

mo, la disputa desemboca en una *conclusio,* dada por el maestro. Verdad es que esta conclusión puede ser víctima de las limitaciones personales del que la pronuncia y, puesto que los maestros universitarios presentan la inclinación a erigirse por sí mismos en autoridades, puede incluso ser fuente de una tiranía intelectual. Pero, más que este abuso, lo que importa es que obliga al intelectual a pronunciarse. No puede contentarse con plantear la pregunta, debe comprometerse en la respuesta. En el ápice del método escolástico está la afirmación del individuo en su responsabilidad intelectual.

Hasta qué medida han ido algunos más allá del uso templado de la escolástica resulta arduo determinarlo. Las condenaciones de 1270 y de 1272 parecen hacer alusión no solamente a esos «averroístas», que, bajo la influencia de maestros como Siger de Brabante *, profesaban una doctrina de la «doble verdad», que separaba peligrosamente la fe de la razón, sino también a verdaderos agnósticos. Es difícil conocer sus auténticas opiniones, su número, el crédito de que gozaron. La censura eclesiástica parece haber borrado por completo sus señales, pero ha de decirse también que lo más probable es que aquéllas hubiesen quedado limitadas a círculos universitarios bastante restringidos. La literatura del siglo XIII pone también en escena a personajes presentados como totalmente descreídos o incrédulos, sobre todo en las capas superiores de la sociedad. Parece igualmente que los «espíritus fuertes» no han sido más que hombres aislados.

A través de tres fenómenos se puede medir el perfeccionamiento del bagaje intelectual logrado por el desarrollo de la escolástica.

El primero es el uso más mesurado de las autoridades, tal como demuestra el célebre *Sic et non* de Abelardo, verdadero *Discurso del método* de la Edad Media. Se trata en primer lugar de eliminar las divergencias aparentes entre las autoridades, observando si este desacuerdo procede únicamente, según el resumen del padre Chenu, del empleo de palabras en un sentido inusitado o con significaciones diferentes, de la inautenticidad de las obras o del estado de corrupción de los textos, de los pasajes en que el autor se limita a reproducir opiniones ajenas o en los que se acomoda a las ideas corrientes, de frases en las que habla, no de manera dogmática, sino bajo una forma de exhortación, de consejo o de dispensa, de la variedad del sentido de las palabras según los diversos autores. Por último, si el desacuerdo se muestra irreductible, es preciso seguir a la autoridad más calificada.

La *disputatio* ayudó a que los espíritus se habituaran a la coexistencia de opiniones diferentes, a reconocer la legitimidad de la diversidad. Cierto que se sigue manteniendo el ideal de la unidad, de la concordia, de la

armonía. En su *Decreto,* Graciano proclama que busca la *concordia discordantium canonum,* el acuerdo entre los cánones discordes. Es un sinfonista. Pero esta sinfonía nace de la polifonía. «Si contemplas la belleza y la magnificencia del universo —dice Guillermo de Auvernia—, descubrirás que el universo es como un hermosísimo cántico y que las criaturas, a causa de su variedad, que suena al unísono, forman un acorde de suprema belleza.»

En fin, la modernidad causa cada vez menos temor. Ya en los comienzos del siglo XII, en su *De musica,* Jean Cotton afirma que los músicos modernos «tienen más sutilidad y sagacidad, pues, según la palabra de Prisciano, cuanto más joven se es, más perspicaz». En su mediocre *Summa de sentencias,* Pedro Lombardo * inserta, a pesar de todo, lo que sus contemporáneos llamaron «novedades profanas», *profanae novitates,* y Guillermo de Tocco, biógrafo de Santo Tomás de Aquino, le alaba por sus innovaciones: «Fray Tomás planteaba en su curso problemas nuevos, descubría nuevos métodos, empleaba nuevas redes de pruebas.»

En la búsqueda de pruebas nuevas, los escolásticos —por lo menos algunos de entre ellos— desarrollaron el recurso a la observación y a la experimentación. El nombre citado con mayor frecuencia es el de Rogelio Bacon *, que parece haber empleado por vez primera el término de *scientia experimentalis* y que desdeña a los maestros parisienses por excesivamente dogmáticos —con la sola excepción de Pierre de Maricourt, autor de un *Tratado sobre el imán,* y a quien Bacon llama «el maestro de las experiencias»— y les opone los maestros de Oxford, instruidos en las ciencias de la naturaleza. A decir verdad, los oxonienses son y serán sobre todo matemáticos y en ello se revela la dificultad de los intelectuales medievales para establecer relaciones orgánicas entre teoría y práctica. Las razones que motivaron esta dificultad son múltiples, pero no cabe duda de que la evolución social de las universidades gravitó pesadamente sobre esas tentativas, provocando su semifracaso. La naciente escolástica había tratado de establecer un lazo entre las artes liberales y las artes mecánicas, entre las ciencias y las técnicas. Los universitarios, puesto que figuraban entre las categorías sociales que se avergonzaban del trabajo manual, hicieron abortar el ensayo. En ciertos dominios, el divorcio fue grávido de consecuencias. Los físicos prefirieron Aristóteles * a las experiencias; los médicos y los cirujanos, Galeno a las disecciones. Más que reticencias de la Iglesia, son los prejuicios de los doctores los que retardaron la práctica de la disección y los progresos de la anatomía, que, en Bolonia y en Montpellier, en torno al año 1300, habían conocido, no obstante, principios prometedores. Los humanistas vivirán, a su vez, inmersos en esas contradicciones internas.

* * *

A medida que afirman su imperio sobre la naturaleza y conquistan una mayor seguridad ante el mundo, los hombres de los siglos XII y XIII excavaron, sin embargo, nuevos abismos en su interior. La vida espiritual se interioriza, un frente de exploración se abre en las conciencias, y las preguntas de la escolástica se prolongan en una casuística. Ya es tradicional atribuir a Abelardo el mérito de ese gran cambio de la psicología y de la sensibilidad. En realidad, fue la obra de mutaciones profundas, de lo que Alphonse Dupont llama la «mentalidad colectiva». El hombre buscaba fuera de él la medida y la sanción de sus faltas y de sus méritos. Los penitenciales le infligían castigos que venían a ser como multas. Una vez que había pagado, quedaba reconciliado con Dios, la Iglesia, la sociedad y consigo mismo. Desde ahora se le reclama también el arrepentimiento (los escrupulosos irán hasta los remordimientos), la contrición. Ella es la que absuelve. En la narración del *Caballero del barril,* el mal caballero acepta la penitencia material, que consiste en llenar un pequeño barril metiéndolo en el agua, pero, en tanto su corazón ignore la contrición, el barril permanecerá vacío. El día en que, arrepintiéndose, derrama una lágrima, basta ella sola para llenar el barril. La Edad Media ha llorado mucho, pero los héroes de los Cantares de gesta lloran por el dolor o por la tristeza que les causa el mundo, no por la que se inspiran ellos mismos. Gregorio el Grande, a finales del siglo VI, recomienda las lágrimas como signo de recompensa de la compunción. No fue verdaderamente comprendido por los hombres de la Edad Media hasta seis siglos más tarde.

De este refinamiento de la sensibilidad, más atenta desde este momento a la intención que al acto, más desinteresada, podemos poner como testimonio a una vieja de Acre, en el tiempo de la Cruzada de San Luis: «Mientras se dirigían a su hospedaje, la posada del Sudán, el hermano Yves encontró en medio de la calle a una vieja que llevaba en la mano derecha una escudilla llena de fuego y en la izquierda una botella llena de agua. El hermano Yves le preguntó: "¿Qué quieres hacer con eso?" Ella le respondió que con el fuego quería incendiar el paraíso y con el agua apagar el infierno, de manera que el uno y el otro dejasen de existir. Pero él insistió: "¿Y para qué?" "Porque no quiero que se haga el bien para ganar el paraíso o por temor del infierno, sino solamente por el amor de Dios, que vale más que todo y que es para nosotros el bien supremo."»

De la misma manera que los penitentes cambian, los santos también se transforman. Al lado de los signos externos tradicionales de santidad, se

les pide cada vez con mayor insistencia la pobreza y la caridad. La influencia moral, el apostolado tienen ya más valor que las proezas taumatúrgicas o ascéticas. Los santos del siglo XII habían enterrado su ideal en la vida mística. Etienne Gilson ha podido hablar del «socratismo cristiano» de San Bernardo. Ahora bien, según las palabras de André Vauchez: «El santo tradicional del siglo XII es una persona que se abstiene, que rehúsa, y cuya santidad presenta un aspecto un poco "rechinante". El santo del siglo XIII no es menos exigente consigo mismo que su predecesor, pero se nos aparece menos hierático, más sonriente, en una palabra, más abierto y más positivo en sus virtudes. La pobreza de Francisco de Asís no es solamente la negativa a poseer y a adquirir. Es una actitud nueva frente al mundo...»

El santo ya no tiene necesidad de poseer la belleza física. «Un día —cuentan las *Florecillas*— en que habían llegado muy hambrientos a una aldea, fueron, según la regla, a mendigar pan por el amor de Dios; y San Francisco se dirigió a un barrio y el hermano Masseo a otro. Pero, como San Francisco era hombre de aspecto demasiado despreciable y de pequeña estatura y, por este motivo, pasaba por un vil pobrecillo ante aquellos que no lo conocían, no recogió más que algunos bocados y restos de pan seco; en cambio, al hermano Masseo, porque era un hombre alto y de bella apariencia, le dieron muchos grandes y buenos trozos y panes enteros.»

El siglo XII, románico, pesimista, se había complacido en el bestiario; el siglo XIII, gótico, que se encamina ya a la felicidad, se vuelve hacia las flores y hacia los hombres. Es más alegórico que simbólico. Las abstracciones del *Roman de la Rose*, buenas o malas (Avaricia, Vejez, Buena Acogida, Peligro, Razón, Cara-Falsa, Naturaleza), son representadas con figura humana. El gótico es todavía fantástico. Pero se inclina más a lo extraordinario que a lo monstruoso.

Y, sobre todo, se convierte en moralizador. La iconografía pasa a ser una lección. Vida activa y vida contemplativa, virtudes y vicios con cara humana, colocados en buen orden, decoran los pórticos de las catedrales, con objeto de proporcionar a los predicadores una ilustración para sus enseñanzas morales. Sin duda alguna, los clérigos habían asignado siempre al arte un papel edificante. «La pintura —dice Honorius Augustodunensis— tiene tres finalidades.» La primera de ellas es catequística, pues la pintura constituye «la literatura de los laicos». Las otras dos finalidades son la estética y la histórica. El Concilio de Arras (1025) afirmaba ya: «Los iletrados contemplan en la pintura lo que no pueden ver por la escritura.» Pero, ahora, la primera intención consiste en impresionar, incluso en causar miedo. Desde este momento, todo se «moraliza»: biblias y salterios y

herbarios «moralizados» transforman la Escritura y la enseñanza religiosa en anécdotas morales. Los *exempla* florecen. No obstante, una tal evolución no presenta únicamente ventajas. La sensibilidad se debilita y con frecuencia la religión se infantiliza. Al nivel de los vulgarizadores, de un Vincent de Beauvais *, por ejemplo, el arte gótico parece falto de vigor. Y no por ser almibarada, la tiranía moralizadora es aceptada más con mayor gusto que las restantes. Las ordenanzas sobre la blasfemia y sobre los juegos de azar de San Luis, al final de su reinado, provocan entre sus mismos consejeros una reprobación entristecida.

* * *

Se da, de todas maneras, en esta época un sentimiento cuya transformación se nos muestra como resueltamente «moderna». Nos referimos al amor. El refinamiento de los sentimientos entre dos seres parecía confinado, en la sociedad viril y guerrera de la edad propiamente feudal, a la amistad entre hombres. La gesta de *Ami et Amile* es la expresión más perfecta de ella. Aparece ahora el amor cortés, atento, fino, lleno de gracia y distinción. Cierto libro de Denis de Rougemont, merecidamente célebre, ha tomado mayor pretexto del fenómeno para sus brillantes divagaciones sobre el Occidente, el matrimonio y la guerra, de lo que se ha creído en su tiempo. Al término —sin duda provisional— de una profusa literatura, René Nelli acaba de abordar el problema con sabiduría, profundidad y pasión. Incluso a nivel de la erudición, la génesis del amor cortés se mantiene en la oscuridad. ¿Cuánto debe a la poesía y a la civilización musulmanas? ¿Qué lazos lo han unido con el catarismo? ¿Ha sido, en realidad, esa «herejía» que Alexander Denommy ha querido ver en él, confundiéndolo acaso con excesiva facilidad con ese tratado *De l'Amour,* escrito hacia 1185 por André le Chapelain y del cual Etienne Tempier, con su simplicismo habitual, extrajo en 1277 ciertas asombrosas proposiciones para condenarlas, mezcladas con el tomismo, el averroísmo y algunas otras doctrinas entre las más avanzadas de la época que no le gustaban? En el plano de la interpretación, la discusión no está cerrada todavía. Mientras que muchos insisten sobre el carácter «feudal» de esta concepción del amor, inspirado en apariencia por las relaciones entre el señor y el vasallo (el señor es en este caso la dama, en un desquite del bello sexo), otros, a los que yo sigo con mayor gusto, ven en él una rebeldía contra la moral sexual de ese mismo mundo feudal.

Que el amor cortés ha sido antimatrimonial resulta evidente. Y el matrimonio era, sin duda, campo privilegiado para un combate que tendía a

revolucionar no solamente las costumbres, sino asimismo la sensibilidad. Reclamar la autonomía del sentimiento, pretender que podían existir otras relaciones entre los sexos, aparte las del instinto, de la fuerza, del interés y del conformismo, había en ello algo verdaderamente nuevo. ¿Por qué extrañarse de que la nobleza meridional haya sido el terreno donde se le dio esta batalla? Nobleza ambigua en todas sus posiciones y cuyas contradicciones estallan a propósito de su actitud con referencia al catarismo, al que, a pesar de todo, ha seguido por otras razones. Nobleza más cultivada, con la sensibilidad más refinada que los bárbaros feudales del Norte, pero en decadencia frente a un mundo en que todas las novedades técnicas nacen y se extienden desde el Norte y que por ello mismo inquieta. Ahora bien, ¿el amor cortés o cortesano es efectivamente el amor provenzal? ¿Acaso el más bello amor cortés no fue el de Tristán e Isolda, * que pertenece al «ciclo de Bretaña»?

De lo que no cabe duda es de que, por encima de esta protesta y de esta rebeldía, el amor cortés ha sabido encontrar el milagroso equilibrio entre el alma y el cuerpo, entre el corazón y el espíritu, entre el sexo y el sentimiento. Más allá de los oropeles de vocabulario y de rito, que hacen de él un fenómeno de época, más allá del manierismo y de los abusos de la escolástica cortés y, con seguridad, más allá de las boberías de los trovadores modernos, sigue siendo el don imperecedero que, entre todas las formas mortales que ella crea, una civilización lega a la sensibilidad humana. Citar sería ridículo. Hay que leer:

Seigneurs, vous plaît-il d'entendre un beau conte d'amour et de mort?

y también *en joie ai mon espoir*
fin coeur et ferme vouloir...

(¿Señores, os gusta oír un bello romance de amor y de muerte?)
(en [la] alegría tengo mi esperanza / corazón sensible y firme querer...)

* * *

Acaso la más importante de las mutaciones que nos revela el arte medieval sea la que hace aparecer —con el realismo o el naturalismo— una nueva manera de mirar al mundo, un nuevo sistema de valores. Esta mirada se detiene, a partir de entonces, sobre las apariencias y, en lugar de ser un simple símbolo de la realidad oculta, el mundo sensible cobra valor en sí

162. LA RELIGIÓN: UN SACRAMENTO, EL BAUTISMO.

Civilización del gesto, la civilización medieval presta particular atención a los gestos esenciales de la religión. La lustración bautismal es promesa de salvación. Esta representación del bautismo de Cristo, en bronce dorado con esmaltes en hueco, ha sido realizada por la escuela de Limoges en la primera mitad del siglo XIII. El sentido del gesto inspira el estilo excepcionalmente elegante, aunque grave, del artista. (Boston, Museum of Fine Arts.)

163. LA RELIGIÓN: FULBERTO PREDICANDO EN LA CATEDRAL DE CHARTRES.

La predicación ha sido siempre uno de los grandes trabajos de la Iglesia medieval, antes incluso de la fundación de la orden de los Hermanos Predicadores, aunque haya tomado en el siglo XIII un especial desarrollo, que se pone de manifiesto en la multiplicación de los ambones y de las cátedras. La predicación era el deber del obispo, y la Iglesia reunía al pueblo no solamente para los oficios, sino también para los sermones. No es seguro que Fulberto, obispo de Chartres a principios del siglo XI (muerto en 1028), a quien se ha llamado "ese venerable Sócrates", haya dado a las escuelas de Chartres el brillo que se le ha atribuido y que es, sin duda, posterior. Sin embargo, después del incendio de 1020, fue el constructor de la catedral románica, asimismo destruida por el fuego en 1194, y un obispo renombrado. Lo vemos aquí en una miniatura que forma parte de un obituario de la catedral (siglo XI), predicando al pueblo en su iglesia, cuya arquitectura aparece también representada. (París, Biblioteca Nacional, nuevas adquisiciones latinas, 4.)

164. LA SOCIEDAD CASTRENSE: UN JUEGO PARA EL SEÑOR.

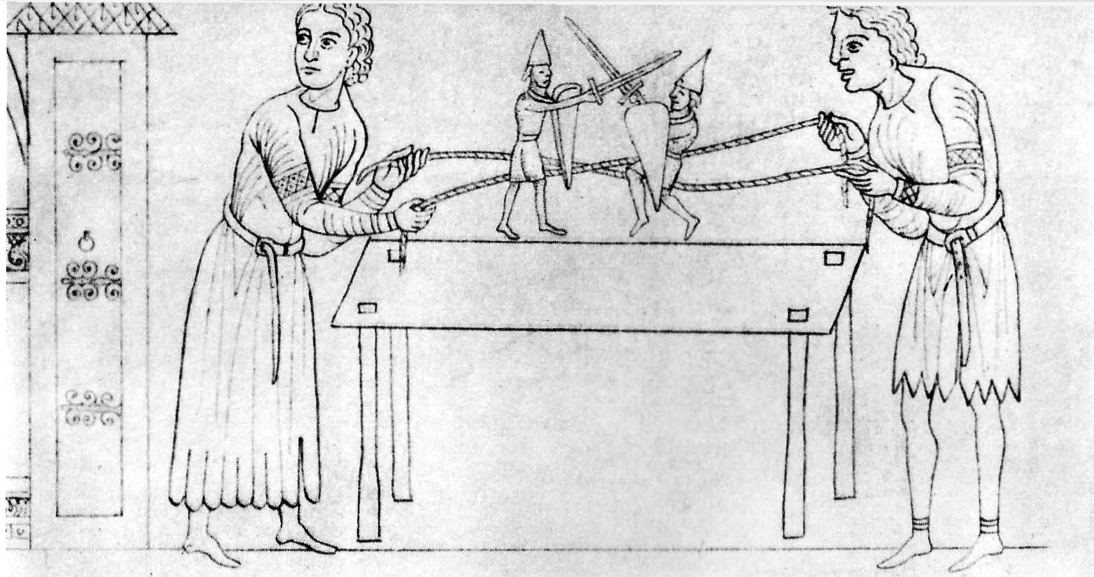
Herrada de Landsberg, abadesa de Santa Odilia en Alsacia (1167-1195), compuso para sus monjas una antología de textos bíblicos, patrísticos y medievales, el "Jardín de las Delicias": Hortus Deliciarum. *El célebre manuscrito, adornado con trescientas treinta y seis miniaturas, se quemó en Estrasburgo, en el año 1870. Las tres cuartas partes aproximadamente nos son conocidas a través de copias. Las escenas realistas que la componen tienen, de hecho, una significación moral. En la que nos ocupa se ha creído ver a un señor entretenido con un juego de marionetas. En realidad, se trata de Salomón contemplando el juego de los caballeros fantoches, ante el cual exclama: "Vanidad de vanidades, todo es vanidad" (Ecclesiastés 12, 8). (Véase Straub y Keller.* Hortus Deliciarum, *1879-1899.)*

165. LA SOCIEDAD CASTRENSE: MÚSICO Y DANZARINA.

Estas dos pinturas exornan un cofrecillo de novia del siglo XII. Representan a un ministril tocando el rabel, antecesor del violón, con tres cuerdas

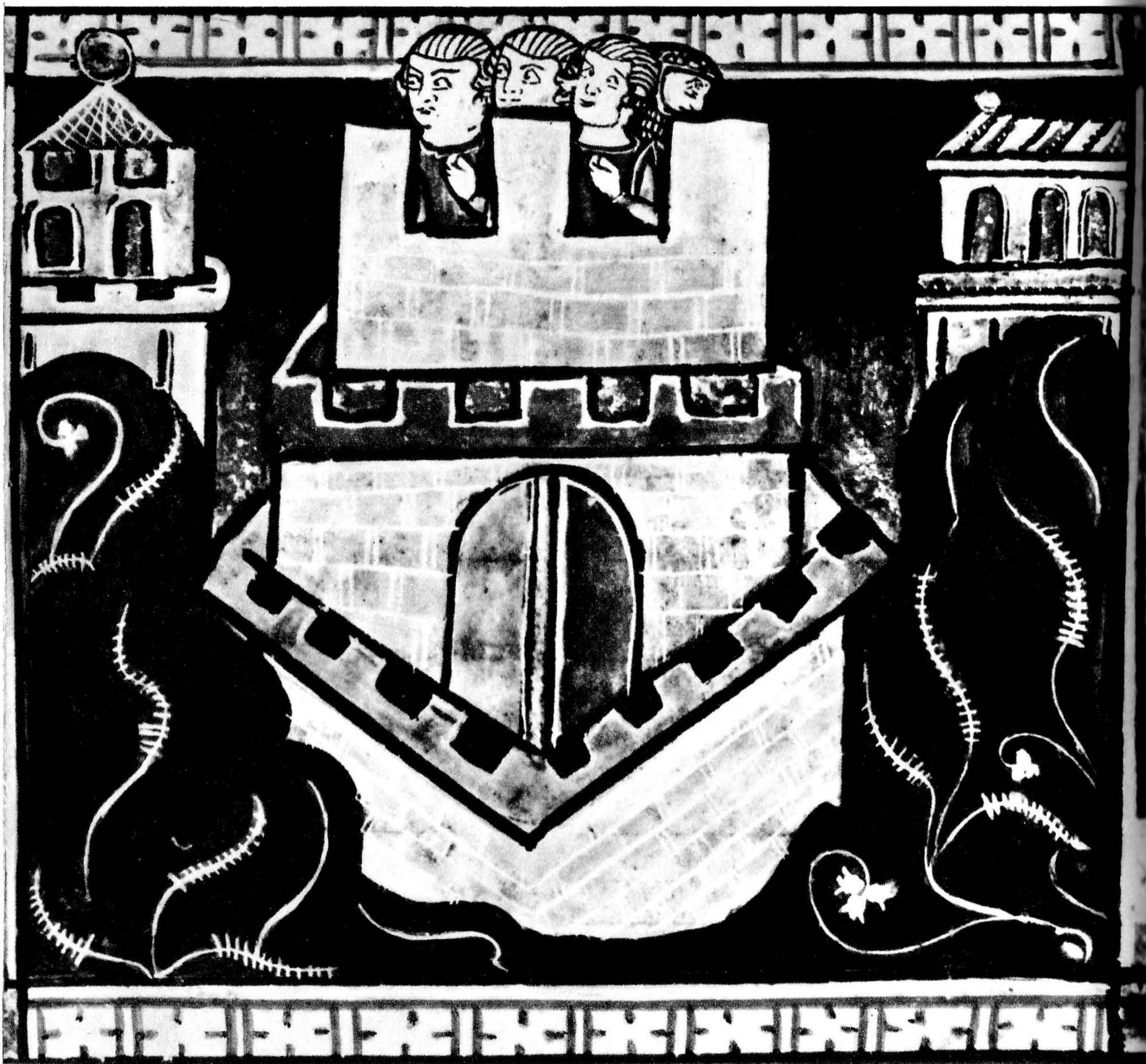






164

165





167





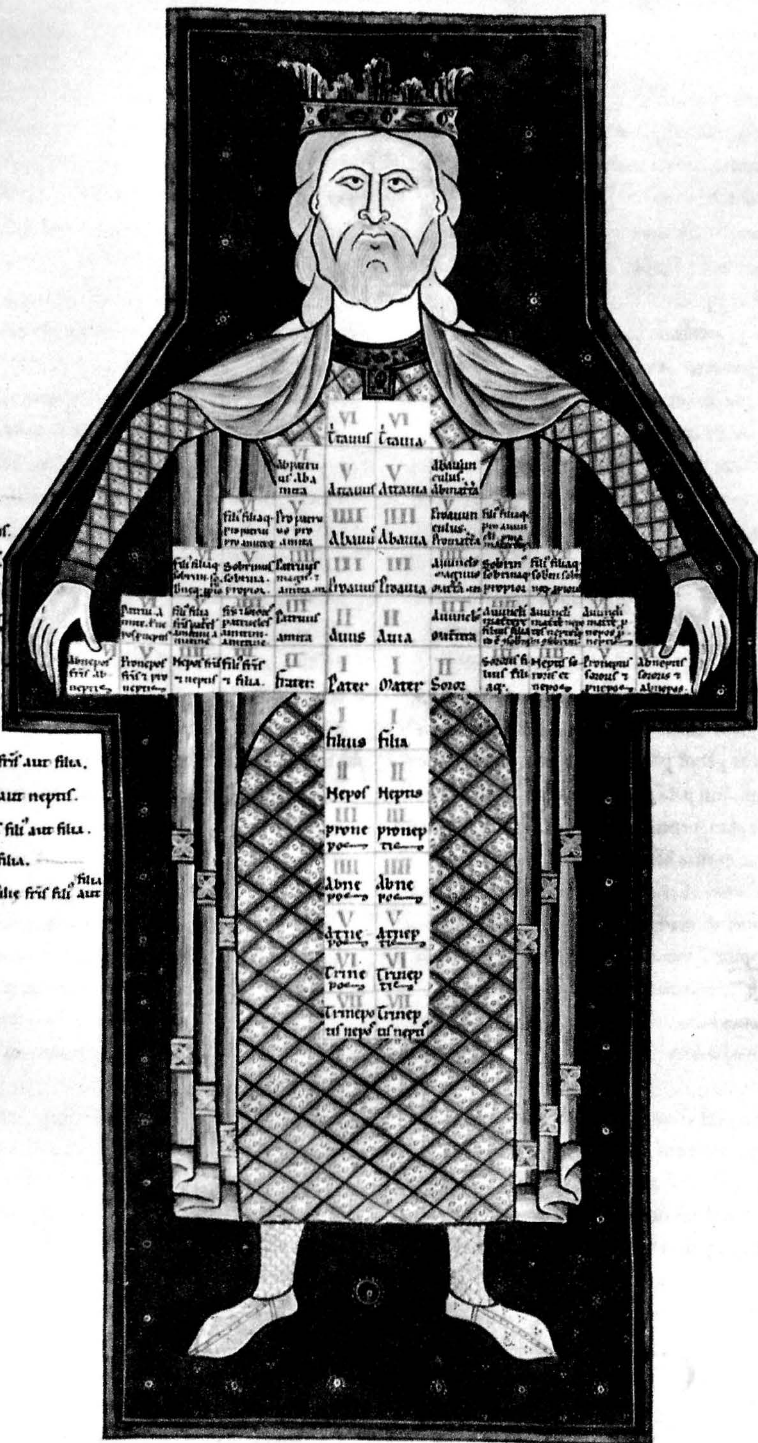
168



169

170





172

173

174

175

acordadas de quince en quince y con arco, y a una danzarina, atracciones habituales en las fiestas señoriales. (Vannes, Tesoro de la catedral.)

166. INQUIETUD DE LOS CASTILLOS Y DE LAS CUIDADES: LOS CENTINELAS.

La sociedad castrense y la sociedad urbana se protegían por medio de sólidas murallas. No obstante, bien por la astucia, bien por la fuerza, siempre cabía la posibilidad de que se viesen sorprendidos. Por lo tanto, se han de guardar particularmente los puntos débiles de las murallas, las puertas, que se coronan con torres en las que velan los vigías. Los notables de las ciudades, especialmente los maestros de las corporaciones, deben en general prestar el servicio de vigía. La sociedad medieval se apoya sobre un continuo "quién vive", como en esta miniatura del siglo VIII. (París, Biblioteca Nacional, manuscrito francés 2630, fol. 63 vuelto.)

167. JUEGOS SEÑORIALES: EL TRIC-TRAC.

El tric-trac, que la Edad Media llamaba "tablas" y es de origen oriental, como el ajedrez, conoció en los medios señoriales un favor todavía mayor que éste, pues, gracias al uso de los dados, participaba de los atractivos de los juegos de azar. La Iglesia parece haberse visto impotente ante el juego e incluso se llegó a representar partidas de tric-trac en las vidrieras de las iglesias. San Luis no disimula su mal humor al ver a sus hermanos entregarse a ese juego y, en 1254, ordena "que nadie juegue a los dados, a las tablas ni al ajedrez". Juego de nobles, el tric-trac es también un juego de lujo. Estos peones de marfil (siglos XI-XII) representan escenas de cantares de gesta o de romances y personajes alegóricos. (París, Museo del Louvre.)

168. JUEGOS SEÑORIALES: PEÓN DE AJEDREZ.

Procedente, sin duda, del Irán, centro de difusión del ideal monárquico, el juego del ajedrez se extendió en Occidente a partir del siglo XI. Juego real, simboliza las relaciones del monarca con la sociedad y pronto fue "moralizado" en el célebre tratado de ajedrez moralizador del dominico Jacques de Cessoles, en el siglo XIII. La Edad Media comparó el ajedrez con la sociedad feudal de los tres estados: el juego incluía obispos, caballeros (vemos aquí un ejemplar de marfil del siglo XI o XII, muy realista), soldados (que representan la clase inferior, pero asimismo militar). El rey podía ser tomado, la reina no existía o era insignificante. (París, Museo del Louvre.)

169. EL AMOR CORTÉS: EL BESO.

El amor cortés constituye una verdadera liturgia. Recorre una serie de etapas, sancionadas por ritos. Este cofre renano del siglo XIII nos muestra el beso ritual, que sella la aceptación por la dama del homenaje de su pretendiente, de la misma manera que el beso del señor sella el contrato de va-

sallaje. Este beso era, con frecuencia, el primero y el último que recibía el amante. De aquí arranca el mito, perpetuado por una cierta literatura, del beso único. (Munich, Museo Nacional.)

170. JUEGOS SEÑORIALES: UNA PARTIDA DE AJEDREZ.

El ajedrez se convirtió en una especie de batalla doméstica comparable a los torneos. En esta tapa de la caja de un espejo en marfil, obra francesa de comienzos del siglo XIV, aparece figurada una partida de ajedrez entre los héroes de la gesta de Huón de Burdeos y la hija del almirante sarraceno Yvarin. La apuesta es la mano de la muchacha o la cabeza de Huón. (París, Museo del Louvre.)

171. LA FAMILIA: EL TIEMPO PRESENTANDO LOS GRADOS DE PARENTESCO.

La miniatura, que decora un manuscrito (siglo XIII) del Decreto de Graciano, *procedente de la Grande-Chartreuse, es representativo de toda una serie de obras jurídicas ilustradas. Preocupación escolástica del orden, que el derecho canónico introdujo en la justicia eclesiástica, aunque recurriendo a las imágenes de la iconografía mítica: el Tiempo se personifica en un rey coronado. La Iglesia ha concedido una extrema importancia a la consanguinidad: fidelidad al espíritu de los tabúes del Antiguo Testamento, que le permitían controlar la sociedad y, en particular, la sociedad señorial. (Grenoble, Biblioteca Municipal, manuscrito 34, fol. 185.)*

172. JUEGOS POPULARES: LA CENCERRADA.

Miniatura que ilustra un manuscrito, ejecutado en París a comienzos del siglo XIV, del Roman de Fauvel *de Germain Du Bus, narración satírica de la misma vena del* Roman de Renart, *cuyo héroe, Fauvel, es un caballo bayo, de color leonado, en francés,* fauve, *color de la vanidad. Representa todo lo que hay de falso en el mundo y permite una amplia sátira social. Las ilustraciones nos muestran, pues, algunas fiestas populares, como aquí la "cencerrada", ruidosa y alegre manifestación carnavalesca, que va ritualmente a molestar a un villano, el cual perturba a su vez el orden de la comunidad, con frecuencia un viudo o una viuda que se casa nuevamente con un soltero. La cencerrada es llevada a cabo por gentes jóvenes, clase ritual de edad. (París, Biblioteca Nacional, manuscrito francés 146, fol. 34.)*

173. JUEGOS POPULARES Y CAMPESINOS: LA GALLINA CIEGA.

Miniatura incluida en una colección de canciones, el Chansonnier de Paris, *obra de un taller de la capital entre 1280 y 1315. Es un precioso testimonio sobre las canciones y las polifonías de moda, cuyo interés está realzado por las ilustraciones. Se encuentra en él una triple inspiración: religiosa, cortés y campesina. Las canciones están en*

francés y en latín y las miniaturas no corresponden siempre al texto. Una canción religiosa en latín, por ejemplo, aparece ilustrada en la parte superior por la Trinidad, mientras que en la inferior unos jóvenes se entregan al juego popular de la gallina ciega. (Montpellier, Biblioteca de la Facultad de Medicina, manuscrito 196, f. 88.)

174. CEREMONIAS: EL PRINCIPESCO BAUTISMO DEL DELFÍN CARLOS.

Las ceremonias principescas introducen, desde el punto de vista afectivo, otro orden en la sociedad: el orden monárquico. El conjunto de la población es convidada a participar en los detalles de la vida privada de los soberanos, que toman el valor de acontecimientos nacionales, de catalizadores de la cohesión nacional. He aquí el cortejo en el bautismo del futuro Carlos VI. La reina, que ha dado a luz solamente tres días antes, lleva al niño, rodeada por los principales príncipes de la corte, precedidos de antorchas. Es la hora prima (las seis de la mañana), el 6 de diciembre de 1368. El pasaje de las Grandes Chroniques de France, *redactadas bajo Carlos V hacia 1375-1379, al que ilustra esta miniatura, subraya la pompa dada a la ceremonia: barreras colocadas la víspera para el pueblo, princesas* "bien parées en couronnes et en joyaux..." *(bien adornadas en coronas y en joyas...) (París, Biblioteca Nacional, manuscrito francés 2813, folio 446.)*

175. CEREMONIAS: LAMENTACIONES FÚNEBRES.

Panel de madera que ornamenta la tumba de un noble español, Sancho Sáinz de Carrillo, procedente de Mahamud (Burgos) y que data del 1300, aproximadamente: vestidos de luto, lamentaciones, gestos rituales de dolor. El dolor medieval, especialmente cuando es colectivo, no es silencioso. (Barcelona, Museo de Arte de Cataluña.)

mismo, es objeto de delectación inmediata. En el arte gótico *, las flores son flores reales, los rasgos humanos son trazos individuales, las proporciones corresponden a las medidas materiales y no a significaciones simbólicas. Cierto que esta «desacralización» del universo significa en un cierto sentido un empobrecimiento, pero supone también una liberación. Ya desde la época románica, los artistas se tomaban con frecuencia mayor interés por las preocupaciones estéticas que por los imperativos ideológicos. No debe exagerarse la interpretación simbólica del arte medieval. Muy a menudo, el sentido de las bellas formas constituía la única guía de los creadores y las exigencias técnicas eran su primera preocupación. Los patrones eclesiásticos imponían un tema, pero los realizadores encontraban su libertad en el interior de ese cuadro trazado. El simbolismo medieval no existe a veces más que en la imaginación de los intérpretes modernos, pseudo-sabios ofuscados por una concepción en parte mítica de la Edad Media. Y es probable que, a pesar de la presión ejercida por la propaganda eclesiástica, muchos consiguieran escapar a la asfixiante atmósfera mágica con que trataron de rodearles. Es significativo que un buen número de obras de arte medieval se basten por sí mismas, sin que poseamos las claves de su valor simbólico. A la mayor parte de las obras de arte —¿es preciso especificar que las más bellas?— de la Edad Media les basta su forma para emocionarnos. ¡Hermosas sirenas, de las que queremos olvidar que representaban el mal! La sensibilidad emerge lentamente en la edad gótica de este bosque de símbolos en el que la Alta Edad Media la había hundido. Si contemplamos las miniaturas —las copias, desgraciadamente, ya que los originales fueron destruidos en 1870— que adornan el *Hortus Deliciarum* de Herrada de Landsberg (mediados del siglo XII), nos damos cuenta de que estamos ante un segador, un labrador, un titiritero. El pintor se ha dedicado visiblemente a representar escenas, gentes, instrumentos por sí mismos. Sólo en algún detalle —un ángel muy pequeño, relegado a un rincón de la miniatura— nos recuerda que se trata de la parábola evangélica del buen sembrador y de la cizaña, del hombre condenado al trabajo después de la caída, de Salomón absorto en la contemplación del universo, figurado como un teatro de fantoches, y exclamando: «¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad!» Todo en la obra de arte nos revela lo contrario a una tendencia simbólica: que el artista toma en serio el mundo sensible, aún más, que se complace en él. La decadencia del simbolismo, el olvido de ese simbolismo ante la realidad sensible al menos, manifiesta una mutación profunda de la sensibilidad. El hombre, tranquilizado, contempla el mundo, como Dios después de la creación, y también lo encuentra bello y bueno. El arte gótico es confianza.

* * *

Mas antes de llegar a este resultado, los hombres de la Edad Media han tenido que luchar —y el combate no ha terminado todavía en el siglo XIII— con la impresión generalizada de inseguridad. Su gran confusión procede de que los seres y las cosas no son realmente lo que parecen. La Edad Media detesta sobre todas las cosas la mentira. El epíteto de la naturaleza de Dios es «el que no miente jamás». Los malos son los mentirosos. «¡Sois un mentiroso, Fernando de Carrión!», lanza Pero Bermúdez a la cara del infante. Y el otro compañero del Cid, Martín Antolínez, vitupera al segundo infante: «¡Cerrad vuestra boca, mentiroso, boca sin verdad!» Toda la sociedad está integrada por mentirosos. Los vasallos son traidores, felones, que reniegan de su señor, émulos de Ganelón y, por encima de él, del gran traidor prototipo de todos: Judas. Los mercaderes son defraudadores, que no piensan más que en engañar y robar. Los monjes son hipócritas, como el franciscano del *Roman de la Rose:* «Cara-Falsa». El vocabulario medieval posee una extraordinaria riqueza de términos para designar los innumerables géneros de la mentira y las especies infinitas de mentirosos. Incluso los profetas pueden ser pseudoprofetas, los milagros pueden ser falsos milagros, obras del Diablo. El poder del hombre medieval sobre la realidad es tan débil que debe usar de mañas para aprehenderla. Podría imaginarse que esta sociedad belicosa se apodera de todo el ataque. Suprema ilusión. Las técnicas son tan mediocres que la resistencia triunfa casi siempre sobre la ofensiva. Incluso en el campo militar, los castillos roqueros o fuertes y las murallas son casi inconquistables. Cuando el asaltante logra forzarlas es casi siempre mediante el engaño. El conjunto de bienes puestos a disposición de la humanidad medieval es insuficiente, tan insuficiente que para vivir hay que despabilarse. El que carece de fuerza o de astucia está destinado casi sin remisión a perecer. ¿Quién está seguro y qué es lo seguro? Entre la obra inmensa de San Agustín, la Edad Media ha escogido con preferencia un tratado: *De mendacio,* «De la mentira».

* * *

Pero, ante esas realidades que se ocultan, ¿qué se puede hacer sino aferrarse a las apariencias? La Iglesia se esfuerza en vano por incitar a los hombres de la Edad Media a descuidarlas, a despreciarlas, para buscar las verdaderas riquezas que subyacen ocultas. La sociedad medieval, en sus comportamientos y sus actitudes, es una sociedad de la apariencia.

La primera apariencia es el cuerpo. Hay que rebajarlo. Gregorio Magno le llamó «este abominable vientre del alma». «Cuando el hombre muere, queda curado de la lepra del cuerpo», dice San Luis a Joinville. Los monjes, modelos de la humanidad medieval, no cesan de humillar al cuerpo mediante las prácticas ascéticas. Las reglas monásticas limitan al máximo los baños y los cuidados del cuerpo, que son lujo y blandura. Para los ermitaños, la suciedad constituye una virtud. El bautismo, lo mismo en sentido figurado que recto, debe lavar al cristiano una vez por todas. La desnudez es, con el trabajo, el castigo del pecado. Adán y Eva después de la caída, Noé después de la embriaguez, muestran su desnudez impúdica y pecadora. Por lo demás, el nudismo es signo de herejía, de impiedad, y en todo herético hay más o menos un adamita. Es curioso comprobar que San Francisco de Asís, que rozaba con frecuencia la herejía, ostenta la tendencia, en contra de la corriente, de hacer de la desnudez una virtud. La pobreza es desnudez. Y pasa simbólicamente, pero de manera concreta, a los actos. Un extraño episodio de las *Florecillas* nos presenta a San Francisco y al padre Rufino predicando desnudos en la cátedra de Asís *.

No obstante, el ideal guerrero exaltaba el cuerpo tanto como el ideal cistiano lo rebajaba. Los jóvenes héroes de los Cantares de Gesta * tienen la piel blanca y el cabello rubio y rizado. Son atletas.

Il avait un coffre large et le corps à proportion
Des épaules larges et une poitrine ample, il était fortement bâti.
Les bras gros et puissants et les poignets énormes,
Le cou long et gracieux.

(Tenía una caja [el tórax] ancha y el cuerpo proporcionado, / anchos hombros y un pecho ancho: estaba fuertemente construido. / Los brazos gruesos y poderosos y los puños enormes, / el cuello largo y gracioso.)

Toda la vida del caballero es exaltación física: la caza, la guerra, los torneos son sus pasiones. Carlomagno se complace en bañarse desnudo con sus compañeros en la piscina del palacio de Aquisgrán. Incluso muerto, el cuerpo recibe atentos cuidados. El de los santos es venerado y su traslación supone la sanción de la canonización. Santa Clara de Montefalco, muerta en 1308, se aparece a una monja y le dice: «Mi *cuerpo* debe ser canonizado.» Los hombres de la Edad Media, cuya vista, sentido intelectual, no se desarrollará más que tardíamente —recuérdese que las gafas no se inventaron sino a finales del siglo XIII—, ejercen de modo primordial el más mate-

rial de los sentidos, el tacto. Son todos como Tomás. Para conservar el cuerpo de los grandes personajes difuntos, instilan mercurio por su nariz, después obturan los orificios naturales por medio de tampones impregnados de sustancias odoríficas, consideradas como anticorruptibles, y se embalsaman los rostros. Cuando el cuerpo ha de ser transportado lejos, se le vacía de sus vísceras, que son enterradas aparte, se rellena el cadáver de mirra, áloes y otros productos aromáticos y se vuelve a coser. La religión promete la resurrección de la carne.

A juzgar por la literatura penitencial, el número de bastardos, la resistencia del clero a la obligación del celibato y las alusiones o las precisiones contenidas en los romances, la vida sexual de los hombres de la Edad Media no se preocupaba gran cosa de las exhortaciones de la Iglesia. La higiene, en fin, progresaba. También en este aspecto las ciudades han debido de desempeñar un papel de avanzada. En 1292 existían en París por lo menos veintiséis establecimientos de baños. Los baños son, por otra parte, lugares de placer e incluso de disolución. He aquí la descripción de los baños de Erfurt en el siglo XIII: «Los baños de esta ciudad son muy agradables. Si tenéis necesidad de lavaros y deseáis estar cómodos, podéis entrar con toda confianza. Seréis recibidos amablemente. Con todo cuidado, una bella muchacha os dará masaje con su dulce mano. Un barbero experto os afeitará sin dejar caer la más pequeña gota de sudor sobre la cara. Fatigado por el baño, encontraréis una cama para reposar. Después, una mujer bonita, que no dejará de agradaros, con el aire de una virgen, os arreglará el cabello con cuidadoso peinado. ¿Quién no le arrancará besos, si le apetecen, puesto que ella no se niega en manera alguna? Cuando se os pida el pago, un simple dinero os bastará...»

La literatura monástica, además, no deja de aportar su contribución a los cuidados del cuerpo. Un precioso manuscrito alsaciano de 1154 contiene un manual de dietética escrito por un monje de Schwarzenthann e ilustrado por Sintram, canónigo regular de Murbach. Se trata de un calendario que indica para cada mes el régimen que se debe seguir. A comienzos del siglo XIII, una *Guía de la salud*, redactada en Salerno, alcanzará una amplia difusión.

La alimentación constituye, como hemos visto, una obsesión para la sociedad medieval. La masa campesina debe contentarse con poca cosa. Las gachas son la base de su alimentación. Los productos de la cosecha son, con frecuencia, su principal acompañamiento. No obstante, en los siglos XII y XIII, el *companagium*, el acompañamiento de pan, se extiende a todas las categorías sociales. Es entonces cuando el pan toma verdaderamente en

Occidente la significación casi mítica que la religión sanciona. Ahora bien, la clase campesina disfruta de una fiesta alimenticia: la inmolación en diciembre del cerdo, cuyos productos nutren los festines de fin de año y las comidas del largo invierno. Las representaciones de los trabajos de los meses la introducen en la iconografía.

La alimentación supone un motivo principal, en los estratos dominantes de la sociedad, para manifestar su superioridad en este dominio esencial del prestigio. El lujo alimenticio es el primer lujo. Incluye los productos reservados: la caza de los bosques señoriales, los ingredientes preciosos comprados a alto precio, es decir, las especias y los manjares raros preparados por los cocineros. Las escenas de festín figuran en lugar principal en los cantares de gesta. Así resulta instructiva la descripción de la partida de la expedición de Guillermo de Orange contra los sarracenos que se hace en el *Charroi de Nîmes:* «Llevaron con ellos trescientos caballos de carga. Os diré lo que llevan los cien primeros: cálices de oro, misales y salterios, capas, crucifijos e incensarios; cuando estén en país saqueado, será a Dios a quien rindan el primer homenaje. Podré también deciros lo que llevan los siguientes: vasos de oro puro, misales y breviarios, y crucifijos y finas telas: cuando estén en país bárbaro, el puro espíritu servirá a Jesús. Os puedo decir también lo que llevan los cien últimos: pucheros y sartenes, calderos y trébedes, y garfios agudos, tenazas y morrillos. Cuando estén en país saqueado, podrán preparar sin dificultad la comida, servirán a Guillermo el Guerrero y, con él, a todos sus caballeros.» De este modo, al lujo eclesiástico, que consiste en tesoros litúrgicos, responde el lujo caballeresco, que es un lujo alimenticio. No es que los señores eclesiásticos se queden atrás en su participación en ese género de munificencia. Roger Dion ha señalado la capital intervención de las abadías y los obispados en la formación de los viñedos medievales. «La mayor parte de nuestros obispos —se indigna el cartujo Guillaume de Conches en el siglo XII— remueven cielo y tierra para encontrar cortadores o cocineros capaces de preparar sabias salsas... En cuanto a aquellos que se entregan a la sabiduría, huyen de ellos como de leprosos...» La mesa señorial proporciona también ocasión para manifestar y fijar la etiqueta. Los cantantes de gesta del País de Gales, los *Mabinogion,* reflejan esas costumbres desarrolladas, al parecer, por los señores franceses. Así, en *Pwyll, príncipe de Dyved:* «Después de haberse lavado, se sentaron a la mesa... la sala fue preparada y se sentaron a la mesa: Heveidd Hen se sentó a uno de los lados de Pwyll, Riannon en el otro y, después de ellos, cada uno de acuerdo con su dignidad.» En la iconografía de los vicios, la gula es el distintivo de los señores. Sin embargo, la gastronomía no se desarro-

llará sino con la burguesía urbana. Los primeros manuales de cocina aparecen a mediados del siglo XIII en Dinamarca y en los siglos XIV y XV se multiplican en Francia, en Italia y más tarde en Alemania.

El cuerpo, por último, proporciona a la sociedad medieval sus principales medios de expresión. Hemos hablado ya del cálculo digital. La civilización medieval es una civilización del gesto. Todos los contratos y los juramentos esenciales en la sociedad de la Edad Media se acompañan de gestos, se manifiestan por medio de ellos. El vasallo pone sus manos en las del señor, las pone sobre la Biblia, rompe una paja o arroja un guante en señal de desafío. El gesto tiene significado y compromete y reviste una gran importancia en la vida litúrgica. Gestos de fe: signos de la cruz. Gestos de plegaria: manos juntas, manos alzadas, manos en cruz, manos veladas. Gestos de penitencia: golpes de pecho. Gestos de bendición: imposición de las manos y signos de la cruz. Gestos de exorcismo, del incensario. La administración de los sacramentos culmina en algunos gestos. La celebración de la misa es una serie de gestos. El género literario feudal por excelencia es el cantar de gesta. *Gesta* y *gestus* pertenecen a la misma familia.

Esta importancia del gesto es capital para el arte medieval. Lo anima, lo hace expresivo, le da el sentido de la línea y del movimiento. Las iglesias son gestos de piedra. Y la mano de Dios sale de las nubes para dirigir la sociedad feudal.

* * *

La significación social del vestido alcanza todavía mayores dimensiones. Designa a cada categoría social, es un verdadero uniforme. Llevar el de otra condición que no es la propia significa cometer el mayor pecado de ambición o decadencia. El *pannosus*, el pordiosero vestido de harapos, no recibe sino desprecio. Es la palabra lanzada con desdén contra San Yves, a comienzos del siglo XIV, por aquellos que menosprecian al santo. El *leitmotiv* de *Meier Helmbrecht*, historia de un ambicioso que acaba en bandolero, es el gorro bordado a la moda de los señores, que lleva por vanidad. Las reglas monásticas fijan cuidadosamente el vestido, más por respeto a la orden que por prevención contra el lujo. Será preciso esperar el advenimiento de las órdenes eremíticas de los siglos XI y XII, cistercienses especialmente, para vestir, en señal de reforma, los hábitos blancos, no teñidos. Y los monjes blancos se oponen a los monjes negros, los benedictinos. Las órdenes mendicantes irán más lejos y se vestirán de sayal, tejido crudo. Serán los monjes grises. Cada nueva categoría social se apresura a adoptar un vestido. Así lo hacen las corporaciones y, en primer lugar, la corporación uni-

versitaria. Una especial atención es concedida a los accesorios que determinan más particularmente el grado: sombreros y guantes. Los doctores llevan largos guantes de gamuza y birretes. Los caballeros se reservan las espuelas. Hecho para nosotros curioso, el armamento medieval es demasiado funcional para constituir un verdadero uniforme. Pero al yelmo, a la cota de malla, al escudo, a la espada, los caballeros, al crear la nobleza, añaden los escudos de armas. Ha nacido el blasón.

El lujo en el vestuario se despliega entre los ricos. Se manifiesta por la calidad y la cantidad del tejido: telas pesadas, amplias y finas, sederías bordadas de oro; por los ornamentos: los colores que cambian con la moda, el escarlata unido a los colorantes rojos (vegetales como la rubia o garanza, animales como la cochinilla), retrocede en el siglo XIII ante el azul verdoso, sostenida la gama de los azules y de los verdes por el desarrollo del cultivo de la gueda o pastel (los comerciantes de rubia en Alemania, para luchar contra la competencia, hacen pintar los diablos en azul, con objeto de desacreditar la nueva moda); las pieles que la Hansa va a buscar hasta Novgorod y los genoveses a Crimea; y, para las mujeres, las joyas.

A finales del siglo XIII aparecen leyes suntuarias, en Italia y en Francia principalmente. Es posible que se hallen relacionadas con la crisis económica, que hace entonces su aparición, pero más probablemente proceden de las transformaciones sociales de las que nacen los nuevos ricos, que quieren eclipsar a las antiguas familias por su lujo llamativo. Tales leyes ayudan a mantener el orden social por la diferenciación en el vestido. San Luis, que quiere conciliar la defensa del orden con las ideas religiosas, evita en sí mismo y aconseja evitar a sus familiares tanto el excesivo lujo como la exagerada simplicidad en el vestir. Un año, en Corbeil, durante la fiesta de Pentecostés, disputan ante el rey Joinville y el maestro Robert de Sorbón: «Se os debe con razón censurar, pues vais mejor vestido que el rey, ya que vestís de menuda marta cibelina y de escarlata verde, lo que el rey no hace.» «Maestro Robert, con vuestro permiso, no soy yo en manera alguna digno de censura si me visto de escarlata y de cibelina, pues este vestido fueron mi padre y mi madre quienes me lo legaron. Sois vos quien debe ser censurado, pues sois hijo de villano y de villana y lleváis más rico camelín que yo.» Moraleja de San Luis: «Debéis vestir bien y limpiamente, para que vuestras mujeres os quieran mejor por ello y vuestras gentes os aprecien más. Debéis vestiros y equiparos de tal manera que las gentes honestas no os acusen de hacerlo en demasía y la juventud de hacerlo poco.»

Mientras que el vestido femenino se alarga o se acorta al ritmo de la prosperidad y de la crisis económica (se alarga a mediados del siglo XII, con

gran indignación de los moralistas, que encuentran esa moda desvergonzada e inconveniente, y se acorta a mediados del siglo XIV), la ropa interior toma mayor importancia durante los siglos XIII y XIV, en proporción a los progresos de la higiene y del cultivo del lino. La camisa se generaliza. Aparecen los calzoncillos. Sin embargo, al igual que en la gastronomía, el triunfo de la ropa blanca interior irá unido al de la burguesía.

* * *

La casa es la última manifestación de la diferenciación social. La casa campesina es de argamasa de paja y barro o de madera (la piedra, cuando es utilizada, no pasa de las cimentaciones). Se reduce, en general, a una pieza única y no tiene otra chimenea que un agujero en el techo. Pobremente amueblada, no retiene al campesino. Por el contrario, esa pobreza contribuye a la movilidad del campesino medieval.

Las ciudades siguen siendo principalmente de madera. El fuego constituye uno de los grandes azotes medievales. Ruán arde seis veces entre 1200 y 1215. La Iglesia no encuentra dificultad alguna para persuadir a los hombres de la Edad Media de que son peregrinos en esta tierra. Incluso los hombres de trabajo sedentario tienen raramente tiempo para ligarse a su casa.

No ocurre lo mismo en lo que respecta a los ricos. El castillo es signo de seguridad, de poder, de prestigio. En el siglo XII se levantan las torres del homenaje y la preocupación por la seguridad se impone a todo lo demás. Más tarde, los atractivos de la habitación se precisan. Bien defendidos, los castillos conceden mayor espacio a los alojamientos, desarrollan construcciones habitables en el interior de sus murallas. No obstante, la vida sigue concentrada en la gran sala. El mobiliario es reducido. Las mesas son, en general, desmontables. Una vez efectuada la comida, se retiran. El mueble normal es el cofre o baúl, en el que se guardan los vestidos o la vajilla. Ésta es el lujo supremo, ya que brilla y supone también una reserva económica. Puesto que la vida de los señores sigue siendo itinerante, es preciso que los bagajes sean fácilmente transportables. Joinville no lleva consigo a la Cruzada sino joyas y reliquias. Los tapices, otro lujo, son también utilitarios: colocados, sirven de mamparas y delimitan las estancias. Son llevados de castillo en castillo y recuerdan a ese pueblo de guerreros la habitación por excelencia: la tienda.

Mas quizá sean las grandes damas —mecenazgo de las mujeres— las que favorecen un mayor cuidado en la ornamentación interior. Según Bau-

dri de Bourgueil, el dormitorio de Adela de Blois, hija de Guillermo el Conquistador, tiene sus muros ornamentados con tapices que representan escenas del Antiguo Testamento y de las *Metamorfosis* de Ovidio y con colgaduras en las que han sido bordados los principales acontecimientos de la conquista de Inglaterra. En el techo, las pinturas representan el cielo, con la Vía Láctea, las constelaciones, el zodíaco, el Sol, la Luna y los planetas. El pavimento es un mosaico que figura un mapamundi con monstruos y animales. Un lecho con baldaquino está sostenido por ocho estatuas: la Filosofía y las Artes Liberales.

No obstante, el verdadero signo y prestigio de la riqueza es la piedra y las torres que coronan el castillo. Así construirán sus casas por imitación en la ciudad los ricos burgueses: «casa fuerte y bella», se dice. Sin embargo, el burgués se encariñará con su casa y la amueblará. También en este aspecto pondrá su sello sobre la evolución del gusto e inventará el «confort», la comodidad.

Símbolo del poder de un individuo o de una familia, el castillo es con frecuencia arrasado cuando su poseedor resulta vencido. Y de la misma manera, en la ciudad, el rico desterrado ve su casa destruida o quemada: es el *abattis* o el *arsis* de casa.

* * *

Una vez satisfechas las necesidades esenciales de la subsistencia y, en lo que se refiere a los poderosos, las satisfacciones no menos esenciales del prestigio, poco queda a los hombres de la Edad Media. Indiferentes al bienestar, lo sacrifican todo, cuando pueden, a la apariencia, a la exhibición. Sus únicos placeres profundos y desinteresados son la fiesta y el juego, si bien, para los grandes, la fiesta significa también ostentación y reclamo.

El castillo, la iglesia y la ciudad constituyen decoraciones de teatro. Es sintomático a este respecto que la Edad Media ignore un lugar especializado para el teatro. Allí donde hay un centro de vida social se improvisan los escenarios y las representaciones. En la iglesia, las ceremonias religiosas son verdaderas fiestas, y del drama litúrgico surge el teatro como tal. En el castillo se suceden los banquetes, los torneos, los espectáculos de trovadores, juglares, danzarines, domadores de osos. En la ciudad, los tablados se levantan en las plazas para los «juegos de la hoja». Todas las clases sociales hacen de las fiestas familiares ceremonias ruinosas. Las bodas dejan a los campesinos arruinados para años y a los señores para meses. Los juegos ejercen sobre esta sociedad enajenada una seducción singular. Esclavo de la naturaleza, el hombre medieval se entrega al azar: los dados ruedan sobre todas

las mesas. Prisionero de estructuras sociales rígidas, crea un juego basado en la estructura social misma: el ajedrez, que el Oriente le lega en el siglo XI como un juego real y que ella feudaliza rebajando el poder del rey y transformándolo en espejo social después de que el dominico Jacques de Cessoles, en el siglo XIII, le ha enseñado a «moralizarlo». Proyecta y sublima sus preocupaciones profesionales en juegos simbólicos y mágicos: torneos y deportes militares que expresan la esencia de la vida caballeresca, y fiestas folklóricas, que ponen de manifiesto el ser de las comunidades campesinas. La Iglesia no puede negarse a dejarse disfrazar en la Fiesta de los Locos. La música, el canto y la danza arrastran más aún a todas las clases sociales. Cantos de iglesia, danzas refinadas de los castillos, bailes populares de los campesinos. Toda la sociedad medieval se representa a sí misma. Monjes y clérigos se entregan a las vocalizaciones del canto gregoriano, los señores a las modulaciones profanas —*Klangspielereien* de los juglares y los *Minnesänger*—, los campesinos a las onomatopeyas de la cencerrada. San Agustín ha dado también a esta alegría medieval una definición, es el jubileo, «gritos de alegría sin palabras». Por encima de las calamidades, las violencias y los peligros, los hombres de la Edad Media encuentran olvido, seguridad y abandono en esta música que envuelve su cultura. Jubilean.

EPÍLOGO

PERMANENCIAS Y NOVEDADES

(SIGLOS XIV-XV)

De la crisis del siglo XIV parece nacer un mundo nuevo. Sin embargo, bajo la nueva piel, en la Cristiandad —cuerpo y alma— se hacen particularmente conspicuas las permanencias. Pocas técnicas que trastornen la economía: la pólvora y el cañón favorecen a los grandes Estados, ya que el armamento se encarece, pero los suizos son los mejores soldados de Europa; los castillos pierden parte de su valor militar, pero sin esta incitación suplementaria el castillo del Renacimiento habría abierto ampliamente sus ventanas a la luz del día. En definitiva, la metalurgia es la principal gananciosa en esta revolución militar. No obstante, no cambiará de naturaleza antes de la revolución industrial. La sociedad sigue ofreciendo la misma imagen. Mas todavía parece volver a sus viejas concepciones: sociedad de los tres órdenes o de los tres estados, siempre dominada por la nobleza y el clero, con una burguesía sin duda más numerosa, más rica, más segura de sí misma, pero que se contenta, ya sea con infiltrarse en las capas superiores por ennoblecimiento, ya con representar por sí sola el tercer estado. Al igual que las otras clases, desprecia al campesino, y allí donde, mediante la compra de tierras, consigue introducirse en el campo, se muestra tanto más dura con el campesino cuanto sabe contar mejor y conoce el Derecho. Incluso se instaura una «reacción feudal», tanto en el Este, donde aparece la «segunda servidumbre», como en el Oeste, donde el rústico es tratado con mayor dureza. La piedad mantiene su reinado: los peregrinos son más numerosos que nunca en el camino hacia Compostela. Claro está que son más perezosos y prefieren ser transportados que andar: el 10 de abril de 1473, cuatro navíos parten de Hamburgo en dirección a Santiago de Compostela. Luis XI, el rey llamado «moderno», se cubre de medallas y

llama en su socorro a un ermitaño de Calabria, San Francisco de Paula. Los métodos de enseñanza no han cambiado: la escolástica triunfa y, al decir de los especialistas, la *Spätscholastik* goza de buena salud de Cracovia a París.

Lucien Febvre nos ha descrito maravillosamente la presencia de la sensibilidad medieval en el corazón mismo del siglo XVI. El siglo XV ve una nueva extensión de las *Summae,* que se esfuerzan por resumir el saber medieval, contentándose con tener en cuenta los elementos que han tomado más importancia a partir del siglo XIII. Cierto que Nicolás de Cues (1401-1464), en su *De concordantia catholica,* sostiene los derechos del concilio contra la supremacía pontifical y ataca la autenticidad de la Donación de Constantino y de las Falsas Decretales, pero su ideal político y moral sigue siendo, más que nunca, la Cristiandad única, concordante. Antonino, arzobispo de Florencia (1389-1459), en su *Summa moralis,* se limita a conceder mayor lugar a los problemas de la usura, y ese amigo y protegido de los Médicis presiente mejor tras ellos los aspectos económicos de dichas cuestiones. Pierre d'Ailly, en su *Imagen del mundo* (1410), presenta la misma geografía, la misma cosmografía que Honorius Augustodunensis. Ignora, como es, natural, América, pero también Asia. Su océano Índico está poblado de seres fabulosos. Cree todavía en la existencia de un río alrededor de la tierra. *Felix culpa.* Cristóbal Colón, que leerá su libro, verá reforzada su idea de que se puede llegar a las Indias por el Oeste.

* * *

Todavía más, la Edad Media parece exasperarse en esta época. El otoño de la Edad Media, tal como lo ha visto Huizinga, está lleno de furor y de ruido, de sangre y de lágrimas. El gótico se hace llameante, barroco, extravagante. Enciende su encaje de llamas en los piñones de las casas, de las iglesias, de los retablos; retuerce las líneas en todos los sentidos, retuerce también los cuerpos de los hombres y las mujeres. Lanza sus más bellos fuegos en pleno siglo XVI. La iglesia de Bru se levanta a partir de 1513, la catedral nueva de Salamanca y la de Segovia se inician en 1510 y 1522. En Portugal, el gótico «manuelino», alrededor de 1500, es una de las formas más originales del delirio gótico, anuncia ya a Gaudí. La orfebrería produce joyas más ornamentadas, más ricas, más brillantes, más trabajadas que nunca. Más que las monturas, los viriles, destinados a presentar la hostia, toman dimensiones insólitas y se transforman en ostensorios. España se distingue en este aspecto. La custodia de Gerona, terminada en 1438, tiene más de

dos metros de alto. La obra maestra de las custodias es la de Enrique de Arfe, un orfebre alemán establecido en León, ejecutada para Isabel la Católica con el primer oro llegado de América y que la reina donó a la catedral de Toledo.

La piedad es más ostentosa, más demostrativa que nunca. Los predicadores populares desencadenan el entusiasmo de las multitudes y recurren a las manifestaciones más físicas de la devoción: un Bernardino de Siena, un Vicente Ferrer que hace estallar a las multitudes en sollozos y a los pecadores rodar por tierra, confesándose públicamente; un Olivier Maillard, tras cuyo paso, en Orleáns, un albañil trabaja durante sesenta y cuatro días para reparar los tejados deteriorados por los oyentes que se han subido a ellos. El abad Jean Toussaert, estudiando en un denso libro el sentimiento religioso en Flandes al final de la Edad Media, encuentra en él «la emoción excesiva, hecha de receptividad, de primitivismo y de ausencia total de abstracción... la irregularidad espasmódica de la impresión y de la sensación...»

La nobleza caracolea más que nunca en el proscenio de la escena. Multiplica las «proezas» y Froissart narra sus éxitos con delectación. Se embriaga de torneos y de fiestas. Se empenacha con los extravagantes plumeros que adornan los yelmos en las miniaturas del buen rey René o las pinturas de la batalla de Uccello, con los enormes sombreros que aparecen en los frescos de Pietro della Francesca o de Pisanello. El sentimiento caballeresco llega a su colmo con la fundación de las órdenes de caballería, la más brillante de las cuales nace en el Estado flamenco-borgoñón de Felipe el Bueno: el Toisón de Oro. La sensibilidad gótica, cuando no se exaspera, languidece en amaneramiento. El estilo pictórico llamado «gótico internacional», que produce, en Siena especialmente, deliciosas obras maestras durante la primera mitad del siglo xv, es un estilo preciosista, lánguido, *weicher Stil*. También la literatura cortesana se torna insípida hasta el extremo. La Francia de comienzos del siglo xv —en plena Guerra de los Cien Años— conoce una querella del *Roman de la Rose* y todo el preciosismo medieval de la sangre se expande en el *Livre de Coeur d'Amour épris* (Libro del Corazón de Amor prendido) del buen rey René.

¿Reacción contra la intensidad de las pruebas, contra la crisis y su cortejo de calamidades, epidemias y guerras? ¿Consecuencias de la Gran Peste? Esos choques emocionales han intervenido sin duda, pero la conmoción viene de más lejos y de una mayor profundidad y no se contenta con exasperar, sino que trastorna y transforma.

176. ESPIRITUALIDAD DEL SUFRIMIENTO: PIETÀ.

El Cristo sufriente competía, cuando no suplantaba, al Cristo triunfante en los siglos XII y XIII. La Virgen dolorosa tiende a reemplazar, a su vez, a las Vírgenes en majestad, sentadas o de pie, de los siglos XI-XIII. La "Pietà" recibe a su hijo muerto sobre sus rodillas. En este tríptico de la escuela de Niza (siglo XV), en la capilla de los Penitentes Blancos de Sospel, los miembros de la cofradía que ha encargado el retablo se hacen representar como donadores. A ambos lados de la Virgen, San Juan y Santa María Magdalena. (Sospel, Alpes-Maritimes, capilla de los Penitentes Blancos.)

177. LOS MALES DE LA GUERRA: ÉXODO DURANTE LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS.

Miniatura ejecutada en 1448 por Jacquemart Pilavaine, artista flamenco al servicio de Felipe el Bueno. Se ha dicho que representa la invasión de los pueblos bárbaros en la Galia. En realidad, es un cuadro de las poblaciones francesas hacia el término de la guerra de los Cien Años, huyendo con sus escasos mobiliarios, dejando atrás los campos saqueados, las ciudades incendiadas y arruinadas por los ingleses, los soldados de las Grandes Compañías y los salteadores. (Bruselas, Biblioteca Real, manuscrito 9242, fol. 184.)

178. CALAMIDADES: LA PESTE NEGRA.

La Gran Peste, que había desaparecido de Occidente desde la Alta Edad Media, reaparece en 1348, traída por un barco llegado de Oriente. Alcanzó a la mayor parte de la Cristiandad con recidivas que se prolongaron hasta el comienzo del siglo XVIII. Entre 1348 y 1350 debió de matar aproximadamente a la tercera parte de la población del Occidente. Las ciudades conseguían apenas enterrar a sus muertos. Muchos sacerdotes y religiosos huyeron. Los que quedaron para asistir a los enfermos y a los muertos fueron citados como ejemplo. Esta miniatura representa el entierro de algunos apestados en Tournai (1348). Es una parte de un manuscrito de los Anales *de Gilles le Muisis, abad de Saint-Martin de Tournai, que murió también muy probablemente a consecuencia de la peste. (Bruselas, Biblioteca Real, manuscrito 13076-13077, f. 24 vuelto.)*

179. LOCURAS Y DESGRACIAS: EL BAILE DE LOS ARDIENTES.

"Las gentes de la corte le comprometieron [a Carlos VI] a no buscar otro remedio que las diversiones, las fiestas, a curar la locura por medio de la locura. Una buena ocasión se presentó: la reina casaba a una de sus damas alemanas, ya viuda. Los casamientos de las viudas se celebraban con cencerradas, fiestas locas en las que todo se decía y se hacía. A fin de hacer todavía más si era posible, el rey y cinco caballeros se disfrazaron de sátiros. El que llevaba la voz cantante en esas farsas obscenas era un cierto Hugues de Guisay, un mal hombre, de esas gentes que

llegan a ser algo divirtiendo a los grandes y atropellando a los débiles. Hizo coser a esos sátiros en una tela impregnada de pez-resina, sobre la cual fue pegada una guedeja de estopa que les hacía parecer machos cabríos. Mientras que el rey, bajo ese disfraz, hace diabluras a su tía, la joven esposa del duque de Berri, el duque de Orleáns, su hermano, que había pasado la tarde fuera, regresa con el conde de Bar; esos desgraciados atolondrados imaginan, para asustar a las damas, prender fuego a las estopas. Esas estopas estaban en contacto con la pez-resina y, al instante, los sátiros ardieron. La tela estaba cosida, nada podía salvarlos. Fue cosa horrible el verlos correr por la sala como antorchas vivientes, aullando... Felizmente, la joven duquesa de Berri retuvo al rey, le privó de moverse y le cubrió con sus vestidos, de manera que ninguna chispa cayó encima de él. Los otros ardieron cosa de media hora y tardaron tres días en morir" (Michelet). (París, Biblioteca Nacional, manuscrito francés 5190, folio 164 vuelto.)

180. RETRATO PRINCIPESCO: ENRIQUE EL NAVEGANTE.

Nuno Gonçalves, nombrado en 1450 pintor de cámara del rey de Portugal Alfonso V, pintó entre 1450 y 1460, para la capilla de San Vicente en la catedral de Lisboa, un vasto políptico, La adoración de San Vicente, *agrupando en torno de los soberanos a todos los grandes personajes de la sociedad portuguesa de la época. Se conservan seis fragmentos de ese políptico. En esta galería admirable de retratos, demostrativos de la atención que ya en esta época se prestaba a los rasgos individuales, se observa al célebre infante Enrique el Navegante, tío del rey, inspirador de las expediciones portuguesas al África. Hay una gran parte de leyenda en la personalidad de humanista atribuida a este príncipe, que, además, no navegó nunca. Pero esta idealización es característica de la mentalidad de finales del siglo XV. (Lisboa, Museo de Arte Antiguo.)*

181. RETRATO DE UN HOMBRE: LORENZO FROIMONT.

Se supone que este retrato, obra de Rogier Van der Weyden (Rogelio de la Pasture), hacia 1400-1464, representa a un joven noble de la corte de Borgoña, ya que su cabello aparece cortado según la moda que puso en circulación Felipe el Bueno. Se cree que se llamaba Lorenzo Froimont, porque el nombre de Froimont se halla escrito en el reverso, en el que figura también, en grisalla, una imagen de San Lorenzo. La leyenda "Raison l'enseigne" (la razón lo enseña), inscrita a derecha e izquierda de la cabeza, debe de ser la divisa del personaje. El realismo de los trazos del rostro y del gesto de plegaria de las manos contribuye a evocar una atmósfera muy siglo XV, situada entre el humanismo y la devotio moderna. *(Bruselas, Museos Reales de Bellas Artes.)*

182. LA REVOLUCIÓN INTELECTUAL: LA IMPRENTA.

La revolución originada por la imprenta sirve en primer término a la literatura tradicional, antes de favorecer la difusión del humanismo. Este incunable, impreso en Lyón hacia 1480, demuestra la boga de los cantares de gesta en la víspera del Renacimiento. Contiene la historia de los Cuatro hijos de Aymon. *(París, Biblioteca Nacional, reserva Yr. 364, fols. aII vuelto-aIII recto.)*

183. LA REVOLUCIÓN DE LA SENSIBILIDAD: EL CADÁVER.

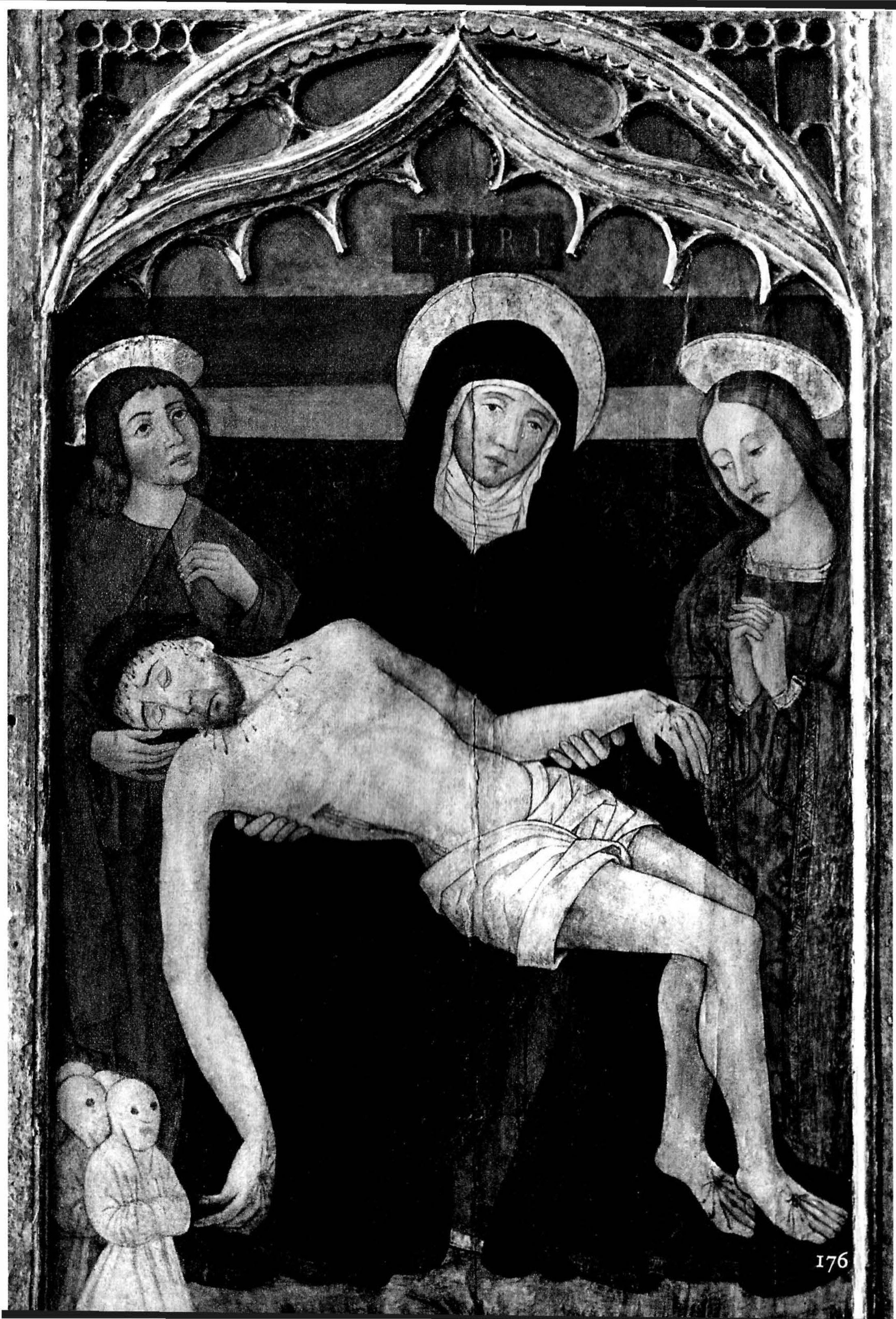
El cuerpo del cardenal Lagrange, muerto en Aviñón, el año 1402, fue, según la disposición de sus últimas voluntades, vaciado de las vísceras, que fueron enterradas en Amiens, mientras su cadáver era momificado y sepultado en Aviñón. Un hecho completamente nuevo es que ese cadáver fue esculpido en la tumba de Aviñón. La cinta inscrita que lo acompaña precisa el espíritu de esa nueva sensibilidad macabra, que inspira en el mismo momento la representación de los Vivos y de los Muertos y de las "danzas macabras": "¡Desgraciado!, ¿qué razón tienes para estar orgulloso? No eres más que ceniza y serás pronto como yo, un cadáver fétido, comida de los gusanos." Una imagen semejante, ligeramente anterior (1393), se encuentra en la tumba de Guillermo de Harcigny, en la capilla episcopal de Laón. (Aviñón, Museo Calvet.)

184. MORAL Y TÉCNICA HUMANISTAS: LA TEMPLANZA Y SU RELOJ.

El tema humanista de las virtudes abunda en el arte italiano de los siglos XIV y XV. Italianos fueron los que lo introdujeron en Francia. Lo vemos en la tumba de Carlos VIII (Saint-Denis), en las tumbas de Dol (Ille-et-Vilaine) y de Ferrières (Loiret). Sin embargo, el tema se extendió después de que Miguel Colombe y Juan Perréal, en los primeros años del siglo XVI, hubieron llevado a cabo la magnífica tumba del último duque de Bretaña, Francisco II, y de su mujer, Margarita de Foix. Las cuatro virtudes cardinales decoran los cuatro ángulos de la tumba. La Templanza lleva el reloj, símbolo de la nueva medida, que define un universo intelectual y mental en oposición al de la Edad Media. "El orgullo de los humanistas triunfa de la antigua modestia cristiana" (Émile Mâle). (Catedral de Nantes.)

185. EL OCCIDENTE Y EL MAR: UN NAVÍO VENECIANO DE FINALES DEL SIGLO XV.

Mientras las carabelas ibéricas descubren mundos nuevos, la expansión comercial del Occidente se afirma desde el Báltico al Mediterráneo. Las galeras venecianas, a despecho de los turcos, monopolizan el comercio de la Europa oriental. El grabado representa un navío veneciano, hacia 1470-1480. (París, Museo del Louvre, núm. 3710, colección Edmond de Rothschild.)



176

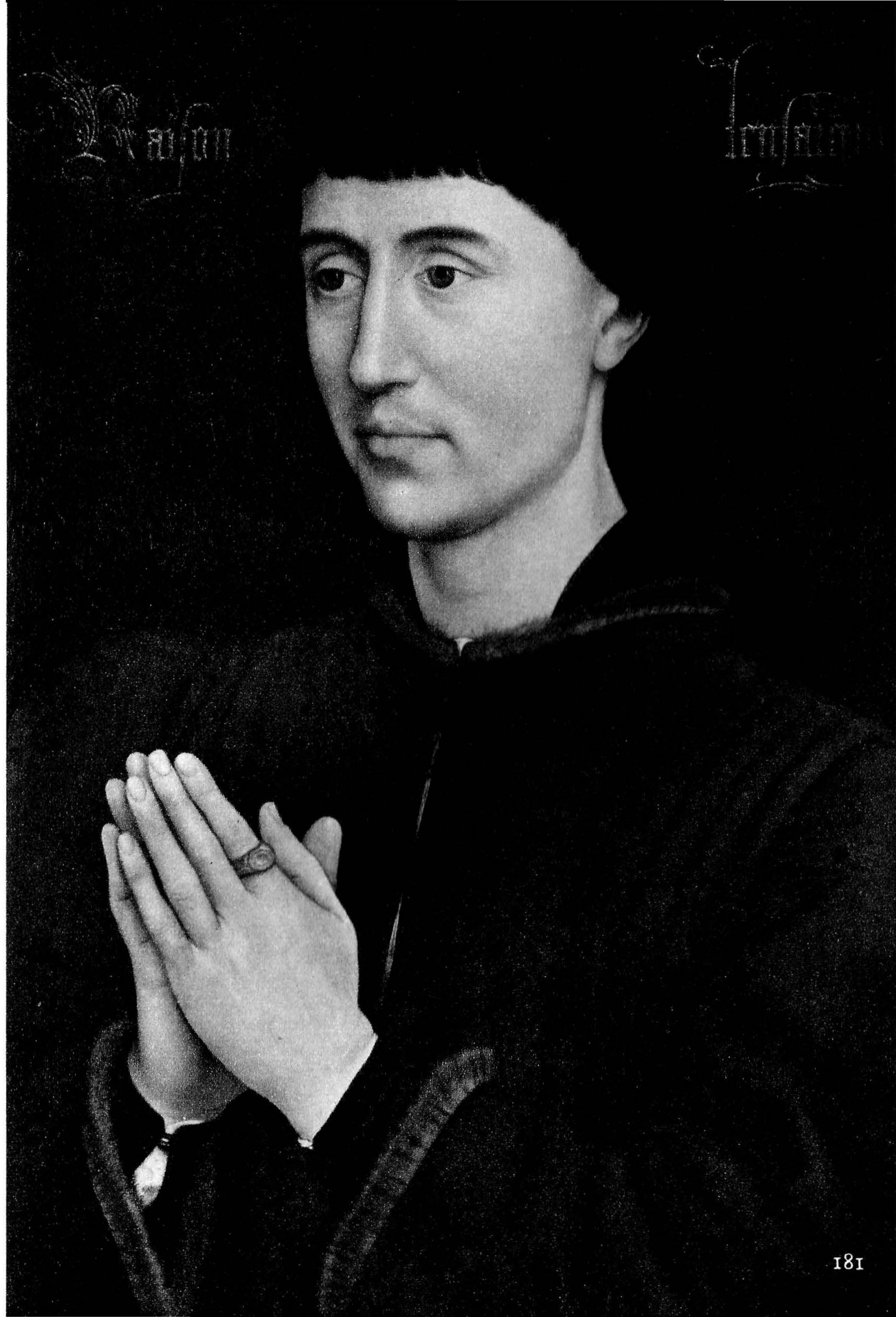
177

178








Raison
lenseigne





182

183





* * *

El primer descubrimiento del hombre es la muerte. No la muerte abstracta de la Edad Media, el paso al más allá, sino la muerte encarnada: la Edad Media agonizante choca contra el cadáver. Desde este momento, escribe Alberto Tenenti, «el sentimiento de la vida se acrecienta con la misma intensidad que la consciencia del valor espiritual de la muerte física: el muro del anonadamiento corporal, que los cristianos cruzan cada vez con mayor dificultad».

De todos los Triunfos —tema de la pintura «renaciente»—, el primero es el Triunfo de la Muerte. Más que las «danzas macabras», última forma de los «estados del mundo», lo que ayuda poderosamente a la difusión del nuevo sentimiento de la muerte es la imprenta. Todos los temas de la nueva sensibilidad se encuentran en el *Ars moriendi,* que aparece en la región de la Renania, en Colonia probablemente, hacia 1465. Se convierte en el libro xilográfico más difundido. De Alemania y de los Países Bajos, penetra en Francia y en España hacia 1480, en Inglaterra y en Italia a principios del siglo XVI.

La imprenta, he ahí el gran descubrimiento revolucionario, incluso aunque sus efectos no se manifiesten más que a la larga y aunque en un comienzo sirva a la ideología y a la sensibilidad tradicionales (se imprimen sobre todo libros de devoción y, en primer término, la Biblia, pero poniendo *todo el texto* al alcance del público), incluso aunque vaya acompañada al principio por un cierto estrechamiento social de la cultura, eliminando o haciendo retroceder las formas de enseñanza por la imagen, más fácilmente asimilables por un público popular que no sabe leer.

Y a lo que bien pronto sirve de vehículo es al humanismo. Un humanismo que, a partir de 1350, con retrasos aquí y allá, con retrocesos, trata de brotar en todos los países, en todos los medios cultivados y, en primer lugar, en esas universidades, que todavía no son las ciudadelas de la escolástica esclerótica. Más que retorno a la antigüedad —un medio, casi un pretexto, como los árabes para los intelectuales del siglo XII—, es una nueva manera de pensar y de sentir.

Como principio, la afirmación de que el hombre es la medida de todas las cosas se afirma sin duda alguna en el arte. Pierre Francastel ha demostrado que el descubrimiento de un nuevo espacio arquitectural y plástico, realizado en tiempos de Brunelleschi y de Manetti, de Uccello y de Piero della Francesca, es, más que un sistema de proyección geométrica, fundado

en la adopción de un punto de vista único, «un síntoma de una transformación más vasta de los espíritus», que implica «un análisis incesante de la posición del hombre, levantado sobre la tierra y sumergido en una atmósfera fluida».

Después, la afirmación del hombre individual y principalmente, con toda seguridad, del hombre poderoso. Felipe el Hermoso reprochaba hacia 1300 al papa Bonifacio VIII que se hiciese representar en forma de estatua en su singular persona. Pero uno de sus próximos sucesores, Juan el Bueno, se hace pintar en un cuadro atento a sus rasgos individuales, y las estatuas de los *condottieri* italianos pueblan las plazas de sus ciudades respectivas: los Scaliger en Verona; los Gattamelata, por Donatello, en Padua; los Colleone, por Verocchio, en Venecia.

El nuevo método de análisis intelectual es la filología, que representa en el Gran Renacimiento lo que la dialéctica, base de la escolástica, había representado en el del siglo XII. Ya en el siglo XV había producido su obra maestra: el *De elegantiis linguae latinae,* de Lorenzo Valla (1407-1457).

El hombre, desde este momento, mide a la escala de sus dimensiones no sólo el espacio, sino también el tiempo. El tiempo en la Edad Media pertenece a Dios, y el interés suponía usura, prohibido porque, con él, el mercader vendía una cosa divina. Escuchemos a León Battista Alberti, en sus célebres libros *De la familia* (hacia 1440):

GIANOZZO. — *Hay tres cosas que el hombre puede declarar como de su propiedad personal: la fortuna, el cuerpo...*

LIONARDO. — *¿Y la tercera?*

GIANOZZO. — *¡Ah, la cosa más preciosa! Esas manos y esos ojos no lo son más, a mi manera de ver.*

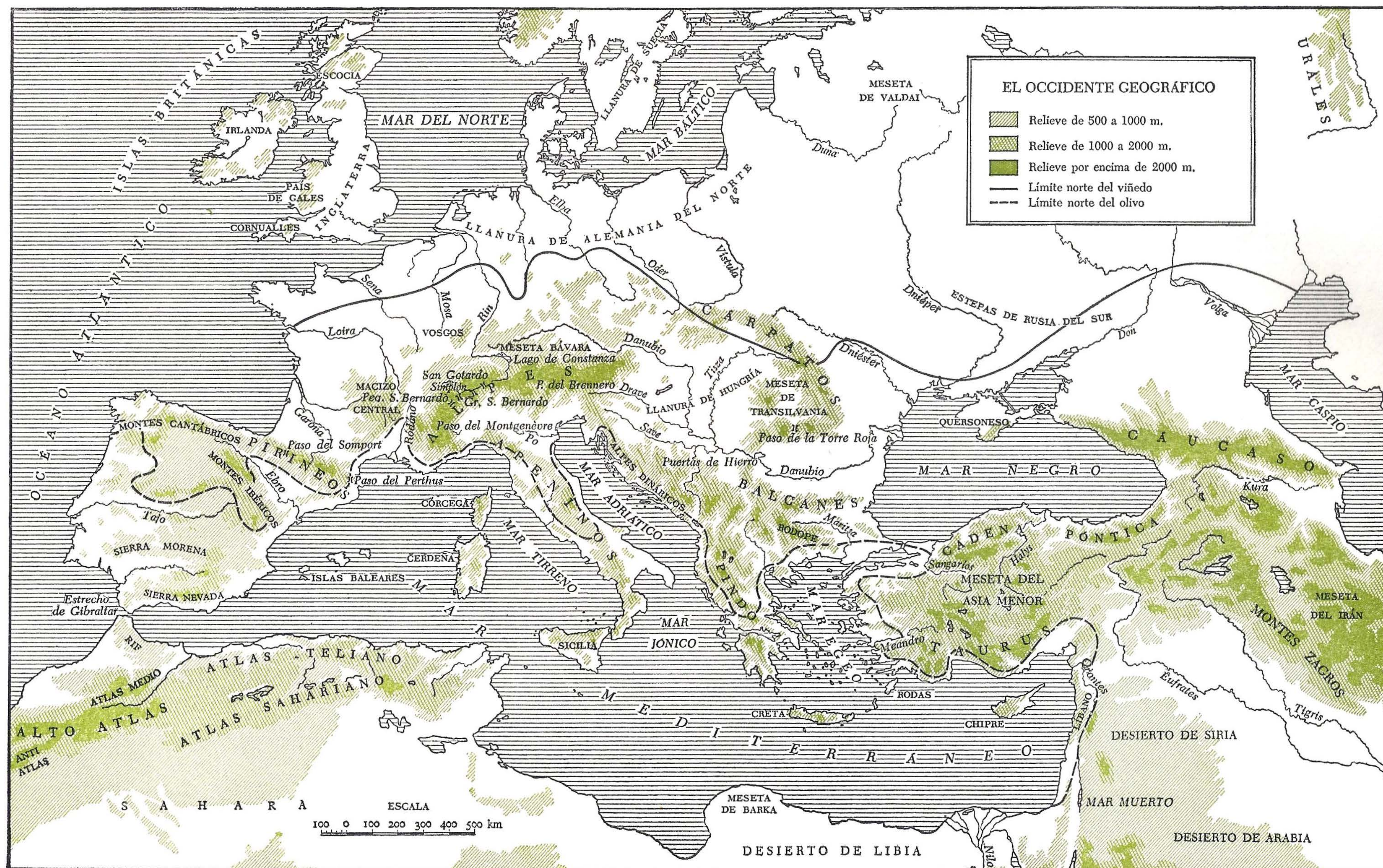
LIONARDO. — *¡Maravilla! Pero, ¿qué es?*

GIANOZZO. — *El tiempo, mi querido Lionardo, el tiempo, hijos míos...*

Para la Edad Media, el hombre era una imitación, un resumen del mundo, un microcosmos. A partir de ahora, la relación queda invertida. *L'uomo è modello dello mondo,* dice Leonardo de Vinci: «El hombre es el modelo del mundo.» Y parte hacia su descubrimiento.

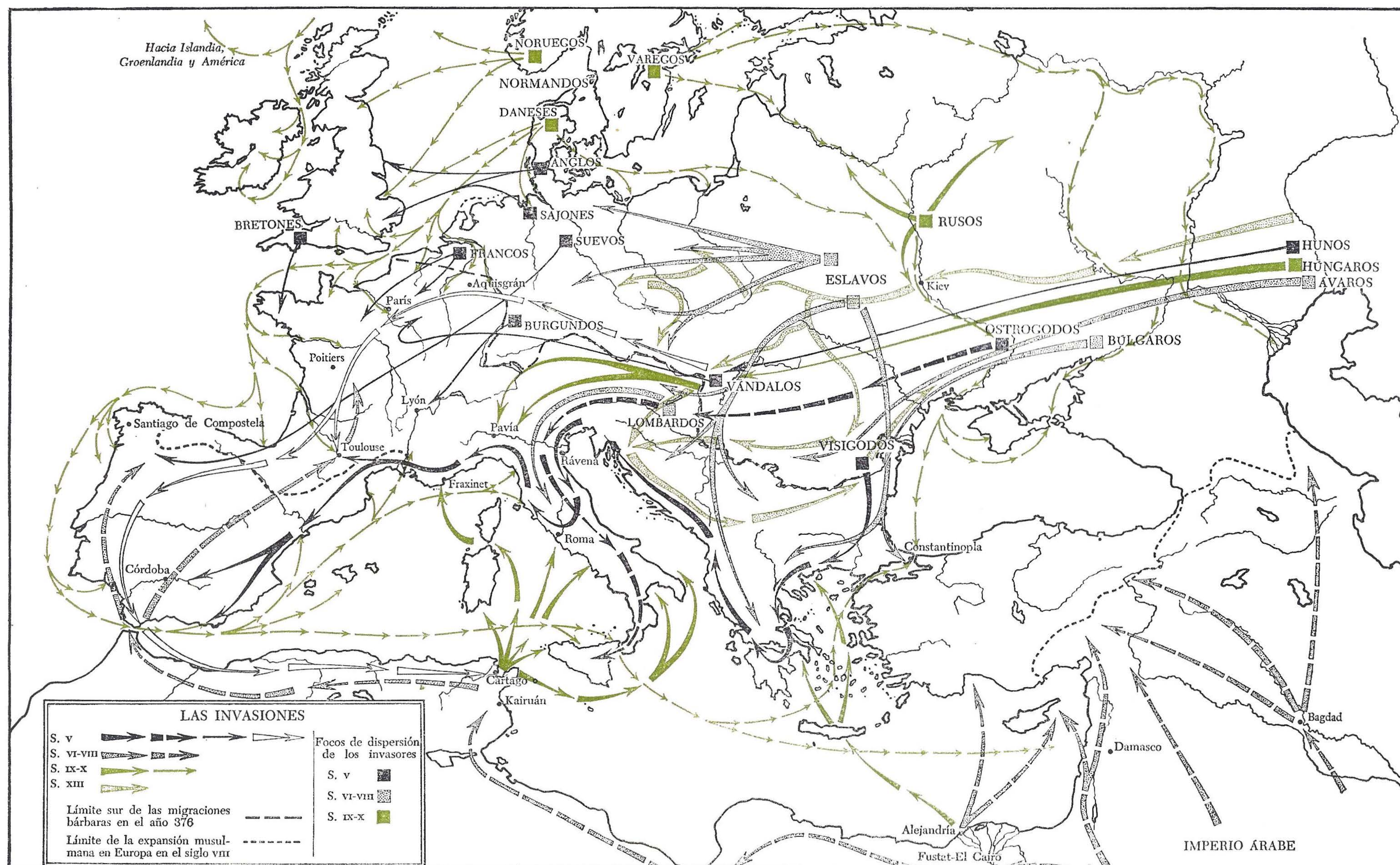
ATLAS HISTÓRICO

MAPA I →



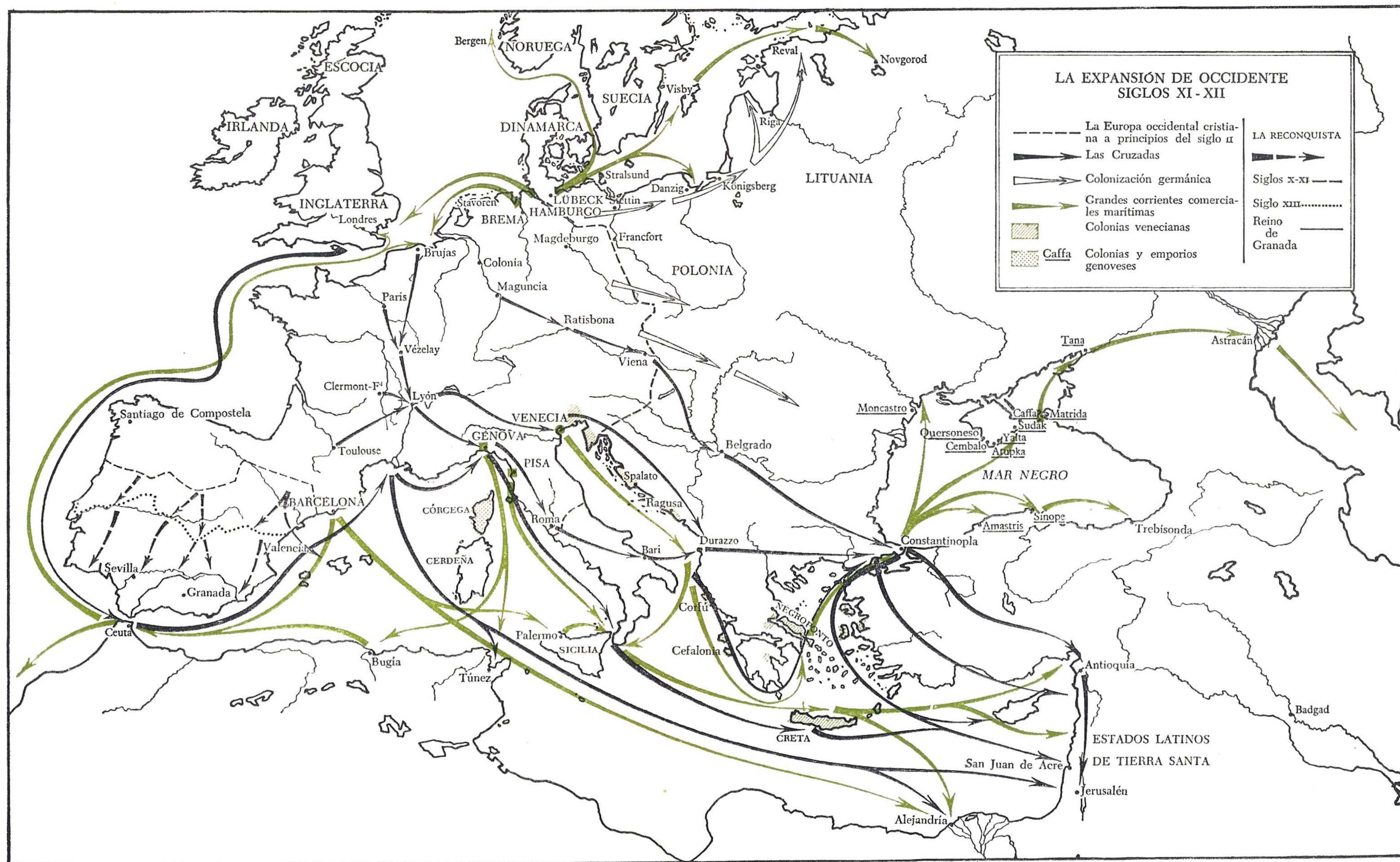
EL OCCIDENTE GEOGRÁFICO
Relieve de 500 a 1000 m.
Relieve de 1000 a 2000 m.
Relieve por encima de 2000 m.
Límite norte del viñedo
Límite norte del olivo
ISLAS BRITÁNICAS
ESCOCIA
IRLANDA
PAÍS DE GALES
INGLATERRA
CORNUALLES
MAR DEL NORTE
LLANURA DE SUECIA
MAR BÁLTICO
MESETA DE VALDAI
URALES
Duna
Elba
Oder
Vistula
LLANURA DE ALEMANIA DEL NORTE
OCÉANO ATLÁNTICO
Sena
Mosa
Rin
Loira
VOSGOS
MESETA BÁVARA
Lago de Constanza
Danubio
CÁRPATOS
Dniéper
ESTEPAS DE RUSIA DEL SUR
Dniéster
Don
Volga
MAR CASPIO
ALPES
San Gotardo
Simplón
P. del Brennero
Pqa. S. Bernardo
Gr. S. Bernardo
MACIZO CENTRAL
Paso del Montgenèvre
Drave
Tisza
LLANURA DE HUNGRÍA
MESETA DE TRANSILVANIA
Paso de la Torre Roja
Garona
Ródano
Po
Save
MONTES CANTÁBRICOS
PIRINEOS
Paso del Somport
Paso del Perthus
Ebro
MONTES IBÉRICOS
ALPES DINÁRICOS
Puertas de Hierro
Danubio
QUERSONESO
MAR NEGRO
CÁUCASO
Kura
APENINOS
MAR ADRIÁTICO
BALCANES
Maritsa
RODOPE
Tajo
CÓRCEGA
SIERRA MORENA
CERDEÑA
MAR TIRRENO
PINDO
Sangarios
Halys
CADENA PÓNTICA
MESETA DEL ASIA MENOR
ISLAS BALEARES
SIERRA NEVADA
Estrecho de Gibraltar
MAR EGEO
MESETA DEL IRÁN
MONTES ZAGROS
MAR JÓNICO
SICILIA
Meandro
TAURUS
RIF
ATLAS TELIANO
ATLAS MEDIO
ATLAS SAHARIANO
ALTO ATLAS
ANTI ATLAS
MEDITERRÁNEO
RODAS
CRETA
CHIPRE
Orontes
LÍBANO
Éufrates
Tigris
DESIERTO DE SIRIA
SAHARA
ESCALA
100 0 100 200 300 400 500 km
MESETA DE BARKA
DESIERTO DE LIBIA
Nilo
MAR MUERTO
DESIERTO DE ARABIA

MAPA II →



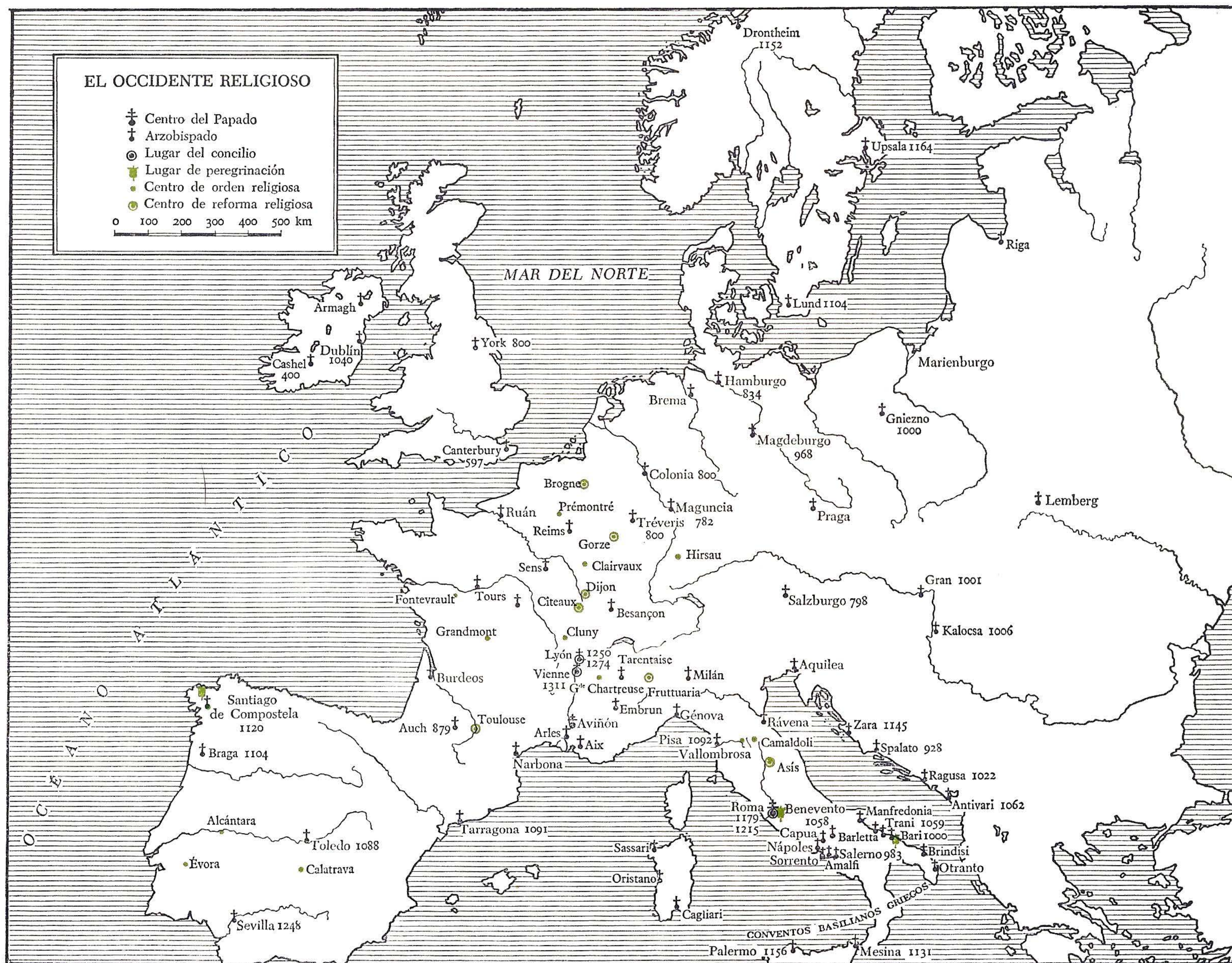
Hacia Islandia, Groenlandia y América
NORUEGOS
VAREGOS
NORMANDOS
DANESES
ANGLOS
SAJONES
BRETONES
SUEVOS
FRANCOS
Aquisgrán
París
BURGUNDOS
RUSOS
HUNOS
HÚNGAROS
ÁVAROS
ESLAVOS
Kiev
OSTROGODOS
BÚLGAROS
Poitiers
Lyón
VÁNDALOS
LOMBARDOS
Pavía
Santiago de Compostela
Toulouse
Rávena
VISIGODOS
Fraxinet
Roma
Constantinopla
Córdoba
Cartago
Kairuán
Bagdad
Damasco
Alejandría
Fustat-El Cairo
IMPERIO ÁRABE
LAS INVASIONES
S. V
S. VI-VIII
S. IX-X
S. XIII
Límite sur de las migraciones bárbaras en el año 376
Límite de la expansión musulmana en Europa en el siglo VIII
Focos de dispersión de los invasores
S. V
S. VI-VIII
S. IX-X

MAPA III →



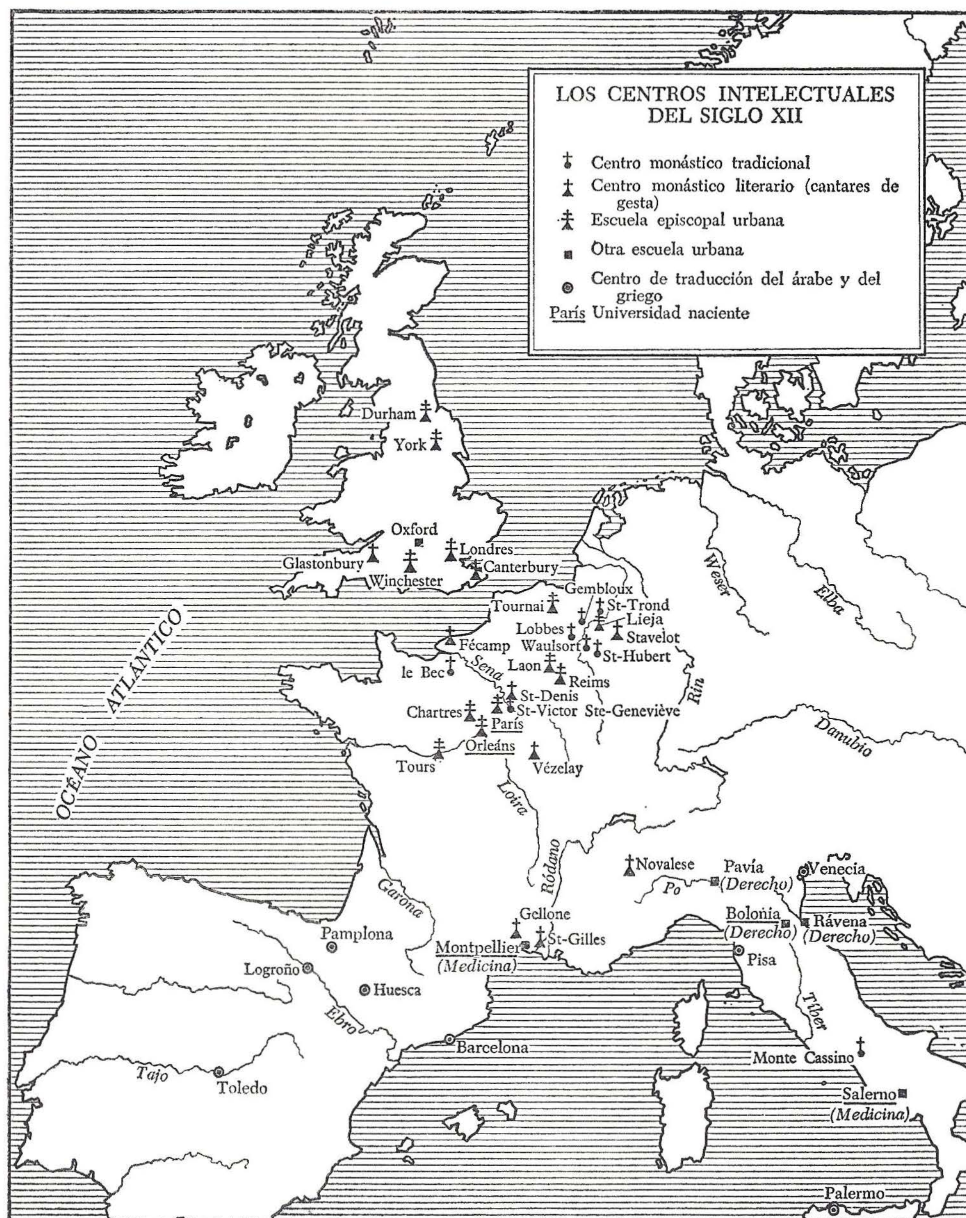
LA EXPANSIÓN DE OCCIDENTE
SIGLOS XI - XII
La Europa occidental cristiana a principios del siglo II
Las Cruzadas
Colonización germánica
Grandes corrientes comerciales marítimas
Colonias venecianas
Caffa
Colonias y emporios genoveses
LA RECONQUISTA
Siglos X-XI
Siglo XIII
Reino de Granada
ESCOCIA
IRLANDA
INGLATERRA
Londres
NORUEGA
Bergen
SUECIA
DINAMARCA
Visby
Reval
Novgorod
Riga
Stralsund
Danzig
Königsberg
LITUANIA
LÜBECK
Stettin
HAMBURGO
Stavoren
BREMA
Magdeburgo
Francfort
POLONIA
Brujas
Colonia
Maguncia
Paris
Ratisbona
Vézelay
Viena
Clermont-Fd
Lyón
Santiago de Compostela
Toulouse
VENECIA
GÉNOVA
PISA
Belgrado
Spalato
Ragusa
BARCELONA
CÓRCEGA
Roma
Valencia
CERDEÑA
Bari
Durazzo
Sevilla
Granada
Corfú
NEGROPONTO
Constantinopla
Ceuta
Palermo
SICILIA
Cefalonia
Bugía
Túnez
CRETA
Antioquía
ESTADOS LATINOS
DE TIERRA SANTA
San Juan de Acre
Jerusalén
Alejandría
Tana
Astracán
Moncastro
Caffa
Matrida
Sudak
Quersoneso
Yalta
Cembalo
Arupka
MAR NEGRO
Amastris
Sinope
Trebisonda
Badgad

MAPA IV →



EL OCCIDENTE RELIGIOSO
Centro del Papado
Arzobispado
Lugar del concilio
Lugar de peregrinación
Centro de orden religiosa
Centro de reforma religiosa
0 100 200 300 400 500 km
MAR DEL NORTE
OCÉANO ATLÁNTICO
Drontheim 1152
Upsala 1164
Riga
Lund 1104
Armagh
Dublín 1040
Cashel 400
York 800
Hamburgo 834
Brema
Marienburgo
Gniezno 1000
Magdeburgo 968
Canterbury 597
Colonia 800
Brogne
Ruán
Prémontré
Maguncia 782
Tréveris 800
Reims
Gorze
Praga
Lemberg
Hirsau
Sens
Clairvaux
Dijon
Tours
Fontevrault
Cîteaux
Besançon
Salzburgo 798
Gran 1001
Kalocsa 1006
Grandmont
Cluny
Lyón 1250 1274
Vienne 1311
Tarentaise
Milán
Aquilea
Burdeos
Gde Chartreuse
Fruttuaria
Santiago de Compostela 1120
Embrun
Génova
Rávena
Zara 1145
Auch 879
Toulouse
Aviñón
Arles
Aix
Pisa 1092
Camaldoli
Vallombrosa
Spalato 928
Braga 1104
Narbona
Asís
Ragusa 1022
Roma 1179 1215
Benevento 1058
Antivari 1062
Manfredonia
Trani 1059
Alcántara
Tarragona 1091
Capua
Barletta
Bari 1000
Toledo 1088
Sassari
Nápoles
Salerno 983
Brindisi
Évora
Calatrava
Sorrento
Amalfi
Otranto
Oristano
Cagliari
CONVENTOS BASILIANOS GRIEGOS
Sevilla 1248
Palermo 1156
Mesina 1131

MAPA V →

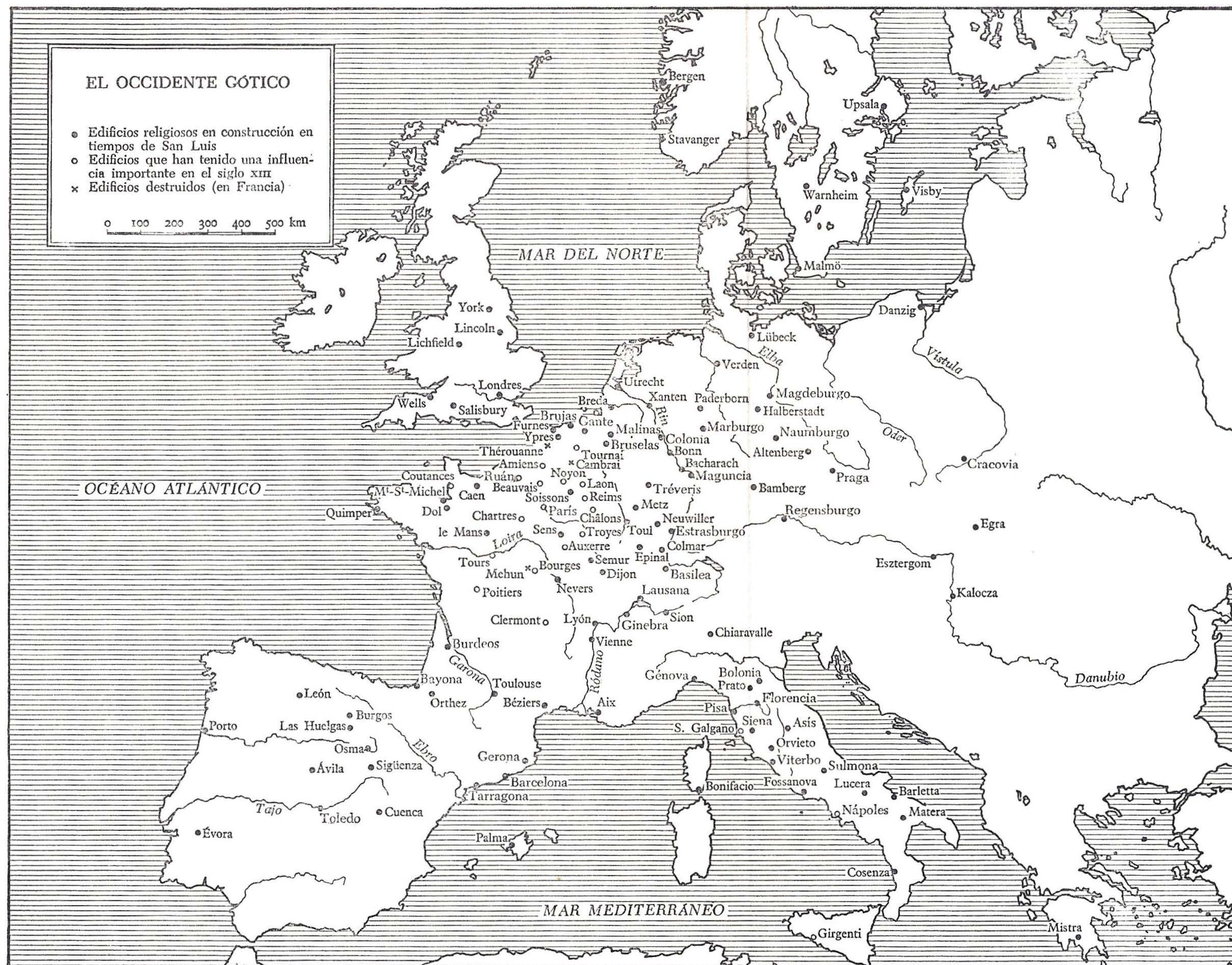


LOS CENTROS INTELECTUALES DEL SIGLO XII
Centro monástico tradicional
Centro monástico literario (cantares de gesta)
Escuela episcopal urbana
Otra escuela urbana
Centro de traducción del árabe y del griego
París Universidad naciente
OCÉANO ATLÁNTICO
Durham
York
Oxford
Londres
Glastonbury
Canterbury
Winchester
Gembloux
Tournai
St-Trond
Lieja
Lobbes
Stavelot
Fécamp
Waulsort
St-Hubert
le Bec
Sena
Laon
Reims
St-Denis
Chartres
St-Victor
Ste-Geneviève
París
Orleáns
Tours
Vézelay
Weser
Elba
Rin
Danubio
Loira
Ródano
Novalese
Pavía
(Derecho)
Po
Venecia
Bolonia
(Derecho)
Rávena
(Derecho)
Garona
Gellone
St-Gilles
Montpellier
(Medicina)
Pamplona
Pisa
Logroño
Huesca
Ebro
Tíber
Barcelona
Monte Cassino
Tajo
Toledo
Salerno
(Medicina)
Palermo

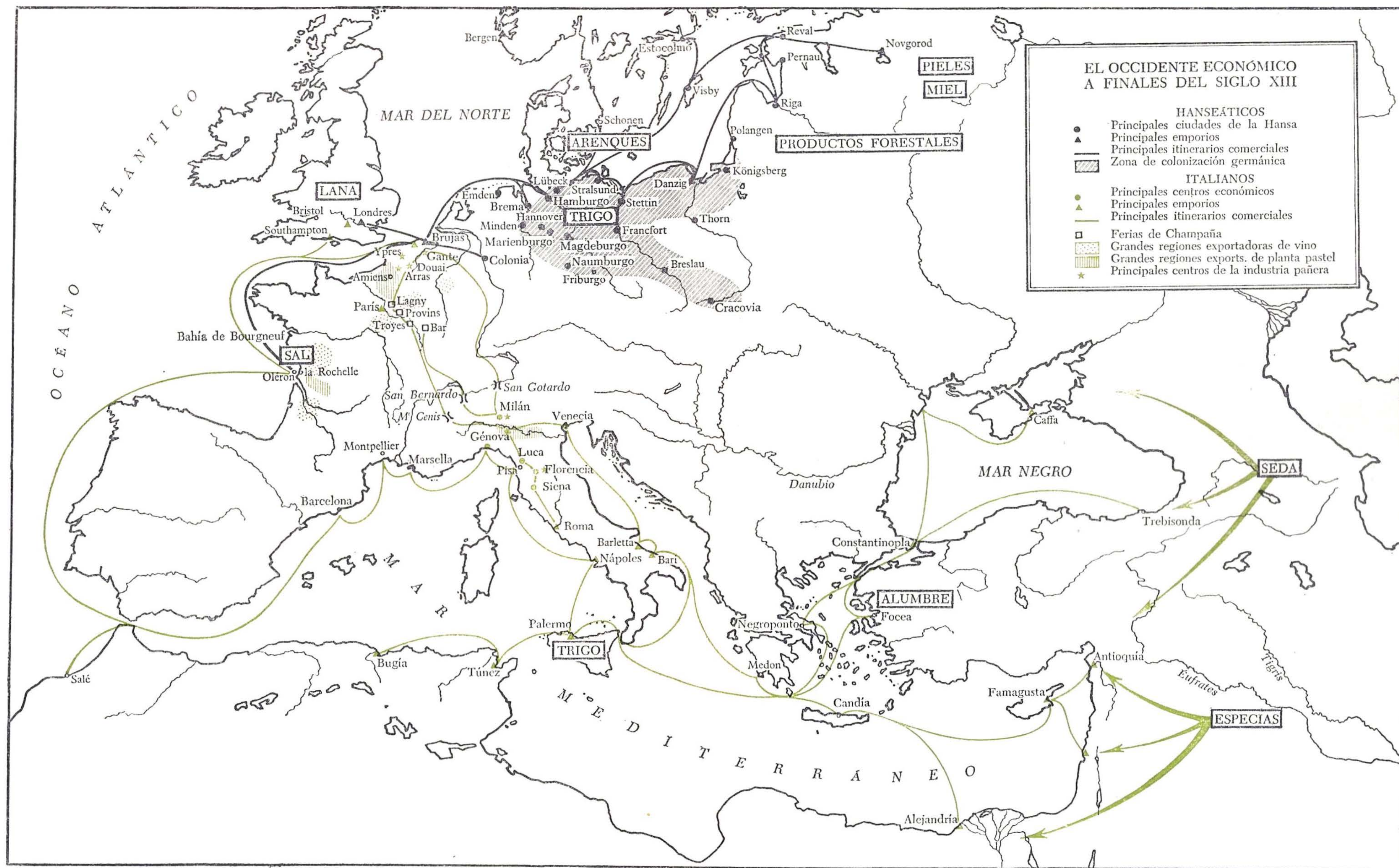
MAPA VI. (Según el Grand Larousse *enciclopédico.)* →


EL OCCIDENTE ROMÁNICO
Localización de las principales construcciones románicas
Monumentos destruidos (en Francia)
0 100 200 300 400 500 km
Kirkwall
Bergen
Stavanger
Visby
Leuchars
Dunfermline
St-Andrews
Kelso
Jerdburgh
Viborg
Lund
Boyle
Cong
Durham
Fountains
Rievaulx
Ribe
Mellifont
Kirkstall
Jerpoint
Lincoln
Southwell
Worcester
Tewkesbury
Peterborough
Gloucester
Norwich
Tintern
Ely
Bury St-Edm.
Malmesbury
St-Albans
Londres
Winchester
Rochester
Romsey
Canterbury
Chichester
Battle
Maastricht
Tongres
Gante
Neuss
Paderborn
Colonia
Bonn
Brunswick
Hildesheim
Gernrode
Gniezno
Łęczyca
St-Riquier
Tournai
Nivelles
Lieja
Graville
Jumièges
Soignies
Lach
Limburgo
Lessay
St-Martin de B.
Maguncia
Worms
Praga
Cerisy
Caen
Chau Gaillard
Tréveris
Spira
Mont-St-Michel
St-Loup-de-Naud
Etampes
Clairvaux
Rosheim
Ratisbona
le Mans
St-Benoit
Pontigny
Andlau
Karcsa
Viena
Angers
Tours
Vézelay
Fontenay
Ottmarsheim
Lebeny
Esztergom
la Charité
Saulieu
Schafusa
Fontevrault
Déols
Autun
Salzburgo
Ocsa
Poitiers
Nevers
Cîteaux
Basilea
Zürich
St-Maixent
Neuvy
Paray
Aulnay
Grandmont
Tournus
Payern
Coire
Saintes
Charlieu
Cluny
Sion
Zillis
St-Junien
Ennezat
Giornico
Pecs
Alba Julia
Limoges
Clermont
St-Maurice-d'A.
Como
Périgueux
St-Nectaire
Milán
Bergamo
Torcello
le Puy
Verona
Murano
Santiago de Compostela
Oviedo
Souillac
Aurillac
Pavia
Cremona
Lugo
Santillana
Moissac
Conques
Embrun
Asti
Pomposa
Placencia
Parma
Ferrara
Cavaillon
Orense
León
Cervatos de R.
Toulouse
Arles
Ganagobie
Módena
Nonantola
Zadar
Studenitsa
St-Gilles
Montmajour
Fiesole
Frómista
Sto Domingo
Estella
Carcasona
Luca
S. Miniato
Trogir
Braga
Benavente
Eunate
Jaca
Agde
Stes-Maries
Pisa
Pistoia
Silos
S. Juan
S. Martín
Elna
Asís
Zamora
Todi
Viseu
Salamanca
S. Esteban
Fitera
Soria
Huesca
Cardona
Ripoll
Sant Genís les Fonts
Spoleto
Tuscania
Narni
Gerona
Sepúlveda
Bellpuig
S. Cugat del V.
Viterbo
Roma
Coimbra
Ciudad Rodrigo
Segovia
Poblet
Troia
Ávila
Stes-Creus
Barcelona
Trani
Canosa
Bari
Tarrasa
Capua
S. Angelo
Ravello
Venosa
Amalfi
Salerno
Squillace
Palermo
Monreale
Cefalù
Piazza Armerina

MAPA VII. (Según el Grand Larousse *enciclopédico.)* →


EL OCCIDENTE GÓTICO
Edificios religiosos en construcción en tiempos de San Luis
Edificios que han tenido una influencia importante en el siglo XIII
Edificios destruidos (en Francia)
0 100 200 300 400 500 km
MAR DEL NORTE
OCÉANO ATLÁNTICO
MAR MEDITERRÁNEO
Bergen
Stavanger
Upsala
Warnheim
Visby
Malmö
Danzig
Lübeck
Verden
Elba
Vistula
York
Lincoln
Lichfield
Londres
Wells
Salisbury
Utrecht
Xanten
Paderborn
Magdeburgo
Halberstadt
Breda
Brujas
Gante
Furnes
Ypres
Malinas
Rin
Marburgo
Naumburgo
Oder
Colonia
Bruselas
Bonn
Thérouanne
Tournai
Cambrai
Amiens
Bacharach
Altenberg
Cracovia
Maguncia
Praga
Coutances
Ruán
Noyon
Laon
Tréveris
Bamberg
Mt-St-Michel
Beauvais
Caen
Soissons
Reims
Metz
Quimper
Dol
París
Chartres
Châlons
Neuwiller
Regensburgo
Egra
le Mans
Sens
Troyes
Toul
Estrasburgo
Loira
Auxerre
Colmar
Tours
Semur
Epinal
Esztergom
Mehun
Bourges
Dijon
Basilea
Poitiers
Nevers
Lausana
Kalocza
Clermont
Lyón
Ginebra
Sion
Chiaravalle
Burdeos
Vienne
Garona
Ródano
Danubio
Génova
Bolonia
Prato
Bayona
Toulouse
Orthez
Béziers
Aix
Florencia
León
Pisa
Siena
Asís
Burgos
Porto
Las Huelgas
S. Galgano
Orvieto
Osma
Ebro
Viterbo
Gerona
Sulmona
Ávila
Sigüenza
Barcelona
Bonifacio
Fossanova
Lucera
Barletta
Tarragona
Tajo
Nápoles
Matera
Toledo
Cuenca
Évora
Palma
Cosenza
Girgenti
Mistra

MAPA VIII. (Según E. Perroy. Le Moyen Age, *Hist. gén. des civilisations, P. U. F.)* →


EL OCCIDENTE ECONÓMICO
A FINALES DEL SIGLO XIII
HANSEÁTICOS
Principales ciudades de la Hansa
Principales emporios
Principales itinerarios comerciales
Zona de colonización germánica
ITALIANOS
Principales centros económicos
Principales emporios
Principales itinerarios comerciales
Ferias de Champaña
Grandes regiones exportadoras de vino
Grandes regiones exports. de planta pastel
Principales centros de la industria pañera
MAR DEL NORTE
OCÉANO ATLÁNTICO
MAR NEGRO
MAR MEDITERRÁNEO
PIELES
MIEL
ARENQUES
PRODUCTOS FORESTALES
LANA
TRIGO
SAL
SEDA
ALUMBRE
ESPECIAS
Bergen
Estocolmo
Reval
Novgorod
Pernau
Visby
Riga
Schonen
Polangen
Königsberg
Danzig
Lübeck
Stralsund
Emden
Brema
Hamburgo
Stettin
Hannover
Minden
Thorn
Francfort
Marienburgo
Magdeburgo
Colonia
Naumburgo
Breslau
Friburgo
Cracovia
Bristol
Londres
Southampton
Brujas
Ypres
Gante
Douai
Amiens
Arras
París
Lagny
Provins
Troyes
Bar
Bahía de Bourgneuf
Oleron
La Rochelle
San Gotardo
San Bernardo
M. Cenis
Milán
Venecia
Génova
Montpellier
Marsella
Luca
Pisa
Florencia
Siena
Danubio
Caffa
Barcelona
Roma
Barletta
Nápoles
Bari
Constantinopla
Trebisonda
Focea
Negroponto
Palermo
Bugía
Túnez
Medon
Candía
Salé
Antioquía
Famagusta
Eufrates
Tigris
Alejandría

TABLAS CRONOLÓGICAS

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
842			
843	843. Tratado de Verdún. División del Imperio carolingio.	843. Carlos el Calvo declara que los deberes del rey respecto a los grandes son la contrapartida obligatoria de la fidelidad de los vasallos.	
844			
845	845. Sitio de París por los normandos. Destrucción de Hamburgo por los daneses.	845. Institución de un impuesto, en Francia, para comprar la retirada de los normandos.	845-882. Hincmar, obispo de Reims, se convierte en el guardián de la ortodoxia cristiana y de la idea imperial.
846	846. Saqueo de Roma por los sarracenos. Rostislav se pone a la cabeza de la Gran Moravia.		
848			
849			849. El concilio de Quierzy condena las tesis de Gottschalk sobre la predestinación.
850	850-870. Los normandos atacan Inglaterra.	Mediados del siglo IX. La palabra *miles* (soldado, después caballero) se hace cada vez más frecuente para designar el vasallo.	Hacia 850. Una colección de falsos textos canónicos, el Pseudo Isidoro, trata de reforzar la autoridad del papa, de los obispos y de la Iglesia sobre la sociedad.
851			Después de 851. Controversias eucarísticas en torno a Pascasio Radbert.
852		852. Primera mención de las «guildas» y las «cofradías» de artesanos.	
859		859. Definición de las obligaciones del vasallo: consejo y ayuda *(consilium atque auxilium)*.	
860			

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
842. Juramentos de Estrasburgo: primer texto en francés y en alemán.			842
			843
Antes de 844. Nithard: *Historia.*			844
		845-847. Persecución contra el budismo en China.	845
			846
	848. León IV encierra a Roma dentro de una nueva muralla: la ciudad Leonina.		848
			849
	Hacia 850. Iluminación de la Biblia de Carlos el Calvo y del Salterio de Utrecht, obras maestras de la miniatura carolingia.		850
			851
	852-853. El cofre de Saint-Vaast es dorado sirviéndose de oro árabe.		852
			859
		Hacia 860. Los petchenegos destruyen el Estado judaizante de los kazares, en el Volga.	860

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
862			
864	864. Carlos el Calvo envía una embajada a Córdoba.		864. Comienzo de la misión de Cirilo y Método en Moravia.
865			
867			
870	870. Nueva partición del Imperio carolingio en Meersen: desaparición de la Lotaringia.		
873		873-874. Gran hambre en la Europa Occidental.	
874	874. Los daneses en Islandia.		
875	875. Carlos el Calvo, emperador.		
877		877. Capitular de Quierzy: las dignidades condales se hacen hereditarias; progreso en la vía de la feudalización.	
878	878. Primera instalación de los daneses en Inglaterra: Paz de Wedmore.		
880			
881		881. Primera aparición de la palabra «fief» (feudo) (Cluny).	
883			883. Fundación de la abadía de San Miguel de Cuxá.
885	885-886. Los normandos asedian París, defendido por Eudes.		

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
862. Otfriedo de Wissemburgo traduce el Nuevo Testamento al alemán.			862
			864
Hacia 865. Juan Scoto Erigeno: *De divisione naturae.*			865
		867. El cisma de Focio anuncia la separación entre la Iglesia romana y la Iglesia bizantina. 867-1057. Dinastía macedonia en Bizancio.	867
		Hacia 870. Primer libro impreso en China.	870
	873-885. «Westwerk» de Corvey.		873
			874
	Hacia 875. Primer manuscrito ilustrado de la *Psychomachia* de Prudencio (Saint-Gall): combate de las Vitudes y de los Vicios.		875
			877
			878
880. *Cantilène de Sainte Eulalie* (en lengua francesa).			880
			881
			883
			885

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
888	888. Deposición del último emperador carolingio, Carlos el Gordo.		
890			
895		895. Primer ejemplo conocido de pluralidad de compromisos de vasallaje (región del Loira).	
896			896-964. El papado en manos de la aristocracia romana.
900	900. Muerte de Alfredo el Grande, rey de Inglaterra. Hacia 900. Primeras incursiones húngaras en Baviera.	Después de 900. Hubert de Barcelona: *Tratado de Astrolabio.*	900. La sede episcopal de Iria Flavia es trasladada a Santiago de Compostela.
908			
909			
910			910. Fundación de la abadía de Cluny.
911	911. Carlos el Simple abandona la Normandía al vikingo Rollon.		
920			
925			
929			
934			

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
			888
890. Alfredo el Grande hace comenzar la *Crónica anglosajona,* que será proseguida hasta 1154. Entre 890 y 900. Traducciones al anglosajón de Alfredo el Grande.			890
			895
			896
			900
908. Muerte de Remis de Auxerre, comentador de la Biblia, de gramáticos y poetas latinos, de Boecio y de Martianus Capella.		908. Fin de la dinastía Tang. Fraccionamiento de la China.	908
		909. Ocupación del África del Norte por los fatimitas.	909
			910
			911
		920. Establecimiento de los toltecas en Méjico.	920
925. *Waltharius,* de Ekkehard de Saint-Gall, poema latino, que toma su tema y su espíritu de las viejas leyendas germánicas.	925-929. Rotonda de Saint-Guy en Praga (tumba de San Venceslao † 929).		925
		929. Creación del Califato de Córdoba.	929
	934-949. San Maximiano de Tréveris: torres «armónicas» del ábside.		934

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
936	936. Otón I, rey de Germania.	936. Otón I hace prestar juramento de vasallaje a todos los duques alemanes.	
941		941-942. Gran hambre en Europa Occidental.	
943			943. San Dunstán, abad de Glastonbury, emprende la reforma del clero anglosajón.
946			
948			948. Hamburgo, metrópoli religiosa de los países escandinavos.
950		Hacia 950. Comienzo de las grandes roturaciones. Utilización del arado al norte del Loira.	
951		951. Godescalc, obispo del Puy, hace la peregrinación a Santiago de Compostela.	
952			
954			
955	955. Otón I vencedor de los húngaros en Lechfeld.		
958			

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
			936
			941
			943
	946. Primera catedral de Clermont *: primer ejemplo fechado de deambulatorio con capillas radiales.		946
			948
Hacia 950. Pontifical romano-germánico, antecesor del pontifical actual, compuesto en Maguncia.			950
			951
952. Flodoardo: *Historia de la Iglesia de Reims.* Muerte de Otger de Laón (pseudo Hucbald), cuyo manual de música, *Musica enchiriadis,* menciona por primera vez la polifonía.			952
954. En su *Carta a la reina Gesberga,* Adsón precisa las ideas milenaristas y el personaje del Anticristo.			954
			955
958. Liutprand de Cremona: *Antapodosis* («la Retribución»), historia propia de su tiempo que da a los buenos y a los malos la recompensa que merecen.			958

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
959			959. Reforma de la abadía de Gorza.
960			960-988. San Durstan, arzobispo de Cantorbery.
961			
962	962. Otón I, coronado emperador por el papa en Roma.		
965			
966		966. Reloj movido por pesos, atribuido a Gerberto.	
967			967. Bautismo del duque polaco Miezco.
968			968. Adalberto I, arzobispo de Magdeburgo.
969			
970			
972	972. Fraxinetum es tomada a los musulmanes.		972. Fundación del obispado de Praga.
974			

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
			959
	Hacia 960. Miniaturas de Reichenau. Estatua relicario de Conques.	960. Mezquita de Córdoba. 960-1270. Período de los Song en China. Hacia 960. Tratado de Cosmas el Clérigo contra el herético Bogomil en Bulgaria.	960
961. *Libro de los milagros de Santa Fe* de Conques.			961
	Después de 962. Abacial de Gemrode.		962
Hacia 965. Widukind: *Historia de los sajones.*			965
			966
967. Gerbert (Silvestre II) educado por Attón, obispo de Vich en Cataluña, se puso en contacto con la ciencia árabe.	967-999. Rotonda de San Félix y Adaucto, sobre el Wawel (Cracovia).		967
			968
		969. Fundación de El Cairo por los fatimitas.	969
Hacia 970. Liutprand de Cremona, enviado de Otón I, escribe la narración de su embajada en Constantinopla. Primera mención del drama litúrgico en Fleury (Saint-Benoît-sur-Loire).	Hacia 970. Miniaturas de Winchester.		970
972. Gerbert, maestrescuela de Reims.			972
	974. Maestros albañiles mozárabes construyen la iglesia de la abadía de San Miguel de Cuxá, una de las fuentes de la arquitectura románica.		974

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
975			
976			
977		Hacia 977. Abu-al-Casim alaba la riqueza de Amalfi.	
980	980. Los daneses emprenden la conquista de Inglaterra.		
981			
983	983-1002. Reinado de Otón III.		
985			985. Bautismo del húngaro Vaïk (San Esteban).
987	987-996. Hugo Capeto, rey de Francia.		
989		989. Sínodo de Charroux: primera institución de «paz».	
990			
991		991. Creación del Danegeld en la Inglaterra sajona.	
992	992-1025. Boleslao el Valiente, rey de Polonia.	992. Primer tratado de comercio entre Bizancio y Venecia.	
994			
996			
997			997. Martirio de San Adalberto en Prusia. 997-1038. Conversión de los húngaros.
998			

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
	975. Apocalipsis ilustrado de Gerona.		975
		976. Advenimiento de Basilio II.	976
		977-1014. Samuel, zar de los búlgaros.	977
	Hacia 980. Miniaturas del códice de Egberto (abadía de Reichenau).		980
	981. Dedicación de la iglesia de Cluny II *.		981
			983
			985
			987
		989. Bautismo de Vladimiro de Kiev.	989
	990-1014. Pórtico y campanario de Saint-Germain-des-Prés.		990
991-995. Richer, monje de Saint-Rémi de Reims: *Historias,* narración del advenimiento de Hugo Capeto.			991
	Después de 992. Miniaturas y cincelados de Hisdesheim.		992
994-999. Gramática latina (en anglosajón) y glosario latino-inglés de Aelfric.	994. «Donjon» de Langeais.		994
	996-1029. Iglesia de Romainmôtier según el modelo de Cluny II.		996
	997-1004. Saint-Martin de Tours *, uno de los prototipos del arte románico.	997-1030. Reinado de Mahmud el Gaznavida (Afganistán).	997
	Hacia 998. Evangeliario de Otón III, iluminado en Reichenau. 998. Iglesia de Montier-en-Der: macizo-pórtico con tribunas.		998

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
999			999-1003. Pontificado de Silvestre II (Gerberto).
1000	1000. Protectorado de Venecia sobre Istria y la Dalmacia. Svend, rey de Dinamarca, reanuda la conquista de Inglaterra. Otón III reconoce, en Gniezno, la independencia de Polonia.	Hacia 1000. Violenta revuelta, atrozmente reprimida, de los campesinos de Normandía. Comienzo del desarrollo de la construcción (Raúl Gluber). Comienzos del siglo XI. Unión íntima del feudo y del vasallaje.	1000. Creación del arzobispado de Gniezno, metrópoli religiosa polaca. Hacia 1000. El campesino herético Leutard predica en Vertus, en la Champagne. Hacia 1000-hacia 1033. Terrores milenaristas.
1001	1001. San Esteban, coronado rey de Hungría. Sublevación de Roma contra Otón III.		
1004			
1005		1005-1006. Gran hambre en Europa Occidental.	1005. Muerte del monje basiliano San Nilo de Grottaferrata, maestro de la renovación eremítica.
1006			
1007			
1009			
1010			

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
Fin del siglo x. Brillo de la escuela de Lieja bajo Notger. Enseñanza de la Medicina en Salerno.			999
Hacia 1000. Actividad literaria e intelectual de Abbón, abad de Flèury. Primera mitad del siglo xi: Irradiación literaria de la Lotaringia.	Hacia 1000. San Pantaleón de Colonia: edificio macizo de plano central. Primera mitad del siglo xi. Frescos de Oberzell. 1000-1070. Iglesia de Saint-Vorles, en Châtillon-sur-Seine: doble transepto con cúpula en el crucero.		1000
		1001-1018. Basilio II conquista Bulgaria.	1001
		1004. Iglesia de Lavra en el monte Athos.	1004
			1005
	1006-1013. Saint-Philibert de Tournus.		1006
	1007. Guillermo de Volpiano construye la rotonda de Saint-Bénigne de Dijon * (salvo la cripta). La estatua relicario de Sainte-Foy de Conques escandaliza a dos clérigos de Chartres.		1007
	1009. Sant Martí de Canigó: nave con bóveda.	1009. El califa Hakem destruye el Santo Sepulcro.	1009
	1010-1033. San Miguel de Hildesheim: crucero cuadrado y torre-linterna. Hacia 1010. Apocalipsis y evangeliario de Bamberg (ejecutado en Reichenau).		1010

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1012			Hacia 1012. Decreto (colección canónica) de Burchard de Worms. San Romualdo funda la orden de los Camándulos. 1012-1045. El papado cae bajo la influencia de la aristocracia romana.
1014	1014. Toma de Londres por los daneses. 1014-1024. Enrique II, emperador.		
1015	1015. Los pisanos expulsan a los árabes de Cerdeña.		
1018			
1019	1019-1035. Cnut el Grande, rey de Dinamarca y de Inglaterra.		
1020		1020. *Liber honorantiæ civitatis Papiæ,* testimonio del progreso económico de Italia del Norte. Carta de Fulberto de Chartres a Guillermo II de Aquitania definiendo las obligaciones de vasallaje. Primera mención del «homenaje» (condado de Barcelona).	
1021			
1023		1023. Roberto el Piadoso, a petición de la Iglesia, hace quemar a los heréticos maniqueos en Orleáns.	
1025	Después de 1025. Anarquía en Polonia.		1025. La reforma cluniacense es introducida en el monasterio español de San Juan de la Peña.
1026			

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
1012-1018. Tietmar de Merseburgo. *Cronica,* preciosa en lo que se refiere a las relaciones entre los alemanes y eslavos.			1012
1014. Sermón a los ingleses de Wulfstan.			1014
	Después de 1015. Puerta de bronce de San Miguel de Hildesheim. Altar de oro de Basilea.		1015
	1018-1032. Abadía de Ripoll (Cataluña).		1018
			1019
Hacia 1020. Gui de Arezzo inventa una nueva notación musical. Después de 1020. Dudón de Saint-Quentin: *Historia de los primeros duques de Normandía.*	1020. Dintel de Sant Genís les Fonts (Cataluña), la más antigua escultura románica fechada. Hacia 1020. Iluminaciones del *Libro de los Perícopes* de Enrique III.		1020
		1021-1033. Los gaznavidas conquistan Cachemira y el norte de la India.	1021
	Después de 1023. Frescos de Saint-Savin-sur-Gartempe.		1023
1025. El concilio de Arrás recomienda pintar frescos en las iglesias para instruir a los iletrados.			1025
	1026. Comienzo de la construcción de la torre-pórtico de Saint-Benoît-sur-Loire.		1026

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1027	1027-1039. El emperador Conrado II funda la dinastía de Franconia.		1027-1054. La Iglesia generaliza la tregua de Dios en Occidente.
1028	1028. Cnut conquista Noruega.		
1029	1029. Primer principado normando en Campania (Aversa).		
1030		Hacia 1030. Comienzo del movimiento comunal en Italia (Cremona). Aparición de los nombres de familia en la aristocracia. Unión del feudo y el vasallaje en la región de Mâcon.	Hacia 1030. Heréticos de Montfort en Lombardía.
1031			
1032		1032-1033. Hambre en Occidente y sobre todo en Francia.	
1033			1033. Afluencia de peregrinos cristianos a Jerusalén.
1034		1034. Invasión de los pisanos en Bône.	
1035		Hacia 1035. Construcción de un puente de piedra en Albi.	
1037		1037. El emperador Conrado II instituye la herencia de los feudos en Italia del Norte.	
1038			Hacia 1038. San Juan Gualberto funda la orden de Vallombrosa.
1039			1039. Congregación de canónigos regulares de San Rufo.
1040			

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
			1027
	Entre 1028 y 1072. Miniaturas del Apocalipsis de Saint-Sever.		1028
			1029
Hacia 1030. Adhémar de Chabannes: *Crónica.*	1030-1048. Santa María de Miltelzell en Reichenau: bandas lombardas. 1030-1061. Catedral imperial de Spira. 1030-1080. Abacial de Conques.		1030
	1031. Consagración de Santa María de Ripoll: cúpula en el crucero del transepto.	1031. Fin del califato omeya de Córdoba.	1031
			1032
			1033
			1034
	Hacia 1035. Iglesia de los Santos Apóstoles en Colonia.		1035
	1037-1067. Abadía de Jumièges.	1037. Muerte de Avicena. 1037-1123. Vida del poeta persa Omar-Khayam.	1037
			1038
		1039. Victoria de los turcos seljúcidas en Asia central.	1039
Hacia 1040. Raúl Glaber: *Crónica.* — *Vie de saint Alexis* (en romance). — Composición del *Ruodlieb* en la abadía de Tegernsee. Entre 1040 y 1070. San Pedro Damián, prior de Font Avellane, después cardenal, hace en diversos escritos el elogio de la «santa simplicidad» eremítica.	1040. Fachada de la catedral de Tréveris. Echternach, principal proveedor de los libros ilustrados para el emperador, en lugar de Reichenau.	1040. Iglesia de Santa Sofía en Kiev.	1040

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1042	1042-1066. Eduardo el Confesor, último rey anglosajón de Inglaterra.		
1043		1043-1045. Gran hambre en Occidente.	
1044		1044. Sublevación de los burgueses de Milán.	
1045			
1046		1046. Primera mención del homenaje «lige» (Vendôme).	
1049			1049-1054. León IX papa: primicias de la reforma gregoriana. 1049-1109. San Hugo, abad de Cluny.
1050			Hacia 1050. Controversia eucarística en torno a Bérenger de Tours, negador de la presencia real.
1052			
1054			1054. Cisma de Miguel Cerulario, ruptura definitiva entre la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente.
1055	1055. Enrique I se anexiona el condado de Sens.		
1056	1056-1106. Enrique IV, emperador.	1056. Movimiento político-herético de la Pataria en Milán.	1056-1060. Motines en Milán contra el clero depravado (Pataria).
1057			1057-1072. Pedro Damián, cardenal.
1058			

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
	1042. Consagración del coro de la abadía de Limburg en la Hardt, tipo de «arquitectura imperial».		1042
		1043. Los rusos amenazan Constantinopla.	1043
		1044-1077. Unificación de la Birmania.	1044
1045. Lanfranc da brillo a la escuela monástica de Bec.			1045
			1046
	1049. «Viaje de consagración» de León IX: iglesia octogonal de Ottmarsheim. 1049-1080. Saint-Hilaire de Poitiers.		1049
Hacia 1050. Textos místicos de Juan de Fécamp.	1050. Iglesia románica de Morienval. Hacia 1050-1150. Catedral del Puy.		1050
	1052. Consagración de la cripta de San Emerenciano de Ratisbona.	1052. La invasión hilaliana saquea el África del Norte.	1052
			1054
		1055. Toma de Bagdad por los seljúcidas.	1055
			1056
		1057. Advenimiento de la dinastía de los Commenos en Bizancio.	1057
Después de 1058. Irradiación literaria de la abadía de Monte Cassino. Bajo el abaciado de Didio, Constantino el Africano traduce en ella obras de Medicina árabes y griegas. Alberico escribe el primer tratado de composición literaria: *Liber dictaminum.*			1058

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1059	1059. El papa reconoce la posesión de Italia del Sur a Roberto Guiscard.		1059-1062. Nicolás II, papa. 1059. Afirmación del principio de la libre elección del papa por los cardenales.
1060	1060-1091. Los normandos conquistan Sicilia.		
1061		Hacia 1061. El juego del ajedrez es conocido en Italia, según una carta de Pedro Damián.	1061. Fundación de la abadía de Tyniec, el «Cluny polaco», cerca de Cracovia.
1062			
1063			1063. Cruzada «borgoñona» en España.
1064		1064. Fernando de Castilla concede fueros de colonización (región de Coímbra). 1064-1069. *Usatges* de Cataluña, primer código feudal conocido.	
1065			
1066	1066. Conquista de Inglaterra por los normandos de Guillermo el Conquistador.	Entre 1066 y 1087. La más antigua carta de infeudación conservada (Inglaterra).	1066. Reacción pagana en los países bálticos.
1067			
1069		1069. Manifestación comunal en el Mans.	
1070			Después de 1070. El arzobispo Lanfranc reforma la Iglesia de Inglaterra.

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
			1059
	1060-1150. Saint-Sernin de Toulouse.		1060
			1061
	1062-1083. La Trinidad de Caen (Abadía de las Damas).		1062
	1063. Consagración de San Miniato de Florencia. Consagración de San Isidoro de León (torre-pórtico del *Panteón de los reyes* y capiteles, obras maestras de la escultura románica). 1063-1097. Saint-Etienne de Nevers. 1063-1119. Catedral de Pisa.		1063
			1064
Entre 1065 y 1100. *La chanson de Roland*.	1065. Consagración de Santa María de Colonia.		1065
	1066. Puertas de bronce de Amalfi fundidas en Constantinopla.		1066
	1067-1068. Abadía de Saint-Benoît-sur-Loire (Fleury).		1067
			1069
	Hacia 1070. Frescos de Berzé-la-Ville.		1070

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1071	1071. Roberto Guiscard se apodera de Bari.		1071. Reliquias de San Nicolás, llevadas a Bari.
1072		1072. Aparición del contrato de *colleganza* en Venecia.	
1073		1073. Revuelta urbana en Worms.	1073-1085. Gregorio VII, papa.
1074		1074. Revuelta urbana contra el obispo de Colonia. Gregorio VII ordena al rey Felipe I de Francia restituir las mercancías confiscadas a los mercaderes italianos.	1074. Esteban de Muret funda la orden de Grandmont, la primera de las órdenes que vuelve «a la verdadera vida apostólica». Decreto de Gregorio VII condenando la simonía, el nicolaísmo y la investidura laica.
1075	Después de 1075. Decadencia del poder real y pujanza de la feudalidad en Alemania.		1075. Comienzo de la «Querella de las investiduras». *Dictatus Papae* de Gregorio VII. Hacia 1075. Anselmo de Lucas compone plegarias para la condesa Matilde de Toscana.
1076	1076. Boleslao el Valiente, último Piasta coronado como rey de Polonia.		
1077	1077. Enrique IV se humilla ante Gregorio VII en Canosa. Comuna de Cambrai.	1077. Primera mención del «homenaje» en Alemania. Manifestación comunal en Cambrai.	
1079			1079. Fundación de la orden de Hirsau, el «Cluny germánico».
1080		Hacia 1080. «Guilda» de Saint-Omer.	
1081		1081. «Cónsules» burgueses en Pisa.	

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
	1071. Consagración de la abadía de Monte Cassino *, decorada por los bizantinos, queriendo hacer de ella el abad Dídaco, sobre modelos bizantinos, «la maravilla del Occidente».	1071. Los seljúcidas aplastan a los bizantinos en Mantzikiert.	1071
			1072
			1073
			1074
	1075-1122. Catedral de Santiago de Compostela.		1075
1076-1078. *Monologion* y *Proslogion (Fides quaerens intellectum)* de San Anselmo: argumento ontológico, prueba de la existencia de Dios. *Historia de la Iglesia de Hamburgo,* de Adán de Brema.		1076. Los seljúcidas toman Jerusalén.	1076
1077. *Anales* de la abadía de Hersfeld.	1077. Consagración de Saint-Etienne de Caen («Abadía de los Hombres»).	1077. Los seljúcidas se instalan en Asia Menor.	1077
	1079-1093. Catedral de Winchester.		1079
	Hacia 1080. «Donjon» de Houdan.		1080
		1081-1118. Reinado de Alexis Commeno.	1081

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1082		1082. Los venecianos consiguen importantes privilegios económicos en el Imperio bizantino.	
1084			1084. San Bruno de Colonia funda la «Grande-Chartreuse». Roma es tomada por Enrique IV, después por los normandos.
1085	1085. Toma de Toledo por Alfonso VI de Castilla.	1085. Guillermo el Conquistador hace establecer un catastro para Inglaterra, el *Domesday Book*. Cinco mil seiscientos veinticuatro molinos hidráulicos en Inglaterra.	
1086		1086. Primera mención de un batán en Normandía (Saint-Wandrille).	
1087	1087. Genoveses y pisanos realizan una expedición victoriosa contra los piratas musulmanes de Mahdiya en «Ifryqyja» (África).	1087. Revuelta en Sahagún contra los monjes cluniacenses y los caballeros.	
1088		1088. Primera mención segura de un molino de cerveza en la región de Evreux.	1088-1099. Pontificado de Urbano II.
1090		Finales del siglo XI. En Francia del Norte, el caballo reemplaza al buey para el arado. La distinción entre libres y no-libres se difumina.	
1091			
1093	1093. Fundación de la Liga lombarda agrupando las ciudades hostiles a los emperadores alemanes.		1093-1109. San Anselmo, arzobispo de Cantorbery.
1094	1094. Toma efímera de Valencia por el Cid.		

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
			1082
			1084
		1085. Malik-cah unifica las posesiones seljúcidas.	1085
		1086. La dinastía beréber, dueña de Marruecos y de la España musulmana.	1086
	1087-1132. San Nicolás de Bari.		1087
Después de 1088. Irnerius enseña el Derecho romano en Bolonia. La cancillería pontifical restaura el uso del «cursus» en los documentos oficiales.	1088-1130. Cluny III*.		1088
		Hacia 1090. Invención de la brújula en China..	1090
1091-1116. Episcopado de Yves de Chartres. Esplendor de la escuela episcopal de Chartres.			1091
	1093. Comienzo de la construcción de la catedral de Durham: la primera ojiva. 1093-1156. Abacial de María-Laach.		1093
1094-1098. San Anselmo: *Cur Deus Homo:* los problemas teológicos y filosóficos de los dogmas de la Encarnación y la Redención.			1094

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1095		1095. Gran hambre en Bélgica.	1095. Urbano II predica en Clermont la I Cruzada.
1096		1096-1097. Ola antisemita: matanzas de judíos por los cruzados populares en marcha hacia Tierra Santa.	1096. Roberto de Arbrissel funda la orden de Fontevrault.
1097	1097. Constitución del condado de Portugal.	Hacia 1097. Primera imagen de un rastrillo (tapicería de Bayeux).	
1098	1098. Principado de Edesa y Antioquía.		1098. Fundación de la orden cisterciense por Roberto de Molesmes.
1099	1099. Toma de Jerusalén por los cruzados. Fundación del reino franco de Jerusalén.	1099. Formación de la *Compagna* de Génova: los mercaderes y la política urbana. Manifestación comunal en Beauvais.	
1100	1100-1135. Enrique I Beauclerc, rey de Inglaterra.	1100. Convención comercial entre Venecia y el reino de Jerusalén. Hacia 1100. Comienzo de la desecación de los pantanos de Flandes: «polders». Comienzo del esplendor de las ferias de la Champaña. Principios del siglo XII. Primeros tratados de derecho feudal *(coutumiers)* en Inglaterra. Redacción de cartas de contratos de vasallaje en el sur de Francia y en los países del Ródano. Entre 1100 y 1150. Período decisivo de la conquista agraria. Progreso de los cereales.	Hacia 1100. Difusión de las doctrinas cátaras en Italia y en el sur de Francia. La orden de Cluny cuenta con 1.450 casas.
1101	1001. Roger II, rey de Sicilia.		
1103			1103. Guillermo de Champeaux dirige la escuela episcopal de París. Querella de los universales.

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
Fin del siglo XI. Moda de las cortes de amor en Aquitania.	1095. Comienzo de la construcción de la iglesia de San Marcos de Venecia. «Viaje de consagración» de Urbano II por Francia: Saint-Martial de Limoges *; Cluny III *. Fin del siglo XI. Wiligelmo: esculturas de la catedral de Módena.		1095
	1096-1132. Vézelay, iglesia de la Magdalena.	1096. Los seljúcidas exterminan a los cruzados populares cerca de Nicea.	1096
	1097. Bordado de Bayeux llamado «Tapicería de la reina Matilde».		1097
			1098
	1099. Lanfranc comienza la catedral de Módena (terminada en 1184), obra maestra del arte románico en Italia. 1099-1118. San Clemente de Roma.		1099
Hacia 1100. Estudios seculares en Montpellier (Medicina). Poesía latina de Hildeberto del Mans: renacimiento poético del siglo XII. Anselmo de Laón († 1117): *Libro de las sentencias.* Hacia 1100-1127. Canciones en lengua de oc de Guillermo de Poitiers, duque de Aquitania. Hacia 1100-1110. *Elucidarium* de Honorius Augustodunensis, el vulgarizador de la edad románica.	Hacia 1100. Basílica románica de San Ambrosio de Milán: bóveda sobre nervaduras. Esculturas de Moissac.	Hacia 1100. Formación del Imperio inca. Mosaicos de Dafni. Mezquita de Ispahán. Comienzos del siglo XII. Esplendor artístico de Ceilán: monumentos de Polonnaruva.	1100
			1101
			1103

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1104		1104. Primera herrería («farga»), mencionada en Occidente (Cataluña).	
1106	1106-1111. Victorias almorávides en España.		
1108	1108-1137. Luis VI el Gordo, rey de Francia.	1108-1109. Comunas de Noyon y Beauvais.	1108. Fundación de la abadía de Saint-Victor en París, hogar de la pre-escolástica mística.
1110		Entre 1110 y 1140. *De diversis artibus,* del monje alemán Teófilo, primer manual técnico de Occidente.	
1111	1111-1118. Luis VI derriba el castillo de Puiset y pacifica el dominio real.	1111. Pisa obtiene privilegios comerciales en el Imperio bizantino.	
1112		1112. Revolución comunal en Laón. En ella muere el obispo.	1112. San Bernardo entra en Cîteaux.
1113			
1114			1114. *Carta de Caridad:* primer estatuto de Cîteaux.
1116		1116. Sublevación de la población de Santiago de Compostela contra el obispo Gelmírez, constructor de la catedral románica.	
1117		1117. El abad de Marmoutier (Alsacia) reemplaza las «corveas» por los pagos en dinero.	
1118	1118. Los aragoneses se apoderan de Zaragoza.	1118-1122. Abelardo y Eloísa.	

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
Después de 1104. Guiberto de Nogent: *Historia de la I Cruzada (Gesta Dei per francos), Autobiografía (De vita sua);* Tratado (crítico) *Sobre las reliquias.*			1104
			1106
	1108. La segunda iglesia de San Clemente de Roma (que ignora el arte románico) reproduce el estilo paleocristiano. Rénier de Huy: pila bautismal de Saint-Barthélemy de Lieja, obra maestra del arte del Mosa.	1108. Alexis Commeno obliga a Bohémond a prestarle homenaje por Antioquía.	1108
	1110-1120. Esculturas de Saint-Sernin de Toulouse.		1110
			1111
		1112-1152. Reinado de Suriavarman II, rey de los Kmers. Construcción de Angkor-vat.	1112
		1113-1125. Vladimiro II, príncipe de Kiev.	1113
1114-1126. Bernardo, maestrescuela y canciller de Chartres.			1114
			1116
			1117
Antes de 1118. *Crónica* de los duques y príncipes de Polonia por Gallus Anonymus.		1118-1143. Juan II Commeno, emperador bizantino.	1118

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1119			1119. Fundación de la orden del Temple.
1120		1120-1150. Aparición de los primeros estatutos de oficios en Occidente.	1120. San Norberto funda la orden Premontrense: monjes campesinos. Hacia 1120. El benedictino Ruperto de Deutz defiende el monaquismo tradicional.
1121			
1122			1122. Concordato de Worms, fin de la Querella de las investiduras. Suger, abad de Saint-Denis. 1122-1156. Pedro el Venerable, abad de Cluny.
1124	1124. Enrique V ataca en vano a Luis VI.	1124-1126. Gran hambre en Occidente, especialmente en Bélgica. Esfuerzos del conde de Flandes para combatirla.	1124. Muerte del herético Pedro de Bruys.
1125			1125-1155. Anselmo, obispo de Havelberg: preparación de la ofensiva misionera, conversaciones teológicas con los bizantinos, teoría evolutiva de los Estados de la Iglesia. Entre 1125 y 1130. El *Liber de diversis ordinibus* confirma el pluralismo católico.
1127		1127. Las ciudades flamencas obtienen cartas de franquicia.	
1128		1128. Comuna en Marsella.	
1130		1130. Comienzo de la serie de los condes reales en el Exchequer de Inglaterra.	

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
			1119
1120. *Liber floridus,* enciclopedia ilustrada de Lamberto de Saint-Omer. 1120-1154. Enseñanzas de Guillermo de Conches en Chartres: «El estudio de la sabiduría reivindica al hombre entero».	1120-1138. Fachada de San Zenón de Verona. Después de 1120. Saint-Front de Périgueux; catedral de Autún.		1120
1121-1158. Traducción latina de la *Nueva Lógica* de Aristóteles (por oposición a la *Antigua Lógica* conocida por Beocio).			1121
1122. Abelardo: *Sic et non,* exposición de las divergencias entre las «autoridades», o primer discurso del método escolástico.		1122. Dinastía beréber de los almohades en Marruecos.	1122
			1124
1125. Muerte de Cosmas, «el heterodoxo checo», autor de una *Crónica* de Bohemia. Hacia 1125. Hugo de Saint-Victor: *De sacramentis,* teología de los sacramentos. 1125-1153. El arzobispo Raimundo de Toledo hace traducir los textos árabes al latín.			1125
Hacia 1127. Foulques de Chartres: *Historia de Jerusalén:* los colonos cristianos en Tierra Santa.		1127. Zenghi se apodera de Mosul. 1127-1128. Los Kitat invaden la China del Norte. Los Song se repliegan a Nankín.	1127
			1128
1130. San Bernardo: *Elogio de la orden del Temple.*	Hacia 1130-1147. Catedral de Tournai. 1130-1147. Abadía cisterciense de Fontenay.		1130

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1131			
1132			
1134		1134. El capítulo general de los cistercienses regula el empleo de los obreros agrícolas asalariados.	
1135			
1137	1137-1180. Luis VII, rey de Francia. 1137. Luis VII se casa con Eleonor de Aquitania.		
1138	1138. Comienzo de las rivalidades entre güelfos y gibelinos en Italia.	1138. Primera mención segura de un «molino» de curtido (cerca de Chelles).	
1139			
1140	1140. Portugal se convierte en reino.		1140. Concilio de Sens: San Bernardo hace condenar a Abelardo. Sermón de San Bernardo, *De Conversione,* para apartar a los clérigos de las escuelas urbanas hacia el claustro.

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
	1131-1148. Catedral de Cefalú (Sicilia).		1131
	1132. Deambulatorio de Morienval (Oise). 1132-1144. Reconstrucción de Saint-Denis por Suger: comienzo del gótico, apogeo de las artes menores y renovación de la iconografía.		1132
			1134
Hacia 1135. *Didascalicon* de Hugo de Saint-Victor: programa ampliado de las artes liberales. 1135. Gedofredo de Monmouth: *Historia regnum Brittaniae,* una historia nacional.		1135-1204. Maimónides, teólogo judío en El Cairo.	1135
			1137
1138-1139. *De aedificio Dei* de Gerhoh de Reichersberg: todas las profesiones llevan a Dios.			1138
Hacia 1139. Guía del peregrino a Santiago de Compostela.			1139
Hacia 1140. *Decreto de Graciano,* fundamento del *corpus* de Derecho canónico. Bernard de Ventadorm: *Chansons.* Hacia 1140-1150. *Liber Scivias* de Hildegarda de Bingen: ciencia y mística.	1140. Capilla palatina de Palermo, «cofre de maravillas de las Mil y Una Noches desplegado en forma de santuario». Hacia 1140. Nave de la catedral de Sens: gótico con tribunas. Pies de cruz de Saint-Denis y de Saint-Bertin. Hacia 1140-hacia 1175. Godefroy de Huy, orfebre mosano.		1140

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1141			1141. Pedro el Venerable hace traducir el Corán al latín.
1142			
1143		1143. Fundación de Lübeck.	
1144	1144. Godofredo Plantagenêt, duque de Normandía.	1144-1146. Gran hambre en Occidente.	
1145			1145. Eugenio III, monje cisterciense, elegido papa. San Bernardo predica contra el catarismo en Albi. San Bernardo predica la II Cruzada en Vézelay.
1146	1146. Arnaldo de Brescia, discípulo herético de Abelardo, hace triunfar la revolución en Roma.		
1147			1147. «Cruzada» en los países bálticos.
1148	1148. Fracaso de la II Cruzada ante Damasco.		1148. El Concilio de Reims condena a Gilberto de la Porrée.
1149			1149. El conde de Flandes lleva a Brujas la reliquia de la Santa Sangre.
1150	Hacia 1150. Progreso de la colonización germánica al este del Elba. Conquistas de Alberto el Oso.	1150. Otón de Freising, tío de Federico Barbarroja, ve con estupefacción a los artesanos y los comerciantes honrados en las ciudades italianas. Hacia 1150. Primera organización de la Universidad de París.	

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
			1141
Hacia 1142. Hugo «el Primado», príncipe de los goliardos en el Barrio Latino. 1142. Orderico Vital: *Historia eclesiástica,* la historia vista por un normando.			1142
1143. Traducción del *Planisferio* de Ptolomeo.	1143. Iglesia greco-árabe de Martorana en Palermo.	1143-1180. Manuel Commeno, emperador bizantino.	1143
		1144. Toma de Edesa por Zenghi.	1144
1145. Roberto de Chester traduce el álgebra de Al-Kharizmi. *Carta de Oro* (carta a los hermanos de Mont-Dieu), de Guillermo de Saint-Thierry: diálogo místico entre cistercienses y cartujos. Hacia 1145. *Cantar de Mío Cid.*	1145-1155. Esculturas del Pórtico Real de Chartres. Primera representación de la Virgen con el Niño.		1145
		1146. Advenimiento de Nuraddin en Alepo.	1146
			1147
1148. *Cosmografía* de Bernardo Silvestre: popularidad de los temas pitagóricos y platonianos en Chartres.	1148. Mosaicos del coro de la catedral de Cefalú.		1148
	1149. Nueva basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén.		1149
Hacia 1150. Otón de Freising: *Gesta Frederici,* el mito imperial; *Historia de Dos Ciudades,* la historia en la edad feudal. Jaufré Rudel canta «su amor de tierra lejana».	1150-1174. Nave de la catedral del Mans.	Hacia 1150. Fundación de Moscú. División política en China.	1150

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
		Segunda mitad del siglo XII. Aumento de la circulación monetaria. Una redención pecuniaria, el «ecuage», reemplaza al servicio militar de los vasallos de la corona en Inglaterra.	
1151		1151. Gran hambre, sobre todo en Alemania.	
1152	1152. Eleonor de Aquitania, repudiada por Luis VII, se casa con Enrique Plantagenêt.		
1153	1153-1184. Enrique II Plantagenêt, rey de Inglaterra.		1153. Trescientos cincuenta y tres monasterios cistercienses.
1154		1154. Federico Barbarroja concede privilegios a los maestros y a los estudiantes de Bolonia.	
1155	1155-1190. Federico Barbarroja, emperador.	1155. Adriano VI proclama el derecho de los siervos para casarse libremente. Carta de franquicia de Lorris.	1155. El rey de Francia va en peregrinación a Santiago de Compostela.
1158			1158. Fundación de la orden de Calatrava.
1159			1159-1181. Pontificado de Alejandro III: lucha contra el Imperio y legislación canónica.
1160		Hacia 1160. Comienzo de la explotación de las minas de hierro en el Delfinado. La Hansa germánica abre una sucursal en Visby.	1160. Cofradía del Espíritu Santo en Montpellier.
1161			
1162	1162. Toma y destrucción de Milán por Federico Barbarroja.	1162. Gran hambre en Occidente. El «estatuto» de Guillermo II de Forcalquier sobre las hijas dotadas, testimonio de la feudalidad en Provenza.	

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
			1151
1152. Pedro Lombardo: *Libro de las sentencias,* un «text-book» de la escolástica.			1152
	1153-1220. Catedral gótica de Noyon. 1153-1191. Catedral gótica de Senlis.		1153
		1154. Toma de Damasco por Nuraddin.	1154
1155. Wace: *Roman de Brut.* 1155-1170. Thomas: *Tristán e Isolda.*			1155
		1158. Ocupación de Antioquía por Manuel Commeno.	1158
1159. Juan de Salisbury: *Polycraticus,* tratado de economía política.			1159
1160. *Roman d'Eneas.* Hacia 1160. Los *Nibelungos.* Canciones de María de Francia.	1160-1207, Catedral gótica de Laón.	1160-1181. Alteraciones políticas en el Japón.	1160
Hacia 1161-1167. El «archipoeta», príncipe de los poetas goliárdicos en Colonia.			1161
			1162

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1163			1163. Alejandro III prohíbe a los monjes los estudios de Medicina y Derecho.
1164			
1165	1165. Toma de Roma por Federico Barbarroja.		1165. Canonización de Carlomagno. Conferencia de católicos y de cátaros en Lombers.
1167			1167. Concilio cátaro en Saint-Felix-de-Caraman.
1168			
1170			1170. Asesinato de Thomas Becket.
1171			
1172		1172. Nave con tres velas y galera de 25 remos en Venecia.	
1173	1173-1196. Bela III, rey de Hungría.		1173. Nacimiento del movimiento valdense.
1174	1174-1184. Balduino IV de Jerusalén, el rey leproso.	1174. El conde de Champagne, Enrique el Liberal, crea «guardas» de las ferias para asegurar su custodia y buen funcionamiento. Privilegios del papa Celestino III a los maestros y estudiantes de París.	1174. Canonización de San Bernardo. Peregrinación de Enrique II a la tumba de Thomas Becket.

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
	1163-1260. Notre-Dame de París.		1163
1164. Fundación en Dinamarca de un monasterio encargado de escribir los anales del reino.			1164
1165. Benoît de Sainte-More: *Roman de Troie.*			1165
			1167
1168-1183. Actividad literaria de Chrétien de Troyes.		Hacia 1168. Establecimiento de los aztecas en Méjico.	1168
Hacia 1170. El *Livre des manières,* de Etienne de Fougères, crítica de los «estados del mundo». Después de 1170. Guillermo de Tiro: *Historia* (Historia de Tierra Santa). Entre 1170 y 1200. El *Roman d'Alexandre.*	Hacia 1170-1180. Se termina la construcción de Saint-Trophime de Arles.	1170. Minarete de la Giralda de Sevilla.	1170
	1171. Nave de la catedral de Tournai.	1171. Matanza de los venecianos en Constantinopla. Saladino suprime el califato fatimida.	1171
	1172-1189. Abadía de Monreale fundada por Guillermo II de Sicilia (puertas de bronce de Bonnano de Pisa).		1172
			1173
1174. Guernes de Pont-Sainte-Maxence: *Vida de Santo Tomás Becket.*	1174. Campanile de Pisa (torre inclinada, terminada en el siglo XIV).		1174

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1175	1175. Federico Barbarroja, vencido en Legnano por las comunas de la Liga lombarda.	Después de 1175. Aparición del contrato de *comanda* en Génova. Escuela comunal en Gante.	
1176		1176. La confiscación de los bienes de los campesinos por el tribunal de Northampton muestra la diferenciación de las fortunas campesinas (de 6 dineros a 70 sueldos).	
1177	1177. Entrevista de Venecia, entre Barbarroja y Alejandro III.		1177. Raimundo V de Toulouse expone el peligro cátaro en una carta al Capítulo de Cîteaux.
1178			
1179		1179. La Iglesia reclama seguridad para los viajeros, los campesinos y los mercaderes.	
1180	1180-1223. Felipe Augusto, rey de Francia.	1180. Federico Barbarroja condena a Enrique el León a la pérdida de sus feudos de Imperio. Hacia 1180. Aparición del molino de viento en Normandía y en Inglaterra. Apertura del antepuerto de Damme (Brujas).	1180. Condenación de los valdenses por la Iglesia.
1182			
1183	1183. Paz de Constanza. Federico Barbarroja reconoce la libertad de las ciudades lombardas.		
1184		1184. San Bénézet construye el puente de Aviñón.	1184. Institución de la inquisición episcopal.
1185		1185. El *Assise au comte Geoffroy:* la feudalidad en Bretaña.	

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
1175. *Roman de Renart.*	1175. Catedral de Cantorbery. Hacia 1175. Puertas de bronce (probablemente procedentes de talleres de la región del Mosa) de la catedral de Gniezno.		1175
		1176. Los bizantinos son aplastados por los turcos en Myrienkefalon. El Asia Menor se convierte en tierra turca.	1176
			1177
	1178. Antelami esculpe el *Descendimiento de la Cruz* de la catedral de Parma.		1178
			1179
	Hacia 1180. Herrada de Landsberg: miniaturas del *Hortus deliciarum* *. 1180. Puertas de bronce de Bonnano en la catedral de Pisa.		1180
1182. Chrétien de Troyes: *Perceval.*			1182
	1183. Pórtico gótico de la Gloria de Santiago de Compostela.		1183
			1184
Hacia 1185. *Tractatus de Amore,* de Andrés de Chapelain: la herejía del amor cortés. Finales del siglo XII. Bertrán de Born: *Sirventes.*		1185. En el Japón, los Minamoto imponen su poder y fundan Kamakura.	1185

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1186		1186. Los magistrados de Verona reparten entre 180 familias de colonos *la villa franca,* abierta al cultivo después de la construcción de un canal de drenaje.	
1187	1187. Toma de Jesuralén por Saladino.	1187-1189. Glanvill: *Tratado de las leyes y de las costumbres del reino de Inglaterra.*	
1189	1189-1199. Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra.		1189-1191. III Cruzada.
1190	1190-1199. Enrique IV, emperador.		1190. Fundación de los Caballeros Teutónicos.
1191	1191. Toma de San Juan de Acre por los cruzados. Conquista de Chipre por los Lusignan.	1191. Primera mención del sorgo en Italia.	Fin del siglo XII. Pietismo judío renano.
1192		1192. Emisión de la «moneda gruesa» en Venecia.	
1194	1194. Enrique VI, rey de Sicilia.	Fin del siglo XII. Aparición de la brújula en Occidente. Primeros tratados de derecho feudal («coutumiers», «Rechtsbücher») en Francia y en Alemania.	
1196		1196-1197. Gran hambre en Occidente. 1196-1198. Felipe Augusto hace redactar las primeras «cartas» de homenaje de los grandes vasallos.	
1197			1197. Canonización de San Homobono, mercader de Cremona.

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
			1186
	1187-1208. Abadía de Fossanova, importación del gótico cisterciense en Italia.		1187
			1189
Entre 1190 y 1200. *Hacia la muerte,* de Helinand. Hacia 1190-1195. *De la miseria de la condición humana:* el pesimismo medieval, por el futuro Inocencio III. Hacia 1190. El cisterciense Joaquín de Flora *(Concordia Veteris et Novi Testamenti, Expositio in Apocalypsim)* fija el fin del mundo feudal para el año 1260.	1190-1274. Catedral de Bamberg.	1190-1210. Progresos musulmanes en el norte de la India.	1190
			1191
	1192-1270. Catedral de Bourges.	1192. Instauración del sogunato en el Japón.	1192
	Después de 1194. Chartres. Catedral gótica y vidriera de la Crucifixión.		1194
	1196. Baptisterio de Parma (bajo relieves de los meses, de Antelami).		1196
		1197. En Mongolia, advenimiento de Tchinggiz-Kan (Gengis Kan). 1197. Fundación del Imperio inca por Yupanqui.	1197

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1198			1198. San Juan de Mata funda la orden de los Trinitarios. 1198-1216. Pontificado de Inocencio III.
1199	1199-1216. Juan Sin Tierra, rey de Inglaterra.	1199. Primeras representaciones de un navío con castillo de proa (sello de Dunwich).	
1200		1200 a 1350. Mil doscientas aldeas fundadas por los colonos alemanes en Silesia. 1200. Fundación de Riga. «Carta feudal» del Hainaut. Privilegios de Felipe Augusto a la Universidad de París. Entre 1200 y 1225. Ruán arde seis veces.	
1202	1202. Felipe Augusto confisca los feudos franceses de Juan Sin Tierra.		1202. Muerte de Joaquín de Flore. IV Cruzada.
1203			
1204	1204. Toma de Constantinopla por los cruzados. Fundación del Imperio latino de Oriente y de la Romanía veneciana.	Después de 1204. Los genoveses fundan las sucursales comerciales de Caffa y Tana.	
1205	1205. Batalla de Andrinópolis: el emperador latino de Constantinopla, prisionero de los búlgaros.		
1206			
1207			1207. Misión de Santo Domingo en país albigense.
1208			1208. El papa pronuncia el interdicto sobre el reino de Inglaterra.

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
		1198. Muerte de Averroes.	1198
1199. *Dialogus miraculorum,* de Cesáreo de Heisterbach.			1199
Hacia 1200. Apogeo de los Minnesänger. Wolfram von Eschenbach: *Parzival.* Jean Bodel: El *Jeu de Saint-Nicolas.*	Hacia 1200. Altar esmaltado de Klosterneburgo, obra del orfebre del Mosa Nicolás de Verdún. Relicario de los Reyes Magos de Colonia.	Hacia 1200. Ruina de la civilización maya.	1200
1202. Leonardo Fibonacci de Pisa: *Liber abbaci,* lo que el mercader cristiano puede utilizar de la aritmética árabe.	1202. Reconstrucción del baptisterio de Florencia («il bel San Giovanni»), cuya decoración será la escuela de los principales pintores italianos del siglo XIII. 1202-1300. Catedral de Ruán.		1202
Comienzos del siglo XIII. Roberto de Boron: *Roman du Saint-Graal. Aucassin et Nicolette.*		1203. Caída de la dinastía bizantina de los Anges.	1203
		1204. Unificación de la Mongolia por Gengis Kan.	1204
		1205. Teodoro Lascaris, emperador griego de Nicea.	1205
Después de 1206. Roberto de Clari: *Conquête de Constantinople.*			1206
			1207
			1208

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1209		1209. El Concilio de Aviñón prohíbe las danzas, carreras y juegos en las iglesias.	1209. Primera comunidad franciscana. Comienzo de la cruzada contra los albigenses.
1210		Hacia 1210. Los cónsules son reemplazados por los «podestas» en los municipios italianos.	1210. Prohibición a los maestros parisienses de enseñar la Metafísica de Aristóteles.
1211			
1212	1212. Victoria de los cristianos de España en las Navas de Tolosa.	1212. Felipe Augusto hace construir un primer recinto alrededor de París.	1212. Fundación de las Clarisas.
1213	1213. Simón de Montfort, vencedor de los albigenses en Muret. Juan Sin Tierra, vasallo de la Santa Sede. 1213-1276. Jaime el Conquistador, rey de Aragón y Cataluña.		Primer tercio del siglo XIII. Aparición del nombre de Cábala en el «call» judío de Gerona.
1214	1214. Victorias francesas de La Roche-aux Moines y de Bouvines.	1214. Los primeros privilegios concedidos a la Universidad de Oxford.	
1215	1215. La Carta Magna en Inglaterra.	1215. Estatutos de Roberto de Courson para la Universidad de París.	1215. Cuarto Concilio de Letrán: aprobación de la orden de los Framenores; comunión anual obligatoria; medidas antisemitas (vestido y signo distintivo impuestos a los judíos).
1216	1216. Federico II, rey de los Romanos. 1216-1272. Enrique III, rey de Inglaterra.		1216-1227. Honorio III, papa. Aprobación de la orden de los Padres Predicadores. 1216. Honorio III aprueba los beaterios.
1217	1217-1263. Haakón II el Viejo convierte en hereditaria la monarquía de Noruega.	1217-1218. Hambre en Europa central y oriental.	

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
		1209. Gengis Kan ataca la China.	1209
Hacia 1210. Redacción de los *Milagros de Nuestra Señora.* Hacia 1210-1240. Ruralización del Minnesang: Neidhart y la poesía ciudadana de corte.			1210
	1211-1311. Notre-Dame de Reims.		1211
Después de 1212. Roberto de Auxerre: *Cronología.* 1222-1218. Villehardouin: *Histoire de la conquête de Constantinople.*			1212
1213. Guillermo de Tudela: *Chanson de la croisade albigeoise.*			1213
			1214
		1215. Los mongoles se apoderan de Pekín.	1215
			1216
	Después de 1217. Coro de la catedral del Mans.		1217

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1218		1218. Fundación de Rostock.	1218-1222. V Cruzada.
1219		1219. Gran inundación del mar y hambre en Frisia.	
1220	1220-1250. Federico II, emperador.	Hacia 1220. Dibujos del álbum de modelos de arquitectura y de máquinas de Villard de Honnecourt.	1220. Mártires franciscanos en Marruecos.
1221			
1222	1222. Andrés II de Hungría se ve precisado a conceder la Bula de Oro a los señores.		
1223	1223-1226. Luis VIII, rey de Francia: adquisición del Poitou.		1223. Honorio III aprueba la regla franciscana.
1224		1124. El capítulo general de los cistercienses autoriza la concesión *a censo* de todas las granjas. Reforma de la moneda de Provins, que se convierte en el «fort de Champagne», de igual valor que el tornés. 1224-1226. Última hambre general en Occidente en el siglo XIII.	1224. Estigmas de San Francisco. 1224-1235. Roberto Grosseteste, canciller de Oxford.
1225			
1226	1226-1270. Luis IX (San Luis), rey de Francia.		1226. Muerte de San Francisco. Cofradía de los penitentes en Aviñón: reparación de los ultrajes hechos al Santo Sacramento por los albigenses.

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
	Después de 1218. Mosaicos de San Pedro ex Vincula en Roma.	1218-1227. Los mongoles conquistan el Asia Central y Persia.	1218
			1219
1220. Gautier de Coincy: *Miracles de la Sainte Vierge.* L. Fibonacci: *Práctica de la geometría.* Después de 1220. Eike von Repgow: *Sachsenspiegel.* 1220-1221. *Summa* de Pablo de Hungría, profesor dominico de Derecho canónico en Bolonia. Los dominicos y la sociedad.	1220. Esculturas de los meses en la catedral de Ferrara. 1220-1270. Vidrieras de Chartres: «Notre-Dame de la Belle Verrière».	1220. Tentativa de restauración imperial en el Japón.	1220
		1221-1223. Incursión mongola en Rusia.	1221
			1222
			1223
1224. Federico funda en Nápoles la primera Universidad del Estado.	1224-1288. Abadía de San Galgano, modelo gótico en Toscana.		1224
Hacia 1225. Anónimo: *Lancelote del Lago.*	1225-1240. Castillo de Coucy. Hacia 1225. Abadía del Mont-Saint-Michel: partes góticas.		1225
1226. *Cántico del Sol,* de San Francisco de Asís.	1226-1260. Catedral de Burgos.		1226

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1227		1227. El Concilio de Tréveris renueva la prohibición del préstamo con interés. Venecia: primer reglamento organizando la navegación y el cargamento de los navíos.	1227-1241. Gregorio IX, papa. Excomunión de Federico II.
1228		Hacia 1228. *Liber de regimene civitatum,* tratado de gobierno urbano de Juan de Viterbo.	1228. Canonización de San Francisco. Guillermo de Auvernia, obispo de París.
1229	1229. Tratado de París. Anexión del Languedoc al dominio real. Federico II obtiene la cesión de Jerusalén por el sultán Alkamil. Los aragoneses toman Mallorca.	1229-1231. Huelga en la Universidad de París.	1229. Fundación de la Universidad de Toulouse para luchar contra la herejía.
1230		Hacia 1230. Comienzo de paralización de la expansión agrícola en la región parisiense.	
1231	1231. *Constituciones* de Melfi organizando el reino de Sicilia.		1231. El papa Gregorio IX confía la Inquisición a las órdenes mendicantes.
1232			
1234			1234. Canonización de Santo Domingo.
1235			
1236		1236. Estatuto de Merton, comienzo de las «cercas» en Inglaterra.	

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
	1227-1353. Catedral de Tréveris. 1227. Catedral de Toledo.	1227. Muerte de Gengis Kan. Advenimiento de su hijo Ogodai.	1227
	1228. Fundación de la basílica de Asís (iglesia inferior).		1228
	1229. Iglesia de los Jacobinos en Toulouse.	1229. Organización del Imperio mongol, de la China al Irán.	1229
Hacia 1230. Muerte de Walther von der Vogelweide, el último de los grandes Minnesänger. 1230. Recepción de los comentarios de Averroes sobre Aristóteles en Occidente.	Hacia 1230. El músico Perotino el Grande, maestro de coro de Notre-Dame de París. 1230-1240. Mosaicos de San Marcos de Venecia.		1230
			1231
1232-1235. *Summa de poenitentia:* manual de confesores del dominico Raimundo de Peñafort.		Hacia 1232. Alhambra de Granada. 1232-1242. Invasión mongola en Europa oriental.	1232
Hacia 1234. Guillermo de Lorris: *Roman de la Rose* (primera parte). 1234. Raimundo de Peñafort: *Decretales.*			1234
	1235. Berlinghieri: retrato de San Francisco de Asís (Pescia). Hacia 1235. Gran período de los escultores de Reims.		1235
		1236-1242. Ogodai emite papel moneda en China.	1236

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1237	1237. Federico II bate a las fuerzas de las ciudades de Italia del Norte en Cortenuova.	1237. Apertura de la ruta del San Gotardo. Terminación del Ponte Nuovo de Florencia.	
1238	1238. Toma de Valencia por los aragoneses.		
1239	1239. El Gran Consejo encargado de vigilar al rey de Inglaterra apela al Parlamento.		
1240	1240. Revuelta de los prusianos contra los Caballeros Teutónicos.	1240. La burguesía comercial se apodera del mando en Siena.	
1241	1241-1243. Incursiones mongolas en Polonia y en Hungría.		
1242	1242. San Luis detiene una invasión inglesa. Victorias de Taillebурgo y de Saintes.	1242. Primera representación de un timón de charnela (sello de Elbing).	
1243			1243-1254. Inocencio IV, papa.
1244	1244. Los cristianos pierden definitivamente Jerusalén.		
1245		Entre 1245 y 1275. Redacción de las costumbres campesinas en la región parisiense. Abonos de talla. Liberaciones colectivas.	1245. El Concilio de Lyón depone a Federico II.
1246	1246. Carlos de Anjou, conde de Provenza.	Hacia mediados del siglo XIII. Construcción de los «Halles» de Brujas.	1246. El franciscano Juan de Pian Carpino en la corte mongola.
1247			
1248	1248. Toma de Sevilla por los castellanos.	1248. Estatuto de los ebanistas de Bolonia *(falegnami)*.	1248-1254. VII Cruzada. San Luis en Egipto. Derrota de Mansurá.

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
			1237
			1238
			1239
1240. Robert Grosseteste traduce la *Ética* de Aristóteles.	1240. Federico II hace construir Castel del Monte.	1240. Destrucción de Kiev por los mongoles.	1240
	1241. El arquitecto Villard de Honnecourt trabaja en Hungría. Crucifijo patético de Santa María de los Ángeles en Asís.	1241. Los mongoles en Europa central. Destrucción de Cracovia. 1241-1248. Reinado de Guyuc.	1241
			1242
	1243-1248. Sainte-Chapelle de París: hacia el estilo gótico florido.	1243. Los seljúcidas son aplastados por los mongoles.	1243
			1244
Hacia 1245. Rogelio Bacon enseña la Física en París. 1245-1246. Enseñanza de Alberto Magno en París.	1245. Abadía de Westminster.		1245
Entre 1246 y 1282. *Helmbrecht el campesino* (Meier Helmbrecht): los campesinos, héroes literarios.		Hacia mediados del siglo XIII. Destrucción del Imperio khmer por los Tais.	1246
	1247-1272. Catedral de Beauvais.		1247
1248. Tomás de Cantimpré: *Bonum universale de apibus.* 1248-1255. Enseñanza de San Buenaventura en París.	1248. Comienzo de la construcción de la catedral de Colonia.		1248

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1249		1249. Estatuto de las minas de plata de Iglau.	
1250	1250. Muerte de Federico II. Comienzo del Gran Interregno (1250-1273). Hacia 1250. Constitución del Parlamento de París.	Hacia 1250. Apogeo de los banqueros lombardos (Asti y Plasencia). 1250. El *Conte des vilains de Verson,* historia de la revuelta de una aldea contra la abadía del Mont-Saint-Michel. *Housebondrie,* de Walter de Henley, tratado de agricultura. Después de 1250. Nuevas liberaciones de siervos en Francia.	Hacia 1250. Mil cien conventos franciscanos en Occidente.
1251		1251. El *Paradisus magnus* transporta 200 pasajeros y 240 toneladas de mercancías de Génova a Túnez.	
1252	1252-1284. Alfonso X el Sabio, rey de Castilla: Códice de las *Siete Partidas.*	1252. Aparición de la moneda de oro en Génova y en Florencia (florín).	1252. Inocencio IV autoriza a la Inquisición para utilizar la tortura.
1253		1253. El más antiguo ejemplo de descuento conocido.	1253-1254. Misión de Guillermo de Rubruk entre los mongoles.
1254	1254. San Luis: información sobre la gestión de los «bailes». 1254-1266. Manfredo, rey de Sicilia y pretendiente del Imperio.	1254. Liga de las ciudades del Rin. Segundo tercio del siglo XIII. Empleo de cifras árabes y del cero en Italia.	1254. Primera condenación de los franciscanos «espirituales».
1255			
1256			

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
			1249
1250. *Grand coutumier de Normandie.* 1250-1260. Bracton: *Leyes y costumbres de Inglaterra.* Después de 1250. *Speculum majus,* de Vincent de Beauvais: vulgarización enciclopédica de la edad gótica.	1250-1325. Catedrales de Siena, Upsala y Estrasburgo.	1250. Los mamelucos toman el poder en Egipto.	1250
			1251
1252-1259. Enseñanza de Santo Tomás de Aquino en París.			1252
	1253. Iglesia superior de Asís.		1253
1254. Conflicto entre regulares y seculares en la Universidad de París. Guillermo de Saint-Amour ataca a las órdenes mendicantes en el *De periculis novissimorum temporum,* réplica al tratado joaquimita del franciscano Gerardo de Borgo San Donnino *(Introducción al Evangelio eterno).*			1254
1255. Jacques de Voragine: *Leyenda dorada,* enciclopedia hagiográfica. Hacia 1255. Mateo París: *Historia major,* la historia vista por un inglés.			1255
1256. Muerte de Thibaud IV de Champagne, autor de *Chansons.*	1256. Miniaturas del Salterio de San Luis.	1256-1265. Hulagu, kan de Persia.	1256

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1257		1257. Bolonia libera a todos los campesinos de su *contado*.	1257. San Buenaventura, general de la orden franciscana. Fracaso de las tentativas de los seculares para apartar a los regulares de la Universidad de París. Roberto de Sorbón funda en París un colegio para teólogos.
1258	1258. Provisiones de Oxford.		
1259	1259. Tratado de París: paz entre Francia e Inglaterra.		
1260	1260. San Luis prohíbe el duelo judicial, llevar armas y la guerra privada.	Después de 1260. El molino de viento se hace de uso corriente en Occidente. Entre 1260 y 1270. Etienne Boileau: *Livre des Métiers de Paris*.	
1261			
1262	1262. Partición de la Corona de Aragón: nacimiento del reino de Mallorca.		
1263		1263. Escudo de oro en Francia. 1263-1264. Hambre en Bohemia, Austria, Hungría, Silesia.	1263. Motín anticlerical en Colonia.
1264	1264. Dictadura de Simón de Montfort en Inglaterra. Los güelfos triunfan en Florencia.		

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
			1257
		1258. Miguel VIII Paleólogo, emperador bizantino. Destrucción del califato de Bagdad por los mongoles.	1258
1259. San Buenaventura: *Itinerario del espíritu hacia Dios,* la mística franciscana y escolástica. *Le Dit des règles,* de Rutebeuf, ataca a las órdenes mendicantes.			1259
Hacia 1260. Rutebeuf: *Milagro de Teófilo.* 1260-1285. Guillermo de Moerbeke, traductor de Aristóteles.	1260. Nicola Pisano: púlpito del baptisterio de Pisa (renovación de los relieves antiguos). Hacia 1260. Pórtico de la Virgen de Notre-Dame de París. Apogeo de Bolonia como centro mundial de manuscritos: copia (manuscritos universitarios), iluminación, comercio.	Hacia 1260. Influencia de los nestorianos en la corte mongol. 1260-1294. Kubilai Kan, rey de los mongoles.	1260
		1261. Miguel VIII Paleólogo expulsa a los latinos de Constantinopla.	1261
1262. Adán de la Halle: *El Jeu de la feuillée.*	1262-1266. Saint-Urbain de Troyes: gótico florido.		1262
			1263
1264. Bruneto Latino: *Livre du Trésor,* enciclopedia escrita en francés para la belleza de la lengua.			1264

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1265	1265. Toma de Murcia por los aragoneses. 1265-1268. Carlos de Anjou conquista el reino de Sicilia. 1265-1267. Enrique III restablece la prerrogativa real en Inglaterra.		1265. Clemente V establece el derecho del papa a disponer de todos los beneficios eclesiásticos.
1266			
1267	1267. Expulsión de los gibelinos y reorganización del partido güelfo en Florencia.		
1268	1268. Muerte de Conradino, último descendiente de Federico II.	1268. Molinos de papel en Fabriano (Italia).	
1269			
1270	1270. Muerte de San Luis ante Túnez.	1270. Primera mención de un mapa o carta marina en el Mediterráneo (portulano genovés para el navío de San Luis).	1270. VIII Cruzada. Condenación de Siger de Brabante y del averroísmo.
1271	1271. La Francia de la lengua de oc se une a la Francia de la lengua de oil después de la muerte de Alfonso de Poitiers.	1271-1273. Hambre en ciertas regiones alemanas.	
1272	1272-1307. Eduardo I, rey de Inglaterra.		
1273	1273-1291. Rodolfo de Habsburgo, emperador.		
1274			1274. Concilio de Lyón: unión de las Iglesias de Oriente y Occidente. Decreto instituyendo el conclave. El franciscano Gilberto de Tournai ataca las interpretaciones y la lectura en lengua vulgar de la Biblia por los beguinos (*De scandalis Ecclesiae*).

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
			1265
1266. Rogelio Bacon: *Opera (opus majus, opus minus, opus tercium).* 1266-1274. *Summa theologica,* de Santo Tomás de Aquino.			1266
			1267
	1268. Nicola Pisano: púlpito de la catedral de Siena.		1268
1269. Carta sobre el imán *(Epistola de Magnete),* de Pedro de Maricourt.			1269
Hacia 1270. Rutebeuf: poesías. 1270-1290. *La Châtelaine,* de Vergy. *Le Châtelain de Coucy.*	Hacia 1270. *Juicio Final* en el tímpano de la catedral de Bourges.		1270
		1271-1295. Viaje de Marco Polo a la China y al Asia del Sudeste.	1271
	Después de 1272. Cimabue: retrato de San Francisco de Asís.		1272
			1273
			1274

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1275		Entre 1275 y 1310. La compañía Frescobaldi adelanta más de 120.000 libras al rey de Inglaterra. Hacia 1275. El *Vieil Rentier*, de Juan de Pomele de Audenarde: inventario ilustrado de los servicios y pagos debidos por sus dominios.	
1276			1276. Raimundo Lulio funda un colegio para enseñar el árabe a los misioneros.
1277	1277. Los Visconti, amos de Milán.	1277. Una galera genovesa va de Italia a Flandes. 500.000 piezas de paño vendidas en las ferias de Provins.	1277. El obispo de París condena las doctrinas tomistas y averroístas.
1278	1278. Fin del gran reino checo de Ottakar II.		1278. Condenación del espiritual Pierre-Jean Olive.
1279			1279. Bula *Exiit qui seminat* sobre la fortuna de los franciscanos.
1280		1280. Huelgas y motines urbanos (sobre todo de obreros textiles) en Brujas, Douai, Tournai, Provins, Ruán, Caen, Orleáns y Béziers. Jehan Boinebroke, regidor de Douai, reprime la huelga de los tejedores. 1280-1282. Gran hambre en Bohemia, Moravia y Polonia.	Hacia 1280. Difusión del *Zohar*, obra maestra de la cábala teosófica, atribuida a Rabi Simeón bar Yochai.
1281			
1282	1282. Vísperas sicilianas: los franceses expulsados de Sicilia y reemplazados por los aragoneses.		
1283			1283. Los Caballeros Teutónicos completan la conquista de Prusia.

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
1275. Juan de Meung: segunda parte del *Roman de la Rose:* la escolástica anticortés. Guillermo Durand: *Speculum judiciale,* enciclopedia jurídica. *Cirugía,* de Guillermo de Saliceto de Bolonia: primera mención de disecciones en la Edad Media.		1275. Creación de un obispado nestoriano en Pekín.	1275
		1276-1279. Caída de los Song. Kubilai, amo de toda la China.	1276
			1277
			1278
Hacia 1279. *Somme le Roi,* del hermano Laurent: enciclopedia moral.			1279
Hacia 1280. *Carmina burana,* manuscrito Clm 4660 de Munich (procedente de la abadía de Benedictbeuern): antología de la poesía goliárdica de los siglos XII y XIII.	1280. Iglesia dominica de Santa María de la Minerva, única iglesia gótica de Roma. Hacia 1280-hacia 1300. El taller de los frescos de la basílica de Asís, escuela de la pintura italiana.		1280
		1281. Kubilai ataca en vano al Japón. Último ataque mongol contra la Siria musulmana.	1281
1282. Adán de la Halle: *Jeu de Robin et de Marion.*	1282. Catedral de Albi.	1282-1328. Andrónico II, emperador bizantino. 1282-1321. Esteban Milutin rehace Serbia.	1282
1283. Philippe de Beaumanoir: *Coutumes du Beauvaisis:* la feudalidad concreta a finales del siglo XIII.			1283

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1284	1284. Batalla de la Meloria: Génova suplanta a Pisa.	1284. Acuñación del ducado de oro en Venecia. Las ferias de la Champagne pasan a estar bajo el control del rey de Francia.	1284-1285. Cruzada de Aragón.
1285	1285. Eduardo I somete el país de Gales. Carlos II, rey de Nápoles.	1285. El estatuto de Westminster extiende las facilidades para «cercar» los terrenos comunales.	
1287			
1288		1288. Revuelta de los artesanos de Toulouse.	1288. Parte para la China el franciscano Juan de Montecorvino.
1290		Finales del siglo XIII. Aparición del torno. Inglaterra exporta treinta mil sacos de lana por año.	
1291	1291. Caída de San Juan de Acre: fin de la Siria franca. Liga perpetua entre Uri, Schwyz y Nidwalden: nacimiento de la Confederación helvética.		
1292		1292. París cuenta con 130 oficios organizados.	1292. Interregno pontifical de dos años. Raimundo Lulio, habiendo abandonado a su familia, se hace terciario franciscano.
1293		1293. Ordenanzas de justicia en Florencia: 73 familias nobles son desterradas y sus propiedades expropiadas.	
1294	1294. Guerra franco-inglesa por la Guyena.	1294-1295. Primera devaluación de la moneda por Felipe el Hermoso.	1294. Celestino V, papa de «la gran negativa». Elección de Bonifacio VIII.
1295			

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
	1284. Hundimiento de las bóvedas de la catedral de Beauvais (48 m.).		1284
	1285-1367. Catedral de Exeter. 1285. *Madona Rucellai,* de Duccio en Siena: del bizantinismo al preciosismo.		1285
		1287. Embajada mongola en Occidente. Última incursión mongola en Polonia.	1287
1288. *De magnalibus urbis Mediolani* en honor de Milán, por Bonvesin della Ripa.	1288. Comienzo de la construcción del palacio comunal de Siena.	1288-1326. Reinado del sultán turco Osmán I.	1288
1290-1308. Obras de J. Duns Scoto, comienzo de la «posescolástica» y fundamentos teológicos de la *Devotio moderna.*	Hacia 1290. La «Virgen dorada», de Amiens.		1290
	1291-1341. Catedral de York.		1291
			1292
	1293. Los «priores» de Florencia deciden la construcción del Palazzo Vecchio.	1293. Kubilai fracasa ante Java.	1293
	1294. Santa Croce en Florencia. La obra de la catedral de Florencia es confiada a Arnolfo di Cambio.	1294-1307. Reinado de Timur, sucesor de Kubilai.	1294
1295. Dante: *Vita nuova.*			1295

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1296			
1297		1297. Eduardo I reconoce las prerrogativas financieras del Parlamento inglés. El producto de la tasa real sobre la lana inglesa es evaluado en la quinta parte del valor de todas las tierras inglesas. La aristocracia veneciana se cierra a los hombres nuevos *(serrata)*.	
1298		1298. Enlaces regulares por mar entre Génova, Inglaterra y Flandes.	
1300		1300. Primera cita segura de los lentes. Comienzos del siglo XIV. Difusión de la letra de cambio en Italia.	1300. Año del jubileo. Afluencia de peregrinos en Roma.
1302	1302. Primera reunión de los Estados Generales en París. Las milicias comunales de Flandes baten a la caballería francesa en Courtrai (batalla de las Espuelas de oro).	1302. Revuelta del «partido popular» en las ciudades de Flandes, Brabante y Hainaut.	1302. Bula *Unam Sanctam*.
1303			1303. Atentado de Anagni. Muerte de Bonifacio VIII.
1304	1304. Batalla de Mons-en-Pévèle.		
1306		Hacia 1306. *Ruralia commoda*, de Piero de Crescenzi, summa de la ciencia agrícola medieval.	
1308	1308-1314. Proceso y condena de los Templarios.		

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
	1296. Comienza la construcción de Santa María de las Flores (Florencia). 1296-1304. Giotto pinta la *Vida de San Francisco* (Asís).	1296-1297. Kmers y birmanos se reconocen vasallos de los mongoles.	1296
			1297
1298. *Liber Sextus* de las Decretales. 1298-1301. Marco Polo: *El libro de las Maravillas.*			1298
Hacia 1300. Jacopone di Todi: *Laudi.*		Antes de 1300. Formación de los emiratos turcos de Asia Menor.	1300
	1302. Muerte de Arnolfo di Cambio.		1302
		1303. Los catalanes en Asia Menor.	1303
1304-1308. Enseñanza de Duns Scoto en París. 1304-1309. Joinville: *Histoire de Saint Louis.*	1304-1306. Giotto: frescos de la capilla Scrovegni, en Padua.		1304
			1306
			1308

FECHAS	HECHOS POLÍTICOS Y MILITARES	HECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES	HECHOS RELIGIOSOS
1309			1309. El papado se instala en Aviñón.
1310			1310. Concilio de Vienne.
1313	1313. Enrique VIII muere en Pisa: fin del sueño imperial.		
1315	1315. Batalla de Morgarten: victoria de los infantes suizos sobre los Habsburgo.	1315-1317. Gran hambre en Occidente: revelación de la crisis del siglo XIV.	

CULTURA ESCRITA	CULTURA NO ESCRITA	ACONTECIMIENTOS EN EL RESTO DEL MUNDO	FECHAS
			1309
1310-1315. Occam estudia Teología en Oxford.	1310. Primera representación de la Pasión (atrio de la catedral de Ruán).		1310
Hacia 1313. Dante remata la *Divina Comedia* con el *Paraíso:* un adiós a la Edad Media.			1313
1315. El maestro Eckhart enseña en el *studium* dominico de Colonia.			1315

* El asterisco designa los monumentos no existentes en la actualidad.

DICCIONARIO
DE NOMBRES, TÉRMINOS
Y NOCIONES

Se encontrarán en las páginas siguientes, clasificadas por orden alfabético, todas las palabras importantes mencionadas en la obra. Unas van seguidas simplemente de referencias al texto y las ilustraciones. Otras van acompañadas de rúbricas en las que el autor desarrolla lo que no ha creído oportuno exponer de manera detallada en el texto: biografías de personajes preeminentes, instituciones, monumentos, palabras-clave en la civilización medieval, etc. El diccionario contiene, además, referencias bibliográficas que no figuraban en las precedentes obras de la colección.

Principales abreviaturas utilizadas:

Pág. oo: referencia al texto o a las tablas cronológicas, concernientes ya a una frase, ya al conjunto de una rúbrica.

Il. oo: referencia a las ilustraciones en negro.

lám. col. X: referencia a las láminas en color.

Palabras en VERSALITAS: referencia a otra rúbrica del diccionario.

BIBL.: referencia a las obras de la bibliografía que figura al final del libro.

Cf.: referencia a una obra concreta que hace referencia a su vez al artículo. El lugar de edición solamente figura en las obras colectivas.

Bibliografía de los edificios religiosos franceses citados a continuación:

1. Para el arte románico, los volúmenes, editados por provincias, de la colección «Zodiaque».

2. Con respecto a los monumentos, las *Petites monographies des grands édifices de la France* (H. Laurens, ed.) para las catedrales de Amiens, Beauvais, Bourges, Chartres, Laón, París; para las iglesias y abadías de Cluny, Conques, Fontenay, Jumièges, Moissac, Saint-Benoît-sur-Loire, Sainte-Chapelle de París, Saint-Denis, Saint-Philibert de Tournus, Saint-Savin, Saint-Sernin de Toulouse, Vézelay.

A

ABELARDO.
La vida del «primer intelectual» de la Edad Media nos es conocida gracias a su autobiografía *Historia calamitatum mearum* («Historia de mis desgracias»). Nacido en 1079 en el Pallet, cerca de Nantes, hijo de un pequeño noble bretón, estudia en París y pronto eclipsa a su maestro GUILLERMO DE CHAMPEAUX. Abre escuela en Corbeil, después en Melun y, más tarde, en la montaña de Sainte-Geneviève. Estudia Teología con Anselmo de Laón. Convertido en amante de la joven Eloísa, es mutilado por instigación del tío de la muchacha. En 1118 se retira a Saint-Denis, donde no se entiende con los monjes, a los que prueba la falsedad de sus tradiciones y de sus reliquias. Reanuda su enseñanza y compone quizás el *Sic et non* (pág. 468), el *Discours de la méthode médiéval* y un tratado de Teología condenado por el Concilio de Soisons en 1121 (pág. 133). Refugiándose con sus discípulos en las soledades cercanas a Troyes, funda allí un oratorio dedicado al Paráclito. Más tarde, tras un episodio trágico-cómico en un convento bretón (en donde los monjes, a los que reprocha su salvajismo, intentan envenenarle), regresa a París para enseñar, y escribe, entre otras (1132-1140), la *Historia calamitatum mearum,* una

Introductio ad theologiam, y el *Scito teipsum*. Denunciado por Guillermo de Saint-Thierry y SAN BERNARDO (pág. 210), es condenado, tras una intervención poco delicada de San Bernardo, por el Concilio de Sens (1140), contra el que apela en vano ante el papa. Al fin, encuentra refugio en Cluny, cerca de PEDRO EL VENERABLE. Deja inacabado un *Diálogo entre un filósofo* (acaso musulmán, según J. Jolivet), *un judío y un cristiano*, y muere en 1142. Abelardo es un lógico para el cual la Teología no puede pasarse sin la Dialéctica. Según Víctor Cousin, es el «Descartes del siglo XII». Sin embargo, no es un «racionalista», sino un utilizador sistemático de las artes del *trivium*, «el peripatético del Pallet».
(Véase la tesis, aún sin publicar, de J. Jolivet y de M. de Gandillac: *Oeuvres choisies d'Abélard*, 1945.)

ABONOS.
Producidos en escasa cantidad y de mediocre calidad. Reducidos a las abonos animales (estiércol) y vegetales (cenizas, hojas, rastrojos). Una de las causas principales de la escasez de los rendimientos agrícolas medievales (páginas 288 y 289).

ADALBERÓN DE LAÓN.
Obispo de Laón desde el 977 al 1030, formado en Reims, hechura de Hugo Capeto. En su *Poema de Roberto el Piadoso* ataca a Cluny y describe la sociedad «tripartita» (págs. 319 y 320).

ADALBERTO DE BREMA.
Arzobispo de Brema-Hamburgo, nacido en Goslar, a comienzos del siglo XI. Muerto en 1072. Envió misioneros a Escandinavia, Groenlandia y al país de los wendos y los eslavos de Alemania del Norte. Su vida y su obra han sido narradas por Adán de Brema en su *Historia de la Iglesia de Hamburgo* (1076) (pág. 553).

ADÁN.
El primer hombre (págs. 231, 238 y 244).
Símbolo de la debilidad masculina ante Eva, la mujer (pág. 225, *ils. 62, 63, 64 y lám. color VII*).
Precursor de Cristo (pág. 223).
Condenado al trabajo.
Resumen del hombre.
Base concreta del humanismo medieval.
(Véase HOMBRE, HUMANISMO.)

ADÁN DE LA HALLE.
Poeta y músico, nacido en 1240, muerto en 1288, originario de Arrás, el mayor centro literario urbano durante el siglo XIII, animado por el Puy, academia local, especie de asociación religiosa y literaria en la que fraternizaban juglares y los ricos burgueses que los patrocinaban. En el curso de su agitada existencia que, después de haberle hecho, entre 1260 y 1275, el gran poeta de Arrás, le condujo a París, a la corte de Carlos de Anjou, y a Italia, donde murió, compuso una obra importante y variada: poemas personales (*Le Congé*), dramas y comedias musicales como *Le Jeu de la Feuillée* o *Le Jeu de Robin et Marion*, epopeyas como *Le Roi de Sézille*, es decir, el rey de Sicilia (Carlos de Anjou), etc. Si su música melódica o polifónica no ha tenido demasiada influencia, su obra teatral es de una originalidad absoluta. Mezclando la sátira con lo maravilloso, la pastoral con el drama, ha sido uno de los fundadores del teatro profano de la Edad Media (págs. 426, 486, 587 y 591).
(Véase M. Ungureanu, *Littérature et société bourgeoise d'Arras aux XIIe et XIIIe siècles*, 1955.)

AGUSTÍN (San).
Obispo de Hippona (354-430). Uno de los cuatro grandes doctores de la Iglesia de Occidente. Sus escritos filosóficos y teológicos, con frecuencia deformados y empobrecidos, han influido profundamente en el pensamiento medieval (págs. 37, 48, 127, 162, 164, 184, 220, 232, 375, 443, 479 y 487, e *il. 13*).
(Véase H. Marrou, *Saint Augustin et l'augustinisme*, 1955.)

ALARICO.
Rey de los visigodos (395). Célebre por su saqueo de Roma (410), que llevó a cabo algunos meses antes de su muerte (págs. 37 y 48).

ALARICO II.
Rey de los visigodos en el año 484, sucesor de su padre Eurico. Hizo redactar un Códice jurídico, el *Breviario*. Vencido por Clodoveo y muerto en Vouillé en el 507 (págs. 51 y 63 e *il. 20*).

ALBERTO MAGNO (San).
Nacido hacia 1193 en Suabia, después de cortos estudios en Colonia y en Padua, entró en

la orden de los dominicos en Padua (1223). Más tarde, luego de diversas estancias en conventos alemanes, vino a París para alcanzar sus grados (1240-1242). Ocupó una de las dos cátedras de Teología reservadas en París a los dominicos (1242-1248), fundó en Colonia el *studium generale* (Universidad) de los hermanos predicadores, pasó a ser provincial de Germania (1254-1257), enseñó en Colonia (1257-1260), fue obispo de Ratisbona (1260-1262) y terminó su vida (1280) en medio de una actividad intensa en todos los órdenes. Genio universal, cuya obra inmensa (38 volúmenes en la edición Borgnet, de París, 1890-1899) es mal conocida. Acaso Alberto haya poseído un pensamiento «portador de más gérmenes de los que el tomismo hizo nacer» (E. Jeauneau). Parece haber sido el primero en concebir el proyecto de «rehacer a Aristóteles para uso de los latinos». En las ciencias, especialmente en lo que se refiera a la Zoología, tuvo el cuidado de acompañar sus lecturas con observaciones y experiencias personales. Esto le ha valido una reputación de maestro en ciencias ocultas. Se le ha atribuido una colección de recetas mágicas, el *Grand Albert*, que circuló largo tiempo y del que habla Gérard de Nerval (pág. 278 e *il. 155*).
(Ver A. Garreau, *Saint Albert le Grand*, 1957).

ALCUINO.
Monje de origen anglosajón (hacia 730-804), que fue uno de los promotores del Renacimiento carolingio. Consejero intelectual de Carlomagno, inspiró la reforma escolar de este emperador, el cual fundó una escuela y una academia palatinas. Abad de Saint-Martin de Tours, hizo de su abadía uno de los hogares culturales más activos del Occidente carolingio, En su *scriptorium* (taller de copistas) fueron copiados con esmero, en minúscula carolingia, los textos de los autores paganos y cristianos de la Antigüedad. Escritor mediocre y poco original, salvo en su correspondencia con Carlomagno, Alcuino ostenta como principal mérito el haber preservado y transmitido a la posteridad una parte de la herencia literaria de la Antigüedad, especialmente el programa de las siete artes liberales (páginas 184 y 435 e *il. 42*).
(Véase L. Wallach, *Alcuin and Charlemagne. Studies in Carolingian History and Literature*, 1959).

ALEJANDRO III.
Papa de 1159 a 1181, Orlando Bandinelli, célebre canonista, profesor en Bolonia antes de ser cardenal (1150), fue adversario encarnizado de FEDERICO BARBARROJA, que le opuso tres antipapas. Se alió con las ciudades de la Liga Lombarda, que, en el año 1168, bautizaron en su honor a la ciudad de Alejandría. Después de haber sido expulsado de Roma, impuso al emperador la paz de Venecia (1177), hecha posible gracias a la victoria obtenida por las ciudades lombardas sobre Barbarroja en Legnano (pág. 142), lo que no impidió al papa abandonar prácticamente a sus aliados para ponerse de acuerdo con el emperador. Convocó el Tercer Concilio de Letrán (1179), que provocó, gracias a la acción del derecho canónico, grandes progresos en la organización eclesiástica y el poder pontifical, pero solidificó, al mismo tiempo, la tendencia a una Cristiandad cerrada. Manifestó igualmente un implacable rigor contra Enrique II de Inglaterra después del asesinato de TOMÁS BECKET.
(Véase M. Pacaut, *Alexandre III*, 1956.)

ALFONSO X.
La celebridad de Alfonso X el Sabio (nacido en 1221, muerto en 1284) se debe más a la época de su reinado que a sus cualidades como monarca. Rey de Castilla y de León, tras el avance hacia el Sur consecutivo a la victoria de las Navas de Tolosa (1212), es el rey organizador de la conquista. En primer lugar, dispone su codificación jurídica *(Fuero real, Siete Partidas*, pág. 146), reemplaza el latín por el castellano en su cancillería, hace emprender una obra considerable de traducción y de compilación, en particular a partir de fuentes científicas árabes (astronomía: *Tablas alfonsinas*), y, él mismo poeta, escribe en gallego, la lengua de la poesía lírica, las *Cantigas de Santa María* (de las que se han conservado dos manuscritos célebres, adornados con miniaturas, que se guardan uno en la Biblioteca del Escorial y el otro en la Biblioteca Nacional de Florencia). Después, favorece los principios vacilantes de la Universidad de Salamanca y hace redactar crónicas *(Primera crónica general* y *Grande y general Historia)*, que hacen de él el fundador de la historiografía castellana. Sin embargo, experimenta grandes dificultades económicas (especialmente en el dominio monetario), que ve aumentadas por la despoblación de los territorios reconquista-

dos a los musulmanes, y se lanza a ruinosas empresas de prestigio: guerras contra Portugal, Aragón y Navarra y, sobre todo, tentativas para obtener la corona imperial alemana (su madre era hija de Felipe de Suabia).

ALFREDO EL GRANDE.
Nacido en el 848, se mantuvo estrechamente asociado al poder de su hermano Etelred, que subió al trono de Wessex, el principal reino anglosajón, en el año 868. Alfredo manifestó en primer término esclarecidas dotes militares, que, después de diversas victorias, determinaron la paz de Wedmore (878) (pág. 81), y el rechazo momentáneo de los daneses al restringido territorio de Danelaw. Si bien las luchas continuaron hasta el final de su reinado (899), Alfredo emprendió una obra considerable para dar una base sólida a sus Estados. Como todos los reyes bárbaros ilustrados, veía en la cultura un instrumento incomparable de gobierno y de educación nacional. Al no ser ya muy comprendido el latín, tradujo al inglés cinco obras que juzgaba fundamentales: el *Libro pastoral* de Gregorio Magno, la *Historia eclesiástica* de Beda, la *Historia Universal* de Orosio, la *Consolación de la Filosofía* de Boecio y un *Florilegio,* que comprendía especialmente los *Soliloquios* de San Agustín. Es en su obra donde aparece por primera vez la expresión de los tres estados de la sociedad (pág. 349).

ALIMENTACIÓN.
(Véase págs. 303, 304, 318 y sigs., 481, 482 y BIBL.)

AMIENS.
La prosperidad económica de Amiens, ligada especialmente al comercio de la lana y a la tintorería (gueda o pastel de Picardía, *il. 107*) y sostenida por la estabilidad política, permite, a partir de 1220, la reconstrucción de la antigua catedral destruida por un incendio. La catedral de Notre-Dame está prácticamente acabada en 1269, bajo la dirección de Roberto de Luzarches. La construcción, muy rápida, es, en consecuencia, muy homogénea. Tipo bastante completo del gótico del siglo XIII, Notre-Dame de Amiens, contemporánea de las catedrales de Chartres y de Reims, puede compararse a ellas en muchos conceptos. Su particularidad reside en la gran dimensión de las ventanas y en el desarrollo considerable de las naves laterales. El mundo de formas esculpidas es extremadamente rico en la catedral de Amiens. El «Buen Dios», la «Virgen dorada», los «Cuatro jinetes del Apocalipsis» y la «Virgen del cuello grácil» de la fachada oeste son figuras maestras (pág. 231 e *il. 212*).

ÁNGELES.
Intermediarios entre Dios y los hombres *(ilustraciones 86-88)*, pueden ser buenos o malos. Los malos son la escolta del Diablo (pág. 225). Los buenos, auxiliares de los hombres, bajo la forma de ángeles guardianes. Están organizados en una jerarquía que simboliza la jerarquía terrestre. Intervienen con frecuencia en los negocios humanos. Toda discusión sobre ellos (comprendido su sexo) está llena de sobrentendidos acerca de la organización de la sociedad humana. Resultan más particularmente importantes en una perspectiva dionisíaca (págs. 228-230).

ANIMALES.
Objeto de atenciones y de reflexiones constantes para el hombre medieval. Esenciales como auxiliares en la vida material y económica cuando son domesticados: bueyes y caballos para la agricultura y la tracción (pág. 296); caballos y perros para la guerra y la caza. Bajo una forma salvaje o monstruosa, ponen de relieve, por contraste, la condición humana o están cargados de simbolismo (pág. 187). En el arte, desempeñan también un papel puramente estético, por intermedio, en general, de la estilización legada por el arte de las estepas. (Véase BESTIARIOS e *ils. 37, 38, 109, 141, 142 y 144.*)
Los animales y la economía agraria. (Páginas 288, 289 y 292-294.)

ANSELMO (San).
Educado por los monjes de Aosta, este piamontés (1033-1109) es atraído a la abadía del Bec, en Normandía, por su compatriota Lanfranc. Profesa como monje en 1060, después llega a maestrescuela. Sucede a Lanfranc, primero como abad del Bec, en 1078, y después, en 1093, como arzobispo de Cantorbery. En el Bec, escribe el *Monologion,* o «Ejemplo de meditación sobre la racionalidad de la fe» (1076); más tarde, el *Proslogion* (hacia 1077-1078), al que también ha llamado *Fides quaerens intellectum,* «La fe en busca de la inteligencia», en el que establece la existencia de

Dios mediante el argumento ontológico, que se hará célebre en la filosofía (puesto que la idea de Dios es la de un ser perfecto y la perfección no es concebible sin la existencia, Dios existe obligatoriamente). En Cantorbery, entre 1094 y 1098, escribe el *Cur Deus homo* (pág. 221), reflexión sobre los dogmas de la Encarnación y de la Redención. En él se integran, antes que en Abelardo, la dialéctica y la investigación teológica. Pero Anselmo escribía para un auditorio monástico, que no comprendía sus sutilezas dialécticas, y el público de las escuelas le consideraba como un escritor monástico.
(Cf. R. W. Southern, *Saint Anselm and his biographer*, 1963.)

ANTICRISTO.
Personaje apocalíptico que debe dirigir las desgracias que precederán al fin del mundo (páginas 263-268 e *il. 89*). Utilizado como un espantajo por las propagandas políticas medievales (Federico II, por ejemplo, es llamado el Anticristo por los papas, sus enemigos, página 363).
Mahoma Anticristo (págs. 200 y 201).

APARICIONES.
Rompen la monotonía de la existencia medieval, en particular la de los monjes. Pueden ser buenas o malas (DIABLO). Características de una mentalidad y de una sensibilidad «epifánicas», se insertan en el cuadro de una tendencia constante a la irrupción de lo sobrenatural en la vida terrestre (págs. 226-229).

APOCALIPSIS.
El Apocalipsis, atribuido a San Juan, ha pasado de manera particular a la Edad Media a través del comentario del monje español Beatus de Liébana. Sirvió para cristalizar las esperanzas y los temores de las gentes de la Edad Media, sobre todo entre los siglos IX y XII. En su origen, poema del triunfo de Jesucristo y de la Jerusalén celestial *(il. 22)*, impresionó especialmente a los hombres de la Edad Media por su evocación de calamidades. Proporcionó temas mayores al arte románico (miniaturas, como las del Beatus de San Severo o del Apocalipsis de Bamberg, siglo XI) y a la escultura (capiteles de Saint-Benoît-sur-Loire, siglo XI, ancianos del Apocalipsis en los tímpanos, por ejemplo en los de Moissac, capitel de Saint-Nectaire, *il. 87*). (Págs. 263-268.)

AQUISGRÁN.
Residencia preferida de Pepino y de Carlomagno, que hizo de ella un centro de vida intelectual y religiosa, una segunda Roma. Después de su destrucción por los normandos en 881 (pág. 81), todos los emperadores, preocupados por sumarse a la tradición carolingia, desde Otón I a Barbarroja, lo colmaron de favores. Aquisgrán conoce su apogeo durante los siglos XIV y XV, en que Carlos IV confirma sus privilegios con la Bula de oro. Durante toda la Edad Media, es la ciudad imperial, donde se hacen consagrar los emperadores. En ella se organiza una verdadera devoción a Carlomagno, después de su canonización (1165). Ciudad imperial, pero también ciudad conciliar, pues se celebran en ella numerosos concilios entre el 789 y 1023. Las decisiones de estos concilios son las más veces promulgadas por capitulares imperiales. La catedral es un conjunto arquitectónico muy complejo. La capilla imperial de Carlomagno, imitada de San Vital de Rávena, constituye su núcleo. Enlazando con los edificios de Jerusalén, debe ser también la imagen de la perfección, del paraíso y de la Jerusalén celestial. Desde su construcción, es extremadamente admirada y copiada, particularmente en la Europa del Norte *(il. 46)*. Un coro gótico es adosado, entre 1353 y 1413, al octógono carolingio. Un tercer elemento está formado por una serie de capillas, edificadas en los flancos del coro y de la capilla imperial desde el siglo XII al final de la Edad Media. Las vestiduras del Cristo y de la Virgen y el sudario de San Juan Bautista forman, junto con las reliquias de Carlomagno, la parte esencial del tesoro de la catedral. A partir de mediados del siglo X, fue el centro de una peregrinación cuya fama no cesó de acrecentarse a través de toda la Edad Media.

ARADO.
Instrumento esencial del campesino. En la Alta Edad Media, y mucho más tarde aún en ciertas regiones, se trata de un instrumento muy primitivo. A partir del siglo XI se extiende, sobre todo por las llanuras de la Cristiandad septentrional, el uso del arado disimétrico, con ruedas y vertedera, que realiza labores más profundas y permite rendimientos más elevados. (Véase *il. 92* y págs. 274 y 288.)
(BIBL. TÉCNICAS: A. G. Haudricourt y Jean Brunhes-Delamare.)

ÁRBOL.
Proveedor de MADERA.
Importante como soporte de diversos simbolismos: árbol de vida, árbol de las Virtudes y de los Vicios. Significativo como tema del paso de la vida natural y vegetativa a la vida moral. Es una ESCALA viviente.
— de Jessé *(il. 65)*.
— de las Virtudes y de los Vicios *(il. 186)*.
(BIBL. SENSIBILIDADES Y MENTALIDADES: J. Baltrusaitis.)

ARISTÓTELES.
El «filósofo» por excelencia para los clérigos medievales *(il. 152)*. Conocido a través de una serie de descubrimientos, en los que comentarios, deformaciones y traducciones desempeñan un gran papel. Su «vieja lógica», muy platonizada, se transmite por intermedio de Boecio (comienzos del siglo VI). A mediados del siglo XII, el conjunto de su lógica viene a estimular el desarrollo de la dialéctica en las escuelas urbanas. En el siglo XIII, sus tratados científicos y metafísicos entran en el ciclo del conocimiento occidental. ALBERTO MAGNO y TOMÁS DE AQUINO, especialmente, lo utilizan para construir una Filosofía y una Teología cristianas. A través de los comentarios del musulmán Averroes, inspira entre ciertos universitarios del siglo XIII (véase SIGER DE BRABANTE) la tendencia «averroísta».
(Cf. F. Van Steenberghen, *Aristote en Occident; les origines de l'aristotélisme parisien*, 1946.)
Ridiculizado en un *fabliau*, el *Lai d'Aristote*, en el que su joven amante le obliga a servirle de cabalgadura (pág. 237).

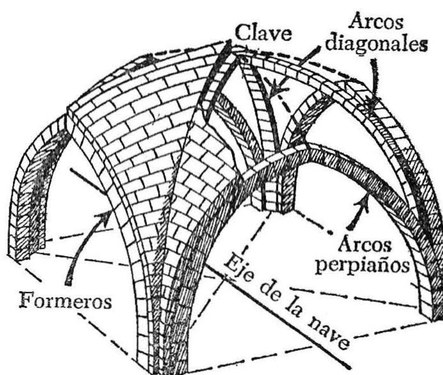
ARLES (Iglesia de Saint-Trophimede).
Su interés procede de las esculturas de su fachada y de su claustro, obras maestras del arte románico por la originalidad de su estilo provenzal-languedociano, próximo a las tradiciones romanas, y por la maestría de un arte muy evolucionado (la fachada es de la segunda mitad del siglo XII y el claustro data de 1180). La fachada, como la de Saint-Gilles del Gard, cuyas esculturas aparecen ritmadas con columnas, evoca un pórtico antiguo con su decoración de estatuas, en un conjunto por otra parte bastante pesado, pero en el que el modelado del detalle es con frecuencia admirable. El motivo central del gran pórtico está consagrado al Cristo en majestad, rodeado de los símbolos de los cuatro evangelistas. A su derecha, el cortejo de los elegidos; a su izquierda, los condenados, hombres, mujeres, abades, obispos, a los que arrastra un demonio hacia la boca del infierno. En otros lugares, escenas del Antiguo y, sobre todo, del Nuevo Testamento se hallan encuadradas por motivos de decoración, tomadas del bestiario fantástico, del mundo vegetal o del repertorio de la Antigüedad (véase pág. 569).

ARNALDO DE BRESCIA.
Jefe revolucionario italiano. Discípulo de ABELARDO, asceta, violentamente hostil a la Iglesia y al clero enriquecido, fue, por instigación de San Bernardo, condenado, al mismo tiempo que Abelardo, en el Concilio de Sens (1140). Huyó entonces a Zurich y después a Roma, donde predicó la revuelta (pág. 133) contra el papa Eugenio III, un cisterciense amigo de San Bernardo y de la curia. («Los clérigos que tienen dominios, los obispos que ostentan feudos, los monjes que poseen bienes no pueden salvarse.») Una revuelta urbana expulsó de Roma al papa y a los cardenales. Eugenio III regresó a Roma, pero no inquietó a Arnaldo, que debió, en cambio, huir bajo su sucesor, el inglés Adriano VI. Detenido por orden de Federico Barbarroja, fue entregado al prefecto de Roma, ahorcado en 1155, su cuerpo quemado y sus cenizas arrojadas al Tíber. Su figura, convertida en legendaria, fue venerada por los heréticos y los revolucionarios italianos. Sus últimos partidarios se unieron probablemente a los valdenses. La posteridad del «arnaldismo» vuelve a encontrarse en las ciudades de Lombardía, donde la experiencia religiosa de Arnaldo halló un gran eco «en una región que, al contacto con el movimiento evangélico, vibraba desde hacía largo tiempo por motivos antieclesiásticos».
(Cf. A. Frugoni, *Arnaldo da Brescia nelle fonti del secolo XII*, 1954.)

ARNOLFO DI CAMBIO.
Nacido hacia 1250 en Florencia, arquitecto y escultor, discípulo de Nicola Pissano, empieza su carrera levantando tumbas, estatuas, fuentes en Siena, Bolonia, Roma, Orvieto y Perusa. En Florencia, después del triunfo de las corporaciones en 1293, emprende dos grandes obras: el Palazzo Vecchio, expresión del gran poder municipal, que concibe como una fortaleza, y la catedral de Santa María del Fiore,

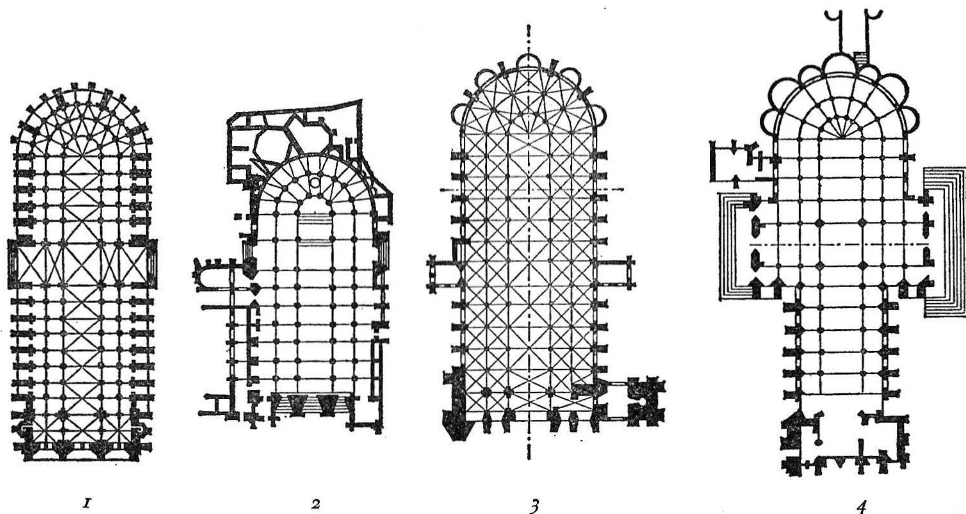
para la cual, como maestro todopoderoso, traza un proyecto gótico «a la toscana». Su muerte prematura deja percibir su genio en las poderosas y rudas estatuas que ejecutó para decorar la futura fachada de la catedral y que se alojan en el Museo de la Ópera del Duomo. Su fallecimiento (1302) deja el arte florentino en manos de maestros menores y con frecuencia extranjeros (pág. 593).

ARTE GÓTICO (Caracteres).
Sus criterios de definición, tanto cronológicos como estilísticos, son particularmente imprecisos. El arte gótico se separa lentamente del arte románico del siglo XII, para alcanzar su apogeo en el XIII. Reina sin disputa durante los siglos XIV y XV. Pasado de moda después del 1500, se prolonga bajo ciertos aspectos hasta el siglo XVII. En su origen, es un arte real francés. La basílica de SAINT-DENIS, inaugurada en 1141 por Luis VII, es su primera gran creación, sin franca ruptura con el arte románico. Desde la Isla de Francia, el arte gótico se difunde por el resto del reino y por toda Europa. El gótico borgoñés se halla muy próximo al románico de CLUNY y de AUTUN.

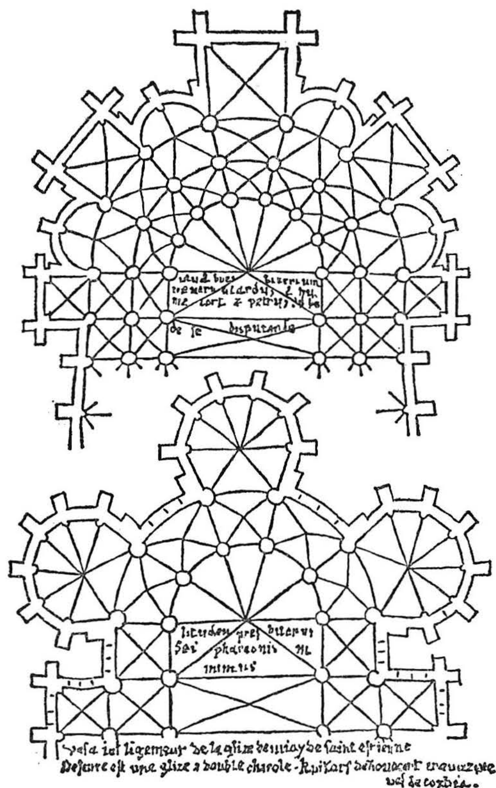


40. CRUCERO DE OJIVAS

Los países germánicos e italianos conocerán igualmente un gótico bastante impuro. Los cistercienses ejercen una influencia determinante en la difusión del arte gótico por España e Inglaterra, de donde pasa a Noruega desde mediados del siglo XII. No existe, en realidad, un estilo gótico, definible por la «ojiva» o



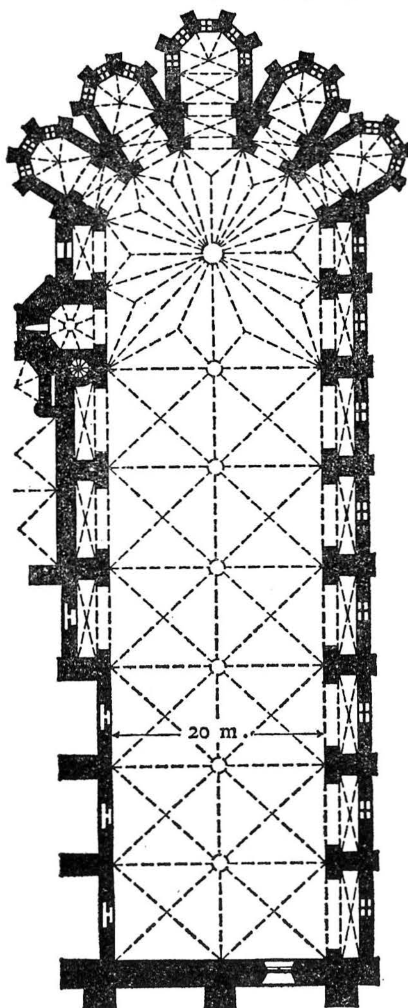
41. PLANOS DE CATEDRALES GÓTICAS
1. París. — 2. Toledo. — 3. Bourges. — 4. Chartres



42. *ÁBSIDES O CABECERAS DEL ALBUM DE VILLARD DE HONNECOURT*

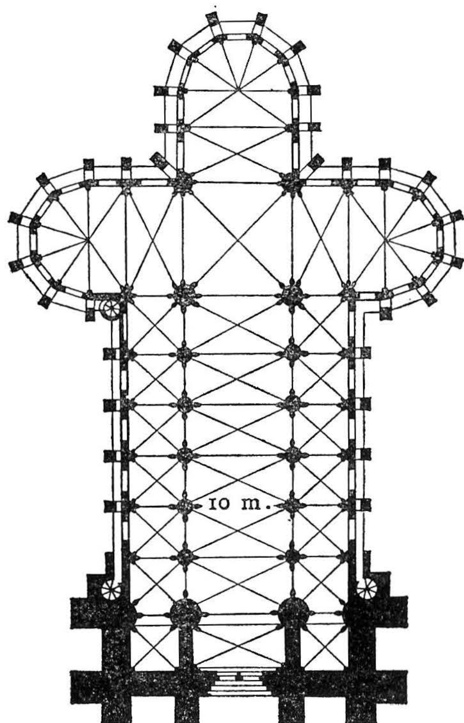
Abside ideal, "disputado" entre Villard y Pierre de Corbie, y ábside de la catedral de Meaux.

por la bóveda de crucería, ya empleada en la época románica (véase ARTE GÓTICO, Historiografía), sino un espíritu gótico. Arte de transición, arte de síntesis de las técnicas de la arquitectura, de la escultura, de la orfebrería y de la vidriería, es un arte de la luz como manifestación de Dios y un arte del hombre (pág. 478). La importancia del vidrio en las construcciones (pág. 450) y el abandono por parte de los escultores de las estilizaciones románicas manifiestan un ideal de humanismo cristiano, en estrecha relación con las investigaciones teológicas y filosóficas contemporáneas (págs. 299 y 300). En el siglo XII, una serie de grandes catedrales, las principales de las cuales son NOYON *(il. 211)*, Senlis, Sens, LAÓN *(il. 140)* y NOTRE-DAME DE PARÍS (1163-1196), representan

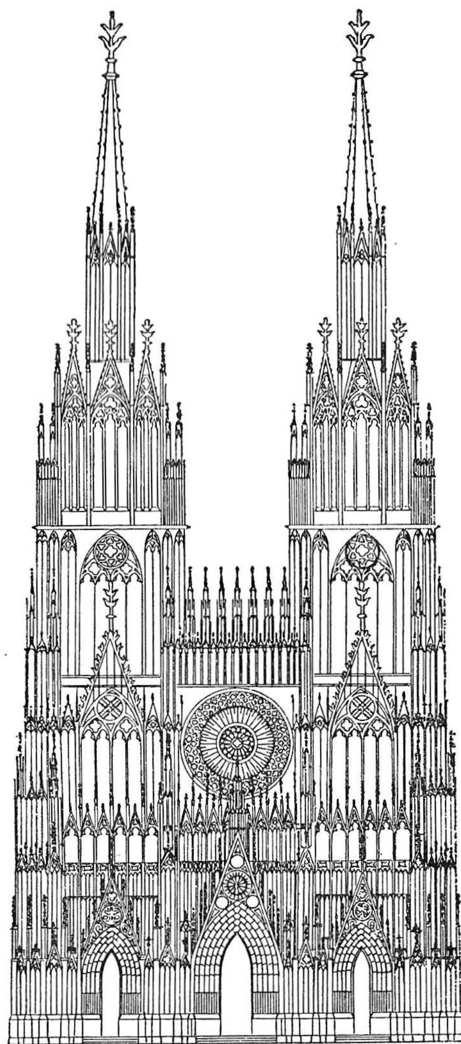


43. *PLANO DE LOS JACOBINOS DE TOULOUSE*

un primer arte gótico. Las dimensiones se hacen considerables y aparece un tipo de iglesia con cuatro pisos: arcadas, tribunas, triforio y ventanas superiores. Se dan dos tipos principales de planos: plano continuo, que absorbe el crucero y las capillas (NOTRE-DAME DE PARÍS) y plano con crucero en fuerte saliente (LAÓN). El apogeo de la arquitectura gótica se alcanza en CHARTRES (1194-1220). El arbotante se hace cada vez más esencial a medida que las altas ventanas se agrandan desmesuradamente. Este último tipo inspira las catedrales de REIMS *(dibujo 62, pág. 671)*, AMIENS *(il. 212)* y BOURGES *(il. 139 y 213)* (a mediados del siglo XIII). Surge ya el gótico florido *(il. 214)*, especialmente en la Sainte-Chapelle (1242-1248) y en Saint-Urbain de Troyes



44. PLANO
DE SANTA ELISABETH DE MARBURGO



45 FACHADA
DE CATEDRAL GÓTICA

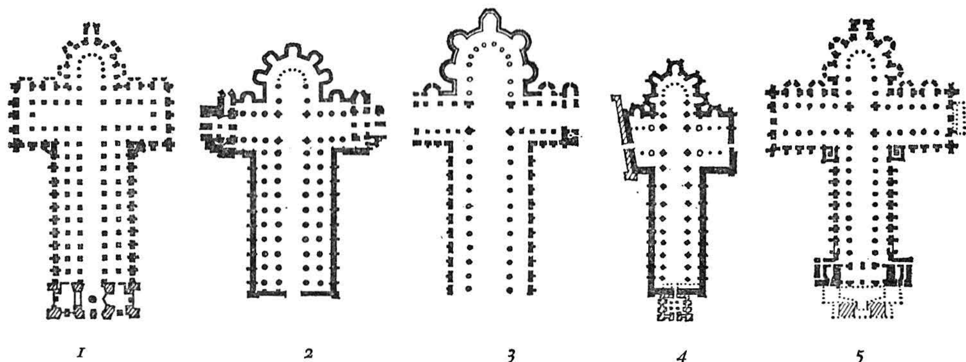
Segundo proyecto de Erwin de Steinbach para Estrasburgo (finales del siglo XIII).

(1263-1266). Los muros son calados hasta la exageración, en provecho de las inmensas ventanas y los rosetones. En los siglos XIV y XV, el gótico florido representa una degeneración del arte gótico que se torna hacia lo desmedido, la búsqueda del efecto, la preocupación por el detalle. Las líneas de la arquitectura se complican. Aparición de la contracurva. (Véase págs. 123, 222 y 223; *il. 218; láms. color V, VI, VII, VIII; Atlas, mapa VII, página 521,* y BIBL. HISTORIA DEL ARTE.)

ARTE GÓTICO (Historiografía).
El término «gótico» fue utilizado, a partir del siglo XVI, con un sentido peyorativo (equivalente a bárbaro) para designar el arte y la literatura de la época que mediaba entre la Antigüedad y el Renacimiento. Lanzado por Rafael, fue popularizado por Vasari. Sinónimo de grosero, se opone a la perfección del arte antiguo. Esta manera de ver se perpetúa hasta pleno siglo XIX. Arcisse de Caumont recuerda en sus *Souvenirs (Bulletin monumental,* 1871, t. 37, pág. 60) el ataque que dirigió aún, hacia 1850, el arquitecto neoclásico Quatremère de Quincy contra el arte gótico: «¿Cómo queréis que, después de haber estudiado el arte griego, pueda referirme a esos monumentos, cuyos muros parecen querer caerse y que no se mantienen en pie sino con la ayuda de un bosque de sostenes y de contrafuertes, cuyo efecto es para mí de los más desagradables?» Rehabilitado por los románticos, el arte de la Edad Media estaba, de todas formas, muy de moda desde comienzos de siglo. Se calificaban de «góticos» —aunque ya sin sentido peyorativo— a todos los monumentos construidos en Occidente desde el siglo V al XV. Así lo hace Stendhal, en las *Mémoires d'un touriste* (1836): «No hace ni treinta años que se empieza a ver un poco claro en esas cosas. Júzguese de ello por una sola circunstancia: el vocabulario no está todavía formado. La arquitectura gótica espera su Lavoisier.» Ese Lavoisier fue Arcisse de Caumont, creador de la arqueología medieval en Francia, colega de Gerville en la Sociedad de Anticuarios de Normandía y, como él, influido por los trabajos ingleses del siglo XVIII sobre el arte de la Edad Media, que había conocido durante su emigración. Propuso distinguir entre el arte románico (del siglo V al XII) y el arte ojival (siglos XIII y XIV), caracterizado por el empleo del arco truncado u ojiva. Esas dos nociones fueron popularizadas por el *Abécédaire* o *Rudiments d'archéologie* que Caumont publicó en 1850 y que obtuvo un gran éxito. La expresión «arte ojival» fue criticada por Quicherat (*Revue Archéologique,* 1850), el cual demostró que el arco quebrado no fue jamás llamado ojiva durante la Edad Media y que lo que caracteriza a la arquitectura de los siglos XIII y XIV no es el arco quebrado, sino el empleo de la bóveda de crucería sobre ojivas. La palabra «gótico» fue, sin embargo, preferida desde entonces para designar ese arte del final de la Edad Media, si bien se impuso sólo lentamente. En efecto, fue criticada por Enlart (*Manuel d'Archéologie,* t. II), que la encontró demasiado «germánica» (ocurría hacia 1900; arte gótico significaba, según él, ¡arte «boche»!) y propuso denominarlo mejor «arte francés» (de *opus francigenum*). No obstante, esta tentativa no tuvo éxito y la expresión «arte gótico» ha sido finalmente conservada para designar el arte de Occidente desde el siglo XIII al XIV. Tiene el mérito de ser puramente convencional y, por lo tanto, sin contenido a priori, y de poderse aplicar lo mismo a las obras arquitectónicas que a otras formas de arte.

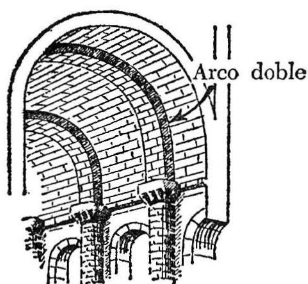
ARTE ROMÁNICO (Caracteres).
El arte románico nace en medio del renacimiento económico, político y espiritual del siglo XI. El Occidente se cubre con un «blanco manto de iglesias». El crecimiento demográfico trae consigo la necesidad de iglesias de mayores dimensiones y proporciona la mano de obra precisa. Los progresos técnicos (molino hidráulico, forma perfeccionada de los atalajes, nuevos métodos para la talla de la piedra, uso más extendido del hierro) mejoran las condiciones de la construcción. Los grandes señores feudales poseen medios para construir. El gran movimiento de fervor religioso de los alrededores del año 1000 desarrolla el culto de las reliquias y el gusto por las peregrinaciones. La arquitectura laica está igualmente bien representada en esta floración. El arte románico es diverso. Un modelo prestigioso da nacimiento a una escuela regional. Ahora bien, las PEREGRINACIONES, las CRUZADAS, los cambios comerciales facilitan los contactos internacionales, favorecen el juego de las influencias artísticas e infunden al arte románico una fuerte unidad. La arquitectura ocupa el primer lugar en el arte románico.

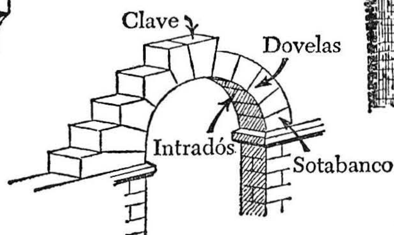
Todas las demás artes quedan subordinadas a ella. Hereda muchos aspectos del arte romano y de las artes orientales (cúpula bizantina, arco ultrapasado árabe o arco de herradura). Pero, a la vez, supone una innovación al imponer la primacía de la piedra en relación a la decoración. En lugar de los materiales rotos y anegados en cemento, el arte románico emplea las piedras de talla aparejadas, que permiten progresos decisivos en la construcción de los arcos y de las bóvedas. Los planos más frecuentes son el plano en cruz, con deambulatorio y capillas radiales, o el plano con tres ábsides paralelos *(plano 39, pág. 449)*. Pero se encuentra igualmente el plano en rotonda *(plano 38, pág. 448)*, inspirado en el Santo Sepulcro de Jerusalén. La bóveda está cubierta de piedra. Por regla general, la nave principal va cubierta por una bóveda de medio punto, mientras que las naves laterales tienen bóvedas de aristas. La ojiva aparece por vez primera en 1093, en la catedral de Durham, Inglaterra. Los muros se hallan sostenidos por arcos de descarga y en el exterior por contrafuertes. La iluminación es normalmente escasa, dando al interior una atmósfera de íntimo recogimiento. La decoración está estrechamente subordinada a la arquitectura. Conserva trazos arcaicos: el gusto por los colores vivos, la superabundancia de los detalles. Pero se inscribe en los espacios definidos por la arquitectura: capiteles *(ils. 216, 217)*, tímpanos de los pórticos. Los temas se inspiran a menudo en obras antiguas, principalmente orientales: acanto, motivos vegetales merovingios, motivos bizantinos, armenios y musulmanes (catedral del Puy). La decoración románica es el testimonio de un gusto acentuado por las figuras caprichosas o terribles. Son frecuentes las representaciones del Apocalipsis, del Infierno, de los vicios... Dios se nos muestra bajo una forma majestuosa y severa. La pintura románica abunda sobre todo en Cataluña, en la Francia del centro y del oeste (SAINT-SAVIN-SUR-GARTEMPE). La miniatura, la orfebrería y el esmalte, al igual que la pintura y la escultura, han heredado muchos detalles de los marfiles carolingios. La difusión del arte románico se lleva a cabo esencialmente por las cuatro rutas de la peregrinación a Compostela, jalonadas de modelos prestigiosos, como SAINT-SERNIN DE TOULOUSE. Pero el arte románico se difundió también en Inglaterra gracias a la conquista normanda y, de allí, pasó a Escandinavia recientemente convertida. El empuje germánico hacia las marcas eslavas, la conquista normanda de Sicilia, la Reconquista española y las Cruzadas convirtieron al arte románico en el arte de toda la Cristiandad (págs. 123, 222, 223 y 444; *ils. 137, 138,*

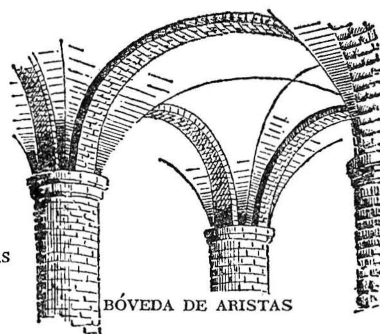


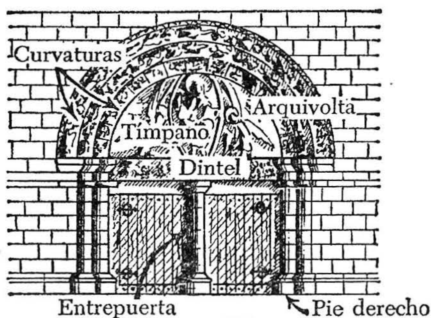
46. PLANOS DE BASÍLICAS ROMÁNICAS

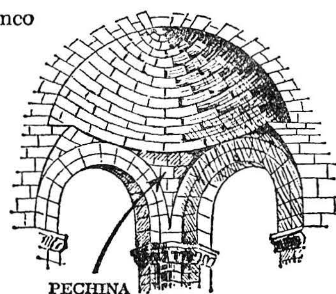
1. Saint-Sernin de Toulouse.
2. Saint-Martin de Tours.
3. Saint-Rémi de Reims.
4. Saint-Martial de Limoges.
5. Santiago de Compostela.

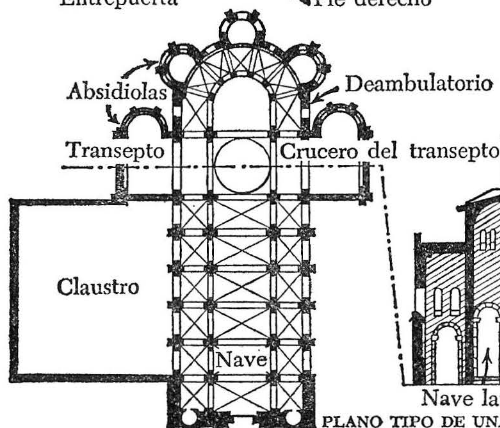


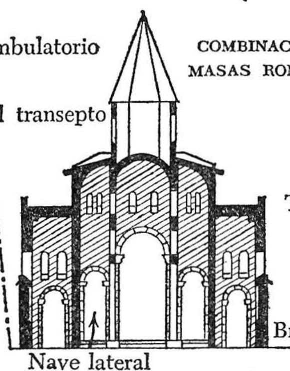


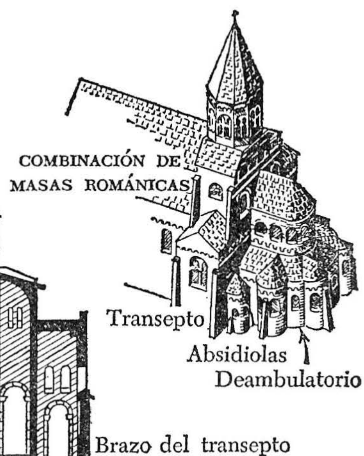




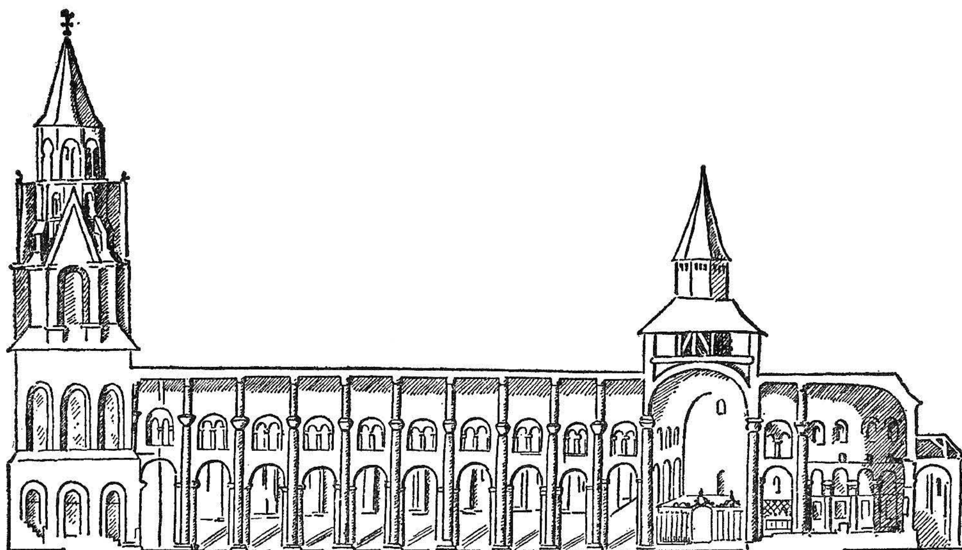








PLANO TIPO DE UNA IGLESIA ROMÁNICA



48. SECCIÓN TRANSVERSAL DE SAINT-MARTIAL DE LIMOGES

(Según un dibujo de comienzos del siglo XVIII)
Iglesia consagrada en 1095 y destruida en tiempo de la Revolución

207-210; láms. col. I, II, III y IV; Atlas, mapa VI, pág. 517).
(BIBL. HISTORIA DEL ARTE.)

ARTE ROMÁNICO (Historiografía).
Expresión empleada por primera vez por dos arqueólogos normandos, Gerville y Le Prévost, en 1819, para designar el arte del Occidente cristiano entre los siglos V y XIII. La elección del término obedecía a una doble intención: en primer lugar, por oposición a los arqueólogos ingleses de la época, que llamaban «sajones» o «normandos» a los monumentos de los siglos XI y XII, deseaban subrayar la parte de latinidad que existía en el arte medieval, antes de las transformaciones a las cuales iba unida la palabra «gótico»; en segundo lugar, por comparación con la lingüística, querían enseñar que el arte de la Edad Media sucedió al arte antiguo como las lenguas románicas al latín. En el espíritu de los arqueólogos y de los medievalistas de comienzos del siglo XIX, el estilo «románico» es, en efecto, un estilo bastardo, un compromiso entre elementos romanos redescubiertos e influencias bárbaras. Esta idea, comúnmente extendida, se encuentra expresada con nitidez en el *Grand Dictionnaire Universel* de P. Larousse (1875), en el artículo *Roman:* «El estilo románico no es otra cosa que el estilo de la arquitectura romana, corrompido y transformado por los bárbaros del siglo VI al XIII. Sus combinaciones arquitectónicas no ofrecen apenas más que reminiscencias. Su principal característica es la imitación y la mezcla.» Los progresos de la arqueología medieval en la segunda mitad del siglo pusieron en evidencia el carácter nuevo y original que había tomado la arquitectura en Occidente después de las invasiones del siglo X. Se dio de entonces una acepción más restringida a la expresión «arte románico». Es el «arte de la construcción y de la decoración que conoció el Occidente en el tiempo

← 47. ELEMENTOS DE ARQUITECTURA ROMÁNICA

de los primeros Capetos» (Quicherat). No obstante, se mantuvo por largo tiempo la idea de que el arte románico es una simple preparación para el arte gótico: «La arquitectura románica —dice Quicherat en sus *Mélanges d'archéologie et d'histoire,* 1877, pág. 88— es aquella que ha dejado ya de ser romana, aunque tenga mucho del romano, y que no es aún gótica, aunque tenga ya algo del gótico.» Con mayor claridad todavía se expresa Anthyme de Saint-Pol en el *Bulletin monumental,* t. 44, 1888: «Los constructores románicos han elevado monumentos en los que nada se encontraría a faltar si el espíritu no se viese cegado por el recuerdo del estilo ojival, del que, en cierta manera, son el vestíbulo.»

ARTES LIBERALES.
Las siete artes liberales son, hasta el siglo XIII, un programa de enseñanza heredado de la antigüedad *(il. 152).* Son la gramática, la dialéctica, la retórica, la aritmética, la geometría, la astronomía y la música, que deben formar sucesivamente el espíritu. El método se remonta a Varrón, que distinguía las artes liberales de las artes mecánicas. Fue adoptado de nuevo por Martianus Capella en el siglo V, en su poema simbólico *De nuptiis Philologiæ et Mercurii.* Vuelve a encontrarse en Cassiodoro y en Alcuino, quien divide las siete artes liberales en dos ramas: el *trivium,* comprendiendo a las tres primeras, las cuales tienen por objeto la expresión del pensamiento *(verba),* y el *quadrivium,* el estudio de las cosas *(res).* Numerosos tratados del siglo XII siguen el esquema de las artes liberales: el *Didascalion* de Hugo de Saint-Victor, el *Metalogicon* de Juan de Salisbury, el *Heptateuchon* de Thierry de Chartres. Pero este cuadro de la enseñanza acaba por ser desbordado. La dialéctica pasa por delante de la gramática. La lógica de Aristóteles es descubierta de nuevo. La Teología adquiere lugar específico. Artes liberales y artes mecánicas se acercan de nuevo durante cierto tiempo. Queda abierta la vía a las síntesis doctrinales (págs. 442 y 443).
(BIBL. HISTORIA LITERARIA: J. Koch.)

ARTURO Y EL GRIAL.
La leyenda ha hecho del personaje histórico de Arturo, que vivió a finales del siglo VI, un rey de la Gran Bretaña, en cuya corte y en torno a la Tabla Redonda se agrupan los más valientes caballeros, empeñados en la búsqueda del Santo Grial, el vaso sagrado en que fue recogida la sangre de Jesús crucificado. Los monasterios cluniacenses, desde Fécamp a Glastonbury, apoyaron sin duda la difusión de este tema y la cristianización del ideal caballeresco que lleva consigo. Ilustrado en una narración galesa, *Peredur* (en la que no se habla del Grial), después en un *Perceval* en prosa y, en fin, por Chrétien de Troyes en su *Perceval,* el tema volvió a aparecer en el siglo XIII, formando un ciclo dividido en cinco partes, el *Lancelote-Grial* o *Lancelote* en prosa, que termina por la *Muerte del rey Arturo,* «sombrío drama de la fatalidad». El sentido místico de la leyenda se encuentra precisado en él: la búsqueda del Grial significa la aspiración a la perfección cristiana; las aventuras de los caballeros de la Tabla Redonda son las representaciones alegóricas de la vida sobrenatural. Pero tan sólo Galaad, hijo de Lancelote del Lago, podrá apoderarse del Grial, puesto que es el único que se mantiene puro.
(Véase NARRACIONES BRETONAS y págs. 353, 575 y 579 e *il. 120.*)
(BIBL. HISTORIA LITERARIA: J. Frappier, R. S. Loomis, J. Marx.)

ASIA.
Identificada con el Oriente, fuente de todos los bienes y de todos los males. Asiento del Paraíso terrenal, de los tesoros, de las invenciones técnicas, pero también hogar de las epidemias y de las herejías. El Occidente medieval vivió entre un sueño y una pesadilla orientales *(ils. 47, 52* y págs. 191-194).

ASÍS.
Ciudad romana floreciente, importante plaza lombarda, Asís es primero destruida y, más tarde, reconstruida por Carlomagno. Sede de un condado, unido en el siglo VIII al dominio de los papas, Asís es disputada durante largo tiempo entre los papas y los emperadores y participa modestamente en la renovación comercial (el padre de San Francisco es un mercader) y en el movimiento comunal. Pero es a partir de San Francisco y del triunfo de los frailes menores cuando Asís alcanza su apogeo (pág. 130). La canonización de San Francisco en 1229 da ocasión a fiestas memorables. Una nueva basílica es consagrada por Gregorio IX en 1235. Cimabue y Giotto intervienen en su decoración. Entre la segunda mitad del

siglo XIII y la primera mitad del XIV, es un taller esencial para la evolución del arte italiano y occidental.

ASTUCIA.
Virtud y vicio feudal. Con frecuencia únicamente ella es capaz de vencer los obstáculos de otro modo imposibles de salvar. Próxima al ENGAÑO, a la MENTIRA, al fraude, más netamente condenados, en particular por tratarse de vicios campesinos, burgueses, o clericales (hipocresía) (pág. 479).

ATILA.
Rey de los hunos (pág. 40) desde 433 a 453, en un momento en que éstos habían experimentado numerosas influencias, iranias y bizantinas principalmente. Atila acaba de someter a otros pueblos bárbaros entre el Caspio y el Rin: ostrogodos, gépidos, alanos, por ejemplo. Su corte, que se reúne todavía en un campo al aire libre, es brillante en riquezas y de personajes de todas clases (en letrados especialmente), a los que atrae por su personalidad y su generosidad. Él constituye el punto de atracción para todos aquellos a quienes descontenta, desengaña o subleva el decadente Imperio romano. Establecido en Panonia (la actual Hungría), porque su pueblo sigue siendo un pueblo de caballeros de las estepas, pensaba en atacar a Constantinopla cuando el emperador de Oriente lo desvió a precio de oro hacia el Occidente, donde tenía además el pretexto de reclamar por mujer a Honoria, hermana del emperador Valentiniano III, que éste le negaba. Batido cerca de Châlons, en el año 451 (batalla llamada de los Campos Cataláunicos) por un ejército romano-bárbaro, se precipita sobre Italia del Norte, vuelve a pasar los Alpes a cambio de los regalos del papa León I y muere repentinamente. El Imperio escasamente organizado sobre el que había reinado se deshizo después de él. (Véase pág. 50 y *Atlas, mapa II, pág. 503.*) Su figura legendaria figura, bajo el nombre de Etzel, en el *Nibelungenlied* y, bajo el de Atli, en una saga escandinava.

AUTORIDADES.
Ellas legitiman toda afirmación en el dominio jurídico (la «costumbre feudal») e intelectual. La autoridad suprema es la Biblia. Sin embargo, una serie de autoridades, desde los Padres de la Iglesia a los universitarios del siglo XIII, encuadra la vida intelectual de la Cristiandad medieval. Al fin se instaura una práctica flexible o reflexiva de las autoridades (por medio del método, con Abelardo en el *Sic et non*, por medio de la habilidad pragmática según Alain de Lilla: «Las autoridades tienen la nariz de cera»). Designa individualmente a todo autor o toda cita que tiene «autoridad» (págs. 433-435, 439 y 468).

AUTÚN.
Importante ciudad romana, cuyos monumentos subsistentes han mantenido una tradición antigua, la cual se refleja en la arquitectura de la catedral románica de Saint-Lazare, mientras que las esculturas (tímpano: *il. 228* y *reverso de la cubierta*, capiteles: *il. 144*, Eva del dintel: *il. anverso de la cubierta;* tumba de San Lázaro) figuran entre las obras maestras más originales del arte románico. (Cf. D. Grivot y G. Zarnecki, *Gislebertus, sculpteur d'Autun*, 1960.)

B

BABILONIA.
Símbolo de la ciudad maldita, de la tiranía de los poderes públicos, denunciada por la Iglesia intransigente. Se opone a la Jerusalén celestial *(il. 136)*.

BACON (Rogelio).
Nace hacia 1210 y, después de sus estudios en París, que le han hastiado de los juegos de la dialéctica, es en Oxford discípulo de GROSSETESTE, quien le persuade de que «toda ciencia necesita de la matemática». Entra hacia 1250 en la orden de los framenores (franciscanos) y regresa a París, donde bien pronto sus superiores le prohíben enseñar y publicar. Bajo el pontificado de su protector Clemente IV (1265-1268) escribe su principal obra, el *Opus maius*, en la que estudia las causas de la ignorancia humana, las relaciones de las ciencias profanas con la Teología, la utilidad de la gramática y de las matemáticas, la naturaleza de la perspectiva, de la ciencia experimental (expresión que es el primero en utilizar) y de la filosofía moral. Sus concepciones astrológicas fueron englobadas en las condenaciones de 1277. Su *Speculum astronomiae* le valió ser reducido a prisión. Muere hacia 1292.

Espíritu original, alía puntos de vista generales muy tradicionales («la única ciencia que dirige a las otras es la Teología») a tendencias científicas muy modernas. «Nuestra época, ansiosa de ficción científica, encuentra naturalmente simpático a ese genio casi profético» (E. Jeauneau) (pág. 469).
(Cf. R. Carton, *La synthèse doctrinale de Roger Bacon,* 1924; S. C. Easton, *Roger Bacon and his search for a universal science,* 1952.)

BANDO.
Poder general de mando que poseen los señores: poder militar que obliga a los vasallos y campesinos al servicio de la hueste (*ban* y *arrière ban*), poder judicial, poder económico (molino, pág. 408, horno, a los que los campesinos están obligados a llevar su harina, su pan; taberna *banal,* pág. 420, en donde se ven constreñidos a consumir). Las señorías colectivas tienen un poder *banal:* las ciudades, por ejemplo, ejercen ese poder en la *banlieue* (*ban-lieu,* lugar de bando) (págs. 399 y 400). La señoría en los siglos XI-XII reposa sobre todo en el ejercicio del bando, de ahí el nombre de *señoría banal* que algunos historiadores le han dado (pág. 138). [También en castellano tiene numerosos derivados: bandera, bandido, bandolero, etc., además de la acepción de edicto. — *N. del T.*]

BANDOLEROS.
Numerosos en el mundo medieval, donde las capas inferiores de las diferentes categorías sociales se entregan fácilmente al bandolerismo (pequeños caballeros *Raubritter,* germánicos; campesinos sublevados o salidos de su condición, págs. 430-432). Favorecido por la abundancia de los bosques, el bandolero, el «fuera de la ley», es un hombre del BOSQUE (véase Robin Hood). (Págs. 186, 187 y 190.) (BIBL. INTEGRACIONES Y EXCLUSIONES, M. Keen.)

BÁRBAROS.
Invasiones de los — (véase *Atlas, mapa II, pág. 503* y págs. 31 y sigs.).
Género de vida de los — y su papel en la elaboración del mundo medieval (págs. 55 y sigs.).
El gusto bárbaro (*il. 36*).

BAUTISMO.
— de Jesús (véase *il. 162*).
— del delfín Carlos (véase *il. 174*).

BAYEUX (tapicería de).
Banda de tela de 70,34 metros de longitud por 50 centímetros de ancho, bordada en lanas multicolores. Su confección es atribuida a la reina Matilde, esposa de GUILLERMO EL BASTARDO o el Conquistador. Servía de decoración para la catedral de Bayeux en los días de fiesta. La «tapicería», que es un bordado en las tradiciones de los pueblos escandinavos de Bayeux, representa la conquista de Inglaterra por los normandos en 1066, especialmente la batalla de Hastings. Las representaciones se suceden a todo lo largo de la tela sin interrupción, explicadas por leyendas en latín. Están encuadradas arriba y abajo por decoraciones vegetales o animales, inspiradas en la fantasía y en las narraciones. La abundancia de los personajes y de los objetos representados: navíos, armas, caballeros, campesinos, hacen de ella un documento importante sobre la civilización del siglo XI (pág. 557, *lámina col. IV* e *il. 110*).

BEAUVAIS.
NOTRE DAME DE LA BASSE OEUVRE. Catedral carolingia, de la que no subsiste más que una nave en los flancos de la catedral actual.
CATEDRAL SAINT-PIERRE O NOUVEL OEUVRE. Comenzados hacia mediados del siglo X, los primeros trabajos son derruidos por un incendio. El coro es terminado hacia 1270. Ese comienzo de construcción es por sí solo la tentativa más atrevida de toda la época gótica. De todas las iglesias góticas, Saint-Pierre de Beauvais es la que tiene las bóvedas más altas (48 m.) y más anchas (16 m.), la mayor superficie con vidrieras. Pero la separación extraordinaria de los pilares (8 m.) provocó en el año 1284 el derrumbamiento de las bóvedas y la ruptura de los contrafuertes (página 301). Este hundimiento ha podido ser considerado como simbólico de un comienzo de decadencia del arte gótico, seducido por lo desmedido y la búsqueda de las dimensiones colosales. La catedral de Beauvais ha quedado inacabada. Saint-Pierre posee un reloj carillón del siglo XIV, el más antiguo de Francia.

BEDA.
Uno de los «fundadores» de la Edad Media (nacido en el 673, muerto en el 736). Erudito anglosajón, fue uno de los autores más leídos y más frecuentemente citados durante la Edad

Media. Heredero de los monjes que habían evangelizado a Inglaterra y le habían llevado el legado de la cultura antigua, Beda constituyó una verdadera enciclopedia de los conocimientos profanos y religiosos, cuyo resplandor fue considerable durante siglos en todo el Occidente cristiano. De ahí el título de «Venerable» que le concedió la Edad Media, que veía en él a un Padre de la Iglesia. Hoy día se aprecia más su *Historia eclesiástica del pueblo inglés,* primer ensayo de una historia nacional llevado a cabo entre los pueblos herederos de la civilización romana. El rey Alfredo lo tradujo al inglés a finales del siglo IX. Inspirada por las necesidades eclesiásticas —el *cómputo* o cálculo del calendario litúrgico—, su obra científica no es menos notable para su tiempo. En el *De temporibus* (703) se esfuerza por establecer científicamente la medida del tiempo. El *De temporum ratione* no solamente contiene una exposición del mecanismo de las mareas, ligadas a las fases de la luna, sino también «los elementos fundamentales de las ciencias de la naturaleza» (páginas 181, 182 y 435).

BENITO DE NURSIA (San).
Nacido hacia el 480 en el seno de una buena familia de Nursia, cerca de Spoleto, abandona las escuelas romanas y se retira como ermitaño a Subiaco, donde se le unen numerosos discípulos, lugar que abandona para establecerse (según la tradición en el 529, el año en que Justiniano cierra las escuelas paganas de Atenas) en el Monte Cassino. Su vida no nos es conocida más que bajo una forma legendaria a través del segundo de los *Diálogos* de Gregorio el Grande, escrito cincuenta años después de su muerte (hacia 547). Se discute si es o no el autor de la célebre regla que lleva su nombre y si esta regla es anterior o posterior a una regla parecida, pero más formalista, conocida con el nombre de *Regla del Maestro.* Lo esencial es que, en un momento en que el monaquismo occidental experimentaba el deseo de organizarse, la regla de San Benito se impuso rápidamente gracias al equilibrio que instituía entre la austeridad y la moderación, la autoridad abacial y el respeto de los monjes, las prácticas piadosas y la actividad económica (trabajo manual) e intelectual (copia y lectura de los manuscritos). Alejada de las extremidades ascéticas del monaquismo oriental o irlandés, ha contribuido a la formación de una cierta tradición occidental (pág. 178).
(Cf. *Benedictus, der Vater des Abendlandes,* Munich, 1947: *Commentationes in Regulam S. Benedicti,* Roma, 1957.)

BERNARDO (San).
Nacido en 1090, muerto en 1153. Salido de una familia noble borgoñesa, Bernardo entra en CÎTEAUX en 1112 y, a petición del abad Etienne Harding, funda en 1115 un monasterio en Clairvaux, en la Champagne (página 130). Su vida ascética, su influencia espiritual, le confieren bien pronto una autoridad sin igual en la Cristiandad. Al mismo tiempo que produce una obra literaria considerable, en la que se muestra como uno de los más grandes místicos cristianos, profesando la necesidad de una humillación total del cuerpo y del espíritu para llegar a Dios por los caminos de la humildad, se mezcla en todos los negocios importantes del siglo. Persigue implacablemente a todo lo que le parece proceder del orgullo humano, ataca a los cluniacenses, a los que critica la riqueza y el arte poco austero, a ABELARDO, al que hace condenar, a los estudiantes de las escuelas urbanas, a los heréticos. Predica en VÉZELAY la II Cruzada (1145, pág. 110), hace el elogio de las órdenes militares. Patrocinador de causas ya perdidas, ha sido el gran intérprete espiritual de la feudalidad.
(Cf. *Bernard de Clairvaux,* Commission Historique de l'Ordre de Cîteaux, 1953; *Mélanges saint Bernard,* 1954.)

BERNARDO DE VENTADORN.
Contemporáneo de Eleonor de Aquitania, a la que se ha dicho que siguió a Inglaterra, donde acaso haya permanecido de 1152 a 1155, este trovador lemosino del siglo XII es uno de los fundadores del lirismo en lengua de oc. Poeta cortesano, es autor de 45 canciones, en las que expresa con gran naturalidad y sinceridad el amor cortés. Poco conocido en la Edad Media, fue rehabilitado por los románticos (pág. 563). (Cf. S. G. Nichols, Jr., *The songs of Bernard de Ventadorn,* 1962.)

BERTRÁN DE BORN.
Trovador aquitano de finales del siglo XII, nacido hacia 1140, muerto como monje cisterciense hacia 1215. Fiel a RICARDO CORAZÓN DE LEÓN, poeta de la guerra, única ocupación

que conviene a un caballero ávido de gloria y de provecho, evocador realista de la vida fastuosa de las cortes del Mediodía, este pequeño señor del Périgord escapa a los temas convencionales del amor cortés en sus *Serventesios,* cantos guerreros y políticos, en los que expresa con pasión y vigor el alma feudal y su odio de meridional por los hombres del Norte (págs. 452 y 453).

BESANTE.
Nombre corriente en la Cristiandad de la moneda de oro bizantina, por largo tiempo símbolo de la prosperidad económica, el «dólar de la Edad Media» (R. López) (pág. 199).

BESTIARIOS.
Colecciones de obras sobre los ANIMALES —reales o imaginarios— presentados en su significación simbólica. Inspirados en obras del Bajo Imperio Oriental, heredero, a su vez, de las tradiciones iranias e indias: el *Physiologus* (pág. 164). Los bestiarios escritos han dado tema para los bestiarios esculpidos; principalmente los del arte románico (págs. 443 y 444). (Véase BIBL. HISTORIA DEL ARTE, A. Debidour.)

BIBLIA.
El Libro por excelencia. La *sacra pagina* es la base de la enseñanza de la Teología, que es esencialmente exégesis. Pero la Biblia puede leerse a diversos niveles, según dos sentidos (literal o simbólico: la tierra y el espíritu) o cuatro (literal, histórico, simbólico y moral). Es también una enciclopedia científica. AUTORIDAD suprema, los juramentos más importantes son pronunciados sobre ella (página 164). Aunque el paralelismo Antiguo-Nuevo Testamento domina la exégesis y el arte de la Edad Media (véase SIMBOLISMO tipológico), el Nuevo Testamento inspira de manera más particular las reformas monásticas, que se presentan como un retorno a la vida evangélica (o apostólica) *verdadera* (págs. 238 y 434).
(Véase B. Smalley, *The Study of the Bible in the Middle Ages,* 1952; H. de Lubac, *Exégèse médiévale. Les quatre sens de l'Ecriture,* 1959-1961; *La Biblia nell'alto medioevo, Xe settimana di Studi, Spoleto,* 1963.)

BIZANCIO, BIZANTINOS.
La ciudad por excelencia para los occidentales de la Edad Media, pues rebosa de habitantes, de monumentos, de tesoros, de reliquias. Objeto de odio y de envidia, será finalmente tomada por los cruzados de la IV Cruzada (1204). Véase la estancia de Carlomagno en Bizancio en la *Chanson du Pèlerinage de Charlemagne* y las descripciones de Bizancio en los historiadores de la Cruzada, desde Eudes de Deuil a Villehardouin y Roberto de Clari (págs. 195-200 y 452).
Imperio carolingio, Bizancio y el Islam en el siglo IX (véase *mapa 3, pág. 73*).

BOECIO.
Uno de los «fundadores» de la Edad Media (pág. 181), nacido en el 480, muerto en el 524. Escritor latino del siglo VI, procedente de una vieja familia aristocrática romana, entró al servicio del rey bárbaro arriano TEODORICO, se vio complicado en una conjuración probizantina y murió en prisión. Su obra literaria le ha sobrevivido. Traductor y comentador de la filosofía griega, vulgarizó en latín las doctrinas neoplatónicas y aristotélicas, que la Edad Media conoció tan sólo a través de su obra hasta el siglo XII. Su libro más leído fue la *Consolación de la Filosofía,* meditación serena sobre la existencia, redactada en la prisión. Depositario de la sabiduría antigua, fue la encarnación de la filosofía para los hombres de la Edad Media (pág. 435) y contribuyó a hacer considerar a la MÚSICA, según el ideal antiguo, como un instrumento superior de cultura *(ils. 31 y 32).*

BOLONIA.
Sede de la Universidad más antigua, célebre por sus juristas. Obtiene privilegios de Federico Barbarroja en 1154 (pág. 123).

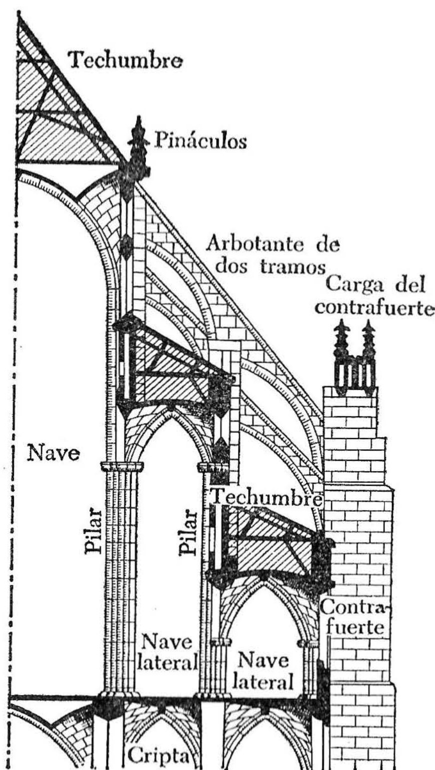
BONIFACIO (San).
Apóstol de la Germania (pág. 211). Nacido hacia el 675 en el Wessex, estudia primero en Exeter y después en la abadía de Nutcell. Parte como misionero, siguiendo el ejemplo de numerosos monjes irlandeses y gaélicos, y recorre la Frisia y toda la Germania fundando numerosos obispados y abadías (Passau, Fulda, pág. 181). Resulta muerto en el curso de una misión por Frisia, en el año 755.
(Cf. *Sankt Bonifatius,* Fulda, 1954.)

BONIFACIO VIII.
Nacido hacia 1236, muerto en 1303, Benedetto Caetani, papa de 1294 a 1303, no tiene buena

reputación como papa desde el punto de vista político. Sucede en circunstancias difíciles a CELESTINO V (pág. 134). Emprende contra el rey de Francia Felipe el Hermoso una lucha encarnizada, en el curso de la cual afirma con una violencia jamás alcanzada hasta entonces la superioridad del poder espiritual sobre el poder temporal (bulas *Clericis laicos*, 1296, *Unam Sanctam*, 1302). Su humillación en Anagni, frente al enviado de Felipe el Hermoso, Guillermo de Nogaret, que lo abofetea (pág. 142), simboliza el fin de las ambiciones temporales del papado medieval. Pero su pontificado ha sido muy importante para la organización de la Iglesia, especialmente en materia de Derecho canónico (*Liber Sextus*, que completa el *Corpus*), y para la espiritualidad (institución del jubileo romano en 1300). Ha sido llamado —no sin cierta paradoja— «sinfonista y moderador» (G. Le Bras).

BOSQUE.
Cubre una gran parte de la Cristiandad. Mundo del refugio y de la aventura. Rico en productos. Mundo también del peligro (páginas 185 y sigs., y 247). Tema iconográfico (véase *ils. 2-5, 51* y *planos 9, 10, 11, 12, páginas 98 y 99*).

BOURGES.
Catedral, construida en sus partes esenciales durante el siglo XIII, entre 1200, aproximadamente, y 1270. Reconstrucción gótica de un edificio románico, del que subsisten tan sólo dos puertas laterales. Los cinco pórticos de la fachada occidental forman uno de los conjuntos más notables del arte gótico. El del centro está consagrado al Juicio Final. Algunos de sus bajos relieves ilustran escenas del Antiguo Testamento y son testimonio de una imaginación desbordada, a veces maliciosa. Sin embargo, es en el interior donde se puede juzgar la excepcional homogeneidad del conjunto. La nave, de 125 metros de longitud y 37,15 metros de altura, no está interrumpida por ningún crucero. El ambón y el cierre del claustro fueron derribados en el siglo XVIII. Comenzada por el hermano de Mauricio de Sully, que hizo construir NOTRE-DAME DE PARÍS, imita la catedral parisiense, especialmente por su vasta cripta. Su gran innovación la constituyen las cinco naves que, tanto en el interior como en el exterior, se superponen en una armonía perfecta (pesadamente imitada en Toledo, por ejemplo). (Véase *ils. 139, 213* y *242* y *plano 41, pág. 607*.)



49. SECCIÓN TRANSVERSAL DE LA CATEDRAL DE BOURGES

BRUNO (San).
Fundador de la Grande-Chartreuse, la Gran Cartuja, en 1084 (véase pág. 129 y ÓRDENES MONÁSTICAS).
(Cf. B. Bligny, *L'Eglise et les ordres religieux dans le royaume de Bourgogne aux XI*e *et XII*e *siècles*, 1960.)

BUENAVENTURA (San).
Nacido en 1221, muerto en 1274, Giovanni di Fidanza entra en la orden franciscana (pági-

na 131) en 1243, estudia en París y en 1253 ocupa en esta ciudad la cátedra de Teología reservada a los franciscanos. Llega en 1257 a general de su orden y arbitra, en un sentido favorable a los partidarios de la pobreza atemperada, el conflicto planteado entre conventuales y espirituales. Hace destruir las «vidas» anteriores de SAN FRANCISCO y escribe una versión oficial, que edulcora considerablemente la figura del *poverello*. Su obra, muy abundante, que no ignora a Aristóteles pero prefiere a Platón, culmina en el *Itinerario del espíritu hacia Dios*, que va desde las cosas sensibles hasta el alma y hasta Dios. «Es una indefinible mezcla de especulación erudita y de fervor religioso.» Al lado de SANTO TOMÁS DE AQUINO, Buenaventura ha desempeñado un papel de primer plano en la lucha que oponía a seculares y regulares en la Universidad de París.
(Cf. J. G. Bougerol, *Saint Bonaventure et la sagesse chrétienne*, 1963.)

BURGUNDOS.
Pueblo germánico instalado en Worms en el año 436 (muerte de Gunther, punto de partida del NIBELUNGENLIED, pág. 51) y, más tarde, en Saboya en el 443 (véase *mapa 2, página 49; Atlas, mapa II, pág. 503*, y págs. 51 y 52).

C

CABALLERO.
Miembro de la aristocracia feudal, que se distingue por su armamento *(il. 113)*, su género de vida (castillo, caza —*il. 114*—, guerra) y una moral especial (fidelidad, liberalidad). Puede definirse por una ceremonia de iniciación (compostura, pág. 418). La caballería tiende a transformarse durante el siglo XIII en una casta cerrada (nobleza, *il. 120*, páginas 137-139). Hay dos categorías de caballeros: ricos y pobres (págs. 313 y 314).
Uno de los tres ESTADOS de la sociedad (páginas 349-355).
(BIBL. FEUDALIDAD: L. Gautier, S. Painter, L. Verriest.)

CACERÍA.
Deporte, pasión del caballero *(il. 114)*. Tiene un doble papel: económico (como alimentos, págs. 185-187) y social (prestigio). Elemento esencial de los cantares de gesta, con una significación a veces simbólica (cacería de Hagen, pág. 480).

CAEN.
La iglesia de Saint-Etienne y la iglesia de la Trinité, construidas por GUILLERMO EL BASTARDO o Guillermo el Conquistador en expiación de su unión consanguínea, suponen una etapa importante en la doble evolución que va desde JUMIÈGES (comenzada en 1037) al arte normando de Inglaterra (Winchester, Lincoln, Cantorbery) y al arte gótico francés. Saint-Etienne, iglesia de la antigua Abadía de los Hombres, comenzada en 1064, fue consagrada en 1077. Las bóvedas, el crucero y el coro son del siglo XIII, pero el conjunto es uno de los más grandes monumentos del arte románico. En relación a Jumièges, Saint-Etienne presenta dos innovaciones importantes: un ábside con deambulatorio y capillas radiales y la altura simétrica de las arcadas y de las tribunas. La fachada es una transición entre la de Jumièges y las fachadas góticas: las dos torres no parten todavía del suelo y no forman saliente sobre la fachada, pero están prolongadas por medio de contrafuertes. En esta definición nueva de las relaciones torres-fachada reside la principal aportación de Saint-Etienne de Caen al arte gótico. La TRINITÉ, iglesia de la antigua Abadía de las Damas, fue particularmente alterada por las restauraciones del siglo XIX. Su principal originalidad, en relación a Jumièges, estriba en el plano benedictino, con absidiolas decrecientes a cada lado de un coro alargado. (Véase *Atlas, mapa VI, pág. 511, e il. 237*.)

CALVERO.
La principal realidad geográfica del Occidente medieval (págs. 101 y 185 e *il. 5*).

CAMINO.
Materialmente diferente del camino o ruta antigua: menos sólido, menos estable, más flexible. Seguido por el gran rebaño de los vagabundos y los errantes. Vía y símbolo de la PEREGRINACIÓN y de la condición humana *(homo viator)*. (Véase págs. 190, 191 y 296 e *ils. 6* y *53*.)

CAMPANAS.
A partir de los siglos VI-VII, las campanas regulan la vida de los hombres de la Edad Media. Su fabricación favorece los progresos de

la metalurgia. Influyen en la evolución arquitectural (torres, campanarios, pórticos). Las campanas laicas (campanas de rebato), que miden un tiempo nuevo, aparecen al lado de las campanas eclesiásticas en el siglo XIII y, sobre todo, en el XIV (págs. 251 y 258).

CAMPESINOS.
La masa de la sociedad medieval (véase RÚSTICOS, SIERVOS, VILLANOS, *ils. 115 y 121* y página 138).
Pauperización de los — en el siglo XIII (páginas 342 y sigs.).
Los — y la lucha de clases (págs. 402 y sigs.).

CANTARES DE GESTA.
Poemas en lengua vulgar, que aparecen en Francia hacia finales del siglo XI y se desarrollan hasta el XIII. Su acción, no obstante, tiene lugar en tiempo de Carlomagno y de sus descendientes (CHANSON DE ROLAND, ciclo de *Guillaume au court nez, Girart de Vienne)*. Si bien en el origen de esas narraciones legendarias se encuentran hechos y personajes históricos, sus autores les han dado una significación que no poseían en la realidad y los han utilizado para encarnar las pasiones de su tiempo. Así CARLOMAGNO y sus próceres pasan a ser, en los cantares de gesta, el símbolo de la caballería cristiana en lucha contra los infieles. Su procedencia popular ha dejado de ser admitida. En la actualidad se ve más bien en ellos el resultado de una creación literaria, elaborada en un momento en que el Occidente cristiano se tornaba consciente de su unidad y estaba a punto de lanzarse en la aventura de las Cruzadas. Sin duda, el origen y el proceso de formación de los cantares de gesta han sido múltiples, pero su éxito está ligado a la constitución de una casta señorial, deseosa de ver sus proezas y sus ideales celebrados y que favorece el empleo de la lengua vulgar por oposición al latín de los clérigos. La palabra «gesta» designa probablemente en el siglo XI la tradición caballeresca del linaje señorial. Tal es la causa de que los cantares de gesta se desarrollen habitualmente en *ciclos* en torno a un linaje (págs. 383 y 386), más que a un personaje.
(BIBL. HISTORIA LITERARIA: E. Lejeune.)

CAPITELES.
(Véanse *ils. 215-218* y ARTE ROMÁNICO.)

CARCASONA.
Ciudad medieval típica (véase *il. 7)*, reconstruida en el siglo XIX por Viollet-le-Duc.

CARLOMAGNO.
Nacido en el 742 ó el 743, hijo de Pipino el Breve, comparte el trono de los francos con su hermano Carlomán desde el 768. Después de la muerte de éste, en el año 771, queda como único soberano. Muere en el 814. Célebre: 1.º) Por sus guerras: contra los lombardos, a los cuales arranca la corona de Italia (774); contra los ávaros, cuyo *ring* destruyen sus tropas (795); contra los sajones, a los que somete después de feroces campañas y cristianiza después (774-799); contra los bávaros, que se anexiona (788); contra los hispanos musulmanes y cristianos, a los que conquista la Marca Hispánica, pero que infligen a las tropas de Roldán la derrota de Roncesvalles (778, *il. 71*). 2.º) Por el Imperio restaurado en su provecho (800) por el papa León III, que le corona en Roma. Sin embargo, Carlomagno se tiene ante todo por rey de los francos, con los que confunde a la Cristiandad occidental, y busca solamente obtener del emperador de Constantinopla su reconocimiento como igual. 3.º) Por su legislación (capitulares, págs. 80 y 81) y su política cultural (Renacimiento carolingio), que dan al Occidente un barniz superficial ilusorio. Durante toda la Edad Media está considerado como un héroe legendario. (Véase *il. 15, mapa 3, página 73*, y págs. 70-72 y 77-80.)
Evangeliario de — *(il. 40)*.

CARLOS DE ANJOU.
Hermano de San Luis (1226-1285), conde de Anjou, del Maine y de Provenza, conquista el reino de las Dos Sicilias a partir de 1264, pero pierde Sicilia en provecho de los aragoneses después de las «Vísperas sicilianas» (1282) (págs. 588 y 590).

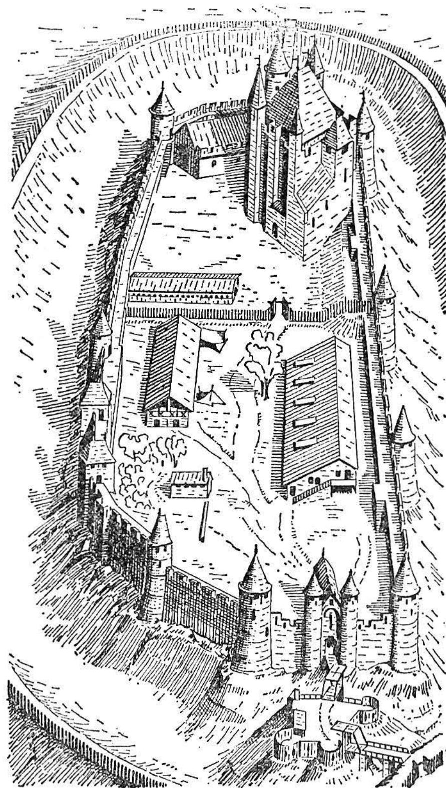
CARLOS MARTEL.
Llegado a mayordomo del palacio de Austrasia en el año 717 (su padre Pipino II había muerto en el 714), extendió su autoridad sobre la Neustria, la Borgoña y la Aquitania. Rechazó la incursión del 732 en la Galia de los árabes (batalla llamada de Poitiers, pág. 53). Más todavía que el predominio de su familia (los Pipínidos, que iban a convertirse, con su nieto CARLOMAGNO, en los Carolingios), asegu-

ró el predominio de la aristocracia militar, a la que concedió grandes dominios confiscados a la Iglesia y a los que reunió en las asambleas de los Campos de Marte. Preparó la feudalidad institucionalizando el beneficio eclesiástico bajo el nombre de «precario» *(precaria verbo regis)*. En la Edad Media fue considerado como un héroe feudal con fuerza legendaria (de ahí su sobrenombre) y, en Francia, un héroe nacional.

CASA.
(Véase págs. 485 y 486.)

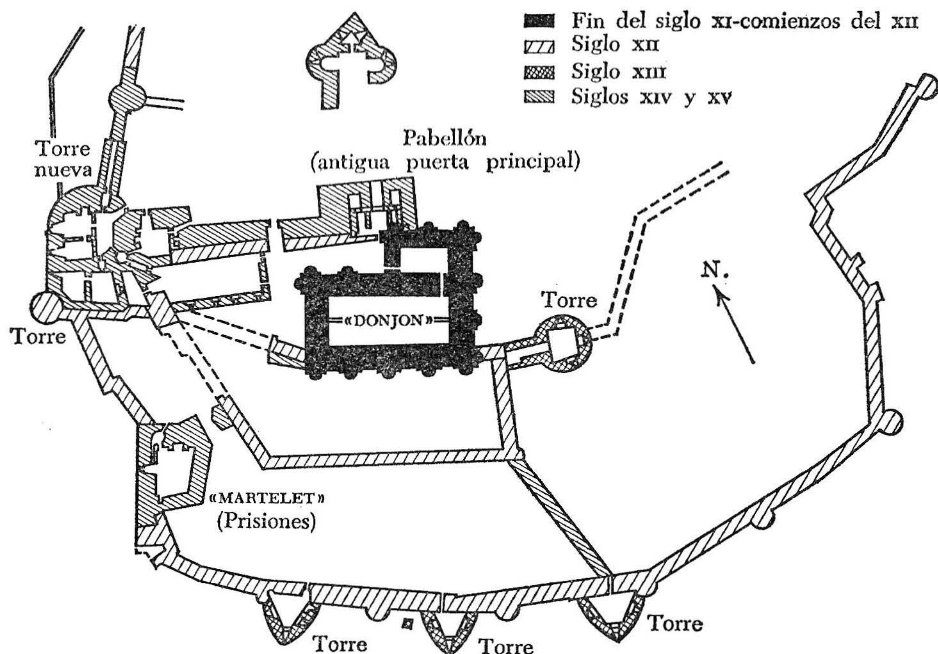
CASIODORO.
Uno de los «fundadores» de la Edad Media (págs. 181 y 182), nacido hacia el 490, muerto en el 580. Procedente de una gran familia de Italia del Sur, Casiodoro desempeyó primeramente un papel político de primer orden en la Italia ostrogoda, como mediador entre el mundo romano-bizantino y la sociedad bárbara. La reconquista de Italia por Justiniano (539) pone fin a su brillante carrera. Casiodoro se retiró entonces al monasterio de Vivarium, en Calabria, desde donde preparó la educación intelectual de los pueblos nuevos, haciendo traducir obras griegas y copiar obras latinas. Heredero de la cultura antigua, a la que contribuyó a salvar, será la fuente principal de los polígrafos de la Edad Media. No obstante, su mayor originalidad consiste en haber sido el primero en preconizar el valor santi ficante del trabajo intelectual y en haber propuesto a los monjes un nuevo campo de acción: el estudio, finalidad del trabajo, medio de perfeccionamiento y de influencia (pág. 165). Su ejemplo fue ampliamente seguido y, durante toda la Alta Edad Media, las bibliotecas de los conventos constituyeron los asilos de la ciencia y de la cultura. Su *Historia de los Godos*, perdida, ha sido utilizada por Jordanes. Su principal obra, las *Institutiones divinarum et sæcularium litterarum*, ha tenido una gran importancia histórica, sobre todo en su segunda parte, que es una verdadera enciclopedia de las ciencias profanas para uso de los monjes. (Véase *il. 33.*)

CASTILLO.
Durante los siglos IX y X, el poder público es prácticamente inexistente. Los principados, apenas formados, se disgregaron en condados independientes. En el siglo XI, el condado mismo se diluye y la «castellanía» pasa a ser la unidad administrativa, a favor de una fragmentación extrema de toda autoridad pública. En torno al castillo nacen, a partir del siglo X, las nuevas instituciones feudales (pág. 138). El castillo es, en primer término, un lugar fortificado, una fortaleza. En su origen, está construido en madera. Sus principales elementos son una empalizada y una torre, integrada por dos pisos, una cava o subterráneo y una gran sala, a la que se accede por una escalera.

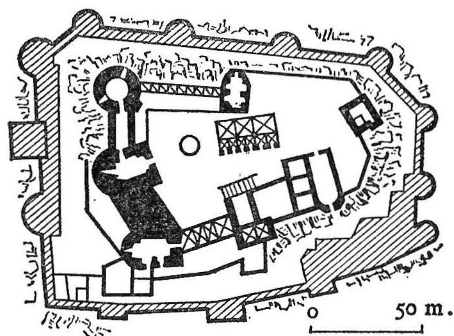


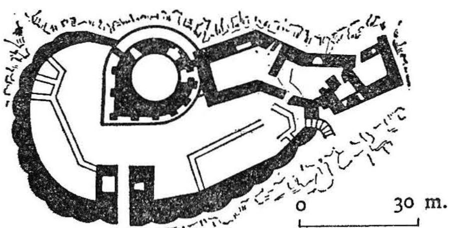
50. UN CASTILLO ROQUERO O FUERTE MEDIEVAL

(Según la reconstrucción ideal de Viollet-le-Duc)



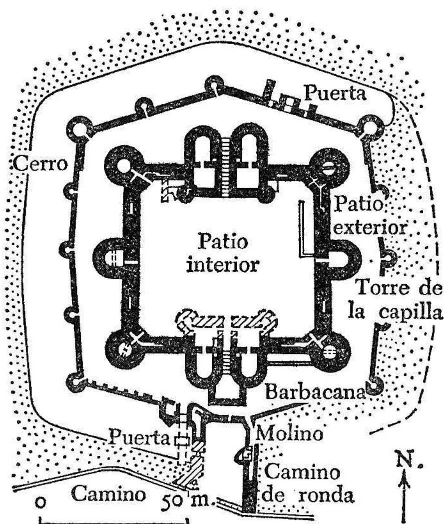
51. PLANO DEL «DONJON» Y DEL CASTILLO DE LOCHES





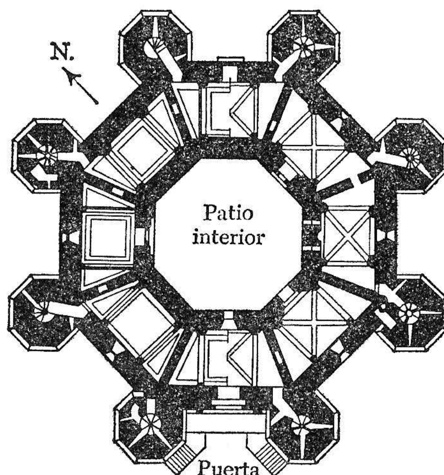
52. PLANOS DE CASTILLOS ROMÁNICOS

1. El Krak de los Caballeros (Siria). *2. Château-Gaillard.*



53. PLANO DEL CASTILLO DE BEAUMARIS (ANGLESEY)

Hacia 1295-1330. (Según R. Allen Brown)



Se construye sobre una elevación, la *mota*. El castillo se convierte en la base visible y concreta de los poderes del castellano, cuyo estandarte flota en la torre del homenaje (véase *ils. 203 y 205*). El castillo se transforma rápidamente en centro de dominación social y económica. A partir del siglo XI, caballeros y castellanos tienden a formar una casta, cuyo género de vida se refina, mientras que la construcción de los castillos y su arreglo interior mejoran poco a poco. El castillo es el centro de una sociedad particular, la sociedad castrense, y de una civilización militar y artística. (Véase *ils. 1, 206;* págs. 419, 420, 486 y 487 y BIBL. CASTILLOS.)

CÁTAROS.
(Véase pág. 133; HEREJÍAS y BIBL. HEREJÍAS.)

CELESTINO V (San).
Pietro de Morrone, ermitaño calabrés, funda hacia 1260 la orden de los Celestinos. Después de una vacancia de la Santa Sede de más de dos años, fue elegido papa en 1294. Favorable a los espirituales (pág. 131), suscitó un gran entusiasmo popular e hizo nacer la esperanza de una revolución en la Iglesia y de un retorno a la pobreza evangélica. Obligado a abdicar al cabo de seis meses («El que hizo la gran negativa», Dante), fue encerrado y murió en 1296, en circunstancias bastante oscuras, que hicieron recaer sospechas sobre su sucesor, Bonifacio VIII. Bajo presión de Felipe el Hermoso, Clemente V lo canonizó en 1313 (pág. 134). (Cf. A. Frugoni, *Celestiana,* 1954.)

CESÁREO DE ARLES (San).
Monje de Lérins, después arzobispo de Arles (hacia 470-542), uno de los organizadores del catolicismo en el campo de la disciplina eclesiástica (cánones conciliares sometiendo el bajo clero a los obispos), de la moral (cánones y sermones), del dogma (agustinismo moderado sobre el libre arbitrio y la gracia, adoptado por el Concilio de Orange, 529) y la organización monástica (*regula ad virgines,* regla de las monjas) (págs. 67, 165 y 178 e *il. 14*).

CID.
Rodrigo Díaz de Vivar, caballero español (hacia 1043-1099), llamado el Cid Campeador, el Señor (árabe *Sid)* de las batallas, se distinguió

← *54. PLANO DEL CASTEL DEL MONTE (APULIA)*

en las confusas luchas de los cristianos contra los árabes, pero, sobre todo, se convirtió después de su muerte en el héroe de un célebre cantar de gesta, el *Cantar de mío Cid*. Es el más antiguo testimonio de la poesía épica española. El Cid aparece en él como el héroe de la Reconquista española, el símbolo de la nobleza cristiana y española, leal hacia su rey, orgulloso y generoso (pág. 104).

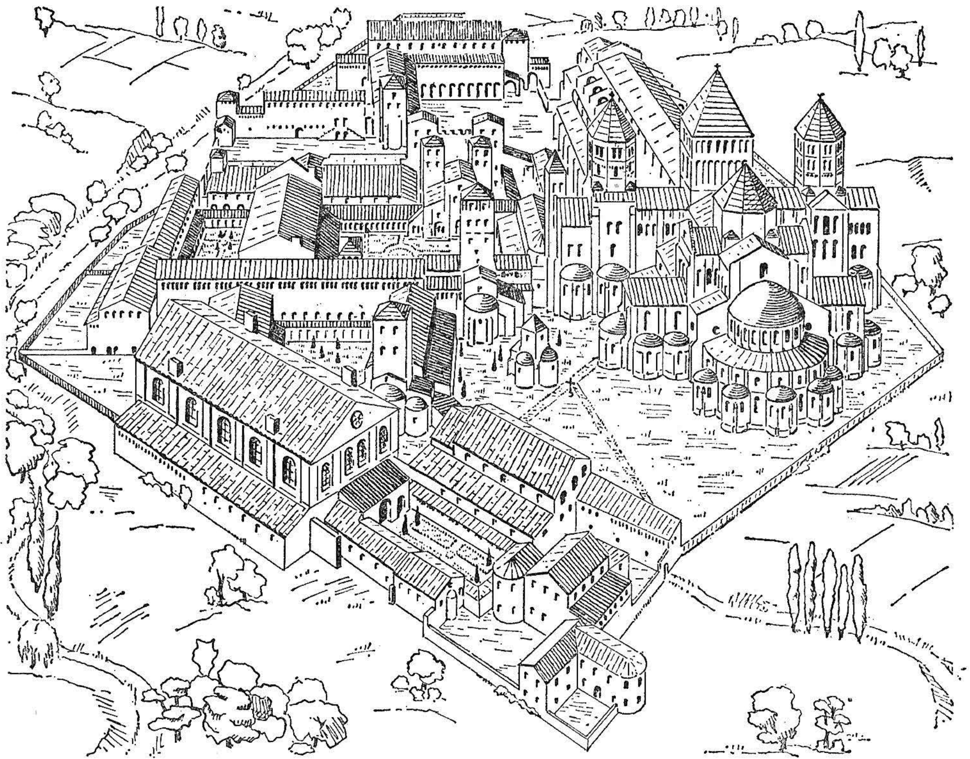
CIEGOS.
Atormentan al mundo medieval. El bajo nivel fisiológico e higiénico los multiplica. Viven errantes por los caminos. Se les teme y se les admira a la vez. Su ceguera es con frecuencia tomada en sentido figurado. Tristán e Isolda, después de haber bebido el filtro, «se buscan como ciegos que andan palpando el uno hacia el otro, desgraciados cuando languidecían separados, más desgraciados todavía cuando, reunidos, temblaban ante el horror de la primera confesión» (págs. 189 y 330 e *il. 59*).

CIMABUE.
Pintor florentino (hacia 1240-1302). Formado primeramente en la decoración del Baptisterio, después en Roma, con Cavallini, Cimabue da la medida de su talento en Asís (*Crucifixión* de la basílica, retrato de San Francisco en Santa María de los Ángeles), en Florencia (*Crucifijo* de Santa Croce, *lám. col. VIII*, Virgen de La Santa Trinità, en los Uffici) y en Pisa (mosaico de San Juan en el ábside de la catedral). Su inspiración es aún bizantina, pero su estilo, patético y controlado a la vez, anuncia una evolución capital en la pintura occidental. DANTE lo ha designado como el pintor más célebre antes de GIOTTO (pág. 589).

CITEAUX.
(Véase ÓRDENES MONÁSTICAS, *mapa 22, pág. 126*, y pág. 123.)
(Cf. J. B. Mahn, *L'ordre cistercien et son gouvernement jusqu'au milieu de XIIIe siècle*, 1946; L. J. Lekai, *Les moines blancs*, 1957.)

CIUDADES.
En la Alta Edad Media, las ciudades quedan reducidas a una función militar, administrativa y religiosa. La ciudad es un recinto fortificado, por regla general muy reducido, residencia de un conde o de un obispo. A partir del siglo XI, la renovación del comercio reanima su función económica. Un nuevo barrio mercader, el *burgo*, surge al lado del antiguo *castrum* señorial. Pronto los nuevos habitantes se sacuden la tutela del antiguo señor, obtienen franquicias o una «carta» (Huy, 1066) que concede a los habitantes la libertad y el derecho a gobernarse por sí mismos, mediante una indemnización al señor (págs. 150 y 151). El progreso de las ciudades favorece el del poder real y la liberación de los campesinos, atraídos por los talleres urbanos. Pero su crecimiento es desordenado. La estrechez de las calles, la acumulación de las casas y la falta de agua determinan numerosas epidemias (peste negra de 1348). La construcción en madera multiplica los INCENDIOS (Ruán arde seis veces entre 1200 y 1223). Las desigualdades sociales determinan graves perturbaciones desde la segunda mitad del siglo XIII (lucha del *común* contra el *patriciado*, en Francia; del *popolo minuto* contra el *popolo grasso* en Florencia). Las ciudades ayudaron a liberar a los campesinos de las proximidades de las servidumbres señoriales, pero explotaron en tanto grado como apoyaron las campiñas situadas en su zona de atracción. Con frecuencia han conseguido convertirse en el centro de una región económica y política (por ejemplo, *Franc de Brujas*, *contado* de las ciudades italianas, *banlieus*), pero los estados urbanos medievales no representaban la fórmula del porvenir. Pronto se formó un *espíritu urbano*, imbuido de su superioridad y hostil frente al campo, mientras que los medios tradicionales (a ejemplo del benedictino Ruperto de Deutz y del cisterciense SAN BERNARDO en el siglo XII) veían en la ciudad un hogar de vicio, de innovaciones peligrosas y de perdición («BABILONIA»). Las ciudades han sido los principales centros del progreso económico, artístico e intelectual (UNIVERSIDADES). (Véase *ils. 3, 4, 7*, págs. 111 y sigs., págs. 395 y sigs. *Atlas, mapa VIII, pág. 524, y planos 5 y 6, pág. 83; 7, pág. 85; 17 y 18, pág. 116; 19 y 20, página 117*.) (BIBL. CIUDADES Y BURGUESES. Véase P. Lavedan: *Représentation des villes dans l'art du Moyen Age*, 1954.)

CLERO.
El primer orden de la sociedad medieval (*il. 115* y págs. 349 y sigs.). Está dominado por un alto clero secular y por un clero monástico, que se recluta en su mayoría entre la clase caballeresca. Lucha, no obstante, en tanto que clase de los clérigos, contra la clase de los militares (*il. 116*). Se individualiza mejor des-

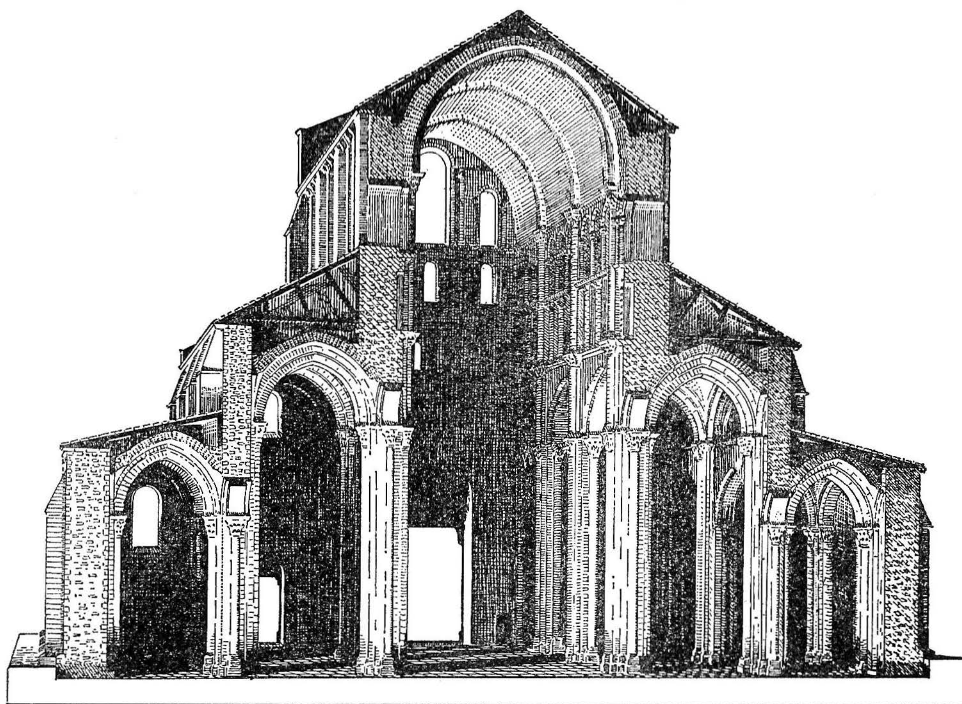


55. LA ABADÍA DE CLUNY EN 1157
(Según la reconstrucción de K. J. Conant)

pués de la «reforma gregoriana» (pág. 369). (Véase GREGORIO VII.)

CLODOVEO.
Nacido hacia el 466, muerto en el 511, rey de los francos salios, sucedió a su padre CHILDERICO I en el 481, en un momento en que el centro principal de los francos salios se hallaba en Tournai. En el 486, bate al general romano Syagrius y se instala en Soissons. En el 506, probablemente, triunfa de los alamanes y, en el 507, de los visigodos en Vouillé. Se apodera así de casi toda la Galia, con excepción de la Provenza, región que Teodorico le impide conquistar. Se convierte en único rey de los francos, haciendo asesinar a los pequeños soberanos francos establecidos en Cambrai, Colonia y otros lugares. Su golpe maestro consiste en su conversión al catolicismo (había ya mostrado en el 486 su deferencia hacia el clero cristiano, en ocasión del episodio publicitario del vaso de Soissons). De esta manera, consigue aparecer como el campeón de la ortodoxia frente a los soberanos bárbaros arrianos. (Véase *il. 12, Atlas, mapa II, pág. 503,* y pág. 51.)
(Cf. G. Tessier, *Le baptême de Clovis,* 1964.)

CLUNY.
La ORDEN. El abad reformador Bernon obtuvo en 910 de Guillermo el Piadoso, conde de Auvernia y duque de Aquitania, la villa de



56. SECCIÓN TRANSVERSAL DE LA IGLESIA DE CLUNY III
(Según K. J. Conant)

Cluny, en el condado de Mâcon, para fundar en ella un monasterio en el que pensaba restaurar en su pureza primitiva la regla benedictina, como ya había hecho en Gigny y en Baume-les-Messieurs. Su sucesor San Odón (926-942) fue el «segundo fundador» de Cluny al obtener del papa que fuese una cabeza de orden y que dependiese directamente de la Santa Sede. Las fundaciones cluniacenses se multiplicaron pronto y el poder de la orden fue excepcional. Bajo la dirección de grandes abades (San Maieul, 954-994; San Odilón, 994-1049; San Hugo, 1049-1109; PEDRO EL VENERABLE, 1122-1156), protegida por los papas (URBANO II, 1088-1099, fue monje de Cluny y Calixto II fue elegido en 1119 en Cluny, en donde acababa de morir Gelasio II) y por numerosos grandes señores, a los que su reclutamiento aristocrático unía con frecuencia por lazos familiares, dotada de dominios, de siervos y de riquezas enormes, la orden cluniacense fue, particularmente entre 1049 y 1156, una de las principales potencias de la Cristiandad. Admirada por algunos hasta la hipérbole (Pedro Damián veía en ella una «asamblea angélica» y comparaba a Cluny con el Paraíso, «del que se escapaban las fuentes de los cuatro Evangelios, para distribuirse en seguida en tantos arroyos como virtudes espirituales hay»), Cluny era vivamente atacada por otros. El obispo de Laón, ADALBERÓN, a comienzos del siglo XI representaba a Cluny en un poema

satírico como un jefe de ejército que transformaba los monjes en soldados y los lanzaba al asalto del reino de Francia y del mundo. SAN BERNARDO, en nombre del espíritu cisterciense, sostuvo con Pedro el Venerable una vehemente polémica. La importancia de Cluny en la historia del arte es innegable. Imponiendo el modelo de la casa-madre, organizando los caminos de peregrinación a Santiago de Compostela, llenándolos de iglesias, Cluny fue una de las fuerzas que propagó el arte románico. «En la historia del arte románico, los abades de Cluny se levantan en primer plano, no como los inventores de una morfología y de un estilo cuyas raíces son más profundas, claro está, pero sí como organizadores» (H. Focillon). (Véase *mapa 21, pág. 124*.)

La IGLESIA ABACIAL. La iglesia-modelo de Cluny (que, por otro lado, ni es el único prototipo de iglesia románica, ni siquiera el único modelo de iglesia románica borgoñesa, ya que VÉZELAY, por ejemplo, desempeñó un papel casi tan importante) es la iglesia empezada por el abad Hugo en 1088. Fue llamada Cluny III, ya que reemplazó a una iglesia primitiva (Cluny I) y a una segunda iglesia (Cluny II), elevada del 955 al 991 y enriquecida por San Odilón. Cluny II había sido uno de los más antiguos ejemplos del plano llamado benedictino, con coro muy desarrollado y absidiolas decrecientes. Cluny III era, en primer lugar, una iglesia colosal, de 181 metros de longitud, con cinco naves y doble crucero. La cronología de la construcción de las tres iglesias cluniacenses comienza a ser bastante segura gracias a los trabajos de Kenneth Conant (Cluny III fue consagrado por Urbano II en 1095; terminada al comienzo del siglo XIII, la bóveda de la nave se hundió en 1125, fue reconstruida y la iglesia consagrada una segunda vez por Inocencio II en 1131; un nártex fue añadido más tarde y terminado en el siglo XIII). La de su escultura, en cambio, sigue siendo objeto de múltiples controversias. Según Kingsley Porter, los capiteles del coro (los únicos de los que quedan algunos ejemplares: los célebres «tonos de la música», conservados en el museo de la abadía y testimonios de la importancia de la música en la liturgia y la espiritualidad cluniacenses) son anteriores a 1095. Otros autores, como Henri Focillon, piensan que, de ser eso cierto, «el arte románico se habría iniciado en Borgoña ya en su decadencia», pues esas esculturas no son sino «trozos tratados por el trozo» y no derivan del espíritu románico. Cluny III había ostentado igualmente una decoración pintada muy importante, entre otras cosas un colosal Cristo en majestad en el ábside. Al revés de Cîteaux, para Cluny «cuando se trataba de glorificar a Dios, ningún esplendor podría parecer excesivo» (G. de Valous). La abadía de Cluny, vendida en 1798 a un comerciante de Mâcon, fue destruida de 1809 a 1823. No queda de ella más que el brazo meridional del gran crucero, coronado por el campanario octogonal del agua bendita, por la torre del reloj y por un trozo de absidiola. (Véase *il. 25* y *plano 30, pág. 177*.) (Cf. G. de Valous, *Le monachisme clunisien des origines au XVe siècle*, 1935.)

CNUT EL GRANDE.
Nacido hacia 1095, hijo de Sweyn Forkbeard, rey de Dinamarca. Fundador de un gran Imperio danés, que comprendía Inglaterra (1016), Dinamarca (1018), una parte de Noruega (1028) y las costas meridionales del Báltico. Vino a Roma en peregrinación (1026) y asistió al coronamiento de Conrado II (1027). Su Imperio no sobrevivió a su muerte (1035) (págs. 81 y 362).

COCAÑA.
País de sueño [nuestra Jauja], nacido del folklore, en el que el mundo medieval ensaya míticamente calmar su apetito en un contexto de hambre siempre amenazante. Se habla de ella en dos obras literarias del siglo XIII. Representada por Breughel, en enlace directo con la estructura social *(il. 61)*.

COFRADÍAS.
(Véase CORPORACIONES.)

COLOMBANO (San).
Ermitaño irlandés. Nacido en el año 543 y educado en el monasterio de Bangor, pasó al continente como misionero hacia el 585. Fundador del monasterio de Luxeuil, se hizo insoportable en la Galia por su hostilidad al calendario romano (fijación de la fecha de Pascua), su ascetismo a ultranza y su brutalidad frente a los obispos y los grandes. Obligado a dejar Luxeuil en el 610, predicó en Suiza con sus compañeros, entre ellos San Gall (véase SAN GALL), y después en Italia del Nor-

te, en donde fundó el monasterio de Bobbio. Allí murió en el año 615 (pág. 180).

COLONIA.
Una de las ciudades más importantes del Occidente medieval. Centro comercial, político, eclesiástico, artístico (págs. 114, 397, 401 y 402, *plano 17, pág. 116, ils. 201 y 238*).

COMERCIO.
Papel de las ciudades en el — (págs. 120 y siguientes. *Atlas, mapas III, pág. 507, y VIII, pág. 524*).

CONQUES.
La iglesia de Sainte-Foy de Conques dependía de una abadía benedictina fundada en el siglo VIII. A partir del siglo IX, combina la atracción de una peregrinación a las reliquias célebres de Santa Foy, martirizada en Agen en el siglo IV, que fueron trasladadas a ella, y una estación situada sobre uno de los principales caminos hacia SANTIAGO DE COMPOSTELA, la ruta auvernesa, que desde el Puy, por Conques y MOISSAC, ganaba TOULOUSE. Cuando se vio que la iglesia construida en la segunda mitad del siglo X resultaba demasiado pequeña ante la afluencia de peregrinos, el abad Odolrico (1039-1065) hizo comenzar la iglesia actual. Terminada en el siglo XII, es, sin embargo, una de las obras maestras más representativas del siglo XI y una de las primeras grandes realizaciones de la arquitectura románica. El sabor auvernés se encuentra en Conques en la severa piedra volcánica y la originalidad del tímpano, dividido por dinteles en albarda, cubiertos de inscripciones. Dicho tímpano del siglo XII, consagrado al Juicio Final, es también una de las obras maestras de la escultura románica, lo mismo que el tesoro, parcialmente conservado, ha sido y es todavía uno de los más ricos de la Edad Media, gracias especialmente a la célebre estatua-relicario de Santa Foy (siglo X), en oro y piedras preciosas, obra maestra bárbara, cuya adoración por los peregrinos producía la indignación de dos estudiantes de Chartres a comienzos del siglo XI (*ils. 112, 245, 246*).

CONSTANTINOPLA.
(Véase BIZANCIO.)

CONSTRUCCIÓN.
La gran industria de la Edad Media, a partir de la utilización de la PIEDRA para las iglesias y castillos (finales del siglo X, págs. 95 y 96). Determina los progresos de la extracción de las primeras materias, de las herramientas, de las técnicas de transporte y de construcción (*ils. 100 y 101*). Plantea problemas de mano de obra y de financiación (*il. 99*).
Las máquinas (pág. 281).
Los materiales (págs. 282 y 283 y sigs.).
Los arquitectos, los albañiles (págs. 300 y 301).
Las casas, las ciudades, los castillos (pág. 485).

CONVERSIÓN.
Esperada y temida, a la vez, porque si aumenta la familia cristiana disminuyen las probabilidades de salvación de cada uno (la proporción de los elegidos está establecida por Dios en una cantidad fija). Al principio, buscada sobre todo por la fuerza (*compelle intrare*), ve al fin triunfar la tendencia persuasiva (misioneros), salvo ante los heréticos, con respecto a los cuales la predicación deja paso a la Inquisición (págs. 211, 212 y 214).

CORPORACIONES.
Asociaciones de MERCADERES y artesanos de una ciudad, que reglamentan por medio de estatutos los detalles del oficio: horarios de trabajo, calidad de los productos, represión de los fraudes... *Cártels* que tienen por objeto la eliminación de la competencia en el interior de la ciudad y el mantenimiento del monopolio de una minoría de maestros sobre el mercado urbano. Las corporaciones se duplicaban con frecuencia en cofradías religiosas, encargadas de subvenir a los gastos de sus miembros necesitados en caso de enfermedad o defunción. Dichas cofradías estaban puestas bajo la protección del santo patrón de la corporación. El preboste de París, Etienne Boileau, reglamentó al final del reinado de San Luis las corporaciones de París en el *Livre des Métiers*. Redactado entre 1260 y 1270, contiene los estatutos de las corporaciones parisienses para mejor vigilar su aplicación. Las vidrieras ofrecidas por los oficios a la catedral de Chartres son un excelente documento sobre la vida de las corporaciones. (Véase págs. 119 y 393, *il. 102*.)
(BIBL. CORPORACIONES, ARTESANOS, OBREROS.)

CORTESÍA.
Comportamiento e ideal que se desarrollan en las cortes feudales a partir del final del siglo XI. Hace irrupción en la literatura. En-

cuentra su principal expresión en una actitud nueva en relación a la mujer y en la transformación del concepto del amor (*il. 169*, páginas 472 y 473).
(BIBL. HISTORIA LITERARIA: R. R. Bezzola y SENSIBILIDADES Y MENTALIDADES: R. Nelli.)

CORVEA.
(Página 314.)

COSMOGRAFÍA.
Mezcla de conocimientos antiguos y de interpretaciones bíblicas. Informada sobre todo por el simbolismo y los mitos circulares orientales (*il. 48* y págs. 192 y 193).
(BIBL. SENSIBILIDADES Y MENTALIDADES: J. Baltrusaitis.)

CREACIÓN.
La obra de Dios (pág. 220). Comienzo de la historia humana. Objeto de numerosos comentarios (*Hexaemeron*, pág. 238: los seis días de la Creación según el comienzo del Génesis). Modelo del trabajo, que ha de ser esencialmente «creador».

CRISTIANDAD.
Define, por medio de la religión, al mundo occidental medieval. Hubiera debido ser, según los esfuerzos de ciertos emperadores y sobre todo de ciertos papas (SILVESTRE II, GREGORIO VII, INOCENCIO III, BONIFACIO VIII), el cuadro único y edificante del Occidente. Se quedó en un ideal, que no ha existido nunca a causa de la fragmentación de los Estados, de la diversidad y del antagonismo de los intereses nacionales y de la lucha de clases.
Formación de la — (véase capítulo III, páginas 95 y sigs.).
La — en crisis (véase capítulo IV, págs. 153 y sigs.).

CRISTO.
Segunda persona de la Trinidad, que pasa a primer plano a partir del siglo XI, con una tendencia cada vez mayor a ser más el Cristo sufriente (*il. 80*) que el Cristo triunfante (*ils. 81 y 82*). No obstante, sigue siendo el Dios salvador (*ils. 84 y 90*). En su Encarnación, constituye el centro de la historia de la humanidad, en torno del cual la evolución histórica se ordena en un «antes» y un «después» (págs. 219 y sigs.).
Más antigua representación conocida en Dinamarca (*il. 12*).
Representación del Cristo (*il. 162*).
El crucifijo de CIMABEU (*lám. col. VIII*).

CRUZ.
Símbolo primero del triunfo, se hace después sinónimo de sufrimiento. Signo distintivo de los cristianos. Emblema de la Cruzada. Objeto de una devoción cada vez más afirmada a partir de la época carolingia (RABÁN MAUR). Se afirma en el gran tema iconográfico de la Crucifixión (*il. 80*). Rechazada por numerosos heréticos como objeto de un culto vergonzoso (págs. 219, 220, 223 y 224).
(Cf. A. Frolow, *La relique de la Vraie Croix*, 1961.)

CRUZADA.
Ideal del «paso» —de la reconquista de la Jerusalén terrestre, imagen de la Jerusalén celestial—, encarnado en una serie de empresas, desde finales del siglo XI hasta el siglo XIII, en los que se mezclan el ideal religioso, el aumento demográfico y el deseo de pillaje. Han dejado un balance casi totalmente negativo para el Occidente. Consideradas por muchos ya en el siglo XIII como una quimera nefasta (véase JOINVILLE, RUTEBEUF), ha cristalizado numerosas aspiraciones de la mentalidad colectiva (págs. 105-111, *mapas 13 y 14, págs. 107 y 109 y Atlas, mapa III, pág. 507*).
(BIBL. CRUZADAS y R. Alphandéry y A. Dupront, *La Chrétienté et l'idée de croisade*, 1954-1959.)

CUERPO.
«Abominable vestido del alma» (GREGORIO MAGNO). Asiento de los vicios y del mal. Se libera progresivamente y ocupa su lugar debido en el siglo XIII en la medicina (anatomía), la higiene (baños), el arte (desnudo). Se ha impuesto siempre, en lo que respecta a la clase feudal, como instrumento de la fuerza física (págs. 480 y sigs.).

CH

«CHANSON DE ROLAND».
CANTAR DE GESTA escrito por un clérigo desconocido, a finales del siglo XI. Se refiere a las aventuras hispánicas de Carlomagno (pág. 71),

cuya retaguardia, mandada por el marqués Roldán o Roland, fue desbaratada por los vascos en el año 778. Por su grandiosa simplicidad y por la excelente pintura que hace del alma caballeresca, la *Chanson de Roland* aparece como la epopeya más perfecta de la Edad Media. Sin embargo, se presta todavía a muchas interpretaciones. Si bien nadie piensa ya que Turold ha firmado el más bello y probablemente más antiguo texto (hacia 1170), conservado en la biblioteca Bodleiana de Oxford (Manuscrito Digby 23), se discute, en cambio, en qué medida ha modificado un original francés que se remonta probablemente a la segunda mitad del siglo XI. Se disputa, igualmente, si se trata de una obra colectiva o individual y qué intermediarios han podido transformar el hecho diverso de 778 en la gesta, posterior a ella en tres siglos. Por último, ¿hay que ver en Roldán un caballero cristiano, preocupado en primer lugar de la defensa de la fe y de su salvación, o un señor feudal, preocupado ante todo por su honor, el de su linaje (pág. 386) y el de su señor? Roldán es más un héroe militar que un santo y su gesta parece sobre todo ligada a la propaganda en favor de la Reconquista española, en el momento en que, a mediados del siglo XII, se transforma en Guerra Santa y prefigura la Cruzada.
(BIBL. HISTORIA LITERARIA: P. Le Gentil, R. Menéndez Pidal.)

CHARTRES.
La más completa y la mejor conservada de las catedrales góticas. La reconstrucción comienza en 1134, sobre la cripta de los siglos IX, X y XI. El Pórtico Real de la catedral románica, erigido por FULBERTO al comienzo del siglo XI, es acabado en 1160 y se salva del incendio de 1194, que obliga a reconstruir el conjunto, terminado, en sus partes esenciales, en 1220. El siglo XIII añade los frontispicios y los pórticos del crucero (1200-1260), el XIV la sala capitular y la capilla de Saint-Piat (1313-1358), el XVI la flecha de la torre norte y el cierre del coro, rematado en 1727. De las dos flechas, una es románica y la otra gótica florida. Se habían previsto otras seis para las torres laterales inacabadas. El triple pórtico de la fachada occidental, el Pórtico Real, es románico. En el centro, el Cristo triunfante, rodeado de los símbolos de los evangelistas. El pórtico sur y el pórtico norte están consagrados, respectivamente, a la Natividad y a la Ascensión. La inspiración románica se traduce aquí por estatuas-columnas, alargadas y hieráticas, y por la representación de las artes liberales, probablemente sugeridas por la enseñanza de la célebre escuela chartrense del siglo XII. Muy diferentes son los frontispicios y los pórticos laterales, donde el realismo gótico se ha impuesto de manera progresiva y donde se observan especialmente las representaciones de la vida activa y de la vida contemplativa. El interior, de 130 metros de longitud y 36 de altura, es, por el contrario, extremadamente homogéneo. La importancia de los juegos de luz es excepcional en Chartres, donde las vidrieras ofrecidas por grandes personajes (tales como Blanca de Castilla y San Luis) y, sobre todo, por las CORPORACIONES, que hacen representar en ellas escenas de su actividad profesional, ofrecen el más rico despliegue de colores y de géneros de todo el arte gótico *(plano 41, pág. 607)*.
Escultura de la puerta derecha del Pórtico Real *(il. 152)*.
Fulberto *(il. 163)*.

CHILDERICO I.
Soberano bárbaro, jefe de los francos salios, muerto hacia 481-482 *(il. 19)*.

CHRÉTIEN DE TROYES.
Escritor champañés de la segunda mitad del siglo XII, fue uno de los fundadores de la novela medieval, narración de aventuras guerreras y amorosas. Escribiendo entre 1160 y 1185, aproximadamente, para un público aristocrático y refinado, se inspira en las leyendas bretonas, con sus mágicas maravillas, y en la poesía lírica provenzal, con su casuística amorosa. Todas sus novelas se refieren al ciclo arturiano: *Erc et Enide* (hacia 1165-1170), *Cligès* (hacia 1170-1171, pág. 239), *Lancelot ou La Charrette* (hacia 1172-1173), *Yvain ou le Chevalier au Lion* (hacia 1175), *Perceval ou le Conte du Graal* (entre 1174 y 1185). No obstante, el lugar concedido al culto de la Dama, para satisfacer los caprichos de la cual el caballero realiza innumerables proezas, hace de su obra la ilustración más acabada de los temas corteses, y su celebridad le valió ser traducido, adaptado e imitado en alemán, en inglés y en galés. La palabra *aventura,* que antes de él significaba acontecimiento fortuito, golpe de suerte, pasa a ser en él *prueba*

que valoriza el sentimiento heroico de la vida (Bezzola).
(Cf. F. E. Guyer, *Chrétien de Troyes, Inventor of the Modern Novel,* 1957; BIBL. HISTORIA LITERARIA: J. Frappier.)

D

DANTE.
El más grande poeta de la Edad Media, nacido en 1265, muerto en 1321. Procedente de una familia florentina notable, se vio mezclado pronto en actividades políticas y se distinguió como partidario de la autonomía del poder temporal frente al espiritual *(De monarchia)* y de la independencia de Florencia frente al papado (GIBELINOS). Eliminado del poder en 1301, fue condenado a destierro perpetuo. Su vida no fue desde entonces más que un largo errar a través de Italia, hasta su muerte, acaecida en Rávena. El gran acontecimiento de su vida fue su encuentro con Beatriz, a la que conoció en la adolescencia, pero que murió pronto y que se convirtió para él en el ideal de la mujer amada, inspirándole la *Vita nuova* (hacia 1293). Su obra esencial es la *Divina Comedia,* vasto poema en tres partes, que presentan alegóricamente el itinerario del alma, desde las torturas del Infierno al Purgatorio y a las cumbres del Paraíso. En esa marcha, el poeta es conducido sucesivamente por Virgilio, símbolo de la cultura antigua de la que Dante estaba nutrido, y por Beatriz, símbolo de la Revelación cristiana. La *Commedia* (llamada *divina* en el siglo XVI) es una sublime «summa» poética del saber y de la mentalidad medievales, pero se halla totalmente volcada hacia el pasado. Es un grandioso monumento «reaccionario». En el *De monarchia,* escrito en latín, expresa su ideal político de una Cristiandad unida bajo la dirección del Imperio (pág. 131), sueño muerto ya en esta época, pese a que la venida a Italia (1310-1313) de Enrique VII suscita en Dante vanas esperanzas. En el *Convivio* (Banquete), inacabado, Dante intentó componer una enciclopedia a la manera del *Tesoro* de su maestro Brunetto Latino. El *Le vulgari eloquentia* es una tentativa para crear una lengua italiana literaria.

DERECHO.
Concepción sabia de la justicia, que no renace hasta el siglo XII, con el Derecho canónico *(Decreto de Graciano)* y la renovación del Derecho romano, consagrado por las facultades de decretos que poseían las Universidades del siglo XIII. (Véase págs. 375 y sigs. y BIBL. DERECHO E IDEAS POLÍTICAS.)

DIABLO.
El mal compañero de todos los instantes. Tentador y seductor. Poderoso por sus engaños. «El viejo enemigo del género humano.» (Páginas 224 y sigs.)
La boga del — en la literatura medieval a partir del siglo XI (pág. 358).
El — y la iconografía (ver *ils. 74, 76 a 79* y *reverso de la cubierta*).

DIALÉCTICA.
Arte del trivium (véase ARTES LIBERALES), que toma con la escolástica una importancia de primer orden (véase ESCOLÁSTICA). Adquiere su mayor importancia en París, a partir de ABELARDO (pág. 442).

DIOS.
Más fácilmente visto como Padre o Hijo concreto que como Trinidad. El que «no miente jamás» (pág. 479). Reside en el cielo. Concebido por la sociedad feudal como soberano supremo (véase ANSELMO, San), cabeza de la jerarquía celeste (págs. 217 y sigs. y *lámina color VI*).

DOMINGO (Santo).
Domingo de Guzmán, nacido hacia 1170 en Caleruega, Castilla la Vieja, de una familia de hidalgos, fue canónigo en Osma. Habiendo seguido en 1203 a su obispo en una misión por el extranjero, quedó consternado ante la importancia que había adquirido el catarismo en el sur de Francia y no vio otra solución para la lucha contra la herejía que la predicación evangélica. En 1207 fundó en Prouille un monasterio para mujeres heréticas convertidas, pero su predicación y la de sus compañeros no tuvo otro éxito. Hasta después de la derrota de los albigenses en Muret (1213), no fue acogido en Toulouse, junto con sus compañeros, por el obispo Foulques, un antiguo trovador (1215). Habiendo asistido al IV Concilio de Letrán, en 1215, aceptó gustosamente la regla que le dio en diciembre de 1216 el papa Honorio II. En 1218-1219 realizó un gran viaje a pie desde Roma a Toulouse. Después marchó a España y, desde allí, a París, Milán y Roma. Presidió en 1220 y 1221 los dos prime-



57. ESQUEMA DE UN DOMINIO SEÑORIAL

1. Reserva. — 2. Tenencias
(Según Bossuat-Devisse)

ros capítulos generales de los hermanos predicadores en Bolonia, donde murió en 1221 (págs. 131, 318, 462 y 463).
Fundaciones dominicas (véase *mapa 3, página 73*).
(Cf. M. H. Vicaire, *Histoire de saint Dominique*, 1957.)

DOMINIO.
Forma económica de la señoría (pág. 138). Intenta satisfacer todas las necesidades económicas: cultivo (campos), cultivos especializados (viñedo, hasta el punto que el clima lo permite), ganadería (prados), bosques, fuerza hidráulica (río), piscicultura (ríos y estanques) (pág. 119). Dividido en una parte cultivada directamente por el señor, sobre todo gracias a las corveas de los campesinos *(reserva)*, y otra distribuida entre los campesinos *(mansos, tenencias)*. Según la coyuntura económica y social, la proporción entre reserva y tenencias varía.

DUALISMO.
Forma fundamental de la lucha (duelo), que se encuentra también en la vida moral y espiritual (véase MANIQUEÍSMO) (págs. 459 y 460).

DUNS SCOTO.
El escocés Duns Scoto, nacido hacia 1266, entra en los franciscanos de Dumfries en 1281, estudia y enseña en Oxford y en París y, más tarde, en Colonia, donde muere hacia 1308. Su comentario oxoniano de las sentencias, *Opus oxoniense*, es la más conocida de sus obras. Representa la ruptura del equilibrio tomista entre la razón y la fe. Agustiniano, Duns Scoto coloca la voluntad por encima de la razón. Heidegger ha visto en él un antepasado del existencialismo. Aunque sus sutilidades escolásticas hayan hecho de él un blanco preferido de los humanistas del siglo XVI, que se burlan de los «*barbouillamenta Scoti*», anuncia al hombre del Renacimiento al cortar las vías racionales hacia la fe y al permitir al libre arbitrio degenerar en todas las tiranías (págs. 593 y 595).

E

ECKHART (Maestro).
Nacido hacia 1260 en una familia de caballeros turingios, Eckhart pasa por el noviciado dominico de Erfurt, por el *studium* de los predicadores en Colonia y por la Universidad de París, donde recibe el grado de doctor en 1302. Provincial de Sajonia (1303), vicario general de Bohemia (1307), provincial de Alemania (1310), prior de Estrasburgo (1313), director del *studium* de Colonia, es perseguido a causa de sus enseñanzas por el Capítulo General de su orden en Venecia (1325) y condenado por el papa inmediatamente después de su muerte (1329). Su misticismo fue explotado por los adeptos de la *devotio moderna*, begardos y hermanos del libre espíritu, pero, aunque anuncia la piedad y la teología más «directas» de la Baja Edad Media, sigue estando fuertemente impregnado por la escolástica (pág. 597).
(Cf. J. Ancelet-Hustache, *Maître Eckhard et la mystique rhénane*, 1956.)

EDAD DE ORO.
Mito pagano vuelto a utilizar por una parte de la literatura medieval (LE ROMAN DE LA ROSE): sueño de un retorno a una sociedad anterior al feudalismo sin señores (págs. 263 270-272).

EDAD MEDIA.
La expresión «Edad Media» aparece por primera vez en el siglo XV entre los humanistas

italianos para designar el período intermedio entre la Antigüedad y los tiempos nuevos del Renacimiento (con la significación de período de regresión bárbara). El primer empleo conocido del término es el que hizo de él en 1469 Giovanni Andrea, bibliotecario pontificio y humanista renombrado, que distinguió «a los antiguos de la Edad Media *(media tempestas)* de los modernos de nuestro tiempo». De todas maneras, la expresión «Edad Media» no parece haber sido de uso corriente antes de finales del siglo XVII. En Alemania, se encuentra por vez primera en el filólogo e historiador Cristóbal Keller (Cellarius), que estableció la división de la historia humana en tres partes: Antigüedad, Edad Media *(media tempora)* y Tiempos Modernos. Se la vuelve a hallar en el historiador alemán George Horn, en su *Arca de Noé* (1666), para quien el *medium ævum* va desde la gran invasión de los pueblos escíticos, en el año 300, hasta el 1500. La distinción fue consagrada en Francia por Du Cange en su *Glossarium* de 1678. Pasó a la lengua vulgar en el siglo XVIII, como testifica el título de una obra de De Grace, publicada en 1789: *Tableaux historiques et chronologiques de l'histoire ancienne et du Moyen Age.* Puesta de moda y en un lugar de honor por los románticos, perdió poco a poco en el curso del siglo XIX su sentido peyorativo. Victor Cousin es testimonio de ello: «Después de haber blasfemado de la Edad Media —escribe hacia 1840—, hoy día se ponen a estudiarla con ardor y con pasión.» No obstante, subsisten ciertas prevenciones. Así lo demuestra Renán: «La Edad Media es para los tiempos modernos lo que la edad heroica era para la Antigüedad.» En la periodización de la historia, los historiadores occidentales colocan, en general, el fin de la Edad Media en 1453 (toma de Constantinopla por los turcos) o en 1492 (descubrimiento de América). Los historiadores marxistas lo hacen en el siglo XVII. La fecha de su comienzo es objeto de muchas controversias. ¿Conversión de Constantino? ¿Invasiones bárbaras? ¿Fin del Imperio de Occidente? O, aún, ¿interrupción de las relaciones marítimas entre el Oriente y el Occidente después de las conquistas árabes? El marxismo da de la Edad Media una definición original. Para los historiadores soviéticos constituye «la fase de desarrollo histórico de la humanidad en el curso de la cual el modo de producción feudal dominó en la mayoría de los países de Asia, de Europa y en un cierto número de países de África. La Edad Media es la época de la aparición, del desarrollo y de la decadencia, a escala mundial, del modo de producción feudal, de las relaciones sociales feudales». (Véase INTRODUCCIÓN.)
(Cf. Biriukovitch y Levitski: *Histoire universelle,* 1957.)

EDADES.
División de la historia o de la vida humana, que proporcionan cuadros objetivos (infancia, juventud, edad madura, vejez) a una psicología y a una moral individuales y sociales y que conjugan las divisiones por civilizaciones o por clases (págs. 233 y 418).

EDUARDO EL CONFESOR.
Rey de los anglosajones (1042-1066) (pág. 103). Sus milagros *(il. 85).*

EDUARDO I.
Nacido en 1240, muerto en 1307, hijo de Enrique III, subió al trono en 1272. Su obra administrativa y legislativa le ha valido el título de «Justiniano inglés». Durante su reinado se instauró el equilibrio entre el poder real y el control parlamentario (Parlamento modelo de 1295). Luchó contra los galeses y fue el primero en dar al heredero de la corona el título de príncipe de Gales. Guerreó igualmente contra los escoceses y debió defender sus posesiones continentales contra el desgaste a que trataba de someterlas FELIPE EL HERMOSO (pág. 143, *il. 206*).

EGINHARD.
Nacido en Maingau hacia el 770, muerto en la abadía de Selingenstadt en el 840. Biógrafo de CARLOMAGNO *(Vita Karoli Magni).* Estudió en la escuela de Fulda, después en la *scola palatii,* bajo la dirección de ALCUINO. Reside en la corte de Carlomagno. Secretario de Luis el Piadoso, preceptor de Lotario. Tipo del intelectual laico de la época carolingia: historiador y teólogo, letrado y devoto (pág. 381).

EMPERADOR.
Jefe teórico de la jerarquía laica, igual y rival del papa (págs. 141, 142, 360 y sigs.). De hecho, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, poco diferente de los reyes en sus verdaderas prerrogativas. Emperador del Fin de los Tiempos, adversario benefactor del An-

ticristo, que, en una perspectiva milenarista, debe conducir a la humanidad hacia la salvación y, de momento, hacia una nueva edad de oro.
(Véase FEDERICO II.)
Insignias imperiales (pág. 365 e *il. 126*).

ENCARNACIÓN.
Acontecimiento máximo de la Historia. Encuentro de Dios y del hombre.
Objeto esencial de la reflexión de San Anselmo en el *Cur Deus homo* (pág. 235).

ENFERMEDAD.
Consecuencia y castigo del pecado (págs. 428 y 429). —y Medicina (págs. 328 y sigs.).

ENGAÑO.
(Véase ASTUCIA, MENTIRA.)

ENRIQUE I BEAUCLERC.
Rey de Inglaterra de 1100 a 1135.
Su sueño en 1130 (pág. 416 e *ils. 117-118*).

ENRIQUE II PLANTAGENET
Nacido en 1133, muerto en 1189. Hijo de Godofredo Plantagenet, conde de Anjou, y de Matilde, hija de Enrique I de Inglaterra, fue sucesivamente dueño de la Normandía (1150), del Anjou a la muerte de su padre (1151), del Poitou, de la Guyena y de la Gascuña por su casamiento con Eleonor de Aquitania, divorciada de Luis VII de Francia (1152), y de la corona de Inglaterra a la muerte del rey Esteban (1154). Restauró y desarrolló el poder real inglés y fue el primer soberano occidental cuya administración y justicia (que gustaba de administrar personalmente) se impusieron en todo su reino (pág. 143). Sin embargo, chocó contra la resistencia de la Iglesia y, sobre todo, del arzobispo de Cantorbery TOMÁS BECKET, cuya muerte (1170) le fue imputada y le valió un odio tenaz del papado y de la Iglesia, a pesar de la penitencia pública que se impuso sobre la tumba del obispo, considerado como un mártir por la Iglesia.
(Cf. J. Boussard, *Le gouvernement d'Henri II Plantagenêt,* 1956.)

ENRIQUE EL LEÓN.
Nacido en 1129, duque de Sajonia y de Baviera, de la familia de los Welf, uno de los jefes de la expansión germánica hacia el Este, por conquista, colonización, desarrollo del comercio o cristianización, a partir de los obispados de Mecklenburgo, Oldenburgo y Ratzeburgo, que estaban a su discreción. En conflicto con FEDERICO BARBARROJA (pág. 148), cuya política italiana no quería apoyar y que lo encontraba excesivamente poderoso, fue depuesto por el emperador en 1180 y debió exiliarse a Inglaterra. Acabó su vida en el retiro de Brunswick en 1195. Verdadero fundador de LÜBECK (1159).

EPIDEMIAS.
Frecuentes en una población fisiológicamente deficiente, agrupada en comunidades y aglomeraciones con una higiene primitiva. Engendran un temor pánico al *contagio*. Se dividen en epidemias «normales», que no atacan más que a los pobres, y en epidemias excepcionales, signos de la cólera divina, que son sufridas por todas las clases sociales. Igualmente frecuentes y desastrosas para el ganado (epizootias) (págs. 635 y sigs., *lám. col. V*).

ERMITAÑOS.
Numerosos, son modelos y guías espirituales, particularmente durante los períodos de reforma religiosa (siglos XI y XII) (pág. 130).
Personajes significativos de los CANTARES DE GESTA. Directores de movimientos: san Juan Bautista, San Antonio (págs. 259 y sigs.).
Tentación de San Antonio (véase *il. 60*).
(Cf. *L'eremitismo in Occidente nei secoli XI-XII,* La Mendola, 1962; J. Leclercq, *St. Pierre Damien ermite et homme d'Eglise,* 1960.)

ESCALA.
Símbolo del esfuerzo ascendente de la vida espiritual (escala de Jacob, escala de las Virtudes). (Véase *il. 188,* pág. 228.)

ESCLAVOS.
Legado de la Antigüedad a la Edad Media, desaparecen durante la Alta Edad Media en tanto que factor importante de la vida económica. Subsisten como domésticos, proporcionados esencialmente por el comercio veneciano y genovés y las capturas sobre los musulmanes.
(BIBL. LA SOCIEDAD: INTEGRACIONES Y EXCLUSIONES: C. Verlinden, 1955.)

ESCOLÁSTICA.
Método de enseñanza, que se desarrolla en las ESCUELAS urbanas durante el siglo XI y,

más aún, el XII, después en las UNIVERSIDADES, en oposición creciente con los métodos y el espíritu de las escuelas monásticas. Si bien la finalidad es la misma, esto es, encontrar a Dios por medio de la ciencia, la escolástica da pronto a la *fides quærens intellectum* del monje San Anselmo una preponderancia decisiva, concediendo a los procesos «racionales» del pensamiento una importancia cada vez mayor y cada vez más alejada de las vías místicas de la cultura monástica. La misma Teología escolástica se convierte en una ciencia, cuyos monumentos más acabados son las SUMMAS de los doctores del siglo XIII: Alejandro de Hales, Raimundo de Peñafort, SAN BUENAVENTURA, SANTO TOMÁS DE AQUINO y otros (el *Opus majus* de ROGELIO BACON es también una *summa).* Todos esos nombres pertenecen a franciscanos o dominicos, lo que manifiesta que la escolástica no es ni antimonástica ni antimística en conjunto, sino únicamente en relación a ciertas tradiciones anacrónicas con la Cristiandad en expansión de los siglos XII-XIII. Aunque el punto de partida metodológico es el mismo —las siete ARTES LIBERALES, agrupadas en los dos ciclos del *trivium* y del *quadrivium* (Aritmética, Música, Geometría, Astronomía)—, la escolástica ha hecho experimentar a ese programa modificaciones capitales. La ciencia clave es la DIALÉCTICA, ciencia del razonamiento, y las artes del quadrivium se orientan hacia una práctica cada vez más inclinada a la experimentación (esto será verdad tan sólo durante un cierto tiempo; pronto la teoría invadirá y fosilizará la ciencia escolástica). Las *artes mecánicas,* en otro tiempo despreciadas porque van dirigidas a la vida material, se acercan a las *artes liberales,* a favor de la promoción de la vida activa y del diálogo que esta vida desarrolla con la vida contemplativa. Una nueva lista, es decir, una nueva clasificación de las ciencias, más rica, mejor articulada (en la que entra especialmente la *Física)* tiende a reemplazar el *Heptateucon* tradicional. Si bien la base de la enseñanza sigue siendo la *lectio,* la lectura de los textos y, en primer término, del texto sagrado de la Biblia, la *sacra pagina,* la lectura bíblica evoluciona profundamente. La búsqueda tradicional de los *cuatro sentidos,* que culmina en la aprehensión mística del sentido secreto, se sustituye cada vez más en mayor grado por un proceso «lógico». La *lectio* proporciona *autoridades,* que son puestas en *questio.* La cuestión es discutida «racionalmente». Es la *disputatio,* de la que el maestro saca su *conclusio* personal. Las *magistralia,* las opiniones de los profesores —que abren paso a las conclusiones individuales de cada uno— se ponen al lado de las *authentica,* de las autoridades tradicionales. Esta transformación decisiva de los métodos escolares e intelectuales es el producto de una nueva sociedad urbana. Constituye la técnica de una profesión nueva, de una corporación, la *universitas* de los maestros y de los estudiantes. Pasa a ser asunto de *profesionales,* que, por su trabajo, van a reclamar un *salario.* Consume en forma creciente *libros,* convertidos en *instrumentos* de trabajo entre las manos de una nueva categoría social: la de los trabajadores intelectuales (págs. 467-469).
(BIBL. HISTORIA INTELECTUAL y especialmente M. Grabmann, A. Brunet, G. Paré, P. Tremblay, M. D. Chenu y J. Le Goff.

ESCRITURA.
1.º (Véase BIBLIA y pág. 434.)
2.º Instrumento de la vida intelectual y social. Evoluciona con la sociedad: *minúscula carolingia* para una selección destinada a gobernar la Iglesia y el Estado; *cursiva* de las universidades y de las escuelas urbanas, ligada a la «desacralización» del bagaje intelectual (págs. 183 y 462, *ils. 40, 154, 155*).

ESCUELA
Centro de vida intelectual y de promoción social. Largo tiempo reservada a los clérigos (escuelas monásticas, interiores, para los oblatos destinados al convento, y exteriores, menos numerosas después de la reforma de 817 debida a San Benito de Aniana; escuelas episcopales). Monopolio de la Iglesia, discutido por las ciudades (escuelas «comunales» para la burguesía).
(Véase *Atlas, mapa V, pág. 515* y pág. 123.)

ESCUELA DE CHARTRES.
Muy reputada ya en el siglo XI, bajo FULBERT, conoció su principal apogeo en el siglo siguiente, en el que pasó a ser uno de los más importantes centros del Renacimiento del siglo XII. Los principales maestros que la ilustraron fueron: Yves de Chartres, obispo de la ciudad (1090-1115) y canonista; Bernardo de Chartres, maestrescuela de 1114 a 1119, canciller de 1119 a 1126, que fundaba su enseñanza en la Gramática y resucitó un apólogo

antiguo: «Somos enanos encaramados en las espaldas de gigantes. Vemos de esta manera mucho más lejos que ellos, no porque nuestra vista sea más aguda o nuestra talla más alta, sino porque nos llevan en el aire y nos elevan con toda su altura gigantesca.» Afirmaba de esta manera el valor de la herencia de los antiguos, al mismo tiempo que la posibilidad de un progreso intelectual indefinido. Gilberto de la Porrée, teólogo y filósofo, ocupó el cargo de canciller de 1126 a 1140. San Bernardo lo acusó de herejía a propósito de sus opiniones sobre la Trinidad, pero escapó de la condena. Thierry de Chartres, filósofo de la Unidad, le sucedió entre 1142 y 1150 y se consagró al estudio de Platón y de las tesis pitagóricas. Guillermo de Conches, un razonador («¿Qué hay más miserable que decir: "Esto es así porque Dios puede hacerlo", y no saber la razón por la cual esto es así, no poder demostrar por qué esto es así?»), enseñó en Chartres entre 1120 y 1150 aproximadamente, a partir de los textos de Platón, Séneca, Macrobio y Boecio, antes de terminar su carrera en la corte de Godofredo Plantagenet, conde de Anjou. JUAN DE SALISBURY (1115 apr.-1180), discípulo de Guillermo de Conches, fue un magnífico letrado y se burló de los excesos de la lógica contemporánea, cuyas preguntas eran, según él, las siguientes: «El cerdo que se lleva al mercado, ¿va conducido por el hombre o por la cuerda?» Bernardo Silvestre escribió una *Cosmografía* (hacia 1150), que tuvo una gran popularidad durante toda la Edad Media. Esta obra exponía, en prosa y en verso alternados, los temas platónicos y pitagóricos en honor a Chartres. Una pedagogía original se desarrolló en Chartres, fundada en un estilo de enseñanza progresivo y continuo. Su aportación más esencial es, sin embargo, la renovación de los estudios filosóficos, literarios y científicos, fundada en el redescubrimiento de la Antigüedad, especialmente de ARISTÓTELES, Virgilio y, sobre todo, Platón. (Véase página 443, *il. 152* y *Atlas, mapa V, página 515*.)

ESCUELA DE SAINT-VICTOR DE PARÍS.
Fundada por GUILLERMO DE CHAMPEAUX, tras su retirada en 1108 al claustro de Saint-Victor, monasterio suburbano (situado en las laderas de la montaña de Sainte-Geneviève) de canónigos regulares. Manifiesta un esfuerzo de síntesis entre la cultura profana y la vida espiritual. Su biblioteca —que Rabelais ridiculizará— es, de hecho, muy notable para el siglo XII. Hugo de Saint-Victor (muerto en 1141) conduce a sus discípulos a la contemplación por el estudio de las artes liberales y de la Teología, dibujando así una síntesis doctrinal comparable a la de San Agustín. Ricardo de Saint-Victor, su discípulo y sucesor (muerto en 1173), y Andrés de Saint-Victor (muerto en 1175) se consagran principalmente a la exégesis bíblica, incluyéndose en la escuela de los rabinos judíos. Achard, abad de Saint-Victor de 1155 a 1160 (muerto en 1171), impulsa el estudio filosófico y teológico de la Trinidad. Godofredo de Saint-Victor (muerto en 1194) exalta la riqueza y la dignidad de la naturaleza humana, resumen del universo, microcosmos. Escuela del optimismo cristiano, aunque cada vez más inclinada hacia el misticismo, la escuela de Saint-Victor no desdeña la polémica en un momento en que es incapaz de seguir la evolución de las escuelas urbanas hacia la dialéctica y la escolástica. Gauthier de Saint-Victor compone en 1177-1178 el *Contra IV labyrinthos Franciae,* extremadamente crítico contra Abelardo, Pedro Lombardo, Gilberto de la Porrée y Pedro de Poitiers (págs. 443 y 445).
(Cf. R. Baron, *Science et sagesse chez Hugues de Saint-Victor,* 1957; G. Dumeige, *Richard de Saint-Victor et l'idée chrétienne de l'amour,* 1952; R. Baron, *Hugues et Richard de Saint-Victor,* 1961.)

ESCUELA DE SALERNO.
Organizada progresivamente en los siglos IX y X, comenzó a irradiar en el XI, un siglo antes de la escuela de Montpellier. En Salerno, encrucijada de influencias árabes, judías y bizantinas, centro de estudio de antiguos manuales griegos y latinos, largo tiempo olvidados hasta la época carolingia, cristaliza un renacimiento de la Medicina. En el siglo XI, los maestros de Salerno traducen del griego a Hipócrates y Nemesius y, a partir de los textos árabes, a Galeno. La práctica no es olvidada y la enseñanza se acompaña, sin duda, con disecciones públicas de animales. Roger de Salerno es, a finales del siglo XII, el primer cirujano de la Edad Media. El *Regimen Sanitatis Salernitanum,* base de la ciencia médica hasta el Renacimiento, fue compuesto a principios del siglo XIII (pág. 481).
(Cf. B. Lawn, *The Salernitan Questions,* 1963.)

ESPECIAS.
Todos los productos raros, de gran valor debido a su escaso volumen, importados de Oriente. La principal es la pimienta (páginas 120 y 482).

ESPÍRITU SANTO.
Tercera persona de la Trinidad. Objeto de una devoción sabia o, más raramente, de una piedad grosera (Espíritu Santo bajo la forma de Paloma). Anima una espiritualidad escatológica: el *Paráclito* (págs. 218 y 219).

ESTADO.
1.º En el sentido moderno, desaparece poco a poco durante la Edad Media, para reaparecer lentamente con el renacimiento, a partir del siglo XII, de poderes públicos (monárquicos o urbanos), distintos de los poderes feudales y superiores a ellos (págs. 84, 141, 151 y 367).
2.º Categorías sociales y profesionales, sin matiz sagrado, por oposición a los *órdenes* queridos por Dios: los *estados del mundo.* (Véase *ils. 27, 61, 115, 116* y págs. 356 y sigs.)

ESTATUA.
Evolución de la — *(ils. 219 a 226).*

ESTEBAN DE MURET.
Fundador de la orden de Grandmont, en 1074. (Véase pág. 129 y ÓRDENES MONÁSTICAS.)

EUROPA.
Una de las tres partes del mundo para los clérigos. Opuesta al África y al Asia, por ejemplo en las Cruzadas. Noción sabia, que no suscita reflejos afectivos, a diferencia de la de CRISTIANDAD (págs. 193-195).

EVA.
La mujer, la gran pecadora (pág. 225). Se opone a María, la nueva Eva. Atrae y espanta al mismo tiempo. (Véase *ils. 62-64, 77 y 78,* págs. 354 y sigs., *lám. col. VII y anverso de la cubierta.*)

EXCLUIDOS.
Los parias de la sociedad medieval: JUDÍOS *(il. 57),* heréticos, EXTRANJEROS, deformes y, sobre todo, leprosos *(il. 127).*
Job *(il. 129).*
Danza de los ahorcados *(il. 130).*

EXTRANJEROS.
Elementos externos de la población, sospechosos. Sometidos a un derecho especial, en general jurídicamente disminuidos *(albarranes)* (págs. 429 y 430).
(BIBL. LA SOCIEDAD: INTEGRACIONES Y EXCLUSIONES: *Recueils de la Société Jean Bodin.*)

F

«FABLIAUX».
Cuentos cómicos en verso, compuestos especialmente en Picardía a finales del siglo XII y durante el XIII. Aproximadamente 150 de esas obras, por regla general anónimas, han llegado hasta nosotros. Provistas de una inspiración satírica poderosa, sus autores se burlan de los ideales y de las costumbres de las clases dirigentes: señores y clero. Son esencialmente antifeudales, anticorteses, anticlericales. Ponen a la vista —se rían o no de ellos— sentimientos rastreros: glotonería, concupiscencia, con toda evidencia destinados a ofender y que van fácilmente hasta la obscenidad. Recogen una parte de los temas folklóricos, otra parte de los cuales penetra en las NOVELAS y los CANTARES DE GESTA. Los *fabliaux* parecen haber sido especialmente apreciados en los medios burgueses urbanos, pero su sabor es sobre todo rural. Un solo ciclo se ha desarrollado a partir de los *fabliaux:* el ROMAN DE RENART (pág. 408).
(BIBL. HISTORIA LITERARIA: Per Nykrog, 1957.)

FAMILIA.
Célula esencial de la sociedad medieval. En líneas generales, evoluciona, desde la familia amplia, agnática (véase LINAJE para la casta militar), hacia la familia restringida, reducida a los ascendientes y descendientes directos (*il. 171* y págs. 381 y sigs.).

FE.
Virtud feudal suprema. (Véase págs. 89 y 136, y FEUDALIDAD, Definiciones.)

FEDERICO BARBARROJA.
Nacido hacia 1123 y muerto en 1190, duque de Suabia, sobrino de Conrado III, elegido como rey de Germania en Francfort (1152), como descendiente de las dos familias rivales Welf y Waiblingen (GÜELFOS Y GIBELINOS), coronado emperador en Roma en 1155 (pági-

na 361). Intentó afirmar, con éxito diverso, la autoridad imperial en Italia y en Alemania. En Italia, ayudado por los juristas de Bolonia, luchó contra el papa ALEJANDRO III, al cual opuso tres antipapas, y contra las ciudades lombardas, que, después de haber fingido aceptar sus pretensiones en la Dieta de Roncaglia (1158), le hicieron sufrir una humillante derrota en Legnano (1176) (pág. 150). No obstante, por la Paz de Venecia (1177), firmada con el papa, recuperó, a cambio de concesiones de prestigio, la parte esencial de sus derechos, si no de su poder en Italia (pág. 142). En Alemania combatió con mayor éxito a los grandes señores feudales y consiguió desterrar al más poderoso de ellos, ENRIQUE EL LEÓN (pág. 148). En 1190, cuando se dirigía a Tierra Santa a la cabeza de un ejército con objeto de intervenir en la III Cruzada (*mapa 13, pág. 107*), se ahogó en un río de la Cilicia. No habiendo sido encontrado su cadáver, nació una leyenda según la cual no había muerto, sino que se había dormido en una caverna de la montaña de Kyffhäuser, en Turingia, esperando para venir a ponerse a la cabeza del pueblo alemán. Esta leyenda se vio, a partir del siglo XIII, más o menos mezclada con los mitos milenarios, unidos a la persona de FEDERICO II, «Emperador de los Últimos Tiempos».

FEDERICO II.
Nacido en 1194, muerto en 1250, hijo del emperador Enrique IV y de Constanza, hija de Roger II de Sicilia, se convirtió, después de la muerte de su padre, en rey de Sicilia (1198). El papa INOCENCIO III, su tutor, favoreció su elección como rey de Germania en 1211-1212, y Honorio III lo coronó emperador en Roma en 1220 (*il. 132* y pág. 361). Sin embargo, a partir de 1228 sostuvo una violenta lucha contra los papas Gregorio IX e Inocencio IV (pág. 142). En 1229, aunque excomulgado, llevó a cabo una Cruzada en Tierra Santa y obtuvo de los musulmanes, por medio de un tratado, la restitución de Jerusalén (pág. 111), donde fue coronado el 18 de marzo (*mapa 14, pág. 109*). Se interesó más por Italia que por Alemania. Quiso reinar en ella como monarca oriental, rodeándose de sabios cristianos, judíos y árabes, interesándose por las ciencias, reuniendo una colección de fieras, escribiendo un tratado de cetrería que es una verdadera obra de zoología, rodeándose de un harén y de eunucos, dando a sus Estados italianos una notable legislación (pág. 148) (Constituciones de Melfi en 1231, fundación de una Universidad del Estado en Nápoles en 1224) y haciendo gala, en ciertas circunstancias, de una crueldad ejemplar. Personaje enigmático, seductor, fue llamado por sus contemporáneos: «*Stupor mundi et immutator mirabilis*». Favoreció la creación de una visión legendaria de su persona y de su misión y fue transfigurado en imagen mítica del «Emperador del Fin de los Tiempos», llamado a restaurar la EDAD DE ORO en la tierra, mientras que sus adversarios lo identificaban con el ANTICRISTO (pág. 266).
(BIBL. DERECHO E IDEAS POLÍTICAS: E. Kantorowicz.)

FELIPE AUGUSTO.
Felipe II Augusto, rey de Francia, nacido en París el 12 de agosto de 1165, muerto en Mantes el 14 de julio de 1223. Fue consagrado en Reims en 1179, todavía en vida de su padre, Luis VII. A la muerte de este último (1180) (*mapa 25, pág. 145*), el conde de Flandes ocupó la regencia. Disgustado con Felipe (1181), el regente provoca una coalición feudal. En 1186, Felipe II ha batido a todos sus enemigos. Arranca al conde de Flandes, Amiens y el Vermandois. En el exterior, lleva a cabo una lucha sin tregua contra los reyes de Inglaterra, explotando las querellas entre Enrique II (muerto en 1189) y sus dos hijos RICARDO CORAZÓN DE LEÓN (muerto en 1199) y Juan sin Tierra. Su obra fue comparada por sus contemporáneos a la de CARLOMAGNO. Ensancha considerablemente el dominio real y extiende su autoridad sobre todos los grandes feudos (pág. 144), apoyándose en la Iglesia y en las ciudades. Su intervención internacional fue considerable, lo mismo en la crisis de la monarquía inglesa (Carta Magna), que en los asuntos del Imperio. La victoria de Bouvines (27 de julio de 1214) consagra la victoria de FEDERICO II contra su concurrente Otón de Brunswick, al mismo tiempo que la superioridad del poder real capeto sobre la feudalidad del Norte.
Su papel en la III Cruzada (véase pág. 111 y *mapa 13, pág. 107*).

FELIPE EL HERMOSO.
Felipe IV, nacido en 1268 y muerto en 1314, hijo de Felipe III el Atrevido y nieto de SAN

LUIS. Subió al trono en 1285. Personalidad mal conocida y que se mantiene enigmática. Su reinado parece oponerse al de San Luis como una leyenda negra a una leyenda dorada: escándalos familiares (las nueras reales en la torre de Nesle); procesos vergonzosos y persecuciones contra los judíos, los lombardos (mercaderes y banqueros italianos), los Templarios (pág. 427), las corporaciones; mutaciones monetarias (devaluaciones), que le valen por parte de sus enemigos el epíteto de «monedero falso». Se trata, en efecto, del comienzo de la gran crisis del siglo XIV. Felipe el Hermoso y sus consejeros, procedentes de las Facultades de Derecho («legistas»), se aprovechan de ella para reforzar la centralización monárquica y humillar al papado (atentado de Agnani contra BONIFACIO VIII), que se ve obligado a reconocer la independencia y la soberanía reales en el dominio temporal (páginas 142 y 144).
(Cf. K. Wenck, *Philip der Schône von Frankreich, seine Persönlichkeit und das Urteil der Zeitgenossen,* 1905.)

FERIAS.
Facilitan a la sociedad medieval los productos que no es posible encontrar normalmente. Triunfan con el apoyo de la Iglesia, que bendice las ferias, y con el sostén de los príncipes, que instituyen sobre sus tierras un derecho de protección a las ferias. Durante los siglos XII-XIII, las más importantes son las de la Champagne: Troyes, Châlons, Provins, Lagny. (Véase *Atlas, mapa VIII, pág. 525,* y pág. 120).
— del Lendit (véase *il. 108*).
(BIBL. COMERCIO, MONEDA, MERCADERES: *Recueils de la Société Jean Bodin.*)

FEUDALIDAD (Uso ideológico de la palabra).
1.º La palabra «feudalidad» aparece por primera vez entre los juristas ingleses (H. Spelman, por ejemplo) en el siglo XVII. Designa en su origen el régimen jurídico del feudo, único elemento viviente en esta época del viejo régimen medieval. Acentuando el aspecto real del sistema feudal, el término deja en la sombra las relaciones personales, ya sin significación en esta época. De ahí la confusión de lenguaje que caracteriza desde este punto de vista al siglo XVIII y a una buena parte del XIX, siendo empleada la palabra feudal como sinónimo de régimen territorial de las tenencias. Confundiendo sujetos y vasallos, señoría y feudalidad, se viene a calificar de derechos feudales a los que pesaban sobre las tenencias campesinas y que fueron abolidas en Francia durante la noche del 4 de agosto de 1789. De hecho, la Revolución de 1789 atacó a la señoría rural mucho más que a la feudalidad propiamente dicha, que estaba muerta desde hacía ya largo tiempo.
2.º Desde el siglo XVIII, no obstante, ciertos autores estudiaban la feudalidad desde un punto de vista político. Boulainvilliers (*Histoire de l'ancien gouvernement de la France,* 1727) exalta esta época en que la nobleza era reina. Montesquieu, por el contrario, la considera como un período de la historia caracterizado por el fraccionamiento de los poderes públicos y considera que es un honor para los reyes el haber fragmentado la feudalidad para restablecer el orden. Voltaire, en fin, en su *Essai sur les moeurs* (cap. XXXIII), subraya el hecho de que «la feudalidad no supone en manera alguna un acontecimiento. Es una forma muy antigua, que subsiste en las tres cuartas partes de nuestro hemisferio con administraciones diferentes».
3.º La definición actualmente admitida por la mayor parte de los historiadores de la feudalidad se ha ido formando progresivamente en el curso del siglo XIX. Guizot, Michelet, Fustel de Coulanges, Savigny, Stubbs y muchos otros se han dedicado a delimitar la importancia respectiva de los lazos personales y del feudo y el lugar que ocupaba el régimen feudal en los Estados.
4.º Para Marx y para los historiadores marxistas, se trata de algo muy diferente a un método de gobierno. Para ellos, en efecto, constituye un cierto tipo de organización económica y social, caracterizada por el dominio y la señoría, en la cual el feudo no interviene más que como una manifestación secundaria, limitada a la clase superior y que incluso no siempre existe. El sistema feudal se inserta en la historia de las sociedades entre el esclavismo —que caracteriza la sociedad antigua— y el capitalismo. Cronológicamente, se sitúa entre el fin del Imperio romano y las «revoluciones burguesas» de los siglos XVI y XVII. El feudalismo —como le llaman con preferencia los historiadores marxistas— señala un progreso en el desarrollo de las fuerzas productoras en la medida en que, dentro de la sociedad feudal, la servidumbre (los siervos) sus-

tituye a la esclavitud (los esclavos) y en la medida en que él mismo evoluciona hacia la libertad y hacia la apropiación individual de las tierras por los campesinos. Para Marx, lo que caracteriza la economía feudal es, en efecto, la propiedad de los señores feudales sobre la tierra, combinada con la pequeña explotación independiente de los campesinos. Una de las consecuencias del feudalismo ha sido, pues, el nacimiento de formas más democráticas de la propiedad rural. Marx ha subrayado en *El Capital* (t. I cap. 24): «En todos los países de Europa, la producción feudal estaba caracterizada por el reparto del suelo entre el mayor número posible de sujetos. El poder del señor feudal no reposaba sobre el importe de sus rentas, sino sobre el número de sus sujetos, y éste dependía del número de cultivadores que explotasen la tierra por su propia cuenta.» La libertad de estos cultivadores no ha cesado de crecer en el curso del período feudal, mientras que la renta feudal, al principio percibida en forma de trabajo, era pagada en dinero. Para que el paso al capitalismo fuese posible era preciso, explica Marx, que todos los campesinos fuesen libertados de los restos de dependencia personal —lo que se produce en Occidente durante el siglo XIV— y que, por otra parte, se viesen privados de todas las garantías de existencia que les aseguraban las antiguas instituciones feudales. En un primer tiempo, pues, los siervos desaparecen y el campesino accede prácticamente a la propiedad de las tierras que él explota (*tenancier* en francés, *copyholder* en inglés). Pero, acto seguido, fue expulsado de ellas, bien por el Estado feudal (las monarquías nacionales sobre todo), que se dedicó a explotar a los pequeños productores, bien por un embrión de burguesía. Señores feudales y burgueses comerciantes asociados expropiaron entonces a los campesinos (por ejemplo, las *enclosures* de Inglaterra), lo que creó condiciones favorables para el capitalismo.

FEUDALIDAD (Definiciones).
FEUDALIDAD. En el sentido preciso del término: ligámenes feudo-vasálicos. Conjunto de instituciones que crean obligaciones de obediencia y de servicio por parte de un hombre libre, llamado vasallo, hacia otro hombre libre, llamado señor, y obligaciones de protección y de sostenimiento por parte del señor en relación a su vasallo. A cambio de su fidelidad, el vasallo recibe de su señor la posesión hereditaria de un feudo. En el sentido amplio: sociedad feudal. Sistema de organización económica, social y política fundada sobre los ligámenes de hombre a hombre y dentro del cual una clase de guerreros especializados —los señores—, subordinados los unos a los otros por una jerarquía de relaciones de dependencia, domina a la masa campesina, que trabaja la tierra y les permite vivir (págs. 134 y sigs.).
FIDELIDAD O FE. Juramento prestado por un vasallo, sobre un objeto sagrado, inmediatamente después de la ceremonia del homenaje, para colocar los compromisos tomados por él bajo la protección de Dios y conferirles un carácter irrevocable (págs. 136 y 483).
(BIBL. FEUDALIDAD Y SEÑORES.)

FEUDO.
Concesión (en general bajo la forma de una tierra, a veces, sobre todo a partir del siglo XIII, de dinero: feudo-renta, feudo de bolsa) atribuida gratuitamente por un señor a su vasallo, con vistas a procurar a éste el mantenimiento a que tiene derecho a cambio de su fidelidad y ponerlo en condiciones de proporcionar a su señor el servicio requerido. En un principio simple pago del vasallaje, el feudo pasó rápidamente a ser el punto de partida de los servicios exigidos (págs. 135 y sigs.).

FIDELIDAD.
(Véase FE y FEUDALIDAD, Definiciones.)

FIESTAS.
Manifestaciones esenciales del comportamiento colectivo. Rituales propios para cada clase social: destinadas, sobre todo, a asegurar la prosperidad económica de la sociedad campesina (pág. 418). Militares (torneos) en la clase guerrera. Ligadas a la liturgia por la Iglesia (pág. 250). Fermento de cohesión comunitaria en los grupos urbanos y de reunión de la nación en torno a las instituciones monárquicas (págs. 486 y 487).

FLORARIOS.
Colecciones de las significaciones simbólicas de las flores. Forma religiosa de los herbarios (págs. 443 y 444).

FLORILEGIOS.
Colecciones de citas de AUTORIDADES que transmiten los elementos esenciales de la cultura básica en la Edad Media (págs. 164 y 434).

FONTENAY.
Abadía cisterciense (véase *il. 10* y *plano 29, pág. 176*).

FRANCISCO DE ASÍS (San)
Nacido en Asís en 1182. Hijo de un rico comerciante pañero, Pietro de Bernardone, de joven se apasionó por la lectura de los trovadores y fue el jefe de la «juventud dorada» de Asís. Hecho prisionero y herido en una guerra contra Perusa, tuvo una visión y se entregó a la soledad y a la plegaria. Una serie de visiones de Cristo y la experiencia de una peregrinación a Roma como mendigo le condujeron a despojarse de sus bienes, a romper con su familia y a tratar de imitar a Cristo en todo. Habiéndole éste pedido que reconstruyese su Iglesia, intentó obedecerle materialmente (reparación de San Damián y construcción de la Porciúncula en Asís) y espiritualmente. Aunque laico, comenzó a predicar y fue seguido por algunos discípulos, a los que dio una regla (perdida), que hizo aprobar en 1209 por INOCENCIO III. La orden se desarrolló rápidamente, primero en Italia, completada por una «segunda orden» de mujeres, fundada por Santa Clara, una dama noble de Asís (1212), y una «tercera orden» para los que no quisiesen abandonar su familia y su casa. En 1219 fue a Tierra Santa, donde contrajo una enfermedad de la vista que le dejó casi ciego. Habiéndose producido disensiones en el interior de la orden, el papa Honorio III le impuso, contra su voluntad, la redacción de una nueva regla más detallada (1223). Se retiró a la soledad de Varna, donde recibió los estigmas el 14 de septiembre de 1224, día de la fiesta de la Exaltación de la Cruz. Murió en Asís, el día de la Porciúncula, el 3 de octubre de 1226. El cardenal Hugolín, «protector» de la orden, convertido en el papa Gregorio IX, le canonizó el 16 de julio de 1228. Fra Elías, vicario general de la orden de los framenores (llamados también franciscanos), hizo transportar su cuerpo en 1230 al emplazamiento de la magnífica basílica que comenzó a elevar en su honor (véase ASÍS). Además de su regla (en dos redacciones), San Francisco ha dejado escritos espirituales (entre ellos el célebre y emocionante *Cántico de las Criaturas*) y un *Testamento*, escrito para sus hermanos poco antes de su muerte, en el que les recuerda la obligación de practicar la pobreza y de vivir únicamente del trabajo de sus manos y de la mendicidad. SAN BUENAVENTURA escribió su vida oficial y, en el siglo XIV, las *Florecillas* recogieron las narraciones populares y legendarias sobre su existencia.

FRANCOS.
Llegada de los — a Occidente en el siglo VIII (bajo la dirección de CLODOVEO) (*mapa 1, página 32, mapa 2, pág. 49; Atlas, mapa II, pág. 503*, y págs. 53 y 54).

FRESCO.
(Véase pág. 299 y *lám. col. VII.*)
(Cf. Paul-Henri Michel, *La fresque romane*, 1961.)

FUEGO.
Purificador y destructor. Instrumento de la verdad en las ordalías y de la exterminación de los heréticos. Temido como el azote mayor en un mundo construido de madera (sobre todo en las ciudades). Destruye periódicamente las iglesias e incita a reconstrucciones adaptadas a los modos y estilos nuevos (págs. 287 y 485).

FULBERTO DE CHARTRES
Obispo y teólogo nacido hacia el 961, muerto en Chartres en 1028. Hizo construir una nueva catedral y desarrolló la escuela episcopal. (Véase *il. 163*.)

FUNERALES.
(Véase pág. 481, *il. 175* y *lám. col. V.*)

G

GEOGRAFÍA.
Inexacta (restos de ciencia antigua) o, más aún, simbólica (págs. 193 y 194). Ligada a los progresos de la navegación (el primer portulano data de mediados del siglo XIII). La personificación de los tres continentes es uno de los temas favoritos de la iconografía románica (*il. 47*).
Cartografía (*il. 52*).

GERBERTO.
(Véase SILVESTRE II.)

GERMIGNY-DES-PRÉS.
Iglesia construida por Teodulfo, obispo de Orleáns, a comienzos del siglo IX, y célebre por su mosaico (véase *il. 45*).

GESTO.
Noción capital en la civilización medieval (página 483).

GIBELINOS.
A la muerte del emperador Lotario (1138), los partidarios de Conrado III de Hohenstaufen, llamado Waibling (Gibelín), del nombre de su castillo de Waiblingen, se enfrentan con los de Enrique de Baviera, de la familia de los Welf (Güelfos). Estos dos términos, que, durante los siglos XII y XIII, designaban en Alemania a los partidarios de los pretendientes al trono imperial pertenecientes a las dos familias rivales, se aplican en Italia, del siglo XII al XV, a los partidarios del papa (güelfos) y a los del emperador (gibelinos) (páginas 148 y 413).

GIOTTO.
Nacido en 1266, muerto en 1337. Pintor, mosaísta y maestro de obra (arquitecto) florentino, discípulo de CIMABUE y de Cavallini, formado en los grandes centros de Florencia (Baptisterio), ROMA Y ASÍS (basílica de San Francisco) a finales del siglo XIII. Marcado por el «bizantinismo neoclásico y romanizado», se aleja de él por la vivacidad de las expresiones y el lenguaje de las fisonomías, que se añaden a la calidad monumental de su estilo (A. Chastel). Solicitado por la mayor parte de los mecenas y los principales talleres de Italia, trabajó en Roma (mosaico de *la Navicella,* en San Pedro, 1300), en Asís (fresco de la leyenda franciscana en la Basílica, entre 1300 y 1310), en Padua (frescos de la capilla Scrovegni en la Arena, 1303-1305), en Florencia (frescos de las capillas Bardi y Peruzzi, en Santa Croce, entre 1317 y 1325) y en Nápoles, en donde pintó para el rey Roberto de Anjou obras hoy día perdidas, especialmente una *Galería de hombres ilustres* para el palacio del Huevo. Llamado por los Sforza de Milán, fue retenido por los florentinos. El Consejo, por decreto, le confió en 1334 la dirección de todos los trabajos comunales de arquitectura y de urbanismo. Se consagró de manera particular a la obra de la catedral y dibujó los planos del *campanile.* Sin embargo, murió joven. Su estilo, dotado de un gran poder de organización y de tranquila monumentalidad, ha sido comparado al de la estatuaria de las catedrales góticas, al de la poesía de Dante, al de las *summae* de los grandes escolásticos del siglo XIII. Pintor de la leyenda franciscana, pese a que detestaba la pobreza, contra la cual escribió un poema, parece haber dado a la rica burguesía florentina el estilo que convenía a su necesidad de afirmarse y afirmar al mismo tiempo sus valores. Dante ha visto en él al primer «artista», la primera gran individualidad de la historia del arte (pág. 224). (Cf. E. Rosenthal, *Giotto in der mittelalterlichen Geistesentwicklung,* 1924; F. Antal, *Florentine painting and its social background,* 1947.)

GLABER (Raoul).
Cronista francés del siglo XI (págs. 96, 125, y 325).

GODOFREDO DE MONMUTH.
Nacido hacia 1100, muerto en 1154, clérigo de Oxford, obispo de San Asaph (1151), autor de una *Historia regum Brittaniae* (entre 1139 y 1147) en la que aparece el primer núcleo de la leyenda arturiana (pág. 563).

GOLIARDOS.
Ciertos textos latinos de los siglos XII y XIII mencionan a un *Golias,* personaje legendario, calificado de obispo o pontífice, antecesor de una gran familia de clérigos, los *goliardos,* llamados también *vagantes* o clérigos errantes. Dicha familia, que parece nacer hacia el siglo X, aumenta con la importancia de las escuelas urbanas durante los siglos XI y XII, pero en el siglo XIII se convierte en un grupo enteramente al margen de la restante sociedad clerical, con la estabilización del medio escolar en las corporaciones universitarias. Medio anárquico, a veces próximo a los *chansonniers* intelectuales franceses (Abelardo ha compuesto canciones goliárdicas), inclinado a la poesía báquica, erótica, anticlerical, de aire «moderno». Giraud de Barry escribe, a comienzos del siglo XIII: «Golias, tan famoso en nuestros días, era un parásito, un libertino. Le habría convenido mejor el nombre de *Gulias,* pues estaba inclinado a la glotonería y a la crápula. Pero, aunque mal educado, tenía letras: ha vomitado especialmente muchas canciones, tanto métricas como rítmicas, tan impudentes como imprudentes, contra el papa y la corte romana.» Algunos goliardos se han «situado» y han hecho carrera, tal el Archipoeta (nacido entre 1130 y 1140), protegido de Reginaldo de Dassel, arzobispo de Colonia y canciller

de Federico Barbarroja. Muchos otros han permanecido en el anonimato y sus obras se han conservado en colecciones con frecuencia llamadas *Carmina Burana,* de origen francés y sobre todo alemán (pág. 234). El primero, llamado *Cancionero de Cambridge* (manuscrito Gg, 5, 35), proviene de la abadía de Benedictbeuern. Fue escrito en el siglo XIII y se conserva en la Biblioteca Nacional de Munich (Clm 4460. (Véase *il. 51.*)
(Los — y los campesinos (págs. 404 y 405).
(BIBL. HISTORIA LITERARIA: O. Dobiache-Rojdesvensky; H. Waddell.)

GRAMÁTICA.
Ciencia básica, fundamento del *trivium* y de las ARTES LIBERALES (pág. 442).

GREGORIO DE TOURS.
Primer historiador de Francia, nacido en el 538, muerto en el 595. Perteneciente a la nobleza senatorial galorromana, llegó a obispo de Tours a los treinta y cinco años. Su cultura, sus relaciones, la importancia de su sede episcopal hicieron de él uno de los personajes mejor informados de su época. Su *Historia de los francos,* en diez libros, redactada en un estilo vívido y concreto, constituye la mejor y con frecuencia la única fuente para el conocimiento de la historia, de las costumbres y de las mentalidades de la Galia merovingia (pág. 174). Su historicidad es incontrastable, por lo menos respecto a los últimos cinco libros, que corresponden al reinado de los nietos de Clodoveo (575-591). Defensor intransigente de los derechos de la Iglesia, preocupado por reconciliar a los reyes que se reparten la Galia, aparece como el tipo del obispo de la Alta Edad Media. Nutrido de la Biblia, pero también de Virgilio y de Salustio, testimonia, de todas maneras, por su latín mediocre, la decadencia de la cultura en esos siglos de hierro. Personalidad compleja e interesante, el «Herodoto francés» ilumina este período mal conocido en el que se acaba la Antigüedad y comienza la Edad Media.

GREGORIO EL GRANDE.
Nacido hacia el 540, muerto en el 604. De una familia patricia de Roma, intenta como prefecto organizar el aprovisionamiento de la ciudad, en el año 573. Con sus dominios patrimoniales funda seis monasterios en Sicilia y él mismo se retira a un séptimo, situado en Roma, en el monte Celio. Pelagio II lo ordena diácono y lo envía como *apocrisiario* (embajador residente) a Constantinopla. Nombrado papa contra su deseo en el 590, durante una grave epidemia de peste negra en Roma, organiza la lucha material y espiritual contra el azote. Persuadido de la proximidad del fin del mundo, quiere poner a la mayor cantidad posible de cristianos en estado de afrontar el Juicio Final. Defiende a Roma y a los Estados de la Iglesia contra los lombardos, envía al monje Agustín y a un grupo de misioneros a reevangelizar Inglaterra (pág. 68). Compone obras pastorales, que hacen de él uno de los fundadores de la piedad y de la espiritualidad medievales por la influencia que ejercieron a todo lo largo de la Edad Media: un comentario moral del libro de Job *(Moralia in Job, il. 149),* un nuevo pastoral *(Liber regulae pastoralis),* comentarios del Antiguo Testamento, *Diálogos,* el segundo de los cuales está enteramente consagrado a la vida y milagros de SAN BENITO. Reformó el canto litúrgico (de ahí se deriva el nombre de canto gregoriano). (Véase *il. 35.*)
(Cf. J. de Valois, *Le Chant grégorien,* 1963.)

GREGORIO VII.
Hildebrando, un toscano de excelente familia, nacido hacia 1015-1020, hizo toda su carrera en la curia romana y fue uno de los primeros artesanos de la reforma de la Iglesia, emprendida por los papas León IX (1048-1054) y Nicolás II (1058, 1061, autor de la reforma de la elección pontifical, desde ese momento reservada a los cardenales), del que fue colaborador. Elegido papa en 1073, resumió en 27 proposiciones, *Dictatus papæ* (1075), los principios que debían asegurar la supremacía del papado, necesaria, según él, para llevar a buen término la reforma de la Iglesia: únicamente el pontífice romano es universal, únicamente él puede deponer o absolver a los obispos, deponer a los emperadores, todos los juicios están sometidos a su corrección, no puede ser juzgado por nadie, la Iglesia romana no se ha equivocado jamás y, según el testimonio de las Escrituras, no se equivocará jamás. La pretensión de Gregorio VII de colocar el *sacerdotium* por encima del *imperium* le condujo a un violento conflicto con el emperador Enrique IV. Pareció en un principio triunfar. No obstante, fue engañado por la espectacular, pero fingida, humillación del

emperador en Canosa (1077). En 1084, Enrique IV se apoderó de Roma y solamente gracias al apoyo de los normandos de ROBERTO GUISCARD pudo Gregorio huir a Salerno, donde murió en 1085. Dio un impulso decisivo para la liberación de la Iglesia de la sujeción en que la mantenían los príncipes y los señores laicos. La lucha contra la SIMONÍA y el matrimonio de los clérigos no debían ser menos importantes para la independencia del orden clerical. Sus sucesores prosiguieron su obra, llamada con justicia «reforma gregoriana» (pág. 141). Por último, en su lucha contra los señores laicos, escaparon de sus labios frases que tuvieron una profunda resonancia antifeudal, en particular la siguiente: *"El Señor no ha dicho: Mi nombre es Costumbre."*

GROSSETESTE (Roberto).
Sabio inglés nacido hacia 1175, maestro y canciller de la Universidad de OXFORD, obispo de Lincoln (1235-1253), fundador del pensamiento científico de Oxford. Sus teorías valorizaron los aspectos inductivo, experimental y matemático de la ciencia (págs. 450 y 451).
(Cf. A. C. Crombie, *Robert Grosseteste and the origins of Experimental Science,* 1953; D. A. Callus ed., *Robert Grosseteste, Scholar and Bishop,* 1955.)

GRIEGOS.
(Véase BIZANCIO.)

GÜELFOS.
(Véase GIBELINOS.)

GUERRA.
Ocupación estacional (tiempo de la *hueste,* pág. 251) de la casta militar. Lenta y difícilmente reglamentada por la Iglesia (paz, tregua de Dios, noción de guerra justa), al precio de la justificación de la Cruzada, absceso de fijación del belicismo medieval.
Batallas de Arsuf, Bouvines, Courtrai (véase *planos 35, 36, 37, págs. 384 y 385*).

GUILLERMO DE CHAMPEAUX.
Nacido en 1068, muerto en 1112, enseñó en el claustro de Notre-Dame. Sin embargo, su nombradía se vio eclipsada por la de ABELARDO. Se retira a la ESCUELA DE SAINT-VICTOR en 1108 y allí continúa su enseñanza. Al final de su vida, es obispo de Châlons-sur-Marne. Además de sus discusiones con Abelardo, que dan de su carácter y de su saber una imagen poco atrayente, unió su nombre a la querella de los UNIVERSALES, en la que defendió las posiciones del «realismo» dogmático e intransigente.

GUILLERMO DE OCCAM.
Framenor, originario de Inglaterra, fundador del «nominalismo» del siglo XIV. Estudia en OXFORD y en PARÍS y vive en Aviñón. Sostiene la revuelta de algunos framenores, después la del emperador Luis de Baviera contra el papa de Aviñón Juan XXII y muere hacia 1349. Sus doctrinas obtuvieron un éxito triunfal en la Universidad de París durante el siglo XIV y hasta el final del XV (pág. 597).
(Cf. L. Baudry, *Guillaume d'Occam,* 1949; y BIBL. HISTORIA INTELECTUAL: G. de Lagarde.)

GUILLERMO EL BASTARDO
Nacido hacia 1208, hijo ilegítimo de Roberto, duque de Normandía (1027-1035) y de Arletta, hija de un curtidor de Falaise, Guillermo, después de una minoría agitada, triunfa sobre sus vasallos sublevados, instaura en 1047 la tregua de Dios en todo el ducado (lo que hizo inútiles las asociaciones de paz) y se casa, a pesar del papa y a pesar de LANFRANC, abad de Bec, con su prima Matilde, hija del conde de Flandes (1050). Excomulgados ambos, deberán, en penitencia, construir dos iglesias en Caen («La Abadía de los Hombres» y «La Abadía de las Damas»). Guillermo, después de haber hecho de Normandía un estado feudal modelo, persuade a Eduardo el Confesor, rey anglosajón de Inglaterra, que no tenía hijos, a designarle como heredero. A su muerte, la asamblea de los jefes anglosajones nombra sucesor a Harold, *earl* de Sussex. El 14 de octubre de 1066, en Hastings, Guillermo se hace dueño de Inglaterra con una sola batalla, en la que el buen orden de su hueste y la eficacia de sus arqueros logran maravillas. Es coronado en Westminster el día de Navidad de 1066. En 1070 hace elegir arzobispo de Cantorbery a su consejero y amigo Lanfranc. En 1086 ordena la redacción de un inventario de los dominios territoriales del reino, el «Libro del Juicio Final»: *Domesday Book.* A su muerte, acaecida en 1087, había impuesto a Inglaterra la organización feudal centrada en torno al soberano (págs. 103 y 383).
(Cf. M. de Boüard, *Guillaume le Conquérant,* 1958. P. Zumthor, *Guillaume le Conquérant et la civilisation de son temps,* 1964.)

GUILLERMO IX DE AQUITANIA.
Este gran señor —más poderoso que el rey de Francia— fue el primer poeta lírico de calidad en lengua neolatina o románica. En las once composiciones en verso que nos quedan de él, se manifiesta de manera poética un amor puramente sensual y una divinización de la mujer, a la que su amante debe servir con humildad y sin esperanza. Espíritu aventurero e inestable, es cruzado en Tierra Santa (1102) y en Andalucía (1115) y célebre por sus escandalosas aventuras amorosas. Acoge al reformador religioso Roberto de Arbrissel, pero se ríe de su piedad. Probablemente, hacia el fin de su vida, hace una peregrinación a SANTIAGO DE COMPOSTELA. Es, sin duda, el creador del lirismo cortés y suscita numerosos émulos. Preocupado por crear una literatura señorial laica, fue violentamente atacado por la Iglesia, que le denunció como «un cínico, un bufón y un pornógrafo» (pág. 557).

GUISBERTO DE NOGENT.
Monje picardo, nacido en 1053, muerto en 1124, que ha escrito tres obras muy interesantes, pero más representativas del espíritu de los clérigos de su tiempo que inspiradas por un «modernismo» que se le ha atribuido bien equivocadamente. El *De vita sua* es una autobiografía, que nos da noticias preciosas sobre su persona (especialmente sobre su infancia y su juventud) y sobre sus contemporáneos, pero que es una imitación de las *Confesiones* de San Agustín y que está impregnada de hostilidad hacia la evolución histórica, de la que es testimonio, por ejemplo, el movimiento comunal. Inversamente, su historia de las Cruzadas *(Gesta Dei per Francos)* es una amplificación de las narraciones de las cruzadas de la época, ya fuertemente impregnada de sentimiento nacionalista. En fin, su tratado de los *Pignora sanctorum* critica las falsas reliquias, que se multiplicaban por aquel entonces, si bien se contenta con denunciar abusos evidentes (pág. 559).

H

HAMBRES.
El hambre es una consecuencia del pecado original, un castigo de la falta. Las hambres inherentes a las estructuras técnicas y económicas de la Edad Media, después de un retroceso (al nivel de las hambres generales) en el siglo XIII, reaparecen al comienzo del XIV (páginas 317 y sigs.).
El país de COCAÑA *(il. 61)*.
(Cf. F. Curschmann, *Hungersnöte im Mittelalter,* 1900.)

HANSA.
Confederación de ciudades alemanas, que domina el gran comercio de la Europa del Norte. (Véase págs. 120 y sigs. y *Atlas, mapas III, pág. 507, y VIII, pág. 525.*)
(BIBL. COMERCIO, MONEDA, MERCADERES: Ph. Dollinger.)

HECHICEROS.
Supervivientes del paganismo, desempeñan un papel importante en la sociedad campesina. Durante largo tiempo son confundidos por la Iglesia con los heréticos. Sistemáticamente perseguidos a partir del siglo XIV, en el que se organiza la caza de los brujos y hechiceros, que se prolongará hasta el siglo XVIII (páginas 228, 426 y 427).

HEREJÍAS.
Frente a la ortodoxia cristiana, que se define poco a poco en los concilios ecuménicos de los siglos IV y V (principalmente en el de Nicea de 325), grandes herejías agitan el mundo cristiano del siglo IV al V. En Occidente, son sobre todo el MANIQUEÍSMO, el priscilianismo (en la Península Ibérica) y el arrianismo, profesado por la mayor parte de los invasores germánicos (véase ULFILA). Los iconoclastas, que desgarran el Oriente a finales del siglo VIII, tienen poca repercusión en Occidente. La época carolingia presencia querellas teológicas, pero las herejías quedan limitadas a círculos restringidos del clero cultivado. De todas maneras, en el siglo X se desarrollan en Oriente, entre los bogomilas, resurgencias del antiguo maniqueísmo, que se extenderán más tarde masivamente a Occidente. El siglo XI ve aparecer las herejías populares. Campesinos, clérigos, ciudadanos, nobles, son detenidos y condenados por herejía en Champagne, en el Périgord, en Arras, en Orleáns, en Châlons, en Milán... Se refieren a la BIBLIA y a las ESCRITURAS. Algunos rechazan el bautismo y lo reemplazan por la imposición de manos. Otros ponen en duda la utilidad de una jerarquía eclesiástica. Hay movimientos populares que militan simplemente por la reforma de la Igle-

sia y se ven acusados de herejía por sus adversarios: tal es el caso de los patarinos (págs. 132 y 133) de Milán, que se sublevan contra el clero episcopal, de origen nobiliario, acusado de SIMONÍA. El papado utiliza esos movimientos para llevar a cabo reformas en tiempos de GREGORIO VII, pero los patarinos se separan de la Iglesia y se confunden, en el siglo XII, con los CÁTAROS. Los cátaros vuelven a emplear los temas del maniqueísmo: lucha universal de dos principios, el Bien y el Mal, desprecio de la materia. Pero, sobre todo, oponen a la Iglesia una verdadera religión, hostil al cristianismo: creencia en dos dioses iguales, el del Bien y el del Mal; negación de obediencia a la Iglesia, encarnación del Mal; negación de los sacramentos; organización de una jerarquía paralela a la jerarquía católica; institución de un bautismo especial, el *consolamentum*, que se confiere por la imposición de manos y no por inmersión. Este neomaniqueísmo constituye en el siglo XII un grave peligro para la Iglesia, pues afecta a todas las clases sociales y se extiende rápidamente por Italia del Norte, Provenza y el Languedoc. La herejía valdense está inspirada primordialmente en una preocupación por la pobreza. PEDRO VALDO funda en Lyón, hacia 1170, los *Pobres de Lyón*. Critican la riqueza de los clérigos y renuncian a sus bienes para vivir de la mendicidad. Se multiplican en el Delfinado, la Provenza, el Piamonte y la Lombardía, y su Iglesia es la única que subsiste aún en la actualidad de todas las herejías medievales. En efecto, la reacción de la Iglesia frente a las herejías se convierte en muy rigurosa a finales del siglo XII. Se sirve en primer término de *la Cruzada*, que lanza a los pequeños señores del Norte de Francia contra los países cátaros o albigenses. Después, de la *Inquisición* (página 134), que busca a los heréticos, los juzga siguiendo un procedimiento de excepción y entrega los culpables al brazo secular. Por último, de las *órdenes mendicantes* (los dominicos o hermanos o frailes predicadores, fundados en 1215, y los franciscanos o framenores, en 1209). Su finalidad inicial, que es luchar mediante la persuasión contra la herejía, restaurando la pobreza y la pureza en el interior mismo de la Iglesia y dedicándose a la predicación, se transforma pronto: los dominicos animan la Inquisición. Pero nuevas herejías aparecen en el siglo XIV: las de Wyclif y Juan Hus, condenadas en el Concilio de Constanza, en 1415. Se extienden bajo una forma antijerárquica, antirritualista y pietista, por intermedio de predicadores errantes. Un movimiento nacional y social nace de ellos en Bohemia (págs. 421 y sigs.).
(BIBL. HEREJÍAS.)

HERRERO.
Artesano mágico (pág. 285). Personaje de los CANTARES DE GESTA, que forja las espadas de los héroes, a la vez admirado y temido.
Sigurd y la muerte del herrero (*ils. 69, 70* y pág. 424).

HIERRO.
Producto raro durante largo tiempo en comparación con la madera. Objeto de atenciones especiales y de milagros (*il. 148*, págs. 284 y sigs.).

HILDEGARDA DE BINGEN.
Mística alemana, apodada la «Sibilia del Rin», nacida en 1098, muerta en 1179. De familia noble y muy preocupada por salvaguardar el reclutamiento aristocrático de los conventos, es nombrada abadesa de Disibodenberg y, más tarde, de Rupertsberg, cerca de Bingen. Hizo controlar y autenticar por un clérigo, enviado por el arzobispo de Maguncia, las visiones que decía haber tenido en su infancia. Consigna dichas visiones en diversas obras, la principal de las cuales, el *Liber Scivias*, es una enciclopedia del saber apocalíptico y simbólico, muy representativo de la mentalidad medieval. Dos tratados de Medicina y de Botánica mezclan lucubraciones simbólicas con un saber teórico y práctico, considerado como muy notable para su época (pág. 265 e *il. 188*).

HISTORIA.
Encuentra, a través de un agustinismo con frecuencia desvalorizado, un difícil equilibrio entre la historia de la Ciudad terrestre y la historia de la salvación, entre la negación de la duración por el cristianismo, religión de la eternidad, y la afirmación de la historicidad centrada en torno a la Encarnación-acontecimiento. En la práctica, renace con las fuerzas espirituales y materiales, interesadas en apoyarse sobre argumentos históricos (anales monásticos, crónicas urbanas, historias nacionales, *il. 73* y págs. 231 y sigs.).

HOMBRE.
Humillado ante Dios, el hombre emerge poco a poco, en tanto que hecho a imagen de Dios, microcosmos, diferente de los animales, y en proporción a su lenta dominación sobre la naturaleza. El primer humanismo medieval es el humanismo románico ligado a la expansión de los siglos XI-XII.
En los siglos XI-XII tiene con frecuencia el sentido de *siervo*.
Moral y técnica humanistas en los siglos XIV y XV.
(BIBL. SENSIBILIDADES Y MENTALIDADES: P. Francastel, e HISTORIA INTELECTUAL: P. Renucci.)

HOMENAJE.
Acto solemne por el que un vasallo se coloca bajo la dependencia de un señor: el vasallo pone sus manos juntas en las de su señor. Después pronuncia una declaración de voluntad, por la cual se compromete a convertirse en su «hombre». (Véase FEUDALIDAD y págs. 135 y sigs.)

HOMENAJE LIGIO.
En el caso, muy frecuente en Francia desde el siglo X, de una pluralidad de compromisos de vasallaje, el homenaje ligio, a partir de principios del siglo XI, es el que predomina sobre los demás, generalmente a causa de la importancia del feudo. Obliga al vasallo de manera primordial o preferente en relación al señor al cual ha sido prestado y no puede ser prestado más que a un solo señor. En la práctica, sin embargo, el homenaje ligio ha sido prestado a varios señores (pág. 137).

HONORIUS AUGUSTODUNENSIS.
Vulgarizador de comienzos del siglo XII, cuya vida es muy mal conocida. Por largo tiempo fue conocido como Honorius de Autun, interpretación ciertamente falsa, puesto que se trata de un alemán que permaneció en contacto con los medios monásticos ingleses. Su *Elucidarium* es un catecismo que resume bien las creencias religiosas de su época. Sus exposiciones sobre las ciencias reflejan los puntos de vista de los medios escolares y el interés creciente por las disciplinas profanas («el destierro del alma es la ignorancia; su patria es la ciencia»). Sus narraciones pseudogeográficas legendarias han inspirado el arte románico. Se han comparado los monstruos y las razas humanas extrañas del tímpano de Vézelay con las páginas que él escribió (pág. 229).
(Cf. Y. Lefèvre, *L'Elucidarium et les Lucidaires*, 1954.)

HORCA.
Instrumento y signo de alta justicia (página 391). Levantada como ejemplo y espantajo sobre los caminos, a las puertas de las ciudades y al pie de los castillos.

HORTUS DELICIARUM.
Jardín de las Delicias: antología espiritual, compuesta por Herrada de Landsberg, abadesa de Santa Odilia en Alsacia (1167-1195), adornada con miniaturas célebres, destruidas en 1870, pero de las que se poseen dibujos (páginas 228 y 478 e *il. 164*).

HUMANISMO.
(Véase HOMBRE.)

HÚNGAROS.
Pueblo asiático que invade Europa en los siglos IX-X y funda un Estado en Europa central (*Atlas, mapa II, pág. 503,* y págs. 82, 83 y 84).

HUNOS.
Pueblo bárbaro. Su descripción según Ammiano Marcelino (pág. 36).
Los — de ATILA (págs. 50 y sigs. y *Atlas, mapa II, pág. 503*).

I

IGLESIA.
Símbolo de la organización religiosa: «La Madre Iglesia».
La — en la expansión de la Cristiandad (págs. 125-133).
Edificio del culto, cuyo plano representa el simbolismo espiritual (págs. 444 y 445) (imagen del PARAÍSO, de la JERUSALÉN celestial) y se adapta a las necesidades sociales (págs. 419 y sigs.) hasta que la iglesia pase a servir únicamente para los oficios litúrgicos (*planos 38, 39, págs. 448 y 449*).
(Véase ARTE ROMÁNICO, ARTE GÓTICO y ÓRDENES MONÁSTICAS.)

IMÁGENES.
Siempre utilizadas por el arte occidental de la Edad Media, que reprueba a los iconoclas-

tas pero rechaza también toda idolatría. Las imágenes desempeñan, a todo lo largo de la Edad Media, un doble papel: al servicio de la ideología oficial, pero también mediador, educador, liberador.

INCENDIO.
(Véase FUEGO.)

INFIEL.
El que no es fiel de Jesucristo. Esencialmente el musulmán (*ils. 54 y 56,* y págs. 200 y sigs.).

INFIERNO.
Prometido, al contrario del PARAÍSO, a la mayoría de la humanidad pecadora (pág. 225). El gran espantajo de los hombres de la Edad Media. (Véase *il. 75.*)

INMUNIDAD.
Exención fiscal, más tarde derecho a percibir sus propias tasas, concedido primero a las iglesias, en particular durante la época carolingia, después arrancado o usurpado por los señores eclesiásticos y laicos: pieza maestra de la evolución de la feudalidad.

INOCENCIO III.
Nacido en 1160, perteneciente a la alta nobleza romana, Lotario Segni hizo sus estudios de Teología en París y de Derecho en Bolonia, donde adquirió un espíritu jurídico muy rígido, sin ser un gran jurista como su predecesor ALEJANDRO III (Orlando Bandinelli, 1159-1181). Recibe las órdenes menores en 1185 y escribe opúsculos mediocres, entre ellos un tradicional *De contemplu mundi,* «Del desprecio del mundo». Elegido papa en 1198, su pontificado marca el apogeo del poder pontifical. Se considera el vicario, no ya de San Pedro, sino de Jesucristo mismo sobre la tierra. Pretende, pues, a través de la supremacía espiritual *(plenitudo potestatis spiritualis)* y a fin de intervenir contra el pecado *(ratione pecati),* obrar, ya que es lugarteniente de Jesucristo, como «rey de reyes» *(rex regum),* «elevarse por encima de los príncipes y juzgarlos». Ejerció y extendió la soberanía pontifical sobre la mayor parte de los Estados cristianos, interviniendo en Aragón, Castilla, Portugal, Noruega, Bohemia, Hungría y, más especialmente, en Sicilia, Alemania, Inglaterra e incluso en Francia, donde la soberanía pontifical no se ejerció nunca. Intervino en los asuntos matrimoniales de Felipe Augusto, utilizó al rey de Francia contra el de Inglaterra y el emperador Otón IV, al que combatió en provecho de su pupilo el joven rey de Sicilia, Federico II, que se convertiría luego en tan peligroso enemigo para sus sucesores. Obtuvo su principal éxito a este respecto en Inglaterra, donde Juan sin Tierra hubo de capitular ante él y poner su reino bajo la soberanía de la Santa Sede. No obstante, al reconocer por la decretal *Per venerabilem* (1203) que el rey de Francia era independiente del emperador, «emperador en su reino» *(rex imperator in regno suo),* proporcionó un refuerzo considerable al nacionalismo monárquico, que se volvió contra el papado. Los éxitos conseguidos durante su pontificado contra la herejía y el cisma griego no lo fueron sino gracias a la fuerza (cruzada contra los albigenses, toma de Constantinopla por los cruzados en 1204, de la que parece haber sido advertido previamente). Convocó y presidió el IV Concilio de Letrán (1215), que constituyó un *aggiornamento,* una puesta al día de la Iglesia, después de las grandes transformaciones materiales y espirituales de los siglos XI y XII (organización de la enseñanza, obligación de la confesión anual, prohibición de las ordalías), pero fracasó en promover una reforma profunda de la Iglesia. Inocencio III seguía con desconfianza las iniciativas, excesivamente atrevidas para su gusto, de Santo Domingo y, sobre todo, de San Francisco, y quiso imponer a sus órdenes (las órdenes mendicantes) reglas que las mantuviesen en la estricta obediencia de la Iglesia y de la Santa Sede. Murió en 1216 (págs. 131, 133, 142, 242, 259 y 370).
(Cf. F. Kempf, *Papsttum und Kaisertum bei Innocenz III,* 1954; M. Maccarone, *Chiesa e Stato nella doctrina di papa Innozenzo III,* 1940; H. Tillmann, *Papst Innocenz III,* 1954.)

INSEGURIDAD.
Estado y sentimiento fundamental de la sociedad medieval (págs. 335 y 433).
Los vigías o centinelas (*il. 166*).

INVESTIDURA.
Acto que sigue por regla general al HOMENAJE y a la FE, para materializar la concesión de un feudo o de un derecho. Consistía en la entrega por el señor de un objeto simbólico (cetro o bastón, puñado de tierra o estandarte) a su vasallo. Investido así, dicho vasallo po-

seía desde aquel momento un derecho sobre su feudo *(il. 132)*.
— Querella de las investiduras entre el papa y el emperador (pág. 142).

ISIDORO DE SEVILLA (San).
Nacido hacia el 570, de una gran familia hispanorromana católica, Isidoro fue nombrado arzobispo de Sevilla hacia el año 600 (pág. 174) y bien pronto se convirtió en el jefe espiritual de la Iglesia católica en España, reforzada por la conversión de los visigodos, que abjuraron del arrianismo a finales del siglo VI. Murió en el 636. Aquel a quien sus contemporáneos llamaban «el hombre más sabio de los tiempos modernos» fue esencialmente un compilador. Es el primer escritor cristiano que intentó reunir en una *summa* —el *Libro de las Etimologías*— la totalidad de los conocimientos humanos. A ese título, Isidoro de Sevilla es uno de los «fundadores» de la Edad Media, acaso el más importante. (Véase pág. 182, *il. 34* y BIBL. ALTA EDAD MEDIA: J. Fontaine.)

ISLAM.
En él se cristaliza la xenofobia de la Cristiandad. Sin embargo, a través de la hostilidad oficial y del frente guerrero de las Cruzadas *(mapas 13, pág. 107, y 14, pág. 109)* y de la Reconquista (págs. 104 y sigs.), transmite al Occidente mercancías, cultura y arte (sobre todo como intermediario de la ciencia griega y de las artes y técnicas del Oriente) (páginas 200, 201 y 210). La conquista árabe en el siglo VII *(Atlas, mapa II, pág. 503,* y pág. 53). Imperio carolingio, Bizancio y el Islam en el siglo IX *(mapa 3, pág. 73)*.
(BIBL. ORIENTE, BIZANCIO, ISLAM Y CRISTIANDAD.)

J

JACOPONE DA TODI.
Poeta religioso italiano de finales del siglo XIII (nacido en 1236, murió en 1306). De origen noble, llevó en su primera juventud una vida mundana. Más tarde entró en la orden franciscana como terciario y después como hermano laico, a la muerte de su mujer (1268). Tomó parte activa en las querellas intestinas de la orden, poniéndose al lado de los partidarios de la pobreza absoluta, los espirituales. Encarcelado por orden del papa BONIFACIO VIII, a causa de haber firmado el manifiesto que declaraba ilegal la elección del pontífice, compuso durante su cautividad los *Laudi*, poemas líricos en que expone su experiencia mística y que constituyen una de las cumbres de la espiritualidad franciscana. También se le atribuye el *Stabat Mater* (pág. 595).

JACQUES DE VORAGINE.
Nacido hacia 1230, muerto hacia 1298, el dominico Jacques de Voragine, provincial de Lombardía (1267-1286), arzobispo de Génova (1292), es autor de una *Historia de Génova (Chronicon januense)* y, sobre todo, de la *Leyenda dorada* (pág. 190), colección de vidas de santos, que relata principalmente sus milagros (págs. 192, 225 y 226). Obra muy popular, es un resumen de las creencias hagiográficas y ha inspirado numerosas obras de arte.

JAUFRÉ RUDEL.
Trovador aquitano del siglo XII. Señor de Blaye (Gironda), participó en la Cruzada de 1146 y murió sin duda en Tierra Santa. Su verdadera personalidad se nos escapa, dado que, a partir del siglo XIII, ha quedado deformada por la leyenda. Puesto que, en tres de las seis poesías que conservamos de él, Jaufré Rudel habla de su «amor de tierra lejana», se ha hecho de él un caballero enamorado, sin haberla visto, de una princesa de Oriente. Según esta teoría, Jaufré llegó a Tierra Santa en el instante preciso para morir en los brazos de su amada. Sus obras son mediocres, pero «la situación amorosa cortés típica aparece en ellas fijada desde este momento» (pág. 565).
(Cf. L. Spitzer, *L'amour lointain de Jaufré Rudel*, 1944.)

JERUSALÉN.
La Ciudad ideal. El mito de la Jerusalén celestial *(il. 22)*, nutrido por las influencias apocalípticas, sostiene la atracción de la Jerusalén terrestre y conduce a las Cruzadas (págs. 111 y 264).
(Cf. Alphandéry y Dupront, *La Chrétienté et l'idée de croisade*, 1954-1959.)

JOACHIM DE FIORE
Cisterciense calabrés, nacido hacia 1135, muerto en 1202. En 1188 ó 1189 se retiró a la Sila, donde fundó en San Giovanni in Fiore una

comunidad de ermitaños, cuya regla fue aprobada por el papa Celestino III en 1196. Sus principales obras son la *Concordancia del Antiguo y del Nuevo Testamento,* un *Comentario sobre el Apocalipsis,* el *Salterio de las Diez Cuerdas* y un *Libro de las Figuras,* descubierto en 1937 y en el que expone su pensamiento simbólico bajo la forma de dibujos y de figuras. Fiore gozó, durante todo el siglo XIII y aún más allá, de una gran influencia por su teoría de la historia dividida en tres épocas, la Edad del Padre o del Antiguo Testamento, la Edad del Hijo o del Nuevo Testamento, y la Edad del Espíritu Santo, todavía por venir. Esta última edad deberá ver la desaparición de la Iglesia y de la sociedad corrompidas, para ceder el lugar a una Iglesia espiritual, compuesta de santos y monjes que vivirán en monasterios renovados, imagen del Paraíso. Sólo entonces reinaría el *Evangelio Eterno.* Estas ideas milenaristas (páginas 269 y sigs.) influyeron sobre muchos heréticos del siglo XIII e inspiraron a los partidarios de la pobreza absoluta en el seno de la orden franciscana. Su pensamiento, que tuvo efectos revolucionarios, era de hecho muy «reaccionario» y preconizaba un retorno a la EDAD DE ORO primitiva.
(Cf. H. Grundmann, *Neue Forschungen über Joachim von Fiore,* 1950; A. Crocco, *Gioacchino da Fiore, la più singolare ed affascinante figura del Medioevo cristiano,* 1960.)

JOINVILLE.
Señor champañés (1224-1317), ligado a la persona de San Luis desde la VII Cruzada —en Egipto, pág. 192— hasta la VIII, en la cual se negó a participar y en la que murió el santo rey. Amigo y admirador de éste, redactó una *Histoire de Saint Louis,* terminada en 1309. Más cronista que historiador, Joinville carece de sentido crítico y su obra resulta con frecuencia confusa. Pero su narración se convierte en apasionante cuando describe hechos de los que ha sido testigo, como la expedición de Egipto (1248-1254). Pese a que escribía con una finalidad de edificación, nos ha dejado un retrato humano y viviente de San Luis, al que presenta como modelo para sus sucesores (pág. 485).

JUAN BODEL.
Trovador y músico francés (1150-1210), que vivió en Arras en la segunda mitad del siglo XII. Atacado de lepra en 1205, se vio obligado a retirarse del mundo. Con esta ocasión escribió una emocionante *Congé,* despedida. Su obra, muy diversa, comprende a la vez canciones, *fabliaux* y poemas épicos. Se le debe, sobre todo, el *Jeu de saint Nicolas,* una de las primeras piezas de teatro de la Edad Media, representada en el Puy d'Arras hacia 1200 (véase ADAM DE LA HALLE). Uniendo la comicidad a la inspiración cristiana, lo trágico a lo maravilloso, esta obra, en la que todos los géneros se hallan todavía mezclados, señala el nacimiento del drama profano medieval. El argot aparece en él por primera vez en la literatura (pág. 531).
(Cf. Ch. Foulon, *L'oeuvre de Jehan Bodel,* 1958.)

JUAN DE MEUNG.
Poeta francés, nacido en Meung-sur-Loire hacia 1240 y muerto hacia 1305. Continuó hacia 1275 el *Roman de la Rose* (pág. 270), comenzado por Guillermo de Lorris, y le añadió 18.000 versos. Su inspiración es anticortés y contrasta fuertemente con el comienzo del poema. Ligado a los medios escolares universitarios seculares parisienses, ataca vivamente a las órdenes mendicantes y defiende una moral naturalista. Tradujo igualmente a algunos autores antiguos: Vegecio *(De re militari)* y Boecio (la *Consolatione*).
(BIBL. HISTORIA LITERARIA: G. Paré.)

JUAN DE SALISBURY.
Clérigo inglés, nacido hacia 1115, formado en las escuelas francesas, especialmente en CHARTRES. Secretario de Tomás Becket, al que vio asesinar (de ahí su apología del tiranicidio) (pág. 369), fue obispo de Chartres (1176-1180). Pionero de la economía política en el *Polycraticus* y teórico de la enseñanza en el *Metalogicon.*
(Cf. H. Liebeschütz, *Medieval humanism in the life and writings of John of Salisbury,* 1950.)

JUDÍOS.
Los asesinos de Cristo. Necesarios como usureros (pág. 127) y como cabeza de turco. Consultados a menudo por su saber (rabinos). Objeto de una hostilidad y de una exclusión crecientes a partir del siglo XI. (Véase *il. 37,* páginas 424 y sigs. y BIBL.: JUDÍOS.)

JUEGO.
Practicado con seriedad bajo formas diversas —ajedrez *(ils. 168 170)*, tablas o tric-trac *(il. 167)*, dados, juegos folklóricos o parodias— por la sociedad medieval *(il. 164)*. Combatido por la Iglesia por ser un recurso a la magia o al azar. Después, a partir del siglo XIII, fue tolerado dentro de ciertos límites, como una forma legítima del descanso, convertido en necesario por la promoción del trabajo (páginas 331, 486 y 487).
La cencerrada *(il. 172)*.
La gallina ciega *(il. 173)*.

JUICIO FINAL.
El último acontecimiento de la Historia. Conduce a los hombres de la Edad Media a ver en DIOS primordialmente un juez y a dar a su vida como preocupación esencial la constitución de un expediente para presentar a dicho juez (págs. 225, 264, 265, 267 y sigs.).
Representación del — *(ils. 88 y 91* y *reverso de la cubierta.)*

JUMIÈGES.
Abadía fundada por San Filiberto a finales del siglo VII. Destruida por los normandos en el siglo IX, fue reconstruida durante los siglos X y XI bajo la protección de los duques de Normandía. Debió una gran parte de su fortuna a su situación junto a una gran vía comercial del bajo Sena. La iglesia de Jumièges fue edificada entre 1037 y 1067. Su importancia en la historia del arte es considerable. Uno de los primeros monumentos románicos, su influencia fue muy grande en dos sentidos. En primer lugar, la proporción decreciente de los pisos, con las arcadas desarrolladas a costa de las tribunas, fue imitada en Coutances, Bayeux y CAEN y se transmitió desde allí a Inglaterra (catedral de Durham). Además, la relación entre los volúmenes de las torres y el de la fachada proporciona una gran aportación al arte gótico por intermedio de Caen. Jumièges constituye una etapa de una evolución en el curso de la cual las torres, al principio colocadas sobre la fachada, se integran progresivamente en ella, dirigiendo hacia el suelo sus raíces, formadas por los contrafuertes. El coro fue reconstruido en el siglo XIII. Vendida bajo la Revolución, la abadía de Jumièges sirvió de cantera hasta mediados del siglo XIX. (Véase *Atlas, mapa VI*, pág. 511.)
(Cf. *Jumièges, Congrès scientifique du XIIIe centenaire*, Ruán, 1955.)

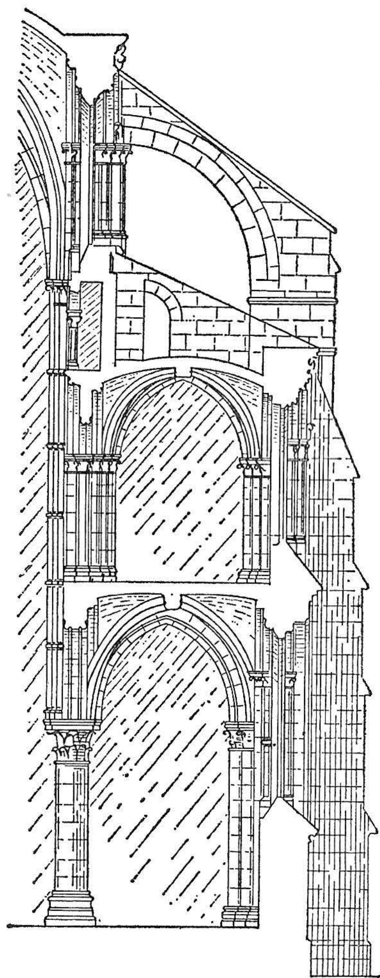
JURAMENTO.
Acompaña y sanciona los actos esenciales. En general, se presta sobre la BIBLIA (pág. 483) o sobre alguna reliquia. Al juramento feudal, que ata un inferior a un superior, se opone el juramento comunal, que compromete a iguales. Muchos heréticos (los cátaros, especialmente) se oponen al juramento como a uno de los fundamentos de la sociedad feudal (páginas 88, 136, 395 y 402).

JUSTICIA.
Prerrogativa de todo detentador del poder. Compartida por numerosas jurisdicciones. Ocasión de percepción de derechos, de donde: justicia igual a tasa. Pero también imagen del poder soberano, delegación de uno de los principales atributos divinos: MANO *de justicia* de los reyes.
Castigos *(il. 158)*.

L

LANFRANC.
Nacido en Pavía a comienzos del siglo XI, muerto en 1089. Estudia en Pavía y reside en Avranches y Ruán. Después se retira a la abadía del Bec, en Normandía. Amigo y consejero de GUILLERMO EL BASTARDO (el Conquistador), es abad de Saint-Etienne de Caen, más tarde arzobispo de Cantorbery tras la conquista de Inglaterra. Preocupado por promover la reforma de GREGORIO VII, guarda, no obstante, la neutralidad durante el conflicto con Enrique IV.

LAÓN.
Ciudad próspera ya en el siglo XI, una de las primeras comunas francesas (revuelta contra el obispo Gaudri, en el año 1111, pág. 402), fue la sede de una escuela episcopal, que, en la segunda mitad del siglo XI, hasta la muerte del maestro Anselmo (1117), cuya fama han contribuido a arruinar las vivas críticas de ABELARDO, fue el centro más importante de estudios teológicos del Occidente, antes que París. La catedral, comenzada sin duda en 1155 y construida en su parte esencial bajo el episcopado de Gautier de Mortagne (1155-1174), es una de las obras maestras del primer arte gótico. Se trata de una iglesia de pisos múlti-



58. SECCIÓN TRANSVERSAL DE LA CATEDRAL DE LAÓN

ples, con tribunas, crucero saliente (a diferencia de Notre-Dame de PARÍS) y un coro muy alargado, de 45 metros, el más largo de las iglesias góticas. Notable por su anchura y su unidad severa, puede considerarse como un monumento pionero. «La multiplicidad de las arcadas, de las claraboyas y de los vanos constituye en ella un avance de los grandes calados góticos.» (H. Focillon.) Toma de Tournai la composición de las masas, su silueta con siete torres «que domina el porvenir de las catedrales francesas». Torres modelo, por lo demás, que VILLARD DE HONNECOURT dibujará en su álbum y que serán imitadas en Naunburgo y Magdeburgo especialmente. El ábside redondeado, con capillas radiales, fue más tarde reemplazado por un ábside plano y, durante el siglo XIV, se alteraron la nave y el coro con la pesadez de capillas laterales. El pórtico profundo de la fachada anuncia los pórticos laterales de Chartres. El frontispicio meridional, lo mismo por su iconografía (JUICIO FINAL) que por su estilo, de una rudeza primitiva, supone un intermedio notable entre SAINT-DENIS y los grandes tímpanos góticos. Por último, un detalle escultural llama la atención por su conmovedora originalidad: «dieciséis bueyes de labor, izados en lo alto de las torres de Laón, a pleno cielo, dominando los campos, glorifican en piedra a las bestias pacientes que arrastraron hasta lo alto de la cuesta los bloques con los que está construida la catedral». (Véase *il. 140* y *Atlas, mapas V, página 515, y VII, pág. 521.)*

LAPIDARIOS.
Colecciones de las significaciones simbólicas de las piedras preciosas. (Véase BESTIARIOS, FLORARIOS.)

LATÍN.
Lengua de los clérigos, que mantiene una unidad de cultura sabia, pero se degrada en lengua muerta y retrocede ante el crecimiento de las «lenguas vulgares», ligadas a las fuerzas sociales vivientes (págs. 373 y sigs.).
(BIBL. HISTORIA LITERARIA: E. R. Curtius.)

LEPRA.
Frecuente hasta el siglo XIV, objeto de repulsión, condujo a encerrar a los enfermos en las leproserías o *maladrerías,* y a considerar los cuidados dados a los leprosos como una forma superior de la caridad.
(Véase SAN LUIS, SAN FRANCISCO DE ASÍS y páginas 423 y 424 e *il. 127.)*

LERINS.
Monasterio fundado por San Honorato en el año 410 (págs. 176 y 178).

LIBERTAD.
Considerada como un privilegio y, por consiguiente, empleada casi siempre en plural. En singular, conjunto de los derechos sobre los que se fundamentan la independencia y la soberanía: por ejemplo, *libertas Ecclesiae*, santo y seña de la reforma gregoriana (pág. 381).

LIBRO.
Instrumento de cultura y de poder. Por largo tiempo, objeto de lujo. Con las Universidades (siglo XIII), tiende a convertirse en un útil fabricado en serie (págs. 123, 462 y sigs.). El libro por excelencia es la BIBLIA, que reúne todas las funciones de prestigio, de alimento espiritual y de educación. El trabajo intelectual es, en primer término, *leer (il. 153 y 154)*.

LÍMITE.
Horizonte material y mental. Límite de campo, de calvero, de subsistencia, de fuerza espiritual. Los hombres de la Edad Media viven con frecuencia en el límite, de ahí la importancia de lo marginal (págs. 317 y sigs., 332 y sigs.).

LINAJE.
La familia agnática se amplía en la clase señorial. Base de derechos comunitarios de posesión y uno de los fundamentos de la moral feudal (deberes frente al linaje, véase CHANSON DE ROLAND y CANTAR DE GESTA). Fermento de cohesión en la guerra (págs. 382 y sigs.). (BIBL. FEUDALIDAD Y SEÑORES: L. Verriest.)

LOCOS.
La Edad Media cree a los locos en relación con los secretos, buenos o malos (Merlín es un loco). Los reparte poco a poco en categorías tratadas de maneras diferentes, pero, en general, con mayor mansedumbre que a los otros excluidos: locos de buen consejo (tontos de pueblo, bufones del señor o del príncipe), enfermos cuidados o internados, posesos entregados a los exorcistas (pág. 426).

LOMBARDOS.
Pueblo germánico que invadió Italia durante el siglo VI y que fue vencido por CARLOMAGNO en el año 774 *(mapa 1, pág. 32, mapa 2, página 49; Atlas, mapa II, pág. 503,* y págs. 70 y sigs.).

LÜBECK.
Centro del gran comercio en la Europa del Norte, fundado por Enrique el León en 1158-1159, cabeza de la Hansa (pág. 112 y *planos 19 y 20, pág. 117*).

LUCHA DE CLASES.
(Véase capítulo VIII, págs. 349 y sigs.).

LUIS (San).
La leyenda de San Luis (Luis IX, rey de Francia de 1226 a 1270) nació del encuentro de una personalidad prestigiosa con unas circunstancias históricas favorables. Cuando, siguiendo en ello a Voltaire, se puso de moda fragmentar la historia en siglos bautizados con el nombre de un personaje representativo, se llamó al siglo XIII «el siglo de San Luis». Nacido en 1214, rey a los 12 años, experimentó la influencia de su madre Blanca de Castilla, mujer fuerte, pero terrible, regente durante su minoridad, hasta 1235, y durante la VII Cruzada (de 1248 a 1252, fecha de su muerte) (pág. 111). La literatura, la escultura, la miniatura nos han legado retratos de San Luis, a media distancia entre la idealización tradicional y el realismo naciente. Dos documentos resultan incomparables para su estudio: los recuerdos de Joinville y los testimonios reunidos con vistas a la canonización del soberano (que fue proclamado en 1297 por BONIFACIO VIII, preocupado entonces por mantener buenas relaciones con Felipe el Hermoso, nieto de San Luis) por Guillermo de Saint-Pathus, confesor de la reina Margarita. Los contrastes son grandes: un rey-caballero, alto, delgado, rubio, pero de una salud endeble, más aún, minada por las prácticas ascéticas; un príncipe sediento de caridad, pero indiferente hacia su mujer y sus hijos; un soberano deseoso de paz, pero decidido a «dar con la espada en el vientre» de los enemigos irreductibles de la religión: INFIELES y JUDÍOS; un hijo amante de la «Santa Iglesia», pero muy celoso de sus prerrogativas reales frente al clero y al papado. Quiso ser un príncipe cristiano, realizando en su persona el ideal definido en los «Espejos de los príncipes», género muy en boga durante la época carolingia (Carlomagno fue uno de los modelos de San Luis) y que renace bajo una forma más «moralizada» en el siglo XIII. Su piedad, que es sobre todo el deseo de conformar todos sus actos a las enseñanzas de Dios, de la religión y de la Iglesia, le hace encontrar en los dominicos y los franciscanos directores de conciencia a tono con su sensibilidad religiosa, pero muchos de

sus súbditos le reprochan ser «el rey de los monjes» e incluso un juguete entre sus manos. Está también marcado por tradiciones espirituales más antiguas, a veces incluso «pasadas de moda», como su obsesión por la Cruzada. Quiere la paz entre cristianos y declara: «Benditos sean los pacificadores». Es el árbitro, no siempre escuchado, de la Cristiandad (*Mise d'Amiens*, en 1264, donde se pronuncia a favor de Inglaterra contra los barones sublevados). Da una gran importancia a las *obras de misericordia:* distribución de alimentos a los enfermos, a los mendigos, a los leprosos. Sueña en establecer un «orden moral» en su reino: investigadores enviados para reparar las injusticias reales (pero también para consolidar el poder monárquico); justicia que gustosamente ejerce en persona (episodio de la encina de Vincennes, convertido en legendario) y a través de la cual persigue todavía la infiltración de la administración real en todo el reino; abolición —de acuerdo con las prescripciones del IV Concilio de Letrán— del duelo judicial y de la guerra privada; ordenanzas contra la prostitución, el juego y la blasfemia, que provocan muchas murmuraciones (páginas 429 y 472). Su prestigio se ve sostenido por la prosperidad económica, la irradiación artística (arte gótico) e intelectual (pujanza de la Universidad de París), por las cuales se interesa únicamente desde el punto de vista piadoso: construcción de la Sainte-Chapelle para albergar la Santa Espina, conversaciones con el sabio teólogo Roberto de Sorbón, al que relega de todas maneras, por el mediocre compilador Vicente de Beauvais. Al final de su reinado hace acuñar escudos de oro (las primeras monedas de oro francesas), con la divisa: *Christus regnat, Christus vincit, Christus imperat.* Deja el recuerdo de una «bella época», «el buen tiempo del señor San Luis» (págs. 144, 213, 416, 458 y 484).

LULIO (Raimundo).
Nacido en Palma de Mallorca en 1232. Después de llevar una vida muy mundana, decide, en 1262, consagrarse a la conversión de los INFIELES. Aprende el árabe y la Lógica enseñada en las escuelas musulmanas. En 1276 funda el colegio de Miramar para la formación de los misioneros. Efectúa numerosos viajes a Asia y África, pero también a París, donde funda una escuela. En 1292 se convierte en terciario franciscano. Reclama en el Concilio de Vienne (1311) la lucha contra el averroísmo, la reanudación de la Cruzada, la fusión de las órdenes militares y la creación de colegios para el estudio de las lenguas orientales. En el curso de un último viaje, es lapidado en Bugía y muere en un barco genovés que lo devolvía a Mallorca (1316). Raimundo Lulio es autor de más de 150 obras científicas, literarias, teológicas y pedagógicas, escritas en latín, pero sobre todo en árabe y en catalán. Esta obra inmensa, que revela ciertamente influencias judaicas (Cábala o, más exactamente, Kabbala), es una curiosa mezcla de misticismo ocultista, erudición científica y filosofía de la acción (págs. 590 y 592).
(Cf. A. Llinares, *Raymond Lulle, philosophe de l'action,* 1964.)

LUZ.
Aspiración fundamental. Bien superior, adquirido poco a poco por la religión, el arte, la ciencia (Cristo como luz; el gótico como técnica de la iluminación; la óptica, ciencia fundamental en el siglo XIII) (págs. 450 y 451).

M

MADERA.
Material esencial, gran riqueza de la Cristiandad, cubierta de bosques (pág. 185). Las casas y las ciudades son enteramente de madera y arden con gran facilidad. Incluso en los grandes monumentos de piedra (iglesias), las partes de madera (armaduras de las cubiertas) son importantes. La utilización de la madera es una de las razones por las cuales las comunidades aldeanas defienden su derecho al uso de los bienes comunales. El simbolismo de la madera se une al del ÁRBOL y al de la CRUZ (págs. 185-187, 282, 283, 333 y 485).
Trabajo de la — (*il. 98*).

MAGIA.
Buena o mala, negra o blanca, conduce a Dios o al Diablo, bajo el patronato benefactor de Salomón (*il. 148*), o el nefasto de Simón el Mago (pág. 227).

MAHOMA.
Identificado con el Anticristo (pág. 200). Conocido a través de una leyenda de terror.

«MANANTS».
Designa, en Francia, a partir del siglo XI, el conjunto de la clase campesina, caracterizada por una inmovilidad teórica (latín: *manere*, permanecer) (pág. 138).
(Véase VILLANO, SIERVO.)

MANIQUEÍSMO.
Herejía antigua (cf. H. Ch. Puech, *Le Manichéisme)*, combatida principalmente por San Agustín y que representa en la Edad Media el tipo mismo de la herejía y a la que los ortodoxos tratan de reducir, en mayor o menor grado, todas las tendencias heterodoxas. Su oposición fundamental entre un principio bueno y un principio malo anima de manera particular el catarismo, pero se encuentra en el fondo de toda la mentalidad medieval ortodoxa. (Véase DUELO, DUALISMO y pág. 225.)

MANO.
Símbolo del mando y de la habilidad. Mano de Dios que sale de entre las nubes (pág. 219), mano de justicia del rey, mano del obispo que bendice, mano del *homo faber* que lo distingue de los animales (a partir de Aristóteles, Santo Tomás de Aquino agrupa todos estos sentidos).

MAR.
Símbolo del mundo cambiante e inestable. Reino del peligro (*ils. 117, 118,* págs. 191 y 192). Pasar el mar supone una prueba de gran mérito: la Cruzada por vía marítima gana un valor superior. (Véase SAN LUIS y *lám. col. I.*)

MARCABRU.
Trovador relacionado con las cortes de Poitiers y de Ventadorn, que pasa por ser, hacia 1140-1150, el inventor de la poesía ascóndita, el *trobar clus*. De hecho, parece haber sido un genio caprichoso y original, que utiliza los temas de la lírica cortés de manera muy personal, con una tendencia al moralismo y a la sátira (pág. 389).

MARCO POLO.
Nacido hacia mediados del siglo XIII en Venecia y muerto en 1323. Acompañó a su tío y a su padre en un viaje de negocios a la corte de Kubilai Kan, en 1271 (pág. 213). Permaneció diecisiete años a su servicio y viajó por toda el Asia. Regresó a Europa a través del Japón, las islas de la Sonda, Persia y Constantinopla. Hecho prisionero por los genoveses en el curso de una batalla naval, aprovechó su cautiverio para redactar sus memorias (1298). Acogida con escepticismo por sus contemporáneos y bautizada por ellos con el sobrenombre de *El millón,* esta obra, más conocida por el *Libro de las Maravillas,* es un documento excepcional. (Véase *il. 28* y página 194.)
(Cf. L. Olschki, *L'Asia di Marco Polo,* 1957.)

MARÍA DE FRANCIA.
La primera de las poetisas francesas de fecha conocida, vivió en la corte de Inglaterra en la segunda mitad del siglo XII. Escribió en ella hacia 1160 un gran número de *lais,* especie de narraciones en verso, sobre temas extraídos de las leyendas célticas. La pintura del amor, delicado y melancólico, constituye el mayor mérito de estas obras, que tuvieron una influencia considerable sobre toda la literatura europea de la época. Se le debe también una colección de fábulas, el *Ysopet,* adaptada del latín (pág. 567).

MARSILIO DE PADUA.
Filósofo universitario nacido hacia 1290 y muerto hacia 1340. Estudió Teología y Derecho y fue rector de la Universidad de PARÍS en 1312. Abrazó el partido imperial de Luis de Baviera contra el papado de Aviñón. Su *Defensor pacis* es un violento ataque contra las pretensiones de los papas sobre el poder temporal (págs. 142 y 143). Fue excomulgado en 1327, pero sus ideas tuvieron una gran influencia y contribuyeron poderosamente a la decadencia de la autoridad pontificia en el siglo XIV. Se ha visto en él al primer teórico del Estado «moderno».
(Cf. G. de Lagarde, *La naissance de l'esprit laïque au déclin du Moyen Age,* 1962.)

MARTÍN DE BRAGA (San).
De origen oriental, monje entre los SUEVOS, después obispo de Braga (570), autor del *De correctione rusticorum* y de la *Formula vitae honestae* (pág. 67).

MÁS ALLÁ (El).
Mundo de la realidad, de la verdad. A través de los símbolos y de una continuidad velada, se mezcla con el universo terrestre (págs. 216-230, 443 y sigs., 460).

MEDICINA.
Plantea al hombre medieval un problema fundamental: es teóricamente inútil, incluso nefasta, en la medida en que cuida del cuerpo despreciable. Pero, siendo el cuerpo el sostén del alma, se justifica como medio de salvación. El médico, como el herrero, es un mago a la vez temido y despreciado. La medicina emerge con dificultad del empirismo terapéutico de la Alta Edad Media, pasa por una fase teórica (ESCUELA DE SALERNO, UNIVERSIDADES) y llega a un frágil equilibrio entre la teoría y la práctica.
Progreso de la — *(il. 155).*
(BIBL. HISTORIA DE LAS CIENCIAS: L. C. Mac Kinney.)

MEDIDAS.
Numerosas y cambiantes, de acuerdo con el fraccionamiento de la vida económica y la arbitrariedad de los poderes sociales que las detentan: objeto de la LUCHA DE CLASES (página 408).

MENDIGOS.
Honrados como practicantes de la pobreza absoluta según el modelo del Cristo (pág. 128) (de ahí en el siglo XIII las órdenes mendicantes, pág. 130). Sin embargo son socialmente despreciados y condenados por algunos, ya que se niegan a ganar su sustento por medio del trabajo (pág. 334).
(Cf. Guillermo de Saint-Amour, Juan de Meung, en la segunda parte del ROMAN DE LA ROSE.)

MENTIRA.
Pecado capital, pese a que no figure en la lista tradicional (véase PECADO). Una de las causas principales de la inseguridad moral. Condenada por San Agustín *(De mendacio).* Asociada al engaño, al fraude, a la astucia. En el dintel del tímpano de Conques (siglo XII) está escrito: «Los ladrones, los mentirosos, los engañadores, los codiciosos y los rapaces son así todos condenados» (pág. 479).

MERCADER.
Inicialmente considerado como indeseable, dado que introducía en el interior de una economía cerrada la perturbación de importaciones y exportaciones. Poco a poco es rehabilitado por la Iglesia (pág. 127), en proporción a la creciente apertura de la economía (págs. 299, 300, 344 y sigs.).
Poder de los mercaderes (págs. 393 y 394).
Representación de — *(ils. 104 y 107).*
(BIBL. COMERCIO, MONEDA, MERCADERES.)

MESES.
División del año, señalada por los trabajos rurales (ciclo de los trabajos de los meses, frecuentemente representado por la escultura religiosa).
(Véase *ils. 114, 189-192, lám. col. IV* y páginas 248 y 249.)
(Cf. J. C. Webster, *The Labors of the Months in Antique and Medieval Art,* 1938.)

METALURGIA.
Dominio técnico en el que los invasores bárbaros de la Alta Edad Media, instruidos por sus contactos con el Oriente, manifestaron una neta superioridad sobre la civilización grecoromana (véase HERRERO y HIERRO).

MICROCOSMOS.
Imagen favorita del simbolismo «totalitario» de la Edad Media: el hombre es un microcosmos, la Iglesia también (págs. 193, 232 y 444).

MIEDO.
Sentimiento muy extendido bajo su forma individual y, sobre todo, bajo la colectiva, frente a las calamidades y el temor al INFIERNO (pág. 264 e *il. 150).*

MILAGROS.
1.º Dramas religiosos, cuyo tema está sacado de la vida y las leyendas de los santos. Al principio, simple sucesión de episodios cómicos, épicos o religiosos, mal ligados entre sí —por ejemplo en el *Jeu de saint Nicolas,* escrito por JUAN BODEL hacia 1200—, el milagro se convierte a finales del siglo XIII en un género verdaderamente dramático, con el *Milagro de Teófilo,* de RUTEBEUF, en el que la acción sigue siendo sumaria, pero que comprende pasajes patéticos y emocionantes (véase TEATRO RELIGIOSO).
2.º Intervenciones numerosas de Dios en la tierra contra el orden de la naturaleza, por intermedio de los santos *(ils. 17, 18, 143, 145* y págs. 227, 228 y 318). Prueba de santidad, sanción de los justos. Los milagros corresponden a las necesidades esenciales (pág. 125) y

permiten cumplirlas: curaciones (miseria fisiológica), milagros técnicos (útiles salvaguardados, *il. 148,* obreros salvados), etc. (páginas 282 y sigs., 440 y sigs.).

MILÁN.
Una de las grandes ciudades del Occidente medieval. Centro económico, político, espiritual, perturbado en la segunda mitad del siglo XI por el movimiento paraherético de los patarinos. Descrito y alabado en un libro de Bonvesin della Riva (1288) (pág. 398).
— Iglesia de San Ambrosio *(plano 39, página 449, e il. 208).*
(BIBL. CIUDADES Y BURGUESES: C. Violante.)

MILENARISMO.
Creencia en el advenimiento futuro sobre la tierra de un largo período (mil años simbólicos) de paz y de prosperidad. Anima, más o menos abiertamente, la mayor parte de las corrientes heréticas de la Edad Media (páginas 263 y sigs.).
(BIBL., HEREJÍAS: N. Cohn.)

MINAS.
La extracción minera (págs. 298 y sigs.).
Agotamiento de las — (pág. 334).

MINNESÄNGER.
Grupo de poetas alemanes que, a finales del siglo XII y comienzos del XIII, aclimataron en su país la poesía cortés de origen francés. Los principales entre ellos son Dietmar von Aist (uno o acaso dos poetas de la segunda mitad del siglo XII), WOLFRAM VON ESCHENBACH (hacia 1170-1220), más conocido como poeta épico, WALTHER VON DER VOGELWEIDE (hacia 1170-hacia 1230). Sus obras exaltan el amor *(Minne* en alto alemán, cuyo primer sentido es «recuerdo»), un amor que es respeto y homenaje hacia la dama de sus pensamientos. Los ideales de la caballería y del amor cortés se encuentran codificados en ellas bajo la forma de un verdadero ceremonial. Ahora bien, a diferencia de los trovadores franceses, los *Minnesänger* han sobresalido asimismo en otros géneros poéticos, como los cantos populares y religiosos y los poemas de Cruzada. Se ha distinguido entre una primavera (segunda mitad del siglo XII) y un otoño del *Minnesang,* en el que la inspiración se hace más realista (págs. 248 y 249), más campesina y más didáctica y satírica (corriente *gnómica).* Uno de los principales representantes de esta corriente «aldeana» es Neidhart (hacia 1180-hacia 1250), creador de la «poesía aldeana de corte» *(höfische Dorfpoesie),* que, después de él, se inclinará a la poesía de la comilona *(Fresslieder).* El más célebre manuscrito de *Minnesänger,* a comienzos del siglo XIV, se encuentra en Heidelberg: contiene las obras de 139 poetas y 138 miniaturas representando los *Minnesänger* y su blasón.
(BIBL. HISTORIA LITERARIA: I. Frank y A. Moret.)

MÓDENA (Catedral).
Comenzada en 1099 bajo la dirección del arquitecto Lanfranco, *Mirabilis Artifex,* fue acabada en 1184. Las bóvedas góticas son un añadido del siglo XV. Dedicada a San Geminiano, es uno de los principales ejemplos de arquitectura románica propiamente italiana *(il. 120).* Su principal originalidad reside en una búsqueda muy profunda de los efectos de luz y sombra. Las más bellas esculturas, en la fachada y en las métopas, son debidas a un gran artista, compañero de Lanfranco en 1099, Wiligelmo —que ha dejado su firma—, y a su taller. Algunas esculturas, en el pórtico meridional de la Pescheria, representan escenas de la leyenda arturiana (otras de la de Roldán), testimonio de la importancia que revistió, a principios del siglo XII, una colonia francesa y normanda dotada de su propia legislación. La torre-campanario (la Ghirlandina) no fue terminada sino a comienzos del siglo XIV.

MODERNO.
El término tiene, en general, un sentido peyorativo, frente a lo antiguo, que hace autoridad, o simplemente positivo (contemporáneo, reciente). A partir del siglo XII, expresa para algunos una reivindicación del progreso (página 241).

MOISSAC (Abacial de Saint-Pierre).
Este edificio, cuya nave data del siglo XV, interesa a los historiadores del arte por la presencia de una ojiva precoz en el piso del pórtico, pero ofrece, sobre todo, dos obras maestras de la escultura románica languedociana: los relieves de su claustro y de su tímpano. Las esculturas del claustro, realizado al final del siglo XI como las de Saint-Sernin de TOULOUSE, han ejercido una gran influencia en el Medio-

día. Las del tímpano del frontispicio son obra de otro taller que, hacia 1115, «ejecuta por primera vez en la piedra, con una amplitud y según un orden que, desde este momento, definen todo un arte, la formidable cantata del APOCALIPSIS» (H. Focillon). A los lados se observan, entre otras, las imágenes torturadas de la lujuria y de la avaricia. Las grandes figuras de San Pablo y de Jeremías en la entreventana, parecidas a las de Souillac, son una de las más bellas realizaciones del sentido románico de las líneas y del movimiento.
(Cf. *Moissac et la Chrétienté au XI° siècle,* Colloque du IXe Centenaire, 1963.)

MOLINO.
La gran «invención» de la Edad Media (pág. 273), por su difusión y su aprovechamiento en diversos dominios (metalurgia, tintorería, etc., pág. 292). En principio es hidráulico, después también de viento (pág. 274), a partir de finales del siglo XII. Lugar de reunión de la sociedad campesina, pero detestado por ella, porque está ligado a la economía señorial *banal* (véase BAN): hostilidad de los campesinos medievales en relación al molinero.
(Véase *il. 93* y pág. 420.)

MONASTERIOS.
Habiendo triunfado en Occidente la forma cenobítica (y no eremítica) del monaquismo, los monasterios eran un conjunto de construcciones agrupadas (iglesia, claustro, alojamiento, hostelería para los peregrinos, construcciones con finalidades económicas). Teóricamente mundo cerrado, con frecuencia establecido en las soledades, que debía bastarse a sí mismo para evitar a los monjes el contacto con el mundo exterior, los monasterios constituyeron de hecho hogares de irradiación de las técnicas, los libros y las ideas, verdaderos focos de espiritualidad. Centros económicos (grandes dominios abiertos a los progresos de las técnicas agrícolas y preindustriales, las órdenes del siglo XII, los cistercienses, en especial, forman vastas explotaciones pertenecientes a un solo dueño, a menudo alejadas del monasterio, las *granjas*); centros intelectuales (*scriptorium,* en el que los monjes copiaban e iluminaban los manuscritos); centros artísticos (miniaturas, vidrieras, construcciones, etc.); centros políticos a veces (papel de CLUNY); y, evidentemente, centros espirituales. La gran novedad de las órdenes mendicantes en el siglo XIII consiste en instalar sus conventos en las ciudades.
(Véase págs. 174 y sigs.; *planos 28, pág. 172; 29, pág. 176; 30, pág. 177,* y ÓRDENES MONÁSTICAS.)
(Cf. D. Knowles y J. K. S. Saint-Joseph, *Monastic sites from the air,* 1962.)

MONEDA.
Se rarifica en proporción a la disminución de los cambios a larga distancia durante la Alta Edad Media y se convierte en un medio de prestigio, acuñada por todos los que tienen autoridad para ello («aristocracia de la Alta Edad Media», R. López), los soberanos o los obispos. Objeto de lujo y de pecado. Sin embargo, con el retorno a la economía monetaria (pág. 122), se exitende de nuevo, bajo la forma de *dineros* de plata, después de plata *gruesa,* de moneda de oro en fin. Reanudación de la acuñación del oro en el siglo XIII: florín *(ils. 197 y 198),* ducado *(ils. 195 y 196),* escudo *(ils. 193 y 194),* etc. Está sometida a devaluaciones o, menos frecuentemente, a revaloraciones (mutaciones monetarias) a partir de finales del siglo XIII (bajo el reinado de FELIPE EL HERMOSO en Francia, 1285-1314). La mala moneda, aleación en la cual la proporción de metal no precioso (cobre, bronce) se hace cada vez mayor, es llamada *moneda negra* (páginas 337 y sigs.).
(BIBL. COMERCIO, MONEDA, MERCADERES.)

MONGOLES.
Invaden la Cristiandad oriental en 1240-1243, pero suscitan grandes esperanzas de conversión al catolicismo y de lucha en común contra el Islam. (Véase pág. 213 y SAN LUIS y MARCO POLO.)

MONREALE.
Sede a la vez de un monasterio benedictino, fundado cerca de Palermo por Guillermo II de Sicilia en el año 1174, y del arzobispado metropolitano de Sicilia. La catedral, elevada de 1166 a 1189, es la obra maestra de la combinación entre los estilos y técnicas occidentales, bizantinas y musulmanas. Decoración completa de mosaicos en el interior (terminada en 1182). Puertas de bronce de Bonnano de Pisa (1186). Claustro de rica decoración, contiguo al convento *(ils. 62 y 63).*

MONSTRUOS.
Atormentaron la imaginación medieval, par-

ticularmente en la época románica, que hizo figurar entre ellos al hombre (monstruos semihumanos, figuras grotescas y deformes). Forma de protesta contra «el hombre imagen de Dios», expresión de la corriente antihumanista, poderosa a todo lo largo de la Edad Media. (Véase *ils. 134 y 151* y pág. 439). Una antropología monstruosa (sirenas, centauros, etc.) se desarrolla, por ejemplo, en el tímpano de VÉZELAY. El sabio dominico Tomás de Cantimpré, que, en el siglo XIII, inserta un capítulo *De monstruosis hominibus* en su científico *De animalibus*, se pregunta si esos hombres monstruosos descienden también de Adán.

MONTE CASSINO.
Monasterio benedictino, fundado por SAN BENITO en el año 529, destruido por los lombardos a finales del siglo VI, reconstruido en 720, destrozado por los sarracenos en 884 y rehecho a mediados del siglo X. El abad Didio (1058-1087) hizo levantar y decorar por artistas bizantinos una iglesia, consagrada en 1071, la «maravilla de Occidente», que fue también un *scriptorium* célebre. Reconstruida en 1349, después de un terremoto, rehecha y abarrocada en el siglo XVII, asolada durante la campaña de Italia en 1944, fue reconstruida y consagrada de nuevo en 1964.

MONTFORT (Simón de).
Tipo del pequeño señor de la Isla de Francia en busca de aventuras y de presas, Simón IV, conde de Montfort, partió para Tierra Santa en 1198 y en 1202, con ocasión de la V Cruzada. En 1209 contesta a la llamada de INOCENCIO III, dirigida a los caballeros del Norte contra los CÁTAROS. Se señala por su valor y su ardor en la matanza de heréticos. En 1212 se apodera de los dominios de Raimundo VI, conde de Toulouse, y bate en Muret a su aliado, el rey de Aragón, en 1213 (pág. 576). Pero, en 1217, Raimundo VI levanta contra él las poblaciones meridionales y es muerto al intentar reconquistar Toulouse en el año 1218.

MONTFORT (Simón de).
Hijo del anterior (hacia 1200-1265). Obtiene de Enrique III el condado de Leicester, que había pertenecido a su madre y del cual expulsó a los judíos. Después de haber rehusado la regencia del reino de Francia, a la muerte de Blanca de Castilla (1252), se pone a la cabeza de la revuelta contra Enrique III y, tras la victoria de Lewes, en 1254, gobernó Inglaterra, donde ensayó la instauración de un régimen parlamentario. Batido por el futuro Eduardo I, es muerto en Evesham (1265). Considerado por los «comunes» como un mártir (pág. 143).

MONTJUICH.
Gran museo medieval, sobre todo de pinturas románicas catalanas, en Barcelona *(ils. 149, 175 y lám. col. III)*.

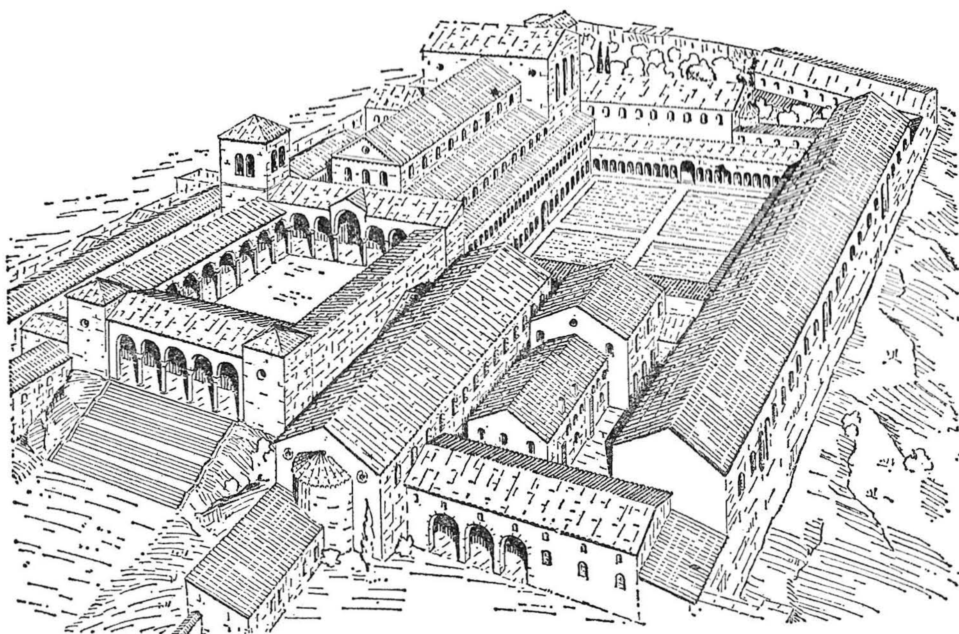
MOVILIDAD.
Muy grande durante la Edad Media, pero condenada como un pecado que perturba a la sociedad, cuya estabilidad se considera necesaria para la salvación (págs. 188 y 189).

MUERTE.
El gran pasaje. Espanta en la medida en que puede conducir al infierno *(il. 143)*, pero, en sí y bajo sus formas materiales (cadáver, ceremonias fúnebres), sólo causa angustia a partir del siglo XIV *(il. 183)*. Prácticamente ausente de la iconografía medieval (salvo bajo la apariencia de resurrección, pág. 495). (Cf. A. Tenenti, *La Vie et la Mort à travers l'art du XVe siècle*, 1952.)

MUJER.
Encarnación e instrumento del Diablo.
Su promoción y sus límites (págs. 226, 227 y 387-389).
Apuesta de la lucha de clases (págs. 410 y 411, *ils. 77 y 78*).
(Véase EVA, VIRGEN.)

MUNDO.
Símbolo y dominio del mal, del que se debe huir y al que se debe despreciar (temas mayores de la espiritualidad medieval: *fuga mundi*, huida del mundo del monje; *contemptus mundi*, desprecio del mundo: INOCENCIO III, a finales del siglo XIII, antes de su elección al pontificado, escribe un tradicional *De contemptu mundi*) (págs. 259, 473 y 478).

MÚSICA.
Una de las artes del *quadrivium* (véase ARTES LIBERALES), medio supremo de educación en la tradición platónica y agustiniana (por intermedio de BOECIO). Desempeña un papel primordial en la liturgia. No sigue la misma evo-



59. LA ABADÍA DE MONTE CASSINO
(Según la reconstrucción de su estado en 1075 por K. J. Conant)

lución en el plano teórico que en el plano práctico (canto gregoriano, polifonía). Tiene un valor ético: «El que hace el mal demuestra que no conoce la música» (Rabán Maur). (Cf. G. Raese, *Music in the Middle Ages,* 1940; J. Chailley, *Histoire musicale du Moyen Age,* 1950; S. Corbin, *L'Eglise à la conquête de la musique,* 1960.)

MUSULMÁN.
(Véase INFIEL.)

N

NATURALEZA.
Poderosa frente a los débiles medios técnicos del hombre medieval. Sometida a Dios. No obstante, toma una importancia creciente en la Teología con la invasión del aristotelismo (véase TOMÁS DE AQUINO). Anima una corriente «naturalista», en la que es personificada (véase JUAN DE MEUNG: segunda parte del ROMAN DE LA ROSE) (págs. 442 y sigs.).
— Sentimiento de la naturaleza (págs. 192 y 193 e *ils. 51 y 161).*

NAVÍOS.
Símbolo de la fragilidad de las instituciones humanas frente a los caprichos marítimos (véase MAR, nave de iglesia, etc.). Reducidos al uso de los piratas (navíos vikingos) durante la Alta Edad Media, evolucionan con el progreso del comercio marítimo, en el que se distinguen italianos, vascos y hanseáticos.
Construcción de — *(il. 98).*
Timón de charnela *(il. 102* y pág. 297).
— veneciano *(il. 185).*

NIBELUNGENLIED O LOS NIBELUNGOS.
Poema épico alemán, escrito al comienzo del siglo XIII, pero que, en lugar de reflejar la atmósfera «cortés» común en la literatura de

la época, es un poema de la violencia y de la venganza, que se enlaza a las tradiciones heroicas primitivas de los pueblos germánicos. El punto de partida histórico parece ser la destrucción del reino burgundo de Worms por los hunos, a principios del siglo V, y las rivalidades familiares entre los merovingios durante los siglos VI y VII. El héroe, Sigfrid, amo del tesoro de los Nibelungos, posee fuerzas sobrenaturales. Las pone al servicio de Gunter, rey de los burgundos, sometido a una serie de pruebas para obtener a Brunilda, y le pide como recompensa la mano de su hermana Kriemilda. Una querella de prerrogativas estalla entre las dos mujeres. Kriemilda revela a Brunilda la deslealtad de Gunter. Brunilda se venga en Sigfrid. Hace que Hagen asesine traidoramente al héroe. Al mismo tiempo, Hagen arrebata a Kriemilda el tesoro y la posibilidad de vengarse. Pero ésta, para recobrar su poder y llevar a cabo su venganza, se casa con el repugnante rey de los hunos, ATILA. Por medio de engaños, atrae a los burgundos y a su rey al campo de los hunos, suscita una batalla en la que ambos pueblos se matan mutuamente, hace asesinar a Gunter, prisionero de Atila, y da muerte con su propia mano a Hagen, antes de caer ella misma al final de la matanza, en medio del incendio del campamento (págs. 51 y 188).

NICOLÁS DE VERDÚN.
Orfebre de la escuela mosana, formado por Godofredo de Huy (finales del siglo XII, comienzos del XIII). Se le debe especialmente el ambón de Klosterneuburg, que representa la vida de Jesús y figuras del Antiguo Testamento. Simplifica la composición de las escenas, para poner de relieve los personajes en su expresión individual. Simplifica igualmente los colores, guardando el oro para las figuras y el azul para el fondo. En los motivos de decoración, por el contrario, los multiplica, pero su dibujo sigue siendo minucioso y geométrico (pág. 575).

NIÑOS.
Víctimas principales de la demografía medieval. Durante largo tiempo desprovistos de originalidad propia, considerados como pequeños adultos (págs. 389 y 390 y *lám. col. III*).

NOCHE.
Generadora del miedo (pág. 450), porque el hombre medieval se encuentra durante ella indefenso contra el DIABLO, los ladrones, la oscuridad... La nocturnidad era una circunstancia altamente agravante para la justicia medieval (págs. 246 y 247).

NORBERTO (San).
Fundador de la orden de los PREMONTRENSES en 1120 (véase pág. 129 y ÓRDENES MONÁSTICAS).

NORMANDOS.
Hombres del Norte, nombre dado a los invasores escandinavos en Occidente (siglos IX y X), primero a todos los daneses en general, después a aquellos de entre ellos que, instalados en Normandía (911), conquistaron Inglaterra (1066) y el reino de las Dos Sicilias (siglo XI). (Véase *Atlas, mapa II, pág. 503,* y págs. 81 y sigs.).

NOVEDAD.
Alteración del orden establecido, en oposición a la AUTORIDAD. Condenada por la Iglesia (páginas 278 y 435).

NOVELAS ANTIGUAS.
Conjunto de narraciones en verso del siglo XII, que tomaron como tema las ficciones ilustres de la Antigüedad grecolatina. Los principales ciclos, inspirados en Estacio, Virgilio y Ovidio *(il. 68)*, son el *Roman de Thèbes*, el *Roman d'Eneas* y el ROMAN DE TROIE. Estas obras, muy eruditas, son testimonio de la renovación de los estudios clásicos durante el siglo XII. Pero la Antigüedad está en ellas adaptada al gusto del día. La casuística amorosa, el gusto por lo maravilloso y el ambiente caballeresco convierten a estas narraciones en uno de los numerosos aspectos de la literatura cortés. El ROMAN D'ALEXANDRE ocupa un lugar aparte en esta literatura *(il. 67)*.

NOVELAS BRETONAS.
Conjunto de narraciones de aventuras de los siglos XII y XIII, cuyo cuadro convencional es la «Bretaña» (Armórica e Inglaterra) y que tienen por tema los hechos de armas de los caballeros del rey Arturo a la búsqueda del Santo Grial, los amores de TRISTÁN E ISOLDA y las aventuras de otros personajes ligados con ellos. Aparecida en la *Historia regum Brittaniae* de GODOFREDO DE MONMOUTH (hacia 1140),

el *tema de Bretaña* se remonta, sin duda, a tradiciones orales o escritas anteriores. Utiliza un fondo de mitos o de leyendas célticas, profundamente alteradas por la sensibilidad feudal y cortés, especialmente la francesa. La Iglesia se apodera en seguida de la materia para marcarla con su sello. El normando WACE, en el *Roman de Brut* (Brutus, antecesor legendario de los bretones), introdujo, por ejemplo, el tema de la *Tabla Redonda,* destinada a evitar las querellas de precedencia o etiqueta entre los caballeros de Arturo (tema feudal aristocrático de los *pares,* muy diferente de la igualdad burguesa urbana, más teórica que verdadera, por otra parte). Las narraciones galesas, los *Mabinogion,* compilados en el siglo XIII, «son obra de escritores que conocían la literatura francesa y han podido explotarla, pese a inspirarse en sus propias tradiciones nacionales» (P. Le Gentil) (pág. 482).

NOVELAS DE AVENTURAS.
Variedad de la novela o narración cortés, cuya acción no se sitúa en la Antigüedad ni en Bretaña y cuyos personajes son puramente ficticios. Pintorescas y variadas, son, sobre todo, más concretas y más dispuestas a describir la vida real que los restantes géneros. Las más características son *Floire et Blanchefor* (siglo XII) y *Aucassin et Nicolette* (hacia 1200), que narran con gran lujo de peripecias los amores contrariados pero finalmente felices de una pareja de jóvenes. Pero *Aucassin et Nicolette,* canto-fábula, en el que diálogos y escritos en prosa alternan con *laisses* cantados, es una irrisión de la aventura, una mezcla de novelas heroicas, cuya moraleja se limita a afirmar que la simple felicidad vale más que la proeza (pág. 575).

NOYON.
La catedral de Notre-Dame es una de las primeras iglesias góticas. Comenzada en 1135 por el obispo Simón de Vermandois, conserva numerosos elementos del estilo románico: especialmente plano con cruceros semicirculares. Pero la superposición de las ventanas en los mismos cruceros es testimonio de un atrevimiento y una habilidad que prefiguran el advenimiento del arte gótico.
(Véase *il. 211* y *Atlas, mapa VII, pág. 521.*)

NÚMEROS.
El simbolismo de los — (págs. 444 y 445).

O

OCCIDENTE.
Concebido como un apéndice del Oriente, pero hacia el cual avanza el progreso (véase TRASLACIÓN).

ORDALÍA.
Juicio de Dios por la prueba física: combate singular, hierro candente, agua hirviente (*ilustración 131*). Prohibido por el IV Concilio de Letrán (1215), desaparece frente a las pruebas escritas. Suscita *campeones,* ocasionales (héroes de las novelas caballerescas) o profesionales.

ORDEN.
Categoría de la sociedad querida por Dios. La sociedad feudal, sociedad de los *tres órdenes.* Se borra más o menos ante la sociedad de los *estados,* a partir del siglo XII (págs. 349-357). Ritual litúrgico: *ordo* real (pág. 365).

ÓRDENES MILITARES.
Órdenes de monjes-soldados, fundadas para la lucha contra los musulmanes en España y en Tierra Santa, que se replegaron a Occidente, adquirieron grandes riquezas (dominios y operaciones bancarias) y determinaron vivas protestas (Templarios). Tales órdenes son las del Temple (1118: laicos; 1163: clérigos), Hospital de San Juan de Jerusalén (1099, clérigos: 1154), la orden Teutónica (1143 y 1197), la cual se convirtió más tarde en un Estado, y, en la Península Ibérica, Calatrava (1158), Évora (1162), Santiago (1175) y Alcántara (1176).

ÓRDENES MONÁSTICAS.
El monaquismo, originario de Egipto, se introduce en Occidente a comienzos del siglo V, primeramente en Provenza (monasterios de Lérins y de Saint-Victor de Marsella), después en Irlanda, tras las misiones de San Patricio y de sus discípulos (segunda mitad del siglo V). SAN BENITO DE NURSIA da a sus monjes de MONTE CASSINO una regla (525 aproximadamente), que consigue de inmediato una gran acogida. La Capitular monástica de 817 la impone a todos los monasterios, bajo la influencia del reformador benedictino Benito de

Aniana. El objetivo principal de los monjes benedictinos es el servicio de Dios *(opus Dei)*, mediante la plegaria y el oficio litúrgico. La clausura y la independencia económica son las condiciones que les permiten realizarlo. El monje benedictino es también un soldado de Dios, bajo la autoridad de su abad. Una serie de reformas intentan reanimar el monaquismo benedictino después de diversos períodos de decadencia, conforme a la evolución histórica. Así, en el siglo X, Brogne (914) y Gorze Fruttuaria (1004) y sobre todo CLUNY (910). En los siglos XI y XII, un movimiento eremítico es canalizado mediante la creación de monasterios de canónigos regulares, que siguen la regla llamada de San Agustín, y de órdenes nuevas (camaldulenses, 1012; vallombrosianos, 1015; grandmontanos, 1074; cartujos, 1084; cistercienses, 1098; Fontevrault, 1101; premontrenses, 1120) que, al lado del *opus Dei* y del trabajo intelectual, insisten sobre la necesidad del trabajo manual y de la simplicidad evangélica. Una nueva generación de órdenes religiosas surge al comienzo del siglo XIII. Las órdenes mendicantes, las más importantes de las cuales son la de los predicadores (dominicos) y la de los menores (franciscanos) *(mapas 23, pág. 128, y 24, pág. 129)*, se fijan como tarea el apostolado en las ciudades y sus arrabales. Pueblan las UNIVERSIDADES, que vienen a tomar el relevo de los monasterios en el movimiento intelectual. Como los reformadores del siglo XI, acentúan el retorno a la pobreza, indispensable para una evangelización profunda de los medios populares (véase págs. 125 y sigs., 242, *ilustraciones 10 y 11, Atlas, mapa IV, pág. 511)*. (Cf. Marc-Bonnet, *Histoire des ordres religieux*, 1949; el ejemplo inglés: D. Knowles, *The monastic order in England (943-1216)*, y *The religious orders in England (1216-1340)*, 1950; el ejemplo italiano, G. Penso, *Storia del monachesimo in Italia*, 1961.)

ORFEBRERÍA.
Arte esencial, ya que labra las materias preciosas y constituye los tesoros. El orfebre es, como el herrero, venerado y temido. (Véase *ilustraciones 231-234, 243-246* y *lám. col. VI.*)

OSTROGODOS.
Pueblo germánico, que ataca a Constantinopla en el año 487, al mando de TEODORICO. Después se instala en Italia (pág. 51, *mapa 1, pág. 32, mapa 2, pág. 49,* y *Atlas, mapa II, pág. 503)*.

OTÓN DE FREISING.
Obispo de Freising (siglo XIII), tío e historiador de FEDERICO BARBARROJA *(Gesta Frederici)*. Autor de una *Historia de las Dos Ciudades*, que se mantiene dentro de la tradición agustiniana y está imbuida de espíritu feudal (págs. 233 y 238).

OTÓN I.
Nacido en el 912, Otón el Grande, rey de Germania en el 936, de Italia en el 951, restauró en provecho suyo la dignidad imperial en el 962, aureolado por el prestigio de sus victorias sobre los eslavos y sobre los húngaros en Lechfeld, en el año 955 (págs. 89 y 90).

OTÓN II.
Emperador germánico de 973 a 983 *(il. 16* y pág. 90).

OTÓN III.
Nacido en 980, hijo único del emperador Otón II y de la princesa bizantina Teófana, coronada aún en vida de su padre en Aquisgrán, recibió durante la regencia de su madre una educación tan brillante que le valió el sobrenombre de *Mirabilia Mundi*. Lleno del sentimiento de un destino superior, partió a la edad de quince años hacia Roma, donde designó como papa, con el nombre de Gregorio V, a su primo de veinticinco años de edad. A la muerte de Gregorio V (999), elevó a su maestro GERBERTO al solio pontifical. Ambos sueñan en restaurar el Imperio romano, el Senado, el derecho de Justiniano. Al acercarse el año 1000, el emperador manifiesta el mayor misticismo: ayunos, plegarias, visitas a las tumbas de los mártires le retienen largo tiempo en Italia. Al regresar a Alemania, hace abrir la tumba de CARLOMAGNO para venerar sus despojos. Muere en 1002, a los veintidós años, en su castillo italiano de Paterno. Acababa de ser puesto en jaque por un motín en Roma y por una coalición de los bizantinos y los árabes en Sicilia (págs. 90, 91 y 360).
(Cf. E. R. Labande, *Mirabilia Mundi*, 1963.)

OXFORD.
Sede de una de las primeras UNIVERSIDADES

(primeros privilegios: 1214), nacida de escuelas ya florecientes en el siglo XII, célebre en los XIII-XIV por sus tendencias científicas (página 469).

P

PAGANOS.
Fuente de terror (paganos equivale a salvajes) y de esperanza (conversión, *il. 55*). Horizonte de límite o de conquista de la Cristiandad.

PAÑERÍA.
(Véase *il. 105* y pág. 157.)

PAPADO.
Se impone a la Cristiandad medieval por etapas tradicionalmente marcadas por ciertos pontífices (León I, 440-461; Gelasio, 492-496; GREGORIO MAGNO, 590-604; Nicolás I, 858-867; GREGORIO VII, 1073-1085; INOCENCIO III, 1198-1216). Se asegura una base territorial para su poder temporal (siglo VIII, Patrimonio de San Pedro, falsa Donación de Constantino). Emprende, como cabeza de la clase clerical, la lucha contra el Imperio, cabeza de la clase militar (lucha del Sacerdocio y del Imperio). La Iglesia se aparta de la influencia laica (reforma gregoriana), trata de dominar los Estados cristianos (Estados vasallos de la Santa Sede), sufre una grave crisis en el siglo XIV (humillación de BONIFACIO VIII, destierro de Aviñón, teoría conciliar tendente a situar a la Iglesia reunida en concilio ecuménico por encima del papado) (págs. 141, 142, 359 y sigs.). (BIBL. HISTORIA ECLESIÁSTICA Y RELIGIOSA, ESPIRITUALIDAD: W. Ullmann.)

PARAÍSO.
Perdido por el pecado. Situado en Oriente, fuente de los cuatro ríos del Paraíso (pág. 194 e *il. 50*). Objeto de la esperanza suprema (página 225). Simbolizado por la iglesia y, más especialmente, por el coro. (Cf. L. I. Ringbom, *Paradisus Terrestris,* 1958.)

PARÍS.
1.º La ciudad (pág. 396 y *plano 16, pág. 113).*
2.º Notre-Dame. Sede de un obispado dependiente de Sens, la catedral actual fue comenzada en 1163 por el obispo Mauricio de Sully. El coro fue terminado en 1177, el crucero y la nave en 1196. La fachada, iniciada en 1190, fue rematada en 1250. El siglo XIII ve todavía la construcción de las capillas de la nave, el alargamiento del crucero y la construcción de las capillas del coro. El XIV añade un ambón, suprimido por Jules-Hardouin Mansart. La sobriedad del interior (130 metros de longitud y 35 de altura) y la gracia un poco severa de las esculturas (Pórtico del Juicio en el centro, de Santa Ana al sur, de la Virgen al norte) hacen del conjunto un ejemplo típico del gótico severo *(plano 41, pág. 607).*
3.º La Sainte-Chapelle. Su construcción fue emprendida por SAN LUIS para albergar la reliquia de la Santa Espina. Edificada dentro del recinto del palacio, fue acabada en 1248 e inmediatamente considerada como una obra maestra. Los trabajos duraron únicamente tres años, bajo la dirección de Pedro de Montreuil. La Sainte-Chapelle es un producto del ARTE GÓTICO en su pleno apogeo. La capilla alta toma la forma de un relicario: los muros son calados hasta un grado extremo para dar paso a las vidrieras; su función de soporte está confiada a enormes contrafuertes. La capilla baja sirve de zócalo al relicario. Sus bóvedas desempeñan un papel esencial en la solución particularmente elegante de los problemas de equilibrio más delicados. La Sainte-Chapelle presenta trazos específicamente parisienses, que se dirigen sobre todo a un refinamiento particular de la decoración. Pero su originalidad reside también en el anuncio de la ruptura del equilibrio entre la decoración y el monumento que caracterizará el apogeo del gótico. Las estatuas suspendidas de los pilares prefiguran la evolución del arte gótico hacia una valoración del detalle decorativo a costa del conjunto monumental. Capilla relicario, la Sainte-Chapelle anuncia las iglesias museo del siglo XIV *(ils. 98 y 214).*
(Cf. *Corpus vitrearum medii aevi,* t. I: *Les Vitraux de Notre-Dame et de la Sainte-Chapelle de Paris,* 1959.)
4.º Universidad. Se forma en el siglo XII (privilegios de Celestino III: 1174; de Felipe Augusto: 1200) y pasa a ser, en el siglo XIII, la más célebre de la Cristiandad, particularmente en lo que se refiere a la Teología (estatutos de Roberto de Courson: 1215; huelga de 1229-1231 contra el poder real y bula *Parens scientiarum* de Gregorio IX: 1231. Fundación de un colegio para teólogos por Roberto de Sorbón en 1257).

PASIÓN (de Jesucristo).
A partir del siglo XI interviene cada vez más en la liturgia, en el arte, en la sensibilidad. Culto de los instrumentos de la — (pág. 224).

PATRICK (San).
Nombre latino (Patricio) de Sucat, hijo de un diácono bretón. Nacido hacia el 389 y raptado por piratas escoceses, es vendido como esclavo en Irlanda. Logra escapar, vive algún tiempo en Italia y después en el monasterio de Lérins, regresa a Bretaña y luego a Irlanda, de la que conserva la nostalgia. Consagrado obispo de Irlanda en el 432, cristianiza el país y muere hacia el 461 (pág. 179).

PAZ.
Ideal en contraposición a las realidades y a las seducciones de la guerra impuesta por la clase militar. Promovida, en el interior de la Cristiandad, por la Iglesia, bajo la forma de instituciones reglamentadas (comunidades de paz, tregua de Dios) (pág. 96).
(Cf. *Recueils de la Société Jean Bodin: la Paix*.)

PEAJE.
Derecho percibido por los señores sobre las mercancías al pasar por ciertos lugares privilegiados de los caminos terrestres o fluviales (collados, puentes, lugares de cambio de carga, etapas importantes). Muy numerosos, los peajes gravaban pesadamente el comercio medieval (pág. 321).

PECADO.
El mal moral. Conduce al INFIERNO. El pecado por excelencia es el pecado original (*ilustración 64* y pág. 238). En un principio objetivo (los siete pecados capitales, *ils. 133 y 187*), tiende a interiorizarse, sobre todo a partir del siglo XII.
(BIBL. SENSIBILIDADES Y MENTALIDADES: M. W. Bloomfield.)

«PECIA».
«Una primera copia oficial de la obra que se quiere poner en circulación está hecha en cuadernos de cuatro folios, independientes los unos de los otros. Cada uno de esos cuadernos, hechos de piel de cordero plegada en cuatro dobleces, lleva el nombre de *pecia:* pieza. Gracias a esas piezas, que los copistas toman una después de otra y cuya reunión constituye lo que se llama el *ejemplar,* el espacio de tiempo que habría sido necesario a un solo copista para hacer una sola copia es suficiente, en el caso de que una obra comprenda una sesentena de piezas, para que cuarenta escribas puedan realizar cada uno su transcripción sobre un texto corregido bajo el control de la Universidad y que es, en cierto modo, el texto oficial.» (A. Destrez, *La pecia dans les manuscrits universitaires du XIII*e *et du XIV*e *siècle,* 1935) (pág. 462).

PEDRO EL VENERABLE.
Último gran abad de CLUNY. Nacido en Auvernia, en 1094, de una familia noble, entra como oblato a la muerte de su padre en el monasterio cluniacense de Sauxillanges y, después de haber profesado, es enviado por San Hugo a VÉZELAY, donde permanece durante diez años y donde adquiere una vasta cultura religiosa y profana. En 1120 funda el priorato de Domène, cerca de Grenoble. Elegido abad de Cluny en 1122, restablece la disciplina, relajada bajo su predecesor Pons de Melgueil. Defiende asimismo a Cluny contra los ataques de SAN BERNARDO, con el cual mantiene, a pesar de sus desavenencias, una correspondencia amistosa. San Bernardo ataca el lujo cluniacense en la alimentación, en el vestido y en el templo. Pedro el Venerable admite la necesidad de corregir los excesos, pero niega los principios de la austeridad cisterciense. Efectúa numerosos viajes, especialmente a Roma, a Inglaterra y a España. Hace traducir el Corán al latín en Toledo. Esta edición será la base de todos los textos del Corán en Occidente hasta el siglo XVI. En 1140 acoge a ABELARDO y, a su muerte, le dedica un epitafio elogioso y escribe a Heloísa dos cartas llenas de solicitud para con ella y su hijo. Al final de su vida debe solventar ciertas diferencias entre la orden y los comunes de Cluny y de Vézelay. Deja una obra teológica abundante, pero de calidad mediocre: tratados sin gran trascendencia teórica contra los JUDÍOS, los MUSULMANES, los HERÉTICOS neomaniqueos Pedro de Bruys y Enrique de Lausana; obras de edificación cándidas para uso de los monjes, especialmente un libro «sobre los milagros» (*De miraculis*), de una credulidad asombrosa si se compara con las opiniones de sus contemporáneos instruidos. La parte más atrayente de su obra sigue siendo su vasta correspondencia. A su muerte, acaecida en 1156, la

biblioteca de Cluny contenía 500 volúmenes. (Véase ÓRDENES MONÁSTICAS y pág. 130).
(Cf. *Petrus Venerabilis*, ed. G. Constable y J. Kritzeck, 1956.)

PEDRO LOMBARDO.
Teólogo italiano, nacido hacia 1100-1110, que vino a París para ponerse bajo la dirección de los maestros de la ESCUELA DE SAINT-VICTOR con la recomendación de SAN BERNARDO. Enseña Teología de 1135 a 1150 en el claustro de Notre-Dame, es nombrado obispo de París en 1159 y muere en 1160. Su obra capital es un florilegio mediocre, la *Summa de las sentencias* (o los *VI libros de las sentencias*, página 469), colección de textos de los Padres de la Iglesia, clasificados por materias. Anselmo de Laón había dado el primer ejemplo de este tipo de obras a comienzos del siglo XII. Dos hechos confieren a su obra una importancia excepcional: Pedro Lombardo, ecléctico sin originalidad, experimentó, entre otras influencias, la de los teólogos «modernos» del siglo XII, tales como ABELARDO o Gilberto de la Porrée, y contribuyó a su vulgarización. Su libro pasó a ser en las Facultades de Teología de las Universidades del siglo XIII un manual obligatorio, un «libro de texto», y los mayores maestros han escrito comentarios sobre el *Libro de las sentencias* de Lombardo, que hacen figurar con frecuencia entre las obras maestras (SAN BUENAVENTURA, SAN ALBERTO MAGNO, DUNS SCOTO, OCCAM, etc.) (página 434).
(Cf. Ph. Delhaye, *Pierre Lombard, sa vie, ses oeuvres, sa morale*, 1961.)

PEREGRINACIONES.
Los peregrinos eran numerosos. La peregrinación suponía un medio poderoso de salvación y una penitencia impuesta a las faltas graves. Toda una red de peregrinaciones cubre la Cristiandad. A las peregrinaciones locales o regionales se superponen las grandes peregrinaciones de toda la Cristiandad (Tierra Santa, ROMA, SANTIAGO DE COMPOSTELA), cuya expansión ha sido muy importante para el arte románico (iglesias de peregrinación, *ils. 227-230, Atlas, mapa IV, pág. 511*, y págs. 188 y sigs.)
Dante *(Vita nuova)* distingue tres clases de peregrinos: *Chiamansi palmieri in quanto vanno oltremare, là onde molte volte recano la palma; chiamansi peregrino in quanto vanno a la casa di Galizia, pero che la sepultura di sa' Jacopo fu più lontana de la sua patria che d'alcuno altro apostolo; chiamansi romei in quanto vanno a Roma, là ove, questi ch'io chiamo peregrini andavano.*
(BIBL. PEREGRINACIONES.)

PESTE.
Entre las numerosas epidemias *(pestilentiae)* de la Edad Media se distinguen dos grandes oleadas de *peste negra* (bajo la forma pulmonar y lo forma bubónica) en el siglo VI (a partir del 543) y en el XIV (a partir de 1348) (véase *il. 178* y pág. 156). Ambas epidemias hicieron perecer a una tercera parte, aproximadamente, de la población de la Cristiandad.

PICOTA.
Atributo de la alta justicia (pág. 391). Colocada en las puertas de las iglesias y en los mercados. Responde a la curiosidad malsana de las multitudes medievales.

PIEDRA.
A finales del siglo X, reemplaza poco a poco la madera (pág. 95) en la construcción de los edificios religiosos, los castillos, los grandes edificios urbanos. Materia prima esencial del progreso económico medieval (véase CONSTRUCCIÓN). Símbolo de fuerza y de duración, por ejemplo, de la Iglesia (págs. 286 y 287).

PISA.
Poderosa república marítima entre los siglos XI y XIII. Centro de difusión de un estilo que manifiesta la persistencia de las atracciones romanas en la arquitectura románica. El estilo pisano domina en Lucas, Pistoia, Prato, Arezzo y en Cerdeña. Pisa ha sido la primera ciudad italiana que se magnificó con un conjunto monumental religioso, verdadero «montaje escenográfico», constituido por la catedral (1063-siglo XIII), el baptisterio (1153-siglo XIV), el campanile (1173-1350) y el *campo santo* (1278-siglo XV). La catedral, «obra maestra insólita», comenzada por Buscheto, fue terminada en el siglo XIII por Reinaldo, que edificó una nueva fachada para el edificio. Es un «relicario de mármol» (Buscheto hizo inscribir en la fachada, al mismo tiempo que su nombre: *Non habet exemplum niveo de marmore templum*, «es una iglesia de mármol blanco sin igual»). Dicha fachada está ritmada por cuatro galerías en forma de logias, con finas columnas.

Contiene especialmente el célebre púlpito de Giovanni Pisano (1302-1312), obra maestra de la escultura «patética». De las puertas de bronce de Bonnano (1180), destruidas por un incendio en 1594, no queda más que la del crucero. El *campanile* (la célebre torre inclinada), comenzado por Bonnano, torre cilíndrica rodeada de galerías con logias siguiendo el modelo de la catedral, tomó desde el comienzo una fuerte inclinación, que no interrumpió los trabajos, terminados únicamente a mediados del siglo XIV. El baptisterio, circular, recibió gabletes y ornamentos góticos en el siglo XIII y, más tarde, en el XIV, una cúpula. Encierra en su interior el púlpito, el primero de los púlpitos monumentales góticos, obra de Nicola Pisano (1255-1260). El *campo santo,* el cementerio, fue rodeado de galerías decoradas con frescos en los siglos XIV-XV. El *Triunfo de la Muerte,* compuesto probablemente por Francesco Traini hacia 1350, al término de la peste negra, es una de las más sorprendentes expresiones de la Edad Media agonizante, visionaria y atormentada (pág. 120).

POBRES.
Ideal y contraste (véase MENDIGOS e *il. 119).* El debate sobre la pobreza absoluta de Jesús divide a la orden franciscana en los siglos XIII-XIV.
Calamidades que sufren los — (pág. 325).

POITIERS.
Gran hogar espiritual, intelectual y artístico desde la época merovingia y, sobre todo, durante la época románica, sede actual de un Centro de Estudios de la Civilización medieval (siglos X-XII) *(il. 14).*

POSESOS.
Enfermos mentales o nerviosos, excitados patológicos, considerados como habitados por el demonio (pág. 228) y sometidos al exorcismo de los santos o de clérigos especializados (exorcistas) *(il. 79* y pág. 426).

PRECIOS.
Evolución de los — (págs. 336 y 337).

PREMONTRENSES.
Orden de canónigos regulares, que viven del trabajo manual agrícola, fundada por San Norberto (1120) en Prémontré, en el bosque de Coucy (Aisne) (pág. 129).
(Cf. F. Petit, *La spiritualité des Prémontrés aux XIIe et XIIIe siècles,* 1947.)

PRISIÓN.
Atributo de alta justicia (véase HORCA y PICOTA) de los señores eclesiásticos y laicos. Desvela las imaginaciones, y es con frecuencia representada en el arte, con motivo de escenas bíblicas *(il. 128).*

PRODIGIOS.
Manifestaciones meteorológicas (cometas, terremotos, «lluvias de sangre», etc.) anunciadoras del fin del mundo o de calamidades, aliadas con las epidemias y las guerras. (Cf. Evangelio: *et erunt signa in caelo.)* (Págs. 268 y 439.)

PROEZA.
Alto hecho reservado al caballero, que une la fuerza física a la fuerza moral y espiritual. Uno de los valores supremos de la sociedad feudal. Será combatida a partir del siglo XII por la ideología del trabajo: «El trabajo supera a la proeza» *(il. 147* y págs. 458 y 459).

PROPIEDAD.
Realidad y noción poco importantes durante la Edad Media (pág. 188). Más o menos reemplazada por diversas formas de posesión y de uso, expresándose en una jerarquía y en una red de derechos.

PUERTA.
Símbolo del acceso al mundo oculto, sagrado. Toma una importancia creciente en los edificios religiosos del románico al gótico *(il. 21).*
El Cristo como — (pág. 223).
Puertas de bronce *(ils. 55, 62, 63, 79 y 92).*
(Cf. H. Leisinger, *Romnische Bronzen, Kirchentüren im mittelalterlichen Europa,* 1956.)

PUERTO.
(Véase *il. 8* y pág. 120, *plano 15, pág. 112,* y *Atlas, mapas III, pág. 507, y VIII, pág. 525.)*

R

RABÁN MAUR.
Monje benedictino, nacido en Maguncia hacia el 785. Formado en las letras sagradas y profanas en la escuela de Fulda, después en Tours, bajo la dirección de ALCUINO. Maestrescuela (817), después abad de Fulda (822-842),

arzobispo de Maguncia (847-856). «Preceptor de la Germania», uno de los grandes nombres del Renacimiento carolingio (pág. 184 e *il. 42*).

RADEGUNDA.
Princesa merovingia, que fundó en Poitiers el monasterio de la Sainte-Croix *(il. 14* y páginas 44 y 253).

RECONQUISTA.
(Véase ISLAM, *Atlas, mapa III, pág. 507,* y páginas 104 y sigs.).

REIMS.
1.º Catedral de Notre-Dame. La sede metropolitana de Reims tuvo una gran irradiación religiosa y política, acrecentada todavía a partir del siglo XI, cuando la iglesia se convirtió en el lugar de consagración de los reyes de Francia. Una catedral carolingia, que había reemplazado en el siglo IX a la vieja catedral del siglo V, fue destruida por un incendio en 1210. El arzobispo Aubri de Humbert colocó en 1211 la primera piedra del nuevo edificio, destinado a ser una de las obras maestras del arte gótico. El laberinto, devastado en 1779 y destinado a glorificar la habilidad de los constructores de la catedral, daba el nombre de los cuatro arquitectos que construyeron la iglesia en el siglo XII. El primero y principal, Juan de Orbais, concibió el plano de conjunto y elevó, entre 1211 y 1228 aproximadamente, el coro, el crucero y una parte de la nave hasta una gran altura. Dotado de un gran sentido de las masas, dio al edificio la robustez que es su característica esencial. Fue el autor también del tipo de ventana (dos lancetas coronadas por una rosa de seis pétalos) que causó la admiración de VILLARD DE HONNECOURT hacia 1220 y que se extendió por toda Europa. Juan el Lobo, entre 1228 y 1244 aproximadamente, hubo de plegarse a las directrices del orgulloso arzobispo Enrique de Braisne, el cual, celoso de la catedral de Amiens, que se construía por entonces, quiso agrandar el edificio primitivo y que, con sus exacciones, provocó la revuelta de los habitantes de la ciudad contra las obras. Puesto que Juan de Orbais había marcado ya la dirección del conjunto, Juan el Lobo no pudo hacer otra cosa que levantar una nueva fachada, más grandiosa que la prevista primitivamente. Gaucher de Reims (hacia 1244-hacia 1252), constructor mediocre pero dotado de un gran sentido estético, dotó a la iglesia de contrafuertes y de pináculos muy elegantes, y Bernardo de Soissons (hacia 1252-hacia 1287) ejecutó el gran rosetón de la fachada y las bóvedas. Las torres no fueron terminadas hasta 1427. Notre-Dame de Reims es quizá más original e importante por su escultura que por su arquitectura. «La catedral de Reims narra casi toda la historia de la escultura francesa del siglo XII» (E. Mâle). Si bien es difícil precisar el programa iconográfico (las estatuas han sido colocadas en completo desorden, pero el descubrimiento de marcas de señalización para su colocación ha permitido recientemente reconstruir sobre el papel el orden previsto), es fácil, en cambio, reconocer en grandes líneas dos estilos. El primero, que corresponde al taller puesto bajo la dirección de Juan de Orbais, es notable por el retorno a la gravedad y a la pureza antiguas, que los artistas del séquito de los señores champañeses habían admirado sin duda en Constantinopla y en Grecia, después de la IV Cruzada de 1204. Después de 1230, el estilo se anima y ofrece «la expresión más pura del espíritu amable, confiado y familiar del siglo XIII francés». Se convierte, incluso, en amanerado en las sonrisas de los rostros y la curvatura de los cuerpos, amaneramiento que se extendió ampliamente por Francia y por toda Europa. Los testimonios más célebres son los «ángeles sonrientes», ejecutados entre 1236 y 1245 aproximadamente. Su gracia, un poco amanerada, se acentúa en las esculturas del reverso de la fachada (entre 1244 y 1250 aproximadamente) y en el nivel de la Rosa (entre 1250 y 1260), donde se desarrolla un ciclo de Pascua.
(Cf. H. Reinhardt, *La cathédrale de Reims,* 1964.)
2.º Saint-Rémi de Reims. Abadía elevada en el siglo VI, sobre la tumba de San Rémi, agrandada en 1007 (inacabada), reconstruida en 1034-1049, terminada en estilo gótico (coro y bóvedas) durante los siglos XII-XIII. *(Plano 46, pág. 611.)*

RELIQUIAS.
Objeto de veneración y de salvación (pág. 328). Compradas, robadas, fabricadas. Las falsas reliquias son, a partir del siglo XII, objeto de vivas críticas (pág. 467). Representan un papel muy importante en el arte medieval: relicarios y construcción de iglesias sobre re-

liquias (*ils. 243-246*). Constantinopla y su tesoro de reliquias (pág. 198).

RELOJ.
Nueva medida del tiempo a partir de la invención, ligada a las necesidades de la sociedad urbana, del movimiento mecánico (fin del siglo XIII) (pág. 258). En el siglo XV se convierte en el símbolo de la templanza y del humanismo, dueño de la medida del tiempo.
La Templanza y su reloj (*il. 184*).

RENACIMIENTO.
Retorno periódico a las fuentes antiguas, que ha inspirado a los historiadores modernos la definición de varios renacimientos medievales: Renacimiento carolingio, Renacimiento del siglo X, Renacimiento del siglo XII, antes del gran Renacimiento (pág. 69).

RETRATO.
Aparece en la pintura con la emancipación del individuo (finales del siglo XIII-siglo XIV) (página 224).
— de Enrique el Navegante (*il. 180*).
— de un noble, Lorenzo Froimont (*il. 181*).

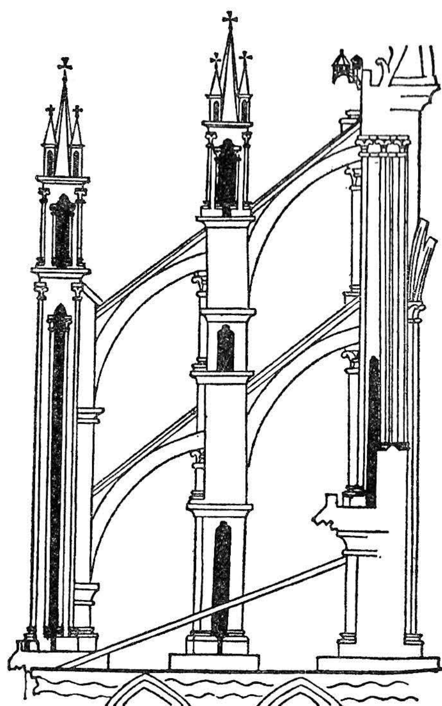
REYES.
Jefes de sociedades nacionales que, a través de las sociedades germánicas, rozadas por las influencias orientales (irania y bizantina), se insertan en los cuadros políticos nacidos de la descomposición del Imperio romano. Favorecidos por la Iglesia, que hace de ellos los descendientes de los reyes bíblicos (*David*, tipo del rey), hacen uso de su situación equívoca como jefes de la jerarquía feudal y de una jerarquía de Estado, diferente y superior (*il. 122* y págs. 364 y sigs.).
Dios como rey.
Atributos de la realeza (*ils. 123 y 124* y página 365).
La realeza y la LUCHA DE CLASES (págs. 415 y 416).

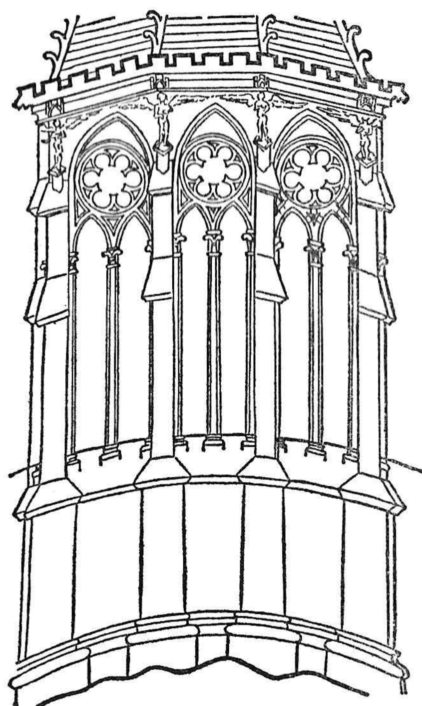
RICARDO CORAZÓN DE LEÓN.
Hijo de Enrique II, nacido en 1157, rey de Inglaterra (1189-1199), tipo de cumplido caballero (pág. 452). Desempeñó un gran papel en la III Cruzada (1189-1192). (Véase págs. 106 y 111, *mapa 13, pág. 107, y plano 35, página 384.*)

ROBERTO GUISCARDO.
Duque normando de Apulia y de Calabria, uno de los fundadores del reino de Nápoles, nacido en 1013 y muerto en 1085. Este caballero normando corre aventuras en Italia, suplanta a sus primos y los reemplaza a la cabeza de los Estados normandos de Italia. Combate a los emperadores bizantinos (pág. 196), después al emperador Enrique IV. Sus tropas recuperan Roma a favor de GREGORIO VII, pero saquean la ciudad. Un tratado firmado con el papa (1059) confirma sus derechos en la Italia del Sur y Sicilia, bajo la soberanía pontifical. Roberto Guiscardo, es decir, «el astuto», muere en 1085 en Cefalonia poco después de una victoria sobre las flotas griega y veneciana (pág. 103).
(Cf. J. B. Villars, *Les normands en Méditerranée*, 1959.)

RODOLFO DE HABSBURGO.
Nacido en 1218, muerto en 1291, rey de Alemania después del Gran Interregno, constituye los dominios austríacos en dominio patrimonial (pág. 148). Heredero del landgraviato de Alta Alsacia y de numerosas posesiones en el Sundgau, el Brisgau y Suiza, arrebata al rey Otakar de Bohemia los territorios de Austria, Estiria, Carintia y Carniola (batalla de Marchfeld, 1278). A ese título, puede ser considerado como fundador del poder de los Habsburgo.

ROMA.
Profundamente decaída, desde los puntos de vista demográfico, artístico (monumentos en ruinas) y político, respecto al puesto ocupado en la Antigüedad. Sigue siendo el símbolo de la unidad de la Cristiandad y de la idea imperial, atracción constante de los soberanos germánicos, que no se convierten en emperadores sino después de haberse hecho coronar en ella. Sede habitual del papado, que, a pesar de todo, se ausenta de ella con frecuencia. Dominada por una aristocracia de pequeños señores feudales revoltosos, que se interfieren en los asuntos imperiales e, incluso, después del Decreto de 1059, en las elecciones pontificias. Habitada por una plebe miserable y agitada, que proporciona clientelas a las facciones feudales y políticas, pero que se anima a veces con pasiones comunales (con ARNALDO DE BRESCIA en el siglo XII, Cola di Rienzo en el XIV). Lugar de una de las tres grandes PEREGRINACIONES de la Cristiandad (peregrinos llamados *romei:* romeros). Principal centro de supervivencia de los modelos artísticos de la





60. *ARBOTANTES Y VENTANAS DE LA CATEDRAL DE REIMS*
(Según los dibujos de Villard de Honnecourt)

Antigüedad, uno de los hogares (no el principal) del arte religioso medieval.
(Cf. L. Homo, *Rome médiévale,* 1934; F. Schneider, *Rom und Romgedanke im Mittelalter,* 1926; P. E. Schramm, *Kaiser, Rom und Renovatio,* 1929; Dupré Theseider, *L'idea imperiale di Roma,* 1942; P. Brezzi, *Roma e l'impero medievale,* 1947; G. Hermanin, *L'Arte in Roma dal secolo VIII al XIV,* 1945; E. Mâle, *Rome et ses vieilles églises,* 1942; M. Armellini, *La chiese di Roma dal secolo IV al XIX,* reedición por C. Cecchelli, 1952.)

«ROMAN D'ALEXANDRE».
Ciclo de poemas compuestos en Francia entre 1170 y 1200, a partir de traducciones latinas de ciertas fuentes griegas y redactados en versos de doce sílabas, que llevan desde entonces el nombre de «alejandrinos». El personaje central es Alejandro Magno, modelo de nobleza, cuyas aventuras se desarrollan en una atmósfera de maravillas orientales *(il. 67)*. Las inspiraciones épica y cortés se combinan para hacer del héroe una encarnación del ideal caballeresco. El tema novelesco de Alejandro aparece hacia 1100-1120 en una historia del delfinés Alberico, de la que se conoce tan sólo un fragmento, donde se narra la juventud del héroe y que fue traducido al alemán hacia 1120-1130 por Lamprecht. (Cf. G. Gary, *The medieval Alexander,* 1956.)

«ROMAN DE LA ROSE».
Obra maestra de la literatura didáctica del siglo XIII. Comprende dos partes muy dife-

rentes: la primera, compuesta por Guillermo de Lorris hacia 1230, reanuda los grandes temas de la poesía cortés. La segunda, obra de JUAN DE MEUNG (hacia 1275), supone, por el contrario, una verdadera *summa* de las ideas intelectuales y morales de la burguesía de su tiempo, en relación con el medio ambiente de los maestros seculares de la Universidad de PARÍS: elogio de la naturaleza, escepticismo respecto a las «autoridades», descrédito de la pobreza como ideal. Con sus 28.000 versos y su influencia, que fue considerable, el *Roman de la Rose* constituye una de las obras maestras de la Edad Media, por las que se anuncia el Renacimiento (pág. 270).

«ROMAN DE RENART».
Ciclo de poemas heroico-cómicos de los siglos XII y XIII, cuyos personajes son animales individualizados y cuyo héroe es el malicioso y astuto Renart (el zorro). Parodia grotesca de la literatura caballeresca, el *Roman de Renart,* obra burguesa, constituye una sátira irónica de la sociedad feudal. Todos los elementos de ésta —caballeros, religiosos, villanos— aparecen en él escarnecidos con una verbosidad cáustica. Esta epopeya animal (de la que es sin duda el lejano antepasado el *Ecbasis captivi,* historia alegórica de un ternero indisciplinado, capturado por el lobo y salvado por el zorro, escrita probablemente entre 930 y 940 por un monje de Saint-Evre de Toul) es una rama, desarrollada en forma de ciclo, de la fábula animal, en la que cristaliza, durante el siglo XI, la tradición en parte folklórica de las historias emblemáticas de animales (véase BESTIARIOS). Al final del siglo XII se puebla de rasgos antifeudales *(ilustración 114).*
Epopeya del hambre (págs. 319 y 320).
(BIBL. HISTORIA LITERARIA: J. Flinn.)

«ROMAN DE TROIE».
Redactado hacia 1165-1170 por un clérigo turangés, Benito de Sainte-More, que lo dedicó a Eleonor de Aquitania, esta obra, que contiene más de 30.000 octosílabos, traza, a base de diversas fuentes latinas, la historia de los Argonautas y la del sitio y la caída de Troya. Erudito hasta la pedantería (su fuente esencial es Virgilio, y no Homero, siempre ignorado), su autor fue, de todos modos, uno de los iniciadores de la novela de amor *(Jasón y Medea)* y su inmenso éxito se explica por su habilidad en pintar las pasiones. A este respecto, es una de las obras más características de la época (véase NOVELAS ANTIGUAS) (página 569).

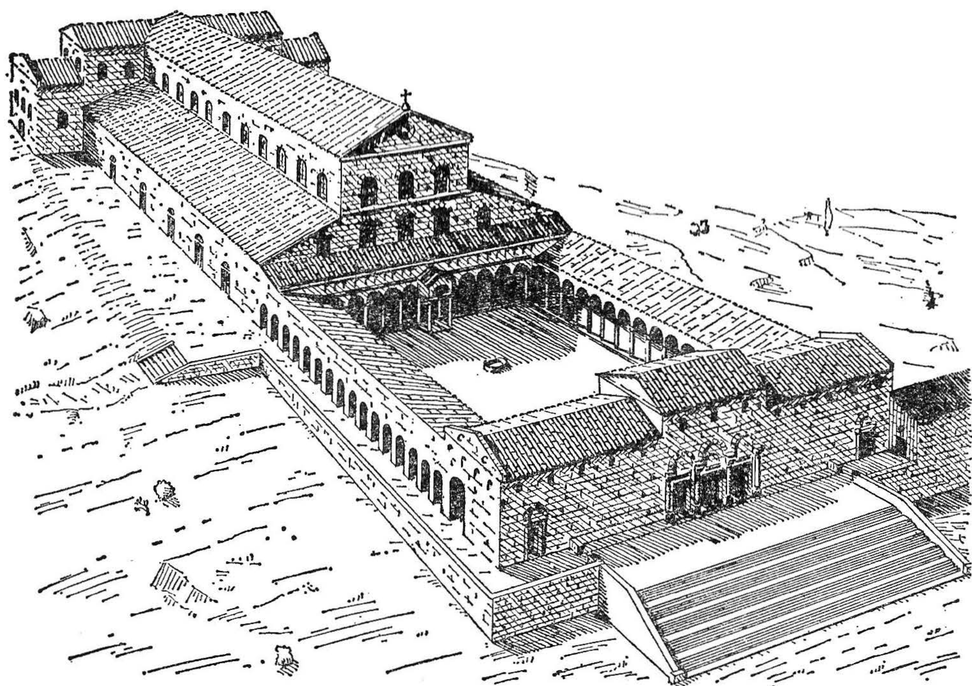
ROTURACIÓN.
(Véase BOSQUE, ÓRDENES MONÁSTICAS y páginas 100, 101, 289 y 290, *planos 9, 10, 11 y 12, págs. 98 y 99,* e *ils. 2-5 y 26.)*

RUEDA DE LA FORTUNA.
Símbolo de la «mutación» en las condiciones sociales, destinado, en definitiva, mediante el retorno a la posición inicial, castigo del orgulloso que se eleva, a negar la posibilidad de la MOVILIDAD y de la promoción sociales. Tema iconográfico que toma una gran importancia en el arte gótico (rosetones) (pág. 231).

RUTEBEUF.
Poeta parisiense, contemporáneo de San Luis. Es el primer autor medieval cuya personalidad alcanzamos a conocer con bastante precisión. Llevó, en efecto, una existencia precaria y difícil, cuya descripción, irónica o entristecida (desgracias conyugales, deudas de juego), constituye uno de los temas principales de su obra. Pintor realista de los medios populares parisienses *(Dits des ribauds de Grève)* y de la vida cotidiana de un poeta cortesano *(La pauvreté Rutebeuf),* resume en sí mismo las principales tendencias de su época: fe viva *(Miracle de Théophile)* y espíritu antimonástico, entusiasmo por las Cruzadas y sátira del clero. Enlazado, como JUAN DE MEUNG, a ciertos ambientes de maestros y estudiantes pobres de París, atacó especialmente a las órdenes mendicantes en sus poemas sobre las disputas de la UNIVERSIDAD, en el *Dit d'hypocrisie* y en *Renart le Bestourné* (pág. 347).
(Cf. H. Lucas, *Les poésies personnelles de Rutebeuf,* 1938; H. Lucas, *Poèmes de Rutebeuf concernant l'université de Paris,* 1952; J. Bastin y E. Faral, *Onze poèmes de Rutebeuf concernant la Croisade,* 1946.)

S

SAGAS.
Narraciones que evocan las aventuras de los pueblos escandinavos. Orales durante largo tiempo —eran recitadas por oradores en ocasión de las reuniones importantes—, las sagas



61. SAN PEDRO DE ROMA

La iglesia de la Alta Edad Media. (Según la reconstrucción de K. J. Conant)

se convirtieron, a partir del siglo X, en verdaderas obras literarias, en prosa o en verso. Su punto de partida es una historia verídica, pero embellecida con episodios imaginarios. Su valor documental es considerable. Las principales entre ellas *(Saga de Burnt Njall, Saga de Egill, Saga de Errik)*, que tienen a un héroe por tema central, describen las costumbres y los sentimientos de los antiguos vikingos y nos hacen penetrar en el corazón de las sociedades violentas y primitivas del mundo nórdico (pág. 285). Las sagas escritas fueron redactadas principalmente en Islanda y de manera secundaria en Noruega. La más antigua, la primera saga de Olaf, ha sido escrita hacia 1180. En la mayor parte de ellas, dado que han sido tardíamente redactadas, ya en los siglos XIII y XIV, es difícil distinguir el nudo primitivo de los préstamos tomados de otras tradiciones, en particular de los CANTARES DE GESTA y de las NOVELAS. Los autores de las sagas son, en general, desconocidos. La principal excepción está constituida por Snorri Starluson (1179-1241), probable autor de la *Saga de Egill* y autor seguro (en 1222-1223) de la *Edda en prosa,* manual de poesía, que es una verdadera enciclopedia de la cultura escandinava primitiva y que, probablemente, ha sido utilizada por los autores de las sagas.

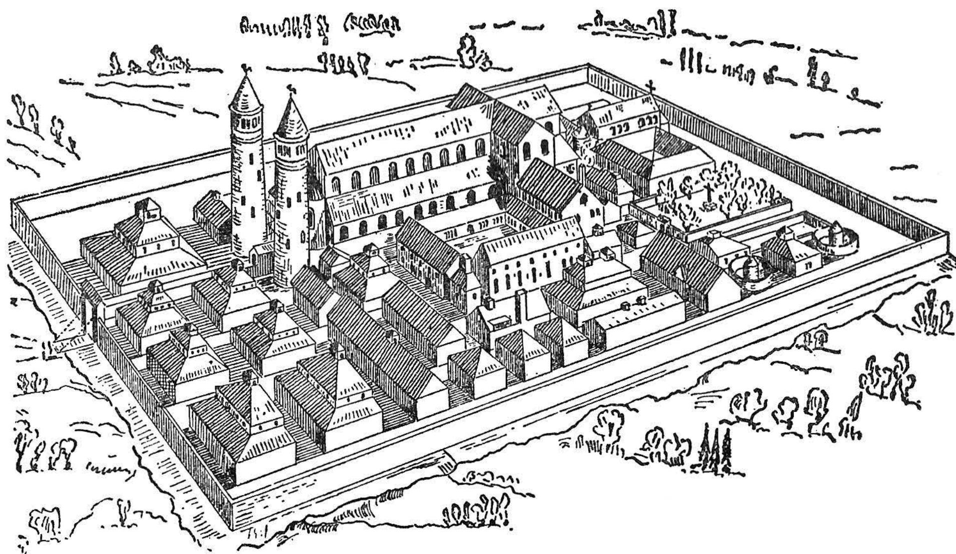
SAINT-BENOIT-SUR-LOIRE.
Abadía benedictina, fundada en el 620. Las

cenizas de SAN BENITO fueron trasladadas a ella en el siglo VII, y la abadía se aprovechó de su excelente situación sobre un gran camino comercial, en las proximidades de Orleáns. El nombre original fue Fleury-sur-Loire *(mapa 21, pág. 124)*. La iglesia es uno de los más importantes monumentos del arte románico en Francia. Comenzada en 1026, fue consagrada en 1031 y completamente terminada en 1218. El abad Gauzlin, bastardo de Hugo Capeto, hermanastro del rey Roberto, quiso hacer de ella un modelo para todo el reino (pág. 367). El plano adoptado fue la cruz archiepiscopal, con doble crucero. El pórtico pertenece al tipo abierto, directamente procedente del arte carolingio y decorado aprovechando los relieves. Los capiteles toman motivos vegetales clásicos (corintios) o bárbaros. Pero la aparición de personajes en escenas compuestas, la ausencia de vulgaridad en la imitación de los antiguos temas decorativos prefiguran, a mediados del siglo XI, el gran renacimiento de la escultura románica. La iglesia ha conservado algunas esculturas, que representan especialmente escenas del APOCALIPSIS, y la tumba del rey Felipe I, el único Capeto que no fue enterrado en SAINT-DENIS. El dintel del pórtico norte está consagrado a las escenas de la invención y el traslado de las reliquias de San Benito. (Véase *ils. 17, 64, 78, 156.*)

SAINT-DENIS.
Abadía fundada por Dagoberto en el 630. Sirvió de necrópolis real desde la época merovingia. La basílica actual (longitud: 108 metros; altura bajo bóveda: 29 metros) representa una charnela entre el arte románico y el arte gótico y es, con la catedral contemporánea de Sens, una de las principales realizaciones del primer ARTE GÓTICO. Señala la culminación del progreso de la ojiva, después de las tentativas del arte normando (catedral de Durham, terminada en 1093). Por primera vez, el problema de la iluminación fue resuelto en Saint-Denis por la sustitución de los muros ciegos de la arquitectura románica por columnas. En Saint-Denis se inicia el gran vuelo del arte gótico en el dominio real (página 367). SUGER dirigió los trabajos de Saint-Denis entre 1129 y 1144 (pág. 282), fecha en la que el coro fue consagrado. El edificio conserva, a la derecha de la fachada, una torre románica de doble piso. La principal innovación residió en la apertura sistemática a la entrada de la luz. La iglesia, de tres pisos, está ampliamente iluminada por ventanales. El deambulatorio está duplicado por una galería secundaria, formada por columnas monolíticas precediendo a las capillas radiales, en escaso saliente sobre el ábside. El triforio calado, de grandes arcadas, y las grandes ventanas del piso superior iluminan el coro. Por último, inmensos rosetones, tallados sobre el muro en la extremidad de los cruceros, completan el sistema, completamente desembarazado de los muros ciegos de la arquitectura románica. Las vidrieras de Saint-Denis son las más antiguas vidrieras conservadas. Aparecen todavía señaladas por la antigua inspiración épica y dejan un amplio lugar a la evocación de las Cruzadas. Saint-Denis se encuentra en el origen de la gran expansión de la vidriería con el arte gótico. Las esculturas han heredado del arte románico el tema del Juicio Final. Pero Saint-Denis es también el punto de partida del tema de los Precursores, profetas y antecesores de Jesucristo. El arte del retrato, nacido sobre las tumbas, debe mucho a Saint-Denis, donde Andrieu Beaunepveu, en el siglo XIV, ejecutó las tumbas de Felipe VI, Juan el Bueno y Carlos V, separándose, mediante el retrato, de las estilizaciones tradicionales. (Véase *Atlas, mapa V, pág. 515.)*

SAINT-GALL.
La ciudad debe su origen y su nombre al misionero irlandés Gall, que fundó en ella un monasterio en el año 614, mientras acompañaba a SAN COLOMBANO en su camino de Luxeuil hacia Italia. La abadía benedictina de Saint-Gall fue, sobre todo en la época carolingia, uno de los principales focos intelectuales, artísticos (música, miniatura) y científicos del Occidente. Su plano, enteramente conservado, es el único testimonio de la disposición de las abadías antes del siglo X (páginas 179 y 180). Habiéndose desarrollado la ciudad en torno a la abadía, se le añadió un recinto en el siglo X y acabó por emanciparse de la autoridad abacial, que se vio obligada a concederle una «carta de franquicia». (Véase *plano 28, pág. 172; mapa 21, pág. 124; dibujo 62, pág. 675,* e *il. 35.)*
(BIBL. PEREGRINACIONES.)

SAINT-PHILIBERT DE TOURNUS.
Abadía fundada hacia 875 por los monjes



62. LA ABADÍA DE SAINT-GALL

de Noirmoutier, al huir de los normandos, con las reliquias de San Filiberto, fundador de JUMIÈGES, primero hasta Saint-Philibert y Grandlieu (iglesia carolingia), después hasta Tournus. Magnífica iglesia, construida entre el comienzo del siglo XI y el comienzo del XII. Una de las primeras obras maestras de la arquitectura románica (pág. 543).

SAINT-SAVIN-SUR-GARTEMPE.
La iglesia es el único vestigio de una abadía fundada por Carlomagno hacia el 810. Es, por lo que respecta a Francia, el edificio más completo del ARTE ROMÁNICO del siglo XI, muy bien representado en el resto del Poitou. El elemento más antiguo de la iglesia es un campanario-pórtico, al que se une una nave más reciente y construida en diferentes momentos. Está cubierta por una bóveda de medio punto continuo, sin refuerzos de arcos, concebida para un conjunto pictórico decorativo. Sus pinturas representan escenas del Antiguo Testamento, especialmente del Génesis (paso del mar Rojo, construcción de la Torre de Babel). Las pinturas murales del pórtico (Apocalipsis) y de la cripta (vidas de santos) datan igualmente del siglo XI. La pintura del siglo XI está repartida entre dos regiones: pinturas brillantes, con fondos oscuros, en Borgoña y Auvernia; pinturas mates, con fondos claros, en el Loira y el Languedoc. Saint-Savin pertenece a las segundas: blanco, ocre amarillo y ocre rojo dominantes, verdes más raros, azul generalmente reservado a los vestidos de Jesús. El empleo de tierras y la técnica del temple dan un tono mate a esos colores (*il. 14*).

SAINTE-CHAPELLE.
(Véase PARÍS.)

SALARIOS.
Evolución de los — (pág. 337).

SANTIAGO DE COMPOSTELA.
El descubrimiento en Galicia de una tumba romana, que se supuso ser la de Santiago el Mayor, se remonta al año 813. Pronto atrae a los peregrinos y los benedictinos aseguran su custodia. El primer santuario es destruido en el año 997, en el curso de una expedición de Almanzor (pág. 104). La afluencia de pere-

grinos (pág. 190) es tal durante el siglo XI que se hace necesaria la construcción de una gran iglesia. Los trabajos fueron comenzados en 1075 y la catedral quedó acabada hacia 1150. El interior ha conservado en gran parte su aspecto románico. El crucero tiene sensiblemente las mismas dimensiones que la nave. Colaterales y tribunas rodean todo el edificio, comprendida la extremidad del crucero. El conjunto está concebido para acoger a un gran número de peregrinos y para una circulación fácil ante las reliquias. La escultura de Compostela es extremadamente rica y data de finales del siglo XI y XII. Los dos principales conjuntos son el pórtico de las Platerías, al sur, y el pórtico de la fachada principal o Pórtico de la Gloria. El pórtico de las Platerías ofrece numerosos parentescos con MOISSAC y SAINT-SERNIN de Toulouse, y el Pórtico de la Gloria tiene elementos que anuncian la escultura gótica.
(Véase *il. 21; mapas 13, pág. 107; 14, página 109; 27, pág. 155; Atlas, mapas II, página 503; III, pág. 507; VI, pág. 517; plano 46, pág. 611, y dibujo 63, pág. 677.)*

SANTOS.
Innumerables. Creados durante largo tiempo por la tradición popular o local, después, a partir de finales del siglo XII, sometidos a la investidura del papado (canonización). Principal objeto de la devoción medieval. Han desempeñado un papel capital en el arte (reliquias, cofradías, temas iconográficos, etc.). Sus tentaciones (*ils. 76 y 156* y págs. 226 y 227). Sus milagros (págs. 439 y 440).
El martirio de Santa Margarita (*lám. col. II*).

SATÁN.
(Véase DIABLO.)

SCOTO ERÍGENO (Juan).
Irlandés llegado hacia 846-847 a la corte de Carlos el Calvo, donde enseña el programa de las ARTES LIBERALES. Tradujo al latín obras griegas de Teología, sobre todo las del Pseudo-Dionisio, entre el 860 y el 862 (pág. 230). Su obra esencial es el *De divisione naturae*, escrita entre el 862 y el 866. «Inmensa epopeya metafísica» (E. Gilson), cuyo corazón es la naturaleza humana. Es una especie de itinerario hacia Dios, pues «el alma es la imagen de Dios, el cuerpo es la imagen del alma». Este pensador profundo, oscuro, audaz, fue poco conocido en su época y descubierto nuevamente en el siglo XII (pág. 184).

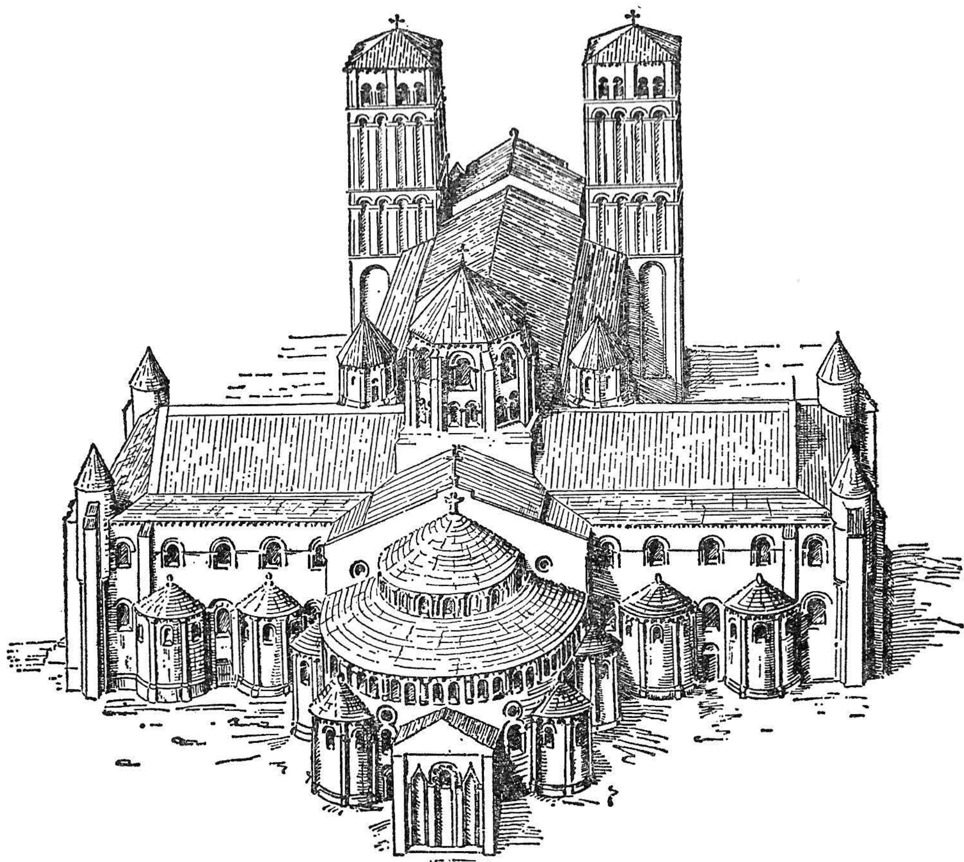
SELLOS.
(Véase *ils. 199-202.*)

SEÑOR.
(Véase págs. 135 y sigs.)

SIEGA.
(Véase *ils. 96 y 191* y pág. 249.)

SIERVO.
Condición inferior de una gran parte de la masa campesina, sometida a cargas materialmente pesadas y moralmente infamantes: trabajos gratuitos, tributos, matrimonio extralegal, tallas arbitrarias. El conjunto constituye la «mácula servil». Condición jurídica que se extendía más o menos a la totalidad de los campesinos, entre los siglos XI y XII (pág. 138) y que después tendió a desaparecer por manumisión.

SIGER DE BRABANTE.
Nacido en 1235, maestro de artes de la Universidad de PARÍS, Siger de Brabante ha sido el principal animador de la corriente llamada «averroísta», que utiliza a ARISTÓTELES a través de las interpretaciones del filósofo musulmán español del siglo XII, Averroes. Entre esas doctrinas, tres han causado escándalo en su tiempo: la tesis de la *eternidad del mundo*, que negaba la creación, la de la *doble verdad* (pág. 468), según la cual la fe y la filosofía podían estar en desacuerdo sin que ninguna de las dos estuviese equivocada, y la de la *unidad del intelecto*, común a toda la especie humana, lo que lleva a negar la inmortalidad personal del alma. Esas tesis fueron condenadas por Etienne Tempier en 1270 y 1277 y combatidas por SANTO TOMÁS DE AQUINO. En 1277, Singer de Brabante huyó a Italia, donde murió (hacia 1281-1284), apuñalado, según se dice, por un criado falto de razón. Sus ideas y su influencia, que parecen haber sido grandes en la Facultad de Artes de París, son todavía mal conocidas. DANTE lo situó en el Paraíso con Santo Tomás de Aquino y SAN BUENAVENTURA. Forman, en efecto, la gran trinidad universitaria del siglo XIII. (Cf. F. Van Steenberghen, *Siger de Brabant*, 1938.)



63. SANTIAGO DE COMPOSTELA
(Según la reconstrucción de K. J. Conant). Hacia 1100

SIGNOS.
Manifestaciones innumerables del mundo oculto (véase SIMBOLISMO).
Meteorológicos (véase PRODIGIOS, págs. 268 y 269).

SILVESTRE II.
Desde el monasterio de Saint-Géraud de Aurillac, el joven Gerberto (nacido hacia 940) es enviado a Vich, en Cataluña, donde se inicia en la ciencia árabe (967-970), y después a Roma, donde toma contacto directo con la cultura antigua. Maestrescuela de REIMS (972), abad de Bobio (983), arzobispo de Reims (989), más tarde de Rávena y, por último, papa bajo el nombre de Silvestre II (999), es, en primer término, un sabio. Quiere extraer de los autores paganos y cristianos lo mejor de sí mismos, todo lo que forma parte de verdad. Concede un interés particular a las ciencias matemáticas y astronómicas, escribe una *Regla de cálculo por el ábaco* y construye pequeños

instrumentos y figuras para ilustrar sus lecciones abstractas. Papa, intenta con el emperador Otón III instaurar una Cristiandad unificada. Muere en 1003 (págs. 91, 258 y 360).

SIMBOLISMO.
Medio de comprender el mundo, sistema de símbolos. El arte medieval se esfuerza en alcanzar la realidad oculta mediante la representación de seres y de gestos simbólicos. La naturaleza (animales, flores, piedras preciosas) y la Historia Sagrada son los grandes dominios del simbolismo medieval (*ils. 49, 66, 141, 142, 144* y págs. 352, 441 y sigs.).

SIMÓN DE MONTFORT.
(Véase MONTFORT.)

SIMONÍA.
Tráfico de sacramentos (del nombre de Simón el Mago). Severamente combatida por la reforma gregoriana (pág. 141).

SUEÑOS.
Acontecimientos estructurales en la vida mental de los hombres de la Edad Media (*il. 135* y págs. 272, 460 y 461).

SUEVOS.
Pueblo germánico que se instala en el siglo V en Galicia y en el norte de Portugal. El rey Requiario (448-456) es el primer rey bárbaro católico no arriano. Su centro espiritual y artístico, durante los siglos V-VI, se sitúa en torno a la metrópoli de Braga (págs. 62 y 67).

SUGER.
Nacido en 1081, estudió en SAINT-DENIS y SAINT-BENOIT-SUR-LOIRE. Habiendo regresado a Saint-Denis en 1106, participó pronto en la administración de la abadía, se ilustró en diversos concilios y se convirtió en familiar de Luis VI, que le encargó numerosas misiones diplomáticas cerca de los papas. En 1135, decidió al rey para que coronase a su segundo hijo. Su influencia aumentó todavía al advenimiento de Luis VII y éste le instituyó regente del reino durante la II Cruzada (1147-1149). Al regreso del rey, recibió el título de Padre de la Patria. Es a él a quien se debe la reconstrucción de la iglesia de Saint-Denis. Escribió una biografía de Luis VI, fuente esencial para la historia del período comprendido entre 1093 y 1137, y el comienzo de una biografía de Luis VII. Se han conservado de él veintiséis cartas y diversos tratados (páginas 282 y 305).
(BIBL. SENSIBILIDADES Y MENTALIDADES: E. Panofsky.)

SUMMA.
Construcción totalitaria de la ciencia escolástica: el siglo XIII es la época de las grandes *summas*, siendo la más célebre la *Summa teológica* de SANTO TOMÁS DE AQUINO (pág. 434).

T

TAU.
La letra griega tau, signo protector y salvador marcado sobre la frente de los justos y de los elegidos. Forma del bastón de los ermitaños (pág. 189) e instrumento de su poder mágico.

TEATRO RELIGIOSO.
El teatro religioso de la Edad Media tiene su origen en los dramas litúrgicos en latín, representados en principio, al parecer, en las escuelas catedralicias o monásticas e interpretados por los maestros y estudiantes. En Alemania a finales del siglo XI, después de Inglaterra, hacia 1100-1110, en seguida en Francia, esos dramas conocieron pronto una gran popularidad y fueron representados por los clérigos en los santuarios, en ocasión de las grandes fiestas religiosas. A partir del siglo XII, la proporción de elementos profanos no cesó de aumentar en esas representaciones, dadas ahora ya en lengua vulgar en el atrio de las iglesias y por actores laicos. Han de distinguirse los misterios, cuyos temas estaban sacados del Antiguo o del Nuevo Testamento, de los milagros, inspirados en las vidas de los santos. Algunos de esos dramas representaban temas escatológicos (véase ANTICRISTO). Así el *Juego del Anticristo*, representado desde finales del siglo XI en la abadía bávara de Tegernsee, o el *Sponsus*, el «Esposo», representado en Saint-Martial de Limoges en el primer tercio del siglo XII: la Vida es el camino del Cielo, las Vírgenes son la humanidad, la llegada del Esposo señala la Parusía (la segunda venida de Jesús). Al final de la Edad Media, los misterios tomaron proporciones desmesuradas: 35.900 versos y 4 días para el *Misterio de la Pasión* de Arnoul Gréban, representado en París hacia 1450, que es, sin duda, la obra

maestra tardía del teatro medieval (véase MILAGROS).

TEODORICO.
Teodorico el Grande, rey de los ostrogodos, nacido en el año 454, muerto en el 526. Educado en Constantinopla, donde fue retenido diez años como rehén, quedó fuertemente impregnado de la civilización romana. Sucedió a su padre en el 475 y se puso al servicio del emperador Zenón, quien lo alejó y lo lanzó a la conquista de Italia. Se hizo amo del país entre el 489 y el 493. Teodorico se esforzó en fundir en uno solo a los pueblos romanos y bárbaros. Respetó las leyes y las instituciones romanas y embelleció Rávena, su capital. Aunque arriano, dio pruebas de una gran tolerancia hacia el catolicismo y se rodeó de consejeros romanos, tales como CASIODORO Y BOECIO, a los que, a pesar de todo, condenó a muerte por haber conspirado contra él. (Véase *Atlas, mapa II, pág. 503,* y pág. 51.)

TEOLOGÍA.
Saber supremo, del que las otras disciplinas no son más que las servidoras. Se constituye en ciencia con la ESCOLÁSTICA, durante los siglos XII-XIII. Enseñada en las UNIVERSIDADES por las Facultades de Teología, consideradas como Facultades superiores (pág. 467).
(BIBL. HISTORIA INTELECTUAL: M. D. Chenu.)

TESAURIZACIÓN.
Domina la vida y la mentalidad económicas de las clases superiores, especialmente de la Iglesia, a todo lo largo de la Alta Edad Media. Los tesoros son reservas económicas. La ciencia es considerada también en esta época más como un tesoro que como una materia de enseñanza y de difusión (págs. 174, 338 y 339).

TESORO.
(Véase TESAURIZACIÓN.)
Tesoros de las iglesias *(ils. 231-234 y 243-246).*

TIEMPO.
Más o menos confundido con la duración y la eternidad (págs. 230 y sigs.). Dominado por los ritmos naturales (págs. 245 y sigs.). El tiempo religioso y clerical, señalado por las CAMPANAS de las iglesias, tiende a ser sustituido, en los siglos XIII-XIV, por un tiempo urbano y laico, el de las campanas de las torres comunales, después por un tiempo medido en fracciones iguales por los RELOJES (págs. 250 y 251). Sólo pertenece a Dios (pág. 496).

TIERRA.
Base de la economía, de la riqueza y del prestigio en la Cristiandad medieval (págs. 288 y sigs.).
(BIBL. HISTORIA AGRARIA Y CAMPESINOS, y especialmente G. Duby.)

TIRO (de animales).
(Véase ARADO, págs. 292 y 293, e *il. 94.)*

TOMÁS BECKET.
Nacido en Londres en 1117, estudia en OXFORD, PARÍS y BOLONIA antes de recibir las sagradas órdenes. Por el favor del rey de Inglaterra, Enrique II, es elevado a la dignidad de canciller del Reino, después a la de arzobispo de Cantorbery, en 1162. Entra en violento conflicto con el rey, que pretende restringir la jurisdicción del clero, y se refugia en Francia cerca de Luis VII. Más tarde regresa a su país. Cuatro caballeros deseosos de complacer a Enrique II le dan muerte al pie del altar archiepiscopal (1170). El rey desaprueba la muerte y hace acto de contrición tras haber sido excomulgado. Tomás Becket es canonizado como mártir por ALEJANDRO III en 1173. El clero desarrolló en torno a su culto, destinado a servir los intereses materiales y espirituales de la Iglesia, una extraordinaria publicidad en toda la Cristiandad (página 369).
(Cf. R. Foreville: *L'Eglise et la Royauté en Angleterre sous Henri II Plantagenêt,* 1943.)

TOMÁS DE AQUINO (Santo).
Nacido en 1225, muerto en 1274, perteneciente a la familia de los condes de Aquino en Italia del Sur, Tomás recibió su formación en la abadía de Monte-Cassino, en la Facultad de Artes de Nápoles (1239-1244), en el *studium* dominico de Colonia, donde tuvo por maestro a ALBERTO MAGNO (1248-1252) y, por último, en París (pág. 131). De 1252 a 1274 es profesor, en París (1252-1259), en el *studium* de la curia romana (1259-1269), en París nuevamente (1269-1272), en Nápoles en fin (1272-1274). Resulta imposible resumir el tomismo, la tentativa más acabada para construir una Teología científica a partir de la Lógica de ARISTÓTELES (del cual Santo Tomás había mandado hacer traducciones especia-

les) y poner todos los recursos de la ESCOLÁSTICA al servicio de la Teología en la línea de la *fides quaerens intellectum* de SAN ANSELMO. La más célebre de las obras de Santo Tomás, la *Suma teológica* (pág. 434), fue compuesta en Italia (primera parte, 1266-1268) y en París (segunda parte, 1269-1272). Varias proposiciones extraídas de sus obras fueron condenadas por el obispo de París, Etienne Tempier, en 1270 y en 1277. Los maestros y los estudiantes de la Facultad de Artes de París —los más abiertos, contrariamente a los teólogos— reclamaron su cuerpo después de su muerte. Fue canonizado por Juan XXII en 1323 y el tomismo fue proclamado por León XIII, al final del siglo XIX, como filosofía oficial de la Iglesia.
(BIBL. HISTORIA INTELECTUAL: M. D. Chenu.)

TORRE DE BABEL.
Símbolo, al nivel de las lenguas, de la división nefasta de la Humanidad al romper su unidad primera, como consecuencia del pecado original. (Véase *ils. 58, 100 y 101* y página 372.)
(BIBL. SENSIBILIDADES Y MENTALIDADES: A. Borst.)

TOULOUSE.
1.º Saint-Sernin. La más bella y la más vasta de las iglesias románicas del Mediodía francés. La abadía data de finales del siglo IV. Su iglesia albergaba las reliquias de San Sernín o Saturnino, apóstol del Languedoc y primer obispo de Toulouse. Fue protegida por Carlomagno y constituyó una etapa importante de la peregrinación a SANTIAGO DE COMPOSTELA. La afluencia de peregrinos fue tal que se precisó construir una iglesia mayor. El edificio actual fue comenzado hacia 1060 y terminado a mediados del siglo XII. Saint-Sernin está edificada en ladrillo y piedra. La piedra domina en el ábside, que data de finales del siglo XI. El ladrillo, en cambio, domina en la nave y en el campanario. La armonía gris-rosada que resulta de ello es uno de los mayores atractivos del edificio. Las esculturas del coro, de finales del siglo XI, y las del exterior, del siglo XII, han hecho escuela en todo el Mediodía. La puerta de «Miègeville» está consagrada a escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento: la Ascensión en el tímpano, la Anunciación, la Visitación, la matanza de los Santos Inocentes y Adán y Eva expulsados del Paraíso terrenal. La puerta de los Condes ha sido dedicada a la representación de escenas infernales: demonios arañando con sus tridentes el vientre de los lujuriosos, serpientes mordiendo los senos de la mujer adúltera, tormentos del mal rico. La torre octogonal fue elevada entre el siglo XII y el XV. La fachada oeste, que había quedado inacabada, fue completada en 1929. El interior ofrece un tipo perfecto de santuario de peregrinación: cinco naves, inmenso crucero, tribuna por encima de las naves laterales para acoger a las grandes multitudes, coro con deambulatorio para las procesiones y dos criptas para la exposición de las reliquias. Esta estructura se traduce al exterior con la superposición y escalonamiento de las capillas, el saliente del crucero, el todo coronado por la alta torre-linterna (*plano 46, pág. 611*).
2.º Iglesia de los jacobinos. Iglesia de los dominicos, que recibió el cuerpo de Santo Tomás de Aquino. Magnífico ejemplo de gótico meridional (siglos XIII-XIV) *(plano 43, pág. 608)*.
3.º Museo de los agustinos. Uno de los grandes museos de la escultura románica.
(Cf. Ph. Wolff, *Histoire de Toulouse*, 1958.)

TOURNAI.
Capital de los primeros merovingios (*mapa 2, pág. 49*), después capital del Hainaut, construida sobre el Escalda. La catedral de Notre-Dame es uno de los grandes edificios de la Edad Media. Comenzada en 1030, sobre el emplazamiento de la iglesia primitiva destruida por los normandos en el 882, fue terminada en el siglo XIV. La fachada, la nave cubierta con armaduras y las torres pertenecen al arte románico. El crucero está coronado por una torre cuadrada, que termina en una flecha octogonal. Este crucero del siglo XIII corresponde al gótico. La extremidad de cada brazo está rematada por dobles torres, cuyas flechas cuadrangulares dominan la central. Notre-Dame de Tournai es, pues, un edificio compuesto, que ha recibido influencias del arte normando, del arte renano y del arte gótico. Sin embargo, el plano del crucero y el sistema de cinco torres han ejercido, a su vez, una gran influencia sobre las catedrales francesas, especialmente LAÓN y CHARTRES. La piedra azulada de Tournai era igualmente exportada en una amplia región comprendida entre el Sena, el Mosa y el Rin. (Véase *Atlas, mapas V, pág. 515; VI, pág. 517; VII, pág. 521.*)

TRABAJO.
Consecuencia del pecado original (Génesis), despreciado por la sociedad feudal, se convierte poco a poco en un valor social, hasta el punto de determinar la condena de los ociosos, pero se divide en formas superiores de la labor y en formas inferiores, las que reviste el trabajo manual (págs. 304 y sigs., 346 y 347).

TRABAJO (obligatorio sin remuneración).
(Véase pág. 314.)

TRAIDOR.
El hombre malvado por excelencia del mundo feudal. (Véase FE, FIDELIDAD.)

TRANSPORTES.
(Véase CAMINOS, NAVÍOS y págs. 295 y sigs.)

TRASLACIÓN.
Noción que domina las concepciones medievales de la Historia, tanto la Historia de los Imperios, en la que el poder se transmite de Oriente a Occidente *(translatio imperii),* como la Historia de las Civilizaciones, en la que la cultura pasa de Babilonia a Atenas, después a ROMA y, ya en la Edad Media, a PARÍS (Universidad): *translatio studii* (págs. 163, 238-240).

TRINIDAD.
Dogma recibido más fácilmente por los clérigos que por la masa, pero en torno al cual se desarrollan herejías eruditas (pág. 219).
Representación de la — (ver *il. 83*).

TRISTÁN E ISOLDA.
Personajes legendarios, surgidos del fondo céltico (pág. 185), cuyos trágicos amores proporcionaron materia a numerosas obras literarias a partir de finales del siglo XII. Ligados el uno al otro por un amor ciego, contra el cual las leyes y las costumbres son impotentes y que no puede encontrar su término sino en la muerte, Tristán e Isolda son testimonio de la pasión todopoderosa. El tema es tratado primero en breves canciones, como el *Tristram,* compuesto en Inglaterra hacia 1170, después acogido en Francia a finales del siglo XII *(La Folie Tristan)* y magníficamente desarrollado, hacia 1210, por Gottfried de Strasburgo, cuyo *Tristan und Isolde* popularizó la leyenda en los países germánicos. Pero la historia del tema y de la evolución en la manera de tratarlo plantea verdaderos enigmas. La versión más antigua es probablemente la Béroul (manuscrito 2171 de la Biblioteca Nacional de París) (pág. 423). Es la más *ruda* al mismo tiempo (episodios de Isolda entregada a los leprosos, del Morolt). En ella, la fatalidad es completamente exterior y se manifiesta por el *filtro amoroso,* causa de toda la historia. En la versión más *cortesana* de Tomás, en cambio, se subraya la responsabilidad de los amantes (págs. 441 y 473).
(BIBL. HISTORIA LITERARIA: B. Panvini.)

TROVADORES.
Poetas aquitanos y provenzales de finales del siglo XI, que crearon la poesía lírica en lengua vulgar. Pertenecientes en general a la nobleza, exaltaron en sus obras los valores de la caballería y vulgarizaron los principales temas del amor cortés: idealización poética del amor, culto de la dama, goce encontrado en la sumisión a su voluntad (pág. 419). Expresión de una sociedad refinada, la obra de los trovadores revela, por sus acentos puramente paganos, la ruptura que se ha producido en las cortes del Mediodía entre la ética y la estética. Se discute sobre la influencia de la poesía árabe en sus obras.
(BIBL. HISTORIA LITERARIA: H. Davenson.)

U

ULFILA.
Apóstol de los godos danubianos. Nacido en el 311, de un godo y de una esclava capadocia, llegó a obispo y ejerció una gran influencia en su pueblo. Inventó un alfabeto para reemplazar a los caracteres rúnicos, aún en uso entre los godos, y transcribió las Sagradas Escrituras a la lengua gótica. Conservó el contacto con los cristianos y el clero del Imperio. Muy sometido al emperador Constancio, transmitió a los godos el cristianismo, si bien bajo su forma arriana. Murió en el 383 (página 38).

UNIVERSALES (Querella de los).
Debate fundamental de la lógica y de la filosofía medievales, particularmente vivo en el siglo XII entre ABELARDO y GUILLERMO DE CHAMPEAUX. Los nombres comunes, géneros o es-

pecies, son términos universales que se aplican a una infinidad de objetos particulares. ¿Recubren realidades, esencias? ¿Son, al contrario, meras palabras, nombres *(nomina)*, pura creación de la inteligencia? Guillermo de Champeaux se inclina por el realismo. Es criticado por Abelardo, en el que se puede ver a uno de los primeros nominalistas (página 442).

UNIVERSIDADES.
La Universidad es una corporación que agrupa la totalidad *(universitas)* de los maestros y de los estudiantes de una misma ciudad. El siglo XIII, siglo de las CORPORACIONES, es también el siglo de las Universidades, que se organizan progresivamente y conquistan su autonomía contra los poderes laicos y episcopales, con el sostén del papado. La organización universitaria del siglo XIII señala la integración de la vida intelectual en la vida de la ciudad. Pero el reclutamiento y los horizontes de la Universidad sobrepasan ampliamente el cuadro urbano. Las grandes Universidades del siglo XIII: PARÍS, BOLONIA y OXFORD, reclutan sus profesores y alumnos en toda la cristiandad y conceden la licencia de enseñar en todas partes *(licentia ubique docendi)*. París ofrece el mejor tipo de organización universitaria en el siglo XIII: la Universidad está dividida en cuatro Facultades: tres Facultades superiores (Decretos o DERECHO canónico, MEDICINA y TEOLOGÍA), y Facultad de Artes (ARTES LIBERALES), la más numerosa con mucho. Cada Facultad superior es dirigida por sus maestros titulares, o *regentes*, con un *decano* a su cabeza. La Facultad de Artes está dividida en cuatro *naciones* (francesa, picarda, normanda e inglesa), dirigidas por procuradores. Sobre los cuatro procuradores, el *rector* dirige la Facultad de Artes. La asamblea general de la Universidad agrupa a todos los maestros y trata de los problemas comunes a las cuatro Facultades. El rector de la Facultad de Artes pasa a ser, a finales del siglo XIII, el jefe supremo de toda la Universidad. Se elige para un trimestre únicamente, pero es reelegible. Lleva la administración de las finanzas de la Universidad y preside la asamblea general. Las otras grandes Universidades (Oxford, Bolonia) tienen una organización análoga, con algunas variantes. En Bolonia, por ejemplo, son los estudiantes, y no los maestros, quienes gobiernan la Universidad. No obstante, el poder de todas ellas se forma sobre tres privilegios esenciales: autonomía jurisdiccional, con derecho de apelación al papa, derecho de huelga y monopolio de la colación de grados universitarios. El *cursus universitario* es, por regla general, el siguiente: enseñanza de base, efectuada en la Facultad de Artes entre los 14 y los 20 años y sancionada en dos etapas por el *bachillerato,* al cabo de dos años, y el *doctorado,* al término de los estudios. Medicina y Derecho son enseñadas entre los 20 y 25 años. La Teología exige tres lustros de estudios, y la edad mínima para el doctorado está fijada en los 35 años. La organización de los programas y de los exámenes varía según los tiempos y los lugares, pero la piedad ocupa, en todas partes y durante toda la Edad Media, un lugar relevante en el «clima» de las Universidades. La piedad se dirige en primer término a San Nicolás, patrón de los estudiantes, pero la piedad mariana encuentra un terreno abonado en el mundo de los clérigos, que es esencialmente un medio de hombres y de célibes. El crecimiento de las Universidades está sostenido en el siglo XIII por la evolución de las técnicas del LIBRO (hojas de pergamino más blancas y más delgadas) y de la ESCRITURA (reaparición de la cursiva, generalización de la minúscula gótica, abandono de la caña por la pluma de oca). El universitario del siglo XIII elabora sus útiles, pero también su método intelectual: la ESCOLÁSTICA. Sin embargo, incluso antes de la decadencia de la Escolástica, las Universidades se resienten de su dependencia material en relación a la Iglesia. Los maestros viven de los beneficios eclesiásticos, y una tal dependencia acaba por aislarlos de la evolución técnica, económica y social. Por otra parte, la Universidad se convierte en el campo de batalla de las facciones de la Iglesia: desde mediados del siglo XIII, la Universidad de París se ve sacudida por las rivalidades entre seculares y regulares (dominicos y franciscanos). En el siglo XIV, las Universidades se multiplican por toda Europa y se organizan según el modelo parisiense o según el de Bolonia. Ahora bien, esta expansión, ligada al fraccionamiento de Europa en Estados nacionales y en obediencias religiosas (Gran Cisma: 1378-1485), va acompañada, de hecho, por un descenso en el nivel de los estudios y por una esclerosis de los métodos. Las repetidas intervenciones de la Universidad de Pa-

rís en el dominio de la política, tanto en el momento del cisma como en la guerra civil entre armañacs y borgoñones, la privan de una parte de su autoridad, y sus doctores, después de haber manejado el proceso de Juana de Arco, pierden sus antiguos privilegios: privilegio fiscal (1437), judicial (1445), derecho de huelga (1499). (Véase págs. 123, 218, 468 y *Atlas, mapa V, pág. 515.*)
(BIBL. HISTORIA INTELECTUAL: D'Irsay, J. Le Goff, H. Rashdall.)

URBANO II.
Eudes de Châtillon (1040-1099). Nacido en el castillo de Châtillon-sur-Marne, estudia en Reims, donde tiene por maestro a San Bruno. Entra en CLUNY entre 1073 y 1077 y se ve distinguido por su abad. Enviado al papa GREGORIO VII, éste le nombra obispo de Ostia, y, más tarde, cardenal. Legado en Alemania, fracasa en su misión de conciliación con el Imperio. Se mantiene fiel a Gregorio VII y a su sucesor, Víctor III. Cuando accede al pontificado romano, el 12 de marzo de 1088, lo encuentra en una situación desastrosa. Su primera tarea consiste en la lucha contra el cisma imperial (pág. 142). El antipapa Clemente III es sostenido por el emperador Enrique IV, y sus partidarios conservan en Roma, hasta 1098, el castillo de Santangelo y San Pedro. Urbano II lucha victoriosamente contra el cisma. Ha de enfrentarse, de todas maneras, con graves dificultades, no sólo con respecto al emperador, sino también con el rey de Francia, Felipe I; el rey de Inglaterra, Guillermo el Rojo, y el rey Alfonso VI de Castilla. Pero Urbano II es también un papa reformador. En los Concilios de Melfi (1089), Plasencia y Clermont (1095), Nimes (1096) y Bari (1098) asegura progresivamente el triunfo de la reforma gregoriana en lo que se refiere a las prácticas del concubinato (nicolaísmo), SIMONÍA e INVESTIDURA laica, universalmente extendidas en la Iglesia. Urbano II es, por último, el papa de la I Cruzada. En 1095 hace público en Clermont el proyecto de reconquista de los Santos Lugares (pág. 200). Tras el fracaso de la Cruzada popular de Pedro el Ermitaño y Gualterio «Sans Avoir» en 1096, la Cruzada de los barones parte en 1097 y toma Jerusalén el 15 de julio de 1099. Urbano II muere el 29 de julio, sin haber recibido la noticia de esta conquista.

USURA.
Toda operación económica que comporte la percepción de un interés es, como tal, condenada por la Iglesia, lo cual paraliza por largo tiempo el desarrollo del crédito y de las formas precapitalistas de la economía. Sin embargo, la usura es tolerada en los judíos (*il. 106* y págs. 214, 311 y 312).
(BIBL. HISTORIA DE LAS IDEAS ECONÓMICAS: B. Nelson, J. T. Noonan.)

V

VAGABUNDOS.
Numerosos y condenados, puesto que el vagabundeo es un pecado. (Véase GOLIARDOS y pág. 422).

VALDENSES.
(Véase VALDO, Pedro.)

VALDO (Pedro).
Rico comerciante de Lyón que, en 1170, repartió sus bienes entre los pobres, comenzó a predicar la pobreza voluntaria y arrastró tras de sí a un grupo de adeptos, «los Pobres de Lyón», predicadores laicos mendicantes, que prefiguran los compañeros de SAN FRANCISCO DE ASÍS. ALEJANDRO III los aprobó en un principio, mas luego, inquieto por sus audacias (retrotraían la religión al Evangelio, que tradujeron al provenzal), les prohibió predicar sin el permiso de los obispos (1179). Valdo se negó a someterse y fue excomulgado por el papa Lucio III en 1184. Sus discípulos, los valdenses, resistieron a las persecuciones y siguieron siendo numerosos, particularmente en los valles alpinos. A partir del siglo XVI, los descendientes de los valdenses se ligaron al protestantismo, sin confundirse, sin embargo, con él. Todavía en la actualidad existe una Iglesia valdense, con la mayor proporción de adeptos en Italia del Norte (pág. 130). (Véase HEREJÍAS.)

VANDALISMO.
Término inventado en época moderna, que puede aplicarse al comportamiento de la mayoría de los hombres de la Edad Media, los cuales destruyeron una gran parte de los monumentos de la Antigüedad, ya por ignorancia, ya por hostilidad al paganismo, ya por la necesidad de aprovechar materiales que su debilidad técnica les hacía incapaces de

procurarse de otra manera (págs. 43, 47, 64 y 171).

VÁNDALOS.
Pueblo germánico que, después de haberse instalado en el sur de España (Andalucía), construyó una flota y conquistó la provincia romana de África. (*Mapa 1, pág. 32; mapa 2, pág. 49; Atlas, mapa II, pág. 503;* y páginas 48 y sigs.)

VASALLAJE.
Lazo de dependencia privada, creado por la ceremonia del homenaje y que descansa sobre compromisos recíprocos, si bien desiguales. Permite a un hombre libre, mediante su fidelidad, recibir una tierra y acceder a una parcela de la autoridad pública. (Véase VASALLO.)

VASALLO.
Hombre libre que promete fidelidad a un poderoso, el cual pasa a ser desde este momento su señor. Recibe de él mantenimiento, generalmente bajo la forma de concesión de un feudo, y protección, pero le debe en compensación ayuda y consejo (págs. 136 y sigs., 390 y sigs.).

VENDIMIA.
La viña (*il. 95* y pág. 291.)
La — *(il. 97)*.
La fabricación de toneles *(il. 192)*.
El vino (págs. 322 y 323).

VENECIA.
Fundada por refugiados de Altino, fugitivos de los lombardos y de los francos (siglos VI-IX), en las islas de la laguna (Torcello, más tarde Malamocco, después Rialto). Gran centro comercial y artístico, que se constituye en imperio colonial que domina el Adriático y el Mediterráneo oriental (siglos XI-XII). En los siglos XIV-XV, se convierte en un Estado de tierra firme. Principal lugar de enlace del Occidente con Bizancio (págs. 80, 106, 111 y 121).
(Cf. F. Thiriet, *Histoire de Venise*, 1952.)

VESTIDO.
(Véase págs. 483 y 484 y BIBL. VESTIDO.)

VÉZELAY.
Abadía benedictina fundada por Gerard de Rosselló, regente del reino de Provenza (838) en la diócesis de Autún. El papa Nicolás I le concedió la dependencia directa de la Santa Sede (863). Destruido por los normandos en el año 873, víctima de numerosos incendios, el monasterio fue reconstruido en el siglo XI bajo la protección de los duques de Borgoña y de Nevers. Durante los siglos XI y XII *(mapa 21, pág. 124)*, Vézelay es un importante centro de PEREGRINACIÓN en torno a las reliquias de Santa María Magdalena. Además, el monasterio representa en el nordeste de Francia el papel de base de partida para SANTIAGO DE COMPOSTELA. En las Pascuas de 1146, SAN BERNARDO predica en él la II Cruzada *(mapa 13, pág. 107* y *Atlas, mapa III, pág. 507)*. TOMÁS BECKET se refugia en él en 1166. Luis VII, FELIPE AUGUSTO y SAN LUIS acuden a él en peregrinación. La iglesia de la Magdalena se encuentra en el origen de toda una corriente de arte románico borgoñón. Su construcción es iniciada hacia 1050 por el abad Artaud, al lado de la antigua iglesia carolingia, insuficiente ante la afluencia de peregrinos. Es consagrada en 1104. En 1120, un incendio destruye la antigua nave carolingia con cubierta de madera y la nueva nave es edificada entre 1135 y 1140, bajo la dirección del abad Renaud de Semur. El nártex se acabó en 1150, y su tribuna este, la capilla de San Miguel, fue consagrada en 1151. El nártex comprende igualmente tres naves, que se abren sobre las naves de la iglesia, y su bóveda es de ojivas. El coro, gótico, puede, por lo tanto, ser considerado como la coronación lógica de un edificio en que el empleo de la ojiva parece relativamente precoz. La decoración plástica es particularmente rica. En ella se hallan representadas todas las edades de la escultura románica. En el tímpano del pórtico, el Cristo de la Pentecostés confiere su misión a los apóstoles. Sin embargo, ofrece todavía el tipo de los Dioses terribles de la escultura románica. Los capiteles de la nave, ejecutados entre 1104 y 1120, dejan un largo espacio a las representaciones de la vida cotidiana, especialmente a las numerosas imágenes de los trabajos rústicos. Se puede adivinar en ellas una corriente de influencia artística que va del tímpano de Cluny hasta el Pórtico de la Gloria de Santiago de Compostela, pasando por el tímpano de Vézelay. (Véase *ils. 18, 76, 77, 142* y *143; Atlas, mapa V, pág. 515,* y pág. 387.)

(Cf. V. Saxer, *Le culte de Marie-Madeleine en Occident,* 1959.)

VICENTE DE BEAUVAIS.
Nacido hacia 1190, muerto hacia 1264, vulgarizador que desempeñó en el siglo XIII un papel comparable al de HONORIUS AUGUSTODUNENSIS con respecto al XII. Los temas de sus obras quedaron reflejados en las esculturas de las catedrales góticas. Dominico, frecuentó la abadía cisterciense de Royaumont y estuvo en relación con SAN LUIS. El conjunto de su obra, que recibió el título de *Gran Espejo (Speculum majus),* es una enciclopedia dividida en tres partes: el *Espejo de la Naturaleza,* consagrado a la historia natural, el *Espejo doctrinal,* resumen de la ciencia escolástica, y el *Espejo histórico,* historia universal desde la creación del mundo hasta San Luis. Un cuarto libro, el *Espejo moral,* fue añadido por un autor desconocido a comienzos del siglo XIV (pág. 472).

VIDRIERA.
(Véase págs. 299 y 450, *il. 83 y lám. color V.*)

VIKINGOS.
(Véase NORMANDOS.)

VILLANO.
Término peyorativo, aplicado al conjunto de los campesinos por las clases dominantes feudales y transpuesto al orden moral: *villanía.* (Véase *il. 120,* y págs. 405 y 406.)

VILLARD DE HONNECOURT.
Arquitecto y dibujante, nacido en Picardía en las postrimerías del siglo XII. Ha dejado un álbum de dibujos de arquitectura, escultura, anatomía y máquinas profusamente anotado (Biblioteca Nacional de París, manuscrito francés 19093). Dirigió la construcción de la colegiata de Saint-Quintin y acaso haya colaborado en las catedrales de Cambrai y de Esztergom (Hungría). *(Dibujo 42, pág. 608.)*
(Cf. H. R. Hahnloser, *Villard de Honnecourt,* 1935.)

VIRGEN.
La Virgen María, la nueva EVA (pág. 223), cuyo culto, borrado durante la Alta Edad Media, se desarrolla prodigiosamente a partir del siglo XI, anima un gran renacimiento de la espiritualidad y del arte marianos. La virginidad es un estado ideal, sobre todo para la mujer (¿desequilibrio demográfico entre los sexos?) (Véase *il. 66.*)
La Virgen y el Niño *(ils. 219-222 y lám. color III.)*

VISIGODOS.
Pueblo germánico, que invade el Imperio romano en el año 410, con su rey ALARICO. Después se instalan en España hasta la conquista árabe, a comienzos del siglo VIII. (Véase *mapa 1, pág. 32; mapa 2, pág. 49; Atlas, mapa II, pág. 503,* y págs. 48 y sigs.)

VISIONES.
Forma más espiritual de las *apariciones,* muy numerosas entre los hombres de la Edad Media y que manifestaban la presencia del mundo normalmente invisible (*il. 135* y págs. 460 y 461).

W

WACE (Roberto).
Cronista anglo-normando. Nacido en Jersey hacia 1100, estudia en Caen. Más tarde obtiene un beneficio en Bayeux. Escribe dos crónicas en lengua franconormanda: una *(Roman de Brut,* véase NOVELAS BRETONAS) consagrada a la historia de los bretones, otra *(Roman de Rou,* equivalente a Rollón) a la historia de los duques de Normandía, desde Rollón a Roberto Corteheuse *(planos 31-32, página 275).*

WALTHER VON DER VOGELWEIDE.
Nacido hacia 1170, muerto hacia 1230, es el más célebre de los MINNESÄNGER. Tirolés, después de haber vivido en la corte de los duques de Austria en Viena, hacia 1198, lleva más tarde una vida errante cerca de diversos protectores, entre ellos Felipe de Suabia (página 362), Otón IV y FEDERICO II, quien le concede un feudo hacia 1220. No solamente ha escrito las más bellas canciones de los «Minne» *(Canción de mayo, Pastoral, Bajo el tilo),* sino que ha sido poeta gnómico, didáctico, moralizador, político. Su *lied: Ir sult sprechen willekomen* es la primera canción patriótica de Alemania.

WILLIBROD (San).
Nacido en el 658 en el Northumberland. Estu-

dia en Irlanda en un noviciado de misioneros benedictino. Enviado a Roma, después a Frisia como misionero, muere en 739 en Echternach (*il. 200* y pág. 181).
(Cf. *Willibrordus,* Echternacher Festschrift, 1940.)

WOLFRAM VON ESCHENBACH
Más que un Minnesänger, este bávaro (nacido hacia 1170, muerto en 1220), que cumple diversas funciones cerca de los señores alemanes, es un poeta épico, autor de *Parzival* (hacia 1200-1210), *Willehalm* (hacia 1215), *Titurel* (hacia 1218), el más grande, junto con Hartmann von Aue y Gottfried de Strasburgo. Es el más religioso y el más místico de los tres, como lo testimonia especialmente toda la orientación de su *Parzival* hacia el Grial (página 575).
(Cf. H. J. Koppitz, *Wolframs Religiositäl,* 1959.)

ILUSTRACIONES DEL DICCIONARIO

LAS VIRTUDES Y LOS VICIOS

En torno al tema del enfrentamiento entre Virtudes y Vicios, legado a la Edad Media por la Psicomaquia *de Prudencio (348-hacia 410), se desarrolla el gran combate medieval del* Homo duplex, *duelo que termina por interiorizarse.*

186. EL ÁRBOL DE LAS VIRTUDES Y EL ÁRBOL DE LOS VICIOS.

Viejo tema del simbolismo vegetal, el árbol (recuérdese el árbol de Jessé, el árbol de la vida, el árbol de la Cruz, los árboles genealógicos y, bajo su forma fantástica, el árbol parlante, el árbol con cabeza) se presta a la oposición dualista de las virtudes y los vicios: árbol florido y árbol estéril, extraídos del Evangelio y que responden a la necesidad medieval de la prueba tangible: "Conoceréis el árbol por sus frutos." El Liber Floridus *de Lambert es una de las primeras enciclopedias medievales. Se trata de un florilegio, un resumen de la Historia sagrada y profana, de los acontecimientos contemporáneos (1.ª Cruzada), de la geografía, la astronomía y la enseñanza moral. El manuscrito, terminado en 1120, es el original, ilustrado a medida que se avanzaba en su ejecución. (Gante, Biblioteca de la Universidad, manuscrito 16, fol. 231 vuelto.)*

187. CASTIDAD CONTRA LUJURIA.

La Psicomaquia *del español Prudencio disfrutó bien pronto de una gran popularidad, dado que su obra no era solamente edificante, sino también polémica. Celebraba las virtudes cristianas sobre los vicios paganos. En este manuscrito del siglo X, probablemente copiado en la abadía de Saint-Amand, cerca de Valenciennes, puede verse, en la parte superior, a la Fe cristiana en el acto de recompensar, por medio de una corona, a las virtudes que la han ayudado a vencer a la idolatría pagana. En la parte baja, la Castidad emprende su combate contra la Lujuria. (Valenciennes, Biblioteca Municipal, manuscrito 412, fol. 52.)*

188. LA ESCALA DE LAS VIRTUDES.

Los temas ascensionales (escala de Jacob, escala de las virtudes; véase el Hortus Deliciarum *de Herrada de Landsberg) proporcionaban al simbolismo de la vida moral una ilustración cuyo alcance es evidente. Este manuscrito de la enciclopedia mística de la abadesa Hildegarda de Bingen (muerta en 1178), el* Liber Scivias, *debió de ser escrito e ilustrado bajo la dirección de la santa. (Wiesbaden, Biblioteca Municipal, códice 1, fol. 178 vuelto.)*

LOS TRABAJOS DE LOS MESES

El tema de los meses del año parece derivar del tema antiguo de las estaciones. Sin embargo, en tanto que éste fue generalmente tratado de una manera

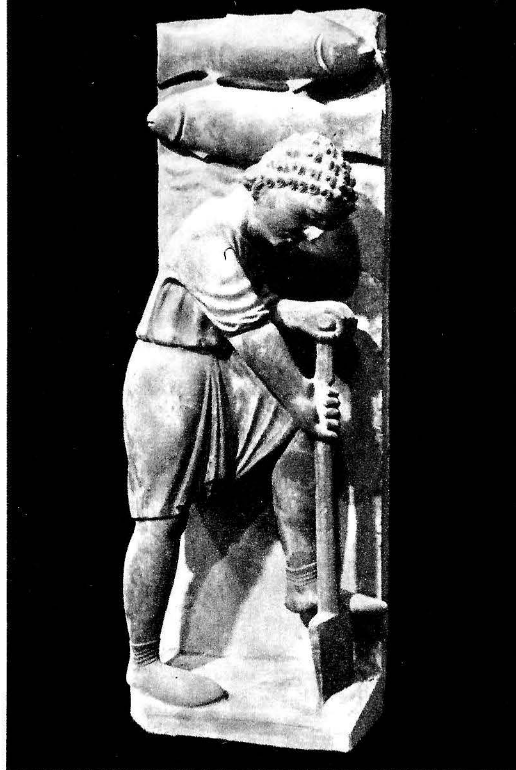
186

187

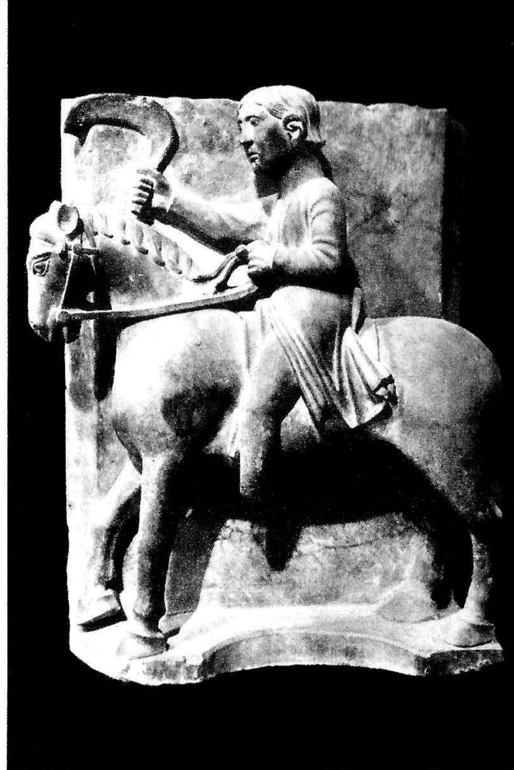


188





189

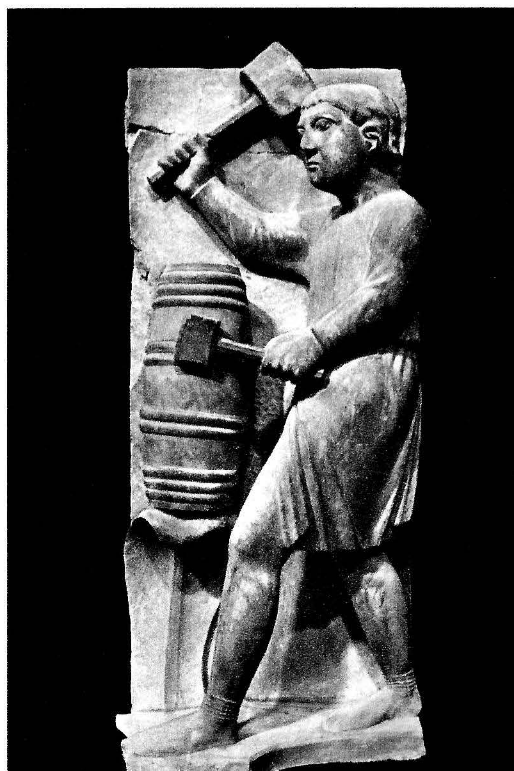


190

191



192





193



194



195



196

197



198





199



200



201



202

mística, el tema medieval es ilustrado de manera realista. Constituye una enciclopedia figurada de los trabajos campesinos, con intermedios primaverales (abril y mayo) ambiguos y diversos: las escenas realistas se ven con frecuencia reemplazadas por escenas simbólicas, tomadas de la vida señorial o de los ritos campesinos, en relación con la llamada a la fecundidad o el despertar de la naturaleza.

El gran escultor lombardo Benedetto Antelami (véanse ils. 80 y 97) es el autor de estos relieves, destinados al Baptisterio de Parma, donde firmó el arquitrabe del pórtico en 1196. Figuras graves, macizas, completamente románicas.

189. FEBRERO.

Cava de la tierra y signo zodiacal de los peces. (Parma, Baptisterio.)

190. MAYO.

Fusión del tema señorial del caballero y del tema campesino de la poda de los árboles por medio del hocino. (Parma, Baptisterio.)

191. JUNIO.

La siega: corte de los tallos a media altura, a fin de dejar altos rastrojos para pasto de los rebaños. (Parma, Baptisterio.)

192. AGOSTO.

Fabricación de toneles para la próxima vendimia. (Parma, Baptisterio.)

MONEDAS DE ORO

La reanudación, en el siglo XIII, de la acuñación de monedas de oro va acompañada por concesiones a las actitudes mentales frente a la moneda. El simbolismo debe atenuar la reticencia que se opone al uso de la plata, salvaguardar el carácter "prestigioso" de las piezas y, en ausencia de valor numérico indicado en la pieza, proporcionar un punto de comparación y de referencia.

193 Y 194. EL ESCUDO DE ORO DE SAN LUIS.

Acuñado a partir de 1263, aproximadamente, aunque de una difusión restringida, el escudo de oro de San Luis lleva en el reverso la leyenda Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat, *"Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera", tema del triunfo cristológico, pero al mismo tiempo tema de exorcismo. En el anverso, las flores de lis. (París, Biblioteca Nacional.)*

195 Y 196. EL DUCADO DE ORO DE VENECIA.

Acuñado a partir de 1284, sometido también a devaluaciones o, menos frecuentemente, a revaloraciones, el ducado eclipsará al florín al término de la Edad Media. En el anverso, San Marcos, patrón de la ciudad. En el reverso, el dogo Dandolo (1280-1288), arrodillado al pie de San Marcos. (París, Biblioteca Nacional, Gabinete de las Medallas.)

197 Y 198. EL FLORÍN DE ORO DE FLORENCIA.

Acuñado a partir de 1252, el florín de Florencia alcanza pronto una difusión tal que, como antes el "besant" bizantino, el término se convertirá en sinónimo de moneda de oro. Lleva en el anverso el lis simbólico y en el reverso a San Juan Bautista, patrón de la ciudad (el famoso baptisterio, il mio bel San Giovanni, *del Dante le está dedicado). (París, Biblioteca Nacional, Gabinete de las Medallas.)*

SELLOS

A medida que se extiende la autoridad del escrito, el sello se convierte en el signo de la autenticidad. Es la marca de soberanía. Señores, obispos, capítulos, ciudades y corporaciones luchan ásperamente por conquistar y defender su derecho de sello, que va parejo al derecho de jurisdicción. Los temas sigilográficos son a menudo reveladores de realidades políticas y mentales.

199. SELLO DE FELIPE DE ALSACIA (1170)
Felipe de Alsacia, conde de Flandes, se hace representar en figura de caballero. (París, Archivos Nacionales.)

200. SELLO DE GRAVELINAS (1244).
El sello representa al patrón de la ciudad, San Willibrod d'Echternach, apóstol de Bélgica, Holanda y Luxemburgo en el siglo VII. El santo, revestido con los ornamentos de obispo mitrado, con báculo y bendiciendo, realiza el simbólico "pasaje" en barco. El sello se encontró adherido a una promesa de los regidores de Gravelinas de unirse al partido del rey de Francia en el caso de que la condesa Margarita de Flandes no cumpliese sus compromisos con respecto a Francia. (París, Archivos Nacionales, J. 537, núm. 5.)

201. SELLO DE COLONIA (1149).
Este ejemplar del sello de Colonia, que data de 1268, aunque se remonta a 1149, representa las murallas y las torres de la ciudad, pero también la soberanía archiepiscopal, simbolizada por San Pedro, patrón de la catedral. La leyenda subraya "Santa Colonia, por la gracia de Dios, hija fiel de la Iglesia romana". (Colonia. Museo Municipal.)

202. SELLO DE TRÉVERIS (1113).
Ejemplar de 1221 del sello de Tréveris, que se remonta a 1113. Reviste los mismos caracteres: la ciudad (Sancta Treveris), *simbolizada por sus murallas y sus puertas, y el poder de la Iglesia sobre la ciudad archiepiscopal, manifestado por el Cristo entre San Pedro y San Eucario, primer obispo de Tréveris, discípulo legendario de San Pedro, al que había sido dedicada una iglesia en el siglo V. (Tréveris, Archivos Municipales.)*

CASTILLOS

Los castillos evolucionan entre el final del siglo X, en que aparecen los primeros castillos de piedra, y el siglo XIV, en que se tornan mayores y de estructura más compleja. Las partes consagradas a la habitación toman más importancia. Asimismo, siguen la evolución general del arte y, por lo tanto, se puede distinguir, por la técnica y la estética, los castillos románicos de los castillos góticos. No obstante, no dejan de responder a tres preocupaciones: el imperativo de la defensa (los castillos fuertes), la necesidad de adaptarse a las condiciones topográficas (de donde deriva la diversidad de planos) y las razones de prestigio (las torres tienen una significación social, tanto como una función militar.

203. UNA TORRE DEL HOMENAJE («DONJON») CIRCULAR SOBRE UNA ELEVACIÓN DEL TERRENO: RESTORMEL.

Los normandos erizaron Inglaterra de castillos, pero la piedra no reemplazó a la madera sino en el curso del siglo XII. El tipo habitual fue un ancho "donjon" circular, elevado sobre un túmulo de tierra, esencialmente organizado para la defensa, con una entrada estrecha y muy defendida. (Restormel, Cornualles.)

204. UN CASTILLO GÓTICO: CASTEL DEL MONTE.

Castel del Monte fue edificado por Federico II hacia 1240. Se trata de un octógono regular, con torres también octogonales en los ángulos, de una elevación de 24 metros. Incluso el patio es octogonal. La disposición interior es notable: los conductos de agua y las piezas recuerdan a la vez las salas capitulares y las habitaciones conventuales (Federico II favoreció la acción constructora de los cistercienses en Italia del Sur) y los refinamientos de la decoración tomados de los castillos principescos musulmanes. El espíritu ecléctico de Federico II se pone de manifiesto en este edificio de aspecto severo en el exterior y lugar de delicias en el interior: "Dentro del cuadro gótico, atmósfera de reino oriental" (A. Chastel). (Castel del Monte, Apulia.)

205. UNA TORRE DEL HOMENAJE O «DONJON»: HOUDAN.

He aquí una de esas torres que erizaban el dominio real y que los primeros Capetos encontraron grandes dificultades en reducir. Construida de 1105 a 1137 por Amaury III, señor de Monfort y conde de Mantes, era, ante todo, un edificio militar: sólo se podía penetrar en él por el primer piso y por medio de escaleras. Es una enorme torre circular de quince metros de diámetro, flanqueada por cuatro torrecillas dispuestas siguiendo los ángulos de

un cuadrado. De Amaury, tío de Luis VI el Gordo, escribe Suger que era "caballero sin par, barón muy poderoso" y que, con la reina madre Bertrada y el hermano del rey, Felipe, intentaron oponer al rey, hacia la Normandía, un obstáculo infranqueable de castillos, desde los cuales pudiesen también infligirle "todos los días" daños hasta llegar a París. (Houdan, Seine-et-Oise.)

206. UN CASTILLO EVOLUCIONADO: BEAUMARIS.

Eduardo I (1272-1307) hizo construir ocho grandes castillos en el País de Gales que había conquistado: plazas fuertes destinadas a mantener la nueva conquista, pero también construcciones de prestigio y, en fin, residencias capaces de alojar a una corte cada vez más numerosa y exigente. Las aberturas, siempre muy protegidas, se multiplican. En la construcción de Beaumaris, que costó aproximadamente catorce mil cuatrocientas libras, se tardó de 1295 a 1330. En el verano de 1295, trabajaban en su obra tres mil quinientos obreros. (Beaumaris, País de Gales.)

EXTERIORES ROMÁNICOS

El arte románico es diverso en sus tradiciones, sus orígenes y sus propósitos.

207. MARÍA LAACH.

La abadía benedictina de María Laach, en el Eifel, fue edificada, al menos en su parte esencial, de 1093 a 1156, bajo la influencia de la catedral de Spira. Conserva la disposición de las grandes iglesias carolingias y otonianas, con atrio y westwerk, *dos ábsides flanqueados de torres, lo que presta una silueta muy particular a su masa, dominada por seis campanarios. Sin embargo, la nave central y las naves laterales, de plano más largo que ancho, están, como en Tréveris, completamente cubiertas por bóvedas de arista.*

208. MILÁN: BASÍLICA DE SAN AMBROSIO.

San Ambrosio de Milán, reconstruido siguiendo el plano de una basílica carolingia del siglo IX, con su atrio, sus tres naves sin crucero y su coro con tres ábsides. A pesar de sus bóvedas de ojiva, "con sus tribunas y la alternancia de sus pilares bien calculados, la interpretación del espacio y el tratamiento de las masas son más latinas que románicas" (Henri Focillon).

209. LECZYCA.

La colegial de Tiem cerca de Leczyca, en Polonia, en la provincia de Lodz, ha sido comenzada en 1141 y consagrada en 1161, en el emplazamiento de una abadía fundada a finales del siglo X por Boleslao el Valiene a petición de San Adalberto, y dedicada a la Virgen y San Alexis. Tiene doble ábside.



203

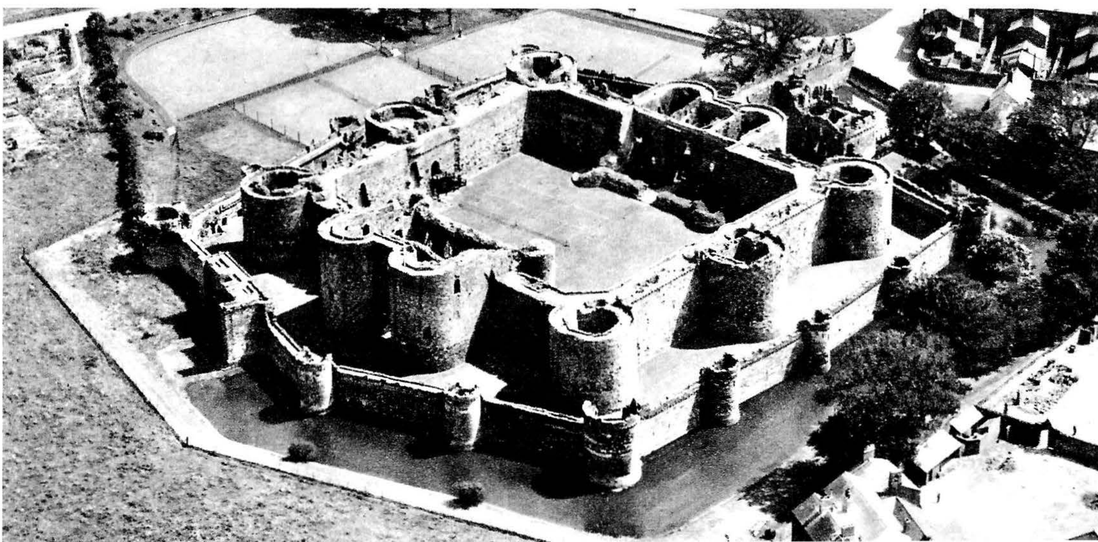


204



205

206



207

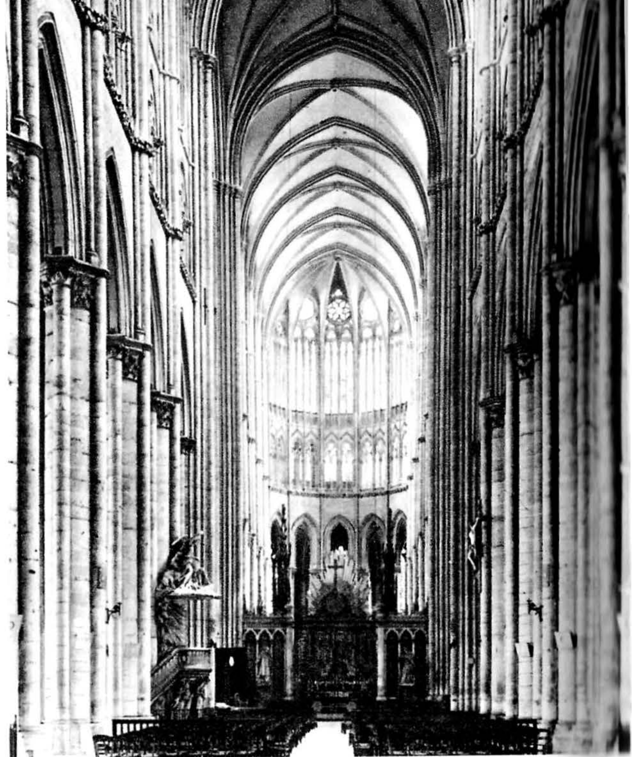
208

209

210



211



212



213



214

210. LUND.

La catedral de Lund, en Suecia (1145), se relaciona con la Germania. Lund (Londinum Gothorum), *la "Lunda sobre el Eyrarsund" de la saga de Egil, fue elevada a la categoría de obispado a mediados del siglo XI, a arzobispado en el año 1103 y recibió el rango de primacial para toda la Escandinavia en 1163.*

INTERIORES GÓTICOS

Si la arquitectura románica es diversa, la arquitectura gótica que la continúa se desarrolla en una sola y única dirección. Contemporánea de la escolástica, revela "la constancia, la continuidad y el vigor de un razonamiento" (Henri Focillon).

211. NOYON, CATEDRAL.

La catedral de Noyon, cuyo coro y crucero se elevaron entre 1150 y 1185 (las reliquias de San Eloy fueron trasladadas a ella en 1157) y cuya nave fue rematada a principios del siglo XIII, es una obra maestra del "primer arte gótico". La finalidad que guía ya su construcción consiste en eliminar toda gran superficie mural, pero la superposición de los cuatro pisos desarrolla una horizontalidad que pronto será abandonada.

212. AMIENS, CATEDRAL.

La nave de Amiens fue construida de 1220 a 1236. El coro (elevado, contrariamente a la costumbre, después de la nave) se terminó en 1269. La nave es una "obra maestra de estructura, la expresión más pura, más perfecta, del sistema gótico". Pero ya se anuncian en ella las exageraciones y la desmesura de la elevación: la bóveda de la nave se alza a cuarenta y dos metros, las ventanas tienen doce metros de altura y, en el coro, el muro del triforio está reemplazado por una claraboya vidriada, que tiene tendencia a confundirse con las ventanas altas.

213. BOURGES, CATEDRAL.

La catedral de Bourges, empezada hacia 1195, bajo el episcopado de Henri de Sully, hermano de Maurice de Sully, el obispo fundador de Notre-Dame de París, presenta, especialmente en su cripta, grandes semejanzas con la catedral parisiense. El coro fue terminado en 1214. La nave, construida en su parte esencial en el segundo cuarto del siglo XIII, se finalizó hacia 1270. La novedad y la belleza de Bourges procede, sobre todo, de sus cinco naves y de la progresión oblicua de los pisos que resulta. Pero la nave central, cuyo especial aspecto procede de los pilares con núcleo central, rodeado de ocho columnitas que se elevan a diecisiete

metros y de las grandes arcadas que culminan a veintiún metros, combina maravillosamente la fuerza con el vuelo.

214. PARÍS, LA SAINTE-CHAPELLE.

La Sainte-Chapelle, capilla del Palacio Real, edificada de 1243 a 1248, probablemente por Pierre de Montreuil — doctor lithororum, *doctor en piedra, como dice su epitafio con referencia a los universitarios y a la escolástica—, por encargo de San Luis, que quería albergar en ella la corona de espinas y un fragmento de la Vera Cruz comprados en Constantinopla, es el primer ejemplo del calado de los muros que caracterizará al gótico florido. Sobre una capilla baja, la cual era destinada a los servidores, se eleva la capilla-relicario, de una sola nave, cuyas quince inmensas ventanas no dejan entre ellas sino delgadas columnitas. Dichas columnas se elevan hasta las bóvedas, las cuales culminan a 20,50 metros. Pero, de la misma manera que el fresco recubría la superficie del muro románico, aquí la vidriera colorea toda la superficie, por entero abierta a la luz.*

CAPITELES

El capitel es un elemento esencial en la decoración románica y pone de manifiesto el doble carácter de su escultura arquitectural, ya que somete las figuras al cuadro en el que se insertan, y ornamental, en el sentido de que las ordena siguiendo un propósito de conjunto. Esa doble preocupación está inspirada por la mentalidad mágica que empuja al artista a llenar todo el espacio, a no dejar ningún vacío a las fuerzas del mal. Puesto que el arte románico debe "hacer hablar a la Iglesia", el capitel románico es las más de las veces bastante historiado y es una transición entre el capitel corintio, que la Antigüedad ha legado a la Alta Edad Media, y el capitel gótico que vuelve gustosamente, bajo una forma con frecuencia más "naturalista", al campo de lo no figurativo.

215. UN CAPITEL MEROVINGIO: JOUARRE.

Capitel corintio de la cripta merovingia de Jouarre (siglo VII) —capilla funeraria de los fundadores y de sus familias—, probablemente esculpido en el siglo VII en un taller pirenaico. Conserva, si bien bajo un aspecto más tosco, las volutas y las hojas de acanto de los modelos antiguos. Sin embargo, ya se desliza hacia el simbolismo medieval cristiano: serpientes entrecruzadas y áncoras que representan la prudencia y la esperanza. (Jouarre, Seine-et-Marne, Cripta de la Abadía de Notre-Dame.)

216. UN CAPITEL ROMÁNICO: EL SUICIDIO DE JUDAS.

En este capitel del siglo XII, la lección moral, la atracción de los diablos y de los monstruos, el sentido de las líneas humanas, vegetales e imaginarias se combinan en una composición de expresividad atrayente. (Autun, Catedral.)

217. UN CAPITEL ROMÁNICO: EL JUICIO FINAL.

La escultura triunfa en los capiteles de Saint-Nectaire (siglo XII). Los ángulos no separan las escenas, sino que realzan los personajes esenciales. En la ilustración, el Cristo se presenta como juez, sentado en un trono con la lanza, la esponja, un martillo y los cuatro clavos: los instrumentos de la Pasión son todavía los instrumentos del triunfo. Dos ángeles sostienen la Cruz. Otros dos tocan la trompeta y despliegan banderolas. Sobre una de ellas se lee: venite, *"venid". Se dirige a los elegidos, que están a la derecha del Señor. La otra dice:* discedite, *"marchaos". Expulsa a los condenados, que se lamentan a la izquierda. (Saint-Nectaire, Puy-de-Dôme.)*

218. UN CAPITEL GÓTICO: HOJAS Y ANIMALES FANTÁSTICOS.

La flora invade el capitel gótico con

una preocupación creciente por el realismo y una tendencia siempre mayor hacia la complicación de las formas. En este capitel de la segunda mitad del siglo XIII, procedente con toda probabilidad de la Abadía de Maubuisson, una maraña vegetal envuelve animales fantásticos y monstruos, supervivencia de la época románica. (París, Museo del Louvre.)

EVOLUCIÓN DE LAS ESTATUAS

Del románico al gótico, la expresión y la actitud, antes rígidas, se tornan en primer término graciosas, después amaneradas (ils. 219-222). La estatua se desprende de la columna (ils. 223-226).

219. DEL ROMÁNICO AL GÓTICO.

Obra del tercer cuarto del siglo XII, que se enlaza con el arte de Chartres por su tipo y los ritmos de sus draperías. No obstante, la rigidez de las vírgenes románicas comienza a vacilar, sobre todo, lo cual no es común, por la actitud del Niño. (Estatua de Saint-Martin-des-Champs, en París, Basílica de Saint-Denis.)

220. GÓTICO PURO.

La actitud se hace más libre, el rostro se afina, los pliegues, en vez de ocultar el cuerpo, dejan transparentar sus formas (comienzo del siglo XII). (Iglesia de Gassicourt, Oise.)

221. HACIA EL GÓTICO AMANERADO.

Estatuilla del último cuarto del siglo XIII, tallada en boj, que está emparentada con los marfiles parisienses contemporáneos. Anuncia la estatuaria gótica posterior: ligero contoneo, ojos almendrados, rostro saliente. Pero la actitud natural y la tranquilidad de la cara "pertenecen todavía a la tradición monumental del siglo XIII". (Lille, Palacio de Bellas Artes.)

222. GÓTICO PRECIOSISTA.

Obra de los comienzos del siglo XIV, en la que el preciosismo es ya evidente. Se emparenta con el estilo de Reims —gracia y sonrisa—, por intermedio de un modelo imitado con alguna frecuencia: la Virgen dorada de la Catedral de Amiens. (Capilla del Cementerio de Saint-Amand-les-Pas, Pas-de-Calais.)

223. ESTATUAS-COLUMNAS: FIGURA DEL ANTIGUO TESTAMENTO.

Esta estatua de hacia finales del siglo XII (véase il. 70) evoca las más bellas creaciones francesas (desde el Pórtico Real de Chartres hasta Saint-Loup de Naud y, al pie de los Pirineos, Saint-Just de Valcabrère). (Sangüesa, Santa María la Real.)



215



216

217



218





219



220

221



222





223


224


225


226



227



228



229



230

224. ESTATUAS-COLUMNAS: SAN PEDRO Y SAN PABLO.

Seis pedestales del siglo XII, que sostienen cada uno dos estatuas de apóstoles, adornan la capilla de San Miguel, construida para albergar las reliquias traídas de Toledo en el momento de la conquista musulmana. (Oviedo, Catedral, Cámara Santa.)

225. LA GRACIA DE LA CHAMPAIGNE: ÁNGEL «DE LA SONRISA» DE REIMS.

Esta célebre estatua data del período 1236-1250. Es la obra del último período de Reims. "Arte de una elegancia exagerada, que tiene una gracia exquisita, aunque es una gracia completamente humana, que no expresa ningún pensamiento religioso" (G. Gaillard). (Reims, Catedral.)

226. LA NOBLEZA DE ESTRASBURGO: LA SINAGOGA.

Los artistas del taller del crucero de Estrasburgo, hacia 1230, fueron formados en Chartres. Sin embargo, las estatuas de la Iglesia (la Nueva Ley o el Cristianismo triunfante) y de la Sinagoga (la Antigua Ley o el Judaísmo vencido, bajo los rasgos tradicionales de una mujer con los ojos vendados, que simboliza la ceguera de los judíos frente al Cristo) manifiestan "una espiritualidad y un refinamiento del sentimiento propiamente locales" (V. Beyer). Cabe también en lo posible que el escultor se haya inspirado en modelos en madera. (Estrasburgo. Catedral: copia. El original se encuentra en el Museo de la Obra de Nuestra Señora.)

PEREGRINOS

La gran peregrinación conduce a Santiago de Compostela, y la insignia del santo, la concha, convertida en signo de los peregrinos, adorna los vestidos, las casas y los monumentos en todos los caminos que llevan a Galicia. Se trata de una concha abundante en las costas de la región, la concha venera, *popularizada por el milagro de Santiago, según el cual salvó de ahogarse a un príncipe arrastrado por su caballo desbocado al mar, de donde salió cubierto de conchas. Los papas reservaron el monopolio de la venta de conchas a ciertos mercaderes de Santiago, autorizados por el arzobispo para venderlas en el pórtico de la catedral.*

227. SANTIAGO PEREGRINO.

La basílica de Saint-Julien de Brioude, término de una peregrinación regional muy concurrida, constituía también una etapa hacia Santiago de Compostela. Testimonio de ello es esta estatua del siglo XV que representa al santo con el sombrero adornado de la concha. (Iglesia de Saint-Julien de Brioude.)

228. LA SALVACIÓN POR LA PEREGRINACIÓN.

En ese cortejo de elegidos del Juicio Final que figura en el tímpano de la catedral de Autun (siglo XII) podemos ver un cruzado y un hombre del pueblo (un "jacquet", un "jacobeo"), con su saco al hombro y, al extremo de su bastón de peregrino, la bolsa de piel adornada con una cruz o con una concha sobre uno de sus lados. La peregrinación los ha salvado. La escultura sirve de propaganda a la peregrinación. (Autun, Catedral.)

229. LA PEREGRINACIÓN DE LOS LISIADOS: SANTA REDEGUNDA.

Las grandes peregrinaciones atraen a la red la formación en las encrucijadas de sus caminos de centros locales y regionales. Pasar por esas etapas y rezar en ellas sus devociones forma parte de la peregrinación. Para la mayor parte no es sino una parada, un eslabón de la piadosa cadena que les lleva a lo lejos. Para otros, a los que la fatiga, la falta de dinero o un milagro detienen, la ruta puede terminar en esas etapas intermedias. Aquí una santa curandera, Santa Redegunda (véase il. 14), en una desviación de un camino de Santiago, cerca de Rodez, es solicitada por los lisiados y los enfermos, que forman un fuerte contingente de las tropas de la peregrinación. Los exvotos de los acogidos (miembros curados, bastones ya inútiles) son ofrecidos a la santa. (Fresco del siglo XII, Sainte-Radegonde, Aveyron.)

230. UNA FAMILIA DE PEREGRINOS.

Esta miniatura adorna una Biblia del siglo XIII, ejecutada en la abadía de Saint Waast de Arras. Ilustra el comienzo, un poco modificado, del Libro de Rut: "Elimelec emigra (peregrinatur) *al país de los moabitas con su mujer y sus dos hijos" (en el texto de la Biblia se precisa que es el hambre lo que los hace partir). Los emigrantes están representados con el vestido clásico del peregrino: sombrero, bastón, alforjas. (Bolonia, Biblioteca Municipal, manuscrito 5, fol. 83.)*

TESORO DE SAINT-DENIS

Los tesoros de las iglesias constituyen el lujo eclesiástico: homenaje a Dios, objetos de prestigio, reserva económica que se empeña, vende o hace fundir en caso de necesidad.

Se hallan compuestos, en general, por objetos de arte, antiguos o árabes, montados en el siglo XII y adornados de cabujones o de trozos de metal dorado que tanto amaba el gusto bárbaro de la Edad Media.

Uno de los más ricos y célebres tesoros es el reunido por el abad Suger para la basílica de Saint-Denis, a mediados del siglo XII. He aquí cuatro de las principales piezas conservadas hasta nuestros días:

231. COPA LLAMADA DE LOS PTOLOMEOS, EN SARDÓNICE.
(París, Biblioteca Nacional.)

232. CÁLIZ DE SUGER, EN SARDÓNICE.
(Wáshington, National Gallery of Art.)

233. JARRO ANTIGUO, EN SARDÓNICE.
(París, Museo del Louvre.)

234. JARRO ÁRABE EN CRISTAL DE ROCA.
(París, Museo del Louvre.)

FORMAS ROMÁNICAS, FORMAS GÓTICAS

No hay un tipo único de fachada románica. Incluso en las más ordenadas, la unidad entre todos sus elementos se encuentra raramente conseguida de una manera total. Las aberturas y la ornamentación siguen siendo limitadas. La fachada continúa siendo, en primer término, un muro. La fachada gótica crece formando pisos estrictamente ordenados hacia la elevación de las torres. Los pórticos, las altas ventanas, los rosetones agujerean el muro por todas partes. Un universo de estatuas puebla todos los huecos. Al ritmo románico de las formas redondas, que intenta reproducir la perfección del universo en la iglesia-microcosmos, se opone el vuelo gótico hacia la luz, la búsqueda hacia el más alto de los cielos. Al escalonamiento románico de las masas, convergentes hacia la torre linterna encima del crucero, se opone la cabecera gótica, elevándose a través de la caja horadada de los arbotantes. Al recogimiento y al misterio románicos encerrados entre los pesados pilares de la nave, las bóvedas de medio punto o de aristas y los muros con aberturas escasas, se enfrenta el arranque gótico que crece a lo largo de las elegantes columnas hacia el crucero de ojivas, bañado en la luz.

235. MÓDENA, FACHADA DE LA CATEDRAL.

Fachada compartimentada en tres partes verticales, correspondientes a las tres naves, cortadas por una galería horizontal encima de los pórticos. Fue comenzada en 1909 por el arquitecto Lanfranc y embellecida por el célebre escultor Wiligelmo. El rosetón fue abierto en el siglo XIII. El "campanile" del fondo, separado, la Ghirlandina, *coronada por un cuerpo octogonal de comienzos del siglo XIV, le proporciona cierto arranque.*

236. REIMS, FACHADA DE LA CATEDRAL.

Creación de cuatro maestros de obra y de varios talleres de escultura, entre 1210 y 1260.

237. LA TRINIDAD DE CAEN (ABADÍA DE LAS DAMAS), CORO.

Construida a partir de 1062. Fundación de la reina Matilde, esposa de Guillermo el Conquistador, que fue sepultada en la abadía en el año 1083.

238. COLONIA, CORO DE LA CATEDRAL.

Edificada de 1248 a 1322 sobre el modelo de las más audaces y elegantes creaciones góticas: Amiens y Beauvais.

239. SAINT-NECTAIRE, ÁBSIDE DE LA IGLESIA.

Ábside maravillosamente ordenado de una de las más bellas creaciones de la arquitectura románica en la Auvernia de mediados del siglo XII.

240. LE MANS, ÁBSIDE DE LA CATEDRAL.

El ábside de la catedral de Le Mans (el coro fue consagrado en 1254) es "un ábside gótico evolucionado, de una gran riqueza en la composición de las masas... que los arbotantes parecen menos sostener que izar en su vuelo hacia los cielos" (Henri Focillon).

241. CARDONA, NAVE LATERAL DE LA IGLESIA.

Sant Vicens de Cardona, en Cataluña (1040), es una de las primeras grandes creaciones del arte románico.

242. BOURGES, NAVE LATERAL DE LA CATEDRAL.

Ese primer colateral de la catedral de Bourges (entre 1230 y 1270) es una nave intermedia (véase il. 213).



231



232

233

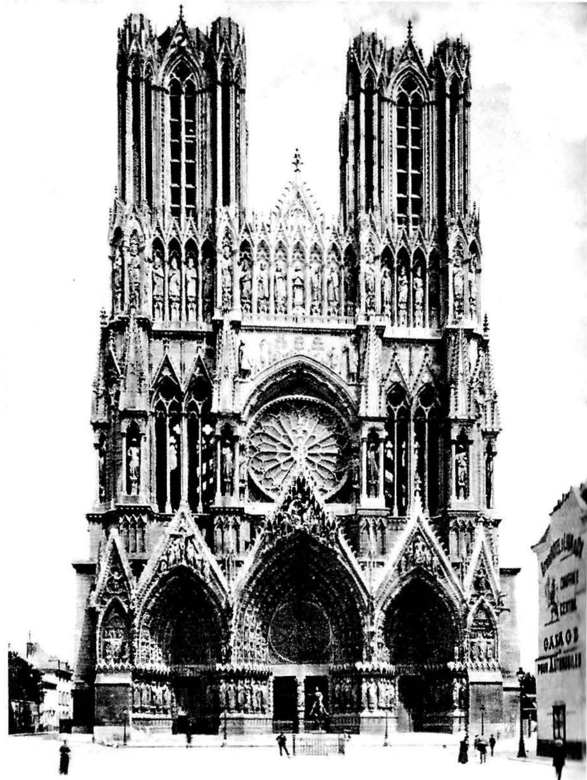


234





235



236

237

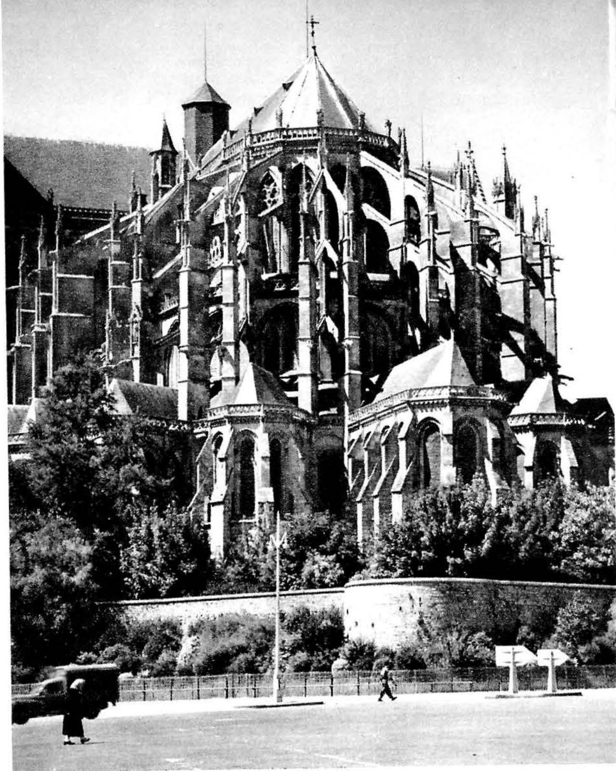


238



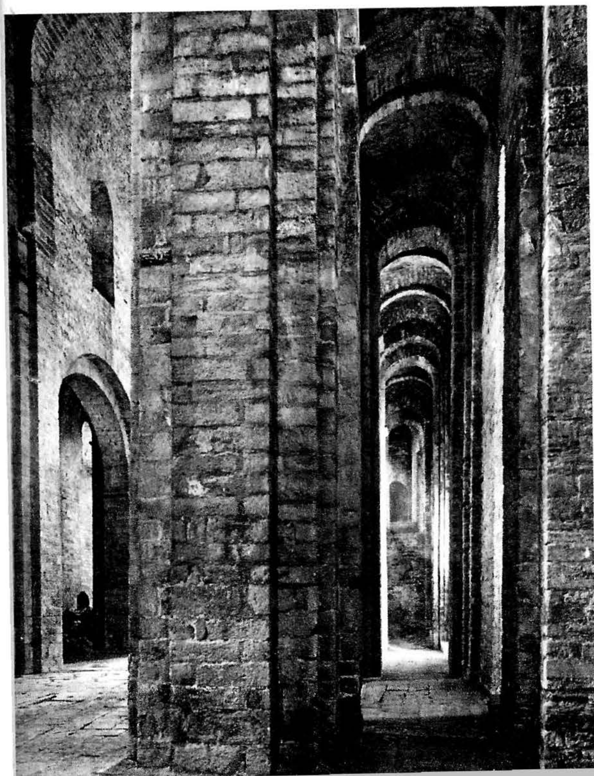


239



240

241

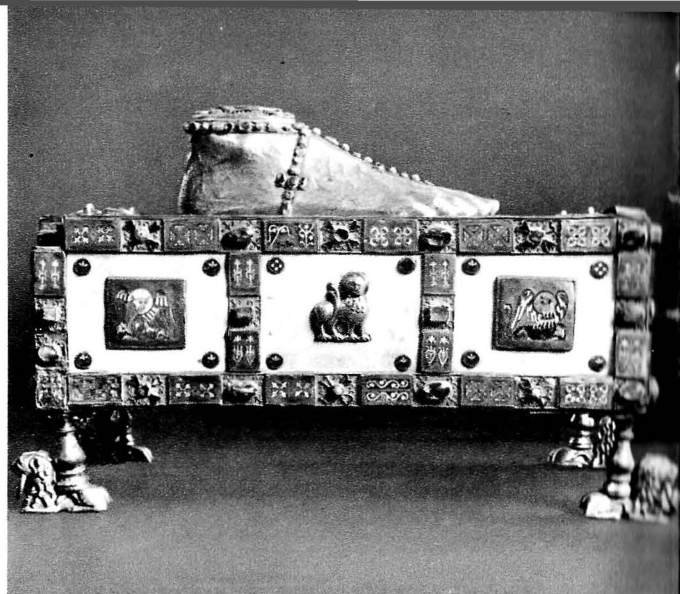


242



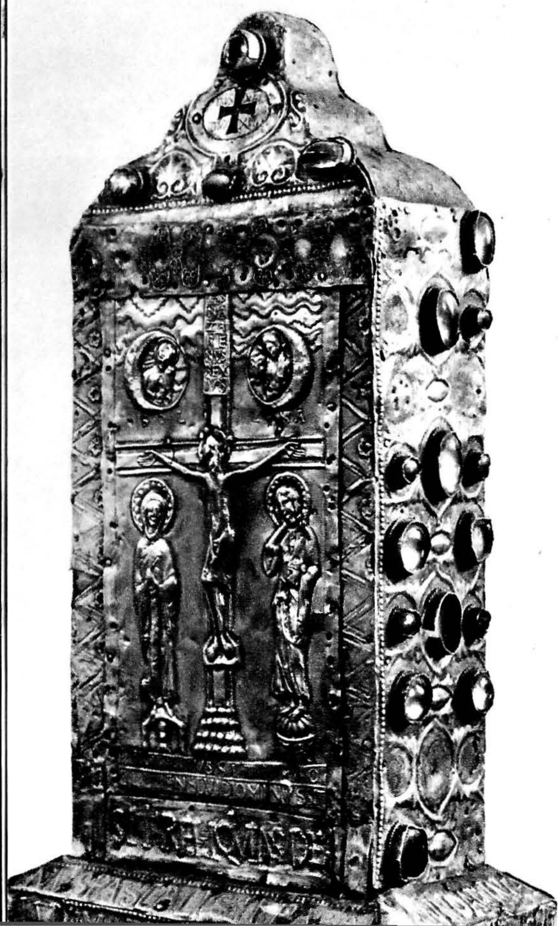


243



244

245



246



RELICARIOS

El orfebre ha sido constantemente requerido para la disposición y la conservación de las reliquias. Las formas son más diversas, más o menos apropiadas a la naturaleza de la reliquia, la ornamentación más o menos libre. Pero lo primordial es la riqueza: calidad de la primera materia, decoración sobrecargada.

243. COFRE-RELICARIO VIKINGO.

Cofrecillo-relicario del siglo XII, de madera recubierta de cobre dorado, procedente de la iglesia de Hedal en el Valdres. Tiene la forma de una iglesia de madera, con la techumbre rematada por las características cabezas de dragones, tomadas de la ornamentación de las extremidades de los barcos vikingos. A un lado, el asesinato de Tomás Becket (objeto de una intensa propaganda por parte de la Iglesia) y la Epifanía, en el otro la Crucifixión. (Oslo, Museo de las Artes Decorativas.)

244. CAJA Y PIE-RELICARIO.

Este altar portátil es también un relicario. De ahí su nombre de caja de Egbert, del nombre del arzobispo de Tréveris (977-993) para quien la obra fue ejecutada en un momento en que la ciudad era un célebre centro de orfebrería, que trabajaba especialmente para la familia imperial otoniana. Las influencias bizantinas, traídas por intermedio de la emperatriz Theófana, mujer de Otón II, son sensibles en ella. Es una de las más bellas piezas del riquísimo tesoro de la catedral. (Tréveris, catedral, Schatzkammer.)

245. COFRECILLO-RELICARIO DE BEGÓN Y DE PASCUAL II.

Cofrecillo-relicario plano rectangular, colocado sobre una base achaflanada. Está confeccionado en madera recubierta de placas de plata, doradas en parte. La cara principal presenta al Cristo en cruz, entre la Virgen y San Juan, y, encima de él, el sol y la luna. Unas inscripciones indican que el relicario ha sido realizado en Conques, bajo el abaciado de Begón (1087-1107), para guardar las reliquias enviadas desde Roma por el papa Pascual II. (Conques, iglesia de Sainte-Foy.)

246. ESTATUA-RELICARIO: SAINTE-FOY DE CONQUES.

Esta célebre estatua, revestida de placas de oro e incrustada de piedras preciosas, ha sido ejecutada probablemente entre el año 983, fecha de un milagro que hizo afluir los donativos, y el 1013, año en que dos clérigos de Chartres, de paso por Conques, se indignaron ante el carácter pagano de este ídolo. La estatua, enriquecida por diversas piezas, alberga, en una cavidad de la parte posterior, el cráneo de Sainte-Foy, rodeado por una placa de plata. (Conques, iglesia de Sainte-Foy.)

BIBLIOGRAFÍA DE ORIENTACIÓN

No figura en esta bibliografía ninguna obra que trate exclusivamente de la Baja Edad Media (siglos XIV-XV).

I. OBRAS GENERALES

M. BECK: *Finsteres oder romantisches Mittelalter*. Zurich, 1950.
M. BLOCH: *Mélanges historiques*. 2 vols. París, 1963.
The Cambridge Medieval History. 8 vols. Cambridge, 1911-1963.
F. L. GANSHOF: *Histoire des relations internationales: Le Moyen Age*. París, 1953.
L. GÉNICOT: *Les lignes de faîte du Moyen Age*. Tournai, 3.ª ed. 1961.
L. HALPHEN: *Initiation aux études du Moyen Age*. 1.ª ed. París, 1940. Nueva ed. 1961.
R. LÓPEZ: *Naissance de l'Europe. IVe-XIVe siècle*. París, 1962.
O. MEYER y R. KLAUSER, ed. Clavis Mediaevalis: *Kleines Wörterbuch der Mittelalterforschung*. Wiesbaden, 1962.
E. PERROY, J. AUBOYER, C. CAHEN, G. DUBY, M. MOLLAT: *Le Moyen Age. Histoire générale de Civilisations*. T. III. París, 1955.
H. QUIRIN: *Einführung in das Studium der Mittelalterlichen Geschichte*. 3.ª ed. revisada. Braunschweig, 1964.

II. HISTORIAS NACIONALES

ALEMANIA

G. VON BELOW: *Der deutsche Staat des Mittelalters*. 2.ª ed. Leipzig, 1925.
B. GEBHARDT: *Handbuch der deutschen Geschichte*. 8.ª ed. Stuttgart, 1954-1960.
F. LUTGE: *Deutsche Sozial und Wirtschaftsgeschichte*. 2.ª ed. Berlín, 1960.

INGLATERRA

M. W. BERESFORD y J. K. S. SAINT-JOSEPH: *Medieval England, an aerial survey*. Cambridge, 1958.
— *The Oxford History of England*. T. II-VI. Oxford, 1947-1961.
D. M. STENTON: *English Society in the Early Middle Ages, 1066-1307*. 1952.

AUSTRIA

H. HANTSCH: *Die Geschichte Osterreichs*. 4.ª ed., t. I. Viena, 1959.

BÉLGICA

R. DOEHAERD: *L'Expansion économique belge au Moyen Age*. Bruselas, 1946.
H. PIRENNE: *Histoire de Belgique*. T. I-III. Bruselas, 1909-1912. 3.ª ed. 1922.

ESPAÑA

M. DESFOURNEAUX: *Les Français en Espagne aux XIe et XIIe siècles.* París, 1949.
J. FONT RIUS: *Instituciones medievales españolas.* Madrid, 1949.
MENÉNDEZ PIDAL (diversos autores dirigidos por): *Historia de España.*
MENÉNDEZ PIDAL: *La España del Cid.* 2 vols. 1929.
VICENS VIVES: *Historia social y económica de España y América.*
T. I: *Colonizaciones, feudalismo, América primitiva* (s. VIII-XII). Barcelona, 1957.
T. II: *Patriciado urbano, Reyes Católicos, descubrimiento de América* (siglos XIII-XIV-XV). Barcelona, 1957.
P. VILAR: *Histoire de l'Espagne.* París, 1963.

FRANCIA

J. DHONDT: *Étude sur la naissance des principautés territoriales en France.* Brujas, 1948.
G. DUBY, R. MANDROU: *Histoire de la civilisation française.* T. I. París, 1958.
R. FAWTIER: *Les Capétiens et la France.* París, 1942.
F. LOT, R. FAWTIER: *Histoire des Institutions françaises au Moyen Age.* T. I: *Institutions seigneuriales.* París, 1957. T. II: *Institutions royales.* París, 1958. T. III: *Institutions ecclésiastiques.* París, 1962.

HUNGRÍA

C. A. MACARTNEY: *The Medieval Hungarian Historians.* Cambridge, 1953.

ITALIA

G. LUZZATTO: *Storia economica d'Italia.* T. I: *L'antichità e il Medio Evo.* Roma, 1949.

PAÍSES ESCANDINAVOS

L. MUSSET: *Les peuples scandinaves au Moyen Age.* París, 1951.

POLONIA

W. HENSEL: *Les origines de l'Etat polonais.* Varsovia, 1960.
J. RUTKOWSKI: *Histoire économique de la Pologne avant les partages.* París, 1927.
Z. WOJCIECHOWSKI: *L'Etat polonais au Moyen Age. Histoire des Institutions.* París, 1949.

PORTUGAL

P. DAVID: *Études historiques sur la Galice et le Portugal du VIe au XIIe siècle.* Lisboa-París, 1957.

ESLAVOS
F. Dvornik: *The Slavs. Their Early History and Civilization.* Boston, 1956.

III. ALTA EDAD MEDIA

FRANCIA (1)
P. Courcelle: *Histoire littéraire des grandes invasions germaniques.* 1948.
J. Danielou y H. I. Marrou: *Nouvelle histoire de l'Eglise.* T. I: *Des origines à saint Grégoire le Grand.* París, 1963.
Ch. Dawson: *Le Moyen Age et les origines de l'Europe.* 1932, trad. fr. 1934 y 1960.
M. Deanesly: *Histoire de l'Europe du Haut Moyen Age (476 à 911).* Trad. fr. 1958.
J. Décarreaux: *Les moines et la Civilisation.* París, 1962.
A. Deléage: *La vie rurale en Bourgogne jusqu'au début du XI[e] siècle.* 2 vols. Mâcon, 1941.
H. Fichtenau: *L'Empire carolingien.* Trad. fr. 1958.
J. Fontaine: *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique.* París, 1959.
A. Grabar y C. Nordenfalk: *La peinture du Haut Moyen Age du IV[e] au XI[e] siècle.* 1957.
R. Grousset: *L'Empire des steppes.* 1934.
L. Halphen: *Charlemagne et l'Empire carolingien.* 1947.
C. Heitz: *Recherches sur les rapports entre architecture et liturgie à l'époque carolingienne.* 1963.
F. Henry: *L'art irlandais.* 1963.
J. Hubert: *L'art préroman.* París, 1938.
J. Hubert: *L'architecture religieuse du Haut Moyen Age en France,* 1952.
R. Latouche: *Les origines de l'économie médiévale (IV[e]-XI[e] siècles).* París, 1956.
C. Lelong: *La vie quotidienne en Gaule à l'époque mérovingienne.* 1963.
E. Lesne: *Histoire de la propriété ecclésiastique en France.* 6 vols. 1910-1943.
F. Lot: *La fin du monde antique et le début du Moyen Age.* 1917, nueva ed. 1951.
E. Male: *La fin du paganisme en Gaule et les plus anciennes basiliques chrétiennes.* 1950.
H. I. Marrou: *Saint Augustin et la fin de la culture antique.* 1938.
L. B. Moss: *La naissance du Moyen Age (395-814).* 1935, trad. fr. 1961.
G. Pepe: *Le Moyen Age barbare en Italie.* Trad. fr. 1956.
H. Pirenne: *Mahomet et Charlemagne,* 1937.
P. Riché: *Les invasions barbares.* 1953.

(1) Bibliografía francesa (en la que se incluyen algunas traducciones) muy sumaria.

P. RICHÉ: *Education et culture dans l'Occident barbare, VIe-XIIe siècles.* París, 1962.
E. SALIN: *La civilisation mérovingienne d'après les sépultures, les textes et le laboratoire.* 4 vols. 1950-1959.
E. STAIN: *Histoire du Bas-Empire.* 2 vols. 1949-1959.
F. VERGAUTEREN: *Etude sur les civitates de la Belgique seconde.* 1934.
C. VOGEL: *La discipline pénitencielle en Gaule, des origines à la fin du VIIe siècle.* 1952.

IV. EL ORIENTE, BIZANCIO, EL ISLAM Y LA CRISTIANDAD

N. DANIEL: *Islam and the West. The Making of an Image.* Edimburgo, 1960.
J. EBERSOLT: *Orient et Occident. Recherches sur les influences byzantines et orientales en France pendant les croisades.* París, 1954.
A. MALVEZZI: *L'Islamismo e la cultura Europea.* Florencia, 1956.
W. OHNSORGE: *Abendland und Byzanz.* Darmstadt, 1958.
R. W. SOUTHERN: *Western Views of Islam in the Middle Ages.* Cambridge, Mass., 1962.
Antike und Orient im Mittelalter. (Miscellanea Mediaevalia I.) Ed. P. Wilpert, Berlín, 1962.

V. MARINA, VIAJES

P. HEINSIUS: *Das Schiff der hansischen Frühzeit.* Weimar, 1956.
M. MOLLAT: *Histoire universelle des explorations.* T. I. París, 1955.
J.-P. ROUX: *Les explorateurs au Moyen Age.* París, 1961.

VI. ALIMENTACIÓN

M. K. BENNET: *The World's food.* 1954.
B. BUFFET y R. EVRARD: *L'eau potable à travers les âges.* Lieja, 1950.
F. GOTTSCHALK: *Histoire de l'alimentation et de la gastronomie.* París, 1948.
H. E. JACOB: *Histoire du pain depuis 6.000 ans.* Trad. fr. París, 1958.
A. MAURIZIO: *Histoire de l'alimentation végétale.* Varsovia, 1926. Trad. fr. París, 1932.

VII. DEMOGRAFÍA

E. BARATIER: *La démographie provençale du XIIIe au XVIe siècle.* París, 1961.
K. J. BELOCH: *Bevölkerungsgeschichte Italiens,* 3 vols. 1937-1961.

C. M. CIPOLLA: *Economic History of World Population.* Harmondsworth, 1962.
E. KEYSER: *Bevölkerungsgeschichte Deutschlands.* 1938.
E. KIRSTEN y H. BUCHHOLZ: *Raum und Bevölkerung in der Weltgeschichte III.* 1955.
J. C. RUSSELL: *British Medieval Population.* Alburquerque, 1948.
J. C. RUSSELL: *Late Ancient and Medieval Population.* Filadelfia, 1958.

VIII. FAMILIA, MUJER

Recueils de la Société Jean Bodin. T. XI-XII: *La femme.* Bruselas, 1959.
K. BUCHER: *Die Frauenfrage im Mittelalter.* Tubinga, 1922.
J. DAUVILLIER: *Le mariage dans le droit classique de l'Eglise.* París, 1933.
E. GROSSE: *Die Formen der Familie und die Formen der Wirtschaft.* Friburgo-Leipzig, 1896.

IX. HISTORIA MILITAR

F. LOT: *L'art militaire et les armées au Moyen Age.* París, 1946.
C. OMAN: *A History of the Art of War in the Middle Ages.* Nueva ed. 1953.
J. F. VERBRUGGEN: *De Krijgskunst in West. Europa in de Middel-eeuwen* (con un resumen en francés). Bruselas, 1954.

X. CASTILLOS

J. ALLEN BROWN: *English castles.* 1954. 2.ª ed. 1962.
P. DESCHAMPS: *Les châteaux des croisés en Terre Sainte,* 1939.
F. GEBELIN: *Les châteaux de France.* 1962.
J. LEVRON: *Le château fort et la vie au Moyen Age.* París, 1962.

XI. CRUZADAS

A. S. ATIYA: *Crusade, Commerce and Culture.* Bloomington, 1962.
C. CAHEN: *La Syrie du Nord à l'époque des croisades.* París, 1940.
R. GROUSSET: *Histoire des croisades et du royaume franc de Jérusalem.* 3 vols. París, 1934-1936.
J. LA MONTE: *Feudal monarchy in the Latin Kingdom of Jerusalem.* Cambridge, Mass., 1932.
S. RUNCIMAN: *A history of the crusades.* 3 vols. Cambridge, 1951-1954.

K. M. SETTON, ed.: *A history of the crusades*. Filadelfia. T. I, 1955. T. II, 1962.
J.-B. VILLARS: *Les normands en Méditerranée*. París, 1951.

XII. TÉCNICAS

F. BENOIT: *Histoire de l'outillage rural et artisanal*. París, 1947.
P. DU COLOMBIER: *Les chantiers des cathédrales*. París, 1953.
M. DAUMAS, ed.: *Histoire générale des techniques*. T. I, B. GILLE: *Les origines de la civilisation technique*. París, 1962.
T. K. DERRY y T. P. WILLIAMS: *A short history of technology*. Nueva York-Oxford, 1961.
F. M. FELDHAUS: *Die Technik der Antike und des Mittelalters*. Potsdam, 1931.
J. GIMPEL: *Les bâtisseurs de cathédrales*. París, 1958.
A.-G. HAUDRICOURT y L. HEDIN: *L'homme et les plantes cultivées*. París, 1944.
A.-G. HAUDRICOURT y M. JEAN-BRUNHES-DELAMARE: *L'homme et la charrue*. París, 1955.
R.-J.-E.-C. LEFEBVRE DES NOETTES: *L'attelage, le cheval de selle à travers les âges*. 2 vols. París, 1931.
LYNN WHITE, JR.: *Medieval technology and social change*. Oxford-Nueva York, 1962.
L. MUMFORD: *Technique et civilisation*. 1934. Trad. fr. París, 1950.
R. QUENEDEY: *L'habitation rouennaise*. Ruán, 1956.
C. SINGER, E. J. HOLMYARD, A. R. HALL, T. I. WILLIAMS, ed.: *A history of technology*. Vol. II: *The Mediterranean Civilizations and the Middle Ages*. Oxford, 1956.
A. P. USHER: *A History of Mechanical Inventions*. 2.ª ed. Cambridge, Mass., 1954.

XIII. HISTORIA E IDEAS ECONÓMICAS, GENERALIDADES

J. W. BALDWIN: *The medieval Theories of the just Price*. Filadelfia, 1959.
W. BEVERIDGE: *Prices and wages in England: XIIth-XIXth centuries*. Londres, 1939. *The Cambridge Economic History* (M. M. POSTAN y H. J. HABAKKUK, editores).
T. I. *The agrarian life of the Middle Ages*. Cambridge, 1941.
T. II. *Trade and industry in the Middle Ages*. 1952.
T. III. *Economic organization and policies in the Middle Ages*. 1963.
J. KULISCHER: *Allgemaine Wirtschaftsgeschichte des Mittelalters und der Neuzeit*, 4.ª ed. Berlín, 1957.
B. NELSON: *The Idea of Usury. From tribal brotherhood to universal otherhood*. Princeton, 1959.

J. T. NOONAN, JR.: *The scholastic Analysis of Usury*. Cambridge, Mass., 1957.
H. PIRENNE: *Histoire économique et sociale du Moyen Age* (puesta al día por H. VAN WERVEKE). París, 1963.
PH. WOLFF, F. MAURO: *L'age de l'artisanat, Ve-XVIIIe siècle. Histoire générale du travail*. T. II. París, 1960.

XIV. HISTORIA AGRARIA Y CAMPESINOS

W. ABEL: *Agrarkrisen und Agrarkonjonktür in Mitteleuropa vom XIII bis zum XIX Jahrhundert*. Berlín, 1935.
K. BADER: *Das Mittelalterliche Dorf als Friedens- und Rechtsbereich*. T. I. Weimar, 1957.
H. S. BENNETT: *Life of the English Manor. A Study of Peasant Condition, 1150-1400*. Cambridge, 1937.
M. BLOCH: *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*. 2.ª ed. París. T. I, 1952. T. II (suplemento por R. Dauvergne), 1956.
R. CAGGESE: *Classi e comuni rurali del Medio Evo italiano*. 2 vols. Florencia, 1907-1909.
G. G. COULTON: *The Medieval Village*. Cambridge, 1925. Reimpreso con el título: *Medieval Village, Manor and Monastery*. Nueva York, 1960.
F. CURSCHMANN: *Hungersnöte im Mittelalter*. Leipzig, 1900.
Deutsche Agrargeschichte (ed. G. FRANZ).
T. II. W. ABEL: *Geschichte der deutschen Landwirtschaft vom frühen Mittelalter bis zum XIX Jahrhundert*. Stuttgart, 1962.
T. III. F. LUTGE: *Geschichte der deutschen Agrarverfassung vom frühen Mittelalter bis zum XIX Jahrhundert*. 1962 (1).
R. DION: *Histoire de la vigne et du vin en France*. París, 1959.
PH. DOLLINGER: *L'evolution des classes rurales en Bavière*. París, 1949.
G. DUBY: *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval*. 2 vols. París, 1962.
R. H. HILTON: *Social structure of rural Warwickshire in the Middle Ages*. 1950.
G. C. HOMANS: *English Villagers in the XIIIth century*. Harvard, 1942.
I. IMBERCIADORI: *Mezzadria classica toscana (IX-XIV sec.)*. Florencia, 1951.
E. A. KOSMINSKY: Trad. inglesa del ruso: *Studies in the Agrarian History of England in the XIIIth Century*. Oxford, 1956.
G. ROUPNEL: *Histoire de la campagne française*, París, 1932.
B. H. SLICHER VAN BATH: *An agrarian History of Western Europe from 500 A. D. to 1850 A. D.* 1960, trad. inglesa 1963.

(1) Conviene también consultar el T. IV. G. FRANZ: *Geschichte des Bavernstandes*, 1963. — *N. del T.*

XV. FEUDALIDAD Y SEÑORES

M. BLOCH: *La société féodale.* 2 vols. París, 1939-1940. 2.ª ed. 1949.
R. BOUTRUCHE: *Seigneurie et féodalité.* T. I: *Le premier âge des liens d'homme à homme.* París, 1959.
CL. CAHEN: *Le régime féodal de l'Italie normande.* París, 1940.
R. COULBORN, ed.: *Feudalism in History.* Princeton, 1956.
G. DUBY: *La société aux XIᵉ et XIIᵉ siècles dans la région mâconnaise.* París, 1959.
F. L. GANSOH: *Qu'est-ce que la féodalité?* 3.ª ed. Bruselas, 1957.
L. GAUTIER: *La Chevalerie.* París, 1884. Ed. resumida. París, 1959.
M. GIBBS: *Feudal Order. A study of the origins and development of English Feudal society.* Londres, 1949.
K. J. HOLLYMAN: *Le développement du vocabulaire féodal en France pendant le Haut Moyen Age.* Ginebra-París, 1957.
E. A. KOSMINSKY: *Basic problems of West-European feudalism as reflected in soviet historial science.* Moscú, 1955.
J.-F. LEMARIGNIER: *Recherches sur l'hommage en marche et les frontières féudales.* Lille, 1945.
H. MITTEIS: *Lehnrecht und Staatsgewalt.* Weimar, 1933.
S. PAINTER: *Feudalism and Liberty.* Baltimore, 1961.
S. PAINTER: *French Chivalry. Chivalric Ideas and Practices in Mediaeval France.* Baltimore, 1940.
CH.-ED. PERRIN: *Recherches sur la seigneurie rurale en Lorraine d'après les plus anciens censiers.* (IXᵉ-XIIᵉ s.). 1935.
CL. SÁNCHEZ-ALBORNOZ: *En torno a los orígenes del feudalismo.* 3 vols. Mendoza, 1942.
L. VERRIEST: *Noblesse, chevalerie, lignage.* Bruselas, 1960.
Le Féodalisme. Recherches internationales à la lumière du marxisme. Núm. 37, mayo-junio, 1963.
Recueils de la Société Jean Bodin. T. I: *Les liens de vassalité et les immunités.* Bruselas, 1936. T. II: *Le servage.* Bruselas, 1937. T. III: *La tenure.* Bruselas, 1938. T. IV: *Le domaine.* Bruselas, 1949.

XVI. CIUDADES Y BURGUESES

Recueils de la Société Jean Bodin: La Ville. 1.ª parte: *Institutions administratives et judiciaires.* Bruselas, 1954. *La Ville,* 2.ª parte: *Institutions économiques et sociales.* Bruselas, 1955.
E. ENNEN: *Frühgeschichte der europaischen Stadt.* Bonn, 1953.

Les origines des villes polonaises, ed. P. FRANCASTEL. París-La Haya, 1960.
L'artisanat et la vie urbaine en Pologne médiévale. Varsovia, 1962.
H. L. GANSHOF: *Etude sur le développement des villes entre Loire et Rhin au Moyen Age.* París-Bruselas, 1943.
CH. HIGOUNET: *Histoire de Bordeaux.* T. II: *Bordeaux dans le Haut Moyen Age.* Burdeos, 1964.
P. LAVEDAN: *Histoire de l'urbanisme.* T. I, París, 1959.
J. LESTOCQUOY: *Les Villes de Flandre et d'Italie sous le gouvernement des patriciens.* París, 1952.
H. LUDAT: *Vorstufen und Entstehung des Städtewesens in Osteuropa.* Colonia, 1956.
L. MUMFORD: *La cité à travers l'histoire.* Trad. fr. 1964.
J. H. MUNDY y P. RIESENBERG: *The Medieval Town.* Princeton, 1958.
N. OTTAKAR: *Il comune di Firenze alla fine del Dugento.* Florencia, 1926.
CH. PETIT-DUTAILLIS: *Les communes françaises. Caractères et évolutions, des origines au XVIIIe siècle.* París, 1947.
H. PIRENNE: *Les villes et les institutions urbaines.* París-Bruselas, 1939.
H. PLANITZ: *Die deutsche Stadt im Mittelalter.* Graz-Colonia, 1954.
J. PLESNER: *L'emigration de la campagne à la ville libre de Florence au XIIIe siècle.* Copenhague, 1934.
Y. RENOUARD: *Histoire de Florence.* París, 1964.
L. ROMERO: *Ensayos sobre la burguesía medieval.* Buenos Aires, 1961.
F. RORIG: *Die europäische Stadt und die Kultur des Bürgertums im Mittelalter.* Gotinga, 1955.
J. SCHNEIDER: *La ville de Metz aux XIIIe et XIVe siècles.* Nancy, 1950.
Städtwesen und Bürgertum als geschichtliche Kräfte. Gedächtnisschrift für F. Rörig, 1953.
Storia di Genova. Università degli studi, Istituto di storia medievale et moderna. Miscellana di storia ligure. Génova, 1958 y sigs.
Storia di Milano. Milán, 1953 y sigs.
Storia di Roma. Istituto di Studi romani. Roma, 1938 y sigs.
Storia di Venezia. Venecia, 1957 y sigs.
Studien zu den Anfängen des europaïschen Städtewesens. Vorträge und Forschungen. T. IV. Constanza, 1958.
F. THIRIET: *Histoire de Venise.* París, 1952.
L. G. DE VALDEAVELLANO: *Sobre los burgos y los burgueses de la España medieval.* Madrid, 1960.
C. VIOLANTE: *La società milanese nell'età precommunale.* Bari, 1953.
G. A. WILLIAMS: *Medieval London: from commune to capital.* Oxford, 1963.
P. WOLFF: *Histoire de Toulouse.* Toulouse, 1958.

XVII. CORPORACIONES, ARTESANOS, OBREROS

E. COORNAERT: *Les corporations en France avant 1789.* París, 1940.
D. KNOOP y G. P. JONES: *The Medieval Mason.* Manchester, 1933.
G. MICKWITZ: *Die Kartellfunktionen der Zünfte und ihre Bedeutung bei der Entstehung des Zunftwesens.* Helsinki, 1936.

XVIII. COMERCIO, MONEDA, MERCADERES

M. BLOCH: *Esquisse d'une histoire monétaire de l'Europe.* París, 1954.
Recueils de la Société Jean Bodin. T. V: *La Foire,* 1950.
E. CHAPIN: *Les villes de foires de Champagne des origines au début du XIVe siècle.* París, 1937.
C. CIPOLLA: *Money, prices and civilization in the Mediterranean world.* Princeton, 1956.
PH. DOLLINGER: *La Hanse, XIIe-XVIIe siècle.* París, 1964.
G. ESPINAS: *Les origines du capitalisme.* T. I: *Sire Jehan Boinebroke.* Lille, 1933. T. II: *Sire Jean de France. Sire Jacques le Blond.* Lille, 1936.
R. GENESTAL: *Rôle des monastères comme établissements de crédit, étudié en Normandie du XIe à la fin du XIIIe siècle.* París, 1901.
J. LE GOFF: *Marchands et banquiers du Moyen Age.* París, 1956. 2.ª ed. París, 1962.
F. C. LANE y J. C. RIEMERSMA, ed. *Enterprise and secular change.* Londres, 1953.
H. LAURENT: *Un grand commerce d'exploration au Moyen Age. La draperie des Pays-Bas en France et dans les pays méditerranéens, XIIe-XVe siècle.* París, 1935.
R. LÓPEZ: *Settecento anni fa: il ritorno all'oro nell'Occidente duecentesco.* 1955.
R. LÓPEZ e I. W. RAYMOND: *Mediaeval trade in the Mediterranean world.* Nueva York, 1855.
G. LUZZATO: *Studi di storia economica veneziana.* Padua, 1954.
J. PICQUET: *Les Templiers: étude sur leurs opérations financières.* París, 1939.
E. POWER: *The wool trade in english Mediaeval History.* Oxford, 1941.
Y. RENOUARD: *Les hommes d'affaires italiens du Moyen Age.* París, 1949.
A. SAPORI: *Studi di storia economica (sec. XIII-XIV-XV).* 3.ª ed. Florencia, 1955.
A. SAPORI: *Le marchand italien au Moyen Age.* París, 1952.
L. G. VALDEAVELLANO: *El mercado. Apuntes para su estudio en León y Castilla durante la Edad Media.* Madrid, 1952.

XIX. LA SOCIEDAD: INTEGRACIONES Y EXCLUSIONES

Recueils de la Société Jean Bodin. T. IX y X: *L'etranger.* 2 vols. Bruselas, 1958.
H. M. CAM: *Liberties and Communities in Mediaeval England.* Cambridge, 1954.
E. W. MCDONNELL: *The Beguines and Beghards in Medieval culture,* 1954.
J. HANSEN: *Zauberwahn, Inquisition und Hexenprozesse im Mittelalter,* 1900.
J. HANSEN: *Quellen und Untersuchungen zur Geschichte des Hexenwahns und der Hexenverfolgung im Mittelalter.* Bonn, 1901.
R. F. HUNNISETT: *The Medieval Coroner.* Cambridge, 1961.
J. IMBERT: *Les hôpitaux en droit canonique.* París, 1947.
M. KEEN: *The Outlaws of Medieval Legend.* Toronto, 1961.
R. OURSEL: *Le procès des Templiers.* París, 1955.
SOLDAN-HEPPE: *Geschichte der Hexenprozesse.* 3.ª ed. (nueva edición por M. Bauer). T. I, 1911.
C. VERLINDEN: *L'esclavage en Europe médiévale.* T. I: *Péninsule Ibérique, France.* Brujas, 1955.

XX. JUDÍOS

S. W. BARON: *Histoire d'Israël, vie sociale et religieuse.* Trad. fr. T. II: París, 1957. T. III y IV: París, 1961.
B. BLUMENKRANZ: *Juifs et chrétiens dans le monde occidental (430-1090).* París, 1960.
B. BLUMENKRANZ: *Les auteurs latins chrétiens du Moyen Age sur les Juifs et le judaïsme.* París, 1964.
R. W. EMERY: *The Jews of Perpignan in the XIIIth century.* Nueva York, 1959.
J. KATZ: *Exclusiveness and Tolerance. Studies in Jewish. — Gentile relations in Medieval and Modern Times.* Oxford, 1961.
L. POLIAKOV: *Histoire de l'antisémitisme.* T. I: *Du Christ aux Juifs de la cour.* París, 1953.
G. G. SCHOLEM: *Les grands courants de la mystique juive, la Merkaba, la Gnose, la Kabbale, le Zohar, le sabbatianisme, le hassidisme.* Trad. fr. París, 1950.
G. G. SCHOLEM: *Ursprung und Anfänge des Kabbala.* Berlín, 1962.
J. TRACHTENBERG: *The Devil and the Jews. The medieval conception of the Jew and ist relations to modern antisemitism.* Yale, 1943.
G. VAJDA: *Introduction à la pensée juive du Moyen Age.* París, 1964.
G. VAJDA: *Recherches sur la philosophie et la Kabbale dans la pensée juive du Moyen Age.* París-La Haya, 1962.

XXI. PEREGRINACIONES

Y. Bottineau: *Les chemins de Saint-Jacques.* París, 1964.
A. Kingsley Porter: *The romanesque sculpture of the pilgrimage roads.* Boston, 1923.
E. Lambert: *Le pèlerinage de Compostelle.* Etudes d'histoire médiévale. Toulouse, 1959.
R. Oursel: *Les pèlerins du Moyen Age.* París, 1963.
V. Saxer: *Le culte de Marie-Madeleine en Occident,* 1955.
L. Vázquez de Parga, J. M. Lacarra, J. Uria Riu: *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela.* 3 vols. Madrid, 1948-1949.
J. Viellard: *Le guide du pèlerin de Saint-Jacques-de-Compostelle.* Mâcon, 1950. 2.ª ed. 1963.

XXII. DERECHO E IDEAS POLÍTICAS

W. Berges: *Die Fürstenspiegel des hohen und späten Mittelalters.* Leipzig, 1938.
M. Bloch: *Les rois thaumaturges.* 1923. Nueva ed. París, 1961.
L. Buisson: *König Ludwig IX und das Recht.* 1954.
F. Calasso: *I glossatori e la teoria della sovranità.* 3.ª ed. Milán, 1957.
F. Calasso: *Medio evo del diritto.* Milán, 1954.
M. David: *La souveraineté et les limites juridiques du pouvoir monarchique.* París, 1954.
R. Folz: *L'idée d'empire en Occident du Ve au XVe siècle.* París, 1953.
F. Heer: *Aufgang Europas: eine Studie zu den Zusammenhängen zwischen politischer Religiosität, Frömmigkeitsstil und dem Werden Europas im XII Jahrhundert.* Viena y Zurich, 1949.
Ch. H. Mc Ilwain: *The growth of political thought in the West.* Nueva York, 1932. 7.ª ed. 1950.
E. Kantorowicz: *The King's two bodies.* Princeton, 1957.
E. Kantorowicz: *Kaiser Friedrich II.* 2 vols. 3.ª ed. 1936.
S. Kuttner: *Harmony from Dissonance: An Interpretation of Medieval Canon Law.* 1960.
E. Lewis: *Medieval political ideas.* 2 vols. Londres, 1954.
S. Mochi Onory: *Fonti canonistiche dell'idea moderna dello stato.* Milán, 1951.
J. B. Morrall: *Political thought in Medieval Times.* 1.ª ed. 1958, 2.ª ed. Nueva York, 1962.
M. Pacaut: *La théocratie. L'Eglise et le pouvoir laïque au Moyen Age.* París, 1957.

J. DE PANGE: *Le Roi Très Chrétien.* París, 1949.
N. RIESENBERG: *Inalienability of Sovereignty in Medieval thought.* Nueva York, 1956.
P. E. SCHRAMM: *Der König von Frankreich: Das Wesen der Monarchie vom 9 zum 16 Jahrhundert.* 2 vols. Weimar, 1939.
P. E. SCHRAMM: *Herrschaftszeichen und Staatssymbolik.* 3 vols. Stuttgart, 1954.
G. TELLENBACH: *Libertas: Kirche und Weltordnung im Zeitalter des Investiturstreites.* Leipzig, 1936. Trad. inglesa 3.ª ed. Oxford, 1959.
J. TOUCHARD, ed. L. BODIN, etc.: *Histoire des idées politiques.* T. I, París, 1959.
W. ULLMANN: *Principles of Government and Politics in the Middle-Ages.* Nueva York, 1961.

XXIII. HISTORIA INTELECTUAL

M. D. CHENU: *La Théologie au XIIe siècle.* París, 1957.
M. D. CHENU: *La Théologie comme science au XIIIe siècle.* 3.ª ed. París, 1957.
M. D. CHENU: *Introduction à l'étude de saint Thomas d'Aquin.* París, 1950.
M. D. CHENU: *Saint Thomas d'Aquin et la Théologie.* París, 1959.
H. DE LUBAC: *Exégèse médiévale. Les quatre sens de l'Ecriture.* 3 vols. París, 1959-1961.
PH. DELHAYE: *La Philosophie chrétienne au Moyen Age.* París, 1959.
A. FOREST, F. VAN STEENBERGHEN, M. DE GANDILLAC: *Le mouvement doctrinal du IXe au XIVe siècle.* París, 1951.
(T. XII de la *Histoire générale de l'Eglise* de Fliche y Martin.)
R. A. GAUTHIER: *Magnanimité. L'idéal de la grandeur dans la Philosophie païenne et dans la Théologie chrétienne.* París, 1951.
E. GILSON: *La Philosophie au Moyen Age.* 1922. Nueva ed. 1947.
E. GILSON: *Les idées et les Lettres.* París, 1932.
E. GILSON: *Héloïse et Abélard.* París, 1938.
E. GILSON: *L'esprit de la Philosophie médiévale.* 2.ª ed. París, 1944.
GORDON LEFF: *Medieval Thought from Saint Augustin to Ockham.* 1958.
M. GRABMANN: *Die Geschichte der scolastischen Methode.* 2. vols. Friburgo de Brisgovia, 1909-1911.
C. H. HASKINS: *The Renaissance of the XIIth Century.* Cambridge, Mass., 1928.
S. D'IRSAY: *Histoire des Universités.* T. I. París, 1933.
E. JEAUNEAU: *La Philosophie médiévale.* París, 1963.
J. KOCH, ed. Artes liberales. *Von der antiken Bildung zur Wissenschaft des Mittelalters.* Leiden-Colonia, 1959.
G. DE LAGARDE: *La naissance de l'esprit laïque au déclin du Moyen Age.* 6 vols. París, 1934-1946. Nueva ed. 1956-1963.
J. LECLERCQ: *L'amour des lettres et le désir de Dieu.* París, 1957.
J. LE GOFF: *Les intellectuels au Moyen Age.* París, 1957.

E. LESNE: *Histoire de la propriété ecclésiastique en France.*
T. IV: *Les livres. (Scriptoria et Bibliothèques du commencement du VIIIe à la fin du XIe siècle.)*
T. V: *Les écoles de la fin du VIIIe siècle à la fin du XIIe siècle.* Lille, 1936-1940.
O. LOTTIN: *Psychologie et morale aux XIIe et XIIIe siècle.* 3 vols. Lovaina, 1942-1948-1952.
H. DE LUBAC: *Exégèse médiévale. Les quatre sens de l'Ecriture.* 4 vols. París, 1959-1964.
G. PARÉ, A. BRUNET y P. TREMBLAY: *La Renaissance du XIIe siècle: les écoles et l'enseignement.* París y Ottava, 1933.
P. RENUCCI: *L'aventure de l'humanisme au Moyen Age. (IVe-XIVe s.)* París, 1953.
H. RASHDALL: *The universities of Europe in the Middle Ages.* 2.ª ed. revisada por F. M. Powicke y A. B. Emden. 3 vols. Oxford, 1936.
B. SMALLEY: *The study of the Bible in the Middle Ages.* 2.ª ed. Oxford, 1952.
R. W. SOUTHERN: *The Making of the Middle Ages.* Londres, 1953.
C. TRESMONTANT: *La Métaphysique du Christianisme et la crise du XIIIe siècle.* París, 1964.
P. VIGNAUX: *Philosophie au Moyen Age.* Nueva ed. 1958.
M. DE WULF: *Histoire de la Philosophie médiévale.* 6.ª ed. 3 vols. Lovaina, 1934.

XXIV. HISTORIA LITERARIA

R. R. BEZZOLA: *Les origines et la formation de la littérature courtoise en Occident.* 3 vols. París, 1944-1960.
R. R. BOLGAR: *The classical Heritage and its Beneficiaries.* Cambridge, 1954.
G. CARY: *The medieval Alexander.* Cambridge, 1956.
E. R. CURTIUS: *La littérature européenne et la Moyen Age latin.* París, 1956.
H. DAVENSON: *Les troubadours.* París, 1960.
O. DOBIACHE-ROJDESVENSKY: *Les poésies des Goliards.* París, 1931.
M. M. DUBOIS: *La littérature anglaise du Moyen Age.* París, 1931.
F. ESTRADA: *Introducción a la literatura medieval española.* Madrid, 1952.
J. FLINN: *Le Roman de Renart dans la littérature française et dans les littératures étrangères du Moyen Age.* Toronto-París, 1964.
A. FOURRIER: *Le courant réaliste dans le roman courtois en France au Moyen Age.* París, 1960.
I. FRANK: *Trouvères et Minnesänger.* Sarrebrück, 1952.
J. FRAPPIER: Chrétien de Troyes. 1957.
J. FRAPPIER: *Étude sur la Mort le Roi Arthu.* 2.ª ed. París, 1961.
J. DE GHELLINCK: *Histoire de la littérature latine au Moyen Age.* 2 vols. París, 1939.

J. DE GHELLINCK: *L'essor de la littérature latine du XIIe siècle*. 2 vols. París, 1946.
H. R. JAUSS: *Untersuchungen zur mittelalterlichen Tierdichtung*. Tubinga, 1959.
E. KOHLER: *Ideal und Wirklichkeit in der höfischen Epik*. Tubinga, 1956.
E. KOHLER: *Trobadorlyrik und höfischer Dichtung*. Berlín, 1962.
L. KUKENHEIM y H. ROUSSEL: *Guide de la littérature française du Moyen Age*. Leiden, 1957.
R. LEJEUNE: *La Chanson de geste et l'histoire*. Lieja, 1948.
P. LE GENTIL: *La Chanson de Roland*. París, 1955.
P. LE GENTIL: *La littérature française du Moyen Age*. París, 1963.
R. S. LOOMIS, ed.: *Arthurian literature in the Middle Ages*. Oxford, 1959.
R. LOUIS: *De l'histoire à la légende*.
T. I: *Girart comte de Vienne et ses fondations monastiques*. Auxerre, 1946.
T. II y III: *Girart comte de Vienne dans les chansons de geste*. 2 vols. Auxerre, 1947.
J. MARX: *La légende arthurienne et le Graal*. París, 1952.
F. MAURER: *Dichtung und Sprache des Mittelalters*. Gesammelte Aufsätze. Berna y Munich, 1963.
R. MENÉNDEZ PIDAL: *La Chanson de Roland et la tradition épique des Francs*. 1960.
A. MORET: *Les débuts du lyrisme en Allemagne*. Lille, 1951.
B. PANVINI: *La leggenda di Tristano e Isotta*. Florencia, 1952.
G. PARÉ: *Les idées et les lettres au XIIIe siècle: le Roman de la Rose*. Montreal, 1947.
PER NYKROG: *Les fabliaux*. Copenhague, 1957.
V. ROSSI: *Storia della literatura italiana*. T. I. Milán, 1946.
J. RYCHNER: *Contribution à l'étude des fabliaux*. 2 vols. Ginebra, 1960.
S. SINGER: *Sprichwörter des Mittelalters*. 3 vols. Berna, 1944-1947.
J. DE VRIES: *Heldenlied und Heldensage*. Berna, 1961.
R. L. WAGNER: *Sorcier et magicien*. París, 1939.
M. WATKIN: *La civilisation française dans les Mabinogion*. París, 1962.
A. WESSELSKI: *Märchen des Mittelalters*. Berlín, 1925.
H. WADDELL: *The Wandering Scholars*. 1927. Nueva ed. 1954.
K. YOUNG: *The drama of the medieval Church*. 2 vols. Oxford, 1933.
P. ZUMTHOR: *Histoire littéraire de la France médiévale*. París, 1954.
Les Romans du Graal dans la littérature des XIIe et XIIIe siècles. París, C. N. R. S., 1956.

XXV. HISTORIA DE LAS CIENCIAS

M. CLAGETT: *The science of mecanics in the Middle Ages.* Madison, 1956.

A. C. CROMBIE: *Histoire des sciences de saint Augustin à Galilée.* Trad. fr. París. T. I, 1958 (1.ª ed. inglesa, Londres, 1952).

A. C. CROMBIE: *Robert Grosseteste and the origins of experimental science, 1100-1700.* Oxford, 1953.

P. DUHEM: *Le système du monde de Platon à Copernic.* 6 vols. París, 1913-1954.

C. H. HASKINS: *Studies in the History of Medieval Science.* 2.ª ed. Cambridge, Mass., 1927.

G. H. T. KIMBLE: *Geography in the Middle Ages.* Londres, 1938.

B. LAWN: *The Salernitan Questions,* 1962.

L. C. MAC KINNEY: *Early Medieval Medicine.* Baltimore, 1937.

A. MIELI: *Panorama general de historia de la ciencia.* T. II: *El mundo islámico y el occidente medieval cristiano.* Buenos Aires, 1946.

G. SARTON: *Introduction to the History of Science.* 3 vols. 1927-1947.

R. TATON, ed.: *Histoire Générale des Sciences.* T. I. G. BEAUJOUAN: *La science antique et médiévale.* París, 1957.

L. THORNDIKE: *A History of Magic and Experimental Science.* 8 vols. Nueva York, 1923-1958. T. I-II: *During the first thirteen centuries of our era.* 1923.

XXVI. HISTORIA DEL ARTE

M. AUBERT: *L'architecture cistercienne en France.* París, 1947.

M. AUBERT y otros: *L'art roman.* París, 1961.

M. AUBERT, L. GRODECKI, J. LAFOND, J. VERRIN: *Corpus vitrearum medii aevi.* Vol. I: *Les vitraux de Notre-Dame et de la Sainte-Chapelle de Paris.* París, 1959.

J. BALTRUSAITIS: *La stylistique ornamentale dans la sculpture romane.* París, 1931.

J. A. VAN DER BOOM: *Die Kunst des Glazeniers in Europa 1100-1600.* Amsterdam, 1960.

A. M. CETTO: *Miniatures du Moyen Age.* Lausana, 1950.

J. CHAILLEY: *L'école musicale de Saint-Martial de Limoges,* 1954.

J. CHAILLEY: *Histoire musicale du Moyen Age.* París, 1950.

A. CHASTEL: *L'art italien.* 2 vols. París, 1956.

K. J. CONANT: *Carolingian and Romanesque architecture 800-1200.* 1959.

R. CROZET: *L'art roman.* París, 1962.

V. H. DEBIDOUR: *Le bestiaire sculpté du Moyen Age en France.* París, 1961.

A. DIMIER y J. PORCHER: *L'art cistercien,* 1962.

M. DURLIAT: *L'art roman en Espagne*. París, 1962.
M. DURLIAT: *L'art catalan*. París, 1963.
J. EVANS: *Art in Medieval France, A study in patronage*. 1948.
H. FOCILLON: *L'art des sculpteurs romans*. París, 1931.
H. FOCILLON: *Art d'Occident*. París, 1947.
P. FRANCASTEL, ed.: *L'art roman*. París, 1953.
P. FRANKL: *The gothic, literary sources and interpretations through eight centuries*. Princeton, 1960.
G. GAILLARD: *Les débuts de la sculpture romane espagnole, Leon, Jaca, Compostelle*. París, 1938.
M. M. S. GAUTHIER: *Emaux limousins champlevés des XIIe-XIIIe et XIVe siècles*. París, 1950.
A. GRABAR: *La peinture romane du XIe au XIIIe siècle*. Ginebra, 1958.
L. GRODECKI: *L'architecture ottonienne*. París, 1958.
H. R. HAHNLOSER: *Villard de Honnecourt: Kritische Gesamtausgabe des Bauhüttenbuches*. Viena, 1933.
J. HARVEY: *The gothic world 1100-1600, a survey of anarchitecture and art*. Londres, 1950.
H. JANTZEN: *Kunst der Gotik*, 1957, traducción inglesa *High Gothic: Cathedrals of Chartres, Reims, Amiens*. Nueva York, 1962.
A. KATZENELLENBOGEN: *The sculptural programs of Chartres Cathedral*. 1959.
E. MALE: *L'art religieux du XIIe siècle en France*. 1.ª ed. París, 1922. 6.ª ed. revisada y corregida, 1953. *L'art religieux du XIIIe siècle en France*. 1.ª ed. París, 1898. 8.ª ed. revisada y corregida, París, 1947.
MILLARD MEISS, ed.: *Romanesque and Gothic Art*, Princeton, 1963.
A. MUSSAT: *Le style gothique de l'ouest de la France (XIIe-XIIIe siècles)*. 1963.
C. OURSEL: *L'art de Bourgogne*. París-Grenoble, 1953.
M. PACAUT: *L'iconographie chrétienne*. París, 1952.
J. PORCHER: *L'enluminure française*. 1959.
J. PUIG-CADAFALC: *Le premier art roman*. París, 1928.
L. REAU: *Iconographie de l'art chrétien*. 6 vols. París, 1955-1959.
G. REESE: *Music in the Middle Ages*. Nueva York, 1940.
F. SALET: *L'art gothique*. París, 1963.
O. VON SIMPSON: *The Gothic Cathedral: Origins of Gothic Architecture and the Medieval Concept of Order*. Nueva York, 1956.
H. SWARDZENSKI: *Monuments of romanesque Art*. Londres, 1956.
M. THIBOUT y P. DESCHAMPS: *La peinture murale en France au début de l'époque gothique (1180-1380)*. París, 1951.
R. VAN MARLE: *Iconographie de l'art profane au Moyen Age*. 1931.
W. VOGE: *Bildhauer des Mittelalters*. Berlín, 1950.

XXVII. HISTORIA ECLESIÁSTICA Y RELIGIOSA, ESPIRITUALIDAD

R. H. BAINTON: *The Medieval Church.* Princeton, 1962.
U. BERLIÈRE: *L'ordre monastique des origines au XIIIe siècle.* Maredsous, 1923.
H. DELAHAYE: *The legends of the Saints: An introduction to hagiography.* Traducción inglesa con bibliografía y adiciones Notre-Dame, 1961.
FLICHE y MARTIN: *Histoire générale de l'Eglise,* actualmente publicada bajo la dirección de J.-B. DUROSELLE y E. JARRY:
T. V: *Grégoire le Grand, les Etats barbares et la conquête arabe (590-757).* L. Bréhier, René Aigrain. París, 1938.
T. VI: *L'époque carolingienne (757-888).* E. Amann. París, 1937.
T. VII: *L'Eglise au pouvoir des laïcs (888-1057).* E. Amann y A. Dumas. París, 1940.
T. VIII: *La réforme grégorienne et la reconquête chrétienne (1057-1123).* A. Fliche. París, 1940.
T. IX: *Du premier concile du Latran à l'avènement d'Innocent III (1123-1198).* R. Foreville y J. Rousset de Pina. París, 1953.
T. X: *La chrétianté romaine (1198-1274).* A Fliche, G. Thouzellier, Y. Azis. París, 1950.
J.-A. JUNGMANN: *Missarum sollemnia, explication génétique de la messe romaine.* Trad. del alemán. París, 1951-1954.
A. LATREILLE, E. DELARUELLE, J.-R. PALANQUE: *Histoire du catholicisme en France.* T. I-II, París, 1957. T. I: *Des origines à la chrétienté médiévale.* T. II: *Sous les rois très chrétiens.* 1963.
G. LE BRAS: *Institutions ecclésiastiques de la chrétienté médiévale.* 2 vols. T. XII-1 1962. XII-2 1964 de la *Histoire générale de l'Eglise,* Fliche y Martin.
J. LECLERCQ, F. VANDERBROUKE, L. BOUYER: *La spiritualité du Moyen Age.* París, 1961.
J. R. H. MOORMAN: *Church life in England in the 13th century.* Cambridge, 1946.
PH. SCHMITZ: *Histoire de l'ordre de Saint Benoît.* 7 vols. Maredsous, 1942-1947.
G. SCHNURER: *L'Eglise et la civilisation au Moyen Age.* 1929. Trad. fr. 3 vols. París, 1933-1938.
W. ULLMANN: *The growth of papal government in the Middle Ages.* Londres, 1955.
La vita commune del clero nei secoli XI-XII. Atti della settimana di studio. Mendola, 1959.

XXVIII. HEREJÍAS

A. BORST: *Die Katharer.* Stuttgart, 1953.
N. COHN: *The Pursuit of the Millenium,* 1957. Nueva edición 1962. Trad. fr.: *Les fanatiques de l'Apocalypse.* París, 1962.
E. DUPRÉ THESEIDER: *Introduzione alle eresie medioevali.* Bolonia, 1953.
H. GRUNDMANN: *Religiöse Bewegungen im Mittelalter.* 1935. Nueva ed. 1961
H. GRUNDMANN: *Ketzergeschichte des Mittelalters.* Gotinga, 1963.
G. KOCH: *Frauenfrage und Ketzertum im Mittelalter.* Berlín, 1962.
R. MANSELLI: *L'eresia del male.* Nápoles, 1963.
R. MORGHEN: *Medio Evo cristiano.* 1951. Nueva ed. 1961.
R. NELLI: *Spiritualité de l'hérésie: le catharisme.* Toulouse, 1953.
R. NELLI: *Écritures cathares.* París, 1959.
R. NELLI: *Le phénomène cathare.* Toulouse, 1964.
S. RUNCIMAN: *Le manichéisme médiéval.* Trad. fr. París, 1959.
H. SODERBERG: *La religion des Cathares. Etude sur le gnosticisme de la basse Antiquité et du Moyen Age.* Upsala, 1949.
E. WERNER: *Die gesellschaftlichen Grundlagen der Klosterreform im 11. Jahrhundert.* Berlín, 1953.
E. WERNER: *Pauperes Christi. Studien zu social-religiösen Bewegungen im Zeitalter des Reformpapsttums.* Leipzig, 1956.

XXIX. SENSIBILIDADES Y MENTALIDADES

P. ABRAHAM: *Viollet-le-Duc et le rationalisme médiéval.* París, 1934.
P. ALPHANDÉRY y A. DUPRONT: *La Chrétienté et l'idée de croisade.* 2 vols. París, 1954-1959.
J. BALTRUSAITIS: *Cosmographie chrétienne dans l'art du Moyen Age.* París, 1939.
J. BALTRUSAITIS: *Le Moyen Age fantastique.* París, 1955.
M. W. BLOOMFIELD: *The seven deadly sins.* 1952.
G. BOAS: *Essays on primitimism and related ideas in the Middle Ages.* Baltimore, 1948.
A. BORST: *Der Turmbau von Babel, Geschichte der Meinungen über Ursprung und Vielfalt der Sprachen und Völker.* 3 vols. 1957-1959-1961. Stuttgart.
P. BROWE: *Beiträge zur Sexualethik des Mittelalters.* Breslau, 1932.
E. DE BRUYNE: *Etudes d'esthétique médiévale.* 3 vols. Brujas, 1946.
E. DE BRUYNE: *L'esthétique du Moyen Age.* Lovaina, 1947.
F. CALI y S. MOULINIER: *L'ordre ogival.* París, 1963.
M.-M. DAVY: *Essai sur le symbolique romane.* París, 1955.

A. DEMPF: *Die Hauptform mittelalterlicher Weltanschauung, eine geisteswissenschaftliche Studie über die Summa.* Munich y Berlín, 1925.
H. FOCILLON: *L'an Mil.* París, 1942.
P. FRANCASTEL: *L'humanisme roman.* Rodez, 1942.
CH. V. LANGLOIS: *La vie en France au Moyen Age.* T. I: *D'après des romans mondains.* París, 1924. T. II: *D'après des moralistes.* 1925. T. III: *La connaissance de la nature et du monde.* 1927. T. IV: *La vie spirituelle.* 1928.
LECOY DE LA MARCHE: *La chaire française au Moyen Age, spécialement au XIII° siècle.* 1.ª ed. 1868. 2.ª ed. París, 1886.
G. MISCH: *Geschichte der Autogiographie.* 4 vols. Frankfurt-am-Main, 1949-1955.
E. A. MOODY: *Truth and consequence in Medieval logic.* Amsterdam, 1953.
R. NELLI: *L'erotique des Troubadours.* Toulouse, 1963.
G. R. OWST: *Literature and the pulpit in Medieval England.* Nueva ed. Nueva York, 1961.
E. PANOFSKY: *Abbot Suger on the Abbey Church of Saint-Denis and its art treasures.* Princeton, 1946.
E. PANOFSKY: *Gothic architecture and scholasticism.* 1.ª ed. Latrobe, Penn. 1951. 2.ª ed. Nueva York, 1957.
D. DE ROUGEMONT: *L'amour et l'Occident.* 1939. Nueva ed. 1962.
B. SCHWINEKOPER: *Der Handschuh in Recht.* 1938.
H. Q. TAYLOR: *The Medieval Mind.* 1.ª ed. 1911. 4.ª ed. 2 vols. Londres, 1938.
H. THODE: *Franz von Assisi und die Aufgänge der Kunst der Renaissance in Italien.* Berlín, 1885. Trad. fr. París, 1909.
A. VARAGNAC: *Civilisation traditionnelle et genres de vie.* París, 1948.
Recueils de la Société Jean Bodin. T. XIV: *La preuve* (en preparación).

XXX. VESTIDO

M. BEAULIEU: *Le costume antique et médiéval.* París, 1961.
J. EVANS: *Dress in Medieval France.* Oxford, 1952.
J. QUICHERAT: *Histoire du costume en France.* París, 1875.

XXXI. VIDA COTIDIANA

E. FARAL: *La vie quotidienne au temps de Saint Louis.* París, 1942.
U. TIGNER HOLMES, JR.: *Daily living in the XIIth century.* Madison, 1952.
M. WOOD: *The English Mediaeval House.* 1964.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

ILUSTRACIONES EN NEGRO

EL MEDIO GEOGRÁFICO Y LOS HOMBRES

LA CRISTIANIZACIÓN DEL OCCIDENTE BÁRBARO

DE LA JERUSALÉN CELESTE A LAS MARAVILLAS TERRESTRES

DIVERSIDAD BÁRBARA Y FUNDADORES DE LA CRISTIANDAD

MITOS DE LA TIERRA: EL UNIVERSO, LOS CULTIVOS Y LA HISTORIA

MITOS DE SALVACIÓN: TEMORES Y ESPERANZAS

LAS TÉCNICAS, LAS ARTES Y LA ECONOMÍA

LA SOCIEDAD: LOS TRES ÓRDENES Y LOS EXCLUIDOS

ORDEN DEL GESTO Y DESORDEN OBSESIVO

DOS CONCEPCIONES DEL ESPACIO: EL ARTE ROMÁNICO Y LA CIENCIA GÓTICA

MENTALIDADES Y SENSIBILIDADES

DE LO SAGRADO A LO PROFANO: LA CONVERSIÓN DE LA VISIÓN MENTAL

CEREMONIAS Y JUEGOS

HACIA UNA NUEVA IMAGEN DEL HOMBRE Y DEL MUNDO

LAS VIRTUDES Y LOS VICIOS

LOS TRABAJOS DE LOS MESES

189. Febrero: cava de la tierra y signo zodiacal de los peces. *(Foto Tosi.)*
190. Mayo: fusión del tema señorial del caballero y del tema campesino de la poda de los árboles por medio del hocino. *(Foto Tosi.)*
191. Junio: la siega: corte de los tallos a media altura, a fin de dejar altos rastrojos para pasto de los rebaños. *(Foto Tosi.)*
192. Agosto: fabricación de toneles para la próxima vendimia. *(Foto Tosi.)*

MONEDAS DE ORO

193 y 194. El escudo de oro de San Luis. *(Foto Giraudon.)*
195 y 196. El ducado de oro de Venecia. *(Foto Giraudon.)*
197 y 198. El florín de oro de Florencia. *(Foto Giraudon.)*

SELLOS

199. Sello de Felipe de Alsacia (1170). *(Foto M. Bovis.)*
200. Sello de Gravelinas (1244). *(Foto Giraudon.)*
201. Sello de Colonia (1149). *(Foto Museo Municipal. Colonia.)*
202. Sello de Tréveris (1113). *(Foto Biblioteca Municipal. Tréveris.)*

CASTILLOS

203. Una torre del homenaje («donjon») circular sobre una elevación del terreno: Restormel. *(Foto Aerofilms Ltd. Londres.)*
204. Un castillo gótico: Castel del Monte. *(Foto E. Boudot-Lamotte.)*
205. Una torre del homenaje o «donjon»: Houdan. *(Foto E. Boudot-Lamotte.)*
206. Un castillo evolucionado: Beaumaris. *(Foto Airviews Ltd. Manchester Airport.)*

EXTERIORES ROMÁNICOS

207. María Laach. *(Foto E. Boudot-Lamotte.)*
208. Milán: basílica de San Ambrosio. *(Foto Alinari. Florencia.)*
209. Leczyca. *(Foto T. Biniewski. Varsovia.)*
210. Lund. *(Foto Förlag Berndt Johnsson. Malmoe.)*

INTERIORES GÓTICOS

211. Noyon, catedral. *(Foto Archivos fotográficos. París.)*
212. Amiens, catedral. *(Foto R. Roubier.)*
213. Bourges, catedral. *(Foto J. Roubier.)*
214. París, la Sainte-Chapelle. *(Foto E. Boudot-Lamotte.)*

CAPITELES

215. Un capitel merovingio. Jouarre. *(Foto G. Franceschi.)*
216. Un capitel románico: el suicidio de Judas. *(Foto Archivos fotográficos. París.)*
217. Un capitel románico: el Juicio Final. *(Foto Archivos fotográficos. París.)*
218. Un capitel gótico: hojas y animales fantásticos. *(Foto Ed. Arthaud. Op. M. Lavrillier.)*

EVOLUCIÓN DE LAS ESTATUAS

219. Del románico al gótico. *(Foto Museos Nacionales.)*
220. Gótico puro. *(Foto Archivos fotográficos. París.)*
221. Hacia el gótico amanerado. *(Foto Museos Nacionales.)*
222. Gótico preciosista. *(Foto Museos Nacionales.)*

PEREGRINOS

TESORO DE SAINT-DENIS

FORMAS ROMÁNICAS, FORMAS GÓTICAS

RELICARIOS

ILUSTRACIONES EN COLOR

CUBIERTAS

En el anverso: Eva, fragmento del dintel del pórtico norte de la catedral de Autún. Hacia 1135-1140. Museo Rolin, Autún. *(Foto abate Grivot.)*

En el reverso: Las manos del Diablo, detalle del Juicio Final del tímpano en el pórtico occidental de la catedral de Autún, obra de Gisleberto, siglo XII. *(Foto abate Grivot.)*

ÍNDICE DE MATERIAS

I. LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA

II. LA CIVILIZACIÓN MEDIEVAL

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL DÍA 31 DE ENERO DE 1970,
EN LOS
TALLERES GRÁFICOS DE A. NÚÑEZ
PARÍS, 208 - BARCELONA